

DIANA
GABALDON



VIENTO
Y CENIZA



se



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Corre el año 1772, en los días próximos a la revolución americana, y la larga mecha de la rebelión ya está encendida; en Boston hay muertos en las calles, y en las zonas apartadas de Carolina del Norte las cabañas aisladas arden en la oscuridad del bosque. Sobre la casa del cerro de Fraser, donde vive Jamie Fraser con su familia, acecha una sombra cada vez más larga...

Claire, la esposa de Jamie, es una viajera en el tiempo. Y Jamie sabe que tres años más tarde alguien efectuará un disparo que se oirá en el mundo entero. Confirma la amenaza un pequeño recorte de la *Wilmington Gazette* con fecha de 1776, que habla de muerte y destrucción. Esta vez, Jamie espera que Claire esté equivocada sobre el futuro; pero sólo el tiempo podrá confirmarlo.



Diana Gabaldon

Viento y ceniza

Forastera - 6

Este libro está dedicado a Charles Dickens, Robert Louis Stevenson,
Dorothy L. Sayers, John D. Macdonald y P. G. Wodehouse.

Agradecimientos

Quiero expresar mi enorme gratitud a...

Mis dos maravillosos editores, Jackie Cantor y Bill Massey, por sus lúcidos comentarios, su apoyo, sus útiles sugerencias (« ¡óY qué hay de Marsali?! »), sus entusiastas reacciones (« ¡Yujuuu! »), y por compararme (favorablemente, me apresuro a responder) con Charles Dickens.

Mis excelentes y admirables agentes literarios, Russell Galen y Danny Baror, que hacen tanto para que el mundo preste atención a estos libros... y para que todos mis hijos puedan asistir a la universidad.

Bill McCrea, procurador del Museo de Historia de Carolina del Norte, y su personal, por los mapas, los resúmenes biográficos, la información general y un delicioso desayuno en el museo. ¡Me encantan esos panecillos de queso!

El personal del Centro de Visitantes del campo de batalla de Creek Bridge, de Moore, por su amable atención y por haberme proporcionado casi veinte kilos de libros nuevos e interesantes —en particular, obras fascinantes como *Roster of the Patriots in the Battle of Moore's Creek Bridge* y *Roster of the Loyalists in the Battle of Moore's Creek Bridge*—, y por explicarme qué es una tormenta de hielo, porque acababan de pasar por una. En Arizona no tenemos tormentas de hielo.

Linda Grimes, por apostarme a que no podía escribir una escena atractiva sobre el hecho de hurgarse la nariz. Esa escena es completamente culpa suya.

La asombrosa y sobrehumana Barbara Schnell, que tradujo el libro al alemán al mismo tiempo que yo lo escribía, casi codo a codo conmigo, para tenerlo terminado a tiempo para la edición alemana.

Silvia Kuttny-Walser y Petra Zimmerman, que removieron cielo y tierra para ayudarme en el debut en Alemania.

La doctora Amarilis Iscold, por sus abundantes y detallados consejos —y sus periódicos ataques de risa— respecto de las escenas médicas. Cualquier libertad que me haya tomado o cualquier error son responsabilidad exclusivamente mía.

El doctor Doug Hamilton, por su experto testimonio sobre la odontología, y lo que uno puede o no puede hacer con un par de fórceps, una botella de whisky y una lima para dientes de caballo.

El doctor David Blackridge, por sus útiles consejos sobre la fabricación, la utilización y los riesgos del éter.

El doctor William Reed y la doctora Amy Silverthorn, por mantener mi nariz despejada durante la temporada del polen para que pudiera terminar este libro.

Laura Bailey, por sus eruditos comentarios —con dibujos, nada menos— sobre la ropa de época y, en particular, por la útil sugerencia de apuñalar a alguien con la varilla de un corsé.

Christiane Schreiter, a cuyas habilidades detectivescas (y a la buena voluntad

de los bibliotecarios de la biblioteca Braunschweig) debemos la versión alemana de la cabalgata de Paul Revere.

El reverendo Jay McMillan, por su abundante, fascinante y útil información respecto de la iglesia presbiteriana en la Norteamérica colonial... y a Becky Morgan, por presentarme al reverendo Jay, así como a Amy Jones, por sus datos sobre la doctrina presbiteriana.

Rafe Steinberg, por proporcionarme información sobre horas, mareas y cuestiones generales de náutica, en especial, el provechoso detalle de que las mareas cambian cada doce horas. Cualquier error en este aspecto es, definitivamente, mío. Y si la marea no cambió el 10 de julio de 1776 a las cinco de la mañana, no quiero saberlo.

Mi asistente Susan Butler, por lidiar con diez millones de notas autoadhesivas, por hacer tres juegos de fotocopias de un manuscrito de 2500 páginas, y mandarlo por Federal Express a todas partes con eficiencia y puntualidad.

La incansable y diligente Kathy Lord, que revisó todo este manuscrito en un plazo de tiempo imposible, sin quedarse ciega ni perder su sentido del humor.

Virginia Norey, Diosa del Diseño de Libros, que una vez más consiguió meter Todo Esto entre dos cubiertas y hacerlo no sólo legible, sino también elegante.

Steven Lopata, por sus invaluables sugerencias técnicas respecto de las explosiones y los incendios.

Arnold Wagner, Lisa Harrison, Kateri van Huy stee, Luz, Suzanne Shepherd y Jo Bourne, por sus consejos técnicos sobre cómo moler pigmentos, almacenar pintura y otras pintorescas exquisiteces, tales como el dato de que el «marrón egipcio» se obtiene de momias molidas. No conseguí incluir esa información en la trama del libro, pero es demasiado buena como para no compartirla.

Karen Watson, por la notable cita de su excuñado respecto de las sensaciones de una persona que padece de hemorroides.

Pamela Patchet, por su excelente e inspiradora descripción de lo que se siente al clavarse una astilla de cinco centímetros debajo de la uña.

Margaret Campbell, por el hermoso ejemplar de *Piedmont Plantation*.

Janet McConnaughey, por su visión de Jamie y Brianna jugando a las cartas.

Marte Brengle, Julie Kentner, Joanne Cutting, Carol Spradling, Beth Shope, Cindy R., Kathy Burdette, Sherry y Kathleen Eschenburg, por sus útiles consejos y sus entretenidos comentarios sobre los espantosos himnos eclesiásticos.

Lauri Klobas, Becky Morgan, Linda Alien, Nikki Rowe y Lori Benton por sus sugerencias técnicas sobre la fabricación del papel.

Kim Laird, Joel Altman, Cara Stockton, Carol Isler, Jo Murphey, Elise Skidmore, Ron Kenner, y muchos, muchos (muchos, muchos) otros habitantes del Compuserve Literary Forum, ahora rebautizado como Books and Writers Community (<http://community.compuserve.com/books>), pero que sigue siendo el mismo lugar de reunión de ecléctica excentricidad, tesoro de erudición y fuente

de Hechos Verdaderamente Extraños, por sus contribuciones de hipervínculos sobre datos y artículos que creyeron que me resultarían útiles. Con frecuencia tenían razón.

Chris Stuart and Backcountry, por el regalo de sus maravillosos CD, *Saints and Strangers* y *Mohave River*, al compás de los cuales escribí bastantes partes de este libro.

Ewan MacColl, cuya interpretación de «Eppie Morrie» inspiró el capítulo 85.

Gaby Eleby, por los calcetines, las galletas y el apoyo moral en general, y a las Damas de Lallybroch, por su ilimitada bondad, manifestada bajo la forma de cajas, tarjetas y enormes cantidades de jabón, tanto comercial como casero (Jack Randall Lavender está bien, y me gustó mucho el que se llama Breath of Snow. El denominado Lick Jamie All Over, sin embargo, era tan dulce que uno de mis perros se lo comió).

Bev LaFrance, Carol Krenz, Gilbert Sureau, Laura Bradbury, Julianne, Lulie y muchas otras buenas personas cuyos nombres, por desgracia, he olvidado de apuntar, por su ayuda con las frases en francés.

Monika Berrisch, por permitirme apropiararme de su personalidad.

Y a mi marido, Doug Watkins, que esta vez me suministró las primeras líneas del prólogo.

Prólogo

El Tiempo es una de las muchas cosas que la gente atribuye a Dios. Siempre está ahí, preexistente, y no tiene final. Existe la noción de que es todopoderoso, puesto que nada puede oponerse al tiempo, ¿no es cierto? Ni montañas, ni ejércitos.

Y el Tiempo, desde luego, lo cura todo. Con tiempo suficiente, todo se resuelve: todos los dolores se engloban, todas las adversidades desaparecen, todas las pérdidas se clasifican.

Polvo eres y en polvo te convertirás. Recuérdalo.

Y si el Tiempo se parece en algo a Dios, supongo que la Memoria debe de ser el Diablo.

Primera Parte

Rumores De Guerra

Una conversación interrumpida

El perro fue el que primero se percató de su presencia. Con lo oscuro que estaba, Ian Murray sintió, más que vio, que la cabeza de *Rollo* se alzaba de repente cerca de su muslo, con las orejas erguidas. Puso una mano sobre el cuello del perro y sintió que los pelos de esa zona se erizaban en una señal de advertencia.

Había tanta sintonía entre ambos que Ian ni siquiera pensó conscientemente «*Hombres*», sino que llevó la otra mano al cuchillo y permaneció inmóvil, respirando. Escuchando.

El bosque estaba en silencio. Faltaban aún varias horas para el amanecer, y el aire estaba en calma como el de una iglesia; una bruma densa como incienso se elevaba lentamente del suelo. Ian se había tumbado a descansar en el tronco caído de un gigantesco tulipero, puesto que prefería las cosquillas de las cochinillas a que se filtrara humedad entre sus ropas. Su mano seguía sobre el cuello del perro, esperando.

Rollo gruñía, con un ronquido grave y constante que Ian apenas podía oír pero que percibía fácilmente, como una vibración que subía por su brazo y despertaba cada nervio de su cuerpo. No se había quedado dormido —ya casi nunca dormía de noche—, sino que había permanecido inmóvil, mirando la bóveda celeste, absorto en su habitual discusión con Dios. La quietud había desaparecido con el movimiento de *Rollo*. Se sentó lentamente, con las piernas colgando a un costado del tronco semipodrido, con el corazón latiéndole cada vez más de prisa.

La inquietud de *Rollo* no se había disipado, pero su cabeza giró, siguiendo algo invisible. Era una noche sin luna; Ian alcanzaba a ver las débiles siluetas de los árboles y las sombras inquietas de la noche, pero nada más.

Entonces los oyó. Eran sonidos de pasos. Estaban aún a bastante distancia, pero se acercaban cada vez más. Se puso en pie y entró lentamente en un charco oscuro debajo de un pino. Chasqueó la lengua, *Rollo* dejó de gruñir y lo siguió, silencioso como el lobo que había sido su padre.

El lugar de reposo de Ian daba a un sendero de venados. Los hombres que lo seguían no estaban cazando.

Hombres blancos. Eso sí que era extraño, más que extraño incluso. No podía verlos, pero no era necesario; el ruido que hacían era inconfundible. Los indios, cuando se trasladaban, no eran silenciosos, y muchos de los montañeses con los que vivían podían moverse como fantasmas en el bosque. Pero Ian no tenía ninguna duda: metal, era eso. Estaba oyendo el tintineo de arreos, el choque de

botones y hebillas, y cañones de escopetas.

Muchos. Tan cerca que ya empezaba a olerlos. Se inclinó un poco hacia adelante, con los ojos cerrados, para olfatear lo mejor que pudiera y obtener pistas.

Llevaban pieles; le llegó el olor de pelo frío y sangre seca que probablemente había despertado a *Rollo*; pero seguramente no eran trámeros. Eran demasiados. Los trámeros viajaban solos o, como mucho, en parejas.

Hombres pobres y sucios. No eran trámeros, tampoco cazadores. Era fácil conseguir presas en esa época del año, pero ellos oían a hambre. Y al sudor de la mala bebida.

Ya estaban cerca, tal vez a unos tres metros del lugar en el que él se encontraba. *Rollo* soltó un leve bufido, y una vez más Ian le cerró el hocico con la mano, pero los hombres hacían demasiado ruido como para oírlo. Contó las pisadas, el ruido de las cantimploras y las cajas de balas, los gemidos causados por los pies heridos y los suspiros de fatiga.

Veintitrés hombres, calculó, y había una mula... no, dos mulas con ellos; oyó el crujido de alforjas cargadas y una respiración pesada y afligida, como la de las mulas.

Los hombres jamás los habrían detectado, pero algún raro movimiento del aire llevó el olor de *Rollo* hasta las mulas. Un rebuzno ensordecedor rasgó la oscuridad y el bosque a su alrededor estalló con el ruido de golpes y gritos de alarma. Ian ya estaba corriendo cuando oyó disparos detrás de él.

—*A dhia!* —Algo lo golpeó en la cabeza y cayó hacia adelante. ¿Lo habían matado?

No. *Rollo*, alterado, le metía el hocico mojado en la oreja. La cabeza le zumbaba como una colmena y veía brillantes relámpagos de luz delante de los ojos.

—¡Corre! *Ruith!* —jadeó, empujando al perro—. ¡Huye! ¡Vete!

El animal vaciló, gimiendo desde lo más profundo de su garganta. Ian no podía ver, pero sintió que el gran cuerpo lo embestía, giraba y volvía a girar, indeciso.

—*Ruith!* —Se apoyó sobre las manos y las rodillas, urgiéndolo a marcharse, y *Rollo* por fin obedeció y corrió como lo habían entrenado.

No tenía tiempo de correr él también, incluso aunque pudiera haberse incorporado. Cayó boca abajo, hundió las manos y los pies en el mantillo y se agitó como un poseso, enterrándose cada vez más.

Un pie se clavó entre sus omóplatos, pero el jadeo que le provocó quedó amortiguado por las hojas mojadas. No importaba; hacían demasiado ruido. Quien fuera que lo había pisado no se había dado cuenta. Lo había golpeado de refilón al pasar sobre él presa del pánico, sin duda pensando que se trataba de un

tronco podrido.

Los disparos cesaron. Los gritos no, pero Ian no podía entenderlos. Sabía que estaba tumbado boca abajo, con las mejillas frías por la humedad y el hedor de hojas muertas en la nariz, pero se sentía como si estuviera muy borracho, con el mundo girando lentamente a su alrededor. La cabeza no le dolía demasiado, más allá del primer estallido de dolor, pero parecía que no podía levantarla.

Se le ocurrió la idea de que, si moría allí, nadie se enteraría. Su madre se preocuparía, pensó, al no saber qué había sido de él.

Los ruidos se hicieron más débiles, más ordenados. Alguien seguía gritando; parecía que daba órdenes. Se marchaban. Entonces se le ocurrió que podría llamar su atención. Si sabían que era blanco, tal vez lo ayudarían. O tal vez no.

Permaneció inmóvil. Si iba a morir, no podrían ayudarlo. Si no, su ayuda no sería necesaria.

«Bueno, es justo lo que pedí, ¿no? —pensó, reanudando su conversación con Dios—. Una señal, dije. Pero no esperaba que respondieras tan pronto».

La cabaña holandesa

Marzo de 1773

Nadie sabía que había una cabaña allí, hasta que Kenny Lindsay vio las llamas, cuando subía por el barranco.

—No la habría visto —dijo, tal vez por sexta vez—, si no hubiera sido porque estaba oscureciendo. Si hubiera sido de día, nunca me habría dado cuenta de que estaba allí, nunca. —Se pasó una mano temblorosa por la cara, incapaz de apartar la vista de la fila de cadáveres que yacían al borde del bosque—. ¿Fueron los salvajes, *Mac Dubh*? No les han arrancado la cabellera, pero es posible que...

—No. —Jamie volvió a posar con suavidad el pañuelo manchado de hollín sobre la cara azulada y de ojos abiertos de una niña pequeña—. Ninguno de ellos está herido. Seguramente te diste cuenta de ello cuando los sacaste de allí, ¿verdad?

Lindsay negó con la cabeza con los ojos cerrados, y se estremeció. Eran las últimas horas de la tarde de un día fresco de primavera, pero todos los hombres estaban sudando.

—No miré —dijo simplemente.

Mis propias manos estaban como el hielo; entumecidas e insensibles como la piel gomosa de la mujer sin vida que estaba examinando. Llevaban muertos más de un día; el *rigor mortis* ya había pasado, dejándolos flácidos y helados, pero el tiempo frío de la primavera en la montaña los había protegido, por el momento, de las humillaciones más brutales de la putrefacción.

Traté de que mi respiración no fuera muy profunda; el aire traía el olor amargo de algo quemado. Cada tanto se elevaban volutas de humo de las ruinas calcinadas de la diminuta cabaña. Vi de reojo que Roger pateaba un tronco cercano, luego se agachaba y levantaba algo del suelo.

Kenny había llamado a nuestra puerta bastante antes del amanecer. Habíamos acudido a toda prisa, incluso sabiendo que ya era demasiado tarde para prestarles ayuda. También habían venido algunos de los arrendatarios de las granjas de cerro de Fraser. Evan, el hermano de Kenny, estaba junto a Fergus y Ronnie Sinclair en un pequeño grupo bajo los árboles, hablando en gaélico y en voz baja.

—¿Sabes qué les ha ocurrido, *Sassenach*? —Jamie, con gesto de preocupación, se agachó a mi lado—. Me refiero a los que están debajo de los

árboles. Ya me he dado cuenta de qué fue lo que mató a esa pobre mujer.

El viento agitó las largas faldas de la mujer y las levantó, dejando al descubierto unos pies largos y delgados calzados con zuecos de cuero. A los costados yacían un par de manos también largas. Había sido alta, aunque no tan alta como Brianna, pensé, y busqué automáticamente el pelo brillante de mi hija, que se balanceaba entre las ramas al otro extremo del claro.

Yo había levantado el delantal de la mujer para cubrirle la cabeza y la parte superior del cuerpo. Tenía las manos rojas, con los nudillos endurecidos por el trabajo y callos en las palmas, pero por la firmeza de los muslos y la delgadez de su cuerpo, deduje que no tendría más de treinta años, probablemente mucho menos. Era difícil de decir si había sido bonita.

—No creo que muriera a causa del fuego —dije—. Mira, las piernas y los pies están intactos. Debió de caer sobre la chimenea. Su pelo ardió y el fuego prendió los hombros de su vestido. Luego las llamas se extendieron por toda la casa.

—Sí, tiene sentido. Pero ¿qué fue lo que los mató, Sassenach? Los otros están algo chamuscados, aunque ninguno tan quemado como ella. Debieron de morir antes de que la cabaña se incendiase, puesto que ninguno intentó escapar. ¿Alguna enfermedad mortal, tal vez?

—No lo creo. Déjame volver a examinar a los demás.

Caminé lentamente hacia la hilera de cuerpos inmóviles con los rostros cubiertos por una tela, y me agaché sobre cada uno de ellos para volver a mirar debajo de sus improvisadas mortajas. En esos tiempos había bastantes enfermedades que podían matar rápidamente; sin antibióticos disponibles, y sin ninguna forma de administrar líquidos salvo por la boca o el recto, una simple diarrea podía matar en veinticuatro horas.

A menudo veía casos así como para reconocerlos fácilmente; como le sucede a cualquier médico, y yo llevaba más de veinte años en el oficio. Cada tanto encontraba casos en ese siglo con los que jamás me había topado en el mío, como enfermedades parasitarias particularmente horribles, transmitidas desde los trópicos con el comercio de esclavos. Pero estaba segura de que no era ningún parásito lo que había acabado con la vida de aquellas pobres almas, ni tampoco ninguna enfermedad que yo conociera dejaba aquellas señales en sus víctimas.

Todos los cuerpos —la mujer quemada, otra mujer mucho mayor y tres niños— habían sido hallados en el interior de la casa en llamas. Kenny los había sacado, justo antes de que el tejado se hundiera, y luego había cabalgado en busca de ayuda. Al parecer, todos estaban muertos antes de que el fuego empezara; todos muertos prácticamente al mismo tiempo. Entonces, seguramente, el fuego se habría iniciado poco después de que la mujer cayera muerta sobre la chimenea.

Las víctimas estaban ubicadas cuidadosamente bajo las ramas de un gigantesco abeto negro, mientras los hombres comenzaban a cavar una tumba cerca de allí. Brianna permanecía de pie junto a la niña más pequeña, con la cabeza inclinada. Me acerqué a arrodillarme al lado del cuerpecillo, y ella se arrodilló conmigo, al otro lado del cadáver.

—¿Qué ha sido? —preguntó en voz baja—. ¿Veneno?

—Creo que sí. ¿Qué te ha hecho pensar eso?

Ella señaló con un gesto el rostro teñido de azul. Había tratado de cerrarle los ojos, pero abultaban demasiado debajo de los párpados, confiriéndole a la niña una mirada de horror y alarma. Los rasgos pequeños, aún no formados, estaban retorcidos en un rictus de agonía, y había restos de vómito en las comisuras de los labios.

—El manual de las *girl scouts* —respondió Brianna. Miró de reojo a los hombres, pero no había nadie lo bastante cerca como para oírla—. «Nunca comas ninguna seta que no conozcas —citó—. Hay muchas clases que son venenosas, pero sólo los expertos pueden distinguirlas». Roger encontró éstas, que crecían en forma de anillo junto a aquel tronco.

Sombreretes húmedos y carnosos, de color beige con manchas blancas, como verrugas, laminillas abiertas y tallos finos tan claros que parecían casi fosforescentes a la sombra del abeto. Tenían un aspecto agradable y terroso que ocultaba sus mortíferos efectos.

—Setas pantera —dije como para mí misma—. *Agaricus pantherinus*... O así es como se los llamará en el futuro, una vez que alguien se disponga a bautizarlos correctamente. *Pantherinus*, porque matan rápidamente, como el ataque de un felino.

Vi que la piel del antebrazo de Brianna se erizaba, levantando sus vellos suaves y dorados. Ella inclinó la cabeza y dejó caer al suelo el resto de aquellas setas mortales.

—¿Quién en su sano juicio comería setas venenosas? —preguntó, limpiándose la mano en la falda con un repentino estremecimiento.

—Personas que no sabían que lo eran. Personas que tenían hambre, tal vez —respondí en voz baja.

Cogí la mano de la niña muerta y seguí con los dedos los delicados huesos de su antebrazo. El pequeño vientre mostraba señales de hinchazón, aunque no podía decir si se debía a la desnutrición o se produjeron post mórtém; pero la clavícula era afilada como la hoja de una hoz. Todos los cuerpos eran delgados, aunque no llegaban a ser escuálidos.

Levanté la mirada hacia la sombra azulada y oscura de la ladera que estaba encima de la cabaña. Todavía no había llegado la temporada de recolección, pero había comida en abundancia en el bosque para aquellos que podían reconocerla.

Jamie se acercó y se arrodilló a mi lado, posando suavemente una mano grande en mi espalda. A pesar del frío que hacía, un chorro de sudor le corría por el cuello, y su tupido pelo ceniciente se había oscurecido a la altura de la sien.

—La tumba está lista —dijo hablando en voz baja, como si temiera asustar a los niños—. ¿Eso fue lo que mató a la niña? —señaló los hongos esparcidos.

—Creo que sí... y también a todos los demás. ¿Has echado un vistazo por los alrededores? ¿Alguien sabe quiénes son?

—No son ingleses, la vestimenta no concuerda. Si fueran alemanes seguramente se habrían dirigido a Salem, porque esas personas suelen moverse en clanes y no están inclinados a establecerse de manera aislada. Es posible que éstos fueran holandeses. —Señaló con un gesto los zuecos de madera tallada de los pies de la anciana, agrietados y manchados por el uso—. No queda ningún libro ni otros papeles, si es que los hubo alguna vez. Nada que pudiera indicarnos sus nombres. Pero...

—No llevaban mucho tiempo aquí. —Una voz grave y quebrada me hizo levantar la mirada. Había llegado Roger; se acuclilló junto a Brianna, señalando con la cabeza los restos humeantes de la cabaña—. Habían trazado una pequeña huerta en la tierra, pero las pocas plantas que asoman no son más que brotes, hojas tiernas y endebles, ennegrecidas por las últimas heladas. No hay cobertizos, ninguna señal de ganado, mulas o cerdos.

—Nuevos emigrantes —dijo Roger en voz baja—. Ningún sirviente. Esta familia no estaba acostumbrada a trabajar al aire libre; en las manos de la mujer hay ampollas y cicatrices recientes. —Inconscientemente, se frotó la rodilla, cubierta por un pantalón de confección casera. Sus palmas ya estaban tan encallecidas como las de Jamie, pero en otra época había sido un académico de piel suave, y recordaba el dolor que le había causado su propia adaptación.

—Me pregunto si habrán dejado familiares... en Europa —murmuró Brianna. Apartó el pelo rubio de la frente de la niñita y volvió a cubrirle la cara con el pañuelo. Vi que su garganta se movía cuando tragaba saliva—. Jamás sabrán qué les ocurrió.

—No. —Jamie se incorporó bruscamente—. Dicen que Dios protege a los necios, pero creo que hasta el Todopoderoso pierde la paciencia de vez en cuando. —Se apartó, haciendo gestos en dirección a Lindsay y a Sinclair.

—Buscad al hombre —le dijo a Lindsay.

—¿El hombre? —preguntó Roger, y entonces cayó en la cuenta—. Claro... ¿Quién construyó esa casa?

—Podrían haberlo hecho las mujeres —señaló Bree.

—Tú, sí —respondió él, torciendo un poco la boca mientras miraba de soslayo a su esposa. Brianna se parecía a Jamie en algo más que en el color de la piel; medía más de un metro ochenta sin zapatos y tenía la fuerza de su padre en los brazos y las piernas.

—Es posible, pero no lo hicieron ellas —interrumpió Jamie. Señaló con un gesto la estructura de la cabaña, donde unos escasos muebles todavía conservaban sus frágiles formas.

Mientras yo miraba lo que él había indicado, el viento del anochecer comenzó a soplar, azotando las ruinas, y la sombra de un banco se desmoronó sin hacer ruido, convirtiéndose en ceniza, generando ráfagas de hollín y partículas carbonizadas que flotaban sobre el suelo como fantasmas.

—¿A qué te refieres? —Me puse en pie y me acerqué a él, mirando la casa.

—No hay nada de metal en la casa —dijo, señalando la chimenea ennegrecida, donde yacían los restos de un caldero—. Ninguna olla, salvo aquélla, que es demasiado pesada para que se la llevaran. Ninguna herramienta. Ni siquiera un cuchillo, ni una hacha... Y tú misma puedes ver que quienquiera que construyera esta cabaña debió de utilizar alguna herramienta.

Era cierto; los troncos no estaban descorteizados, pero en las muescas y los extremos había claras marcas de haber sido cortados con un hacha.

Roger frunció el ceño, levantó una larga rama de un pino y comenzó a hurgar entre las pilas de ceniza y escombros, tratando de asegurarse. Kenny Lindsay y Sinclair no se molestaron; Jamie les había dicho que buscaran a un hombre, y de inmediato se dispusieron a hacerlo. Fergus los acompañó; Evan Lindsay, su hermano Murdo y los McGillivray comenzaron a reunir piedras para cubrir la tumba.

—Quizá hubiera un hombre y las abandonó —murmuró Brianna—. Es posible que esa mujer creyera que no sobrevivirían solas...

—Y, por tanto, se quitó su propia vida, y la de sus hijas, para evitar una agonía prolongada a causa del frío y el hambre?

—¿Las abandonó y se llevó todas sus herramientas? Por Dios, espero que no. —Me santigüé al pensar en ello, a pesar de que, al tiempo que lo hacía, dudaba de que fuera verdad—. ¿No se habrían marchado, en busca de ayuda? Incluso con las niñas... Ya casi no hay nieve. —Sólo los desfiladeros más altos seguían cubiertos de nieve, y si bien los senderos y las pendientes de la montaña estaban húmedos y llenos de barro, hacía por lo menos un mes que eran transitables.

—He encontrado al hombre —anunció Roger, interrumpiendo mis pensamientos—. Justo... justo allí.

La luz comenzaba a disminuir, pero de todas formas me di cuenta de que había empalidecido. Y con razón; la silueta retorcida que había descubierto debajo de las maderas de una pared derrumbada era lo bastante aterradora como para que cualquiera sintiera la necesidad de hacer una pausa. Carbonizado hasta la negrura, las manos levantadas en la postura de boxeador tan habitual en aquellos que mueren quemados, era incluso difícil estar seguro de que se trataba de un hombre; aunque a mí me parecía que así era, por lo que podía ver.

Las especulaciones sobre el hallazgo de ese nuevo cuerpo se interrumpieron

cuando se oyó un grito desde el borde del bosque.

—¡Los hemos encontrado, milord!

Todos dejamos de contemplar el nuevo cadáver para mirar a Fergus, que gesticulaba junto a los árboles.

«Los», claro que sí. Dos hombres, esta vez Despatarrados en el suelo a la sombra de los árboles, no juntos, pero tampoco muy separados, a corta distancia de la casa. Y ambos, por lo que podía ver, probablemente muertos de intoxicación por las setas.

—Aquél no es holandés —dijo Sinclair, tal vez por cuarta vez, sacudiendo la cabeza cerca de un cuerpo.

—Podría serlo —señaló Fergus, dubitativo. Se rascó la nariz con la punta del garfio que llevaba donde debería haber estado la mano izquierda—. ¿De las Indias Orientales, *non*?

Uno de los cuerpos era el de un hombre negro. El otro era blanco, y ambos llevaban ropas indefinidas de confección casera: camisas y pantalones; sin abrigos, a pesar del clima frío. Estaban descalzos.

—No. —Dijo Jamie, frotándose la mano contra sus propios pantalones, como si quisiera librarse del roce de los muertos—. Los holandeses tienen esclavos en Barbuda, es cierto, pero éstos están mejor alimentados que la gente de la cabaña. No vivían aquí. Además... —Vi que sus ojos se clavaban en los pies de los muertos, que estaban mugrientos a la altura de los tobillos, y muy encallecidos, pero en general estaban limpios. Las plantas de los pies del negro tenían un color rosado amarillento, sin manchas de barro ni hojas sueltas entre los dedos. Aquellos hombres no habían caminado descalzos por el bosque, eso era evidente.

—De modo que tal vez había más hombres... Cuando éstos murieron, sus compañeros les quitaron los zapatos y cualquier otra cosa de valor —añadió Fergus en un tono práctico—, y huyeron.

—Sí, es posible. —Jamie frunció los labios, recorriendo lentamente el jardín con la mirada; pero el suelo estaba lleno de huellas y matojos arrancados, y la totalidad del jardín estaba cubierto de cenizas y pedacitos de madera carbonizada. Parecía como si hubiese pasado por allí una manada de hipopótamos—. Ojalá el joven Ian estuviera aquí. Él es el mejor rastreador que conozco; tal vez podría decirnos qué ocurrió, cuántos eran, y en qué dirección se marcharon...

El propio Jamie no era un mal rastreador. Estaba anocheciendo de prisa; incluso en el claro donde se hallaba la cabaña incendiada, la oscuridad estaba creciendo, arremolinándose debajo de los árboles, arrastrándose como aceite por la tierra marchita.

Sus ojos se dirigieron hacia el horizonte, donde unas cintas de nubes comenzaban a teñirse de dorado y rosa cuando el sol se ponía detrás de ellas, y sacudió la cabeza.

—Enterradlos. Luego nos iremos —decidió.

No obstante, quedaba otro triste descubrimiento por hacer. El hombre, el único de todos los muertos, no había fallecido por el fuego o el veneno. Cuando levantaron el cadáver carbonizado para transportarlo hasta la tumba, algo cayó del cuerpo y aterrizó con un ruido sordo y pesado sobre el suelo. Brianna lo cogió y lo limpió frotándolo contra su vestido.

—Supongo que pasaron esto por alto —dijo en un tono algo sombrío, levantándolo. Era un cuchillo, o la hoja de un cuchillo. El mango de madera se había quemado hasta desaparecer, y la hoja estaba retorcida por el calor.

Sobreponiéndome al hedor denso y agrio de la carne y la grasa quemadas, me incliné sobre el cadáver, palpando suavemente el tronco. El fuego destruye muchas cosas, pero conserva otras muy extrañas. La herida triangular era muy visible, marcada por el fuego debajo de las costillas.

—Lo apuñalaron —dije, y me limpié las manos sudorosas en mi propio vestido.

—Lo mataron —señaló Bree, mirándome a la cara—. Y luego su esposa...

—Miró a la joven en el suelo, con el vestido que le cubría la cabeza—. Preparó un guiso con las setas y todos lo comieron. Los niños también.

El claro quedó en silencio, salvo por los chillidos lejanos de los pájaros de la montaña. Yo oía mi propio corazón, latiendo dolorosamente en mi pecho. ¿Venganza, o simple desesperación?

—Sí, es posible —dijo Jamie quedamente—. Lo llamaremos «accidente».

Depositaron al holandés y a su familia en una tumba, y a los dos desconocidos en la otra.

Al caer el sol empeñó a soplar un viento frío, que hizo que el vestido se moviera de la cara de la mujer cuando la levantaron. A causa de la impresión, Sinclair dejó escapar un extraño grito y casi soltó el cuerpo.

La mujer ya no tenía rostro ni pelo; su delgado cuello se estrechaba bruscamente y se convertía en restos carbonizados. La carne de su cabeza había desaparecido por completo, dejando una calavera extrañamente diminuta, donde sus dientes sonreían con una frivolidad desconcertante.

La bajaron apresuradamente a la tumba poco profunda, con sus hijos y su madre a su lado, y dejaron que Brianna y yo hicieráramos un pequeño montón de piedras sobre la sepultura, según la antigua tradición escocesa, para señalar el lugar y protegerla de las bestias salvajes, mientras otros cavaban una última morada un poco más rudimentaria para los dos hombres descalzos.

Cuando el trabajo estuvo terminado, todos nos reunimos, con los rostros pálidos y en silencio, en torno a los flamantes montículos. Vi que Roger se paraba cerca de Brianna, rodeándole la cintura en un gesto de protección. Un pequeño estremecimiento, que a mí me pareció que no tenía nada que ver con el frío, la recorrió de la cabeza a los pies. El hijo de ambos, Jemmy, tenía alrededor de un

año menos que la niña más pequeña.

—¿Dirás algunas palabras, *Mac Dubh*? —Kenny Lindsay miró a Jamie con actitud de interrogación, al tiempo que se acomodaba la gorra de lana de modo que le protegiera las orejas del frío cada vez más intenso.

Ya casi había anochecido y nadie quería permanecer allí mucho tiempo. Tendriamos que acampar lo más lejos posible del hedor del incendio, y eso sería bastante difícil en la oscuridad. Pero Kenny tenía razón: no podíamos marcharnos sin llevar a cabo al menos una mínima ceremonia simbólica, una despedida a los desconocidos.

—No, que hable Roger Mac. Si estas personas eran holandesas, lo más probable es que fueran protestantes.

Aunque había poca luz, vi la mirada de furia que Brianna le dirigió a su padre. Era cierto que Roger era presbiteriano, pero también lo era Tom Christie, un hombre mucho mayor cuyo adusto rostro reflejaba su opinión sobre esa reunión. La cuestión de la religión, sin embargo, no era más que un pretexto, y todos lo sabían, incluido Roger.

Roger se aclaró la garganta con un ruido que parecía el de un lienzo que se rasga. Un sonido siempre doloroso, pero que ahora también tenía un elemento de ira. De todas formas, no protestó y miró directamente a los ojos de Jamie mientras ocupaba su sitio delante de la tumba.

Yo había supuesto que se limitaría a recitar el padrenuestro, o tal vez uno de los salmos más moderados, pero fueron otras las palabras que le vinieron a la mente:

—« He aquí que yo clamaré agravio y no seré oído; daré voces, y no habrá juicio. Ha vallado mi camino, y no pasaré; sobre mis veredas ha puesto tinieblas» .

Su voz había sido profunda antes, y hermosa. Ahora sonaba ahogada, con nada más que una áspera sombra de su antigua belleza; pero había suficiente fuerza en la pasión con la que recitaba, lo que hizo que todos los que lo oíamos bajáramos nuestras cabezas, con los rostros perdidos en la penumbra.

—« Me ha despojado de mi gloria, y quitado la corona de mi cabeza. Me ha arruinado por completo, y perezco; y me ha arrebatado toda esperanza como árbol arrancado» . —Su expresión era resuelta, pero sus ojos se posaron durante un momento en el tocón carbonizado que la familia holandesa había usado como superficie para cortar madera—. « Alejó de mí a mis hermanos, y mis conocidos como extraños se apartaron de mí. Mis parientes me fallaron, y mis conocidos se olvidaron de mí» .

Vi que los tres hermanos Lindsay se miraban y se acercaban entre sí, para protegerse de la fuerza cada vez mayor del viento.

—« ¡Amigos míos, tened piedad de mí, tened piedad de mí! —dijo, y su voz se volvió más queda, hasta que se hizo difícil oírlo por encima de los suspiros de

los árboles—. *Porque la mano de Dios me ha tocado» .*

Brianna hizo un ligero movimiento a su lado, y Roger volvió a aclararse la garganta con fuerza, estirando el cuello, y pude atisbar fugazmente la cicatriz de la cuerda que lo había mutilado.

—« ¡Ojalá que mis palabras fuesen escritas! ¡Ojalá que se escribiesen en un libro; que con cincel de hierro y con plomo fuesen esculpidas en piedra para siempre!» .

Pasó la vista lentamente de una cara a la otra, luego inhaló un profundo aliento antes de continuar recitando, con la voz quebrada:

—« Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo, y después de deshecha ésta, mi piel en mi carne he de ver a Dios. Y mis ojos lo verán, y no otros» .

Se detuvo, y se oyó un breve suspiro colectivo cuando todos soltaron el aliento que contenían hasta el momento. Pero Roger aún no había terminado. Extendió la mano hacia la de Bree y la agarró con fuerza. Pronunció las últimas palabras casi como para sí mismo:

—« Temed de la espada; porque el furor de la misma sobreviene a causa de las injusticias, para que sepáis que hay un juicio» .

Me estremecí, y la mano de Jamie rodeó la mía, fría pero fuerte. Él me miró y yo le devolví la mirada. Sabía lo que estaba pensando.

Al igual que yo, no estaba pensando en el presente, sino en el futuro. En un pequeño artículo que aparecería tres años más tarde, en las páginas del *Wilmington Gazette*, con fecha del 13 de febrero de 1776.

Con profundo pesar, comunicamos la noticia de la muerte en un incendio de James MacKenzie Fraser y su esposa, Claire Fraser, en una conflagración que destruyó su casa en la colonia del cerro de Fraser, la noche del 21 de enero pasado. El señor Fraser, sobrino del difunto Hector Cameron, de la plantación de River Run, nació en Broch Tuarach, Escocia. Era muy conocido y profundamente respetado en la colonia; no deja ningún hijo que lo sobreviva.

Había sido fácil, hasta el momento, no pensar demasiado en aquello. Estaba muy lejos en el futuro, y seguramente se podría modificar; después de todo, hombre prevenido vale por dos... ¿no es así?

Contemplé el montón de piedras y un escalofrío aún más profundo me atravesó. Me acerqué más a Jamie y puse mi otra mano sobre su brazo. Él cubrió mi mano con la suya y la apretó con fuerza, como para tranquilizarme. « No —me dijo él en silencio—. No permitiré que ocurra» .

Sin embargo, cuando salimos del desolado claro, no pude quitarme de la cabeza una imagen vivida. No era la cabaña incendiada, ni los lamentables cuerpos, ni la patética huerta. La imagen que me acosaba era una que había visto

algunos años antes: una tumba en las ruinas de Beauly Priory, en la parte alta de las Highlands escocesas.

Era la tumba de una dama noble, con su nombre coronado por la talla de una calavera sonriente, muy similar a la que se ocultaba debajo del vestido de la holandesa. Debajo de la calavera estaba su lema:

Hodie mihi eras tibi, sic transit gloria mundi.

Hoy por ti, mañana por mí. Así pasa la gloria del mundo.

Mantén cerca a tus amigos

Regresamos al cerro de Fraser al día siguiente, justo antes del crepúsculo, y encontramos a un visitante que nos aguardaba. El mayor Donald MacDonald, antiguo miembro del ejército de su majestad y hasta hacía muy poco parte de la guardia personal de caballería ligera del gobernador Tryon, estaba sentado en la entrada de nuestra casa, con mi gato sobre las piernas y una jarra de cerveza a un lado.

—¡Señora Fraser! A sus pies, señora —gritó cordialmente cuando me vio llegar. Trató de incorporarse, pero dejó escapar un gemido cuando *Adso*, como protesta por la pérdida de su confortable asiento, clavó las uñas en los muslos del mayor.

—Siéntese, mayor —dije.

Él se dejó caer con una mueca de dolor, pero se abstuvo noblemente de arrojar a *Adso* a los arbustos. Me acerqué al escalón de la entrada y me senté a su lado, suspirando aliviada.

—Mi marido está ocupándose de los caballos; vendrá en seguida. Según veo, alguien ya lo ha recibido como es debido. —Señalé la cerveza, que él inmediatamente me ofreció con un gesto distinguido, limpiando el borde de la jarra con la manga.

—Oh, sí, señora —asintió—. La señora Bug ha hecho todo lo que ha podido para que me sintiera cómodo.

Para no parecer poco cordial, acepté la cerveza que, a decir verdad, me sentó muy bien. Jamie estaba ansioso por volver, y habíamos estado cabalgando desde el amanecer, con tan sólo un breve intervalo para descansar al mediodía.

—Es una cerveza excelente —dijo el mayor, sonriendo cuando me oyó exhalar después de beberla, con los ojos entrecerrados—. ¿La ha preparado usted misma?

Negué con la cabeza y bebí otro sorbo, antes de devolverle la jarra.

—No, la ha hecho Lizzie. Lizzie Wemyss.

—Oh, su esclava; sí, por supuesto. Por favor, felicitela de mi parte.

—¿No está aquí? —Miré la puerta abierta tras él, un poco sorprendida. A esa hora del día suponía que Lizzie se encontraría en la cocina, preparando la cena. Ahora que me fijaba, no olía a comida.

—Hum, no. Ella está... —El mayor juntó las cejas en un esfuerzo por recordar, y me pregunté cuán llena habría estado la jarra cuando él le puso las manos encima; no quedaban más que unos pocos centímetros de líquido en el

vaso—. Ah, sí. Fue a casa de los McGillivray con su padre, me dijo la señora Bug. Para visitar a su prometido, creo.

—Sí, está prometida con Manfred McGillivray. Pero la señora Bug...

—Está en el depósito —dijo, señalando el pequeño cobertizo en la ladera de la colina—. Algo relacionado con queso, creo que dijo. Ha tenido la amabilidad de ofrecerme una tortilla para la cena.

—Ah... —Me relajé un poco más, mientras el polvo del viaje se asentaba como la cerveza.

Suponía que la señora Bug le había contado adónde habíamos ido, pero el mayor no hizo ninguna mención a ese tema, ni tampoco al motivo que lo había traído al cerro. Por supuesto que no; para hablar de cuestiones serias esperaría a Jamie, como era apropiado. Yo era una mujer, así que sólo podía esperar una cortesía impecable y algunos inofensivos chismorreos de sociedad.

Evidentemente, yo podía cotillear, pero necesitaba estar preparada; no tenía un talento natural para ello.

—Ah... Sus relaciones con mi gato parecen haber mejorado —aventuré. Eché una mirada involuntaria a su cabeza, pero su peluquín había sido reparado por una mano experta.

—Es un principio establecido de la política, creo. Mantén cerca a tus amigos, pero más cerca aún a tus enemigos.

—Muy sabio —asentí con una sonrisa—. Eh... No llevará mucho rato esperando, ¿verdad?

Se encogió de hombros, dando a entender que cualquier espera era irrelevante. Las montañas tenían su propio tiempo, y un hombre sabio no intentaba que corriera más de prisa. MacDonald era un soldado experimentado que había viajado mucho, pero había nacido en Pitlochry, lo bastante cerca de las cumbres de las Highlands como para conocer sus costumbres.

—He venido esta mañana —dijo—. Desde New Bern.

Unas campanillas de alarma sonaron en alguna parte de mi cabeza. Habría tardado diez días en llegar desde New Bern, si hubiera venido directamente, y el estado de su arrugado uniforme, lleno de manchas de barro, sugería que había sido así.

New Bern era el lugar donde el nuevo gobernador real de la colonia, Josiah Martin, había fijado su residencia. Y que MacDonald hubiera dicho «desde New Bern» me dejaba bastante claro que el asunto que había causado esa visita, fuera el que fuese, se había originado en New Bern. No me fiaba de los gobernadores.

Eché un vistazo hacia el sendero que iba hacia la caballeriza, pero Jamie aún no estaba a la vista. Aunque sí la señora Bug, que salía del depósito de alimentos; le hice un gesto que ella correspondió dándome la bienvenida, aunque con dificultad, puesto que llevaba un cubo de leche en una mano, otro de huevos en la otra, una vasija de manteca bajo un brazo, y un gran pedazo de queso

cuidadosamente encajado debajo del mentón. Bajó por la empinada cuesta y pasó por la parte trasera de la casa, rumbo a la cocina.

—Tortillas para todos, al parecer —comenté, volviéndome hacia el mayor—. ¿Por casualidad ha pasado por Cross Creek?

—Pues sí, señora. La tía de su marido le manda muchos saludos, y una gran cantidad de libros y periódicos que he traído.

Aquellos días tampoco me fiaba de los periódicos, aunque los acontecimientos de los que informaban habían ocurrido, sin duda alguna, varias semanas —o meses— antes. De todas formas, proferí algunas exclamaciones de agradecimiento, deseando que Jamie se apresurara, para poder excusarme. Mi pelo olía a quemado, y mis manos todavía recordaban el roce de la piel fría; necesitaba un baño desesperadamente.

—¿Perdón? —Me había perdido parte de lo que MacDonald estaba diciendo. Él, en un gesto de cortesía, se acercó para repetírmelo, pero de pronto se sobresaltó y los ojos parecieron salírsele de las órbitas.

—¡Maldito gato!

Adso se había abalanzado de lleno sobre las piernas del mayor, con los ojos resplandecientes, siseando como una tetera y clavándole las uñas con fuerza en los muslos. Antes de que yo pudiera reaccionar, saltó por encima del hombro de MacDonald y trepó por la ventana abierta de mi consulta, que estaba detrás, rasgando los galones del mayor y torciéndole la peluca.

MacDonald empezó a maldecir desenfrenadamente, pero yo no podía prestarle atención. *Rollo* estaba subiendo por el sendero hacia la casa, su aspecto bajo el crepúsculo era lobuno y siniestro, pero su actitud era tan extraña que yo ya me había incorporado antes de que fuera consciente de lo que sucedía y volviera a la realidad.

El perro corrió unos pasos hacia la casa, giró una o dos veces, luego volvió a internarse en el bosque, se dio la vuelta, y una vez más corrió en dirección a la casa, gimiendo todo el tiempo, con la cola baja y temblorosa.

—¡Por Dios y por H. Roosevelt! —exclamé. Salía toda prisa del porche y corrí hacia el sendero, haciendo caso apenas del alarmado juramento del mayor a mis espaldas.

Encontré a Ian unos cientos de metros más adelante, consciente pero aturdido. Estaba sentado en el suelo, con los ojos cerrados y cogiéndose la cabeza con ambas manos, como si quisiera evitar que se le partiera el cráneo. Abrió los ojos cuando me puse a su lado y me sonrió con la mirada extraviada.

—Tía —dijo con voz ronca. Parecía que quería decir alguna otra cosa, pero no estaba seguro de qué; la boca se abrió, pero permaneció así, abierta, con la lengua moviéndose de un lado a otro.

—Mírame, Ian —dije con la mayor serenidad posible.

El chico hizo lo que le pedía; buena señal. Estaba demasiado oscuro para ver

si tenía las pupilas dilatadas de una manera anormal, pero incluso en la penumbra pude ver la palidez de su rostro y el oscuro reguero de manchas de sangre que le bajaba por la camisa.

Detrás de mí, por el sendero, se oyeron unos pasos apresurados; era Jamie, seguido de cerca por MacDonald.

—¿Qué ocurre, muchacho?

Jamie lo agarró de un brazo e Ian se balanceó muy suavemente hacia él, luego dejó caer las manos, cerró los ojos y se relajó en los brazos de Jamie con un suspiro.

—¿Está grave? —preguntó Jamie, nervioso, por encima del hombro de Ian, sujetándolo mientras yo lo palpaba en busca de heridas.

La espalda de su camisa estaba saturada de sangre seca; pero estaba seca, al fin y al cabo. El pelo, recogido en una coleta, también estaba endurecido por la sangre, y no tardé en encontrar la herida que tenía en la cabeza.

—No lo creo. Ha recibido un duro golpe en la cabeza que le ha arrancado parte del cuero cabelludo, pero...

—¿Crees que ha sido una hacha tomahawk?

MacDonald se acercó a nosotros, prestando atención.

—No —dijo Ian arrastrando las palabras, con la voz amortiguada por la camisa de Jamie, que le cubría la cara—. Una bala.

—Fuera, perro —le ordenó Jamie a *Rollo*, que había metido la nariz en la oreja de Ian, provocando un chillido contenido en el paciente y un movimiento involuntario en los hombros.

—Lo examinaré mejor con luz, pero no creo que sea muy grave —dije al ver el gesto—. Después de todo, ha venido andando hasta aquí. Llevémoslo a casa.

Los hombres se turnaron para ayudarlo a subir por el sendero, sosteniéndole los brazos en los hombros y, pocos minutos después, el chico ya estaba tumbado boca abajo en mi consulta. Allí nos relató sus aventuras, de una manera inconexa e interrumpida por pequeños gritos mientras yo le limpiaba la herida, le quitaba pedacitos de pelo llenos de sangre coagulada y le daba cinco o seis puntos de sutura en la cabeza.

—Creí que había muerto —dijo Ian, y cogió aire con los dientes apretados mientras yo pasaba el grueso hilo a través de los bordes de la irregular herida—. ¡Dios mío, tía Claire! Pero cuando me desperté esta mañana no estaba muerto, aunque tenía la cabeza abierta y el cerebro se me derramaba por el cuello.

—Has estado muy cerca —murmuré—. Pero no fue una bala.

—¿No me han disparado? —dijo Ian en un tono de ligera indignación. Una de sus grandes manos se levantó y la aparté con un leve gesto.

—Estate quieto. No, no te han disparado, pero no es mérito tuyo. Había bastante tierra en la herida, astillas de madera y corteza. Si tuviera que adivinar,

diría que uno de los tiros derribó una rama que te golpeó en la cabeza al caer.

—¿Está completamente segura de que no fue una tomahawk? —El mayor también parecía defraudado.

Até el último nudo y corté el hilo restante.

—Me parece que nunca he visto una herida de tomahawk, pero no lo creo. ¿Ve lo irregulares que son los bordes? Y aunque el corte de la cabeza es muy feo, no creo que el hueso esté fracturado.

—Además, según nos ha contado el muchacho, estaba completamente oscuro —añadió Jamie con lógica—. Ninguna persona razonable lanzaría un hacha en un bosque oscuro a algo que no puede ver.

Jamie sostenía la lámpara de alcohol para alumbrarme mientras yo trabajaba; la acercó un poco más, de modo que pudiéramos ver no sólo la irregular línea de los puntos, sino también el moretón que se extendía a su alrededor y que había quedado al descubierto cuando corté una parte del pelo.

—Es cierto, ¿lo ves? —El dedo de Jamie separó suavemente los pelos que quedaban, señalando varios rasguños profundos en la zona del moretón—. Tu tía tiene razón, Ian; has sido atacado por un árbol.

Ian abrió un ojo, achinándolo.

—¿Alguna vez te han dicho que eres muy gracioso, tío Jamie?

—No.

Ian cerró el ojo de nuevo.

—Eso está bien, porque no lo eres.

Jamie sonrió, y apretó el hombro de Ian.

—Ya te sientes un poco mejor, ¿verdad?

—No.

—Sí, bueno —interrumpió el mayor MacDonald—, la cuestión es que el muchacho se topó con alguna clase de bandidos, ¿no? ¿Te pareció que podían ser indios?

—No —repitió Ian, pero esta vez abriendo el ojo del todo; estaba inyectado en sangre—. No lo eran.

MacDonald no pareció complacido con la respuesta.

—¿Cómo puedes estar tan seguro, muchacho? —preguntó algo airado—. Si estaba tan oscuro como dices...

Ian gimió un poco, luego soltó un profundo suspiro y contestó.

—Los oí —dijo, y casi de inmediato añadió—: Creo que voy a vomitar.

Se incorporó apoyándose en un codo y vomitó. Eso consiguió poner fin a las preguntas. Jamie se llevó al mayor MacDonald a la cocina mientras yo limpiaba a Ian y trataba de instalarlo en la posición más cómoda posible.

—¿Puedes abrir los dos ojos? —pregunté una vez que estuve mejor ubicado, descansando de costado, con una almohada bajo la cabeza.

Ian hizo lo que le pedía, parpadeando ligeramente. La llama azulada de la

lámpara de alcohol se reflejó dos veces en sus ojos, pero las pupilas se contrajeron de inmediato y al mismo tiempo.

—¡Fantástico! —asentí, y dejé la lámpara sobre la mesa—. Déjalo en paz —le dije a *Rollo*, que estaba olfateando el extraño olor de la lámpara, una mezcla de *brandy* de baja graduación y aguarrás—. Cógeme los dedos, Ian.

Extendí mis dedos índices y él, lentamente, cubrió cada uno de ellos con una mano grande y huesuda. Le hice hacer diversos ejercicios para descartar daños neurológicos, indicándole que apretara, tirara y empujara, y luego terminé auscultándole el corazón, que latía con una fuerza tranquilizadora.

—Tienes una ligera commoción cerebral —anuncié con una sonrisa.

—Ah, ¿sí? —preguntó él, mirándome con los ojos entrecerrados.

—Significa que te duele la cabeza y que tienes náuseas. Te sentirás mejor dentro de unos días.

—Eso podría habértelo dicho yo —murmuró él, volviéndose a acostar.

—Es cierto —repliqué—. Pero «commoción cerebral» suena mucho más importante que «golpe en la cabeza», ¿no?

Él no se rió, sino que me respondió con una débil sonrisa.

—¿Puedes ocuparte de darle de comer a *Rollo*, tía? Se negó a dejarme en el camino; debe de tener hambre.

Rollo levantó las orejas al oír su nombre y metió el hocico en la mano de Ian, jadeando suavemente.

—Se encuentra bien —dije dirigiéndome al perro—. No te preocupes. Y sí —añadí para Ian—, le traeré algo de comer. ¿Y tú crees que podrías tragar un poco de pan y leche?

—No —respondió él con firmeza—. Una copita de whisky, tal vez.

—No —dije yo con la misma firmeza, y apagué de un soplo la lámpara.

—Tía —me llamó él cuando me volví hacia la puerta.

—Sí? —Yo había dejado una vela encendida para iluminarlo, e Ian se veía muy joven y pálido bajo aquella vacilante luz amarillenta.

—¿Por qué crees que el mayor MacDonald quería que fueran indios los que encontré en el bosque?

—No lo sé. Pero supongo que Jamie si lo sabe. O ya lo habrá averiguado.

La serpiente en el Edén

Brianna abrió la puerta de su cabaña prestando atención por si oía corretear a algún roedor o el seco susurro de escamas en el suelo. Una vez había entrado en la oscuridad y había estado a punto de pisar una serpiente de cascabel, y si bien el reptil se había asustado tanto como ella y se había escondido a toda velocidad entre las piedras de la chimenea, Brianna había aprendido la lección.

Ninguna rata ni ratón se escabulló cuando entró, pero algo más grande, que ya no estaba, había entrado empujando la piel engrasada sujetada a la ventana. El sol se estaba poniendo, y todavía quedaba luz suficiente como para que ella viera que la cesta tejida en la que guardaba cacahuetes tostados había caído de su estante al suelo y que alguien la había abierto y se había comido el contenido, dejando un reguero de cáscaras por toda la habitación.

Un fuerte crujido la paralizó momentáneamente y la hizo prestar atención. El ruido se repitió, seguido de un violento estrépito cuando algo cayó al suelo, al otro lado de la pared trasera.

—¡Pequeño bastardo! —exclamó Brianna—. ¡Estás en mi despensa!

Animada por una justificada indignación, cogió la escoba y entró en el cobertizo, gritando como un demonio. Un enorme coyote, que masticaba tranquilamente una trucha ahumada, dejó caer su presa cuando la vio, se escabulló entre sus piernas y huyó soltando chillidos de alarma.

Con los nervios de punta, Brianna dejó la escoba a un lado y se agachó para rescatar lo que pudo de aquel desastre, maldiciendo en voz baja. Sólo Dios sabía cuánto tiempo llevaría allí aquel animal, pensó. Lo suficiente como para acabarse toda la manteca del molde, bajar un montón de pescado ahumado de las vigas... y ¿cómo algo tan pesado podría haber llevado a cabo una hazaña tan acrobática como ésa? Por suerte, los pañales de miel estaban guardados en tres jarras separadas, y sólo una había caído en las zarpas del vándalo. Las patatas estaban desparramadas por el suelo, faltaba casi todo un queso fresco, y la valiosa jarra de jarabe de arce se había volcado, formando un charco pegajoso en la tierra. Ver todo aquel desbarajuste la enfureció nuevamente, y apretó la patata que acababa de recoger con tanta fuerza que sus uñas se hundieron en la cáscara.

—¡Maldita bestia horrible!

—¿Quién? —dijo una voz a sus espaldas. Alarmada, Brianna se giró como un remolino y lanzó la patata contra el intruso, que resultó ser Roger. Le acertó de lleno en la frente y lo hizo trastabillar.

—¡Ay! ¡Por Dios! ¿Qué demonios ha ocurrido aquí?

—Un coyote —se apresuró a responder ella, y se echó hacia atrás, dejando que la menguante luz que entraba por la puerta alumbrara los daños.

—¿Se ha comido el jarabe de arce? ¡Qué cabrón! ¿Has atrapado a ese bastardo? —Llevándose la mano a la dolorida frente, Roger se agachó, buscando a su alrededor algún cuerpo peludo.

—No —respondió—. Se ha escapado. ¿Estás sangrando? ¿Y dónde está Jem?

—No lo creo —dijo, separando la mano suavemente de la frente y mirándola

—. Ay ... Tienes un brazo fuerte, muchacha. Jem está en casa de los McGillivray. Lizzie y el señor Wemyss lo llevaron a celebrar el compromiso de Senga.

—¿En serio? ¿A quién ha escogido?

Ute McGillivray había elegido con meticulosidad alemana a los cónyuges de su hijo y de sus tres hijas de acuerdo con sus propios criterios, según los cuales, las propiedades, el dinero y la respetabilidad eran lo más importante, mientras que la edad, el aspecto físico y la personalidad estaban muy atrás en la lista. Sus hijos, como era natural, tenían otras ideas, aunque la fuerza de la personalidad de *Frau Ute* era tal que tanto Inga como Hilda se habían casado con hombres que ella había aprobado.

Senga, por otra parte, era hija de su madre, lo que significaba que sus opiniones eran tan fuertes como las de ella, y que las expresaba con la misma desinhibición. Durante meses había estado vacilando entre dos pretendientes: Heinrich Strasse, un joven atractivo pero pobre —y luterano!— de Bethania, y Ronnie Sinclair, el tonelero, un hombre adinerado para el nivel de la zona. Para Ute, el hecho de que Ronnie tuviera treinta años más que Senga no representaba un obstáculo.

—La señora Bug no lo sabe, lo que está volviéndola loca —respondió Roger con una sonrisa—. Manfred McGillivray fue a buscarla ayer por la mañana, pero la señora Bug aún no había ido a la Casa Grande, de modo que Lizzie dejó una nota en la puerta trasera diciendo dónde habían ido... pero no se le ocurrió añadir quién era el afortunado prometido.

—Supongo que tendremos que esperar hasta mañana para averiguarlo —se lamentó. La casa de los McGillivray estaba a más de ocho kilómetros; ya habría oscurecido cuando llegaran allí, y, a pesar de que el deshielo ya había pasado, uno no se aventuraba en las montañas de noche sin una buena razón... o, al menos, una razón mejor que la mera curiosidad.

—Ciento. ¿Quieres ir a la Casa Grande a cenar? Ha venido el mayor MacDonald.

—Oh, él. —Roger reflexionó un momento. Por una parte, le habría gustado enterarse de las noticias que hubiera traído el mayor, pero, por otra, no estaba de humor para ser sociable, después de haber soportado tres días deprimentes, una larga cabalgata y la profanación de su despensa.

Brianna se percató de que Roger se cuidaba de manifestar su opinión. Con un brazo apoyado en el estante en el que se almacenaba la provisión cada vez menos abundante de manzanas, acariciaba una de las frutas con expresión ausente, rozando con el dedo la superficie redonda y amarilla. Parecía emitir unas vibraciones débiles y familiares, que sugerían silenciosamente que podría haber ventajas en pasar una noche en casa, sin padres, conocidos, ni el bebé.

—¿Cómo está tu pobre cabeza?

Él la miró brevemente, mientras los débiles rayos de sol doraban el puente de su nariz y proyectaban un reflejo verde en uno de sus ojos. Se aclaró la garganta.

—Supongo que podrías besarla —sugirió con timidez—. Siquieres...

Ella, obediente, se puso de puntillas y lo hizo, con suavidad, apartándole el tupido pelo negro de la frente. Había una hinchazón perceptible, aunque aún no había comenzado a amoratarse.

—¡Mejor?

—Aún no. Inténtalo de nuevo. Un poco más abajo, tal vez.

Sus manos se posaron en la curva de su cintura, atrayéndola hacia él. Brianna era casi tan alta como Roger; ya había notado antes lo conveniente que era eso, pero volvió a sentirlo, con fuerza, en ese momento. Se revolvió ligeramente, disfrutándolo, y Roger soltó una exhalación profunda y ronca.

—No tan abajo —dijo—. Todavía no, en cualquier caso.

—Qué quisquilloso —bromeó ella, y lo besó en la boca. Sus labios estaban calientes, pero aún olian a ceniza y a tierra húmeda. Brianna pensó que ella también debía de oler así, se estremeció levemente y se apartó de él.

Roger dejó una de sus manos en la espalda de ella, sin forzarla, pero se inclinó un poco y pasó un dedo por el borde del estante donde se había volcado la jarra de jarabe de arce. Luego pasó el dedo con suavidad por el labio inferior de ella, después por el suyo, y volvió a inclinarse para besarla, mientras la dulzura crecía entre ambos.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que te vi desnuda.

—Hace unos tres días. Supongo que no debió de ser muy memorable. —Había sido un gran alivio quitarse la ropa que había usado los últimos tres días y noches. Pero incluso desnuda, y después de lavarse apresuradamente, su pelo seguía oliendo a polvo, y sentía la suciedad del viaje entre los dedos de los pies.

—Oh, sí, es cierto. Pero no era a eso a lo que me refería; quiero decir, hacía mucho tiempo que no hacíamos el amor a la luz del día. —Se tumbó de costado, enfrentándose a ella, y sonrió al tiempo que le pasaba la mano ligeramente por la pronunciada curva de la cintura y la ondulación de las nalgas—. No tienes idea de lo hermosa que estás, totalmente desnuda, con el sol detrás de ti. Toda dorada, como si te hubieras bañado en oro.

Él cerró un ojo, como si la visión lo deslumbrara. Ella se movió y el sol brilló

en su cara, haciendo que el ojo abierto resplandeciera como una esmeralda en la fracción de segundo que pasó antes de que él parpadeara.

—Hum. —Ella extendió la mano lúgicamente y acercó la cabeza de él para besarlo.

Sabía muy bien de qué hablaba Roger. Era una sensación extraña, casi perversa, pero a la vez placentera. La mayoría de las veces hacían el amor de noche, después de que Jem se dormía, encontrándose entre las capas crujientes y secretas de los edredones y la ropa de dormir. Y si bien por lo general Jem dormía como si lo hubieran noqueado, siempre eran conscientes del pequeño montículo de respiración profunda que se escondía bajo las mantas de la pequeña cuna que se encontraba cerca de ellos.

Por extraño que pareciera, Brianna era igualmente consciente de Jem en ese momento, en ausencia de él. Le resultaba raro estar separada de él, no saber constantemente dónde se encontraba, no sentir su cuerpo como una extensión pequeña y móvil de sí misma. Esa libertad era excitante, pero le dejaba una sensación de incomodidad, como si hubiera perdido algo valioso.

Habían dejado la puerta abierta, para disfrutar mejor de la luz y el aire sobre la piel. Pero el sol ya casi había desaparecido y, aunque el aire seguía siendo cálido como la miel, había algo gélido en él.

Una repentina ráfaga de viento agitó la piel clavada a la ventana y sopló por la habitación, cerrando la puerta de un golpe y dejándolos de repente en la oscuridad.

Brianna soltó un grito ahogado. Roger gruñó, sorprendido, se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta. La abrió del todo y ella absorbió la corriente de aire y luz solar, consciente en ese momento de que había contenido el aliento cuando la puerta se cerró, sintiendo una claustrofobia momentánea.

Roger parecía sentir lo mismo. Se quedó de pie en el umbral, apoyándose en el marco de la puerta, dejando que el viento agitara sus rizos oscuros. Su pelo seguía recogido en una coleta; no se había molestado en soltárselo, y ella sintió el repentino deseo de acercarse a él, desatar la tira de cuero y pasar los dedos por aquella negrura suave y brillante, herencia de algún antiguo español, naufragado entre los celtas.

Se levantó y comenzó a hacerlo, incluso antes de decidirlo conscientemente, quitándole espigas amarillas y ramitas de entre los mechones. Él se estremeció, por el roce de los dedos de ella o los del viento, pero su cuerpo estaba caliente.

—Tienes la piel bronceada como un campesino —dijo Brianna, apartándole el pelo del cuello y besándolo en la nuca.

—¿Y? ¿Acaso no soy un campesino? —Su cara, el cuello y los antebrazos habían perdido color durante el invierno, pero seguían siendo más oscuros que la espalda y los brazos, y todavía tenía una débil línea alrededor de la cintura, que separaba el suave color de gamuza de su torso de la sorprendente palidez de su

trasero.

Le agarró las nalgas con las manos ahuecadas, gozando de su solidez turgente y redondeada, y él respiró hondo, inclinándose un poco hacia ella. Los pechos de Brianna presionaron su espalda y la barbilla descansó sobre su hombro, mirando hacia afuera.

Los últimos y largos rayos del sol crepuscular estallaron a través de los castaños, y el suave verde primaveral de sus hojas ardió con un fuego frío y brillante. Ya casi había anochecido, pero era primavera; los pájaros seguían charlando y cortejándose. Un ruiseñor cantó desde el bosque cercano, en un popurrí de trinos, claras melodías y extraños alaridos, que a Brianna le pareció que había aprendido del gato de su madre.

El aire era ahora más frío, y la carne de gallina le cubrió los brazos y los muslos, pero el cuerpo de Roger, apretado contra ella, estaba muy caliente. Brianna le rodeó la cintura con los brazos, mientras los dedos de una mano jugaban entre el matorral ensortijado de su vello.

—¿Qué estás mirando? —preguntó en voz baja. Los ojos de Roger estaban fijos al otro extremo del jardín, donde el sendero se internaba en el bosque.

—Estoy vigilando por si aparece una serpiente que trae manzanas —dijo él, echándose a reír; luego se aclaró la garganta—. ¿Tienes hambre, Eva?

—Un poco. ¿Y tú? —Él debía de estar hambriento; apenas habían comido un rápido bocadillo al mediodía.

—Sí, pero... —Se interrumpió, vaciló, y sus dedos apretaron con fuerza los de ella—. Pensarás que estoy loco, pero... ¿te molestaría si fuera a buscar a Jem esta noche, en vez de esperar hasta mañana? Es sólo que me sentiría un poco mejor si él estuviera aquí.

Ella le devolvió el apretón en la mano, sintiendo que su corazón se alegraba.

—Iremos juntos. Es una gran idea.

—Tal vez, pero son ocho kilómetros hasta la casa de los McGillivray. Oscurecerá mucho antes de que lleguemos. —Estaba sonriendo, y su cuerpo le rozó los pechos cuando se volvió.

Algo se movió junto a la cara de Brianna, que se echó hacia atrás bruscamente. Una oruga diminuta, verde como las hojas de las que se alimentaba y vibrante contra el pelo oscuro de Roger, se acurrucó formando una S buscando en vano un refugio.

—¿Qué? —Roger miró de reojo, tratando de ver lo que ella miraba.

—He encontrado tu serpiente. Supongo que está buscando una manzana. —Brianna hizo subir a la minúscula oruga a su dedo, salió de la casa y se agachó para soltarla sobre una hoja. En apenas un instante, el sol había desaparecido, y el bosque ya no tenía el color de la vida.

Una voluta de humo le llegó a la nariz; era humo procedente de la chimenea de la Casa Grande. Su garganta se cerró con el olor a quemado. De pronto, la

inquietud que sentía se volvió más fuerte. El ruiseñor había callado, y el bosque parecía lleno de misterios y amenazas.

Brianna se puso en pie, pasándose una mano por el pelo.

—Vayamos, pues.

—¿No quieres cenar antes? —Roger la miró con expresión de curiosidad, con los pantalones en la mano.

—No, vámonos. —En ese instante, nada parecía importar, salvo ir a buscar a Jem y estar juntos de nuevo, como una familia.

—De acuerdo —dijo Roger—. Pero creo que será mejor que te pongas tu hoja de parra... por si nos cruzamos con un ángel con una espada de fuego.

Las sombras que proyecta el fuego

Abandoné a Ian y a *Rollo* al torbellino de la benevolencia de la señora Bug —a ver si Ian podía decirle a ella que no quería pan y leche—, y me senté a comer mi propia y tardía cena: una tortilla recién hecha, que llevaba no sólo queso, sino también trocitos de tocino, espárragos y setas silvestres, todo ello condimentado con cebolleta.

Jamie y el mayor ya habían terminado de cenar y estaban sentados junto al fuego bajo la atmósfera viciada y amable del humo de tabaco que salía de la pipa de barro del mayor. Al parecer, Jamie acababa de contarle a MacDonald la horrible tragedia que había tenido lugar, puesto que el mayor fruncía el ceño y movía la cabeza en un gesto de pesar.

—¡Pobres necios! —exclamó—. ¿Cree que serán los mismos bandidos que atacaron a su sobrino?

—Sí —respondió Jamie—. No me gustaría pensar que hay dos bandas como ésa merodeando en la montaña. —Miró hacia la ventana y de pronto me di cuenta de que había cogido la escopeta de caza y que estaba limpiando con expresión ausente el immaculado cañón del arma con un trapo encerado—. Deduzco, *a charaid*, que ha recibido usted informes de casos similares.

—Tres más, por lo menos. —La pipa del mayor amenazaba con apagarse, y éste le dio una poderosa chupada, haciendo que el tabaco resplandeciera en la cazoleta y chisporroteara con un repentino resplandor rojizo.

Sentí una mínima aprensión que me hizo detenerme, con un bocado de seta caliente en la boca. La posibilidad de que una misteriosa pandilla de hombres armados estuviera rondando por ahí, atacando asentamientos al azar, no se me había ocurrido hasta ese momento.

Obviamente, a Jamie sí se le había ocurrido. Éste se incorporó, volvió a colgar la escopeta de sus ganchos y tocó el rifle que colgaba más arriba en un gesto tranquilizador. Luego se dirigió al aparador, donde guardaba sus pistolas de rueda y el estuche con el elegante par de pistolas de duelo.

MacDonald observó con un gesto de aprobación cuando Jamie procedió a desplegar metódicamente sus armas, bolsas de balas, moldes para fabricar munición, refuerzos, varas y todos los otros elementos de su arsenal personal.

—Ejem... Qué arma tan bonita, coronel —dijo MacDonald, señalando con la cabeza una de las pistolas de rueda, un objeto elegante, de cañón largo, con una culata tallada y accesorios bañados en plata.

Jamie miró de reojo a MacDonald al oír la palabra «coronel», pero

respondió con aparente calma:

—Sí, es bellísima. Pero no acierta a nada que esté a más de dos pasos de distancia. La gané en una carrera de caballos.

De todas formas, revisó el pedernal, volvió a ponerlo en su lugar y dejó el arma a un lado.

—¿Dónde? —preguntó Jamie, buscando el molde para hacer balas.

—Le advierto que es sólo lo que me han dicho —dijo MacDonald, sacándose la pipa de la boca un momento, para luego volver a metérsela y dar otra chupada—. Un asentamiento a cierta distancia de Salem, totalmente incendiado. Unos tipos que se apellidaban Zinzer... Alemanes. Eso fue en febrero, a finales de mes. Luego, tres semanas después, un *ferry*, en el Yadkin, al norte de Woram's Landing. Robaron en la casa y mataron al barquero. El tercero... —En ese punto dejó de hablar, chupando con furia; me observó y luego miró a Jamie.

—Hable, amigo mío —pidió Jamie en gaélico, con expresión resignada—. Seguramente ella habrá visto cosas más terribles que usted.

Asentí con un gesto, y el mayor torció.

—Sí. Bien, con perdón, señora... Yo me encontraba en un, eh, establecimiento de Edenton...

—¿Un burdel? —Deduje—. Sí, claro. Continúe, mayor.

Él se apresuró a hacerlo, mientras su cara adquiría un tono rojo subido debajo de la peluca.

—Ah... en efecto. Bien, verán, fue una de las eh... muchachas del lugar, que me contó que la habían secuestrado de su casa unos delincuentes que un día se presentaron de improviso. Ella vivía con una anciana, su abuela, la única familia que tenía, y me dijo que mataron a la anciana y luego quemaron la casa con ella dentro.

—¿Y quién dijo que lo había hecho? —Jamie había girado la banqueta para colocarse frente a la chimenea, y estaba derritiendo trocitos de plomo para el molde de la munición.

—Eh... —MacDonald se ruborizó un poco más y el humo salió de su pipa con tanta ferocidad que apenas podía distinguir sus facciones entre las volutas.

Finalmente, y después de muchas toses y rodeos, supimos que el mayor en realidad no había creído a la muchacha en el momento, o bien había estado demasiado interesado en disponer de sus encantos como para prestarle mucha atención. Suponiendo que se trataba de una de las historias que las prostitutas solían contar para generar simpatía y conseguir una copa extra de ginebra, no se había molestado en averiguar más detalles.

—Pero cuando más tarde me enteré de los otros incendios... Bueno, verán, he tenido la suerte de que el gobernador me encargara mantener la oreja pegada al suelo por si había movimiento. Y comencé a pensar que este ejemplo particular de movimiento tal vez no fuera una coincidencia.

Jamie y yo nos miramos, él con aire divertido, yo con gesto de resignación. Me había apostado que MacDonald —un oficial de caballería retirado que sobrevivía con trabajos privados— no sólo saldría indemne de la renuncia del gobernador Tryon, sino que también lograría procurarse algún puesto en el nuevo régimen, ahora que Tryon se había marchado para aceptar el cargo de gobernador de Nueva York.

El olor del plomo caliente comenzó a invadir la sala, compitiendo con el humo de la pipa del mayor e invadiendo la atmósfera agradable y doméstica del pan caliente, procedente de la cocina, de las hierbas aromáticas, los estropajos y la lejía, que por lo general llenaban la cocina.

El plomo se derrite de repente; en un momento, puede haber una bala deformada o un botón doblado en el cazo, entero y bien definido; en el momento siguiente, ya ha desaparecido, convertido en un diminuto charco de metal que brilla débilmente. Jamie vertió el plomo derretido en el molde con mucho cuidado, apartando la cara del humo.

—¿Por qué indios?

—Ah. Eso fue lo que dijo la prostituta de Edenton. Me contó que algunos de los que quemaron su casa y la secuestraron eran indios.

—¿Y cuándo conoció a esa muchacha, Donald?

—Por Navidades. —El mayor hurgó en la cazoleta de su pipa con un dedo índice manchado, sin levantar la mirada—. ¿Se refiere a cuándo atacaron su casa? No me lo dijiste, pero creo... que no debió de ser mucho antes. Ella aún era bastante... eh... nueva. —Tosió, se dio cuenta de que yo estaba mirándolo, contuvo el aliento y volvió a toser con fuerza, ruborizándose.

Dejé el tenedor sobre la mesa, ya sin ningún apetito.

—¿Cómo? —exigié saber—. ¿Cómo fue a parar esa joven al burdel?

—La vendieron, señora. —El rubor seguía manchando las mejillas de MacDonald, pero había recuperado la compostura lo bastante como para mirarme—. Los forajidos. Se la vendieron a un comerciante fluvial, dijo ella, pocos días después de que la secuestraron. Él se la quedó un tiempo, en su barco, pero una noche acudió un hombre para hacer negocios, le gustó y la compró. La llevó hasta la costa, pero supongo que a esas alturas se habría cansado ya de ella...

—Ya veo —asentí. La mitad de la tortilla que había comido había formado una bola dura y pequeña en el fondo de mi estómago.

Aún era bastante nueva... Me pregunté cuánto tiempo tardaría. Cuánto tiempo duraría una mujer, pasada de mano en mano, desde las tablas astilladas de la cubierta de un barco fluvial a los andrajosos colchones de una habitación alquilada, con apenas lo necesario para mantenerse con vida. Era muy posible que aquel burdel de Edenton le pareciera una especie de refugio para cuando llegó a él. Pero la idea no me hizo congraciarme con MacDonald.

—¿Recuerda su nombre, al menos, mayor? —pregunté con una cortesía glacial.

Me pareció ver de reojo que las comisuras de los labios de Jamie se retorcían, pero no aparté la mirada de MacDonald.

—A decir verdad, señora, yo las llamo a todas Polly —explicó—. Me ahorra problemas, ¿sabe?

El regreso de la señora Bug, que traía un cuenco vacío, me ahorró la respuesta, o algo peor.

—El muchacho ha comido, y va a acostarse —anunció. Sus agudos ojos pasaron de mi cara a mi plato semivacío. Abrió la boca, frunciendo el ceño, pero entonces miró a Jamie, y, después de recibir, al parecer, una orden muda por parte de él, volvió a cerrarla y levantó el plato con un breve «¡hum!».

—Señora Bug —dijo Jamie—, ¿podría ir ahora mismo a buscar a Arch y pedirle que venga? ¿Y, si no es mucho pedir, también a Roger Mac?

—Lo haré —asintió, y regañándose por mi falta de apetito con un movimiento de la cabeza, dejó los platos y salió, sin cerrar la puerta con llave.

—Woram's Landing —dijo Jamie dirigiéndose a MacDonald, reanudando la conversación como si ésta no se hubiera interrumpido—. Y Salem. Y si son los mismos hombres, el joven Ian se encontró con ellos en el bosque, al oeste, a un día de distancia de aquí. Bastante cerca.

—¿Bastante cerca para ser los mismos? Sí, es verdad.

—Estamos a principios de primavera —dijo Jamie mientras miraba por la ventana; ya había oscurecido, y los postigos estaban cerrados, pero una fresca brisa se colaba a través de ellos y agitaba los hilos donde yo había colgado setas a secar, formando siluetas oscuras y arrugadas que se balanceaban como diminutos bailarines, congelados contra la madera pálida.

Entendí qué quería decir con ello. El terreno montañoso era imposible de atravesar durante el invierno; en los pasos altos aún había nieve, y las laderas más bajas habían empezado a reverdecer y florecer en las últimas semanas. Si había una pandilla organizada de bandoleros, no habrían empezado a trasladarse al campo hasta ahora, después de pasar el invierno ocultándose al pie del monte.

—Es cierto —accedió MacDonald—. Tal vez estemos a tiempo de ponernos en guardia. Pero antes de que vengan sus hombres, señor, podríamos hablar de lo que me trajo aquí.

—¿Sí? —dijo Jamie, entrecerrando los ojos al tiempo que vertía un torrente brillante de plomo—. Por supuesto, Donald. ¿De qué se trata?

MacDonald sonrió como un tiburón; habíamos llegado a la cuestión principal.

—A usted le ha ido bien en este lugar, coronel. ¿Cuántas familias tiene en sus tierras?

—Treinta y cuatro —respondió Jamie. No levantó la mirada; en cambio, hizo girar otra bala en las cenizas.

—¿Habrá lugar para unas cuantas más?

Estábamos rodeados de miles de kilómetros de espesura; el puñado de residencias en el cerro de Fraser apenas formaría un punto en un mapa, y podía desvanecerse como el humo. Pensé por un momento en la cabaña holandesa, y me estremecí. Todavía podía sentir el olor amargo y asfixiante de la carne quemada en el fondo de mi garganta.

—Es posible —respondió Jamie con ecuanimidad—. Los nuevos emigrantes escoceses, ¿verdad? ¿Desde más allá de Thurso?

Tanto MacDonald como yo lo miramos fijamente.

—¿Cómo diablos lo sabe? —exigió saber el mayor—. ¡Yo no me enteré hasta hace diez días!

—Ayer encontré a un hombre en el molino. Un caballero de Filadelfia, que había venido a las montañas a recoger plantas. Venía de Cross Creek y los había visto. Al parecer, provocaron un gran revuelo en Brunswick, y no se sintieron del todo bienvenidos, de modo que remontaron el río en barcas.

—¿Revuelo? ¿Qué hicieron? —Quise saber.

—Verá usted, señora —explicó el mayor—, son muchos los que están llegando en barcos estos días, directamente desde las Highlands. Aldeas enteras, apiñadas en las bodegas de los barcos, y desembarcan como si fueran ganado. Pero no hay nada para ellos en la costa, y los vecinos del lugar acostumbran a señalarlos con el dedo y a reírse de ellos, al ver las fachas estrañas que gastan; de modo que, en su mayoría, se meten directamente en una barcaza y suben por el cabo del Miedo. En Campbelton y Cross Creek, al menos, hay gente con la que pueden hablar.

Me sonrió, quitándose una pelusa de los faldones de su uniforme.

—Los vecinos de Brunswick no deben de estar acostumbrados a unos escoceses tan hambrientos, puesto que sólo han visto escoceses civilizados como su marido y su tía.

Señaló a Jamie, quien hizo una pequeña, irónica, reverencia.

—Bueno, relativamente文明ados —murmuré. Todavía no estaba dispuesta a perdonar a MacDonald por la prostituta de Edenton—. Pero...

—Apenas saben una palabra de inglés, por lo que me han dicho —se apresuró a continuar MacDonald—. Farquard Campbell fue a hablar con ellos y los trajo al norte, hasta Campbelton, y no tengo dudas de que todavía deben de estar dando vueltas por la costa, sin ninguna idea de dónde ir o qué hacer.

—¿Qué ha hecho Campbell con ellos? —preguntó Jamie.

—Ah, se los están repartiendo entre los conocidos de Campbell de Campbelton, pero eso no dará resultado a largo plazo, como usted sabe. Campbelton era un pequeño asentamiento cerca de Cross Creek, que giraba alrededor de las prósperas actividades comerciales de Farquard Campbell, y la tierra que la rodeaba estaba totalmente asignada, mayormente en manos de

parientes de Campbell. Farquard tenía ocho hijos, muchos de los cuales estaban casados, y eran tan fértiles como su padre.

—Por supuesto —asintió Jamie, receloso—. Pero son de la costa del norte. Seguramente son pescadores, no campesinos.

—Sí, pero están dispuestos a cambiar, ¿no? No hay nada para ellos en Escocia. Han venido hasta aquí, y ahora deben sacar el mejor partido posible de la situación. Un hombre puede aprender a trabajar la tierra, ¿verdad?

Jamie tenía una expresión dubitativa, pero el entusiasmo de MacDonald era incontenible.

—He visto a muchos pescadores y labriegos convertirse en soldados, y apuesto a que usted también. Trabajar la tierra no es más difícil que ser soldado, ¿no es así?

Jamie sonrió; había dejado el campo a los diecinueve años y combatido como mercenario en Francia durante varios años antes de regresar a Escocia.

—Sí, bien, tal vez sea cierto, Donald. Pero el asunto es que cuando eres soldado alguien te dice lo que tienes que hacer desde el momento en que te levantas hasta que te desplomas por la noche. ¿Quién les explicará a estos pobres necios de qué lado se ordeñan las vacas?

—Tú, espero —le dije. Me despercé, relajando la espalda y miré fijamente a MacDonald—. O al menos supongo que usted va por ahí, ¿no es cierto, mayor?

—Su encanto es superado sólo por su astucia, señora —dijo MacDonald, haciendo una elegante reverencia en mi dirección—. Sí, ésa es la cuestión. Toda su gente son de las Highlands, señor, y campesinos; pueden hablar con esos recién llegados en su propia lengua, enseñarles lo que tienen que saber, ayudarlos a abrirse paso.

—Hay muchos otros pueblos en la colonia en los que hablan *Gaidhlig* —objetó Jamie—. Y la mayoría de ellos están en una zona mucho mejor situada que Campbelton.

—Cierto, pero usted tiene tierras libres que necesitan ser asignadas. —Sintiendo, al parecer, que había ganado la discusión, MacDonald volvió a sentarse y levantó su abandonada jarra de cerveza.

Jamie me miró, levantando una ceja. Era cierto que teníamos tierras libres: cuatro mil hectáreas, pero apenas ocho de ellas cultivadas. También era cierto que la escasez de trabajadores era muy grande en toda la colonia, pero todavía más en las montañas, donde la tierra no se prestaba al tabaco o al arroz, la clase de cosechas aptas para el trabajo de esclavos.

—La dificultad, Donald, es cómo instalarlos. —Jamie se inclinó para hacer girar otra bala en la chimenea, y luego se incorporó, metiéndose un mechón suelto de pelo ceniciento detrás de la oreja—. Tengo tierra, es cierto, pero poco más. No puedes soltar a gente recién llegada de Escocia en el bosque y esperar que se ganen la vida por su cuenta. Ni siquiera podría proporcionarles los zapatos

y la ropa que tendría un esclavo; mucho menos herramientas. ¿Y cómo alimentarlos a todos ellos y a sus esposas e hijos durante el invierno? ¿Cómo ofrecerles protección? —Levantó el cazo para subrayar su argumento, luego dejó caer otro pedazo de plomo.

—Ah, protección. Bien, puesto que lo ha mencionado, déjeme pasar a otra cuestión de interés. —MacDonald se inclinó hacia adelante, bajando la voz en actitud confidencial, aunque nadie podía oírlo—. He dicho que trabajo para el gobernador, ¿verdad? Él me ha encargado que viajara a la parte occidental de la colonia y que mantuviera la oreja en el suelo. Hay reguladores que aún no han sido indultados, y... —Miró con recelo a un lado y otro—. Usted habrá oído hablar de los comités de seguridad, ¿no?

—Un poco.

—Pero aún no debe de haber ninguno establecido aquí, en el campo...

—No, que yo sepa. —Jamie se había quedado sin más plomo para derretir, y, cuando se agachó para recoger las balas recién hechas de las cenizas que tenía a los pies, la cálida luz del fuego formó un resplandor rojizo en su coronilla. Me senté a su lado en el banco, cogí la bolsa de municiones de la mesa y la sostuve abierta para él.

—Bien —dijo MacDonald con un gesto de satisfacción—. Veo que he venido en un buen momento, entonces.

Durante los disturbios entre civiles que rodearon la guerra de la Regulación de un año antes, se habían formado varios grupos informales de ciudadanos, inspirados por grupos similares de las otras colonias. Si la Corona ya no era capaz de garantizar la seguridad de los colonos, decían, entonces ellos debían ocuparse personalmente del tema.

Ya no se podía confiar en que los sheriffs mantuviesen el orden; los escándalos que había inspirado el movimiento de los Reguladores habían dado buena cuenta de ello. La dificultad, por supuesto, residía en que, como los comités eran autoproclamados, no eran más fiables que los sheriffs.

También había otros comités. Se trataba de comités de correspondencia, organizaciones poco definidas de hombres que escribían cartas a diestro y siniestro, difundiendo noticias y rumores entre las colonias. Y de estos distintos comités surgirían las semillas de la revolución, que ya estaban germinando en alguna parte, aquella fría noche primaveral.

Como me ocurría cada tanto calculé el tiempo que quedaba. Ya casi estábamos en abril de 1773 y «el dieciocho de abril, en el setenta y cinco»... como había escrito Longfellow de una manera tan pintoresca...

Dos años. Pero la guerra tiene una larga mecha y una cerilla de efecto lento. Ésta se había encendido en Alamance, y las líneas calientes y resplandecientes del fuego que se arrastraba por Carolina del Norte ya eran visibles para aquellos que sabían dónde mirar.

Las balas de plomo en la bolsa de municiones que yo sostenía rodaron y chocaron entre sí; mis dedos apretaban el cuero. Jamie se dio cuenta y me tocó la rodilla, en un gesto rápido y leve para tranquilizarme, luego cogió la bolsa y la guardó en la caja de cartuchos.

—Un buen momento... —repitió—. ¿Qué quiere decir con eso, Donald?

—¿Qué otra persona, aparte de usted, coronel, debería liderar un comité de esa clase? Desde luego que se lo he sugerido al gobernador.

—Muy amable por su parte, mayor —dijo Jamie secamente, y me miró encarcando una ceja. El gobierno de la colonia debía de estar en una situación mucho peor de lo que él suponía para que el gobernador Martin no sólo tolerara la existencia de los comités, sino que los aprobara clandestinamente.

El sonido largo y profundo del bostezo de un perro me llegó débilmente desde el vestíbulo, y me excusé para ver cómo se encontraba Ian.

Me pregunté si el gobernador Martin tenía alguna idea de lo que estaba liberando. Suponía que sí, y que estaba tratando de sacar el mejor partido de una mala situación, intentando asegurarse de que al mando de los comités de seguridad hubiera hombres que habían apoyado a la Corona durante la guerra de la Regulación. Pero la verdad era que él no podía controlar muchos de esos comités, o conocer siquiera su existencia. La colonia comenzaba a sisear como una tetera a punto de hervir, y Martin no tenía tropas oficiales a su mando, sólo irregulares como MacDonald y la milicia.

Ésta, por supuesto, era la razón de que MacDonald llamara «coronel» a Jamie. El gobernador anterior, William Tryon, había nombrado a Jamie —bastante en contra de su voluntad— coronel de la milicia para los territorios a este lado del Yadkin.

«Hum», dije para mis adentros. Ni MacDonald ni Martin eran tontos. Invitar a Jamie a establecer un comité de seguridad significaba que éste convocaría a los hombres que habían servido a su mando en la milicia, pero no comprometería al gobierno a pagarles o equiparlos, y el gobernador quedaría exento de responsabilidad puesto que un comité de seguridad no era un organismo oficial. Jamie corría un peligro considerable —así como todos nosotros— si aceptaba esa propuesta.

Estaba oscuro en el vestíbulo; no había ninguna luz, salvo la que llegaba desde la cocina, detrás de mí, y el débil resplandor de la única vela encendida en la consulta. Ian dormía, pero tenía un sueño inquieto, con una ligera arruga de turbación en la suave piel entre las cejas. *Rollo* levantó la cabeza y su gruesa cola se balanceó de un lado a otro a manera de saludo.

Ian no respondió cuando lo llamé por su nombre, ni cuando posé una mano sobre su hombro. Lo sacudí con suavidad, luego con un poco más de fuerza. Vi que se debatía, bajo la inconsciencia, como un hombre nadando en corrientes subterráneas, rindiéndose a las profundidades que lo llamaban, hasta que de

pronto un anzuelo inesperado lo atrapaba, una punzada de dolor en la piel entumecida por el frío.

Sus ojos se abrieron de golpe, oscuros y perdidos, y él me contempló sin entender.

—Hola —le dije en voz baja, aliviada al ver que despertaba—. ¿Cómo te llamas?

Me di cuenta de inmediato que la pregunta no tenía sentido para él, y la repetí, pacientemente. La comprensión brilló en las profundidades de sus pupilas dilatadas.

—¿Quién soy? —dijo en gaélico. Dijo algo más, arrastrando las palabras, en mohawk, y sus párpados se agitaron y se cerraron.

—Despierta, Ian —dije con firmeza—. Dime quién eres.

Sus ojos volvieron a abrirse y él me miró confundido.

—Intentemos algo más fácil —sugirié, levantando dos dedos—. ¿Cuántos dedos ves?

Un resplandor de comprensión surgió en sus ojos.

—No dejes que Arch Bug te vea haciendo eso, tía —dijo lentamente, con la insinuación de una sonrisa en el rostro—. Es un gesto muy grosero, ¿sabes?

Bueno, al menos me había reconocido, así como la señal de la «V»; eso era algo. Y debía de saber quién era, puesto que me había llamado «tía».

—¿Cuál es tu nombre completo? —volví a preguntar.

—Ian James FitzGibbons Fraser Murray —dijo, algo enojado—. ¿Por qué insistes en preguntar mi nombre?

—¿FitzGibbons? —pregunté—. ¿De dónde demonios has sacado eso?

Él gimió y se llevó dos dedos a los párpados, haciendo una mueca de dolor cuando los apretó suavemente.

—Me lo puso el tío Jamie; échale la culpa a él —dijo—. Es por su viejo padrino, según me explicó. Se llamaba Murtagh FitzGibbons Fraser, pero a mí madre no le gustaba el nombre de Murtagh. Creo que voy a volver a vomitar —añadió, apartando la mano.

Finalmente, tembló e hizo arcadas sobre la palangana, pero en realidad no vomitó, lo que era buena señal. Lo ayudé a que se pusiera de costado, blanco y húmedo de sudor, y *Rollo* se apoyó en las patas traseras para lamerle la cara. Ian rió entre gemidos y trató de apartarlo.

—*Theirig dhachaigh, Okwaho* —dijo. *Theirig dhachaigh* significaba «vete a casa» en gaélico, y era evidente que Okwaho era el nombre de *Rollo* en mohawk. Ian parecía tener dificultades en escoger entre los tres idiomas que hablaba fluidamente, pero era obvio que estaba lúcido, a pesar de eso. Después de que le hube hecho responder más preguntas molestas y sin sentido, le limpié la cara con un paño húmedo, le dejé enjuagarse la boca con vino muy aguado y volví a meterlo en la cama.

—¿Tía? —dijo fatigosamente, mientras yo me volvía hacia la puerta—.
¿Crees que alguna vez volveré a ver a mi madre?

Me detuve. No tenía la menor idea de cómo contestar a esa pregunta. Pero en realidad no fue necesario; él ya había vuelto a sumirse en el sueño y respiraba profundamente, con la rapidez que suelen mostrar los pacientes de una conmoción, antes de que yo pudiera encontrar las palabras adecuadas.

Emboscada

Ian se despertó bruscamente, cerrando la mano en torno a su tomahawk. O en lo que debería haber sido su tomahawk, pero en realidad era la tela de sus pantalones. Durante un instante no supo dónde estaba, y se incorporó a medias, tratando de distinguir siluetas en la oscuridad.

El dolor le atravesó la cabeza como un relámpago, haciéndolo gemir quedamente y agarrársela. En la oscuridad, más abajo, *Rollo* soltó un leve bufido de alarma.

Dios santo. Los fuertes olores de la consulta de su tía penetraron en su nariz, alcohol, mecha quemada, hierbas medicinales desecadas y ese espantoso brebaje que ella llamaba penicilina. Cerró los ojos, apoyó la frente en las rodillas levantadas y respiró lentamente por la boca.

¿Qué había soñado? Un sueño de peligro, algo violento; pero no podía captar ninguna imagen clara, sólo la sensación de algo que lo acechaba, algo que lo seguía por el bosque.

Tenía que orinar, urgentemente. Buscando a tientas el borde de la mesa en la que estaba acostado, bajó con cuidado y se incorporó.

La señora Bug le había dejado un orinal, según recordaba, pero la vela se había apagado y él no tenía intenciones de arrastrarse por el suelo para buscarlo. Una luz débil le mostró dónde estaba la puerta; ella la había dejado entreabierta, y por el pasillo llegaba el resplandor de la chimenea de la cocina. Orientándose con esa luz, consiguió llegar hasta la ventana, la abrió, movió el cierre del postigo y permaneció allí de pie, rodeado por el aire de la fresca noche primaveral, con los ojos cerrados cuando consiguió aliviar la vejiga.

Así estaba mejor, aunque con el alivio recobró la conciencia del malestar que sentía en el estómago y de los latidos de la cabeza. Se sentó, apoyando los brazos sobre las rodillas y sosteniéndose la cabeza entre los brazos, esperando que todo lo demás se calmara.

Había voces en la cocina; ahora que prestaba atención podía oírlas claramente. Eran el tío Jamie y el tal MacDonald, y también el viejo Arch Bug; la tía Claire intervenía cada tanto con un comentario en inglés que sonaba agudo en contraste con los ásperos rezongos del escocés y el gaélico.

—¿Estaría usted interesado en ser un agente indio? —Estaba diciendo MacDonald.

¿Qué era eso?, se preguntó Ian. Luego lo recordó. Sí, desde luego; la Corona empleaba a hombres para que acudieran a hacerles ofertas de regalos a las

tribus: tabaco, cuchillos, y cosas semejantes. Les contaban tonterías sobre Jorge III, como si fuese probable que el rey fuera a sentarse ante las hogueras del concejo en la próxima Luna del Conejo.

Ian sonrió tristemente sólo de pensarlo. La idea era bastante sencilla: convencer a los indios de que lucharán para los ingleses cuando fuera necesario. ¿Pero por qué creerían que era necesario en ese momento? Los franceses habían cedido posiciones y se habían retirado a sus bastiones del norte, en Canadá.

Oh. Después recordó lo que Brianna le había comentado sobre los combates que estaban por venir. No sabía si creerla o no; tal vez tenía razón, y en ese caso... No quería pensar en ello. Ni en nada.

Rollo se le acercó sin hacer ruido y se apoyó con fuerza contra su cuerpo. Ian se inclinó y descansó la cabeza sobre la gruesa piel del animal.

Un agente indio se había presentado una vez, cuando él vivía en Snaketown; era un sujeto gordo y pequeño, de mirada recelosa y voz temblorosa. A él le había parecido que aquel hombre. —Los mohawk le habían puesto el sobrenombe de Sudor Fuerte pues hedía como si tuviera una enfermedad mortal — no estaba acostumbrado a los Kahnyen'kehaka; no conocía bien la lengua, y era evidente que esperaba que en cualquier momento le arrancaran la cabellera, algo que a ellos les habría resultado gracísimo, y uno o dos probablemente lo habrían intentado, como broma, si no fuera porque Tewaktenyonh había pedido que lo trataran con respeto. Ian se había visto obligado a servirle de intérprete, una tarea que había llevado a cabo sin mucho placer. Prefería mil veces considerarse un mohawk que reconocer cualquier relación con Sudor Fuerte.

Aunque el tío Jamie... sin duda él lo haría muchísimo mejor. ¿Aceptaría? Ian prestó atención a las voces con interés, pero estaba claro que el tío Jamie no iba a dejar que lo presionaran para tomar la decisión.

Suspiró, rodeó a *Rollo* con un brazo y se apoyó en el perro. Se sentía fatal. Habría supuesto que estaba agonizando, si no hubiera sido porque su tía le había advertido que se sentiría mal durante varios días. Estaba seguro de que ella permanecería a su lado si él fuera a morir, en lugar de marcharse y dejarle a *Rollo* para que le hiciese compañía.

Los postigos todavía estaban abiertos, y el aire fresco se derramó sobre Ian, frío y suave al mismo tiempo, como solía ocurrir en las noches de primavera. Sintió que *Rollo* levantaba la nariz, olfateaba y dejaba escapar un gemido grave y excitado. Una zarigüeya, posiblemente, o un coyote.

—Vete, si quieras —dijo, enderezándose y dándole un pequeño empujón al perro—. Estoy bien.

El perro lo olfateó con recelo y trató de lamerle la parte de atrás de la cabeza, donde estaban los puntos, pero se detuvo cuando Ian soltó un grito y se cubrió la herida con la mano.

—¡Vete, he dicho! —Empujó al perro suavemente y *Rollo* resopló, trazó un

círculo, luego saltó por encima de la cabeza de Ian y por la ventana y cayó al suelo al otro lado con un ruido fuerte. Un chillido espantoso atravesó el aire y se oyó el sonido de unas patas que trataban de escabullirse y de cuerpos pesados rasgando los arbustos.

Luego hubo voces de alarma en la cocina. Ian oyó los pasos del tío Jamie en el pasillo, un instante antes de que se abriera la puerta de la consulta.

—¿Ian? —dijo su tío en voz baja—. ¿Dónde estás, muchacho? ¿Qué ha ocurrido?

Ian se puso en pie, pero una luz cegadora le cubrió los ojos y él trastabilló. El tío Jamie lo cogió del brazo y lo ayudó a sentarse en una banqueta.

—¿Qué ocurre, muchacho? —Cuando su visión se aclaró, pudo ver a su tío a la luz de la puerta, con el rifle en una mano y una expresión de preocupación en el rostro que se volvió irónica cuando vio la ventana abierta. Olfateó profundamente—. Al parecer, no era una mofeta.

—Bueno, eso parece —dijo Ian, tocándose la cabeza con cuidado—. O bien *Rollo* está persiguiendo a una pantera, o ha caído sobre el gato de la tía.

—Oh, sí. Le iría mejor con la pantera. —Su tío dejó el rifle y se acercó a la ventana—. ¿Cierro los postigos o necesitas aire, muchacho? Estás un poco paliducho.

—Me siento paliducho —admitió Ian—. Sí, déjalos abiertos, por favor.

—¿No quieres descansar, Ian?

El chico vaciló. Seguía sintiendo náuseas, y suponía que le apetecía volver a acostarse; pero la consulta lo incomodaba, con esos olores fuertes y los reflejos de minúsculas cuchillas y otras cosas misteriosas y dolorosas. El tío Jamie pareció adivinar su preocupación, porque se inclinó y puso una mano debajo del codo de Ian.

—Ven conmigo, muchacho. Puedes dormir arriba, en una cama de verdad, si no te molesta que el mayor MacDonald esté durmiendo en la otra.

—No me molesta —dijo—, pero creo que me quedare aquí. —Hizo un gesto hacia la ventana—. Seguramente *Rollo* volverá pronto.

El tío Jamie no discutió con él, algo que Ian agradeció. Las mujeres daban vueltas a las cosas; los hombres se limitaban a hacerlas.

Su tío lo levantó sin ninguna ceremonia y lo llevó de vuelta a la cama, lo abrigó con una manta, y luego comenzó a buscar a oscuras el rifle que había dejado en el suelo.

—¿Podrías traerme un vaso de agua, tío Jamie?

—Eh? Oh, claro.

La tía Claire había dejado una jarra de agua a mano. Se oyó el agradable sonido del líquido golpeando contra las paredes del recipiente, y luego sintió el borde de un vaso de barro contra los labios, mientras su tío lo sostenía por la espalda para mantenerlo derecho.

—¿Todo bien, muchacho? —murmuró el tío Jamie.

—Sí, por supuesto. ¿Tío Jamie?

—¿Sí?

—¿La tía Claire te ha contado algo sobre... sobre una guerra? Una guerra futura, quiero decir. Con Inglaterra.

Hubo un momento de silencio y la gran silueta de su tío quedó inmóvil contra la luz de la puerta.

—Sí —dijo, y apartó la mano—. ¿Te lo ha contado a ti?

—No. Ha sido la prima Brianna. —Se tumbó de lado, cuidando de no rozar su cabeza herida—. ¿Tú las crees?

—Sí. Las creo. —Lo dijo con su tono habitual, pero algo en esa frase erizó los pelos de la nuca de Ian.

—Oh, vaya.

La mano de su tío le tocó la cabeza y le apartó el pelo despeinado de la frente.

—No te preocupes por ello, Ian —dijo en voz baja—. Todavía hay tiempo.

Recogió el arma y se marchó. Desde donde estaba tumbado, Ian podía ver el umbral y, más arriba, los árboles al borde del cerro, la ladera de la montaña Negra y luego el negro cielo estrellado.

Oyó que se abría la puerta trasera y luego la voz de la señora Bug, más fuerte que las otras.

—No están en ninguna parte, señor —estaba diciendo, casi sin aliento—. Y la casa está a oscuras, no hay fuego en la chimenea. ¿Dónde habrán ido, a estas horas de la noche?

Ian se preguntó quiénes se habrían ido, pero no parecía tener mucha importancia. Si había algún problema, el tío Jamie se encargaría de resolverlo. Era una idea reconfortante; se sintió como un niño pequeño, a salvo en su cama, oyendo la voz de su padre fuera, hablando con un arrendatario en la fría oscuridad de un amanecer en las Highlands.

El calor fue cubriéndolo lentamente debajo del edredón, y finalmente se quedó dormido.

La luna comenzaba a elevarse en el cielo cuando emprendieron el viaje, lo que era bueno, pensó Brianna. Incluso con aquel orbe grande, dorado e inclinado que navegaba por un río de estrellas y derramaba por el cielo el brillo que había tomado prestado, el sendero por el que caminaban era invisible. Lo mismo ocurría con sus pies, ahogados en el negro absoluto del bosque.

Negro, pero no silencioso. Los gigantescos árboles se agitaban en lo alto, pequeñas cosas chillaban y se escabullían en la oscuridad, y cada tanto, el mudo aleteo de un murciélagos se acercaba a ella lo suficiente como para asustarla, como si de pronto parte de la noche se hubiera soltado y le hubieran crecido alas

delante de la nariz de Brianna.

—¿La gata del ministro es una gata agradecida? —sugirió Roger cuando ella gimió y se aferró a él inmediatamente después de que se le aproximó una de esas criaturas con alas de cuero.

—La gata del ministro es una... gata asustada^[1] —respondió ella, apretándole la mano—. Gracias. —Probablemente terminarían durmiendo delante de la chimenea de los McGillivray, en vez de cómodamente metidos en su propia cama, pero al menos estarían con Jemmy.

—No hay nada que agradecer —repuso Roger—. Yo también quiero estar con él. Ésta es una noche en la que lo mejor es que la familia esté reunida, a salvo y en el mismo lugar.

Ella hizo un pequeño sonido con la garganta de aceptación y agradecimiento, pero quería seguir con la conversación, tanto por la sensación de contacto con él como para mantener a raya la oscuridad.

—El gato del ministro fue un gato muy elocuente —comentó con delicadeza—. En el... en el funeral, quiero decir. El de aquella pobre gente.

Roger resopló; Brianna vio su aliento, blanco en el aire.

—El gato del ministro fue un gato muy ensimismado —dijo—. ¡Por tu padre!

—Lo hiciste muy bien, de verdad —aseguró Brianna.

—Hum —respondió Roger, con otro breve resoplido—. En cuanto a la elocuencia... si la hubo, no fue mía. Lo único que hice fue citar fragmentos de un salmo; ni siquiera podría decirte cuál.

—No tuvo importancia. Pero ¿por qué escogiste... lo que dijiste? Yo creía que elegirías el padrenuestro, o quizás el salmo Veintitrés; todos lo conocen.

—Yo también creí que haría eso —admitió Roger—. Ésa era mi intención. Pero cuando llegó el momento...

Vaciló, y ella vio en su recuerdo aquellos montículos bastos y fríos, y se estremeció, recordando el olor del hollín. Él le apretó la mano con más fuerza, acercó su cuerpo al suyo y metió la mano de ella en el hueco del codo.

—No lo sé. Por alguna razón, me pareció... más apropiado.

—Y así fue —asintió Brianna en voz baja, pero desvió la conversación hacia la cuestión de su último proyecto de ingeniería, una bomba manual para sacar agua del pozo—: Si tuviera algo que me sirviera de tubo, podría llevar agua a la casa con mucha facilidad. Ya tengo la mayor parte de la madera que necesito para una bonita cisterna, si puedo hacer que Ronnie la fabrique; así podremos bañarnos con agua de lluvia, por lo menos. Pero ahuecando troncos de árbol —dijo, refiriéndose al método empleado para la pequeña cantidad de tuberías que se utilizaban para la bomba— tardaría meses en fabricar los suficientes como para llegar del pozo hasta la casa; ni hablar de si quisiéramos hacerlo desde el arroyo. Y no hay ninguna posibilidad de conseguir cobre enrollado. Incluso si

pudiéramos pagarla, que no podemos, traerlo desde Wilmington sería... — Brianna levantó la mano que tenía libre, frustrada por lo monumental del proyecto.

Roger reflexionó un poco sobre el tema; el golpeteo de sus zapatos sobre el rocoso sendero se convirtió en un ritmo agradable.

—Bueno, los antiguos romanos lo hacían con cemento —añadió—. La fórmula está en Plinio.

—Lo sé. Pero hace falta una clase particular de arena, que da la casualidad que no tenemos. Y cal viva, que tampoco tenemos. Y...

—Sí. Pero ¿y si lo intentamos con arcilla? —la interrumpió él—. ¿Recuerdas aquel plato de la boda de Hilda? ¿Aquel grande, marrón y rojo, con unos dibujos muy hermosos?

—Sí —dijo ella—. ¿Por qué?

—Ute McGillivray dijo que se lo había comprado a alguien de Salem. No recuerdo el nombre, pero dijo que aquel tipo era famoso por su alfarería, o como sea que se llame hacer platos.

—¡Te apuesto lo que quieras a que ella no dijo eso!

—Bueno, algo parecido —continuó él, sin inmutarse—. La cuestión es que lo compró aquí; no lo trajo de Alemania. De modo que por esta zona tiene que haber arcilla que pueda cocerse, ¿no?

—Oh, ya entiendo. Bueno, es una idea para tener en cuenta... ¿verdad?

Ya habían bajado del cerro y estaban a menos de quinientos metros de la casa de los McGillivray cuando Brianna notó una sensación inquietante en la nuca. Quizá sólo fuera su imaginación; después de lo que había visto en aquel desfiladero desierto, el oscuro aire del bosque parecía cargado de amenazas, y ella imaginaba emboscadas en cada curva cerrada, tensándose en anticipación del ataque.

De pronto, oyó un crujido en los árboles a su derecha, el ruido de una ramita al partirse de una manera en que no la partirían ni el viento ni ningún animal. El verdadero peligro tenía su propio sabor, nítido como el zumo de limón, en contraste con la limonada aguada de la imaginación.

Su mano apretó el brazo de Roger en un gesto de advertencia, y él se detuvo de inmediato.

—¿Qué? —susurró, llevándose la mano al cuchillo—. ¿Dónde?

Maldición, ¿por qué no habría traído ella su pistola, o al menos su propia daga? Lo único que llevaba encima era su navaja suiza, que siempre llevaba en el bolsillo, además de las armas que pudiera ofrecerle el entorno.

Se apoyó en Roger y señaló, con la mano cerca del cuerpo de él para asegurarse de que siguiera la dirección de su gesto. Luego se agachó y tanteó el suelo en busca de una roca o un palo que pudiera usar como arma.

—Sigue hablando —susurró.

—La gata del ministro es una gata miedosa, ¿verdad? —dijo él, con un tono de burla bastante convincente.

—La gata del ministro es una gata malvada —respondió ella, tratando de imitar su tono jocoso, al tiempo que se metía una mano en el bolsillo. La otra se cerró en torno a una piedra, a la que le quitó la tierra que le quedaba hasta que quedó fría y pesada en su palma. Se levantó, con todos los sentidos enfocados en la oscuridad a su derecha—. Va a despellejar a cualquiera que...

—Oh, son ustedes —dijo una voz en el bosque a sus espaldas.

Brianna soltó un alarido y Roger se sobresaltó, giró sobre sus talones para enfrentarse a la amenaza, la agarró y la empujó detrás de él, todo en un solo movimiento.

El empujón le hizo tambalearse hacia atrás. Un tacón del zapato se le enganchó en una raíz oculta en la oscuridad, y cayó, golpeándose de lleno en un costado, posición desde la que obtuvo una vista excelente de Roger a la luz de la luna, con el cuchillo en la mano, abalanzándose sobre los árboles con un rugido incoherente.

Tardíamente registró lo que la voz había dicho, así como el inconfundible tono de desilusión que había en ella. Una voz muy similar, cargada de alarma, habló desde el bosque a su derecha:

—¿Jo? —dijo—. ¿Qué? ¿Jo, qué?

Se oyeron ruidos de lucha y gritos a la izquierda. Roger le había puesto las manos encima a alguien.

—¡Roger! —gritó Brianna—. ¡Roger, para! ¡Son los Beardsley!

Ella había soltado la roca al caer, y ahora se puso en pie, frotándose la mano contra la falda para quitarse la tierra. El corazón seguía latiéndole con fuerza, se había hecho un moretón en la nalga izquierda, y su impulso de echarse a reír estaba teñido por el fuerte deseo de estrangular a uno o a los gemelos Beardsley.

—¡Kezzie Beardsley, sal de ahí! —gritó, luego lo repitió, incluso más fuerte. La audición de Kezzie había mejorado después de que la madre de Brianna le había quitado las amígdalas y las adenoides, pero de todas formas seguía estando bastante sordo.

Después de unos fuertes crujidos en los arbustos apareció ante sus ojos la delgada silueta de Keziah Beardsley, con su cabello oscuro, el rostro blanco, y armado con un gran garrote, que intentó ocultar detrás de su espalda cuando la vio.

Mientras tanto, unos crujidos mucho más fuertes y una buena cantidad de insultos detrás de ella precedieron a la aparición de Roger, que agarraba el huesudo cuello de Josiah Beardsley, el gemelo de Kezzie.

—En el nombre de Dios, ¿qué intentabais hacer, pequeños bastardos? —dijo Roger, empujando a Jo—. ¿Te has dado cuenta de que casi te mato?

Hadía la suficiente luz como para que Brianna distinguiera la expresión más

bien cinica que cruzó la cara de Jo ante esas palabras, antes de que fuera borrada y reemplazada por otra de firme disculpa.

—Lo sentimos mucho, señor Mac. Oímos que venía alguien, y pensamos que podían ser bandoleros.

—Bandoleros —repitió Brianna—. ¿De dónde demonios has sacado esa palabra?

—Oh. —Jo se miró los pies, con las manos entrelazadas a la espalda—. La señorita Lizzie nos ha estado leyendo aquel libro que trajo el señor Jamie. Allí hablaban de bandoleros.

—Ya veo. —Miró a Roger, que le devolvió la mirada, mientras su enfado iba disminuyendo y transformándose en regocijo—. *Historias de piratas* —explicó—. Defoe.

—Oh, sí. —Roger envainó su cuchillo—. ¿Y por qué exactamente pensasteis que podrían ser bandoleros?

—Nos cruzamos con el señor Lindsay cuando iba de camino a su casa y él nos contó lo que había ocurrido en el desfiladero de los holandeses. ¿Es cierto lo que nos ha dicho? ¿Que estaban todos carbonizados?

—Estaban todos muertos. —La voz de Roger había perdido todo matiz de diversión—. ¿Qué tiene eso que ver con que vosotros acecháis en el bosque con garrotes?

—Verá, señor, el asentamiento de los McGillivray es un lugar muy bonito y amplio, en especial con la tienda del tonelero y la nueva casa y todo eso, y como está cerca del camino, bueno, si yo fuera un bandolero, es justo la clase de lugar que escogería para atacar —respondió Jo.

—Y la señorita Lizzie está allí, con su papá. También su hijo, señor Mac —añadió Kezzie—. No querriamos que sufrieran ningún daño.

—Ya veo —respondió Roger con una sonrisa torcida—. Bien, os doy las gracias, entonces, por vuestra amabilidad. Pero dudo que los bandoleros estén cerca; Dutchman's Creek está bastante lejos de aquí.

—Es cierto, señor —accedió Jo—. Pero podría haber bandoleros en cualquier parte, ¿no?

Eso era innegable, y lo bastante cierto como para que Brianna volviera a sentir frío en la boca del estómago.

—Podría, pero no los hay —los tranquilizó Roger—. Venid a la casa con nosotros, ¿de acuerdo? Sólo íbamos a buscar al pequeño Jem. Estoy seguro de que *Frau Ute* os dará una cama junto al fuego.

Los gemelos Beardsley intercambiaron una mirada inescrutable. Eran casi idénticos —pequeños y ágiles, con el pelo tupido y negro, y sólo podía distinguirlos por la sordera de Kezzie y la cicatriz redonda en el pulgar de Jo—, y ver a dos caras con exactamente la misma expresión era un poco inquietante.

Fuera cual fuese la información intercambiada en esa mirada, era evidente

que había incluido toda la discusión que hacia falta, puesto que Kezzie hizo un ligero gesto con la cabeza y delegó la respuesta en su hermano.

—Ah, no, señor —contestó Josiah cortésmente—. Creo que esperaremos. —Y sin decir nada más, ambos se volvieron y se internaron en la oscuridad.

—¡Jo! ¡Espera! —exclamó Brianna.

—¿Sí, señora? —Josiah regresó y apareció junto al codo de ella con una rapidez perturbadora. Su hermano no era muy silencioso, pero él sí.

—¡Oh! Quiero decir, oh, aquí estás. —Ella inspiró hondo para disminuir el ritmo de sus latidos, y le entregó el silbato tallado que había hecho para Germain —. Toma. Si vais a montar guardia, esto podría seros útil. Para pedir ayuda, si es necesario que venga alguien.

Era evidente que Jo Beardsley nunca había visto un silbato antes, pero no quería admitirlo. Hizo girar el pequeño objeto en su mano, tratando de no mirarlo demasiado fijamente.

Roger extendió la mano, se lo quitó y lanzó un poderoso silbido que atravesó la noche. Varios pájaros, despertados por el ruido, salieron disparados de los árboles cercanos, soltando chillidos y seguidos de cerca por Kezzie Beardsley, con los ojos muy abiertos a causa del asombro.

—Sopla en este extremo —explicó Roger, señalando con un golpecito el lado apropiado del silbato—. Aprieta un poco los labios.

—Se lo agradezco, señor —murmuró Jo. Su habitual expresión estoica se había desarmado junto con el silencio; cogió el silbato con la cara boquiabierta de un niño en la mañana de Navidad y se volvió de inmediato hacia su hermano para enseñarle el premio. De pronto, Brianna se dio cuenta de que era muy probable que ninguno de aquellos muchachos hubiera tenido jamás una mañana de Navidad, o cualquier otra clase de regalo.

—Haré otro para ti —le prometió a Kezzie—. Luego podríais mandaros señales el uno al otro... Si veis bandoleros —añadió con una sonrisa.

—Oh, sí, señora. Lo haremos, claro que sí —aseguró él, casi sin mirarla por la ansiedad de examinar el silbato.

—Soplad tres veces si precisáis ayuda —les gritó Roger cuando ya habían echado a andar, cogiéndole el brazo a Brianna.

—¡Sí, señor! —Llegó la respuesta desde la oscuridad, seguida de un débil y tardío «¡Gracias, señora!», frase seguida a su vez por una andanada de resoplidos, gemidos y jadeos, puntuados por algunos breves y estridentes silbidos exitosos.

—Lizzie ha estado enseñándoles modales, por lo que veo —comentó Roger—. ¿Crees que alguna vez serán verdaderamente civilizados?

—No —respondió ella, lamentándolo.

—¿En serio? —Brianna no podía verle la cara en la oscuridad, pero notó su sorpresa en la voz—. Sólo lo decía de broma. ¿De verdad crees que no?

—Sí, lo creo. Y es natural, después de la forma en que crecieron. ¿Has visto cómo se han comportado al ver el silbato? Nadie les ha dado un regalo jamás, ni tampoco un juguete.

—Supongo que no. ¿Crees que eso es lo que vuelve civilizados a los niños? Si es así, supongo que el pequeño Jem será un filósofo o un artista o algo parecido. La señora Bug lo consiente demasiado.

—Oh, y tú no —repuso ella—. Y papá, y Lizzie, y mamá, y todos los demás.

—Oh, bueno —se excusó Roger—. Espera a que tenga un hermanito que le haga la competencia. Germain no corre peligro de que lo consentan, ¿verdad? —Germain, el hijo mayor de Fergus y Marsali, era acosado constantemente por sus dos hermanas pequeñas, a quienes todo el mundo conocía como las «gatitas del infierno».

Brianna se echó a reír, aunque sintió una ligera inquietud. La idea de tener otro hijo siempre la hacía sentir como si estuviera en lo alto de una montaña rusa, sin aliento y con el estómago hecho un nudo, entre la excitación y el terror. En especial, en ese instante, en que el recuerdo del momento en que habían hecho el amor seguía presente en su memoria, blando y pesado, moviéndose en su estómago como el mercurio.

Roger pareció percibir esa ambivalencia, puesto que no siguió con el tema, sino que buscó la mano de su esposa y la cogió con la suya, grande y cálida.

—¿Y Fergus? —preguntó—. Por lo que sé, tampoco ha tenido una infancia muy feliz, pero parece bastante civilizado.

—Mi tía Jenny lo ha criado desde que cumplió diez años —explicó Brianna—. Tú no has conocido a mi tía Jenny, pero créeme, ella podría haber civilizado a Adolf Hitler, si hubiera querido. Además, Fergus creció en París, pero no en el campo, sino en un burdel. Y al parecer era un burdel de mucha clase, por lo que Marsali me cuenta.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te cuenta?

—Oh, sólo historias que él le ha contado, cada tanto. Sobre los clientes, y las p... las chicas.

—¿No puedes decir «puta»? —preguntó él, divertido. Ella sintió que la sangre le inundaba las mejillas y se alegró de que estuviera tan oscuro; Roger siempre la provocaba más cuando ella se ruborizaba.

—No puedo evitarlo; he ido a una escuela católica —se defendió Brianna—. Condicionamiento temprano. —Era cierto; había determinadas palabras que no podía pronunciar, salvo cuando estaba sobreexcitada por la furia o mentalmente preparada—. Pero tú sí, ¿no? Yo creía que alguien que estuviera a cargo de un predicador tendría el mismo problema...

Roger se echó a reír, sarcástico.

—No exactamente el mismo problema. Era más que me sentía obligado a maldecir y a hacer otras cosas delante de mis amigos, para probar que podía

hacerlo.

—¿Qué otras cosas? —preguntó ella, oliendo una historia. Su marido no acostumbraba a hablar sobre sus primeros años en Inverness, adoptado por su tío abuelo, un ministro presbiteriano, pero a ella le encantaba oír los pequeños relatos que a veces contaba.

—Oh. Fumar, beber cerveza y escribir tacos en las paredes del baño de hombres —dijo Roger—. Volcar cubos de basura, deshinchar los neumáticos de los automóviles, robar dulces de la oficina de Correos... De pequeño, fui un auténtico delincuente durante un tiempo.

—El terror de Inverness, ¿eh? ¿Tenías una pandilla? —Lo incitó ella.

—Sí —rió él—. Gerry MacMillan, Bobby Cawdor y Dougie Buchanan. Yo era el chico raro, no sólo por ser el hijo del predicador, sino por tener un padre inglés y un nombre inglés. De modo que siempre tenía que demostrarles que era un tipo duro. Lo que significaba que, por lo general, me metía en problemas.

—No tenía ni idea de que hubieras sido un delincuente juvenil —comentó Brianna, encantada con la idea.

—Bueno, no por mucho tiempo. Cuando llegó el verano en que cumplí quince años, el reverendo me alistó en un barco pesquero y me mandó al mar con la flota de arenques. No podría decir si lo hizo para mejorar mi personalidad, para mantenerme alejado de la cárcel o sólo porque ya no me aguantaba en casa, pero dio resultado. Si alguna vez quieres conocer a tipos duros de verdad, inténtate en el mar con una panda de pescadores gaélicos.

—Lo tendré presente. ¿Y tus amigos terminaron en la cárcel, o se volvieron buenos, cuando tú ya no estabas para guiarlos por el mal camino?

—Dougie ingresó en el ejército —respondió Roger, con un tinte de nostalgia en la voz—. Gerry se ocupó del negocio de su padre, un estanco. Bobby... sí, bueno, Bobby está muerto. Se ahogó, aquel mismo verano, cuando estaba cazando langostas con su primo cerca de Oban.

Brianna se inclinó hacia su esposo y le apretó la mano.

—Lo lamento —dijo. Luego hizo una pausa—. Sólo... que no está muerto, ¿verdad? Aún no. En este momento, no.

Roger movió la cabeza y dejó escapar un leve gemido de desesperación.

—¿Eso te reconforta? —preguntó ella—. ¿O es algo horrible de pensar?

Quería que él siguiera hablando; Roger no había hablado tanto rato seguido desde que el ahorcamiento le había arruinado la voz, impidiéndole volver a cantar. Cuando se veía obligado a hablar en público, se sentía incómodo y se le cerraba la garganta. Su voz seguía ronca, pero cuando estaba relajado, como ahora, no se ahogaba ni tosía.

—Ambas cosas —dijo él, y volvió a gemir—. Jamás volveré a verlo, en cualquier caso. —Se encogió de hombros—. ¿Tú piensas mucho en tus viejos amigos?

—No, no mucho —respondió ella en voz baja al tiempo que se aproximaban a la última curva, pasada la cual estarían a la vista de los McGillivray—. Hay tanto aquí... —Pero Brianna no quería hablar de lo que no había allí—. ¿Crees que Jo y Kezzie sólo están jugando? ¿O tramarán algo?

—¿Qué podrían estar tramando? —preguntó él, aceptando el cambio de tema sin hacer comentarios—. No pensarás que estaban esperando para asaltar a alguien en el camino, no a estas horas de la noche.

—Oh, yo creo lo que han dicho acerca de que estaban montando guardia. Harían cualquier cosa por proteger a Lizzie. Sólo que...

Habían salido del bosque y ya estaban en el camino de carruajes; al otro lado había un empinado talud, que miraba a la noche como un charco sin fondo de terciopelo negro. De día era una masa enmarañada de ramas caídas, macizos de rododendros, árboles del amor y cornejos, llenos de maleza y de restos de antiguas vides y enredaderas. Más adelante había una curva muy pronunciada y el camino giraba sobre sí mismo, llegando suavemente al asentamiento de los McGillivray, unos treinta metros más abajo.

—Las luces todavía están encendidas —comentó ella, algo sorprendida.

El pequeño grupo de edificios —la Casa Vieja, la Casa Nueva, el taller de toneles de Ronnie Sinclair, la forja de Dai Jones y la cabaña— estaban casi todos a oscuras, pero se veía luz en las ventanas bajas de la Casa Nueva de los McGillivray y una hoguera delante de la casa creaba un brillante resplandor contra la oscuridad.

—Kenny Lindsay —dijo Roger con aire despreocupado—; los gemelos Beardsley dijeron que lo habían visto. Se habrá parado a comunicar la noticia.

—Hum... Entonces tengamos cuidado; si ellos también están esperando bandoleros, podrían disparar a cualquier cosa que se mueva.

—Esta noche, no. Hay una fiesta, ¿recuerdas? Pero ¿qué decías sobre los Beardsley...? ¿Qué protegían a Lizzie?

—¡Oh! —exclamó Brianna; el dedo de su pie chocó contra un obstáculo invisible y ella se agarró del brazo de Roger para no caerse—. ¡Uf! Sólo que no estoy segura de quién creen que la están protegiendo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo que, si yo fuera Manfred McGillivray, me esforzaría por tratar bien a Lizzie. Mamá dice que los gemelos la siguen como perros, pero eso no es cierto. La siguen como lobos amaestrados.

—Creí que Ian había dicho que no era posible amaestrar lobos.

—No lo es —dijo ella lacónicamente—. Vamos, démonos prisa, antes de que apaguen el fuego.

La gran casa de troncos estaba literalmente llena de gente. La luz salía por la puerta abierta y resplandecía en la hilera de ventanas con minúsculas rendijas en

forma de flecha que recorrián la parte delantera del edificio, y el brillo del fuego entretejía oscuras formas huidizas. El sonido de un violín llegó hasta ellos, delicado y dulce a través de la oscuridad, transportado por el viento junto al aroma de la carne asada.

—Supongo que es cierto que Senga ha tomado su decisión —dijo Roger, cogiéndole el brazo a su esposa para el último y empinado descenso—. ¿Quién apuestas que será? ¿Ronnie Sinclair o el muchacho alemán?

—Oh, ¡una apuesta! ¿Qué apostamos? ¡Ah! —Brianna tropezó, enganchándose en una roca semienterrada en el sendero, pero Roger la apretó con más fuerza y evitó que cayera.

—El perdedor ordena la alacena —sugirió él.

—De acuerdo —accedió ella de inmediato—. Creo que ha escogido a Heinrich.

—¿Sí? Bueno, tal vez tengas razón —dijo Roger con tono divertido—. Pero debo decirte que las apuestas estaban cinco a tres a favor de Ronnie, según me han dicho. La fortaleza de *Frau Ute* no debe subestimarse.

—Es cierto —admitió Brianna—. Si se hubiera tratado de Hilda o Inga, habría dicho que no a la apuesta. Pero Senga tiene la personalidad de su madre; nadie va a decirle lo que tiene que hacer... Ni siquiera *Frau Ute*.

» ¿De dónde sacaron el nombre de "Senga", en cualquier caso? —añadió ella—. Hay montones de Ingas e Hildas en Salem, pero jamás he oído hablar de otra Senga.

—No encontrarías un nombre así en Salem. No es un nombre alemán, me parece. Es escocés.

—¿Escocés? —dijo ella, asombrada.

—Sí —sonrió él—. Es Agnes, leído al revés. Una chica bautizada de esa manera está destinada a llevar siempre la contraria, ¿no crees?

—¡Estás de broma! ¿Agnes, leído al revés?

—Yo no diría que es algo muy corriente, pero puedo asegurarte que he conocido a una o dos Sengas en Escocia.

Brianna se echó a reír.

—¿Los escoceses hacen eso con otros nombres?

—¿Escribirlos al revés? —Roger reflexionó sobre la pregunta—. Bueno, yo fui a la escuela con una chica llamada Adnil, y el verdulero tenía un hijo que apuntaba los pedidos para las ancianas del vecindario; su nombre se pronunciaba «Kirry», pero se escribía «C-i-r-e».

Brianna lo miró fijamente para comprobar que no estuviera burlándose de ella, pero parecía que no era así. Sacudió la cabeza.

—Creo que mamá tiene razón respecto de los escoceses. De modo que el tuyo, escrito al revés, sería...

—Regor —confirmó él—. Suena como salido de una película de Godzilla,

¿no? Una anguila gigante, podría ser, o un escarabajo con rayos mortales en los ojos.—Parecía que la idea lo complacía.

—Has pensado en ello, ¿verdad? —comentó Brianna, riendo—. ¿Cuál de ambos preferirías ser?

—Bueno, cuando era niño me parecía que el escarabajo con ojos que lanzaran rayos mortales sería el mejor —admitió—. Luego me hice pescador y cada tanto comencé a encontrar morenas en mi red. No son de la clase de cosas que te gustaría encontrar en un callejón oscuro, créeme.

—Son más ágiles que Godzilla, al menos —dijo ella, recordando con un ligero estremecimiento la única morena que había visto personalmente. Un metro veinte de largo de acero elástico y goma, rápida como un relámpago y equipada con una boca llena de hojas de afeitar, que había salido de la bodega de un pesquero mientras ella veía cómo lo descargaban en un pequeño pueblo portuario llamado MacDuff.

Brianna y Roger estaban recostados en un espigón, contemplando las gaviotas, cuando un grito de alarma procedente del barco pesquero que había más abajo les hizo desviar la mirada justo a tiempo para ver a los pescadores apartándose de algo que estaba en cubierta.

Una oscura onda sinusoidal brilló a través de la capa plateada de peces en la cubierta, salió disparada por debajo de la barandilla y aterrizó sobre el mojado empedrado del muelle, donde causó un pánico similar entre los pescadores que estaban limpiando sus enseres con una manguera, agitándose y golpeando para todos lados como un enloquecido cable de alta tensión, hasta que un hombre con botas de goma se hizo cargo de la situación y la pateó hasta que cayó al agua.

—Bueno, en realidad no son malas, las morenas —comentó Roger, recordando, al parecer, la misma escena—. No puedes culparlas; las sacan del mar sin advertencia previa; cualquiera trataría de soltarse.

—Es cierto —asintió Brianna. Le cogió las manos a Roger, metiendo los dedos entre los de él, y su firme y frío apretón le resultó reconfortante.

Ya estaban lo bastante cerca como para oír risas y charlas que se elevaban en la fría noche con el humo del fuego. Había niños correteando; Brianna divisó dos pequeñas formas que salían disparadas de entre las piernas de la multitud que rodeaba la hoguera, negros y de miembros delgados como duendecillos.

Aquel noería Jem, ¿verdad? No, él era más pequeño, y seguramente Lizzie no lo dejaría...

—Mej —dijo Roger.

—¿Qué?

—Jem, al revés —explicó—. Estaba pensando en que sería muy divertido ver películas de Godzilla con él. Tal vez le gustaría ser el escarabajo de los ojos con rayos mortales. Sería divertido, ¿no?

Roger sonaba tan nostálgico que a Brianna se le formó un nudo en la garganta

y le apretó con fuerza la mano. Luego tragó saliva.

—Cuéntale historias de Godzilla —dijo con firmeza—. De todas formas, son fantasía pura. Yo le haré dibujos.

—Por Dios, si lo haces, te lapidarán por tener relaciones con el diablo, Bree. Godzilla parece salido directamente del Libro de las Revelaciones, o al menos eso me han dicho.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Egger.

—¿Quién...? Oh —dijo, invirtiendo las letras en su cabeza—. ¿Reggie? ¿Quién es Reggie?

—El reverendo. —Roger se refería a su tío abuelo, su padre adoptivo. Todavía había una sonrisa en su rostro, pero teñida de nostalgia—. Cuando íbamos juntos a ver películas de monstruos, los sábados. Egger y Regor; y deberías haber visto las caras de las mujeres en el Altar de las Señoras y en la Sociedad del Té, cuando la señora Graham las hacía pasar sin anunciarlas, y ellas entraban en el estudio del reverendo y nos encontraba dando patadas, destrozando una ciudad de Tokio construida con latas de sopa.

Ella se echó a reír, pero sentía que las lágrimas luchaban por salirsele de los ojos.

—Ojalá hubiera conocido al reverendo —dijo apretándole la mano.

—Sí, a mí también me hubiera gustado —aseguró él en voz baja—. Le habrás caído muy bien, Bree.

En el transcurso de esos instantes, mientras él hablaba, el oscuro bosque y las llamas de la hoguera más abajo se habían desvanecido; ahora se encontraban de vuelta en Inverness, confortablemente instalados en el estudio del reverendo, con la lluvia golpeando las ventanas y el sonido del tráfico en la calle. Esa transformación tenía lugar con mucha frecuencia cuando hablaban así, entre ambos. Luego algo pequeño fracturaba el instante —como un grito desde la hoguera cuando la gente comenzaba a aplaudir y a cantar—, y el mundo de su propio tiempo se desvanecía de repente.

¿Y si él se iba?, pensó Brianna de pronto. ¿Podría recuperar todo aquello ella sola?

Un espasmo de pánico elemental la sobrecogió, aunque sólo durante un momento. Sin Roger de apoyo, sin nada excepto sus propios recuerdos como ancla hacia el futuro, aquella época se perdería. Se desvanecería en sueños borrosos, y desaparecería, dejándola sin ningún terreno firme de realidad en el que sostenerse.

Respiró hondo, el frío aire nocturno, vibrante con el olor a humo de leña, y clavó las plantas de los pies con fuerza en el suelo mientras caminaban, tratando de sentir la solidez de la tierra.

—¡MamámamáMAMÁ! —Una pequeña mancha se separó de la confusión

que rodeaba el fuego y salió disparada como un cohete en su dirección.

—¡Jem! ¡Estás aquí! —Brianna lo levantó y hundió el rostro en el pelo del niño, que tenía un agradable aroma a cabras, heno y salsa picante.

En ese momento, Ute McGillivray se volvió y los vio. Su amplio rostro tenía el ceño fruncido, pero se abrió en una sonrisa de alegría al verlos. La gente se giró al oír su exclamación de saludo, y de inmediato se vieron rodeados por una multitud de personas que les hacían preguntas y que manifestaban lo gratamente sorprendidos que estaban por su llegada.

Hubo algunas preguntas sobre la familia holandesa, pero Kenny Lindsay ya había comunicado la noticia del incendio, lo que alegró a Brianna. La gente chasqueaba la lengua y movía la cabeza, pero a esas alturas ya habían agotado la mayoría de las hipótesis más espantosas, y estaban volcándose a otras cuestiones. El frío de las tumbas bajo los abetos todavía permanecía débilmente en su corazón, y Brianna no deseaba volver a revivir esa experiencia hablando de ella.

La pareja recién comprometida estaban sentados juntos en un par de cubos vueltos del revés, cogidos de las manos, con la alegría en los rostros a la suave luz de la hoguera.

—He ganado —dijo Brianna, sonriendo al verlos—. ¿No se los ve felices?

—Sí —respondió Roger—. Dudo que Ronnie Sinclair se sienta feliz. ¿Está aquí? —Miró a su alrededor, y ella lo imitó, pero el tonelero no estaba a la vista.

—Espera... Está en su taller —dijo Brianna, poniendo una mano en la muñeca de Roger y señalando con un gesto el pequeño edificio al otro lado del camino. No había ventanas en ese lado del taller, pero a través del marco de la puerta cerrada podía verse un débil resplandor.

Roger pasó la mirada a la alegre multitud que rodeaba la hoguera; muchos de los parientes de Ute habían acompañado al afortunado novio y a sus amigos desde Salem, trayendo consigo un inmenso barril de cerveza negra, que se sumaba a la festividad. El aire olía a levadura y a lúpulo.

En el taller del tonelero, en cambio, reinaba una atmósfera desolada y sombría. Brianna se preguntó si alguna de las personas que bailaban en torno al fuego echaba de menos a Ronnie Sinclair.

—Iré a charlar un poco con él, ¿te parece? —Roger le tocó la espalda con un leve gesto de afecto—. Tal vez le vendrá bien tener a alguien que lo escuche.

—Eso y un trago fuerte —sugirió ella señalando la casa, donde, a través de la puerta, podía verse a Robin McGillivray, sirviendo lo que Brianna suponía que era whisky para un selecto grupo de amigos.

—Supongo que ya se habrá encargado de eso él mismo —respondió Roger secamente. Y se alejó de ella abriéndose paso a través del cordial grupo junto al fuego. Luego desapareció en la oscuridad, pero Brianna vio entonces que la puerta de la tienda se abría y que la silueta de Roger se recortaba brevemente contra el resplandor procedente del interior, y su cuerpo alto bloqueaba la luz

antes de entrar.

—¡Quiero beber, mamá! —Jemmy estaba retorciéndose como un renacuajo, tratando de bajar de sus brazos. Ella lo dejó en el suelo, y él salió disparado como un rayo, casi haciendo tropezar a una mujer corpulenta con un plato de buñuelos de maíz.

El aroma de los humeantes buñuelos le recordó a Brianna que no había cenado, de modo que siguió a Jemmy hasta la mesa de la comida, donde Lizzie, en su papel de casi-hija-de-la-casa, le sirvió una ración importante de chucrut, salchichas, huevos ahumados y algo que tenía maíz y calabaza.

—¿Dónde está tu novio, Lizzie? —preguntó en tono burlón—. ¿No deberías estar besuequéandote con él?

—Oh, ¿él? —Lizzie parecía alguien que recuerda algún asunto de cierta importancia, pero sin ningún interés inmediato—. ¿Se refiere a Manfred? Él está... por allí.

Manfred McGillivray estaba con tres o cuatro jóvenes más, todos con los brazos entrelazados, balanceándose hacia un lado y hacia el otro, al tiempo que cantaban algo en alemán. Parecía que les costaba acordarse de la letra, puesto que cada verso se disolvía en risitas, acusaciones y empujones.

—Toma, *Schätzchen*... Eso quiere decir «cariño», creo, en alemán —explicó Lizzie, agachándose para darle a Jemmy un pedacito de salchicha. Él tragó el bocado como una foca hambrienta y masticó laboriosamente; después murmuró «quiedo bebed» y se alejó en la noche.

—¡Jem! —Brianna comenzó a seguirlo, pero se lo impidió un grupo de gente que se acercaba a la mesa.

—Ah, no se preocupe por él —la tranquilizó Lizzie—. Todos saben quién es; no le pasará nada malo.

Brianna lo habría seguido de todas maneras, de no haber sido por que vio una pequeña cabeza rubia que aparecía junto a Jem. Germain, su amigo del alma. Germain era dos años mayor, y tenía un conocimiento del mundo muy superior al común para un chico de cinco años, gracias en parte a la educación recibida de su padre. Brianna confió en que no estaría registrando bolsillos entre la gente, y se recordó mentalmente que más tarde debería cachearlo en busca de material de contrabando.

Germain tenía a Jem firmemente cogido de la mano, y Brianna se dejó convencer de sentarse con Lizzie, Inga e Hilda sobre los fardos de heno que ellas habían ubicado un poco más lejos del fuego.

—¿Y dónde está tu cariñito, entonces? —bromeó Hilda—. ¡Tu gran demonio negro y huesudo!

—Oh, ¿él? —dijo Brianna, imitando a Lizzie, y todas soltaron carcajadas no demasiado apropiadas para una dama; al parecer, la cerveza llevaba un buen rato circulando—. Está consolando a Ronnie —explicó—. ¡Vuestra madre está

disgustada con la elección de Senga?

—*Och*, sí —dijo Inga, poniendo los ojos en blanco muy expresivamente—. Deberías haberlas visto discutir, a ella y Senga. No paraban de gritar. Papá se fue de pesca y no volvió hasta tres días más tarde.

Brianna agachó la cabeza para ocultar una sonrisa. Robin McGillivray quería tener una vida tranquila, algo improbable en compañía de su esposa y de sus hijas.

—Ah, bueno —dijo Hilda filosóficamente, reclinándose un poco para aliviar el peso de su primer embarazo, ya muy avanzado—. En realidad, no podía decir mucho, *meine Mutter*. Después de todo, Heinrich es el hijo de su propio primo. Aunque sea pobre.

—Pero joven —añadió Inga con sentido práctico—. Papá dice que Heinrich tiene tiempo de hacerse rico.

Ronnie Sinclair no era precisamente rico, y además tenía treinta años más que Senga. Por otra parte, era el dueño de su propio taller, y de la mitad de la casa en la que vivían él y los McGillivray. Y era evidente que Ute, que había conseguido que sus dos hijas mayores formaran sólidos matrimonios con hombres que tenían propiedades, había visto la ventaja de unir a Senga con Ronnie.

—Me doy cuenta de que puede ser una situación incómoda —comentó Brianna con tacto—. Ronnie seguirá viviendo con vuestra familia, después de... —señaló a la pareja comprometida.

—¡Jo! —exclamó Hilda—. ¡Estoy muy contenta de no vivir aquí!

Inga expresó su acuerdo asintiendo vigorosamente, pero añadió:

—Bueno, pero *Mutti* no es de las que lloran sobre la leche derramada. Está buscándole esposa a Ronnie. Observadla. —Hizo un gesto en dirección de la mesa de la comida, donde Ute estaba charlando y sonriendo con un grupo de mujeres alemanas—. ¿A quién crees que habrá escogido? —le preguntó a su hermana—. ¿A la menudita Gretchen? ¿O quizás a la prima de tu Archie? ¿La bizca, Seona?

Hilda, que estaba casada con un escocés del condado de Surry, negó con la cabeza.

—Querrá una chica alemana —objetó—. Porque estará pensando en lo que ocurriría si Ronnie muere y su esposa se casa de nuevo. Si es una chica alemana, es más probable que mamá pueda convencerla de que vuelva a casarse con alguno de sus sobrinos o primos. Así mantiene la propiedad en la familia, ¿no te parece?

Brianna escuchaba fascinada cómo las chicas discutían la situación, y se preguntó si Ronnie Sinclair tendría idea de que su destino estaba decidiéndose allí, de esa forma tan pragmática. Aunque, él llevaba más de un año viviendo con los McGillivray; ya debía de conocer los métodos de Ute.

Brianna le agradeció en silencio a Dios que no estuviera obligada a vivir en la misma casa que la formidable *Frau McGillivray*, y buscó con la mirada a Lizzie, sintiendo una punzada de simpatía por su otra esclava. Ella sí viviría con Ute, un año más tarde, cuando su matrimonio con Manfred se consumara.

Al oír el nombre de «Wemyss», volvió a la conversación que tenía lugar a su alrededor, sólo para descubrir que las chicas no estaban hablando de Lizzie, sino del padre de ella.

—La tía Gertrud —dijo Hilda y eructó suavemente, llevándose el puño a la boca—. Ella también es viuda; sería ideal para él.

—La tía Gertrud acabaría con el pequeño señor Wemyss en un año —rió Inga—. Ella lo dobla en tamaño. Suponiendo que no lo cansara hasta matarlo, un día se volvería en la cama dormida y lo aplastaría.

Hilda se llevó ambas manos a la boca, pero no porque estuviera escandalizada, sino para ahogar sus carcajadas.

—Sí, bueno, no creo que a él le preocupe mucho eso. ¿Lo veis? —Hilda señaló más allá de un grupo de personas que bebían cerveza, y Brianna no tuvo dificultades en distinguir la cabeza del señor Wemyss, con el pelo blanco y suelto como el de su hija. Mantenía una animada conversación con una mujer corpulenta con delantal y gorro, que le daba un codazo en las costillas y rompía a reír.

Pero justo mientras los observaba, Ute McGillivray comenzó a avanzar hacia ellos, seguida de una mujer alta y rabia, quien vacilaba un poco, con las manos debajo del mandil.

—Oh, ¿quién es ella? —Inga estiró el cuello como un ganso, y su hermana, escandalizada, le dio un codazo.

—*Lass das, du alte Ziege! ¡Mutti* está mirando hacia aquí!

Lizzie había comenzado a levantarse para espiar un poco más.

—¿Quién...? —dijo, sonando como una lechuza. Pero distrajo su atención cuando Manfred se dejó caer a su lado, sonriendo cordialmente.

—¿Cómo va todo, *Herzchen*? —preguntó, rodeándole la cintura con un brazo mientras trataba de besarla.

—¿Quién es esa mujer, Freddie? —dijo Lizzie, esquivando su abrazo con habilidad y señalando discretamente a la mujer rubia, que sonreía con timidez mientras *Frau Ute* se la presentaba al señor Wemyss.

Manfred parpadeó, balanceándose un poco sobre las rodillas, pero no tardó en responder.

—Oh. Es *Fräulein Berrisch*. La hermana del pastor Berrisch.

Inga y Hilda susurraron, interesadas; Lizzie frunció el ceño, pero luego se relajó, cuando vio a su padre inclinar la cabeza para dirigirse a la recién llegada; *Fräulein Berrisch* era casi tan alta como Brianna.

«Bueno, eso explica por qué sigue siendo una *Fräulein*», pensó Brianna compasivamente. El cabello de la mujer tenía algunas hebras grises que sobresalían por debajo del gorro, y su cara era bastante vulgar, aunque había una serena dulzura en sus ojos.

—Oh, entonces es protestante, —dijo Lizzie en un tono de desdén que dejaba claro que no se podía considerar a la *Fräulein* una potencial compañera para su padre.

—Cierto, pero es una mujer agradable, a pesar de todo. Ven a bailar, Elizabeth. —Era evidente que Manfred había perdido todo interés en el señor Wemyss y la *Fräulein*; tiró de Lizzie hasta que ella, protestando, se puso en pie, y la empujó hacia el círculo de bailarines. Ella finalmente accedió a regañadientes, pero Brianna vio que, cuando llegaron al baile, Lizzie reía por algo que Manfred había dicho, y que él estaba sonriéndole, mientras el resplandor del fuego brillaba en los apuestos rasgos de su cara. Hacían una bonita pareja, pensó; al menos, en apariencia, se veían mejor juntos que Senga y su Heinrich, un tipo alto, flacucho y de cara chupada.

Inga y Hilda habían comenzado a discutir en alemán, permitiendo a Brianna dedicarse a comer con entusiasmo. Con el hambre que tenía le hubiera gustado casi cualquier cosa, pero el chucrut ácido y crujiente, y las salchichas, casi reventando de jugo y especias, eran algo especial.

Sólo cuando rebañó lo que quedaba de aceite de su plato de madera con un pedazo de pan de maíz echó una mirada al taller del tonelero, pensando con sentimiento de culpa que tal vez tendría que haberle guardado un poco a Roger. Había sido muy amable de su parte preocuparse por el estado de ánimo del pobre Ronnie. Brianna sintió una oleada de orgullo y afecto por él. Tal vez debería ir hasta allí a rescatarlo.

Había dejado el plato y estaba acomodándose las faldas y las enaguas, preparándose para llevar a cabo su plan, cuando se lo impidieron un par de pequeñas figuras que salieron zigzagueando de la oscuridad.

—¡Jem! —dijo ella, alarmada—. ¿Qué ocurre?

Las llamas se reflejaron en el pelo de Jemmy como cobre recién acuñado, pero la cara debajo del pelo estaba pálida, y sus ojos eran dos enormes charcos oscuros, que la miraban fijamente.

—¡Jemmy!

Él la miró inexpresivamente; dijo «¿Mamá?» con una voz débil y vacilante, luego se sentó de pronto cuando sus piernas se derrumbaron como gomas elásticas.

Brianna se percató vagamente de la presencia de Germain, balanceándose como un árbol joven en el viento, pero no tenía tiempo de prestarle atención. Cogió a Jemmy, le levantó la cabeza y lo sacudió ligeramente.

—¡Jemmy! ¡Despierta! ¿Qué pasa?

—Ese pequeño bribón está totalmente borracho, *a nighean* —dijo una voz detrás de ella, en tono divertido—. ¿Qué le ha dado? —Robin McGillivray, él mismo, obviamente, bastante ebrio, se inclinó y le dio un suave empujón a Jemmy, sin obtener más respuesta que una débil exclamación. Levantó uno de los brazos del pequeño y luego lo soltó; el brazo cayó, flojo, como un fideo hervido.

—Yo no le he dado nada —respondió ella, mientras el pánico dejaba lugar a una irritación cada vez mayor, cuando descubrió que Jemmy sólo estaba dormido—. ¡Germain!

Germain se había acurrucado hasta formar un pequeño montículo, y estaba cantando *Alouette* para sí mismo, medio adormilado. Brianna se la había enseñado; era su canción favorita.

—¡Germain! ¿Qué le has dado de beber a Jemmy?

—... *j'te plumerai la tête...*

—¡Germain! —Brianna lo agarró del hombro y él dejó de cantar—. ¿Qué le has dado a Jemmy, Germain?

—Él tenía sed, *madame* —dijo Germain, con una sonrisa de una dulzura arrebatadora—. Quería beber. —Luego sus ojos se pusieron en blanco y comenzó a caminar hacia atrás, flojo como un pescado muerto.

—¡Santo Dios!

Inga y Hilda parecían escandalizadas, pero Brianna no estaba de humor para preocuparse por sus sensibilidades.

—¿Dónde demonios está Marsali? —preguntó.

—No está aquí —dijo Inga, inclinándose hacia adelante para inspeccionar a Germain—. Vino a casa con la pequeña *mädchen*. Fergus está... —Se enderezó y miró a su alrededor—. Bueno, lo he visto hace un rato.

—¿Cuál es el problema? —La ronca voz a sus espaldas la sorprendió, y Brianna se volvió para encontrarse con la mirada socarrona de Roger; su rostro no reflejaba su habitual firmeza, sino que parecía bastante relajado.

—Tu hijo es un borracho —le informó. Luego olió el aliento de Roger—. Sigue los pasos de su padre, al parecer —añadió con frialdad.

Sin prestar atención a sus palabras, Roger se sentó a su lado y alzó a Jemmy sobre sus piernas. Sosteniendo al niño entre las rodillas, le palmeó la mejilla, con suavidad pero inconsistentemente.

—Hola, Mej —dijo en voz baja—. Hola. Te encuentras bien, ¿verdad?

Como por arte de magia, los párpados de Jemmy se abrieron, y el niño le sonrió a Roger como en un sueño.

—Hola, papá. —Sin dejar de sonreír con beatitud, sus ojos se cerraron de nuevo, y Jemmy se relajó hasta quedar totalmente flojo y con la mejilla aplastada contra la rodilla de su padre.

—Está bien —le dijo Roger a Brianna.

—Bueno, me alegro —repuso ella, no muy calmada—. ¿Qué crees que han estado bebiendo? ¡Cerveza?

Roger se inclinó y olió los labios manchados de rojo de su hijo.

—Aguardiente de cerezas, creo. Hay una cuba al otro lado del granero.

—¡Por Dios!

Brianna jamás había bebido aguardiente de cerezas, pero la señora Bug le había enseñado cómo hacerlo: «Tome el zumo de una fanega de cerezas, disuelva diez kilos de azúcar en él, luego métalo en un barril de ciento ochenta litros y llénelo de whisky».

—Él se encuentra bien. —Roger le palmeó el brazo a su esposa—. ¿Ese de ahí es Germain?

—Sí. —Se inclinó hacia el otro niño para comprobar su estado, pero Germain estaba profundamente dormido, y también sonreía en sueños—. Ese aguardiente de cerezas debe de ser muy bueno.

—Es terrible, como un jarabe para la tos muy fuerte. Pero te pone muy alegre.

—¿Tú has estado bebiendo eso? —Brianna lo examinó de cerca, pero los labios de Roger parecían tener el color de siempre.

—Claro que no. —Se inclinó hacia ella para besarla y demostrárselo—. Supongo que no pensarías que un escocés como Ronnie haría frente a sus problemas bebiendo aguardiente de cerezas, ¿verdad? Cuando hay whisky decente a mano...

—Cierto —dijo ella. Dirigió la mirada hacia el taller del tonelero. El débil resplandor que proyectaba el fuego de la chimenea se había desvanecido, y el contorno de la puerta había desaparecido, convirtiendo el edificio en nada más que un apagado rectángulo de negrura contra la oscura masa del bosque más allá. —¿Cómo se encuentra Ronnie?

—Oh, Ronnie está bien —aseguró Roger; levantó a Jemmy de sus piernas y lo depositó suavemente a su lado, sobre el heno, cerca de Germain—. No estaba enamorado de Senga, después de todo. Solamente sufre de frustración sexual, no tiene el corazón roto.

—Oh, bueno, si eso es todo —dijo Brianna secamente—. No sufrirá por mucho más tiempo. Me han dicho que *Frau Ute* ya se está encargando de eso.

—Sí, ya le ha dicho que le encontrará una esposa. Él se lo está tomando iodo con mucha filosofía. Aunque sigue apestando a lujuria —añadió, arrugando la nariz.

—Puaj. ¿No quieres algo de comer? Será mejor que te traiga algo antes de que Ute y las chicas se lo lleven todo.

Súbitamente, Roger bostezó.

—No, estoy bien así. —Parpadeó, sonriendo con cara soñolienta—. Iré a contarle a Fergus dónde está Germain y tal vez coja algo para comer en el

camino. —Le palmeó el hombro a su esposa y luego se incorporó, balanceándose sólo un poco, y empezó a caminar en dirección al fuego.

Ella volvió a mirar a los niños; ambos respiraban profundamente y con regularidad, dormidos como un tronco. Con un suspiro, los acercó el uno al otro, formó una pila de heno a su alrededor y los cubrió con su manto. Había refrescado, pero el invierno ya se había marchado; no había sensación de escarcha en el aire.

La fiesta todavía seguía, pero había pasado a una etapa más tranquila. El baile había terminado y la multitud se había dividido en grupos más pequeños; los hombres estaban reunidos en un círculo alrededor del fuego, encendiendo sus pipas, y los más jóvenes habían desaparecido. Por todas partes las familias se preparaban para pasar la noche, formando pequeños refugios en el heno. Algunas en la casa, otras en el granero. De alguna parte de detrás de la casa llegaba el sonido de una guitarra, y una voz que cantaba una tonada lenta y nostálgica. De pronto, Brianna sintió deseos de volver a escuchar la voz de Roger como era antes, caudalosa y tierna.

De todas formas, al pensar en ello se percató de algo: su voz había sonado mucho mejor cuando volvió de consolar a Ronnie. Seguía siendo ronca y con apenas una sombra de su antigua resonancia, pero había salido fácilmente, sin ese tono ahogado. ¿Sería posible que el alcohol relajara las cuerdas vocales?

Lo más probable era, simplemente, que lo relajaba a él, disipando algunos de sus complejos. Era bueno saberlo. Su madre opinaba que su voz mejoraría, si él la ejercitaba, si practicaba con ella; pero a Roger le avergonzaba usarla y le molestaba el dolor, ya fuera el que le causaba la sensación real de hablar o el contraste con la forma en que sonaba antes.

—Entonces tal vez yo también prepare un poco de aguardiente de cerezas —dijo Brianna en voz alta. Luego contempló las dos siluetas que dormían en el heno y pensó en la perspectiva de despertar a la mañana siguiente junto a tres personas con resaca—. Bueno, tal vez no.

Juntó heno suficiente como para hacer una almohada, extendió sobre él su pañuelo doblado y se acostó, acurrucando su cuerpo alrededor del de Jem. Si cualquiera de los niños se agitaba o vomitaba mientras dormía, ella se daría cuenta y se despertaría.

La hoguera se había apagado; apenas un borde irregular de llamas ardía sobre las brasas, y casi todos los faroles ubicados alrededor del patio también habían dejado de alumbrar. La guitarra y el canto habían cesado. Sin luz ni ruido que la mantuvieran a raya, la noche extendió sus alas de frío silencio sobre la montaña. Las estrellas brillaban en lo alto, pero eran puntitos a miles de años luz de distancia. Brianna cerró los ojos, inclinándose para posar los labios en la cabeza de Jem, acurrucándose en torno a su calor. Trató de prepararse para el sueño, pero los recuerdos la dominaron, y sus habituales oraciones y bendiciones

se convirtieron en ruegos de misericordia y protección.

—«Hizo alejar de mí a mis hermanos, y mis conocidos, como extraños, se apartaron de mí. Mis parientes me fallaron, y mis conocidos se olvidaron de mí».

«No os olvidaré», les dijo silenciosamente a los muertos. Parecía algo tan patético de decir, tan insignificante e inútil. Pero, sin embargo, era lo único que podía pronunciar.

Se estremeció brevemente, aferrando más fuerte a Jemmy.

Oyó un crujido repentino en el heno, y Roger se deslizó a su lado. Se agitó un poco, extendiendo su manto, luego suspiró de alivio al tiempo que su cuerpo se relajaba contra el de ella y su brazo le rodeaba la cintura.

—Ha sido un día muy largo, ¿verdad?

Ella gimió débilmente manifestando su acuerdo. Todo estaba en silencio, ya no había necesidad de hablar, vigilar, prestar atención, y cada fibra de sus músculos parecía a punto de disolverse en la fatiga. No había más que una delgada capa de heno entre ella y el frío y duro suelo, pero sentía que el sueño la acariciaba como las olas de la marea subiendo por una playa de arena, con un ritmo relajante e inexorable.

—¿Has comido? —Brianna puso una mano sobre la pierna de Roger, y él tensó el brazo como reflejo, acercándose a su cuerpo.

—Sí. Si crees que la cerveza es alimento. Mucha gente lo piensa. —Roger se echó a reír, generando una cálida niebla de lúpulo en su aliento—. Estoy bien. —El calor de su cuerpo comenzaba a filtrarse a través de las capas de ropa que había entre ambos, dispersando el frío de la noche.

Jem siempre emitía calor cuando se dormía; era como coger una olla de barro recién salida del fuego. Pero Roger emitía todavía más calor. Brianna suspiró y se acurrucó contra su esposo, sintiéndose caliente y protegida. La fría inmensidad de la noche se había alejado, ahora que toda la familia estaba junta otra vez, y a salvo.

Roger estaba tarareando. Ella lo percibió de repente. No seguía ninguna melodía, pero ella sintió la vibración del pecho de su marido contra su espalda. No quiso arriesgarse a detenerlo; seguramente eso sería beneficioso para sus cuerdas vocales. Pero, después de un momento, él se interrumpió. Con la esperanza de animarlo a que continuara, Brianna extendió el brazo hacia atrás y le acarició la pierna, ensayando un pequeño tarareo propio.

—Mmm... Mmm...

Las manos de él se ahuecaron en torno a las nalgas de ella y las apretaron con fuerza.

—Mmm... mmm —dijo él, en lo que sonaba como una mezcla de invitación y satisfacción.

Brianna no respondió, pero manifestó su discrepancia con un pequeño

movimiento de su trasero. En condiciones normales, eso habría bastado para que él la soltara. Y la soltó, pero sólo con una mano, y con el objeto de deslizarla por su pierna, con la evidente intención de levantarle la falda.

Ella movió el brazo hacia atrás y cogió rápidamente la mano errante, llevándola hacia adelante y poniéndosela sobre el pecho, como indicio de que, apreciaba la idea, y bajo otras circunstancias, estaría encantada de aceptar, pero justo en ese momento...

Por lo general, Roger entendía su lenguaje corporal a la perfección, pero era evidente que esa capacidad se había disuelto junto con el whisky.

—¡Roger! —siseó.

Pero su marido había empezado a tararear otra vez, con un sonido que ahora estaba intercalado con ruidos graves, como los que hace una tetera justo antes de hervir. Roger metió la mano entre las piernas de ella y le subió la falda, caliente contra la piel del muslo, avanzando rápidamente hacia arriba... y hacia adentro. Jemmy tosió, se revolvió en brazos de su madre, y ella intentó patear a Roger en la espinilla, para desalentarlo.

—Dios, eres hermosa —murmuró él contra la curva de su cuello—. Oh, Dios, tan hermosa. Tan hermosa... tan... mmmm... —Las siguientes palabras eran un balbuceo contra su piel, pero a Brianna le pareció que Roger había dicho «resbaladiza». Mientras tanto, los dedos habían alcanzado su objetivo, y ella arqueó la espalda, tratando de apartarse.

—Roger —dijo, manteniendo la voz baja—. ¡Roger, hay gente aquí! —Y en ese momento su cuerpo chocó contra un niño pequeño que roncaba y que, como el tope de una puerta, le impedia moverse.

Él murmuró unas frases en las que sólo podían distinguirse las palabras «oscuro» y «nadie verá nada», y entonces la mano que la palpaba se retiró, sólo para cogerle la falda y empezar a quitarla de en medio.

—Te amo, te amo tanto...

—Yo también te amo —dijo ella, moviendo el brazo hacia atrás y tratando de agarrarle la mano—. ¡Roger, basta!

Él obedeció, pero de inmediato la rodeó con la mano y la cogió por los hombros. Después de un rápido empujón, Brianna quedó boca arriba contemplando las lejanas estrellas, que quedaron rápidamente cubiertas por la cabeza y los hombros de Roger al subirse encima de ella, revolviendo impacientemente el heno y la ropa suelta.

—Jem... —Ella estiró un brazo hacia Jemmy, que parecía no haber notado la repentina desaparición de su respaldo, sino que seguía acurrucado en el heno como un erizo hibernando.

Roger seguía cantando, si es que se lo podía llamar así. O canturreando, al menos, la letra de una canción escocesa muy subida de tono, sobre un molinero acosado por una joven que quiere que le muela su maíz. A lo que él accede.

—Él la levantó sobre el costal, y allí le molío el maíz, le molío el maíz... — canturreaba Roger con vehemencia en su oído, mientras su peso la aplastaba contra el suelo y las estrellas giraban locamente en el cielo.

Brianna había pensado que cuando él había dicho que Ronnie «apestaba a luxuria» lo decía en sentido metafórico, pero ahora se daba cuenta de que no. La piel desnuda se encontró con la piel desnuda, y luego más. Ella dejó escapar un grito ahogado. Roger también.

—Oh, Dios —dijo él. Hizo una pausa, paralizado durante un instante contra el cielo sobre ella, luego suspiró en un éxtasis con olor a whisky y comenzó a moverse con ella, tarareando.

Estaba oscuro, gracias a Dios, aunque no lo suficiente. Los restos de la hoguera proyectaban un misterioso resplandor en su rostro, y por un momento Roger se vio como aquel diablo huesudo, grande y negro que había mencionado Inga.

«Relájate y disfruta», pensó ella. El heno hacía muchísimo ruido; pero había otros ruidos similares cerca, y el sonido del viento que agitaba los árboles del valle casi bastaba para confundirlos a todos en una especie de silbido envolvente.

Brianna había logrado reprimir su embarazo, y realmente comenzaba a disfrutarlo, cuando Roger metió las manos debajo de ella, alzándola.

—Rodéame con las piernas —susurró, y le mordisqueó el lóbulo de la oreja —. Ponlas detrás de mi espalda y golpéame el culo con los talones.

Impulsada en parte por una luxuria que se correspondía con la de él, y en parte por el deseo de aplastarlo como un acordeón y quitarle el aire, ella separó las piernas y las levantó, para luego cruzarlas como una tijera sobre la espalda de su marido. Roger dejó escapar un gemido extasiado y redobló sus esfuerzos. La luxuria estaba ganando; Brianna casi había olvidado dónde se encontraban.

Sintiendo que su vida pendía de un hilo y fascinada por lo que ocurría, arqueó la espalda y se estremeció, temblando contra el calor de él, mientras el roce frío y eléctrico del viento nocturno le recorría los muslos y las nalgas, desnudas en la oscuridad. Palpitando y gimiendo, Brianna se derritió contra el heno, con las piernas aferradas alrededor de la cintura de Roger. Débil y relajada, dejó que su cabeza cayera a un costado, y lenta, lánguidamente, abrió los ojos.

Hadía alguien allí. Brianna vio un movimiento en la oscuridad y quedó paralizada. Era Fergus, que iba a buscar a su hijo. Oyó los murmullos de su voz, que hablaba en francés con Germain, y los suaves crujidos de sus pisadas en el heno, alejándose.

Permaneció inmóvil, con el corazón latiendo con fuerza, las piernas todavía entrelazadas en el mismo sitio. Roger, mientras tanto, había alcanzado su propia relajación. Con la cabeza colgando de manera que sus largos cabellos le rozaban la cara como telarañas en la oscuridad, murmuró:

—Te amo... Dios, te amo. —Entonces descendió, lenta y suavemente. Luego

respiró « gracias» en su oído.

—Oh —dijo Brianna, mirando las plácidas estrellas—. De nada. —Separó las piernas rígidas, y, con cierta dificultad, consiguió desenredarse de Roger, tapar más o menos el cuerpo de ella y el de su marido, y regresar a un bienvenido anonimato en su refugio de heno, con Jemmy a salvo entre ambos.

—Oye —dijo de pronto, y Roger se agitó.

—¿Mmm?

—¿Qué clase de monstruo era Reggie?

Él se echó a reír, con un sonido grave y claro.

—Oh, Eigger era un bizcocho gigante. Con cobertura de chocolate. Se abalanzaba sobre los otros monstruos y los asfixiaba con su dulzura. —Volvió a reír, soltó un hipido, y se hundió en el heno.

—¿Roger? —llamó ella en voz baja, un momento más tarde. No hubo respuesta, y Brianna estiró una mano por encima del cuerpo dormido de su hijo, para posarla suavemente sobre el brazo de Roger—. Canta para mí —susurró, aunque sabía que él ya no podía oírla.

James Fraser, agente indio

—James Fraser, agente indio —dije, cerrando un ojo como si estuviera leyéndolo en una pantalla—. Suena como un programa de televisión sobre el salvaje Oeste.

—¿Sí? Tan bueno es?

—Teniendo en cuenta que los héroes de los programas de televisión nunca mueren, sí.

—En ese caso, estoy a favor —dijo él, examinando el calcetín que acababa de quitarse. Lo olió con recelo, frotó con el pulgar una fina franja en la planta, sacudió la cabeza y lo arrojó al canasto de la ropa sucia—. ¿Tengo que cantar?

—¿Cantar...? Ah —dije, recordando que la última vez que había tratado de explicarle a Jamie qué era la televisión, mis descripciones se habían basado mayormente en «El show de Ed Sullivan»—. No, no lo creo. Tampoco debes balancearte desde un trapecio.

—Bueno, me alegro. No soy tan joven como antes, ¿sabes? —Se puso en pie y se desperezó, gimiendo. La casa estaba construida con techos de dos metros y medio de altura, para que él estuviera cómodo, pero aun así, sus puños rozaron las vigas de pino—. ¡Dios santo, qué día tan largo!

—Bueno, ya casi ha terminado —dije, oliendo el canesú del vestido que acababa de quitarme. Decidí que lo airearía un poco y luego vería si podía usarlo alguna otra vez antes de lavarlo—. Yo no podría haberme balanceado en un trapecio ni siquiera cuando era joven.

—Pagaría por verte intentarlo —sonrió él.

—¿Qué es un agente indio? —lo interrogué—. MacDonald parecía pensar que estaba haciéndote un gran favor recomendándote para ese puesto.

Se encogió de hombros, mientras se desabrochaba el *kilt*, la falda escocesa.

—No dudo de que él lo crea.

Sacudió la prenda tentativamente, y una fina capa de polvo y crin de caballo se depositó en el suelo. Fue hasta la ventana, abrió los postigos, sacó el *kilt* al exterior y lo sacudió más vigorosamente.

—Sería un gran favor... —Su voz me llegó débilmente, desde fuera, luego con más fuerza, cuando se volvió—, de no ser por esa guerra tuya.

—¿Mía? —dije, indignada—. Da la impresión de que crees que pienso iniciarla yo, por mi propia cuenta.

—Ya sabes lo que quiero decir. Un agente indio, Sassenach, es lo que parece

ser: un tipo que va y parlamenta con los indios locales, les hace regalos y les habla, con la esperanza de convencerlos de que se alien con los intereses de la Corona, sean cuales sean.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es ese Departamento del Sur que mencionó MacDonald? — Eché un vistazo involuntario a la puerta cerrada del dormitorio, pero unos ronquidos amortiguados que llegaban del otro lado del pasillo me indicaron que nuestro invitado ya se había derrumbado en los brazos de Morfeo.

—Hum, hay un Departamento del Sur y un Departamento del Norte que se ocupan de los asuntos indios en las colonias. El Departamento del Sur está a cargo de John Stuart, un tipo de Inverness. Date la vuelta, yo lo haré.

Agradecida, le di la espalda. Con la pericia nacida de una larga experiencia, me desató el corsé en pocos segundos. Suspiré profundamente cuando éste se aflojó. Él separó el viso de mi cuerpo y me masajeó las costillas.

—Gracias. —Suspiré feliz y me recosté contra él—. ¿Y MacDonald cree que como el tal Stuart es de Inverness tendrá una predisposición natural a emplear a otros highlanders?

—Eso podría depender de si Stuart conoce a algunos de mis parientes. Pero MacDonald lo cree, sí. —Me besó la cabeza con un gesto ausente de afecto, luego comenzó a desatarse la cinta del pelo.

—Siéntate —le pedí, terminando de quitarme el corsé—. Yo lo haré.

Se sentó en la banqueta con la camisa puesta, cerrando los ojos en una momentánea relajación mientras yo le deshacía las trenzas. Cuando tenía que cabalgar llevaba el pelo recogido en una coleta muy apretada, como había hecho durante los últimos tres días. Pasé las manos por la cálida y ardiente masa de cabellos que caían a medida que la trenza se deshacia en unas ondas que despedían olor a canela y que resplandecían como oro y plata a la luz de la lumbre cuando le froté suavemente el cuero cabelludo.

—Has dicho regalos. ¿La Corona proporciona esos regalos? —La Corona, según había visto, tenía la mala costumbre de «honrar» a hombres pudientes con puestos que los obligaban a invertir grandes sumas de su propio patrimonio.

—En teoría. —Jamie bosteó ampliamente, sus hombros se hundieron confortablemente cuando yo cogí mi cepillo de pelo y me dispuse a peinarlo—. Eso está muy bien. Por eso MacDonald lo considera un favor; hay posibilidades de ganar algo en el intercambio.

—Además de oportunidades por lo general excelentes para la corrupción. Sí, ya entiendo. —Estuve peinándolo en silencio durante unos minutos antes de preguntar—: ¿Aceptarás?

—No lo sé. Debo pensarlo. Antes has mencionado el salvaje Oeste... Brianna me ha hablado de lo mismo, y me contó algo sobre los vaqueros...

—Los cowboys.

Él no prestó atención a la corrección.

—Y los indios. Es cierto, ¿verdad? Lo que ella me ha contado sobre los indios...

—Si lo que te ha dicho es que en su mayoría serán exterminados a lo largo del próximo siglo, más o menos, sí, es cierto. —Le alisé el pelo, luego me senté en la cama delante de él y me dispuse a cepillarme el mío—. ¿Eso te inquieta?

Sus cejas se juntaron un momento mientras consideraba la respuesta.

—No —contestó con lentitud—. No especialmente. No es como si yo les causara la muerte con mis propias manos. Pero... Nos estamos acercando, ¿verdad? Al momento en el que debo andarme con cuidado, si es que he de caminar entre dos fuegos.

—Me temo que sí —dijo con una tensión incómoda.

Entendía demasiado bien lo que quería decir. Las líneas del frente de batalla aún no eran claras, pero se estaban trazando en ese mismo momento. Convertirse en un agente indio para la Corona equivalía a ser visto como leal a los británicos; todo eso estaba muy bien, por el momento, cuando el movimiento rebelde aún estaba formado por un grupo radical marginal, con unos pocos focos de descontento. Pero lo cierto es que sería muy peligroso a medida que nos acercáramos al punto en que los descontentos tomaran el poder y se declarase la independencia.

Jamie, que conocía cuál sería el resultado, no se atrevía a esperar demasiado para aliarse con el bando de los rebeldes; pero, por otro lado, hacerlo muy pronto sería arriesgarse a que lo arrestaran como traidor. Y ésa no era una buena perspectiva para un hombre que ya era un traidor indultado.

—Claro que, si aceptaras ser agente indio —dijo tímidamente—, supongo que podrías llegar a convencer a algunas de las tribus indias de que apoyaran el bando americano, o, al menos, de que se mantuviesen neutrales.

—Tal vez —aceptó él, con un tono sombrío en su voz—. Pero, dejando a un lado la cuestión de lo honorable que sería hacer algo así, eso ayudaría a condenarlos, ¿no? ¿Crees que su destino sería el mismo si ganaran los ingleses?

—Eso no ocurrirá.

Él me miró severo.

—Te creo —aseguró—. Tengo razones para hacerlo, ¿verdad?

Asentí con la cabeza, apretando los labios. No quería hablar de los primeros levantamientos. Tampoco quería hablar de la inminente revolución, pero no había alternativa.

—No lo sé. Nadie puede saberlo, puesto que no ha ocurrido, pero si intentara adivinarlo... entonces creo que es muy posible que a los indios les fuera mejor bajo el gobierno británico. —Sonréí con tristeza—. Lo creas o no, el Imperio británico logró, o, debería decir, logrará, administrar sus colonias sin exterminar del todo a los nativos que viven en ellas.

—Salvo a la gente de Hieland —repuso Jamie secamente—. Sí, acepto tu

palabra, Sassenach.

Se puso en pie, pasándose una mano por el pelo, y por un momento pude ver la minúscula franja blanca que lo atravesaba, recuerdo de una herida de bala.

—Deberías hablar con Roger —dijo—. Él sabe mucho más que yo.

Jamie asintió, pero, más allá de una ligera mueca, no respondió.

—Hablando de Roger, ¿dónde crees que fueron él y Bree?

—A casa de los McGillivray, supongo —contestó, sorprendido—. A buscar al pequeño Jem.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, igualmente sorprendida.

—Cuando hay problemas, un hombre quiere tener a su familia a su lado, ¿sabes? —Me miró, enarcando una ceja y, buscando encima del ropero, cogió su espada. La sacó a medias de la vaina, luego volvió a envainarla y la depositó suavemente donde estaba.

Había traído una pistola cargada a la habitación; estaba, junto a la ventana. El rifle y la escopeta para cazar aves también estaban cargados y listos, colgando de sus respectivos ganchos sobre la chimenea, en la planta inferior. Y, con una pequeña floritura irónica, sacó la pistola de la funda de su cinturón y la deslizó debajo de nuestra almohada.

—A veces lo olvido —dije con un deje de nostalgia mientras observaba sus movimientos. Había una pistola bajo la almohada de nuestra cama de matrimonio, y bajo otras muchas a partir de entonces.

—Sí? —Sonrió Jamie.

—Tú no? ¿Jamás?

Él negó con la cabeza, sin dejar de sonreír, aunque había un brillo de tristeza en sus ojos.

—A veces desearía olvidarlo.

Nuestra conversación se vio interrumpida de pronto por un fuerte bramido al otro lado del pasillo, seguido de inmediato por ruido de mantas, violentos juramentos, y un estruendoso golpe cuando algo, probablemente un zapato, chocó contra la pared.

—¡Maldito gato! —gritó MacDonald. Me senté, llevándome la mano a la boca, mientras el fuerte ruido de pies descalzos vibraba por las tablas del suelo, seguido brevemente del golpe de la puerta del mayor, que se abrió y luego se cerró con un estampido.

También Jamie había quedado paralizado. Luego se movió, con suma delicadeza, y, sin hacer ruido, abrió lentamente la puerta de nuestra habitación. *Adso*, con la cola en una arrogante forma de S, entró en el cuarto. Sin prestarnos la más mínima atención, cruzó la estancia majestuosamente, saltó sobre el lavamanos y se sentó en él, donde levantó una pata trasera en el aire y comenzó a lamerse serenamente los testículos.

—Una vez vi a un hombre en París que podía hacer eso —comentó Jamie,

observando la actuación con interés.

—¿Hay gente que paga por ver algo así?

—Bueno, en realidad, no era el hombre, sino su acompañante femenina, que era igualmente flexible. —Me sonrió, y la luz de la lumbre hizo que sus ojos azules resplandecieran—. Es como ver copular a dos gusanos, ¿sabes?

—Fascinante —murmuré. Miré el lavamanos, donde *Adso* había comenzado a hacer algo aún menos delicado—. Tienes suerte de que el mayor no duerma armado, gato. Podría haber hecho un estofado contigo.

—Oh, lo dudo. Nuestro amigo Donald probablemente duerma con una espada, pero sabe bien lo que le conviene. Si hubiera ensartado a tu gato, mañana no le prepararías el desayuno.

Desvié la mirada hacia la puerta. El alboroto al otro lado del pasillo ya se había desvanecido; el mayor, con la facilidad y la práctica de un soldado profesional, ya había emprendido el regreso a la tierra de los sueños.

—Supongo que no. Tenías razón cuando dijiste que él estaba tratando de conseguir un puesto con el nuevo gobernador. Imagino que ése es el verdadero motivo por el que desea que tú progreses políticamente, ¿no?

—Ciento, yo tenía razón, ¡eh? Eso significa qué me debes una prenda, Sassenach.

Me contempló como si se le acabara de ocurrir una idea, que yo esperaba que no estuviera demasiado inspirada en sus recuerdos de los parisinos que se parecían a gusanos.

—¿Ah, sí? —Lo observé con recelo—. Y, eh, ¿quéquieres...?

—Bueno, aún no he pensado en todos los detalles, pero creo que deberías tumbarte en la cama, para empezar.

Eso sonaba como un inicio razonable de la cuestión. Acomodé las almohadas en la cabecera de la cama, haciendo una pausa para apartar la pistola, y empecé a tumbarme. Pero hice una nueva pausa y, en lugar de tumbarme, me agaché en el suelo para girar la manivela que tensaba las cuerdas que sostenían el colchón, hasta que el armazón de la cama chirrió y las cuerdas crujieron.

—Muy astuto de tu parte, Sassenach —dijo Jamie a mis espaldas, divertido.

—La experiencia —le informé, trepando a la cama recién tensada—. Me he despertado muchas veces, después de una noche contigo, con el colchón doblado alrededor de las orejas y el culo a menos de dos centímetros del suelo.

—Oh, creo que tu culo terminará un poco más arriba —me aseguró.

—¿Me dejarás ponerme encima? —No sabía si alegrarme o no. Estaba terriblemente cansada, y si bien era cierto que me gustaba cabalgar a Jamie, había estado cabalgando sobre un caballo durante más de diez horas, y los músculos de las piernas requeridos para ambas actividades temblaban espasmódicamente.

—Tal vez más tarde —dijo él, entrecerrando los ojos mientras reflexionaba

—. Túmbate, Sassenach, y súbete las enaguas. Luego ábrete de piernas. Ah, buena chica; no, un poco más, ¿de acuerdo?

—Si estás pensando en lo que creo que estás pensando, te arrepentirás. No me he bañado como es debido —dijo en tono de reproche—. Estoy terriblemente sucia y huelo a caballo.

Jamie, desnudo, levantó un brazo y lo olió como verificando algo.

—¿Ah, sí? Bueno, yo también. No importa. Me gustan los caballos.

Abandonó cualquier pretensión de demora, pero hizo una pausa para supervisar la disposición que había solicitado, mirándome con aprobación.

—Sí, muy bien. Ahora, por favor, pon las manos encima de la cabeza y aférrate a la cabecera de la cama...

—¡No te atreverás! —exclamé, y luego bajé la voz, con una mirada involuntaria hacia la puerta—. ¡Con MacDonald al otro lado del pasillo!

—Oh, si me atreveré —aseguró—. Y al demonio con MacDonald y con una docena más como él. —Pero hizo otra pausa y después de un momento, suspiró y meneó la cabeza—. No. Esta noche, no. Todavía estás pensando en ese pobre bastardo holandés y su familia, ¿no?

—Sí, ¿y tú no?

Jamie suspiró y se sentó a mi lado en la cama.

—He tratado de quitármelo de la cabeza —dijo francamente—, pero los muertos recientes no descansan tranquilos en sus tumbas, ¿no crees?

Posé mi mano en su brazo, aliviada de que él sintiera lo mismo. El aire nocturno parecía cargado de espíritus, y yo había sentido la pesada melancolía de aquel desolado jardín, aquella hilera de tumbas, arrastrándose a través de todos los acontecimientos y las alarmas de la noche.

—Te deseo, Claire —dijo entonces Jamie—. Lo necesito... Por favor...

Me pregunté si ellos habrían pasado así la noche antes de su muerte. Cómodos y abrigados entre las paredes de su casa, marido y mujer susurrando juntos, acostados en la cama, sin tener idea de lo que les separaba el destino. Vi en el recuerdo los largos y blancos muslos de ella cuando el viento le levantó la falda, y recordé la fugaz visión de la pequeña mata de pelo rizado entre ellos, los genitales debajo de su nube de pelo marrón, pálidos como si estuvieran tallados en mármol, la costura cerrada como la estatua de una virgen.

—Yo también lo necesito —susurré a mi vez—. Ven aquí.

Él se acercó y tiró limpiamente del cordón de mi viso. El gastado lino se separó de mis hombros. Intenté coger parte de la tela, pero Jamie me agarró la mano y la sostuvo a un costado de mi cuerpo. Con un solo dedo, siguió bajando la prenda, luego apagó la vela, y en una oscuridad que olía a cera, a miel y a sudor de caballo, me besó la frente, los ojos, las mejillas, los labios, el mentón, y continuó así, lentamente y con suavidad, hasta las plantas de los pies.

Luego se irguió y me lamió los pechos durante largo rato, y yo bajé la mano

por su espalda y la ahuequé alrededor de sus nalgas, desnudas y vulnerables en la oscuridad.

Más tarde permanecimos acostados, enredados como gusanos. Yo estaba tan cansada que sentía que mi cuerpo se hundía en el colchón, y sólo deseaba seguir hundiéndome, cada vez más profundamente, en la bienvenida oscuridad del olvido.

—¿Sassenach?

—¿Sí?

Hubo un momento de vacilación, hasta que su mano encontró la mía.

—Tú no harías lo que ella hizo, ¿verdad?

—¿Quién?

—Ella. La holandesa.

Arrancada del borde del sueño, seguía desconcertada y confusa, tanto que incluso la imagen de la mujer muerta, amortajada en su delantal, parecía irreal, no más perturbadora que los azarosos fragmentos de realidad que mi cerebro echaba por la borda en un vano esfuerzo por mantenerse a flote mientras yo me hundía en las profundidades.

—¿Qué? ¿Caerme en la chimenea? Trataré de no hacerlo —le aseguré, bostezando—. Buenas noches.

—No, escucha. —Me sacudió el brazo con suavidad—. Hablemos, Sassenach.

—Mmm. —Con un esfuerzo considerable, aparté el tentador abrazo de Morfeo y me volví de costado, enfrentándome a Jamie—. Mmm. Hablar, ¿de qué...?

—De la holandesa —repitió, pacientemente—. Si yo muriera, tú no matarías a toda la familia, ¿verdad?

—¿Qué? —Me froté la mano libre por la cara, tratando de encontrar el sentido de todo aquello, entre las vacilantes hebras del sueño—. ¿La familia de quién? Oh... ¿Crees que ella lo hizo a propósito? ¿Que los envenenó?

—Creo que es posible.

Sus palabras no eran más que un susurro, pero bastaron para que yo recuperara la conciencia. Permanecí en silencio un momento, luego extendí la mano, para asegurarme de que él seguía allí.

Sí, estaba allí; un objeto grande y sólido, el hueso liso de su cadera, caliente y viva bajo mi mano.

—También pudo haber sido un accidente —dije con voz grave—. No puedes estar seguro.

—No —admitió—. Pero no consigo dejar de verlo de esa manera. —Inquieto, giró y quedó boca arriba en la cama—. Los hombres llegaron. Él se enfrentó a ellos y lo mataron allí mismo, en el umbral de su propia casa. Y cuando ella vio que su marido había muerto, supongo que les dijo a los asesinos que primero tenía que alimentar a los pequeños, antes de... y entonces puso las

setas en el guiso y se lo dio de comer a los niños y a su madre. Se llevó a dos de los hombres consigo, pero creo que eso sí fue un accidente. Ella sólo quería seguirlo a él. No quería dejarlo allí, solo.

Sentí deseos de decirle a Jamie que aquello no era más que una interpretación bastante dramática de lo que habíamos visto. Pero en realidad no podía asegurar que se equivocaba. Al escucharlo describir lo que veía en sus pensamientos, yo también lo vi, con total claridad.

—No lo sabes —dijo al fin en voz baja—. No puedes saberlo.

« A menos que encuentres a los otros hombres —pensé de repente—, y se lo preguntes». Pero eso no lo dije.

Ninguno de los dos habló durante un buen rato. Me percaté de que Jamie seguía pensando, pero las arenas movedizas del sueño estaban una vez más arrastrándome hacia abajo, persistentes y seductoras.

—¿Y si no puedo protegerte? —susurró por fin—. ¿A ti y a todos los demás? Lo intentaré con todas mis fuerzas, Sassenach, y no me importaría morir en el intento, pero, y ¿si muero demasiado pronto... y fracaso?

¿Qué respuesta podía darle?

—Eso no va a ocurrir —contesté, también en un susurro. Jamie suspiró e inclinó la cabeza, de modo que su frente se apoyó en la mía.

—Lo intentaré —dijo, y yo lo besé suavemente, reconfortándolo en la oscuridad. Posé la cabeza en su hombro, le rodeé el brazo con una mano y respiré el olor a humo y a sal de su piel, como si se hubiera curado con fuego.

—Hueles como un jamón ahumado —murmuré, y él dejó escapar un gemido de diversión y metió la mano entre mis muslos.

Yo, por fin, me dejé ir, permitiendo que las pesadas arenas del sueño me absorbieran. Tal vez él lo dijo, justo cuando yo me hundía en la oscuridad, o tal vez sólo lo soñé.

—Si muero —susurró—, no me sigas. Los niños te necesitan. Quédate aquí con ellos. Yo puedo esperar.

Segunda parte

Sombras Crecientes

Victima de una masacre

14 de abril de 1773

De lord John Grey al señor James Fraser

Mi querido amigo:

Le escribo gozando de buena salud, y confío en que usted y los suyos se encuentren en la misma situación.

Mi hijo ha regresado a Inglaterra, para completar allí su educación. Nos explica sus fantásticas experiencias (adjunto una copia de su última carta), y me asegura que se encuentra bien. Lo más importante es que mi madre también me ha escrito para asegurarme que él está prosperando, aunque creo —más por lo que ella no dice que por lo que dice— que ha introducido un desacostumbrado elemento de confusión y rebeldía en su casa.

Confieso que siento la falta de este elemento en mi propia casa. Tan ordenada y organizada es mi vida en estos tiempos, que usted se asombraría. De todas formas, el silencio me resulta opresivo, y si bien disfruto de buena salud en lo que respecta al cuerpo, creo que mi espíritu flaquea un poco. Me temo que echo mucho de menos a William, y que eso me entristece.

Para distraerme de mi soledad, últimamente he emprendido una nueva actividad: elaborar vino. Si bien admito que el producto carece de la fuerza de sus propios destilados, me complace decir que no es imbebible, y si se le permite reposar durante uno o dos años, tal vez llegue a ser aceptable. Le enviaré una docena de botellas este mismo mes, por mano de mi nuevo sirviente, el señor Higgins, cuya historia tal vez usted encuentre interesante.

Probablemente haya oido usted hablar de una vergonzosa gresca que tuvo lugar en Boston hace tres años, en el mes de marzo, que con frecuencia he visto reflejada en el periódico y a la que el Broadside calificó de «masacre», algo totalmente irresponsable y muy inexacto para cualquiera que presenciara el suceso tal cual ocurrió.

Yo no estuve presente allí, pero he hablado con numerosos oficiales y soldados que sí estuvieron. Si ellos son sinceros en sus palabras, y creo que sí lo son, la visión del asunto manifestada por la prensa de Boston es monstruosa.

A decir de todos, Boston es un antro horrible de sentimientos republicanos, con esas denominadas «sociedades en marcha» sueltas por las calles, y que no son más que una excusa para la reunión de muchedumbres cuyo deporte principal consiste en atormentar a las tropas allí acuarteladas.

Higgins me dice que ningún hombre se atrevería a salir solo de uniforme, por miedo a esos tumultos, y que incluso cuando están en mayor número, la hostilidad de la gente los hace regresar a los cuarteles, salvo cuando la situación los obliga a resistir.

Una noche, una patrulla de cinco soldados fue asediada de esa manera, perseguida no sólo por insultos de la peor naturaleza, sino también por piedras, puñados de tierra y excrementos, y otra basura que les arrojaban. Tan fuerte era la presión de la multitud que los rodeaba que los hombres temieron por su seguridad, y por tanto exhibieron sus armas, con la esperanza de desalentar el tumultuoso acoso que se cernía sobre ellos. Lejos de lograr ese resultado, la acción provocó una furia todavía mayor en la muchedumbre, y, en un determinado momento, alguien disparó. Nadie puede decir con seguridad si el disparo provino de la multitud o del arma de uno de los soldados, mucho menos si fue por accidente o deliberadamente, pero el efecto... Bueno, usted posee un conocimiento lo bastante amplio de estas cuestiones para imaginar la confusión de los acontecimientos que se produjeron.

Finalmente, cinco personas murieron, y si bien los soldados fueron golpeados y muy maltratados, pudieron escapar con vida, sólo para ser convertidos en chivos expiatorios por las maliciosas proclamas de los líderes de la muchedumbre en la prensa, que deformaron los sucesos de modo que pareciera una matanza caprichosa y sin causar el asesinato de inocentes, en lugar de una cuestión de defensa propia contra una multitud enardecedida por la bebida y la retórica vacía.

Confieso que los soldados disfrutan totalmente de mi simpatía; estoy seguro de que eso es evidente para usted. Éstos fueron juzgados y el magistrado declaró inocentes a tres de ellos, aunque sin duda consideró que sería peligroso para su propia situación liberarlos a todos.

Higgins, junto con otro más, fue acusado de homicidio involuntario, pero pidió clemencia y fue liberado después de que lo marcaron. El ejército, desde luego, lo destituyó, y sin medios para ganarse la vida y sometido al oprobio del populacho, se encontró en una situación muy triste. Me contó que lo golpearon en una taberna poco después de su liberación, y las heridas que allí le infligieron le quitaron la visión de un ojo, y, de hecho, su propia vida estuvo en peligro en más de una ocasión. Por tanto, y tratando de ponerse a salvo, decidió emplearse en un balandro al mando de mi amigo, el capitán Gill, aunque yo lo he visto navegar y le aseguro

que no es ningún marinero.

Esta situación no tardó en volverse evidente para el capitán Gill, quien puso fin a su empleo nada más llegar al primer puerto. Yo estaba en la ciudad por negocios, y me crucé con él, quien me contó la desesperada situación en que se encontraba Higgins.

Me esforcé por encontrarlo, sintiendo lástima por un soldado que, según creía, había cumplido honorablemente con su deber; y pareciéndome mal que sufriera por ello. Al descubrir que era una persona inteligente y de carácter afable, lo empleé a mi servicio, donde ha demostrado ser de lo más fiel.

Se lo mando junto con el vino, con la esperanza de que su esposa tenga la amabilidad de examinarlo. El médico local, un tal doctor Potts, lo ha visto y ha declarado que la herida del ojo es incurable, lo que bien puede ser cierto. Sin embargo, y como he podido comprobar el talento de su esposa, me pregunto si ella podría sugerir tratamiento para sus otras dolencias; el doctor Potts no ha sido de gran ayuda. Digale a su esposa, por favor, que soy su humilde servidor, y que siento una perpetua gratitud por su amabilidad y su talento.

Mis más cálidos saludos para su hija, a quien le he mandado un pequeño regalo, que llegará con el vino. Confío en que su marido no se ofenda por mi familiaridad, teniendo en cuenta el largo tiempo que conozco a su familia, y que le permita aceptarlo.

Sigo siendo, como siempre, su obediente servidor,

John Grey

El umbral de la guerra

Abril de 1773

Robert Higgins era un hombre joven y delgado, tan escuálido que parecía que lo único que sostenía los huesos en su sitio era la ropa, y tan pálido que era fácil imaginar que uno podía ver a través de él. Tenía, sin embargo, unos ojos azules grandes y sinceros, una masa de pelo ondulado castaño claro, y una timidez que hizo que la señora Bug lo pusiera de inmediato bajo su protección y declarase su firme intención de «alimentarlo» antes de que regresara a Virginia.

A mí, Higgins me caía bastante bien; era un muchacho dulce, con el suave acento de su Dorset natal. Aunque, de todas formas, me preguntaba si la generosidad que lord John Grey le prodigaba era tan altruista como parecía.

Con el tiempo, John Grey también me había empezado a caer bien, después de la experiencia con el sarampión que habíamos compartido unos años antes, y su amistad con Brianna en la época en que Roger había estado cautivo de los iroqueses. Aun así, yo seguía siendo consciente del hecho de que a lord John le gustaban los hombres; concretamente, Jamie, pero por supuesto que otros hombres también.

—Beauchamp —me dije a mí misma, mientras ponía a secar unas raíces de trífolios—, te pasas el día sospechando de todo el mundo.

—Sí, es cierto —dijo una voz a mis espaldas, que parecía divertida—. ¿De quién sospechas ahora?

Di un brinco, sobresaltada, y los trífolios salieron volando en todas direcciones.

—Oh, eres tú —dije, irritada—. ¿Por qué siempre tienes que aparecer así, de repente?

—Práctica —respondió Jamie—. No querría perder mi talento para acechar a las presas. ¿Por qué hablabas contigo misma?

—De esa manera me aseguro de tener quien me escuche —repuse con aspereza, y él se echó a reír, mientras se agachaba a recoger las raíces.

—¿De quién sospechas, Sassenach?

Vacilé, pero no se me ocurrió otra cosa que la verdad.

—Me preguntaba si John Grey estaba sodomizando a nuestro señor Higgins —dije sin rodeos—. O si lo intenta.

—¿Qué te hace pensar en ello?

—Es un joven muy guapo, para empezar —respondí, quitándole un puñado

de raíces y desplegándolas sobre una gasa—. Y tiene las peores almorranas que jamás he visto en un hombre de su edad.

—¿Te ha dejado vérselas? —Jamie había enrojecido ante la mención de la sodomía.

—Bueno, me costó bastante convencerlo —dijo—. No tardó en hablarme de ellas, pero no estaba muy dispuesto a que se las examinara.

—A mí tampoco me gustaría mucho esa idea —aseguró Jamie—, y yo estoy casado contigo. ¿Por qué diablos querías mirar algo así, de no ser por una curiosidad morbosa? —Echó una mirada recelosa al gran cuaderno negro donde yo resumía los casos—. No estarás haciendo dibujos del trasero del pobre Bobby Higgins en ese cuaderno, ¿verdad?

—No hace falta. No puedo imaginarme a ningún médico de ninguna época que no haya conocido el aspecto de las almorranas. Después de todo, los antiguos israelitas y los egipcios también las padecían.

—¿Sí?

—Está en la Biblia. Pregúntale al señor Christie —le aconsejé.

—¿Has estado discutiendo la Biblia con Tom Christie? Eres más valiente que yo, Sassenach. —Christie era un presbiteriano muy devoto, cuya máxima felicidad consistía en golpear a alguien en la cabeza con una buena cantidad de Sagradas Escrituras.

—Yo no. La semana pasada Germain me preguntó qué eran las «hemorroides».

—¿Qué son?

—Almorranas. «Y ellos preguntaron: “¿Qué ofrenda hemos de hacer?”. Y respondieron: “Conforme al número de los tiranos de los filisteos, cinco hemorroides de oro, y cinco ratones de oro”» —cité—, o algo parecido. Es lo más que puedo recitar de memoria. Christie hizo escribir a Germain un verso de la Biblia como castigo, y, puesto que Germain tiene una mente inquisitiva, se preguntó qué era lo que estaba escribiendo.

—Y decidió no preguntárselo a Christie, desde luego. —Jamie frunció el ceño—. ¿Me conviene saber qué fue lo que hizo Germain?

—Casi te diría que no.

Tom Christie pagaba la renta trabajando como maestro local, y parecía capaz de mantener la disciplina según sus propios términos. Yo era de la opinión de que tener como alumno a Germain Fraser era un trabajo que probablemente equivalía a la totalidad de la suma que él debía.

—Hemorroides de oro —murmuró Jamie—. Vaya, qué idea tan interesante.

Había asumido el aire soñador que con frecuencia adquiría justo antes de comentar algún pensamiento espeluznante relacionado con la posibilidad de mutilaciones, muertes o cadenas perpetuas. Yo encontraba esa expresión ligeramente alarmante, pero fuera cual fuese la idea provocada por las

hemorroides doradas, la abandonó por el momento.

—Bueno, da igual. Hablábamos del trasero de Bobby, ¿verdad?

—Oh, sí. En cuanto a la razón por la que quería echarles un vistazo a las hemorroides del señor Higgins —dije, regresando a la conversación anterior—, quería ver si el mejor tratamiento consistía en aliviarlas o extirparlas.

—¿Extirparlas? ¿Cómo? ¿Con tu cuchillito? —Miró el estuche donde yo guardaba mis instrumentos quirúrgicos y sus hombros se encogieron de aversión.

—Es posible, sí, aunque supongo que sería bastante doloroso sin anestesia. Había un método mucho más sencillo que justo empezaba a ser muy utilizado cuando yo... me marché.

Sólo durante un momento, sentí una profunda punzada de nostalgia por mi hospital. Prácticamente podía oler el desinfectante, oír el murmullo y las carreras de las enfermeras, tocar las cubiertas satinadas de las publicaciones de investigación, cargadas de ideas e información. Luego la imagen se desvaneció, y volví a considerar la conveniencia de las sanguijuelas con referencia a la buena salud anal del señor Higgins.

—El doctor Rawlings aconseja la utilización de sanguijuelas —expliqué—. Veinte o treinta, dice, para un caso serio.

Jamie asintió sin demostrar ninguna repugnancia. Por supuesto, a él ya le habían aplicado sanguijuelas, y me había asegurado que no dolían.

—Sí. ¿Dispones de esa cantidad? ¿O hago que los muchachos empiecen a buscar más?

A Jemmy y a Germain nada les gustaría más que meterse en los pantanos y los arroyos con su abuelo, y regresar engalanados de sanguijuelas y barro hasta las cejas, pero negué con la cabeza.

—No. O, quiero decir, sí —corregí—. Cuando te vaya bien; no las necesito ahora mismo. Usar sanguijuelas serviría sólo para aliviar la situación temporalmente, pero las hemorroides de Bobby tienen coágulos de sangre seca en el interior —aclaré—, y creo que convendría que se las extirpara del todo. Supongo que podría ligarlas, es decir, atar un hilo muy fuerte en torno a la base de cada hemorroide. Eso les quita la sangre y, finalmente, terminan secándose y caen. Muy limpio.

—Muy limpio —murmuró—. ¿Lo has hecho antes?

—Sí, una o dos veces.

—Ah. —Frunció los labios—. ¿Cómo... eh... cómo podrá... ir al baño mientras dure todo esto? El proceso debe de durar bastante, supongo.

—Su principal dificultad es que no va de vientre. No lo suficiente, quiero decir, ni tampoco con la consistencia adecuada. Una dieta horrible —dije, señalándolo con un dedo acusatorio—. Me lo dijo: pan, carne y cerveza; nada de verduras, nada de frutas. El estreñimiento está muy extendido en el ejército británico, no me cabe duda. ¡No me sorprendería que hasta el último de ellos

tenga almorranas como racimos colgando del culo!

—Hay muchas cosas que admiro de ti, Sassenach, especialmente la delicadeza de tu conversación. —Tosió y miró hacia abajo—. Pero si tú dices que el estreñimiento es lo que causa las almorranas...

—Sí, lo es.

—Sí, bueno. Es sólo que... lo que decías de John Grey. Quiero decir, ¿tú no crees que el estado del culo de Bobby tenga que ver con... ejem?

—Oh. Bueno, no, directamente no. —Hice una pausa—. Es más que lord John decía en su carta que él quería que yo... ¿cuáles fueron las palabras exactas...? « Sugiriera tratamiento para sus otras dolencias». Me refiero a que no es posible que él estuviera enterado de las dificultades de Bobby sin haber hecho una... eh... inspección personal, por así decirlo. Pero, como te he dicho, las almorranas son una afición tan corriente que ¿por qué se preocuparía hasta el punto de pedirme que haga algo al respecto, a menos que pensara que podrían dificultar su propio y eventual... eh... avance?

El rostro de Jamie había recobrado su tono normal, pero con estas palabras se ruborizó nuevamente.

—Su...

—Quiero decir —expliqué, cruzando los brazos debajo del busto—, que estoy un poco disgustada... con la idea de que él enviara al señor Higgins a que le hicieran una « reparación ». La idea de que debo reparar al pobrecillo Bobby y luego mandarlo de vuelta para que... —Apreté los labios y me volví con brusquedad—. Esa idea no me gusta nada. Te aclaro que haré lo que pueda por Higgins; es un muchacho sin muchas perspectivas; no cabe duda de que haría... cualquier cosa que su señoría requiriera. Pero tal vez esté pensando mal de él, de lord John, quiero decir.

—Tal vez.

—Bueno —dije con cierta vacilación—. Tú lo conoces mejor que yo. Si crees que él no...

—Sé más de lo que quería sobre John Grey —dijo Jamie finalmente—. Y él sabe mucho más sobre mí de lo que a mí me gustaría. Pero... —Se inclinó hacia adelante, luego puso las manos sobre las rodillas y me miró—. Hay algo que sé sin duda alguna: es un hombre honorable; no se aprovecharía de Higgins, ni de ningún otro hombre que estuviera bajo su protección.

Jamie parecía muy seguro de sus palabras, y me sentí más tranquila. John Grey me caía bien, en el fondo. Pero aun así... la llegada de sus cartas, precisas como un reloj, siempre me provocaba una débil sensación de inquietud, como un trueno lejano. No había nada en las mismas cartas que justificara esa reacción; eran como su autor: eruditas, graciosas y sinceras. Y él tenía razones para escribir, desde luego; más de una.

—Sigue amándote, ¿sabes? —dije en voz baja.

Jamie asintió, pero no me miró; sus ojos seguían clavados en algo que estaba más allá de los árboles que bordeaban el jardín delantero de la casa.

—¿Preferirías que no fuera así? —insistí.

Hizo una pausa, luego volvió a asentir. Pero esta vez si me miró.

—Sí. Por mí mismo. Por él, sin duda. Pero ¿William?

—Oh, tal vez haya adoptado a William por ti —dije, reclinándome contra la encimera—. Pero yo los he visto juntos, ¿recuerdas? No tengo ninguna duda de que él ahora ama a William por sí mismo.

—No, yo tampoco lo dudo. —Tenía una expresión impenetrable; estaba reflexionando sobre algo que no quería compartir conmigo.

—¿Tú...? —Comencé a decir, pero me interrumpí cuando él me miró—. No. No tiene importancia.

—¿Qué? —Inclinó la cabeza a un lado, entornando los ojos.

—Nada.

—Puedo ver en tu cara que sí es algo, Sassenach. ¿Qué?

—Es sólo que... y estoy segura de que no es cierto, es sólo una idea que se me ha ocurrido...

Hizo un grave sonido propiamente escocés, indicándome que dejara de balbucear y que lo soltara.

—¿Alguna vez te preguntaste si lord John lo adoptó porque...? Bueno, William se te parece muchísimo, desde que era pequeño. Puesto que lord John te encuentra físicamente... atractivo... —Las palabras se desvanecieron, y yo me habría cortado la lengua por haberlas dicho.

Cerró los ojos un momento, para impedir que yo se los mirara. Tenía los puños tan apretados que las venas sobresalían desde los nudillos hasta el antebrazo. Muy lentamente, relajó las manos. Abrió los ojos.

—No —dijo con total convicción en la voz. Me lanzó una mirada directa y dura—. Y no es que no pueda soportar la idea. Es que lo sé.

—Desde luego —dije rápidamente, dispuesta a abandonar el tema.

—Lo sé —repitió con más fuerza. Con dos dedos rígidos se golpeó la pierna una vez—. Yo también lo he pensado. La primera vez que me dijo que tenía la intención de casarse con Isobel Dunsany.

Se volvió y empezó a mirar por la ventana.

—Le ofrecí mi cuerpo —dijo Jamie bruscamente. Su tono era bastante firme, pero me di cuenta lo mucho que le costaba pronunciar las palabras—. Como agradecimiento, le dije. Pero era... —Hizo un extraño movimiento convulsivo—. Quería ver, ¿sabes?, asegurarme de qué clase de hombre era. Ese hombre que se quedaría con mi hijo.

Su voz tembló, muy levemente, cuando dijo esa última frase, y yo me acerqué a él por instinto. Jamie se puso rígido cuando lo toqué; no quería que lo abrazara; pero me cogió la mano y la apretó.

—¿Crees que realmente... podrías averiguarlo? —No estaba sorprendida; John Grey me había hablado de esa oferta, años antes, en Jamaica. Pero me pareció que él no se había dado cuenta de su verdadera naturaleza.

La mano de Jamie se apretó alrededor de la mía. Me miró y yo sentí que sus ojos revisaban mi cara, no como una pregunta, sino como uno hace cuando ve de nuevo algo que se había vuelto familiar, viendo con los ojos algo que durante mucho tiempo había visto tan sólo con el corazón.

—No puedes estar tan cerca de otra persona —dijo por fin—. Estar dentro de otra persona, oler su sudor, frotar los pelos de tu cuerpo contra los del suyo, y no ver nada de su alma. Y si puedes hacerlo... —Vaciló, y me pregunté si estaba pensando en Black Jack Randall o en Laogaire, la mujer con la que se había casado cuando creyó que yo había muerto—. Bueno... es algo horrible —terminó en voz baja, y su mano cayó a un lado.

Se produjo un silencio entre nosotros. Un repentino crujido llegó del exterior cuando *Adso* dio un salto y desapareció, y un ruiseñor que estaba subido en el gran abeto rojo empezó a piar, alarmado. En la cocina, algo cayó al suelo con gran estrépito y entonces comenzó a oírse el rítmico zumbido de alguien barriendo. Eran los sonidos de la vida cotidiana que habíamos construido.

¿Alguna vez me había pasado a mí? ¿Estar acostada con un hombre y no ver su alma? Por supuesto que sí, y él tenía razón. Sentí el roce de un aliento frío, y mi vello se erizó sobre mi piel.

Jamie dejó escapar un suspiro que parecía subirle desde los talones, y se pasó la mano por el pelo, que llevaba recogido.

—Pero John no haría una cosa así. —Levantó la mirada—. Él me amaba, y me lo dijo. Y yo no podía corresponderle... Él lo sabía, y por eso no quiso aceptar una falsificación como si fuera una moneda verdadera.

—No, un hombre que dice algo así no sodomizaría a un niño sólo por los hermosos ojos azules de su padre. De eso estoy seguro, Sassenach.

—Supongo que no. Dime... Si... si él hubiera... eh... aceptado tu oferta... y tú lo hubieras encontrado... —Me esforcé por hallar las palabras adecuadas—. Menos, eh, decente de lo que podrías esperar...

—Le habría partido el cuello allí mismo, junto al lago —dijo—. No me habría importado que luego me colgaran; no le habría permitido quedarse con el muchacho. Pero no lo hizo, y por eso accedí —añadió, encogiéndose de hombros—. Y si el pequeño Bobby se mete en la cama de su señoría, creo que lo hará por voluntad propia.

Ningún hombre está precisamente cómodo con la mano de otra persona metida en el culo. Yo ya lo había notado antes, y Robert Higgins no era ninguna excepción a la regla.

—Bueno, esto no va a dolerte mucho —dije con una voz lo más

tranquilizadora posible—. Lo único que tienes que hacer es quedarte totalmente quieto.

—Oh, eso es lo único que haré, señora, claro que sí —me aseguró.

Lo había ubicado sobre la mesa de mi consulta, vestido sólo con la camisa, y situado sobre manos y rodillas, de modo que la zona de la operación estuviera convenientemente levantada a la altura de los ojos. Los fórceps y las ligaduras que necesitaría estaban sobre una mesita, a mi derecha, con un cuenco lleno de sanguijuelas a un costado, por si las precisaba.

Robert dejó escapar un leve gemido cuando apliqué un paño empapado en trementina en el área, para limpiarla a fondo, pero no se movió.

—Bueno, esto quedará muy bien —le aseguré, al tiempo que cogía un par de fórceps de tenazas largas—. Pero para que la cura sea permanente, tendrás que hacer cambios drásticos en tu dieta. ¿Lo entiendes?

—Él soltó un grito ahogado cuando agarré una de las hemorroides y tiré de ella. Había tres, en una disposición clásica: a las nueve, a las dos y a las cinco en punto. Bulbosas como frambuesas, y exactamente del mismo color.

—¡Oh! S-sí, señora...

—Avena —dije con firmeza, transfiriendo el fórceps a la otra mano sin aflojar la presión, y cogiendo una aguja con un hilo enhebrado con la derecha—. Gachas todas las mañanas, sin falta. ¿Has notado alguna mejoría en el movimiento de tus intestinos desde que la señora Bug te ha estado dando avena en el desayuno?

Pasé el hilo alrededor de la base de la hemorroide sin apretar; luego, con delicadeza, empujé la aguja hacia arriba debajo del lazo, formando un pequeño nudo corredizo. Luego tiré con fuerza.

—¡Ahhh!... ¡Oh! Ejem... A decir verdad, señora, es como cagar ladrillos cubiertos con pinchos de erizos; no importa qué coma.

—Bueno, pero mejorará —le aseguré, sujetando la ligadura con un nudo. Solté la hemorroide y él respiró hondo—. También uvas. Te gustan las uvas, ¿verdad?

—No, señora. Cuando las muerdo me dueLEN los dientes.

—¿En serio? —Sus dientes no parecían muy cariados; debería examinarle mejor la boca; tal vez tuviera escorbuto—. Bueno, haremos que la señora Bug te prepare un magnífico pastel de pasas; podrás comerlo sin problemas. ¿Lord John tiene un cocinero decente? —Apunté con el fórceps y cogí la siguiente. Él, acostumbrado, sólo gruñó un poco.

—Sí, señora. Es un indio, se llama Manoke.

—Mmm. —Giro, arriba, tensar, extirpar—. Te anotaré la receta del pastel de pasas, para que se la lleves. ¿Él prepara batatas, o judías? Las judías son muy buenas para este propósito.

—Creo que sí, señora, pero su señoría...

Las ventanas de la consulta estaban abiertas para que corriera el aire y, en ese momento, oí sonidos que procedían del sendero; voces, y el tintineo de los arneses.

Bobby también los oyó, y dirigió una mirada salvaje hacia la ventana, mientras sus cuartos traseros se tensaban como si estuviera a punto de saltar de la mesa.

—Ponte de pie —le dije, liberándolo y buscando una toalla—. Iré a ver quiénes son. —Él siguió mis instrucciones con celeridad, bajando rápidamente de la mesa y buscando a toda prisa sus pantalones.

Salí al porche a tiempo para saludar a los dos hombres que estaban haciendo subir las mulas por la última y ardua cuesta, hasta llegar al jardín. Eran Richard Brown y su hermano Lionel, de la epónima Brownsville.

Me sorprendió verlos; cabalgando a buen ritmo, tardarían tres días en cubrir el trayecto entre Brownsville y el cerro, y había poco comercio entre ambos asentamientos. Era más o menos la misma distancia que había hasta Salem, en la dirección opuesta, pero los habitantes del cerro acudían allí con mucha más frecuencia; los moravos eran muy trabajadores, y también grandes comerciantes, que intercambiaban miel, aceite, pescado salado y cuero por queso, cerámica, gallinas y otros animales. Por lo que yo sabía, los ciudadanos de Brownsville sólo tenían para ofrecer mercancías baratas de los cherokees y una cerveza de muy mala calidad que ellos mismos producían y que no justificaba el recorrido.

—Buenos días, señora. —Richard, el más pequeño y el menor de los hermanos, se tocó el ala del sombrero, pero no se lo quitó—. ¿Está su marido?

—Está junto al granero, limpiando cuero. Pasad a la cocina; os serviré un poco de sidra.

—No se moleste. —Y, sin más, se dirigió hacia la parte trasera de la casa.

Lionel Brown, un poco más alto que su hermano, aunque con la misma complexión delgada y larguirucha y el mismo pelo color tabaco, me hizo un leve saludo con la cabeza y lo siguió.

Habían dejado las mulas, con las riendas colgando, evidentemente para que yo me ocupara de ellas. Los animales habían empezado a deambular lentamente por el jardín, deteniéndose para mordisquear la hierba crecida que bordeaba el sendero.

—¡Ejem! —exclamé, mirando con furia a los hermanos.

—¿Quiénes son? —dijo una voz grave detrás de mí. Bobby Higgins había salido de la consulta y estaba vigilando desde una esquina del porche con su ojo sano. Los extraños solían ponerlo nervioso, lo que era natural, teniendo en cuenta las experiencias por las que había pasado en Boston.

—Vecinos, en cierta forma.

Salí del porche y cogí a una de las mulas de la brida justo cuando estaba

alcanzando el retoño de peral que yo había plantado cerca. Resentida por esta intromisión en sus asuntos, la mula dejó escapar un relincho que casi me parte los oídos e intentó morderme.

—Permitame, señora. Yo me ocupo. —Bobby, que ya había cogido las riendas del otro animal, se inclinó hacia mí y me quitó el cabestro—. ¡Habrase visto! —le dijo a la escandalosa mula—. ¡Cállate o te meto un palo!

Era evidente que Bobby había sido soldado de infantería, más que de caballería. Sus palabras eran lo bastante fuertes, pero no concordaban con sus modales vacilantes. Tiró suavemente de las riendas de la mula, que, de inmediato echó las orejas hacia atrás y lo mordió en un hombro.

Bobby lanzó un alarido y soltó las riendas de ambos animales. *Clarence*, mi propia mula, al oír el alboroto, emitió un fuerte relincho de salutación desde su corral, y las dos mulas desconocidas trotaron al instante en su dirección, con los estribos rebotándoles contra el lomo.

La herida de Bobby no era demasiado grave, aunque los dientes de la mula le habían atravesado la piel; se veían manchas de sangre a través de la manga de la camisa. Cuando estaba levantando la tela para examinarlo, oí pasos en el porche, me volví y vi a Lizzie, con una gran cuchara de madera en la mano, que me miraba, alarmada.

—¡Bobby! ¿Qué ha ocurrido?

Él se incorporó de inmediato al verla, adoptando un aire despreocupado, y se apartó un mechón rizado de las cejas.

—¡Oh! Nada, señorita. Unos problemillas con esas hijas del demonio. Nada grave. Me encuentro bien.

A continuación puso los ojos en blanco y cayó desmayado.

—¡Oh! —Lizzie bajó corriendo los escalones y se arrodilló a su lado, dándole cachetes en las mejillas—. ¿Está bien, señora Fraser?

—Sólo Dios lo sabe —dijo francamente—. Pero creo que sí.

—¿Lo llevamos adentro? ¿O mejor traigo una pluma quemada? ¿O el amoníaco de la consulta? ¿O un poco de *brandy*? —Lizzie revoloteaba como un abejorro nervioso, lista para salir volando.

—No, creo que ya está volviendo en sí.

—Un poco de *brandy* no estaría mal —murmuró él, mientras sus párpados comenzaban a agitarse.

Asentí en dirección a Lizzie, quien desapareció dentro de la casa, dejándose la cuchara de madera sobre la hierba.

—¿Te sientes un poco mareado? —pregunté en tono compasivo.

La herida del brazo no era más que un rasguño, y desde luego que yo no le había hecho nada que pudiera causarle una gran impresión, al menos no físicamente. ¿Qué le ocurría?

—No lo sé, señora. —Trató de sentarse—. Es sólo que, cada tanto, aparecen

unas manchas, girando alrededor de mi cabeza como un enjambre de abejas, y luego todo se pone negro.

—¿Cada tanto? ¿Te ha ocurrido antes? —pregunté bruscamente.

—Sí, señora. —Su cabeza se balanceaba como un girasol en la brisa, y lo sujeté por la axila, por si volvía a caerse—. Su señoría esperaba que usted supiera cómo pararlo.

—Su señoría... Oh, él sabe lo de los desvanecimientos?

Él asintió con la cabeza y respiró profunda y entrecortadamente.

—El doctor Potts me sangraba regularmente, dos veces por semana, pero eso no parecía dar resultado.

—Diría que no. Espero que fuera de más ayuda con tus almorranas.

Un apagado tinte rosado —casi no tenía sangre como para ruborizarse decentemente, el pobrecito— apareció en sus mejillas, y él apartó la mirada, fijándola en la cuchara.

—Eh... Yo, ejem, no le mencioné a nadie ese asunto.

—¿Por qué? —Me sorprendí—. Si...

—Mire, aparecieron sólo durante la cabalgata. Desde Virginia. No se lo habría dicho, si no fuera porque, después de una semana en aquel condenado caballo, y perdón mi lenguaje, señora, estaba tan dolorido que ya no podía ocultarlo.

—¿De modo que lord John tampoco estaba enterado?

Sacudió la cabeza vigorosamente, haciendo que los despeinados rizos marrones se agitaran sobre la frente. Me sentí bastante enfadada: conmigo misma por haberme equivocado de una manera tan evidente respecto de los motivos de John Grey, y con John Grey, por hacerme sentir como una estúpida.

—Bueno... ¿te encuentras un poco mejor ahora?

Lizzie no volvía con el *brandy*, y me pregunté dónde estaría. Bobby seguía muy pálido, pero asintió con ánimo, se esforzó por ponerse en pie, y permaneció balanceándose y parpadeando. La «M» que tenía grabada a fuego en la mejilla se hizo más visible, en un furioso rojo contra la pálida piel.

Distraída por el desmayo de Bobby, no había prestado atención a los sonidos procedentes del otro lado de la casa. Pero en ese momento comencé a cobrar conciencia de que había voces y pisadas que se acercaban.

Jamie y los Brown aparecieron desde detrás de la casa, luego se detuvieron, al vernos. Jamie tenía el ceño fruncido. Los Brown, en cambio, parecían extrañamente jubilosos, aunque con una alegría algo sombría.

—De modo que es cierto. —Richard Brown miró con furia a Bobby Higgins; luego se volvió hacia Jamie—. ¡Usted tiene a un asesino en su casa!

—¿En serio? No tenía ni idea. —Le hizo una reverencia a Bobby Higgins, luego se irguió y señaló a los Brown—. Señor Higgins, permítame presentarle al señor Richard Brown y al señor Lionel Brown. Caballeros, mi huésped, el señor

Higgins. —Pronunció las palabras «mi huésped» con un énfasis particular que hizo que la delgada boca de Richard Brown se apretara hasta casi desaparecer.

—Tenga cuidado, Fraser —dijo clavando la mirada en Bobby—. Tener malas compañías puede ser peligroso en estos días.

—Yo elijo las compañías que quiero, señor —repuso Jamie en voz baja, apretando cada palabra entre los dientes—. Y no elijo la suya. ¡Joseph!

Joseph Wemyss, el padre de Lizzie, apareció por una esquina de la casa, arrastrando las dos mulas renegadas, que ahora parecían dóciles como gatitas, aunque ninguna de ellas lograba empequeñecer a Wemyss.

Bobby Higgins, estupefacto me dirigió una mirada de interrogación. Yo me encogí de hombros y me mantuve en silencio mientras los Brown montaban y se alejaban del claro, con las espaldas erguidas por la furia.

Jamie esperó hasta que desaparecieron de su vista, luego soltó el aliento, frotándose ferozmente una mano en el pelo y murmurando algo en gaélico. Yo no entendí todas las sutilezas, pero deduje que estaba comparando el carácter de nuestros recientes visitantes con el de las almorranas de Higgins, para detrimiento de aquéllos.

—¿Cómo dice, señor? —Higgins parecía desconcertado, pero ansioso por complacerlo.

Jamie lo miró.

—Que se vayan al demonio —dijo, restando importancia a los Brown con un movimiento de la mano. Ven conmigo, Bobby; tengo una o dos cosas que decirte.

Los seguí por curiosidad y también por si Higgins volvía a desmayarse; parecía bastante estable, pero todavía estaba muy pálido. En cambio, Wemyss —rubio y delgado como su hija— era la viva imagen de la salud. Me pregunté qué le pasaba a Bobby. Eché una discreta mirada al trasero de sus pantalones mientras él avanzaba, pero la zona estaba bien, no sangraba.

Jamie los hizo pasar a su estudio e indicó con un gesto la variada colección de bancos y cajas que tenía para las visitas, pero tanto Bobby como el señor Wemyss decidieron quedarse de pie; Bobby por razones obvias, Wemyss por respeto; siempre le incomodaba estar sentado en presencia de Jamie, salvo durante las comidas.

Careciendo de reservas físicas o sociales, yo me acomodé en el mejor banco y miré enarcando una ceja a Jamie, que se había sentado a la mesa que usaba de escritorio.

—Las cosas están así —dijo sin preámbulos—. Brown y su hermano se han nombrado a sí mismos jefes de un comité de seguridad, y vinieron a reclutarme a mí y a mis inquilinos como miembros. He rechazado la oferta, como sin duda habréis notado.

Mi estómago se contrajo ligeramente, pensando en lo que había dicho el

mayor MacDonald, y en lo que yo sabia. Entonces ya estaba empezando.

—¿Un comité de seguridad? —El señor Wemyss parecía perplejo, y miró a Bobby Higgins, quien empezaba a parecerlo cada vez menos.

—De modo que eso es lo que han hecho? —comentó Bobby en voz baja.

—¿Ha oido hablar antes de esos comités, señor Higgins? —preguntó Jamie, encarcando una ceja.

—Me he topado con uno, señor. De cerca. —Bobby se tocó ligeramente la zona debajo del ojo ciego. Seguía pálido, pero comenzaba a recuperar la serenidad—. Son turbas, señor. Como las mulas, pero en más cantidad, y más feroces. —Sonrió torciendo la boca, al tiempo que se alisaba la manga de la camisa sobre la mordedura que tenía en el hombro.

La mención de las mulas me hizo recordar algo.

—¡Lizzie! ¡Dónde está Lizzie?

Sin esperar respuesta a la retórica pregunta, fui a la puerta del estudio y grité su nombre, pero sólo encontré silencio.

—¿Elizabeth? ¿Elizabeth, dónde estás? —El señor Wemyss estaba justo detrás de mí, gritando, mientras yo avanzaba apresuradamente por el pasillo hasta la cocina.

Lizzie estaba tumbada, inconsciente, sobre la chimenea. Entre sus ropas había una mano extendida, como si hubiera tratado de protegerse de la caída.

—¡Señorita Wemyss! —Bobby Higgins me empujó con el hombro, frenéticamente, y la cogió en sus brazos.

—¡Elizabeth! —Wemyss también se abrió paso codeándose, con la cara casi tan blanca como la de su hija.

—¡Dejadme examinarla, por favor! —dije, abriéndome paso a codazos yo también—. Recuéstala sobre el banco, Bobby.

Él la levantó cuidadosamente entre los brazos, luego la ubicó sobre el banco, sin dejar de abrazarla, componiendo una ligera mueca de dolor. Bueno, si quería ser un héroe, yo no tenía tiempo de discutírselo. Me arrodillé y le agarré la muñeca en busca de pulso, apartándole el pelo rubio de la cara con mi otra mano.

Una mirada me había bastado para darme cuenta de lo que ocurría. Tenía la piel sudorosa, y había un matiz grisáceo en la palidez de su rostro. Sentí el temblor de inminentes escalofríos que le recorrían la piel, a pesar de que estaba inconsciente.

—El paludismo otra vez, ¿no? —preguntó Jamie. Había aparecido a mi lado y estaba agarrando al señor Wemyss del hombro, reconfortándolo y conteniéndolo con el mismo gesto.

—Sí —dije. Lizzie tenía malaria, contraída en la costa unos años antes, y sufría de recaídas ocasionales.

El señor Wemyss dejó escapar un suspiro profundo y audible, mientras su

rostro recuperaba un poco de color. Estaba familiarizado con la malaria, y confiaba en que yo podría tratarla.

El pulso de Lizzie era rápido y ligero bajo mis dedos, pero constante, y ella comenzaba a agitarse. De todas formas, la velocidad y la prontitud del ataque eran preocupantes. ¿Había tenido alguna señal de advertencia? Intenté que la preocupación no se me notara en la cara.

—Llevadla a la cama, cubridla, traed una piedra caliente para los pies —dije, incorporándome y dirigiéndome primero a Bobby y luego a Wemyss—. Empezaré a preparar las medicinas.

Jamie me siguió hasta la consulta, mirando por encima del hombro antes de hablar para asegurarse de que los otros no pudieran oírlo.

—Pensé que ya no te quedaba quinina —dijo en voz baja.

—Es cierto. Maldita sea. —La malaria era una enfermedad crónica, pero había podido mantenerla controlada con dosis pequeñas y regulares de quinina, que se extraía de la corteza del quino. Por desgracia, me había quedado sin dosis durante el invierno.

—¿Entonces?

—Estoy pensando.

Abrí la puerta del armario y contemplé las ordenadas hileras de frascos de cristal que había en su interior; la mayoría estaban vacíos o sólo contenían unos pocos trozos dispersos de hojas o raíces.

Febrífugos. Disponía de varias cosas que podían calmar una fiebre normal; pero la malaria era algo distinto. Al menos había bastante raíz y corteza de cornejo. Bajé el frasco y, después de reflexionar un momento, añadí la jarra que contenía una clase de genciana que en la zona era conocida como «hierba para la malaria».

—Pon el caldero, ¿quieres? —Le pedí a Jamie frunciendo el ceño mientras juntaba raíces, cortezas y hierbas en mi mortero. Lo único que podía hacer era tratar los síntomas superficiales de la fiebre y el resfriado. Y el shock, pensé. También debería ocuparme de eso—. ¡Y tráeme un poco de miel, por favor! —le grité cuando él ya estaba en la puerta. Jamie asintió y se dirigió presuroso a la cocina.

Comencé a machacar la mezcla, sin dejar de considerar al mismo tiempo otras posibilidades.

Castañas de Indias. A veces se usaban para la fiebre terciana, como la llamaba el doctor Rawlings. ¿Me quedaba algo? Eché una rápida mirada a las jarras y a los frascos que estaban en el botiquín y me detuve al encontrarme con unos centímetros de unos glóbulos secos y negros en el fondo. « Acebo», decía la etiqueta. No era mía; era una de las jarras de Rawlings. Nunca la había usado, pero algo se agitó en mi memoria. Había oído o leído algo sobre las bayas de acebo; ¿qué era?

Con la jarra en la mano, me acerqué a la mesa donde se encontraba mi gran libro de casos y pasé rápidamente las páginas hasta llegar a las primeras, donde estaban las notas que había dejado el dueño original del libro y del botiquín, Daniel Rawlings. ¿En qué parte estaba lo que buscaba?

Todavía pasaba páginas, tratando de encontrar la silueta de una nota semiolvidada, cuando Jamie regresó con una jarra de agua caliente y un plato de miel en las manos, y los gemelos Beardsley pisándole los talones.

—¿La señorita Lizzie se encuentra muy grave? —preguntó Jo, nervioso.

—Sí —dijo brevemente, casi sin prestarle atención—. Pero no te preocupes; estoy preparando algunas medicinas.

Ahí estaba. Una breve anotación, añadida como una evidente reflexión de último momento a la descripción del tratamiento de un paciente cuyos síntomas parecían claramente relacionados con la malaria; y que, como constaté con una desagradable punzada, había muerto.

Me dijo el vendedor a quien le compré la quinina que los indios usan una planta llamada acebo, que compite con la corteza del quino en amargura y que se considera fundamental para el tratamiento de fiebres tercianas y cuartanas. He reunido algunas para experimentar con ellas, y pretendo aplicar una infusión cuando se presente la oportunidad.

Levanté uno de los frutos secos y lo mordí. El sabor acre de la quinina me inundó de inmediato la boca, acompañado de la copiosa saliva generada por la intensa amargura, que hizo que la boca se frunciera y los ojos se me llenaran de lágrimas. ¡Acebo!

Me abalancé hacia la ventana abierta y escupí sobre el lecho de hierbas que estaba debajo de ella, mientras los Beardsley soltaban risitas, evidentemente divertidos por ese inesperado entretenimiento.

—¿Te encuentras bien, Sassenach? —El rostro de Jamie reflejaba tanta diversión como preocupación. Sirvió un poco de agua de la jarra en un tazón de barro, añadió unas gotas de miel en el último momento y me lo pasó.

—Sí —grazné—. ¡Ten cuidado, que no se te caiga! —Kezzie Beardsley había cogido la jarra de bayas de acebo y la estaba oliisqueando cautelosamente.

Yo me llené la boca de agua caliente con miel y tragué.

—Esos frutos... contienen quinina.

El rostro de Jamie se modificó de inmediato.

—Entonces, ¿servirán para la muchacha?

—Eso espero. Pero no hay muchos.

—¿Quiere decir que necesita más de esto para la señorita Lizzie, señora Fraser? —Jo me miró con ojos oscuros y brillantes.

—Sí —respondí, sorprendida—. ¿Sabes dónde encontrarlos?

—Sí, señora —dijo Kezzie, a un volumen un poco alto, como era habitual en él—. Los indios tienen cosas de éstas.

—¿Qué indios? —preguntó Jamie, con la mirada penetrante.

—Los cherokees —dijo Jo, haciendo un gesto vago—. Junto a la montaña.

Esa descripción podría haber correspondido a media docena de aldeas, pero era evidente que estaban pensando en un asentamiento específico, porque los dos se volvieron al unísono, con la obvia intención de ir directamente a buscar acebo.

—Esperad un poco, muchachos —dijo Jamie—. Iré con vosotros. Después de todo, necesitaréis algo para intercambiar.

—Oh, tenemos montones de pieles —lo tranquilizó Jo—. Ha sido una buena temporada.

Jo era un cazador experto, y Kezzie, aunque aún no sabía cazar del todo bien, había aprendido de su hermano a tender trampas. Ian me había comentado que la cabaña de los Beardsley estaba repleta de pieles de castor, marta, ciervo y armiño. Ellos siempre oían a esas pieles, un ligero hedor de sangre seca, almizcle y pelos fríos.

—¿Sí? Bueno, eso es muy generoso por tu parte, Jo, desde luego. Pero iré con vosotros de todas maneras.

—Sí —dije, y me aclaré la garganta—. Si... si vas a ir, déjame mandar algunas cosas y te explicaré qué pedir a cambio. Seguramente no saldréis hasta mañana por la mañana, ¿verdad?

Los Beardsley vibraban de impaciencia por partir, pero Jamie permaneció inmóvil, mirándome, y sentí que me tocaba sin palabras.

—Ciento —dijo en voz baja—. Aguardaremos hasta mañana. Jo, por favor, ve a pedirle a Bobby Higgins que venga. Tengo que hablar con él.

—¿Está con la señorita Lizzie? —Jo Beardsley parecía contrariado, y su hermano también entornó los ojos con la misma expresión de recelo.

—¿Qué está haciendo en su habitación, entonces? ¿No sabe que ella está prometida? —preguntó Kezzie, indignado.

—Su padre también está allí —los tranquilizó Jamie—. Su reputación está a salvo, ¿no?

Jo resopló levemente, pero los hermanos se miraron y luego salieron juntos, resueltos a acabar con esa amenaza a la virtud de Lizzie.

—Entonces, ¿lo harás? —Dejé a un lado el mortero—. ¿Serás un agente indio?

—Creo que he de hacerlo. Si no, seguramente lo hará Richard Brown. Me parece que no puedo correr ese riesgo. —Jamie vaciló, luego se acercó y me tocó ligeramente, posando los dedos sobre mi codo—. Mandaré de vuelta a los muchachos de inmediato con los frutos que necesitas. Pero tal vez tenga que quedarme uno o dos días, para las negociaciones. —Es decir, para informar a los cherokees de que se había convertido en agente de la Corona británica, y para que se difundiera la noticia de que los jefes de las aldeas de la montaña deberían

bajar más adelante para parlamentar y recibir regalos.

Asentí mientras sentía que una pequeña burbuja de temor crecía debajo de mi esternón. No importa que sepas que algo terrible ocurrirá en el futuro; por alguna razón, nunca piensas que ocurrirá hoy.

—No... No tardes mucho en volver, ¿de acuerdo?

—No —respondió él en voz baja. Luego añadió, en escocés—: No te preocupes; no tardaré.

El ruido de pasos que descendían resonó en el pasillo. Supuse que el señor Wemyss había echado a los Beardsley, así como a Bobby. No se detuvieron, sino que se marcharon sin hablar, dirigiendo miradas de disgusto disimulado a Bobby, que parecía no darse cuenta.

—El muchacho me ha dicho que quería hablar contigo, señor —dijo. Había recobrado un poco de color, lo que me alegró, y parecía que caminaba de una manera bastante estable. Dirigió una mirada de inquietud a la mesa, todavía cubierta con la sábana sobre la que él había estado, y luego me miró a mí, pero yo me limité a negar con la cabeza. Terminaría de tratar sus almorranas más tarde.

—Sí, Bobby.

Jamie señaló una banqueta con un breve gesto, como invitándolo a sentarse, pero yo me aclaré la garganta de manera significativa, y él se detuvo y luego se apoyó contra la mesa en lugar de sentarse.

—Esos dos de antes... Se llaman Brown. Tienen un asentamiento cerca de aquí. Me has dicho que habías oído hablar de los comités de seguridad, ¿no? De modo que tendrás alguna idea de qué se trata.

—Sí, señor. Esos Brown, señor... ¿Me buscaban a mí? —dijo sin perder la calma, pero vi que tragaba saliva.

Jamie suspiró y se pasó una mano por el pelo.

—Sí. Sabían que estabas aquí, sin duda por boca de alguien con quien te cruzaste en el camino. Supongo que les habrás contado a algunas personas hacia adónde te dirigías...

Bobby asintió con la cabeza, sin decir palabra.

—¿Qué quieren de él? —pregunté, echando las raíces, la corteza y los frutos molidos en un cuenco y vertiendo agua caliente para que se maceraran.

—No lo dejaron del todo claro —respondió Jamie secamente—. Pero supongo que yo tampoco les di la oportunidad de hacerlo. Sólo les dije que sacarían a un invitado de mi casa por encima de mi cadáver, y del de ellos.

—Se lo agradezco, señor. —Bobby respiró hondo—. Supongo que ellos... lo sabían, ¿verdad? ¿Lo de Boston? Pero eso no se lo he contado a nadie; de eso estoy seguro.

—Sí, lo sabían. Fingieron creer que yo no estaba enterado; me dijeron que estaba albergando, sin saberlo, a un asesino, y una amenaza para el bienestar de

la población.

—Bueno, lo primero es bastante cierto —dijo Bobby, tocándose ligeramente la quemadura, como si todavía le ardiera—. Pero no estoy seguro de ser una amenaza para nadie en estos días.

—La cuestión, Bobby, es que saben que estás aquí. No creo que vengan a llevarte por la fuerza. Pero debo pedirte que te comportes con precaución. Me encargaré de que regreses sano y salvo con lord John, cuando llegue el momento, y con una escolta. Entiendo que aún no has terminado con él, ¿verdad? —preguntó volviéndose hacia mí.

—No del todo —respondí de la misma manera. Bobby parecía aprensivo.

—Bueno, pues. —Jamie metió la mano en la cintura de los pantalones y sacó una pistola, que estaba escondida entre los pliegues de su camisa. Noté que era la elegante, con los bordes dorados—. Llévala contigo —dijo, pasándosela a Bobby—. Hay pólvora y municiones en el aparador. ¿Cuidarás de mi esposa y de mi familia mientras yo esté fuera?

—Oh! —Bobby pareció alarmado, pero luego asintió, metiéndose la pistola en sus propios pantalones—. Lo haré, señor. ¡Cuente con ello!

Jamie le sonrió, con calidez en los ojos.

—Eso me tranquiliza, Bobby. ¿Podrías ir a buscar a mi yerno? Tengo que hablar con él antes de partir.

—Sí, señor. ¡De inmediato! —Se puso derecho y se marchó.

—¿Qué crees que habrían hecho con él? —pregunté en voz baja cuando la puerta exterior se cerró—. Los Brown, quiero decir.

—Sólo Dios lo sabe. Tal vez lo habrían colgado en un cruce de caminos, o quizás sólo lo hubieran golpeado y lo hubieran echado de las montañas. Quieren hacer ostentación de que protegen a la gente, ¿sabes? De criminales peligrosos y cosas así —añadió, torciendo la boca.

—« Todo gobierno deriva su poder del justo consentimiento de los gobernados» —cité, asintiendo—. Para que un comité de seguridad tenga alguna legitimidad, es necesario que haya alguna amenaza evidente para la seguridad pública. Es muy astuto por su parte haber llegado a esa conclusión.

—¿Quién dijo eso? « El consentimiento de los gobernados...» .

—Thomas Jefferson —respondí, presumiendo—. O, mejor dicho, lo hará dentro de dos años.

—Le robará la idea a un caballero llamado Locke dentro de dos años —me corrigió—. Supongo que Richard Brown habrá tenido una educación decente.

—¿No como yo,quieres decir? —respondí, sin dejarme intimidar—. De todas formas, si esperas problemas por parte de los Brown, ¿por qué le diste a Bobby esa pistola en particular?

—Necesito las buenas. Y dudo mucho que llegue a dispararla.

—¿Cuentas con su efecto disuasorio? —dije con escepticismo.

—Sí. Pero cuento más con Bobby.

—Explícate.

—Dudo que él disparara una arma otra vez para salvar su propia vida, pero tal vez sí lo haría para salvar la tuya. Y si eso ocurriera, ellos estarían demasiado cerca como para errar. —Habló desapasionadamente, pero yo sentí que los pelos de la nuca se me erizaban.

—Bueno, eso me tranquiliza —dije—. ¿Y cómo es que sabes lo que él haría?

—He hablado con él —respondió Jamie—. El hombre al que le disparó en Boston fue el primero que mató. No quiere volver a hacerlo. —Se enderezó y se movió inquieto hacia la encimera, donde comenzó a ordenar unos pequeños instrumentos que yo había dejado allí.

Me acerqué a su lado y lo observé. Había un puñado de hierros para cauterizar y bisturíes, dentro de una taza de trementina. Él los sacó, uno por uno, los secó y volvió a colocarlos en la caja, ordenadamente. Los extremos metálicos y en forma de pala de los hierros estaban ennegrecidos por el uso; las hojas de los escalpelos habían perdido parte de su brillo, pero el filo resplandecía, casi como la plata.

—No nos pasará nada —dije en voz baja. Mi intención era que fuera un comentario tranquilizador, pero me salió en tono de interrogación.

—Sí, lo sé —respondió él. Dejó el último hierro en la caja, pero no cerró la tapa—. No quiero ir —añadió en voz baja—. No quiero hacer esto.

No estaba segura de si estaba hablándome a mí o a sí mismo, pero me pareció que no se refería solamente a su viaje a la aldea cherokee.

—Yo tampoco —susurré, y me acerqué un poco más a él, hasta sentir su aliento. Jamie levantó las manos y las giró hacia mí, tomándome en sus brazos, y nos quedamos así abrazados, escuchando nuestras respiraciones, mientras el olor amargo del té que estaba preparándose se filtraba a través de los aromas acogedores del lino, el polvo y la carne calentada por el sol.

Todavía quedaban opciones que elegir, decisiones que tomar, acciones que realizar. Muchas. Pero en un día, en una hora, con una sola declaración de intenciones, habíamos traspuesto el umbral de la guerra.

El deber llama

Jamie había mandado a Bobby en busca de Roger Mac, pero estaba demasiado inquieto para esperar y se marchó él mismo, dejando a Claire ocupada con sus medicinas.

Fuera todo parecía hermoso y en paz. Una oveja marrón con un par de corderos reposaba indolente en su corral, mientras los corderos saltaban torpemente de un lado a otro detrás de ella, como saltamontes peludos. El lecho de hierbas de Claire estaba lleno de hojas verdes y brotes de flores.

La tapa del pozo de agua estaba entreabierta; él se inclinó para ponerla en su lugar y descubrió que las tablas se habían torcido. Añadió eso a la lista de tareas y reparaciones que debía hacer, deseando fervientemente poder dedicar los días siguientes a cavar, transportar estiércol, cubrir socavones y otras cosas por el estilo. Habría preferido enterrar los restos del excusado o castrar cerdos que ir a preguntarle a Roger Mac qué sabía sobre indios y revoluciones. Discutir sobre el futuro con su yerno le resultaba ligeramente truculento, y siempre trataba de evitarlo.

Las cosas que Claire le había contado sobre su propia época parecían, en muchas ocasiones, fantásticas, y le transmitían una vaga sensación de cuentos de hadas; otras veces le parecían macabras, aunque siempre fascinantes, por lo que aprendía de ella misma a partir de esos relatos. Brianna acostumbraba a compartir con él detalles pequeños y agradables sobre interesantes maquinarias, o salvajes historias de hombres que caminaban sobre la luna, que lo entretenían inmensamente y que no representaban ninguna amenaza a su tranquilidad.

Pero Roger Mac hablaba con una frialdad que le recordaba los escritos de historiadores que había leído, y, por tanto, le proporcionaba una sensación concreta de fatalidad. Hablar con Roger Mac le hacía sentir que tal o cual acontecimiento terrible no sólo iba a producirse, sino que seguramente tendría consecuencias directas para él.

Era como hablar con un adivino malévolο y muy especial al que uno no le había pagado lo suficiente como para oír algo agradable. Esa idea hizo que un antiguo recuerdo apareciera en la superficie de su mente.

En París. Estaba con unos amigos, otros estudiantes, bebiendo en las tabernas que apestaban a orina cerca de la *université*. Ya estaba bastante borracho cuando a alguien se le ocurrió que le leyeron las manos, y él se apiñó junto con los otros en el rincón donde siempre se sentaba la anciana que se dedicaba a eso, apenas visible en la penumbra.

Él no tenía intención de hacerlo. Y así lo dijo, en voz bien alta. En ese momento, una esmirriada garra salió disparada de la oscuridad y le cogió la mano. Él dejó escapar un grito de sorpresa, y todos sus amigos se echaron a reír. Y rieron todavía más fuerte cuando ella le escupió en la palma.

Entonces le frotó la saliva en la piel en actitud seria, se inclinó tanto que él pudo oler el antiguo sudor de la anciana y ver los piojos que se arrastraban en su pelo entrecano. Ella examinó la mano y trazó las líneas con una uña sucia, lo que le hizo sentir cosquillas. Él trató de apartar la mano, pero ella le apretó la muñeca más fuerte.

—*T'es un chat, toi* —comentó la anciana, en tono de malicioso interés—. Tú eres un gato. Un gatito rojo.

Dubois —ése era su nombre, Dubois— empezó a maullar y a chillar inmediatamente, para diversión de los otros. Él, por su parte, sólo dijo: «*Merci, madame*», al tiempo que trataba una vez más de soltarse.

—*Neuf*—dijo ella, golpeándole la palma de la mano en distintos sitios al azar—. Tienes un nueve en la mano. Y la muerte —añadió en tono desprecioso—. Morirás nueve veces antes de descansar en tu tumba.

Entonces lo soltó, entre un coro de sarcásticos «*aou-la-las!*» de los estudiantes franceses y carcajadas de los demás.

Él resopló, devolviendo el recuerdo a donde pertenecía, tratando de librarse de él. Pero la anciana se negó a partir tan fácilmente, y siguió llamándolo a través de los años.

—En ocasiones, morir no duele, *mon p'tit chat* —le había gritado cuando él se apartó, burlándose—. Pero la mayoría de las veces, sí.

—No, no duele —murmuró él, y se quedó quieto, asombrado, al oírse a sí mismo. Por Dios, no era a él a quien oía, sino a su padrino.

«No temas, muchacho. Morir no duele nada». Perdió pie y tropezó, se detuvo y permaneció inmóvil, con un gusto a metal en el paladar. De pronto, y sin razón alguna, su corazón empezó a latir con fuerza, como si hubiera corrido varios kilómetros. La cabaña estaba a la vista, sin duda, y también podía oír los graznidos de los arrendajos en los castaños un poco deshojados. Pero veía con mucha más claridad el rostro de Murtagh, sus sombrías facciones que se relajaban plácidamente y los profundos ojos negros fijos en los suyos, enfocándose y desenfocándose, como si su padrino estuviera mirándolo a él y al mismo tiempo dirigiendo la vista a algo que estaba mucho más allá. Sintió el peso del cuerpo de Murtagh en los brazos, volviéndose de pronto pesado cuando murió.

La visión se desvaneció tan repentinamente como había aparecido, y él se encontró de pie junto a un charco de agua de lluvia, contemplando un pato de madera semi enterrado en el barro.

Se santiguó, con unas breves palabras por el reposo del alma de Murtagh, luego se agachó y recogió el pato, limpiando el barro en el charco. Sus recuerdos

de Culloden eran escasos y fragmentarios, pero empezaban a reaparecer. Había visto a Murtagh en una de esas visiones, y en los sueños que le siguieron.

No le había hablado a Claire de eso. Todavía no.

Abrió la puerta de la cabaña, pero estaba vacía, la chimenea apagada, la rueca y el telar parados. Brianna estaría probablemente en casa de Fergus, visitando a Marsali. ¿Dónde se encontraría Roger Mac? Salió fuera y se quedó quieto, escuchando.

El golpe de un hacha llegó desde alguna parte del bosque más allá de la cabaña. Luego oyó voces, exclamaciones de saludo. Se volvió y se dirigió al sendero que subía por la ladera, semicubierto con la hierba de la primavera, pero en que se veían las manchas negras de pisadas recientes.

¿Qué le habría dicho la anciana si le hubiera pagado?, se preguntó. ¿Le había mentido para vengarse de su tacañería, o le había dicho la verdad por la misma razón?

Una de las cosas más desagradables de hablar con Roger Mac era que Jamie estaba seguro de que siempre decía la verdad.

Había olvidado dejar el pato en la cabaña. Limpiándolo en sus pantalones, avanzó sombríamente por las hierbas crecidas, para conocer el destino que lo aguardaba.

Cuestiones de sangre

Empujé el microscopio hacia Bobby Higgins, que había regresado de su misión, y cuya preocupación por Lizzie le había hecho olvidar sus propias molestias.

—¿Ves esas cosas redondas y rosadas? —dije—. Son los glóbulos rojos de la sangre de Lizzie. Todos tenemos glóbulos rojos —añadí—. Son los que hacen que la sangre sea roja.

—Caramba —murmuró él, asombrado—. ¡No lo sabía!

—Bueno, pues ahora lo sabes. ¿Ves que algunas de esas células están rotas? ¿Y que otras tienen manchitas?

—Sí, señora —dijo él—. ¿Qué son?

—Parásitos. Unas bestias muy pequeñitas que se te meten en la sangre si te pica cierta clase de mosquito —le expliqué—. Se llaman *Plasmodium*. Una vez que entran, siguen viviendo en tu sangre; pero, cada tanto, empiezan a... eh... a reproducirse. Cuando hay demasiados, hacen estallar los glóbulos de la sangre, y eso es lo que produce un ataque de malaria. El sedimento de los glóbulos rotos se petrifica, en cierta manera, en los órganos, y te hace sentir realmente mal.

—Oh. —Se puso derecho, mirando el microscopio con aversión—. Eso... ¡Eso es terrible!

—Sí, lo es. Pero la quinina, la corteza del quino, nos ayudará a detenerlo.

—Oh, eso está bien, señora, muy bien —dijo mientras la cara se le iluminaba—. No entiendo cómo sabe todas estas cosas. ¡Es maravilloso!

—Oh, sé mucho sobre parásitos —dije de pasada, sacando el platillo del recipiente donde había preparado la mezcla de corteza de cornejo y bayas de acebo.

El líquido tenía un intenso color negro con tonos púrpuras, y se veía ligeramente viscoso, ahora que se había enfriado. También tenía un olor letal, por lo que deduje que ya estaba listo.

—Dime, Bobby, ¿has oído hablar de los anquilostomas?

Él me miró con cara de no entender.

—No, señora.

—Ajá. ¿Podrías sostenerme esto, por favor? —Coloqué una gasa doblada sobre el cuello de un frasco y se lo pasé para que él lo sostuviera mientras yo vertía en él la mezcla púrpura—. Esos mareos. ¿Cuánto hace que los tienes?

—Oh... Unos seis meses, quizás.

—Ya veo. ¿Por casualidad has notado alguna clase de irritación, o picor? ¿O algún sarpullido? ¿Que ocurrieran hace unos siete meses? Especialmente en los

pies.

Él me contempló como si yo acabara de leerle el pensamiento.

—Vaya, sí, señora. El último otoño.

—Ah —dijo—. Bien. Creo, Bobby, que tal vez tengas anquilostomas.

Él se miró, horrorizado.

—¿Dónde?

—En tu interior. —Le quité el frasco y lo tapé con un corcho—. Los anquilostomas son parásitos que entran por la piel, en la mayoría de los casos, a través de las plantas de los pies, y luego recorren tu cuerpo hasta que llegan a los intestinos, es decir, las, eh, entrañas —me corregí, cuando vi la incomprendión en su rostro—. Los adultos tienen unos desagradables picos ganchudos, así —doblé el dedo índice como ejemplo—. Penetran en las paredes del intestino y te chupan la sangre. Por eso, cuando sufres de eso, te sientes muy débil y te desmayas con frecuencia.

La repentina palidez de su cara me hizo pensar que se desmayaría en ese preciso momento, y me apresuré a llevarlo hacia un taburete, donde le hice bajar la cabeza hasta las rodillas.

—No estoy segura de que ése sea el problema —añadí—. Estaba mirando las muestras de la sangre de Lizzie y pensando en parásitos, y bueno, de pronto se me ocurrió que un diagnóstico de anquilostoma concordaría con tus síntomas.

—¡Oh! —dijo él débilmente. La tupida coletilla de pelo ondeado se había caído hacia adelante, dejando al descubierto una nuca de piel clara y de aspecto infantil.

—¿Cuántos años tienes, Bobby?

—Veintitrés, señora —dijo—. ¿Señora? Creo que voy a vomitar.

Cogí un cubo de un rincón y se lo acerqué justo a tiempo.

—¿Me he librado ya de ellos? —preguntó al cabo en voz baja mientras miraba el cubo—. Podría volver a hacerlo.

—Me temo que no —respondí compasivamente—. Suponiendo que tuvieras anquilostomas, esos gusanos están sujetados con mucha firmeza y demasiado abajo para que el vómito consiga soltarlos. Pero la única forma de estar seguros es buscar los huevos que suelen dejar.

Bobby me miró con temor en los ojos.

—No es exactamente que yo sea muy tímido, señora. Ya lo sabe. Pero el doctor Potts me administró numerosas lavativas de agua de mostaza. Seguramente eso habrá echado a los gusanos, ¿no? Si yo fuera un gusano, sin duda pasaría a mejor vida si me inundaran con agua de mostaza.

—Bueno, es natural que pienses eso —dije—. Pero por desgracia no es así. De todas formas, yo no voy a administrarte ningún enema —lo tranquilicé—. Para empezar tenemos que ver si es cierto que tienes anquilostomas, y, en ese caso, puedo preparar una medicina que los envenenará directamente.

—Oh. —Se puso un poco más contento—. ¿Cómo piensa comprobarlo, señora?

—Nada más fácil —le aseguré—. A través de un proceso llamado sedimentación fecal, para concentrar la deposición; luego busco los huevos en el microscopio.

Él asintió, claramente sin entender. Le sonréi con ternura.

—Lo único que tienes que hacer, Bobby, es caca.

Su cara era una ilustración perfecta de la duda y la aprensión.

—Si no le importa, señora —dijo—, creo que me quedaré con los gusanos.

Otros misterios de la ciencia

En las últimas horas de la tarde Roger MacKenzie volvió del taller del tonelero y encontró a su esposa absorta en la contemplación de un objeto que descansaba sobre la mesa del comedor.

—¿Qué es eso? ¿Alguna especie de comida navideña enlatada de la prehistoria? —Roger señaló cuidadosamente con el dedo índice un frasco ancho y pequeño hecho de vidrio verdoso y tapado con un corcho, este último a su vez cubierto con una dura capa de cera roja. En su interior podía verse un trozo de algo amorfo evidentemente sumergido en algún líquido.

—Ja, ja —dijo su esposa, apartando el frasco para que él no lo tocara—. Te crees muy gracioso. Es fósforo blanco, un regalo de lord John.

—¿Y qué piensas hacer con eso? —preguntó él, tratando de que el recelo no se colase en su tono de voz. Recordaba vagamente haber oido hablar de las propiedades del fósforo en sus lejanos días de escuela; le parecía que o bien hacía que uno brillase en la oscuridad o bien que volara por los aires. Ninguna de esas dos perspectivas era tranquilizadora.

—Bueno... Hacer cerillas, tal vez —respondió Brianna—. Sé cómo hacerlo, en teoría. Pero podría ser un poco complicado en la práctica.

—¿Por qué? —preguntó él con preocupación.

—Bueno, explota si lo expones al aire —explicó—. Por eso está cubierto de agua. ¡No lo toques, Jem! Es venenoso. —Cogió a Jemmy por la cintura y lo bajó de la mesa, donde el niño había estado observando el frasco con una curiosidad cada vez más codiciosa.

—Oh, bueno, ¿por qué preocuparse por eso? Le explotará en la cara antes de que tenga tiempo de metérselo en la boca. —Roger cogió el frasco para ponerlo a buen recaudo, agarrándolo como si fuera a soltárselo de la mano—. ¿Dónde piensas guardarlo? —preguntó. Luego paseó una mirada elocuente por los confines de la cabaña, la cual, en cuanto a lugares de almacenamiento, contaba con un aparador para las mantas, un pequeño anaquel para libros y papeles, otro para peines, cepillos de dientes y las escasas pertenencias personales de Brianna, y un armario para tartas, que Jemmy había podido abrir desde que tenía unos siete meses de edad.

—Estaba pensando que tal vez será mejor dejarlo en la consulta de mi madre. Allí nadie toca nada.

Eso era cierto; a las personas que no le tenían miedo a Claire Fraser personalmente, por lo general, les aterrorizaban los elementos que guardaba en

su consulta, entre los que había instrumentos temibles y de aspecto doloroso, pócimas turbias y misteriosas y medicinas con olores inmundos. Además, en la consulta había armarios tan altos que ni siquiera un escalador tan resuelto como Jem podía alcanzar.

—Buena idea —dijo Roger, ansioso por alejar el frasco de su hijo—. Lo llevaré ahora mismo, ¿de acuerdo?

Antes de que Brianna pudiera responder, se oyó un golpe en la puerta, seguido inmediatamente de Jamie Fraser. Instantáneamente, Jem abandonó sus intentos de alcanzar el frasco y se abalanzó sobre su abuelo con gritos de alegría.

—¿Cómo estás, *a bhailach*? —preguntó Jamie en tono cordial, mientras daba la vuelta a Jem en el aire y lo agarraba de los tobillos—. ¿Podemos hablar, Roger Mac?

—Claro. ¿Quieres sentarte? —Dejando el frasco a regañadientes, Roger cogió una banqueta y la empujó en dirección de su suegro. Jamie la aceptó con un movimiento de la cabeza, colocó diestramente a Jemmy sobre un hombro y se sentó.

Jemmy se echó a reír sin parar, revolviéndose, hasta que su abuelo le pegó con suavidad en el fondillo de los pantalones. Entonces el niño pareció calmarse y se quedó colgado boca abajo, como un perezoso y con expresión de satisfacción.

—Es así, *a charaid* —dijo Jamie—. Mañana por la mañana debo partir hacia las aldeas de los cherokees, y hay algo que quiero pedirte.

—Oh, sí. ¿Quieres que supervise la cosecha de la cebada? —Los primeros granos todavía estaban madurando. Todos tenían los dedos cruzados, esperando que siguiera haciendo buen tiempo durante algunas semanas más; las perspectivas eran favorables.

—No, Brianna puede ocuparse de eso, si es que tú estás de acuerdo, muchacha. —Jamie le sonrió a su hija.

—Sí —accedió ella—. ¿Pero qué planeas hacer con Ian, Roger y Arch Bug? —Este último era el capataz de Jamie, y lo más lógico sería que él se encargara de la cosecha en ausencia de aquél.

—Bueno, el joven Ian vendrá conmigo. Los cherokees lo conocen, y él habla su lengua con fluidez. También me llevaré a los Beardsley, para que puedan volver de inmediato con las bayas y las cosas que tu madre necesita para Lizzie.

—¿Yo también voy? —preguntó Jemmy, esperanzado.

—Esta vez no, *a bhailach*. En otoño, puede ser. —Palmeó a Jemmy en el trasero, luego volvió la atención a Roger—. Por tanto —dijo—, necesito que vayas a Cross Creek, por favor, y que les cobres a los nuevos inquilinos.

Roger sintió una punzada de entusiasmo, y alarma, ante la perspectiva, pero se limitó a aclararse la garganta y asentir.

—Sí. Por supuesto. ¿Ellos...?

—Irás con Arch Bug. Y Tom Christie.

—¿Tom Christie? —dijo Brianna, intercambiando una mirada de desconcierto con Roger—. ¿Para qué demonios? —El maestro era notablemente adusto, y nadie lo consideraría un compañero adecuado para un viaje.

—Sí, bueno. Hay un pequeño asunto que MacDonald olvidó mencionarme cuando me pidió que los aceptara como inquilinos. Son protestantes. Todos ellos.

—Ah —dijo Roger—. Ya veo. —Jamie lo miró a los ojos y asintió.

—Yo no lo veo. —Brianna se pasó la mano por el pelo, frunciendo el ceño—. ¿Qué cambia eso?

Roger y Jamie intercambiaron una mirada breve pero elocuente.

—Bueno. —Roger se frotó el mentón, tratando de pensar cómo explicar dos siglos de intolerancia religiosa escocesa de una manera que tuviera sentido para una americana del siglo xx Ahh... ¿Recuerdas aquel asunto de los derechos civiles en Estados Unidos, la integración en el Sur, todo aquello?

—Claro que sí. —Ella lo miró entrecerrando los ojos—. De acuerdo. Entonces, ¿de qué lado están los negros?

—¿Los qué? —Jamie parecía totalmente desconcertado—. ¿Qué tienen que ver los negros con todo este asunto?

—No es tan simple —le aseguró Roger a Brianna—. Esto no es más que un indicio de la profundidad de los sentimientos que están en juego. Digamos que la idea de tener un arrendatario católico es probable que provoque graves reparos entre nuestros nuevos inquilinos... ¿Y viceversa? —preguntó, mirando a Jamie.

—¿Qué son los negros? —preguntó Jemmy, interesado.

—Eh... Personas de piel oscura —respondió Roger, repentinamente consciente del atolladero en que podía meterlo esa pregunta. Era cierto que la palabra «negro» no quería decir «esclavo» en todos los casos, pero si en los bastantes como para que no hubiera mucha diferencia—. ¿No te acuerdas de ellos, que estaban en la casa de tu tía abuela Jocasta?

Jemmy frunció el ceño, adoptando, por un momento inquietante, exactamente la misma expresión que su abuelo tenía en el rostro.

—No.

—Bueno, da igual —intervino Brianna—. ¿La cuestión es que el señor Christie es lo bastante protestante como para que los nuevos inquilinos se sientan cómodos?

—Algo así —dijo su padre, curvando un costado de la boca—. Con tu marido y Tom Christie, al menos, no pensarán que están entrando en los dominios del Diablo.

—Ya veo —repitió Roger, en un tono ligeramente diferente. De modo que no se trataba sólo de su posición como hijo de la casa y mano derecha, ¿verdad?, sino del hecho de que era presbiteriano.

Miró a Jamie enarcando una ceja, y éste se encogió de hombros.

—Ejem —dijo Roger, resignado.

—Ejem —dijo Jamie, satisfecho.

—Dejad de hacer eso —pidió Brianna, enfadada—. Bien. Entonces tú y Christie iréis a Cross Creek. ¿Y para qué irá Arch Bug?

Roger cobró conciencia de que a su esposa no le agradaba nada la idea de tener que encargarse de organizar la cosecha, un trabajo sucio y agotador, mientras él retozaba con una pandilla de sus correligionarios en la romántica y emocionante metrópolis de Cross Creek, de doscientos habitantes.

—Arch será quien los ayude a instalarse y a construir un refugio antes de que llegue el invierno —dijo Jamie con lógica—. Espero que no estés sugiriendo que lo mande a él solo para hablar con ellos.

Brianna sonrió involuntariamente; Arch Bug, casado desde hacía muchas décadas con la voluble señora Bug, era famoso por su laconismo. Podía hablar, pero lo hacía en muy pocas ocasiones, limitando sus aportaciones a una conversación a un jovial «mmm» cada tanto.

—Bueno, es probable que nunca se den cuenta de que Arch es católico —sugirió Roger—. Además, ¿lo es? Jamás se lo he preguntado.

—Si lo es —dijo Jamie secamente—. Pero ha vivido lo suficiente como para saber cuándo guardar silencio.

—Bien, veo que será una expedición muy alegre —comentó Brianna, encarcando una ceja—. ¿Cuándo crees que estarás de vuelta?

—Dios, no lo sé —dijo Roger, sintiendo una punzada de culpa por esa blasfemia intencionada—. ¿Un mes? ¿Seis semanas?

—Como mínimo —señaló alegramente su suegro—. Iréis a pie, no lo olvides.

Roger respiró hondo, pensando en una marcha lenta, desde Cross Creek hasta las montañas, con Arch Bug a un lado y Tom Christie al otro, dos pilares de taciturnidad. Sus ojos se posaron en su esposa, mientras imaginaba seis semanas de dormir a la vera del camino, solo.

—Sí, bueno —dijo él—. Yo... Eh... Iré a hablar con Tom y Arch esta noche.

—¿Papá, voy? —Jem se bajó de las rodillas de su abuelo y corrió hacia Roger, agarrándole la pierna—. ¡Voy contigo, papá!

—Oh, no creo... —Vio la expresión resignada de la cara de Bree, y luego el frasco verde y rojo sobre la mesa detrás de ella—. ¿Por qué no? —decidió de pronto, y le sonrió a Jamie—. La tía abuela Jocasta estará encantada de verte. Y así mamá podrá hacer saltar por los aires todo lo que quiera sin preocuparse por dónde estás, ¿verdad?

—¿Puede hacer qué? —Jamie parecía alarmado.

—No explota —dijo Brianna, cogiendo el frasco de fósforo—. Sólo arde. ¿Estás seguro? —Esa última pregunta iba dirigida a Roger.

—Sí, seguro —dijo él. Miró a Jemmy, que estaba canturreando «¡Voy! ¡Voy! ¡Voy!», mientras saltaba hacia arriba y hacia abajo—. Al menos tendré

con quien hablar en el camino.

Manos seguras

Ya casi había oscurecido cuando Jamie entró y me encontró sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza entre los brazos.

—¿Estás bien, Sassenach? Parece que vengas de la guerra.

—Oh. —Me pasé la mano por los cabellos, algunos de los cuales parecían estar de punta—. Eh, estoy bien. ¿Tienes hambre?

—Por supuesto. ¿Tú ya has comido?

Entrecerré los ojos y me froté la cara, tratando de pensar.

—No —respondí al cabo—. Estaba esperándote, pero al parecer me quedé dormida. La señora Bug ha dejado un guiso preparado.

Él miró dentro del pequeño caldero, luego lo empujó con el gancho para ponerlo otra vez sobre el fuego y calentarlo.

—¿Qué has estado haciendo, Sassenach? —preguntó cuando regresó—. ¿Y cómo se encuentra la muchachita?

—Lo que he estado haciendo tiene que ver precisamente con la muchachita —dije, conteniendo un bostezo—. En su mayor parte.

Me incorporé, despacio, sintiendo las protestas de mis articulaciones, y avancé tambaleándome hacia la mesa lateral para cortar un poco de pan.

—No podía tragártala —dije—. La medicina de acebo. No la culpo, por otra parte —añadí. Después de que ella hubo vomitado la primera vez, yo misma la probé. Mis papillas gustativas seguían irritadas; jamás había conocido una planta tan parecida a la hiel, y al hervirla en un jarabe no había hecho más que concentrar su sabor.

Jamie olióqueó profundamente cuando yo me volví.

—¿Vomitó sobre ti?

—No, esto es de Bobby Higgins —dije—. Tiene anquilostomas.

Enarcó las cejas.

—¿Es algo de lo que conviene hablar mientras como?

—La verdad es que no —dije, sentándome con la hogaza de pan, un cuchillo y una vasija con manteca blanda. Corté un pedazo, lo unté con una gruesa capa de manteca, y se lo pasé; luego preparé otro para mí—. ¿Y tú? ¿Qué has estado haciendo?

—He hablado con Roger Mac sobre los indios y los protestantes. —Frunció el ceño contemplando el pedazo mordisqueado de pan que tenía en la mano—. ¿Hay algo raro en el pan, Sassenach? Tiene un sabor extraño.

—Lo siento, es culpa mía. Lo lavé varias veces, pero no pude quitárselo del

todo.

—¿Qué no pudiste quitar?

—Bueno, lo intentamos varias veces con el jarabe, pero no sirvió de nada; no había manera de que Lizzie pudiera tragarlo, pobrecita. Pero luego recordé que la quinina puede absorberse a través de la piel. Así que mezclé el jarabe con grasa de ganso y se lo froté por todo el cuerpo. Oh, sí, gracias. —Me incliné hacia adelante y cogí un pequeño bocado del pedacito de pan que él sostenía para mí.

—¿Y dio resultado?

—Creo que sí —dijo mientras tragaba—. La fiebre por fin empezó a bajar, y ahora está durmiendo. Seguiremos aplicándoselo; si la fiebre no vuelve en dos días, sabremos que funciona.

—Ésa es una buena noticia.

—Así es, luego estaba Bobby con sus anquilostomas. Por suerte, tenía un poco de ipecacuana y trementina.

—Por suerte para los anquilostomas o para Bobby?

—Bueno, para ninguno de los dos, en realidad —dijo, y bostecé—. Pero probablemente dé resultado.

Él me dedicó una débil sonrisa y descorchó una botella de cerveza. Después de constatar que estuviera en buen estado, me sirvió un poco.

—Sí, bueno, es reconfortante saber que dejaré las cosas en tus eficientes manos, Sassenach. Malolientes —añadió, arrugando la nariz en mi dirección—, pero eficientes.

—Muchas gracias.

La cerveza estaba perfecta; debía de ser una de las partidas de la señora Bug. Bebimos amigablemente durante un rato, los dos demasiado cansados para levantarnos a servir el guiso. Lo observé entrecerrando las pestañas, algo que siempre hacía cuando estaba a punto de salir de viaje, almacenando pequeños recuerdos suyos hasta su regreso.

Se le veía cansado, y había pequeñas arrugas entre sus tupidas cejas, indicio de una ligera preocupación. Pero la luz de la vela se posaba en los amplios huesos de su cara y proyectaba su sombra claramente en la pared de yeso que estaba a sus espaldas, una sombra fuerte y definida.

—Sassenach —dijo Jamie de pronto, dejando el vaso sobre la mesa—, ¿cuántas veces, dirías tú, he estado cerca de morir?

—Bueno... No sé qué cosas horribles te han sucedido antes de conocerte, pero después... Bueno, estabas terriblemente enfermo en la abadía. —Lo observé de reojo, pero él no parecía molesto por el recuerdo de la prisión de Wentworth ni lo que le habían hecho allí que le había provocado la enfermedad—. Mmm. Y después de Culloden, me contaste que tuviste una fiebre muy alta allí, por las heridas, y que creíste que morirías, sólo que Jenny te obligó... Quiero

decir, te ayudó a superarlo.

—Y luego Laoghaire me disparó —añadió irónicamente—. Y tú me obligaste a superarlo. Lo mismo cuando me mordió una serpiente.

—¿Y el día que te conocí? —objeté—. Casi te desangraste.

—Oh, no —protestó—. Aquello no fue más que un rasguño.

Lo miré enarcando una ceja; luego me incliné hacia la chimenea y vertí un cucharón del aromático guiso en un cuenco. Estaba cargado de jugo de carne de conejo y venado, que nadaba en una espesa salsa condimentada con romero, ajo y cebolla.

—Como quieras —dije—. Pero, espera... ¿Y tu cabeza? Cuando Dougal trató de matarte con una hacha. Eso suma cinco veces, ¿no?

Él frunció el ceño, aceptando el cuenco.

—Sí. Supongo que tienes razón —admitió—. Cinco, entonces.

Lo observé con dulzura. Era un hombre de gran tamaño, fuerte, y con unas formas hermosas. Y si estaba un poco maltratado por las circunstancias, eso no hacía más que aumentar su encanto.

—Eres una persona muy difícil de matar, creo —dije—. Lo que me resulta muy reconfortante.

Él sonrió, sin ganas, pero luego extendió la mano y levantó el vaso a modo de saludo. Primero se lo llevó a los labios y luego lo acercó a los míos.

—Brindemos por eso, Sassenach, ¿te parece?

El pueblo de Pájaro de Nieve

—Armas —dijo Pájaro-que-canta-en-la-mañana—. Dile a tu rey que queremos armas.

Por un momento, Jamie refrenó el impulso de responder «¿Y quién no?», pero luego se rindió a él, sorprendiendo al jefe guerrero, que parpadeó, alarmado, y acto seguido sonrió.

—Es cierto. ¿Quién? —Pájaro era un hombre de baja estatura, con una silueta como un barril, y joven para su cargo, pero astuto, con una amabilidad que no conseguía disimular su inteligencia—. Todos te dicen lo mismo. Los jefes guerreros de todas las aldeas, ¿verdad? Por supuesto. ¿Y tú qué contestas?

—Lo que puedo. —Jamie levantó un hombro y luego lo dejó caer—. Las mercancías para comerciar son algo seguro, los cuchillos son probables... Las armas son posibles, pero aún no puedo prometerlas.

Estaban hablando en un dialecto de cherokee con el que Jamie no estaba demasiado familiarizado, y esperaba haber transmitido correctamente la idea de probabilidad. Echó una mirada de reojo a Ian, que escuchaba atentamente, pero al parecer lo que había dicho era correcto. Ian visitaba las aldeas cercanas al cerro con bastante frecuencia, y cazaba junto a sus jóvenes amigos; podía partir en la lengua de los tsalagi con la misma fluidez con que lo hacía en su gaélico natal.

—Bien, eso es bastante. —Pájaro adoptó una postura más cómoda. La insignia de peltre que Jamie le había traído de regalo brilló en su pecho, y el resplandor del fuego osciló sobre sus facciones amplias y agradables—. Háblale a tu rey de las armas... Y dile para qué las necesitamos.

—¿Realmente quieres que se lo diga? ¿Crees que estará dispuesto a mandarte armas para que matéis a su propia gente?

Las incursiones de colonos blancos al otro lado de la frontera delimitada por el tratado, invadiendo tierras de los cherokees, eran una herida abierta, y Jamie corría riesgos aludiendo a ella directamente, en lugar de mencionar los otros motivos por los que Pájaro necesitaba armas: defender su aldea de los saqueadores, o salir él mismo a saquear.

Pájaro se encogió de hombros por toda respuesta, y luego añadió:

—Podemos matarlos sin armas, si queremos. —Una ceja se levantó ligeramente, y sus labios se fruncieron, esperando ver cómo se tomaba Jamie esa declaración.

—Por supuesto que podéis. Pero sois lo bastante sabios como para no hacerlo.

—Aún no. —Los labios de Pájaro se relajaron formando una sonrisa encantadora—. Tú díselo al rey: aún no.

—Su majestad estará complacido de saber que valoras tanto su amistad.

Pájaro se echó a reír a carcajadas, meciéndose hacia adelante y hacia atrás, y su hermano Agua Quieta, que estaba sentado a su lado, abrió la boca en una gran sonrisa.

—Tú me caes bien, Matador de Osos —dijo, recuperándose—. Eres un hombre gracioso.

—Es posible —comentó Jamie en inglés, sonriendo—. Dame un poco de tiempo.

Ian soltó una risita divertida al oírlo, haciendo que Pájaro lo mirara fijamente durante un momento y luego apartó la mirada, aclarándose la garganta. Los cherokees los habían recibido a ambos con mucho respeto, pero Jamie había notado de inmediato un tono particular en sus respuestas a Ian. Lo consideraban mohawk, y eso los ponía nerviosos. Él mismo, honestamente, a veces pensaba que una parte de Ian aún no había regresado de Snaketown, y tal vez nunca lo haría.

Pero Pájaro le había proporcionado la manera de averiguar algo.

—Tú has tenido muchos problemas con personas que vienen a tus tierras a instalarse —dijo Jamie compasivamente—. Tú, desde luego, no matas a esas personas, porque eres sabio. Pero no todos son sabios, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir, Matador de Osos?

—He oído hablar de incendios, Tsisqua. —Mantuvo los ojos clavados en los del indio, procurando que no se le escapara el más mínimo tono de acusación—. El rey ha tenido noticias de casas incendiadas, hombres asesinados y mujeres capturadas, y eso no le gusta.

—Mmm —murmuró Pájaro, y apretó los labios. Sin embargo, no dijo que él no había oído nada de eso, lo que era interesante.

—Si esas noticias siguen llegando, el rey puede enviar soldados para proteger a su gente. Y en ese caso, no desearía que los soldados se enfrentaran a armas que él mismo ha entregado —señaló Jamie con lógica.

—¿Y qué deberíamos hacer nosotros, en ese caso? —interrumpió Agua Quieta con vehemencia—. Cruzan la línea del tratado, construyen casas, siembran campos y cazan ciervos. Si tu rey no puede hacer que su gente se quede donde debe estar, ¿cómo puede protestar si nosotros defendemos nuestras tierras?

Pájaro hizo un pequeño gesto con la mano para aplacar a su hermano, sin mirarlo, y Agua Quieta se echó atrás, contrariado.

—Entonces, Matador de Osos, le dirás esas cosas a tu rey, ¿verdad?

Jamie asintió con la cabeza en un gesto solemne.

—Ése es mi trabajo. Hablo del rey contigo, y llevo tus palabras al rey.

Pájaro asintió con un gesto reflexivo, luego hizo un gesto ordenando que trajeran comida y cerveza, y la conversación pasó rápidamente a cuestiones neutrales. Esa noche no se harían más negociaciones.

Era tarde cuando salieron de la casa de Tsisqua y pasaron a la pequeña residencia de huéspedes. El cielo estaba cubierto por un grueso manto de nubes, y el viento traía un fuerte olor a lluvia.

—Oh, Dios —dijo Ian, tambaleándose—. Se me ha dormido el culo.

Jamie parpadeó y se echó a reír.

—Sí, bueno. No te molestes en despertarlo. El resto de tu cuerpo puede hacer lo mismo.

Ian dejó escapar un ruido de desdén.

—Sólo porque Pájaro te haya dicho que eres un hombre gracioso, yo en tu lugar no me lo creería. Tan sólo ha sido un comentario cortés, ¿sabes?

Jamie no le prestó atención y en cambio murmuró su agradecimiento en tsalagi a la joven que los había guiado hasta sus aposentos. Ella le entregó una pequeña cesta —llena de pan de trigo y manzanas desecadas, a juzgar por el olor — y luego les deseó a ambos «buenas noches, que duerman bien» en voz baja, antes de desaparecer en la noche húmeda e intranquila.

La pequeña choza parecía sofocante después del frescor del aire, y Jamie se quedó un momento en el umbral, disfrutando del movimiento del viento entre los árboles. Una gota de humedad floreció en su rostro, y Jamie experimentó el profundo placer de un hombre que se da cuenta de que va a llover y que no tendrá que pasar la noche fuera.

—Mañana, cuando andes cotilleando por ahí, haz preguntas, Ian —dijo, mientras entraba en la choza—. Haz que se enteren, pero con mucho tacto, de que al rey le gustaría saber exactamente quién demonios está quemando cabañas, y le gustaría tanto que estaría dispuesto a soltar algunas armas como recompensa. Si han sido ellos, no te lo dirán; pero si se trata de otra banda, quizás sí.

Su sobrino asintió y volvió a bostezar. Había un pequeño fuego dentro de un círculo de piedras, y el humo se elevaba hacia un orificio en el tejado que había sido practicado adrede para que saliera por allí. El resplandor del fuego dejaba ver una plataforma para dormir, cubierta de pieles, a un lado de la cabaña, con otra pila de pieles y mantas en el suelo.

—Tiremos la moneda para ver quién se queda con la cama, tío Jamie. —Propuso Ian, mientras sacaba un chelín bastante gastado—. Escoge tú.

—Cruz —dijo Jamie, dejando la cesta en el suelo y desabrochándose la falda escocesa. Luego se abrió la camisa. El lino estaba arrugado y sucio, y él podía darse cuenta de que oía mal; gracias a Dios, aquella era la última aldea que debían visitar. Una noche más, tal vez, dos a lo sumo, y podrían regresar a casa.

Ian soltó un juramento y recogió la moneda.

—¿Cómo lo haces? Todas las noches has dicho «cruz», ¡y todas las noches ha salido cruz!

—Bueno, es tu chelín, Ian. No me culpes a mí. —Jamie se sentó sobre la cama y se estiró con placer, pero entonces cedió—: Mira la nariz de Geordie.

Ian hizo girar el chelín en los dedos y lo sostuvo contra la luz del fuego, entrecerrando los ojos; luego volvió a jurar. Una mancha minúscula de cera, tan fina que era invisible a menos que uno estuviera buscándola, adornaba la nariz aristocrática y prominente de Jorge iii, Rex Britannia.

—¿Cómo ha llegado eso hasta aquí? —Ian entrecerró los ojos, mirando a su tío con expresión de sospecha.

—Cuando estabas enseñándole a Jem cómo hacer girar una moneda, ¿lo recuerdas? A él se le cayó la vela, y la cera caliente se derramó por todas partes.

—Oh. —Ian permaneció sentado un momento, luego meneó la cabeza, quitó la cera raspándola con la uña del pulgar y guardó el chelín.

—Buenas noches, tío Jamie —dijo, metiéndose entre las pieles del suelo con un suspiro.

—Buenas noches, Ian.

Durante todo ese tiempo Jamie había ignorado su cansancio, pero en ese momento dejó que su cuerpo se relajara en la comodidad de la cama.

MacDonald, reflexionó cínicamente, estaría encantado. Jamie había planeado visitar sólo las dos aldeas cherokees que estaban más cerca de la línea del tratado, para anunciar allí su nuevo puesto, distribuir modestos regalos de whisky y tabaco, e informar a los cherokees de que podrían esperar más muestras de generosidad en el otoño, cuando ejerciera su cargo de embajador en las aldeas más lejanas.

Había sido recibido con suma cordialidad en ambas aldeas; pero en la segunda, Pigtown, había muchos forasteros de visita, jóvenes en busca de esposa. Pertenecían a otra tribu de cherokees, llamada la banda del Pájaro de Nieve, cuya gran aldea se encontraba más alto en la montaña. Uno de los jóvenes era el sobrino de Pájaro-que-canta-en-la-mañana, jefe de la banda del Pájaro de Nieve, y había presionado para que Jamie regresara junto a él y sus compañeros a su aldea. Después de hacer un inventario apresurado y confidencial del whisky y el tabaco que le quedaba, Jamie accedió, y tanto él como Ian tuvieron un recibimiento espléndido allí, como agentes de su majestad. La tribu del Pájaro de Nieve jamás había recibido la visita de un agente indio hasta entonces, y sus habitantes parecían conscientes del honor que eso representaba, así como dispuestos a averiguar qué ventajas podían procurar de ello.

Jamie tenía la impresión de que Pájaro era la clase de hombre con quien podría negociar, en varios frentes. Y ese pensamiento le hizo recordar a Roger Mac y los nuevos inquilinos. En los últimos días no había tenido mucho tiempo

para preocuparse por ello, pero dudaba que hubiera razones para inquietarse. Roger Mac era lo bastante capaz, aunque su voz destrozada lo hacía parecer menos seguro de lo que debería. De todas formas, acompañado de Christie y Arch Bug...

Cerró los ojos y la dicha de una fatiga absoluta empezó a cubrirlo, mientras sus pensamientos se hacían cada vez más inconexos.

Un día más, tal vez, luego regresaría a tiempo para preparar el heno. Una destilación de malta más, quizás dos, antes de que llegara el frío. Matanza... ¿Habría llegado por fin el momento de matar a la maldita puerca blanca? No... Aquella asquerosa criatura era increíblemente fecunda. ¿Qué clase de verraco tenía las pelotas necesarias para acoplarse con ella?, se preguntó vagamente, ¿y ella después se lo comía? Jabalí... jamones ahumados, morcillas...

Estaba empezando a hundirse en las capas superficiales del sueño cuando sintió una mano en sus partes íntimas. Arrancado de la modorra como un salmón de un lago, rodeó con su mano la del intruso, apretándola con fuerza, lo que provocó una débil risita por parte del visitante.

Unos dedos de mujer se agitaron suavemente en el apretón, y la otra mano reemplazó a la primera en sus actividades. Su primer pensamiento coherente fue que la muchachita sería una excelente panadera, por la forma en que amasaba.

Otros pensamientos siguieron a ese absurdo, y Jamie trató de coger la segunda mano, pero ésta lo esquivó, tocando y pellizcando.

Intentó recordar una protesta cortés en cherokee, pero sólo se le ocurrieron algunas frases al azar en inglés y gaélico, ninguna de las cuales se adaptaba remotamente a la situación.

La primera mano estaba debatiéndose con fuerza para soltarse de su apretón, con movimientos propios de una anguila. No quería aplastarle los dedos, por lo que la soltó por un instante y estiró la mano para cogerle la muñeca.

—¡Ian! —siso, desesperado—. Ian, ¿estás ahí? —No podía ver a su sobrino en el charco de oscuridad que inundaba la cabaña, ni tampoco saber si estaba durmiendo.

—¡Ian!

Oyó que algo se movía en el suelo, el desplazamiento de un cuerpo, y un estornudo de *Rollo*.

—¿Qué ocurre, tío? —Jamie había hablado en gaélico e Ian respondió en el mismo idioma.

—Ian, hay una mujer en mi cama.

—Hay dos, tío Jamie. —Ian parecía divertido. ¡Maldito sea! —. La otra está a tus pies, esperando su turno.

Eso lo puso nervioso y casi dejó escapar la mano cautiva.

—¡Dos! ¿Qué creen que soy?

La chica volvió a reírse, se inclinó hacia adelante y lo mordió suavemente en

el pecho.

—¡Dios santo!

—Bueno, no, tío, no creen que tú seas Él —repuso Ian, reprimiendo una carcajada—. Creen que eres el rey, por así decirlo. Eres su agente, de modo que están honrando a su majestad enviándote a ti a sus mujeres, ¿entiendes?

La segunda mujer le había destapado los pies y estaba acariciándole lentamente las plantas con un dedo. Eso le hizo sentir cosquillas, y le habría molestado, si no lo hubiera distraído la primera mujer, que estaba prácticamente obligándolo a participar del indigno juego de enterrar la salchicha.

—Háblales, Ian —pidió Jamie con los dientes apretados, tanteando ferozmente con su mano libre, al tiempo que trataba de apartar los dedos exploradores de la mano cautiva, que estaban acariciándole la oreja con languidez, y agitando los pies en un frenético intento de desalentar las atenciones de la segunda dama, que cada vez eran más audaces.

—Eh... ¿Qué quieres que les diga? —preguntó Ian, pasando al inglés. La voz le temblaba un poco.

—Diles que soy consciente del honor, pero... ¡ah! —Las siguientes evasivas diplomáticas fueron interrumpidas por la repentina intromisión de una lengua en su boca, con un intenso sabor a cebolla y cerveza.

Mientras seguía luchando por librarse de todo aquello, Jamie percibió vagamente que Ian había perdido todo sentido del autocontrol y estaba tumbado en el suelo, riéndose a carcajadas.

—¡Señora! —gritó, liberando la boca con dificultad. Cogió a la dama de los hombros y se la quitó de encima con tanta fuerza que ella, sorprendida, soltó un grito y unas piernas desnudas salieron volando. Por Dios, ¿estaría totalmente desnuda?

Sí. Las dos. Los ojos de Jamie se adaptaron a la mortecina luz de los rescoldos y vio el resplandor reflejado en los hombros, los pechos y los muslos redondeados.

Se incorporó en la cama, cubriéndose con mantas y pieles en una especie de refugio improvisado.

—¡Deteneos, las dos! —dijo severamente en cherokee—. Sois hermosas, pero no puedo yacer con vosotras.

—¿No? —dijo una de ellas, desconcertada.

—¿Por qué no? —preguntó la otra.

—Ah... Porque he hecho un juramento —aseguró Jamie, cogiendo aire—. He jurado... He jurado... —Buscó la palabra adecuada, pero no pudo encontrarla. Por suerte, en ese momento Ian se puso de pie y soltó una serie de palabras en fluido tsalagi, demasiado rápido para que Jamie pudiera entenderlo.

—Oohh —jadeó una de las chicas, impresionada.

Jamie sintió una clara inquietud.

—¿Qué les has dicho, en nombre de Dios, Ian?

—Les he dicho que el Gran Espíritu se te presentó en un sueño, tío, y que te dijo que no debías estar con una mujer hasta que trajeras armas para todos los tsalagi.

—¿Hasta que yo qué?

—Bueno, es lo mejor que se me ha ocurrido —repuso Ian, a la defensiva.

Por espeluznante que fuera la idea, tenía que admitir que había dado resultado; las dos mujeres se habían acurrucado juntas, estaban susurrando en tono de admiración, y ya no lo acosaban.

—Sí, bueno. Supongo que podría ser peor.

—De nada, tío Jamie. —La risa asomaba justo debajo de la superficie de la voz de su sobrino, y finalmente salió en un resoplido contenido.

—¿Qué? —preguntó Jamie con irritación.

—Una de las damas dice que es una desilusión para ella, tío, porque estás muy bien equipado. Pero la otra se lo toma de una manera más filosófica. Dice que podrían haber tenido hijos tuyos, y que éstos tendrían el pelo rojo. —La voz de su sobrino volvió a temblar.

—¿Qué problema hay con el pelo rojo, por el amor de Dios?

—No estoy seguro, pero supongo que no querías que tu vástago estuviera marcado de por vida, si puedes evitarlo.

—Bien, de acuerdo —replicó—. No hay ningún peligro de que eso suceda, ¿verdad? ¿No se pueden marchar?

—Está lloviendo, tío Jamie —señaló Ian—. No las obligarías a mojarse, ¿verdad? Además, acabas de decir que no podías yacer con ellas, no que querías que se fueran.

Ian se apartó para preguntarles algo a las damas, quienes respondieron con entusiasmo y seguridad. A Jamie le pareció que habían dicho que... Sí, lo habían dicho. Se incorporaron con la gracia de dos grullas jóvenes y subieron desnudas como Dios las trajo al mundo a su cama. Palmeándolo y acariciándolo con murmullos de admiración —aunque evitando con diligencia sus partes íntimas—, lo obligaron a meterse bajo las pieles, y luego se acurrucaron a ambos lados de él, acomodando sus cuerpos desnudos contra el suyo.

Jamie abrió la boca, luego volvió a cerrarla, puesto que no encontraba absolutamente nada que decir en ninguno de los idiomas que conocía.

Se tumbó boca arriba, rígido y jadeante. Su miembro latía con indignación, con la clara intención de mantenerse erecto y atormentarlo toda la noche. De la pila de pieles que estaba en el suelo le llegó una risita de satisfacción, intercalada con hipos y resoplidos. Pensó que aquélla era probablemente la primera vez que había oído a Ian reír de verdad desde su regreso.

Rezando para mantener la fortaleza, Jamie exhaló larga y profundamente, y cerró los ojos, con las manos dobladas y apretadas contra sus costillas y los codos

a los lados.

Stakit to droon

Roger salió al bancal en River Run, sintiéndose satisfactoriamente exhausto. Después de tres semanas de trabajo extenuante, había reunido a los nuevos inquilinos de las carreteras y los caminos de Cross Creek y Campbellton, se había familiarizado con los jefes de las casas, había conseguido equiparlos al menos mínimamente para el viaje en cuestiones de alimentos, mantas y zapatos, y los había juntado a todos en el mismo lugar, superando con firmeza su tendencia a sufrir ataques de pánico y alejarse. A la mañana siguiente emprenderían el viaje al cerro de Fraser, y ya era hora.

Contempló el panorama desde el bancal, satisfecho, hacia el prado que se extendía al otro lado de los establos de Jocasta Cameron Innes. Estaban todos acostados en un campamento temporal: veintidós familias, setenta seis almas en total, cuatro mulas, dos ponis, catorce perros, tres cerdos y sólo Dios sabía cuántas gallinas, gatitos y aves de compañía, apiñados en jaulas de mimbre para su traslado. Tenía todos los nombres en una lista muy gastada y arrugada en su bolsillo. También guardaba allí muchas otras listas, garabateadas, tachadas, y corregidas hasta tal punto que eran ilegibles. Se sentía como un Deuteronomio ambulante. Además, le apetecía un buen trago.

Lo que, por suerte, estaba por llegar. Duncan Innes, el marido de Jocasta, estaba sentado en el bancal, acompañado de una licorera de cristal, en la que los rayos del sol poniente proyectaban un suave resplandor ambarino.

—¿Cómo va todo, *a charaid*? —lo saludó cordialmente Duncan, señalando con un cesto una de las sillas de mimbre—. ¿Quieres una copa?

—Sí, gracias.

Roger se hundió con gratitud en la silla, que crujió amablemente bajo su peso. Aceptó la copa que Duncan le entregó y la bebió de un solo trago. El whisky ardío a través de la estenosis que le cerraba la garganta, haciéndolo toser, pero de pronto pareció que esa constante sensación de asfixia comenzaba a abandonarlo. Bebió otro sorbo, aliviado.

—Entonces, ¿ya están listos para partir? —Duncan señaló el prado donde el humo de las hogueras creaba una niebla dorada y de baja altura.

—Todo lo listos que pueden estar. Pobrecillos.

Duncan enarcó una greñuda ceja.

—Son como gallinas en corral ajeno —explicó Roger, levantando la copa para aceptar que Duncan se la llenara nuevamente—. Las mujeres están aterrorizadas; los hombres también, pero lo disimulan mejor. Da la impresión de

que vayan a llevarlos a trabajar como esclavos a una plantación de azúcar.

—O a venderlos a Roma para limpiarle los zapatos al papa —repuso Duncan irónicamente—. Dudo mucho que la mayoría de ellos haya siquiera oido a un católico antes de embarcar. Y me parece que no les gusta mucho el aroma. ¿Sabes si al menos suelen tomar alcohol?

—Sólo como medicina, y sólo si corren un verdadero peligro de muerte, creo. —Roger bebió un trago lento que le supo a ambrosía y luego cerró los ojos—. Ya has conocido a Hiram, ¿verdad? Hiram Crombie, el jefe de todo este grupo.

—¿El tipo pequeño y avinagrado que parece que tenga un palo metido en el culo? Sí, lo he conocido. —Duncan sonrió—. Vendrá a cenar esta noche. Será mejor que te tomes otra.

—Sí, gracias, lo haré —dijo Roger, tendiéndole la copa—. Aunque ninguno de ellos parece estar interesado en los placeres hedonistas, por lo que he podido ver. Da la impresión de que todos pertenecen al movimiento Covenanter^[2]. Los Elegidos Congelados, ¿sabes?

Al oír esas palabras, Duncan se echó a reír sin poder contenerse.

—Bueno, pero ahora no se parece en nada a los tiempos de mi abuelo —dijo, recuperándose—. Y gracias a Dios por ello.

—¿Entonces tu abuelo era covenanter?

—Por Dios, sí. —Sacudiendo la cabeza, Duncan sirvió una buena cantidad, primero para Roger, luego para sí mismo—. Era un viejo bastardo y feroz, pero tenía sus razones. Su hermana fue *stakit to droon*, ¿sabes?

—¿Fue qué...? Por Dios. —Se mordió la lengua como castigo, pero estaba demasiado interesado para prestarle mucha atención—. ¿Quieres decir, ejecutada por ahogamiento?

Duncan asintió, con los ojos sobre el vaso.

—Margaret —dijo—. Se llamaba Margaret. Tenía dieciocho años. Su padre y su hermano, es decir, mi abuelo, habían huido; después de la batalla de Dunbar se ocultaron en las colinas. Las tropas vinieron a buscarlos, pero ella no quiso decirles adónde habían ido, y tenía una Biblia consigo. Entonces trataron de obligarla a abjurar, pero ella tampoco quiso hacer eso. Así son las mujeres de ese lado de la familia, es como hablar con las piedras —añadió, sacudiendo la cabeza—; no hay forma de commoverlas. Pero la arrastraron hasta la orilla, a ella y a una vieja covenanter de la aldea; las desnudaron, y las ataron a unas estacas a la altura de la marca de la marea. Y aguardaron allí, a que subiera el agua.

Dio otro sorbo.

—La anciana se hundió primero; la habían atado más cerca del agua; supongo que lo hicieron pensando que Margaret cedería, si veía morir a la vieja.

—Gruñó, moviendo la cabeza—. Pero ni un milímetro. La marea subió y las olas

la cubrieron. Ella se asfixió, y tosió, y el pelo, que se había soltado, le quedó pegado a la cara cuando el agua bajó. Mi madre lo vio todo —explicó, levantando el vaso—. No tenía más que siete años en ese momento, pero jamás lo olvidó. Me contó que después de la primera ola tuvo tiempo de respirar tres veces, y luego la ola volvió a cubrir a Margaret. Después la ola se fue... Respiró tres veces... Y volvió una vez más. Y ya no pudo ver nada más salvo el remolino de su pelo, flotando en la marea.

Levantó el vaso unos centímetros, y Roger hizo lo propio con el suyo, en un brindis involuntario.

El whisky le hizo arder la garganta y él respiró hondo, dando gracias a Dios por el don del aire. Tres respiraciones. Era malta de Islay, y el fuerte sabor y odado del mar y el quelpo tuvieron el efecto del humo en sus pulmones.

—Que Dios la tenga en su gloria —comentó, con voz ronca.

Duncan asintió y volvió a coger la licorera.

—Supongo que se lo ganó —dijo—. Aunque ellos —añadió, señalando con la barbilla en dirección del prado— dirían que no fue nada que ella hiciera; Dios la eligió para su salvación y decidió que los ingleses se condenaran; no hay nada más que decir sobre ese asunto.

La luz estaba menguando y las hogueras comenzaron a resplandecer en la penumbra del prado más allá de los establos. El humo llegó hasta la nariz de Roger, con un aroma cálido y hogareño, pero que, de todas formas, se sumó al ardor de su garganta.

—Para mí no vale la pena morir por eso —dijo Duncan en actitud reflexiva. Luego soltó una de sus rápidas y poco frecuentes sonrisas—. Pero mi abuelo diría que eso sólo quiere decir que fui escogido para ser condenado. «Por el decreto de Dios y para la manifestación de su gloria, algunos seres humanos y ángeles son predestinados para vida eterna, y otros elegidos para muerte eterna». Él decía eso cada vez que alguien hablaba de Margaret.

Roger asintió, reconociendo esa declaración como parte de la Confesión de Westminster. ¿Cuándo había sido eso? ¿En 1646? ¿1647? Una generación —o dos —antes del abuelo de Duncan.

—Supongo que sería más fácil para él pensar que su muerte había sido voluntad de Dios y que no tuvo nada que ver con él —dijo—. Entonces tú no crees en eso, ¿no? En la predestinación, me refiero.

Lo preguntaba con verdadera curiosidad. Los presbiterianos de su propia época seguían defendiendo la doctrina de la predestinación, pero con una actitud algo más flexible, tratando de minimizar el concepto de una condenación predestinada y de no pensar demasiado en la idea de que cada detalle de nuestras vidas estaba tan determinado. ¿Y él? Sólo Dios lo sabía.

Duncan levantó los hombros.

—Dios sabe —dijo, y se echó a reír. Sacudió la cabeza y volvió a vaciar su

vaso—. No, creo que no. Pero no me atrevería a decirlo delante de Hiram Crombie, ni tampoco del joven Christie.—Duncan señaló el prado, donde podían verse dos oscuras figuras, caminando juntas hacia la casa.

La silueta alta y encorvada de Arch Bug era fácil de reconocer, así como el cuerpo más bajo y corpulento de Tom Christie. Parecía agresivo incluso de tan lejos, pensó Roger, haciendo gestos breves y furiosos mientras caminaba, claramente discutiendo con Arch.

—A veces había peleas muy salvajes con respecto a esto, allá en Ardsuir —dijo Duncan—. Los católicos se tomaban a mal cuando les decían que estaban condenados. Y Christie y su pandilla encontraban un gran placer en decírselo. —Sus hombros se sacudieron brevemente cuando trató de reprimir una carcajada, y Roger se preguntó cuánto whisky habría tomado Duncan antes de que saliera al bancal—. *Mac Dubh* puso fin a todo ello cuando nos hizo a todos francmasones. Pero unos cuantos hombres murieron antes. —Levantó la licorera mirando a Roger con gesto interrogativo.

Pensando en la inminente cena con Tom Christie y Hiram Crombie, Roger aceptó.

Cuando Duncan se inclinó hacia él para servirle, sin dejar de sonreír, los últimos rayos de sol brillaron sobre su rostro, cuyas arrugas revelaban el paso del tiempo y el efecto de los elementos. Roger vislumbró una tenue línea blanca que atravesaba el labio superior de Duncan, apenas visible debajo del pelo, y se dio cuenta de pronto de por qué Duncan usaba un bigote tan largo, algo poco común en una época en que la mayoría de los hombres se afeitaban toda la cara.

Tal vez no habría dicho nada si no fuera por el whisky y la atmósfera de extraña alianza que se había forjado entre ellos, dos protestantes, increíblemente unidos a los católicos y desconcertados por las extrañas mareas que el destino había echado sobre ellos; dos hombres a quienes las adversidades de la vida los habían dejado prácticamente solos y que ahora estaban sorprendidos por haberse convertido en cabezas de familia y tener las vidas de desconocidos en sus manos.

—Tu labio, Duncan. ¿Cómo te hiciste eso?

—Oh, ¡eso! —Duncan se llevó la mano al labio, sorprendido—. Nací con labio leporino, o al menos eso me han dicho. Yo mismo no lo recuerdo, me lo arreglaron cuando no tenía más de una semana de vida.

Ahora fue el turno de Roger de sorprenderse.

—¿Quién lo arregló?

—Un curandero ambulante, según me dijo mi madre. Me contó que ella ya se había resignado a perderme, porque no podía mamar, por supuesto. Ella y mis tíos se turnaban para meterme leche en la boca con un trapo, pero al parecer estaba tan delgado que ya era casi un esqueleto, y entonces ese hechicero pasó por la aldea.

Se frotó el labio con un nudillo.

—Mi padre le pagó con seis arenques y un paquete de rapé, y él me lo cosió y le dio a mi madre un ungüento para la herida. Bueno, y así fue... Tal vez estaba destinado a vivir, después de todo. Mi abuelo dijo que el Señor me había elegido... Aunque sólo Dios sabe para qué.

Roger percibió una tenue punzada de inquietud, aunque amortiguada por el whisky. ¿Un curandero de las Highlands que podía arreglar un labio leporino? Bebió otro trago, tratando de no mirar fijamente a Duncan, pero examinándolo de reojo. Supuso que sería posible; la cicatriz era apenas visible —si uno sabía dónde mirar— bajo el bigote de Duncan, pero no se extendía hasta la nariz. Debía de haber sido un labio leporino bastante simple, no uno de esos espantosos casos como aquel sobre el que había leído en el gran libro negro de casos de Claire, donde el doctor Rawlings había descrito a un niño que no sólo había nacido con el labio partido, sino que además no tenía paladar y le faltaba la mayor parte de la cara.

No había ninguna ilustración, gracias a Dios, pero la imagen visual conjurada por la austera descripción de Rawlings era lo suficientemente terrorífica. Roger cerró los ojos y respiró hondo, inhalando el perfume del whisky a través de los poros.

¿Era posible? Tal vez. Sí se practicaban operaciones en esa época, por sanguinarias, toscas y dolorosas que fueran. Había visto a Murray MacLeod, el boticario de Campbelton, coser con pericia la mejilla de un hombre, que se había abierto cuando el hombre fue pisoteado por una oveja. ¿Acaso sería más difícil coser la boca de un niño? Imaginó el labio de Jemmy, tierno como una flor, penetrado por una aguja e hilo negro, y se estremeció.

—¿Tienes frío, *a charaid*? ¿Entramos?

—Ah, no. Es que con la historia se me ha puesto la carne de gallina.

Sonrió, y aceptó otro trago para mantener a raya el inexistente frío de la noche. De todas formas, sintió que los pelos de los brazos se le erizaban, tan sólo un poco. «¿Podría haber otro —otros— como nosotros?».

Sí los había habido, él lo sabía. Como su propia bisabuela, Geillis, una mujer que había vivido en múltiples eras. O como el hombre cuyo cráneo había encontrado Claire, con coronas de plata en los dientes. ¿Pero acaso Duncan se habría encontrado con otro medio siglo atrás?

« Santo Dios —pensó, cada vez más inquieto—. ¿Con qué frecuencia sucede? ¿Y qué ocurre con ellos?».

Antes de que hubieran vaciado del todo la licorera, oyó pasos a sus espaldas y un frufrú de seda.

—Señora Cameron. —Roger se puso en pie de inmediato y el mundo se balanceó ligeramente. Tomó la mano de su anfitriona e hizo una reverencia.

La larga mano de la mujer le tocó la cara, como era su costumbre, confirmando su identidad con las sensibles y emas de los dedos.

—Oh, aquí estás. ¿Has tenido un buen viaje con el muchachito? —dijo Duncan. Intentó levantarse, incapacitado por el whisky y por tener un solo brazo, pero Ulysses, el mayordomo de Jocasta, se había materializado silenciosamente desde el crepúsculo detrás de su ama a tiempo para colocar la silla de mimbre en el sitio adecuado.

Roger notó que ella se dejaba caer sobre la silla sin siquiera extender la mano para confirmar que estuviera allí; simplemente, sabía que así sería. Observó al mayordomo con interés, preguntándose a quién habría sobornado Jocasta para recuperarlo. Acusado —y seguramente culpable— de la muerte de un oficial naval británico en la propiedad de Jocasta, Ulysses se había visto obligado a huir de la colonia. Pero el teniente Wolff no había sido considerado una gran pérdida para la Armada, mientras que Ulysses era indispensable para Jocasta Cameron. Tal vez el oro no hiciera que todo fuera posible, pero él estaba dispuesto a apostar que Jocasta Cameron aún no se había encontrado en una situación que no pudiera solucionar con dinero, contactos políticos o astucia.

—Oh, sí —le respondió ella a su marido, sonriendo y extendiendo la mano hacia él—. ¡Ha sido tan divertido mostrarle el lugar, cariño! Tuvimos un almuerzo maravilloso con la señora Forbes y su hija, y el chico cantó una canción y nos emocionó a todos. La señora Forbes había invitado a las chicas Montgomery, también, y a la señorita Ogilvie, y comimos chuletas de cordero con salsa de frambuesa y manzanas fritas y... Oh, ¿es usted, señor Christie? ¡Venga con nosotros! —La mujer levantó la voz un poco, así como la cara, que parecía mirar con expectación la penumbra detrás del hombro de Roger.

—Señora Cameron. Para servirla, señora. —Christie se asomó al bancal e hizo una cortés reverencia no menos puntillosa por el hecho de que su destinataria fuera ciega. Arch Bug lo siguió, inclinándose a su vez sobre la mano de Jocasta, y haciendo un ruido cordial con la garganta como saludo.

Trajeron sillas, más whisky, apareció un plato de manjares como por arte de magia y encendieron velas; y de pronto todo se convirtió en una fiesta, que reflejaba, en un plano superior, la atmósfera festiva y de agitación que se vivía en el prado más abajo.

Roger dejó que todo aquello lo envolviera, disfrutando de la fugaz sensación de relajación e irresponsabilidad. Sólo por esa noche, no había de qué preocuparse; todos estaban reunidos, a salvo, preparados para el viaje del día siguiente.

Ni siquiera tenía que preocuparse por intervenir en la conversación; Tom Christie y Jocasta discutían con entusiasmo sobre la escena literaria de Edimburgo, mientras Duncan añadía un comentario cada tanto, y el viejo Arch... ¿Dónde estaba Arch? Oh, allí; había regresado al prado; seguramente se le había ocurrido algún detalle de último momento que debía comentarle a alguien.

Roger bendijo a Jamie Fraser por la previsión de mandar a Arch y a Tom junto a él. Entre los dos le habían ahorrado un montón de problemas, habían organizado los diez mil detalles necesarios y habían aplacado los temores de los nuevos inquilinos. Inspiró hondo, con satisfacción, absorbiendo un aire aromatizado con los acogedores olores de las hogueras en la distancia y de una comida que estaba asándose cerca, y en ese momento recordó un pequeño detalle cuya responsabilidad era exclusivamente suya.

Excusándose, entró en la casa y descubrió a Jem abajo, en la cocina principal, cómodamente instalado en la punta de un banco, comiendo pudín de pan untado con manteca y jarabe de arce.

—Tú nunca comes eso para cenar, ¿verdad? —preguntó, sentándose al lado de su hijo.

—No. ¿Quieres un poco, papá? —Jem extendió una goteante cuchara hacia Roger, que se agachó apresuradamente para coger el bocado ofrecido antes de que cayera al suelo. Estaba delicioso, rebosante de dulzura y cremoso en la lengua.

—Mmm —dijo, mientras tragaba—. Bueno, no se lo contemos a mamá o a la abuela, ¿de acuerdo? Ellas prefieren la carne y las verduras.

Jem asintió y le ofreció otra cucharada. Consumieron el cuenco juntos en un silencio amistoso, después de lo cual Jem se encaramó sobre sus piernas y se quedó profundamente dormido.

Alrededor de ellos se agitaban los sirvientes, sonriéndoles cada tanto con amabilidad. Roger pensó vagamente que debería levantarse. La cena estaría servida en un instante; vio bandejas de pato y cordero asado cuidadosamente dispuestas, cuencos llenos de esponjoso y humeante arroz con salsa, y una ensalada verde que estaban condimentando con vinagre.

—Señor Roger? Yo lo cogeré, ¿de acuerdo? —dijo una voz suave. Roger levantó la mirada y vio a Phaedre, la doncella de Jocasta, con las manos extendidas para recibir al pequeño—. Yo lo lavo y lo acuesto en la cama, señor —dijo la mujer; tenía el rostro ovalado y, al mirar a Jem, parecía tan suave como su voz.

—Oh, sí, claro. Gracias. —Roger se incorporó cuidadosamente, sosteniendo el considerable peso de su hijo—. Bien; de todos modos, yo lo llevaré hasta arriba.

Siguió a la esclava por la angosta escalera de la cocina, admirando —de una manera puramente abstracta y estética— la gracia con que se movía. ¿Cuántos años tendría?, se preguntó. ¿Veinte, veintidós? ¿Jocasta le permitiría casarse? Debía de tener admiradores, sin duda. Pero él también sabía lo valiosa que era para Jocasta. Y eso no era fácil de conciliar con un hogar y una familia propia.

Al llegar a lo alto de la escalera, Phaedre se detuvo y se volvió para coger a Jem; él le entregó su carga a regañadientes, aunque, al mismo tiempo, aliviado.

—Señor Roger. —La voz de Phaedre lo hizo detenerse, justo cuando estaba a punto de marcharse. Ella lo estaba mirando con ojos vacilantes bajo la blanca curva del pañuelo que llevaba en la cabeza.

—¿Sí? —dijo él.

El ruido de pies que subían por la escalera lo hizo apartarse, esquivando por poco a Oscar, que subía a toda velocidad con una bandeja vacía, dirigiéndose, evidentemente, hacia la cocina de verano, donde estabanriendo pescado. Oscar sonrió a Roger cuando pasó y le sopló un beso a Phaedre, cuyos labios se apretaron al ver el gesto.

Ella hizo un ligero movimiento con la cabeza, y Roger la siguió por el pasillo. Luego Phaedre se detuvo cerca de la puerta que daba a los establos, y miró a su alrededor para asegurarse de que no los oyeron.

—Tal vez no debería decir nada, señor... Tal vez no sea nada. Pero me parece que debería contárselo, de todas formas.

Él asintió, echándose hacia atrás los pelos húmedos de las sienes.

—Esta mañana estábamos en el pueblo, señor, en el almacén del señor Benjamin, ¿lo conoce? Junto al río.

Él volvió a asentir, y ella se pasó la lengua por los labios.

—El señorito Jem se aburría y empezó a dar vueltas, mientras la ama hablaba con el señor Benjamin. Yo lo seguí, para que no se metiera en problemas, y entonces entró aquel hombre.

—¿Qué hombre?

—No lo sé, señor. Era un hombre grande, alto como usted. De pelo rubio. No llevaba peluca. Pero era un caballero. —Roger supuso que con eso quería decir que iba bien vestido.

—¿Y?

—Miró a su alrededor, vio al señor Benjamin hablando con la señorita Jo, y dio un paso a un lado, como si no quisiera que lo vieran. Pero entonces reparó en el señorito Jem y le cambió la cara.

Ella aferró con más fuerza a Jem, recordando.

—No me gustó nada su mirada, señor. Lo vi avanzar hacia Jemmy y yo cogí rápidamente al muchacho, como ahora. El hombre pareció sorprendido y luego me miró con sorna. Le sonrió a Jem y le preguntó quién era su papá.

Phaedre esbozó una sonrisa y palmeó la espalda del niño.

—En el pueblo, la gente se lo pregunta todo el tiempo, señor, y él respondió de inmediato, dijo que su papá era Roger MacKenzie, como siempre. Aquel hombre se rió y le acarició el pelo; todos hacen eso, señor, porque tiene un pelo muy hermoso. Luego dijo: « ¿En serio, mi hombrecito, en serio? » .

Phaedre tenía un talento natural para la imitación. Roger captó a la perfección el acento irlandés de la frase y le sobrevino un sudor frío.

—¿Y luego qué ocurrió? —preguntó—. ¿Qué hizo él? —Miró

inconscientemente por encima del hombro, atisbando el peligro en la noche.

—No hizo nada, señor. Pero miró a Jem muy de cerca, y luego a mí, y sonrió. No me gustó su sonrisa, señor, para nada —negó con la cabeza—. Luego oí que el señor Benjamin levantaba la voz a mis espaldas y le preguntaba al caballero qué deseaba. El hombre se dio la vuelta en seguida y desapareció.

—Ya veo. —El pudín de pan había formado una masa sólida en el estómago de Roger—. ¿Le contaste algo a tu ama sobre ese hombre?

—No, señor. En realidad, él no hizo nada, como le digo. Pero me preocupó, señor. Pensé en ello cuando volvía a casa y, finalmente, me pareció que lo mejor era contárselo a usted, cuando tuviera la oportunidad.

—Has hecho lo correcto. Gracias, Phaedre. —Roger contuvo el impulso de quitarle a Jem y abrazarlo con fuerza—. ¿Tú podrías...? Cuando lo acuestes, ¿podrías quedarte con él? Sólo hasta que yo regrese. Le diré a tu ama que te lo he pedido.

—Sí, señor. Yo lo cuidaré. —Hizo un amago de reverencia y subió por la escalera hacia la habitación que Roger compartía con Jem, acunando al muchacho con un canto suave y rítmico.

Roger respiró hondo, tratando de dominar el abrumador impulso de coger un caballo de los establos, cabalgar hasta Cross Creek y revisar todo el lugar, yendo de casa en casa en la oscuridad hasta encontrar a Stephen Bonnet.

—Sí —dijo en voz alta—. ¿Y luego qué? —Sus puños se apretaron involuntariamente, sabiendo muy bien qué hacer, incluso aunque su mente reconocía la inutilidad de esa acción.

Reprimió su furia y su desesperación, mientras los últimos efectos del whisky le encendían la sangre, que latía en sus sienes. Salió bruscamente por la puerta abierta al exterior, ya totalmente oscuro. Desde ese lado de la casa, el prado era invisible, pero de todas formas podía oler el humo de las hogueras y oír el tenue sonido de la música en el aire.

Sabía que Bonnet regresaría algún día. Más abajo, junto al césped, la mole blanca del mausoleo de Hector Cameron era una pálida mancha en la noche. Y dentro, a salvo, escondido en el ataúd que algún dia albergaría a Jocasta, la esposa de Hector, había una fortuna en oro jacobita, el secreto largamente conservado de River Run.

Bonnet sabía de la existencia del oro, sospechaba que se encontraba en la plantación. Había tratado de robarlo una vez, y había fracasado. No era un hombre cuidadoso, Bonnet; pero era persistente.

Roger sintió que sus huesos se tensaban bajo la piel, impulsados por el deseo de perseguir y matar al hombre que había violado a su esposa y amenazado a su familia. Pero había setenta y seis personas que dependían de él; no, setenta y siete. El deseo de venganza se midió con la responsabilidad, y, a regañadientes, cedió.

Respiró lenta y profundamente, sintiendo que el nudo de la cuerda se apretaba en su garganta. No. Debía partir, asegurarse de que los nuevos inquilinos estuvieran a salvo. Era su trabajo; no podía abandonarlo por una búsqueda personal.

Ni tampoco podía dejar desprotegido a Jem.

Pero debía decírselo a Duncan; podía confiar en que éste tomaría los recaudos para proteger River Run, que informaría a las autoridades de Cross Creek, que haría averiguaciones.

Y Roger se aseguraría de que Jem también estuviera a salvo a la mañana siguiente, bien aferrado a su propia montura, sin perderlo de vista ni un solo momento durante el camino al santuario de las montañas.

—¿Quién es tu papá? —murmuró, y un nuevo impulso de furia le latió en las venas—. ¡Maldita sea, soy yo, bastardo!

Tercera Parte

Hay Un Momento Para Todo

Le mot juste

Agosto de 1773

—Estás sonriendo para tus adentros —me dijo Jamie al oído—. Ha sido bonito, ¿verdad?

Volví la cabeza y abrí los ojos, que resultaron estar a la misma altura de su boca. Él también sonreía.

—Bonito —dije con aire pensativo, mientras trazaba el contorno de su amplio labio inferior con la punta de un dedo—. ¿Estás actuando con modestia adrede, o crees que quedándote corto harás que me deshaga en elogios?

La boca se ensanchó un poco más, y sus dedos se cerraron con suavidad alrededor de mi dedo inquisidor, antes de liberarlo.

—Oh, es modestia, claro —dijo—. Si quisiera que te deshicieras, no lo haría con palabras, ¿verdad?

Una mano bajó levemente por mi espalda a modo de ilustración.

—Bueno, las palabras ayudan —dije.

—¿Sí?

—Sí. Justo ahora estaba tratando de clasificar «te amo, me gustas, te adoro, quiero estar dentro de ti» en orden de sinceridad relativa.

—¿Yo he dicho eso? —exclamó.

—Sí. ¿No estabas prestando atención?

—No —admitió—. Pero he dicho en serio cada una de esas palabras. —Su mano se cerró sobre una nalga—. Sigo pensando lo mismo, además.

—¿Qué? ¿Incluso la última frase? —Me eché a reír y froté mi frente suavemente contra su pecho.

—Oh, sí —dijo él, abrazándome firmemente con un suspiro—. Es cierto que la carne requiere algo de cenar y un pequeño descanso antes de volver a hacerlo, pero el espíritu está siempre dispuesto. Dios, qué trasero tan dulce y hermoso tienes. Sólo verlo me dan ganas de hacértelo de nuevo ahora mismo. Tienes suerte de estar casada con un viejo decrepito, Sassenach, o estarías de rodillas con el culo al aire en este preciso instante.

Jamie emanaba un delicioso olor a polvo de camino y sudor seco, y el profundo aroma de almidón de un hombre que acaba de quedar satisfecho.

—Es bueno que a una la echen de menos —dije con regocijo en el pequeño espacio debajo de su brazo—. Yo también te he echado de menos.

Mi aliento le hizo cosquillas y su piel se estremeció de repente, como un caballo librándose de las moscas.

—¿Y bien? Veo que la casa sigue en pie.

—La casa está en pie, la cebada está casi toda guardada, y nada ha muerto —dijo, adoptando una posición cómoda para dar el informe.

—¿Casi toda? —preguntó—. ¿Qué ha ocurrido? Es cierto que ha llovido, pero la cebada debía estar guardada una semana antes.

—No ha sido la lluvia: saltamontes.

El recuerdo me hizo estremecerme. Una nube de esos insectos de ojos saltones había aparecido con un enorme zumbido, justo al final de la recolección de la cebada. Yo había subido hasta el huerto en busca de hortalizas, y me encontré con que las plantas estaban repletas de esos cuerpecillos con forma de cuña que arrastraban las zarpas, masticando mis lechugas y mis coles hasta dejarlas como mazorcas arruinadas, y que habían destrozado la enredadera de campanillas.

—Salí corriendo a buscar a la señora Bug y a Lizzie, y los espantamos con escobas; pero los saltamontes salieron volando en una gran nube y atravesaron el bosque en dirección al campo que está más allá de Green Spring. Se posaron sobre la cebada; el ruido que hacían al masticar se oía desde varios kilómetros a la redonda. Parecían gigantes caminando en un arrozal. —El recuerdo me erizó la piel de los hombros, y Jamie me acarició con aire ausente, con su mano grande y cálida.

—Mmm. ¿Ése fue el único prado que atacaron?

—Sí. —Respiré hondo—. Le prendimos fuego y los quemamos vivos.

Su cuerpo dio un respingo y Jamie me miró.

—¿Qué? ¿A quién se le ocurrió eso?

—A mí —respondí, no sin orgullo. Pensándolo retrospectivamente y a sangre fría, había sido una maniobra razonable; había otros cultivos en riesgo, no sólo de cebada, sino también de maíz, trigo, patatas y heno, por no mencionar los huertos de los que dependían la mayoría de las familias.

En realidad, había sido una decisión provocada por una furia salvaje, una pura y sanguinaria venganza por la destrucción de mi huerto. Hubiera deseado arrancar las alas a cada uno de aquellos insectos y aplastar lo que quedara; pero quemarlos fue casi igual de satisfactorio.

El campo que habían atacado era el de Murdo Lindsay. Lento tanto de pensamiento como de acción, Murdo no había tenido tiempo de reaccionar a mi anuncio de que tenía intención de quemar la cebada, y se quedó de pie, boquiabierto, mientras Brianna, Lizzie, Marsali, la señora Bug y yo corríamos alrededor del campo con los brazos llenos de ramitas secas, encendiéndolas con antorchas y lanzándolas lo más lejos que podíamos sobre el mar de grano seco y maduro. Las hierbas secas se prendieron con un crujido, y luego un rugido,

cuando el fuego cobró fuerza. Confundidos por el calor y el humo, los saltamontes volaban como chispas, encendiéndose cuando las alas rozaban el fuego y desvaneciéndose en un remolino de humo y ceniza.

—Por supuesto que fue justo en ese momento cuando Roger decidió presentarse con los nuevos inquilinos —dije, conteniendo el impulso de echarme a reír—. Pobrecillos. Estaba oscureciendo y allí estaban todos, en medio del bosque, observando el espectáculo, nosotras bailando descalzas con las faldas levantadas, aullando como monos y cubiertas de hollín.

Jamie se cubrió los ojos con una mano, evidentemente imaginándose la escena.

—Oh, por Dios. Debieron de pensar que Roger Mac los había traído al mismísimo infierno. O, al menos, a un aquelarre.

—Exacto. ¡Oh, Jamie, si hubieses visto la expresión de sus caras! —No pude contenerme más y hundí mi cara en su pecho. Nos sacudimos juntos por un momento, riéndonos casi sin ruido—. Pero intenté que se sintieran bienvenidos. Les dimos de cenar y les buscamos lugares para dormir; primero ubicamos a todos los que cabían en la casa, y repartimos a los demás entre la cabaña de Brianna, el establo y el granero. Yo bajé por la noche, bastante tarde; no podía dormir con toda la excitación; y encontré a una docena de ellos rezando en la cocina.

» Habían formado un círculo cerca de la chimenea, con las manos entrelazadas y las cabezas inclinadas en oración. Todas las cabezas se levantaron de golpe cuando aparecí. Me contemplaron en absoluto silencio, y una de las mujeres soltó la mano del hombre que tenía a su lado y escondió la suya debajo de su delantal. Casi pensé que estaba buscando un arma, y tal vez fuera cierto; estoy segura de que hizo la señal de los cuernos protegida por aquella prenda andrajosa.

» Yo ya había averiguado que sólo unos pocos de ellos hablaban inglés. Pregunté en un gaélico vacilante si necesitaban algo. Me miraron como si tuviera dos cabezas y, después de un momento, uno de los hombres, una criatura arrugada con una boca pequeña, movió la cabeza apenas un centímetro.

» Luego volvieron a sus oraciones, mientras yo regresaba a la cama tratando de pasar desapercibida.

—¿Bajaste sólo con las enaguas?

—Bueno... Sí. No esperaba encontrar gente despierta a esas horas.

Me rozó los pechos con los nudillos y me di cuenta exactamente de en qué estaba pensando. Mi atuendo para las noches de verano era fino, de lino gastado, y si, era cierto, suponía que era posible ver a través de él si había buena luz.

—Y no creo que bajaras con un apropiado gorro de dormir, ¿verdad, Sassenach? —preguntó a continuación Jamie, pasándome una mano por el pelo en actitud reflexiva. Me lo había soltado para ir con él a la cama, y estaba

contorsionándose alegramente en todas direcciones, a lo medusa.

—Claro que no. Pero lo llevaba recogido en una trenza —protesté—.
¡Totalmente respetable!

—Oh, por supuesto —aceptó él sonriendo y, empujando con los dedos la masa salvaje de mi pelo, me besó. Tenía los labios agrietados por el viento y el sol, pero estaban suaves. No se había afeitado desde su partida, y tenía la barba corta y rizada—. Bueno. Supongo que ya están ubicados, ¿no? Los inquilinos. —Sus labios rozaron mi mejilla y me mordisquearon suavemente la oreja. Respiré hondo.

—Ah. Oh, sí. Arch Bug se los llevó a la mañana siguiente; los ha ubicado con otras familias por todo el cerro, y ya está ocupándose de... —Olvidé lo que estaba pensando y, en un gesto reflejo, cerré mis dedos en torno a los músculos de su pecho.

—Supongo que le dirías a Murdo que le compensaré lo de la cebada, ¿no?

—Sí, desde luego. Él se limitó a mirarme y luego asintió, algo desconcertado. No sé si se dio cuenta de por qué yo le había quemado la plantación; tal vez se le ocurrió que de pronto había tenido ganas de incendiar su cebada.

Jamie se echó a reír.

—Hum —dije débilmente, sintiendo las cosquillas de su barba roja en mi nuca—. Los indios. ¿Cómo te ha ido con los cherokees?

—Bien.

Jamie se movió de pronto, subiéndose encima de mí. Era muy grande, y olía a deseo, intenso y agudo. Las sombras de las hojas le recorrieron la cara y los hombros, vetearon la cama y la blanca piel de mis muslos, completamente abiertos.

—Me gustas, Sassenach —murmuró en mi oído—. Puedo verte allí, semidesnuda con tus enaguas y el pelo suelto, ondulándose sobre tus pechos... Te amo. Te adoro...

—¿Y qué hay del descanso y la cena? —lo interrumpí.

Sus manos estaban abriéndose paso debajo de mi cuerpo, ahuecándose en torno a mis nalgas, apretando, mientras su aliento soplaba suave y caliente sobre mi nuca.

—He de tener mí...

—Pero... —protesté.

—Ahora, Sassenach.

Se incorporó de pronto, arrodillándose en la cama delante de mí. Había una débil sonrisa en su rostro, pero sus ojos azules estaban oscuros y decididos. Se cubrió los pesados testículos con una mano, mientras el pulgar se movía hacia arriba y hacia abajo por su exigente miembro de una manera lenta y deliberada.

—De rodillas, *a nighean* —dijo en voz baja—. Ahora.

Los límites del poder

*Sr. James Fraser, cerro de Fraser
Para lord John Grey, de la plantación de Mount Josiah*

14 de agosto de 1773

Milord,

Le escribo para informarle de mi nuevo puesto, a saber, el de Agente Indio de la Corona, por nombramiento del Departamento del Sur al mando de John Stuart.

En un principio tenía sentimientos encontrados respecto de mi aceptación de este nombramiento, pero me ayudó a decidirme una visita del señor Richard Brown, un vecino lejano, y su hermano. Supongo que el señor Higgins ya le habrá informado de su denominado comité de seguridad, y su objetivo inmediato de arrestarlo.

¿Se ha encontrado usted con esa clase de organizaciones ad hoc en Virginia? Creo que tal vez su situación no sea tan inquietante como la nuestra, o como en Boston, donde, según Higgins, también se los encuentra. Espero que no sea así.

Creo que una persona razonable debería deplorar esos comités por principios. Su propósito manifiesto consiste en ofrecer protección de vagabundos y bandidos, y arrestar criminales en aquellas áreas donde no hay ningún sheriff ni alguacil. Pero, al no estar regidos por ley alguna, está claro que nada puede impedir que una milicia irregular se convierta en una amenaza a la ciudadanía mayor que los peligros de los que esa milicia dice protegernos.

Aunque también está claro el atractivo de esa idea, particularmente en el caso en que nos encontramos nosotros, en un lugar tan apartado. El juzgado más próximo se encuentra —o se encontraba— a tres días de camino, y en el constante malestar que se generó después de la Regulación, la situación se ha vuelto incluso más insatisfactoria. El gobernador y su concejo están en conflicto constante con la asamblea, el tribunal del distrito ha dejado de funcionar, ya no se nombran jueces, y actualmente no hay ningún sheriff en el condado de Surry, después de que el último renunció bajo la amenaza de que le quemaran la casa. Los sheriffs de los condados de Orange y Roiana siguen en sus puestos, pero

su corrupción es tan conocida que nadie podría depender de ellos, salvo aquellos cuyos intereses protegen.

Estos días llegan frecuentes noticias de incendios de casas, asaltos, y otras alarmas, tras la reciente guerra de la Regulación. El gobernador Tyron indultó a algunos de los que participaron del conflicto, pero no hizo nada para impedir que se llevaran a cabo represalias contra ellos; su sucesor es todavía más incapaz de enfrentarse a esos acontecimientos, los cuales, en cualquier caso, tienen lugar en el campo, lejos de su palacio en New Bern, y por tanto es más fácil ignorarlos. (Aunque es justo decir que sin duda el gobernador tiene que enfrentarse a problemas más cercanos).

De todas formas, si bien los colonos de por aquí están acostumbrados a defenderse de las amenazas habituales de la jungla, la proliferación de ataques al azar como éstos —y la posibilidad de la irrupción de los indios, al estar tan cerca de la línea del tratado— es suficiente para inquietarlos y hacer que saluden con alivio la aparición de cualquier organismo dispuesto a asumir el papel de la protección pública. De ahí que los vigilantes de los comités sean bien recibidos, al menos al principio.

Le doy tantos detalles para explicar mejor mis pensamientos sobre el nombramiento. Mi amigo el mayor MacDonald (antiguamente miembro del 32 de Caballería) me había dicho que, si yo finalmente decidía declinar el ofrecimiento de ser agente indio, él se pondría en contacto con el señor Richard Brozan, puesto que éste comercia sustancialmente con los cherokees, y por tanto, los conoce, y se presume de que goza de su confianza, lo que predispondría a los indios a aceptarlo.

Mi conocimiento del señor Brozan y su hermano me obliga a considerar esta perspectiva con alarma. Con el aumento de influencia que le depararía tal nombramiento, la posición de Brozan en esta agitada región podría volverse tan dominante en poco tiempo que nadie podría oponérsele en ningún asunto. Y creo que eso es peligroso.

Mi yerno señala que el sentido de moralidad de un hombre disminuye a medida que aumenta su poder, y yo sospecho que los hermanos Brozan poseen relativamente poco de lo primero. Tal vez sea vanidoso por mi parte suponer que yo tengo más. He visto los corrosivos efectos del poder en el alma de un hombre, y he sentido su peso, como usted entenderá, puesto que usted mismo ha soportado esa carga. De todas formas, si hay que escoger entre Richard Brozan y yo, supongo que debo recurrir al viejo adagio escocés de que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer.

Asimismo, me preocupa la idea de las largas ausencias de mi hogar requeridas por mis nuevas obligaciones. Más allá de las inconveniencias y los gastos de tal curso de acción, equivaldría a una declaración de guerra

con los Brozan, y eso no me parece prudente, en especial si debo estar lejos de casa con frecuencia, dejando desprotegida a mi familia. Por otra parte, este nuevo nombramiento extenderá mi influencia, y —confío— pondrá algún límite a las ambiciones de los Brozan.

De modo que, una vez tomada la decisión, notifiqué de inmediato que aceptaba el nombramiento y realicé mi primera visita a los cherokees en calidad de agente indio el mes pasado. El recibimiento inicial fue muy cordial, y espero que mi relación con las aldeas se mantenga así.

Volveré a visitar a los cherokees durante el otoño. Si hubiera alguna cuestión o asunto para el que mi nuevo puesto podría servirle de ayuda, envíeme los detalles y confíe en que haré todo lo que pueda por usted.

En cuanto a las cuestiones más domésticas, nuestra pequeña población casi se ha duplicado, como resultado del ingreso de colonos recién llegados de Escocia. Mientras que la mayoría son deseables, esta incursión ha producido no pocos disturbios, puesto que los nuevos inquilinos son pescadores de la costa, para quienes la espesura de la montaña está llena de amenazas y misterios, amenazas y misterios personificados en cerdos y arados.

(Con respecto a los cerdos, no estoy seguro de no compartir su punto de vista. En los últimos tiempos, la puerca blanca ha fijado su residencia debajo de los cimientos de mi casa, y allí se dedica a actividades tan disolutas que nuestra cena se ve perturbada todos los días por ruidos infernales que parecen sonidos de almas atormentadas. Almas a las que, al parecer, les hubieran arrancado miembro tras miembro y hubieran sido devoradas por demonios bajo nuestros pies).

Puesto que me refiero a cuestiones infernales, debo señalar que los recién llegados son, ay, severos miembros del Covenant, para quienes un papista como yo lleva cuernos y rabo. Tal vez recuerde usted a un tal Thomas Christie, de Ardsuir. En comparación con esos caballeros tan rígidos, el señor Christie parece representar la compasión y la generosidad.

No se me había ocurrido agradecer a la Providencia el hecho de que mi yerno sea presbiteriano por inclinación, pero ahora me doy cuenta de lo cierto que es que los designios del Todopoderoso escapan a la comprensión de todos nosotros, pobres mortales. Si bien hasta Roger MacKenzie es un triste y depravado libertino a ojos de ellos, los nuevos inquilinos pueden al menos hablar con él sin la necesidad de hacer pequeños gestos y señales para repeler el Mal, que aparecen constantemente cuando conversan conmigo.

En cuanto a su comportamiento respecto de mi esposa, uno pensaría que ella es la bruja de Endor, o la gran prostituta de Babilonia. Esto se debe a que consideran que los elementos de su consulta son «encantamientos», y

quedaron asombrados cuando presenciaron la entrada a dicha consulta de un número de cherokees, alegremente engalanados para su visita, que habían venido a intercambiar productos tan arcanos como colmillos de serpientes y vesículas de osos.

Mi esposa me ruega que le manifieste su placer por sus cumplidos respecto de la mejoría en la salud del señor Higgins, y, todavía más, por su oferta de procurar sustancias medicinales para ella de su amigo en Filadelfia. Me ha pedido que le enviara la lista que adjunto. Al echarle una mirada, sospecho que el cumplimiento de sus deseos no hará nada para aplacar las sospechas de los pescadores, pero le ruego que no desista por ese motivo, puesto que creo que nada, salvo el tiempo y la costumbre, disminuirá los temores de esa gente.

Asimismo, mi hija me pide que exprese su gratitud por su regalo del fósforo. No estoy seguro de compartir ese sentimiento, dado que hasta ahora sus experimentos con esa sustancia han resultado tener un alto poder incendiario. Por suerte, ninguno de los recién llegados ha visto esos experimentos; en caso contrario, no tendrían duda alguna de que Satanás es amigo mío y de mi gente.

Por otra parte, estoy encantado de felicitarlo por su reciente cosecha, que es, sin duda, muy aceptable. Le envío como agradecimiento un barril de la mejor sidra de la señora Bug, y una botella envejecida en barrica durante tres años, que estoy seguro que encontrará menos corrosiva para la garganta que la última partida.

Su obediente servidor;

J. Fraser

Postdata: Me ha llegado un informe sobre un caballero que, por su descripción, se asemeja a un tal Stephen Bonnet. Ese hombre se presentó brevemente en Cross Creek el mes pasado. Si se trataba, por cierto, del caballero en cuestión, no sabemos a qué se debe su presencia, y parece haberse desvanecido sin dejar rastro; mi tío político, Duncan Innes, ha realizado averiguaciones en la zona, pero me ha escrito diciéndome que éstas han resultado infructuosas. Si usted se enterara de algo al respecto, le ruego que me avise de inmediato.

¡Bruum!

Del libro de los sueños.

Anoche soñé con agua corriente. Por lo general, eso significa que he bebido demasiado antes de acostarme, pero esta vez era diferente. El agua salía del grifo del fregadero de casa. Yo estaba ayudando a mamá a lavar los platos; ella echaba agua caliente sobre éstos con una manguera, y luego me los daba para que yo los secara; yo sentía la porcelana caliente a través de la toalla, y el rocío del agua en la cara.

Mamá tenía todo el pelo ensortijado por la humedad, y los dibujos de los platos eran las rosas abultadas y rosadas de la vajilla buena de la boda. Mamá no me dejó lavarlos hasta que cumpliera diez años, por miedo de que se me cayeran, ¡y cuando por fin pude hacerlo, me sentí muy orgullosa!

Todavía puedo ver hasta la última de las cosas que se guardaban en el armario de la porcelana de la sala; el soporte para tartas, pintado a mano, del tatarabuelo de mamá, la docena de copas de cristal que papá heredó de su madre, junto con el plato de aceitunas de cristal tallado y la taza con su platillo pintados a mano con violetas y bordes dorados.

Yo estaba delante del armario, guardando la porcelana, y el agua salía del grifo de la cocina, corría por el suelo y formaba un charco en torno a mis pies. Luego comenzó a subir, y yo empecé a chapotear por la cocina de un lado a otro, pateando el agua para que brillara como el plato de cristal tallado. Cada vez había más agua, pero nadie parecía preocuparse; yo tampoco.

Estaba caliente; muy caliente, de hecho; salía vapor de ella.

Y eso fue todo el sueño; pero esta mañana, cuando me levanté, el agua del lavabo estaba tan fría que tuve que calentar un poco en una olla antes de lavar a Jemmy. Todo el tiempo que estuve controlando el agua en el fuego, me lo pasé recordando el sueño, y todos esos litros de agua caliente.

Lo que me pregunto es: estos sueños que tengo sobre aquella época parecen tan nítidos y detallados, mucho más que los sueños que tengo sobre ahora, ¿por qué veo cosas que no existen en ningún lado salvo dentro de mi cabeza?

Lo que me pregunto sobre los sueños es... Todos los nuevos inventos que se le ocurren a la gente... ¿Cuántas de esas cosas están hechas por personas como yo? ¿Como nosotros? ¿Cuántos «inventos» son en realidad recuerdos, de las cosas que conocimos en otra época? Y... ¿cuántos de nosotros estamos aquí?

—En realidad, no es tan difícil tener agua caliente. En teoría.

—¿No? Supongo que tienes razón. —Roger sólo me había oído a medias, concentrado como estaba en el objeto que estaba cobrando forma bajo su cuchillo.

—Me refiero a que sería un trabajo muy difícil de hacer. Pero el concepto es sencillo. Cavar zanjas o construir canales... Y por esta zona lo más adecuado serían los canales...

—¡Ah, sí? —Ésa era la parte delicada. Roger contuvo el aliento, cincelando la madera, quitando unas astillas minúsculas, una por una.

—No hay metal —dijo Bree pacientemente—. Si tuviéramos metal, podríamos hacer canales de superficie. Pero apuesto a que el metal de toda la colonia de Carolina del Norte no alcanzaría para hacer las cañerías que harían falta para traer agua del arroyo hasta la Casa Grande. ¡Mucho menos una caldera! Y si lo hubiera, costaría una fortuna.

—Mmm. —Sintiendo que tal vez ésa no era la respuesta adecuada, Roger se apresuró a añadir—: Pero sí hay algo de metal. La destilería de Jamie, por ejemplo.

—Sí. Le pregunté de dónde lo sacó y me respondió que se lo había ganado a un capitán de barco de Charleston en una partida de cartas. ¿Crees que podría apostar mi brazalete de plata contra unos cientos de metros de cobre enrollado?

Una astilla más... Dos... Un mínimo corte con la punta del cuchillo... Ah. El minúsculo círculo salió de la matriz. ¡Giraba!

—Eh... Sí, claro —dijo Roger, dándose cuenta tarde de que ella le había hecho una pregunta—. ¿Por qué no?

—No has oído ni una sola palabra de lo que te he dicho, ¿verdad?

—Oh, desde luego que sí —protestó él—. Has dicho «zanja». Y «agua». Estoy seguro de que recuerdo haber oido eso.

—Bueno, tendrías que hacerlo tú, de todas formas.

—¿Hacer qué? —Su pulgar buscó la pequeña rueda y la hizo girar.

—Apostar. Nadie me va a dejar participar en una partida de cartas.

—Gracias a Dios —dijo él de un modo reflejo.

—Bendito sea tu corazoncito presbiteriano —dijo ella con actitud tolerante, moviendo la cabeza—. Tú no eres jugador, ¿verdad, Roger?

—Oh, y tú sí, supongo. —Lo dijo de broma, preguntándose por qué el comentario de ella le había sonado como un leve reproche.

Brianna se limitó a sonreír por toda respuesta, curvando la amplia boca de una manera que sugería perversas hazañas nunca mencionadas. Él se sintió levemente incómodo. Ella sí era jugadora, aunque... Miró la mancha grande y chamuscada en medio de la mesa.

—Eso fue un accidente —dijo ella, a la defensiva.

—Oh, sí. Al menos las cejas te han crecido de nuevo.

—Ejem. Ya casi lo he logrado. Falta una última serie...

—Eso es lo que dijiste la última vez. —Roger era consciente de que estaba aventurándose en un terreno peligroso.

Su esposa respiró profundamente, mirándolo a través de sus ojos apenas entrecerrados, como alguien que apunta antes de disparar. Después pareció pensar mejor lo que fuera que iba a decir.

—¿Qué es eso que has estado haciendo?

—Oh, un juguetito para Jem. —Le dejó cogerlo, sintiendo la calidez de un orgullo modesto—. Todas las ruedas giran.

—Es para mí, papá? —Jemmy había estado revolcándose en el suelo con el gato *Adso*. Pero al oír su nombre, abandonó al felino, que escapó inmediatamente por la ventana, y fue corriendo a ver su nuevo juguete.

—¡Oh, mira! —Brianna hizo correr el pequeño coche por la palma de su mano. Jem lo agarró con entusiasmo, tirando de las ruedas.

—¡Con cuidado! ¡Con cuidado! ¡Vas a romperlo! Ven, déjame enseñarte. —Roger se puso en cuclillas, cogió el coche y lo hizo correr por las piedras de la chimenea—. ¿Ves? ¡*Bruum!* ¡*Bruum, bruum*!

—¡*Bruum*! —repitió Jemmy—. ¡Déjame hacerlo, papá, déjame!

Roger le entregó el juguete a Jemmy, sonriendo.

—¡*Bruum!* ¡*Bruum, bruum*! —El pequeño niño empujó el coche con entusiasmo, pero entonces se le soltó de la mano y vio con la boca abierta cómo corría solo hasta la chimenea, golpeaba contra el borde, y daba la vuelta. Chillando de deleite, se fue correteando detrás de su nuevo juguete.

Roger levantó la mirada sin dejar de sonreír, y vio que Brianna estaba vigilando a Jem con una expresión extraña en la cara.

—¿*Bruum*? —dijo en voz baja, y Roger sintió una repentina sacudida en su interior, como un golpe en el estómago.

—¿Qué es, papá, qué es? —Jemmy había vuelto a atrapar el juguete y corría hacia él, aferrándolo contra el pecho.

—Es un... Un... —comenzó a decir, sin saber cómo seguir.

Se trataba, en realidad, de una tosca réplica de un Morris Minor, pero la palabra «coche», mucho menos «automóvil», no tenían ningún sentido allí. Y para el motor de combustión interna, con su ruido agradablemente evocador, faltaba por lo menos un siglo.

—Supongo que es un *bruum*, cariño —dijo Bree, con un claro tono de compasión. Roger sintió el suave peso de la mano de ella en su cabeza.

—Eh... Sí, es eso —dijo, aclarándose la garganta—. Es un *bruum*.

—*Bruum* —dijo Jemmy alegramente—. ¡*Bruum, bruum*!

VAPOR. Tendría que estar impulsado con vapor o viento; un molino tal vez serviría para bombeo de agua en el sistema, pero si quiero agua caliente, habría vapor de todas maneras. ¿Por qué no utilizarlo?

El problema es el almacenamiento; la madera se quema y el agua se filtra a través de ella; la arcilla no aguantará la presión. Necesito metal. Me pregunto qué haría la señora Bug si yo cogiera el caldero para lavar la ropa. Bueno, sí sé lo que haría, y una explosión de vapor no sería nada en comparación; además, necesitamos lavar la ropa. Tendré que soñar con otra cosa.

Segundo la mies

El mayor MacDonald regresó el último día de la siega. Yo estaba maniobrando a un lado de la casa con una inmensa cesta de pan cuando lo vi al final del camino, atando su caballo a un árbol. Él levantó el sombrero y me hizo una reverencia, luego atravesó el patio, mirando con curiosidad los preparativos que allí tenían lugar.

Habíamos colocado caballetes debajo de los castaños con tablones encima, y un flujo constante de mujeres iban y venían trayendo comida. El sol se estaba poniendo, y los hombres llegarían pronto para la celebración; sucios, agotados, hambrientos, y entusiasmados por haber terminado el trabajo.

Saludé al mayor con un gesto y acepté aliviada su oferta de llevar el pan hasta las mesas.

—Ah, ¡la siega? —me dijo, como respuesta a mi explicación. Una sonrisa nostálgica se extendió por su curtido rostro—. Recuerdo haber participado en una siega cuando era un muchacho. Pero aquello fue en Escocia, ¿sabe? Casi nunca teníamos un tiempo tan magnífico como éste. —Levantó la mirada hacia el resplandeciente azul profundo del cielo de agosto.

—Es maravilloso —respondí, olfateando con aprecio.

El aroma del heno recién cortado estaba en todas partes, había resplandecientes montañas de mies en todos los cobertizos, y se habían formado pequeños senderos de paja en todas partes. El olor del heno cortado y seco se había mezclado con el delicioso aroma de la barbacoa que llevaba toda la noche calentándose bajo tierra, el pan fresco, y el olor penetrante y embriagador de la sidra de la señora Bug. Marsali y Brianna traían jarras de bebida desde el almacén que estaba sobre el arroyo.

—Veo que he escogido un buen momento —comentó el mayor.

—Si ha venido a comer, sí —respondí, divertida—. Si ha venido a hablar con Jamie, creo que tendrá que esperar hasta mañana.

Él me miró, intrigado, pero no tuvo tiempo de hacer más averiguaciones; yo había percibido otro movimiento en el sendero. El mayor se volvió, al ver la dirección de mi mirada, y frunció ligeramente el ceño.

—Vaya, es ese tipo con la cara marcada. Lo vi en Coopersville, pero él me vio primero, y se alejó todo lo que pudo. ¿Desea que me libre de él, señora?

—Ni se le ocurra, mayor. El señor Higgins es amigo nuestro.

—Como usted quiera, señora Fraser —replicó con frialdad y se marchó hacia las mesas.

Puse los ojos en blanco, exasperada, y luego fui a saludar al recién llegado. Estaba claro que Bobby Higgins podría haberse unido al mayor en el camino hasta el cerro, y que había decidido no hacerlo. Noté que se había familiarizado un poco más con las mulas; iba montado sobre una y llevaba a otra, cargada con un prometedor surtido de alforjas y baúles.

—Cortesía de su señoría, señora —dijo, haciéndome un elegante saludo mientras desmontaba.

Por el rabillo del ojo, vi que MacDonald estaba observando la escena y que hacía un pequeño gesto de sorpresa al ver el saludo militar. De modo que ya sabía que Bobby era soldado, y sin duda no tardaría en sonsacarle información sobre su pasado.

—Tienes buen aspecto, Bobby —dije, sonriendo—. No has tenido ninguna dificultad durante la cabalgata, ¿verdad?

—¡Oh, no, señora! —Su boca se abrió en una amplia sonrisa—. ¡Y no he sufrido ninguna caída desde la última vez que nos vimos!

Con «caída» se refería a «desmayo», y yo lo felicité por su estado de salud, examinándolo mientras descargaba la mula con destreza y eficiencia.

—Aquel soldado de allí —dijo fingiendo indiferencia—, ¿usted lo conoce, señora?

—Es el mayor MacDonald —respondí, tratando de no mirar en dirección del mayor—. Si. Él... trabaja para el gobernador, creo. Pero no es del ejército regular; es un oficial a tiempo parcial.

Ese dato pareció tranquilizar un poco a Bobby. Tomó aliento, como si fuera a decir algo, pero luego cambió de idea. En cambio, metió la mano en su camisa y sacó una carta sellada, que me entregó.

—Eso es para usted —explicó—. De su señoría. ¿Por casualidad la señorita Lizzie se encuentra por aquí?

—Sí. La última vez que la vi estaba en la cocina —respondí, con una sensación de incomodidad—. Saldrá dentro de un momento. Pero... Sabes que está prometida, ¿verdad, Bobby? Su novio vendrá a cenar con los otros hombres.

Él me miró a los ojos y me sonrió con una dulzura especial.

—Oh, sí, señora. Lo sé muy bien. Sólo pensé que debería agradecerle la amabilidad con que me trató la última vez que estuve aquí.

—Oh —exclamé, sin confiar lo más mínimo en su sonrisa. Bobby era un muchacho muy apuesto, tuerlo o no; y había sido soldado—. Bueno... Bien.

Antes de que pudiera decir algo más oí voces de hombres que llegaban a través de los árboles. No era precisamente un canto, sino más bien una especie de canturreo rítmico. No podía precisar de qué se trataba —decían algo como «*Ho-ro!*», en gaélico, y cosas por el estilo—, pero todos parecían estar dando alaridos al unísono y con alegría.

La siega era un concepto novedoso para los inquilinos nuevos, que estaban

mucho más acostumbrados a recoger quelpo que a cortar hierba. Pero Jamie, Arch y Roger los habían guiado durante todo el proceso, y yo no había tenido que suturar más que un puñado de heridas menores, por lo que suponía que había sido un éxito; nadie había perdido ninguna mano ni ningún pie, sólo se habían producido algunas discusiones a gritos, aunque sin llegar a las manos, y no se había perdido ni arruinado más que la cantidad habitual de heno.

Todos parecían de buen humor cuando llegaron al patio principal, desaliñados, bañados en sudor, y sedientos como esponjas. Jamie estaba entre ellos, riendo y tropezando cuando alguien lo empujó. Al verme, una enorme sonrisa se dibujó en su cara bronceada por el sol. Llegó a mi lado de una zancada y me cogió en un exuberante abrazo con olor a heno, caballos y sudor.

—¡Hemos terminado, por fin! —dijo, y me besó sonoramente—. Santo Dios, necesito un trago. Y no, no es ninguna blasfemia, pequeño Roger —añadió, mirando hacia atrás—. Es sincera gratitud y desesperación.

—Sí, pero primero lo primero, ¿eh? —Roger había aparecido detrás de Jamie.

—Oh, sí —asintió Jamie. Miró rápidamente a Roger, evaluando la situación, se encogió de hombros y caminó hasta el centro del patio.

—*Eisd rid! Eisd rid!* —gritó Kenny Lindsay al verlo. Evan y Murdo se le sumaron, dando palmadas y reclamando la atención de los presentes.

*Digo la plegaria desde mi boca,
Digo la plegaria desde el corazón,
Digo la plegaria para Tí Mismo,
Oh, Mano Sanadora, oh, Hijo del Dios de la salvación.*

Jamie no levantó la voz mucho más que su volumen habitual, pero todos guardaron silencio de inmediato, y las palabras resonaron con claridad.

*Tú, Señor de los ángeles,
Extiende sobre mí Tu manto de lino;
Protégeme del hambre,
Libérame de toda silueta espectral.
Fortaléceme en todo lo bueno,
Guíame cuando me extravie,
Cuidame cuando enferme,
Y no me dejes caer en ninguna enemistad.*

Se oyó un murmullo de ligera aprobación entre la multitud, y vi que algunos de los pescadores inclinaban la cabeza, aunque sus ojos seguían fijos en él.

*Protégeme de todas las cosas truculentas,
Protégeme de todas las cosas malas,*

*Protégeme de todas las cosas horribles
Que oscuramente vienen hacia mí.*

*Oh, Dios de los débiles,
Oh, Dios de los humildes,
Oh, Dios de los justos,
Oh, Protector de los hogares.*

*Tú nos estás llamando
Con la voz de la gloria,
Con la boca de la misericordia,
De Tu adorado Hijo.*

Miré de reojo a Roger, que también asentía ligeramente, con un gesto de aprobación. Era evidente que se habían puesto de acuerdo sobre aquello. Era razonable; pronunciarían una plegaria que sonaría familiar a los pescadores, en la que no habría ningún elemento específicamente católico.

Jamie abrió los brazos en un gesto totalmente inconsciente; echó la cabeza hacia atrás y levantó el rostro hacia el cielo, lleno de gozo.

*¡Oh, que encuentre yo descanso eterno
En el hogar de Tu Trinidad,
En el Paraíso de los divinos,
En el soleado jardín de Tu amor!*

—¡Amén! —dijo Roger, lo más fuerte que pudo, y por todo el patio se oyeron murmullos de agradecimiento. A continuación, el mayor MacDonald levantó la jarra de sidra que tenía en la mano, gritó «*Slàinte!*» y la vació de un trago.

Las festividades se generalizaron después de aquello. Yo me encontré sentada sobre un tonel, con Jamie en la hierba, a mis pies, y con una bandeja de comida y una jarra de sidra que alguien rellenaba constantemente.

—Bobby Higgins está aquí —le dije—. ¿Ves a Lizzie por algún lado?

—No —respondió él, reprimiendo un bostezo—. ¿Por qué?

—Me preguntó por ella.

—Entonces estoy seguro de que la encontrará. ¿Quieres un poco de carne, Sassenach?

—Ya he comido —le aseguré, y él se lanzó de inmediato sobre la barbacoa condimentada con vinagre como si no hubiese comido durante toda una semana —. ¿El mayor MacDonald ha hablado contigo?

—No —dijo con la boca llena, y tragó—. Aguardará. Allí está Lizzie... Con los McGillivray.

Me sentí más tranquila al oírlo. Sin duda, los McGillivray —particularmente

Frau Ute— desalentaría cualquier atención inapropiada hacia su futura nuera. Lizzie estaba charlando y riendo con Robin McGillivray, quien le sonreía con una expresión paternal, mientras su hijo Manfred comía y bebía con un apetito obsesivo. Me di cuenta de que *Frau Ute* no dejaba de mirar con atención e interés al padre de Lizzie, que estaba en el porche cercano, cómodamente sentado junto a una alemana alta y de cara poco atractiva.

—¿Quién es la que está con Joseph Wemyss? —pregunté, rozando a Jamie con la rodilla para llamar su atención.

—No lo sé. Es alemana; debe de haber venido con Ute McGillivray. ¿Está haciendo de celestina? —Levantó su jarra y bebió, suspirando de dicha.

Miré con interés a la mujer desconocida. Sin duda parecía llevarse bien con Joseph, y él con ella. Su cara delgada se iluminaba con sus gestos, cuando le contaba algo, y la cabeza de la mujer, tocada con un elegante gorro, se inclinaba hacia él, con una sonrisa en los labios.

Yo no siempre aprobaba los métodos de Ute McGillivray, que solían ser arrolladores, pero tenía que admirar la esforzada complejidad de sus planes. Lizzie y Marie se casarían la primavera siguiente, y yo me había preguntado cómo se sentiría Joseph después. Lizzie era toda su vida.

Evidentemente, él podría irse a vivir con ella después de la boda. Lizzie y Manfred vivirían en la casa grande de los McGillivray, y suponía que también encontrarían espacio para Joseph. De todas formas, él se sentiría desgarrado, puesto que no quería abandonarnos a nosotros... Y, si bien cualquier hombre sano siempre era útil en un asentamiento, él no tenía ningún talento natural para la agricultura, mucho menos para la herrería, como Manfred y su padre. Pero si él también contrajera matrimonio...

Miré a Ute McGillivray por el rabillo del ojo, y vi que estaba observando al señor Wemyss y a su enamorada con la expresión satisfecha de una titiritera cuyos títeres están bailando precisamente con la melodía que ella ha decidido.

Alguien había dejado una gran jarra de sidra junto a nosotros. Era maravillosa, de un color ámbar oscuro y turbio, dulce y aromática. Dejé que el fresco líquido goteara por mi garganta y se abriera en mi cabeza como una flor silenciosa.

Había muchas conversaciones y risas, y noté que si bien los inquilinos nuevos seguían manteniéndose cerca de sus grupos familiares, también se habían decidido a relacionarse con otras personas; los hombres que habían estado trabajando hombro con hombro durante las últimas dos semanas se relacionaban con una cordialidad y una cortesía alimentadas por la sidra. La mayoría de los nuevos inquilinos consideraban que el vino era una burla y que las bebidas fuertes —como el whisky, el ron o el brandy— eran escandalosas, pero todos bebían cerveza y sidra. La sidra era saludable, según me había dicho una de las mujeres al tiempo que le pasaba una jarra a su hijo pequeño.

Jamie dejó escapar un pequeño sonido divertido. Señaló con un gesto el otro extremo del patio. Bobby Higgins había conseguido liberarse de sus admiradoras y se las había arreglado para separar a Lizzie de los McGillivray. Estaban de pie a la sombra de los castaños, hablando.

Volví a mirar a los McGillivray. Manfred estaba recostado contra los cimientos de la casa, con la cabeza inclinada sobre el plato. Su padre se había acurrucado a su lado, en el suelo, y roncaba plácidamente. Las chicas conversaban entre sí, pasando comida por encima de las cabezas encorvadas de sus maridos, todos en distintos estados de inminente somnolencia. Ute se había trasladado al porche, y estaba hablando con Joseph y su compañera.

Miré otra vez a Lizzie y a Bobby, que estaban charlando, manteniendo una distancia respetuosa. Pero había algo en la forma en que él se inclinaba hacia ella, y la forma en que ella se apartaba a medias de él y luego volvía a acercársele, agitando un pliegue de su falda con una mano...

—Oh, no —dije. Me moví un poco, llevando los pies al suelo; pero no estaba segura de si realmente debía interrumpirlos.

—Tres cosas me asombran, no, cuatro, dijo el profeta. —La mano de Jamie me apretó el muslo; él también estaba observando a la pareja—. La forma de un águila en el cielo, la forma de una serpiente en la roca, la forma de un barco en medio del mar... y la forma de un hombre con una doncella.

—Oh, de modo que no estoy imaginándomelo —señalé secamente—. ¿Crees que debería hacer algo?

—No, Sassenach. Si el pequeño Manfred no se molesta en proteger a su futura esposa, estaría fuera de lugar que lo hicieras tú.

—Sí, estoy de acuerdo. Sólo pensaba que si Ute los viera... O Joseph...

—Oh. —Jamie parpadeó, balanceándose un poco—. Sí, supongo que tienes razón. —Volvió la cabeza, buscando, luego divisó a Ian y lo llamó con un gesto de la cabeza.

Ian estaba despatarrado con aire soñador en la hierba, a unos metros de distancia, junto a una pila de costillas grasientas, pero en ese momento se dio la vuelta y se arrastró obediente hacia nosotros.

—¿Mmm? —dijo. Su grueso pelo marrón se le había soltado, y se le habían formado varios remolinos que apuntaban hacia arriba, mientras que el resto caía hacia adelante, cubriendole un ojo y confiriéndole el aspecto de una persona de dudosa reputación.

—Ve y dile a la pequeña Lizzie que te cure la mano, Ian —le pidió.

Ian se miró la mano con ojos adormilados; tenía una cicatriz que le atravesaba la parte superior, pero ya se había curado hacía bastante tiempo. Pero entonces miró en la dirección que le indicaba Jamie.

—Oh —dijo.

Permaneció unos instantes de rodillas; luego, lentamente, avanzó rumbo a los

castaños.

Estaban demasiado lejos para oírlos, pero podíamos verlos. Bobby y Lizzie se separaron como las aguas del mar Rojo cuando Ian se colocó resueltamente entre ambos. Los tres parecieron conversar con cordialidad por un momento, luego Lizzie e Ian partieron hacia la casa. Lizzie saludó a Bobby con un gesto despreocupado de la mano... Y una furtiva mirada hacia atrás. Bobby se quedó de pie mirándola con aire pensativo, luego meneó la cabeza y se marchó en busca de sidra.

La sidra estaba causando su efecto. Yo había supuesto que al caer la noche todos los hombres se habrían desplomado; durante la siega, era habitual que muchos se quedaran dormidos sobre los platos de comida de puro agotamiento. Pero en realidad seguía habiendo bastantes charlas y risas, aunque el suave resplandor crepuscular mostraba un número cada vez mayor de cuerpos esparcidos en la hierba.

Rollo masticaba con satisfacción los huesos que Ian había descartado. Brianna se había sentado un poco apartada; Roger estaba tumbado con la cabeza sobre la falda de su esposa, profundamente dormido. Tenía abierto el cuello de la camisa, y la irregular cicatriz que le había dejado la horca se destacaba con nitidez contra su piel. Bree me sonrió, mientras acariciaba suavemente el lustroso pelo negro de su marido. Jemmy no estaba por ninguna parte, tampoco Germain. Por suerte, el fósforo estaba bajo llave, en la parte superior de mi armario más alto.

—Para ser una muchachita tan pequeña, Lizzie trae bastantes problemas —dijo Jamie, resoplando débilmente.

Bobby Higgins estaba junto a una de las mesas, bebiendo sidra, y era evidente que no se había dado cuenta de que los hermanos Beardsley estaban acercándose. Se movían como zorros por el bosque, sin ocultarse del todo, convergiendo sobre él desde direcciones opuestas.

Uno —Jo, probablemente— apareció de repente al lado de Bobby, alarmándolo de tal forma que derramó su bebida. Frunció el ceño y se limpió la salpicadura mojada en su camisa, mientras Jo se acercaba un poco más, obviamente murmurando amenazas y advertencias. Con aire ofendido, Bobby se apartó de él, para encontrarse con Kezzie al otro lado.

—La cara de Bobby enrojecía cada vez más. Dejó a un lado el jarro del que estaba bebiendo y se incorporó un poco, mientras una de sus manos se cerraba en un puño. Los Beardsley se acercaron todavía más, con la evidente intención de obligarlo a volver al bosque. Mirando cautelosamente a uno y otro hermano, él dio un paso hacia atrás, apoyando la espalda contra un tronco.

Bajé la mirada; Jamie estaba observándolo todo con los párpados entrecerrados y una soñadora expresión de indiferencia. Suspiró profundamente, cerró los ojos por completo y apoyó todo su peso contra mí.

La razón de esa repentina fuga de la realidad se presentó un segundo más

tarde: MacDonald, enrojecido por la comida y la bebida, con su chaqueta roja resplandeciendo como un resollo a la luz del crepúsculo. Miró a Jamie, que dormía plácidamente contra mi pierna, y meneó la cabeza. Se volvió despacio, examinando la escena.

—¡Por Dios! —dijo con suavidad—. He de decir, señora, que he visto campos de batalla con mucha menos carnicería.

—Oh, ¿en serio? —Su aparición me había distraído, pero ante la mención de «carnicería» volvió la mirada. Bobby y los Beardsley habían desaparecido, esfumándose como las volutas de niebla en el ocaso.

MacDonald se encogió levemente de hombros, se agachó, cogió a Jamie por los brazos, y me lo sacó de encima. Luego lo depositó sobre la hierba con una suavidad sorprendente.

—¿Puedo? —preguntó cortésmente y, ante mi gesto de asentimiento, se sentó junto a mí al otro lado, rodeándose las rodillas con los brazos.

Iba bien vestido, como siempre, con peluca y todo, pero el cuello de su camisa estaba sucio, y los faldones de su chaqueta estaban deshilachados y con salpicaduras de barro.

—¿Ha estado viajando mucho estos días, mayor? —pregunté, para darle conversación—. Se lo ve bastante cansado, si me permite decirlo.

—Sí, señora. He estado sobre el caballo todos los días del último mes, y he visto una cama tal vez una noche de cada tres.

Era cierto que se lo veía cansado, incluso a la suave luz del crepúsculo; las arrugas de la cara se le habían profundizado por la fatiga, y la piel debajo de los ojos estaba hinchada y manchada. No era un hombre apuesto, pero por lo general se movía con una confianza y una desenvoltura que le conferían cierto atractivo. Pero ahora se veía como lo que era: un soldado retirado, de casi cincuenta años, sin regimiento ni asignaciones regulares, que se esforzaba por mantener cualquier mínimo contacto que le permitiera progresar.

En una situación normal no le habría hablado de su trabajo, pero la compasión me hizo formularle una pregunta:

—¿Trabaja a menudo para el gobernador Martin últimamente?

—Sí, señora. El gobernador ha tenido la gentileza de pedirme un informe de la situación en el campo... Y también me ha hecho el insigne favor de aceptar algunos de mis consejos. —Miró a Jamie, que se había acurrucado como un erizo y estaba empezando a roncar, y sonrió.

—¿Se refiere al nombramiento de mi marido como agente indio? Le estamos agradecidos, mayor.

—Ah, no, señora; eso no tuvo nada que ver con el gobernador, salvo indirectamente. Esa clase de nombramientos están a cargo del superintendente del Departamento del Sur. Aunque, por supuesto, el gobernador está interesado en tener novedades de los indios —añadió, bebiendo otro sorbo.

—Estoy segura de que se lo contará todo mañana por la mañana —afirmé, señalando a Jamie con la cabeza.

—Desde luego, señora. —Vaciló un momento—. ¿Usted sabe si...? ¿Acaso el señor Fraser le comentó algo, respecto de sus conversaciones en las aldeas... si hubo alguna mención de... incendios?

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se han producido más?

—Sí, dos, pero uno de ellos fue un granero, más allá de Salem. Uno de los hermanos moravos. Y por lo que pude averiguar de todo aquel asunto, lo más probable es que los responsables fueran algunos de los presbiterianos escoceses o irlandeses que se han instalado en el condado de Surry. Hay un condenado predicador que está exasperando a todos contra los moravos, llamándolos herejes ateos... —Sonrió brevemente, pero luego volvió a adoptar una actitud sobria—. En el condado de Surry ha habido problemas desde hace varios meses, hasta el punto de que los hermanos han solicitado al gobernador que trace nuevas líneas divisorias, para ponerlos a todos dentro del condado de Rowan. La frontera entre Surry y Rowan pasa por el medio de sus tierras. Y el sheriff de Surry es... —Giró una mano.

—¿Tal vez no está muy entusiasmado por desempeñar sus obligaciones? —sugerí—. ¿Al menos en lo que respecta a los moravos?

—Es primo del condenado predicador —dijo MacDonald, y vació la jarra—. Ustedes no han tenido problemas con los nuevos inquilinos, ¿verdad? —añadió, bajando la voz—. Parece que los han hecho sentirse bien recibidos.

—Bueno, son presbiterianos, y muy vehementes al respecto... Pero, al menos, aún no han tratado de quemarnos la casa.

Eché un rápido vistazo al porche, donde el señor Wemyss seguía sentado junto a su compañera, conversando con las cabezas juntas. Estaba claro que la dama era alemana, pero no morava, pensé; éstos pocas veces contraían matrimonio fuera de su comunidad, y sus mujeres tampoco se aventuraban demasiado lejos.

—A menos que usted crea que los presbiterianos han formado un grupo con el propósito de purgar el campo de papistas y luteranos... —apunté—. Y usted no cree eso, ¿verdad?

—No. Aunque, a mí me educaron como presbiteriano, señora.

—Oh —dije—. Eh... ¿Un poco más de sidra, mayor?

Él me tendió el vaso sin demora.

—El otro incendio... Ése sí se parece mucho a los otros —dijo, pasando por alto mi comentario—. Un asentamiento aislado. Un hombre que vivía solo. Pero éste fue justo al otro lado de la línea del tratado.

Dijo esas últimas palabras con una mirada elocuente, y mis ojos se posaron involuntariamente en Jamie. Él me había contado que los cherokees estaban inquietos por los colonos que habían penetrado en su territorio.

—Se lo preguntaré a su marido mañana por la mañana, desde luego, señora —dijo MacDonald, interpretando correctamente mi mirada—. Pero tal vez usted sepa si él ha oído algo al respecto...

—Amenazas veladas de un cacique de Pájaro de Nieve —confesé—. Le escribió a John Stuart al respecto. Pero nada específico. ¿Cuándo ocurrió ese último incendio?

Permaneció pensativo unos instantes, y finalmente sugirió:

—Tal vez alguien debería ir a inspeccionar el lugar.

—Mmm —murmuré, sin molestarme en ocultar el escepticismo de mi voz—.

Y usted cree que ésa es tarea de Jamie, ¿no?

—No debería ser presuntuoso ni explicar sus obligaciones al señor Fraser, señora —dijo, con la insinuación de una sonrisa—. Pero le sugeriré que la situación puede ser de su interés, ¿de acuerdo?

—Sí, hágalo.

Jamie tenía planeado otro viaje rápido a las aldeas de Pájaro de Nieve, justo después de la cosecha y antes de la llegada del frío. La idea de entrar en la aldea e interrogar a Pájaro-que-canta-en-la-mañana sobre un asentamiento incendiado parecía bastante arriesgada, desde mi punto de vista.

Una leve brisa fría me hizo estremecerme. El sol ya se había puesto, y el aire estaba más fresco, pero no era aquello lo que enfriaba mi sangre.

¿Y si las sospechas de MacDonald eran correctas y los cherokees estaban quemando asentamientos? Y si Jamie se presentaba haciendo preguntas inconvenientes...

Miré en dirección de la casa, sólida y serena, un pálido baluarte contra la oscuridad del bosque que estaba más atrás.

Con profundo pesar, comunicamos la noticia de la muerte en un incendio de James MacKenzie Fraser y su esposa, Claire Fraser, en una conflagración que destruyó su casa...

Comenzaban a aparecer las luciérnagas, flotando como frescas chispas verdes en las sombras; miré hacia arriba involuntariamente y me encontré con un rocío de chispas rojas y amarillas de la chimenea. Todas las veces que había pensado en aquel espantoso recorte de diario —y trataba de no hacerlo, de no contar los días que faltaban para el 21 de enero de 1776—, siempre había supuesto que el incendioería accidental. Jamás se me había ocurrido, hasta ese momento, que podría tratarse de una acción deliberada, un asesinato.

Moví el pie lo suficiente como para rozar a Jamie. Él se agitó en sueños, extendió una mano y me rodeó el tobillo con su calidez, luego la dejó caer con un gruñido de satisfacción.

—Protégeme de todas las cosas truculentas —dije de una manera casi

inaudible.

—*Slàinte* —dijo el mayor, y vació su vaso de nuevo.

Regalos peligrosos

Impulsados por las novedades del mayor MacDonald, Jamie e Ian partieron dos días después para una rápida visita a Pájaro-que-canta-en-la-mañana, dejándome con Bobby Higgins por si precisaba ayuda.

Yo me moría por revisar las cajas que Bobby había traído, pero por una cosa u otra —el demente intento de la cerda blanca de comerse a *Adso*, una cabra con una infección en las ubres, un extraño moho verde que había invadido las últimas provisiones de queso, la finalización de una necesaria cocina de verano, y una firme conversación con los Beardsley respecto de la manera de tratar a los invitados, entre otras cosas—, pasó más de una semana antes de que pudiera encontrar un momento libre para abrir el regalo de lord John y leer su carta.

Septiembre de 1773

Lord John Grey, plantación de Mount Josiah

Señora de James Fraser

Mi querida señora,

Confío en que los artículos que me ha solicitado hayan llegado intactos. El señor Higgins se puso un poco nervioso respecto del traslado del aceite de vitriolo, puesto que, según creo, ha tenido alguna experiencia desagradable relacionada con ese producto, pero hemos envuelto la botella con muchas precauciones, dejándola sellada tal cual vino de Inglaterra.

Después de examinar los exquisitos dibujos que usted me envió —¿detecto la elegante mano de su hija en ellos?—, me trasladé a caballo hasta Williamsburg, con el objeto de consultar a un famoso cristalero que allí reside bajo el nombre (sin duda inventado) de Blogweather. El señor Blogweather admitió que el alambique pelícano sería la simplicidad propiamente dicha, mucho menos una prueba de sus habilidades, pero quedó fascinado con los requisitos del aparato de destilación, en especial la bobina desmontable. Entendió de inmediato la conveniencia de tal dispositivo en caso de ruptura, y ha hecho tres.

Por favor, acepte estos objetos como un regalo de mi parte, una insignificante expresión de mi constante gratitud por las numerosas gentilezas que ha tenido usted tanto conmigo como con el señor Higgins. Su más humilde y obediente servidor,

Postdata: Hasta este momento he contenido mi vulgar curiosidad, pero me arriesgo a esperar que en alguna próxima ocasión me gratifique usted explicándome el propósito para el que piensa utilizar estos artículos.

Los habían envuelto con mucho cuidado. Al abrir las cajas, las encontré llenas de una cantidad inmensa de paja, a través de la que brillaban pedacitos de cristal y frascos cuidadosamente cerrados, como si fueran huevos de Roc^[3].

—Tendrá usted mucho cuidado con eso, ¿verdad, señora? —preguntó Bobby con nerviosismo cuando levanté un frasco ancho, pesado y de cristal marrón, cuyo corcho estaba fuertemente sellado con cera roja—. Lo que hay dentro es espantoso.

—Sí, lo sé. —Me puse de puntillas y coloqué el frasco en un anaquel alto—. ¿Has visto a alguien usándolo, Bobby?

—Yo no diría usándolo, señora. Pero he visto sus efectos. Era una... muchacha, en Londres, a la que llegué a conocer bastante bien, mientras esperábamos el barco que nos traería a América. La mitad de su cara era suave como la manteca, pero la otra estaba tan llena de cicatrices que casi no podía mirársela. Como si se hubiera derretido en el fuego, pero ella dijo que había sido el vitriolo. —Miró la botella y tragó saliva visiblemente—. Me contó que una zorra se lo había echado encima por celos.

—Bueno, no te preocupes —lo tranquilicé—. No pretendo echárselo a nadie por encima.

—¡Oh, no, señora! ¡Jamás pensaría algo así!

Resté importancia a su comentario.

—Oh, mira —dije encantada. Tenía en las manos el fruto del arte del señor Blogweather: una esfera de cristal, del tamaño de mi cabeza, perfectamente simétrica y sin la más mínima insinuación de una burbuja. Había un débil tinte azulado en el cristal, y pude ver mi propio reflejo distorsionado, con la nariz ancha y los ojos saltones, asomándose como una sirena.

—Sí, señora —dijo Bobby—. Es... Eh... Grande, ¿no?

—Es perfecta. ¡Sencillamente perfecta!

En vez de cortarlo directamente del tubo del disipador, Blogweather había estrechado el cuello de la esfera hasta convertirlo en un tubo de paredes gruesas, de cinco centímetros de largo y dos y medio de diámetro. Los bordes y la superficie interior de esta parte habían sido... ¿Lijados? ¿Pulidos? No tenía idea de qué les había hecho el señor Blogweather, pero el resultado era una superficie sedosa y opaca que formaría una cobertura adorable cuando se le insertara una pieza con una terminación similar.

Tenía las manos húmedas por la emoción y los nervios, porque temía que se

me cayera aquel objeto tan valioso. Lo envolví con un pliegue del delantal, mientras iba de un lado a otro, tratando de decidir dónde dejarlo. No había esperado que fuera tan grande; precisaría que Bree o uno de los hombres construyera un soporte adecuado.

—Hay que ponerlo sobre un pequeño fuego —expliqué, mirando con el ceño fruncido el brasero que usaba para mis preparados—. Pero la temperatura es importante; un lecho de carbón puede ser muy difícil de mantener a un calor constante. —Ubiqué la gran esfera en el armario, ocultándola detrás de una hilera de frascos—. Creo que tendrá que ser una lámpara de alcohol... Pero es mayor de lo que pensé; habrá que conseguir una lámpara de gran tamaño para calentarla...

Me di cuenta de que Bobby ya no estaba escuchándome; algo que pasaba fuera de la casa había captado su atención. Me acerqué detrás de él y me asomé a la ventana abierta para ver de qué se trataba.

Debería haberlo adivinado; Lizzie Wemyss estaba fuera, sobre el césped, batiendo manteca, y Manfred McGillivray estaba junto a ella.

Observé a la pareja, que estaba enfrascada en una alegre conversación, y luego miré la sombría expresión de Bobby. Me aclaré la garganta.

—¿Podrías abrir el otro cajón, Bobby?

—¡Eh? —Su atención seguía fija en la pareja que estaba fuera.

—El cajón —repetí pacientemente—. Ése. —Lo señalé con un dedo del pie.

—El cajón... ¡Oh! Oh, sí, desde luego, señora. —Apartó la mirada de la ventana y, apesadumbrado, se dispuso a hacer lo que le había pedido.

Saqué el resto de los objetos de cristal, quitando las briznas de paja, y coloqué las esferas, las pipetas, las redomas y los rollos de alambre en un armario alto; pero al mismo tiempo seguí prestando atención a Bobby. No se me había ocurrido que sus sentimientos hacia Lizzie fueran más que una atracción pasajera.

Y tal vez no eran más que eso, pensé. Pero si se trataba de... No pude evitar mirar por la ventana y descubrí que la pareja se había convertido en un trío.

—¡Ian! —exclamé.

Bobby levantó la cabeza, alarmado, pero yo ya estaba corriendo hacia la puerta, mientras me quitaba apresuradamente restos de paja de mi ropa.

Si Ian había regresado, entonces Jamie...

Jamie apareció por la puerta justo cuando yo corría hacia el pasillo, me cogió de la cintura y me besó con entusiasmo, raspándose con sus patillas.

—Has vuelto —dije, estúpidamente.

—Es cierto, y hay indios detrás de mí —respondió él, agarrándome el trasero con las dos manos—. ¡Por Dios, qué no daría yo por un cuarto de hora a solas contigo, Sassenach! Mis pelotas están a punto de estallar... Ah, señor Higgins. Yo... eh, no lo había visto.

Me soltó con brusquedad, se puso derecho, se quitó el sombrero y se lo golpeó contra el muslo en una exagerada pantomima de serenidad.

—No, señor —dijo Bobby con lentitud—. El señor Ian ha regresado también, ¿verdad? —No sonaba como si aquello fuera una buena noticia para él; aunque la llegada de Ian hubiera distraído a Lizzie de Manfred, no había servido para que la atención de ella se volcara en Bobby.

Lizzie había delegado la tarea de hacer manteca en el pobre Manfred, mientras ella se alejaba riéndose con Ian en dirección al establo, probablemente para enseñarle el nuevo ternero que había nacido durante su ausencia.

—Indios —dijo, recordando las palabras de Jamie—. ¿Qué indios?

—Media docena de cherokees —respondió—. ¿Qué es esto? —Señaló con un gesto el reguero de paja que salía de mi consulta.

—Oh, eso. Eso es éter —dijo alegremente—. O lo será. Supongo que tendremos que dar de comer a los indios, ¿no?

—Sí. Se lo comentaré a la señora Bug. Pero hay una joven con ellos que han traído para que la atiendas.

—¿Oh? ¿Qué le ocurre?

—Dolor de muelas —dijo brevemente, y abrió la puerta de la cocina—. ¡Señora Bug! ¡Cá bhfuil tú? ¡Éter, Sassenach? No te referirás al flogista, ¿verdad?

—Creo que no —respondí, tratando de recordar qué demonios era el flogista—. Pero ya te he hablado de la anestesia, y eso es el éter, una clase de anestesia; hace que la gente se duerma para que puedas operarlos sin que les duela.

—Muy útil para el dolor de muelas —observó Jamie—. ¿Dónde ha ido esa mujer? ¡Señora Bug!

—Sin duda, pero hace falta tiempo para prepararlo —repuse—. Por el momento nos las arreglaremos con whisky. La señora Bug está en la cocina de verano, supongo; hoy es día de hacer pan. Y hablando de alcohol... —Él ya estaba saliendo por la puerta trasera, y tuve que correr para alcanzarlo—. Necesito un poco de alcohol de buena calidad para el éter. ¡Podrías traermelos un barril mañana?

—¿Un barril? Por Dios, Sassenach. ¿Qué pretendes hacer, bañarte en él?

—Bueno, en realidad, sí. Pero no, yo... El aceite de vitriolo. Lo viertes suavemente en un baño de alcohol caliente, y...

—¡Oh, señor Fraser! Me pareció oír que alguien me llamaba. —La señora Bug apareció de repente con una cesta de huevos—. ¡Me alegro mucho de verlo de regreso sano y salvo!

—Yo también, señora Bug —le aseguró—. ¿Podemos preparar comida para una media docena de invitados?

Sus ojos se estrecharon mientras hacia cálculos.

—Salchichas —declaró—. Y nabos. Ven aquí, pequeño Bobby, me echarás una mano. —Después de pasarme los huevos, cogió de la manga a Bobby, que

había salido de la casa detrás de nosotros, y lo arrastró hacia la parcela de las hortalizas.

Tuve la sensación de estar atrapada en una especie de dispositivo que giraba rápido, como un tiovivo, y me agarré del brazo de Jamie para recuperar el equilibrio.

—¿Sabías que Bobby Higgins está enamorado de Lizzie? —pregunté.

—No, pero si eso es cierto, no le servirá de nada —respondió Jamie insensiblemente. Tomando mi mano sobre su brazo como una invitación, me quitó los huevos, los dejó en el suelo, luego me apretó la mano y volvió a besarme, con más lentitud pero tan a fondo como antes.

Me soltó con un profundo suspiro de satisfacción y contempló la nueva cocina de verano que habíamos erigido en su ausencia, una pequeña estructura con un armazón de madera, paredes de lona toscamente entretejidas y un tejado de ramas de pino. Había sido construida en torno a un fogón y una chimenea de piedra; en su interior había una gran mesa, de donde venía un tentador olor a levadura, pan recién horneado, galletas de avena y bollos de canela.

—Ahora bien, respecto a ese cuarto de hora, Sassenach... Creo que podría arreglármelas con un poco menos, si es necesario...

—Bueno, pero yo no —respondí con firmeza, aunque dejé que mi mano lo acariciara durante un instante de reflexión—. Y cuando tengamos tiempo podrías contarme qué demonios has hecho para provocar todo esto.

—He soñado —respondió.

—¿Qué?

—Me he pasado las noches teniendo sueños lascivos sobre ti —me explicó—. Cada vez que me daba la vuelta, me agarraba el miembro y me despertaba. Ha sido espantoso.

Me eché a reír a carcajadas, y él puso cara de sentirse ofendido.

—Bueno, tú sí puedes reír, Sassenach —dijo—. Tú no tienes nada entre las piernas que te moleste.

—Sí, y es un gran alivio —le aseguré—. Eh... ¿Qué clase de sueños lascivos?

Percibí un oscuro resplandor azul en el fondo de sus ojos cuando me miró. Extendió un dedo y, con suma delicadeza, me lo pasó por un costado del cuello, luego lo bajó por la pendiente de mi pecho, justo donde desaparecía debajo del corpiño, y sobre la delgada tela que me cubría el pezón, que de inmediato se hinchó como un bejín en respuesta a su atención.

—La clase de sueños que me hacen desearte llevarte directamente al bosque, lo bastante lejos como para que nadie nos oiga cuando te ponga sobre el suelo, te levante la falda y te abra como un melocotón maduro —dijo en voz baja.

Tragué saliva, de forma audible.

En ese delicado momento, se oyeron unos chillidos en el sendero que estaba al otro lado de la casa.

—El deber me llama —dijo, un poco agitada.

Jamie suspiró hondo, echó los hombros hacia atrás y asintió.

—Bueno, aún no he muerto de lujuria no correspondida; supongo que no me ocurrirá ahora.

—Claro que no. Además, ¿no me dijiste una vez que la abstinencia hace que... eh... las cosas... se pongan más firmes?

—Si se pone más firme, me desmayaré por falta de riego sanguíneo en el cerebro. No olvides los huevos, Sassenach.

La tarde estaba bastante avanzada pero, gracias a Dios, aún había suficiente luz para la tarea que debía hacer. No obstante, mi consulta estaba ubicada para aprovechar al máximo la luz de la mañana, y era bastante oscura por las tardes, de modo que instalé un puesto de operaciones improvisado en el patio.

Había algo de ventajoso en ello, en la medida en que todos deseaban presenciar la operación; los indios siempre consideraban los tratamientos médicos —y casi todo lo demás— como un asunto comunitario. Se entusiasmaban en particular con las operaciones, porque les ofrecían un buen entretenimiento. Todos se reunieron alegremente a mí alrededor, discutiendo entre sí y hablando con la paciente.

Se llamaba Ratona, mote que no tenía nada que ver ni con su apariencia ni con su personalidad. Tenía una cara redonda y una nariz particularmente chata para una cherokee, y una fuerza de carácter que suele ser más atractiva que la simple belleza.

Estaba claro que esa fuerza daba resultado con los varones presentes; ella era la única mujer del grupo de indios; los otros eran su hermano, Barro Rojo Wilson, y cuatro amigos que se habían sumado al viaje, ya fuera para hacer compañía a los Wilson, para ofrecer protección durante el trayecto, o para competir por la atención de la señorita Ratona.

A pesar del apellido escocés de los Wilson, ninguno de los cherokees hablaba inglés salvo algunas palabras básicas, entre las que se incluían «no», «sí», «bueno», «malo» y «¡whisky!». Puesto que mi vocabulario cherokee sólo consistía en la traducción a su idioma de esas mismas palabras, yo no participaba mucho de la conversación.

En ese momento estábamos, justamente, esperando que llegara un poco de whisky, además de un traductor. Una semana antes, un colono llamado Wolverhampton se había amputado un dedo y la mitad del otro del pie mientras cortaba leña. Como esta situación le parecía inconveniente, había procedido a tratar de quitarse la mitad del dedo que le quedaba con una cuña.

El señor Wolverhampton, un tipo fornido de temperamento irascible, vivía solo, a unos trece kilómetros de su vecino más próximo. Para cuando llegó a la casa de ese vecino —a pie, o lo que quedaba de él— y éste consiguió subirlo a

una mula para su traslado hasta el cerro de Fraser, ya habían pasado casi veinticuatro horas, y el pie mutilado había adoptado las dimensiones y la apariencia de un coyote destrozado.

Los requisitos de la limpieza para la cirugía, los múltiples y subsiguientes desbridamientos para controlar la infección, y el hecho de que el señor Wolverhampton se negara a entregar la botella, habían agotado por completo mis suministros habituales. Y puesto que, en cualquier caso, necesitaba un barril de alcohol puro para preparar el éter, Jamie e Ian habían ido a buscar más al depósito de whisky. Yo esperaba que regresaran cuando todavía hubiera suficiente luz para ver lo que estaba haciendo.

Interrumpí las fuertes reconvenciones de la señorita Ratona hacia uno de los caballeros y le indiqué por señas que abriera la boca. Ella lo hizo, pero siguió regañando al hombre con gestos bastante explícitos, que daban a entender distintos actos que ella esperaba que el hombre practicara sobre sí mismo, a juzgar por el rubor en la cara de él, y por la forma en que sus compañeros se revolvían en el suelo entre carcajadas.

Ella tenía un lado de la cara hinchado y obviamente sensible, pero no se sobresaltó ni trató de apartarse, incluso cuando le giré la cara hacia la luz para ver mejor.

—¡Dolor de dientes, en verdad! —dije, involuntariamente.

—¿Aaad? —dijo la señorita Ratona, enarcando una ceja.

—Malo —expliqué, señalándole la mejilla—. *Uyo!*

—Malo —aceptó ella. Siguió una expresión locuaz, interrumpida sólo por las periódicas inserciones de mis dedos en su boca, que supuse sería una explicación de lo que le había sucedido.

Parecía un traumatismo fuerte. Un diente, un canino inferior, había sido extirpado completamente, y el premolar contiguo estaba tan mal que tendría que extraérselo. Pero me dio la impresión de que tal vez podría salvar el diente de al lado. Los bordes agudos le habían lacerado el interior de la boca, pero las encías no estaban infectadas, lo que era alentador.

Bobby Higgins vino desde el estable, atraído por la charla, y de inmediato lo mandé a que me trajera una lima. La señorita Ratona le sonrió torcidamente al verlo, y él le hizo una reverencia extravagante, lo que causó la hilaridad de todos los presentes.

—Esos tipos son todos cherokees, ¿verdad, señora? —Sonrió a Barro Rojo y le hizo un gesto con la mano que pareció divertir a los indios, aunque le devolvieron el saludo—. No había conocido a ningún cherokee hasta ahora. La mayoría de los indios que conozco son de las tribus que están cerca de la casa de mi señor, en Virginia.

Me gustó saber que estaba familiarizado con los indios y que los trataba con cordialidad. Al contrario que Hiram Crombie, que apareció en ese preciso

momento. Se detuvo sobre sus pasos al borde del claro al ver a toda aquella gente. Lo saludé y él se acercó, con un obvio resquemor.

Roger me había dicho que la descripción que había hecho Duncan sobre Hiram, «un tipo pequeño y avinagrado», era adecuada. Era bajo y fibroso, con un pelo fino y gris que llevaba recogido en una coleta tan tirante que debía de costarle parpadear. Su cara, llena de arrugas por los rigores de la vida de pescador, lo hacía aparecer sesenta años, pero probablemente era mucho más joven; casi siempre tenía las comisuras de la boca curvadas hacia abajo, con la expresión de alguien que está chupando no ya un limón, sino un limón podrido.

—Estaba buscando al señor Fraser —dijo mirando con recelo a los indios—. Me informaron de que había regresado.

—Ya vendrá. Conoce al señor Higgins, ¿verdad? —Era evidente que sí, y que la experiencia no le había dejado una impresión favorable. Sin dejarme intimidar, señalé a los indios, que estaban examinando a Hiram con mucho más interés del que él mostraba por ellos—. ¿Me permite que le presente a la señorita Wilson, a su hermano, el señor Wilson, y... eh... a sus amigos?

Hiram se puso todavía más tenso, si es que eso era posible.

—¿Wilson? —dijo, con voz poco amistosa.

—Wilson —asintió la señorita Ratona con alegría.

—Ése es el apellido de soltera de mi esposa —repuso Hiram, en un tono que dejaba muy claro que consideraba su utilización por parte de los indios como algo terriblemente escandaloso.

—Oh. Qué bien. ¿Cree que tal vez podrían ser parientes de su esposa?

Me miró con unos ojos que casi se le salían de las órbitas.

—Bueno, está claro que alguno de sus antepasados era escocés —señalé—. Quizá...

La cara de Hiram pasó de la furia a la desesperación. Su mano derecha se apretó hacia arriba, con los dedos índice y meñique formando unos cuernos, la señal contra el mal.

—Tío abuelo Ephraim —susurró—. Dios nos salve. —Y sin decir una palabra más, giró sobre sus talones y se alejó.

—¡Adiós! —gritó en inglés la señorita Ratona, saludándolo con la mano. Él miró una sola vez por encima del hombro con expresión angustiada, y luego huyó como si lo persiguieran demonios.

El whisky llegó finalmente, y una vez que se hubo repartido una buena cantidad entre la paciente y los espectadores, la operación comenzó.

Aquella lima se utilizaba para dientes de caballos, y era un poco más grande de lo que me habría gustado, pero funcionaba bastante bien. La señorita Ratona expresaba casi a gritos las incomodidades que estaba sufriendo, pero sus quejas disminuyeron a medida que aumentó su ingestión de whisky.

Mientras tanto, Bobby estaba entreteniendo a Ian y a Jamie con una imitación de la reacción de Hiram Crombie al descubrir que tal vez tuviera algún parentesco con los Wilson. Ian, entre carcajadas, tradujo la situación a los indios, que se revolcaron sobre la hierba en paroxismos de alegría.

—¿Ellos tienen a algún Ephraim Wilson en su árbol genealógico? —pregunté, al tiempo que sujetaba con fuerza la barbilla de la señorita Ratona.

—Bueno, no están seguros de que se llamara «Ephraim», pero sí. —Jamie sonrió ampliamente—. Su abuelo era un vagabundo escocés. Se quedó con ellos lo bastante como para dejar embarazada a su abuela, luego cayó por un acantilado, hubo una avalancha de piedras y él quedó sepultado. Ella, desde luego, volvió a casarse, pero mantuvo el apellido porque le gustaba.

—Me pregunto qué fue lo que hizo que el tío abuelo Ephraim se marchara de Escocia. —Ian se sentó en el suelo, secándose las lágrimas originadas por la risa.

—La proximidad de personas como Hiram, supongo —dije, entrecerrando los ojos para ver mejor lo que estaba haciendo—. ¿Crees tú que...? —De pronto me di cuenta de que todos habían dejado de hablar y de reír, y que tenían la atención fija en algo que estaba atravesando el claro.

Era otro indio, que acababa de llegar y que traía algo en un fardo sobre el hombro.

El indio se llamaba Sequoyah, y era un poco mayor que los jóvenes Wilson y sus amigos. Le dirigió un sobrio saludo a Jamie y, quitándose el fardo del hombro, lo depositó en el suelo a sus pies, diciendo algo en cherokee.

La expresión de Jamie cambió. Se arrodilló, abrió con cuidado la lona andrajosa y dejó al descubierto un montón de huesos erosionados, entre los que se destacaba una calavera de ojos huecos.

—¿Quién demonios es ése? —Yo había dejado de trabajar y, como todos los demás, estaba contemplando al recién llegado.

—Dice que es el viejo que era el dueño del asentamiento del que nos habló MacDonald... El que se quemó dentro de la Línea del Tratado.

Jamie se inclinó, cogió la calavera y la hizo girar suavemente entre las manos. Me miró y luego le dio la vuelta, sosteniéndola para que yo la viera. Le faltaban la mayoría de los dientes desde hacía tanto tiempo que la mandíbula se había cerrado sobre las cavidades vacías. Pero en los dos molares que quedaban no se veía nada, salvo grietas y manchas; ningún brillo de empastes de plata, ningún espacio vacío donde podrían haber estado esos empastes.

—¿Qué le ocurrió? ¿Y por qué está aquí?

Jamie se arrodilló y depositó la calavera sobre la lona, luego examinó los otros huesos, que no presentaban señales de haber sido quemados, pero varios tenían marcas de mordeduras de animales. Uno o dos de los huesos largos estaban agrietados y partidos, sin duda para llegar hasta la médula, y

faltaban muchos de los más pequeños de las manos y los pies. Todos tenían el aspecto gris y frágil de los huesos que han estado largo tiempo a la intemperie.

Ian le había transmitido mi pregunta a Sequoyah, quien estaba en cuclillas al lado de Jamie, dándole explicaciones.

—Dice que él conocía al hombre desde hacía mucho —tradujo Ian—. No eran amigos exactamente, pero cada tanto, cuando estaba cerca de la cabaña de este hombre, paraba a visitarlo y el hombre compartía con él su comida. A cambio le llevaba algunas cosas, una liebre para cocinar, un poco de sal...

Un día, pocos meses atrás, encontró el cuerpo del viejo en el bosque, bajo un árbol, a cierta distancia de la casa.

—Dice que nadie lo mató —continuó traduciendo Ian, tratando de seguir al indio, que hablaba muy de prisa—. El viejo, sencillamente... se murió. Cree que estaba cazando, puesto que tenía un cuchillo encima y el revólver a su lado, cuando el espíritu lo abandonó, y él simplemente quedó allí.

El indio se llevó el revólver, que era demasiado bueno como para dejarlo y, antes de marcharse, paró en la cabaña. Lo poco que allí había no valía nada. Sequoyah cogió una olla de hierro, un calentador de agua, y un tarro de harina de maíz que llevó a su aldea.

—No es de Anidonau Nuya, ¿verdad? —preguntó Jamie en cherokee. Sequoyah negó con la cabeza. Era de una aldea que quedaba a unos pocos kilómetros al oeste de Anidonau Nuya: Piedra Parada. Después de la visita de Jamie, Pájaro-que-canta había mandado preguntar en las aldeas cercanas si había alguien que supiera qué había ocurrido con aquel viejo. Al oír el relato de Sequoyah, Pájaro lo había enviado a recoger lo que quedara de sus pertenencias y a traerle los restos a Jamie, como prueba de que nadie lo había matado.

Ian hizo una pregunta, en la que capté la palabra *cherokee*, que significa «fuego». Sequoyah volvió a negar con la cabeza y respondió con un torrente de palabras. Él no había quemado la cabaña; ¿por qué iba a hacer algo así? Creía que nadie lo había hecho. Después de recoger los huesos del anciano, volvió a la cabaña para echar un último vistazo. Era cierto, se había incendiado, pero para él estaba claro que un relámpago había caído en un árbol cercano y éste había prendido fuego a buena parte del bosque. La cabaña sólo se había quemado a medias.

Se puso de pie con una expresión concluyente.

—¿Se quedará a cenar? —pregunté, al ver que parecía que iba a marcharse.

Jamie tradujo la invitación, pero Sequoyah negó con la cabeza. Saludó con un gesto a los otros indios y luego se dispuso a partir.

Pero algo lo hizo detenerse. Se volvió.

—Tisqua dice —recordó, con el cuidado de alguien que ha memorizado un discurso en una lengua desconocida— que no-se-olvide-de-las-armas. —Luego hizo un gesto de determinación y se marchó.

La tumba estaba marcada con un pequeño montículo de piedras y una cruz de madera hecha con ramas de pino. Sequoyah no sabía cuál era el nombre de su conocido y nosotros no teníamos idea de su edad, ni de las fechas de su nacimiento y su muerte. Ni siquiera sabíamos si era cristiano, pero la cruz parecía una buena idea.

Fue un servicio fúnebre breve, del que participamos yo misma, Jamie, Ian, Bree, Roger, Lizzie y su padre, los Bug y Bobby Higgins, de quien yo estaba bastante segura que había asistido sólo porque Lizzie estaría presente. El padre de ella también parecía pensar lo mismo, a juzgar por las ocasionales miradas de sospecha que le dirigía.

Roger recitó un breve salmo frente a la tumba, luego hizo una pausa, se aclaró la garganta y dijo tan sólo:

—Señor, te encomendamos el alma de nuestro hermano...

—Ephraim —murmuró Brianna, mirando hacia abajo en señal de modestia.

Una sensación subterránea de risa atravesó la multitud, aunque en realidad nadie se echó a reír.

—... De nuestro hermano, cuyo nombre Tú conoces —concluyó Roger con dignidad, y cerró el libro de salmos que había pedido prestado a Hiram Crombie, quien había rechazado la invitación de asistir al funeral.

La noche antes ya no quedaba luz cuando Sequoyah terminó su relato, y yo me vi obligada a posponer el trabajo dental de la señorita Ratona para la mañana siguiente. Ella, que estaba blanca como el papel, no puso objeciones, y el que la acompañó a una cama que se le había preparado en el suelo de la cocina fue Bobby Higgins, que podía o no estar enamorado de Lizzie, pero que de todas formas parecía apreciar profundamente los encantos de la señorita Ratona.

Una vez terminada la extracción de dientes, les sugerí a ella y a sus amigos que se quedaran un poco más, pero ellos, al igual que Sequoyah, tenían asuntos que atender en otra parte, y con muchos agradecimientos y pequeños regalos, partieron a media tarde, con un fuerte olor a whisky y dejándonos a cargo de disponer de los restos mortales del difunto Ephraim.

Todos bajaron por la colina después del servicio, pero Jamie y yo nos quedamos atrás, agradeciendo la oportunidad de estar unos minutos a solas. La casa había estado llena de indios la noche anterior; había habido muchas conversaciones alrededor del fuego, y cuando finalmente nos metimos en la cama, nos limitamos a acurrucarnos abrazados y nos quedamos dormidos, apenas intercambiando la cortesía de un «buenas noches».

El cementerio estaba situado en un montículo, a cierta distancia de la casa; era un sitio bonito y tranquilo.

—Pobrecillo —dije, poniendo un último guijarro en la tumba de Ephraim—. ¿Cómo crees que terminó así?

—Dios sabrá. —Jamie sacudió la cabeza—. Siempre habrá hombres que detestan la compañía de sus congéneres. Tal vez él era uno de ellos. O quizás alguna adversidad lo hizo hundirse en la espesura, y luego él... se quedó allí —se encogió levemente de hombros—. A veces me pregunto cómo cualquiera de nosotros llegamos a estar donde estamos, Sassenach. ¿Tú no?

—Antes, sí. Pero después de un tiempo, descubrí que no había ninguna posibilidad de encontrar una respuesta, de modo que dejé de hacerlo. Él me miró, distraído.

—Pero lo has hecho. Entonces tal vez no debería preguntártelo, pero lo haré de todas formas. ¿Te molesta, Sassenach? Me refiero a que estemos aquí. ¿Alguna vez deseabas estar... de regreso?

—No. Jamás.

Y era cierto. Pero en ocasiones me despertaba en medio de la noche, pensando: «¿El sueño es éste?». ¿Me gustaría volver a despertarme para encontrarme con el olor fuerte y cálido de la calefacción central y el Old Spice de Frank? Y de ser así, cuando volviera a dormirme para encontrarme con el aroma del humo de leña y el almizcle de la piel de Jamie, sentiría un ligero, sorprendente arrepentimiento.

Si Jamie detectó esa idea en mi cabeza, no lo expresó; en cambio, se inclinó y me dio un suave beso en la frente. Me cogió del brazo y caminamos juntos hacia el bosque, alejándonos de la casa y el claro que estaban más abajo.

—A veces siento el olor de los pinos —dijo— y por un instante pienso que estoy en Escocia. Pero entonces vuelvo en mí y me doy cuenta de que por aquí no hay helechos, ni grandes montañas yermas, ni tampoco los páramos que conocía, sino una espesura que me es extraña.

Me pareció percibir un deje de nostalgia en su voz, pero no pena.

—¿Y tú deseas alguna vez estar... de regreso?

—Oh, sí. Pero no tanto como para no deseiar estar más aquí, Sassenach.

Contempló por encima del hombro el minúsculo cementerio, con su pequeña colección de tumbas de piedra.

—Sassenach, ¿sabías que algunos creen que la última persona que yace en un cementerio se convierte en su guardián? Debe montar guardia hasta que muere otra persona y ocupa su lugar... Sólo entonces puede descansar.

—Supongo que nuestro misterioso Ephraim estaría bastante sorprendido al encontrarse en semejante posición, después de haber yacido bajo un árbol totalmente solo —sonréi—. Pero yo me pregunto: ¿qué es lo que protege el guardián de un cementerio? ¿Y de quién lo protege?

Jamie se echó a reír.

—Oh... de los vándalos, tal vez. De profanadores. O de hechiceros.

—¿Hechiceros? —dije, sorprendida.

—Para determinados hechizos se requieren huesos, Sassenach. O las cenizas

de un cuerpo quemado. O tierra de una tumba. —Hablabía en tono ligero, pero no bromеando—. Sí, hasta los muertos necesitan quien los defienda.

Ascendimos por una alameda de temblorosos árboles, cuya luz nos bañaba en colores verdes y plateados, y yo me detuve para raspar una gota de savia carmesí que estaba pegada a un tronco blanco como el papel. Qué extraño, pensé, preguntándome por qué la visión me había hecho detenerme. Y entonces lo recordé, y me volví para mirar de nuevo el cementerio.

No era un recuerdo, sino un sueño... o una visión. Un hombre, golpeado y destrozado, poniéndose de pie en medio de una alameda como aquélla, incorporándose por lo que sabía que sería la última vez, su último combate, dejando al descubierto unos dientes rotos y manchados de sangre, del mismo color rojo que la savia de los álamos. Tenía la cara negra, con el color de la muerte, y yo supe que había empastes de plata en sus dientes.

Pero la roca de granito se mantuvo callada y serena, rodeada de agujas doradas de los pinos, señalando el descanso de un hombre que alguna vez se había llamado a sí mismo Dientes de Nutria.

El momento pasó y desapareció. Salimos de la alameda para entrar en otro claro, a una altura superior a la del cementerio.

Me sorprendió ver que alguien había estado talando árboles allí, limpiando el terreno. Había una buena pila de leños cortados a un lado, y más cerca se veía un montón de raíces arrancadas, aunque había muchas más, con las raíces todavía hundidas en la tierra, que asomaban entre los tupidos brotes de acedera y centaura.

—Mira, Sassenach. —Jamie se volvió hacia mí cogiéndome del codo.

—Oh, Dios mío.

El terreno era tan elevado que ante nosotros se desplegaba un panorama asombroso. Los árboles caían más abajo, y podíamos ver más allá de nuestra montaña, y de la siguiente, hacia un horizonte azul matizado por el aire de las montañas y las nubes que se elevaban desde los valles.

—¿Te gusta? —El tono de orgullo de su voz era palpable.

—Por supuesto que me gusta. ¿Qué...?

—La nueva casa estará aquí, Sassenach —dijo sencillamente.

—¿La nueva casa? ¿Es que vamos a construir otra?

—Bueno, no sé si lo haremos nosotros, o tal vez nuestros hijos... o nuestros nietos. Pero se me ocurrió que si pasara algo, y te advierto que no creo que eso ocurra, pero por si acaso... Bueno, estaría más tranquilo si supiera que he dado comienzo a algo. Sólo por si acaso.

Lo contemplé durante un momento, tratando de entender.

—Si pasara algo —dije lentamente, y me volví para mirar hacia el este, donde la silueta de nuestra casa apenas se distinguía entre los árboles y el humo de la chimenea se elevaba entre el suave verdor de los castaños y los abetos—.

Te refieres a que si... se prendiera fuego. —Esa idea con palabras hizo que se me formara un nudo en el estómago.

Entonces me di cuenta de que la idea también lo asustaba a él. Pero, como era propio de Jamie, él se había limitado a emprender cualquier acción que estuviera en sus manos para cuando llegara el día del desastre.

—¿Te gusta? —repitió—. Me refiero al lugar. Si no, puedo elegir otro.

—Es hermoso —dijo, sintiendo que las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos—. Simplemente hermoso, Jamie.

Acalorados después de la subida, nos sentamos a admirar nuestra futura vista. Y, una vez roto el silencio sobre las funestas posibilidades del futuro, descubrimos que podíamos hablar de ello.

—No es tanto la idea de que muramos —dijo—. O no del todo. Es el hecho de que ningún hijo nos sobreviva lo que me provoca escalofríos.

—Bueno, entiendo lo que quieras decir, Sassenach. Aunque tampoco estoy a favor de que muramos, y tengo la intención de impedirlo —me aseguró—. De todas formas, piénsalo. No significa que ellos mueran. Tal vez simplemente podrían... irse.

—Irse. Volver, quieres decir. Roger y Bree... Y Jemmy, supongo. Suponiendo que él pueda... viajar a través de las piedras.

—¿Después de lo que hizo con el ópalo? Sí, creo que debemos suponer que sí puede. —Asentí, recordando lo que había hecho con el ópalo; lo había cogido, quejándose de que estaba cada vez más caliente en su mano, hasta que explotó, dispersándose en cientos de fragmentos afilados como agujas. Sí, era cierto, debíamos suponer que él también podía viajar en el tiempo. ¿Pero y si Brianna tenía otro hijo? Para mí estaba claro que ella y Roger lo deseaban; o, como mínimo, que él lo deseaba y ella estaba dispuesta a tenerlo.

La idea de perderlos era terriblemente dolorosa, pero al parecer debía enfrentarme a esa posibilidad.

—Lo que nos deja una alternativa, supongo. Si estuviéramos muertos, ellos se marcharían, puesto que, sin nosotros, no tendrían una verdadera razón para quedarse aquí. Pero si nosotros no estamos muertos... ¿Se marcharán de todas formas? Quiero decir, ¿nosotros los mandaremos? Por la guerra... No estarán a salvo aquí.

—No —respondió él. Tenía la cabeza inclinada y unos pelos sueltos se habían apartado de su coronilla, uno de esos mechones que tanto Bree como Jemmy habían heredado—. No lo sé —dijo por fin, y levantó la cabeza—. Nadie lo sabe, Sassenach. Debemos enfrentarnos a lo que ocurra lo mejor que podamos.

Se volvió y puso su mano sobre la mía.

—Ya hay suficientes fantasmas entre nosotros, Sassenach. Si los males del pasado no pueden afectarnos, tampoco lo harán los temores del futuro.

Simplemente debemos dejarlo todo atrás y seguir adelante.

Posé una mano sobre su pecho con mucha suavidad. Tenía la piel fría por el sudor, pero él había ayudado a cavar la tumba; el calor de sus esfuerzos resplandecía en los músculos que estaban más abajo.

—Tú fuiste uno de mis fantasmas —dije—. Durante mucho tiempo. Y durante mucho tiempo, traté de dejarte atrás.

—¿Ah, sí? —Su mano descansó un momento sobre mi espalda, moviéndose inconscientemente.

—Pensé que no podría vivir, siempre recordando... No podía soportarlo. —Sentí un nudo en la garganta al pensar en ello.

—Lo sé —dijo en voz baja—. Pero tenías hijos... Tenías un marido. No habría sido justo que les dieras la espalda.

—No era justo darte la espalda a ti. —Parpadeé, y las lágrimas cayeron desde las comisuras de mis ojos.

Él acercó mi cabeza a la suya, sacó la lengua y, con delicadeza, me lamió las mejillas. Ese gesto me sorprendió tanto que me eché a reír en mitad de un sollozo y estuve a punto de atragantarme.

—Te amo, como la carne ama la sal —citó, y también rió, en voz muy baja—. No llores, Sassenach. Estás aquí; yo también. Nada importa excepto eso.

Recliné la frente contra su mejilla y lo rodeé con los brazos. Mis manos se apoyaron en su espalda y lo acaricié desde los omóplatos hasta el afilado segmento dorsal, con delicadeza, trazando la totalidad de su cuerpo, su silueta, en lugar de las cicatrices que moteaban su piel.

Él me abrazó con fuerza y dejó escapar un profundo suspiro.

—¿Sabías que esta vez llevamos casados casi el doble de tiempo que la anterior?

Me eché hacia atrás y fruncié el ceño.

—¿No estábamos casados en el medio?

—Bueno, sin duda ésa es una buena pregunta para un sacerdote —dijo—. Diría que sí... Pero, en ese caso, ¿no somos los dos bigamos?

—Lo fuimos, pero ahora no lo somos —lo corregí con una ligera inquietud—. Aunque en realidad tampoco lo fuimos. El padre Anselme me lo dijo.

—¿Anselme?

—El padre Anselme... Un sacerdote franciscano de la abadía de St. Anne. Pero es probable que no lo recuerdes; estabas muy enfermo en aquella época.

—Oh, sí lo recuerdo —asintió—. Él venía por las noches y se quedaba conmigo cuando no podía dormir. —Sonrió, un poco torcidamente; no quería recordar mucho aquellos tiempos—. Tú le gustabas mucho, Sassenach.

—¿Oh? ¿Y a ti? ¿A ti no te gustaba?

—Oh, me gustabas bastante en esa época —me aseguró—. Aunque es probable que me gustes más ahora.

—¿En serio? —Me erguí, arreglándome la ropa—. ¿Y cuál es la diferencia?

Él ladeó la cabeza, entrecerrando los ojos para evaluarme mejor.

—Bueno, te tiras menos pedos cuando duermes.

Agarré un pedazo de madera, pero antes de que pudiera lanzárselo a la cabeza, él se abalanzó hacia adelante y me cogió los brazos. Me empujó sobre la hierba y se desplomó encima de mí, sujetándome sin esfuerzo alguno.

—¡Quita, bruto! ¡Yo no me tiro pedos mientras duermo!

—¿Y cómo puedes saberlo, Sassenach? Duermes tan profundamente que no te despiertas ni siquiera con el ruido de tus propios ronquidos.

—Oh, ¿quieres hablar de ronquidos? Tú...

—Eres orgullosa como Lucifer. Y eres valiente. Siempre has sido más audaz de lo que era conveniente; ahora eres feroz como un pequeño tejón.

—De modo que soy arrogante y feroz. Eso no se parece mucho a un catálogo de virtudes femeninas —dijo, resoplando.

—Bueno, también eres amable —dijo él, reflexionando—. Muy amable. Aunque inclinada a hacerlo en tus propios términos. Pero eso no está nada mal —añadió, recapturando hábilmente el brazo que yo había conseguido liberar—. Femeninas —murmuró—. Virtudes femeninas... —Su mano libre se deslizó entre los dos cuerpos y me apretó un pecho.

—¿Y aparte de eso?

—Eres muy limpia —dijo con gesto de aprobación. Me soltó la muñeca y me pasó una mano por el pelo que, por cierto, estaba limpio y olía a girasol y a caléndula—. Jamás he visto a una mujer que se lavara tanto como tú... Excepto Brianna, tal vez.

» No eres una gran cocinera —prosiguió—. Aunque nunca has envenenado a nadie, excepto cuando tenías intención de hacerlo. Y diría que coses bastante bien, aunque te gusta mucho más si se trata de la piel de alguien.

—¡Muchas gracias!

—Dime más virtudes —sugirió—. Tal vez se me haya escapado alguna.

—¡Ejem! Dulce, paciente... —No sabía qué más decir.

—¡Dulce? Por Dios. —Sacudió la cabeza—. Eres la persona más despiadada y sanguinaria...

Levanté la cabeza y casi logré morderle la garganta. Él se echó hacia atrás, riendo.

—No, tampoco eres muy paciente.

Dejé de luchar por el momento y me dejé caer de espaldas, con el pelo despeinado y extendido sobre la hierba.

—¿Entonces cuál es mi rasgo más atractivo? —pregunté.

—Crees que soy gracioso —sonrió él.

—Yo... no... —gruñí, debatiéndome como una loca. Él se limitó a echarse encima de mí, sin prestar atención a mis golpes y mis movimientos.

—Y —reflexionó—, te gusta mucho hacer el amor conmigo, ¿no?

—Eh... —Quise contradecirlo, pero la honestidad prevaleció—. Me estás aplastando —dije en tono de indignación—. Haz el favor de levantarte.

—¿No? —repitió él, sin moverse.

—¡Sí! ¡De acuerdo! ¡Sí! ¡Sal de una vez, maldita sea!

Él no se levantó, sino que inclinó la cabeza y me besó. Yo tenía los labios apretados, decidida a no rendirme, pero él también estaba decidido, y si las cosas se ponían serias... La piel de su cara estaba caliente, la felpa de su barba me raspaba ligeramente, y su boca ancha y dulce... Mis piernas se abrieron con abandono y él se acomodó sólidamente entre ellas, con el pecho desnudo oliendo a almizcle, sudor y aserrín atrapado en el pelo hirsuto y ceniciente... Yo seguía acalorada por la lucha, pero la hierba a nuestro alrededor estaba húmeda y fresca... Bueno, muy bien; otro minuto, y podría tomarme allí mismo, si lo deseaba.

Él sintió que yo cedía y suspiró, dejando que su propio cuerpo se relajara; ya no me tenía prisionera, sino que simplemente me abrazaba. Entonces levantó la cabeza y me rodeó el rostro con una mano.

—¿Quieres saber qué es, en verdad? —preguntó. Asentí en silencio—. Por encima de todas las criaturas de esta tierra —susurró—, tú eres fiel.

Pensé en comentar algo sobre los perros San Bernardo, pero había una ternura tan grande en su expresión que no dije nada; en cambio, me limité a mirarlo.

—Bueno —dije por fin—. Tú también. Eso está muy bien, ¿verdad?

¡Ignición!

La señora Bug había hecho pollo estofado para la cena, pero eso no bastaba para explicar el aire de contenida excitación que traían Bree y Roger cuando llegaron. Ambos sonreían, tenían rubor en las mejillas, y los ojos de él brillaban tanto como los de ella.

De modo que cuando Roger anunció que tenían grandes novedades, tal vez fuera razonable que la señora Bug se lanzara directamente a la conclusión obvia.

—¡Vais a tener otro hijo! —gritó, dejando caer una cuchara en su entusiasmo —. ¡Oh, qué alegría! Y ya era hora —añadió—. ¡Yo ya estaba pensando en añadir un poco de jengibre y azufre a tus gachas, jovencito, para ponerte otra vez en forma! Pero veo que sabes muy bien cómo hacer las cosas. Y a ti, *a bhailach*, ¿qué te parece? ¡Vas a tener un hermanito!

Jemmy la miró con la boca abierta.

—Eh... —dijo Roger, ruborizándose.

—Oh, desde luego, también podría ser una hermanita, supongo —admitió la señora Bug—. Pero son buenas noticias, buenas noticias, en cualquier caso. ¡Toma, *a luaidh*, toma una golosina para celebrarlo; y nosotros brindaremos!

Evidentemente desconcertado, Jem cogió el caramelito de melaza que le ofrecían y se lo metió en la boca de inmediato.

—Pero él no... —comenzó a decir Bree.

—*Gdacias, señoda* Bug —dijo Jem rápidamente, y se llevó una mano a la boca por temor de que su madre, alegando falta de cortesía, intentara requisar la golosina que estaba comiendo antes de cenar.

—Oh, un pequeño dulce no le hará daño —la tranquilizó la señora Bug—. Llama a Arch, *a muirninn*, y le contaremos la buena nueva. ¡Que la Virgen te proteja, muchacha, pensé que jamás te animarías! Todas las mujeres comentaban que no sabían si tú te habías enfriado con tu marido o si era él, tal vez, el que había perdido la chispa vital, pero, al parecer...

—Bueno, al parecer —dijo Roger, levantando la voz para que lo oyieran.

—¡No estoy embarazada! —gritó finalmente Bree.

El silencio consiguiente resonó como un trueno.

—Oh —dijo Jamie en voz baja—. Bueno, entonces, ¿vamos a comer? —Extendió una mano hacia Jem, quien saltó al banco a su lado, sin dejar de chupar con ferocidad su caramelito de melaza.

La señora Bug, momentáneamente convertida en piedra, revivió con un sonoro «¡Ejem!». Y con un gesto de profunda indignación, se volvió hacia el

aparador y sacó una pila de platos de peltre haciendo un gran estrépito.

Roger, que seguía ruborizado, parecía muy divertido por la situación. Brianna estaba roja hasta las orejas, y jadeaba como una orca.

—Siéntate, cariño —le pedí vacilante—. Habéis dicho que teníais buenas noticias, ¿verdad?

—¡Ya no importa! —Ella siguió de pie, con furia en la mirada—. Al parecer, a nadie le importa, puesto que no estoy embarazada. Después de todo, ¿qué otra cosa podría hacer que a alguien le pareciera interesante?

—Vamos, querida... —comenzó a decir Roger.

—¡No me vengas con éas! —replicó ella, volviéndose hacia él—. ¡Tú también crees lo mismo! ¡Piensas que todo lo que hago es una pérdida de tiempo, a no ser que sea lavar la ropa, preparar la cena o zurcir tus malditos calcetines! ¡Y tú también me culpas por no quedarme embarazada, crees que es culpa mía! ¡Bueno, pues no lo es, y tú lo sabes!

—¡No! Yo no creo eso, para nada. Brianna, por favor... —Él extendió una mano hacia ella, aunque lo pensó mejor y la apartó, creyendo, sin duda, que su esposa se la arrancaría del brazo.

—¡Vamos a comer, mamá! —intervino Jemmy, esperanzado. Un largo chorro de saliva teñida de melaza manaba de la comisura de su boca y caía sobre la pechera de la camisa.

Al ver esa escena, su madre atacó a la señora Bug como un tigre.

—¡Fíjese lo que ha hecho, vieja entrometida! ¡Ésa era la última camisa limpia que le quedaba! ¡Y cómo se atreve a hablar de nuestra vida privada con todo el mundo! ¡¿Por qué piensa que es asunto suyo, maldita chismosa...?!

Roger, percatándose de la inutilidad de sus protestas, la rodeó con los brazos desde atrás, la levantó del suelo y la llevó hasta la puerta trasera, una partida acentuada por las incoherentes quejas de Bree y los gruñidos de dolor de Roger, cuyas rodillas ella había comenzado a patear reiteradamente, con una considerable fuerza y precisión. Me acerqué a la puerta y la cerré con delicadeza.

—En eso ha salido a ti, ¿sabes? —dije con expresión de reproche, mientras me sentaba enfrente de Jamie—. Señora Bug, huele de maravilla. ¡Comamos de una vez!

La señora Bug sirvió el estofado en silencio, pero se negó a sentarse a la mesa con nosotros; en cambio, se puso un abrigo y salió corriendo por la puerta delantera. Una decisión muy conveniente, en mi opinión.

Comimos tranquilos, en silencio, apenas interrumpido por el tintineo de las cucharas y por las preguntas de Jemmy respecto de por qué la melaza era tan pegajosa, cómo entraba la leche en la vaca y cuándo llegaría su hermanito.

—¿Qué le voy a decir a la señora Bug? —pregunté—. ¿Por qué debes decirle algo, Sassenach? No has sido tú quien la ha insultado.

—Bueno, no. Pero apostaría a que Brianna no va a disculparse...

—¿Por qué debería hacerlo? —Se encogió de hombros—. Fue una provocación, después de todo. Además, no creo que sea la primera vez que alguien le dice a la señora Bug que es una chismosa y una entrometida. Se le pasará, se lo contaré todo a Arch, y mañana volverá a estar bien.

—Bueno —dijo sin estar muy segura—, es posible. Pero Bree y Roger... —No actúes como si fuera responsabilidad tuy a arreglar cada desastre, *mo chridhe*. Roger Mac y la muchacha deben resolverlo entre ellos; además, me ha parecido que él tiene la sartén por el mango.

—Bueno, será responsabilidad mía si Brianna le ha roto la pierna —comenté, al tiempo que me levantaba para buscar nata para el café—. Lo más probable es que vuelva arrastrándose para que yo se la cure.

En ese preciso momento, se oyó un golpe en la puerta trasera. Preguntándome por qué Roger llamaría a la puerta, fui a abrir y vi asombrada el pálido rostro de Thomas Christie.

No sólo estaba pálido, sino también sudoroso, y tenía una mano envuelta en un paño manchado de sangre.

—No quería molestarla, señora —dijo, muy rígido—. Quizá... debería volver en otro momento más oportuno.

—Tonterías. Pase a la consulta; todavía hay un poco de luz.

Evité mirar a Jamie directamente a los ojos, pero le dirigí una mirada de reojo cuando me agaché para correr el banco. Estaba inclinado hacia adelante, poniendo un platillo sobre mi café, con los ojos fijos en Tom Christie y un aire pensativo. No era una expresión de urgencia, pero, sin duda alguna, estaba tomando nota.

Christie, por su parte, no tomaba nota de nada excepto de su mano lastimada, lo que era razonable. Las ventanas de mi consulta estaban orientadas al este y al sur, para aprovechar al máximo la luz de la mañana, pero incluso cerca del crepúsculo había un suave resplandor en la habitación. Todo estaba bañado en una luz dorada, salvo la cara de Christie, de un intenso tono verdoso.

—Siéntese —dije, al tiempo que me apresuraba a alcanzarle una banqueta. Se le doblaron las rodillas cuando se agachó; cayó con más fuerza de la que quería, golpeándose la mano, y soltó una exclamación de dolor.

Presioné con mi pulgar las venas de la muñeca, para contener la hemorragia y quité el paño de la herida. Por su aspecto, esperaba uno o dos dedos cortados, y me sorprendió encontrar un simple tajo en la base del pulgar, en un ángulo descendente y que llegaba hasta la muñeca. Era lo bastante profundo como para haberle abierto la mano, y seguía sangrando de manera abundante, pero no se había cortado ninguna vena importante, y, por suerte, sólo se había hecho un rasguño en el tendón; podría arreglárselo con una o dos puntadas.

Levanté la mirada para decírselo, pero en ese momento vi que se le ponían los ojos en blanco.

—¡Socorro! —grité, soltando la mano y cogiéndole los hombros cuando se desplomaba hacia atrás.

Jamie entró en la habitación en un abrir y cerrar de ojos. Al verme doblegada por el peso de Christie, cogió al hombre por el pescuezo y lo empujó hacia adelante como un muñeco de trapo, metiéndole la cabeza entre las piernas.

—¿Se encuentra muy mal? —preguntó, mirando la mano lastimada de Christie, que manaba sangre. —Lo pongo sobre la mesa?

—No lo creo. —Yo había puesto la mano bajo la mandíbula de Christie y le estaba tomando el pulso—. No está malherido; sólo se ha desmayado. Sí, mira, ya vuelve en sí. Mantenga la cabeza baja un poco más —le dije a Christie, que jadeaba como un motor de vapor—; dentro de un momento se sentirá mejor.

Jamie apartó la mano del cuello del hombre y se la limpió en su *kilt* con una expresión de leve desagrado. Christie estaba empapado en un abundante sudor frío; mi propia mano estaba pringada con esa sustancia, pero cogí el paño caído y me la limpié con un poco más de tacto.

—¿Le gustaría tumbarse? —pregunté, inclinándome para mirar a Christie a la cara. Su color seguía siendo desagradable, pero negó con la cabeza.

—No, señora, me encuentro bien. Sólo me indispe un momento —dijo con bastante convicción, de modo que me contenté con apretar el paño con fuerza contra la herida para contener la sangre que goteaba.

—¿Le traigo una copita, Tom? —dijo Jamie, observando al paciente con recelo—. Sé que las bebidas fuertes no le sientan bien, pero hay un momento para todo, ¿verdad?

—Yo... no. Tal vez... un poco de vino.

—«Un poco de vino para mi estómago», ¿eh? Sí, de acuerdo. Anímese, amigo, ahora se lo traigo. —Jamie le palmeó el hombro, en un gesto de aliento y se marchó rápidamente, llevándose a Jemmy de la mano.

La boca de Christie se frunció en una mueca. Yo ya había notado antes que, al igual que algunos protestantes, Tom Christie consideraba que la Biblia era un documento dirigido específicamente a sí mismo y confiado a su cuidado personal para su prudente distribución a las masas. Por eso, le desagradaba profundamente oír a católicos, a Jamie, por ejemplo, citando frases de la Biblia en una actitud informal. También me había percatado de que Jamie era consciente de ello, y que aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para hacer una de esas citas.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunté, tanto para distraer a Christie como para averiguarlo.

Él apartó la mirada del umbral vacío y observó su mano izquierda; luego la apartó de nuevo y empalideció.

—Un accidente —rezongó—. Estaba cortando juncos; el cuchillo resbaló. —La mano derecha se flexionó ligeramente cuando lo dije, y yo la miré.

—¡Con razón! —exclamé—. Mantenga esta mano levantada. —Le puse la mano izquierda lastimada, firmemente vendada, por encima de la cabeza, la solté, y busqué la otra.

Christie llevaba un tiempo padeciendo de un problema en la mano derecha llamado contractura de Dupuytren; o al menos sería llamado así una vez que el barón de Dupuytren lo describiera sesenta o setenta años más tarde. Causada por un engrosamiento y acortamiento del tejido fibroso que mantiene en su lugar los tendones de la mano cuando los dedos se flexionan, el resultado era un arqueamiento del dedo anular hacia la palma de la mano. En casos avanzados, afectaba al meñique y a veces también al dedo corazón. El caso de Tom Christie había empeorado bastante.

—¿No se lo dije? —pregunté retóricamente, mientras tiraba con suavidad de los dedos arqueados. El dedo corazón todavía podía desplegarse a medias; el dedo anular y el meñique apenas podían separarse de la palma—. Le dije que empeoraría. Con razón se le resbaló el cuchillo; me sorprende que pudiera cogerlo.

Un ligero rubor apareció debajo de la cortada barba entrecana.

—Podría habérselo curado fácilmente hace unos meses —dije, mientras giraba la mano para evaluar el ángulo de la contractura—. Habría sido muy sencillo. Ahora tal vez sea más complicado, pero todavía se puede corregir, creo.

Si hubiera sido un hombre menos imperturbable, habría dicho que se retorcía de vergüenza. Pero en realidad apenas se movió un poco, mientras el rubor de su cara se hacía más pronunciado.

—Yo... no deseo...

—No me importa lo que usted desea. Si no me permite operarle la mano, estará prácticamente inutilizada en menos de seis meses. Apenas puede escribir con ella ahora, ¿tengo razón?

Sus ojos grises y alarmados se clavaron en los míos.

—Puedo escribir —respondió, pero me di cuenta de que la belicosidad de su voz ocultaba una profunda incomodidad.

Tom Christie era un hombre educado, un académico, era el maestro del cerro. Muchos de sus habitantes acudían a él para que los ayudara en la redacción de cartas o documentos legales. Él se sentía muy orgulloso de ello; yo sabía que amenazarlo con la pérdida de esa habilidad era el mejor argumento que yo tenía, y no era una amenaza vana.

—Por poco tiempo —dije. Tragó saliva, pero antes de que pudiera responder, Jamie volvió con una jarra de vino.

—Le conviene hacerle caso —le aconsejó a Christie—. Sé cómo se siente al tratar de escribir con un dedo rígido —levantó su propia mano y la flexionó, con

una expresión atribulada—. Si mi esposa pudiera arreglarme esto con su cuchillito, pondría mi mano sobre la mesa en este mismo instante.

El problema de Jamie era casi lo opuesto del de Christie, aunque el efecto era muy similar. El dedo anular había sufrido un golpe tan fuerte que las articulaciones se habían paralizado; no podía doblarlo. En consecuencia, los dedos de ambos lados tenían un movimiento limitado, aunque las articulaciones estaban intactas.

—La diferencia es que tu mano no empeorará —le dije a Jamie—. La suya, sí.

Christie se metió la mano derecha entre los muslos.

—Sí, bueno —dijo incómodo—. Seguramente eso puede esperar un poco.

—Al menos hasta que mi esposa le arregle la otra —observó Jamie, sirviendo una taza de vino—. Tome... ¿Puede sostenerla, Tom, o prefiere que yo...?—Hizo un gesto de interrogación, sosteniendo la taza como si fuera a darle de beber a Christie, que de inmediato sacó la mano de entre los pliegues de su ropa.

—Me las arreglaré —replicó, y cogió el vino, sosteniendo la taza entre el pulgar y el índice con una torpeza que lo hizo ruborizarse todavía más. Su mano izquierda seguía en el aire, sobre el hombro.

Jamie sirvió otra taza y me la tendió, sin prestar atención a Christie. Yo habría pensado que era un gesto natural por su parte, si no tuviera presente la complicada historia que había entre ambos. Siempre había una alambrada de espinos entre Jamie y Tom Christie, aunque ambos se las arreglaban para ocultarla bajo una apariencia de cordialidad.

Ante cualquier otro hombre, la exhibición que había hecho Jamie de su propia mano lastimada habría sido exactamente lo que parecía: un gesto tranquilizador y de camaradería en la adversidad. Con Tom Christie, había también una amenaza implícita, aunque tal vez Jamie no podía evitarlo.

La verdad era que la gente acudía a Jamie en busca de ayuda con más frecuencia que a Christie. Jamie concitaba un gran respeto y admiración, a pesar de su mano inmovilizada. Christie no gozaba de mucha popularidad; fácilmente podría perder su posición social si perdía la capacidad para escribir.

Los ojos de Christie se achinaron un poco sobre la taza. La amenaza no se le había escapado. Christie era suspicaz por naturaleza, y tenía a ver amenazas incluso cuando no eran intencionadas.

Le cogí la mano izquierda con suavidad y procedí a quitarle la venda. Ya no sangraba. Le metí la mano en un cuenco de agua hervida con ajo, añadí unas gotas de etanol puro para una desinfección adicional, y me dispuse a preparar mi instrumental.

Comenzaba a oscurecer, de modo que encendí la lámpara de alcohol que Brianna me había dejado. A la luz brillante y firme de su llama, vi que la cara de Christie había perdido su momentáneo enrojecimiento. No estaba tan pálido

como antes, pero parecía incómodo, y sus ojos siguieron el movimiento de mis manos mientras yo disponía mis suturas, las agujas y las tijeras, todo limpio y resplandeciente bajo la luz.

Jamie no se marchó, sino que se quedó apoyado en la encimera, presumiblemente por si Christie volvía a perder el conocimiento.

Un débil temblor recorrió la mano y el brazo de Christie. Comenzaba a sudar de nuevo; sentí el olor agrio y amargo de su transpiración. Fue ese aroma, semiolvidado, pero inmediatamente familiar, lo que me hizo percibir la dificultad: era miedo.

Mantuve los ojos fijos en mi tarea, inclinando un poco más la cabeza para impedirle que viera la expresión de mi rostro. Debería haberme dado cuenta antes; supuse que lo habría hecho de no tratarse de un hombre. Su palidez, el desvanecimiento... no se debían a la pérdida de sangre, sino a la impresión de ver esa pérdida.

Yo estaba acostumbrada a coser a hombres y muchachos; el trabajo en la montaña era duro, y eran pocas las semanas en las que no me encontraba con heridas de hacha, cortes de azadas, tajos de almocafres, mordeduras de cerdos, laceraciones en el cuero cabelludo provocadas al caer encima de algo, o alguna otra calamidad menor que requeriera sutura. En la gran mayoría de los casos mis pacientes se comportaban con total naturalidad, aceptando estoicamente mis cuidados, y luego regresaban al trabajo. Pero, como me di cuenta en ese momento, casi todos los hombres eran highlanders, y muchos de ellos, además, exsoldados.

Tom Christie era un hombre de ciudad, de Edimburgo; había estado prisionero en Ardsuir por simpatizar con los jacobitas, pero jamás había sido un combatiente. Había sido comisario. De hecho, lo más probable es que ni siquiera hubiera visto una verdadera batalla militar, y mucho menos se había implicado en los cotidianos conflictos físicos con la naturaleza que conllevaba la agricultura en las Highlands.

Sentí la presencia de Jamie, que seguía de pie en la sombra, observando con un desapasionamiento ligeramente irónico. Levanté la mirada; su expresión no se alteró, aunque él me miró a los ojos y asintió levemente.

Tom Christie se estaba mordiendo el labio; pude oír el débil susurro de su respiración. Él no alcanzaba a ver a Jamie, pero sabía que estaba allí; era obvio por la tensión de su espalda. Tal vez Christie tuviera miedo, aunque también había algo de valentía en él.

Le habría dolido menos si hubiera podido relajar los músculos tensos del brazo y de la mano. Pero en esas circunstancias yo no podía sugerírselo. Podría haberle insistido a Jamie para que se marchara, pero ya casi había terminado. Con un suspiro mezcla de exasperación y perplejidad, corté el último nudo y dejé las tijeras a un lado.

—Muy bien —dijo, pasando por última vez ungüento de equinácea en la herida y buscando una venda limpia—. Manténgalo limpio. Le prepararé un poco más de ungüento; mande a Malva a buscarlo. Luego vuelva dentro de una semana y le quitaré los puntos. —Vacilé, mirando a Jamie. No estaba del todo contenta con utilizar su presencia como chantaje, pero era por el bien de Christie—. Entonces me ocuparé de la mano derecha, ¿de acuerdo?

Él seguía sudando, aunque le había vuelto un poco de color a la cara. Me miró y luego, involuntariamente, miró a Jamie.

Éste sonrió un poco.

—Vamos, Tom —dijo—. No es para preocuparse. Apenas es un corte. Yo he pasado por cosas peores —dijo estas palabras en un tono informal, pero fue como si hubieran estado escritas en letras llameantes: « Yo he pasado por cosas peores» .

Tom Christie no se había relajado y seguía manteniendo una postura rígida. Me dirigió una mirada equivalente a la de Jamie y cerró su agarrotada mano derecha sobre la izquierda, que estaba vendada.

—Sí —dijo—. De acuerdo. Lo haré. —Se incorporó de repente, lo que volcó la banqueta a un costado, y avanzó hacia la puerta, un poco tambaleante, como un hombre que ha bebido un trago demasiado fuerte.

Se detuvo en la puerta, buscando el pomo. Cuando lo encontró, se dio la vuelta y miró a Jamie.

—Por lo menos... —dijo, respirando con tanta fuerza que tropezaba con las palabras—. Por lo menos será una cicatriz honorable. *¿Verdad, Mac Dubh?*

Jamie se irguió de repente, pero Christie ya había salido y caminaba por el pasillo con un paso lo bastante firme como para hacer vibrar los platos de peltre en el anaquel de la cocina.

—¡Maldito... mequetrefe! —dijo en un tono entre la furia y el asombro. Su mano izquierda se cerró involuntariamente en un puño, y pensé que era bueno que Christie se hubiese marchado tan rápido.

No estaba nada segura de qué era exactamente lo que había ocurrido, pero me alegré de que el hombre ya no estuviera allí. Me sentía como un puñado de grano, atrapado entre dos piedras de moler, ambos tratando de aplastarle la cara al otro, sin prestar atención al desventurado cereal que estaba en el medio.

—Jamás había oído a Tom Christie llamarte *Mac Dubh* —observé con cautela, al tiempo que me volvía para ordenar los utensilios quirúrgicos.

Christie, desde luego, no hablaba gaélico, pero yo nunca lo había oido ni siquiera usar el nombre gaélico que los demás hombres de Ardsmuir todavía usaban para dirigirse a Jamie.

Jamie hizo un ruido de desdén típicamente escocés.

—No, claro que no... Puñetero Sassenach. —Entonces echó un vistazo a mi cara y me dirigió una sonrisa torcida—. No me refería a ti, Sassenach.

Yo ya lo sabía; había pronunciado aquella palabra con una entonación completamente diferente, una amargura que me hizo recordar que «Sassenach», en el uso corriente del término no era una palabra amable.

—¿Por qué lo llamas así? —pregunté con curiosidad—. ¿Y qué quiso decir exactamente con eso de la «cicatriz honorable»?

Él bajó la mirada y durante un momento no contestó.

—Tom Christie es un buen hombre —dijo por fin—. ¡Pero, por Dios, también es un obstinado hijo de perra! —Luego me sonrió, un poco arrepentido—. Durante ocho años vivió en una celda con cuarenta hombres que hablaban en gaélico, y él no se rebajaba a dejar que una sola palabra de ese bárbaro lenguaje cruzara sus labios. Hablaba en inglés, no importaba con quién, y si su interlocutor no sabía inglés, entonces se quedaba allí, mudo como una piedra, hasta que venía alguien a traducirle.

—¿Alguien como tú?

—A veces. —Miró hacia la ventana, como si quisiera avistar a Christie.

—Roger dijo que Kenny Lindsay mencionó algo sobre las... pretensiones del señor Christie —comenté con delicadeza.

—Oh, ¿en serio? De modo que Roger Mac tenía dudas sobre coger a Christie como inquilino, supongo. Kenny no habría dicho nada, a menos que se le preguntara.

Yo estaba más o menos acostumbrada a la velocidad y a la precisión de sus deducciones, de modo que no lo contradije.

—Never me hablaste de ello —agregué, mientras me acercaba a él.

Él puso sus manos sobre las mías y suspiró tan profundamente que sentí el movimiento de su pecho. Luego me rodeó con los brazos y me atrajo hacia sí, de modo que mi rostro descansara sobre la cálida tela de su camisa.

—Sí, bueno. En realidad no era importante, ¿sabes?

—Y tú no querías pensar en Ardsmuir, quizás.

—No —dijo en voz baja—. Ya he tenido bastante del pasado.

Mis manos ya estaban sobre su espalda, y de pronto me di cuenta de qué era lo que Christie probablemente había querido decir. Sentí las marcas de las cicatrices a través del lino, nítidas contra las puntas de mis dedos como las líneas de una red de pesca, que le atravesaban la piel.

—Cicatrices honorables! —dije—. ¡Ese bastardo! ¿A eso se refería?

Jamie sonrió al ver mi indignación.

—Sí. Por eso me llamó *Mac Dubh*, para recordarme lo de Ardsmuir. Él vio cómo me azotaron allí.

—Ése... ése... —Estaba tan enfadada que apenas podía hablar—. ¡Ojalá le hubiera cosido su puñetera mano a las pelotas!

—¿Tú, una médica que ha jurado que jamás haría daño? Estoy asombrado, Sassenach.

—¡Maldito cobarde! Le da miedo la sangre, ¿lo sabías?

—Bueno, sí, lo sabía. Es imposible vivir pegado al sobaco de otro hombre durante tres años sin aprender muchísimas cosas de él que no querías saber, mucho menos algo así. Cuando me trajeron después de los azotes, él se puso blanco como el sebo, y comenzó a vomitar en un rincón; luego se tumbó con la cabeza contra la pared. En realidad, yo no le estaba prestando mucha atención, pero recuerdo haber pensado que era un poco grosero por su parte; yo era el que estaba ensangrentado, ¿por qué se comportaba él como una muchachita mareada?

—¡No bromees con eso! ¿Cómo se atreve? ¿Y qué quiso decir, en cualquier caso...? Yo sé muy bien lo que ocurrió en Ardmuir y éas sí que son... Quiero decir, no cabe duda de que son cicatrices honorables, y todos los que estaban allí lo sabían.

—Sí, puede ser —dijo—. Esa vez. Pero cuando me hicieron incorporarme todos se dieron cuenta de que ya me habían azotado antes, ¿entiendes? Y ninguno de los hombres que estaban allí dijo una palabra sobre aquellas cicatrices... Hasta ahora.

Ese comentario me pilló desprevenida.

La flagelación no era sólo un acto brutal; era una ignominia. Su propósito consistía en desfigurar permanentemente, además de lastimar, anunciando así el pasado de un criminal con la misma eficacia que una mejilla marcada o una oreja arrancada. Y Jamie preferiría que le arrancasen la lengua a revelar las razones de sus cicatrices, incluso aunque todos supusieran que lo habían azotado por algún acto vergonzoso.

Yo estaba tan habituada a que Jamie siempre se dejara la camisa puesta en presencia de cualquier otra persona que jamás había reparado en la obviedad de que los hombres de Ardmuir conocían las cicatrices de su espalda. De todas formas, todos fingían que no existían, excepto Tom Christie.

—Ejem —dijo—. Bueno... Maldito sea ese tipo. ¿Por qué habrá dicho algo así?

Jamie dejó escapar una risotada.

—Porque no le ha gustado que yo lo viera sudar. Supongo que quería vengarse.

—Ejem —volví a decir, y crucé los brazos sobre mi pecho—. Ya que lo has mencionado, ¿por qué lo hiciste? Si sabías que él no soportaba la sangre, quiero decir, ¿por qué te quedaste a observarlo de esa manera?

—Porque sabía que no gimotearía ni se desmayaría si me quedaba —respondió—. Te dejaría meterle agujas al rojo vivo en los ojos antes de chillar delante de mí.

—Oh, ¿entonces te has dado cuenta de eso?

—Por supuesto, Sassenach. ¿Por qué creías que me había quedado? No es que

no aprecie tu talento, pero verte coser heridas no es demasiado agradable cuando haces la digestión. —Dirigió una breve mirada al paño abandonado y manchado de sangre—. ¿Crees que el café ya se habrá enfriado?

—Lo calentaré.

Guardé las tijeras limpias en el estuche, luego esterilicé la aguja que había usado, le enhebré un nuevo hilo de sutura y lo enrollé en su jarra de alcohol, mientras seguía tratando de entender lo que había ocurrido. Lo puse todo en el armario y me volví hacia Jamie.

—Tú no le temes a Tom Christie, ¿verdad? —pregunté.

—Por Dios, no. ¿Qué te hace pensar eso, Sassenach?

—Bueno... La forma en que vosotros dos os comportáis a veces... Sois como carneros salvajes dándose de cabezazos para ver quién es más fuerte.

—Oh, eso. Mi cabeza es muchísimo más dura que la de Tom, y él lo sabe bien. Pero no por eso va a ceder y a seguirme como un corderito.

—Oh. ¿Pero y qué crees que haces tú? No estabas torturándolo sólo para comprobar que podías hacerlo, ¿o sí?

—No —sonrió suavemente—. Un tipo lo bastante testarudo como para hablarles en inglés a hombres de las Highlands en una prisión durante ocho años es lo bastante testarudo para luchar a mi lado durante los ocho años siguientes; eso es lo que creo. De todas formas, estaría bien que se diera cuenta de ello.

Inspiré profundamente y suspiré, sacudiendo la cabeza.

—No entiendo a los hombres.

—Si los entiendes, Sassenach, pero desearias no hacerlo.

Jamie se acercó a la lámpara, pero lo detuve cogiéndolo del brazo.

—Me prometiste que serías honesto conmigo —dije—. ¿Pero estás totalmente seguro de que estás siendo honesto contigo mismo? ¿Acaso no estabas pinchando a Tom Christie sólo porque él te desafió?

Jamie se quedó inmóvil, con los ojos claros y desprotegidos a pocos centímetros de los míos.

—Sólo hay dos personas en este mundo a las que jamás les mentiría, Sassenach —dijo en voz baja—. Tú eres una de ellas. Y yo soy la otra.

Me besó con mucha suavidad en la frente, luego se inclinó a mi lado y apagó el farol de un soprido.

—Por supuesto que puedo estar equivocado —dijo su voz en la oscuridad—, pero jamás lo haría a propósito.

Roger se movió un poco y gimió.

—Creo que me has roto la pierna.

—Claro que no —repuso su esposa, que ya estaba más calmada, pero todavía dispuesta a discutir—. Pero te la besaré, siquieres.

—Estaría bien.

Seguidamente se oyó un crujido en el colchón cuando ella subió a la cama y adoptó la posición necesaria para realizar ese tratamiento, lo que lo dejó a él con una Brianna desnuda cabalgándole el pecho y una visión que le hizo desear haber encendido una vela.

De hecho, Bree le estaba besando las espinillas, lo que le hacía cosquillas. Aunque, dadas las circunstancias, Roger pensó que sería mejor aguantarlo. Extendió ambas manos; a falta de luz, utilizaría el braille.

—Cuando tenía alrededor de catorce años —rememoró con voz soñadora—, en una de las tiendas de Inverness hicieron una exhibición de lo más audaz en su escaparate. Un maniquí de mujer vestido sólo con ropa interior.

—¿Mmm?

—Sí, una faja rosada, ligas, todo, con un corpiño a juego. Todo el mundo se escandalizó. Se formaron comités de protesta y se convocó a todos los sacerdotes de la ciudad. Al día siguiente lo quitaron, pero a esas alturas, la totalidad de la población masculina de Inverness ya había pasado por el escaparate, esforzándose por observarlo sin que se notara. Hasta este mismo instante, siempre había pensado que era la imagen más erótica que había visto jamás.

Brianna suspendió sus operaciones durante un momento, y a él le pareció, por los movimientos que percibía, que estaba mirándolo por encima del hombro.

—Roger —dijo ella, con aire reflexivo—, creo que eres un pervertido.

—Sí, pero un pervertido con muy buena visión nocturna.

Eso la hizo reír. Él se incorporó ligeramente y plantó un ligero beso a cada lado de su objeto de deseo, que se erguía delante de su cara, antes de volver a hundirse satisfecho en la almohada.

Ella le besó la rodilla, luego bajó la cabeza y apoyó la mejilla contra su muslo, de modo que la mayor parte de su cabello se derramó sobre sus piernas, fresco y suave como una nube de hilos de seda.

—Lo siento —dijo en voz baja, después de un momento.

Él gruñó, restándole importancia, y acarició la redondez de su cadera.

—No importa. Aunque es una lástima; quería verles las caras cuando se enteraran de lo que has hecho.

—Sus caras eran bastante impresionantes, de todas formas. —Bree parecía un poco triste—. Y habría sido un verdadero anticlímax, después de aquello.

—Tienes razón —admitió él—. Pero ya se lo mostrarás mañana, cuando estén de humor para apreciarlo.

Ella suspiró y volvió a besarle la rodilla.

—No quise hacerlo. Decir que era culpa tuya.

—Sí, si querías —dijo él en voz baja, sin dejar de acariciarla—. Está bien. Tal vez tengas razón.

—Eso no lo sabes. —Bree se levantó de pronto y, pasando hábilmente una pierna por encima de su cuerpo tendido, se deslizó a su lado—. Podría ser yo. O

ninguno de los dos. Tal vez sólo se trate de que aún no es el momento adecuado.

Él la rodeó con un brazo y la acercó a su cuerpo.

—Sea cual sea la causa, no debemos culparnos el uno al otro.

Así estaría bien, aunque Roger no sabía cómo evitar culparse a sí mismo.

Los hechos eran bastante claros; ella había quedado embarazada de Jemmy una noche; si había sido con él o con Stephen Bonnet, nadie lo sabía, pero sólo hizo falta una vez. Mientras que, por otra parte, ellos dos llevaban varios meses intentándolo, y parecía que Jem terminaría siendo hijo único. Era posible que a él le faltara la «chispa vital», como habían especulado la señora Bug y sus amigas.

«¿Quién es tu papá?». La frase con acento irlandés resonó burlona en el fondo de su mente.

—Bueno, yo también lo lamento —dijo, cambiando de tema—. Tal vez tengas razón con respecto de que actúo como si prefiriera que cocinases y limpiases en lugar de andar experimentando con tu pequeño juego de química.

—Sólo porque es cierto —replicó ella sin rencor.

—No es tanto que no cocines lo que me preocupa, sino que puedas prenderle fuego a la casa.

—Bueno, te encantará el siguiente proyecto, ya lo verás —dijo ella, codeándose en el hombro—. La mayor parte tiene que ver con agua.

—Oh... bien —dijo Roger, aunque con un tono de duda en su voz—. ¿La mayor parte?

—También hay un poco de tierra.

—¿Nada que se quemé?

—Sólo madera... Un poco. Nada especial.

Ella estaba pasándole los dedos por el pecho, lentamente. Él le atrapó la mano y le besó las puntas de los dedos; eran lisas, pero duras, encallecidas por los constantes hilados que ella hacía para ayudar a que todos tuvieran ropa.

—«¿Quién puede encontrar a una mujer virtuosa? —Citó él—. Su valor excede en mucho al de las joyas. Busca lana y lino. Y con voluntad trabaja con sus manos. Ella se cubre de tapices; de seda y púrpura es su vestido».

—Me encantaría encontrar alguna planta que diera un púrpura verdadero —dijo ella con expresión nostálgica—. Echo de menos los colores fuertes. ¿Recuerdas el vestido que me puse para la fiesta del día que el hombre llegó a la luna? ¿El negro de rayas fluorescentes rosas y verde claro?

—Sí, era bastante vistoso. —En el fondo él pensaba que los colores apagados de los hilados artesanales le sentaban mucho mejor; con sus faldas color óxido y marrón, sus chaquetas grises y verdes, Bree parecía un adorable y exótico liquen.

Embargado de un repentino deseo de verla, Roger extendió la mano, buscando a tientas en la mesa situada junto a la cama. Cuando regresaron, ella lo había metido en la cajita negra. Lo había diseñado para usar en la oscuridad,

después de todo; un giro de la tapa dejó salir una de esas varitas pequeñas y cerasas, y su mano sintió el frío de la diminuta cinta de metal curtido que estaba pegada a un costado.

¡Un *skritch*! Su corazón dio un vuelco por su sencilla familiaridad, y la pequeña llama apareció con un ligero aroma a sulfuro: magia.

—No los gastes —dijo ella, pero sonrió.

Llevaba el pelo suelto y limpio; acababa de lavárselo, y resplandecía por encima de la pálida redondez de sus hombros, con algunos mechones que caían con suavidad sobre su pecho, canela y ámbar y caoba y dorado, iluminado por la llama.

—« No tiene temor de la nieve por su familia, porque toda su familia está vestida de escarlata» —dijo él en voz baja, rodeándola con la mano libre, envolviéndose un dedo con un mechón del pelo de Bree.

Las largas pestañas de ella se entrecerraron, como las de un gato al sol, pero la sonrisa permaneció en aquella amplia pero delicada boca, aquellos labios que herían y luego curaban. La luz resplandeció en su piel, dándole un brillo broncino al minúsculo lunar marrón debajo de la oreja derecha. Podría observarla eternamente, pero la cerilla estaba apagándose. Justo antes de que la llama le tocara los dedos, ella se inclinó hacia adelante y la apagó de un soplido.

Y en la oscuridad humeante, susurró en su oído:

—« El corazón de su marido está en ella confiado. Ella le hará el bien y no el mal todos los días de su vida» . Ya ves.

Encantamiento

Tom Christie no volvió a la consulta, pero sí mandó a su hija, Malva, a buscar el ungüento. Era una muchacha de pelo oscuro, delgada y callada, pero parecía inteligente. Prestó mucha atención mientras yo la interrogaba sobre el aspecto de la herida —todo bien hasta el momento, un poco de enrojecimiento, pero sin supuración; tampoco había franjas rojizas en el brazo— y le daba instrucciones sobre cómo aplicar el ungüento y cambiar las vendas.

—Bien —dije, dándole el tarro—. Si le llega a dar fiebre, ven a buscarme. Si no, dile que vuelva dentro de una semana, para quitarle los puntos.

—Sí, señora, así lo haré —dijo ella, pero siguió mirando los montoncitos de hierbas secas en los estantes junto con las gasas y el instrumental de cirugía.

—¿Necesitas algo más, querida? ¿Tienes alguna pregunta, quizás?

—Bueno, sí —dijo, y señaló la mesa con un gesto—. Sólo quería saber... ¿Qué es lo que escribe en ese libro negro, señora?

—¿Esto? Oh, son mis anotaciones quirúrgicas, y las recetas... es decir, los ingredientes de la medicina. ¿Ves? —Giré el libro y lo abrí para que ella pudiera ver la página donde había hecho un boceto de los dientes de la señorita Ratona.

Los ojos grises de Malva brillaron de curiosidad, y la muchacha se inclinó hacia adelante para leer, con las manos cuidadosamente dobladas hacia atrás, como si temiera tocar el libro por accidente.

—Está bien —dije—. Puedes hojearlo, siquieres.

Lo empujé en su dirección y ella dio un paso hacia atrás, alarmada. Me miró, con una expresión de duda, pero cuando le sonréi, soltó un minúsculo suspiro de emoción y extendió la mano para pasar una página.

—¡Oh, mire! —La página que había encontrado no era una de las mías, sino de las de Daniel Rawlings; mostraba la extracción de un bebé muerto del útero, mediante la utilización de diversas herramientas de dilatación y legrado. Eché un vistazo a la página y aparté la mirada de inmediato. Rawlings no era ningún artista, pero tenía una habilidad brutal para reproducir la realidad de una situación.

Pero Malva no parecía muy afectada por los dibujos; tenía los ojos bien abiertos y llenos de interés.

También yo comencé a interesarme, al observar de reojo cómo miraba varias páginas al azar. Como era natural, prestaba más atención a los dibujos... Pero también se detenía a leer las descripciones y las recetas.

—¿Por qué apunta las cosas que ya ha hecho? —preguntó, mirándome con

las cejas levantadas—. Las recetas, lo entiendo; supongo que puede olvidar algunas cosas. ¿Pero para qué hace estos dibujos y apunta detalles sobre cómo cortó un dedo gangrenado por la escarcha? ¿Lo haría de una manera diferente en otra ocasión?

—Bueno, es posible —dijo dejando a un lado el tallo de romero desecado al que había estado quitándole las agujas—. La cirugía no es siempre igual. Todos los cuerpos son un poco diferentes, e incluso aunque el procedimiento básico sea más o menos el mismo una docena de veces, habrá una docena de cosas que ocurran de manera diferente; en ocasiones, cosas muy pequeñas, y en otras, cosas grandes. Pero yo guardo un registro de todo lo que he hecho por varias razones —añadió.

Pasé unas cuantas páginas más y me detuve en el registro de los achaques de la anciana Grannie MacBeth, una lista tan extensa que la había copiado en orden alfabético para mi comodidad, y que empezaba con *Artritis* —*todas las articulaciones*, para seguir con *Desvanecimientos*, *Dispepsia* y *Dolor de oídos*, y así durante casi dos páginas más, hasta llegar a *Matriz prolapsada*.

—En parte es para saber qué se ha hecho por alguna razón específica, y qué sucedió, de modo que si necesitan algún tratamiento posterior, puedo volver a buscar una descripción precisa de su estado anterior. Para comparar, ¿entiendes?

Ella asintió con entusiasmo.

—Sí, ya veo. Así sabría si mejoran o empeoran. ¿Y qué más?

—Bueno, la razón más importante —dijo con lentitud, buscando las palabras adecuadas— es para que otro doctor, alguien que tuviera que intervenir más tarde, pudiera leer el registro y ver cómo he hecho tal cosa o tal otra. Podría encontrar una manera de hacer algo que no conociera, o una manera mejor.

—¡Oh! ¿Quiere decir que con esto alguien podría aprender cómo hacer lo que usted ha hecho? —Tocó una página con un dedo, delicadamente—. ¿Sin trabajar como aprendiz de un doctor?

—Bueno, lo mejor es tener a alguien que te enseñe —dijo, divertida por su entusiasmo—. Y hay cosas que en realidad no se pueden aprender de un libro. Pero si no hay nadie que pueda enseñarte... —Miré por la ventana la verde espesura de las montañas—. Es mejor que nada —concluyó.

—¿Usted dónde aprendió? —preguntó con curiosidad—. ¿De este libro? Veo que hay otra letra, además de la suya. ¿De quién era?

Tendría que haberme dado cuenta de hacia dónde iba. Pero no había contado con que Malva fuera tan rápida.

—Ah... Yo aprendí con un montón de libros —respondí—. Y con otros doctores.

—Otros doctores —repitió, mirándome con fascinación—. ¿Entonces usted se considera una doctora? No sabía que las mujeres podían serlo.

En ese tiempo, ninguna mujer se llamaba a sí misma médica o cirujana, ni

tampoco eran aceptadas como tales.

—Bueno... Es un nombre, después de todo. Muchas personas dicen mujer sabia, o mujer hechicera. O *ban-lichtne* —añadió—. Pero en realidad es lo mismo. Sólo importa que sé algo que podría ayudarlos.

—*Ban...* Nunca lo había oído antes.

—Es gaélico, la lengua de las Highlands. Significa « sanadora» o algo así.

—Oh, gaélico. —Una leve expresión de sarcasmo cruzó su rostro. Supuse que había heredado la actitud de su padre respecto del antiguo idioma de los highlanders. Pero era evidente que ella también vio algo en mi propia cara, puesto que borró el desdén de sus facciones y se inclinó de nuevo sobre el libro —. ¿Quién fue el que escribió las otras partes, entonces?

—Un hombre llamado Daniel Rawlings. Era un doctor de Virginia.

—¿Él? —Malva levantó la mirada, sorprendida—. ¿El mismo que está enterrado en el cementerio de la montaña?

—Ah... Sí, él. —Pero no pensaba compartir con la señorita Christie la historia de cómo Rawlings había ido a parar a aquel sitio. Miré por la ventana—. ¿Tu padre no querrá que le prepares la cena?

—¡Oh! —Al oír eso también miró por la ventana, con una leve expresión de alarma—. Sí, es cierto. —Dirigió una mirada apenada al libro, pero luego se alisó la falda y se enderezó la gorra—. Le agradezco que me haya mostrado su libro, señora Fraser.

—Me alegro de haberlo hecho —le aseguré sinceramente—. Puedes regresar a verlo en otro momento. De hecho... ¿A ti te interesaría...? —Vacié, pero seguí adelante, alentada por su mirada de profundo interés—. Mañana voy a quitarle un bulto de la oreja a Grannie Macbeth. ¿Te gustaría acompañarme y ver cómo lo hago? Me sería de gran ayuda tener otro par de manos —añadió, al ver que el interés de sus ojos se nublaba con una duda repentina.

—Oh, sí, señora Fraser... ¡Me encantaría! —dijo—. Es sólo que mi padre...

—Se la veía incómoda al decirlo, pero entonces pareció decidirse—. Bueno... Iré. Estoy segura de que podré convencerlo.

—¿Serviría que yo le enviara una nota? ¿O que fuera a hablar con él?

—No, señora, no habrá problemas, estoy segura. —De repente se echó a reír; se le formaron hoyuelos en la cara y sus ojos grises resplandecieron—. Le diré que he echado un vistazo a su libro negro y que no hay ningún encantamiento en él, sino sólo recetas de té y purgantes. Aunque me parece que no le voy a contar nada de los dibujos —añadió.

—¿Encantamientos? —pregunté con incredulidad—. ¿Eso creía él?

—Oh, sí —aseguró—. Me advirtió de que no lo tocara, por miedo a quedar hechizada.

—Hechizada —murmuré, desconcertada.

Bueno, Thomas Christie era maestro de escuela, después de todo. De hecho,

tal vez incluso tuviera razón, pensé; Malva volvió a mirar el libro cuando la acompañé hasta la puerta, con una evidente expresión de fascinación en la cara.

Anestesia

Cerré los ojos, puse la mano a unos veinte centímetros de mi cara y la agité suavemente en frente de mi nariz, como uno de los *parfumeurs* que había visto en París catando fragancias.

El olor me golpeó en la cara como una ola de mar. Me temblaron las rodillas, unas líneas negras cruzaron mi campo de visión, y dejé de distinguir entre arriba y abajo.

Tras lo que pareció un instante, recobré la conciencia. Estaba tumbada en el suelo de la consulta mientras la señora Bug me miraba, horrorizada.

—¡Señora Claire! ¿Se encuentra usted bien, *mo gaolach*? La he visto caer...

—Sí —gruñí. Sacudí suavemente la cabeza al tiempo que me apoyaba en un codo—. Pon... Póngale el corcho. —Señalé el gran frasco abierto que estaba sobre la mesa, con el corcho a un costado—. ¡No acerque la cara!

Con el rostro apartado y retorcido en una mueca de temor, ella cogió el corcho y lo insertó en el frasco, con el brazo bien extendido.

—¡Uf! ¿Qué es esto? —dijo mientras se echaba hacia atrás y hacía muecas—. ¡Jamás había oido algo semejante...! ¡Y sabe Dios que he oido muchas cosas desagradables en esta habitación!

—Eso, mi querida señora Bug, es éter. —El mareo de mi cabeza ya casi había desaparecido, reemplazado por la euforia.

—¿Éter? —Miró fascinada el aparato de destilación que estaba sobre la encimera, donde el baño de alcohol burbujeaba suavemente en su gran esfera de cristal sobre una llama baja, mientras el aceite de vitriolo (que más tarde sería conocido como ácido sulfúrico) descendía con suma lentitud por el tubo inclinado, con un olor maligno y picante acechando bajo los aromas habituales de raíces y hierbas de la consulta—. ¡Qué extraño! ¿Y qué es el éter, entonces?

—Hace dormir a la gente, para que no les duela cuando les corto —le expliqué, entusiasmada por mi éxito—. ¡Y sé exactamente con quién lo voy a utilizar en primer lugar!

—¿Tom Christie? —repitió Jamie—. ¿Se lo has dicho?

—Se lo he dicho a Malva. Ella tratará de convencerlo, de ablandarlo un poco.

Jamie dejó escapar un breve bufido al oír eso.

—Podrías hervir a Christie en leche durante quince días y él seguiría tan duro como una piedra de afilar. Y si crees que hará caso al parloteo de su hija sobre un líquido mágico que lo hará dormirse...

—No, ella no va a hablarle del éter; de eso me encargaré yo. Sólo le dará la lata con lo de la mano, para convencerlo de que es necesario que se la opere.

—Hum. —Jamie, al parecer, todavía tenía sus dudas—. Este éter, Sassenach... ¿No podrías matarlo con esto?

En realidad, yo estaba bastante preocupada por esa misma posibilidad. Había efectuado numerosas operaciones en las que se usaba éter, y en general era un anestésico bastante seguro. Pero un éter casero, administrado manualmente... Además, era cierto que la gente se moría por accidentes con la anestesia, incluso en los ámbitos más protegidos. Y no podía quitarme de la cabeza a Rosamund Lindsay, cuya muerte accidental seguía acosándome en sueños cada tanto. Pero la posibilidad de contar con un anestésico fiable, de poder practicar cirugía sin dolor...

—Es posible —admití—. No lo creo, pero siempre hay un riesgo. Vale la pena, de todas formas.

—¿Ah, sí? ¿Tom está de acuerdo con eso?

—Bueno, ya lo averiguaremos. Se lo explicaré todo con mucho cuidado, y si él no lo acepta... bueno, pues que no lo acepte. ¡Pero espero que si lo haga!

Jamie sacudió la cabeza con actitud tolerante.

—Estás como el pequeño Jem con un juguete nuevo, Sassenach. Ten cuidado de no perder las ruedas.

Podría haberle respondido con alguna frase indignada, pero ya estábamos a la vista de la cabaña de los Bug, y Arch estaba sentado en el escalón de la puerta, fumando plácidamente una pipa de barro. Se la sacó de la boca y empezó a levantarse cuando nos vio, pero Jamie lo disuadió con un gesto.

—*Ciamar a tha thu, a charaid?*

Arch respondió con su acostumbrado «Mmm», teñido de un tono de cordialidad y bienvenida. Una blanca ceja enarcada en mi dirección y un movimiento del humo de la pipa hacia el sendero me indicaron que su esposa no estaba en la casa, si es que yo la estaba buscando.

—No, sólo iré al bosque a hurgar un poco —dije—. Aunque la señora Bug olvidó su bordado... ¿Puedo ir a buscarlo?

Él asintió con una sonrisa que le arrugó los ojos. Movió sus enjutas nalgas para dejarme pasar a la cabaña. Detrás de mí, oí un «*Mmm?*» de invitación, y sentí el movimiento cuando Jamie se sentó al lado del señor Bug.

No había ventanas, de modo que me vi obligada a esperar que mis ojos se adaptaran a la penumbra. En cualquier caso, era una cabaña pequeña, y no tardé más de medio minuto en distinguir lo que había: poco más que la estructura de la cama, una cómoda para las mantas y una mesa con dos bancos. El cesto de costura colgaba de un gancho en la otra pared.

Desde el porche, a mis espaldas, llegaba el murmullo de una conversación masculina, mechado por el sonido bastante infrecuente de la voz del señor Bug.

Podía hablar, pero la señora Bug era tan locuaz que cuando ella estaba presente las contribuciones de su esposo consistían en poco más que una sonrisa y los ocasionales «mmm» de aceptación o desacuerdo.

—El joven Christie... —estaba diciendo en ese momento—. ¿Te parece un tipo raro, *a SheauMais*?

—Sí, bueno, es un lowlander —dijo Jamie encogiéndose de hombros.

Un divertido «mmm» del señor Bug indicó que esa explicación era suficiente, y a continuación le dio una chupada a la pipa.

Abrió el costurero, para asegurarme de que el bordado estuviera dentro; de hecho, no estaba, y me vi obligada a hurgar en la cabaña, entrecerrando los ojos en la penumbra. Oh... Allí estaba; una oscura mancha de algo blando en un rincón.

—¿Es más extraño de lo que debería, ese Christie? —Oí que preguntaba Jamie con indiferencia.

Miré a través de la puerta justo a tiempo para ver que Arch Bug asentía con un gesto, aunque sin hablar, puesto que estaba enfrascado en una feroz batalla con su pipa. Sin embargo, levantó la mano derecha y la movió, exhibiendo los muñones de los dos dedos que le faltaban.

—Sí —dijo finalmente—. Ha venido a preguntarme si me había dolido mucho cuando me hicieron esto.

Su cara se arrugó como una bolsa de papel y el hombre jadeó un poco, lo que en su lenguaje era equivalente a una gran carcajada.

—¿Ah, sí? ¿Y qué le has dicho, Arch? —preguntó Jamie, sonriendo.

Arch chupó con aire reflexivo su pipa.

—Bueno, le he dicho que no me dolió nada, en su momento. —Hizo una pausa y sus ojos azules relampaguearon—. Claro que eso pudo deberse a que estaba frío como un pescado de la impresión. Cuando recobré el conocimiento, me ardía un poco. —Levantó la mano y la miró desapasionadamente, luego me vio a través de la puerta—. Usted no piensa usar una hacha con el pobrecillo de Tom, ¿verdad? Me ha dicho que va a operarle la mano la semana que viene.

—No lo creo. ¿Puedo verla? —Salí al porche y me incliné hacia Arch, quien me dejó cogerle la mano, pasando la pipa a la izquierda.

El dedo índice y el corazón habían sido cortados limpiamente, justo a la altura de los nudillos. Era una herida muy antigua; tanto que había perdido ese desagradable aspecto habitual en las mutilaciones recientes. De todas formas, el cuerpo humano es de una plasticidad asombrosa, y hace lo que puede para compensar las partes que faltan; en el caso de una mano mutilada, es frecuente que el resto sufra una sutil deformación muy útil para aprovechar al máximo las funciones que queden.

Palpé la mano con cuidado, fascinada. Los metacarpianos de los dígitos cortados estaban intactos, pero el tejido circundante había retrocedido, de modo

que los dos dedos restantes y el pulgar pudieran sujetar mejor los objetos. Yo había visto a Arch usar esa mano con mucha habilidad, cogiendo una copa para beber o blandiendo el mango de una pala.

Las cicatrices sobre los muñones se habían aplanado y empalidecido, formando una superficie lisa y encallecida. Las articulaciones de los otros dedos estaban abultadas por la artritis y la mano en su totalidad estaba tan cambiada que ya no parecía una mano; sin embargo, no era del todo repulsiva. Al contacto con la mía, se sentía fuerte y caliente, y ofrecía, de hecho, un extraño atractivo, similar al de un trozo de madera gastado por el paso del tiempo.

—¿Esto lo hicieron con una hacha? —dije, preguntándome cómo había conseguido exactamente infligirse semejante herida a sí mismo, considerando que él era diestro... Cuando me di cuenta de lo que había pasado le apreté la mano con más fuerza involuntariamente. Oh, no.

—Sí —dijo él, y exhaló una voluta de humo.

—¿Quién fue? —pregunté.

—Los Fraser —dijo. Me presionó la mano con delicadeza, luego retiró la suya y la giró hacia un lado y hacia otro. Miró a Jamie—. No los Fraser de Lovat —lo tranquilizó—, sino Bobby Fraser de Glenhelm, y su sobrino. Se llamaba Leslie.

—¿Oh? Bueno, menos mal —respondió Jamie—. No me habría gustado enterarme de que habían sido parientes cercanos míos.

Arch dejó escapar una risita apenas audible.

—No, claro que no —dijo el anciano—. A mí tampoco. Pero de todas formas esto ocurrió más o menos para la época en que tú naciste, *a SheauMais*, o un poco antes. Y ya no quedan Fraser en Glenhelm.

La mano en sí no me había turbado para nada, pero la visión imaginada de cómo había quedado así me estaba provocando un pequeño mareo. Me senté junto a Jamie, sin esperar invitación.

—¿Por qué? —pregunté sin rodeos—. ¿Cómo?

Arch le dio una chupada a la pipa. Frunció el ceño y se miró la mano, que había posado sobre la pierna.

—Ah, bueno. Fue decisión mía. Éramos arqueros, ¿sabe? —me explicó—. Todos los hombres de mi clan fuimos educados para serlo, desde muy pequeños. Yo tuve mi primer arco a los tres años, y a los seis ya era capaz de atravesar el corazón de un urogallo a más de diez metros.

—Mi padre me habló de los arqueros —dijo Jamie—. En Glenshiels. Muchos de ellos eran Grant, y algunos Campbell, me dijo. —Se inclinó hacia adelante, con las manos sobre las rodillas, interesado en la historia, pero precavido.

—Sí, éramos nosotros. —Arch dio una fuerte calada y el humo le coronó la cabeza—. De noche nos arrastrábamos entre los helechos —explicó—, y nos escondíamos entre las rocas sobre el río de Glenshiels, debajo de los helechos y

los serbales. Usted podría haber estado a medio metro de distancia sin vernos —dijo dirigiéndose a mí—, por lo tupidos que eran aquellos arbustos.

» Estábamos un poco apretados —añadió en tono confidencial y mirando a Jamie—. No nos podíamos poner de pie para mear, y cenábamos, con un poco de cerveza, antes de salir al otro lado de la montaña. Estábamos todos en cuclillas, como las mujeres cuando orinan. Tratando como locos de mantener los arcos secos dentro de las camisas, con todo lo que llovía y el agua que se nos metía por el cuello.

» Pero, cuando amanecía —prosiguió alegremente—, nos poníamos de pie a la primera señal y soltabamos las flechas. La verdad es que era un espectáculo muy hermoso, nuestras flechas cayendo desde las colinas sobre aquellos pobres diablos acampados allí, junto al río. Sí, tu padre también combatió allí, a *Sheaumais* —añadió, señalando a Jamie con la pipa—. Él era uno de los que estaban junto al río. —Un espasmo de risa muda lo atravesó.

—Entonces —respondió Jamie secamente—, los Fraser y tú no os podéis ver.

—Exacto —dijo. Volvió su atención hacia mí, un poco más sereno.

—Cuando los Fraser capturaban a un Grant solo en sus tierras, tenían la costumbre de darle a elegir. Podía perder el ojo derecho, o los dos dedos de la mano derecha. De cualquiera de esas dos maneras, jamás podría volver a dirigir un arco contra ellos.

Con lentitud, se frotó la mano mutilada contra la rodilla, extendiéndola como si los fantasmas de sus dedos se abrieran y anhelaran el roce y el zumbido del hilo. Luego sacudió la cabeza, como si quisiera deshacerse de la visión, y formó un puño. Se volvió hacia mí.

—Usted no tiene intención de cortarle los dedos a Christie, ¿verdad, señora Fraser?

—No —respondí, alarmada—. Claro que no. ¿Acaso él cree que...?

—No sabría decirlo, pero parecía muy preocupado por la posibilidad de que se los amputaran.

—Mmm —murmuré. Tendría que hablar con Tom Christie.

Jamie se había puesto en pie para marcharse, y yo lo imité automáticamente, sacudiéndome la falda y tratando de quitarme de la cabeza la imagen de la mano de un joven, sujetada contra el suelo, y una hacha cayendo sobre ella.

—¿No había Fraser en Glenhelm, has dicho? —le preguntó Jamie al señor Bug con expresión reflexiva—. Leslie, el sobrino... no sería el heredero de Bobby Fraser, ¿verdad?

—Sí, era él. —La pipa del señor Bug se había apagado. La giró y la golpeó contra el borde del porche, haciendo salir hábilmente los restos de tabaco.

—Los mataron a los dos juntos, ¿verdad? Recuerdo que mi padre me lo contó una vez. Me dijo que los encontraron en un arroyo, con la cabeza destrozada.

Arch Bug lo miró parpadeando, con las pestañas bajas para protegerse del

brillo del sol.

—Bueno, mira, a *Sheaumais* —dijo—. Un arco es como una buena esposa; conoce a su dueño y responde a su roce. Una hacha, en cambio... —Movió la cabeza—. Una hacha es una puta: cualquier hombre puede usarla, y funciona bien en cualquier mano.

Sopló en la pipa para quitarle la ceniza, limpió el cuenco con su pañuelo y se la guardó cuidadosamente, con la mano izquierda. Nos sonrió a los dos, con los restos de sus dientes afilados y amarilleados por el tabaco.

—Id con Dios, *Sheaumais mac Brian*.

Más tarde, esa misma semana, fui a la cabaña de los Christie para quitar los puntos de la mano izquierda de Tom y explicarle lo del éter. Su hijo, Allan, estaba en el patio, afilando un cuchillo con un aparato que manejaba con un pedal. Me sonrió y me saludó con un gesto, pero no habló, puesto que no podía oír nada por encima del fuerte zumbido de la piedra.

Tal vez había sido ese sonido, se me ocurrió un momento después, lo que había despertado las sospechas de Tom Christie.

—He decidido que voy a dejar la otra mano como está —dijo fríamente, mientras cortaba el último punto y se lo sacaba.

—¿Por qué?

Un tono rojo pálido le inundó las mejillas, y él se puso de pie, levantó la mandíbula y me miró por encima del hombro.

—He rezado al respecto, y he llegado a la conclusión de que si esta enfermedad es voluntad de Dios, no estaría bien tratar de cambiarla.

Con gran dificultad, reprimí un fuerte impulso de exclamationar «¡Qué estupidez!».

—Siéntese —dije, respirando profundamente—. Y digame, por favor, por qué cree que Dios desea que usted vaya a por ahí con una mano torcida.

—Pues porque no estoy en posición de cuestionar los designios del Señor!

—¿Ah, no? —dije en voz baja—. Pues me pareció que eso justamente fue lo que usted hizo el domingo pasado. ¿O no fue a usted al que oí preguntando en qué estaba pensando el Señor cuando permitió que todos esos católicos brotaran como setas?

El color rojo pálido adoptó un tono mucho más oscuro.

—Estoy seguro de que me entendió mal, señora Fraser. —Se puso un poco más derecho—. La cuestión es que no voy a necesitar de su ayuda.

—¿Es porque soy católica? —pregunté—. ¿Cree tal vez que me aprovecharé de usted y lo bautizaré por la Iglesia de Roma cuando baje la guardia?

—¡Ya estoy bautizado como es debido! —replicó—. Y le agradecería que se reservara sus comentarios papistas.

—Llegué a un acuerdo con el papa —dije, devolviéndole la mirada—. Yo no

emito bulas sobre cuestiones doctrinarias, y él no hace operaciones quirúrgicas. Ahora bien, con respecto a la mano...

—La voluntad del Señor... —comenzó a decir tozudamente.

—¿Fue la voluntad del Señor que su vaca cayera por el desfiladero y se rompiera una pata el mes pasado? —lo interrumpí—. Porque, en ese caso, entonces usted debería haberla dejado morir allí, en lugar de ir a buscar a mi marido para que lo ayudara a sacarla, y luego dejarme curarle la pata. Por cierto, ¿cómo está?

Alcanzaba a ver la vaca en cuestión por la ventana, pastando plácidamente al borde del huerto.

—Está bien, gracias. —Christie parecía un poco sofocado—. Eso es...

—Bueno, entonces, ¿cree que el Señor piensa que usted merece menos asistencia médica que su vaca? A mí me parece poco probable, teniendo en cuenta lo que Él piensa de los gorriones y todo eso.

A esas alturas sus carrillos habían adoptado un púrpura oscuro. Aferró la mano defectuosa con la sana, como si quisiera mantenerla a salvo de mí.

—Veo que ha oído algunas cosas de la Biblia.

—De hecho, la he leído —repuse—. Leo bastante bien, gracias.

—¿Ah, sí? Entonces estoy seguro de que habrá leído la carta de san Pablo a Timoteo, donde dice: «La mujer debe escuchar en silencio...» .

En realidad, yo ya me había topado con san Pablo y sus opiniones sobre las mujeres, y tenía bastantes ideas al respecto.

—Supongo que san Pablo también se topó con una mujer que podía ganarle una discusión —dije—. Y le fue más fácil tratar de frenar a todas las mujeres que argumentar con éxito. Esperaba más de usted, señor Christie.

—¡Eso es una blasfemia! —dijo sofocando un grito, evidentemente escandalizado.

—No —contraataqué—, a menos que usted diga que san Pablo en realidad es Dios... Y si es así, entonces yo diría que eso sí es una blasfemia. Pero no nos detengamos en sutilezas —dije, al ver que los ojos comenzaban a salirsele de las órbitas—. Permítame... —Me levanté del banco y di un paso hacia adelante, situándome a una distancia en que podía tocarlo. Él retrocedió tan de prisa que chocó contra la mesa y la ladeó, mandando al suelo y con un fuerte ruido el costurero de Malva, una jarra de cerámica llena de leche y un plato de peltre.

Me agaché rápidamente y cogí el costurero, a tiempo para impedir que se mojara con la leche derramada. Con la misma rapidez, Christie había cogido un trapo de la chimenea y había empezado a limpiar la leche. Nuestras cabezas no se golpearon por muy poco, pero finalmente chocamos, yo perdí el equilibrio y caí sobre él. Tom me agarró los brazos instintivamente al tiempo que dejaba caer el trapo, luego me soltó de inmediato, se echó hacia atrás, y me dejó balanceándome sobre mis rodillas.

Él también estaba de rodillas y respiraba con dificultad, aunque a cierta distancia de mí.

—La verdad —dije con severidad— es que tiene miedo.

—¡No!

—Sí. —Me levanté, dejé el costurero sobre la mesa y pasé el trapo con el pie por encima del charco de leche derramada—. Tiene miedo de que le haga daño, pero no lo haré —le aseguré—. Tengo una medicina que se llama éter. Lo hará dormir, y usted no sentirá nada.

Él parpadeó.

—Y tal vez tenga miedo de perder algunos dedos, o la capacidad que le queda de mover la mano.

Él seguía arrodillado junto a la chimenea, mirándome.

—No puedo garantizarle absolutamente que eso no ocurrirá —dije—. En realidad, no creo que ocurra, pero el hombre propone y Dios dispone, ¿verdad?

Christie asintió, muy lentamente, pero no dijo nada.

—Creo que puedo curarle la mano —añadí—. No puedo garantizárselo. A veces pasan cosas: infecciones, accidentes, algo inesperado. Pero...

Extendí una mano hacia él, señalando con un gesto el miembro mutilado. Moviéndose como un pájaro hipnotizado y atrapado en la mirada de una serpiente, él extendió el brazo y me dejó cogerlo. Le apreté la muñeca y lo hice ponerse en pie; él se incorporó sin oponer resistencia y se quedó delante de mí, permitiéndome que le cogiera la mano.

La coloqué entre las mías y empujé hacia atrás los dedos agarrotados, froté el pulgar suavemente sobre la aponeurosis palmar que le atrapaba los tendones. Podía sentirla con claridad, podía ver en mi mente exactamente cómo enfocar el problema, dónde presionar con el escalpelo, cómo se partiría la piel encallecida. La extensión y la profundidad de la incisión en forma de Z que le liberaría la mano y le devolvería sus facultades.

—Ya lo he hecho antes —dije en voz baja, apretando los dedos para palpar los huesos sumergidos—. Puedo hacerlo otra vez, si Dios quiere. Y si usted me lo permite.

Él era apenas cinco centímetros más alto que yo; le sostuve la mirada, al igual que la mano. Sus ojos eran de un gris claro y brillante, y recorrieron mi rostro con miedo y recelo; pero había otra cosa subyacente. De pronto fui consciente de su respiración, lenta y constante, y sentí el calor de su aliento en mi mejilla.

—De acuerdo —accedió al fin, con voz ronca. Apartó su mano de la mía, no de repente, sino casi a regañadientes—. ¿Cuándo?

—Mañana —dije—. Si hace buen tiempo. Necesito luz —le expliqué, al ver la expresión de alarma en sus ojos—. Venga por la mañana, en ayunas.

Cogí mis instrumentos, le hice una torpe reverencia y me marché,

sintiéndome un poco extraña.

Allan Christie me saludó con un gesto alegre con la mano al verme partir y siguió a filando.

—¿Crees que vendrá? —Ya habíamos desayunado y aún no había señales de Thomas Christie. Después de una noche en la que había dormido muy mal y había soñado reiteradamente con máscaras de éter y desastres quirúrgicos, no estaba segura de si quería que viniera o no.

—Sí, vendrá. —Jamie estaba leyendo un ejemplar del *North Carolina Gazette*, cuatro meses atrasado—. Mira, han publicado una carta del gobernador a lord Dartmouth, diciendo que somos una panda indisciplinada de bastardos sediciosos, maquinadores y ladrones; en ella le pide al general Gage que mande cañones para amenazarnos y obligarnos a comportarnos como es debido. Me pregunto si MacDonald sabe que esto es de dominio público.

—¿En serio? —dije con aire ausente. Me levanté y cogí la máscara de éter—. Bueno, si viene, supongo que conviene que esté lista.

Además de la máscara de éter que Bree había hecho para mí, en mi consulta tenía el frasco de goteo, junto a todo el instrumental que necesitaría para la operación propiamente dicha. Me dirigi allí e, insegura, cogí el frasco, le quité el corcho y pasé una mano por el cuello, haciendo que los vapores se acercaran a mi nariz. El resultado fue un tranquilizador mareo que me nubló la visión por un momento. Cuando se me aclaró la mente, volví a tapar el frasco con el corcho y lo dejé donde estaba, un poco más segura de mí misma.

Justo a tiempo. Oí voces procedentes de la parte trasera de la casa y pasos en el vestíbulo.

Giré con expectación y vi a Christie que me miraba con el ceño fruncido y la mano curvada sobre el pecho en actitud protectora.

—He cambiado de idea —dijo frunciendo el ceño—. He considerado la cuestión, he orado, y no le permitiré que emplee sus inmundas pociones conmigo.

—¡Qué hombre más estúpido! —exclamé, ofendida. Me puse de pie y frunci el ceño yo también—. ¿Qué le pasa?

Pareció desconcertado.

—A mí no me pasa absolutamente nada —replicó con brusquedad. Levantó la barbillia en un gesto agresivo—. ¿Qué le pasa a usted, señora?

—¡Y yo pensaba que sólo los highlanders eran tozudos como mulas!

Al parecer, se sintió insultado por la comparación, pero antes de que pudiera seguir atacándome, Jamie asomó la cabeza por la consulta, atraido por las voces.

—¿Hay algún problema? —preguntó en tono cortés.

—¡Sí! Él se niega...

—Sí. Ella insiste...

Las palabras se superpusieron y ambos nos interrumpimos, mirándonos con furia. Jamie pasó la mirada de mi persona a la del señor Christie, y luego la fijó en el aparato que estaba sobre la mesa. Miró al techo, como implorando consejo del cielo.

—Sí —dijo finalmente—. Bueno. ¿Quiere curarse la mano, Tom?

Christie mantuvo su actitud testaruda, con la mano enferma contra el pecho, como si la estuviera protegiendo. Pero, después de un momento, asintió despacio.

—Sí —dijo. Me dirigió una mirada profundamente recelosa—. ¡Pero no voy a aceptar ninguna tontería papista al respecto!

—¿Papista? —Jamie y yo hablamos al mismo tiempo; Jamie sonaba un poco intrigado; yo, profundamente exasperada.

—Sí. ¡Y no crea que puede engatusarme, Fraser!

Jamie me lanzó una mirada, pero se dispuso a intentarlo.

—Bueno, siempre ha sido usted un estúpido, Tom —dijo con serenidad—. Pero puedo decirle por experiencia propia que duele bastante.

Me pareció que Christie palidecía ligeramente.

—Mire, Tom —Jamie señaló con un gesto la bandeja con los instrumentos: dos escalpelos, una sonda, tijeras, fórceps y dos agujas de sutura, ya enhebradas con tripa y flotando en una jarra de alcohol—. La verdad es que ella tiene intención de cortarle la mano.

—Lo sé —replicó Christie, aunque sus ojos se apartaron del siniestro grupo de bordes afilados.

—Sí, lo sabe. Pero no tiene la más mínima idea de cómo es. Yo, sí. ¿Ve esto?

Jamie levantó la mano derecha, mostrándosela a Christie. El sol de la mañana hizo brillar las delgadas cicatrices blancas que le atravesaban los dedos contra la piel bronceada.

—Esto dolío muchísimo —le aseguró—. No le conviene hacer algo así. Y puede decidir no hacerlo.

Christie apenas miró la mano. Por supuesto, pensé, debía de estar familiarizado con su aspecto; había vivido con Jamie tres años.

—Ya he tomado mi decisión —dijo con dignidad. Se sentó en la silla y extendió la mano sobre la servilleta, con la palma hacia arriba. Su cara había perdido todo el color, y tenía la mano libre tan apretada que le temblaba.

Jamie lo miró durante un momento; luego suspiró.

—Sí. Aguarde un poco, entonces.

Era evidente que ya no tenía sentido seguir discutiendo, y ni siquiera me molesté en intentarlo. Bajé la botella de whisky medicinal que tenía en el anaquel y le serví una buena medida en una taza.

—«Tome un poco de vino para el estómago» —dije, poniéndosela firmemente en su mano abierta—. Nuestro amigo, san Pablo. Si está bien beber por el bien del estómago, estoy segurísima de que puede beber también por el

bien de la mano.

Su boca, lúgubramente apretada por el miedo, se abrió sorprendida. Christie paseó la mirada de la taza a mí, luego otra vez a la taza. Tragó saliva, asintió y se la llevó a los labios.

Pero antes de que terminara Jamie regresó con un libro verde, pequeño y destartalado, que puso sin ceremonia alguna en su mano.

Christie parecía sorprendido, pero sostuvo el libro y entrecerró los ojos para ver de qué se trataba. Las palabras santa biblia estaban impresas en la torcida cubierta, *Versión del rey Jacobo*.

—Uno busca ayuda donde puede, ¿verdad? —dijo Jamie, algo brusco.

Christie lo miró, asintió y una sonrisa muy leve atravesó su barba.

—Se lo agradezco, señor —dijo. Sacó unas gafas del abrigo y se las puso, abrió el libro con sumo cuidado y empezó a pasar las hojas en busca de una adecuada inspiración para soportar la operación sin anestesia.

Miré a Jamie, él me devolvió la mirada y se encogió de hombros. Era la Biblia que una vez había pertenecido a Alexander MacGregor.

Jamie se había cruzado con ella de muy joven, cuando el capitán Jonathan Randall lo encarceló en Fort William. Después de que lo hubieron azotado, y mientras esperaba otro azote, atemorizado y dolorido, lo dejaron incomunicado, sin más compañía que sus pensamientos... y esa Biblia, que le había dado el cirujano de la guardería.

Alex MacGregor había sido otro joven prisionero escocés, que había preferido morir por su propia mano antes que soportar más atenciones por parte del capitán Randall. Su nombre estaba escrito dentro del libro, en una letra meticulosa y bastante grande. Aquella pequeña Biblia estaba familiarizada con el temor y el sufrimiento y, si bien no era éter, esperaba que todavía pudiera poseer su propio poder calmante.

Christie había encontrado algo que le venía bien. Se aclaró la garganta, se puso derecho en la silla y depositó la mano sobre la toalla, con la palma hacia arriba.

—Cuando le resulte conveniente, señora Fraser —dijo con suma cortesía.

Si él no quería estar inconsciente, yo necesitaría algún preparativo adicional. La fortaleza viril estaba muy bien, y también la inspiración bíblica, pero son relativamente escasas las personas que pueden quedarse sentadas sin moverse mientras les cortan la mano en rebanadas.

Tenía una abundante cantidad de tiras de lino para las vendas. Le remangué la camisa, luego usé algunas de las tiras para atarle el antebrazo a la mesa, aunque no muy fuerte, y puse una banda adicional para mantener los dedos agarrotados lejos del área de la operación.

Aunque Christie parecía algo escandalizado por la idea de beber alcohol al mismo tiempo que leía la Biblia, Jamie —y, posiblemente, también la visión de

los escalpelos que lo aguardaban— lo había convencido de que las circunstancias lo justificaban. Ya había consumido un par de onzas cuando le aseguré la mano como se debía y le empapé la palma con una buena cantidad de alcohol puro; ahora tenía un aspecto significativamente más relajado que cuando había entrado en la sala.

No obstante, esa sensación de relajación desapareció de repente cuando hice la primera incisión.

Su respiración se aceleró y se convirtió en un gemido agudo, su espalda se arqueó, se levantó de la silla y empujó la mesa, que se movió por el suelo con un chirrido. Le agarré la muñeca justo a tiempo antes de que se le saltaran las vendas, y Jamie lo cogió de los dos hombros, obligándolo a sentarse nuevamente.

—Vamos, vamos, tranquilo —dijo Jamie, agarrándolo con fuerza—. Todo va a salir bien, Tom. Sí, va a salir bien.

La cara de Christie estaba bañada en sudor y sus ojos se veían enormes detrás de las lentes de sus gafas. Tragó saliva, echó un rápido vistazo a la mano, de la que manaba abundante sangre, y luego apartó la mirada, blanco como el papel.

—Si va a vomitar, por favor, hágalo aquí, señor Christie —dije, acercándole un cubo vacío con el pie. Todavía tenía una mano sobre su muñeca y con la otra apretaba con fuerza un manojo de hilas esterilizadas sobre la incisión.

Christie estaba rígido, pero jadeaba constantemente y todos sus miembros temblaban, incluido aquél en el que yo tenía que trabajar.

—¿Paro? —le pregunté a Jamie, evaluando de una mirada el estado de Christie. Sentía su pulso golpeando en la muñeca que tenía agarrada. Todavía no estaba en estado de *shock*, pero no se sentía nada bien.

—No. No estaría bien desperdiciar tanto whisky, ¿no te parece? Además, él no querrá pasar por todo esto nuevamente. Tom, tome otra copita, le hará bien. —Llevó la taza a los labios de Christie y éste tragó sin vacilar.

Jamie le había soltado los hombros cuando Christie había vuelto a sentarse. Ahora cogió su antebrazo con una mano y apretó con fuerza. Con la otra, levantó la Biblia, que había caído al suelo, y la abrió.

—« La diestra del Señor es poderosa —leyó—. La diestra del Señor hace proezas». Bueno, eso es apropiado, ¿no? —Miró al paciente, que se había hundido en la silla y tenía la mano libre apretada contra el vientre.

—Continúe —le pidió él, con voz ronca.

—« No, no moriré, seguiré viviendo para contar las obras del Señor —prosiguió Jamie en voz baja pero firme—. El señor me ha castigado duramente pero no ha permitido que muriera» .

Al parecer, esa última frase le resultó reconfortante a Christie; su respiración se calmó un poco.

Yo no tenía tiempo para mirarlo, y su brazo, sujetado por Jamie, estaba duro

como la madera. Aun así, empezó a murmurar junto a Jamie, repitiendo algunas de las palabras.

—«Abridme las puertas de la justicia... Te doy gracias porque me has escuchado...».

Yo ya tenía expuesta la aponeurosis, y el engrosamiento se veía claramente. Con un movimiento del escalpelo le quité el borde; luego hice un corte implacable, atravesando el tejido fibroso... El bisturí llegó al hueso y Christie dejó escapar un grito ahogado.

—«El Señor es Dios; él nos ilumina; formen la procesión con ramos en la mano hasta los cuernos del altar...». —Me pareció oír un tono divertido en la voz de Jamie al leer esa parte.

En realidad, era cierto que daba la impresión de que yo estaba realizando un sacrificio; las manos no sangran con tanta abundancia como las heridas de la cabeza, pero hay muchos capilares pequeños en la palma, y yo tenía que enjugar la sangre con una mano mientras trabajaba con la otra; la mesa y el suelo a mi alrededor estaban llenos de hilas bañadas en sangre.

Jamie pasaba las páginas hacia adelante y hacia atrás, escogiendo pequeños fragmentos de las Escrituras, pero Christie lo seguía de cerca y recitaba las palabras al mismo tiempo que él. Le eché un rápido vistazo; todavía tenía mal color, y el pulso latía como un trueno, pero respiraba mejor. Era evidente que recitaba de memoria; los cristales de sus gafas estaban empañados.

Yo ya había dejado al descubierto el tejido afectado, y estaba cortando las diminutas fibras de la superficie del tendón. Los dedos agarrotados se retorcieron y los tendones expuestos se movieron de repente con un resplandor plateado, como un pez que salta en el agua. Agarré los dedos que se retorcían y los apreté con fuerza.

—No se mueva —dije—. Necesito las dos manos, no puedo sujetar la suya.

No tenía tiempo de levantar la mirada, pero percibí que él asentía, y le solté los dedos. Con los tendones brillando suavemente en la carne, quité los últimos restos de la aponeurosis, rocié la herida con una mezcla de alcohol y agua destilada para desinfectarla y me dispuse a limpiar las incisiones.

Las voces de los hombres no eran más que susurros, un rumor grave al que no había prestado atención, absorta como estaba en la tarea. Pero cuando me relajé un poco y empecé a suturar la herida, volví a escuchar.

—«El Señor es mi pastor, nada me faltará...».

Levanté la mirada al tiempo que me limpiaba el sudor de la frente con la manga, y vi que Thomas Christie sujetaba la pequeña Biblia con la mano libre, cerrada y apretada contra el cuerpo. Tenía la mandíbula clavada con fuerza en el pecho, los ojos cerrados y la cara distorsionada por el dolor.

Jamie seguía sosteniéndole el brazo vendado, pero había puesto la otra mano en el hombro de Christie y tenía la cabeza inclinada junto a la suya; sus ojos

también estaban cerrados cuando susurró las palabras: « Sí, aunque camine por el valle de la muerte, nada temeré...» .

Até el nudo de la última sutura, corté el hilo, y, con el mismo movimiento, corté las vendas de lino con las tijeras y solté el aliento que estaba contenido. Las voces de los hombres se interrumpieron de repente.

Levanté la mano, la envolví con una venda limpia y empujé con suavidad los dedos agarrotados hacia atrás, enderezándolos.

Los ojos de Christie se abrieron lentamente. Tenía las pupilas enormes y oscuras, y se miró la mano, parpadeando. Le sonreí y se la palmeé.

—« La bondad y la gracia me acompañarán a lo largo de mi vida —dije en voz baja—, y habitaré en la Casa del Señor para siempre» .

Sin tocar

El pulso de Christie era rápido, pero fuerte. Solté la muñeca que estaba sosteniendo y apoyé el dorso de la mano contra su frente.

—Tiene un poco de fiebre —le dije—. Tenga, tráguese esto. —Le puse una mano detrás de la espalda para ayudarla a incorporarse en la cama, lo que lo alarmó. Se sentó agitando las mantas y respirando con fuerza mientras empujaba la mano lastimada.

Tuve el tacto de fingir que no había notado su turbación, que achaqué al hecho de que él sólo iba vestido con una camisa y yo llevaba ropa de dormir. Mi indumentaria era bastante discreta, y además llevaba un ligero chal que me cubría el camisón de lino, pero tenía la idea razonable de que él no había estado cerca de ninguna mujer en *deshabillé* desde la muerte de su esposa, como mínimo.

Murmuré algo incoherente, sosteniéndole la infusión de consuelo mientras bebía, y luego le coloqué los cojines de una manera cómoda e impersonal.

En lugar de mandarlo de vuelta a su cabaña, yo había insistido en que se quedara a pasar la noche en casa, para poder vigilarlo por si se producía alguna infección postoperatoria. No pensaba perderlo de vista hasta que la incisión tuviera mejor aspecto, lo que debería ocurrir al día siguiente, si todo iba bien.

Todavía tembloroso por la impresión de la cirugía, no había puesto objeciones y la señora Bug y yo le preparamos una cama en la habitación de los Wemyss. El señor Wemyss y Lizzie habían ido a casa de los McGillivray.

No me quedaba láudano, pero le suministré a Christie una infusión de valeriana con hierba de San Juan y durmió casi toda la tarde. No quiso cenar, pero la señora Bug, a quien el señor Christie le caía bien, se pasó la mayor parte de la noche sirviéndole ponche y otros elixires alimenticios con un alto porcentaje de alcohol. En consecuencia, se lo veía bastante mareado, además de ruborizado, y no protestó cuando le cogí la mano vendada y acerqué la vela para examinarla.

La mano estaba hinchada, lo que era de esperar, aunque no en exceso. De todas formas, la venda estaba muy ceñida y le cortaba la piel, lo que era incómodo. La recorté con la tijera y, sujetando con cuidado la gasa bañada en miel que le cubría la herida, levanté la mano y la olfateé.

Olia a miel, a sangre, a hierbas, y al aroma suavemente metálico de la carne recién cortada; pero no estaba presente el hedor dulzón del pus. Presioné con delicadeza cerca de la venda, buscando señales de dolores fuertes o franjas de un

rojo intenso en la piel, pero, con excepción de una blandura razonable, sólo encontré un grado mínimo de inflamación.

De todas formas, tenía fiebre; habría que dejarlo en observación. Cogí un poco más de venda y rodeé la herida cuidadosamente. Luego le hice un bonito moño en el dorso de la mano.

—¿Por qué nunca lleva usted un pañuelo o un gorro, como es debido? —me espetó de repente.

—¿Qué? —Levanté la mirada, sorprendida. Por un momento había olvidado al hombre adosado a la mano. —¿Por qué debería hacerlo?

En ocasiones, antes de acostarme, me hacía una trenza en el pelo, pero esa noche no. Me lo había cepillado, y lo llevaba suelto alrededor de los hombros, con el agradable olor de la infusión de hisopo y flor de ortiga que le había añadido para mantener los piojos a raya.

—¿Por qué? —Su voz aumentó de volumen un poco—. « Toda mujer que ora o profetiza con la cabeza descubierta afrenta a su cabeza; porque lo mismo es que si se hubiese rapado» .

—Oh, ¿ya estamos otra vez con Pablo? —murmuré, volviendo la atención a la mano—. ¿No se le ha ocurrido que ese hombre estaba un poco obsesionado con las mujeres? Además, en este preciso momento no estoy rezando, y quiero ver cómo evoluciona la herida, antes de arriesgarme a profetizar. De todas formas, por ahora parece que...

—Su pelo. —Levanté la mirada—. Es... —Hizo un vago movimiento alrededor de su cabeza rapada—. Hay mucho —concluyó sin demasiada energía.

Lo observé un momento. Luego le solté la mano y busqué la pequeña Biblia verde, que estaba sobre la mesa.

—Era Corintios, ¿no? Hum, oh, sí, aquí está. —Me puse derecha y leí el versículo—: « La naturaleza misma, ¿no os enseña que al varón le es deshonroso dejarse crecer el cabello? Por el contrario, a la mujer dejarse crecer el cabello le es honroso; porque en lugar de velo le es dado el cabello» . —Cerré el libro de golpe y lo dejé donde estaba—. ¿Le gustaría pasar al otro lado del rellano y contarme a mi marido lo deshonroso que es su cabello? —pregunté cortésmente. Jamie ya se había acostado; llegaba un ronquido suave y rítmico desde nuestra habitación—. ¿O supone usted que él ya lo sabe?

Su boca se movió, abriendose y cerrándose sin emitir sonido alguno. No esperé a que él decidiera qué decir, sino que volví a prestar atención a su mano.

—Ahora —dije con firmeza—, debe hacer ejercicio regularmente, para asegurarse de que los músculos no se contracturen cuando se sanen. Al principio será doloroso, pero debe hacerlo. Déjeme enseñárselo.

Le cogí el dedo anular y, manteniéndoselo derecho, doblé la primera articulación un poco hacia adelante.

—¿Ve? Vamos, hágalo usted. Cójalo con la otra mano y luego trate de doblar sólo esa articulación. Sí, perfecto. ¿Siente un tirón hasta la palma de la mano? Eso es lo que quería. Ahora pruebe con el meñique... sí. ¡Sí, muy bien!

Levanté la mirada y le sonréi. El rubor había disminuido un poco, pero Christie todavía parecía totalmente desconcertado. No me sonrió, sino que apartó la mirada de inmediato, enfocándola en la mano.

—Bien. Ahora ponga la mano abierta sobre la mesa... Si, de esa forma... Y trate de levantar sólo el cuarto dedo y el meñique. Sí, sé que no es fácil. Pero siga intentándolo. ¿Tiene hambre, señor Christie?

Se había oído un fuerte gruñido procedente del estómago, que lo había alarmado a él tanto como a mí.

—Supongo que podría comer un poco —masculló, avergonzado.

—Le prepararé algo. Siga un poco más con los ejercicios, ¿le parece?

La casa estaba en completo silencio. Como hacía calor, los postigos se habían dejado abiertos, y por las ventanas entraba la luz de la luna, de modo que no había necesidad de encender una vela. Una sombra apareció en la oscuridad de mi consulta y me siguió por el pasillo hasta la cocina: era *Adso*, que había interrumpido su caza nocturna de ratones con la esperanza de una presa más fácil.

—Hola, gato —dije cuando él se deslizó entre mis piernas hacia la alacena—. Si crees que obtendrás un poco de jamón, te equivocas. Aunque sí podría darte un plato de leche.

La jarra de leche era de barro cocido, blanca con un aro azul, una silueta achaparrada y pálida flotando en la oscuridad. Serví un poco en un plato para *Adso*; luego me dispuse a preparar una cena ligera, consciente de que lo que los escoceses consideraban una cena ligera era comida suficiente para saciar a un caballo.

—Jamón, patatas fritas, potaje de harina frío, pan y manteca —dije para mis adentros—. Budín de conejo, tomate en conserva, un poco de uvas pasas para el pastel... ¿Qué más? Le daría leche, también, pero supongo que no querrá. Bueno, en realidad podríamos seguir con lo mismo; eso lo ayudará a dormir. —Busqué la jarra de whisky y la puse en la bandeja.

Un débil aroma a éter flotaba en el aire oscuro del pasillo cuando regresé hacia la escalera. Olfateé con recelo; ¿acaso *Adso* habría volcado el frasco? No, decidí que el olor no era tan intenso, sólo algunas moléculas rebeldes que se habían filtrado por el borde del corcho.

Me sentía aliviada, pero al mismo tiempo lamentaba que el señor Christie se hubiera negado a permitirme usar el éter; aliviada porque no había forma de saber si habría dado resultado y de qué manera; lo lamentaba porque me habría gustado mucho añadir el don de la inconsciencia a mi arsenal de habilidades.

Más allá del hecho de que la operación le había causado un gran dolor, era

mucho más difícil operar a una persona consciente. Los músculos estaban tensos, el sistema estaba inundado de adrenalina, el ritmo cardíaco se aceleraba demasiado, haciendo que la sangre manara a chorro en lugar de fluir... Por duodécima vez desde aquella mañana recréé en mi mente todo lo que había hecho, preguntándome si habría habido alguna manera mejor de afrontar los hechos.

Para mi sorpresa, Christie todavía estaba haciendo los ejercicios; tenía la cara cubierta por una pátina de sudor y la boca en un rictus de desagrado, pero seguía, empecinado, doblando las articulaciones.

—Muy bien —dijo—. Pero por ahora ya es suficiente. No quiero que empiece a sangrar de nuevo. —Cogí una compresa en un gesto automático y le limpié el sudor de la frente.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó, apartando la cabeza de mis manos, malhumorado—. La he oído hablar con alguien abajo.

—Oh —dijo, un poco avergonzada—. No, sólo el gato. —*Adso*, que me había seguido a la planta superior, saltó a la cama y comenzó a sobar las mantas con las patas, mientras sus grandes ojos verdes se clavaban en el plato de jamón.

Christie miró al gato con ojos de profunda sospecha que luego dirigió a mí.

—No, no es pariente mío —dije de manera cortante, al tiempo que levantaba a *Adso* y lo tiraba al suelo sin miramientos—. Es un gato. Hablar con él es un poco menos ridículo que hablar conmigo misma, eso es todo.

Una expresión de sorpresa atravesó el rostro de Christie; tal vez sorpresa porque yo le había leído la mente, o simple sorpresa por mi estupidez; pero las arrugas de sospecha de sus ojos se alisaron un poco.

Le corté la comida con una brusca eficiencia, pero él insistió en que se las arreglaría por su cuenta para comer. Lo hizo torpemente, con la mano izquierda, los ojos sobre el plato y las cejas arrugadas en un gesto de concentración.

Cuando terminó, bebió una taza de whisky como si fuera agua, la dejó, vacía, sobre la mesa, y me miró.

—Señora Fraser —dijo, en un tono preciso—. Soy un hombre educado. No creo que usted sea una bruja.

—Oh, ¿no? —exclamé, divertida—. ¿De modo que no cree usted en las brujas? Pero, como sabe, en la Biblia se las menciona.

—Yo no he dicho que no crea en brujas. Sí que creo. He dicho que usted no lo es.

—Me alegro de oír eso —respondí, tratando de no sonreír.

Christie estaba completamente ebrio; aunque su habla era incluso más cuidadosa de lo habitual, su acento se le había comenzado a notar. Por lo general, suprimía las inflexiones de su Edimburgo natal todo lo que podía, pero ahora el acento escocés volvía cada vez con más fuerza.

—¿Un poco más? —No aguardé respuesta, sino que serví una buena medida

de whisky en su taza vacía. Era evidente que estaba dolorido y le resultaría difícil volver a dormir sin ayuda.

Esta vez lo bebió a sorbos, observándome mientras yo recogía los restos de la cena. A pesar del alcohol y de tener el estómago lleno, estaba cada vez más inquieto. Me pareció que tal vez necesitaría el orinal, y estaba tratando de decidir si debía ofrecérselo o limitarme a marcharme de allí lo antes posible para que él se las arreglara solo. Supuse que la última alternativa sería la mejor.

Pero estaba equivocada. Antes de que pudiera excusarme, él dejó la taza sobre la mesa y se sentó derecho en la cama.

—Señora Fraser —dijo, clavándose un ojo redondo y brillante como una cuenta—. Quiero pedirle disculpas.

—¿Por qué? —pregunté, alarmada.

—Por... mi comportamiento de esta mañana.

—Oh. Bueno... No se preocupe. Soy consciente de que la idea de que lo durmieran debió de parecerle... muy peculiar.

—No me refería a eso. —Levantó la mirada rápidamente, luego volvió a bajarla—. Me refería... a que yo... no pude quedarme quieto.

Vi cómo el rojo subido volvía a inundarle las mejillas y sentí una repentina punzada de compasión. Estaba verdaderamente avergonzado.

Dejé la bandeja y me senté despacio en el taburete a su lado, preguntándome qué podría decir para aliviarlo y al mismo tiempo no empeorar las cosas.

—Señor Christie —comencé—, nunca esperaría que nadie se quedara quieto mientras le están abriendo la mano. Simplemente, la naturaleza humana no es así.

—Ni siquiera su marido?

Parpadeé, desconcertada por su tono de amargura.

—¿Qué le ha hecho decir eso? —pregunté en voz baja. Le cogí la mano lastimada, aparentando revisar el vendaje. En realidad, lo hice para tener algo que mirar que no fueran sus ojos.

—Es cierto, ¿verdad? La mano de su marido. —Me apuntó con la barbillá en actitud belicosa—. Él dijo que usted se la había curado. Y él no se movió ni se retorció de dolor en aquel entonces, ¿verdad?

Bueno, no, era cierto. Jamie había orado, maldecido, sudado, llorado... y gritado una o dos veces. Pero no se había movido.

—Cada persona es distinta —dije—. Yo no esperaría...

—Usted no esperaría que ningún hombre tuviera el temple de su marido. Si, lo sé. —El desagradable tono rojizo había vuelto a arder en sus mejillas, y él se miró la mano vendada. Los dedos de la mano sana estaban apretados en un puño.

—No es eso lo que he querido decir —protesté—. ¡De ninguna manera! He cosido heridas y reparado huesos de muchos hombres buenos... Casi todos los highlanders son muy valientes... —Una fracción de segundo demasiado tarde caí

en la cuenta de que Christie no era highlander.

Dejó escapar un grave gruñido desde el fondo de la garganta.

—Highlanders —repitió—. ¡Ejem! —añadió en un tono que dejaba bien claro que le habría gustado escupir en el suelo, de no ser porque se encontraba en presencia de una dama.

—¿Bárbaros? —dijo, reaccionando a su tono. Me miró y vi que su boca se curvaba; él también acababa de darse cuenta de algo demasiado tarde. Apartó la mirada y respiró hondo... Sentí el olor a whisky cuando exhaló.

—Su marido... es... sin duda, un caballero. Viene de una familia noble, aunque manchada por la traición. —La «r» de «traición» retumbó como un trueno; no había duda, estaba totalmente borracho—. Pero también es... también... —Frunció el ceño, buscando una palabra más apropiada, luego se dio por vencido—. Uno de ellos. Seguramente usted lo sabe bien. ¿Y está con él, una inglesa?

—Uno de ellos. ¿Quiere decir un highlander, o un bárbaro?

—Es lo mismo, ¿no?

Supuse que en cierto sentido tendría razón. Si bien yo había conocido highlanders ricos y educados, como Colum y Dougal MacKenzie —por no mencionar al abuelo de Jamie, el traidor lord Lovat, a quien Christie se refería—, el hecho era que todos ellos poseían los instintos de un pirata vikingo. Y, para ser totalmente honesta, Jamie también.

—Ah... Bueno, sí tienden a ser un poco... —empecé a decir—. Bueno, han sido educados para ser combatientes, supongo. ¿Es eso lo que usted quiere decir?

Él suspiró profundamente y sacudió un poco la cabeza, aunque me pareció que no era para expresar su desacuerdo, sino su desesperación al pensar en los hábitos y las costumbres de las Highlands.

El señor Christie era bastante educado, hijo de un mercader de Edimburgo que había crecido por su cuenta. Como tal, tenía pretensiones —dolorosas— de ser un caballero. Pero era evidente que jamás sería un bárbaro propiamente dicho. Me di cuenta de por qué los highlanders lo desconcertaban y lo irritaban al mismo tiempo. Me pregunté cómo habría sido para él encontrarse prisionero junto a una horda de bárbaros zafios, violentos, extravagantes y católicos, y ser tratado como si fuera uno de ellos.

Él se había recostado un poco sobre la almohada, con los ojos cerrados y la boca apretada. Sin abrir los ojos, preguntó de pronto:

—¿Sabía usted que su marido tiene cicatrices de azotes?

Abrí la boca para responder en tono cortante que llevaba casi treinta años casada con Jamie, cuando me di cuenta de que la pregunta implicaba algo sobre la naturaleza del concepto del matrimonio que tenía el propio Christie y que yo no quería examinar muy de cerca.

—Lo sé —dije en cambio, brevemente—. ¿Por qué?

Christie abrió los ojos, que estaban un poco desenfocados, y con un leve esfuerzo, posó su mirada sobre mí.

—¿Sabe por qué? —preguntó, arrastrando las palabras—. ¿Qué hizo?
Sentí que se me acaloraban las mejillas.

—En Ardmuir —continuó Christie antes de que yo pudiera responder—. Admitió estar en posesión de una pieza de tartán. Estaba prohibido.

—¿Sí? —dije de un modo reflejo, intrigada—. Quiero decir, ¿en serio?

Christie movió la cabeza lentamente, hacia atrás y hacia adelante. Parecía un búho grande y borracho. Sus ojos se clavaron en mí con furia.

—No era suya —añadió—. Era de un joven.

Abrió la boca para hablar un poco más, pero lo único que salió de ella fue un suave eructo, que lo sorprendió. Cerró la boca y parpadeó, luego volvió a intentarlo.

—Fue un acto de una extra... extraordinaria nobleza y... y valentía. —Me miró y sacudió un poco la cabeza—. In... incompren... sible.

—Incomprensible? ¿Se refiere a cómo lo hizo? —Bien sabía yo cómo; Jamie era tan extremadamente tozudo que llegaba al final de cualquier acción que se propusiera.

—No cómo. —La cabeza de Christie se inclinó un poco y él la enderezó con esfuerzo—. Sino por qué.

—Por qué? —Quise decir: «Porque es un héroe, por eso; no puede evitarlo», pero en realidad no habría sido correcto—. Él haría cualquier cosa para proteger a uno de sus hombres —dije, en cambio.

La mirada de Christie estaba un poco vidriosa, pero seguía siendo de inteligencia; me miró durante un largo rato, sin hablar, mientras los pensamientos surcaban lentamente su mente detrás de sus ojos.

—Él cree que yo soy uno de «sus hombres»? —preguntó Christie por fin. Su voz era casi un susurro, pero cargado de incredulidad y escándalo—. Porque no lo soy. ¡Se lo assure... aseguro!

—No —contesté con un suspiro—. Estoy segura de que no. Si se refiere a eso —añadí, señalando con un gesto la pequeña Biblia—, estoy segura de que fue un gesto de amabilidad. Lo haría por cualquier desconocido; usted también lo haría, ¿verdad?

Él respiró profundamente durante un rato, mirándome con enfado, pero luego asintió con la cabeza una sola vez y se echó hacia atrás como si estuviera agotado. Toda su beligerancia se había ido de pronto, como el aire de un globo, y parecía más pequeño y algo triste.

—Lo siento —dijo en voz baja. Levantó la mano vendada y luego la dejó caer.

No estaba segura de si esa disculpa era por sus comentarios sobre Jamie o por lo que él consideraba su falta de valentía esa mañana. De todas formas, me

pareció que lo mejor sería no seguir averiguándolo; me incorporé, alisándome el camisón de lino sobre los muslos.

Levanté un poco el edredón y lo acomodé. Luego apagué la vela. Él había pasado a ser una silueta oscura contra las almohadas, con una respiración lenta y ronca.

—Se ha portado usted muy bien —susurré, y le palmeé el hombro—. Buenas noches, señor Christie.

Mi bárbaro particular estaba dormido, pero se despertó, como un gato, cuando me metí en la cama. Estiró un brazo y me acercó a él.

—Mmm?

Me acurruqué contra su cuerpo y los músculos de mis muslos comenzaron a relajarse automáticamente por su calor.

—Mmm.

—Ah. ¿Cómo se encuentra el pequeño Tom? —Se echó un poco hacia atrás y sus grandes manos bajaron por mi trapecio y empezaron a masajear los nudos de mi cuello y mis hombros.

—Oh. Detestable, quisquilloso y muy borracho. Aparte de eso, bien. Oh, sí. Más, por favor... un poco más arriba, oh, sí. Oooh.

—Sí, bueno, él es así... Salvo por la ebriedad. Si sigues gimiendo así, Sassenach, pensará que estoy frotándote otra cosa.

—No me importa —dije con los ojos cerrados—. Ya he tenido bastante de Tom Christie por el momento. Además, lo más probable es que esté inconsciente, con todo lo que ha bebido.

De todas formas, reduje mis reacciones vocales, por el bien del descanso de mi paciente.

—¿De dónde salió esa Biblia? —pregunté, aunque la respuesta era obvia. Seguramente Jenny la había mandado desde Lallybroch; su último envío había llegado unos días antes, cuando yo estaba en Salem.

—Me asustó un poco verla entre los libros que me mandó mi hermana. No pude decidir qué hacer con ella, ¿sabes?

—¿Por qué la mandó? ¿Te lo dijo? —Mis hombros comenzaban a relajarse, y el dolor que sentía entre ellos disminuyó ligeramente.

—La mandó junto con otros libros; dijo que estaba ordenando el desván y encontró una caja, de modo que decidió mandármelos. Me dijo que los habitantes de la aldea de Kildennie habían decidido emigrar a Carolina del Norte; allí son todos MacGregor, ¿sabes?

—Oh, ya veo. —Jamie me había comentado en una ocasión que tenía la intención de encontrar algún día a la madre de Alex MacGregor y entregarle la Biblia, junto con la información de que su hijo había sido vengado. Había hecho algunas preguntas sobre Culloden, pero había averiguado que ambos padres

estaban muertos. Sólo quedaba una hermana viva, que se había casado y se había marchado de su hogar; nadie sabía exactamente dónde estaba; ni siquiera si seguía en Escocia.

—¿Crees que Jenny o Ian encontraron por fin a la hermana? ¿Y que ella vivía en esa aldea?

—Es posible. Ya conoces a Jenny; dejaría que fuera mi decisión si voy a buscar a la mujer.

—¿Y lo harás? —Me di la vuelta para mirarlo.

Alex MacGregor se había colgado para no caer en las garras de Black Jack Randall. Éste estaba muerto; había fallecido en Culloden. Pero de los recuerdos de Jamie sobre Culloden sólo habían quedado fragmentos, por el traumatismo de la batalla y la fiebre que había padecido más tarde. Se había despertado, herido, con el cuerpo de Jack Randall encima del suyo... Pero no sabía qué había ocurrido.

Aun así, suponía yo, Alex MacGregor sí había sido vengado, fuera o no a manos de Jamie.

—Preguntaré por ahí —dijo por fin—. Se llamaba Mairi.

—Ya veo —dije—. Bueno, no puede haber más de, oh... trescientas o cuatrocientas mujeres que se llamen Mairi en Carolina del Norte.

Eso lo hizo reír y nos fuimos quedando dormidos, con el acompañamiento de los estentóreos ronquidos de Tom Christie al otro lado del vestíbulo.

Podrían haber sido minutos u horas más tarde cuando me desperté de pronto. La habitación estaba a oscuras, el fuego de la chimenea se había enfriado, y los postigos se agitaban débilmente. Me incorporé, tratando de despertarme lo suficiente como para levantarme e ir a ver a mi paciente... pero entonces lo oí, una inspiración larga y aguda, seguida de un atronador ronquido.

Me di cuenta de que no era él lo que me había despertado. Era el repentino silencio a mi lado. Jamie estaba tumbado, rígido, a un costado, y apenas respiraba.

Extendí una mano lentamente, para que el roce no lo sobresaltara, y la posé sobre su pierna. Él llevaba varios meses sin tener pesadillas, pero reconocí las señales.

—¿Qué ocurre? —susurré.

Él inspiró más hondo de lo habitual, y por un momento su cuerpo pareció replegarse sobre sí mismo. No me moví, sino que dejé la mano sobre su pierna, sintiendo la leve flexión del músculo bajo mis dedos, un tenue indicio de huida.

Pero no huyó. Agitó los hombros con un movimiento breve y violento, luego exhaló y se acomodó en el colchón. Permanecí en silencio, con la mano sobre él, mi cadera contra la suya, carne de su carne.

—A oscuras... —susurró por fin—, en Ardsmuir, estábamos a oscuras. A

veces había luna, o la luz de las estrellas, pero incluso en esos momentos no se podía ver nada en el suelo. Sólo negrura... Pero sí podíamos oír.

Oír la respiración de los cuarenta hombres de la celda y percibir sus movimientos. Ronquidos, toses, el sonido de un sueño intranquilo... y los sonidos pequeños y furtivos de los que seguían despiertos.

—Pasaban semanas, y no pensábamos en ello. Siempre teníamos hambre y frío. Estábamos hechos piel y huesos. No pensábamos mucho, entonces; sólo en cómo poner un pie delante del otro, levantar otra piedra... No queríamos pensar, ¿sabes? Y es fácil no hacerlo. Por un tiempo.

Pero, cada tanto, algo cambiaba. La niebla del agotamiento se disipaba, de repente, sin aviso.

—A veces sabías qué lo había causado: una historia que alguien había contado, tal vez, o la carta de la esposa o la hermana de alguien. A veces aparecía de la nada; nadie decía una palabra, pero te despertabas y lo sentías, en medio de la noche, como el olor de una mujer acostada a tu lado.

Recuerdos, anhelos... necesidades. Se volvieron hombres tocados por el fuego... que pasaban de una sorda aceptación al recuerdo repentino y doloroso de la pérdida.

—Todos se volvían un poco locos, durante un tiempo. Casi siempre había peleas. Y de noche, en la oscuridad...

De noche oían sonidos de desesperación, sollozos ahogados o movimientos sigilosos. Algunos hombres, finalmente, se buscaban entre sí... A veces para ser rechazados con gritos y golpes. A veces, no.

—¿Alguno de ellos alguna vez... te tocó? —pregunté, tentativamente.

—No. Ninguno pensaría siquiera en tocarme —dijo en voz muy baja—. Yo era su jefe. Me amaban... pero jamás se les habría ocurrido tocarme.

Respiró profunda, entrecortadamente.

—¿Y tú querías que lo hicieran? —susurré. Sentí mi propio pulso en la punta de mis dedos, latiendo contra su piel.

—Lo anhelaba —dijo con una voz tan suave que apenas pude oírlo, aunque estaba muy cerca—. Más que la comida. Más que el sueño... Aunque a veces lo que deseaba con más desesperación era dormir, y no sólo por el cansancio. Porque, cuando dormía, a veces te veía a ti.

» Pero no era el anhelo de una mujer, aunque Cristo sabe que eso ya era bastante doloroso. Era sólo... que quería el roce de una mano. Sólo eso.

La piel ardía de necesidad, hasta que él sintió que estaría volviéndose transparente, y que el crudo dolor de su corazón podía verse a través de su pecho.

Dejó escapar un pequeño sonido atribulado.

—¿Recuerdas aquellas imágenes del Sagrado Corazón? ¿Las que vimos en París?

Las recordaba. Pinturas del Renacimiento y la nitidez de las vidrieras que

brillaban en los pasillos de Notre Dame. El «varón de dolores» del que habló Isaías, con el corazón expuesto y atravesado, repleto de amor.

—Yo me acordaba de eso, y pensaba para mis adentros que el que había imaginado esa visión de Nuestro Señor probablemente era un hombre muy solitario, para haberlo entendido tan bien.

Levanté la mano y la posé con delicadeza sobre el suave valle de su pecho. Jamie cerró los ojos, suspirando, y me apretó la mano con fuerza.

—A veces me venía esa idea a la cabeza, y yo pensaba que sabía cómo debía de haberse sentido Jesús; tan necesitado, y sin nadie que quisiera tocarlo.

Cenizas en el aire

Jamie comprobó sus alforjas una vez más, aunque en los últimos tiempos lo hacía con tanta frecuencia que ya era poco más que una costumbre. De todas formas, cada vez que abría la del lado izquierdo, volvía a sonreír. Brianna se la había reorganizado, cosiendo unos lazos de cuero que sujetaban las pistolas, con la empuñadura hacia arriba, listas para sacarlas en caso de emergencia, así como también un grupo de compartimentos, astutamente dispuestos, donde estaban, bien a mano, la bolsa con las municiones, el cuerno de la pólvora, un cuchillo extra, un rollo de sedal de pesca, otro de cordel para montar trampas, un costurero con alfileres, agujas e hilo, un paquete de comida, una botella de cerveza y una camisa limpia cuidadosamente doblada.

En el exterior de la alforja había una pequeña bolsa que contenía lo que a Bree le gustaba llamar un «botiquín de primeros auxilios». En su interior había varias bolsitas de té de olor amargo, una lata de bálsamo y varias tiras de su cinta adhesiva, elementos que no parecían tener utilidad para ninguna situación problemática que él pudiera imaginar, pero que tampoco molestaban.

Sacó una pastilla de jabón que ella había añadido, junto con algunas otras fruslerías innecesarias, y las ocultó cuidadosamente debajo de un cubo, por miedo a que ella se offendiera.

Justo a tiempo; oyó su voz exhortando al pequeño Roger sobre la necesidad de un número suficiente de calcetines limpios en sus alforjas. Para cuando aparecieron por una esquina del granero, él ya había ajustado todas las hebillas.

—¿Listo, *a charaid*?

—Oh, sí —asintió Roger, y dejó en el suelo las alforjas que cargaba sobre el hombro. Se volvió hacia Bree, que tenía a Jemmy en brazos, y le dio un beso fugaz.

—¡Voy contigo, papá! —exclamó Jem, esperanzado.

—Esta vez, no, amiguito.

—¡Quiero ver indios!

—Más adelante, tal vez. Cuando seas mayor.

—¡Puedo hablar en indio! ¡El tío Ian me ha enseñado! ¡Quiero ir!

—Esta vez, no —repitió Bree con firmeza, pero Jem no tenía ganas de obedecer y empezó a retorcerse para que lo bajaran.

Jamie gruñó y lo hizo callar mirándolo fijamente.

—Ya has oido a tus padres —dijo. Jem dejó de gritar.

—Algún día deberás contarme cómo lo haces —dijo Roger, observando a su

hijo.

Jamie se echó a reír y se inclinó hacia Jemmy.

—¿Le das un beso de despedida a tu abuelo?

Jem, que había olvidado generosamente su desilusión, extendió los brazos y se agarró al cuello de Jamie. Éste levantó al muchachito de los brazos de Brianna, lo abrazó y lo besó.

—Pórtate bien y cuida a tu madre, ¿vale? Y cuando seas un poco mayor, tú también vendrás con nosotros. Despídete de *Clarence*; puedes decirle las palabras que te enseñó el tío Ian. —Y, si Dios quería, serían palabras apropiadas para un niño de tres años. Ian tenía un sentido del humor de lo más irresponsable.

Ya había ensillado y colocado lasbridas del caballo de Roger, y *Clarence*, la mula, iba cargada hasta las orejas. Brianna estaba revisando la cincha y las correas de los estribos mientras Roger colgaba las alforjas, más para mantenerse ocupada que porque fuera necesario. Se mordía el labio inferior; trataba de que no se notara su preocupación, pero no engañaba a nadie.

Jamie levantó a Jem para que palmeara el hocico de la mula, con la intención de dejarles a la muchacha y a su marido un momento de intimidad. *Clarence* era un buen animal y soportaba las entusiastas palmadas y frases mal pronunciadas en cherokee de Jem con una paciencia infinita, pero cuando Jem giró en brazos de Jamie para dirigirse a *Gideon*, su abuelo se echó hacia atrás de repente.

—No, muchachito, será mejor que no toques a ese maldito cabrón. Te arrancará la mano si lo haces.

Gideon movió las orejas y pateó el suelo con impaciencia. El gran semental se moría por tener otra oportunidad de matarlo.

—¿Por qué conservas a ese animal? —preguntó Brianna. Le quitó a Jemmy de los brazos y se alejó del caballo.

—¿Qué, el pequeño *Gideon*? Oh, nos llevamos bien. Además, él es la mitad de las mercancías que llevo para comerciar.

—¿En serio? ¿Estás seguro de que no iniciarás una guerra si les das a los indios un caballo como éste?

—Oh, no tengo intención de entregárselo a ellos —le aseguró—. Al menos, no directamente.

Gideon tenía muy mal genio, era uno de esos caballos que constantemente empujaban con la cabeza hacia atrás; tenía una boca que parecía de hierro y una fuerza de voluntad equivalente. Sin embargo, estas características eran, al parecer, de lo más atractivas para los indios, tanto como el inmenso pecho del corcel, su largo aliento y su sólida musculatura. Cuando Aire Quietó, el sachem, el representante en tiempos de paz, de una de las aldeas, le había ofrecido tres pieles de ciervo por la oportunidad de aparear su yegua manchada con *Gideon*, de repente Jamie se dio cuenta de que tenía algo valioso en ese animal.

—Fue una gran suerte que no tuviera tiempo de castrarlo —dijo, palmeando a *Gideon* con familiaridad en el lomo y echándose hacia atrás rápidamente cuando el corcel giró la cabeza para morderlo—. Se gana lo que gasta, y más, como semental de los ponis indios. Es lo único que le he pedido que hiciera que él no ha rechazado.

Brianna se había puesto colorada como un tomate.

—¿Qué es castrar? —preguntó Jem.

—Tu madre te lo explicará. —Jamie le sonrió, pasó la mano por el pelo del pequeño y se volvió hacia Roger—: ¿Listo, muchacho?

Roger Mac asintió, puso un pie en el estribo y, con un giro, montó sobre su cabalgadura. Era un fiable caballo zaino, bastante viejo, que respondía al nombre de *Agripa* y que tendía a gruñir y a resollar, pero, a pesar de eso, era fuerte y útil para un jinete como Roger, bastante competente, pero que tenía importantes reservas sobre los caballos.

Roger se inclinó desde la montura para darle un último beso a Brianna, y los dos hombres emprendieron la marcha. Jamie ya se había despedido antes, en la intimidad, de Claire.

Ella estaba en la ventana de su dormitorio, esperando para saludarlos cuando pasaran por allí, con un cepillo en la mano. Llevaba el pelo suelto, y el sol de la mañana caía sobre él como llamas a través de un espino. Jamie tuvo una sensación extraña al verla así, semidesnuda, sólo con su camisón. Un intenso deseo, a pesar de que habían hecho el amor menos de media hora antes. Y algo casi parecido al miedo, como si jamás fuera a volver a verla.

Inconscientemente, echó un vistazo a su mano izquierda y vio el fantasma de la cicatriz en la base del pulgar, aquella «C» tan descolorida que ya casi era invisible. No la había notado ni había pensado en ella en muchos años, y de pronto sintió que el aire no le alcanzaba para respirar.

No obstante, hizo un gesto de saludo y su esposa le lanzó un beso, riendo. Por Dios, la había marcado; al ver la oscura franja del mordisco de amor que le había dejado en el cuello, un intenso rubor le llenó la cara. Clavó los tacones en el lomo de *Gideon*, haciendo que el corcel soltara un chillido y girara la cabeza para tratar de morderle la pierna.

Luego los dos hombres emprendieron la marcha. Jamie miró hacia atrás sólo una vez, en dirección al sendero, y vio que ella todavía estaba allí, en la ventana. Claire levantó una mano, como en un gesto de bendición, y luego los árboles la ocultaron de la vista.

El tiempo era bueno, aunque un poco frío para principios de otoño; el aliento de los caballos creaba nubecillas de vapor mientras bajaban del cerro a través del diminuto asentamiento que había pasado a llamarse Coopersville y avanzaban a lo largo del camino de los grandes búfalos hacia el norte. Todavía era demasiado

pronto para que nevara, aunque no era raro que lloviera con fuerza en esa época. Sin embargo, sólo había unas cuantas nubes; nada preocupante.

No hablaban mucho, cada uno absorto en sus pensamientos. Roger Mac era una compañía agradable, la mayor parte del tiempo. Pero Jamie echaba de menos a Ian; le habría gustado hablar con él sobre cómo estaba la situación con Tsisqua. Ian entendía la mente de los indios mejor que la mayoría de los hombres blancos, y si bien Jamie comprendía bastante bien el gesto de Pájaro de mandarle los huesos del ermitaño —prueba de que su buena voluntad hacia los colonos seguía vigente, en el caso de que el rey le mandara armas—, le habría servido la opinión de Ian. Y a pesar de que era necesario presentar a Roger Mac en las aldeas por el bien de las relaciones futuras... Bueno, Jamie se sonrojó ante la idea de tener que contarle lo que había ocurrido...

Maldito Ian. El muchacho, simplemente, se había marchado unos días antes con su perro durante la noche. Ya lo había hecho en otras ocasiones, y sin duda regresaría como se había marchado. Era evidente que la oscuridad que había traído del norte cada tanto se volvía demasiado para él, y entonces desaparecía en el bosque, para regresar mudo y retraído, pero un poco más en paz consigo mismo.

Jamie lo comprendía; estar solo era, en cierta manera, un bálsamo para la soledad. Y fuera cual fuese el recuerdo del que el muchacho estaba huyendo —o estaba buscando— en el bosque...

« ¿Alguna vez te ha hablado de ellos? —le había preguntado Claire, preocupada—. ¿De su esposa? ¿De su hijo?» .

No. Ian no contaba nada sobre el tiempo que había pasado con los mohawk, y el único objeto que había traído del norte era un brazalete hecho de conchas blancas y azules de *wampum*. Jamie lo había visto de reojo en la faltriquera de Ian una vez, pero no el tiempo suficiente como para distinguir el dibujo.

« Que el bendito Miguel te defienda, muchacho —pensó en silencio respecto de Ian. Y que los ángeles te curen» .

Entre una cosa y otra, Jamie y Roger Mac no mantuvieron una verdadera conversación hasta que pararon para almorzar. Comieron los alimentos frescos que les habían preparado sus mujeres, y los disfrutaron. Quedaba bastante para la cena; al día siguiente, se arreglarían con galletas de maíz y cualquier cosa que encontraran en el camino y fuera fácil de cazar y cocinar. Y, un día después, las mujeres de Pájaro de Nieve los agasajarían como a reyes, en su calidad de representantes del rey de Inglaterra.

—La última vez fue pato relleno con batata y maíz —dijo Jamie—. Es de buena educación comer todo lo que puedas, te lo advierto, no importa qué te sirvan: tú eres el invitado.

—Entiendo. —Roger sonrió débilmente—. Respecto a eso... Me refiero a ser invitados. Creo que hay un pequeño problema... con Hiram Crombie.

—¿Hiram? —Jamie se sorprendió. —¿Qué tiene que ver Hiram en esto?

—Bueno, es sólo que... Tú sabes que todos llaman «Ephraim» a los huesos que enterramos. Fue culpa de Bree, pero ya está hecho. —Jamie asintió con curiosidad—. Bueno. Ayer Hiram se me acercó y me dijo que había estado reflexionando sobre este asunto, rezando y todo esto, y que había llegado a la conclusión de que, si era cierto que algunos de los indios eran parientes de su esposa, entonces era razonable que algunos de ellos también debían salvarse.

—¿Ah, sí? —comentó Jamie, divertido.

—Sí. Y entonces, dice, él siente que es su obligación llevar a esos salvajes la palabra de Cristo. Puesto que, ¿de qué otra manera podrían oírla?

Jamie se frotó el labio superior con el pulgar, debatiéndose entre la diversión y la desesperación por la idea de que Hiram Crombie invadiera las aldeas de los cherokees con el libro de salmos en la mano.

—Hum. Bueno, pero... —Acaso vosotros, los presbiterianos, quiero decir, no creéis que todo está predestinado? Me refiero a que algunos se salvarán y otros se condenarán y no hay nada que se pueda hacer al respecto... Y que ésa es la razón por la que los católicos irán todos al infierno...

—Ah... Bueno... —Roger vaciló—. Hum. Supongo que habrá algunas diferencias de opinión entre los presbiterianos. Pero, sí, eso es más o menos lo que piensan Hiram y sus seguidores.

—Mira —continuó—, es la misma razón por la que los presbiterianos rezan y van al templo. Incluso aunque estén seguros de que se van a salvar, sienten que quieren alabar a Dios por ello, y... y aprender a mejorar, vivir como Dios desea que lo hagan. Como gratitud por esa salvación, ¿sabes?

—En realidad, yo creo que al dios de Hiram Crombie no le gustaría mucho el estilo de vida de los indios —comentó Jamie, inundado por el nítido recuerdo de cuerpos desnudos iluminados por el resplandor de las brasas.

—Ciento —dijo Roger.

—Sí, ya entiendo cuál puede ser la dificultad. De modo que Hiram planea ir a las aldeas cherokee a predicar, ¿es así?

—Para ser más exactos, quiere que lo lleves hasta allí y que hagas las presentaciones. Dice que no espera que tú traduzcas las oraciones.

—Santo Dios. —Jamie se tomó un momento para valorar la idea; luego negó decididamente con la cabeza—. No.

—Desde luego que no. —Roger sacó el corcho de una botella de cerveza y se la ofreció—. Me pareció que debía contártelo, para que puedas decidir qué le dirás cuando él te lo pida.

—Muy considerado de tu parte —dijo Jamie. Cogió la botella y le dio un largo sorbo.

La bajó, cogió aire... y se quedó inmóvil. Vio que la cabeza de Roger Mac giraba de repente y se dio cuenta de que él también lo había percibido en la

fresca brisa.

Roger Mac se volvió hacia él con sus negras cejas fruncidas.

—¿Hueles a quemado? —dijo.

Roger fue el primero en oírlos: un estentóreo aquelarre de gritos y cacareos, estridentes como brujas. Luego un fuerte batir de alas cuando los vieron, y las aves huyeron volando hacia lo alto, en su mayoría cuervos, y, entre ellos, uno o dos negros y enormes.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja.

A un costado de la casa había dos cuerpos colgando de un árbol. Lo que quedaba de ellos. Supo que eran un hombre y una mujer, pero sólo por la ropa. Había un pedazo de papel clavado en la pierna del hombre, tan arrugado y manchado que lo vio sólo porque uno de sus bordes se agitó con la brisa.

Jamie lo arrancó, lo desdobló lo bastante como para leerlo y lo arrojó al suelo. «Muerte a los reguladores», decía; Roger vio las palabras durante un instante, antes de que el viento se lo llevara.

—Dónde están los niños? —preguntó Jamie, volviéndose de pronto hacia él —. Estas personas tenían hijos. ¿Dónde están?

Las cenizas estaban frías, y se esparcían en el aire, pero a Roger lo inundó un olor a quemado que le obstruyó la respiración y le irritó la garganta. Trató de hablar, se aclaró la voz, y escupió.

—Escondidos, quizás —consiguió decir, y extendió el brazo hacia el bosque.

—Sí, puede ser. —Jamie se puso de pie repentinamente, gritó en dirección al bosque y, sin esperar respuesta, se lanzó hacia los árboles, mientras volvía a gritar.

Roger lo siguió, desviándose a un costado cuando alcanzaron el borde del bosque, que subía por la colina detrás de la casa. Ambos gritaban palabras de serenidad que se desvanecían de inmediato en el silencio.

Roger tropezó entre los árboles, sudando, jadeando, gritando sin prestar atención al dolor de su garganta, apenas deteniéndose para escuchar si alguien contestaba. En varias ocasiones percibió movimiento por el rabillo del ojo y se lanzó hacia el lugar en cuestión, pero no encontró más que el viento agitando una franja de juncias secas o una enredadera colgante que se balanceaba como si alguien hubiera pasado por allí.

Imaginó a medias que estaba viendo a Jem, que jugaba al escondite, y la visión de un pie moviéndose velozmente, del sol brillando en una cabecita, le devolvió las fuerzas para volver a gritar, una y otra vez. Hasta que, por fin, tuvo que admitir que los niños no podrían haberse alejado tanto, y regresó, trazando un círculo, en dirección a la cabaña, llamándolos con graznidos intermitentes, roncos y entrecortados.

Cuando llegó al jardín vio que Jamie estaba agachándose para coger una

roca, que arrojó con gran fuerza a un par de cuervos que se acercaban con ojos brillantes a su presa. Los cuervos graznaron y se alejaron batiendo las alas, pero sólo hasta un árbol más allá, donde se posaron para seguir vigilando los cadáveres.

El día era frío, pero ambos estaban empapados en sudor y el pelo mojado les colgaba sobre la nuca. Jamie se limpió la cara con la manga, sin dejar de jadear.

—¿C... cuántos... niños? —Roger también tenía la respiración agitada, y la garganta tan irritada que sus palabras fueron apenas un susurro.

—Tres, por lo menos. —Jamie tosió, carraspeó, y escupió—. El mayor tiene doce años, probablemente. —Se quedó de pie un momento, mirando los cuerpos. Luego se santiguó y sacó la daga para bajarlos.

No tenían nada con qué cavar; lo mejor que pudieron hacer fue abrir un pozo amplio y superficial en el mantillo del bosque, y erigir un pequeño túmulo de rocas, tanto para desalentar a los cuervos como para tener un gesto de decencia.

—¿Eran reguladores? —preguntó Roger.

—Sí, pero... —Jamie se quedó sin palabras—. Esto no tiene nada que ver con ese asunto. —Sacudió la cabeza y se dio la vuelta para juntar más rocas.

Al principio, Roger pensó que aquello se trataba de una roca, semiescondida entre las hojas que habían volado hacia la pared quemada de la cabaña, pero cuando la tocó, aquella cosa se movió, haciendo que él se pusiera de pie con un grito.

Jamie llegó a su lado en cuestión de segundos, a tiempo para ayudarlo a sacar a la niñita de entre las hojas y las ramitas.

—Shhh, *a muirninn*, shhh —la apremió Jamie, aunque en realidad la niña no estaba llorando. Tenía alrededor de ocho años, y la ropa y el pelo estaban tan quemados y la piel tan ennegrecida y agrietada que parecía de piedra, salvo por los ojos.

—Oh, Dios mío, oh, Dios mío —decía Roger sin cesar, entre dientes.

Estaba acunándola contra su pecho, y ella tenía los ojos entrecerrados, mirándolo con algo que no se parecía en nada al alivio ni a la curiosidad, sino a una serena fatalidad.

Jamie vertió agua de su cantimplora en un pañuelo; le introdujo una punta entre los labios para mojarlos, y Roger vio que la garganta de la niña se movía instintivamente cuando ella chupaba.

—Te pondrás bien —le susurró—. Estarás bien, *a leannan*.

—¿Quién te ha hecho esto, *a nighean*? —preguntó Jamie, con la misma suavidad.

Roger se dio cuenta de que la niña comprendía; la pregunta agitó la superficie de sus ojos como el viento en una laguna; pero luego pasó de largo, dejándolos otra vez en calma. Ella no hablaba, por más preguntas que le hicieran; sólo los miraba sin curiosidad en los ojos, y seguía chupando con aire soñador el pañuelo

mojado.

—¿Te han bautizado, *a leannan*? —le preguntó Jamie por fin, y Roger se sobresaltó al oírlo. Con la impresión que había sentido al encontrarla, en realidad no había analizado su estado.

—*Elle ne peut pas vivre* —dijo Jamie en voz baja, mirando a Roger a los ojos. «Ella no sobrevivirá».

La primera reacción de Roger fue negar la evidencia. Por supuesto que sobreviviría; debía hacerlo. Pero le faltaban grandes pedazos de piel, y la carne viva estaba cubierta por una costra, aunque seguía supurando. Alcanzaba a divisar el borde blanco del hueso de la rodilla, y, literalmente, pudo ver el corazoncito latiendo, un bulto rojizo y translúcido que se movía en el corte de la caja torácica. Era ligera como los ídolos de paja, esos huecos que se practicaban en las gavillas del trigo para espantar a los malos espíritus, y Roger cobró conciencia, dolorosamente, de que la niña parecía flotar en sus brazos, como una mancha de aceite en el agua.

—¿Duele, cariño? —le preguntó.

—¿Mamá? —susurró ella. Luego cerró los ojos y ya no dijo nada más, excepto «¿Mamá?» cada tanto.

Al principio él había pensado en llevarla de regreso al cerro, a Claire. Pero hasta allí había más de un día de camino; no llegaría viva. Era imposible.

Tragó saliva; la revelación se cerró en torno a su garganta como una horca. Miró a Jamie y vio la misma y asqueada comprensión en sus ojos. Jamie también tragó saliva.

—¿Tú... sabes cómo se llama? —Roger apenas podía respirar, y tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar esas palabras. Jamie negó con la cabeza, luego se incorporó, con los hombros encorvados.

La niña había dejado de chupar el pañuelo, pero seguía murmurando «¿Mamá?» intermitentemente. Jamie le sacó el pañuelo de los labios y lo exprimió para que cayeran algunas gotas sobre su frente ennegrecida, al tiempo que susurraba las palabras del bautismo.

Luego los dos se miraron, aceptando la necesidad de ese rito. Jamie estaba pálido, y las gotas de sudor brillaban en su labio superior entre los pelos de su barba roja. Respiró hondo, armándose de valor, y levantó las manos en un gesto de ofrenda.

—No —lo interrumpió Roger con suavidad—. Lo haré yo. —Ella era suya; antes que entregársela a otra persona, habría preferido que le arrancaran un brazo. Buscó el pañuelo y Jamie se lo puso en la mano, manchado de hollín y todavía húmedo.

Jamás había pensado en una cosa semejante, y no podía hacerlo en ese momento. No era necesario; sin vacilar, la acunó más próxima al cuerpo y le cubrió la nariz y la boca con el pañuelo; luego apretó con fuerza el pañuelo con la

mano, sintiendo el pequeño bulto de la nariz atrapado entre el pulgar y el dedo índice.

El viento se agitó entre las hojas, y una lluvia dorada cayó sobre ellos, susurrando en su piel, rozándoles la cara con un hálito de frescura. Ella debía de tener frío, pensó, y deseó cubrirla, pero tenía las dos manos ocupadas.

Estaba rodeándola con el otro brazo, y la mano descansaba sobre el pecho; podía sentir el diminuto corazón bajo los dedos. Saltó, latió velozmente, se detuvo por un momento, luego volvió a latir dos veces más... y paró. Tembló un momento; él sintió cómo trataba de encontrar la fuerza suficiente para latir una última vez, y sufrió la momentánea ilusión de que no sólo lo haría, sino que atravesaría por la fuerza la frágil pared de su pecho y saltaría sobre su mano, en su ansia por vivir.

Pero el momento pasó, como la ilusión, y sobrevino una gran quietud. Cerca, muy cerca, graznó un cuervo.

Ya casi habían terminado de enterrarla cuando el sonido de cascos y el cascabeleo de unos arreos anunciaron la llegada de visitantes. Muchos visitantes.

Roger, listo para esfumarse en el bosque, miró a su suegro, pero Jamie negó con la cabeza, respondiendo a la pregunta implícita.

—No, no regresarian. ¿Para qué? —Con una lúgubre mirada contempló las ruinas humeantes del asentamiento, el jardín pisoteado y los montículos de las tumbas. La niñita todavía yacía cerca, cubierta con el manto de Roger. Él aún no había podido colocarla bajo tierra; la visión de ella con vida era todavía muy reciente.

Jamie se incorporó y estiró la espalda. Roger lo vio comprobar que el rifle estaba a mano, recostado contra el tronco de un árbol. Luego se acomodó, apoyándose en la chamuscada tabla que había usado a modo de pala, y esperó.

El primero de los jinetes salió del bosque con su caballo resollando por el olor a quemado. El jinete lo hizo girar con habilidad e hizo que se acercara a ellos, inclinándose hacia adelante para ver quiénes eran.

—Ah, ¿es usted, Fraser? —El rostro arrugado de Richard Brown mostraba una triste jovialidad. Contempló las maderas carbonizadas y humeantes, luego dio la vuelta y miró a sus camaradas—. Ya me parecía que usted no sólo ganaba dinero vendiendo whisky...

Los hombres —Roger contó seis— se movieron en sus monturas, resoplando, divertidos.

—Un poco de respeto por los muertos, Brown. —Jamie señaló las tumbas con un movimiento de la cabeza y la cara de Brown se tensó.

—¿Están ustedes dos solos? ¿Qué hacen aquí?

—Cavando tumbas —dijo Roger. Tenía ampollas en las palmas; se frotó una mano lentamente a un costado de los pantalones—. ¿Qué hacen ustedes aquí?

Brown se irguió bruscamente en la montura, pero fue su hermano Lionel quien respondió.

—Venimos de Owenawisgu —dijo, señalando los caballos con la cabeza. Roger miró en esa dirección y vio que había cuatro caballos de carga, cargados de pieles, y que varios de los otros caballos llevaban abultadas alforjas—. Olimos el fuego y vinimos a ver. —Miró las tumbas—. ¿Era Tige O'Brian?

Jamie asintió.

—¿Los conocían?

—Sí. Esto está de camino de Owenawisgu. He parado aquí una o dos veces; he cenado con ellos. —Con retraso, se quitó el sombrero y con la palma de la mano se alisó unos mechones de pelo sobre la incipiente calvicie de su coronilla—. Que descansen en paz.

—¿Quién los quemó, si no fueron ustedes? —gritó uno de los hombres más jóvenes del grupo. El hombre, también Brown a juzgar por los hombros estrechos y la enorme mandíbula como un farol, sonrió de manera inapropiada. Era obvio que pensaba que todo aquello era una broma.

El papel chamuscado había volado con el viento; se agitó contra una roca cerca de los pies de Roger. Éste lo levantó y, dando un paso hacia adelante, lo golpeó contra la montura de Lionel Brown.

—¿Saben algo de esto? Estaba clavado en el cuerpo de O'Brian.

Lionel Brown echó un vistazo al papel con las cejas levantadas; luego se lo pasó a su hermano.

—No. Lo ha escrito usted mismo, ¿verdad?

—¿Qué? —Miró fijamente al hombre, parpadeando por el viento.

—Indios —dijo Lionel Brown, haciendo un gesto en dirección a la casa—. Esto lo han hecho los indios.

—¿Ah, sí? —Roger percibió las corrientes subterráneas en la voz de Jamie: escepticismo, cautela y furia—. ¿Qué indios? ¿Aquéllos a quienes ustedes les compraron las pieles? Ellos se lo contaron, ¿no?

—No seas tonto, Nelly. —Richard Brown mantuvo un tono grave en la voz, pero su hermano se sobresaltó un poco al oírlo. Brown acercó un poco más el caballo. Jamie se mantuvo firme en su sitio, aunque Roger vio cómo sus manos apretaban con fuerza la tabla.

—Han acabado con toda la familia, ¿no? —preguntó, mirando el cuerpecito debajo del abrigo.

—No —dijo Jamie—. No hemos encontrado a los dos hijos mayores. Sólo a la pequeñita.

—Indios —repitió Lionel Brown—. Ellos se los llevaron.

Jamie respiró hondo y tosió por el humo.

—Sí —dijo—. Preguntaré en las aldeas, entonces.

—No los encontrará —repuso Richard Brown—. Si se los llevaron los indios,

no los esconderán cerca de aquí. Los venderán lejos, en Kentucky.

Hubo un murmullo general de aprobación entre los hombres, y Roger sintió que la marca que había estado ardiendo a fuego lento en su pecho toda la tarde estallaba en llamas.

—Los indios no escribieron esto —replicó, señalando con el pulgar la nota en la mano de Brown—. Y si hubiera sido una venganza contra O'Brian por ser un regulador, no se habrían llevado a los niños.

Brown lo miró largamente, con los ojos entrecerrados. Roger sintió que Jamie cambiaba de posición, preparándose.

—No —dijo Brown con suavidad—. Es cierto. Por eso Nelly supuso que la habían escrito ustedes. Digamos que los indios vinieron y secuestraron a los pequeños, pero entonces llegaron ustedes y decidieron coger lo que quedaba. De modo que prendieron fuego a la cabaña, colgaron a O'Brian y a su esposa, clavarón esa nota, y aquí están. ¿Qué opina usted de ese razonamiento, señor MacKenzie?

—Le preguntaría cómo sabe que los colgaron, señor Brown.

El rostro de Brown se tensó, y Roger sintió la mano de Jamie sobre su brazo a modo de advertencia, dándose cuenta sólo entonces de que tenía los puños apretados.

—Las cuerdas, *a charaid* —dijo Jamie con calma.

Las palabras le llegaron despacio. Él miró. Era cierto, las sogas que habían cortado de los cuerpos estaban junto al árbol donde habían caído. Jamie seguía hablando, su voz seguía calmada, pero Roger no pudo oír lo que decía. El viento lo ensordecía, y justo debajo del zumbido oyó el golpeteo suave e intermitente del latido de un corazón. Podría haber sido el suyo... o el de ella.

—Bájese del caballo —dijo, o le pareció que había dicho. El viento le pegó en la cara, cargado de hollín, y las palabras quedaron atrapadas en su garganta. Notó un agrio sabor a ceniza en la boca; tosió y escupió, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

Vagamente tuvo conciencia de un dolor en el brazo, y el mundo volvió a cobrar forma. Los hombres más jóvenes estaban mirándolo, con expresiones que iban de sonrisitas de suficiencia a recelo. Richard Brown y su hermano se esforzaban por evitar mirarlo, concentrándose, en cambio, en Jamie, que seguía apretándole el brazo.

Con esfuerzo, Roger se sacudió la mano de Jamie al tiempo que le hacía un mínimo gesto de asentimiento a su suegro para asegurarle que no estaba a punto de volverse loco, aunque el corazón seguía latiéndole y la sensación de la horca alrededor del cuello era tan fuerte que no podría haber hablado, incluso si hubiera podido formar las palabras.

—Nosotros los ayudaremos. —Brown señaló al pequeño cuerpo en el suelo y comenzó a pasar una pierna por encima de la montura, pero Jamie lo detuvo con

un gesto mínimo.

—No, nos las arreglaremos.

Brown se detuvo y quedó en una posición incómoda, a medio desmontar. Apretó los labios y volvió a acomodarse sobre el caballo. Tiró de las riendas y se alejó sin despedirse. Los otros lo siguieron, mirando hacia atrás con curiosidad.

—No han sido ellos. —Jamie había cogido su rifle y lo sostenía en la mano—. Pero sí saben algo más de lo que quieren decir.

Roger asintió, sin poder hablar. Caminó lentamente hacia el árbol de la horca, pateó las cuerdas y golpeó el puño contra el tronco, dos, tres veces. Se quedó allí, jadeando, con la frente apretada contra la rugosa corteza. El dolor de los nudillos en carne viva lo alivió un poco.

Una hilera de diminutas hormigas se escabullía entre las láminas de corteza, ocupadas en un asunto importante y absorbente. Roger las observó un rato, hasta que pudo volver a tragar saliva. Luego se irguió y fue a enterrarla, frotándose el cardenal del brazo, que le dolía hasta el hueso.

Cuarta parte

Secuestro

Con un ojo en el futuro

9 de octubre de 1773

Roger dejó caer las alforjas junto al pozo y se asomó.

—¿Dónde está Jem? —preguntó.

Su esposa, manchada de barro, lo miró y se apartó un mechón de pelo del rostro cubierto de sudor.

—Hola a ti también —dijo—. ¿Has tenido un buen viaje?

—No —respondió él—. ¿Dónde está Jem?

Ella enarcó las cejas y clavó la pala en el fondo del hoyo, luego extendió la mano hacia él para que la ayudara a salir.

—Está en casa de Marsali. Él y Germain están jugando al *Bruum* con los cochecitos que les hiciste.

El nudo que se le había formado en el estómago dos semanas antes comenzó a relajarse lentamente. Roger asintió y un repentino espasmo de la garganta le impidió hablar. Luego extendió el brazo y cogió a Brianna, aplastándola contra su cuerpo a pesar de su grito de alarma y del barro que manchaba su ropa.

La apretó con fuerza al tiempo que sentía los latidos de su propio corazón martilleando en su oído, y no quiso —no pudo— soltarla, hasta que ella se retorció y consiguió liberarse.

—Yo también te he echado de menos —dijo—. Pero ¿qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Cosas terribles. —El incendio, la muerte de la niñita... todo aquello había adquirido un tinte onírico durante el viaje, y el horror se había convertido en algo surrealista a través de la monótona actividad de cabalgar, caminar, con el constante silbido del viento y el crujido de las botas, el absorbente borrón de verdes y amarillos en el que se habían perdido bajo un cielo interminable.

Pero ya había llegado a casa, ya no se encontraba a la deriva en la espesura. Y el recuerdo de la niña que había dejado el corazón en su mano de pronto se había vuelto tan real como el momento en que había muerto.

—Pasa. —Brianna lo observaba de cerca, preocupada—. Necesitas algo caliente, Roger.

—Estoy bien —respondió él, pero la siguió sin protestar.

Se sentó a la mesa mientras ella ponía la tetera al fuego y le contó lo ocurrido, con la cabeza entre las manos, contemplando el mantel raído, con sus

hogareñas salpicaduras y sus cicatrices de quemaduras.

—Pensaba que debía de haber algo... alguna manera. Pero no. Incluso en el momento en que yo... le puse la mano en la cara... estaba seguro de que en verdad nada de aquello estaba ocurriendo. Pero al mismo tiempo... —Se enderezó en la silla y se miró las palmas de las manos. Al mismo tiempo, había sido la experiencia más nítida de su vida. No se atrevía a pensar en ello, pero sabía que jamás podría olvidar ni el más mínimo detalle.

Brianna escudriñó su rostro y vio cómo su mano tocaba la irregular cicatriz de la cuerda en su garganta.

—¿Puedes respirar? —dijo, nerviosa.

Él negó con la cabeza, pero no era cierto, sí, estaba respirando, aunque sentía que una mano enorme le había aplastado la garganta, y que la laringe y la tráquea se habían convertido en una masa sanguinolenta.

Agitó una mano para indicar que pronto pasaría, aunque él mismo lo dudaba. Ella se puso detrás de él, le apartó las manos de la garganta y pasó sus propios dedos sobre la cicatriz, con mucha suavidad.

—Te pondrás bien —dijo en voz baja—. Sólo respira. No pienses. Sólo respira.

Los dedos estaban fríos y las manos oían a tierra. Había lágrimas en los ojos de Roger. Una gota de cálida humedad rodó por su mejilla.

Trató de decirle a Brianna que se encontraba bien, pero ella sólo lo apretó con más fuerza, cogiéndolo por el pecho con un brazo, mientras la otra mano seguía acariciando con su frescura el doloroso nudo de su garganta. Los pechos de ella se posaron suaves contra su espalda, y él pudo sentir, más que oír, su tarareo, ese pequeño sonido sin melodía que ella hacía cuando estaba nerviosa, o cuando se concentraba con mucha intensidad.

Por fin, los espasmos comenzaron a remitir y la sensación de ahogo lo abandonó. Su pecho se hinchó con el increíble alivio de una profunda respiración, y ella lo soltó.

—¿Qué... es... lo que estás cavando? —preguntó él con esfuerzo—. ¿Un foso para asar... un... hipó... pótamo?

La sombra de una sonrisa cruzó el rostro de Brianna, aunque sus ojos aún estaban ensombrecidos por la preocupación.

—No —dijo—. Es un horno para cerámica.

—Oh —dijo Roger.

Cogió la taza caliente de té de nébeda que ella le había puesto en la mano y la acercó a su cara, dejando que el aromático vapor le calentara la nariz y depositara su humedad en la fría piel de sus mejillas.

Brianna se sirvió otra taza para ella y se sentó al otro lado de la mesa.

—Me alegra que estés de vuelta —dijo en voz baja.

—Sí, yo también me alegro. —Él trató de beber un sorbo; todavía estaba

hirviendo—. ¿Un horno?

—Ajá. Para el agua. —Seguramente la expresión de Roger fue de confusión, puesto que la sonrisa de Brianna se volvió más genuina—. Te dije que tenía que ver con tierra, ¿no? Además, fue idea tuy a.

—¿En serio? —A esas alturas casi nada podía sorprenderlo, pero no recordaba haber tenido ninguna idea brillante que tuviera que ver con agua. El problema para llevar el agua a las casas era el transporte. Dios sabía que había una cantidad suficiente del líquido elemento; cuando llovía, corría por las cañadas, caía en cascadas, goteaba desde los salientes, se filtraba bajo los acantilados... pero para conducirla hacia falta algún método de contención.

—El señor Wemyss le contó a *Fräulein* Berrisch, que es su novia (*Frau Ute* los presentó), lo que yo estaba haciendo, y ella le dijo que el coro de hombres de Salem estaba trabajando en el mismo problema, así que...

—¿El coro? ¿Por qué el coro...?

—Así es como lo llaman. Está el coro de los solteros, el coro de las solteras, el coro de los casados... pero no sólo cantan juntos; es más como un grupo social, y cada coro tiene que hacer determinadas tareas para la comunidad. Pero, sea como sea, están tratando de llevar agua al pueblo, y tienen el mismo problema: no hay metal para hacer caños.

» ¿Recuerdas que me hablaste de la cerámica que se fabricaba en Salem? Bueno, trataron de hacer caños con troncos, pero es muy difícil y lleva mucho tiempo, porque primero hay que perforar el centro, y luego, además necesitas abrazaderas de metal para unir los troncos. Y después de un tiempo se pudren. Pero entonces se les ocurrió la misma idea que a ti: ¿por qué no hacer caños de barro cocido?

A medida que hablaba, Brianna se iba animando. Su nariz ya no estaba roja por el frío, pero tenía las mejillas sonrosadas y los ojos brillaban por lo que estaba explicando.

—... Dejamos a los críos con mamá y la señora Bug, y Marsali y yo fuimos a Salem...

—¿Marsali? Pero si no puede montar a caballo. —Marsali estaba enormemente embarazada, hasta el punto de que sólo estar cerca de ella lo ponía nervioso, por temor a que se pusiera de parto en cualquier momento.

—Todavía le falta un mes. Además, no fuimos a caballo; llevamos el carro, e intercambiamos miel, sidra y venado por queso y edredones, y... ¿has visto mi nueva tetera? —Orgullosa, señaló con un gesto la vasija; era un objeto achaparrado, con un esmalte marrón rojizo y unas figuras amarillas como garabatos pintadas alrededor. Era una de las cosas más feas que Roger había visto en su vida, y al contemplarla, sus ojos se llenaron de lágrimas a causa de la alegría de estar en casa.

—¿No te gusta? —preguntó ella.

—Sí, es maravillosa —respondió él con voz ronca—. Me encanta. Estabas diciéndome... ¿Marsali?

—Te estaba hablando de los caños de agua. Pero... también hay algo respecto de Marsali. —La arruga se hizo más profunda—. Me temo que Fergus no se está comportando muy bien.

—¿No? ¿Y qué hace? ¿Tiene un romance apasionado con la señora Crombie?

La sugerencia fue recibida con una mirada fulminante.

—Ha estado saliendo mucho, para empezar, dejando a la pobre Marsali con los niños y ocupándose de todo el trabajo.

—Algo completamente normal, en esta época. La mayoría de los hombres lo hacen. Tu padre lo hace. Yo lo hago. ¿No lo habías notado?

—Lo he notado —respondió ella, lanzándole una mirada ligeramente malévola—. Pero lo que quiero decir es que la mayoría de los hombres se encargan del trabajo pesado, como arar y plantar, y dejan que sus esposas se ocupen de las cuestiones domésticas, como cocinar, hilar, tejer, hacer la colada, preparar las conservas y... bueno, todo eso. Pero Marsali se ocupa de todo: de los niños, del trabajo en el campo, y también se encarga de la germinación de la cebada. E incluso cuando Fergus sí está en casa, se vuelve muy irritable y bebe demasiado.

A Roger le pareció que ésa debía de ser la conducta normal de un padre de tres niños pequeños y salvajes, pero no lo dijo.

—No pensaba que Fergus fuera un holgazán —dijo con suavidad. Bree negó con la cabeza, sin dejar de fruncir el entrecejo, y le sirvió más té.

—No, en realidad, no es un haragán. Le resulta difícil llevar a cabo las tareas con una sola mano; de hecho no puede hacer algunas de las faenas más pesadas... pero tampoco quiere encargarse de los niños, ni cocinar o lavar. Papá e Ian lo ayudan con la labranza, pero... Además, a veces desaparece durante días enteros... En ocasiones acepta pequeños trabajos aquí o allá, hace de intérprete para algún viajero... pero la mayor parte del tiempo se marcha sin más. Y... —Brianna lo miró, vacilando.

—¿Y? —la alentó él. El té estaba dando resultado; el dolor de garganta ya casi había desaparecido.

Ella bajó la mirada y trazó dibujos invisibles sobre la mesa de roble.

—Marsali no me lo ha dicho... pero creo que él le pega.

Roger sintió un repentino peso en el corazón. Su primera reacción fue descartar la idea sin más... pero él había visto demasiado mientras vivió con el reverendo. Demasiadas familias, aparentemente satisfechas y respetables, en las que las esposas se burlaban de su propia «torpeza», tratando de restar importancia a los ojos morados, las narices rotas, las muñecas dislocadas. Demasiados hombres que, para hacer frente a la presión que suponía mantener a una familia, recurrián al alcohol.

—¡Maldita sea! —dijo. Se frotó la frente, donde se había iniciado una jaqueca—. ¿Por qué lo crees? —preguntó—. ¿Tiene ella alguna marca?

Bree asintió con tristeza.

—En el brazo. Pequeños hematomas redondos, como marcas de dedos. Se los vi cuando extendió el brazo para sacar del carro un cubo de panales de miel y la manga se le subió.

Él asintió, deseando que hubiera algo más fuerte que té en su jarra.

—¿Crees, entonces, que debería hablar con él?

—Sabes que la mayoría de los hombres no se ofrecerían a hacer una cosa así.

—Bueno, no es algo que considere especialmente divertido —admitió él—, pero no puedes permitir que esa clase de cosas continúen, con la esperanza de que se arreglen solas. Alguien tiene que decir algo.

Sin embargo, sólo Dios sabía qué... o cómo. Empezaba a arrepentirse de su propuesta, tratando de pensar qué demonios podría decir. «Vaya, Fergus, amigo, me he enterado de que pegas a tu esposa. Pórtate bien y deja de hacerlo, ¿de acuerdo?».

Vació el resto de la jarra y se levantó a buscar el whisky.

—Se ha terminado —dijo Brianna cuando se percató de cuál era su intención—. El señor Wemyss ha estado acatarrado.

Roger dejó la botella vacía con un suspiro. Ella le tocó el brazo.

—Estamos invitados a cenar a la Casa Grande. Podríamos ir temprano. —Era una buena sugerencia. Jamie siempre tenía una botella de un excelente whisky de malta, escondida en algún lugar.

—Sí, de acuerdo. —Cogió el manto de Brianna del perchero y se lo puso sobre los hombros—. Oye, ¿te parece que debería hablarle a tu padre de lo de Fergus? ¿O es mejor que me ocupe yo? —Había tenido la esperanza repentina e indigna de que Jamie considerase que era asunto suyo y que resolviera la cuestión.

Al parecer, eso era, justamente, lo que Brianna temía.

—No, creo que papá le rompería el cuello. Y Fergus no le serviría de nada a Marsali si está muerto.

—Hum. —Roger aceptó lo inevitable y abrió la puerta para que ella saliera.

La gran casa blanca brillaba en la colina delante de ellos, tranquila a la luz del atardecer, y el enorme abeto rojo que estaba detrás era una presencia imponente pero benigna. Roger sintió, no por primera vez, de alguna manera que aquel árbol estaba vigilando la casa, y esa idea lo serenó un poco.

Se desviaron brevemente para que él pudiera admirar más de cerca el nuevo pozo y para que Bree le informara del trabajo que suponía construir un horno de esa clase. Roger no logró seguir todos los detalles, y sólo alcanzó a comprender que la cuestión principal consistía en que el interior del horno alcanzara una

temperatura muy elevada, pero de todas formas, el hilo de la disquisición de Brianna le pareció muy reconfortante.

—... Ladrillos para la chimenea —estaba diciendo ella, señalando el extremo más alejado del pozo, que media dos metros y medio de largo. Había hecho un muy buen trabajo; las esquinas estaban emparejadas y las paredes alisadas a conciencia. Él se lo dijo y ella sonrió encantada.

—Tiene que ser mucho más profundo —dijo—. Tal vez otro metro más. Pero esta tierra es fácil de cavar; es blanda, pero no se deshace demasiado. Espero poder terminar el pozo antes de que empiece a nevar, pero estoy segura. —Miró el hoyo con los ojos entornados y expresión dubitativa—. También tengo que cardar e hilar más lana para la tela de las camisas de invierno para ti y para Jem; además, la semana que viene debo coger fruta y ponerla en conserva, y...

—Yo me encargaré del pozo.

Brianna se puso de puntillas y lo besó justo debajo de la oreja, y él se echó a reír, sintiéndose mejor de repente.

—Este invierno, no —dijo ella, cogiéndolo del brazo satisfecha—, pero en algún momento... me preguntaba si podría desviar parte del aire caliente del horno y hacerlo circular debajo del suelo de la cabaña. ¿Sabes lo que es un hipocausto romano?

—Sí. —Él desvió la mirada hacia los cimientos de su residencia, una sencilla base hueca de piedra sin labrar sobre la que se habían construido las paredes de troncos. La idea de calefacción central en una tosca cabaña de montaña le dio ganas de echarse a reír, pero el plan no era tan descabellado—. ¿Qué harías? ¿Pasar caños de agua caliente entre las piedras de los cimientos?

—Sí. Siempre suponiendo que pueda fabricar buenos caños, lo que todavía está por ver. ¿Qué te parece?

Él desvió la mirada a la colina, pensando en el proyecto y luego hacia la Casa Grande. Incluso a esa distancia podía verse un montículo de tierra, prueba del talento de la cerda blanca para escarbar en el suelo.

—Creo que corres un serio peligro de que esa gran sodomita blanca traslade sus afectos hacia nosotros, si le haces una madriguera cómoda y caliente debajo de nuestra casa.

—¿Sodomita? —dijo ella, distraída—. ¿Eso es físicamente posible?

—Es una descripción metafísica —le informó—. Y ya viste lo que intentó hacerle al mayor MacDonald.

—En realidad, a esa cerda no le gusta el mayor MacDonald —reflexionó Bree—. Me pregunto por qué no.

—Pregúntaselo a tu madre; a ella tampoco le cae muy bien.

—Oh, bueno, eso... —Se detuvo de pronto, con los labios apretados, y miró hacia la Casa Grande con aire pensativo—. Mira. Ve a buscar a papá y toma algo con él, y mientras tanto yo le contaré a mamá lo de Marsali y Fergus. Tal vez

ella tenga alguna idea útil al respecto.

—No sé si se trata exactamente de una cuestión médica —dijo él—. Pero anestesiar a Germain sin duda sería un buen comienzo.

El cobertizo de malteado

El viento me trajo el aroma dulce y mohoso del grano mojado cuando subía por el sendero. No se parecía en nada a la embriagadora acritud de la malta prensada, el olor tostado, ligeramente parecido al café, de la germinación, ni tampoco al hedor de la destilación, pero sí anunciaba, sin ninguna duda, la presencia de whisky. Elaborar *uisgebaugh* era una actividad muy aromática, razón por la cual el claro del whisky, donde se clarifica, estaba ubicado a más de un kilómetro y medio de la Casa Grande. De todas formas, con frecuencia me llegaba un aroma suave y penetrante de alcohol a través de las ventanas abiertas de la consulta cuando el viento ayudaba y estaba formándose la malta.

La fabricación de whisky tenía su propio ciclo, con el que sintonizaban inconscientemente todos los habitantes del cerro. Por eso yo sabía sin preguntar que la cebada ya había comenzado a germinar en el cobertizo de malteado y que, por tanto, Marsali estaría allí, revolviendo y esparciendo el grano antes de que se encendiera el fuego para maltearla.

Para asegurar la máxima dulzura había que dejar que el grano germinara, pero no demasiado, o la malta tendría un sabor amargo y se estropearía. No debían pasar más de veinticuatro horas desde el inicio de la germinación, y yo había percibido los principios del aroma fecundo y húmedo de grano la tarde anterior. Ya había llegado el momento.

Aquéll era el mejor lugar para mantener una conversación privada con Marsali, era el único sitio en que podía encontrarla lejos del habitual barullo de los niños. Con frecuencia pensaba que ella valoraba la soledad del trabajo mucho más que la cantidad de whisky que Jamie le daba por cuidar el grano, por más que eso también era muy valioso.

Brianna me comentó que Roger le había hecho la galante oferta de hablar con Fergus, pero me pareció que yo debía charlar primero con Marsali, para descubrir exactamente lo que ocurría.

Me pregunté qué debía decirle. Preguntárselo directamente, «¿Fergus te pega?» Me costaba creerlo, a pesar de que yo estaba demasiado familiarizada con las salas de urgencias repletas de las consecuencias de las disputas domésticas.

No era que creyera que Fergus fuera incapaz de recurrir a la violencia; él había visto lo suyo desde una edad muy temprana, y haber crecido entre highlanders en plena rebelión y en los tiempos posteriores probablemente no habría inculcado en ningún joven un interés profundo por las virtudes de la paz.

Por otro lado, Jenny Murray había tenido bastante que ver en su educación, e imaginaba que ningún hombre que hubiera vivido durante más de una semana con la hermana de Jamie podría levantarle jamás la mano a una mujer. Además, según mis propias observaciones, Fergus era un padre muy tierno, y por lo general había un trato amable entre él y Marsali, que parecía...

Oí un repentino alboroto más arriba. Antes de que pudiera levantar la mirada, algo enorme chocó contra las ramas y me bañó en una ducha de polvo y agujas secas de pino. Di un salto hacia atrás y levanté la cesta en un gesto instintivo de defensa, pero en seguida me di cuenta de que en realidad no me estaban atacando. Germain estaba tumbado en el sendero delante de mí, con los ojos saliéndose de las órbitas mientras trataba de recuperar el aire.

—¿Qué demonios...? —Comencé a decir, bastante irritada. Luego me di cuenta de que él sujetaba algo contra el pecho; un nido con cuatro huevos verdosos que, milagrosamente, no se habían roto en la caída.

—Para... *maman* —jadeó él, sonriéndome.

—Muy bonito —dije.

Yo conocía lo suficiente a los chicos jóvenes para darme cuenta de la total inutilidad de los reproches en situaciones como ésa, y teniendo en cuenta que no había roto ni los huevos ni sus propias piernas, me limité a coger el nido y a sostenerlo mientras él recobraba el aliento y mi corazón volvía a latir a la velocidad normal. Una vez recuperado, se puso en pie, sin prestar atención a la tierra, el barro y las agujas de pino que lo cubrían de los pies a la cabeza.

—*Maman* está en el cobertizo —dijo, extendiendo las manos para coger su tesoro—. ¿Tú vienes también, *grandmère*?

—Sí. ¿Dónde están tus hermanas? —pregunté con recelo—. ¿No se suponía que tenías que cuidar de ellas?

—*Non* —dijo—. Están en casa; ése es el sitio de las mujeres.

—Oh, ¿en serio? ¿Y quién te ha dicho eso?

—No me acuerdo. —Completamente recuperado, saltó delante de mí, cantando una canción, cuyo estribillo parecía ser «*Na tuit, na tuit, na tuit, Germain!*».

Marsali estaba en el claro del whisky; su gorro, su capa y su vestido colgaban de una rama del caqui de hojas amarillas. Cerca había una vasija de barro llena de brasas, humeante y preparada.

Poco tiempo antes habían construido unas paredes adecuadas para la sala de malteado, convirtiéndola en un cobertizo en el que se podía almacenar el grano húmedo; primero para su germinación, luego para tostarlo lentamente con un fuego suave que estaba debajo del suelo. Habían quitado la ceniza y el carbón y ya habían dispuesto leña de roble para encender un nuevo fuego en el espacio que había debajo del suelo de pilotes, pero aún no estaba encendido. De todas

formas, hacia bastante calor en el cobertizo; lo sentí a varios metros de distancia. Cuando el grano germinaba, emitía tanto calor que el cobertizo resplandecía.

Del interior me llegó el ruido rítmico de alguien que raspaba algo; Marsali estaba revolviendo el grano con una pala de madera, asegurándose de que se extendiera de una manera pareja antes de encender el fuego. La puerta estaba abierta, pero, por supuesto, no había ventanas; en la distancia, apenas pude ver una sombra mortecina que se movía.

El ruido del grano había enmascarado nuestros pasos; Marsali levantó la vista, alarmada, cuando mi cuerpo bloqueó la luz de la puerta.

—¡Madre Claire!

—Hola —dije alegremente—. Germain me dijo que estabas aquí. Me pareció que podría venir...

—*Maman!* ¡Mira, mira, mira lo que he traído! —Germain se abrió paso con entusiasmo y decisión, exhibiendo su trofeo. Marsali le sonrió, cogió unas hebras del rubio pelo de su hijo y se las puso detrás de una oreja.

—Ah, ¿sí? Bueno, eso es maravilloso, ¿no? Llevémoslo afuera, ¿te parece?, así podré verlo mejor.

Ella salió del cobertizo, suspirando de placer por el roce del aire fresco. Estaba desnuda salvo por las enaguas, y la muselina estaba tan empapada de sudor que pude ver no sólo los oscuros redondeles de sus areolas, sino también la diminuta protuberancia del ombligo salido hacia afuera, en la zona en que la tela se pegaba a la inmensa curva de su vientre.

Marsali se sentó con otro gran suspiro de alivio, extendiendo las piernas. Tenía los pies un poco hinchados, y se veían venas azules, dilatadas, bajo la piel transparente de las piernas.

—¡Ah, qué bien poder sentarse! Bueno, *a chisle*, enséñame lo que has traído.

Aproveché la oportunidad para rodearla por detrás, mientras Germain exhibía su trofeo, y busqué, sin que ella se diera cuenta, hematomas o alguna otra marca siniestra.

Estaba delgada... pero Marsali, sencillamente, era delgada, más allá del bulto del embarazo, y siempre lo había sido. Sus brazos eran finos, pero fibrosos y duros, así como sus piernas. Había manchas de cansancio debajo de los ojos; pero, después de todo, tenía tres hijos que la mantenían despierta, además de las incomodidades del embarazo. Su cara estaba sonrosada y húmeda, con un aspecto totalmente saludable.

Había un par de hematomas pequeños en la parte inferior de las piernas, pero no les di importancia; las mujeres embarazadas se golpeaban con facilidad, y eran pocas las personas del cerro —hombres o mujeres— que no sufrieran alguna ocasional contusión.

¿O acaso tan sólo estaba buscando excusas, porque no quería admitir la posibilidad de lo que había sugerido Brianna?

—Uno para mí —estaba explicando Germain, tocando los huevos—, y uno para Joan, y uno para Félicité, y uno para *Monsieur L’Oeuf*—señaló la hinchazón con forma de melón del estómago de ella.

—Ah, vaya, qué muchachito tan dulce —dijo Marsali, cogiéndolo y besándole la frente manchada—. Tú eres mi polluelo, sin duda alguna.

La sonrisa de placer de Germain se convirtió en una mirada de reflexión cuando entró en contacto con el vientre protuberante de su madre. Lo palmeó con cuidado.

—Cuando el huevo empolle, ahí dentro, ¿qué harás con el cascarón? —preguntó—. ¿Me lo podré quedar?

Marsali se puso colorada, tratando de contener la risa.

—La gente no viene dentro de huevos —dijo—. Gracias a Dios.

—¿Estás segura, *maman*? Parece un huevo.

—Es cierto, pero no lo es. Eso es sólo la forma en que papá y yo llamamos a los pequeñitos antes de que nazcan. Tú también fuiste *Monsieur L’Oeuf* una vez.

—¿En serio? —Germain quedó atónito ante esta revelación.

—Sí. Tus hermanas también.

Germain frunció el ceño.

—No, no es cierto. Ellas eran *Mademoiselles L’Oeuf*.

—*Oui, certainement* —dijo Marsali, riendo—. Y tal vez éste también lo sea... Pero *Monsieur* es más fácil de decir. Mira.

Se inclinó hacia atrás un poco y empujó con una mano un costado del vientre. Luego agarró la mano de Germain y la puso sobre el mismo sitio. Incluso desde donde yo estaba pude ver cómo se movía la piel cuando el bebé pateó vigorosamente como respuesta al empujón.

Germain apartó la mano de golpe, alarmado, luego volvió a posarla en el vientre de su madre, con una expresión de fascinación, y empujó.

—¡Hola! —dijo en voz muy alta—. *Comment ça va ahí dentro, Monsieur L’Oeuf?*

—Está bien —le aseguró su madre—. Él o ella. Pero los bebés no hablan al principio; eso lo sabes. Félicité aún no sabe decir otra cosa que «mamá».

—Oh, sí.

Marsali levantó la cabeza, entrecerrando los ojos por el sol.

—Deberías ir a casa, Germain. *Mirabel* querrá que la ordeñen, y todavía me quedan algunas cosas por hacer aquí. Ve a ayudar a papá, ¿de acuerdo?

Mirabel era una cabra. A Germain le entusiasmó la sugerencia.

—*Oui, maman. Au’voir, grandmère!* —Luego se volvió y se lanzó hacia el sendero.

—¡Germain! —le gritó su madre—. *Na tuit!*

—¿Qué significa eso? —pregunté—. Es gaélico, ¿verdad...? ¿O francés?

—Es gaélico —respondió Marsali, sonriendo—. Significa « ¡No te caigas! » . Ese muchachito no podría mantenerse alejado de los árboles ni aunque su vida dependiera de ello.

Germain había dejado el nido con los huevos; ella lo depositó cuidadosamente en el suelo, y en ese momento vi los pálidos óvalos amarillos en el antebrazo... Estaban desapareciendo, pero eran tal cual Brianna los había descrito.

—¿Cómo se encuentra Fergus? —pregunté entonces.

—Está bastante bien —respondió, con una expresión de recelo.

—¿En serio? —Eché una mirada deliberada a su brazo; luego la miré a los ojos. Ella se sonrojó y giró el brazo rápidamente, ocultando las marcas.

—¡Sí, está bien! —repitió—. Todavía no se le da muy bien lo de ordeñar, pero aprenderá pronto. Le cuesta, con una mano, desde luego, pero él... Me senté en el tronco a su lado, le cogí la muñeca y se la giré.

—Brianna me contó —dije—. ¿Esto te lo ha hecho él?

—Oh. —Marsali parecía avergonzada, apartó la muñeca y apretó el antebrazo contra el vientre para ocultar las marcas—. Bueno, sí. Sí, ha sido él.

—¿Quieres que le hable a Jamie sobre esto?

—¡Por Dios, no! ¡Papá le rompería el cuello a Fergus! Y en realidad no ha sido culpa suya.

—Desde luego que ha sido culpa suya —repliqué. Yo había visto demasiadas mujeres maltratadas en las salas de urgencias de Boston, y todas sostenían que en realidad no había sido culpa de sus maridos o sus novios.

—¡Que no, no lo fue! —insistió Marsali. El rubor de su rostro se intensificó—. Yo... él... quiero decir, él me agarró el brazo, sí, pero sólo porque yo... eh... bueno, yo estaba tratando de partírle un palo en la cabeza en ese momento. — Apartó la mirada.

—Oh. Ya veo. ¿Y por qué tratabas de hacer eso? ¿Acaso él iba a... atacarte?

—Oh. No. Bueno, Joanie derramó la leche, y él le gritó, y ella lloró, y... Habría algún diablillo sentado en mi hombro, supongo.

—Pero Fergus no es de los que gritan a sus hijos, ¿verdad?

—¡Oh, no, no lo es! —se apresuró a responder—. Él casi nunca... bueno, no solía hacerlo, pero con tantos... bueno, no puedo culparlo, esta vez. Le llevó un esfuerzo terrible ordeñar la cabra, y después de que toda la leche se hubo derramado... yo también me habría echado a gritar, supongo.

Tenía los ojos clavados en el suelo, evitando los míos, y estaba retorcido la costura de la enagua, pasando el pulgar una y otra vez por el hilo.

—Desde luego que los niños pequeños pueden poner tu paciencia a prueba — admití, invadida por el nítido recuerdo de un incidente en el que había estado implicada Brianna cuando apenas tenía dos años de edad: una llamada telefónica que me había distraído, una gran fuente de macarrones con albóndigas y el maletín abierto de Frank. Por lo general, Frank trataba a Bree con la paciencia de

un santo (a mí, un poco menos), pero en aquella ocasión en particular sus gritos de ira sacudieron las ventanas.

Y, ahora que lo recordaba, yo le había lanzado una albóndiga a él con una furia rayana en la histeria. Si en aquel momento yo hubiera estado cerca de los fogones, es muy probable que le hubiera arrojado la olla entera. Me pasé un dedo por debajo de la nariz, sin saber con certeza si debía lamentar el episodio o reírme de él. Era una pena no poder compartirlo con Marsali, que lo ignoraba todo no sólo sobre macarrones y maletines, sino también sobre Frank. Ella seguía con la mirada gacha, revolviendo las hojas secas de un roble con un dedo del pie.

—Fue culpa mía, en realidad —dijo, y se mordió el labio.

—No, no es cierto. —Le apreté el brazo para tranquilizarla—. Esa clase de cosas no son culpa de nadie; a veces hay accidentes y la gente se altera... pero todo se soluciona al final.

Ella asintió, pero la sombra en su cara seguía allí, y tenía el labio inferior hacia adentro.

—Sí, es sólo que... —comenzó, luego se interrumpió.

Me senté y la esperé pacientemente, tratando de no presionarla. Ella quería (necesitaba) hablar. Y yo necesitaba escucharla, antes de decidir qué decirle a Jamie, si es que debía decírselo. Algo andaba mal entre ella y Fergus, eso seguro.

—Yo... estaba pensando en ello ahora, mientras trabajaba. No lo habría hecho, no creo que lo hubiera hecho, sólo que me recordó tanto... fue sólo que sentí que era lo mismo que antes...

—¿Lo mismo que qué? —pregunté.

—Yo derramé la leche —dijo rápidamente—, cuando era pequeña. Tenía hambre y extendí el brazo para coger la jarra y se cayó.

—Oh?

—Sí. Y él me gritó —sus hombros se encorvaron un poco, como si percibieran el recuerdo de un golpe.

—¿Quién te gritó?

—No lo sé con seguridad. Podría haber sido mi padre, Hugh, pero también podría haber sido Simon, el segundo marido de mi madre. En realidad, no lo recuerdo; sólo recuerdo que estaba tan asustada que me hice pis encima, y eso lo enfureció todavía más. —El rubor le inundó el rostro—. Mi madre gritó, porque aquella leche era el único alimento que quedaba, un poco de pan y leche, y ahora la leche se había perdido... pero él gritó que no podía soportar el ruido, porque Joan y yo estábamos dando alaridos... y me abofeteó, y mamá se abalanzó sobre él, y él la empujó y ella se cayó contra la chimenea y se golpeó la cara contra la repisa; vi la sangre que le salía de la nariz.

Aspiró y se frotó su propia nariz con un nudillo, parpadeando, con los ojos todavía clavados en las hojas.

—Entonces él salió dando un portazo, y Joanie y yo corrimos hacia mamá,

gritando como locas, porque creímos que estaba muerta... pero ella se apoyó en las manos y las rodillas y nos dijo que no pasaba nada, que no pasaría nada... Se balanceaba hacia un lado y hacia otro, con el gorro caido y mocos sanguinolentos que chorreaban de su cara hacia el suelo... Me había olvidado de todo aquello. Pero cuando Fergus empezó a gritarle a la pobre Joanie... Fue igual que Simon. O quizás Hugh. Él, fuera quien fuese.

Extendí la mano y le aparté el pelo húmedo de la cara.

—Echas de menos a tu madre, ¿verdad? —dijo en voz baja. Por primera vez, sentí un poco de compasión por su madre, Laoghaire, y también por Marsali.

—Oh, sí —respondió simplemente ella—. Muchísimo. —Acerqué su cabeza hacia mí, abrazándola y acariciándole el pelo en silencio.

Eran las últimas horas de la tarde y las sombras se habían vuelto largas y frías en la madera de roble. El calor había abandonado a la muchacha, que se estremeció brevemente en el aire fresco.

—Toma —dije, poniéndome de pie y quitándome la capa de los hombros—. Ponte esto. Será mejor que no cojas frío.

—Ah, no, no es necesario.

Se incorporó, sacudiéndose el pelo hacia atrás, y se limpió la cara con la mano.

—No me queda mucho por hacer aquí, y luego tengo que ir a casa y preparar la cena...

—Yo lo haré —dije con firmeza, y le puse la capa sobre los hombros—. Tú descansa un poco.

El aire en el interior del diminuto cobertizo estaba lo suficientemente cargado como para marear, lleno del fecundo almizcle del grano germinado y del polvo fino y punzante de la cáscara de cebada. El calor me sentó bien después del fresco aire exterior, pero pocos momentos después empecé a sentir la piel húmeda debajo del vestido y las enaguas. Me quité el vestido por encima de la cabeza y lo colgué de un clavo junto a la puerta.

No importaba; ella tenía razón, no quedaba mucho por hacer. El trabajo me mantendría en calor, y luego acompañaría a Marsali a casa. Prepararía la cena para toda la familia y la dejaría descansar... y, ya que estaba, tal vez intercambiaría algunas palabras con Fergus y averiguaría más acerca de lo que estaba pasando.

Fergus podría encargarse de la cena, pensé con el ceño fruncido mientras cavaba en las oscuras pilas de grano pegajoso. Pero, evidentemente, ese maldito holgazán francés no era capaz de hacer nada. Ordeñar la cabra era lo máximo que estaba dispuesto a compartir del «trabajo de las mujeres».

Entonces pensé en Joan y Félicité, y me sentí un poco más caritativa hacia Fergus. Joan tenía tres años, Félicité uno y medio, y cualquier persona que estuviera sola en una casa con aquellas dos contaba con mi más completa

compasión, más allá de las tareas que esa persona hiciera.

Joan era una niña dulce, y cuando estaba sola tenía un temperamento bastante tranquilo y dócil. Félicité era la viva imagen de su padre, morena, de huesos fuertes, e inclinada a alternar períodos de seductora languidez con una pasión descontrolada. Jamie se refería a ellas casualmente como las gatitas del infierno, y si ellas estaban en casa, lo más habitual era que Germain prefiriera vagar solo por el bosque... Aunque tampoco era un alivio para Marsali estar allí a solas, haciendo el trabajo pesado.

«*Pesado*» era el calificativo adecuado, pensé mientras volvía a hundir la pala y tiraba de ella. El grano en germinación era húmedo, y cada palada pesaba casi un kilo. Al girarlo, el cereal revelaba un color oscuro, irregular y lleno de manchas, que acarreaba la humedad de las capas inferiores. El grano que aún no había girado era de un color más claro, incluso con poca luz. Sólo quedaban unos pocos montículos de grano claro, al otro extremo.

Me dediqué a ellos con ganas, dándome cuenta al mismo tiempo de que estaba esforzándome por no pensar en la historia que Marsali me había contado. No quería que Laoghaire me cayera bien, y por ahora lo estaba logrando. Pero tampoco quería sentir compasión por ella, y eso me estaba costando cada vez más.

Era evidente que no había tenido una vida fácil. Bueno, lo mismo había ocurrido con todos los que vivían en las Highlands en aquel entonces, pensé, jadeando mientras lanzaba una palada de cereal a un costado. Ser madre no era fácil en ninguna parte, pero al parecer ella lo había hecho bien.

En realidad, no había tratado de robarme a Jamie, después de todo, me dije, tratando de mantener la compasión y una altruista objetividad. De hecho, había sido lo contrario.

El filo de la pala raspó con fuerza contra el suelo cuando recogí los últimos restos de grano. Mandé el cereal volando a un costado, luego usé la parte plana de la hoja para golpear parte del grano volcado en el rincón vacío y aplinar los montículos más elevados.

Yo conocía todas las razones que él me había dado para casarse con ella. Sin embargo, la mención de aquel nombre conjuraba toda clase de visiones, empezando con Jamie besándola ardientemente en una alcoba del castillo Leoch, y terminando con sus manos calientes y entusiastas sobre los muslos de ella; eso me hacía resoplar como una orca, y sentía que la sangre latía con fuerza en mis sienes.

Tal vez, reflexioné, en realidad yo no era tan altruista. Más bien bastante egoísta y rencorosa.

Esa racha de autocritica fue interrumpida por el sonido de voces y movimiento en el exterior. Salí a la puerta del cobertizo, entrecerrando los ojos contra la deslumbrante luz del sol de la tarde.

No pude verles las caras, ni siquiera distinguir con certeza cuántos podrían ser. Algunos iban a caballo, otros a pie, negras siluetas recortadas contra el sol poniente. Percibí un movimiento de reojo; Marsali se había puesto en pie y retrocedía hacia el cobertizo.

—¿Quiénes son ustedes, señores? —dijo levantando la barbilla.

—Viajeros sedientos, señora —respondió una de las siluetas negras, poniendo su caballo delante de los otros—. En busca de hospitalidad.

Las palabras eran bastante corteses; la voz, no. Sali del cobertizo sin soltar la pala.

—Bienvenidos —dije—. Quédense donde están, caballeros; nos complacería traerles algo de beber. Marsali, trae el barril, por favor.

Había un pequeño barril de *whisky* sin destilar que dejábamos cerca precisamente para esa clase de ocasiones. El corazón me latía con fuerza en los oídos, y yo estaba apretando el mango de la pala con tanta fuerza que podía sentir las vetas de la madera.

Era bastante poco frecuente ver a tantos desconocidos juntos en las montañas. En ocasiones, nos encontrábamos con un grupo de cherokees que salían a cazar, pero esos hombres no eran indios.

—No se moleste, señora —dijo otro de los hombres, al tiempo que desmontaba—. Yo la ayudaré a traerlo. Aunque me parece que precisaremos más de un barril.

La voz era inglesa, y extrañamente familiar. No era un acento culto, pero la dicción era cuidadosa.

—Sólo tenemos un barril preparado —respondí, moviéndome lentamente hacia un lado y manteniendo los ojos fijos en el hombre que había hablado. Era de baja estatura y muy delgado, y se movía con un paso duro y espasmódico, como una marioneta.

Estaba avanzando hacia mí; los otros también. Marsali había llegado a la pila de leña, y estaba buscando algo detrás de los troncos de roble y nogal. El barril estaba escondido. También había un hacha cerca; yo lo sabía.

—Marsali —dije—. Quédate ahí. Iré a ayudarte.

Una hacha era una arma más efectiva que una pala; pero dos mujeres contra... ¿Cuántos hombres? ¿Diez... una docena... más? Parpadeé y mis ojos se llenaron de lágrimas que brillaban por el sol, y vi a varios más que salían del bosque. A éstos pude verlos con claridad; uno de ellos me sonrió y tuve que esforzarme por no apartar la mirada. Su sonrisa se amplió.

El hombre de baja estatura también estaba acercándose. Lo miré y sentí una breve punzada de reconocimiento. Lo había visto antes... Y sin embargo, no podía ponerle ningún nombre a esa mandíbula ancha como un farol y a las cejas estrechas.

Apestaba a sudor seco hacía mucho tiempo, a tierra pegada a la piel y al

hedor de orina seca; todos oían de la misma manera.

Él se dio cuenta de que lo había reconocido; sus delgados labios se apretaron durante un momento, luego se relajaron.

—Señora Fraser —dijo, y mi inquietud se hizo más profunda.

—Creo que usted me lleva ventaja, señor —respondí—. ¿Nos conocemos?

Él no respondió. Un lado de la boca se curvó ligeramente hacia arriba, pero lo distrajeron los dos hombres que se habían adelantado a coger el barril cuando Marsali lo sacó de su escondite. Uno de ellos ya había cogido la hacha en la que yo había pensado, y estaba a punto de partir la parte superior del barril, cuando el hombre flaco le gritó:

—¡Soltadlo!

El hombre lo miró, con la boca abierta y sin comprender.

—¡He dicho que lo soltéis! —repitió el flaco—. Nos lo llevaremos. ¡No puedo permitir que os quedéis aturdidos por el alcohol en este momento!

Volviéndose hacia mí, como si continuara una conversación, preguntó:

—¿Dónde está el resto?

—No hay más que eso —respondió Marsali con el ceño fruncido, recelosa, pero furiosa al mismo tiempo—. Llévenselo si quieren.

La atención del hombre flaco se posó en ella por primera vez, pero no fue más que una ojeada antes de volverse hacia mí.

—No se moleste en mentirme, señora Fraser. Sé bien que hay más, y me lo llevaré.

—No hay más. ¡Dame eso, zopenco! —Con mucha habilidad, Marsali le quitó la hacha al hombre que la sostenía—. ¡Así es como agradecéis un buen recibimiento? ¡Robando? ¡Bueno, coged lo que habéis venido a buscar y marchaos!

Yo no podía hacer otra cosa que seguir el ejemplo de Marsali, aunque unas campanas de alarma sonaban en mi cabeza cada vez que miraba al hombre flaco y pequeño.

—Ella tiene razón —dije—. Compruébenlo ustedes mismos. —Señalé el cobertizo, las tinas de malta y el caldero que estaban cerca, abiertos y claramente vacíos—. Apenas estábamos empezando el malteado. Faltan varias semanas hasta que tengamos una nueva partida de whisky.

Sin el más mínimo cambio de expresión, él dio un veloz paso hacia adelante y me abofeteó con fuerza en la cara.

El golpe no fue lo bastante fuerte como para derribarme, pero me hizo echar la cabeza hacia atrás y me dejó los ojos llenos de lágrimas. Yo estaba más sorprendida que herida, aunque tenía un fuerte sabor de sangre en la boca y sentía que mis labios comenzaban a hincharse.

Marsali lanzó un agudo grito de sorpresa e ira, y oí que algunos de los hombres murmuraban, sorprendidos. Llevé el dorso de la mano a mi boca

ensangrentada y percibí que estaba temblando. Pero mi cerebro se había retirado a una distancia segura y estaba haciendo y descartando suposiciones.

¿Quiénes eran esos hombres? ¿Cuán peligrosos eran? ¿Qué estaban dispuestos a hacer? El sol estaba poniéndose... ¿Cuánto faltaría hasta que nos echaran de menos a Marsali o a mí y alguien viniera a buscarnos? ¿Sería Fergus, o Jamie? Pero Jamie, si venía solo...

No tenía dudas de que esos hombres eran los mismos que habían quemado la casa de Tige O'Brian y que probablemente también eran responsables de los ataques a ese lado de la Línea del Tratado. De modo que eran crueles, pero su principal propósito era el robo.

Noté un gusto a cobre en la boca; el sabor metálico de la sangre y el miedo. Llegué a la conclusión de que lo mejor sería darles lo que quisieran, y contar con que una vez obtenido el whisky se marcharían.

Pero no tuve oportunidad de decirlo. El flaco me agarró la muñeca y me la retorció con fuerza. Sentí que los huesos se movían y se rompián con un dolor desgarrador, y caí de rodillas entre las hojas, incapaz de emitir otra cosa que un leve y jadeante sonido.

Marsali dejó escapar un ruido más fuerte y saltó como una serpiente. Hizo girar el hacha desde el hombro con todo el impulso de su tamaño, y la hoja se hundió profundamente en el hombro del hombre que estaba a su lado. Tiró del hacha hasta liberarla y la sangre caliente me roció la cara.

Ella lanzó un alarido agudo, y el hombre también gritó, y entonces se generaron movimientos en todo el claro cuando los hombres avanzaron con un rugido, como una ola que caía. Yo me abalancé hacia adelante, le agarré las rodillas al flaco y le di un fuerte cabezazo en la entrepierna. Él resolló, casi sin aire, y cayó sobre mí, aplastándome contra el suelo.

Me retorcí hasta salir de debajo de su cuerpo agarrotado, pensando únicamente que tenía que llegar hasta Marsali, interponerme entre ella y los hombres... pero éstos ya estaban encima de ella. Un grito quedó partido por la mitad por el sonido de puños contra la carne y el ruido sordo de los cuerpos que golpeaban contra la pared del cobertizo.

El caldero de barro estaba a mi alcance. Lo cogí, sin prestar atención a su calor abrasador, y lo lancé directamente sobre el grupo de hombres. Éste golpeó con fuerza en la espalda de uno de ellos y se partió en pedazos, rodeándolos a todos con brasas. Los hombres gritaron y saltaron hacia atrás, y vi a Marsali desplomada contra el cobertizo, con el cuello inclinado sobre un hombro y los ojos en blanco, las piernas abiertas y las enaguas desgarradas desde el cuello, dejando al descubierto sus pesados pechos sobre la protuberancia del vientre.

En ese momento alguien me golpeó en un costado de la cabeza y volé hacia un lado, resbalé en las hojas y caí redonda contra el suelo. Una gran calma descendió sobre mí y mi visión se redujo, un proceso que pareció muy lento,

como un gran iris cerrándose en espiral. Delante de mí vi el nido en el suelo, a pocos centímetros de la nariz, con sus delgadas ramas astutamente entrelazadas, los cuatro huevos verdosos redondos y frágiles, perfectos en su centro. Entonces, una suela aplastó los huevos y el iris se cerró.

El olor a quemado me despertó. Debía de haber estado inconsciente sólo durante unos momentos; el matorral de hierba seca cerca de mi cara apenas comenzaba a despedir humo. Algunos hilos incandescentes atravesaron las hojas marchitas y el matorral estalló en llamas, justo en el momento en que unas manos me cogieron del brazo y del hombro y me obligaron a levantarme.

Todavía aturdida, me debatí en brazos de mi captor cuando él me levantó, pero fui trasladada sin miramientos a uno de los caballos. Luego me alzó y me colgó por encima de la montura con una fuerza que me dejó sin aliento. Apenas tuve la presencia de ánimo como para agarrarme de las riendas, justo cuando alguien golpeó las ancas del animal y salimos en un trote doloroso.

Entre el mareo y los empellones, mi visión era enloquecedora, como un espejo roto, pero pude echar un último vistazo a Marsali, que yacía floja como una muñeca de trapo entre una docena de minúsculas fogatas, formadas por los carbones esparcidos, que comenzaban a encenderse y a arder.

Traté de llamarla, pero mi voz ahogada se perdió en el estrépito de las monturas y los gritos de los hombres, que hablaban con gran nerviosismo.

—¿Estás loco, Hodge? No te conviene llevarte a esa mujer. ¡Déjala!

—No. —La voz del hombre pequeño sonó irritada, pero controlada, muy cerca de mí—. Ella nos mostrará dónde está el whisky.

—¡El whisky no nos servirá de nada si estamos muertos, Hodge! ¡Es la esposa de Jamie Fraser, por el amor de Dios!

—Sé quién es. ¡Avanza de una vez!

—Pero él... ¡Tú no lo conoces, Hodge! Yo lo vi una vez...

—Ahórrame tu opinión. ¡Avanza, he dicho!

Esto último fue puntuado por un repentino y fuerte *pam* y un grito de dolor. La culata de un revólver, pensé. En la cara, añadí mentalmente, tragando saliva cuando oí los gemidos húmedos y jadeantes de un hombre con la nariz rota.

Una mano me agarró del pelo y me hizo girar la cabeza dolorosamente. La cara del hombre flaco me contempló, con los ojos entornados, calculando. Sólo parecía querer asegurarse de que seguía viva, puesto que no dijo nada y volvió a soltarme la cabeza con indiferencia.

Alguien estaba guiando el caballo en el que yo iba; además, había varios hombres a pie. Los oí gritándose entre sí, casi corriendo para no rezagarse, tropezando y gruñendo como cerdos en la maleza.

Yo no podía respirar, salvo jadeando, y cada paso me sacudía de un lado a otro sin piedad; pero no tenía tiempo para prestar atención a las incomodidades

fisicas. ¿Marsali estaba muerta? Tenía todo el aspecto, sin duda alguna, pero no había visto sangre, y me aferré a ese pequeño factor por el escaso —y temporal — consuelo que me proporcionaba.

Incluso aunque aún no estuviera muerta, pronto lo estaría. Ya fuera por las heridas, el golpe, un aborto espontáneo... Oh, Dios mío, oh, Dios mío, pobrecillo *Monsieur L'Oeuf*...

Faltaba poco más de una hora para la cena cuando llegué al cobertizo del malteado. ¿Qué hora sería en ese momento? Podía ver algunas partes del suelo que temblaban bajo el caballo, pero el pelo se me había soltado y me cruzaba la cara cada vez que trataba de levantar la cabeza. De todas formas, había empezado a refrescar, y había una quietud en la luz que me hizo pensar que el sol estaba cerca del horizonte. Al cabo de pocos minutos la luz comenzaría a disminuir.

Y entonces ¿qué? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que empezaran a buscarnos? Fergus notaría la ausencia de Marsali. Pero ¿saldría a buscarla, con las dos pequeñas a su cuidado? No, mandaría a Germain. Eso hizo que mi corazón diera un vuelco y se me subiera a la garganta. Que un chico de cinco años encontrara a su madre...

Todavía me llegaba el olor a quemado. El claro o el cobertizo —o ambas cosas— estaban ardiendo. Alguien vería el humo y se acercaría. ¿Pero llegaría a tiempo?

Cerré los ojos con fuerza, tratando de dejar de pensar. Oí unas voces tranquilas cerca. Otra vez el hombre al que llamaban Hodge. Yo debía de ir montada en su caballo; él caminaba cerca de la cabeza, al otro lado del animal. Había otra persona protestando a su lado, pero sin generar un efecto mayor que el anterior.

—Sepáralos —estaba diciendo con voz tranquila—. Divide a los hombres en dos grupos... tú te ocuparás de uno; el resto vendrá conmigo. Reúnete conmigo dentro de tres días en Brownsville.

Maldita sea. Contaba con que lo perseguirían y pensaba dividir al grupo y confundir las huellas. Traté de pensar frenéticamente en algo que pudiera dejar caer como forma de indicarle a Jamie en qué dirección me habían llevado. Pero no llevaba nada encima salvo las enaguas, el corsé y las medias... Mis zapatos se habían caído cuando me arrastraron hasta el caballo. Las medias parecían ser la única posibilidad, aunque las ligas estaban muy ceñidas y totalmente fuera de mi alcance en ese momento.

A mí alrededor oía el ruido de hombres y caballos en movimiento, gritando y empujando cuando el grupo principal se dividió. Hodge chistó al caballo y empezamos a avanzar más de prisa.

Mi pelo, que flotaba en el aire, se enganchó en una rama cuando pasamos cerca de un arbusto, permaneció allí pegado durante un segundo, luego se rompió

con un doloroso *ping!*. Cuando la rama se partió, rebotando a la altura del pómulo y errándole a mi ojo por muy poco. Dije algo muy grosero, y alguien —tal vez Hodge— me asestó un golpe de desaprobación en el trasero.

Dije algo mucho, pero mucho más grosero, aunque en voz baja y con los dientes apretados. Mi único consuelo era la idea de que no sería muy difícil seguir a una banda como ésa, que dejaba un amplio rastro de ramas rotas, huellas de cascos y piedras levantadas.

Yo había visto a Jamie rastrear cosas pequeñas y huidizas, así como grandes y pesadas, y lo había visto revisar la corteza de los árboles y las ramas de los arbustos en su camino, en busca de arañazos o delatores mechones de... pelo.

No había nadie caminando al lado del caballo por el que colgaba mi cabeza. Sin perder tiempo, empecé a arrancarme pelos de la cabeza. Tres, cuatro, cinco... ¿Serían suficientes? Estiré la mano y la arrastré a través de un acebo; los pelos largos y rizados flotaron en la brisa que el caballo levantaba al avanzar, pero se quedaron enredados en el irregular follaje de la planta.

Repetí el procedimiento cuatro veces. Seguramente él vería al menos una de las señales, y sabría qué rastro seguir, si no perdía el tiempo siguiendo primero el otro. No había nada que pudiera hacer al respecto excepto rezar, y me dediqué a ello con todo mi empeño, empezando por una plegaria por Marsali y *Monsieur L'Oeuf*.

Continuamos subiendo un trecho bastante extenso; ya había oscurecido del todo cuando llegamos a lo que parecía la cumbre de un cerro, y yo estaba casi inconsciente, la sangre latía en mi cabeza y el corsé me apretaba el cuerpo con tanta fuerza que sentía que cada tira de éste me estaba dejando una marca en la piel.

Apenas me quedó energía para impulsarme hacia atrás cuando el caballo se detuvo. Caí al suelo y de inmediato me acurrucé sobre mí misma, luego me senté, mareada y jadeante, y me froté las manos, que se habían hinchado de estar tanto tiempo colgando hacia abajo.

Los hombres se habían reunido en un grupo apretado, absortos en su conversación, pero demasiado cerca de mí como para pensar en escabullirme entre los arbustos. Uno de ellos estaba a unos pocos metros de distancia y no me quitaba los ojos de encima.

Miré hacia atrás, en la dirección de donde habíamos venido, temiendo y a la vez esperando ver el resplandor del fuego más abajo. El fuego llamaría la atención de alguien, alguien ya sabría a esas alturas lo que había ocurrido, incluso podría estar dando la alarma, organizando la búsqueda. Y, sin embargo, Marsali...

¿Ya estaría muerta, junto con el bebé?

Tragué saliva y me esforcé por adaptar la vista a la oscuridad, tanto para evitar las lágrimas como por la esperanza de ver algo. Pero, en realidad, la

vegetación se hizo más tupida a nuestro alrededor y yo no veía absolutamente nada, excepto algunas variaciones en la negrura.

No había nada de luz, pero mis ojos habían tenido tiempo más que suficiente para adaptarse, y podía distinguir lo suficiente como para hacerme una idea aproximada de mi alrededor. Estaban discutiendo, dirigiéndome miradas cada tanto. Tal vez una docena de hombres... ¿Cuántos había al principio? Veinte? Treinta?

Flexioné los dedos, temblando. Tenía la muñeca muy lastimada, pero no era eso lo que me preocupaba en ese momento.

Para mí estaba claro —y, presumiblemente, también para ellos— que no podían lanzarse directamente sobre las reservas de whisky, incluso aunque yo pudiera encontrarlas de noche. Tanto si Marsali había sobrevivido como si no —sentí que la garganta se me cerraba ante ese pensamiento—, lo más probable era que Jamie se diera cuenta de que el whisky era el objetivo de los intrusos y lo tuviera vigilado.

Si las cosas no hubieran sucedido de ese modo, en una situación ideal los hombres me habrían obligado a llevarlos hasta las reservas, hubieran cogido el whisky y habrían huido, con la esperanza de escapar antes de que el robo fuera descubierto. Pero en el pánico posterior al ataque de Marsali, el plan original se había desbaratado. ¿Y ahora qué?

—Te digo que no tiene sentido —estaba exclamando uno de los hombres con mucha vehemencia. Por el grosor de la voz, supuse que sería el caballero de la nariz rota—. Mátala ahora. Déjala aquí; nadie la encontrará antes de que las bestias hayan dispersado sus huesos.

—Sí? Pero si nadie la encuentra, pensarán que sigue con nosotros, ¿verdad?

—Pero si Fraser nos alcanza, y ella no está con nosotros, ¿a quién podrá echarle la culpa...?

Dejaron de hablar y cuatro o cinco de ellos me rodearon. A duras penas, logré ponerme en pie y mi mano se cerró de modo reflejo en el objeto más cercano que se parecía a un arma: una roca desafortunadamente pequeña.

—¿Cuánto hay de aquí a las reservas de whisky? —preguntó Hodge. Se había quitado el sombrero y sus ojos brillaban en la sombra.

—No lo sé —respondí, tratando de no perder la calma, ni la roca. El labio todavía me dolía y estaba hinchado por el golpe que me había dado, y me costaba formar las palabras—. No sé dónde estamos.

Eso era cierto, aunque podía hacer una suposición razonable. Habíamos viajado unas cuantas horas, la mayor parte del camino en dirección ascendente, y los árboles que nos rodeaban eran abetos y pinos del Canadá; podía oler la resina, punzante y clara. Estábamos en la parte alta de la ladera, y probablemente cerca de un pequeño paso que atravesaba un costado de la montaña.

—Mátala —lo instó uno de ellos—. No nos sirve de nada, y si Fraser la encuentra con nosotros...

—¡Cierra la boca! —Hodge le contestó al que había hablado con tal violencia que el otro hombre, mucho más grande, se echó hacia atrás involuntariamente. Una vez acallada la amenaza, Hodge decidió no prestarle atención y me agarró del brazo—. No te hagas la lista conmigo, mujer. Me dirás lo que quiero saber. —No se molestó en decir qué ocurriría si no le hacía caso; algo frío me atravesó la parte superior del pecho y el caliente ardor del corte apareció un segundo después, cuando la sangre empezó a manar.

—¡Jesús H. Roosevelt Cristo! —exclamé, más por la sorpresa que por el dolor—. ¡Ya te lo he dicho, ni siquiera sé dónde estamos, idiota! ¿Cómo esperas que te diga dónde están las cosas?

Él parpadeó, alarmado, y levantó el cuchillo por reflejo, receloso, como si pensara que yo iba a atacarlo.

—Te diré lo que sí sé —dije, y sentí el fugaz consuelo de oír que mi voz era firme y serena—. Las reservas de whisky se encuentran a unos ochocientos metros del cobertizo de malteado, más o menos hacia el noroeste. Están en una cueva, bien ocultas. Podría llevarlos allí si empezamos desde la fuente donde me cogisteis; eso es todo lo que puedo deciros.

Eso también era cierto. Podía encontrarlas con bastante facilidad. ¿Pero dar indicaciones? «Atravesad un hueco en la espesura hasta que veáis un grupo de robles donde Brianna mató una zarigüeya, luego girad a la izquierda hasta una roca más o menos cuadrada sobre la que crece una especie particular de helecho...». La idea de que lo único que les impedía matarme allí mismo era que necesitaban mis servicios como guía era, desde luego, una consideración secundaria.

Era un corte muy superficial; no sangraba mucho, pero tenía las manos y la cara heladas, y pequeños destellos entraban y salían de los bordes de mi visión.

—Déjame decirte, Hodge, que no te conviene tener nada que ver con dia... nada. —Un hombre de gran tamaño se había unido al pequeño grupo que me rodeaba. Se inclinó por encima del hombro de Hodge, mirándome, y asintió. Entre las sombras, todos tenían una piel oscura pero ese hombre tenía un acento africano, un exesclavo, o tal vez un traficante de esclavos—. Esa mujer... he oído hablar de ella. Es una hechicera. Las conozco: son como serpientes. No la toques, ¿me oyés? ¡Te lanzará una maldición!

Logré emitir una risita, que sonó bastante desagradable, como respuesta, y el hombre que estaba cerca de mí retrocedió ligeramente. Me sentí vagamente sorprendida; ¿de dónde había salido aquello?

Pero ya respiraba mejor y los destellos habían desaparecido.

El hombre alto estiró el cuello, al ver la oscura línea de sangre en mis enaguas.

—¿La has hecho sangrar? Maldición, Hodge, ahora estás perdido. —Había un claro tono de alarma en su voz, y él se echó un poco hacia atrás, haciendo alguna clase de señal con la mano en mi dirección.

Sin la menor idea de qué me había llevado a hacer algo así, solté la roca, me pasé los dedos de la mano derecha por la herida, y con un veloz movimiento extendí el brazo y volví a pasarlo por la mejilla del hombre flaco. Repetí la risa desagradable.

—Una maldición, ¿eh? —dije—. ¿Qué te parece esto? Vuelve a tocarme y morirás en menos de veinticuatro horas.

Las líneas de sangre se veían oscuras en la palidez de su rostro. Estaba tan cerca de mí que pude oler la acritud de su aliento y ver la furia que crecía en su cara.

«¿Qué demonios crees que estás haciendo, Beauchamp?», pensé, sorprendida de mí misma. Hodge llevó el puño hacia atrás para golpearme, pero el hombre grande lo agarró de la muñeca con un grito de temor.

—¡No lo hagas! ¡Nos matarás a todos!

—¡Te mataré a ti ahora mismo, hijo de puta!

Hodge seguía sosteniendo el cuchillo en la otra mano, y con él apuñaló torpemente al hombre de mayor tamaño, gruñendo con furia. El hombretón dejó escapar un grito ahogado por el impacto, pero no fue un golpe muy fuerte; retorció la muñeca que tenía en la mano y Hodge soltó un chillido como el de un conejo atrapado por un zorro.

En ese momento intervinieron todos los demás, empujando y gritando, buscando armas. Yo me volví y empecé a correr, pero no di más que unos pasos antes de que uno de ellos me agarrara, rodeándome con los brazos y tirando de mí con fuerza, haciéndome chocar con su propio cuerpo.

—Usted no va a ninguna parte, señora —dijo jadeando en mi oído.

Era cierto. No era más alto que yo, pero sí mucho más fuerte. Me debatí para soltarme, pero él me había rodeado con ambos brazos y me sujetó con más fuerza. Entonces me paralicé, con el corazón latiendo de furia y miedo, para no darle una excusa para vapulearme. Él estaba nervioso; yo podía sentir los latidos de su corazón también, y oler el sudor fresco sobre el hedor de su ropa rancia y su cuerpo.

No alcanzaba a ver qué sucedía, pero me parecía que no estaban peleando entre sí, sino simplemente gritándose. Mi captor se acomodó un poco y se aclaró la garganta.

—Ahh... ¿De dónde es usted, señora? —preguntó con suma cortesía.

—¿Qué? —dije, muy sorprendida—. ¿De dónde soy? Eh... De... Inglaterra. De Oxfordshire, originalmente. Más tarde viví en Boston.

—Oh. Yo también soy del norte.

Reprimí el impulso de responder «encantada de conocerlo».

La pelea se había detenido. Con numerosos gruñidos y bramidos, el resto retrocedió ante los alaridos de Hodge, puesto que él estaba al mando y a ellos les convenía hacer lo que él dijera o aceptar las consecuencias.

—Habla en serio —murmuró mi captor, sin dejar de estrecharme contra su sucio pecho—. Será mejor que no lo haga enfadar, señora, créame.

—Mmm —dije, aunque suponía que el consejo era bienintencionado—. ¿Y de dónde es este tal Hodge? —pregunté entonces.

—¿Hodgepile? Ahhh... De Inglaterra, supongo —dijo el joven que me agarraba. Parecía sorprendido—. ¿No tiene acento inglés?

—¿Hodge? ¿Hodgepile? Eso me sonaba de algún lado, sin duda alguna, pero...

Había bastantes rezongos y gente arremolinándose, pero, en poco tiempo, reanudamos el viaje. Esta vez, gracias a Dios, me permitieron montar a horcajadas, aunque con las manos atadas a la montura.

Avanzábamos con mucha lentitud; había una especie de sendero, pero incluso a la débil luz de la luna creciente, el camino era difícil. Hodgepile ya no guiaba mi montura; el joven que me había vuelto a capturar sostenía las riendas, tirando y haciendo avanzar al caballo. Podía echarle un vistazo cada tanto; era delgado, de pelo abundante y desordenado que le colgaba por debajo de los hombros y lo hacía parecer un león.

La amenaza de una muerte inminente había cedido ligeramente, pero yo seguía con un nudo en el estómago y los músculos de mi espalda estaban tensos a causa del miedo. Hodgepile se saldría con la suya por el momento, pero en realidad los hombres no habían llegado a un acuerdo; uno de los que estaban a favor de matarme tranquilamente podría decidir poner fin a la controversia abalanzándose sobre mí desde la oscuridad.

Oí la voz de Hodgepile, aguda y autoritaria, más adelante. Al parecer, iba y venía por la columna, intimidando, molestando, mordisqueando como un perro ovejero, tratando de mantener su rebaño en movimiento.

Sí que se movían, aunque para mí estaba claro que los caballos estaban cansados. El que yo montaba arrastraba las patas y tiraba de las riendas con irritación. Dios sabía de dónde habían salido aquellos merodeadores, o cuánto habrían viajado. Los hombres también empezaban a reducir la velocidad, invadidos por una gradual niebla de fatiga. Yo sentía que esa lasitud también me invadía a mí, y luché contra ella, esforzándome por mantenerme alerta.

Todavía estábamos a principios de otoño, pero yo sólo llevaba encima las enaguas y el corsé, y estábamos lo bastante alto como para que el aire se enfriara velozmente al anochecer. Temblaba constantemente por el frío, y la herida de mi pecho ardía cuando los pequeños músculos se flexionaban debajo de la piel. No era un corte profundo ni mucho menos, ¡pero y si se infectaba? Sólo podía esperar vivir lo suficiente como para que eso fuera un problema.

Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Marsali, ni evitar

que mi mente se perdiera en hipótesis médicas, imaginando desde un traumatismo cerebral hasta quemaduras e inhalación de humo. Yo podría hacer algo —tal vez hasta una cesárea de emergencia— si estuviera con ella. Nadie más podría hacerlo.

Pero no lo estaba y tal vez no lo estaría nunca.

Las discusiones y los rezongos prácticamente habían cesado cuando la oscuridad del bosque se cerró sobre nosotros, pero había una pesada sensación de intranquilidad en el grupo. El motivo de la pelea no se había solucionado, sino que se había pospuesto hasta un momento más adecuado. Había una sensación de conflicto inminente en el aire.

Un conflicto directamente relacionado conmigo. Como no había podido ver con claridad durante la discusión, no estaba segura de quiénes sostenían las distintas opiniones, pero la división en sí era clara: un grupo, encabezado por Hodgepile, estaba a favor de mantenerme con vida, al menos hasta que pudiera llevarlos hasta el whisky. Un segundo grupo prefería no correr riesgos y cortarme el cuello. Y una opinión minoritaria, expresada por el caballero del acento africano, consistía en soltarme.

Era evidente que tenía el deber de acercarme a ese caballero y tratar de que tuviera una buena opinión de mí. ¿Cómo? Maldecir a Hodgepile había sido un buen comienzo, y todavía me sorprendía haberlo hecho. Pero no pensaba que sería aconsejable empezar a maldecirlos a todos en grupo; eso arruinaría el efecto.

Me moví en la montura, que empezaba a irritarme la piel. No era la primera vez que veía hombres que se echaban atrás, espantados por lo que creían que yo era. El temor supersticioso podía ser un arma eficaz, pero muy peligrosa de usar. Si realmente los asustaba, me matarían sin dudarlo.

Ya habíamos llegado al paso. En esa zona había pocos árboles entre las rocas, y cuando salimos al otro lado de la montaña, el cielo se abrió delante de mí, vasto y brillante, ardiente con una multitud de estrellas.

Debí de dejar escapar un grito ahogado ante la vista, puesto que el joven que guiaba mi caballo hizo una pausa y levantó su cabeza hacia el cielo.

—Oh —dijo en voz baja. Contempló el cielo durante un momento—. ¿Hay estrellas como éstas en el sitio de donde usted viene? —preguntó.

—No —respondí, todavía aturdida por el hechizo de la muda grandeza que veía en lo alto—. No tan brillantes.

—No, es cierto, no lo eran —dijo él, y tiró de las riendas.

Parecía un comentario extraño, pero no pude deducir nada de él. Podría haber seguido con la conversación pero se oyó un grito desde más adelante; evidentemente, nos disponíamos a acampar.

Me desataron y me bajaron del caballo. Hodgepile se abrió paso entre la muchedumbre y me agarró del hombro.

—Si tratas de huir, mujer, desearás no haberlo hecho. —Me apretó con fuerza—. Te necesito viva... No te necesito entera.

Sin soltarme el hombro, levantó su cuchillo y presionó un lado de la hoja contra mis labios, me introdujo la punta en la nariz y luego se acercó lo suficiente como para que pudiera sentir su repugnante aliento en mi cara.

—Lo único que no te voy a cortar es la lengua —susurró. La hoja del cuchillo salió lentamente de mi nariz, bajó por mi barbilla, corrió por la línea de mi cuello y trazó un círculo por la curva de mi pecho—. Entiendes lo que quiero decir, ¿verdad?

Esperó hasta que conseguí asentir, luego me soltó y desapareció en la oscuridad.

Si su intención era ponerme nerviosa, lo había logrado. Yo estaba sudando a pesar del frío, y seguía estremeciéndome cuando una alta sombra se cernió a mi lado, me cogió una mano y puso algo en ella.

—Me llamo Tebbe —murmuró—. Recuérdelo... Tebbe. Recuerde que la traté bien. Dígales a sus espíritus que no le hagan daño a Tebbe, que él la ha tratado bien.

Asentí una vez más, aturdida, y me quedé sola de nuevo, ahora con un pedazo de pan en la mano. Lo comí de prisa, observando que, si bien estaba muy rancio, en un principio había sido un buen pan oscuro de centeno, como el que hacían las mujeres alemanas de Salem. ¿Acaso los hombres habrían atacado una casa cerca de allí, o simplemente lo habrían comprado?

Alguien había arrojado una montura al suelo cerca de mí; una cantimplora colgaba de la perilla, y me hinqué de rodillas para beber. El pan y el agua —que sabía a lona y a madera— tenían mejor sabor que cualquier cosa que yo hubiera comido en mucho tiempo.

Hodgepile regresó unos pocos minutos después, con una cuerda. No se molestó en volver a amenazarme, se limitó a atarme de pies y manos y me empujó al suelo. Nadie me habló, pero alguien, en un impulso de amabilidad, arrojó una manta sobre mí.

El campamento quedó listo en poco tiempo. No encendieron ningún fuego, de modo que no cocinaron nada; al parecer, los hombres se alimentaron de la misma manera improvisada que yo, dejaron los caballos atados a corta distancia y luego se esparcieron en el bosque para descansar.

Esperé hasta que los movimientos cesaron, luego cogí la manta con los dientes y me arrastré desde el punto donde me habían ubicado, avanzando como un gusano hasta otro árbol, a unos diez metros de distancia.

No estaba pensando en escapar, pero si uno de los bandidos que estaban a favor de deshacerse de mí pensaba aprovechar la oscuridad para lograr su objetivo, yo no tenía intención de quedarme allí como una cabra atada. Con suerte, si alguno se acercaba sigilosamente al punto en el que había estado, yo

tendría el tiempo suficiente para gritar pidiendo ayuda.

Sabía, sin el menor asomo de duda, que Jamie vendría. Mi trabajo consistía en sobrevivir hasta entonces.

Jadeando, sudorosa, cubierta de hojas aplastadas y con las medias destrozadas, me acurruqué debajo de un enorme carpe y me cubrí con la manta. Así, oculta, intenté desatar con los dientes los nudos de la cuerda que me rodeaba las muñecas, pero las había atado Hodgepile, y lo había hecho con meticulosidad militar. Más allá de tratar de roer la cuerda misma como una ardilla, no conseguía avanzar.

Militar. Ese pensamiento me hizo recordar de repente quién era y dónde lo había visto antes. ¡Arvin Hodgepile! Había sido el actuario del almacén de la Corona en Cross Creek. Lo había visto brevemente, tres años antes, cuando Jamie y yo le llevamos el cuerpo de una chica asesinada al sargento de la guarnición.

El sargento Murchison había muerto... y yo creía que Hodgepile también, en la conflagración que había destruido el almacén y su contenido. De modo que era un desertor. O bien había tenido tiempo de escapar del almacén antes de que estallara en llamas, o en realidad no estaba presente cuando aquello ocurrió. En cualquier caso, había sido lo bastante astuto como para darse cuenta de que podía aprovechar la oportunidad para desaparecer del ejército de su majestad, dejando que lo dieran por muerto.

Lo que había estado haciendo desde entonces también era claro: había estado recorriendo el campo, robando, asaltando y matando... y reuniendo a un número de acompañantes de mentalidad similar en el camino.

Aunque en ese preciso instante no parecían compartir las mismas ideas. Si bien ahora Hodgepile podía ser el autoproclamado líder de la pandilla, era bastante obvio que no llevaba mucho tiempo en ese puesto. No estaba acostumbrado a mandar, no sabía cómo manejar a sus hombres, salvo mediante las amenazas.

Podía oír a Hodgepile incluso en ese momento, con la voz levantada en alguna discusión lejana con alguien. Ya había visto antes a gente de su calaña, hombres malvados que podían, por un breve lapso, intimidar a los que tenía cerca mediante estallidos de violencia imprevisible. Pero no solían durar mucho tiempo... y yo dudaba de que Hodgepile durara mucho más.

No duraría más que el tiempo que tardara Jamie en encontrarnos. Ese pensamiento me calmó. Seguramente Jamie ya estaría buscándome.

Me acurruqué con más fuerza bajo mi manta, temblando ligeramente. Jamie necesitaría luz para buscarme de noche... Antorchas. Eso los haría vulnerables, a él y a su grupo, si se los podía ver desde el campamento. El campamento en sí, en cambio, no era visible; no había ninguna hoguera encendida, y los caballos y los hombres estaban dispersos en el bosque. Yo sabía que habían apostado centinelas; los oía moverse entre los árboles cada tanto, hablando en voz baja.

Pero Jamie no era tonto, me dije, tratando de alejar las visiones de emboscadas y masacres. Él sabría, por la frescura de los excrementos de los caballos, si estaba acercándose, y sin duda no marcharía directamente hacia el campamento, con las antorchas ardiendo.

El sonido de unas suaves pisadas me paralizó. Procedían de la dirección de mi primer lugar de descanso, y me oculté debajo de la manta.

Los pasos avanzaban y retrocedían, como si alguien estuviera tanteando el camino, buscándome. Contuve el aliento.

Me esforcé por ver en la oscuridad, pero no pude distinguir otra cosa que una pálida silueta moviéndose entre los árboles, a unos diez metros de distancia. De repente se me ocurrió una idea: ¿podría ser Jamie? Si se había acercado lo suficiente como para localizar el campamento, era probable que se aproximara a pie, buscándome. Sentí un fuerte impulso de gritar, pero no me atreví. Si era Jamie, llamarlo revelaría su presencia a los bandidos. Si yo podía oír a los centinelas, sin duda ellos también podían oírmame a mí.

Pero si no era Jamie sino uno de los bandidos, que trataba de matarme sin hacer ruido...

Solté el aliento muy lentamente, con cada músculo de mi cuerpo tenso y temblando. Hacía bastante frío, pero estaba bañada en sudor; podía oler mi propio cuerpo, el hedor del miedo mezclado con los aromas más fríos de la tierra y la vegetación.

La silueta se había esfumado, las pisadas habían desaparecido, y mi corazón golpeaba como un timbal. Las lágrimas que había contenido durante tantas horas brotaron, calientes sobre mi cara, y sollocé, estremeciéndome en silencio.

La noche era inmensa a mi alrededor, la oscuridad estaba cargada de amenaza. Más arriba, las estrellas brillaban vigilantes en el cielo y, en algún momento, me dormí.

Maldiciones

Me desperté justo antes del amanecer, sucia, sudorosa, y con un fuerte dolor de cabeza. Los hombres ya estaban moviéndose, gruñendo por la falta de café o de desayuno.

Hodgepile se agachó a mi lado. Echó un vistazo al árbol bajo el que me había dejado la noche anterior y el profundo surco en el mantillo que había dibujado al arrastrarme hacia mi ubicación actual. No dijo nada, pero su mandíbula inferior se comprimió en un gesto de desagrado.

Sacó el cuchillo del cinturón y sentí que la sangre abandonaba mi rostro. Sin embargo, no hizo más que arrodillarse y cortarme las ataduras, en lugar de seccionarme un dedo como forma de expresar sus emociones.

—Partimos dentro de cinco minutos —dijo, y se marchó sin decir más. Yo estaba temblando y sentía náuseas a causa del miedo, y estaba tan rígida que casi no podía ponerme de pie. Pero logré incorporarme y, tambaleándome, cubrí la corta distancia que había hasta un pequeño arroyo. Me eché un poco de agua fría en las manos y en la cara y eso me hizo sentirme un poco mejor y alivió el latido que sentía detrás del ojo derecho. Apenas tuve tiempo para arreglarme un poco, quitarme los harapos de las medias y pasarme los dedos mojados por el pelo, antes de que Hodgepile reapareciera para llevarme nuevamente.

Esta vez me pusieron sobre un caballo pero no me ataron, gracias a Dios. Aunque no me permitieron llevar las riendas; uno de los bandidos guiaba mi cabalgadura.

Era la primera oportunidad que tenía de echar un buen vistazo a mis captores, a medida que salían del bosque y se sacudían para arreglarse un poco, escupiendo y orinando contra los árboles sin prestar atención a mi presencia. Además de Hodgepile, conté a doce hombres. Me resultó fácil identificar al hombre llamado Tebbe, puesto que aparte de su gran altura, era mulato. Había otro mestizo —mitad negro, mitad indio—, pero era bajo y corpulento. Tebbe no me dirigió la mirada, sino que siguió con sus asuntos con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido.

Qué desilusión; yo no sabía qué había ocurrido entre los hombres durante la noche, pero era evidente que la insistencia de Tebbe para que me soltaran ya no era tan insistente. Tenía la muñeca atada con un pañuelo con manchas de óxido; tal vez eso tenía algo que ver.

El joven que había guiado mi caballo la noche anterior también fue fácil de identificar, gracias a su pelo largo y tupido, pero él no se acercó, y también evitó

mi mirada. Para mi sorpresa, era indio. No cherokee; ¿un tuscarora, tal vez? No me había dado cuenta de ello ni por su manera de hablar ni por sus rizos. Estaba claro que él también era mestizo.

El resto de la pandilla eran más o menos blancos, pero un grupo bastante variado, en cualquier caso. Tres de ellos no eran más que adolescentes desaliñados y desgarbados, casi imberbes. Éstos sí me miraron, con los ojos desorbitados y las mandíbulas abiertas, y codeándose entre sí. Los contemplé hasta que conseguí mirar a uno de ellos a los ojos y éste adquirió un subido tono escarlata debajo de sus ralas patillas y apartó la mirada.

Por suerte, las enaguas que llevaba tenían mangas; me cubrían bastante desde el cuello hasta la pantorrilla; pero me sentía incómoda y expuesta. La enagua estaba húmeda y se ceñía floja a la curva de mis pechos, una sensación que me molestaba. Deseé haber conservado la manta.

Los hombres giraban lentamente a mí alrededor, cargando los caballos, y tuve la sensación desagradable de ser el centro de atención. Mi única esperanza era que me consideraran vieja y con aspecto de bruja, para que el hecho de que estuviera tan desarreglada les resultara repelente, en lugar de interesante; tenía el pelo suelto, despeinado y enmarañado alrededor de los hombros, como el de una bruja, y me sentía arrugada como una vieja bolsa de papel.

Me mantuve rígida y erguida en la montura, lanzando miradas furiosas a cualquiera que se atreviera a mirar siquiera en mi dirección. Un hombre parpadeó con cara de sueño al ver mi pierna desnuda, con una débil expresión de especulación, pero se echó hacia atrás de una manera evidente cuando se encontró con mis ojos clavados en los suyos.

Eso me dio una momentánea sensación de lúgubre satisfacción, seguida casi de inmediato por la sorpresa. Los caballos habían comenzado a moverse, y cuando el mío, obediente, siguió al hombre que iba por delante, otros dos tipos aparecieron bajo un gran roble. Los conocía a ambos.

Harley Boble estaba atando las cuerdas de una albarda, frunciendo el ceño al tiempo que le comentaba algo a otro hombre, más corpulento. Boble era un excazador de ladrones, que ahora, al parecer, se había convertido en ladrón. Era pequeño y muy desagradable, y seguramente yo no le caía muy bien, debido a un suceso que había tenido lugar algún tiempo atrás.

Yo no estaba nada contenta de verlo allí, aunque tampoco me sorprendió encontrarlo en semejante compañía. Cuando vi a su compañero mi estómago vacío se contrajo y comencé a retorcerme.

El señor Lionel Brown, de Brownsville.

Él levantó la mirada, me vio y se apresuró a darse la vuelta, con los hombros encorvados. Pero debió de darse cuenta de que lo había visto, porque volvió a girar su cara hacia mí, con sus delgados rasgos en una expresión de recelo y desafío. Tenía la nariz hinchada y descolorida, un bulto rojo oscuro visible incluso

en esa luz agrisada. Me contempló un momento, luego asintió con la cabeza, y una vez más se dio la vuelta.

Me animé a echar un vistazo por encima del hombro cuando nos internamos en el bosque, pero no pude volver a verlo. ¿Qué haría él allí? En su momento no le había reconocido la voz, pero estaba claro que había sido él quien había discutido con Hodgepile sobre si era aconsejable llevarme con ellos. ¡Con razón! Él no era el único preocupado por nuestro mutuo reconocimiento.

Lionel Brown y su hermano, Richard, eran comerciantes, fundadores y patriarcas de Brownsville, un diminuto asentamiento en las colinas a unos setenta kilómetros del cerro. Una cosa era que filibusteros como Boble o Hodgepile merodearan por la campiña, robando e incendiando, y otra, muy distinta, que los Brown de Brownsville les suministraran una base para sus expolios. Lo último que querría el señor Lionel Brown era que yo consiguiera llegar hasta Jamie para contarle en qué andaba.

Y era muy probable que intentara impedírmelo. El sol estaba subiendo, pero de pronto sentí frío, como si me hubieran arrojado a una fuente.

Los rayos de luz brillaban a través de las ramas, dorando los restos del rocío nocturno y plateando los bordes goteantes de las hojas. En los árboles cantaban las aves, y un escribano saltaba y se rascaba en una franja de sol, sin prestar atención al paso de hombres y caballos. Todavía era demasiado temprano para moscas y mosquitos, y la suave brisa de la mañana me acariciaba la cara.

La mañana transcurrió en calma, pero yo era consciente de la tensión que reinaba entre los hombres (aunque no más de la que yo padecía).

«Jamie Fraser, ¿dónde estás?», pensé, concentrándome con fuerza. Cada susurro distante, cada ruido de ramita rota, podría ser un presagio del rescate, y yo tenía los nervios claramente destrozados por la ansiedad.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No tenía ni riendas ni armas, y si —cuando— se efectuaba un ataque sobre el grupo, mi mejor —bueno, la única posible— estrategia era bajarme del caballo y echar a correr. A medida que avanzábamos yo iba analizando cada grupo de hamamelis, cada bosquecillo de abetos, divisando puntos de apoyo, trazando un sendero zigzagueante entre retoños y rocas.

No era sólo para un ataque de Jamie y sus hombres para lo que estaba preparándome; no podía ver a Lionel Brown, pero sabía que estaba cerca. Un punto entre mis omóplatos se tensó en un nudo, anticipando un cuchillo. También prestaba atención a posibles armas potenciales: rocas de un tamaño apropiado, ramas que pudieran cogérse desde el suelo... Y cuando echara a correr, tenía la intención de no permitir que nadie me detuviera. Pero seguimos avanzando, lo más rápido que podían los caballos, y los hombres miraban por encima del hombro constantemente, con las manos en las armas. Para mi gran desilusión, llegamos al desfiladero cerca del mediodía sin incidentes.

Yo lo había visitado una vez, con Jamie. La catarata caía desde veinte metros de altura por una pared de granito, salpicada de arco iris. Frondas de amaranto y añil silvestre cubrían las cascadas, y había álamos amarillos sobre el río, debajo de la catarata, tan tupidos que tan sólo algún que otro resplandor fugitivo de la superficie del agua lograba atravesar la exuberante vegetación de la orilla. Hodgepile, desde luego, no había ido hasta allí para admirar la belleza panorámica de ese sitio.

—Desmonte. —Una voz ronca habló cerca de mi codo; bajé la mirada y me topé con Tebbe—. Haremos que los caballos crucen a nado. Usted venga conmigo.

—Yo la llevaré. —Mi corazón saltó hasta la garganta ante el sonido de una gruesa voz nasal. Era Lionel Brown, que se abría paso a través del follaje de una planta trepadora, con sus ojos oscuros clavados sobre mí.

—Tú, no. —Tebbe se volvió hacia Brown, con el puño cerrado.

—Tú, no —repitió con firmeza—. Voy con él. —Me bajé del caballo y de inmediato me refugí detrás de la amenazadora corpulencia del gran mulato, espiando a Brown desde debajo del brazo de Tebbe.

No me hacía la más mínima ilusión respecto de las intenciones de Brown. Él no se arriesgaría a asesinarme en presencia de Hodgepile, pero podía —y lo haría— ahogarme con suma facilidad, y luego sostener que había sido un accidente. El río era poco profundo en esa zona, pero muy torrentoso; desde donde yo estaba alcanzaba a oír su rugido.

Los ojos de Brown miraron a la derecha, luego a la izquierda, calculando si valdría la pena intentarlo; pero Tebbe encorvó sus inmensos hombros, y Brown decidió que no. Resopló, escupió a un lado y se marchó furioso, rompiendo ramitas.

Tal vez no volviera a tener una oportunidad tan buena como ésa. Sin esperar a que se desvaneciera el ruido de la enfurruñada partida de Brown, deslicé una mano sobre el codo del gran hombre y le apreté el brazo.

—Gracias. Por lo que hiciste anoche. ¿Tu herida es muy profunda?

Él me miró, con una evidente expresión de temor en el rostro. Estaba claro que el hecho de que yo lo tocara lo había desconcertado; sentí la tensión en su brazo mientras él trataba de decidir si apartarse de mí o no.

—No —dijo por fin—. Estoy bien. —Vaciló un momento, pero luego sonrió, inseguro.

Lo que Hodgepile intentaba hacer era obvio; estaban guiando a los caballos, de uno en uno, por un estrecho sendero que bordeaba la escarpadura. Nos encontrábamos a casi dos kilómetros de la catarata, pero su fuerte estrépito seguía resonando en el aire. Los costados del desfiladero caían en picado hasta el agua, a más de quince metros más abajo, y la orilla opuesta era igualmente empinada y llena de vegetación.

Una gruesa maraña de arbustos ocultaba el borde de la orilla, pero pude ver que el río se abría y se volvía más lento a medida que disminuía su profundidad. Al no haber corrientes peligrosas, era posible hacer subir a los caballos río arriba y pasar a la otra orilla en algún otro punto. Cualquiera que hubiera logrado seguirnos hasta el desfiladero perdería entonces el rastro, y le costaría mucho retomarlo al otro lado.

Con esfuerzo, dejé de mirar hacia atrás en busca de señales de una persecución inminente. Mi corazón latía a toda velocidad. Si Jamie estaba cerca, esperaría y atacaría a mis captores cuando entraran en el agua, donde serían más vulnerables. Incluso aunque él aún no estuviera cerca, el mismo cruce del río crearía una gran confusión. Si alguna vez tendría la oportunidad de escapar, sería ésa...

—No deberías ir con ellos —le comenté a Tebbe—. Tú también morirás.

El brazo que estaba bajo mi mano se agitó convulsivamente. Él me miró con los ojos bien abiertos. Tenía las escleróticas amarillas de ictericia, y el iris irregular, lo que daba a su mirada una extraña cualidad turbia.

—Le he dicho la verdad, ¿sabes? —señalé a Hodgepile—. Morirá. Así como todos los que lo acompañan. Pero no es necesario que tú también mueras.

Él murmuró algo entre dientes y se llevó un puño al pecho. Llevaba algo colgado de un hilo, debajo de la camisa; no sabía si sería una cruz o algún amuleto más pagano, pero parecía estar reaccionando bien a la sugestión.

—El agua es mi amiga —dije, tratando de conseguir un aire de misterio apropiado para una hechicera—. Cuando entremos en el río, suéltame. Surgirá un caballo de agua y me llevará con él.

Sus ojos se abrieron al máximo. Era evidente que había oido hablar de los kelpies^[4], o de algo parecido. A pesar de la distancia que nos separaba de la catarata, había voces en el estruendo del agua, si uno quería escucharlas.

—Yo no voy a ningún lado con un caballo de agua —dijo él con convicción—. Sé cómo son. Te llevan al fondo, te ahogan y luego te comen.

—A mí no me comerá —lo tranquilicé—. No es necesario que te acerques a él. Sólo hazte a un lado cuando estemos en el agua. Mantente lejos.

Y si lo hacía, yo estaría bajo el agua, nadando para salvar la vida, en un abrir y cerrar de ojos. Estaba dispuesta a apostar a que la mayoría de los bandidos de Hodgepile no sabían nadar; en la montaña eran pocos los que sabían. Flexioné los músculos de las piernas, preparándome, y el dolor y la tensión se disolvieron en un torrente de adrenalina.

La mitad de los hombres ya estaban al otro lado del borde con los caballos. Podía hacer que Tebbe se demorase, pensé, hasta que el resto ya estuviera en el agua. Incluso aunque él no me ayudara deliberadamente en mi escapatoria, si podía soltarme de su apretón, creía que él no trataría de atraparme.

Tiró de mi brazo sin ganas, y yo me detuve de repente.

—¡Ay! Espera, he pisado una espina.

Levanté un pie y examiné la planta. Dada la tierra y la resina que se le habían adherido, nadie podría saber con seguridad si me había clavado una bardana, la espina de una zarzamora, o incluso el clavo de una herradura.

—Tenemos que seguir, mujer. —Yo no sabía si era mi proximidad, el estruendo del agua, o la idea de caballos de agua lo que perturbaba a Tebbe, pero estaba tan nervioso que sudaba.

—Un momento —dije, fingiendo buscar algo en el pie—. Casi lo tengo.

—Déjelo. Yo la llevaré.

Tebbe respiraba pesadamente, mirándome a mí y luego el borde del desfiladero, como si temiera que Hodgepile regresara.

Pero no fue Hodgepile el que salió de entre los arbustos, sino Lionel Brown, con un gesto decidido en la cara y dos hombres jóvenes detrás de él, igualmente resueltos.

—Yo la llevaré —dijo sin preámbulos, agarrándose al brazo.

—¡No! —exclamé. Pero Tebbe me agarró el otro brazo y tiró.

A continuación, se produjo un tira y afloja bastante poco digno, con Tebbe y Brown tirando cada uno de uno de mis brazos. Antes de que me partieran como un hueso de la suerte, por fortuna Tebbe cambió de táctica. Me soltó el brazo y, en cambio, me cogió el cuerpo y me estrechó entre sus brazos, al tiempo que pateaba a Brown con un pie.

El resultado de esa maniobra fue que Tebbe y yo cayéramos hacia atrás en una desordenada maraña de brazos y piernas, mientras Brown también perdía el equilibrio, aunque al principio yo no me di cuenta. Sólo percibí un fuerte grito y ruidos de caída, seguidos de un golpe y el estrépito de piedras que se arrastraban por una ladera rocosa.

Me solté de Tebbe y empecé a arrastrarme, para descubrir al resto de los hombres agrupados en torno a una franja de los arbustos aplastada de manera amenazadora al borde del desfiladero. Uno o dos estaban buscando cuerdas y gritando órdenes contradictorias, por lo que deduje que el señor Brown había caído por el desfiladero, aunque todavía no estaba declarado muerto.

Cambié velozmente de rumbo, con la intención de zambullirme de cabeza en la vegetación, pero me topé con un par de botas resquebrajadas, que pertenecían a Hodgepile. Él me agarró del pelo y tiró, haciendo que soltara un alarido y lo atacara de modo reflejo. Le di en el estómago. Él lanzó un gemido y quedó con la boca abierta, tratando de recuperar el aliento, pero no me soltó el pelo, que apretaba con mucha fuerza.

Luego me soltó y me empujó hacia el borde del desfiladero con la rodilla. Uno de los más jóvenes estaba aferrado a los arbustos, buscando con cuidado algún punto de apoyo en la pendiente, con una cuerda atada en la cintura y otra colgada en un rollo encima del hombro.

—¡Maldita cabrona! —gritó Hodgepile, clavándome los dedos en el brazo—. ¿Qué pensabas hacer, puta?

Daba brincos en el borde del desfiladero como Rumpelstiltskin^[5], agitando los puños e insultando indistintamente a su maltrecho socio y a mí, mientras la operación de rescate daba comienzo. Tebbe se había retirado a una distancia segura, desde donde lo miraba todo con expresión ofendida. Por fin, izaron a Brown, que estaba gimiendo con fuerza, y lo depositaron sobre la hierba. Los hombres que aún no estaban en el río se reunieron a su alrededor, enfadados y nerviosos.

—¿Va a curarlo, hechicera? —preguntó Tebbe, mirándome con escepticismo.

—Supongo que sí. —Un juramento era un juramento, aunque me pregunté si alguna vez Hipócrates se había encontrado en una situación semejante. Probablemente; los antiguos griegos eran también bastante violentos. Los hombres me dejaron pasar sin problemas; una vez que habían sacado a Brown del desfiladero, era obvio que no tenían idea de qué hacer.

Lo examiné rápidamente. Además de múltiples cortes, contusiones y una gruesa capa de polvo y barro, el señor Lionel Brown se había fracturado la pierna izquierda por al menos dos lugares, se había roto la muñeca izquierda, y probablemente se había aplastado un par de costillas. Sólo una de las fracturas de la pierna era abierta, pero tenía muy mal aspecto; un extremo irregular del fémur asomaba a través de la piel y los pantalones, rodeado de un charco rojo que no dejaba de crecer.

Por desgracia, no se había cercenado la arteria femoral, porque en ese caso ya habría muerto. De todas formas, Brown parecía haber dejado de ser una amenaza personal para mí por el momento, lo que estaba muy bien. Como no disponía de ninguna clase de equipo ni tampoco de medicinas, salvo varios pañuelos para el cuello, totalmente sucios, mis atenciones eran necesariamente limitadas. Me las arreglé —con no poca dificultad y una buena cantidad de whisky— para más o menos enderezarlo y entabillarle el muslo sin que muriera por el shock.

Pero era una tarea difícil y yo murmuraba entre dientes, algo que hacía sin darme cuenta, hasta que levanté la mirada y vi que Tebbe estaba de cuclillas al otro lado del cuerpo de Brown, contemplándome con interés.

—Oh, lo está maldiciendo —dijo en tono de aprobación—. Sí, es una buena idea.

Los ojos del señor Brown se abrieron de golpe y casi se le salieron de las órbitas. Estaba prácticamente fuera de sí a causa del dolor, y, a esas alturas, completamente ebrio, pero no tanto como para pasar por alto ese comentario.

—Haz que pare —dijo con voz ronca—. ¡Ven, Hodgepile, haz que pare! ¡Haz que retire la maldición!

—Ya voy, ¿qué haces? ¿Qué has dicho, mujer? —Hodgepile extendió el brazo

y me agarró la muñeca justo cuando estaba tanteando el torso lastimado de Brown. Era la muñeca que me había torcido con tanta fuerza el dia anterior, y una punzada de dolor me subió por el antebrazo.

—¡Si quieres saberlo, creo que he dicho «Jesús H. Roosevelt Cristo»! — repliqué. —¡Súltame!

—¡Es lo mismo que dijo cuando te maldijo! ¡Aléjala de mí! ¡No dejes que me toque! —Asustado, Brown intentó arrastrarse lejos de mí, una mala idea para un hombre con fracturas recientes. Quedó pálido como un muerto bajo las manchas de barro, y puso los ojos en blanco.

—¡Mirad! ¡Está muerto! —exclamó uno de los curiosos—. ¡Lo ha hecho ella! ¡Ella lo hechizó!

En esto se armó un alboroto entre la aprobación verbalizada de Tebbe y sus partidarios, mis propias protestas y los gritos de preocupación de los amigos y los conocidos del señor Brown, uno de los cuales se puso en cuclillas junto al cuerpo y acercó el oído al pecho.

—¡Está vivo! —exclamó ese hombre—. ¡Tío Lionel! ¿Estás bien?

Lionel Brown gimió con fuerza y abrió los ojos, aumentando aún más el alboroto. El joven que lo había llamado tío extrajo un gran cuchillo de su cinturón y me apuntó con él.

—¡Atrás! —me amenazó—. ¡No lo toques!

Levanté las manos, con las palmas hacia afuera, en un gesto de negación.

—¡Muy bien! —repliqué—. ¡No lo haré!

En realidad, ya era poco lo que podía hacer por Brown. Había que mantenerlo caliente, seco e hidratado, pero algo me decía que Hodgepile no estaría abierto a tales sugerencias. Mediante unos furiosos y reiterados alardos, sofocó la incipiente rebelión y luego declaró que cruzaríamos el desfiladero, y rápido.

—Ponedlo en una camilla —dijo con impaciencia, como respuesta a las protestas del sobrino de Brown—. En cuanto a ti... —Se lanzó sobre mí, mirándome con furia—. ¡No te lo dije! ¡Te dije que nada de trucos!

—Mátala —pidió Brown desde el suelo, con voz ronca—. Mátala ahora.

—¡Matarla? Eso no va a ocurrir, amigo. —Los ojos de Hodgepile relampaguearon de maldad—. Para mí, ella no representa un riesgo mayor viva que muerta... y me resulta mucho más beneficiosa viva. Pero la meteré en cintura.

Él siempre tenía el cuchillo cerca. Lo sacó en un instante y me agarró la mano. Antes de que yo pudiera siquiera respirar, sentí que la hoja presionaba y me hacía un corte en la base del dedo índice.

—Recuerdas lo que te dije, ¿verdad? —jadeó—. No te necesito entera.

Sí, lo recordaba; sentí un vacío en el estómago y la garganta tan seca que no pude hablar. Me ardía la piel donde él me había cortado, y el dolor

relampagueaba a través de mis nervios; la necesidad de dar un tirón y alejarme de la hoja era tan fuerte que los músculos de mi brazo se agarrotaron.

Pude imaginar con nitidez el muñón chorreante, la impresión del hueso roto, la carne arrancada, el horror de la pérdida irrevocable.

Pero detrás de Hodgepile, Tebbe se había puesto en pie. Su mirada extraña y borrosa estaba fija en mí, con una expresión de temor y fascinación. Vi que su mano se cerró en un puño, que la garganta se le movió cuando tragó saliva, y sentí que la saliva también regresaba a la mía. Si quería conservar su protección, debía mantener su fe en mí.

Clavé los ojos en los de Hodgepile, y me incliné hacia él. Mi piel tembló y se estremeció, y la sangre rugió en mis oídos, pero abrí los ojos todo lo que pude. Los ojos de una bruja, como alguien había dicho.

Con extrema lentitud, levanté la mano libre, todavía mojada con la sangre de Brown, y extendí los dedos ensangrentados hacia la cara de Hodgepile.

—Lo recuerdo —respondí en un ronco susurro—. ¿Tú recuerdas lo que dije yo?

Él lo habría hecho. Vi el brillo de la decisión en sus ojos, pero antes de que pudiera empujar con el cuchillo, el indio joven de pelo tupido saltó hacia adelante y le agarró la mano con un grito de horror. Distraído, Hodgepile dejó de apretarme y yo me solté.

En un instante, Tebbe y dos hombres más saltaron hacia adelante, con las manos en los cuchillos y en las culatas de las pistolas.

El delgado rostro de Hodgepile estaba lleno de furia, pero el momento de violencia incipiente había quedado atrás. Él bajó su propio cuchillo y la amenaza disminuyó.

Abrí la boca para decir algo que pudiera desestabilizar la situación un poco más, pero me lo impidió un grito de pánico del sobrino de Brown.

—¡No la dejes hablar! ¡Nos maldecirá a todos!

—Al demonio con eso —exclamó Hodgepile, cuya furia se había convertido en mera irritación.

Yo había usado varios pañuelos para atar la tablilla de Brown. Hodgepile se agachó y cogió uno, formó una pelota con él y dio un paso adelante.

—Abre la boca —pidió lacónicamente y, agarrándome la mandíbula con una mano, me la abrió y me metió el paño apelotonado. Le lanzó una mirada desafiante a Tebbe, quien había hecho un rápido movimiento hacia mí—. No voy a matarla, pero no dirá una palabra más. Ni a él —señaló a Brown con un gesto, luego a Tebbe—. Ni a ti. Ni a mí. A nadie.

Tebbe parecía inseguro, pero Hodgepile ya estaba atando su propio pañuelo alrededor de mi cabeza, amordazándome por completo.

—Ni una palabra —repitió—. Ahora, ¡vamos!

Cruzamos el río. Para mi sorpresa, Lionel Brown sobrevivió, pero fue un trayecto muy lento, y el sol ya había bajado para cuando acampamos, a tres kilómetros del desfiladero en el extremo opuesto.

Todos estaban mojados, y encendieron un fuego sin discusiones. Las corrientes de disentimiento y desconfianza seguían presentes, pero el río y el agotamiento las habían amortiguado.

Me habían atado las manos, aunque no demasiado fuerte, y me habían dejado los pies libres. Me acerqué hasta un tronco caído cerca del fuego y me senté. Estaba mojada y sentía frío, mis músculos temblaban de cansancio y, por primera vez, me pregunté si Jamie realmente me encontraría.

Tal vez había seguido al grupo equivocado de bandidos. Tal vez los había encontrado y atacado, y lo habían herido o matado en la lucha. Yo tenía los ojos cerrados pero volví a abrirlos, tratando de evitar las visiones que ese pensamiento conjuraba. Todavía seguía preocupada por Marsali, pero no tenía modo de saber si la habrían encontrado a tiempo o no; en cualquier caso, su suerte estaba echada.

El fuego ardía bien, al menos; los hombres habían traído un inmenso montón de leña. Un negro de baja estatura que se mantenía en silencio estaba avivando el fuego, mientras dos de los adolescentes revisaban los paquetes en busca de comida. Pusieron una olla al fuego con un pedazo de carne salada, y el joven indio de la melena como un león metió harina de maíz en un cuenco con un poco de manteca de cerdo. Otro poco de manteca chisporroteaba en una plancha de hierro, derritiéndose y convirtiéndose en grasa. Olía de maravilla.

La saliva me inundó la boca, absorbida de inmediato por el bulto de tela, y, a pesar de la incomodidad, el olor de la comida me animó un poco. Mi corsé, que se había soltado por el viaje de las últimas veinticuatro horas, había vuelto a ajustarse cuando los cordones mojados se secaron y se encogieron. Me picaba la piel debajo de la tela, pero las delgadas costillas de la estructura me daban una bienvenida sensación de apoyo.

Los dos sobrinos de Brown entraron en el campo cargando una camilla improvisada que se hundía en el medio. La depositaron con alivio junto al fuego, lo que provocó un fuerte alarido del trasladado.

Aunque Brown había sobrevivido al cruce del río, en realidad no le había sentado nada bien. Desde luego, yo les había dicho que había que mantenerlo hidratado. La idea me irritó, por cansada que estuviera, y lancé un amortiguado resoplido por debajo de la mordaza.

Uno de los muchachos me oyó, y trató de buscar el nudo de la mordaza, pero dejó caer la mano de inmediato cuando Hodgepile le ladró:

—¡Déjala!

—Pero... ¿no tiene que comer, Hodge?

—No, ahora no. —Hodgepile se puso en cuclillas delante de mí y me miró de arriba abajo—. Ya has aprendido la lección, ¿verdad?

No me moví. Sólo me quedé sentada y lo miré, con el mayor desprecio que pude reunir en mis ojos. El corte de mi dedo ardía, las palmas habían empezado a transpirar... pero lo miré fijamente. Él trató de devolverme la mirada pero no pudo; no conseguía mantener los ojos quietos. Eso lo enfureció todavía más.

—¡Deja de mirarme!

Parpadeé lentamente, una vez, y seguí mirándolo, con lo que esperaba que pareciera un desapasionamiento interesado. Se lo veía bastante crispado, a nuestro señor Hodgepile. Círculos oscuros debajo de los ojos, fibras musculares rodeándole la boca como líneas talladas en madera.

De inmediato, se puso en pie, me agarró del brazo y me obligó a incorporarme.

—Te pondré donde no puedas mirarme, puta —murmuró, y me hizo marchar al otro lado del fuego a empujones. Algo alejado del campamento, encontró un árbol que le gustaba. Me desató las manos y volvió a anudarlas con un lazo que me rodeaba la cintura y me estrechaba las manos contra el cuerpo. Luego me empujó hasta que me hizo sentar, formó una tosca horca con un nudo corredizo y me la colocó alrededor del cuello; a continuación, ató el extremo libre al árbol.

—Así no podrás alejarte —dijo, apretando el rugoso cáñamo contra mi cuello —. No sería bueno que te perdieras. Podría comerte un oso, y entonces ¿qué, eh?

Eso le hizo recuperar el humor; se rió sin poder contenerse, y seguía lanzando risitas cuando se marchó. Pero se volvió, para echarme una última mirada. Yo me senté erguida, contemplándolo, y el humor lo abandonó de repente. Giró y se alejó, con los hombros duros como madera.

A pesar del hambre, de la sed y de la incomodidad general, en realidad tuve una profunda, aunque momentánea, sensación de alivio. Aunque no estaba sola, al menos nadie me observaba. Me encontraba a casi veinte metros de la hoguera, fuera de la vista de todos los hombres. Me apoyé en el tronco del árbol y los músculos de mi cara y de mi cuerpo cedieron todos a la vez, y me sobrecogió un escalofrío.

Pronto. Sin duda Jamie me encontraría pronto. A menos que... aparté la duda de mi mente como si fuera un escorpión venenoso. Lo mismo hice con cualquier pensamiento sobre qué le habría ocurrido a Marsali, o lo que podría suceder cuando él nos encontrara, si es que lo hacía.

El sol ya casi se había puesto; las sombras crecían bajo los árboles y la luz desaparecía lentamente del cielo, haciendo que los colores huyeran y que los objetos sólidos perdieran profundidad. En alguna parte, no lejos de allí, se oía correr el agua, y los ocasionales cantos de los pájaros en los árboles lejanos, que comenzaron a callarse a medida que la noche se hizo más fría, reemplazados por los crecientes chirridos de unos grillos más próximos. Mis ojos percibieron un

veloz movimiento, y a unos pocos metros vi un conejo gris, sentado sobre las patas traseras debajo de un arbusto. La normalidad de la escena hizo que me ardieran los ojos. Parpadeé para alejar las lágrimas, y el conejo desapareció.

Verlo me había hecho recuperar un poco el ánimo; ensayé algunos experimentos, para verificar los límites de mis actuales ataduras. Tenía las piernas libres, lo que era bueno. Podía levantarme hasta una postura no muy digna de cucillas, y moverme como un pato alrededor del árbol. Todavía mejor: tenía la posibilidad de orinar en privado al otro lado.

Sin embargo, no podía incorporarme del todo, ni llegar al nudo de la cuerda que rodeaba el tronco del árbol: o bien la cuerda resbalaba o se atascaba en la corteza, pero en cualquier caso el nudo siempre quedaba del otro lado del tronco, que tenía unos noventa centímetros de diámetro.

Había unos sesenta centímetros de cuerda entre el tronco y la horca en torno a mi cuello, lo suficiente como para poder tumbarme, o girar a un lado o al otro. Era bastante evidente que Hodgepile conocía bien los métodos apropiados para dominar a los cautivos; pensé en la casa de los O'Brian y en los dos cuerpos que allí había. Los dos hijos mayores que habían desaparecido. Un pequeño estremecimiento volvió a recorrer mi cuerpo.

¿Dónde estaban? ¿Los habrían vendido a alguna de las tribus indias como esclavos? ¿O llevado a un burdel para marineros de los pueblos costeros? ¿O a un barco, para que luego los usaran en las plantaciones de azúcar de las Indias?

No me hacía ninguna ilusión de que a mí me aguardara alguno de esos destinos pintorescos y desagradables. Yo era demasiado vieja, y demasiado notoria. No, el único valor que tenía para Hodgepile era que sabía dónde estaban las reservas de whisky. Una vez que él estuviera a la distancia suficiente como para olfatearlo, me cortaría el cuello sin vacilar.

El aroma de carne asada flotó en el aire y me inundó la boca con más saliva, un alivio bienvenido, puesto que la mordaza me secaba la boca.

Una sacudida de pánico me tensó los músculos. No quería pensar en la mordaza. O en las cuerdas alrededor de las muñecas y el cuello. Sería demasiado fácil sucumbir al pánico y agotarme en una lucha inútil. Tenía que guardar mis fuerzas; no sabía cuándo ni cómo podría precisarlas, pero seguramente lo haría.

Los hombres se habían dispuesto a cenar. Estaban tan lejos que no podía escuchar detalles concretos de su conversación, sino sólo alguna frase o palabra suelta que me llegaba con la brisa nocturna. Giré la cabeza para que el viento me apartara el pelo de la cara, y descubrí que por encima del lejano desfiladero podía ver una franja larga y estrecha de cielo, que había adquirido un azul profundo y extraterrestre.

Las estrellas comenzaron a asomarse, una a una, y logré perderme en su observación, contándolas a medida que aparecían, tocándolas como lo haría con

las cuentas de un rosario, y recitando para mis adentros las constelaciones y estrellas que conocía, incluso a pesar de que no tenía la menor idea de si esos nombres tenían alguna relación con los cuerpos celestes que veía. Alfa Centauro, Deneb, Sirio, Betelgeuse, las Pléyades, Orión...

Logré calmarme hasta tal punto que dormité un poco, pero me desperté algo después, cuando ya estaba todo oscuro. La luz del fuego proyectaba un vacilante resplandor a través de los arbustos. Me moví y me desperecé lo mejor que pude, tratando de aliviar la tensión de la espalda, y preguntándome si Hodgepile ya se sentía a salvo y por eso había dejado que hicieran un fuego tan grande.

Un fuerte gemido llegó hasta mí con el viento: era Lionel Brown. Hice una mueca, pero no había nada que pudiera hacer por él.

Oí ruidos de movimientos y murmullos; alguien estaba asistiendo.

—... caliente como un revólver... —dijo una voz ligeramente preocupada.

—... traigo a la mujer...?

—No —replicó una voz clara. Hodgepile. Suspiré—... agua. No hace falta ayuda para eso...

Yo estaba escuchando con tanta atención que pasó un buen rato hasta que percibí unos ruidos en los arbustos más cercanos. No eran animales; sólo los osos harían tanto ruido, y los osos no se reían. Las risas disminuyeron; no sólo se amortiguaron, sino que empezaron a interrumpirse.

Había susurros también, aunque no alcancé a distinguir casi ninguna palabra. De todas formas, como la atmósfera generalizada era de una excitada conspiración juvenil, supe que debían de ser algunos de los miembros más jóvenes de la pandilla.

—... ¡Vamos, venga! —Pude oír, dicho en un tono vehemente y acompañado de un estrépito, que indicaba que alguien había sido empujado contra un árbol. Luego otro ruido, señalando una revancha.

Más crujidos. Susurro, susurro, risita, bufido. Me senté erguida, preguntándome en nombre de Dios qué tramarián.

Entonces oí «no tiene las piernas atadas...» y mi corazón dio un pequeño vuelco.

—Pero y si... —Balbuceo, balbuceo.

—No importa. No puede gritar.

Eso último lo oí con mucha claridad, y empujé con los pies para tratar de incorporarme, pero me lo impidió la horca que me rodeaba el cuello. La sentí como una barra de hierro contra la tráquea, y caí hacia atrás, viendo manchones rojos como sangre en el costado de los ojos.

Sacudi la cabeza e inhalé con fuerza, tratando de deshacerme del mareo, mientras la adrenalina corría por mis venas. Sentí una mano en el tobillo y pateé con violencia.

—¡Eh! —dijo él en voz alta, sorprendido.

Apartó la mano de mi tobillo y se echó hacia atrás. Mi visión estaba aclarándose; ya podía verlo, pero la luz del fuego estaba detrás de él; era uno de los muchachitos.

—Chiiis —dijo, extendiendo una mano hacia mí.

Lancé un profundo gruñido desde detrás de la mordaza, y él se detuvo, paralizado en la mitad del gesto. Entonces oí un crujido en los arbustos. Eso pareció recordarle que su amigo —o sus amigos— estaban observándolo, y él volvió a extender el brazo, palmeándome el muslo.

—No se preocupe, señora —susurró, acercándose en cuclillas—. No quiero hacerle daño.

Resoplé, y él volvió a cavilar, pero entonces otro crujido desde los arbustos pareció fortalecer su resolución, y me agarró de los hombros, tratando de tumbarme. Me debatí con fuerza, pateándolo con pies y rodillas, y él me soltó, perdió el equilibrio y cayó de costado.

Una amortiguada explosión de risas desde el arbusto lo hizo ponerse en pie como un resorte. Extendió el brazo con decisión, me agarró los tobillos y tiró con fuerza, haciéndome caer hacia atrás. Luego se subió encima de mí, sujetándome con su peso.

—¡Silencio! —ordenó en mi oído.

Sus manos trataban de llegar a mi garganta, y yo me retorcí y me debatí bajo su peso, intentando quitármelo de encima. Pero me apretó el cuello y me detuve cuando empecé a verlo todo negro de nuevo.

—Silencio —repitió, ahora en voz más baja—. Cállese, señora, ¿de acuerdo? —Yo emitía pequeños ruidos de asfixia, que él debió de interpretar como un asentimiento, puesto que aflojó la presión—. No voy a hacerle daño, señora, en serio —susurró, tratando de mantenerme contra el suelo con una mano mientras metía la otra entre los dos—. ¿Puede quedarse quieta, por favor?

Pero no acepté, y él finalmente me puso el antebrazo en la garganta y se apoyó en él. Era delgado y fibroso, pero muy fuerte, y a fuerza de decisión, logró subirme la enagua y clavar la rodilla entre mis muslos.

Estaba respirando casi con tanto esfuerzo como yo, y pude oler el hedor cabrío de su excitación. Me había soltado la garganta y sus manos me agarraban febrilmente los pechos de una manera que dejaba bastante claro que el único otro pecho que había tocado era probablemente el de su madre.

—Silencio, no se asuste, señora, está todo bien, yo no... oh. Oh, Dios. Yo... ah... oh. —Su mano estaba tanteando entre mis muslos, pero se interrumpió por un momento cuando él se apartó y se bajó los pantalones.

Luego se derrumbó pesadamente sobre mí y sus caderas bombaron frenéticamente en un enloquecido embate, sin hacer contacto alguno salvo el de la fricción, puesto que, como era evidente, no tenía la menor idea de cómo estaba construida la anatomía femenina. Me quedé quieta, paralizada por el

aturdimiento, y entonces sentí un líquido caliente debajo de los muslos cuando él se perdió en un éxtasis jadeante.

Toda la tensión y el nerviosismo lo abandonaron de repente, y cayó sobre mi pecho como un globo desinflado. Pude sentir su corazón golpeando como un martillo, y su sien bañada en sudor contra mi mejilla.

La intimidad de ese contacto me resultaba tan intolerable como la presencia cada vez más blanda encajada entre mis piernas, de modo que giré bruscamente hacia un lado y me lo quité de encima. El tipo volvió a la vida de repente y se puso de rodillas tirando de sus pantalones caídos.

Se balanceó hacia adelante y hacia atrás durante un momento, después cayó de pies y manos y se arrastró hasta mí.

—Lo siento mucho, señora —susurró.

No me moví lo más mínimo, y después de una pausa, él extendió una mano tentativa y me palmeó suavemente el hombro.

—De verdad que lo siento —repitió, sin dejar de susurrar, y luego desapareció, dejándome tumbada de espaldas sobre un charco, preguntándome si un ataque tan incompetente podía ser considerado una violación legítima.

Un crujido distante en los arbustos, acompañado por gritos amortiguados de joven deleite masculino, me hicieron decidir firmemente que sí. Por Dios, el resto de aquellas asquerosas bestezuelas se abalanzarían sobre mí en cualquier momento. Paralizada por el pánico, me senté erguida, teniendo la horca presente.

El peso del joven asaltante había empeorado las cosas; los nudos se habían ceñido con más fuerza durante la lucha, y mis manos latían por la falta de circulación. Sentía que las puntas de los dedos empezaban a adormecerse. Por todos los diablos. ¿Acaso perdería varios dedos por la gangrena, como resultado de ese absurdo?

Por un instante, consideré si sería aconsejable adoptar una actitud complaciente con el siguiente y horrible muchachito, con la esperanza de que me quitara la mordaza. Si lo hacía, al menos podría rogarle que aflojara las cuerdas... y luego pediría socorro a gritos, con la esperanza de que Tebbe se presentara e impidiera nuevos ataques, por miedo a mi venganza sobrenatural.

Aquí llegaba, un crujido constante de los arbustos. Apreté los dientes en la mordaza y levanté la mirada, pero vi que la silueta oscura delante de mí no pertenecía a uno de aquellos jóvenes.

Me paralicé, como si el hecho de quedarme quieta pudiera volverme invisible. El hombre se puso en cuclillas para mirarme a la cara.

—Ya no te ries tanto, ¿verdad? —dijo en tono tranquilo. Era Boble, el excazador de ladrones—. Tú y tu marido creísteis que era muy divertido, ¿no? Lo que me hicieron aquellas alemanas. Y luego el señor Fraser me dijo que pensaban hacer salchichas conmigo. Pensasteis que era divertido, ¿verdad?

Para ser honesta, había sido divertido. Pero él estaba en lo cierto: yo ya no

me reia. Echó el brazo hacia atrás y me atizó una bofetada.

El golpe hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas, pero el fuego lo iluminó desde un costado y pude ver la sonrisa en su rostro rechoncho. Una fría aprensión me invadió y me hizo estremecer. Él se dio cuenta, y su sonrisa se amplió. Sus caninos eran cortos y romos, de modo que los incisivos se destacaban por contraste, largos y amarillentos, como los de un roedor.

—Supongo que crees que esto es todavía más divertido —dijo, poniéndose en pie y buscando la bragueta—. Espero que Hodge no te mate en seguida, así podrás contárselo a tu marido. Apuesto a que él disfrutará de la broma, con el sentido de humor que tiene.

El semen del muchacho seguía húmedo y pegajoso en mis muslos. Me eché hacia atrás instintivamente, tratando de ponerme en pie, pero el nudo corredizo que tenía en el cuello me lo impidió. Mi visión se oscureció durante un instante cuando la cuerda se apretó sobre la carótida, pero luego se aclaró y me encontré con la cara de Boble a pocos centímetros de la mía, y con su aliento caliente sobre mi piel.

Me agarró la barbilla y frotó su rostro contra el mío, mordiéndome los labios y raspándome la mejilla con fuerza con la barba de pocos días. Luego se echó hacia atrás, dejándome la cara mojada con su saliva, me empujó contra el suelo y se subió encima de mí.

Pude sentir la violencia que había en él, lista para estallar. Sabía que no podía escaparme ni impedírselo; sabía que me haría daño si le daba la más mínima excusa. Lo único que podía hacer era mantenerme inmóvil y soportarlo.

No pude. Me debatí debajo de él y giré a un lado, levantando las rodillas cuando él me apartó la enagua. Lo golpeé de refilón en el muslo, y él echó la mano hacia atrás de modo reflejo y me dio un puñetazo en la cara, fuerte y rápido.

Un repentino dolor rojo y negro floreció desde el centro de mi cara, me llenó la cabeza, y me cegó, provocándome una momentánea inmovilidad. «Maldito hijo de puta —pensé—, ahora te matará». El segundo golpe cayó sobre mi mejilla y me hizo girar la cabeza a un lado. Tal vez me había movido, tratando en vano de resistirme. Tal vez no.

De repente, él se arrodilló sobre mí, a horcajadas, y empezó a golpearme y a abofetearme, golpes sordos y pesados, todavía demasiado remotos para generar dolor. Me retorcí y llevé el hombro hacia arriba, tratando de protegerme la cara contra el suelo, y en ese momento su peso desapareció.

Estaba de pie, dándome patadas e insultándome, jadeando entre sollozos mientras su bota se clavaba en mi costado, en mi espalda, en mis muslos y en mis nalgas. Yo empecé a resollar, tratando de recuperar la respiración. Mi cuerpo se retorcía y temblaba con cada golpe, deslizándose en el suelo cubierto de hojas, y me aferré a esa sensación de arrastrarme, tratando con fuerza de

hundirmé, de que la tierra me tragara.

Entonces se detuvo. Oí sus resoplidos, tratando de hablar.

—Maldición... maldición... oh, maldición... pu... puta...

Yací inerte, tratando de desaparecer en la oscuridad que me rodeaba, sabiendo que iba a patearme en la cabeza. Podía sentir cómo se romperían mis dientes, como los frágiles huesos de mi cráneo se astillaran y se hundirían en la pulpa mojada y blanda de mi cerebro, y temblé, apretando los dientes en una inútil resistencia contra el impacto. Sonaría como un melón aplastado, un ruido sordo, pegajoso y hueco. ¿Lo oiría?

No sucedió. Hubo otro sonido, un crujido veloz y fuerte que no tenía sentido. Un sonido débil y carnoso, piel contra piel en un ritmo suave como un chasquido, y luego él dejó escapar un gemido y unas gotas cálidas de fluido cayeron sobre mi cara y mis hombros, salpicándome la piel desnuda en las partes en que la tela de mi enagua se había desgarrado.

Me quedé como congelada. En algún rincón lejano de mi mente, una observadora distante se preguntó si aquello era, de hecho, lo más asqueroso que había presenciado jamás. Bueno, no, no lo era. Algunas de las cosas que había visto en L'Hôpital des Anges, por no mencionar la muerte del padre Alexander, o el ático de los Beardsley... el hospital de campaña en Amiens... por todos los cielos, no, eso ni siquiera se acercaba.

Permanecí rígida, con los ojos cerrados, recordando experiencias desagradables del pasado y deseando estar en alguno de aquellos sucesos, en lugar de allí.

Él se inclinó sobre mí, me agarró el pelo y me golpeó la cabeza contra el árbol varias veces, respirando con dificultad.

—Te enseñaré... —murmuró, luego soltó la mano y oí el ruido de sus pasos que se alejaban, tambaleantes.

Cuando por fin abrí los ojos, estaba sola.

Seguí sola, podría ser peor. Al parecer, el violento ataque de Boble había espantado a los muchachos.

Giré hacia un lado y me quedé quieta, respirando.

« Jamie —pensé—, ¿dónde estás?» .

No tenía miedo de lo que pudiera ocurrir a continuación; no podía ver más allá del momento en que me encontraba, una sola respiración, un solo latido. No pensaba y no quería sentir.

Muy lentamente, empecé a notar pequeñas cosas. Un fragmento de corteza que se me había enganchado en el pelo y que me raspaba la mejilla. La suavidad de las gruesas hojas secas debajo de mí. La sensación del esfuerzo cuando mi pecho se elevaba, un esfuerzo cada vez mayor.

Un minúsculo nervio comenzó a agitarse cerca de un ojo.

Me di cuenta de repente de que con la mordaza en la boca y los tejidos nasales que se estaban congestionando velozmente por la sangre y la inflamación, corría un serio peligro de ahogarme. Giré hacia un lado lo más que pude sin estrangularme y froté la cara contra el suelo, luego —con una desesperación creciente—, clavé los talones en el suelo y me retorcí hacia arriba, raspándome la cara con fuerza contra la corteza del árbol, tratando, sin éxito, de aflojar o quitar la mordaza.

La corteza me arañó el labio y la mejilla, pero el pañuelo atado alrededor de mi cabeza estaba tan ceñido que me cortó las comisuras de la boca, obligándola a abrirse de modo que la saliva se filtraba constantemente en la pelota de tela que tenía dentro. Sentí arcadas por las cosquillas del paño empapado en la garganta, y sentí que el vómito me ardía en el fondo de la nariz.

« ¡No vas, no vas, novasnovasnovas, NO VAS a vomitar! » . Arrastré burbujas de aire a través de mi nariz ensangrentada, sentí un fuerte gusto a cobre cuando el aire bajó por mi garganta, unas arcadas más poderosas, me doblé en dos... y vi una luz blanca en el borde de mi visión, cuando la horca me apretó la garganta.

Caí hacia atrás y mi cabeza golpeó con fuerza contra el árbol. Pero casi no lo noté; la cuerda volvió a aflojarse, gracias a Dios, y logré inspirar una, dos, tres valiosas veces ese precioso aire lleno de sangre.

Tenía la nariz hinchada de pómulo a pómulo, y estaba inflamándose cada vez más. Clavé los dientes en la mordaza y soplé por la nariz, tratando de limpiarla, aunque sólo fuera por un momento. La sangre, teñida de bilis, me roció caliente la barbilla y me salpicó el pecho, y yo chupé aire con fuerza, logrando que entrara un poco en mis pulmones.

Soplar, inspirar. Soplar, inspirar. Soplar... pero mis conductos nasales ya estaban casi cerrados por la inflamación, y estuve a punto de llorar de pánico y frustración, puesto que no podía coger aire.

« ¡Por Dios, no llores! ¡Morirás si lloras, por el AMOR de Dios, no llores! » .

Soplar... soplar... Resoplé con la última reserva de aire rancio en mis pulmones, y pude liberar un espacio mínimo, suficiente para volver a llenarlos.

Contuve el aliento, tratando de mantenerme consciente el tiempo suficiente como para descubrir una manera de respirar; tenía que haber una manera de respirar.

No permitiría que un infeliz como Harley Boble me matara. Eso no estaba bien; no podía estarlo.

Sentada a medias, me apreté contra el árbol para aflojar todo lo posible la fuerza de la horca contra mi cuello, y apoyé la cabeza, lo que hizo que la sangre de la nariz goteara hacia abajo. Eso ayudó un poco, pero no duró mucho.

Sentí que se me endurecían los párpados; sin duda tenía la nariz rota, y todos los tejidos alrededor de la parte superior de la cara estaban hinchándose, inflamándose con la sangre y la linfa producida por el traumatismo capilar,

apretándome los ojos y limitando todavía más la entrada de aire.

Mordí la mordaza en una agonía de frustración, y luego, desesperada, comencé a masticarla, moliendo la tela con los dientes, tratando de aplastarla, de comprimirla, de moverla de alguna manera dentro de la boca... Me mordí el interior de la mejilla y sentí el dolor, pero no le presté atención; no era importante, nada importaba salvo respirar. Oh, Dios, no podía respirar, « Por favor, ayúdame a respirar, por favor...» .

Sofoqué un grito de dolor... y me di cuenta de que había conseguido atravesar la mordaza con la lengua, cuya punta llegaba a una esquina de la boca. Empujando todo lo posible con la punta de la lengua, había logrado formar un pequeño canal de aire por el que no pasaba más que una mínima brizna de oxígeno... pero era aire, y eso era lo único que importaba.

Tenía la cabeza ladeada a un costado, lo que me causaba dolor, con la frente apretada contra el árbol, pero me inquietaba hacer el más mínimo movimiento, por miedo a perder esa delgada línea vital de aire, si la mordaza se desplazaba al mover la cabeza. Me quedé inmóvil, sentada, con las manos apretadas, haciendo unas respiraciones largas, gorgoteantes y horriblemente superficiales, y preguntándome cuánto tiempo podría soportarlo; los músculos del cuello ya temblaban por el esfuerzo.

Las manos estaban latiendo otra vez; jamás habían dejado de hacerlo, suponía, pero no había tenido tiempo de prestarles atención. En ese momento lo hice, y agradecí las punzadas de dolor que dibujaban los contornos de cada uña con fuego líquido, puesto que me distraían de la mortal rigidez que descendía por mi nuca y me llegaba al hombro.

Los músculos del cuello saltaron en un espasmo; jadeé, perdí aire y curvé el cuerpo como un arco, clavando los dedos en las cuerdas que me ataban para tratar desesperadamente de recuperarlo.

Una mano se posó en mi brazo. No lo había oído llegar. Giré ciegamente y mi cabeza golpeó contra él. No me importaba quién era o qué quería, siempre que me quitara la mordaza. Una violación parecía un intercambio perfectamente razonable por la supervivencia.

Gemí de desesperación, bufando y esparciendo gotas de sangre y moco cuando sacudí la cabeza con violencia, tratando de indicar que me estaba asfixiando; dado el nivel de incompetencia sexual que se había demostrado hasta el momento, era posible que el tipo ni siquiera se diera cuenta de que no podía respirar, y que se limitara a proceder con su asunto, sin percibir que su violación podría convertirse en necrofilia.

Estaba tocándose la cabeza. ¡Gracias a Dios, gracias a Dios! Con un esfuerzo sobrehumano, permanecí inmóvil, mientras sentía un gran mareo al tiempo que se producían unos chisporroteos dentro de mis globos oculares. Entonces, la tira de tela salió, y yo empujé el paño apelotonado que tenía en la

boca de modo reflejo, sentí una náusea instantánea, y vomité, tragando aire y haciendo arcadas al mismo tiempo.

No había comido; tan sólo un hilo de bilis me escoció la garganta y goteó por mi barbilla. Me atraganté y tragué y respiré, cogiendo aire en bocanadas inmensas, glotonas, que amenazaban con hacerme estallar los pulmones.

Él estaba diciendo algo, susurrando con impaciencia. No me importaba, no podía escucharlo. Lo único que oía era el grato silbido de mi propia respiración, y los sordos latidos de mi corazón. Cuando por fin bajó la velocidad de la frenética carrera para mantener el oxígeno recorriendo mis hambrientos tejidos, el corazón golpeó con tanta fuerza que me sacudió el cuerpo.

Entonces, una o dos palabras llegaron hasta mí, y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Qué? —dije con dificultad. Tosi y moví la cabeza tratando de aclararla. Me dolía mucho—. ¿Qué ha dicho?

Sólo alcanzaba a ver una silueta desencajada, melenuda como un león y de hombros huesudos, al débil resplandor del fuego.

—He dicho que si el nombre de Ringo Starr significa algo para usted —susurró, acercándose más.

A esas alturas, yo ya era inmune a la sorpresa. Me limité a limpiarme el labio partido muy suavemente contra el hombro, y respondí, con total serenidad:

—Sí.

Él había estado conteniendo el aliento; me di cuenta de ello sólo cuando oí su suspiro al soltarlo, y vi que sus hombros se encorvaban.

—Oh, Dios mío —dijo entre dientes—. Oh, Dios mío.

De pronto se abalanzó sobre mí y me atrapó en un fuerte abrazo. Yo me eché hacia atrás y empecé a ahogarme cuando la horca que me rodeaba el cuello volvió a ajustarse, pero él no lo notó, absorto en sus propias emociones.

—Oh, Dios mío —repitió, y hundió su cara sobre mi hombro, casi sollozando—. Oh, Dios mío. Lo sabía, sabía que usted tenía que serlo, lo sabía, pero no podía creerlo. Oh, Dios, oh, Dios, ¡oh, Dios! No pensé que jamás encontraría a otro, nunca...

—Kk... —dije, arqueando la espalda imperiosamente.

—¿Qué...? ¡Oh, mierda! —Me soltó y agarró la cuerda de mi cuello. Intentó sostenerla y me pasó el nudo por encima de la cabeza, casi arrancándome una oreja, pero no me importó—. Mierda, ¿se encuentra bien?

—Sí —carraspeé—. De... sáteme.

Él olfateó, se limpió la nariz en la manga y miró por encima del hombro.

—No puedo —susurró—. El siguiente que venga se dará cuenta.

—¿El siguiente? —grité lo más que se puede gritar con un susurro atragantado—. ¿Qué quiere decir con el siguiente...?

—Bueno, ya sabe... Quiero decir... bueno, no importa. ¿Quién es usted?

—Sabe muy bien quién soy —gruñí con furia—. Soy Claire Fraser. ¡Quién demonios es usted, qué está haciendo aquí, y si quiere que le diga una palabra más, le conviene desatarme en este mismo instante!

Él volvió a girar para mirar con recelo por encima del hombro, y tuve la vaga impresión de que les tenía miedo a sus denominados camaradas. Pude ver su perfil; era el joven indio de pelo abundante, el que yo había tomado por tuscarora. Un indio... se estableció una conexión en lo profundo de mis enmarañadas sinapsis.

—Por todos los diablos —dije, y me limpié un chorro de sangre de la boca—. Dientes de nutría. De Nutria. Usted es uno de los suyos.

—¿Qué? —Su cabeza giró para mirarme con unos ojos como platos—. ¿Quién?

—Oh, demonios, ¿cuál era su nombre verdadero? Robert... Robert algo... — Yo estaba temblando de furia, terror, impresión y agotamiento. Pero por más destruida que estaba, recordaba bien a Dientes de Nutria. Tuve el recuerdo nítido y repentino de haber estado sola en una noche como ésa, empapada por la lluvia y completamente sola, cogiendo en mis manos una calavera que había sido enterrada mucho tiempo antes.

—Springer —dijo, y me agarró el brazo—. Springer... ¿Era él? ¿Robert Springer?

Al menos tuve la presencia de ánimo para cerrar la mandíbula, echar la barbilla hacia adelante y levantar las manos atadas delante de él. Ni una palabra más hasta que me liberara.

—Mierda —volvió a murmurar, y con otra apresurada mirada por encima del hombro, buscó su cuchillo.

No era hábil con él. Si necesitaba otra prueba de que no era un indio verdadero de la época... pero me liberó las manos sin cortarme, y yo me doblé en dos con un gemido, con las manos metidas debajo de las axilas mientras la sangre volvía a correr por ellas. Las sentía como globos hinchados y tensos a punto de reventar.

—¿Cuándo? —preguntó con furia, sin prestar atención a mi aflicción—. ¿Cuándo vino? ¿Dónde encontró a Bob? ¿Dónde está?

—1946 —respondí, apretándome los brazos hasta las manos palpitantes—. La primera vez. 1968, la segunda. En cuanto al señor Springer...

—La segunda... ¿Ha dicho la segunda vez? —Su voz se hizo más fuerte por el asombro. Se interrumpió de golpe, mirando hacia atrás con expresión de culpa, pero el ruido de los hombres que jugaban a los dados y discutían en torno al fuego era más que fuerte como para ahogar una simple exclamación.

—La segunda vez —repitió en voz más baja—. Entonces, ¿lo ha hecho? ¿Ha regresado?

Asentí, apretando los labios y balanceándome hacia atrás y hacia adelante. Con cada latido me daba la impresión de que las uñas se me saldrían de los dedos.

—¿Y usted? —pregunté, aunque estaba bastante segura de que ya lo sabía.

—1968 —dijo, confirmándolo.

—¿En qué año apareció? —pregunté—. Quiero decir: ¿cuánto tiempo hace que está aquí? Eh... ahora, quiero decir.

—Oh, Dios mío. —Se sentó en cuclillas—. He estado aquí seis años, por lo que sé. Pero usted ha dicho... segunda vez. Si consiguió volver, ¿por qué demonios está otra vez aquí? Oh... espere. Usted no volvió a su casa, fue a parar a otra época, pero no a la original, ¿es así? ¿Dónde empezó?

—En Escocia, en 1946. Y no, sí volví a casa —dije, sin querer entrar en detalles—. Pero mi marido estaba aquí. Regresé a propósito, para estar con él. —Una decisión que en ese momento no parecía ser muy acertada—. Y hablando de mi marido —añadí—. No estaba bromeando. Él va a venir. No le conviene que los encuentre conmigo cautiva, se lo aseguro. Pero si usted...

Él no prestó atención a eso último.

—Pero ¡eso significa que usted sabe cómo funciona! ¡Puede navegar!

—Algo así —respondí con impaciencia—. Veo que usted y sus compañeros no sabían navegar, según sus palabras, ¿verdad? —Me masajeé una mano con la otra, apretando los dientes para soportar las fuertes palpitaciones de la sangre.

—Creíamos que sí —la amargura tenía su voz—. Piedras sonoras, gemas. Eso fue lo que usamos. Raymond dijo... Pero no dio resultado. O tal vez... tal vez sí. Usted conoció a Bob Springer... A Dientes de Nutria, quiero decir. Entonces, ¡él sí lo logró! Y si él lo hizo, tal vez los otros también. Mire, yo creía que estaban todos muertos. Pensé... pensé que estaba solo. —Su voz se ahogó, y a pesar de la urgencia de la situación y de mi irritación hacia él, sentí una punzada de compasión. Sabía muy bien lo que se sentía estando solo de esa manera, anclado en el tiempo.

En cierta manera me molestó tener que desilusionarlo, pero no tenía sentido ocultarle la verdad.

—Dientes de Nutria está muerto, me temo.

De pronto dejó de moverse y se sentó muy quieto.

—¿Cómo? —dijo por fin, con una voz pequeña y ahogada.

—Lo mataron los iroqueses —expliqué—. Los mohawk

Mi mente comenzaba a funcionar otra vez. Seis años antes había llegado ese hombre. En 1767. Pero Dientes de Nutria, el que una vez había sido Robert Springer, había muerto más de una generación antes. Habían empezado juntos, pero terminaron en épocas distintas.

—Mierda —dijo—. Debió de ser un mal rollo, en especial para Bob. Él adoraba a esos tíos.

—Sí, supongo que quedó de lo más desilusionado al respecto —respondí, bastante secamente. Sentía los párpados gruesos y pesados. Me costaba mantenerlos abiertos, pero todavía podía ver. Eché un vistazo al resplandor del fuego, pero no alcancé a distinguir nada. Si realmente había una fila de hombres aguardando mis servicios, al menos tenían la deferencia de mantenerse fuera de la vista. Lo dudé, y agradecí en silencio no tener veinte años menos; en caso contrario, seguramente sí los habría.

—Yo conocía algunos iroqueses... Por Dios, ¡yo mismo fui a buscarlos! ¿No es increíble? De eso se trataba todo, ¿sabe?, encontrar las tribus iroquesas y hacer que...

—Sí, sé lo que tenían en mente —lo interrumpí—. Mire, en realidad, éste no es el momento ni el lugar para una discusión prolongada. Creo que...

—Esos iroqueses son unos tíos de lo más desagradables —afirmó—. Es increíble lo que le hacen a...

—Lo sé. Mi marido opina lo mismo. —Lo miré, desafiante, lo que, a juzgar por la forma en que se sobresaltó, probablemente fue más efectivo gracias al estado de mi cara—. Ahora, lo que le conviene hacer —prosegúi, cargando mi voz con la mayor autoridad posible— es volver junto a la hoguera, esperar un rato, luego marcharse con actitud despreocupada, escabullirse y conseguir dos caballos. Oí un arroyo cerca —hice un breve gesto a la derecha—. Nos encontraremos allí. Una vez que estemos a salvo, le diré todo lo que sé.

—No lo sé... —dijo, inseguro—. Hodge es algo retorcido. Mató a un tipo hace unos días. Ni siquiera le dijo nada, simplemente se le acercó, sacó el arma y *pum!*

—¿Por qué?

—Ni siquiera lo sé. Sólo... *pum*, ¿sabe?

—Sí —le aseguré—. Mire, no nos preocupemos por los caballos entonces. Simplemente larguémonos.

Con mucha dificultad conseguí sostenerme sobre una rodilla; ni siquiera sabía si lograría caminar. Tenía los músculos de las piernas muy agarrotados en las zonas donde Boble me había pateado; tratar de ponerme en pie hizo que temblaran y sufrieran espasmos que me paralizaban.

—¡Mierda, ahora no! —En su nerviosismo, el joven me agarró del brazo y me tiró al suelo a su lado. Me golpeé con fuerza y solté un grito de dolor.

—¿Todo bien por allí, Donner? —La voz salió de la oscuridad en algún lugar detrás de mí. El tono era despreocupado (evidentemente, uno de los hombres se había alejado del campamento para orinar), pero el efecto en el joven indio fue como una corriente eléctrica. Se arrojó cuan largo era sobre mí, golpeándome la cabeza contra el suelo y quitándome el aliento.

—Bien... en serio... grandioso —le gritó a su compañero, jadeando de manera exagerada, al parecer tratando de sonar como un hombre a punto de

satisfacer su lujuria. En realidad, sonaba como si estuviera padeciendo un ataque de asma, pero yo no me quejé. No pude.

Me habían golpeado varias veces en la cabeza, y por lo general lo veía todo negro cuando eso ocurría. Pero en esa ocasión vi estrellas de colores, y permanecí floja y divertida, como si estuviera tranquilamente sentada más allá de donde se encontraba mi destartalado cuerpo. Entonces Donner posó una mano sobre mi pecho y yo regresé a tierra de inmediato.

—¡Suéltame en este mismo instante! ¿Qué crees que estás haciendo?

—Eh, eh, nada, nada, lo siento —se apresuró a responder. Quitó la mano, pero no se apartó. Se retorció un poco y me di cuenta de que el contacto lo había excitado, ya fuera con intención o sin ella.

—¡Sal! —dije en un susurro furioso.

—Eh, no pretendo nada, quiero decir, no voy a hacerle daño ni nada. Es sólo que no he estado con una mujer desde...

Agarré unos mechones de su pelo, levanté la cabeza y le mordí la oreja con fuerza. Él chilló y se apartó de mí.

El otro hombre ya había regresado al fuego. Pero al oír esto, se volvió y gritó:

—¡Por Dios, Donner, ¿tan buena es?! ¡Tendré que comprobarlo por mí mismo!

Eso suscitó una risotada en los hombres que estaban en torno a la hoguera, pero por suerte las risas disminuyeron, y ellos volvieron a sus asuntos. Yo también volví a los míos, que consistían en tratar de escapar.

—No tenía por qué hacer eso —gimió Donner a bajo volumen, llevándose la mano a la oreja—. ¡No iba a hacerle nada! ¡Por Dios, usted tiene buenas tetas, pero es lo bastante vieja como para ser mi madre!

—¡Cállate! —dije, haciendo fuerza con los pies contra el suelo hasta sentarme. El esfuerzo hizo que la cabeza me diera vueltas; unas diminutas luces de colores se encendieron y se apagaron en el borde de mi visión. A pesar de ello, cierta parte de mi mente ya había vuelto a trabajar activamente.

Él tenía razón en algo. No podíamos partir en ese mismo instante. Después de atraer tanta atención, los otros esperarían que él regresara al cabo de unos minutos; si no lo hacía, empezarían a buscarlo... y necesitábamos más que unos minutos de ventaja.

—No podemos marcharnos ahora —susurró, frotándose la oreja—. Se darán cuenta. Espere hasta que se duerman. Luego vendré a buscarla.

Vacilé. Estaba en peligro de muerte cada momento que pasaba cerca de Hodgepile y su pandilla de salvajes. Donner tenía que regresar a la hoguera y mostrar su presencia... pero yo podía escabullirme. ¿Valía la pena correr el riesgo de que alguien llegara y descubriera que me había ido, antes de poner suficiente distancia de por medio? Sería más seguro aguardar a que se durmieran. Pero ¿me atrevía a esperar tanto?

Y además estaba el propio Donner. Él quería hablar conmigo, y yo, sin duda, quería hablar con él. La posibilidad de toparse con otro viajero del tiempo...

Donner descifró mi vacilación, pero la malinterpretó.

—¡No irá a ninguna parte sin mí! —Me cogió la muñeca, alarmado, y antes de que yo pudiera soltarme, me la ató con un poco de cuerda.

Yo me debatí y tiré, siseando para que él comprendiera, pero estaba asustado por la idea de que yo huyera sin él, y no quiso escucharme. Impedida por mis heridas, y sin querer llamar demasiado la atención, pude demorar pero no impedir sus decididos esfuerzos por volver a atarme.

—De acuerdo. —Estaba sudando; una gota cayó cálida en mi rostro cuando se inclinó para revisar las ataduras. Al menos, no había vuelto a ponerme la horca alrededor del cuello; en cambio, me sujetó al árbol con una cuerda en torno a la cintura.

—Debería haberme dado cuenta de lo que era usted —murmuró, concentrado en la tarea—. Incluso antes de que dijera «Jesús H. Roosevelt Cristo».

—¿Qué demoniosquieres decir con eso? —repliqué, retorciéndome—. ¡No hagas eso, me asfixiaré! —Estaba tratando de volver a meterme el paño en la boca, pero al parecer percibió el pánico en mi voz, porque vaciló.

—Oh —dijo, inseguro—. Bueno, supongo que... —Una vez más, miró hacia atrás por encima del hombro, pero entonces se decidió y tiró la mordaza al suelo —. De acuerdo, pero quédese callada. Lo que quería decir era que usted actúa como si no les tuviera miedo a los hombres, a diferencia de la mayoría de las mujeres de esta época. Debería mostrarse más temerosa.

Y con esa frase de despedida, se levantó y se quitó las hojas secas de la ropa antes de volver a la hoguera.

Llega un momento en el que el cuerpo, simplemente, ya no da más de sí. Se aferra al sueño, sin prestar atención a la amenaza que pueda deparar el futuro. Yo lo había visto antes: los soldados jacobitas que se dormían en las trincheras donde caían, los pilotos británicos que dormían en los aviones mientras el personal de tierra cargaba el combustible, pero que volvían a estar alertas justo a tiempo para el despegue. Incluso en mujeres cuyas labores de parto se hacían muy prolongadas y que se dormían durante las contracciones.

De esa misma manera, me quedé dormida.

Pero esa clase de sueño no es ni profundo ni tranquilo. Me desperté cuando una mano me cubrió la boca.

El cuarto hombre no fue ni incompetente ni brutal. Era grande y de cuerpo blando, y había amado a su esposa muerta. Lo supe porque lloró en mi hombro y al final me llamó por su nombre. Era Martha.

Volví a salir del sueño poco después, en un instante, totalmente consciente, con el corazón latiéndome con fuerza. Pero no era mi corazón... era un tambor.

Llegaron sonidos de alarma desde el fuego, hombres que se despertaban asustados.

—¡Indios! —gritó alguien, y la luz se quebró y relampagueó cuando alguien pateó el fuego para apagarlo.

No era un tambor indio. Me senté y escuché con atención. Era un tambor que sonaba como un latido, lento y rítmico, luego aceleraba a un martilleo veloz, como el frenético avance de una bestia perseguida.

Yo podría haberles dicho que los indios jamás usaban tambores como armas; los celtas, sí. Era el sonido de un bodhrán.

Era Roger, sin duda; sólo él podía hacer hablar a un tambor de esa manera. Era Roger, y Jamie estaba cerca. Me esforcé por ponerme en pie. Tiré de la cuerda que me ataba la cintura en un frenesí de impaciencia, pero no podía moverme.

Otro tambor empezó a sonar, más lento, menos habilidoso, pero igualmente amenazador. El sonido parecía moverse; sí, estaba moviéndose. Disminuía y regresaba con toda la fuerza. Apareció un tercer tambor, y ahora los latidos parecían salir de todas partes, rápidos, lentos, burlones.

Alguien disparó un arma en el bosque, asustado.

—¡Alto, aguardad! —Se oyó la voz de Hodgepile, fuerte y furiosa, pero en vano. Hubo una explosión de disparos, casi ahogados por los tambores. Oí un ruido cerca de mi cabeza, y un montón de agujas me rozaron al caer. Se me ocurrió que permanecer en pie mientras por todos lados estaban disparando a ciegas era una estrategia peligrosa, y de inmediato me lancé al suelo, haciendo un surco entre las agujas secas, tratando de mantener el tronco del árbol entre mi cuerpo y el grupo más numeroso de hombres.

Los tambores creaban una maraña de sonido que se acercaba y se alejaba. Estaban rodeando el campamento, o al menos eso parecía. ¿Debería gritar, si se acercaban lo suficiente?

Pero me ahorré la angustia de la decisión; los hombres hacían tanto ruido alrededor de la hoguera que no podrían haberme oído. Estaban lanzando voces de alarma, haciendo preguntas, chillando órdenes... a las que, al parecer, nadie prestaba atención.

Alguien dio tumbos por los arbustos cercanos, alejándose de los tambores. Uno, dos más: sonidos de jadeos y pisadas. «¿Donner?». La idea se me ocurrió de pronto y me incorporé, pero luego volví a tumbarme cuando otro disparo silbó por encima de mi cabeza.

Los tambores se detuvieron bruscamente. El caos reinaba alrededor del fuego, aunque pude oír la voz nasal de Hodgepile que se elevaba por encima del

resto, tratando de organizar a sus hombres con gritos y amenazas. Entonces, los tambores volvieron a sonar, ahora mucho más cerca.

Estaban aproximándose, juntándose, en el bosque, a mi izquierda, y el burlón pulso *tip-tap-tip-tap* había cambiado. Ahora tronaban. Ya sin habilidad, sólo pura amenaza, acercándose.

Las armas se dispararon violentamente, lo bastante cerca de mí como para ver las chispas de los cañones y oler el humo, denso y caliente, en el aire. Habían dispersado las brasas del fuego pero todavía ardían, emitiendo un resplandor amortiguado a través de los árboles.

—¡Allí están! ¡Puedo verlos! —gritó alguien desde la hoguera, y se oyó otro estallido de fuego de mosquete, en la dirección de los tambores.

En ese momento un alarido espantoso se elevó de la oscuridad a mi derecha. Yo había oído a los escoceses gritando antes de entrar en una batalla, pero ese aullido de las Highlands hizo que se pusieran de punta todos los pelos de mi cuerpo. «*Jamie*». A pesar del miedo, me senté erguida y me asomé alrededor del árbol que me protegía, a tiempo para ver los demonios salir del bosque.

Los conocía —sabía que los conocía—, pero me intimidó verlos, tiznados de ceniza y chillando con la locura del infierno, mientras la luz del fuego emitía reflejos rojos en las hojas de cuchillos y hachas.

Los tambores habían parado bruscamente con el primer grito, y luego otro grupo de alardos surgió a la izquierda, cuando los percusionistas se lanzaron al ataque. Me apreté lo más que pude contra el árbol, con el corazón en la garganta.

Alguien se lanzó hacia mí, dando tumbos en la oscuridad. ¿*Donner*? Carraspeó su nombre, con la esperanza de llamar su atención, y la delgada silueta giró hacia mí, vacilando, luego me vio y se abalanzó.

No era *Donner*, sino *Hodgepile*. Me cogió del brazo, obligándome a levantarme, incluso en el mismo momento en que cortaba la cuerda que me sujetaba al árbol. Jadeaba con fuerza por el esfuerzo, o por el miedo.

Me di cuenta de inmediato de sus intenciones; sabía que sus posibilidades de escapatoria eran mínimas; llevarme de rehén era su única esperanza, pero maldita fuera si se lo permitía. No volvería a ser su rehén nunca más.

Lo pateé con fuerza y le acerté en un costado de la rodilla. El golpe no lo derribó, pero lo distrajo un segundo. Me lancé sobre él con la cabeza inclinada, lo golpeé de lleno en el pecho y lo hice saltar por los aires.

El impacto me dolió mucho y me tambaleé, con los ojos llenos de lágrimas por el dolor. Él ya había vuelto a levantarse y corrió hacia mí. Pateé, erré y me caí de costado.

—¡Vamos, maldita seas! —sisé, tirando con fuerza de mis manos atadas. Agaché la cabeza, me eché hacia atrás y lo arrastré en mi caída. Rodé y me retorcí en el suelo, tratando con todas mis fuerzas de rodearlo con las piernas, con la idea de aferrarle las costillas y aplastarlas hasta que ese sucio gusano muriera,

pero él consiguió liberarse y se puso encima de mí, al tiempo que me golpeaba la cabeza y trataba de someterme.

Me acertó en un oído y me estremecí. Cerré los ojos instintivamente, pero de pronto su peso desapareció, y cuando volví a abrirlos, vi a Jamie cogiendo a Hodgepile a varios centímetros del suelo. Las piernas flacas de Hodgepile se agitaban locamente en un inútil esfuerzo por escapar, y yo sentí un deseo demente de echarme a reír.

De hecho, quizá me reí de verdad, porque Jamie volvió la cabeza de golpe para mirarme; pude ver el blanco de sus ojos antes de que él volviera la atención a Hodgepile nuevamente. Estaba recortado contra el débil resplandor de las brasas, vi su perfil durante un segundo; luego, su cuerpo se flexionó con esfuerzo cuando inclinó la cabeza.

Mantuvo a Hodgepile contra el pecho, con un brazo doblado. Parpadeé, mis ojos estaban semicerrados por la hinchazón, y no estaba segura de qué estaba haciendo. Entonces oí un pequeño gruñido de esfuerzo y un grito estrangulado de Hodgepile, y vi que el codo doblado de Jamie bajaba de golpe.

La oscura curva de la cabeza de Hodgepile se movió hacia atrás... y más hacia atrás aún. Pude distinguir la nariz afilada como la de una marioneta y el ángulo de la mandíbula... un ángulo de una altura imposible, con la base de la mano de Jamie clavada con fuerza debajo. Se oyó un *pop!*, amortiguado que sentí en el fondo de mi estómago, cuando los huesos del cuello de Hodgepile se separaron y la marioneta quedó floja.

Jamie dejó caer el cuerpo del títere, se acercó a mí y me ayudó a ponerme en pie.

—*¿Estás viva, estás entera, mo nighean donn?* —dijo en gaélico en tono impaciente. Me estaba palpando, sus manos rozaron todo mi cuerpo, y al mismo tiempo trataba de mantenerme erguida (parecía que mis rodillas se hubieran convertido de repente en agua) y de localizar la cuerda que me ataba las manos.

Dejó de tantear y me aferró con tanta fuerza contra él que gemí de dolor. Él estaba diciendo algo, en tono de urgencia, pero no pude traducirlo.

—Estoy bien —jadeé, y él me soltó.

Hubo unos destellos en el claro, más allá de los árboles; alguien había juntado las brasas esparcidas y estaba volviendo a encenderlas. La cara de Jamie estaba negra y sus ojos azules relampaguearon en una repentina llamada cuando giró la cabeza y la luz le dio de lleno en el rostro.

Seguía habiendo lucha; ya nadie gritaba, pero alcancé a oír gruñidos y el ruido sordo de los cuerpos trabados en combate. Jamie me levantó las manos, extrajo su daga y cortó la cuerda; las manos cayeron como pesas de plomo. Él me contempló un instante, como tratando de encontrar las palabras, luego meneó la cabeza, me acarició la cara un momento y desapareció hacia la lucha.

Yo caí al suelo, aturdida. El cuerpo de Hodgepile yacía cerca, con los

miembros torcidos. El rostro tenía la mandíbula desencajada y hoyuelos en las mejillas; parecía sorprendido, con los ojos bien abiertos bajo la vacilante luz. Sin embargo, había algo extraño en él, y entrecerré los ojos tratando de descifrar qué era. Entonces me di cuenta de que tenía la cabeza al revés.

Pudieron ser unos segundos o varios minutos los que permanecí allí sentada, contemplándolo, con los brazos alrededor de las rodillas y la mente en blanco. Luego, el sonido de unas suaves pisadas me hizo levantar la cabeza.

Arch Bug salió de la oscuridad, alto, delgado y negro contra el destello de un fuego cada vez más fuerte. Noté que estaba cogiendo una hacha con fuerza en la mano izquierda; también estaba negra, y en el aire flotaba un olor a sangre que se volvió más fuerte y denso cuando él se acercó.

—Todavía quedan algunos vivos —dijo, y sentí que algo frío y duro me tocaba la mano—. ¿Quiere vengarse de ellos, *a banamhaighistear*?

Bajé la mirada y me di cuenta de que estaba ofreciéndome una daga, con el mango hacia mí.

No podía hablar ni tampoco moverme, sin embargo, mis dedos se curvaron sin que mi voluntad interviniera, mi mano subió para coger el cuchillo mientras yo la observaba, con una ligera curiosidad. Entonces la mano de Jamie cayó sobre la daga y me la quitó, y vi cómo desde una gran distancia la luz se posaba en esa mano, enseñando, en un húmedo resplandor, la sangre que le llegaba hasta más arriba de la muñeca. Había también unas gotas brillantes y rojas, atrapadas en los pelos rizados de su brazo.

—Ella ha hecho un juramento —le dijo a Arch, y me di cuenta vagamente de que seguía hablando en gaélico, aunque lo entendí con toda claridad—. No puede matar, salvo que sea por misericordia o para salvar su propia vida. Yo soy el que mata por ella.

—Y yo —añadió una alta silueta a su lado, en voz baja. Era Ian.

Arch asintió, expresando su comprensión, aunque su cara seguía en sombras. Había alguien más a su lado: Fergus.

—Señora —dijo, y su voz se hizo más débil por la impresión—. *Milady*.

Entonces Jamie me miró, y su propio rostro mudó. Vi que se le ensanchaban los orificios nasales cuando percibió el olor de sudor y semen en mi ropa.

—¿Cuál de ellos? —dijo—. ¿Cuántos? —Estaba hablando en inglés, y su tono de voz era increíblemente práctico, como lo sería si estuviera preguntando el número de invitados que esperábamos para una cena; su tono sencillo me ayudó a reanimarme.

—No sé —dije—. Ellos... estaba oscuro.

Él asintió, me apretó el brazo con fuerza y se volvió.

—Matadlos a todos —le ordenó a Fergus, sin perder el tono calmo.

Los ojos de Fergus se veían enormes y oscuros, hundidos en la cabeza, ardiente. Él se limitó a asentir y cogió el hacha pequeña que llevaba en el

cinturón. Había salpicaduras en la pechera de su camisa, y el extremo de su garfio estaba oscuro y pegajoso.

Pensé que debía decir algo, pero no lo hice.

Jamie miró la daga que tenía en la mano como para asegurarse de que se encontrara en buen estado; no era así. Limpió la hoja en el muslo sin prestar atención a la sangre que estaba secándose en el mango de madera, y luego volvió al claro.

Yo me quedé inmóvil. Hubo otros sonidos, pero no les presté más atención que al susurro del viento a través de las hojas altas; era un pino de Canadá, su olor era limpio y refrescante, y caía sobre mí en una lluvia de resinas fragantes, tan poderosas que sentí su sabor en el paladar, aunque era difícil que penetraran las membranas taponadas de mi nariz. Detrás del perfume del árbol, sentí el gusto de la sangre y de trapos empapados y el hedor de mi propia piel cansada.

Había amanecido. Unos pájaros cantaban en el bosque lejano, y la luz cayó suave como ceniza de leña sobre el suelo.

Permanecí completamente inmóvil y no pensé en nada salvo en lo agradable que sería estar metida en agua caliente hasta el cuello, limpiarme hasta arrancarme la piel de la carne, y dejar que la sangre fluyera roja y limpia por mis piernas, formando suaves nubecillas que me ocultaran.

Perfectamente

Después se habían marchado. Los habían dejado allí, sin entierro ni ninguna clase de oración fúnebre. En cierta manera, eso era más espantoso que la matanza. Roger había acompañado al reverendo a más de un lecho de muerte o escena de accidente, lo había ayudado a reconfortar a los deudos, había estado allí cuando el espíritu abandonaba el cuerpo y el anciano recitaba palabras de gracia. Era lo que había que hacer cuando alguien moría: volcarse a Dios y al menos reconocer el hecho.

Y sin embargo... ¿cómo podía uno ponerse en pie sobre el cuerpo de un hombre que uno mismo había matado y mirar a Dios a la cara?

No podía sentarse. El cansancio lo cubría como arena mojada, pero no podía sentarse.

Se quedó en pie, cogió el atizador, pero permaneció con la herramienta en la mano, contemplando el fuego que crepitaba en su chimenea. Dejó el atizador, caminó de una pared hasta la otra, como una abeja exhausta, que no dejaba de zumbar, aunque sus alas colgaban maltrechas y tristes.

A Fraser no le había molestado. Pero, en cualquier caso, Fraser incluso había dejado de pensar en los bandidos; directamente, estaban muertos. Todos sus pensamientos habían estado dirigidos a Claire, y eso, sin duda, era comprensible.

La había guiado a través de la luz de la mañana en aquel claro, un Adán bañado en sangre, una Eva maltrecha, contemplando el conocimiento del bien y del mal. Y luego la había envuelto en su manta escocesa, la había cogido en brazos y había caminado hasta su caballo.

Los hombres lo habían seguido en silencio, llevándose los caballos de los bandidos detrás de los suyos. Una hora más tarde, cuando el sol ya les calentaba las espaldas, Fraser había hecho girar su caballo colina abajo y los había conducido hacia un arroyo. Había desmontado, había ayudado a Claire a bajar, y luego había desaparecido con ella entre los árboles.

Los hombres intercambiaron miradas de desconcierto. Entonces, el viejo Arch Bug desmontó de su mula y dijo en tono despreocupado:

—Bueno, ella querrá lavarse, ¿no?

Un suspiro de comprensión recorrió el grupo y la tensión disminuyó de inmediato, disolviéndose en las actividades menores y familiares de desmontar, manear los caballos, comprobar los arreos, escupir, orinar. Lentamente, fueron buscándose entre sí, tratando de encontrar algo que decir, intentando hallar alivio en los quehaceres cotidianos.

Él vio que Ian lo miraba, pero todavía había demasiada tensión entre ellos para eso; Ian se volvió, pasó una mano por el hombro de Fergus y lo abrazó, luego lo apartó con un pequeño chiste grosero sobre lo mal que olía.

Kenny Lindsay y el viejo Arch Bug estaban compartiendo tabaco, llenando las pipas con aparente tranquilidad. Tom Christie se acercó hasta ellos, pálido como un fantasma, pero con la pipa en la mano. No era la primera vez que Roger corroboraba que fumar favorecía las relaciones sociales.

Pero Arch lo había visto, de pie, cerca de su caballo, sin saber qué hacer, y se le había acercado a animarlo con la serenidad de su voz. En realidad, no tenía idea de qué le había dicho Arch, y mucho menos de lo que le había respondido, pero sí sintió que el mero acto de la conversación le permitía respirar nuevamente y aquietar los temblores.

De pronto, el anciano interrumpió lo que estaba diciendo e hizo un gesto en dirección al hombro de Roger.

—Ve, muchacho. Él te necesita.

Roger giró y vio a Jamie de pie al otro lado del claro, vuelto de espaldas y con la cabeza gacha, pensativo. ¿Le había hecho alguna señal a Arch? Entonces Jamie miró a su alrededor y clavó sus ojos en los de Roger. Sí, quería que él fuera hacia allí, y de pronto Roger se encontró de pie al lado de Fraser, sin el recuerdo de haber atravesado el terreno que los separaba.

Jamie extendió la mano y estrechó la suya, y él se mantuvo allí, devolviéndole el apretón.

—Una palabra, *a cliamhuinn* —dijo Jamie, y lo soltó—. No querría hablar de esto ahora, pero tal vez luego sea mal momento; no hay mucho tiempo que perder. —Él también parecía tranquilo, pero no como Arch. Había algo roto en su voz.

—Adelante, dilo.

Jamie respiró hondo y se encogió un poco de hombros.

—El niño. No está bien que te lo pregunte, pero debo hacerlo. ¿Sentirías lo mismo por él si estuvieras seguro de que no es tuy o?

—¿Qué? —Roger se limitó a parpadear—. ¿El niñ...? ¿Te refieres a Jem?

Jamie asintió con los ojos clavados en Roger.

—Bueno, yo... no lo sé, en realidad —respondió Roger, totalmente desconcertado—. ¿Por qué? ¿Y por qué justo en ese momento?

—Piensa.

Estaba pensando, preguntándose qué demonios ocurría. Fraser inclinó la cabeza, reconociendo que debía explicarse un poco más.

—Ya lo sé... Es poco probable, ¿verdad? Pero es posible. Ella podría estar embarazada por lo que ocurrió anoche, ¿entiendes?

Sí lo entendió, como un puñetazo en el esternón. Antes de que pudiera recuperar el aire para hablar, Fraser continuó:

—Hay uno o dos días, tal vez, en que yo podría... —Apartó la mirada y un suave rubor apareció en su cara—. Podría haber dudas... como las hay en tu casa. Pero...

Jamie desvió la mirada involuntariamente y los ojos de Roger la siguieron. Más allá de una cortina de arbustos y enredaderas teñidas de rojo, había una pequeña charca con un remolino de agua, y Claire estaba de rodillas al otro lado, desnuda, examinando su reflejo. La sangre tronó en las orejas de Roger y él apartó los ojos de inmediato, pero la imagen quedó grabada a fuego en su mente.

No parecía humana, fue lo primero que pensó. Con el cuerpo salpicado de hematomas negros y la cara irreconocible, se veía como algo extraño y primitivo, una exótica criatura del bosque. Pero, más allá de su aspecto, fue su actitud lo que le impresionó. Estaba distante y quieta.

Volvió a mirar, sin poder evitarlo. Ella se agachó sobre el agua, examinándose el rostro. El pelo colgaba mojado y enredado en su espalda, y ella lo echó hacia atrás con la palma de la mano, manteniéndolo apartado mientras estudiaba sus rasgos maltrechos con un interés desapasionado.

Se tanteó con delicadeza aquí y allá, abriendo y cerrando las mandíbulas mientras con las puntas de los dedos se exploraba los contornos de la cara. Asegurándose, pensó él, de que no hubiera dientes sueltos o huesos rotos. Claire cerró los ojos y trazó las líneas de las cejas y la nariz, la mandíbula y los labios, con una mano tan firme y delicada como la de un pintor. Entonces agarró con decisión la punta de la nariz y tiró con fuerza de ella.

Roger se encogió instintivamente cuando la sangre y las lágrimas surcaron el rostro de Claire, pero ella no emitió sonido alguno. El estómago de Roger ya se había convertido en una pelota pequeña y dolorosa; en ese momento, se le subió a la garganta, presionando contra la cicatriz de la cuerda.

Ella se sentó en cuclillas, respirando profundamente, con los ojos cerrados, las manos cubriendole el centro de la cara.

De pronto, Roger cobró conciencia de que estaba desnuda. Apartó la mirada con fuerza, con la sangre caliente en el rostro, y miró a Fraser, con la esperanza de que éste no lo hubiera notado. Y así fue; él ya no estaba allí.

Roger miró a su alrededor, pero lo divisó casi de inmediato. Su alivio por no haber sido atrapado mirando fue superado de inmediato por una sacudida de adrenalina cuando vio lo que Fraser estaba haciendo.

Estaba de pie junto a un cuerpo, en el suelo.

La mirada de Fraser recorrió brevemente el perímetro, tomando nota de la posición de sus hombres. Entonces, sus brillantes ojos azules se clavaron en el hombre que tenía a sus pies, y Roger lo vio aspirar, muy lentamente.

Lionel Brown.

Sin tener la más mínima intención de hacerlo, Roger se encontró cruzando el claro. Ocupó su sitio a la derecha de Jamie sin ningún pensamiento consciente,

con la atención igualmente fija en el hombre del suelo.

Brown tenía los ojos cerrados, pero no estaba dormido. Su cara estaba hinchada y llena de hematomas, además de sudorosa por la fiebre, pero sus rasgos delataban una expresión de pánico apenas reprimido.

Brown, el único superviviente de las actividades nocturnas, todavía estaba vivo sólo porque Arch Bug había detenido al joven Ian Murray a pocos centímetros de aplastarle el cráneo con un tomahawk; no porque le molestara matar a un hombre herido, sino sólo por un frío pragmatismo.

—Tu tío tendrá preguntas —había dicho Arch, mirando a Brown con los ojos entornados—. Dejamos que éste viva lo bastante como para contestarlas.

Ian no había dicho nada, pero se había soltado el brazo del apretón de Arch Bug, había girado en redondo y había desaparecido en las sombras del bosque como humo.

El rostro de Jamie era mucho menos expresivo que el de su cautivo, pensó Roger. El hombre estaba inmóvil como una piedra, pero de todas formas había algo lento e inexorable que palpitaba en su interior. El mero hecho de estar de pie a su lado era terrorífico.

—¿Qué te parece, amigo? —dijo Fraser por fin, volviéndose hacia Arch, que estaba al otro lado de la camilla—. ¿Puede seguir viajando, o el trayecto lo matará?

Bug se inclinó hacia adelante y examinó sin pasión alguna a Brown, tendido sobre su espalda.

—Yo digo que sobrevivirá. Tiene la cara roja, no blanca, y está despierto. ¿Quieres que lo llevemos con nosotros, o prefieres hacer tus preguntas ahora?

Durante un breve instante, la máscara se levantó, y Roger, que había estado observando el rostro de Fraser, vio en sus ojos precisamente lo que deseaba hacer. Si Lionel Brown lo hubiera visto también, habría saltado de la camilla y habría salido corriendo, con la pierna rota o no. Pero sus párpados se mantenían tozudamente cerrados, y como Jamie y el viejo Arch hablaban en gaélico, Brown ignoraba lo que decían.

Jamie se inclinó y puso la mano sobre el pecho de Brown. Roger pudo ver el pulso en el cuello de Lionel y su respiración, rápida y poco profunda. Pero seguía con los párpados cerrados, aunque los globos oculares se movían hacia un lado y hacia otro, frenéticos, debajo de ellos.

Jamie se mantuvo inmóvil durante lo que pareció un buen rato y debió de ser una eternidad para Brown. Luego emitió un pequeño sonido que podría haber sido tanto una risa de desprecio o un bufido de asco, y se levantó.

—Nos lo llevaremos. Ocúpate de mantenerlo con vida —dijo en inglés—. Por ahora.

Brown siguió haciéndose el dormido durante todo el trayecto hasta el cerro, a pesar de las sanguinarias especulaciones que varios miembros de la partida

hacían en voz suficientemente alta para que él pudiera oírlas. Roger ayudó a desabrocharle las correas del travois al final del viaje. Su ropa y las mantas que lo envolvían estaban empapados de sudor, y el olor del miedo era un miasma palpable a su alrededor.

Claire hizo un movimiento hacia el hombre herido, pero Jamie la detuvo agarrándola del brazo. Roger no oyó lo que Jamie le dijo a Claire, pero ella asintió y entró con él a la Casa Grande. Un momento después, apareció la señora Bug sin decir palabra, y se ocupó de Lionel Brown.

Murdina Bug no era como Jamie ni como el viejo Arch; sus pensamientos podían descifrarse claramente en sus pálidos labios o en el tormentoso entrecejo. Pero Lionel Brown aceptó el agua que ella le daba y, con los ojos bien abiertos, se quedó mirándola como si fuera la luz de su salvación. A Roger le pareció que a ella le habría gustado matar a Brown como a una cucaracha. Pero Jamie deseaba mantenerlo vivo, de modo que sobreviviría.

Por ahora.

Un ruido en la puerta hizo que la atención de Roger volviera repentinamente al presente. ¡Brianna!

Pero Bree no estaba allí cuando él abrió la puerta; sólo el ruido de unas ramitas y bellotas agitadas por el viento. Dirigió la mirada al oscuro sendero, esperando verla, pero aún no había señales de ella. Por supuesto, se dijo, probablemente Claire la necesitaba.

«Yo también».

Reprimió el pensamiento pero se quedó en la puerta, mirando hacia afuera, con el viento zumbando en sus oídos. Brianna había ido de inmediato a la Casa Grande, en el momento en que él llegó para decirle que su madre estaba a salvo. Roger no le había contado mucho más, pero ella se había dado cuenta de algunas de las cosas que habían sucedido —había sangre en la ropa de Roger— y apenas había hecho una pausa para asegurarse de que ninguna gota de esa sangre le pertenecía a él antes de salir corriendo.

Roger cerró la puerta con cuidado, asegurándose de que la corriente no hubiera despertado a Jemmy. Sintió el impulso inmenso de levantar al niño y, a pesar de que tenía arraigada la idea paterna de que no había que molestar a un niño que dormía, sacó a Jem del carrito; tenía que hacerlo.

Jem estaba aturdido en sus brazos. Se agitó, levantó la cabeza y parpadeó, con sus ojos azules vidriosos por el sueño.

—Está bien —susurró Roger, palmeándole la espalda—. Papá está aquí.

Jem suspiró y dejó caer la cabeza sobre el hombro de Roger. Luego se llevó el pulgar a la boca y entró en ese peculiar estado de flojera común en los niños cuando duermen. Su piel pareció fundirse cómodamente con la de Roger, con una confianza tan completa que ni siquiera le era necesario proteger los confines de su cuerpo; papá se ocuparía de ello.

Roger cerró los ojos para evitar las lágrimas que asomaban, y apretó la boca contra la suave calidez del pelo de Jemmy.

Tomó aliento largamente, disminuyendo la velocidad al ritmo de la respiración de Jem, calmándose. Parecía importante no llorar, incluso aunque no hubiera nadie cerca que pudiera verlo.

Cuando se apartaron de la camilla de Brown, Jamie lo había mirado con interrogación en sus ojos.

—No estarás pensando que sólo me preocupo por mí, espero —le había dicho en voz baja.

Sus ojos se habían vuelto hacia la abertura entre los arbustos por donde había desaparecido Claire.

—Por ella —dijo, a tan poco volumen que Roger casi no pudo oírlo—. ¿Crees que ella preferiría... quedarse con la duda, si llegáramos a ese punto?

Roger inspiró profundamente con la nariz clavada en el pelo de su hijo, y deseó, por el amor de Dios, haber dicho lo correcto, allí, entre los árboles.

—No lo sé —respondió—. Pero para ti... si hay lugar para la duda... yo digo que la aceptes.

Si Jamie estaba dispuesto a seguir ese consejo, Bree debería regresar a casa pronto.

—Estoy bien —dijo con firmeza—. Perfectamente.

Bree me miró entrecerrando los ojos.

—Claro que sí —dijo—. Parece que te haya pasado por encima una locomotora. Dos locomotoras.

—Sí —asentí, y me toqué el labio partido con suavidad—. Bueno, sí, pero salvo eso...

—¿Tienes hambre? Siéntate, mamá. Te prepararé un poco de té, y después quizás algo para comer.

Yo no tenía hambre, no quería té, y en especial no quería sentarme, después de un largo día a lomos de un caballo. Pero Brianna ya estaba sacando la tetera, y yo no podía encontrar las palabras apropiadas para disuadirla. De pronto, parecía que me había quedado sin habla. Me volví hacia Jamie, desesperada.

Él, de alguna manera, adivinó mis sentimientos. Dio un paso hacia adelante y le quitó la tetera a Brianna, murmurando algo en voz demasiado baja como para que yo pudiera oírlo. Ella lo miró con el entrecejo fruncido, me miró a mí, luego otra vez a él, sin dejar de fruncir el ceño. Entonces su cara cambió un poco y se acercó hacia mí, examinándome las facciones.

—¿Un baño? —preguntó en tono quedo—. ¿Te lavo el pelo?

—Oh, sí —dije, mis hombros se encorvaron de alivio y gratitud—. Por favor.

En ese momento, sí me senté y la dejé que me pasara la esponja por manos y pies, y que me lavara el cabello con agua caliente. Lo hizo en silencio,

canturreando en voz muy baja, y yo comencé a relajarme gracias al roce tranquilizador de sus dedos largos y fuertes.

Yo había dormido parte del trayecto por lo exhausta que estaba, apoyada en el pecho de Jamie. Pero en realidad no hay manera de obtener un descanso pleno sobre un caballo, y ahora empecé a dormitar, notando sólo de una manera soñadora y distante la forma en que el agua del recipiente se había vuelto de un tono rojo mugriente y borroso, lleno de arenilla y trozos de hojas.

Antes me había puesto unas enaguas limpias; la sensación del gastado lino contra mi piel era un lujo total, fresco y suave.

Bree seguía canturreando en voz baja. ¿Qué era...? *Mr. Tambourine Man*, me pareció. Una de esas dulces canciones tontas de los sesent...

1968.

Dejé escapar un gemido y la mano de Bree me cogió la cabeza impidiendo que me cayera.

—¿Mamá? ¿Estás bien? ¿He tocado algo que...?

—¡No! No, estoy bien —dije. Respiré hondo, mientras mi corazón latía con fuerza—. Perfectamente. Sólo que... me estaba quedando dormida. Eso es todo.

Ella soltó un resoplido, pero quitó las manos y fue a buscar una jarra de agua para enjuagarme el pelo, dejándose aferrada al borde de la mesa, tratando de no estremecerme.

«Usted actúa como si no les tuviera miedo a los hombres. Debería mostrarse más temerosa». Ese eco particularmente irónico llegó hasta mí con total claridad, junto con el perfil de la cabeza de aquel joven, con su melena de león recortada por la luz del fuego. No podía recordar su rostro, pero ¡estaba segura de que había visto ese pelo!

Después, Jamie me había cogido del brazo, y me había sacado de debajo del árbol en el que yo me refugiaba, llevándome hacia el claro. El fuego se había dispersado durante la pelea; había piedras ennegrecidas y franjas de hierba chamuscada y aplastada por aquí y por allá... entre los cuerpos. Él me había llevado de uno a otro, lentamente. Por fin, había hecho una pausa y había dicho en voz baja:

—¿Ves que están muertos?

Sí lo veía, y entendí por qué me lo había mostrado: para que no temiera su regreso o su venganza. Pero no se me ocurrió contarlos, ni mirarles las caras de cerca.

¿Donner estaba entre los muertos? ¿O me había hecho caso cuando le dije que si era listo debería huir? No me había parecido un joven muy astuto.

Pero sí me había parecido un cobarde.

El agua caliente corrió por mis oídos, ahogando el sonido de las voces de Jamie y Brianna por encima de mi cabeza; apenas pude entender una o dos palabras, pero cuando volví a sentarme erguida, con el agua chorreando por el

cuello, aferrando la toalla contra mi pelo, Bree estaba moviéndose con vacilación hacia su manto, que estaba colgado en un gancho junto a la puerta.

—¿Estás segura de que te encuentras bien, mamá? —El entrecejo se le había vuelto a fruncir, pero esta vez logré articular unas palabras.

—Gracias, cariño, ha sido maravilloso —dije con absoluta sinceridad—. Lo único que quiero ahora es dormir —añadí con un poco menos de convicción.

Seguía sintiéndome terriblemente cansada, pero ya me había despertado del todo. Lo que quería era... bueno, en realidad no sabía bien qué quería, pero una ausencia general de compañía solicita estaba en la lista. Además, antes había visto de reojo a Roger, manchado de sangre, pálido y tambaleante por el agotamiento; yo no era la única víctima de los recientes sucesos desagradables.

—Vete a tu casa, muchacha —dijo Jamie en voz baja. Dale de comer a tu marido. Llévalo a la cama y reza una plegaria por él. Yo me ocuparé de tu madre, ¿de acuerdo?

La mirada de Bree osciló entre nosotros dos, azul y preocupada, pero yo la miré con lo que esperaba que fuera una expresión tranquilizadora y, después de un momento de vacilación, ella me abrazó con fuerza, me besó en la frente con mucha delicadeza, y se marchó.

Jamie cerró la puerta y se quedó apoyado en ella. Yo estaba acostumbrada a la impasible expresión con que él normalmente enmascaraba sus pensamientos cuando estaba preocupado o enfadado; pero ahora no tenía esa expresión, y lo que veía en su cara me inquietó muchísimo.

—No debes preocuparte por mí —dije, en el tono más tranquilizador que pude—. No estoy traumatizada ni nada de eso.

—¿No? —preguntó él con recelo—. Bueno... tal vez sea cierto y no debería preocuparme, si supiera qué quieras decir con eso.

—Oh. —Me sequé la cara mojada con mucha suavidad, y me pasé la toalla por la nuca—. Bueno. Quiero decir... muy herida... o terriblemente impresionada. Es una palabra griega, creo... la raíz, es decir, «trauma».

—¿Ah, sí? Y tú no estás... traumatizada, dices.

—Estoy bien —dije, echándome un poco hacia atrás—. Sólo... me encuentro bien. Sólo un poco... desconcertada.

Él dio un paso hacia mí y yo me eché hacia atrás bruscamente, mientras me daba cuenta un poco tarde de que estaba apretando la toalla contra mi pecho a modo de escudo. Él se quedó muy quieto, contemplándome con los ojos entrecerrados. Entonces bajó la mirada y permaneció allí de pie, como si estuviera absorto por sus pensamientos y luego flexionó sus grandes manos. Una, dos veces. Muy lentamente. Y yo oí —oí con total claridad— el sonido de las vértebras de Arvin Hodgepile separándose.

La cabeza de Jamie se levantó de golpe con un gesto de alarma, y me percaté de que yo estaba de pie, al otro lado de la silla, con la toalla apelotonada

y apretada contra la boca. Mis codos se movían como bisagras oxidadas, rígidos y lentos, pero bajé la toalla. Tenía los labios casi igual de rígidos, pero logré hablar.

—Estoy un poco desconcertada, sí —dije claramente—. Ya me pondré mejor, no te preocupes. No quiero que te preocupes.

El inquieto escrutinio de su mirada vaciló de pronto y él cerró los ojos. Tragó saliva una vez y volvió a abrirlos.

—Claire —dijo en voz muy baja—. Yo he sido violado. ¿Y tú dices que no debo preocuparme por ti?

—¡Oh, Dios mío, maldita sea! —Lancé la toalla al suelo—. ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! No quiero que tengas que pensar en ello otra vez. ¡No! —Y sin embargo sabía desde el principio que esto ocurriría.

Cogí el respaldo de la silla con ambas manos y lo apreté con fuerza, al tiempo que me obligaba a mirarlo a los ojos.

—Mira —dije, serenando la voz—. No quiero... no quiero hacerte recordar cosas que conviene olvidar.

—Dios mío —dijo, en un tono parecido al desconcierto—. ¿Pensaste que podría olvidar aquello?

—Tal vez no —respondí, rindiéndome. Lo miré con los ojos bañados en lágrimas—. Pero... ¡Oh, Jamie, deseaba tanto que lo olvidaras!

Él extendió una mano con gran delicadeza y con la punta del dedo índice me tocó la punta del mío, mientras mi mano seguía aferrada a la silla.

—No te preocupes —dijo en voz baja, y retiró el dedo—. Ahora no tiene importancia. ¿Quieres descansar un poco, Sassenach? ¿O comer algo?

—No. No quiero... no.

De hecho, no podía decidir qué quería hacer. No quería hacer nada, salvo abrirme la piel, salir de ella y huir, lo cual no parecía factible. Respiré hondo una o dos veces, con la esperanza de calmarme.

¿Debía preguntarle por Donner? ¿Pero qué podía preguntarle? «¿Por casualidad, mataste a un hombre de pelo largo y enmarañado?». Todos se parecían, hasta cierto punto. Donner había sido —o posiblemente todavía era— indio, pero nadie lo habría notado en la oscuridad, en el fragor de la lucha.

—¿Cómo... cómo está Roger? —pregunté, a falta de otra cosa mejor que decir—. ¿E Ian? ¿Fergus?

—¿Ellos? Los muchachos están bien. Ninguno resultó herido en la pelea. Hemos tenido suerte.

Vaciló, luego dio un paso hacia mí, con cuidado, mirándome a los ojos. Yo no grité ni salí corriendo y él dio otro paso, acercándose tanto que pude percibir el calor de su cuerpo. Ya no estaba sobresaltada y tenía un poco de frío con las enaguas húmedas, de modo que me relajé un poco, balanceándome en su dirección, y noté que la tensión de sus propios hombros se relajaba ligeramente

al ver mi movimiento.

Me tocó la cara muy suavemente. La sangre palpitaba justo debajo de la superficie, tierna, y tuve que hacer un esfuerzo por no apartarme con un sobresalto de su roce. Él se dio cuenta y retiró la mano un poco, de modo que revoloteó justo por encima de mi piel.

—¿Se curará? —preguntó, mientras las puntas de sus dedos se movían sobre el corte de mi ceja izquierda; luego bajaron por el campo minado de la mejilla y se detuvieron en el rasguño de la mandíbula, donde la bota de Harley Boble había estado cerca de tocar un punto que me hubiera roto el cuello.

—Por supuesto que sí. Ya lo sabes; has visto cosas peores en el campo de batalla.

—Sí, lo sé. —Agachó un poco la cabeza, con timidez—. Es sólo... —Su mano seguía revoloteando por encima de mi cara—. Oh, Dios mío, *mo nighean donn* —dijo en voz baja—. Oh, Dios mío, tu hermosa cara.

—¿No puedes soportar mirarla? —pregunté, apartando mi propia mirada.

Sus dedos tocaron mi mentón, con suavidad pero con firmeza, y lo levantaron, de modo que tuve que volver a mirarlo. Su boca se apretó un poco mientras su mirada recorría lentamente mi cara maltrecha, haciendo un inventario de los daños. Tenía los ojos suaves y oscuros a la luz de la vela, con los rabillos tensos de dolor.

—No —dijo en voz baja—. No puedo soportarlo. Mirarte me desgarra el corazón. Y me llena de una furia tal que creo que debo matar a alguien o estallaré. Pero por el Dios que te ha creado, Sassenach, no voy a yacer contigo si no puedo mirarte a la cara.

—¿Yacer conmigo? —dije sin entender—. ¿Qué...? ¿Quieres decir, ahora?

Su mano se apartó de mi mentón, pero él me miró con firmeza.

—Bueno... sí. Ahora.

Si no hubiese tenido la mandíbula tan hinchada, la boca se me habría abierto del asombro.

—Ah... ¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió él. Entonces bajó la mirada como hacia cuando se sentía avergonzado o turbado—. Yo... bueno... me parece... necesario.

—¿Necesario? ¿Crees que es como si me hubiera caído del caballo y que ahora tengo que volver a montar en él?

—No —respondió apretando los dientes. Tragó saliva con fuerza—. ¿Estás... estás muy mal, entonces?

Lo miré fijamente a través de mis párpados hinchados.

—¿Es eso acaso una especie de broma...? —dije cuando por fin me di cuenta de a qué se refería. Respiré hondo para estar segura de que podía hablar sin vacilar—: Me han molido a palos, Jamie, y han abusado de mí de varias maneras desagradables. Pero sólo uno... hubo sólo uno que realmente... Él... él no fue...

rudo.

Tragué saliva, pero el duro nudo de mi garganta no cedió. Las lágrimas hicieron que la luz de la vela se viera más borrosa, y no alcanzaba a verle la cara. Aparté los ojos, parpadeando.

—¡No! —añadí, en un tono bastante más alto del que quería—. No estoy... mal.

Él dijo algo en gaélico breve y explosivo entre dientes, y se apartó de la mesa. Su banqueta cayó al suelo con un fuerte ruido, y él la pateó. Luego volvió a patearla, una y otra vez, y la pisó con tanta violencia que algunos pedacitos de madera salieron volando por la cocina.

Me senté, demasiado sorprendida y aturdida como para angustiarme. ¿No debería habérselo dicho?, me pregunté vagamente. Pero él lo sabía, sin duda. Cuando me encontró me lo preguntó: «¿Cuántos?», dijo. Y después: «Matadlos a todos».

Pero... saber algo era una cosa, y conocer los detalles otra muy distinta. Yo lo sabía, y lo observé con un extraño sentimiento de culpa mientras él pateaba las astillas de la banqueta y corría hacia la ventana. Estaba cerrada, pero Jamie se quedó quieto, con las manos sobre el alféizar, dándome la espalda con los hombros levantados. No pude ver si estaba llorando.

Se estaba levantando viento; una pequeña borrasca venía del oeste. Los postigos se agitaron y el fuego sofocado por la noche expulsó nubecillas de hollín cuando el viento bajó por la chimenea. Luego la ventisca amainó y no se oyó más sonido que el pequeño y repentino ¡crack!, de una brasa en la chimenea.

—Lo lamento —dije por fin en voz baja.

Jamie giró sobre sus talones y me miró con furia. No estaba llorando, pero había estado haciéndolo; tenía las mejillas mojadas.

—¡No te atrevas a lamentarlo! —rugió—. ¡No pienso aceptarlo! ¿Me oyes?

—Dio un paso de gigante hacia la mesa y descargó el puño sobre la madera—.

¡No lo lamente!

—De acuerdo —dije. Había vuelto a sentirme terriblemente exhausta, y muy cerca de llorar yo también—. No lo haré.

Luego se produjo un silencio tenso. Oí las castañas que caían en el bosquecillo detrás de la casa, desplazadas por el viento. Entonces Jamie respiró hondo, estremeciéndose, y se limpió la cara con la manga.

Puse los codos sobre la mesa y apoyé la cabeza en las manos.

—Necesario —dije, más calmada—. ¿A qué te referías con necesario?

—¿No se te ha ocurrido que podrías estar embarazada?

Levanté la vista, alarmada.

—No lo estoy. —Pero mis manos bajaron de modo reflejo hacia mi vientre—. No lo estoy. No puedo estarlo.

Aunque sí podía... había una posibilidad. Era muy remota, pero existía. Por lo

general, yo utilizaba algún método anticonceptivo para estar segura... pero evidentemente...

—No lo estoy —insistí—. Lo sabría.

Él se limitó a mirarme con las cejas enarcadas. En realidad, no podía saberlo, era demasiado pronto. Demasiado pronto... Lo bastante pronto como para que si realmente lo estuviera, y hubiera más de un hombre... habría dudas. El beneficio de la duda, eso era lo que me estaba ofreciendo, a mí y a sí mismo.

Un profundo estremecimiento dio comienzo en las profundidades de mi matriz y se extendió instantáneamente hacia el resto de mi cuerpo, poniéndome la carne de gallina a pesar del calor que hacía en la habitación.

«Martha», había susurrado aquel hombre, cuyo peso me apretaba contra las hojas.

—Mierda, mierda —dije en voz muy baja. Extendí las manos sobre la mesa, tratando de pensar.

«Martha». Y su olor rancio, la carnosa presión de los muslos húmedos y desnudos, raspándome con el pelo...

—¡No!

—Es posible... —comenzó a decir Jamie, tozudo.

—No lo estoy. Pero incluso si... no puedes, Jamie.

Él me miró y yo percibí un brillo de temor en sus ojos. Eso, me di cuenta con una sacudida, era exactamente lo que él temía. O una de las cosas.

—Quiero decir, no podemos —añadí rápidamente—. Estoy casi segura de que no estoy embarazada... Pero no estoy para nada segura de no haber estado expuesta a alguna enfermedad repugnante. —Aquello era otra cosa en la que no había pensado hasta ese momento, y la carne de gallina regresó con toda su fuerza. Un embarazo era poco probable; la gonorrea o la sífilis, no—. No podemos. Al menos, hasta que nos apliquemos penicilina.

Empecé a levantarme del asiento incluso antes de terminar de hablar.

—¿Adónde vas? —preguntó él, sorprendido.

—A la consulta!

El pasillo estaba oscuro, pero eso no me detuvo. Abrí de un golpe la puerta del armario y comencé a tantear apresuradamente. Una luz cayó sobre mi hombro, iluminando la resplandeciente fila de botellas. Jamie había prendido una vela y me había seguido.

—En nombre de Dios, ¿qué estás haciendo, Sassenach?

—Penicilina —dije, cogiendo uno de los frascos y la bolsa de cuero donde guardaba mis jeringas de colmillos de serpiente.

—Ahora?

—Sí, ahora, maldita sea! Enciende la vela, ¿quieres?

Lo hizo, y la luz vaciló y creció hasta convertirse en una esfera cálida y amarilla que se reflejaba en los tubos de cuero de mis jeringas de fabricación

casera. Por suerte, tenía una cantidad suficiente de penicilina para preparar. El líquido en el frasco era rosado; muchas de las colonias de *Penicillium* de esa partida estaban cultivadas en vino rancio.

—¿Estás segura de que dará resultado? —preguntó Jamie.

—No —respondí con los labios apretados—. Pero es lo que hay. —La visión de espiroquetas multiplicándose en silencio en mi torrente sanguíneo, segundo a segundo, me hizo temblar la mano. Reprimí el temor de que la penicilina fuera defectuosa. Había obrado milagros en graves infecciones superficiales. No había razón alguna por la que...

—Déjame hacerlo, Sassenach.

Jamie me quitó la jeringa de la mano; mis dedos estaban resbaladizos y torpes. Los suyos estaban firmes, su rostro sereno a la luz de la vela cuando llenó la jeringa.

—Pómela a mí primero —dijo, entregándomela.

—¿Qué... tú? Pero tú no necesitas... Quiero decir... tú odias las inyecciones —terminé débilmente.

—Escucha, Sassenach, si quiero combatir mis propios temores y los tuyos, y sí que lo quiero, entonces no voy a amilanarme por unos pinchazos, ¿no crees? ¡Hazlo! —Se puso de lado y se inclinó hacia adelante. Apoyó un codo sobre la mesa y se levantó el costado del *kilt*, dejando al descubierto una musculosa nalga.

No estaba segura de si echarme a reir o llorar. Podría haber seguido discutiendo con él, pero cuando lo vi ahí con el culo al aire y testarudo como una mula, decidí que sería inútil.

Sintiéndome repentina y extrañamente calmada, levanté la jeringa y la apreté con suavidad para quitar cualquier burbuja de aire.

—Muévete un poco —dije, codeándolo groseramente—. Relaja esta parte; no quiero que se rompa la aguja.

Él inspiró con un siseo; la aguja era gruesa, y había bastante alcohol producto del vino como para que le ardiera mucho, como descubrí un minuto más tarde cuando recibí mi propia inyección.

—¡Ay! ¡Uy! ¡Oh, Jesús H. Roosevelt Cristo! —exclamé, apretando los dientes mientras retiraba la aguja de mi muslo—. ¡Dios, cómo duele!

Jamie me dedicó una sonrisa torcida, sin dejar de frotarse el trasero.

—Sí, bueno. El resto no será peor que esto, espero.

El resto... De pronto me sentí hueca y mareada.

—¿Tú... estás seguro? —pregunté, dejando la jeringa sobre la mesa.

—No —dijo—. No lo estoy. Pero quiero intentarlo. Debo hacerlo.

Yo me alisé el camisón de lino por encima del muslo pinchado, mirándolo mientras lo hacía. Él había arrojado todas sus máscaras mucho tiempo antes; la duda, la furia y el temor estaban presentes, grabados visiblemente en las

desesperadas líneas de su rostro.

Algo suave me rozó la pierna y bajé la mirada para ver que *Adso* me había traído un ratón muerto. Empecé a sonreír, sentí cosquillas en el labio, y entonces miré a Jamie y dejé que el labio se partiera cuando sonréí. El gusto de la sangre caliente cayó sobre mi lengua.

—Bueno... Has corrido siempre que te he necesitado; supongo que esta vez también te correrás.

Por un instante, Jamie me miró con una expresión de total desconcierto, sin captar el chiste tonto. Hasta que por fin lo entendió y la sangre le inundó la cara.

Creí que se había vuelto para ocultar el rostro, pero en realidad sólo lo había hecho para revisar el armario. Encontró lo que buscaba y volvió a darse la vuelta con una botella de mi mejor moscatel en la mano, que brillaba oscuramente. La sostuvo entre el codo y el cuerpo y luego cogió otra.

—Sí, lo haré —dijo, tendiendo su mano libre hacia mí—. Pero si crees que alguno de nosotros lo hará estando sobrio, Sassenach, estás muy equivocada.

Una ráfaga de viento que entró por la puerta abierta despertó a Roger de un sueño intranquilo. Se había quedado dormido en el banco de madera, con las piernas arrastrando en el suelo, y Jemmy acurrucado, pesado y caliente, en su pecho.

Levantó la mirada parpadeando, desconcertado, cuando Brianna se inclinó para coger al niño de sus brazos.

—¿Está lloviendo fuera? —dijo él al percibir una ligera humedad en su manto. Se irguió en el asiento y se frotó la cara con la mano para despabilarse, palpando la pelusa de una barba de cuatro días.

—No, pero pronto lloverá. —Puso a Jemmy en su carrito, lo tapó y colgó el manto antes de regresar a donde estaba Roger. Olía a noche, y él sintió la mano fría de ella sobre su mejilla ruborizada. Le rodeó la cintura e inclinó la cabeza contra el cuerpo de ella, suspirando.

Ella le acarició la cabeza suavemente durante un momento, pero luego se apartó y se agachó para encender la vela.

—Debes de tener hambre. ¿Te preparo algo?

—No. Quiero decir... sí, por favor.

Cuando los últimos restos de aturdimiento lo abandonaron, se dio cuenta de que en realidad sí estaba hambriento. Se abalanzó con voracidad sobre el pan con mantequilla y mermelada que ella le acercó. Comió sin pensar en nada más, y pasaron varios minutos hasta que se le ocurrió preguntar, tragando un último bocado grueso, mantecoso y dulce:

—¿Cómo está tu madre?

—Bien —dijo ella en una excelente imitación de Claire con su más rígido acento inglés—. Perfectamente.

—¿En serio?

Bree lo miró enarcando una ceja.

—¿Es que tú lo crees?

—No —admitió él, serenándose—. Pero no creo que te lo dijera si no fuera así. No quiere que te preocunes.

Ella emitió un ruido con la glotis bastante grosero como respuesta a esa idea, y le dio la espalda, apartando del cuello su largo pelo.

—Me ayudas con los cordones?

—Suenas idéntica a tu padre cuando haces ese ruido, sólo que un poco más agudo. ¿Has estado practicando?

Se puso en pie y le desató los cordones. También le desabrochó el corsé, y en un impulso, deslizó las manos por el vestido abierto, posándolas sobre la cálida curva de sus caderas.

—Todos los días. ¿Y tú? —Ella se reclinó contra él, y sus manos subieron, cubriendole los pechos.

—No —admitió—. Duele. —Había sido una sugerencia de Claire, que él tratara de cantar, alzando y bajando la voz a un tono más agudo y más grave que el normal, con la esperanza de aflojar sus cuerdas vocales, para así tal vez recuperar un poco de su resonancia original.

—Cobarde —dijo ella, pero su voz era casi tan suave como el pelo que le rozaba la mejilla.

—Sí, lo soy —respondió él con la misma suavidad. Sí que le dolía, pero no era el dolor físico lo que le molestaba. Era sentir el eco de su antigua voz en los huesos, su facilidad y su poder, y luego oír los burdos ruidos que emergían de su garganta con tanta dificultad, graznidos, gruñidos y chillidos. Como un cerdo asfixiándose en un grito, pensó con desdén.

—Ellos son los cobardes —añadió Bree sin alzar la voz, pero con un tono firme. Se tensó un poco en brazos de Roger—. ¡Su cara... su pobre cara! ¿Cómo pudieron hacerle eso? ¿Cómo alguien podría hacer algo así?

Roger tuvo una visión repentina de Claire, desnuda junto a la charca, callada como las piedras, con los pechos manchados con la sangre que manaba de su nariz. Se echó hacia atrás y apartó las manos con fuerza.

—¿Qué? —inquirió Brianna, alarmada—. ¿Qué ocurre?

—Nada. —Él sacó las manos de su vestido y retrocedió—. Yo... eh, ¿quedó algo de leche?

Ella lo miró sin comprender, pero salió al cobertizo trasero y volvió con una jarra de leche. Él la bebió con entusiasmo, consciente de los ojos de ella clavados en él, mientras se desvestía y se ponía el camisón.

Brianna se sentó en la cama y comenzó a cepillarse el pelo. En un impulso, él extendió el brazo y le quitó el cepillo. Sin hablar, pasó una mano por el espesor de sus cabellos, levantándolo y apartándoselo de la cara.

—Eres hermosa —susurró, y sintió que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Tú también.

Ella levantó los brazos hasta los hombros de Roger y lo hizo arrodillarse lentamente. Lo miró a los ojos como buscando algo y él hizo lo que pudo por devolverle la mirada. Entonces Brianna sonrió un poco y buscó con sus manos la cinta que ataba el pelo de él.

Al soltarlo, el pelo cayó alrededor de sus hombros en una polvorienta maraña negra, que olía a quemado, a sudor rancio y a caballos. Él protestó cuando ella cogió su cepillo, pero Bree no le prestó atención y lo obligó a inclinar la cabeza sobre sus piernas, mientras le quitaba del pelo restos de pino y abrojos, desenredándolo lentamente. Él agachó la cabeza un poco más, y luego más aún, hasta que por fin apoyó la frente en las piernas de su mujer, oliendo su aroma.

—No me has preguntado lo que ha ocurrido —susurró por fin, a las sombras de los muslos de ella—. ¿Te lo ha contado tu padre?

Él la oyó respirar, pero su voz era serena cuando respondió:

—No.

No dijo nada más y la habitación quedó en silencio.

¿Cómo estaría Jamie?, se preguntó de pronto. ¿En verdad, lo haría? ¿Trataría de...? Intentó alejar ese pensamiento, incapaz de soportarlo. Y, en cambio, vio la imagen de Claire saliendo del alba, con la cara convertida en una máscara hinchada. Agachándose para tocar a los muertos, a instancias de Jamie, para que ella misma constatara el precio de su honor.

No era la posibilidad de un niño, pensó de repente. Era miedo... Pero no de eso. Era el miedo de Jamie a perderla, a que ella se fuera, a que se trasladara a un espacio oscuro y solitario sin él, a menos que él pudiera hacer algo que la atara, que la mantuviera a su lado. Pero, por Dios, qué riesgo tan grande, una mujer tan herida y maltratada, ¿cómo podía correr ese riesgo?

¿Cómo no podría?

Brianna hizo a un lado el cepillo pero dejó una mano posada suavemente sobre su cabeza, acariciándola. Él mismo conocía ese temor demasiado bien; recordaba el abismo que se había formado entre ambos, y la valentía que había hecho falta para salvarlo. Que les había hecho falta a los dos.

—Brianna —dijo, y sintió el nudo en la garganta, la cicatriz de la cuerda.

Ella captó la necesidad en su voz y lo miró cuando él levantó la cabeza. Llevó la mano hacia la cara de Roger y él la cogió con fuerza, apretándola contra su mejilla, frotándola contra esa mano.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Su voz era suave, pero estaba llena de urgencia.

—Brianna, ¿quieres escucharme?

—Sabes que sí. ¿De qué se trata? —Ella tenía el cuerpo junto al suyo, esperando para atenderlo, y él deseó ese consuelo con tanta fuerza que la habría

tumbado allí mismo, sobre la alfombra, delante del fuego, y hubiera enterrado la cabeza entre sus pechos, pero todavía no.

—Sólo... escucha lo que tengo que decir. Y luego... por favor... dime que he hecho lo correcto.

«Dime que me amas, todavía», quiso decir, pero no pudo.

—No tienes que contarme nada —susurró ella. Tenía los ojos oscuros y suaves, infinitamente llenos de un perdón que él aún no se había ganado. Y, en algún lugar detrás de ellos, él vio otro par de ojos que lo contemplaban ebrios y perplejos, convirtiéndose bruscamente en temerosos cuando él levantaba el brazo para asestar el golpe mortal.

—Sí, debo hacerlo —respondió él en voz queda—. Apaga la vela, ¿de acuerdo?

No en la cocina, donde todavía estaban esparcidos los restos del naufragio emocional. No en la consulta, con todos esos recuerdos ásperos. Jamie vaciló, pero luego hizo un gesto hacia la escalera, enarcando una ceja. Yo asentí y lo seguí hasta nuestro dormitorio.

Parecía familiar y a la vez extraño. Tal vez era sólo mi nariz lesionada lo que hacía que oliera raro; o quizás ese olor sólo existía en mi imaginación, frío y algo rancio, ya que estaba todo barrido y limpio. Jamie avivó el fuego y surgió una luz que se proyectó en las paredes de madera, mientras los olores de humo y resina ayudaban a llenar la sensación de vacío de la estancia.

Ninguno de los dos miramos en dirección a la cama. Él prendió la vela que estaba sobre el lavabo, luego acercó nuestras dos banquetas a la ventana y abrió los postigos a la agitada noche. Había traído dos tazas de peltre; las llenó y las depositó sobre el alféizar, junto con las botellas.

Yo permanecí junto a la puerta, observando sus preparativos. Mis sentimientos eran de lo más contradictorios. Por un lado, tenía la impresión de que él era un completo desconocido. Ni siquiera podía imaginar, sentirme a gusto tocándolo. Su cuerpo ya no era una agradable extensión del mío, sino algo ajeno, inaccesible.

Al mismo tiempo, unas alarmantes punzadas de lujuria me atravesaban sin advertencia previa. Había estado ocurriendo todo el día. Eso daba miedo.

Él se agachó para poner otro leño en el fuego, y yo casi me tambaleé. La sangre había abandonado mi cabeza. La luz brillaba en el pelo de sus brazos, en los oscuros huecos de su cara...

Era esa sensación pura e impersonal de un apetito voraz —algo que me poseía pero que no formaba parte de mí— lo que me aterrorizaba. Y ese temor era lo que me hacía evitar su roce, más que el distanciamiento que sentía.

—¿Estás bien, Sassenach? —Él había visto mi cara y se acercó hacia mí.

—Bien —dije, casi sin aire. Me senté de prisa; tenía las rodillas flojas, y cogí

una de las tazas que él acababa de llenar—. Salud...

Sus dos cejas se alzaron, pero él tomó el asiento opuesto al mío.

—Salud —repitió en voz baja y chocó su taza contra la mía.

Mis dedos estaban fríos; los dedos de los pies también, así como la punta de la nariz. Eso también cambiaba sin advertencia previa. Al cabo de un minuto, tal vez me sentiría sofocada, sudorosa y ruborizada. Pero, por el momento, tenía frío, y me estremecí con la brisa que venía de la ventana, cargada de lluvia.

El olor del vino era lo bastante fuerte como para generar un impacto incluso en mis dañadas membranas, y la dulzura fue un alivio tanto para los nervios como para el estómago. Bebí la primera taza con rapidez, y me serví otra, buscando crear rápidamente una pequeña capa de olvido entre la realidad y yo misma.

Jamie bebía más lentamente, pero volvió a llenar su copa cuando yo lo hice. Él me miraba cada tanto, pero no decía nada. El silencio entre nosotros no era precisamente embarazoso, pero sí inquietante.

Por fin, extendí la mano con suma lentitud y le toqué la nariz, donde una fractura que se había curado tiempo atrás presionaba la piel y formaba una delgada línea blanca.

—¿Sabes que nunca me has contado cómo te rompiste la nariz? —dije—. ¿Quién te la arregló?

—Oh, ¡eso! Nadie. —Sonrió, tocándose la nariz con timidez—. Tuve suerte de que fuera una fractura limpia, porque en su momento no le presté la menor atención.

—Lo supongo. Dijiste... —Me interrumpí, recordando de repente lo que había dicho.

Cuando volví a encontrarlo, en su imprenta de Edimburgo, le pregunté cuándo se la había roto. Él respondió: «Unos tres minutos después de la última vez que te vi, Sassenach». En la víspera de Culloden, entonces; en aquella rocosa colina escocesa, debajo del círculo de piedras erectas.

—Lo siento —dije débilmente—. No querrás pensar en ello, ¿verdad?

Él me agarró la mano libre, con fuerza, y me miró.

—Puedes saberlo —dijo. Su voz era muy baja, pero él clavó sus ojos en los míos—. Todo. Todo lo que alguna vez he sufrido. Si lo deseas, si eso te ayuda, lo reviviré todo para ti.

—Oh, Dios mío, Jamie —lamenté en tono quedo—. No, no necesito saber; lo único que necesito es saber que sobreviviste a ello. Que estás bien. Pero... —vacilé—. ¿Me atrevo yo a contártelo a ti? —Lo que yo había sufrido, quería decir, y él lo sabía.

—¿Debes hacerlo?

—Creo que sí. Algun día. Pero no ahora... no, a menos que... tú necesites oírlo. —Tragué saliva—. Primero.

—Ahora no —susurró—. Ahora no.

Aparté la mano y tragué el resto del vino que tenía en la copa. Yo había dejado de pasar de caliente a frío; ahora sólo sentía calidez en todo el cuerpo, y lo agradecía.

—Tu nariz —dije, y serví otra taza—. Cuéntamelo, por favor.

—Sí, bueno. Había dos soldados ingleses, que estaban subiendo la colina, como una patrulla de reconocimiento. Creo que no esperaban hallar a nadie; ninguno de los dos tenía cargado el mosquete, o yo hubiera muerto allí.

Hablabía en un tono totalmente despreocupado.

—Me vieron, ¿sabes?, y luego uno de ellos te vi a ti, allí arriba. Él gritó y empezó a seguirte, entonces yo me arrojé sobre él. No me importaba qué pasaría, si conseguía que tú estuvieras a salvo, de modo que me abalancé sobre él; le hundí la daga en un costado. Pero su caja de municiones giró hacia mí y el cuchillo se quedó clavado en ella, y... y mientras yo trataba de liberarlo y de evitar que me mataran —añadió con una sonrisa torcida—, su compañero se acercó y me atizó en la cara con la culata de su mosquete.

Me sobresalté, porque ahora ya sabía lo que se sentía. Sólo de oírlo, mi nariz comenzó a palpitar. Respiré, me la toqué con cuidado con la base de la mano, y serví más vino.

—¿Cómo escapaste?

—Le quité el mosquete y los aporreé a los dos con él hasta matarlos.

Habló en voz baja, casi monótona, pero había una extraña resonancia que hizo que mi estómago se moviera, incómodo. Todavía era muy reciente para mí la visión de las gotas de sangre brillando a la luz del alba en los pelos de su brazo. Demasiado reciente ese matiz de... ¿qué era?, ¿satisfacción?, en su voz.

De pronto me sentí demasiado inquieta como para quedarme sentada. Me puse en pie, inclinándome sobre el alféizar. Se avecinaba una tormenta; el viento era refrescante, y echaba hacia atrás mi pelo recién lavado, mientras los relámpagos estallaban a lo lejos.

—Lo lamento, Sassenach —dijo Jamie, en tono de preocupación—. No debería habértelo contado. ¿Estás molesta?

—Molesta? No, no por eso —respondí algo lacónicamente.

—Por qué le había preguntado por su nariz, justamente? ¿Por qué en ese momento?

—¿Qué es lo que te molesta, entonces? —preguntó él en voz baja.

Lo que me molestaba era que el vino había cumplido muy bien su función de anestesiarme, y que ahora yo había arruinado ese efecto. Todas las imágenes de la noche anterior habían regresado a mi cabeza, convertidas en un nítido Technicolor por aquella sencilla afirmación, aquellas palabras, dichas en un tono tan indiferente: « Le quité el mosquete y los aporreé a los dos con él hasta matarlos». Y su eco tácito: « Yo soy el que mata por ella».

Sentí deseos de vomitar. Bebí más vino, sin paladearlo, tragándolo lo más de

prisa que pude. Oí a lo lejos que Jamie volvía a preguntarme qué era lo que me molestaba, y giré mi rostro para enfrentarme a él.

—Lo que me molesta... ¡Molesta, qué palabra tan estúpida! Lo que me pone totalmente furiosa es que yo podría haber sido cualquiera, cualquier cosa, un sitio cálido y esponjoso... ¡Por Dios, no era más que un agujero para ellos!

Golpeé el alféizar con el puño y luego, enfadada por ese golpecito impotente, levanté la taza, me di la vuelta y la arrojé contra la pared.

—No fue así con Black Jack Randall, ¿verdad? —exigí saber—. Él te conocía, ¿no? Él te vio cuando te usó; no habría sido lo mismo si tú hubieras sido otro; él te quería a ti.

—Por Dios, ¿crees que aquello fue mejor? —espetó Jamie.

Me detuve, jadeando y sintiéndome mareada.

—No. —Me desplomé sobre la banqueta y cerré los ojos, sintiendo que la habitación daba vueltas y vueltas a mi alrededor—. No. Para nada. Creo que Jack Randall era un condenado sociópata, un pervertido de primer nivel, y éstos... éstos... —agité una mano, incapaz de encontrar una palabra adecuada—. Éstos eran sólo... hombres.

Dije la última palabra con un tono de desprecio evidente.

—Hombres —repitió Jamie con un tono de voz extraño.

—Hombres —volví a decir. Abrí los ojos y lo miré—. He sobrevivido a una maldita guerra mundial. He perdido a un hijo. He perdido a dos maridos. He pasado hambre junto a un ejército, me han golpeado y herido, me han tratado con condescendencia, me han traicionado, me han encarcelado y atacado. ¡Y he sobrevivido, mierda! —Mi voz estaba haciéndose cada vez más fuerte, pero no podía evitarlo—. ¡Y ahora debería estar destrozada porque unos infelices (patéticas excusas de hombres) metieron sus desagradables y pequeñitos apéndices entre mis piernas y los agitaron?

Me puse en pie, agarré el borde de la jofaina y lo hice volcar, haciendo que todo saliera volando con un gran estrépito: la palangana, el aguamanil y el candelabro con la vela encendida, que se apagó de inmediato.

—Bueno, pues no será así —terminé, más serenada.

—¿Desagradables y pequeñitos apéndices?

—El tuy o no —aclaraé—. No me refería al tuy o. En realidad, al tuy o le tengo bastante cariño. —Entonces me senté y estallé en lágrimas.

Él me rodeó con sus brazos, lenta y suavemente. Yo no me sobresalté ni traté de apartarme, y él apretó mi cabeza contra la suya, acariciando mi pelo húmedo y enredado, metiendo sus dedos en él.

—Dios santo, eres muy valiente —murmuró.

—No —dije con los ojos cerrados—. No lo soy.

Le agarré la mano y la llevé a mis labios. Froté mi maltrecha boca contra sus nudillos. Estaban hinchados, tan llenos de hematomas como los míos. Toqué su

piel con mi lengua; sabía a jabón, a polvo y a plata de los rasguños y los tajos, marcas dejadas por huesos y dientes rotos. Apreté con los dedos las venas debajo de la piel de su muñeca y su brazo, suavemente resistentes, y las sólidas líneas de los huesos. Tanteé sus venas, deseando entrar en su torrente sanguíneo, desplazarme por él, disuelta e incorpórea, encontrar refugio en las cámaras de su corazón. Pero no pude.

Subí mi mano por su manga, explorando, aferrándome, reaprendiéndome su cuerpo. Le toqué el pelo de la axila y lo acaricié, sorprendida por lo suave que era.

—¿Sabes? —dije—. Creo que jamás te había tocado ahí.

—Creo que no —respondió, con una risa nerviosa—. Lo recordaría. ¡Oh! — Un arrebato de carne de gallina explotó sobre la suave piel de esa zona, y yo presioné la frente contra su pecho.

—Lo peor —dije con la boca en su camisa— es que los conocí. A cada uno de ellos. Y los recordaré. Y me sentiré culpable de que estén muertos, por mi causa.

—No —replicó él con suavidad pero con firmeza—. Están muertos por mi causa, Sassenach. Y por causa de su propia maldad. Si hay alguna culpa, que recaiga sobre ellos. O sobre mí.

—Sobre ti sólo no —respondí, con los ojos todavía cerrados. Estaba oscuro, y era un alivio—. Tú eres sangre de mi sangre, hueso de mis huesos. Tú mismo lo has dicho: lo que haces recae sobre mí también.

—Entonces, que tu voto me redima —susurró.

Me hizo ponerme en pie y me acercó hacia él, como un sastre cogiendo un trozo de una seda frágil y pesada; con lentitud, extendiendo bien los dedos, pliegue sobre pliegue. Me llevó por la habitación y me depositó sobre la cama con suma delicadeza, a la luz del vacilante fuego.

Él había tenido la intención de ser dulce, muy dulce. Lo había planeado con cuidado, preocupándose a cada paso del largo camino a casa. Ella estaba rota; él debía ser astuto, tomarse su tiempo. Ser muy cuidadoso cuando volviera a pegar los pedacitos rotos.

Y entonces él llegó a ella y descubrió que ella no deseaba nada dulce, ningún cortejo. Deseaba que fuera directo. Brevedad y violencia. Si ella estaba rota, entonces lo cortaría a él con sus bordes afilados, con la misma insensatez de un borracho con una botella hecha añicos.

Durante un momento, dos momentos, él se debatió, tratando de abrazarla y de besarla con ternura. Ella se retorció como una anguila en sus brazos, luego rodó encima de él, serpenteando y mordiendo.

Él había pensado que la tranquilizaría —que ambos se tranquilizarían— con el vino. Sabía que ella perdía el control de sí misma cuando bebía; pero ahora no

lograba comprender qué era lo que ella estaba reprimiendo, pensó con tristeza, al tiempo que trataba de agarrarla sin hacerle daño.

Él, más que nadie, debería haberlo sabido. No era miedo o pena o dolor... era furia.

Ella le arañó la espalda; él sintió el choque de las uñas rotas, y pensó vagamente que eso era bueno: ella peleaba. Ése fue el último de sus pensamientos; luego su propia furia se apoderó de él, furia y una lujuria que recayó sobre él como un trueno negro sobre una montaña, una nube que lo ocultaba todo y que lo ocultaba a él de todo, hasta que la amable familiaridad se perdió y él quedó solo, extraño en la oscuridad.

La ira hirvió y estalló en sus testículos, y él cabalgó espoleado por ella. Que su relámpago quemara y abrazara todo rastro del intruso en su matriz, y si ambos terminaban ardiendo hasta los huesos y hasta convertirse en cenizas, pues que así fuera.

Cuando recobró el sentido, él yacía con todo su peso encima de ella, aplastándola contra la cama. La respiración se atragantó en sus pulmones con un sollozo; sus manos aferraron los brazos de ella con tanta fuerza que sintió que sus huesos eran ramitas a punto de romperse.

Se había perdido. No estaba seguro de dónde terminaba su cuerpo. Su mente se sacudió un poco, aterrorizada por la posibilidad de haber perdido para siempre su función. No. Sintió una gota fría y repentina en el hombro, y las partes separadas de él se juntaron de inmediato como bolitas dispersas de azogue, dejándolo tembloroso y consternado.

Todavía estaba unido a ella. Sintió deseos de huir, pero consiguió moverse lentamente, soltando los dedos uno a uno de los brazos de ella, apartando el cuerpo con suavidad, aunque el esfuerzo le parecía immenso, como si su peso fuera de lunas y planetas. Casi esperó verla aplastada, sin vida, sobre las sábanas. Pero el elástico arco de sus costillas se elevó, cayó y volvió a elevarse de manera tranquilizadora.

Le cayó otra gota en la nuca, y él encorvó los hombros, sorprendido. Ese movimiento le llamó la atención a ella, que levantó la mirada. Él, alarmado, se encontró con sus ojos. Ella compartía su sorpresa, la sorpresa de dos desconocidos que se encuentran desnudos. Sus ojos se apartaron de los de él y se dirigieron hacia el techo.

—Hay una gotera en el techo —susurró—. Veo una mancha de humedad.

Él ni siquiera se había dado cuenta de que estaba lloviendo. Sin embargo, la habitación estaba oscura con el resplandor de la lluvia, y se oía un fuerte repiqueteo contra el tejado, un sonido que parecía provenir desde el interior de su sangre, como el pulso del bodhrán en la noche, como el pulso de su corazón en el bosque.

Él se estremeció y, como no se le ocurría ninguna otra idea, le besó la frente. Los brazos de ella surgieron como un cepo y lo agarraron con ferocidad y él también la aferró, con tanta fuerza que sintió la respiración que salía de sus pulmones, pero incapaz de soltarla. Pensó en lo que había dicho Brianna sobre gigantescos astros que giraban por el espacio, en eso que se llamaba gravedad; ¿y qué había de grave al respecto? En ese momento, se dio cuenta: una fuerza tan grande como para equilibrar en el aire un cuerpo de una inmensidad inconcebible; o hacer que dos de esos cuerpos chocaran entre sí, en una explosión de destrucción y polvo de estrellas.

Le había hecho moretones; había marcas rojas y oscuras en sus brazos, donde habían estado sus dedos. Se pondrían negras antes del final del día. Las marcas de otros hombres florecían negras y púrpuras, azules y amarillas, borrosos pétalos atrapados bajo la blancura de su piel.

Él sintió que sus muslos y sus nalgas estaban agotados por el esfuerzo, y tuvo un fuerte calambre que lo hizo soltar un gemido y retorcerse para aflojarlo. Se separaron lentamente y con vacilación.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella en voz baja.

—Fatal —respondió él con total honestidad. Tenía la voz ronca, como si hubiera estado gritando. La boca de ella había vuelto a sangrar; había una mancha roja en su barbilla, y él notó un sabor metálico en su propia boca.

Se aclaró la garganta, queriendo apartar la mirada de sus ojos; pasó el pulgar por la mancha de sangre, limpiándola torpemente.

—¿Y tú? —preguntó, y las palabras le rasparon la garganta—. ¿Tú como te sientes?

Tuvo la sensación de que ella estaba mirando más allá de él, a través de él; pero entonces el foco de su mirada regresó y ella lo miró directamente, por primera vez desde que la había llevado a casa.

—A salvo —susurró, y cerró los ojos. Tomó un largo aliento y su cuerpo se relajó por completo de una vez, cayendo flojo y pesado.

Él la sostuvo, rodeándola con ambos brazos, como si estuviera salvándola de morir ahogada, pero sintió que se hundía de todas formas. Sintió deseos de gritarle que no se marchara, que no lo dejase solo, añorándola, deseando que estuviera curada, temeroso de su vuelo, e inclinó la cabeza, enterrando la cara en su pelo y en su olor.

Entonces él gritó sin hacer ruido, con los músculos tensos hasta sentir dolor para que el grito no lo sacudiera, para que ella no se despertara y lo viera y lloró al vacío con una respiración irregular, contra la almohada mojada debajo de su cara. Luego se quedó allí, exhausto más allá de la idea de cansancio, demasiado lejos para dormir, incluso para recordar cómo era eso. Su único consuelo era ese peso pequeño y frágil que yacíaálido sobre su corazón, respirando.

Entonces las manos de ella se levantaron y descansaron sobre él, las lágrimas

se enfriaron en su cara, congelándose, ante la blancura de ella, tan limpia como la nieve muda que cubre los restos calcinados y la sangre y exhala un aliento de paz sobre el mundo.

El cautivo

Era una mañana tranquila y cálida; la última del veranillo de San Martín. Bajé la escalera con lentitud, sintiéndome ligeramente incorpórea y deseando estarlo, puesto que mi cuerpo me dolía casi por todas partes.

La señora Bug no había venido esa mañana; tal vez no se sentía bien. O tal vez aún no estaba segura de cómo enfrentarse al hecho de verme, o de qué decirme cuando lo hiciera. Mi boca se tensó, algo de lo que me di cuenta sólo porque el corte del labio, que aún no había cicatrizado del todo, me ardío ligeramente.

Traté de relajar los músculos de la cara y me dispuse a bajar los objetos para preparar café del anaquel de la cocina. Había una hilera de diminutas hormigas negras corriendo por el borde del estante. Las espanté con unos cuantos movimientos firmes de mi delantal, y anoté mentalmente que debía encontrar un poco de hierba de San Benito para usar como repelente.

Esa idea, por nimia que fuera, de inmediato me hizo sentir mejor y más segura. Desde el momento en que Hodgepile y sus hombres se habían presentado en el cobertizo de malteado, yo había estado totalmente a merced de alguna otra persona, lo que me impedía cualquier clase de acción independiente. Por primera vez en varios días —parecía mucho más—, podía decidir qué iba a hacer. Y esa libertad me parecía muy valiosa.

Muy bien, pensé. ¿Qué haría, entonces? Bueno... tomaría café. ¿Comería alguna tostada? No. Me tanteé la boca suavemente con la lengua; tenía varios dientes sueltos a un lado, y los músculos de las mandíbulas me dolían tanto que la idea de masticar era impensable. Sólo café, entonces, y mientras lo bebia, decidiría cómo sería mi día.

Sintiéndome satisfecha con ese plan, volví a guardar la taza de madera y preparé ceremoniosamente la única taza de porcelana que tenía, con su platito, un objeto muy delicado, pintado a mano.

Jamie había encendido el fuego poco antes y el agua estaba hirviendo; vertí la cantidad suficiente para calentar la cafetera, la removí un poco y abrí la puerta trasera para arrojarla afuera. Por suerte, miré antes de hacerlo.

Ian estaba sentado con las piernas cruzadas en el umbral trasero, con una pequeña piedra de afilar en una mano y un cuchillo en la otra.

—Buenos días, tía —dijo alegremente—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, estoy bien —le aseguré. Él enarcó una ceja con expresión de duda.

—Bueno, mejor de lo que pareces, espero.

—No tan bien —dije, cortante, y él se echó a reír.

Hizo a un lado el cuchillo y la piedra y se puso en pie. Era mucho más alto que yo; casi de la misma estatura que Jamie, aunque más delgado. Me cogió de los hombros y me hizo girar hacia la luz del sol, frunciendo los labios mientras me inspeccionaba de cerca. Yo lo miré parpadeando, imaginándome el aspecto que tenía. Aún no me había atrevido a mirarme al espejo, pero sabía que los hematomas estarían pasando de un tono negro y rojo a un colorido surtido de azules, verdes y amarillos. Si a ello se le añadian unas cuantas hinchazones rugosas, manchas negras por el labio partido y toda clase de costras, no cabía ninguna duda de que yo no era la viva imagen de la salud.

Pero los suaves ojos color avellana de Ian examinaron mi cara sin ninguna sorpresa o angustia evidentes.

—Te pondrás bien, tía —dijo—. Sigues siendo la misma, ¿no?

—Sí —asentí, y sin advertencia previa, las lágrimas llegaron a mis ojos y se derramaron. Yo sabía exactamente lo que él había querido decir, y por qué lo había dicho; y era cierto.

Sentí como si inesperadamente mi centro se hubiera vuelto líquido; sentí que estaba saliendo de mí, no de pena, sino de alivio. Yo seguía siendo la misma. Frágil, maltratada, herida y recelosa, pero la misma al fin y al cabo. Sólo cuando lo reconocí me di cuenta de lo mucho que había temido no serlo, encontrarme con una persona irremediablemente transformada, despojada de alguna parte vital.

—Me encuentro bien —le aseguré a Ian—. Sólo un poco...

—Sí, lo sé —respondió, y me quitó la cafetera de la mano. Luego arrojó el agua a la hierba—. Es un poco extraño, ¿no? Volver, quiero decir.

Cogí la cafetera y le apreté la mano con fuerza al hacerlo. Él había regresado dos veces de un cautiverio; rescatado de los extraños barracones de Geillis Duncan en Jamaica, sólo para más tarde elegir el exilio con los mohawk. Ese viaje lo había convertido en hombre, y yo me preguntaba qué partes de sí mismo habrían quedado en el camino.

—¿Quieres desayunar, Ian? —le pregunté, olfateando y palpándome suavemente la nariz hinchada.

—Desde luego —respondió él con una sonrisa—. Pasa y siéntate, tía. Yo lo preparo.

Entré detrás de él, llené la cafetera y esperé que se hiciera el café, luego me senté a la mesa, con el sol que pasaba por la puerta abierta dándome en la espalda, y observé cómo Ian revisaba la alacena. Sentía la mente abotargada e incapaz de pensar, pero una sensación de paz comenzó a inundarme. Incluso las pequeñas palpitaciones que sentía en algunas zonas de mi cuerpo parecían agradables, una sensación de curación que se iba produciendo silenciosamente.

Ian esparció sobre la mesa un montón de alimentos y se sentó.

—¿Todo bien, tía? —volvió a preguntar.

—Sí. Pero es como si estuviera dentro de una pompa de jabón, ¿sabes?

Me pareció que una ligera sonrisa asomaba a sus labios, pero no estaba segura.

—Algo así —dijo en voz baja.

El calor del café me calentó las manos y alivió las membranas irritadas de la nariz y el paladar. Me sentía como si hubiera estado gritando durante horas, pero no recordaba nada semejante. ¿O lo había hecho con Jamie la noche anterior?

En realidad, no quería pensar en la noche anterior. Jamie se había marchado cuando desperté, y no estaba segura de si eso me ponía triste o contenta.

Ian no habló, sino que se afanó por comerse con mucha seriedad media hogaza de pan con mantequilla y miel, tres bollos de pasas, dos gruesas rodajas de jamón y una jarra de leche. Me di cuenta de que Jamie se había ocupado de ordeñar; él siempre usaba la jarra azul, mientras que el señor Wemyss usaba la blanca. Me pregunté dónde se encontraría Wemyss, pero en realidad no me importaba. Se me ocurrió que tal vez Jamie les había dicho tanto al señor Wemyss como a la señora Bug que se mantuvieran lejos durante un tiempo, presintiendo que yo necesitaría estar sola.

—¿Más café, tía?

Asentí con un gesto, Ian se levantó de la mesa, bajó la licorera del anaquel y sirvió una buena medida de whisky en mi taza antes de llenarla de café.

—Mamá siempre decía que esto era bueno para todos los males —dijo.

—Tu madre tenía razón. ¿Quieres un poco?

—No, creo que no, tía. Debo tener la cabeza fresca esta mañana.

—Sí? ¿Por qué?

—El tío Jamie tiene intención de interrogarlo —respondió, dirigiéndome una mirada cauta al tiempo que cogía más pan.

—Ah, sí? —dije con una voz bastante inexpresiva, pero antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, el sonido de pasos en el sendero anunció la llegada de Fergus.

Tenía todo el aspecto de haber dormido en el bosque; bueno, pensé, desde luego, eso era lo que había ocurrido. O, mejor dicho, no había dormido; los hombres casi no habían parado a descansar en su persecución de la pandilla de Hodgepile. Fergus se había afeitado, pero tenía un aspecto descuidado y triste, algo notable en alguien que solía acicalarse de una manera a veces fastidiosa, y su apuesto rostro estaba demacrado, con sus profundos ojos llenos de sombras.

—*Milady* —murmuró e, inesperadamente, se agachó para besarme la mejilla, con una mano sobre mi hombro—. *Comment ça va?*

—*Très bien, merci* —respondí, sonriendo ligeramente—. ¿Cómo están Marsali y los niños? ¿Y nuestro héroe, Germain?

Yo le había preguntado a Jamie por Marsali en el camino de regreso, y él me había asegurado que se encontraba bien. Germain, con la habilidad de un mono,

había trepado a un árbol nada más oír la llegada de los hombres de Hodgepile. Lo había visto todo desde su posición y, tan pronto los hombres se alejaron, bajó del árbol, arrastró a su madre semiinconsciente para alejarla del fuego y corrió en busca de ayuda.

—Ah, Germain —dijo Fergus, con una débil sonrisa—. *Notre p'tit guerrier*. Dice que *grandpère* le ha prometido que le dará una pistola para él solo, para que les dispare a los malos.

No había ninguna duda de que *grandpère* lo había dicho en serio. Germain no podía manejar un mosquete, puesto que era un poco más bajo que la extensión del arma, pero una pistola, sí. En el estado mental en que me encontraba, el hecho de que Germain tuviera apenas seis años no parecía particularmente importante.

—¿Has desayunado, Fergus? —Acerqué la olla hacia él.

—*Non. Merci*. —Se sirvió galletas, jamón y café, aunque noté que comía sin mucho apetito.

Nos quedamos todos sentados en silencio, bebiendo café y escuchando a los pájaros. Unas ratonas carolinenses habían construido un nido tardío bajo el alero de la casa y los padres revoloteaban a su alrededor, justo encima de nuestras cabezas. Hasta mí llegaban los chillidos agudos de las crías. Ya estaban a punto de salirles las plumas; justo a tiempo, antes de que empezara a hacer frío.

Eso me hizo recordar a *Monsieur L'Oeuf*. Si, eso era lo que haría, decidí. Iría a visitar a Marsali. Y tal vez también a la señora Bug.

—¿Has visto a la señora Bug esta mañana? —pregunté, volviéndome hacia Ian.

—Oh, sí —respondió, algo sorprendido—. Estaba barriendo cuando pasé. Me ofreció desayuno, pero le dije que lo tomaría aquí. Sabía que el tío Jamie tenía jamón, ¿sabes? —Sonrió.

—¿De modo que se encuentra bien? Pensé que quizás estuviera enferma; por lo general, viene muy temprano.

—Sí. Supongo que estará ocupada, cuidando al *ciomach*.

Mi frágil sensación de bienestar desapareció. Un *ciomach* era un cautivo. En mi euforia y aturdimiento, de alguna manera había conseguido olvidar la existencia de Lionel Brown.

El comentario de Ian acerca de que Jamie tenía pensado hacer algunas preguntas esa mañana entró de pronto en un contexto, así como la presencia de Fergus. Y el cuchillo que Ian estaba afilando.

—¿Dónde está Jamie? —pregunté un poco débilmente—. ¿Lo has visto?

—Oh, sí —dijo Ian. Tragó saliva y señaló hacia la puerta con un gesto del mentón—. Está en la leñera, haciendo unas tablillas nuevas. Dice que se ha formado una gotera en el techo.

Aún no había acabado de hablar cuando se oyó desde el techo un ruido de martillazos. Por supuesto, pensé. Primero, lo primero. Pero, por otra parte, suponía que Lionel Brown no iría a ninguna parte, después de todo.

—Tal vez... debería ir a ver al señor Brown —dije, tragando saliva.

Ian y Fergus se miraron.

—No, tía, será mejor que no —acotó Ian con toda serenidad, pero con un aire autoritario que no estaba acostumbrada a ver en él.

—¿A qué te refieres? —Lo miré fijamente.

—Milord ha dicho que no vaya —aclaró Fergus.

—¿Qué ha dicho qué? —pregunté con incredulidad.

Ninguno de los dos se atrevía a mirarme; en cambio, me dio la impresión de que se acercaban mutuamente, generando una especie de resistencia vacilante pero tenaz. Yo sabía que cualquiera de ellos haría lo que yo les pidiera, excepto desafiar a Jamie. Si él pensaba que yo no debía ir a ver a Brown, estaba claro que no podría contar con la ayuda de Ian ni de Fergus.

—¿Por casualidad os ha comentado por qué cree que no debería visitar al señor Brown? —pregunté con calma, dadas las circunstancias.

Ambos hombres parecían sorprendidos; luego intercambiaron otra mirada, ésta más larga.

—No, *milady* —respondió Fergus, con un tono cuidadosamente neutral.

Hubo un breve silencio, durante el cual ambos parecían estar reflexionando. Entonces Fergus miró a Ian y se encogió de hombros, delegándole la decisión.

—Bueno, verás, tía —dijo Ian con cuidado—. Tenemos intenciones de interrogar a ese tipo.

—Y vamos a obtener las respuestas que buscamos —dijo Fergus.

—Y cuando el tío Jamie esté convencido de que nos ha dicho todo lo que sabe...

Ian había depositado su cuchillo recién afilado en la mesa, junto a su plato. Lo levantó y, con actitud pensativa, lo pasó a lo largo de una salchicha fría, que se abrió de inmediato, con una aromática explosión de salvia y ajo. Luego levantó los ojos y los clavó directamente en los míos. Y yo me di cuenta de que, si bien yo tal vez siguiera siendo la misma, Ian ya no era el muchacho de antes. Para nada.

—¿Lo mataréis, entonces? —inquirí, sintiendo los labios adormecidos.

—Oh, sí —dijo Fergus en voz muy baja—. Creo que sí. —También él me miró a los ojos. Tenía un aspecto sombrío y triste, y su mirada era dura como una piedra.

—Él... es decir... no ha sido él —señalé—. No podría haberlo hecho. Ya se había roto la pierna cuando... —Sentí que no me quedaba aire suficiente como para terminar la frase—. Y Marsali. No fue él... Creo que él no...

Algo cambió detrás de los ojos de Ian, cuando captó lo que yo quería decir.

Sus labios se apretaron con fuerza durante un momento.

—Mejor para él, entonces —dijo lacónicamente.

—Mejor para él —repitió Fergus—. Pero creo que de todas formas no tiene importancia. Hemos matado a los demás, ¿por qué debería sobrevivir él? —Se levantó de la mesa y dejó su café sin beber—. Creo que me marcharé, primo.

—¿Sí? Yo también. —Ian apartó su plato y me saludó con un gesto—. ¿Puedes decirle al tío Jamie que nos hemos adelantado, tía?

Asentí como atontada, y los observé marcharse, desapareciendo uno detrás del otro bajo el gran castaño. En un gesto mecánico, me levanté y comencé a recoger lentamente los restos del improvisado desayuno.

En realidad, no estaba segura de si el señor Brown me preocupaba mucho o no. Por un lado, por principios, estaba en desacuerdo con la tortura y el asesinato a sangre fría. Por el otro... si bien era cierto que Brown no me había violado ni me había lastimado, había estado a favor de que me mataran. Y yo no tenía la menor duda de que me habría ahogado en el desfiladero, si Tebbe no hubiese intervenido.

No, pensé, tal vez no estaba tan preocupada por Brown.

De todas formas, me sentía intranquila y molesta. Me di cuenta de que lo que sí me preocupaba eran Ian y Fergus. Y Jamie. La cuestión era que matar a alguien en el fragor del combate era una cosa muy diferente de ejecutarlo, y yo lo sabía. ¿Y ellos?

Bueno, Jamie lo sabía.

«Y que tu voto me redima». Él me había susurrado eso la noche anterior. Bueno, muy bien, pero para mí sería muchísimo mejor que él no sintiera la necesidad de redención. Y en cuanto a Ian y Fergus...

Fergus había combatido en la batalla de Perstonpans, a los diez años de edad. Yo todavía recordaba la cara del pequeño huérfano francés, manchado de hollín y aturdido por la impresión y el cansancio, mirándome desde lo alto de un cañón capturado. «He matado a un soldado inglés, *madame* —me había dicho—. Él cayó y le clavé mi cuchillo».

Y a Ian, con quince años, llorando porque creía haber matado accidentalmente a un intruso en la imprenta que Jamie tenía en Edimburgo. Tuve la visión repentina del garfio de Fergus manchado de sangre, y de Ian, recortado contra la oscuridad. «Y yo —había dicho, como eco de las palabras de Jamie—. Soy yo el que mata por ella».

Era el año 1773. Y «el dieciocho de abril del setenta y cinco»... El disparo que se oyó en todo el mundo ya se estaba cargando. Hacía calor en la habitación, pero me estremecí convulsivamente. En el nombre de Dios, ¿de qué creía yo que los estaba protegiendo a cualquiera de ellos?

Un repentino rugido proveniente del tejado interrumpió mis pensamientos.

Salí al patio y levanté la vista. Jamie estaba sentado a horcajadas,

balanceándose hacia atrás y hacia adelante, con una mano apretada contra el estómago.

—¿Qué está pasando ahí arriba? —exclamé.

—Me he clavado una astilla —fue su lacónica respuesta.

—Bueno, baja. Te la quitaré.

—¡No he terminado aún!

—¡No me importa! ¡Baja ahora mismo! Quiero hablar contigo.

Una bolsa de clavos golpeó contra la hierba con un repentino estrépito, seguida inmediatamente por el martillo.

Primero, lo primero, entonces.

Técnicamente podía decirse que era una astilla. Era un pedacito de madera de cedro de más de cinco centímetros de largo, y él se lo había clavado hasta el fondo debajo de la uña del dedo corazón, casi hasta la primera articulación.

—¡Jesús H. Roosevelt Cristo!

—Sí —admitió él. Su aspecto era pálido—. Podrías decir eso.

El fragmento que asomaba era demasiado corto para cogerlo con los dedos. Lo arrastré hasta la consulta y, usando unas pinzas, tiré de la astilla en un santiamén.

—Vas a perder la uña —observé, sumergiendo el dedo herido en un pequeño recipiente con alcohol y agua.

—Al diablo con la uña —dijo él, apretando los dientes—. ¡Córtame el maldito dedo y terminemos con esto de una vez! *Merde de chèvre!*

—Los chinos tenían la costumbre de clavar astillas de bambú bajo las uñas de la gente para hacerlos hablar.

—¡Por Dios! *Tu me casses les couilles!*

—Sin duda, una técnica muy eficaz —respondí, sacando su mano del recipiente y cubriendo el dedo con fuerza con una tira de lino—. ¿Estabas probándola, antes de aplicársela a Lionel Brown? —Traté de hablar en tono ligero, sin apartar los ojos de la mano.

—En nombre de todos los santos y los arcángeles, ¿qué te ha estado diciendo el pequeño Ian, Sassenach?

—Que tenías intención de interrogar a ese hombre... y conseguir respuestas.

—Es cierto, y lo haré —respondió él lacónicamente—. ¿Entonces?

—Al parecer, Fergus e Ian creen que estarías dispuesto a utilizar todos los medios que hicieran falta —dije con delicadeza—. Y ellos están más que dispuestos a colaborar.

—Supongo que sí. —Los primeros dolores se habían calmado un poco. Él respiraba con más calma—, Fergus está en su derecho. Su esposa fue atacada.

—Ian parecía... —Vacilé, buscando la palabra adecuada. Ian había parecido tan sereno que daba miedo—. ¿No has llamado a Roger para que te ayude con...

el interrogatorio?

—No, aún no. Roger Mac es un buen combatiente, pero no de los que pueden intimidar a un hombre, salvo que esté realmente furioso. No sabe fingir.

—Mientras que tú, Ian y Fergus...

—Oh, sí —dijo secamente—. Astutos como zorros, los tres. Sólo tienes que mirar a Roger Mac para darte cuenta de lo segura que debía de ser su época, a él y a la muchacha. Reconforta un poco... —añadió—. Saber que las cosas van a mejorar, quiero decir.

Me di cuenta de que estaba tratando de cambiar de tema.

—Y tú no estás realmente furioso; ¿es eso lo que me estás diciendo?

Él no respondió. Inclinó la cabeza a un lado, observándome mientras yo extendía un cuadrado de gasa y comenzaba a frotarlo con hojas secas de consuelo. No sabía cómo decirle lo que me molestaba, pero él se daba cuenta de que había algo.

—¿Vas a matarlo? —pregunté directamente.

Jamie permaneció inmóvil, observándome.

—Creo que sí —respondió.

Mis manos habían empezado a temblar, y las apreté contra la superficie de la mesa para estabilizarlas.

—Hoy no —añadió—. Si lo mato, lo haré como es debido.

No estaba segura de querer saber a qué se refería con eso, pero él me lo explicó de todas formas.

—Si muere a mis manos, será en campo abierto ante testigos que sepan la verdad de lo que ha ocurrido, y de pie. No aceptaré que se diga que he matado a un hombre indefenso, más allá de cuál haya sido su crimen.

—Oh. —Tragué saliva y cogí una pizca de sanguinaria para añadir al ungüento que estaba preparando. Tenía un ligero olor astringente, lo que al parecer era bueno—. Pero... ¿es posible que lo dejes vivir?

—Tal vez. Supongo que podría cobrarle un rescate a su hermano... Depende.

—¿Sabes? Hablas como tu tío Colum. Él habría pensado lo mismo.

—¿En serio? —La comisura de sus labios se elevó ligeramente—. ¿Debo tomarlo como un cumplido, Sassenach?

—Supongo que sí.

—Bueno —dijo reflexivamente—. Colum tenía un castillo. Y soldados armados a sus órdenes. Yo tendría algunas dificultades para defender esta casa contra un ataque, quizás.

—¿Eso es lo que quieres decir con « depende » ?

Me sentí muy intranquila al oírlo decir eso; la idea de atacantes armados asaltando la casa no se me había ocurrido; y me di cuenta de que la previsión de Jamie de encerrar a Brown fuera de nuestra residencia tal vez no tenía el único propósito de no ofender mi sensibilidad.

—Entre otras cosas.

Mezclé un poco de miel con las hierbas molidas, luego añadí una pizca de grasa de oso purificada en el mortero.

—Supongo —dije, con los ojos en la mezcla— que no tiene ningún sentido entregar a Lionel Brown a las... autoridades...

—¿Qué autoridades tienes en mente, Sassenach?

Buena pregunta. En esa región del campo aún no se había formado ni regulado un condado. Si Jamie entregaba a Brown al sheriff del condado más cercano para que lo juzgaran... Bueno, tal vez eso no fuese una buena idea. Brownsville estaba justo en la frontera del condado más próximo, y el sheriff actual, de hecho, se llamaba Brown.

Me mordí los labios, reflexionando. Jamie tenía razón en un punto: el siglo XX tenía sus propios peligros, pero algunas cosas habían mejorado. Pero nosotros estábamos en 1773, y al gobierno colonial ya se le veían las grietas y las fallas, señales del derrumbe inminente.

—Supongo que podríamos llevarlo a Cross Creek —Farquard Campbell era juez de paz allí, y amigo de Jocasta Cameron, la tía de Jamie—. O a New Bern.

—El gobernador Martin y el grueso del Concejo Real se encontraban en New Bern, a casi quinientos kilómetros de distancia.—. ¿Y qué hay de Hillsborough?— Era el centro del Tribunal del Circuito.

—Mmm.

Esa onomatopeya denotaba un marcado desinterés por perder varias semanas de trabajo para arrastrar al señor Brown a cualquiera de esos tribunales, mucho menos confiar un asunto importante al poco confiable —y frecuentemente corrupto— sistema judicial. Si yo estaba reaccionando como lo que era, Jamie también.

Y Jamie era un terrateniente de las Highlands, acostumbrado a seguir sus propias leyes y a luchar sus propias batallas.

—Pero... —empecé.

—Sassenach —dijo él con mucha suavidad—. ¿Y qué hay de los otros?

Los otros. Dejé de moverme, paralizada por el repentino recuerdo: una gran banda de figuras negras, saliendo del bosque con el sol por detrás. Pero ese grupo se había dividido en dos, con la intención de volver a encontrarse en Brownsville, tres días más tarde; hoy, de hecho.

Por el momento, se podía suponer que en Brownsville aún nadie se había enterado de lo que había ocurrido. Pero dada la velocidad con que las noticias se difundían en las montañas, al cabo de una semana sería del dominio público.

Aturdida por la impresión, por alguna razón había olvidado el hecho de que todavía quedaban unos cuantos bandidos sueltos; y si bien no sabía quiénes eran, ellos sí sabían quién era yo y dónde encontrarme. ¿Se darían cuenta de que no podría identificarlos? ¿O estarían dispuestos a correr el riesgo?

Era evidente que Jamie no estaba dispuesto a correr el riesgo de marcharse del cerro para escoltar a Lionel Brown a ninguna parte, más allá de si decidía dejarlo con vida.

La idea de los otros, por otra parte, me había hecho volver a pensar en algo importante. Respiré hondo y recuperé el ánimo.

—Jamie.

El tono de mi voz lo arrancó de inmediato de lo que fuera que estaba pensando me miró fijamente, con una ceja enarcada.

—Yo... tengo que contarte algo.

Él empalideció un poco, pero extendió el brazo de inmediato y me agarró la mano. Respiró hondo él también y asintió.

—Sí.

—Oh —dije, dándome cuenta de que él creía que tenía que contarle algún detalle truculento de mis experiencias—. No... no es eso. No exactamente. —Pero le apreté la mano y se la retuve, mientras le hablaba de Donner.

—Otro —dijo. Sonaba ligeramente impresionado—. ¿Otro?

—Otro —confirmé—. La cuestión es que yo... eh... no recuerdo haberlo visto... haberlo visto muerto.

Volví a revivir la sobrecogedora sensación de aquel amanecer. Tenía recuerdos muy nítidos y precisos; pero eran inconexos, tan fragmentados que no tenían relación con el todo. Una oreja. Recordaba una oreja, gruesa y con forma de sombrero, como una seta del bosque. Tenía exquisitos matices púrpura, marrones e índigos, oscurecidos en las esculpidas espirales de las partes internas, casi translúcidos en el borde.

Jamie me clavó los ojos.

—Y crees que tal vez no lo esté...

—Tal vez —Sentí en la boca gusto a polvo, agujas de pino y sangre, y aspiré el aroma reconfortante y fresco del suero de la leche—. Yo se lo advertí, ¿sabes? Le dije que tú ibas a venir, y que sería mejor que no lo encontraras conmigo. Cuando atacasteis el campamento, tal vez huyera. Me dio la impresión de que era un cobarde, sin duda. Pero no lo sé.

Él asintió y soltó un profundo suspiro.

—¿Crees que tú podrías... recordar? —pregunté con vacilación—. Cuando me enseñaste los muertos. ¿Los miraste?

—No —respondió él en voz baja—. No estaba mirando nada salvo a ti.

Sus ojos habían estado posados sobre nuestras manos unidas. Él las levantó en ese momento y me examinó la cara, preocupado. Yo alcé su mano y apoyé la mejilla contra sus nudillos, cerrando los ojos un instante.

—Estaré bien —dije—. La cuestión es que... —añadí, y me detuve.

—Sí?

—Si realmente ha huido... ¿Dónde supones que habría ido?

—A Brownsville —dijo, resignado—. Y si es así, Richard Brown ya sabe qué ha sido de Hodgepile y de sus hombres, y es probable que crea que su hermano ha muerto también.

—Oh. —Tragué saliva y cambié ligeramente de tema—. ¿Por qué le has dicho a Fergus que no se me permita ver a Brown?

—Yo no he dicho eso. Pero creo que es mejor que no lo veas; eso sí es cierto.

—¿Por?

—Porque has hecho un juramento —explicó—. ¿Puedes ver a un hombre herido y dejar que sufra?

El ungüento ya estaba listo. Le quité las vendas del dedo, que había dejado de sangrar, y metí la mayor cantidad de bálsamo que pude debajo de su uña dañada.

—Es probable que no —dijo—. Pero ¿por qué...?

—Si tú lo curas, lo atiendes y luego yo decido que ha de morir... —Sus ojos se posaron sobre mí, con aire de interrogación—. ¿Cómo te sentirías?

—Bueno, eso sería un poco incómodo —dijo. Envolví la uña con una delgada tira de lino y la até cuidadosamente—. De todas formas...

—¿Quieres atenderlo? ¿Por qué? ¿Tan fuerte es tu juramento?

—No. —Apoyé las dos manos sobre la mesa para sostenerme; de pronto, las rodillas parecían habérseme aflojado—. Porque me alegra de que estén muertos —susurré, bajando la mirada. Tenía las manos en carne viva, y había sido torpe en mis atenciones a Jamie porque mis dedos aún seguían hinchados; había unas marcas de un subido tono púrpura en la piel de mis muñecas—. Y tengo mucho...

—¿Qué?

—Miedo; miedo de los hombres, miedo de mí misma. Contenta, de una manera espantosa. Avergonzada —dijo—. Terriblemente avergonzada. —Lo miré—. Detesto que me pase esto.

Él extendió la mano hacia mí, aguardando. Se daba cuenta de que era mejor no tocarme; yo no podía soportar el roce de nadie en ese momento. No la cogí, no de inmediato, aunque deseaba hacerlo. Aparté la mirada y le hablé rápidamente a *Adso*, que se había materializado en la encimera.

—Si yo... Sigo pensando... Si fuera a verlo, si lo ayudara... ¡Por Dios, no quiero hacerlo! ¡Para nada! Pero si pudiera... tal vez eso... serviría, de alguna manera. —En ese momento, sí levanté la mirada, sintiéndome acosada—. Para... redimirme.

—¿Por alegrarte de que estén muertos... y por querer que él también muera? —sugirió Jamie con delicadeza.

Asentí, sintiéndome como si con esas palabras me hubiera quitado un objeto pequeño y muy pesado de encima. No recordaba haberle cogido la mano, pero él estaba apretando con fuerza la mía. Las vendas estaban empapándose de

sangre de su dedo herido, pero él no prestó atención.

—¿Tú quieres matarlo? —pregunté.

Él sostuvo mi mirada largo rato antes de responder.

—Oh, sí —dijo en voz muy baja—. Pero, por ahora, su vida es garantía de la tuya. Tal vez de la de todos nosotros. De modo que lo dejaré vivir. Por ahora. Pero le haré preguntas... y obtendré las respuestas.

Después de que él se fuera, me quedé sentada en la consulta bastante rato. Mientras me recuperaba lentamente de la impresión, me había sentido a salvo, rodeada de amigos y en mi hogar, junto a Jamie. Pero ahora debía aceptar el hecho de que nada ni nadie estaba a salvo; ni yo, ni mi casa ni mis amigos, y, sin duda, tampoco Jamie.

—Pero, claro, tú nunca lo estás, ¿verdad, condenado escocés? —dije en voz alta, y solté una débil carcajada.

Débil, sí, pero me hizo sentir mejor. Me levanté con una resolución repentina y comencé a ordenar las alacenas, acomodando los frascos según su tamaño, limpiando los restos esparcidos de hierbas y tirando soluciones que se habían puesto rancias o que parecían estarlo.

Había decidido ir a visitar a Marsali, pero durante el desayuno Fergus me había dicho que Jamie la había mandado junto a los niños y a Lizzie a casa de los McGillivray, donde la cuidarían y estaría a salvo.

Ubicada cerca de Woolam's Creek, la residencia de los McGillivray lindaba con el taller de toneles de Ronnie Sinclair, y albergaba a una bulliciosa masa de cordial humanidad, incluyendo no sólo a Robin y a Ute McGillivray, a su hijo, Manfred, y a su hija Senga, sino también a Ronnie, que vivía con ellos. A la habitual multitud se le añadían, a períodos intermitentes, Heinrich Strasse, el prometido de Senga McGillivray, y sus parientes alemanes de Salem, y, por parte de Inga e Hilda, sus maridos y sus hijos, así como los familiares de sus maridos.

A eso había que sumar los hombres que se congregaban a diario en el taller de Ronnie, una parada conveniente en el camino de ida y vuelta hacia el molino de Woolam, y era probable que nadie quisiera notara la presencia de Marsali y su familia en medio de toda esa muchedumbre. Seguramente nadie intentaría hacerle daño allí. Pero que yo fuera a visitarla...

El tacto y la delicadeza de las Highlands era una cosa, y la hospitalidad y la curiosidad de las Highlands, otra muy distinta. Si yo me quedaba en casa tranquilamente, lo más probable era que me dejaran en paz... al menos por un tiempo. Si, en cambio, me acercaba a casa de los McGillivray... Me estremecí ante la idea, y decidí apresuradamente que tal vez visitaría a Marsali al día siguiente. O el otro. Jamie me había asegurado que ella se encontraba bien, sólo un poco aturdida y maltrecha.

La casa que me rodeaba estaba en silencio, sin el contexto moderno de

hornos, ventiladores, caños, refrigeradores. No había sopildos de luces piloto ni zumbidos de compresores. Sólo el crujido ocasional de las vigas o las tablas del suelo, y el chirrido amortiguado y poco frecuente de una avispa construyendo su nido bajo el alero.

Examiné el mundo ordenado de mi consulta: filas de brillantes jarras y frascos, címbas de lino cargadas de arruruz secándose y masas de lavanda, ramos de ortiga y milenrama y romero colgando más arriba. El frasco de éter, reflejando la luz del sol.

Hogar. Un pequeño escalofrío me recorrió la columna. No quería otra cosa que estar sola, a salvo y sola, en mi propio hogar.

A salvo. Tenía un día, tal vez dos, en que el hogar seguiría estando a salvo. Pero luego...

Me di cuenta de que llevaba un rato de pie e inmóvil, observando sin expresión alguna una caja de hierbas moras amarillentas, redondas y resplandecientes como canicas. Muy venenosas, y que provocaban una muerte lenta y dolorosa. Mis ojos se elevaron hacia el éter, veloz y misericordioso. Si Jamie decidía matar a Lionel Brown... Pero no. En un lugar abierto, había dicho, de pie y con testigos. Lentamente, cerré la caja y volví a guardarla en el anaquel.

Entonces, ¿qué?

Siempre había tareas hogareñas por hacer, pero nada urgente. Sintiéndome totalmente extraña, vagué por la casa durante un rato, y por fin entré en el estudio de Jamie, donde revisé los libros de su estante y finalmente me decidí por *Tom Jones*, de Henry Fielding.

No sabía cuánto tiempo hacía que no leía una novela, ¡y durante el día! Sintiéndome agradablemente perversa, me senté junto a la ventana abierta de la consulta y, con decisión, entré en un mundo alejado del mío.

Perdí la noción del tiempo. En el fondo de mi mente revoloteaban algunos pensamientos ocasionales sobre Jamie y Lionel Brown, pero los apartaba igual que a las saltarillas y los mosquitos que aterrizaban en la página abierta, colándose por la ventana. Fuera lo que fuese lo que ocurriera en la cabaña de los Bug ya había ocurrido o bien iba a ocurrir y yo, simplemente, no podía pensar en ello. Mientras leía, la pompa de jabón volvió a crecer a mi alrededor, llena de una perfecta quietud.

El sol ya había empezado a descender por el cielo cuando unas débiles punzadas de hambre comenzaron a molestarme. Fue justo en el momento en que levanté la mirada, preguntándome vagamente si quedaría algo de jamón, cuando vi a un hombre en el umbral de la consulta.

Lancé un alarido y me puse en pie de un salto, lanzando a Henry Fielding por el aire.

—¡Le ruego me disculpe, señora! —exclamó Thomas Christie, que parecía casi tan asustado como yo—. No me he dado cuenta de que no me había oido.

—No. Yo... estaba leyendo. —El corazón me latía a toda velocidad, y la sangre corría por todo mi cuerpo, aparentemente al azar, de modo que mi cara se ruborizó, los oídos me palpitaban y tenía un cosquilleo en las manos, todo fuera de control.

Él se agachó y recogió el libro, alisando la cubierta con la cuidadosa actitud de una persona que aprecia los libros, aunque el volumen en cuestión estaba bastante maltrecho y su cubierta exhibía cicatrices en forma de aros donde se habían apoyado vasos o botellas. Jamie lo había obtenido del dueño de un *pub* de Cross Creek, en un trueque parcial por una cantidad de leña; algún cliente se lo había dejado, meses antes.

—¿No hay nadie aquí que cuide de usted? —preguntó, mirando a su alrededor con el ceño fruncido—. ¿Quiere que vaya a buscar a mi hija?

—No. Quiero decir... no necesito a nadie. Estoy muy bien. ¿Y usted?

Él me miró la cara y luego se apresuró a apartar la mirada. Con los ojos cuidadosamente clavados en la zona de mi clavícula, dejó el libro sobre la mesa y extendió la mano derecha, envuelta en un paño.

—Le pido que me disculpe, señora. No quisiera molestarla, sólo que...

Yo ya estaba desvendando la mano. Se había abierto el corte de la mano derecha; probablemente, pensé con un pequeño nudo en el estómago, en el transcurso de la pelea con los bandidos. La herida no era grave, pero se le habían metido restos de tierra y polvo, y tenía los bordes rojos y separados, superficies en carne viva cubiertas por una película de pus.

—Debería haber venido de inmediato —dije, pero no en tono de reproche. Sabía perfectamente por qué no lo había hecho y, en realidad, yo no me habría encontrado en estado de atenderlo.

Él se encogió de hombros pero no se molestó en responder. Lo hice sentarse y fui a buscar mi instrumental. Por suerte me quedaba un poco del ungüento antiséptico que había preparado para la astilla de Jamie. Eso, una rápida lavativa con alcohol y una venda limpia...

Él estaba pasando lentamente las páginas de *Tom Jones*, muy concentrado. Era evidente que Henry Fielding serviría de anestesia para la tarea que me aguardaba; no tendría necesidad de conseguir una Biblia.

—¿Lee usted novelas? —pregunté, sin ánimo de ser grosera, sino sólo sorprendida por el hecho de que él pudiera aprobar algo tan frívolo.

—Sí. Yo... sí. —Respiró profundamente mientras yo sumergía su mano en el recipiente, pero sólo contenía agua, saponaria y una cantidad muy pequeña de alcohol, y exhaló con un suspiro.

—¿Ha leído *Tom Jones*?

—No precisamente, aunque conozco la trama. Mi esposa...

Se detuvo bruscamente. Jamás había mencionado a su esposa antes; suponía que era el alivio de no tener que pasar dolor lo que lo hacía estar tan dispuesto a charlar. Pero pareció darse cuenta de que tenía que terminar la frase, y continuó a regañadientes:

—Mi esposa... leía novelas.

—¿Ah, sí? —murmuré, preparándome para la tarea del desbridamiento—. ¿Le gustaban?

—Supongo que sí.

Había algo extraño en su voz que me hizo desviar la mirada de mi tarea.

—Yo... no aprobaba la lectura de novelas. En aquel entonces.

Se quedó callado un momento. Luego espetó:

—Quemé sus libros.

—Seguramente a ella no le gustó mucho —dije en tono suave, y él me lanzó una mirada de sorpresa, como si la cuestión de la reacción de su esposa fuera tan irrelevante que ni siquiera valiera la pena mencionarla—. Y... ¿qué lo hizo cambiar de opinión? —pregunté, concentrándome en los restos que estaba quitando de la herida con la pinza. Astillas y pedacitos de corteza. ¿Qué habría estado haciendo? Blandiendo alguna clase de garrote, pensé. ¿Una rama? Respiré hondo, concentrándome en el trabajo para no pensar en los cuerpos en el claro.

—Yo... en Ardmuir.

—¿Qué? ¿Leía en prisión?

—No. Allí no teníamos libros. —Inspiró profundamente, me miró, luego apartó los ojos—. En realidad, yo nunca la he leído. Pero el señor Fraser solía relatar la historia a los otros prisioneros. Posee una muy buena memoria —añadió, con algo de rencor.

—Sí, en efecto —murmuré—. No voy a cosérsela; será mejor dejar que la herida se cure sola. Me temo que la cicatriz no será tan pulcra —añadí con pesar—, pero creo que sanará bien.

Extendí una gruesa capa de ungüento sobre la herida y apreté los bordes lo más fuerte que pude sin cortar la circulación. Bree había estado experimentando con bandas adhesivas, y había producido algo bastante útil, con forma de pequeñas mariposas, hechas de lino almidonado y resina de pino.

—Entonces a usted le gustaba Tom Jones, ¿no? Yo habría supuesto que no sería un personaje admirable para usted. No era un gran ejemplo de moralidad, quiero decir.

—Claro que no —respondió él sin rodeos—. Pero me di cuenta de que la ficción —añadió pronunciando la palabra con mucha delicadeza, como si fuera algo peligroso— tal vez no era, como yo creía, tan sólo un incentivo para la pereza y las fantasías perversas.

—¿Ah, no? ¿Cuáles cree usted que son sus características positivas?

—Sí, bueno. Me pareció de lo más relevante que algo que en esencia no es

más que un conjunto de mentiras de todas formas pudiera ejercer un efecto beneficioso. Puesto que así era.

—¿En serio? ¿Y qué efecto era ése?

Él inclinó la cabeza, reflexionando.

—Era una distracción, claro. En esas condiciones, la distracción no es mala. Claro que, desde luego, es más deseable evadirse a través de la oración...

—Oh, desde luego —murmuré.

—Pero más allá de esa consideración... hacia que los hombres se acercaran entre sí. Uno no pensaría que tales hombres, highlanders, campesinos, encontraran una conexión especial con... semejantes situaciones, semejantes personas. —Señaló con su mano libre el libro—. Pero hablaban de ello durante horas enteras; al día siguiente, mientras trabajábamos, se preguntaban por qué Ensign Norterton había hecho lo que había hecho con la señorita Western, y discutían acerca de si ellos se habrían comportado de esa manera o no. —Su cara se iluminó un poco, recordando—. Y, en todos los casos, algún hombre negaba con la cabeza y decía: « ¡Al menos, a mí jamás me han tratado de esa manera! ». ¡Podría estar pasando hambre o frío, estar cubierto de llagas, permanentemente separado de su familia y de sus circunstancias habituales, pero aun así podía consolarse pensando que nunca había sufrido las vicisitudes que padecían esos seres imaginarios!

Sonrió, algo muy raro en él, meneando la cabeza por la idea, y a mí me pareció que la sonrisa mejoraba en mucho su aspecto.

Ya había terminado mi trabajo y dejé su mano sobre la mesa.

—Gracias —dije en voz baja.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Supongo que esa herida tal vez haya sido el resultado de un c... combate que tuvo lugar por mi causa —dije. Le toqué la mano ligeramente—. Yo... eh... bueno. —Respiré hondo—. Gracias.

—Oh. —Él parecía totalmente desconcertado y bastante avergonzado—. Yo... eh... —Echó el banco hacia atrás y se puso de pie, aturullado.

—Tendrá que ponerse más ungüento todos los días —señalé, retomando un tono serio—. Prepararé más; puede venir a buscarlo, o mandar a Malva.

Él asintió, pero no dijo nada. Vi que sus ojos volvían a posarse en la cubierta del libro y, en un impulso, se lo ofrecí.

—¿Le gustaría llevárselo prestado? Debería leerlo usted mismo; estoy seguro de que Jamie no podría haber recordado todos los detalles.

—¡Oh! —Apretó los labios, sorprendido, y frunció el ceño, como si sospechara que era una clase de trampa. Pero cuando insistí, aceptó el libro y lo cogió con una expresión de avidez contenida que me hizo preguntarme cuánto tiempo había pasado desde que había visto un libro que no fuera la Biblia.

Hizo un gesto de agradecimiento y se puso el sombrero, dispuesto a

marcharse. En un impulso momentáneo, le pregunté:

—¿Ha tenido alguna vez la oportunidad de pedir disculpas a su esposa?

Eso fue un error. Su cara se tensó y adquirió una expresión de frialdad, y sus ojos se estrecharon como los de una serpiente.

—No —respondió lacónicamente. Por un instante pensé que dejaría el libro y que se negaría a cogerlo. Pero, en cambio, apretó los labios, se encajó el volumen bajo el brazo y se fue sin más palabras de despedida.

Ala cama

Nadie más se presentó. Cuando cayó la noche, yo ya había empezado a sentirme bastante tensa, sobresaltándome con los ruidos, observando las sombras cada vez más profundas bajo los castaños, en busca de hombres al acecho o de algo peor. Se me ocurrió que debería cocinar algo. O tal vez debería bajar a la cabaña y reunirme con Roger y Bree.

Pero me daba miedo la idea de estar expuesta, y si bien aún no me animaba a mirarme al espejo, estaba bastante segura de que mi aspecto asustaría a Jemmy; o, al menos, provocaría un montón de preguntas. No quería tener que tratar de explicarle lo que me había ocurrido. Suponía que Jamie le había dicho a Brianna que no se acercara durante un tiempo, lo que era una buena idea. En realidad, no podía fingir que me encontraba bien. Todavía no.

Empecé a dar vueltas por la cocina sin saber qué hacer. Abrí los cajones del aparador y los cerré; luego volví a abrir el segundo, donde Jamie guardaba las pistolas.

La mayoría habían desaparecido. Sólo quedaba la de adornos dorados que no disparaba bien, con unas pocas municiones y un minúsculo cuerno de pólvora, de los que se utilizaban en aquellos estrambóticos duelos con pistolas.

Con las manos algo temblorosas, lo cargué y eché un poco de pólvora en el percutor.

Cuando se abrió la puerta trasera, un poco más tarde, yo estaba sentada a la mesa, con un ejemplar del *Quijote* delante de mí, sosteniendo la pistola con ambas manos apuntando a la puerta.

Ian se quedó momentáneamente paralizado.

—Jamás le darías a nadie con esa arma a tanta distancia, tía.

—Pero nadie lo sabría, ¿verdad?

Dejé la pistola sobre la mesa, con delicadeza. Tenía las palmas húmedas y me dolían los dedos.

—¿Dónde está Jamie? —pregunté.

—Se está lavando. ¿Te encuentras bien, tía? —Sus suaves ojos color avellana hicieron una estimación informal pero cuidadosa de mi estado.

—No, pero me las apañaré. —Vacié y luego pregunté—: Y... ¿el señor Brown? ¿Él... os ha dicho algo?

—Se meó encima cuando el tío Jamie sacó la daga del cinturón para limpiarse las uñas. No lo tocamos, tía, no te preocunes.

En ese momento apareció Jamie, recién afeitado, con la piel fría y limpia por

el agua de la fuente y el pelo pegado en las sienes. A pesar de ello, parecía mortalmente cansado; las arrugas del rostro se habían profundizado y tenía sombras en los ojos. Pero esas sombras disminuyeron ligeramente cuando me vio con la pistola.

—Está todo calculado, *a nighean*. He puesto hombres para que vigilen la casa, sólo por si acaso. Aunque yo no esperaría problemas hasta dentro de unos días.

Solté un largo suspiro.

—Podrías habérme lo dicho.

Él me miró, sorprendido.

—Pensé que lo sabrías. Supongo que no creerías que te dejaría sin protección, Sassenach.

Negué con la cabeza. Si hubiera estado en condiciones de pensar, desde luego que no. Pero en realidad había pasado la mayor parte de la tarde en un estado de terror callado e innecesario, imaginando y recordando...

—Lo siento, muchacha —dijo él suavemente, y posó una mano grande y fría sobre la mía—. No debería haberte dejado sola. Pensé que...

Volví a mover la cabeza, pero puse mi otra mano sobre la suya y apreté con fuerza.

—No, tenías razón. No podría haber soportado ninguna compañía, salvo a Sancho Panza.

Él miró el *Quijote* y luego a mí, con las cejas enarcadas. El libro estaba en castellano, un idioma que yo no sabía.

—Bueno, hay partes en que se parece al francés, y además conozco la historia —dije.

Respiré hondo, tratando de encontrar algo de solaz en el calor del fuego, en la vacilante luz de la vela y en la proximidad de ellos dos, grandes, sólidos, pragmáticos y —al menos en apariencia— imperturbables.

—¿Hay algo de comer, tía? —preguntó Ian.

Como yo no tenía apetito y estaba demasiado nerviosa, no había cenado ni había preparado nada; pero siempre había comida en la casa, y Jamie e Ian no tardaron en hacerse con los restos de un pastel de perdiz frío, varios huevos duros, un plato de encurtidos y media hogaza de pan, que cortaron en rebanadas y tostaron sobre el fuego con un tenedor, para luego untarlas con mantequilla e imponérmelas de una manera que no admitía discusión.

Con comida en el estómago, comencé a sentirme mucho más tranquila, y fui capaz de preguntar qué habían averiguado con Lionel Brown.

—Le echó toda la culpa a Hodgepile —me dijo Jamie, poniendo encurtidos sobre un trozo de pastel—. Lo que es natural, desde luego.

—Tú no has conocido a Arvin Hodgepile —repuse, con un pequeño estremecimiento—. No has hablado con él, quiero decir.

Él me lanzó una mirada penetrante pero no volvió a tocar el tema; en cambio,

dejó que Ian me contara la versión de Lionel Brown.

Había empezado cuando él y su hermano, Richard, fundaron su, propio comité de seguridad. Había insistido en que la intención era ofrecer un servicio público, puro y simple. Jamie resopló, pero no lo interrumpió.

La mayoría de los hombres de Brownsdale se habían incorporado al comité, mientras que la mayor parte de los colonos y los granjeros cercanos no lo habían hecho. Hasta ahí, todo bien. El comité había intervenido en unos cuantos asuntos de menor importancia, imparatiendo justicia en casos de ataques, robos y similares, y en las ocasiones en que se habían apropiado de uno o dos cerdos o de un ciervo muerto como pago por sus servicios, nadie se había quejado demasiado.

—Todavía hay muchos rencores sobre la Regulación —explicó Ian—. Los Brown no se unieron a la Regulación; no era necesario, puesto que su primo era el sheriff, y la mitad de los miembros del tribunal son Brown o están casados con Brown.

Las ideas reguladoras seguían teniendo mucho peso en el campo, incluso a pesar de que los principales líderes del movimiento, como Hermon Husband y James Hunter, habían abandonado la colonia. En los momentos posteriores a Alamance, la mayoría de los reguladores se cuidaban de expresar su afición, pero varias familias de reguladores que vivían cerca de Brownsdale sí habían manifestado en voz alta críticas respecto de la influencia de los Brown en la política y los negocios de la zona.

—¿Tige O'Brian era uno de ellos? —pregunté. Jamie me había contado lo que les había ocurrido a los O'Brian, y yo había visto la cara de Roger cuando regresó.

Jamie asintió, sin apartar la vista del pastel.

—En ese momento hace su aparición Arvin Hodgepile —dijo.

Hodgepile, que había escapado hábilmente de la dura vida del ejército británico fingiendo su muerte en el incendio del almacén de Cross Creek, se había propuesto ganarse el sustento de maneras poco edificantes. Y había terminado con una pequeña pandilla de matones de mentalidad similar a la suya.

La banda había iniciado sus actividades de una manera bastante sencilla, asaltando a cualquiera que se cruzara en su camino, robando en tabernas, cosas así. Esa clase de comportamiento suele llamar la atención, sin embargo, y con tantos alguaciles, sheriffs, comités de seguridad y otros organismos siguiéndoles los pasos, la pandilla se había retirado de las laderas y habían subido más alto en la montaña, donde podían encontrar asentamientos y poblados aislados. También habían comenzado a matar a sus víctimas, para evitar que los identificaran y los persiguieran.

—O a la mayoría, al menos —murmuró Ian.

En su paso por el ejército en Cross Creek, Hodgepile había hecho diversos

contactos con un número de mercaderes fluviales y contrabandistas costeros. Algunos comerciaban con pieles; otros, con cualquier cosa que fuera rentable.

—Y se les ocurrió —continuó Jamie, respirando hondo— que las chicas, las mujeres y los niños pequeños son más rentables que casi todo lo demás; excepto el whisky, quizás.

—Nuestro señor Brown insiste en que él no tuvo nada que ver con todo aquello —añadió Ian—. Tampoco su hermano, ni su comité.

—Pero ¿cómo se involucraron los Brown con la banda de Hodgepile? —pregunté—. ¿Y qué hacían con la gente que secuestraban?

La respuesta a la primera pregunta fue que se trató del resultado feliz de un robo malogrado.

—¿Recuerdas la vieja casa de Aaron Beardsley?

—Sí —respondí, frunciendo la nariz de modo reflejo por el recuerdo de aquella maloliente pociña.

—Bueno —continuó—. Los Brown se la quedaron, desde luego, cuando adoptaron a la muchachita. La limpiaron, la equiparon de nuevo, y siguieron usándola como establecimiento comercial.

Los cherokees y los catawba se habían acostumbrado a acudir a ese sitio —a pesar de lo horroroso que era— en la época en que Aaron Beardsley actuaba como comerciante con los indios, y siguieron haciendo negocios con la nueva administración, un arreglo muy beneficioso y rentable para todos los implicados.

—Y eso fue lo que Hodgepile dedujo —acotó Ian. La pandilla de Hodgepile había entrado en el lugar, había matado a la pareja que lo administraba, y había comenzado a saquear sistemáticamente las instalaciones. La hija de la pareja, que tenía once años de edad y que por suerte se encontraba en el granero cuando llegó la pandilla, había escapado montada en una mula y había cabalgado a toda velocidad hasta Brownsville en busca de ayuda. Por fortuna, se había topado con los miembros del comité de seguridad, que regresaban de algún asunto, y los había llevado de vuelta justo a tiempo para enfrentarse a los ladrones.

Entonces tuvo lugar lo que en años posteriores se llamaría «empate mexicano». Los Brown tenían la casa rodeada. Hodgepile, sin embargo, tenía a Alicia Beardsley Brown, la niña de dos años que legalmente era dueña del establecimiento, y a quien los Brown habían adoptado después de la muerte de su supuesto padre.

Hodgepile contaba con suficiente comida y municiones dentro del puesto comercial para soportar un sitio de varias semanas; los Brown no deseaban abrir fuego contra su valiosa propiedad para expulsarlo, ni tampoco poner en riesgo la vida de la niña invadiendo el lugar. Después de uno o dos días, en los que se intercambiaron algunos disparos esporádicos y los miembros del comité se pusieron cada vez más nerviosos por tener que acampar en el bosque que rodeaba el lugar, había ondeado una bandera de tregua en la ventana de la planta

alta, y Richard Brown había entrado para parlamentar con Hodgepile.

El resultado fue una especie de recelosa fusión. La pandilla de Hodgepile continuaría con sus operaciones, manteniéndose lejos de cualquier asentamiento que estuviera bajo protección de los Brown, pero llevaría el botín de sus robos al puesto comercial, donde se los podría vender sin llamar la atención y a un buen precio, mientras que Hodgepile y su gente se llevarían una buena tajada de las ganancias.

—El botín —dijo—, ¿con eso te refieres a cautivos?

—A veces. Y dependiendo de dónde se encontraban. Cuando cogían cautivos en las montañas, vendían algunos a los indios, a través del puesto. Los que secuestraban en el piamonte se los vendían a los piratas fluviales, o los llevaban a la costa para venderlos a las Indias Occidentales; allí obtendrían el mejor precio, ¿sabes? Por un muchacho de catorce años les pagaban cien libras, como mínimo.

—¿Cuánto tiempo? —dijo, asombrada—. ¿Cuántos? —Niños, jóvenes, chicas, arrancados de sus hogares y vendidos como esclavos a sangre fría. Sin nadie que pudiera seguirlos. Incluso si algunos lograban escapar, no tenían ningún lugar, ni nadie, al que regresar.

Jamie suspiró. Se lo veía cansado más allá de lo que las palabras podían expresar.

—Brown no lo sabe. Dice... Dice que él no tenía nada que ver con ello.

—Por todos los demonios —exclamé, en un ataque de furia—. Él estaba con Hodgepile cuando vinieron aquí. Él sabía que pensaban llevarse el whisky. Y debió de estar con ellos antes, cuando... hicieron otras cosas.

Jamie asintió.

—Sostiene que trató de impedir que te llevaran.

—Es cierto —espété—. Y luego trató de hacer que me mataran, para evitar que te contara que él había estado allí. ¡Y después él mismo intentó asfixiarme! Supongo que eso no te lo ha dicho.

—No, no me lo ha dicho. —Ian intercambió una breve mirada con Jamie, y me di cuenta de que habían cerrado un acuerdo tácito entre ellos. Se me ocurrió que tal vez yo acababa de sellar el destino de Lionel Brown. Si así era, no estaba segura de sentirme culpable al respecto.

—¿Qué... qué piensas hacer con él? —pregunté.

—Creo que tal vez lo ahorque —respondió Jamie—. Pero necesito más respuestas. Y debo pensar cuál es la mejor manera de manejar este asunto. No te preocupes por ello, Sassenach; tú no volverás a verlo.

Con esas palabras, se puso en pie y se desperezó, haciendo sonar los músculos. Me dio la mano y me ayudó a incorporarme.

—Sube a la cama, Sassenach. Yo iré dentro de un momento. Debo hablar un poco más con Ian.

Las tostadas calientes con mantequilla, la sidra y la conversación me habían hecho sentir mejor, por el momento. Pero estaba tan cansada que apenas pude arrastrarme por la escalera, y tuve que sentarme en la cama, balanceándome, un poco adormilada, con la esperanza de reunir la fuerza suficiente como para quitarme la ropa. Pasaron unos instantes hasta que me di cuenta de que Jamie estaba revoloteando en el umbral.

—¿Sí...? —dije.

—No sabía si querías que me quedara contigo esta noche —preguntó con timidez—. Si prefieres descansar sola, puedo usar la cama de Joseph. O, si lo deseas, puedo dormir a tu lado, en el suelo.

—Oh —dije—. No. Quédate. Duerme conmigo, quiero decir. —Desde el fondo de una fuente de fatiga, pude invocar algo parecido a una sonrisa—. Puedes calentar la cama, al menos.

Una expresión de lo más peculiar le cruzó fugazmente la cara cuando dije eso, y parpadeé, sin estar segura de haberla visto. Pero sí; había una mezcla de vergüenza, diversión y desesperación en sus facciones.

—¿Qué demonios has estado haciendo? —pregunté, lo bastante sorprendida como para sacudirme el sopor.

La vergüenza estaba ganando; las puntas de sus orejas habían enrojecido, y pude ver un rubor en sus mejillas, incluso a la pálida luz de la vela.

—No iba a decírtelo —murmuró, evitando mi mirada—. Les hice jurar que guardarían silencio al pequeño Ian y a Roger.

—Oh, han estado mudos como tumbas —le aseguré—. ¿De qué se trata?

Él suspiró, raspando el suelo con el borde de la bota.

—Sí, bueno. Es Tsisqua, ¿sabes? Su intención era ser hospitalario, la primera vez, pero cuando Ian les dijo que... bueno, no fue una buena idea, dadas las circunstancias, sólo que... Y entonces, cuando fuimos por segunda vez, allí estaban nuevamente, sólo que eran otras dos, y cuando traté de que se marcharan, dijeron que Pájaro había dicho que era para honrar mi promesa, porque, ¿de qué vale una promesa que no cuesta nada mantener? Y maldita sea si sé si habla en serio o si sólo piensa que, o bien me rendiré y él tendrá siempre las de ganar, o que le conseguiré las armas que quiere para terminar con todo este asunto de una manera u otra... ¿O tal vez sea todo un chiste a mi costa? Incluso Ian dice que él no sabe a qué se debe, y si él...

—Jamie —dije—. ¿De qué estás hablando?

Él me lanzó una mirada furtiva, luego apartó los ojos otra vez.

—Ah... mujeres desnudas —espeló, y se puso rojo como una franela nueva.

Lo miré un momento. Los oídos seguían zumbándome un poco, pero no tenía ningún problema con mi audición. Lo apunté con un dedo, con cuidado, porque tenía las manos hinchadas y con moretones.

—Tú —dije, en tono comedido—, ven aquí ahora mismo. Siéntate justo allí —señalé la cama a mi lado— y cuéntame con monosílabos qué has estado haciendo exactamente.

Lo hizo, con el resultado de que cinco minutos más tarde yo estaba tumbada sobre la cama, riéndome a más no poder, gemiendo por el dolor de mis costillas fisuradas, y sin poder contener las lágrimas que me surcaban las sienes y entraban en mis orejas.

—Oh, Dios, oh, Dios, oh, Dios —gemí—. No lo soporto. En serio. Ayúdame a sentarme.

Extendí la mano, lancé un alarido de dolor cuando sus dedos se cerraron en mi muñeca lastimada, pero finalmente logré incorporarme, me incliné sobre una almohada que tenía apretada contra el estómago y la sujeté con más fuerza cuando sentí un nuevo ataque de risa.

—Me alegra de que creas que es gracioso, Sassenach —dijo Jamie con sequedad—. ¿Estás segura de que no estás histérica?

—No, para nada. —Cogí aire, mientras me secaba las lágrimas con un pañuelo de lino, luego resoplé, con una alegría incontenible—. ¡Oh! Ay, Dios, duele.

Suspirando, me sirvió una taza de agua. Estaba fría, pero llevaba mucho tiempo allí y tenía un sabor algo rancio; pensé que debía de estar allí quizás desde antes de que...

—Ya está —dije, apartando la taza y humedeciéndome los labios con mucha delicadeza—. Me encuentro bien. —Respiré con dificultad, sintiendo disminuir el ritmo de los latidos—. Bien. Al menos ahora sé por qué siempre cuando regresabas de las aldeas cherokees te encontrabas en un estado tan intenso de... —Sentí que regresaban las carcajadas y me doblé en dos, gemiendo mientras trataba de reprimirlas—. Oh, Jesús H. Roosevelt Cristo. Y yo que creía que estabas todo el tiempo pensando en mí, y que eso te generaba una luxuria salvaje.

Él también resopló, aunque suavemente. Dejó la taza, se incorporó y echó hacia atrás el cubrecama. Luego me miró con ojos claros y francos.

—Claire —dijo con suma gentileza—. Era por ti. Siempre ha sido por ti, y siempre lo será. Métete en la cama y apaga la vela. Tan pronto haya cerrado los postigos y la puerta y apagado la chimenea, vendré a darte calor.

—Mátame. —Los ojos de Randall estaban brillantes a causa de la fiebre—. Mátame —dijo—. Es lo que mi corazón desea.

Se despertó de golpe, oyendo el eco de las palabras en su cabeza, viendo los ojos, viendo el pelo salpicado de lluvia, la cara de Randall, mojada como la de un ahogado.

Se frotó con fuerza su propia cara con la mano, sorprendido de sentir la piel seca, la barba que era apenas una sombra. La sensación de humedad, la picazón

de las patillas de un mes, seguía siendo tan fuerte que se levantó, moviéndose en silencio por instinto, y se acercó a la ventana, donde la luz de la luna brillaba a través de las grietas del postigo. Vertió un poco de agua en el lavabo, movió la palangana bajo un rayo de luz y miró en ella para librarse de esa persistente sensación de ser otra persona, en otro lado.

El rostro en el agua no era más que un óvalo sin rasgos distinguibles, pero estaba afeitada, y el pelo le colgaba suelto sobre los hombros, no lo llevaba recogido para la batalla. Y, sin embargo, parecía la cara de un desconocido.

Inquieto, dejó el agua en el cuenco y, después de un momento, regresó lentamente a la cama.

Ella estaba dormida. Él ni siquiera había pensado en ella cuando se despertó, pero verla lo tranquilizó. Ese rostro que conocía, por maltrecho e hinchado que estuviera.

Puso la mano sobre la cabecera, reconfortado por la solidez de la madera. A veces, cuando se despertaba, el sueño permanecía, y él sentía que el mundo real era fantasmal, que se desdibujaba a su alrededor. A veces temía ser un fantasma.

Pero las sábanas estaban frías contra su piel, y el calor de Claire lo serenó. Él extendió la mano hacia ella y ella giró en su dirección, acurrucándose de espaldas en sus brazos con un pequeño gemido de satisfacción, con su redondeado trasero sólidamente apoyado contra él.

Ella volvió a dormirse casi de inmediato. Él sintió el impulso de despertarla, de hacer que le hablara, sólo para asegurarse de que pudiera verlo y oírlo. Pero se limitó a abrazarla con fuerza, y por encima de los rizos de su cabeza vigiló la puerta, como si ésta pudiera abrirse y Jack Randall estuviera allí, empapado y chorreando agua.

«Mátame —había dicho—. Es lo que mi corazón desea».

Su corazón latía lentamente. Algunas noches se quedaba dormido oyéndolo, reconfortado por ese golpe grueso y monótono. Otras, como ésa, oía en cambio el silencio mortal entre los latidos, ese silencio que pacientemente nos espera a todos.

Había subido el edredón, pero volvió a echarlo hacia atrás, de modo que Claire estuviese tapada pero que su propia espalda quedase descubierta, abierta al fresco de la habitación, para que el calor no lo hiciera dormirse y regresar deslizándose al mismo sueño. Para que las ganas de dormir combatieran contra el frío, y que al menos lo empujaran por el precipicio de la conciencia, haciéndolo caer a las profundidades de un olvido negro.

Porque no deseaba saber qué había querido decir Randall con esas palabras.

Ahorcarlo sería demasiado bueno para él

Por la mañana, la señora Bug ya había regresado a la cocina, y el aire era cálido y fragante gracias al aroma de algo que se cocía en los fogones. Ella se veía igual que siempre, y más allá de un breve vistazo a mi cara y un «*¡tst!*», daba la impresión de no querer armar escándalo. O bien era más sensible de lo que yo creía, o Jamie había hablado con ella.

—Tenga, *a muirninn*, coma mientras esté caliente. —La señora Bug pasó un poco de pavo guisado con verduras de la bandeja a mi plato, y, con gran habilidad, le puso encima un huevo frito.

Le di las gracias con un gesto y cogí el tenedor. Seguía teniendo molestias en la mandíbula, de modo que comer era una actividad lenta y dolorosa.

El huevo pasó bien, pero el olor a cebolla quemada me pareció muy fuerte y aceitoso para mi nariz. Separé un pequeño trozo de patata y lo aplasté contra el paladar, disolviéndolo con la lengua en lugar de masticarlo, y luego lo hice bajar con un sorbo de café.

Más con la esperanza de distraerme que por que realmente quisiera saberlo, le pregunté:

—¿Y cómo se encuentra el señor Brown esta mañana?

—Mucho mejor de lo que debería —dijo—. Ahorcarlo sería demasiado bueno para él; no es más que un montón de mierda llena de gusanos.

Escupí el pedacito de patata que había estado tratando de disolver y me apresuré a tomar otro sorbo de café. Llegó hasta el fondo y sentí que volvía a subir. Eché el banco hacia atrás y corrí hacia la puerta, alcanzándola justo a tiempo para vomitar en el umbral, lanzando arcadas de café, bilis y huevo frito.

En el fondo de mi conciencia percibí la presencia de la señora Bug y le indiqué que se apartara con un gesto. Ella vaciló durante un momento, pero luego volvió a entrar en la cocina, mientras yo me incorporaba y avanzaba hacia la fuente.

Todo el interior de mi cabeza sabía a café y a bilis, y el fondo de la nariz me picaba terriblemente. Me enjuagué la boca con agua, lo que ayudó a disminuir el gusto desagradable, pero no sirvió para ahogar el pánico que había surgido en mí después de la náusea.

Tuve la impresión repentina, clara y extraña de que me faltaba la piel. Las piernas me temblaban, y me senté en el tronco donde cortábamos ramitas para el fuego, sin prestar atención a las astillas.

« No puedo —pensé—. Sencillamente, no puedo» .

Permanecí allí sentada unos instantes, sin voluntad para incorporarme. Podía sentir la matriz con mucha claridad. Un peso pequeño y redondo en la base del abdomen, que parecía estar ligeramente hinchado y muy tierno.

Nada, pensé, con toda la determinación que pude reunir. Totalmente normal. Y después de lo que habíamos hecho Jamie y yo... Bueno, era natural que siguiera consciente del funcionamiento de mis órganos internos. Ciento; la noche anterior no lo habíamos hecho; yo sólo quería que me abrazara. Por otro lado, casi me había partido de la risa. Solté una pequeña carcajada en ese momento, recordando la confesión de Jamie. Me dolió y me agarré las costillas, pero me sentí algo mejor.

—Bueno, maldita sea —dije en voz alta—. Tengo cosas que hacer.

Impulsada por esa audaz declaración, cogí la canasta y el cuchillo para recoger hierbas, le dije a la señora Bug que me marchaba, y puse rumbo a casa de los Christie.

Revisaría la mano de Tom y luego invitaría a Malva a que me acompañara en busca de raíz de ginseng y otras hierbas útiles que pudiéramos encontrar. Y tenía la intención de enseñarle cómo preparar cultivos de penicilina. Revisar una buena cantidad de basura húmeda y llena de moho me tranquilizaría. Decidí no prestar atención a la náusea y volví mi maltrecho rostro hacia el sol.

Tampoco iba a preocuparme por lo que Jamie pensara hacer con Lionel Brown.

En donde interviene la señora Bug

A la mañana siguiente yo ya me había recuperado bastante. El estómago ya no me molestaba y me sentía mucho más resistente emocionalmente; justo a tiempo, puesto que estaba claro que las advertencias que Jamie le había hecho a la señora Bug ya no surtían efecto.

Todo dolía menos, pero seguía desesperadamente cansada, y de hecho era bastante agradable permanecer sentada mientras me traían tazas de café —cada vez había menos té, y pasarian muchos años hasta que pudiéramos conseguir más— y platos de pastel de arroz con pasas.

—¿Así que está completamente segura de que su cara volverá a parecerse a una cara? —La señora Bug me pasó un bollo recién hecho, goteando de mantequilla y miel, y me examinó los labios fruncidos.

Sentí la tentación de preguntarle a qué se parecía lo que tenía en la parte delantera de mi cabeza. Pero me contenté con un breve «Sí» y con pedir un poco más de café.

—Una vez conocí a una mujer de Kirkcaldy a la que una vaca le pateó la cara —dijo—. Perdió todos los dientes delanteros, pobre criatura, y a partir de aquel momento tuvo la nariz siempre apuntando a un lado, así. —A modo de ilustración, empujó a un costado y con mucha fuerza su propia nariz, que era pequeña y redondeada, al tiempo que metía el labio superior debajo del inferior para simular la falta de dientes.

—Y además estaba William McCrea de Balgownie, el que combatió en Sheriffsmuir con mi Arch. Se metió en el camino de una pica inglesa que le arrancó la mitad de la mandíbula, y también buena parte de la nariz. Arch me dijo que se le podía ver todo el gaznate y la tapa de los sesos; pero sobrevivió. Gracias a la avena, mayormente —añadió—, y al whisky.

—Qué gran idea —dije—. Creo que iré a buscar un poco.

Con la taza en la mano, me escabullí lo más rápido que pude por el pasillo hacia la consulta, perseguida por los gritos de la señora Bug, que había recordado también a Dominic Mulroney, un irlandés que chocó de cabeza contra la puerta de una iglesia de Edimburgo, y eso que estaba sobrio en ese momento...

Cerré la puerta de la consulta después de entrar, abrí la ventana y tiré afuera los restos de café; luego bajé la botella del anaquel y llené la taza hasta el borde.

Tenía pensado preguntarle a la señora Bug sobre la salud de Lionel Brown, pero... tal vez aquello podía esperar. Me di cuenta de que las manos me habían vuelto a temblar. Respiré hondo y tragué un poco de whisky. Luego di otro sorbo.

Sí, así estaba mejor.

Bebí un poco más de whisky, me limpié el sudor frío de las sienes y miré a mi alrededor en busca de algo útil que pudiera hacer. Malva y yo habíamos empezado a preparar penicilina el día anterior, y además habíamos hecho tinturas nuevas con eupatorio, diente de perro y un poco de ungüento de genciana. Terminé pasando lentamente las páginas de mi gran cuaderno de casos, bebiendo whisky y deteniéndome en las entradas en las que se describían diversas y espantosas complicaciones del parto.

Me daba cuenta de lo que estaba haciendo, pero sentía que no podía evitarlo. Yo no estaba embarazada, de eso estaba segura. Sin embargo, sentía la matriz tierna, inflamada, y todo mi ser perturbado.

Oh, conocía alguna anécdota graciosa: Daniel Rawlings, en una de sus entradas describía a una esclava de mediana edad que sufría de una fistula rectovaginal que le generaba un goteo constante de materia fecal a través de la vagina.

Esas fistulas eran causadas por palizas durante el parto, y eran más comunes en las chicas muy jóvenes, en las que la presión de un parto prolongado podía provocar esa clase de desgarros; o en las mujeres mayores, en las que los tejidos habían perdido su elasticidad. Por supuesto que en estas últimas era probable que la afección estuviera acompañada de un colapso perineal, que permitiría que el útero, la uretra —y posiblemente el ano, además— se derrumbaran sobre el suelo pélvico.

—Qué suerte tengo de no estar embarazada —dije en voz alta, cerrando el libro con firmeza. Tal vez me convendría volver a intentarlo con el *Quijote*.

En resumen, me sentí mucho más aliviada cuando, poco antes del mediodía, Malva Christie se presentó y llamó a la puerta.

Eché un rápido vistazo a mi cara pero, al igual que el día anterior, se limitó a aceptar mi aspecto sin hacer comentario alguno.

—¿Cómo está la mano de tu padre? —pregunté.

—Oh, bien, señora —respondió rápidamente—. Se la examiné tal y como usted me indicó, pero no tiene franjas rojas, ni pus, y sólo hay una pequeña zona roja cerca del corte. Le hice doblar los dedos como usted dijo —añadió—. Él no quería hacerlo, y se comportó como si le estuviera clavando espinas, pero al final lo hizo.

—Oh, muy bien! —dije lo que la hizo sonrojarse de placer. Creo que eso se merece una galleta con miel. Ven conmigo.

Pero cuando giramos hacia la cocina, percibí un ruido extraño detrás de nosotras, como si un animal grande y pesado estuviera avanzando por las tablas huecas de los escalones de la entrada.

—¿Qué es eso? —dijo Malva, mirando alarmada por encima del hombro.

Un fuerte gemido le respondió, junto con un estruendo que sacudió la puerta

delantera cuando algo se desplomó contra ella.

—¡Jesús, María y José! —La señora Bug había salido de la cocina y estaba santiguándose—. ¿Qué es eso?

Mi corazón había empezado a latir a toda velocidad a causa de los ruidos, y la boca se me secó. Algo grande y oscuro bloqueaba la línea de luz debajo de la puerta, y podía oírse una respiración estertorosa, con gemidos intercalados.

—Bueno, sea lo que sea, está enfermo o herido. Echaos atrás. —Tragué saliva, di unos pasos hacia adelante y abrí la puerta.

Por un momento no lo reconocí; no era más que un montón de carne, pelo desordenado y ropa andrajosa manchada de tierra. Pero entonces él consiguió apoyar una rodilla en el suelo y levantó la cabeza, jadeando, enseñándome una cara blanca como el papel, llena de moretones y bañada en sudor.

—¿Señor Brown? —dije con incredulidad.

Tenía los ojos vidriosos; no estaba segura de que me hubiera visto, pero no cabía duda de que había reconocido mi voz, puesto que se lanzó hacia adelante y estuvo a punto de derribarme. Yo tuve la astucia de echarme hacia atrás, pero él me agarró un pie y empezó a gritar.

—¡Piedad! Señora, apiádese de mí. ¡Se lo ruego!

—¿Qué, en nombre de...? Suélteme. ¡Suélteme, he dicho! —Sacudi el pie, tratando de apartarlo, pero él se había pegado como una lapa, y seguía gritando «¡Piedad!», en una especie de canturreo ronco y desesperado.

—Oh, cállese la boca —dijo la señora Bug, irritada. Recuperada de la impresión, no se la veía para nada intimidada, pero sí muy enfadada.

Lionel Brown no se calló, sino que siguió implorando misericordia a pesar de mis intentos de serenarlo, que la señora Bug interrumpió inclinándose a mi lado con un gran mazo para carne en la mano y golpeándole la cabeza con él. Brown puso los ojos en blanco y cayó en redondo sin decir otra palabra.

—Lo siento mucho, señora Fraser —se disculpó la señora Bug—. ¡No sé cómo consiguió escaparse, y mucho menos cómo llegó hasta aquí!

Yo tampoco sabía cómo se había escapado, pero era bastante evidente cómo había llegado; reptando, arrastrando la pierna rota. Tenía las manos y las piernas llenas de arañazos y de sangre, los pantalones destrozados, y estaba cubierto de manchas de barro.

—Ayudadme a llevarlo a la consulta —dije, suspirando mientras me inclinaba para agarrarlo por debajo de los brazos.

—¡No puede hacer eso, señora Fraser! —La señora Bug estaba scandalizada—. ¡Él mismo fue muy claro al respecto: este sinvergüenza no debe molestarla, dijo; es más, usted ni siquiera puede verlo!

—Bueno, me temo que ya es un poco tarde para eso —respondí—. No podemos dejarlo tirado en la entrada, ¿no? ¡Ayudadme!

Al parecer, la señora Bug no veía ninguna razón por la que no se podía, pero

cuando Malva —que se había apretado contra la pared con los ojos abiertos, durante el alboroto— se acercó a ayudar, la señora Bug cedió con un suspiro, dejó su arma a un lado y me echó una mano.

Él ya había recuperado la conciencia y estaba gimiendo:

—¡No deje que me mate...! ¡Por favor, no deje que me mate!

Nadie había mejorado el entablillado original que yo le había hecho de manera improvisada, y su viaje desde la cabaña de los Bug no le había hecho ningún bien; la sangre manaba a través de las vendas. Yo estaba francamente asombrada de que lo hubiera logrado, teniendo en cuenta sus otras heridas. Tenía la piel pegajosa y respiraba con dificultad, pero su fiebre no era muy alta.

—¿Puede traer un poco de agua caliente, por favor, señora Bug? —pregunté, tanteando con delicadeza el miembro fracturado—. ¿Y tal vez un poco de whisky? Habrá que darle algo para el shock.

—De ninguna manera —respondió la señora Bug, dirigiéndole al paciente una mirada de intenso desprecio—. Deberíamos ahorrarle al señor Fraser la molestia de encargarse de este pedazo de mierda, si él no tiene la cortesía de morirse solo. —Ella seguía con el mazo en la mano, y lo levantó con un gesto amenazador, haciendo que el señor Brown se encogiera de miedo, en un movimiento que hizo que le doliera la muñeca rota y se echara a gritar.

—Yo traeré el agua —dijo Malva, y desapareció.

Sin prestar atención a mis intentos de examinarle las heridas, Brown me agarró la muñeca con la mano sana y me la apretó con una fuerza sorprendente.

—No deje que me mate —dijo con voz ronca, clavándose sus ojos inyectados en sangre—. ¡Por favor, se lo ruego!

Vacilé. En realidad, yo no había olvidado la existencia del señor Brown, pero en cierta manera había conseguido hacerla a un lado durante uno o dos días. Me había alegrado mucho de no tener noticias suyas.

—¡Sálveme, señora Fraser! ¡Se lo imploro! ¡Él sólo le hará caso a usted!

Con cierta dificultad, separé mi mano de su muñeca.

—¿Por qué, exactamente, cree que alguien quiere matarlo?

Brown no se rió, pero su boca se curvó amargamente al oír mi pregunta.

—Él ha dicho que lo hará. Yo no lo dudo. —Parecía un poco más calmado—. Por favor, señora Fraser —dijo en voz más baja—. Se lo ruego... sálveme.

Miré a la señora Bug y leí la verdad en sus brazos cruzados y sus labios apretados. Ella lo sabía.

En ese momento entró Malva, con una taza de agua caliente en una mano y la jarra de whisky en la otra.

—¿Qué debo hacer? —preguntó, jadeando.

—Eh... en la alacena —dije, tratando de concentrarme—. ¿Sabes qué aspecto tiene la consuelda? —Yo había cogido la muñeca de Brown y automáticamente había empezado a comprobar el pulso. Estaba galopante.

—Sí, señora. ¿Pongo un poco en remojo? —Ya había dejado la jarra y la taza sobre la mesa y estaba revisando la alacena.

Miré a Brown a los ojos, tratando de ser objetiva.

—Usted me habría matado, si hubiera podido —dije en voz muy baja.

—No —respondió él, pero sus ojos se apartaron de los míos. Sólo una fracción, pero lo hicieron—. ¡No, jamás lo habría hecho!

—Le dije a H-Hodgepile que me matara. —Mi voz se estremeció al pronunciar ese nombre, y un arrebato de ira creció de pronto dentro de mí—. ¡Sabe que es así!

Su muñeca izquierda estaba probablemente rota, y nadie se la había intentado inmovilizar; la piel estaba inflamada y llena de hematomas. De todas formas, él apretó mi mano con su mano libre, desesperado por convencerme. Desprendía un olor caliente, nauseabundo y salvaje, como...

Me solté la mano con furia, mientras sentía que el asco se arrastraba por mi piel. Me froté la palma en el delantal, con fuerza, tratando de no vomitar.

No había sido él, eso lo sabía. Se había roto la pierna aquella misma tarde. No era posible que él hubiera sido aquella presencia pesada e inexorable en la noche, la de aquellos asquerosos empujones. Y, sin embargo, tuve la sensación de que sí había sido él. Noté gusto a bilis en la saliva y un repentino mareo.

—Señora Fraser? ¡Señora Fraser! —Malva y la señora Bug hablaron al unísono y, antes de que pudiera darme cuenta de lo que ocurría, la señora Bug me ayudó a sentarme sobre un banco, manteniéndome recta, y Malva acercó una taza de whisky a mis labios.

Bebí, con los ojos cerrados, tratando de perderme momentáneamente en el aroma limpio y punzante y el sabor ardiente de la bebida.

Recordé la furia de Jamie, la noche en que me había traído a casa. Si en aquel momento Brown hubiera estado en la habitación con nosotros, no habría duda de que lo habría matado. ¿Lo haría ahora, con la sangre más fría? No lo sabía. Estaba claro que Brown creía que sí.

Oí el sollozo de Brown, un sonido grave y desesperado. Tragué lo que quedaba de whisky, aparté la taza y me incorporé en el asiento, abriendo los ojos. Me sorprendió un poco el hecho de que yo también estuviera llorando.

—El té está listo, señora Fraser —susurró Malva, tocándose la manga. Tenía los ojos clavados en Brown, que se había acurrucado sobre la mesa, totalmente abatido—. ¿Quiere un poco?

—No —dije—. Dáselo a él. Luego tráeme algunas vendas, y vete a casa.

No tenía idea de cuáles eran las intenciones de Jamie; no tenía idea de qué haría yo cuando lo averiguara. Lo único que sabía con certeza era que tenía a un hombre herido delante. Y, por el momento, eso debería bastar.

Durante un tiempo, logré olvidarme de quién era él. Le prohibí hablar, apreté los

dientes, y me concentré en la tarea que me esperaba. Él lloriqueó, pero se quedó quieto. Yo limpié, vendé y ordené, administrando un alivio impersonal. Pero cuando la tarea llegó a su fin, seguía allí con aquel hombre, con la conciencia de un desagrado que aumentaba cada vez que lo tocaba.

Por fin acabé y fui a lavarme, frotándome meticulosamente las manos con un paño empapado en trementina y alcohol, limpiándome debajo de cada uña a pesar de la irritación. Me di cuenta de que estaba comportándome como si él tuviera alguna infección maligna y contagiosa, pero no podía evitarlo.

Lionel Brown me observaba con aprensión.

—¿Qué piensa hacer?

—Aún no lo he decidido.

Eso era más o menos cierto. No había sido un proceso de decisión consciente, aunque el rumbo de mis acciones —o la falta de él— ya estaba determinado.

Él estaba abriendo la boca, sin duda para seguir implorándome, pero lo detuve con un gesto cortante.

—Había un hombre con ustedes que se llamaba Donner. ¿Qué sabe de él?

—¿Donner? —repitió, inseguro.

—No se atreva a decirme que no lo recuerda —dije, con un nerviosismo que hizo que mi voz sonara feroz.

—Oh, no, señora. Lo recuerdo bien, ¡muy bien! ¿Qué...? —Su lengua rozó la parte irritada de su boca—. ¿Qué quiere saber de él?

Lo principal que quería averiguar era si estaba muerto o no, pero eso casi seguro que Brown no lo sabía.

—Empecemos por su nombre completo —propuse—, y luego avancemos.

Resultó que, aparte de su nombre, no había mucho más que Brown conociera de Donner. Wendigo, me dijo que era.

—¿Qué? —exclamé con incredulidad.

—Eso fue lo que él dijo —insistió—. Es indio, ¿no?

Sí lo era. Para ser precisos, era el nombre de un monstruo de la mitología de alguna tribu del norte, aunque no recordaba cuál. Había una asignatura en un curso de la escuela secundaria de Brianna que trataba sobre los mitos de los nativos americanos, y cada alumno debía explicar e ilustrar una historia específica. A Bree le había tocado el wendigo.

Yo lo recordaba sólo debido al dibujo que ella había hecho del monstruo y que no pude olvidar durante bastante tiempo. Lo había dibujado con una técnica revertida: el dibujo básico estaba hecho con un lápiz blanco, que se veía a través de una cobertura de carboncillo. Los árboles aparecían y desaparecían en un remolino de nieve y viento, despojados de hojas y con agujas volando a su alrededor, mientras que el espacio que había entre ellos era parte de la noche. La imagen desprendía una atmósfera de urgencia, espesura y movimiento. Había que contemplarla durante varios minutos hasta distinguir el rostro que acechaba

entre las ramas. Yo había soltado un grito y había dejado caer el papel al verlo, para gran satisfacción de Bree.

—Supongo —dije, reprimiendo con firmeza el recuerdo de la cara del wendigo—. ¿De dónde vino? ¿Vivía en Brownsville?

Se había alojado en Brownsville, pero sólo durante unas semanas. Hodgepile lo había traído de alguna otra parte, junto con los demás hombres.

—Se quedó en casa de la viuda Baudry —continuó informándome Brown, en un tono que denotaba una esperanza renovada—. Quizá le contara algo a ella. Podría averiguarlo, si usted quiere. Cuando vuelva a casa.

—Mmm —dije, dirigiéndole una mirada de escepticismo—. Ya veremos.

Él se pasó la lengua por los labios, tratando de despertar mi compasión.

—¿Podría tomar un poco de agua, señora?

No pensé que podría dejarlo morir de sed, pero ya estaba cansada de atenderlo personalmente. Lo quería fuera de mi consulta y de mi vista lo antes posible. Asentí con un gesto brusco y salí al pasillo, desde donde llamé a la señora Bug y le dije que trajera agua.

Era una tarde cálida y yo me sentía desagradablemente irritada después de trabajar con Lionel Brown. Sin ninguna advertencia previa, un sofoco subió repentinamente por mi pecho y mi cuello y cubrió mi rostro como cera caliente, tanto que empecé a sudar detrás de las orejas. Murmurando una excusa, dejé al paciente con la señora Bug y me apresuré a salir a tomar aire.

Había una fuente fuera. No era más que un pozo poco profundo, meticulosamente rodeado de piedras. Había un gran cucharón de barro encajado entre dos de las piedras; lo levanté y, arrodillándome, saqué agua en cantidad suficiente para beberla y pasármela por el rostro ardiente.

Los sofocos no eran desagradables en sí mismos; bastante interesantes, en realidad, de la misma manera que un embarazo; esa extraña sensación que tiene lugar cuando el cuerpo de una hace algo totalmente inesperado, sin que se pueda controlar conscientemente. Me pregunté por un momento si los hombres se sentirían así respecto a sus erecciones.

En ese momento, un sofoco me parecía una buena noticia. Sin duda, dije para mis adentros, no podría estar sufriendo sofocos si estuviera embarazada. ¿Verdad? Recordé el dato bastante incómodo de que el aumento hormonal de los primeros días del embarazo también podía causar toda clase de fenómenos térmicos peculiares, igual que los de la menopausia. No cabía duda de que yo estaba padeciendo la clase de ataques emocionales que eran comunes en los embarazos... o en la menopausia... o después de una violación...

—No seas ridícula, Beauchamp —dije en voz alta—. Sabes muy bien que no estás embarazada.

Al oír esas palabras tuve una sensación extraña: nueve partes de alivio, una de pesar. Bueno, tal vez nueve mil novecientas noventa y nueve partes de alivio y

una de pesar. Pero éste seguía presente.

La inundación de sudor que a veces precedía a los sofocos, por otra parte, no era tan agradable. Tenía empapada la raíz del pelo, y, si bien el agua fresca en mi cara era una sensación maravillosa, seguía sintiendo oleadas de calor, que se abrían como un velo sobre el pecho, la cara, el cuello y el cuero cabelludo. Llevada por un impulso, me eché medio cucharón de agua dentro del corpíño, exhalando de alivio cuando el líquido empapó la tela y chorreó entre mis pechos y por el vientre, haciéndome cosquillas entre las piernas antes de caer al suelo.

Mi aspecto era lamentable, pero a la señora Bug no le molestaría. Mientras me secaba las sienes con un extremo del delantal, emprendí el regreso a casa.

La puerta estaba entreabierta, como yo la había dejado. La abrí y la luz pura y fuerte de la tarde brilló a través de mí, iluminando a la señora Bug en el acto de apretar una almohada contra la cara de Lionel Brown con todas sus fuerzas.

Me quedé parpadeando un momento, tan sorprendida que ni siquiera me di cuenta exactamente de lo que estaba viendo. Entonces me abalancé sobre ella con un grito incoherente y le agarré la mano.

Pero ella tenía una fuerza terrible, y estaba tan concentrada en lo que hacía que no se movió un centímetro; las venas de la frente le sobresalían, y tenía la cara púrpura por el esfuerzo. Tiré con fuerza de su brazo, sin lograr que lo soltara, y, en mi desesperación, la empujé con toda mi energía.

Ella se tambaleó, perdió el equilibrio, y yo tiré del borde de la almohada, apartándola a un lado y separándola de la cara de Brown. Ella me devolvió el empujón, con la intención de completar la tarea; sus manos regordetas se hundieron hasta las muñecas en la masa de la almohada.

Yo tomé impulso y me abalancé sobre ella. Caímos con un fuerte estrépito contra la mesa, volcamos el banco y fuimos a parar al suelo, entrelazadas, entre restos de platos rotos, el olor a té de menta y un orinal caído.

Yo rodé, jadeé, tratando de recuperar el aliento, y el dolor de mis costillas fisuradas me paralizó durante un momento. Luego apreté los dientes y me aparté de ella, tratando de desenredarme de un remolino de faldas, hasta que logré incorporarme.

La mano de Brown colgaba floja a un lado de la mesa. Le agarré la mandíbula, le eché la cabeza hacia atrás, y apreté fervientemente mi boca contra la suya. Solté el poco aire que me quedaba en su interior, jadeé y volvía soplar, al tiempo que buscaba frenéticamente un pulso en su cuello.

Él estaba caliente; los huesos de la mandíbula y el hombro parecían normales; pero su carne tenía una falta de tensión terrible y sus labios se aplanaban de una manera obscena bajo los míos mientras yo apretaba y soplaban. La sangre de mis labios partidos, que se habían abierto en la lucha, salpicaba por todas partes, de modo que me vi obligada a chupar frenéticamente para mantenerlos cerrados, respirando con fuerza a través de las comisuras, luchando

con mis costillas para tener aire suficiente para volver a soplar.

Sentí algo detrás de mí —la señora Bug— y le lancé una patada. Ella hizo un esfuerzo por cogerme del hombro, pero yo me debatí y sus dedos resbalaron. Giré velozmente y la golpeé lo más fuerte que pude, en el estómago, y ella cayó al suelo con un fuerte *¡uf!* No tenía tiempo para perder con ella; volví a girar y me lancé de nuevo sobre Brown.

El pecho debajo de mi mano se levantó cuando soplé, lo que en un principio me tranquilizó un poco. Pero cayó bruscamente cuando me detuve. Me eché hacia atrás y lo golpeé con ambos puños, que cayeron sobre la flexible dureza del esternón con tanta fuerza que se formaron más hematomas en mis manos, y también se habrían formado en la carne de Brown, si él hubiera sido capaz de tener algún moretón más.

Pero no era así. Soplé y golpeé y volví a soplar, hasta que un sudor sanguinolento bajó en chorros por mi cuerpo, sentí los muslos pegajosos, me zumbaron los oídos y vi puntos negros delante de mis ojos, por la hiperventilación. Finalmente, me detuve. Me quedé allí, jadeando con fuerza, con el pelo mojado cayendo sobre mi cara y las manos latiendo con la misma fuerza que mi corazón.

Aquel infeliz estaba muerto.

Me froté las manos en el delantal, luego lo usé para limpiarme la cara. Tenía la boca hinchada y con gusto a sangre; escupí en el suelo. Me sentía totalmente calmada; el aire tenía esa peculiar quietud que suele acompañar las muertes tranquilas. Una ratona carolinense empezó a cantar en el bosquecillo cercano: «*Tiketl, tiketl, tiketl!*»

Oí un pequeño crujido y me di la vuelta. La señora Bug había enderezado el banco y se había sentado. Estaba inclinada hacia adelante, con las manos cruzadas sobre las piernas y el entrecejo un poco fruncido, mientras miraba fijamente el cuerpo sobre la mesa. La mano de Brown colgaba floja, con los dedos un poco doblados.

La sábana que le cubría el cuerpo estaba manchada, por eso olía a orinal. De modo que él había muerto antes de que yo iniciara mis esfuerzos por resucitarlo.

Otra oleada de calor me invadió, cubriendome la piel como cera caliente. Cerré los ojos volví a abrirlos, y me giré hacia la señora Bug.

—¿Por qué demonios ha hecho eso? —pregunté en tono de charla.

—¿Que ha hecho qué? —Jamie me miró sin comprender; luego clavó los ojos en la señora Bug, que estaba sentada a la mesa de la cocina, con la cabeza gacha y las manos entrelazadas delante.

Sin esperar que yo repitiera lo que le había dicho, avanzó por el pasillo hasta la consulta. Oí que sus pasos se detenían de golpe. Hubo un instante de silencio, y luego un sentido juramento en gaélico. Los regordetes hombreros de la señora Bug

subieron hasta sus orejas.

Las pisadas regresaron, más lentamente. Él entró y caminó hasta la mesa donde ella se encontraba.

—Oh, mujer, ¿cómo te has atrevido a poner tus manos sobre un hombre que era mío? —preguntó en voz muy baja y en gaélico.

—Oh, señor —susurró ella. Tenía miedo de levantar la mirada; se encogió debajo de su gorro—. No... no era mi intención. ¡En verdad se lo digo, señor!

Jamie me dirigió una mirada.

—Ella lo asfixió —repitió—. Con una almohada.

—Creo que no puedes hacer algo así sin intención —dijo en un tono de voz que podría haber afilado cuchillos—. ¿En qué estabas pensando, *a boireannach*, cuando lo hiciste?

—¡Oh, señor, oh, señor! Sé que he hecho mal... sólo que... fue sólo su lengua perversa. Todo el tiempo que lo he cuidado, él se encogía y temblaba, sí, cuando usted o el joven venían a hablarle, incluso con Arch... pero conmigo... —Tragó saliva—. Yo no soy más que una mujer y él podía decirme lo que pensaba, y lo hacía. Eran amenazas, señor, e insultos terribles. Dijo... dijo que su hermano vendría, él y sus hombres, para liberarlo, y que nos mataría a todos y quemaría nuestras casas sobre nuestras cabezas. —La papada le temblaba al hablar, pero consiguió levantar la mirada—. Sabía que usted jamás permitiría que eso ocurriera, señor, y traté de no prestarle atención. Y cuando él consiguió irritarme lo suficiente, le dije que estaría muerto mucho antes de que su hermano se enterara de dónde se encontraba. Pero entonces ese maldito bellaco escapó, y no tengo idea de cómo lo hizo, porque habría jurado que no estaba en condiciones ni siquiera de levantarse de la cama, pero lo hizo, y se encomendó a la piedad de su esposa, y ella lo aceptó; yo misma habría arrastrado sus malditos huesos, pero ella no quiso saber nada... —En ese momento me lanzó una breve mirada de resentimiento, pero casi de inmediato miró a Jamie con una expresión de ruego—. Y ella empezó a curarlo, ya que es una dama dulce y amable, señor, y yo me di cuenta por su cara de que después de haberlo curado así ella no soportaría verlo muerto. Y él también se dio cuenta, esa mierdecita, y cuando ella salió, él se mofó de mí, diciendo que ya estaba a salvo, que él la había engañado para que lo atendiera, y que ella jamás dejaría que lo mataran, y que nada más quedar libre regresaría con un grupo de hombres para impartir venganza, y entonces... —Cerró los ojos y se llevó una mano al pecho—. No pude evitarlo, señor —dijo simplemente—. No pude.

Jamie había estado prestándole atención con una expresión de ira, pero en ese momento me miró fijamente y al parecer encontró en mis maltreras facciones una prueba que corroboraba lo que ella decía.

—Vete a casa —le dijo a la señora Bug—. Cuéntale a tu marido lo que has hecho, y mándamelo.

Luego giró en redondo y se dirigió a su estudio. Sin mirarme, la señora Bug se levantó torpemente y salió, caminando como si fuera ciega.

—Tenías razón, lo siento. —Me quedé rígida en la puerta del estudio. Jamie estaba sentado con los codos sobre el escritorio, la cabeza apoyada en las manos, pero levantó la mirada al oírme y parpadeó.

—¿No te había prohibido que te disculparas, Sassenach? —dijo, y me dedicó una sonrisa torcida. Luego sus ojos recorrieron mi cuerpo y una expresión de preocupación le nubló la cara.

—Santo Dios, parece que estés a punto de desplomarte, Claire —dijo, levantándose de prisa—. Ven a sentarte.

Me sentó en su silla y se quedó revoloteando a mi alrededor.

—Llamaría a la señora Bug para que te trajese algo —dijo—, pero la he mandado a otro lado... ¿Quieres una taza de té, Sassenach?

Yo tenía ganas de llorar, pero en cambio me eché a reír.

—No queda. Hace meses que no tenemos té. Me encuentro bien. Tan sólo un poco... un poco impresionada.

—Sí, supongo que es eso. Tienes un poco de sangre. —Se sacó un arrugado pañuelo del bolsillo, se agachó y me limpió la boca.

Yo me quedé quieta y lo dejé hacer, sintiendo una repentina oleada de cansancio. De pronto no quería otra cosa que acostarme y dormir para no despertar jamás. Y si me despertaba, quería que el hombre muerto que había en mi consulta desapareciese. También quería que no nos quemaran la casa con nosotros dentro.

«Pero aún no es el momento», pensé de pronto, y esa idea —por idiota que fuera— me resultó extrañamente reconfortante.

—¿Esto te hará las cosas más difíciles con Richard Brown? —pregunté.

—No lo sé. He estado tratando de pensar. Ojalá estuviésemos en Escocia. Tendría más claro lo que Brown podría hacer, si fuera escocés.

—Oh, ¿en serio? Digamos que la cosa fuera con tu tío Colum, por ejemplo —sugerí—. ¿Qué crees que haría él?

—Trataría de matarme y de recuperar a su hermano —respondió sin demora—. Si supiera que lo tengo yo. Y si el tal Donner sí volvió a Brownsville, seguro que Richard ya lo sabe.

Tenía toda la razón, y darme cuenta de ello hizo que unos pequeños dedos de aprensión treparan rápidamente por mi espalda.

—No te inquietes, Sassenach —dijo—. Los hermanos Lindsay salieron rumbo a Brownsville la mañana después de que regresamos. Kenny está vigilando el pueblo, y Evan y Murdo están esperando en ciertos puntos del camino, con caballos descansados. Si Richard Brown y su condenado comité de seguridad vinieran para aquí, nos enteraríamos con la suficiente anticipación.

Eso era tranquilizador, y me incorporé un poco en la silla.

—Está bien. Pero... incluso aunque Donner hubiese logrado regresar, no sabría que tuviste cautivo a Lionel Brown; podrías haberlo matado d... durante la lucha.

—Ojalá fuera así —respondió con una ligera mueca—. Nos habría ahorrado algunos problemas. Pero si Donner regresó, ya le habrá contado a Richard Brown lo sucedido, los habrá llevado al lugar para recuperar los cadáveres y no habrá visto a su hermano entre ellos.

—Y entonces atará cabos y vendrá a buscarlo aquí.

En ese momento, el ruido de la puerta que se abría me hizo saltar y mi corazón comenzó a latir con furia, pero lo sucedió el sonido mullido y suave de unos pies con mocasines en el pasillo que anunciaba al joven Ian, quien se asomó al estudio con cara de interrogación.

—Acabo de ver a la señora Bug que salía de la casa a toda velocidad. No ha querido pararse a hablar conmigo y estaba muy extraña. ¿Qué pasa?

—Siéntate —pidió, empujando un banco hacia Ian—, y te lo contaré.

Ian escuchó con gran atención, aunque su boca se abrió un poco cuando Jamie llegó al punto en que la señora Bug aplastaba una almohada contra la cara de Brown.

—¿Él sigue aquí? —preguntó al final del relato. Se encorvó un poco y miró receloso por encima del hombro, como si esperara que Brown apareciera por la puerta de la consulta en cualquier momento.

—Bueno, no creo que vaya a ningún lado por su propio pie —observé con aspereza.

Ian asintió, pero se levantó a mirar de todas formas. Regresó un momento más tarde con aire pensativo.

—No tiene ninguna marca —le dijo a Jamie mientras se sentaba.

—Sí, y las vendas son nuevas. Tu tía acababa de atenderlo.

Intercambiaron una mirada, obviamente pensando lo mismo.

—No pienses que lo han matado, tía —explicó Ian, al notar que no estábamos en la misma onda—. Podría haber muerto solo.

—Supongo que podrías decir eso, si no hubiera tratado de aterrorizar a la señora Bug... —Me pasé una mano suavemente por la frente.

—¿Cómo te sientes...? —empezó a preguntar Ian en tono de preocupación, pero de pronto empecé a hartarme de que todos me preguntaran lo mismo.

—No tengo la menor idea —respondí bruscamente, dejando caer la mano. Miré mi puño, curvado sobre mi regazo—. Él... no era un hombre malvado, creo —dije—. Tan sólo... terriblemente débil.

—Entonces es mejor que esté muerto —replicó Jamie despreocupadamente, Ian expresó su acuerdo con un gesto de asentimiento—. Bueno —prosiguió—, le estaba diciendo a tu tía que si Brown fuera escocés, yo sabría cómo lidiar con él,

pero entonces me di cuenta de que, aunque no es escocés, sí lo es en cuanto que hace negocios a la manera escocesa. Él y su comité. Son como una Guardia.

—Es cierto —asintió Ian, levantando sus cejas ralas. Parecía interesado—. Jamás he visto una, pero mamá me habló... sobre la que te arrestó, tío Jamie, y que ella y Claire los persiguieron. —Me sonrió, y su rostro demacrado se transformó de pronto, mostrando una insinuación del muchacho que había sido.

—Bueno, yo era más joven entonces —señalé—. Y más valiente.

Jamie hizo un pequeño ruido con la garganta que podría haber sido de cariñosa complicidad.

—No se privan de nada —dijo—. Quiero decir, matan y queman...

—En lugar de hacer una extorsión continuada.

Comenzaba a darme cuenta de adonde apuntaba con todo eso. Ian había nacido después de Culloden; jamás había visto una Guardia, una de esas bandas organizadas de hombres armados que recorrían el país, cobrándoles a los jefes de las Highlands por proteger a los arrendatarios, la tierra y el ganado... Y si no se les pagaba, pasaban de inmediato a confiscar ellos mismos bienes y ganado. Yo sí los había visto. Y, a decir verdad, había oído algunos rumores de matanzas e incendios ocasionales también... aunque, por lo general, sólo para dar ejemplo y fomentar la cooperación.

Jamie asintió.

—Bueno, Brown no es escocés, como ya he dicho. Pero los negocios son los negocios, ¿no? —Había una expresión contemplativa en su cara—. ¿En cuánto tiempo puedes llegar a Anidonau Nuya, Ian?

Después de que Ian se marchara, nos quedamos en el estudio. Había que encargarse de la situación de mi consulta, pero aún no estaba lista para enfrentarme a ello.

—Pobre señora Bug —dije, comenzando a dominarme—. No tenía idea de que él había estado asediándola de esa manera. Él debió de pensar que era una mujer frágil. —Me eché a reír débilmente—. Eso sí que fue un error. Ella tiene una fuerza terrible; yo quedé asombrada.

Pero en realidad no debería haberme asombrado; ya había visto a la señora Bug caminar durante casi dos kilómetros con una cabra adulta sobre los hombros; pero, por alguna razón, una jamás traduce la fuerza necesaria para las tareas cotidianas de la granja a la capacidad de desplegar una furia homicida.

—Yo también —replicó Jamie, cortante—. No porque tuviera la fuerza para hacerlo, sino por el hecho de que se animara a impartir justicia por su cuenta. ¿Por qué no fue a contárselo a Arch, si no quería decírmelo a mí?

—Supongo que es por lo que ella misma dijo: creía que no estaba en posición de decir nada. Tú le habías asignado la tarea de cuidarlo, y ella movería cielo y tierra para hacer cualquier cosa que tú le pidieras. Me atrevería a decir que

estaba enfrentándose bastante bien a la tarea, pero cuando él empezó a actuar de esa forma, ella... perdió los estribos. A veces ocurre; lo he visto.

—También yo —murmuró. Fruncía el ceño ligeramente, profundizando la arruga entre sus cejas, y me pregunté qué incidentes violentos estaría rememorando—. Pero no se me hubiera ocurrido que...

Arch Bug entró tan silenciosamente que no lo oí; sólo me di cuenta de que estaba allí cuando vi que Jamie levantaba la mirada y se ponía tenso. Giré en redondo y vi una hacha en la mano de Arch. Abrió la boca para hablar, pero él avanzó dando zancadas hasta Jamie, sin prestar atención a nada de lo que lo rodeaba. Llegó hasta el escritorio y depositó la hacha sobre él, casi con delicadeza.

—Mi vida por la de ella, jefe —dijo en gaélico y en voz baja. Luego se echó hacia atrás y se puso de rodillas, inclinando la cabeza.

Se había recogido su suave pelo blanco en una estrecha trenza y lo había atado hacia arriba para dejar la nuca al descubierto. Su piel tenía un tono marrón, como de nuez, y estaba llena de arrugas por haber pasado mucho tiempo a la intemperie, pero seguía siendo gruesa por encima de la tira blanca del cuello de la camisa.

Un ruido casi imperceptible que llegó desde la puerta me hizo apartar la vista de la escena. La señora Bug estaba allí, aferrándose al pomo para sostenerse. Llevaba el gorro torcido y unas sudorosas hebras de pelo gris como el acero se pegaban a su cara, del color de la nata cortada.

Sus ojos oscilaron hacia mí cuando me moví, pero luego volvieron a clavarse en su marido arrodillado y en Jamie, que se había puesto en pie y miraba alternativamente a Arch y a su esposa.

—Oh, sí —dijo suavemente—. Debo cortarte la cabeza, ¿no? Aquí, en mi propia habitación, y hacer que tu esposa limpие la sangre, ¡o mejor en el jardín, y te clavo del pelo en el dintel como advertencia para Richard Brown? Levántate, viejo canalla.

Todo lo que había en la habitación se congeló durante un instante y entonces el viejo se levantó, con suma lentitud.

—Estás en tu derecho —dijo en gaélico—. Yo soy tu subordinado, *a ceann-cinnidh*, he jurado por mi hierro; estás en tu derecho. —Se quedó de pie, muy erguido, pero con los ojos caídos, clavados en el escritorio donde estaba su hacha, cuyo filo era una línea plateada contra el metal gris y opaco de la punta.

Jamie tomó aire para responder, pero entonces se detuvo, observando al viejo de cerca. De repente, algo cambió en él; estaba cobrando conciencia de algo.

—*A ceann-cinnidh?* —dijo, y Arch Bug asintió en silencio.

El aire de la sala se había hecho más denso en un abrir y cerrar de ojos, y sentí que los pelos de la nuca se me erizaban.

«*A ceann-cinnidh*», había dicho Arch. O «jefe». Una palabra, y estábamos

en Escocia. Era fácil notar la diferencia de actitud entre los nuevos arrendatarios de Jamie y sus hombres de Ardsuir, la diferencia de una lealtad de acuerdo y otra de reconocimiento. Esto era todavía más distinto: una lealtad más antigua, que había gobernado las Highlands durante mil años. El juramento de la sangre y el hierro.

Me percaté de que Jamie sopesaba el presente y el pasado y se daba cuenta de dónde se ubicaba Arch entre ambos. Lo vi en su cara, en la exasperación que se convertía en comprensión, y vi que sus hombros se encorvaban un poco, aceptando la situación.

—Por tu palabra, entonces, estoy en mi derecho —dijo en voz baja, también en gaélico. Se incorporó, cogió el hacha y la sostuvo con el mango hacia afuera —. Y por ese derecho, te devuelvo la vida de tu mujer... y la tuya.

La señora Bug dejó escapar un pequeño sollozo. Arch no la miró, sino que extendió la mano y cogió el hacha, con una grave inclinación de la cabeza. Luego giró sobre sus talones y salió de la sala sin decir una palabra más, aunque yo vi que los dedos de su mano mutilada rozaban la manga de su esposa, muy suavemente, al pasar.

La señora Bug se irguió y se apresuró a meter los pelos sueltos debajo de su gorro, con dedos temblorosos. Jamie no la miró, pero volvió a sentarse, cogió la pluma y una hoja de papel, aunque a mí me pareció que no tenía intenciones de escribir nada. Sin querer avergonzarla, fingió un profundo interés en la estantería de libros, cogiendo la pequeña serpiente de madera de cerezo de Jamie como si quisiera examinarla más de cerca.

Con la gorra bien puesta, ella entró en la habitación e hizo una reverencia delante de él.

—¿Le traigo algo de comer, señor? Hay tarta de cereales recién hecha. —Habló con gran dignidad y la cabeza recta. Él levantó su propia cabeza del papel y le sonrió.

—Sí, está bien —dijo—. *Gun robh math agaibh, a nighean.*

Ella asintió con un gesto elegante y volvió sobre sus pasos. Pero en la puerta hizo una pausa y miró hacia adentro. Jamie levantó las cejas.

—Yo estuve allí, ¿sabes? —dijo, clavándole la mirada—. Cuando los Sassenach mataron a su abuelo, allí, en Tower Hill. Corrió mucha sangre. —Frunció los labios, examinándolo con los ojos entornados y enrojecidos, luego se relajó.

—Él estaría orgulloso de usted —dijo, y desapareció.

Jamie me miró, sorprendido, y yo me encogí de hombros.

—No ha sido necesariamente un cumplido, ¿sabes? —dije, y sus hombros comenzaron a sacudirse con una risa muda.

—Lo sé —respondió por fin—. ¿Sabes, Sassenach, que a veces echo de menos al viejo bastardo? Alguna vez debería preguntarle a la señora Bug si es cierto lo que él dijo, al final. Me refiero a lo que dicen que dijo.

—¿Qué fue?

—Le dio a su prima al verdugo y le indicó que hiciera un buen trabajo... «Porque me enfadaré mucho si no lo haces».

—Bueno, sin duda parece una frase que muy bien podría haber dicho él —sonréí—. ¿Qué crees que estarían haciendo los Bug en Londres?

—Sólo Dios lo sabe. ¿Crees que tiene razón, Sassenach? ¿Que soy como él?

—En apariencia, no —dije con una sonrisa. El difunto Simon, lord Lovat, había sido bajo de estatura y rechoncho, aunque con un cuerpo poderoso a pesar de su edad. También se parecía mucho a un malévolos, pero muy astuto, sapo.

—No —admitió Jamie—. Gracias a Dios. Pero ¿en lo demás? —El brillo humorístico seguía en sus ojos, pero hablaba en serio; quería saberlo.

Lo estudié, pensativa. No había rastros del Viejo Zorro en sus rasgos cálidos y bien definidos —que en su mayoría había heredado de los MacKenzie, la familia de su madre—, ni tampoco en su estatura y en sus anchos hombros, pero detrás de esos sesgados ojos azul oscuro, cada tanto percibía el débil eco de la mirada profunda de lord Lovat, brillando de interés y humor sardónico.

—Tienes algo de él —admití—. Bastante, a veces. No posees una ambición desmedida, pero... Iba a decir que no eres tan despiadado como él —proseguí—, pero en realidad sí lo eres.

—¿Ah, sí? —Él no pareció ni sorprendido ni dolido por oírlo.

—A veces —dije, y sentí en la médula de mis huesos el crujido que hizo el cuello de Arvin Hodgepile al romperse. Era una tarde cálida, pero de pronto se me puso la carne de gallina en los brazos, para desaparecer poco después.

—¿Crees que tengo una naturaleza retorcida? —preguntó seriamente.

—En realidad, no lo sé —respondí, dubitativa—. No eres un trámoso como él, pero eso puede deberse a que tienes un sentido del honor del que él carecía. Tú no usas a la gente como hacía él.

Jamie sonrió, pero menos de verdad que antes.

—Oh, sí que lo hago, Sassenach —replicó—. Sólo que trato de que no se note.

Se sentó un momento, con los ojos clavados en la pequeña serpiente de madera que yo tenía en la mano, pero me pareció que no era eso lo que miraba. Por fin, movió la cabeza y dirigió los ojos hacia mí, mientras torcía la boca en un gesto irónico.

—Si hay un cielo, y mi abuelo está allí (y me atrevo a dudarlo), estaré riéndose a carcajadas hasta perder la cabeza. O lo haría, si no la tuviera encajada debajo del brazo.

Las pruebas del caso

Y así ocurrió que, varios días más tarde, entramos en Brownsville. Jamie, con todas sus galas de las Highlands, con la daga estriada de oro de Hector Cameron en la cintura y una pluma en la gorra. Montaba a *Gideon*, que tenía las orejas hacia atrás y los ojos inyectados en sangre, como era habitual.

A su lado, Pájaro-que-canta-en-la-mañana, jefe en tiempos de paz de los cherokees de Pájaro-de-nieve. Según me había contado Ian, Pájaro era del clan de los Pelos Largos, y tenía todo el aspecto. Su pelo no sólo era largo y estaba untado con grasa de oso, lo que lo hacía brillar, sino que estaba magníficamente adornado, con una coletilla alta que le salía desde la coronilla y le caía por la espalda, para terminar en una docena de minúsculas trenzas decoradas —como el resto de su atuendo— con conchas de *wampum*, cuentas de vidrio, pequeñas campanillas de bronce, plumas de periquito y un yen chino que sólo Dios sabía de dónde había sacado. Colgada sobre la montura, su posesión más reciente y preciada: el rifle de Jamie.

Al otro lado de Jamie, yo: la prueba A. Sobre mi mula *Clarence*, vestida y con un manto de lana azul —que resaltaba la palidez de mi piel y que realzaba de una manera hermosa el amarillo y verde de los hematomas de mi cara, que estaban curándose—, con mi collar de perlas de agua dulce en el cuello como apoyo moral.

Ian cabalgaba detrás de nosotros con los dos hombres que Pájaro había traído como comitiva, con un aspecto más de indio que de escocés, con los semicírculos tatuados que descendían por sus bronzeados pómulos y su propio pelo marrón y largo engrasado y recogido en un moño, con una pluma de pavo encajada en el medio. Al menos no se había rapado el cuero cabelludo al estilo mohawk; ya se veía bastante amenazador sin aquello.

Y en un travois detrás del caballo de Ian venía la prueba B: el cadáver de Lionel Brown. Lo habíamos puesto en el almacén para que se mantuviera fresco junto a la mantequilla y los huevos, y Bree y Malva habían cubierto el cuerpo con moho para que absorbiera el líquido, añadiendo la mayor cantidad de hierbas aromáticas fuertes que pudieron encontrar, y luego envolviendo el desagradable paquete en el pellejo de un ciervo, con correas de cuero crudo al mejor estilo indio. A pesar de todas sus atenciones, ninguno de los caballos estaba muy contento de encontrarse cerca del cadáver, pero la montura de Ian aceptaba la situación con triste resignación, y se limitaba a resoplar a intervalos y a agitar la cabeza, de modo que el arnés se sacudía en un lúgubre contrapunto con el sordo

ruido de los cascos.

No hablamos mucho.

En cualquier asentamiento de montaña, la llegada de visitantes era causa de conmoción y numerosos comentarios. Nuestra pequeña comitiva hizo que la gente saliera de sus casas, asombrada y con la boca abierta. Para cuando llegamos a la casa de Richard Brown, que hacia las veces de taberna local, teníamos una pequeña banda de seguidores, en su mayoría hombres y muchachos.

El sonido de nuestra llegada hizo salir a una mujer —la señora Brown, la reconocí— a la tosca entrada. Se llevó la mano a la boca y volvió a entrar rápido en la casa.

Esperamos en silencio. Era un fresco y luminoso día de otoño, y la brisa me agitaba los pelos de la nuca. Llevaba el cabello recogido, a petición de Jamie, y no llevaba gorro. Tenía la cara expuesta, con la verdad escrita en ella.

¿Lo sabrían? Sintiéndome extrañamente distante, como si estuviera observándolo todo desde fuera de mi propio cuerpo, paseé la mirada por los rostros de la multitud.

No podían saberlo. Jamie me lo había asegurado; yo lo sabía. A menos que Donner hubiera escapado y hubiera ido a contárselo lo sucedido la última noche. Pero no lo había hecho. En caso contrario, Richard Brown habría venido por nosotros.

Lo único que sabían era lo que se veía en mi cara. Y eso era demasiado.

Clarence percibió la histeria que bullía bajo mi piel como un charco de mercurio; golpeó el suelo con las patas una vez, y sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar a las moscas de sus orejas.

La puerta se abrió y Richard Brown salió. Había varios hombres detrás de él, armados.

Brown estaba pálido, desaliñado; tenía la barba mal afeitada y el pelo grasiento. Sus ojos estaban rojos y empañados, y un hedor a cerveza lo acompañaba. Había estado bebiendo mucho, y estaba claro que intentaba animarse lo suficiente para lidiar con cualquier amenaza que nosotros representáramos.

—Fraser —dijo, y se detuvo, parpadeando.

—Señor Brown. —Jamie acercó un poco a *Gideon*, para que sus ojos estuvieran a la altura de los hombres del porche, a no más de dos metros de Richard Brown.

—Diez días atrás —empezó Jamie con voz firme— una banda de hombres vinieron a mis tierras. Robaron mi propiedad, atacaron a mi hija, que está embarazada, me quemaron mi cobertizo de malteado, destruyeron mi grano, y secuestraron y abusaron de mi esposa.

La mitad de los hombres habían estado observándome; ahora eran todos los

que me miraban. Oí el chasquido pequeño y metálico de un arma que alguien había amartillado. Mantuve el rostro inmóvil, con las manos firmes sobre las riendas, los ojos fijos en la cara de Richard Brown.

Su boca comenzó a moverse, pero Jamie levantó una mano, ordenando silencio.

—Los seguí, con mis hombres, y los maté —dijo en el mismo tono sereno—. Encontré a su hermano entre ellos. Lo tomé prisionero, pero no lo maté.

Todos parecieron tomar aliento al unísono, y empezaron a oírse murmullos inquietos en la multitud detrás de nosotros. Los ojos de Richard Brown se clavaron en el bulto del travois, y su cara palideció bajo la barba rala.

—Usted... —graznó—. ¿Nelly?

Ése era mi pie. Tomé aliento profundamente e hice avanzar a *Clarence*.

—Su hermano sufrió un accidente antes de que mi marido nos encontrara —dije. Tenía la voz ronca, pero lo bastante clara—. Quedó muy malherido después de una caída. Tratamos de curarlo. Pero murió.

Jamie dejó pasar un momento antes de continuar.

—Se lo hemos traído, para que pueda enterrarlo. —Hizo un pequeño gesto e Ian, que había desmontado, cortó las cuerdas que sujetaban el travois. Él y los dos cherokees lo arrastraron hasta el porche y lo dejaron en la calle llena de surcos. Luego regresaron en silencio a sus caballos.

Jamie inclinó la cabeza y movió las riendas de *Gideon*. Pájaro lo siguió, calmo e impasible como un buda. Yo no sabía si entendía el inglés lo bastante como para haber seguido el discurso de Jamie, pero no importaba. Él entendía su papel, y lo había llevado a cabo a la perfección.

Tal vez los Brown obtenían buenas ganancias con los asesinatos, el robo y la esclavitud, pero sus ingresos principales provenían del comercio con los indios. Mediante su presencia al lado de Jamie, Pájaro había hecho una clara advertencia de que los cherokees consideraban más importante su relación con el rey de Inglaterra y su agente que el comercio con los Brown. Si Jamie o su propiedad volvían a sufrir algún daño, esa rentable conexión se interrumpiría.

Yo no sabía todo lo que Ian le había dicho a Pájaro cuando le había pedido que se uniese a la partida, pero me parecía muy probable que además hubiera un acuerdo tácito de que no se llevaría a cabo ninguna investigación formal en nombre de la Corona sobre el destino de cualquier cautivo que pudiera haber caído en manos de los indios.

Después de todo, esto era un asunto de negocios.

Pateé a *Clarence* en las costillas y me puse detrás de Pájaro, manteniendo mis ojos firmes en el yen chino que resplandecía en mitad de su espalda, colgando de su pelo con un hilo escarlata. Sentí el impulso casi incontrolable de mirar hacia atrás y aferré las riendas, clavándome las uñas en las palmas.

¿Estaba muerto Donner, después de todo? No se encontraba con los hombres

de Richard Brown, me había fijado.

En realidad, no sabía si quería que estuviera muerto o no. El deseo de averiguar más sobre él era fuerte, pero el deseo de terminar con todo aquel asunto, de dejar atrás de una vez y para siempre aquella noche en la ladera de la montaña, con todos los testigos consignados al silencio de la tumba, era más fuerte aún.

Oí que Ian y los dos cherokees se alineaban detrás de nosotros y, al cabo de pocos momentos, Brownsville se perdió de vista, aunque el aroma de cerveza y humo de chimenea permaneció en mis orificios nasales. Hice que Clarence se pusiera al lado de Jamie; Pájaro se había rezagado para cabalgar junto a sus hombres y junto a Ian; estaban riéndose de algo.

—¿Éste es el fin de todo aquello? —le pregunté a Jamie. Mi voz sonaba delgada en el aire frío.

—Estas cosas nunca se acaban —dijo en voz baja—. Pero estamos vivos. Y eso es lo que cuenta.

Q uinta parte

Grandes Desesperanzas

Laminaria

Después de regresar a salvo de Brownsville, empecé a dar pasos firmes para reanudar mi vida normal. Entre ellos se contaba una visita a Marsali, que había vuelto de su refugio con los McGillivray. Yo ya había visto a Fergus, quien me había asegurado que ella se había recuperado de sus heridas y que se sentía bien, pero necesitaba comprobarlo por mí misma.

La casa estaba en buen estado pero podían verse señales de abandono; algunas de las tablas del techo habían volado, una de las esquinas de la entrada estaba hundida, y la lona engrasada que cubría la única ventana se había roto por la parte superior. Cosas pequeñas, pero que debían solucionarse antes de que llegara la nieve. Y no faltaba mucho, lo sentía en la atmósfera, en la forma en que el cielo luminoso y azul de finales de otoño iba convirtiéndose en el brumoso gris del invierno inminente.

Nadie salió corriendo a recibirme, pero sabía que se encontraban en casa; de la chimenea salía una nube de humo y chispas, y se me ocurrió pensar que al menos Fergus parecía capaz de aportar suficiente leña para el fuego. Proferí un alegre «¡Hola!» y abrí la puerta.

Tuve la sensación de inmediato. Habitualmente no confiaba en la mayor parte de mis impresiones, pero esa vez tuve una extraña coronada. Es esa sensación que tienes, si eres médico, cuando entras en una sala de urgencias y sabes que algo anda muy mal. Antes de que hagas la primera pregunta, antes de que hayas examinado los primeros signos vitales. No ocurre con frecuencia, y preferirías que no sucediera nunca; pero es así. Lo sabes, y ya está.

Fue ver a los niños lo que me hizo darme cuenta, tanto como todo lo demás. Marsali estaba sentada junto a la ventana, cosiendo, y las dos niñas jugaban en silencio a sus pies. Germain —dentro de la casa, algo raro en él— estaba sobre la mesa, balanceando las piernas y mirando con el entrecejo fruncido un libro de dibujos destartalado que él apreciaba mucho; Jamie se lo había traído desde Cross Creek. Ellos también lo sabían.

Marsali levantó la cabeza cuando entré, y vi que la expresión de su rostro se crispaba al ver mi cara; incluso a pesar de que había mejorado mucho.

—Me encuentro bien —dije de repente, frenando su exclamación—. Son sólo hematomas. ¿Cómo estás tú?

Dejé el bolso y le rodeé la cara con las manos, girándola suavemente hacia la luz. Tenía hematomas muy feos en una mejilla y en la oreja, y había un hematoma en la frente que estaba desapareciendo, pero no tenía cortes, y sus

ojos me devolvieron la mirada, claros y sanos. Su piel tenía buen color, sin señales de ictericia, ni tampoco podía percibirse el débil aroma de la disfunción hepática.

«Ella se encuentra bien, es el bebé», pensé, y bajé las manos hasta su vientre sin preguntar nada. Sentí que se me helaba el corazón cuando palpé el bulto y lo levanté suavemente. Y casi me mordí la lengua por la sorpresa cuando una pequeña rodilla se movió como reacción a mi roce.

Eso me hizo sentir muchísimo mejor; había pensado que el bebé estaba muerto. Pero un rápido vistazo a la cara de Marsali me impidió expresar mi alivio en voz alta. Ella se debatía entre la esperanza y el temor, esperando que yo le dijera que lo que ella sabía que era cierto en realidad no lo era.

—¿El bebé se ha movido mucho durante los últimos días? —pregunté, manteniendo la serenidad de mi voz mientras iba a buscar el estetoscopio. Se lo había mandado hacer a un orfebre de Wilmington, y consistía en una pequeña campana con un extremo plano; primitivo, pero eficaz.

—No tanto como antes —respondió Marsali, echándose hacia atrás para permitirme escuchar su estómago—. Pero es normal, ¿no? Quiero decir, cuando están casi listos para salir. Joanie se quedó quieta como una muer... como una piedra de afilar, toda la noche antes de romper aguas.

—Bueno, sí, a veces sí. Supongo que estará descansando.

Ella sonrió a modo de respuesta, pero su sonrisa desapareció cuando me acerqué y puse la oreja contra el extremo aplanado del tubo metálico, al tiempo que apoyaba la abertura ancha y en forma de campana en su estómago.

Me costó un poco encontrar los latidos y cuando por fin lo hice, sonaban demasiado lentos para lo que es habitual. Además, el ritmo era irregular; se me puso la carne de gallina al oírlo.

Proseguí con el examen, haciendo preguntas y bromas, deteniéndome para contestar las preguntas de los otros niños, que trataban de acercarse, se pisaban mutuamente y se empujaban los unos a los otros. Todo ese tiempo, mi mente corría a gran velocidad, imaginándome diversas posibilidades, malas todas ellas.

El bebé se movía, sí, pero mal. Había latidos; pero sonaban mal. Todo lo que ocurría en ese vientre me parecía que estaba mal. Pero ¿qué era? Una posibilidad, muy peligrosa, era que el cordón umbilical se hubiera enredado alrededor de su cuello.

Levanté un poco más el vestido, tratando de escuchar mejor, y vi grandes hematomas; las feas salpicaduras verdes y amarillas de los que estaban curándose, y otros que todavía eran negros y rojizos, floreciendo como rosas mortales sobre la curva del vientre. Mis dientes se clavarón en mi labio al verlos; aquellos bastardos la habían pateado. Era un milagro que no hubiera perdido al bebé en ese momento.

¿Marsali estaba sangrando? No. Tampoco sentía dolor alguno, salvo la piel

sensible por los hematomas. No tenía calambres. No había contracciones. La presión sanguínea parecía normal, por lo que pude ver.

Un accidente con el cordón umbilical seguía siendo probable. Pero podía ser también que la placenta se hubiera separado parcialmente, implantándose en el útero. ¿Una ruptura en el útero? O algo poco frecuente: un mellizo muerto, un bulto anormal... Lo único que sabía con seguridad era que había que sacar al bebé, traerlo a un mundo donde pudiera respirar, y lo antes posible.

—¿Dónde está Fergus? —pregunté, en el mismo tono sereno.

—No lo sé —dijo ella, igualando mi tono de absoluta calma—. No ha venido a casa desde anteayer. No te metas eso en la boca, *a chuisle* —levantó la mano hacia Félicité, que estaba masticando un cabo de vela, pero no pudo alcanzarla.

—¿Ah, no? Bueno, ya lo encontraremos.

Le quité el cabo de vela a la niña; Félicité no protestó, consciente de que ocurría algo pero sin saber qué. Buscando que la tranquilizaran, agarró la pierna de su madre e intentó trepar hasta la inexistente falda de Marsali.

—No, *bébé* —dijo Germain, cogió a su hermana de la cintura y la arrastró hacia atrás—. Tú ven conmigo, *a piuthar*. ¿Quieres leche? —añadió, tratando de convencerla—. Vamos al almacén, ¿de acuerdo?

—¡Quiero a mamá! —Félicité agitó brazos y piernas, tratando de escapar, pero Germain levantó su cuerpecito regordete en sus brazos.

—Vosotras, niñas, venid conmigo —dijo con voz firme, y avanzó con torpeza hacia la puerta, con Félicité gruñendo y retorciéndose en sus brazos y Joanie correteando detrás de sus talones.

En la puerta hizo una pausa para mirar a Marsali.

—Adelante, *a muirninn* —exclamó Marsali, sonriendo—. Llévalas a ver a la señora Bug. Yo estaré bien. —Luego murmuró—: Es un muchachito dulce, Germain.

—Muy dulce —asentí—. Marsali...

—Lo sé —respondió sencillamente—. ¿Crees que podría sobrevivir?

Yo no estaba nada segura, pero, por el momento, el bebé estaba vivo. Vacilé, sopesando en mi mente las diferentes posibilidades. Cualquier cosa que hiciera conllevaría riesgos terribles; para ella, para el bebé, o para ambos.

¿Por qué no habría venido antes? Me reproché a mí misma haber aceptado primero la palabra de Jamie y luego la de Fergus de que ella se encontraba bien, pero no había tiempo para esa clase de reproches; y, por otra parte, tampoco habría cambiado nada.

—¿Puedes caminar? —pregunté—. Tenemos que ir a la Casa Grande.

—Sí, desde luego. —Se levantó con cuidado, sujetando mi brazo. Recorrió la cabaña con la mirada, luego me clavó sus ojos límpidos—. Hablaremos por el camino.

Había opciones, la mayoría de ellas espantosas. Si había riesgo de desprendimiento de la placenta, podría hacer una cesárea de emergencia y tal vez salvar al bebé, pero Marsali moriría. Inducir el parto implicaría arriesgar la vida del bebé, pero era mucho más seguro para Marsali. Por supuesto —y decidí reservarme esa acotación—, una inducción del parto aumentaba el riesgo de hemorragia, y si eso ocurría...

Tal vez podría parar la hemorragia y salvar a Marsali, pero no me sería posible ayudar al niño, que también correría peligro. También estaba el éter... una idea tentadora pero decidí desecharla. Aún no lo había utilizado, no tenía una idea clara de su concentración o su efectividad, ni tampoco tenía los conocimientos de un anestesista para calcular sus efectos en una situación arriesgada como un parto peligroso. En una operación menor, podría tomármelo con calma, examinar la respiración del paciente, y, llegado el caso, echarme atrás si las cosas parecían ir mal. Pero si estaba en medio de una cesárea y se presentaban problemas, no habría escapatoria.

Marsali parecía hacer gala de una calma prodigiosa, como si estuviera escuchando lo que ocurría en su interior en lugar de mis explicaciones y mis hipótesis. Pero cuando llegamos a la Casa Grande y nos topamos con el joven Ian, que bajaba la colina con un montón de conejos muertos agarrados de las orejas, ella prestó atención.

—¡Hola, prima! ¿Cómo va todo? —preguntó él con alegría.

—Necesito a Fergus, Ian. ¿Puedes encontrarlo?

La sonrisa desapareció del rostro de Ian cuando se dio cuenta de la palidez de Marsali y de que yo la estaba atendiendo.

—Dios santo, ¿va a nacer el bebé? Pero ¿por qué...? —Miró hacia el sendero detrás de nosotras, evidentemente preguntándose por qué habíamos salido de la cabaña de Marsali.

—Ve a buscar a Fergus, Ian —lo interrumpí—. Ahora mismo.

—Oh. —Tragó saliva—. Oh, sí. Ya voy. ¡Ya mismo!

Comenzó a alejarse, pero giró en redondo y dejó caer los conejos en mi mano. Luego salió del sendero y empezó a correr cuesta abajo, lanzándose entre árboles y esquivando troncos caídos. *Rollo* pasó saltando como una mancha gris y corrió por la colina detrás de su amo.

—No te preocupes —dije a Marsali—. Lo encontrarán.

—Oh, sí —asintió ella—. Pero si no lo encuentran a tiempo...

—Lo harán —repliqué con firmeza—. Vamos.

Le pedí a Lizzie que buscara a Brianna y a Malva Christie, y mandé a Marsali a que descansara en la cocina acompañada de la señora Bug, mientras yo preparaba la consulta. Ropa de cama y almohadas limpias extendidas en la mesa de reconocimiento; una cama habría sido mejor, pero necesitaba tener mis

elementos a mano.

Y el material de trabajo propiamente dicho: los instrumentos quirúrgicos, cuidadosamente escondidos debajo de una toalla limpia; la máscara de éter, forrada con gruesas gasas limpias; el frasco cuentagotas... ¿Podría confiarle a Malva la administración del éter, en el caso de que yo tuviera que operar de urgencia? Me pareció que era posible; la chica era muy joven y no tenía ninguna clase de formación, pero poseía una notable sangre fría, y no era remilgada. Llené el cuentagotas, apartando la cara del aroma dulce y denso que emanaba el líquido, y añadí un algodón retorcido en el pico para evitar que el éter se evaporara y nos asfixiara a todos, o que se prendiera fuego.

¿Y si el parto se prolongaba y luego las cosas salían mal? ¿Y si tenía que hacerlo todo de noche, a la luz de una vela? No era posible; el éter era terriblemente inflamable. Me imaginé practicando una cesárea de emergencia en la más absoluta oscuridad, a tientas, pero aparté de inmediato esa imagen de mi mente.

—Si tenéis un poco de tiempo libre, éste sería un momento condenadamente bueno para intervenir —murmuré, dirigiendo esa acotación colectivamente a santa Brígida, san Raimundo y santa Margarita de Antioquía, santos patronos del parto y de las futuras madres, así como a cualquier ángel guardián que estuviera revoloteando cerca.

Evidentemente, alguien me escuchó. Cuando conseguí subir a Marsali a la mesa, descubrí con un alivio inmenso que el cuello del útero había comenzado a dilatarse, pero no había señales de sangrado. No descarté el riesgo de hemorragia, pero las probabilidades eran mucho menores.

Su presión sanguínea parecía estar bien y los latidos del corazón del bebé se habían estabilizado, aunque él había dejado de moverse, negándose a reaccionar a los tanteos y los empujones.

—Supongo que estará profundamente dormido —dije, sonriéndole a Marsali —. Descansando.

Ella me dedicó una sonrisa mínima y rodó hasta ponerse de costado, gruñendo como un cerdo.

—A mí también me convendría descansar, después de la caminata. —Suspiró y acomodó la cabeza en la almohada. *Adso*, apoyando la moción, saltó a la mesa y se acurrucó entre sus pechos, frotando su cara con afecto contra ella.

Lo habría echado de allí, pero al parecer a Marsali le reconfortaba su presencia. Comenzó a rascarle las orejas hasta que el gato se hizo un ovillo debajo de su mentón, ronroneando sin cesar. Bueno, yo había ayudado a dar a luz en ambientes mucho menos asépticos que ése, a pesar del felino, y había muchas probabilidades de que éste fuera un proceso lento; seguramente *Adso* se marcharía antes de que su presencia se convirtiera en una molestia.

Empezaba a sentirme más tranquila, pero aún no del todo segura. En el

camino había reconsiderado las distintas opciones con las que contaba; dada la ligera dilatación del cuello del útero y la estabilización de los latidos, pensé que podríamos intentar el método más conservador de inducción del parto, para no causar un estrés innecesario a la madre o al bebé. Si se presentaba alguna emergencia... bueno, nos enfrentaríamos a ella cuando fuera necesario.

Sólo esperaba que el contenido de la jarra se pudiera usar; nunca había tenido ocasión de abrirla antes. «Laminaria», decía la etiqueta, escrita con la fluida caligrafía de Daniel Rawling. Era una pequeña jarra de cristal verde oscuro, herméticamente cerrada y muy ligera. Cuando la abrí, despidió un leve aroma a yodo, pero ningún olor a putrefacción, gracias a Dios.

La laminaria es una alga. Seca, se asemeja a tiras de un color verde amarronado y del grosor del papel. Pero, a diferencia de muchas otras algas secas, la laminaria no se arruga fácilmente. Y tiene una capacidad asombrosa para absorber agua.

Si se la inserta en el cuello del útero, absorbe la humedad de las membranas mucosas y se hincha, haciendo que el cuello se abra más, lo que, finalmente, provoca que se inicien las labores de parto. Yo había visto cómo se usaba la laminaria, incluso en mi época, aunque en los tiempos modernos era más frecuente que se la utilizara para ayudar a la expulsión de un bebé muerto del útero. Ése fue otro pensamiento que empujé al fondo de mi mente, mientras escogía un buen pedazo de alga.

Era un trabajo sencillo de hacer, y una vez hube terminado, ya no quedaba más que esperar. Y ser optimista. La consulta estaba muy tranquila, llena de luz y de los sonidos de las golondrinas que se apiñaban bajo el alero.

—Espero que Ian encuentre a Fergus —dijo Marsali después de un rato.

—Estoy segura de que lo hará —respondí, distraída, intentando encender mi pequeño brasero con pedernal y acero. ¿De modo que Fergus no ha estado mucho en casa últimamente?

—No. Casi no lo he visto desde que... desde que vinieron esos hombres al cobertizo de malteado.

—Ah.

No supe qué responder. No tenía ni idea de que Fergus se había esfumado, aunque sabiendo lo que sabía de los hombres del siglo XVIII, me pareció que entendía el porqué.

—Está avergonzado, ese tonto francés —dijo Marsali con total naturalidad, confirmando mi suposición—. Cree que ha sido culpa suya, ¿sabes? Me refiero al hecho de que yo estuviera allí. Cree que si él fuera más capaz de proveer lo que necesitamos, yo no tendría que haber ido a encargarme del malteado.

—Hombres —dije, sacudiendo la cabeza, y ella se echó a reír.

—Sí, hombres... Evidentemente, él no me contó cuál era el problema. ¡Es mucho mejor desaparecer a rumiar sobre el asunto y dejar que yo me ocupe de

tres crios salvajes! —Puso los ojos en blanco.

—Sí, bueno, eso es típico de los hombres —intervino la señora Bug en tono tolerante, entrando con una vela encendida—. No hay nada de sensato en ellos, pero tienen buenas intenciones. La oí golpear ese acero como si estuviera custodiando a un moribundo, señora Claire; ¿por qué no ha venido a buscar un poco de fuego como cualquier persona razonable? —Tocó con la vela las astillas del brasero, que se encendieron de inmediato.

—Para practicar —respondí mansamente, añadiendo leña al pequeño fuego—. Tengo la esperanza de poder aprender a prender fuego en menos de quince minutos.

Marsali y la señora Bug resoplaron al unísono, burlándose.

—¡Bendita sea, cordero de Dios! ¡Quince minutos no es nada! Si yo más de una vez me he pasado una hora o más tratando de conseguir una chispa con yesca húmeda; en Escocia, en especial, teniendo en cuenta que en invierno allí no hay nada seco. ¿Por qué piensa que la gente se toma tanto trabajo para apagar un fuego?

Eso provocó una vehemente discusión sobre la mejor manera de apagar el fuego antes de dormir, que duró lo suficiente como para que yo pudiera conseguir un calor decente en el brasero y poner sobre él una pequeña tetera. Un té de hojas de frambuesa alentaría las contracciones.

Al parecer, la mención de Escocia le había recordado algo a Marsali, puesto que se levantó apoyándose sobre un codo.

—Madre Claire... ¿Crees que a papá le importaría que tomara prestada una hoja de papel y un poco de tinta? Me gustaría escribirle a mi madre.

—Me parece una idea excelente. —Fui en busca de papel y tinta, con el corazón latiéndome un poco más de prisa. Marsali estaba muy tranquila; yo no. Algo que yo ya había visto antes; no estaba segura de si era fatalismo, fe religiosa o algo puramente físico, pero era común que las mujeres a punto de dar a luz perdieran cualquier sentido de miedo o recelo, volcándose hacia el interior y exhibiendo un ensimismamiento que equivalía a la indiferencia, simplemente debido a que no podían prestar atención a nada que estuviera fuera del universo limitado por su vientre.

En cualquier caso, mantuve silencio sobre mis propios temores y pasaron dos o tres horas de paz y tranquilidad. Marsali escribió a Laoghaire, pero también breves notas para cada uno de sus hijos. «Sólo por si acaso», dijo lacónicamente, entregándome las notas para que las guardara. Noté que no le escribía a Fergus, pero sus ojos se clavaban en la puerta cada vez que se oía algún ruido.

Lizzie regresó para informar de que no encontraba a Brianna por ninguna parte, pero Malva Christie apareció con cara de excitación, y en seguida se puso a trabajar, leyendo en voz alta fragmentos de *The adventures of Peregrine*

Pickle, de Tobias Smollett. Luego entró Jamie, cubierto de polvo del camino. Me besó en los labios y besó a Marsali en la frente.

—¿Cómo te encuentras, *a muirninn*? —le preguntó.

Ella hizo una mueca y sacó la lengua. Él se echó a reír.

—No has visto a Fergus por ninguna parte, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, lo he visto —dijo él, ligeramente sorprendido—. ¿Lo necesitáis?

—Sí —respondí con firmeza—. ¿Dónde está?

—En Woolam's Mill. Ha estado trabajando de intérprete para un viajero francés, un artista que ha venido en busca de pájaros.

—Conque pájaros, ¿eh? —La idea pareció ofender a la señora Bug—. ¿De modo que nuestro Fergus habla la lengua de las aves? Bueno, vaya a buscar al hombrecito ahora mismo. ¡Que el francés se ocupe de sus propios pájaros!

Un poco desconcertado, Jamie permitió que lo hiciera salir al pasillo. Una vez que nadie pudo oírnos, se detuvo.

—¿Qué ocurre con la muchacha? —exigió saber en voz baja.

Se lo conté lo mejor que pude.

—Tal vez no sea nada, así lo espero. Pero... ella quiere que Fergus esté presente. Me ha dicho que últimamente nunca está con ella porque se siente culpable de lo que ocurrió en el cobertizo de malteado.

—Bueno, es razonable.

—¿Cómo? ¿Qué quieras decir, por el amor de Dios? ¡No fue culpa suya!

Él me miró con una expresión que daba a entender que yo había pasado por algo algo que era obvio y evidente para cualquiera.

—¿Crees que eso cambia algo? ¿Y si la muchacha muriera... o si el bebé tuviera algún problema? ¿Crees que él no se culparía de ello?

—No debería —respondí—. Pero está claro que lo hace. Tú no... —Me detuve bruscamente, porque de hecho él sí. Me lo había explicado, con toda claridad, la noche que me rescató.

Él vio que el recuerdo cruzaba mi cara, y la insinuación de una sonrisa, débil y dolorosa, apareció en sus ojos. Extendió la mano y pasó un dedo por mi ceja, atravesada por un corte que estaba cicatrizando.

—¿Crees que yo no sentí lo mismo? —preguntó en voz baja. Moví la cabeza, no como un gesto de negación, sino de desesperación—. Un hombre debe proteger a su esposa —se limitó a decir, alejándose—. Iré a buscar a Fergus.

La laminaria había hecho su lento y paciente trabajo, y Marsali comenzaba a tener algunas contracciones ocasionales, aunque en realidad no nos habíamos metido de lleno en ello. La luz empezaba a disminuir cuando Jamie regresó con Fergus... y con Ian, a quien había encontrado en el camino.

Fergus iba sin afeitar, cubierto de polvo, y estaba claro que llevaba días sin bañarse, pero la cara de Marsali se iluminó como el sol cuando lo vio. Yo no

sabía qué le había contado Jamie, pero al ver a Marsali, se lanzó sobre ella como una flecha hacia el blanco, abrazándola con tal fervor que Malva los miró fijamente, asombrada.

Me relajé un poco, por primera vez desde esa mañana.

—Bueno —dijo—. Tal vez convendría que comiéramos algo, ¿no?

Dejé solos a Fergus y a Marsali, mientras los demás comíamos, y cuando regresé a la consulta los encontré con las cabezas juntas, hablando en voz baja. No quería interrumpirlos, pero era necesario.

Por un lado, el cuello del útero se había dilatado notablemente, y no había señales de sangrado anormal, lo que era un alivio tremendo. Por el otro... el corazón del bebé había vuelto a latir de manera extraña. Casi seguro que se trataba de un problema con el cordón, pensé.

Tenía muy presentes los ojos de Marsali, clavados en mi cara mientras yo escuchaba con el estetoscopio.

—Te estás portando muy bien —le aseguré sonriéndole mientras la miraba a los ojos—. Creo que es hora de intervenir para que las cosas salgan mejor.

Había unas cuantas hierbas que podían ayudar al parto, pero la mayoría no las usaría si había algún riesgo de hemorragia. Por otra parte, a esas alturas, yo ya estaba lo bastante intranquila como para querer acelerar el proceso todo lo posible. El té de hojas de frambuesa podría ayudar, y al mismo tiempo no era tan fuerte como para inducir contracciones grandes o repentinhas. Me pregunté si debería añadirle cimífuga racemosa.

—El bebé tiene que salir rápidamente —le dijo Marsali a Fergus, con la más absoluta calma.

Ella tenía su rosario consigo, y en ese momento se lo enrolló alrededor de una mano, con la cruz colgando.

—Ayúdame, *mon cher*.

Él levantó la mano del rosario y la besó.

—*Oui, cherie*. —Entonces se santiguó y se puso a trabajar.

Fergus había pasado los primeros diez años de su vida en el burdel donde había nacido. En consecuencia, sabía mucho más sobre mujeres —en algunos aspectos— que cualquier otro hombre que yo conociera. Aun así, me asombró verlo buscar los lazos en las enaguas de Marsali, y bajarlas, dejando los pechos al descubierto.

Marsali no parecía nada sorprendida; se limitó a recostarse y a volverse un poco hacia él, empujándolo con el bulto del vientre.

Él se arrodilló sobre una banqueta al costado de la cama y, poniendo una mano con ternura sobre el bulto, inclinó la cabeza hacia los pechos de Marsali. En ese momento pareció notar que los estaba mirando con la boca abierta, y me devolvió la mirada por encima del vientre.

—Oh. —Me sonrió—. Usted no... Bueno, supongo que usted jamás ha visto

esto, ¿verdad, milady?

—En realidad, no. —Yo me debatía entre la fascinación y la sensación de que debía apartar la vista—. ¿Qué...?

—Cuando los dolores del parto tardan en aparecer, chupar los pechos de la mujer hace que la matriz se mueva, lo que acelera la salida del bebé —explicó, mientras rozaba con el pulgar un pezón marrón oscuro, que se elevó, redondo y duro—. En el burdel, si alguna de *les filies* tenía dificultades, otra le hacía este servicio. Yo se lo he hecho a *ma douce* antes, cuando nació Félicité. Ayuda, ya lo verá.

Y sin más trámite, cogió el pecho con ambas manos y se metió el pezón en la boca; acto seguido empezó a chuparlo suavemente, pero con gran concentración, cerrando los ojos.

Marsali suspiró, y su cuerpo pareció relajarse con la fluidez de una mujer embarazada.

Yo estaba más que desconcertada, pero no podía marcharme, por si ocurría algo que requiriese de mi ayuda.

Vacilé durante un momento; luego saqué un banco y me senté en él, tratando de no hacer mucho ruido. En realidad, ninguno de ellos parecía estar preocupado en lo más mínimo por mi presencia, si es que la notaban. Pero yo me sentía incómoda, y me aparté un poco para no mirarlos.

La técnica de Fergus me asombraba y me interesaba a partes iguales. Él tenía toda la razón; amamantar a un bebé hace que el útero se contraiga. Las parteras que había conocido en L'Hôpital des Anges de París también me lo habían dicho; si una mujer acababa de parir, había que darle al bebé para que lo amamantara, lo que haría más lenta la hemorragia. Aunque ninguna había mencionado la técnica como un medio de inducir las labores del parto.

«En el burdel, si alguna de *les filies* tenía dificultades, otra le hacía este servicio», había dicho él.

Su madre había sido una de *les filies*, aunque él no la había conocido. Imaginé a una prostituta parisina de cabello oscuro, probablemente joven, gimiendo por las labores del parto, y a una amiga arrodillada para chuparla tiernamente, acariciando unos pechos suaves e hinchados y susurrando palabras de aliento, mientras los fuertes gritos de los clientes satisfechos resonaban a través del suelo y de las paredes.

¿Habría muerto, su madre? ¿En el parto de él, o de algún hijo posterior? ¿Estrangulada por algún cliente borracho, golpeada por el ayudante de la *madame*? ¿O era sólo que no lo había deseado, que no había querido hacerse responsable de un hijo bastardo y, por tanto, lo había dejado a la compasión de las otras mujeres, como otro de los hijos sin nombre de la calle, el bebé de nadie?

Marsali se movió en la cama y levantó la mirada para asegurarme de que se encontrara bien. Lo estaba. Sólo se había movido para rodear con sus brazos los

hombros de Fergus. Se había quitado la gorra; su pelo dorado estaba suelto y brillaba en contraste con la reluciente negrura del de él.

—Fergus... Creo que es posible que muera —susurró con una voz casi inaudible por encima del viento entre los árboles.

Él soltó el pezón, pero movió los labios con delicadeza por la superficie del pecho, mientras murmuraba:

—Tú siempre crees que vas a morir, *p'tite puce*; todas las mujeres lo creen.

—Sí, y eso es porque muchas sí se mueren —respondió ella un poco bruscamente, y abrió los ojos. Él sonrió.

—Tú no —dijo en voz baja, pero con mucha tranquilidad. Pasó la mano por su estómago, primero con suavidad, luego más fuerte. Vi que el montículo se hacia más firme y que adquiría de repente una forma redondeada y sólida. Marsali exhaló un aliento profundo y repentino, y Fergus apretó el canto de la mano contra la base del montículo, presionando con fuerza el hueso pubiano, y la mantuvo allí hasta que la contracción cedió.

—Oh —jadeó ella.

—*Tu... non* —susurró él—. Tú no. No permitiré que te marches.

Fergus reanudó su actividad, haciendo una pausa cada tanto para murmurarle algo en francés a Marsali. Me levanté y me deslicé lentamente hacia el pie de la cama improvisada sobre la mesa. Eché una rápida mirada a la encimera para asegurarme de que todo estuviera listo, y lo estaba.

Tal vez las cosas saldrían bien. Había una mancha de sangre en la sábana, pero era normal a esas alturas. Todavía estaba el preocupante latido del bebé, la posibilidad de un accidente con el cordón, pero no había nada que pudiera hacer al respecto en ese momento. Marsali había tomado una decisión, y era la correcta.

Fergus había reanudado sus chupadas. Salí en silencio al pasillo y dejé la puerta entornada para que tuvieran intimidad. Si ella presentaba una verdadera hemorragia, yo estaría a su lado en un segundo.

Todavía tenía la jarra de hojas de frambuesa en la mano. Supuse que bien podría preparar el té, aunque sólo fuera para sentirme útil.

Al no encontrar a su esposa en su casa, el viejo Arch Bug había subido hasta nuestra casa con los niños. Félicité y Joan estaban profundamente dormidas sobre el banco, y Arch fumaba su pipa junto a la chimenea, haciendo anillos de humo para Germain, que lo contemplaba absorto. Mientras tanto, Jamie, Ian y Malva Christie parecían estar enfrascados en una amable discusión literaria sobre los méritos de Henry Fielding, Tobias Smollett y...

—¿Ovidio? —dije, captando las últimas palabras de un comentario—. ¿En serio?

—«Mientras seas feliz, tendrás amigos —citó Jamie—; pero si la fortuna te es adversa, te quedarás solo». ¿No crees que eso es lo que les ocurre al pobre Tom

Jones y al pequeño Perry Pickle?

—¡Pero seguramente los buenos amigos no abandonarían a un hombre sólo porque éste se encontrara en dificultades! —objetó Malva—. ¿Qué clase de amigos son éos?

—De la clase más habitual, me temo —señalé—. Por suerte, hay unos pocos de la otra clase.

—Sí, es cierto —dijo Jamie. Le sonrió a Malva—. Los highlanders son los amigos más sinceros, aunque sólo sea porque tienen los peores enemigos.

La cara de Malva adquirió un ligero tono rosado, pero se dio cuenta de que la estaban provocando.

—Ejem —tosió—. Mi padre dice que los highlanders son luchadores tan feroces porque no hay casi nada de valor en las Highlands, y las peores batallas siempre se libran por los motivos más bajos.

Todos se retorcieron de risa al oírla, y Jamie se levantó para acercarse a mí, dejando que Ian y Malva reanudaran sus discusiones.

—¿Cómo se encuentra la muchacha? —preguntó en tono quedo.

—No estoy segura —respondí—. Fergus está... eh... atendiéndola.

—¿Cómo? —preguntó—. Pensaba que no había mucho que un hombre pudiera hacer en esas circunstancias, una vez que el proceso ha comenzado.

—Oh, te sorprenderías —le aseguré—. ¡Yo me he sorprendido!

Él pareció intrigado, pero le impidió hacer más preguntas la exigencia de la señora Bug de que todos dejaran de hablar de esos malvados que estaban en las páginas de los libros y que no hacían nada bueno, y que vinieran a comer.

Yo también me senté a cenar, pero en realidad no pude comer nada, distraída como estaba por mi preocupación por Marsali. El té de hojas de framboesa ya se había asentado mientras comíamos; lo serví y lo llevé a la consulta, donde entré, no sin antes llamar discretamente a la puerta.

Fergus estaba sonrojado y sin aliento, pero con los ojos brillantes. No tuve forma de convencerlo de que viniera a comer, e insistió en que se quedaría junto a Marsali. Sus esfuerzos parecían dar resultado; las contracciones de Marsali ya eran regulares, aunque todavía muy distantes entre sí.

—Serán más rápidas cuando rompa aguas —me dijo. Ella tenía la expresión de alguien que está escuchando lo que ocurre dentro de su cuerpo—. Siempre es así.

Volví a revisar los latidos; no se habían producido grandes cambios; el ritmo seguía siendo irregular, pero no más débil. Me excusé. Jamie estaba en su estudio, al otro lado del pasillo. Entré y me senté a su lado, para estar cerca cuando me necesitaran.

Estaba escribiendo su habitual carta a su hermana, haciendo una pausa cada tanto para frotarse la mano derecha acalambrada antes de continuar. Arriba, la señora Bug estaba acostando a los niños. Oí los sollozos de Félicité y a Germain

intentando calmarla con una canción.

Al otro lado del pasillo, pequeños movimientos y murmullos, alguien que cambiaba de lugar y el crujido de la mesa. Y, en las profundidades de mi oído interior, como un eco de mi propio pulso, el latido suave y veloz del corazón de un bebé.

—¿Qué estás haciendo, Sassenach?

Levanté la mirada, asombrada.

—No estoy haciendo nada.

—Parece que intentes mirar a través de la pared y que no te guste nada lo que ves.

—Oh. —Bajé la mirada y me di cuenta de que había estado retorciendo y alisando la tela de mi falda entre los dedos—. Reviviendo mis fracasos, supongo.

Él me miró, se levantó y vino a mi lado, apoyó las manos en la base de la nuca y me masajeó los hombros con una mano fuerte y cálida.

—¿Qué fracasos? —preguntó.

Cerré los ojos, tratando de no gemir por las sensaciones de dolor de los músculos contracturados y el alivio exquisito y simultáneo.

—Oh —dije, y suspiré—. Los pacientes que no pude salvar, los errores, los desastres, los accidentes, los niños que nacieron muertos...

Esa última frase quedó flotando en el aire, y sus manos hicieron una pausa en su trabajo, para luego reanudarlo con más fuerza.

—Seguramente ha habido ocasiones en las que no has podido hacer nada, ¿verdad? Ni tú ni nadie. Hay cosas que nadie puede arreglar, ¿no?

—Tú jamás crees eso cuando se trata de ti. ¿Por qué debería creerlo yo?

Hizo una pausa en su masaje, y yo dirigí la mirada hacia él por encima del hombro. Movió la cabeza, suspiró y retomó su actividad.

—Sí, bueno, supongo que eso es bastante cierto —dijo, con muy mala cara.

—Es lo que los griegos llamaban *hubris*, ¿no crees?

—Sí. Y tú sabes adónde lleva eso.

—A una solitaria roca bajo el sol, con un buitre mordisqueándose el hígado —repuse, y me eché a reír.

Jamie también rió.

—Sí, bueno, una solitaria roca bajo un sol ardiente es un buen lugar para tener compañía, diría yo. Y no me refiero al buitre.

Sus manos dieron un último apretón a mis hombros, pero no las apartó. Recliné la cabeza contra su cuerpo, con los ojos cerrados. En el momentáneo silencio que se produjo, nos llegaron unos leves sonidos del otro lado del pasillo, donde estaba la consulta. Un gemido amortiguado de Marsali al presentarse otra contracción, una suave pregunta en francés de Fergus.

Sentí que en realidad no deberíamos escucharlos. Hubo un murmullo de Marsali, una pausa, luego un comentario vacilante de Fergus.

—Sí, como hicimos antes de Félicité —llegó la voz de Marsali, amortiguada pero nítida.

—*Oui*, pero...

—Entonces pon algo contra la puerta —dijo ella en tono impaciente.

Oímos pisadas y la puerta de la consulta que se abría. Fergus estaba allí de pie, con su oscuro pelo desordenado, la camisa desabotonada, y su apuesto rostro profundamente sonrojado bajo la sombra de la barba incipiente. Él nos vio y una expresión extraña le cruzó la cara. Orgullo, vergüenza y algo indefiniblemente... francés. Le dedicó a Jamie una sonrisa torcida y encogió un solo hombro; luego cerró la puerta con fuerza. Oímos el ruido de una pequeña mesa que se movía y el pequeño golpe que hizo cuando la empujó contra la puerta.

Jamie y yo intercambiamos una mirada de desconcierto.

Llegaron algunas risitas del otro lado de la puerta cerrada, acompañadas por un enorme crujido.

—No irá a... —empezó a decir Jamie con expresión de incredulidad—. ¿O sí?

Era evidente, a juzgar por los débiles crujidos ritmicos que empezaban a oírse en la consulta.

Sentí que una ligera oleada de calor me inundaba, junto con una leve sensación de impresión... y el impulso más fuerte de echarme a reír.

—Bueno... eh... alguna vez he oído que... en ocasiones puede facilitar el parto. Si el bebé venía con retraso, las *maîtresses sage femme* de París a veces les decían a las mujeres que emborrachasen a sus maridos y... eh...

Jamie miró la puerta de la consulta con un gesto de sorpresa, mezclado con un vacilante respeto.

—Y él ni siquiera se ha tomado una copita. Bueno, si es eso lo que piensa hacer, ese cabrón tiene huevos, hay que admitirlo.

Ian, que apareció por el pasillo justo a tiempo para oír esa parte del diálogo, se detuvo de pronto. Escuchó un momento los ruidos que provenían de la consulta, miró a Jamie, luego a mí y luego la puerta de la consulta; entonces movió la cabeza y volvió sobre sus pasos, de regreso a la cocina.

Jamie extendió el brazo y, con suma delicadeza, cerró la puerta del estudio.

Sin comentario alguno, volvió a sentarse, cogió su pluma y empezó a escribir empecinadamente. Yo me acerqué a la pequeña estantería y permanecí de pie, contemplando la colección de lomos destartalados.

Era poco común que me detuviera en reminiscencias personales cuando estaba tratando con pacientes; ni tenía tiempo ni podía prestarles atención. Pero en ese momento, disponía de ambas cosas. Y me llegó un recuerdo muy nítido de la noche anterior al nacimiento de Bree.

La gente suele decir que las mujeres olvidan cómo es dar a luz, porque si lo recordaran, ninguna lo haría más de una vez. Yo, personalmente, no tenía ningún problema para recordarlo.

La sensación de una enorme inercia. Ese período interminable cerca del fin, cuando parece que ese fin jamás llegará, que una está anclada en una especie de pozo de alquitrán prehistórico, y que cada pequeño movimiento es una lucha destinada al fracaso. Cada centímetro cuadrado de piel a punto de estallar, al igual que los nervios.

Una no olvida. Simplemente, llega a un punto tal que ya no le importa qué sentirá en el momento del parto; cualquier cosa es mejor que estar embarazada un instante más.

Yo había alcanzado ese punto alrededor de dos semanas antes de la fecha en que se esperaba el parto. La fecha llegó... y pasó. Una semana después, me encontraba histérica y aletargada simultáneamente.

Frank estaba más cómodo que yo, físicamente, pero en cuanto a nervios, no había grandes diferencias entre ambos. Los dos estábamos aterrorizados; no sólo por el parto, sino por lo que podría ocurrir después. Como era habitual en él, Frank reaccionaba al terror ensimismándose, retirándose a un lugar donde pudiera controlar todo lo que ocurría y sin dejar que nadie entrara en él.

Pero yo no estaba de ánimo como para respetar las barreras de nadie, y estallé en lágrimas de pura desesperación cuando un alegre obstetra me informó de que no estaba nada dilatada y de que «podrían pasar varios días más; tal vez una semana».

Tratando de calmarme, Frank empezó a masajearme los pies. Luego la espalda, la nuca, los hombros; todas las partes que yo le permitía tocarme. Y, poco a poco, comencé a agotarme y permanecí allí quieta, dejando que él me tocara. Y... y los dos estábamos aterrorizados, y necesitábamos tranquilizarnos desesperadamente, y ninguno sabía qué palabras usar para lograrlo.

Y él me hizo el amor, lenta y suavemente, y nos quedamos dormidos abrazados... y despertamos en un estado de pánico varias horas más tarde, cuando rompí aguas.

—¡Claire! —Supongo que Jamie había gritado mi nombre más de una vez; yo había estado tan perdida en el recuerdo que había olvidado por completo dónde me encontraba.

—¿Qué? —Me volví, con el corazón latiendo con fuerza—. ¿Ha ocurrido algo?

—No, aún no. —Me miró con el entrecejo fruncido—. ¿Te encuentras bien, Sassenach?

—Sí. Yo... estaba pensando.

—Sí, me he dado cuenta de ello —dijo—. ¿Tienes miedo? —preguntó en voz baja—. De que tú también estés embarazada, quiero decir.

—No —respondí, y percibí el tono de desolación en mi voz con la misma claridad que él—. Sé que no lo estoy. —Lo miré; su cara estaba nublada por una expresión de lágrimas no vertidas—. Estoy triste porque no lo estoy, porque ya no volveré a estarlo.

Parpadeé con fuerza y vi en su rostro las mismas emociones que yo sentía: alivio y arrepentimiento, mezclados de tal manera que era imposible decir cuál era la principal. Él me rodeó con los brazos y yo incliné la frente contra su pecho, pensando en el alivio que suponía saber que yo también estaba acompañada en esta roca.

Permanecimos en silencio durante un rato, sólo respirando. Entonces se produjo un repentino cambio en los subrepticios ruidos que llegaban de la consulta. Hubo un pequeño grito de sorpresa, una exclamación en francés más fuerte, y luego el sonido de unos pies que aterrizaran pesadamente sobre el suelo, junto con la inconfundible salpicadura del líquido amniótico.

Era cierto: las cosas habían empezado a moverse más de prisa. En menos de una hora vi aparecer la coronilla de un cráneo lleno de motas negras.

—Tiene un montón de pelo —informé, allanando el perineo con aceite—. ¡Ten cuidado, no empujes demasiado fuerte! Aún no. —Tanteé la curva del cráneo emergente con la mano—. Tiene una cabeza realmente grande.

—Jamás lo habría adivinado —dijo Marsali, con la cara roja y jadeando—. Gracias por decírmelo.

Casi no tuve tiempo de reír antes de que la cabeza se deslizara fácilmente en mis manos, boca abajo. Sí tenía el cordón umbilical alrededor del cuello, pero no apretado, ¡gracias a Dios! Metí un dedo debajo y lo aflojé, y no fue necesario que dijera «¡Empuja!», antes de que Marsali tomara un aliento grande como toda China y lanzara al bebé contra mi estómago como una bala de cañón.

Era como si de pronto me hubieran entregado un cerdo engrasado, y agité los brazos como una loca, tratando de poner a la criatura hacia arriba y ver si él —o ella — respiraba.

Mientras tanto, oí los chillidos de excitación de Malva y de la señora Bug, y unos pesados pasos que corrían por el pasillo desde la cocina.

Encontré la cara del bebé, me apresuré a liberarle los orificios nasales y la boca, insuflé un poco de aire dentro de su boca y chasqueé un dedo contra la planta de uno de sus pies. El pie se echó hacia atrás de modo reflejo, y la boca se abrió dejando escapar un lozano alarido.

—*Bon soir, Monsieur L'Oeuf* —dije, comprobando que fuera un *monsieur*.

—*Monsieur?* —El rostro de Fergus se partió en una sonrisa de oreja a oreja.

—*Monsieur* —confirmé, envolví al bebé en una franela y lo deposité en brazos de su padre mientras me dedicaba a atar y a cortar el cordón umbilical, para luego atender a la madre.

Marsali, a Dios gracias, se encontraba bien; agotada y bañada en sudor, pero sonriendo. El suelo estaba lleno de charcos, la ropa de cama, empapada, y la atmósfera cargada con los fecundos olores del parto, pero nadie parecía notarlo en la emoción generalizada.

Masajeé el vientre de Marsali para alentar la contracción del útero, mientras la señora Bug le traía una enorme jarra de cerveza.

—¿Él está bien? —dijo, después de beber—. ¿De verdad está bien?

—Bueno, tiene dos brazos, dos piernas y una cabeza —respondí—. No he tenido tiempo de contar los dedos de las manos y los pies.

Fergus depositó el bebé sobre la mesa, al lado de Marsali.

—Compruébalo tú misma, *ma chère* —dijo. Abrió la manta y parpadeó.

Luego se inclinó más cerca y frunció el ceño.

Ian y Jamie dejaron de hablar al verlo.

—¿Algún problema? —preguntó Jamie, acercándose.

Un repentino silencio cayó sobre la sala.

—*Maman*?

Germain estaba en el umbral, balanceándose y con cara de sueño.

—¿Ya está aquí? *C'est monsieur*?

Sin esperar respuesta ni autorización, avanzó y se inclinó sobre las ropas de cama manchadas de sangre, con la boca un poco abierta mientras contemplaba a su hermano recién nacido.

—Parece raro —dijo, y frunció ligeramente el ceño—. ¿Qué le pasa?

Fergus estaba de pie, paralizado, como todos nosotros. Pero cuando oyó esas palabras, miró a Germain, luego volvió a contemplar al bebé, y de nuevo a su primer hijo.

—*Il est un nain* —respondió, casi con naturalidad. Apretó el hombro de Germain con tanta fuerza que provocó un grito de alarma del niño, luego giró en redondo y se marchó. Oí que la puerta principal de la casa se abría y una corriente fría se colaba por el pasillo y llegaba hasta la sala.

Il est un nain. Es un enano.

Fergus no había cerrado la puerta, y el viento apagó las velas, dejándonos en una semioscuridad, iluminada sólo por el resplandor del brasero.

Lobos de invierno

El pequeño Henri-Christian parecía estar perfectamente; sólo que era enano. Aunque sí tenía un poco de ictericia, un suave tono dorado en la piel que daba a sus redondeadas mejillas un resplandor delicado, como los pétalos de un narciso. Con su mechón lacio y negro en la punta de la cabeza, podría haber sido un bebé chino, de no ser por sus ojos azules, inmensos y redondos.

En cierta manera, suponía que debía estarle agradecida. Sólo el nacimiento de un enano podría haber apartado la atención del cerro de mí y de los acontecimientos del mes anterior. La cuestión era que la gente ya no contemplaba mi rostro ni intentaba encontrar torpemente algo que decirme. Tenían mucho para decir: a mí, entre ellos y, lo que ocurría con no poca frecuencia, a Marsali, en los momentos en que ni Bree ni yo llegábamos a tiempo para detenerlos.

Suponía que le dirían las mismas cosas a Fergus, si lo veían. Él había regresado, tres días después del nacimiento del bebé, mudo y con una expresión oscura en el rostro. Se había quedado lo suficiente para aprobar la elección del nombre que había hecho Marsali, y para mantener una breve conversación en privado con ella. Luego había vuelto a marcharse.

Si ella sabía dónde estaba, no lo decía. Por el momento, ella y los niños se quedaron en la Casa Grande con nosotros. Marsali sonreía y prestaba atención a sus otros hijos, aunque siempre parecía estar escuchando en busca de algo que no estaba allí. Me pregunté si serían las pisadas de Fergus.

Una cosa buena: siempre mantenía a Henri-Christian cerca, llevándolo en los brazos, o dejándolo a sus pies, en su cesta de ramas entrelazadas. Yo había visto a otros padres que habían dado a luz a hijos con algún defecto; por lo general, su reacción consistía en apartarse, incapaces de lidiar con la situación. Marsali se enfrentaba a ella de otra manera: adoptando una feroz actitud protectora con él.

Cada tanto llegaban visitantes que fingían tener que hablar con Jamie sobre algo o pedirme algún tónico o ungüento; pero, en realidad, esperaban poder echar un vistazo al bebé. Por eso Marsali se puso tensa y sujetó a Henri-Christian contra el pecho cuando la puerta trasera se abrió y una sombra atravesó el umbral.

Pero se relajó un poco al ver que el visitante era el joven Ian.

—Hola, prima —dijo él, sonriéndole—. ¿Te encuentras bien? ¿Y el niño?

—Muy bien —respondió ella en tono firme—. ¿Has venido a ver a tu nuevo primo?

—Sí, y además le he traído un regalito. —Levantó una de sus grandes manos

y se tocó la camisa—. Tú también te encuentras bien, ¿verdad, tía Claire?

—Hola, Ian —dijo—. Sí, estoy bien. ¿Una cerveza?

Me alegré de verlo; yo había estado haciéndole compañía a Marsali mientras ella cosía, mientras la señora Bug se ocupaba de las gallinas. Pero había dejado una decocción de ortiga preparándose en la consulta y tenía que comprobar su estado. Podía confiar en que Ian cuidaría a Marsali.

Después de dejarles un pequeño refrigerio, me escapé a la consulta y pasé un agradable cuarto de hora sola con las hierbas, trasvasando infusiones y poniendo un puñado de romero a secar, rodeada del penetrante aroma y la tranquilidad de las plantas. En esos días era difícil tener un momento de soledad como ése. Sabía que Marsali estaba ansiosa por volver a su propia casa, pero me espantaba la idea de permitírselo antes de que Fergus estuviera de vuelta para ayudarla, aunque sólo fuera un poco.

—Maldito cabrón —murmuré entre dientes—. Bestia egoista.

Cuando volví por el pasillo, apestando a romero y a raíz de ginseng, oí que Marsali le manifestaba una opinión similar a Ian.

—Sí, entiendo que esté angustiado, ¿quién no lo estaría? —Estaba diciendo, con la voz cargada de dolor—. ¿Pero por qué tuvo que huir y dejarnos solos? ¿Has hablado con él, Ian? ¿Ha dicho algo?

De modo que era eso. Ian había partido en uno de sus misteriosos viajes; debía de haberse encontrado con Fergus en algún lugar y se lo estaba contando a Marsali.

—Sí —respondió—. Sólo unas palabras. —Me quedé atrás, puesto que no deseaba interrumpirlos, pero desde donde estaba pude verle la cara. Él se inclinó sobre la mesa y extendió los brazos—. ¿Puedo cogerlo, prima? Por favor.

La espalda de Marsali se tensó, pero finalmente le entregó el bebé, que se sacudió y pateó un poco en su pañal, aunque no tardó en acomodarse contra el hombro de Ian, chasqueando suavemente la lengua. Ian inclinó la cara, sonriendo, y rozó con ella la cabeza grande y redonda de Henri-Christian.

Le dijo algo en voz baja al bebé, en un idioma que a mí me pareció mohawk.

—¿Qué es lo que has dicho? —preguntó Marsali con curiosidad.

—Es una especie de bendición. —Palmeó la espalda de Henri-Christian con mucha suavidad—. Consiste en pedirle al viento que le dé la bienvenida, al cielo que le dé refugio, y al agua y a la tierra que le proporcionen alimento.

—Oh —murmuró Marsali—. Eso es muy bonito, Ian. —Pero después tensó sus hombros—. Has dicho que has hablado con Fergus.

Ian asintió, con los ojos cerrados. Tenía la mejilla apoyada en la cabeza del bebé. Se quedó en silencio un momento, pero vi que la garganta se le movía, que su gran nuez subía y bajaba mientras él tragaba saliva.

—He tenido un hijo, prima —susurró, a un volumen tan bajo que apenas alcancé a oírlo.

Marsali si lo oyó, y quedó paralizada; la aguja que había cogido resplandeció en su mano. Luego, con un movimiento muy lento, volvió a bajarla.

—¿Ah, sí? —dijo al mismo volumen. Entonces se levantó, rodeó la mesa con un suave crujido de sus faldas, se sentó a su lado en el banco, y posó su pequeña mano sobre el codo de él.

Él no abrió los ojos, pero respiró hondo, y con el bebé cerca de su corazón, comenzó a hablar, en una voz casi tan suave como el crepitante del fuego.

Se despertó de su sueño sabiendo que algo andaba realmente mal. Rodó hacia la parte trasera de la plataforma de la cama, donde tenía sus armas a mano, pero antes de que pudiera coger el cuchillo o la lanza, volvió a oír el sonido que debía de haberlo despertado. Provenía de detrás de él; no era más que un ligero jadeo, pero percibió dolor y miedo en el sonido.

El fuego ardía muy suavemente; no alcanzaba a ver más que la punta oscura de la cabeza de Wako'tegehsonhsa, recortada contra un resplandor rojizo, y el bulbo doble del hombro y la cadera bajo las pieles. Ella no se movió ni volvió a emitir ese sonido, pero algo en aquellas curvas quietas y oscuras le atravesó el corazón como un tomahawk dando en el blanco.

Le sujetó el hombro con fuerza, deseando que estuviera bien. Sus huesos eran pequeños y duros a través de la carne. Él había olvidado el kahnyen'kehaka, de modo que pronunció las primeras palabras que le vinieron a la mente.

—Muchacha... amor... ¿estás bien? Que el bendito Miguel nos defienda, ¿te encuentras bien?

Ella sabía que él estaba allí, pero no se volvió. Algo —una onda extraña, como la de una piedra arrojada al agua— la atravesó, y la respiración volvió a atragantársele, con un sonido pequeño y seco.

Él no esperó, sino que saltó desnudo de debajo de las pieles y empezó a pedir ayuda. La gente empezó a salir a tientas hacia la luz mortecina de la galería de la casa larga, formas abultadas que corrían hacia él en una niebla de preguntas. Él no podía hablar; no era necesario. Al cabo de pocos instantes Tewaktenyonth estuvo allí, con su cara anciana y fuerte marcada por una triste calma, y las mujeres del poblado pasaron corriendo, haciendo a un lado mientras se llevaban a Emily, cubierta con la piel de un ciervo.

Él las siguió hacia el exterior, pero ellas no le prestaron atención y desaparecieron hacia la casa de las mujeres, que se encontraba al otro extremo de la aldea. Dos o tres hombres salieron, las miraron, y volvieron a entrar. Hacía frío, era muy tarde, y estaba claro que se trataba de un asunto de mujeres.

Él también entró, pero sólo lo suficiente como para ponerse algo de ropa. No podía quedarse en la casa larga, con la cama sin ella y oliendo a sangre. También había sangre en su piel, pero no se detuvo a lavarse.

Afuera, las estrellas habían desaparecido, pero el cielo seguía negro. Hacía

un frío que calaba los huesos, y el aire estaba muy quieto.

El cuero que colgaba sobre la puerta de su casa larga se movió y entró *Rollo*, gris como un espectro. Luego sacudió su pesado collar, resopló echando una nubecilla de aliento blanco y avanzó poco a poco hasta colocarse a un costado de su amo. Se sentó dejando caer todo su peso de golpe, con un suspiro de resignación, y se recostó contra la pierna de Ian.

El chico permaneció de pie un instante más, mirando hacia la casa donde se encontraba su Emily. Su cara ardía, febril de urgencia. Él mismo ardía, con fuerza y luz, como un carbón. Por fin, se golpeó la palma contra el muslo y se dirigió hacia el bosque, andando de prisa, con el gran perro caminando a su lado.

—Ave María, llena eres de gracia... —No prestó atención hacia adónde se dirigía, rezando entre dientes, pero en voz alta, en busca del solaz de su propia voz en la muda oscuridad.

Se preguntó si no tendría que estar orándole a uno de los espíritus mohawk. ¿Estarían enfadados porque le hablaba a su antiguo Dios, a la madre de Dios? ¿Se vengarían por esa afrenta, descargando su furia en su esposa y su hijo?

«El niño está muerto». No sabía de dónde había salido ese conocimiento, pero supo que era cierto. Era un conocimiento desapasionado, que aún no servía de pábulo a la pena.

Siguió avanzando hacia el bosque, caminando, después corriendo. El aire era frío como el acero, y estaba quieto; oía a putrefacción y a trementina, pero los árboles susurraron, sólo un poco, cuando él pasó. Emily podía oírlos cuando hablaban, conocía sus voces secretas.

—Sí, ¿y para qué sirve eso? —murmuró, con el rostro vuelto hacia el vacío sin estrellas entre las ramas—. Vosotros no decís nada que valga la pena saber. No sabéis cómo se encuentra ella ahora, ¿verdad?

Cada tanto oía los pasos del perro, que crujían entre las hojas muertas justo detrás de él y que resonaban con golpes sordos en las franjas de tierra desnuda. A veces tropezaba, con los pies perdidos en la oscuridad; una vez se cayó y se golpeó, volvió a ponerse en pie y siguió corriendo. Había dejado de rezar; su mente ya no podía formar más palabras, no podía elegir entre las sílabas fragmentadas de sus diferentes lenguas, y el aliento le quemaba con fuerza en la garganta mientras corría.

Sintió el cuerpo de ella contra el suyo en el frío, sus grandes pechos en sus manos, sus nalgas pequeñas y redondeadas devolviendo sus embates, pesadas y dispuestas mientras él la atravesaba. Oh, Dios, él sabía que no debía hacerlo, ¡lo sabía! Y aun así lo había hecho, noche tras noche, loco por aquel apretón fuerte y resbaladizo, mucho después del día en que supo que debía parar, egoista, insensato, enloquecido y perverso de lujuria...

Corría y, en lo alto, los árboles de ella murmuraban una condena a su paso.

Tuvo que parar, sollozando, para recuperar el aliento. El cielo había pasado

del negro al color que adquiere antes de la luz. El perro lo empujó con el hocico, gimiendo suavemente en su garganta, con sus ojos ambarinos inexpresivos y oscuros en la inexistente luz de esa hora.

El sudor le recorría el cuerpo por debajo de la camisa de piel, empapándole el manchado taparrabos entre las piernas. Sus partes pudendas estaban frías, encogidas contra su cuerpo, y él podía sentir su propio olor, un hedor rancio de miedo y pérdida.

Rollo levantó las orejas y volvió a gemir, apartándose un paso, regresando y volviendo a alejarse, con la cola encogida por los nervios. « Vamos —estaba diciendo, con la misma claridad que si usara palabras—. ¡Vamos, ahora! » .

De haber estado solo, Ian podría haberse tumbado sobre las hojas heladas, hundir la cara en la tierra y permanecer allí. Pero la fuerza de la costumbre lo impulsó; estaba habituado a hacer caso al perro.

—¿Qué? —murmuró—. ¿Qué ocurre?

Rollo gruñó desde lo más profundo de su garganta. Estaba quieto y rígido, con los pelos del lomo erizados. Ian lo vio, y un lejano temblor de alarma se dejó percibir a través de la niebla del agotamiento y la desesperación. Se llevó la mano al cinturón, y al no encontrar nada allí, se golpeó la zona, incrédulo. Por Dios, ¡ni siquiera llevaba un cuchillo de despellejar!

Rollo volvió a gruñir, más fuerte. Una advertencia, para que lo oyieran. Ian se dio la vuelta y miró, pero no vio más que los oscuros troncos de cedros y pinos.

Un mercader francés que se había acercado a la hoguera había llamado a esa hora, a esa luz, *l'heure du loup*, la hora del lobo. Y no le faltaba razón; era un momento adecuado para cazar, cuando la noche empieza a alejarse y se levanta la débil brisa que surge antes del amanecer, trayendo el olor de la presa.

Su mano pasó al otro lado del cinturón, donde debía estar la bolsa de *taseng*: grasa de oso con hojas de menta, para ocultar el olor de un hombre mientras cazaba o era cazado. Pero ese lado también estaba vacío, y sintió que el corazón le latía rápidamente y con fuerza, mientras el viento frío le secaba el sudor del cuerpo.

Rollo había descubierto los dientes y su gruñido era como un trueno grave y continuado. Ian se agachó y cogió una rama de pino del suelo. Era de un buen tamaño, aunque menos resistente de lo que le habría gustado, e incómoda, llena de ramitas pequeñas y largas.

—A casa —le susurró al perro.

No tenía ni idea de dónde estaba, ni en qué dirección se encontraba la aldea, pero *Rollo* sí. El animal retrocedió lentamente, sin apartar los ojos de las sombras grises. ¿Se movían, esas sombras?

Empezó a caminar más de prisa, siempre hacia atrás, tanteando la elevación del suelo a través de las suelas de sus mocasines, presintiendo la presencia de

Rollo por el crujido de las patas del animal, el débil gemido que aparecía cada tanto a sus espaldas. Allí, sí. ¡Una sombra se había movido! Una silueta gris, muy lejana y que había visto durante un tiempo demasiado breve como para reconocerla, pero estaba allí, y era reconocible aunque sólo fuera por su presencia.

Si había uno, había más; no cazaban solos. Pero aún no estaban cerca; giró y empezó a correr, aunque no presa del pánico, a pesar del miedo que sentía. Un avance rápido y firme, el paso que su tío le había enseñado, que devoraría los empinados e interminables kilómetros de las montañas escocesas, con un esfuerzo constante sin agotarse. Debía guardar energía para la lucha.

Had agua cerca; la oyó borbotar a pesar del viento. Pero el viento trajo también otro sonido, un aullido largo y sobrenatural que hizo que su cara volviera a empaparse de un sudor frío. Otro le respondió, al oeste. Todavía lejos, pero ahora sí estaban cazando, comunicándose entre sí. Su ropa estaba manchada de la sangre de ella.

Ian se volvió, buscando el agua. Era un pequeño arroyo, de pocos metros de ancho. Se lanzó a él sin vacilar, astillando la piel de hielo que se aferraba a las orillas, sintiendo la punzada de frío en sus piernas y en su piel cuando el agua empapó las polainas y le llenó los mocasines. Se detuvo durante una fracción de segundo para quitarse los mocasines y evitar que se los llevara la corriente; se los había hecho Emily, de cuero de alce.

Rollo había cruzado el arroyo en dos gigantescos saltos, y se detuvo en la otra orilla para sacudirse antes de seguir adelante. Pero se mantuvo cerca de la orilla; Ian permaneció en el agua, chapoteando a la altura de las espinillas, con la idea de aguantar todo lo que pudiera. Los lobos cazaban atraídos tanto por el viento como por el olor, pero no era necesario facilitarles las cosas.

Se había metido los mocasines mojados por el cuello de la camisa, y unos chorros helados le corrían por el pecho y el vientre, empapándole el taparrabos. Los pies estaban entumecidos; ya no podía sentir las redondeadas piedras del lecho del arroyo, pero cada tanto uno de sus pies patinaba sobre alguna, resbaladiza por las algas, y él debía agacharse para recuperar el equilibrio.

Oyó los lobos más claramente; eso era bueno: el viento había cambiado, ahora soplaban en su dirección, trayendo sus voces. ¿O sería tan sólo que estaban más cerca?

Más cerca. *Rollo* se movía salvajemente, avanzando hacia adelante y hacia atrás en la otra orilla, gimiendo y gruñendo, urgiéndolo con breves aullidos. Un sendero de ciervos terminaba en el arroyo de aquel lado; Ian salió del agua en ese punto, jadeando y sacudiéndose. Tuvo que intentarlo varias veces antes de lograr ponerse los mocasines. El cuero empapado estaba duro, y sus manos y sus pies se negaban a trabajar. Tuvo que dejar el garrote en el suelo y usar ambas manos.

Acababa de ponerse el segundo cuando *Rollo* se abalanzó repentinamente hacia la orilla, rugiendo en tono desafiante. Ian giró en el barro helado y cogió su garrote, justo a tiempo para ver una silueta gris, casi del mismo tamaño de *Rollo*, al otro lado del agua, con sus pálidos ojos alarmantemente próximos.

Chilló y lanzó el garrote en un acto reflejo. El palo cruzó el arroyo y golpeó el suelo cerca de las patas del lobo, y aquella cosa se desvaneció como por arte de magia. Se quedó paralizado un instante, observando. ¿No lo habría imaginado?

No. *Rollo* estaba inquieto, gruñendo con los dientes descubiertos, y con salpicaduras de espuma en el hocico. Había piedras en el borde del arroyo; Ian cogió una, otra, juntó unas cuantas, otra más levantando los faldones de la camisa para hacer una bolsa.

El lobo más lejano volvió a aullar; el más cercano respondió, tan cerca que de inmediato a Ian se le erizaron los pelos de la nuca. Lanzó una roca en dirección de la llamada, giró sobre sus talones y empezó a correr, con el montón de piedras apretado con fuerza contra su vientre.

El cielo se había iluminado y comenzaba a amanecer. El corazón y los pulmones luchaban por más aire y, sin embargo, Ian tenía la impresión de que corría con tanta lentitud que flotaba por encima del suelo del bosque. Podía ver cada árbol, cada aguja de los abetos por los que pasaba, cortas y gruesas, con un suave tono verde y plateado bajo la luz.

Respirar le costaba cada vez más, su visión se nublaba cuando las lágrimas, producto del esfuerzo, le cubrían los ojos. Las apartaba con un parpadeo y los ojos volvían a llenarse. La rama de un árbol le golpeó en la cara y lo encegueció.

—¡Cedro Rojo, ayúdame! —jadeó; el kahnyen'kehaka llegó a sus labios como si él jamás hubiera hablado inglés o invocado a Cristo y a Su Madre.

«Detrás de ti». Era una voz suave, tal vez no más que la voz de su propio instinto, pero él giró de inmediato, con la piedra en la mano, y la arrojó con toda su fuerza. Otra, y otra, y otra, lo más de prisa que pudo. Oyó un crujido, un golpe y un grito, y *Rollo* se dio la vuelta bruscamente, patinando, listo para lanzarse al ataque.

—¡Vamos, vamos, vamos! —Cogió al gran perro del collar mientras corría, arrastrándolo, obligándolo a acompañarlo.

Ya podía oírlos, o eso creía. El viento del amanecer crujía entre los árboles, que susurraban en lo alto, indicándole una dirección y luego otra, guiándolo en su carrera. Él no veía nada salvo un color, pero sentía el abrazo de los árboles, el roce punzante de la picea y del abeto, la piel del álamo blanco, lisa como la de una mujer, pegajosa de sangre.

«Ven aquí, pasa por aquí», le pareció que oía, y siguió el sonido del viento.

Un aullido le llegó por detrás, seguido de unos chillidos pequeños, así como por otro de reconocimiento. ¡Cerca, demasiado cerca! Lanzaba piedras hacia atrás mientras corría, sin mirar; no tenía tiempo de volverse a apuntar.

Entonces ya no hubo más piedras y soltó el pliegue vacío de la camisa, con los brazos batiendo mientras corría, oyendo un fuerte jadeo que podía ser su propia respiración, o la del perro, o el ruido de las bestias que lo perseguían.

¿Cuántos eran? ¿Hasta dónde debía llegar? Comenzaba a tambalearse; unas franjas negras y rojas le atravesaban la visión. Si la aldea no estaba cerca, no tenía ninguna oportunidad.

Se sacudió hacia un lado, golpeó la flexible rama de un árbol que se inclinó bajo su peso y luego lo empujó de vuelta hacia arriba, dejándolo más o menos de pie. Pero había perdido impulso y sentido de la dirección.

—¿Adónde? —preguntó, jadeando, a los árboles—. ¡Hacia dónde?

Si hubo alguna respuesta, Ian no la oyó. Un rugido, seguido de un golpe a sus espaldas, dio lugar a una enloquecida lucha interrumpida repetidamente por los gruñidos y los alaridos de perros peleando.

—¡*Rollo!* —Giró y corrió a través de un montículo de enredaderas secas, donde encontró al perro y al lobo retorciéndose y mordiéndose en una agitada bola de dientes desnudos.

Se abalanzó hacia adelante, pateando y gritando, golpeando sin ton ni son. Algo le desgarró la pierna, pero sólo sintió la impresión del impacto cuando clavó la rodilla con fuerza en el costado del lobo. El animal soltó un chillido y rodó para apartarse, aunque volvió a echarse encima de él de inmediato.

Saltó, y sus garras lo golpearon en el pecho. Ian cayó hacia atrás, se golpeó la cabeza de refilón contra algo, perdió el aliento durante un instante y volvió en sí para encontrar su mano levantada bajo las mandíbulas babeantes, intentando mantenerlas lejos de su garganta.

Rollo saltó sobre el lomo del lobo e Ian se soltó, derrumbándose bajo el peso de la piel maloliente y la carne retorcida. Extendió una mano, buscando cualquier cosa —una arma, una herramienta de donde agarrarse— y así algo con fuerza.

Lo arrancó de su lecho de moho y lo golpeó contra la cabeza del lobo. Fragmentos de dientes ensangrentados volaron por el aire y cayeron sobre su cara. Volvió a golpear, sollozando, y luego otra vez.

Rollo estaba gemiendo con un lamento agudo; no, era él mismo quien gemía. Hizo caer la roca una vez más sobre el cráneo destrozado, pero el lobo había dejado de luchar; yacía sobre sus muslos, moviendo las patas espasmódicamente, mientras los ojos se le ponían vidriosos antes de morir. Se lo quitó de encima en un frenesí de repulsión. Los dientes de *Rollo* se clavarón en la garganta estirada del lobo y se la arrancaron, en un último rocío de sangre y carne caliente.

Ian cerró los ojos y se quedó quieto. No creía que le fuera posible moverse, ni tampoco pensar.

Tenía la espalda apoyada en un gran árbol; había caído contra el tronco

cuando el lobo lo atacó, y ahora lo estaba sosteniendo. Entre las retorcidas raíces había un hoyo lleno de barro, de donde había arrancado la piedra.

Todavía la tenía en la mano; parecía como si se le hubiera pegado a la piel; no podía separar los dedos. Cuando miró se dio cuenta de que eso se debía a que la piedra se había roto; unos afilados fragmentos le habían cortado la mano y los pedazos de la piedra estaban pegados a su piel por la sangre que estaba secándose. Usando los dedos de la otra mano, llevó hacia atrás los dedos apretados y apartó los pedazos rotos de la piedra de su palma. Arrancó moho de las raíces del árbol, formó una pelota con él, la cogió en la mano y dejó que sus curvados dedos volvieran a cerrarse.

Un lobo aulló, a cierta distancia. *Rollo*, que se había tumbado junto a Ian, levantó la cabeza con un suave *buf!* El aullido volvió a producirse, y parecía albergar una pregunta, un tono de preocupación.

Por primera vez, Ian miró el cuerpo del lobo. Durante un instante le pareció que se movía, y sacudió la cabeza para aclararse la visión. Luego volvió a mirar.

Estaba moviéndose. El distendido vientre se elevó suavemente y luego volvió a hundirse. Ya había luz, e Ian pudo ver los diminutos bultos de los pezones rosados, que se veían a través de los pelos del vientre. No era una jauría. Eran una pareja. Pero ya no. El lobo volvió a aullar en la distancia, e Ian se inclinó hacia un costado y vomitó.

Come Tortugas se acercó a él un poco más tarde, cuando estaba sentado con la espalda contra el tronco del cedro rojo junto al lobo muerto y con el bulbo de *Rollo* apretado contra su cuerpo. Come Tortugas se sentó en cucillas, a corta distancia, sosteniéndose sobre los talones, y observó.

—Buena caza, Hermano del Lobo —dijo por fin a modo de saludo. Ian sintió que el nudo entre sus omóplatos se relajaba, aunque sólo un poco. La voz de Come Tortugas tenía un tono quedo, pero no era de pesar. Emily había sobrevivido, entonces.

—Ella, cuyo corazón comparto —dijo, cuidándose de no pronunciar su nombre; mencionarlo en voz alta podría exponerla a los malos espíritus que rondaban por las cercanías—, ¿se encuentra bien?

Come Tortugas cerró los ojos y levantó las cejas y los hombros. Ella estaba viva y fuera de peligro. De todas formas, no correspondía que un hombre dijera lo que podría suceder. Ian no mencionó al bebé; Come Tortugas tampoco.

Come Tortugas había traído una arma, un arco y su cuchillo, por supuesto. Se sacó el cuchillo del cinturón y se lo entregó a Ian con naturalidad.

—Querrás las pieles —dijo—. Para envolver a tu hijo, cuando nazca.

Ian se sintió atravesado por un golpe, como el de la lluvia repentina sobre la piel desnuda. Come Tortugas vio su cara y movió la cabeza a un lado, evitando sus ojos.

—Este bebé fue una hija —dijo en tono despreocupado—. Tewakteny onh se

lo contó a mi esposa cuando vino en busca de una piel de conejo para envolver el cuerpo.

Los músculos de su vientre se tensaron y palpitaron; le pareció que la piel le iba a estallar. Se le secó la garganta y tragó saliva una vez, dolorosamente, luego se sacudió el moho y extendió la mano herida para recibir el cuchillo. Se inclinó lentamente para despellear a la loba.

Come Tortugas estaba examinando con interés los restos manchados de sangre de la piedra partida cuando el aullido de un lobo lo hizo ponerse en pie y observar a la distancia.

El aullido resonó en todo el bosque, y los árboles se movieron en lo alto, murmurando, incómodos, ante el sonido de pérdida y desolación. El cuchillo bajó rápidamente por la pálida piel del vientre, dividiendo las dos filas de pezones.

—Su compañero debe de estar cerca —dijo Hermano del Lobo sin levantar la vista—. Ve y mátalo.

Marsali lo contempló, casi sin respirar. La tristeza de sus ojos seguía allí, pero había disminuido un poco, abrumada por la compasión. La ira la había abandonado; ella había vuelto a coger a Henri-Christian y sostenía el gordo bullo de su bebé con ambos brazos contra el pecho.

—Ah, Ian —dijo en voz baja—. *Mo charaid, mo chridhe.*

Él permaneció sentado, mirándose las manos, y pareció no haberla oído. Pero, por fin, se movió. Sin levantar la mirada, buscó en su camisa y extrajo un paquete pequeño y bien envuelto, atado con cordel de pelo, y decorado con una cuenta de wampum.

Lo desenvolvió e, inclinándose hacia adelante, extendió la piel curada de un lobo nonato sobre los hombros del bebé. Su mano grande y huesuda alisó la pálida piel, cubriendo por un momento la mano de Marsali, que sujetaba al niño.

—Créeme, prima —dijo en voz muy baja—, tu esposo sufre, pero volverá. —Luego se levantó y se marchó, mudo como un indio.

Le maître des champignons

La pequeña cueva de piedra caliza que usábamos a modo de establo albergaba en ese momento tan sólo a una cabra nodriza con dos cabritillos recién nacidos. Todos los animales nacidos en la primavera ya eran lo bastante grandes como para llevarlos a pastar al bosque con sus madres. Pero a la cabra todavía se la asistía, dándole las sobras de la cocina y un poco de maíz partido.

Hacía varios días que llovía, y ese amanecer había sido nublado y húmedo. Por suerte, las nubes tranquilizaban a los pájaros; los arrendajos y los sinsontes aprendían de prisa, y se pasaban el día vigilando las idas y las venidas de las personas que transportaban comida; se lanzaban en picado sobre mí cada vez que subía por la colina con mi cuenco.

Yo siempre estaba alerta, pero, aun así, un audaz arrendajo voló desde una rama como un relámpago azul y aterrizó dentro del cuenco. Me asusté y, antes de que pudiera reaccionar, me di cuenta de que el ave me había birlado un pedazo de pastel de maíz y había huido, tan rápidamente que casi creí haberlo imaginado. Por suerte, no había dejado caer el cuenco; oí un chillido triunfal en los árboles y corrí para entrar en el establo antes de que los amigos del arrendajo intentaran la misma táctica.

Me sorprendió descubrir que la puerta holandesa estaba con el cerrojo corrido en el panel superior y unos cuatro o cinco centímetros entreabierta. No había peligro de que las cabras se escaparan, desde luego, pero los zorros y los coyotes eran más que capaces de trepar por encima del panel inferior, de modo que por lo general dejábamos ambos paneles bien cerrados durante la noche. Tal vez el señor Wemyss lo había olvidado; él se encargaba de limpiar la paja usada y de acomodar el ganado para la noche.

Pero apenas abrí la puerta me di cuenta de que el señor Wemyss no tenía la culpa. Oí un tremendo ruido de heno a mis pies, y algo grande se movió en la oscuridad.

Dejé escapar un agudo grito de alarma y esta vez sí solté el cuenco, que cayó con un gran estrépito, esparciendo comida por todo el suelo y despertando a la cabra nodriza, que empezó a balar como loca.

—¡*Pardon, milady!*!

Llevándome la mano a mi batiente corazón, salí al umbral, lo que hizo que la luz del exterior cayera sobre Fergus, que estaba acurrucado en el suelo, con hebras de paja saliéndole del pelo como una loca.

—Oh, de modo que aquí estás —dije con frialdad.

Él parpadeó y tragó saliva, frotándose con la mano su cara oscura.

—Yo... sí —dijo. Lo miré con furia, meneé la cabeza y me agaché a recoger las cáscaras de patata y otras cosas que habían caído del cuenco. Él intentó ayudarme, pero lo detuve con un gesto perentorio.

Permaneció inmóvil, observándome, sentado con las manos en torno a las rodillas. Había poca luz fuera del establo, y el agua goteaba constantemente de las plantas que crecían en la ladera, creando una cortina de gotas que atravesaban la puerta abierta.

La cabra había dejado de hacer ruido, pues me había reconocido, pero había comenzado a estirar el cuello a través de las rejas de su corral, con su lengua color arándano extendida, intentando alcanzar un corazón de manzana que había rodado cerca. Lo recogí y se lo tendí, tratando de pensar cómo empezar a hablar.

—Henri-Christian se encuentra bien —dije—. Está engordando...

Silencio sepulcral. Aguardé un momento y luego me volví.

—Es un bebé muy dulce —dije.

Lo oí respirar, pero él no dijo nada. Con un resoplido audible, abrió de un empujón el panel inferior, de modo que la luz gris del exterior entrara e iluminara a Fergus. Él estaba sentado, apartando la cara en un gesto testarudo. A pesar de que yo me encontraba a buena distancia de él, podía olerlo;pestaba a sudor agrio y a hambre.

—Los enanos de esa clase tienen una inteligencia completamente normal. Lo he examinado minuciosamente, y tiene todos los reflejos y las reacciones habituales que debería tener. No hay ninguna razón por la que no se podría educar y ser capaz de trabajar... en algo.

—En algo —repitió Fergus con desesperación y desdén. Por fin giró su cara y pude ver sus ojos—. Con todo respeto, *milady*, usted no ha visto cómo es la vida de un enano.

—¿Y tú sí? —pregunté, no tanto como un desafío sino con curiosidad.

—Sí —susurró, y tragó saliva—. En París.

El burdel de París en el que él había crecido era grande, con una clientela variada, famoso por poder ofrecer algo para casi todos los gustos.

—En la casa había *les filles*, *naturellement*, y *les enfants*. Son, por supuesto, los que dan de comer al establecimiento. Pero siempre están quienes desean algo... exótico, y están dispuestos a pagar por ello. De modo que cada tanto la *madame* mandaba a buscar a los que trataban con ese tipo de especialidades. *La maîtresse des Scorpions... avec les flagellantes, tu comprendra? Ou Le Maître des Champignons.*

—¿El amo de las setas? —espeté.

—*Oui*. El amo de los enanos.

Los ojos se le habían hundido en la cabeza, con una mirada vuelta hacia su interior; tenía el rostro demacrado.

—*Les chanterelles*, las llamábamos —dijo en voz baja—. A las mujeres. A los varones, *les morels*. —Setas exóticas, valoradas por la rareza de sus siluetas retorcidas, el extraño sabor de su carne—. No se los trataba mal, *aux champignons* —prosiguió, abstraído—. Eran valiosos, ¿sabe? *Le Maître* los compraba de bebés a sus padres; una vez nació uno en el burdel, y la *madame* estaba encantada por su buena suerte. O a veces se los sacaba de las calles.

Bajó la mirada.

—Las calles —repetió—. Aquellos que escapaban de los burdeles... terminaban como mendigos. Conocí a uno bastante bien; Luc, se llamaba. A veces nos ayudábamos mutuamente... —La sombra de una sonrisa le cruzó la boca, y movió su mano intacta en el hábil gesto de alguien revisando bolsillos ajenos.

—Pero él estaba solo, Luc —continuó en tono despreocupado—. No tenía ningún protector. Un día lo encontré en el callejón, con la garganta cortada. Se lo conté a la *madame*, y ella de inmediato mandó al portero a buscar el cuerpo y se lo vendió a un doctor del *arrondissement* de al lado.

No pregunté qué quería hacer el doctor con el cuerpo de Luc. Yo había visto las manos anchas, secas, de los enanos, vendidas como talismanes de adivinanzas y protección. Y otras partes.

—Empiezo a darme cuenta de por qué un burdel puede ser un lugar seguro —dije, tragando saliva con fuerza—. Pero aun así...

Cuando dije estas palabras, levantó la mirada hacia mí.

—Yo me he separado las nalgas por dinero, *milady* —dijo con naturalidad—. Y no me preocupaba en lo más mínimo, salvo cuando dolía. Pero luego conocí a milord, y vi que había un mundo más allá del burdel y las calles. El hecho de que mi hijo pudiera regresar a esos lugares... —Se detuvo bruscamente, incapaz de hablar.

—Fergus, Fergus, querido. No puedes creer que Jamie, que nosotros, permitiríamos que algo así sucediera —dije, terriblemente angustiada.

—No, ustedes no, *milady*. Pero usted no vivirá siempre, ni tampoco milord. Ni yo. Pero el niño será un enano siempre. Y *les petits* no pueden defenderse bien. Aquellos que los buscan los cogerán, los tomarán y los consumirán. —Se limpió la nariz con la manga—. Si eso ocurriera, deberían considerarse afortunados —añadió, con la voz endurecida—. Fuera de las ciudades no se los considera valiosos. Los campesinos creen que el nacimiento de un niño como ése es, en el mejor de los casos, un castigo por los pecados de los padres. —Una sombra más oscura cruzó su cara—. Tal vez sea cierto. Mis pecados... —Pero se interrumpió de repente—. En el peor de los casos... —Su voz era suave, y su cabeza miraba hacia otro lado—. En el peor de los casos, se los considera monstruos, niños nacidos de algún demonio que ha yacido con la madre. La gente los apedrea, los

quema... a veces también a la madre. En las aldeas de las montañas de Francia, a un bebé enano lo dejarían para los lobos. ¿Es que usted no sabe ya todo esto, milady? —preguntó, volviéndose repentinamente para mirarme.

—Yo... supongo que sí —dije.

Él tenía razón; yo lo sabía. La señora Bug se había santiguado al ver al bebé, y luego hizo la señal de los cuernos como protección contra el diablo, con una pálida expresión de horror en la cara.

Impresionados como estábamos, y luego preocupados por Marsali, y con la ausencia de Fergus, yo no me había alejado de la casa durante una semana o más. No tenía la menor idea de qué decía la gente del cerro. Estaba claro que Fergus sí.

—Ellos... se acostumbrarán a él —dije con el mayor coraje que pude reunir—. La gente verá que no es un monstruo. Tal vez les lleve algún tiempo, pero, te lo prometo, finalmente lo verán.

—¿Sí? Y si lo dejan vivir, ¿qué hará él entonces? —Se puso en pie de repente. Extendió la mano izquierda y, con un tirón, liberó la cinta de cuero que sujetaba su garfio. Éste cayó con un ruido sordo en la paja y dejó al descubierto el estrecho muñón de su muñeca, con la pálida piel arrugada y roja por la presión del envoltorio—. Yo no puedo cazar, no puedo hacer el trabajo de un hombre. ¡No sirvo para nada salvo para tirar del arado, como una mula! —Su voz tembló de furia y de desprecio por sí mismo—. Si yo no puedo trabajar como un hombre, ¿cómo lo hará un enano?

—Fergus, no es...

—¡No puedo mantener a mi familia! Mi esposa debe trabajar día y noche para alimentar a los niños, debe ponerse en el camino de la escoria y la basura que la maltrataron, que... ¡Incluso si viviera en París, ya estoy demasiado viejo y lisiado para prostituirme! —Sacudió el muñón delante de mí, con el rostro convulsionado, luego se volvió y giró su brazo mutilado, golpeándolo contra la pared, una y otra vez.

—¡Fergus! —Le cogí el otro brazo, pero él se desasió.

—¿Qué trabajo hará? —gritó, mientras las lágrimas le surcaban el rostro—. ¿Cómo vivirá? *Mon Dieu! Il est aussi inutile que moi!*

Se inclinó, levantó el garfio del suelo y lo lanzó con toda la fuerza que pudo contra la pared de arena caliza. Éste tintineó brevemente al golpear y cayó sobre la paja, asustando a la nodriza y a su cría.

Fergus se había marchado, la puerta holandesa estaba abierta, batiendo. La cabra lo llamó, con un largo *maaaah!*, de desaprobación.

Me agarré a la reja del corral, sintiendo que era la única cosa sólida en un mundo que se desmoronaba lentamente. Cuando pude, me incliné y tanteé con cuidado hasta que toqué el metal del garfio, que todavía conservaba el calor del cuerpo de Fergus. Lo recogí y le quité los pedacitos de paja y estiércol con el

delantal, mientras aún resonaban las últimas palabras de Fergus.

« ¡Dios mío! ¡Él es tan inútil como yo!» .

Un demonio en la leche

Los ojos de Henri-Christian casi se volvieron bizcos por el esfuerzo de enfocarse en la bola de hilo que Brianna estaba colgando sobre su cara.

—Me parece que sus ojos seguirán siendo azules —dijo Brianna—. ¿Qué crees que está mirando? —Él estaba tumbado sobre la falda de ella y con una expresión de interrogación en sus suaves ojos azules, fijos en algo que estaba mucho más lejos que ella.

—Oh, los pequeñitos todavía ven el cielo, decía mi mamá. —Marsali estaba hilando, probando la nueva rueca de Brianna, pero echó una rápida mirada a su hijo más reciente y sonrió—. Tal vez tienes un ángel sentado en tu hombro, ¿sabes? O un santo detrás de ti.

Eso la hizo notar una sensación extraña, como si efectivamente hubiera alguien detrás de ella, pero no inquietante, sino más bien como una leve sensación de seguridad. Abrió la boca para decir «Tal vez sea mi padre», pero se contuvo a tiempo.

—¿Quién es el santo patrono de la colada? —preguntó en cambio—. A él sí lo necesitamos. —Estaba lloviendo; llovía desde varios días atrás, y había pequeños montículos de ropa dispersos por toda la habitación o colgados en los muebles.

Marsali se rió, hilando con habilidad.

—Tendrías que hablar con papá al respecto. Él conoce más santos que nadie. ¡Esta rueca es maravillosa! No había visto nada así antes. ¿Cómo se te ocurrió pensar en ello?

—Oh... vi una en alguna parte. —Bree hizo un gesto con la mano, restándole importancia. Era cierto, había visto una en un museo de arte folclórico. Construirla le había llevado muchísimo tiempo; primero había tenido que fabricar un tosco torno, y luego empapar la madera y tornearla para terminar de fabricar la rueca—. Ronnie Sinclair me ayudó mucho; él sabe qué se puede hacer con la madera y qué no. Es increíble lo habilidosa que eres, y eso que ésta es la primera vez que la usas.

—He hilado desde los cinco años, *a piuthar*. Lo único distinto es que con esto puedo hacerlo sentada, en vez de caminar hacia adelante y hacia atrás hasta que me caigo de cansancio.

Su pie, cubierto con una media, asomaba por debajo de su vestido, moviéndose de un lado a otro sobre el pedal de la máquina, que emitía un agradable sonido, aunque apenas audible sobre el parloteo que venía del otro lado de la habitación, donde Roger estaba tallando otro automóvil para los niños.

Los bruums tenían un gran éxito entre los pequeñuelos, y la demanda era incesante. Brianna observó divertida cómo Roger mantenía a raya la curiosidad de Jem con un hábil movimiento de su codo, mientras fruncía el entrecejo en plena concentración.

—¿Ese cuál es? —preguntó ella, levantando la voz para que él la oyera. Roger la miró y sus ojos brillaron con un verde moho contra la mortecina luz de la lluvia que entraba por la ventana situada detrás de él.

—Creo que es una camioneta Chevrolet modelo 57 —dijo con una sonrisa—. Toma, *a nighean*. Éste es tuyo. —Quitó la última astilla de su creación y se la pasó a Félicité, cuya boca y cuyos ojos se abrieron, enormes.

—¿Es un *bruum*? —dijo, llevándoselo al regazo—. ¿Mi *bruum*?

—Es una camioneta —le informó Jemmy con un amable gesto de condescendencia—. Lo ha dicho papá.

—Una camioneta es un *bruum* —le aseguró Roger a Félicité, viendo que la duda le hacia fruncir la frente—. Sólo que más grande.

—¡Es un *bruum* grande!, ¿ves? —Félicité pateó a Jem en la espinilla. Él soltó un alarido y trató de tirarle del pelo, pero recibió un golpe en el estómago por parte de Joan, que siempre defendía a su hermana.

Brianna se tensó, lista para intervenir, pero Roger sofocó el incipiente motín separando hasta donde le daban los brazos a Jem y a Félicité y mirando con furia a Joan, que retrocedió.

—A ver, vosotros. Nada de pelea, o guardaremos los bruums hasta mañana.

Eso los calmó de inmediato, y Brianna sintió que Marsali se relajaba y reanudaba el ritmo de su hilado. La lluvia golpeaba contra el tejado, sólida y constante; era un buen día para estar dentro, a pesar de la dificultad de entretenér a los niños, aburridos.

—¿Por qué no jugáis a algo bonito y tranquilo? —dijo sonriéndole a Roger—. Como... oh... ¡Indianápolis 500!

—Oh, eres de gran ayuda —respondió él, mirándola con ira, pero obedeció y puso a trabajar a los niños en el trazado de una pista de carreras con tiza sobre el suelo de la chimenea.

—Qué pena que Germain no esté aquí —añadió despreocupadamente—. ¿Dónde ha ido, con esta lluvia, Marsali? —El *bruum* de Germain que, según Roger, era un Jaguar X-KE, aunque hasta donde Brianna sabía, era exactamente igual que los otros (un bloque de madera con una rudimentaria cabina y ruedas), reposaba en la repisa, aguardando el regreso de su dueño.

—Está con Fergus —respondió Marsali con voz serena, sin interrumpir el ritmo de su hilado. Sin embargo, apretó los labios, y fue fácil percibir el tono de tensión en su voz.

—¿Y cómo está Fergus?

El hilo se saltó, rebotó en la mano de Marsali y se enredó formando un grosor

visible. Ella hizo una mueca y no respondió hasta que el hilo empezó a correr con fluidez entre sus dedos.

—Bueno, yo diría que para ser un hombre que tiene una sola mano, pelea bastante bien —dijo por fin, con un matiz de ironía en sus palabras.

Brianna miró a Roger, que le devolvió la mirada enarcando una ceja.

—¿Con quién se ha peleado? —preguntó.

—No suele contármelo —respondió Marsali sin cambiar el tono—. Aunque ayer fue con el marido de una mujer que le preguntó por qué no había estrangulado a Henri-Christian al nacer. Se ofendió —añadió como de pasada, sin aclarar si el que se había ofendido era Fergus, el marido, o ambos.

—Entiendo —murmuró Roger—. Aunque supongo que no habrá sido el único.

—No. —Marsali comenzó a enrollar el hilo en la devanadora—. Aunque supongo que es mejor eso que los que señalan y susurran. Ésos creen que Henri-Christian es la semilla del diablo —terminó valientemente, aunque con un ligero temblor en la voz—. Creo que quemarían al pequeñuelo, y a mí y a mis otros hijos también, si pensaran que pueden hacerlo.

Brianna sintió un vuelco en el estómago, y abrazó en la falda al objeto de la discusión.

—¿Qué clase de idiotas podrían pensar algo así? —exclamó—. ¡Mucho menos decirlo en voz alta!

—Mucho menos hacerlo, quieres decir.

Marsali puso el hilado a un costado, se inclinó hacia adelante y cogió a Henri-Christian para llevárselo al pecho. Con las rodillas aún curvadas, su cuerpo tenía apenas la mitad de tamaño que el de un bebé normal, y con esa cabeza grande, redonda y su mechón de pelo oscuro, Brianna tuvo que admitir que se veía... raro.

—Papá ha hablado con algunos —dijo Marsali—. Si no fuera por eso... —Tragó saliva y su delgada garganta se movió.

—¡Papá, papá, vamos! —Jem, impaciente por aquella incomprensible conversación entre adultos, tiró de la manga de Roger.

Éste observaba a Marsali con preocupación, pero parpadeó y miró a su hijo, aclarándose la garganta.

—Sí —dijo—. Bueno, mirad. Ésta es la línea de salida...

Brianna puso la mano sobre el brazo de Marsali. Era delgado, pero fuerte y musculoso. Al ver ese brazo, tan pequeño y valiente, se le formó un nudo en la garganta.

—Ya pararán —susurró—. Se darán cuenta de que...

—Sí, tal vez —Marsali cubrió con una mano el trasero pequeño y redondo de Henri-Christian y se lo acercó al cuerpo. Sus ojos seguían cerrados—. O tal vez no. Pero si Germain está con Fergus, él vigilará más con quién se pelea. Preferiría que no lo mataran, ¿sabes?

Inclinó la cabeza por encima del bebé y empezó a acunarlo. Estaba claro que no quería seguir hablando. Brianna le palmeó el brazo, un poco incómoda, y se sentó junto a la rueca.

Ella había oido las habladurías, desde luego, o al menos algunas. En especial, inmediatamente después del nacimiento de Henri-Christian, que había causado bastante revuelo en todo el cerro. Más allá de las primeras expresiones manifiestas de compasión, había habido muchos murmullos, que mencionaban sucesos recientes y la maligna influencia que podría haberlos provocado; desde el ataque a Marsali y el incendio del cobertizo de malteado, hasta el secuestro de su madre, la matanza en el bosque y el nacimiento del enano. Ella había oido a una muchacha imprudente murmurar, a una distancia desde la que se la podía oír, acerca de «... brujería, claro, ¿qué podría esperarse?»; entonces se había vuelto ferozmente para mirar con furia a la chica, que había empalidecido y se había escabullido junto a sus dos amigas. La muchacha le había devuelto la mirada una vez y luego se había alejado, compartiendo con las otras dos risitas de desprecio.

Pero nadie le había faltado al respeto, ni a ella ni a su madre. Estaba claro que unos cuantos arrendatarios le tenían bastante miedo a Claire, pero mucho más a su padre. El tiempo y la costumbre parecian haber calmado las cosas, pero sólo hasta el nacimiento de Henri-Christian.

Al menos, Fergus había vuelto. Cuando Henri-Christian nació, se marchó de la casa y tardó muchos días en regresar. «Pobre Marsali», pensó, regañando mentalmente a Fergus. Le había dejado que se enfrentara sola a la impresión.

Tragó saliva, imaginando, como hacia siempre que veía a Henri-Christian, cómo se sentiría ella si hubiera tenido un hijo con alguna deformidad terrible. Cada tanto encontraba a alguno —niños con labio leporino, los rasgos deformados causados por lo que su madre decía que era sífilis congénita, niños retrasados— y, en cada ocasión, se santiguaba y le agradecía a Dios que Jemmy fuera normal.

Pero, por otra parte, también lo eran Germain y sus hermanas. Algo como lo ocurrido podía producirse inesperadamente. A pesar de sí misma, echó un vistazo al pequeño anaquel donde guardaba sus objetos personales y la jarra con las semillas de dauco. Había vuelto a tomarlas desde el nacimiento de Henri-Christian, aunque no se lo había mencionado a Roger.

Marsali estaba cantando en voz baja, entre dientes. ¿Ella sí culparía a Fergus?, se preguntó. ¿O a sí misma? Hacía bastante tiempo que no veía a Fergus lo suficiente como para hablar. Marsali no parecía tener una actitud crítica hacia él, y era cierto que acababa de decir que no quería que lo mataran. Sin embargo, había una innegable sensación de distancia cuando lo mencionaba.

El hilo se tensó de pronto, y ella pedaleó con más fuerza, tratando de compensarlo, pero éste se enganchó en la rueca y se rompió. Murmurando para

sus adentros, paró y dejó que la rueca bajara la velocidad, y justo en ese momento se dio cuenta de que alguien llevaba bastante rato llamando a la puerta, y que el ruido del interior de la casa había solapado los golpes.

Abrió y encontró a uno de los hijos de los pescadores totalmente empapado en la entrada, pequeño y huesudo. Había varios así entre las familias aparceras, tan parecidos que le resultaba difícil distinguirlos.

—¿Aidan? —Adivinó. —Aidan McCallum?

—*Buenoz díaz, zeñora* —dijo el pequeño—. —*Eztá el paztor?*

—¿El *paz*...? Oh. Sí, creo que sí. —Quieres pasar?

Reprimiendo una sonrisa, abrió más la puerta y le indicó que entrara. El criado quedó muy impresionado al ver a Roger, de cuclillas en el suelo, jugando al *bruum* con Jemmy, Joan y Félicité, sin notar la presencia del recién llegado.

—Tienes una visita —dijo ella, levantando la voz—. Quiere ver al pastor.

Roger se paralizó en mitad de la carrera.

—¿Al qué? —dijo. Luego divisó al niño y sonrió—. Oh. ¡Aidan, a charaid! —¿Qué ocurre?

Aidan frunció el entrecejo, concentrándose. Era evidente que le habían encomendado un mensaje específico y que se lo había aprendido de memoria.

—Madre dice que venga, por favor —recitó—, *para zacar al diablo que ze metió en la leche*.

La lluvia caía ahora con menos fuerza, pero de todas formas estaban casi totalmente empapados cuando llegaron a la residencia de los McCallum. Si es que podía llamarla con una palabra tan digna, pensó Roger, golpeando el sombrero para quitarle la lluvia mientras seguía a Aidan por el sendero estrecho y resbaladizo que terminaba en la cabaña, ubicada en un saliente alto e incómodo de la ladera de la montaña.

Orem McCallum se las había arreglado para erigir las paredes de su inestable cabaña, pero luego había perdido pie y había caído en un barranco lleno de rocas, donde se rompió el cuello a menos de un mes de su llegada al cerro; dejó a su esposa embarazada y a su pequeño hijo en ese dudoso refugio.

Los otros hombres se habían apresurado a ponerle el techo, pero la cabaña, en su totalidad, le recordaba a Roger una pila de gigantescos palillos chinos, ubicados precariamente en la ladera y esperando, sin duda, a la próxima inundación de primavera para deslizarse por la montaña tras los pasos de su constructor.

La señora McCallum era joven y de piel pálida, y tan delgada que su vestido se agitaba a su alrededor como un saco vacío de harina. «Por Dios —pensó él—, ¿qué tendrán para comer?».

—Oh, señor, le agradezco que haya venido. Lamento mucho haberlo hecho

venir con la lluvia y todo eso... pero ¡no sabía qué más podía hacer!

—Ningún problema —la tranquilizó él—. Eh... Pero Aidan dijo que usted necesitaba un pastor. Yo no lo soy, usted ya lo sabe.

—Oh. Bueno, tal vez no exactamente, señor. Pero se dice que, como su padre era pastor, usted sabe mucho de la Biblia y todo eso.

—Un poco, sí —respondió él con cautela, preguntándose qué clase de emergencia podría requerir un conocimiento de la Biblia—. Eh... esto... ¿un diablo en la leche, dice usted?

Miró discretamente al bebé en la cuna y luego la parte delantera del vestido de la mujer, preguntándose en un primer momento si acaso ella estaría refiriéndose a su propia leche materna, lo que sería un problema para el que sin duda no estaba preparado. Por suerte, al parecer, la dificultad residía dentro de un gran cubo de madera ubicado sobre la destalada mesa, cubierto con una muselina con unas piedrecitas atadas en las esquinas para que no entraran moscas.

—Sí, señor. —La señora McCallum señaló el cubo con un gesto—. Lizzie Wemyss, la de la Casa Grande, me lo trajo anoche. Dijo que debía darle de beber a Aidan y también beber un poco yo —miró a Roger con una expresión desesperada.

Él entendía sus reservas; incluso en su propia época, la leche se consideraba una bebida sólo para los niños y los inválidos; como esa mujer provenía de una aldea de pescadores en la costa escocesa, lo más probable era que jamás hubiera visto una vaca antes de venir a América.

—Sí, eso es correcto —la tranquilizó—. En mi familia todos beben leche; hace que los pequeños crezcan altos y fuertes. —Y tampoco le vendría mal a una madre que estaba amamantando y que sobrevivía con raciones tan frugales, lo que, sin duda alguna, era lo que Claire había pensado.

—Bueno... sí, señor. No estaba segura... pero el muchacho tenía hambre y dijo que él bebería. De modo que fui a servirle un poco, pero... —Miró el cubo con una expresión de sospecha y temor—. Bueno, si no es un diablo lo que ha entrado en él, es alguna otra cosa. ¡Está embrujada, señor, estoy segura!

Roger no supo qué fue lo que lo hizo mirar a Aidan en ese momento, pero captó una fugaz mirada de profundo interés que se desvaneció de inmediato, dejando al muchacho con una expresión de una sobrenatural solemnidad.

Por eso, fue con un extraño presentimiento que se inclinó hacia adelante y levantó suavemente el paño. Pero, al hacerlo, soltó un grito y se echó hacia atrás, y el paño con las piedras salió volando de costado y chocó contra la pared.

Los malévolos ojos verdes que lo miraban con furia desde el centro del cubo desaparecieron y la leche hizo */golup!*, mientras un rocío de cremosas gotas salió en una erupción como si el cubo fuera un volcán en miniatura.

—¡Mierda! —dijo.

La señora McCallum se había alejado todo lo posible y contemplaba el cubo aterrorizada, cubriendo la boca con ambas manos. Aidan también se había llevado una mano a la boca y sus ojos estaban igualmente abiertos, pero, proveniente de su dirección, pudo oírse un débil sonido de burbujeo.

El corazón de Roger batía con fuerza, impulsado por la adrenalina... y por el fuerte deseo de retorcer el delgado pescuezo de Aidan McCallum. Se limpió las salpicaduras de leche de la cara con un gesto deliberado, y luego, apretando los dientes, metió la mano con cuidado en el cubo.

Tuvo que intentarlo varias veces antes de poder agarrar la cosa, que se parecía, más que nada, a un enorme moco animado, pero al cuarto intento lo logró y, en un gesto triunfal, extrajo a una grande e indignada rana toro del cubo, salpicando leche en todas las direcciones.

La rana hundió ferozmente sus patas traseras en la resbaladiza palma de Roger y consiguió soltarse, lanzándose en un enorme salto que cubrió la mitad de la distancia hasta la puerta y que provocó un fuerte alarido de la señora McCallum. El bebé, alarmado, se despertó y se sumó a la algarabía general, mientras la rana bañada en leche chapoteaba rápidamente hasta llegar a la puerta y salir a la lluvia, dejando salpicaduras amarillas en su camino.

Aidan, en un gesto de prudencia, la siguió a gran velocidad.

La señora McCallum se había sentado en el suelo, se había cubierto la cabeza con el delantal y estaba volviéndose histérica. El bebé chillaba sin parar, y la leche goteaba lentamente desde el borde de la mesa, puntuando el tamborileo de la lluvia exterior. Roger vio que había goteras en el tejado; unas franjas largas y húmedas oscurecían los troncos descortezados detrás de la señora McCallum, y ella estaba sentada en medio de un charco.

Con un profundo suspiro, Roger sacó al bebé de la cuna. El pequeño lo miró, parpadeó y se llevó un puño a la boca. Roger no tenía ni idea de cuál era su sexo; era un montón anónimo de trapos, con una cara pequeñita y famélica y una expresión de recelo.

Sosteniéndolo con un brazo, se arrodilló y rodeó con el otro los hombros de la señora McCallum, palmeándola suavemente con la esperanza de serenarla.

—Ya ha pasado —dijo—. No era más que una rana, ¿sabe?

Ella había estado gimiendo como una alma en pena y soltando pequeños alardos intermitentes, y siguió en ello, aunque disminuyó la frecuencia de los gritos, y los gemidos se disolvieron finalmente en un llanto más o menos normal, aunque se negó a salir de debajo del delantal.

A Roger se le habían contracturado los muslos de estar tanto tiempo en cuclillas; por otra parte, estaba empapado. Con un suspiro, se acomodó en el charco al lado de ella y se quedó sentado, palmeándole el hombro cada tanto para que ella supiera que él seguía allí.

Al menos, el bebé parecía bastante feliz; estaba chupándose el puño, sin

preocuparse por el ataque de histeria de su madre.

—¿Cuántos años tiene el pequeño? —preguntó él. Sabía su edad aproximada, porque había nacido una semana después de la muerte de Orem McCallum, pero tenía que decir algo. Y se lo veía terriblemente pequeño y ligero, al menos en contraste con los recuerdos que tenía de Jemmy a esa edad.

Ella balbuceó algo inaudible, pero el llanto fue disminuyendo y convirtiéndose en una serie de hipos y suspiros. Entonces ella dijo otra cosa.

—¿Qué ha dicho, señora McCallum?

—¿Por qué? —susurró la mujer—. ¿Por qué Dios me ha traído aquí?

Bueno, ésa era una pregunta condenadamente buena; él se la había formulado a sí mismo en más de una ocasión, pero aún no había obtenido ninguna respuesta convincente.

—Bueno... confiamos en que Dios tiene alguna clase de plan —dijo con cierta incomodidad—. Sólo que no sabemos cuál es.

—Un buen plan. ¡Traernos a todos hasta aquí, hasta este lugar terrible, y luego quitarme a mi hombre y dejarme aquí para que muera de hambre!

—Oh... No es un sitio tan terrible. Están los bosques... los arroyos, las montañas... Es... eh... muy bonito. Cuando no llueve. —La estupidez de sus palabras consiguió que ella se echara a reír, aunque la risa no tardó en convertirse en más llanto.

—Echo de menos el mar —dijo en voz muy baja, y apoyó su cabeza cubierta con el algodón en el hombro de Roger, como si estuviera muy cansada —. Nunca volveré a verlo.

Era probable que tuviera razón, y él no supo qué contestar. Se quedaron sentados un rato más en un silencio roto sólo por los lametones del bebé sobre su puño.

—No permitiré que muera de hambre —dijo él por fin, muy suavemente—. Eso es todo lo que puedo prometerle, pero lo haré. Ustedes no morirán de hambre. —Con los músculos contracturados, se puso en pie a duras penas y cogió una de las manos pequeñas y rugosas que yacían flojas sobre la falda de ella—. Vamos, levántese. Puede dar de comer al pequeño, mientras yo ordeno todo esto un poco.

Había cesado de llover cuando se marchó, y las nubes habían comenzado a separarse. Se detuvo en un recodo del sendero empinado y lleno de barro para admirar un arco iris: era un arco iris completo que iba de un lado del cielo al otro, con sus colores neblinosos hundiéndose en el verde oscuro y mojado de la empapada ladera.

—Un pacto —dijo suavemente y en voz alta—. ¿Cuál es la promesa, entonces? Un imposible al final del arco iris. —Sacudió la cabeza y siguió su camino, agarrándose a ramas y arbustos para no resbalar por la ladera; no quería

terminar como Orem McCallum, un amasijo de huesos en el fondo de un barranco.

Hablaría con Jamie, y también con Tom Christie y con Hiram Crombie. Entre ellos podrían hacer correr la voz, y asegurarse de que la viuda McCallum y sus hijos tuvieran comida suficiente. La gente era generosa y compartía sus provisiones con aquellos que lo necesitaban, pero había que pedírselo.

Miró hacia atrás por encima del hombro; la torcida chimenea apenas podía verse por encima de los árboles, pero no salía humo de ella. Podían conseguir leña suficiente, le había dicho ella; pero como estaba todo mojado, pasarian varios días hasta que pudieran quemarla. Necesitaban un cobertizo para la leña, y troncos cortados, lo bastante grandes como para que ardieran un día entero, no las ramitas y las ramas caídas que Aidan podía transportar.

Como si ese pensamiento lo hubiera invocado, en ese momento lo vio. El muchacho estaba pescando, de cuclillas sobre una roca junto a un charco, unos diez metros más abajo, dando la espalda al sendero. Sus omóplatos asomaban a través de la gastada tela de su camisa.

El ruido del agua encubrió los pasos de Roger mientras él bajaba por las rocas. Con mucha suavidad, puso la mano alrededor de la pálida y delgadísima nuca, y los huesudos hombros se encogieron por la sorpresa.

—Aidan —dijo—, quiero hablar contigo.

La oscuridad cayó en la víspera del Día de Todos los Santos. Nos acostamos acompañados por el ulular del viento y el golpeteo de la lluvia, y cuando nos despertamos al día siguiente, encontramos blancura y copos grandes y blandos que caían sin cesar en un silencio absoluto. No hay quietud más perfecta que la soledad del centro de una tormenta de nieve.

Éstos son los momentos difíciles, cuando los seres queridos que han muerto se acercan. El mundo se vuelve hacia adentro, y el aire frío se carga de sueños y misterio. El cielo pasa de una negrura helada y nítida, donde un millón de estrellas brillan fuertes y cercanas, a la nube rosada y grisácea que envuelve la tierra con la promesa de la nieve.

Cogí una de las cerillas de Bree de su caja y la encendí, excitada ante el diminuto salto de la instantánea llama, y me agaché para acercarla a la hoguera. La nieve caía; había llegado el invierno, la temporada del fuego. Velas y fuego de chimenea, esa cariñosa y sorprendente paradoja, esa destrucción contenida pero jamás domada, mantenida a raya para calentar y encantar, pero siempre, todavía, con esa pequeña sensación de peligro.

El aire estaba cargado del dulce y pesado aroma de las calabazas asadas. Después de haber dominado la noche con el fuego, las cáscaras ahuecadas pasaban a un destino más pacífico, en forma de abono, para unirse al suave descanso de la tierra antes de la renovación. Yo había levantado la tierra de mi

jardín el dia anterior, y había plantado las semillas de invierno para que durmieran y crecieran, soñando con su enterrado nacimiento.

Éste es el momento en que regresamos a la matriz del mundo, soñando con la nieve y el silencio. Para despertarnos a la impresión de los lagos congelados bajo una menguante luz de luna y el frío sol que arde suave y azul en las ramas de los árboles cubiertos de hielo, volviendo de nuestras breves y necesarias labores a la comida y las narraciones, al calor de la luz del fuego en la oscuridad.

En torno a una hoguera, en la oscuridad, todas las verdades pueden decirse, y oírse, sin peligro.

Me puse mis medias de lana, mis enaguas, mi chal más grueso, y bajé a avivar el fuego de la cocina. Me quedé allí, observando las volutas de vapor que subían desde el aromático caldero, y sentí que me volvía hacia mi interior. El mundo podía alejarse, y nosotros nos curaríamos.

Yo soy la resurrección

Noviembre de 1773

Unos fuertes golpes en la puerta despertaron a Roger justo antes del amanecer. A su lado, Brianna emitió un ruido inarticulado que significaba que si él no se levantaba a abrir la puerta, lo haría ella; pero él lo lamentaría, al igual que la desafortunada persona que estaba al otro lado.

Resignado, apartó el edredón. Sintió frío en las piernas desnudas, y un helado aliento a nieve en el aire.

—La próxima vez que me case, escogeré a una muchacha que se despierte con alegría por las mañanas —le dijo a la silueta acurrucada debajo de las mantas.

—Hazlo —respondió una voz amortiguada desde debajo de la almohada.

Los golpes se repitieron y Jemmy —que sí se despertaba alegre por las mañanas— saltó en su cama como un resorte.

—Alguien llama —le dijo a Roger.

—Oh, ¿sí? Mmm. —Reprimiendo el impulso de gruñir, se levantó y corrió el cerrojo de la puerta.

Hiram Crombie estaba fuera, con un aspecto más adusto del habitual bajo la lechosa luz de la mañana.

—La anciana madre de mi esposa ha fallecido durante la noche —le informó a Roger sin preámbulos.

—¿Qué ha fallado qué? —preguntó Jemmy con interés, asomando su despeinada cabeza de detrás de la pierna de Roger—. El señor Stornaway falló cuando tiró una piedra. Germain y yo lo vimos.

—La suegra del señor Crombie ha muerto —explicó Roger, poniendo una mano sobre la cabeza de Jem para calmarlo—. Lo lamento, señor Crombie.

—Sí. —Crombie pareció indiferente al pésame—. Murdo Lindsay me ha dicho que usted sabe algo de las Escrituras, para el entierro. Mi esposa se preguntaba si podría venir y decir unas palabras frente a la tumba.

—Murdo ha dicho... ¡oh! —La familia holandesa, era eso. Jamie lo había obligado a hablar delante de las tumbas—. Sí, desde luego. —Se aclaró la garganta en un gesto reflejo; su voz estaba terriblemente ronca, lo que era habitual por las mañanas, y seguiría así hasta que pudiera tomar algo caliente. Con razón Crombie lo miraba con expresión de duda—. Desde luego —repitió

con más énfasis—. ¿Hay algo que... eh... podamos hacer para ayudar?

Crombie negó con la cabeza.

—Las mujeres ya la habrán preparado a estas alturas, espero —dijo, dirigiendo una mirada al bulto que Brianna formaba en la cama—. Empezaremos a cavar después del desayuno. Con suerte, la habremos enterrado antes de que empiece a nevar. —Señaló con un duro gesto de la mandíbula el cielo opaco, luego asintió, giró sobre sus talones, y se marchó sin más.

—¡Papá... mira! —Roger bajó la mirada y vio a Jem, con los dedos metidos en las comisuras de los labios y tirando de ellas hacia abajo para imitar la «U» invertida de la expresión habitual de Crombie. Roger, sorprendido, se echó a reír, luego jadeó y se atragantó, y empezó a toser hasta que quedó doblado sobre su estómago, con serias dificultades para respirar.

—¿Te encuentras bien? —Brianna había salido a la superficie y estaba sentada en la cama, con los ojos entornados de sueño.

—Sí, bien. —Las palabras salieron acompañadas de un dificultoso resuello, casi inaudibles. Roger tomó aliento y carraspeó con fuerza, expectorando un repelente pegote en su mano, por no tener un pañuelo cerca.

—¡Puaj! —dijo la tierna esposa de su corazón, echándose atrás.

—¡Déjame verlo, papá! —dijo su hijo y heredero, asomándose para echar un vistazo—. ¡Puaj!

Roger salió de la casa y se limpió la mano en la hierba mojada junto a la puerta. Hacía frío, era muy temprano, pero no cabía duda de que Crombie estaba en lo cierto; volvería a nevar. Había una característica sensación suave y amortiguada en el aire.

—Entonces, ¿la anciana señora Wilson está muerta? —Brianna había salido tras él—. Qué pena. Imagina haber venido de tan lejos para morir en un lugar extraño, incluso antes de que pudieras instalarte.

—Bueno, ella tenía a su familia consigo, al menos. Supongo que no habría querido que la dejaran sola en Escocia y morir allí.

—Mmm. —Bree se apartó unos pelos de las mejillas—. ¿Crees que debería ir?

—¿A presentar nuestros respetos? Crombie ha dicho que ya habían sacado a la señora.

Ella resopló, y de sus orificios nasales salieron unas blancas volutas de vaho que, durante un momento, hicieron que Roger pensara en dragones.

—No pueden ser más de las siete de la mañana; ¡todavía está oscuro, maldita sea! Y no creo que su esposa y su hermana hayan preparado a la anciana a la luz de la vela. Hiram no querría afrontar el gasto de una vela extra, para empezar. No, le molestaba pedir un favor, por lo que intentó sacarte de quicio haciéndote ver a tu esposa como una holgazana desaseada.

Muy perceptivo, pensó Roger, divertido, en especial teniendo en cuenta que

ella no había visto la elocuente mirada que Crombie había dirigido a su silueta yacente.

—¿Qué es una holgazana desaseada? —preguntó Jemmy, que captaba de inmediato cualquier cosa que sonara vagamente impropia.

—Una señora que no es una señora —le informó Roger—. Y que no cuida su casa, además.

—Ésa es una de las palabras que hará que la señora Bug te lave la boca con jabón si te oye diciéndola —añadió su esposa con una agudeza poco gramatical.

Roger aún no se había puesto otra cosa que su camisón de dormir, y se le estaban congelando las piernas y los pies.

—Mamá no es así —dijo con firmeza, cogiendo la mano de Jem—. Vamos, amigo, vayamos al excusado mientras mamá prepara el desayuno.

—Gracias por el voto de confianza —dijo Brianna, bostezando—. Más tarde iré a casa de los Crombie con una jarra de miel o algo.

—Yo también voy —anunció Jemmy de inmediato.

Brianna vaciló un momento, luego miró a Roger y enarcó las cejas. Jem nunca había visto a una persona muerta.

Roger levantó un hombro. Habría sido una muerte pacífica, y Dios sabía que era parte de la vida en la montaña. No suponía que ver el cuerpo de la señora Wilson le provocara pesadillas al niño, aunque, conociendo a Jem, era muy probable que sí provocara una serie de preguntas bastante vergonzosas en voz alta.

—De acuerdo —le dijo a Jem—. Pero primero tenemos que ir a la Casa Grande después de desayunar y pedirle una Biblia prestada al abuelo.

Cuando entró en la cocina encontró a Jamie desayunando, con el cálido olor a avena de las gachas recién hechas envolviéndolo como una manta. Antes de que pudiera explicar lo que lo traía, la señora Bug lo obligó a sentarse con un cuenco para él, una jarra de miel, un plato de sabroso tocino frito, tostadas calientes chorreantes de mantequilla y una taza de algo que parecía café. Jem estaba a su lado, ya manchado de miel y con mantequilla hasta las orejas. Durante un instante, se preguntó si Brianna no sería quizás un poquito perezosa, aunque de ninguna manera una holgazana desaseada.

Entonces miró a Claire, que estaba al otro lado de la mesa, con el pelo despeinado y enredado, parpadeando con cara de sueño frente a su tostada, y llegó a la generosa conclusión de que tal vez no fuera una decisión consciente por parte de Bree, sino más bien una influencia genética.

Pero Claire se despertó de inmediato cuando él le explicó lo que venía a hacer, entre bocados de tocino y tostadas.

—¿La vieja señora Wilson? ¿De qué murió? ¿Crombie te lo contó?

—Sólo me dijo que falleció durante la noche. Supongo que la encontraron

muerta. Habrá sido el corazón; debía de tener por lo menos ochenta años.

—Era unos cinco años mayor que yo —replicó Claire—. Ella me lo dijo.

—Oh. Ejem. —Aclararse la garganta le dolía, y tomó un sorbo del líquido caliente y oscuro de su taza. Era una mezcla de achicoria y bellota tostada, pero no estaba tan mal.

—Espero que no le hayas dicho cuántos años tienes tú, Sassenach. —Jamie extendió la mano y atrapó la última tostada. La señora Bug, siempre vigilante, se llevó el plato para volver a llenarlo.

—No soy tan descuidada —dijo Claire—. Ellos ya creen que he hecho una especie de pacto con el diablo; si les dijera mi edad, estarían seguros de ello.

Roger soltó una risita, pero pensó para sus adentros que ella tenía razón. Las marcas de su terrible experiencia ya casi habían desaparecido; los hematomas se confundían con el resto de la piel y el puente de la nariz se le había curado sin problemas. Incluso aunque estaba desarreglada y tenía los ojos hinchados por el sueño, era una mujer atractiva, con una piel hermosa, un exuberante pelo grueso y rizado, y una elegancia de rasgos imposible de encontrar entre los pescadores de las Highlands. Por no mencionar los ojos, dorados como el jerez y asombrosos.

Si a esas dotes naturales se les añadian las prácticas de nutrición e higiene del siglo XX —ella conservaba todos sus dientes, limpios y rectos—, fácilmente parecía veinte años más joven que el resto de las mujeres de su edad. Esa idea le resultó reconfortante; tal vez Bree también había heredado de su madre el arte de envejecer con belleza. Él siempre podía prepararse su propio desayuno, después de todo.

Jamie había terminado de comer y había ido en busca de la Biblia. Regresó y la depositó junto al plato de Roger.

—Iremos contigo al entierro —dijo, señalando el libro—. Señora Bug, ¿puede preparar una pequeña cesta para los Crombie?

—Ya lo he hecho —le informó ella, y puso una gran cesta sobre la mesa, rebosante de manjares—. ¿La llevará usted? Debo ir a contárselo a Arch y a coger mi chal bueno; nos veremos en la tumba, ¿de acuerdo?

En ese momento apareció Brianna, bostezando pero arreglada, y se dedicó a adecentar a Jem mientras Claire desaparecía en busca de su gorro y su chal. Roger cogió la Biblia, con la intención de hojear los Salmos en busca de algo adecuadamente sombrío pero esperanzador a la vez.

—¿Tal vez el 23? —dijo, un poco para sus adentros—. Algo bonito y breve. Es todo un clásico. Y menciona la muerte, después de todo.

—¿Vas a dar un panegírico? —preguntó Brianna—. ¿O un sermón?

—Oh, Dios, no había pensado en ello. ¿Hay más café?

Roger había asistido a una buena cantidad considerable de funerales celebrados por el reverendo, y tenía muy presente que los familiares del difunto

consideraban que el acontecimiento era un fracaso total si las plegarias no duraban al menos media hora. Es cierto que a veces no se está en situación de exigir nada, y los Crombie no podían esperar que...

—¿Por qué tienes una Biblia protestante, papá? —Bree hizo una pausa en el acto de desenredar un pedazo de tostada del pelo de Jemmy y se asomó por encima del hombro de Roger.

Sorprendido, éste cerró el libro, pero ella estaba en lo cierto; *Versión del rey Jacobo*, decía, en una letra que casi había desaparecido.

—Me la dieron —dijo Jamie. Roger levantó la mirada; había algo extraño en la voz de Jamie. Brianna también lo percibió; le dirigió a su padre una mirada breve y aguda, pero él mantuvo una expresión tranquila en el rostro mientras comía un último bocado de tocino y se limpiaba los labios.

—¿Quieres un poco de whisky en el café, Roger Mac? —preguntó, como si fuera lo más natural del mundo ofrecer alcohol para desayunar.

De hecho, a Roger la idea lo atrajo bastante, teniendo en cuenta las perspectivas inmediatas, pero negó con la cabeza.

—No, gracias; estaré bien así.

—¿Estás seguro? —Brianna trasladó a él su aguda mirada—. Tal vez deberías tomar un poco... Para la garganta.

—Estaré bien —repitió lacónicamente.

Roger también estaba preocupado por su voz; no necesitaba que se lo recordaran los del contingente pelirrojo, cuyos tres miembros estaban lanzándole miradas pensativas que, según él interpretaba, significaban que tenían serias dudas sobre su capacidad para hablar. El whisky podría calmarle la garganta, pero dudaba que lo ayudara mucho en las plegarias... y lo último que quería era presentarse en un funeral apestando a una bebida fuerte delante de un montón de abstemios estrictos.

—Vinagre —le aconsejó la señora Bug, inclinándose para llevarse su plato—. Vinagre caliente es lo que necesitas. Corta la flema, ¿sabes?

—Apuesto a que sí —dijo Roger, sonriendo a pesar de su recelo—. Pero creo que paso, señora Bug, gracias. —Se había despertado con un ligero dolor de garganta, y esperaba que el desayuno se lo calmara. No había sido así, y la idea de beber vinagre caliente hizo que se le inflamaran las amígdalas.

En cambio, extendió la taza para que le sirvieran más café de achicoria y se dispuso a pensar en la tarea que lo aguardaba.

—Ahora bien... ¿Alguien sabe algo sobre la vieja señora Wilson?

—Está muerta —intervino Jemmy con seguridad. Todos se echaron a reír y Jem pareció confundido, pero luego se unió a las carcajadas generales.

—Buen comienzo, amiguito. Ése podría ser un asunto que tratar. El reverendo tenía un sermón decente que estaba en alguna parte de las Epístolas... el precio del pecado es la muerte, pero el regalo de Dios es la vida eterna. ¿Qué te parece?

—Miró a Brianna enarcando una ceja, quien reflexionó y cogió la Biblia.

—Tal vez funcionaría. ¿Esto tiene algún índice?

—No. —Jamie dejó la taza de café—. Pero está en Romanos, capítulo seis.

—Al ver las miradas de sorpresa que se clavarón en él, se ruborizó ligeramente y señaló la Biblia con la cabeza.

—Tenía ese libro en la prisión —dijo—. Lo leí. Ven con nosotros, *a bhailach*, ¿estáis listos?

El tiempo estaba empeorando, con nubes que amenazaban descargar cualquier cosa, desde una lluvia helada hasta la primera nevada de la temporada, y ocasionales corrientes de viento frío que soplaban sobre mantones y faldas, haciendo que se hincharan como velas. Los hombres se aferraban a sus sombreros y las mujeres se acurrucaban dentro de sus capuchas, todos avanzando tenazmente contra el viento.

—Un tiempo perfecto para un funeral —murmuró Brianna.

—Mmm —respondió Roger automáticamente; era obvio que no sabía qué había dicho ella, pero sí se había percatado del hecho de que había hablado. Tenía el entrecejo arrugado y los labios apretados y se lo veía muy pálido. Ella le puso una mano en el brazo y se lo apretó, para tranquilizarlo, y él la miró con una sonrisa desdibujada.

Un gemido sobrenatural atravesó el aire y Brianna se puso tensa, agarrándose al brazo de Roger. El grito creció hasta convertirse en un chillido, luego se fragmentó en una serie de jadeos cortos y bruscos, que bajaban en una escala descendente de sollozos. Brianna sintió que se le ponía la carne de gallina a la altura de la columna vertebral y que se le formaba un nudo en el estómago. Miró a Roger; él parecía casi tan pálido como ella se sentía, aunque le apretó la mano en un gesto tranquilizador.

—Debe de ser la *bean-treim* —comentó su padre con calma—. No sabía que había una.

—Yo tampoco —dijo su madre—. ¿Quién supones que será?

Roger había contenido el aliento; lo soltó y se aclaró la garganta.

—Una plañidera —dijo. Las palabras salieron con dificultad y él volvió a aclararse la garganta, esta vez con mucha más vehemencia—. Mujeres que lloran junto al ataúd.

La voz volvió a elevarse en el bosque, esta vez con un sonido más deliberado. A Brianna le pareció que había palabras en el lamento, pero no pudo distinguirlas. *Wendigo*. Esa palabra llegó a su mente por su propia cuenta y ella se estremeció convulsivamente. Jemmy gimió, tratando de esconderse dentro del abrigo de su abuelo.

—No hay nada que temer, *a bhailach*. —Palmeó a Jemmy en la espalda. El chico no parecía muy convencido, y se metió el pulgar en la boca, arrimándose

con los ojos bien abiertos al pecho de Jamie cuando los lamentos se desvanecieron en forma de gemidos.

—Bueno, vamos; así la conoceremos, ¿verdad? —Jamie se hizo a un lado y se internó en el bosque, en dirección a la voz.

No había nada que hacer excepto seguirlo. Brianna apretó el brazo de Roger, pero luego se separó de él y se acercó a su padre para que Jemmy pudiera verla y se tranquilizara.

—Está todo bien, amiguito —dijo en voz baja.

El día era ahora más frío; su aliento formaba blancas volutas de vapor. La punta de la nariz de Jemmy estaba enrojecida y sus ojos parecían tener un tono rosado cerca de los extremos; ¿estaría pillando un resfriado?

Extendió la mano para tocarle la frente, pero justo en ese momento la voz reanudó sus gritos. Aunque, esta vez, parecía que había cambiado algo. Era un sonido agudo y flojo, no el robusto lamento que habían oído antes. E inseguro, como un aprendiz de fantasma, bromeó ella para sus adentros.

Resultó que sí era una aprendiz, aunque no de fantasma. Su padre se agachó para pasar por debajo de las ramas bajas de un pino, y cuando ella lo siguió, apareció en un claro delante de dos mujeres sorprendidas. O, en realidad, una mujer y una adolescente con las cabezas cubiertas con chales. Las conocía, ¿pero cómo se llamaban?

—*Maduinn mhath, maighistear* —dijo la mujer mayor, recuperándose de la sorpresa y haciéndole una reverencia a Jamie—. Buenos días tenga usted, señor.

—Y usted también, señora mía —respondió él, también en gaélico.

—Buenos días, señora Gwilty —dijo Roger con su voz ronca y suave—. Y también para usted, *a nighean* —añadió, inclinándose delante de la niña. Olanna, así se llamaba; Brianna recordó la cara redonda igual que la «O» con que empezaba su nombre. Era... ¿la hija de la señora Gwilty? ¿O la sobrina?

—Ah, bonito niño —canturreó la muchacha, extendiendo un dedo para tocar la redondeada mejilla de Jem. Él se echó un poco hacia atrás y chupó su pulgar con más fuerza, mirándola con recelo desde debajo de su gorro de lana azul.

Las mujeres no hablaban inglés, pero el gaélico de Brianna ya le alcanzaba para seguir la conversación, si bien no para unirse a ella con fluidez. La señora Gwilty explicó que le estaba enseñando a su sobrina cómo ser una adecuada *coronach*.

—Y harán un buen trabajo entre ustedes dos, estoy seguro —dijo Jamie cortésmente.

La señora Gwilty suspiró y dirigió una mirada de desdén a su sobrina.

—Mmm —dijo—. Tiene una voz como un pedo de murciélago, pero es la única mujer que queda en la familia, y yo no viviré para siempre.

La cara redonda y agradable de Olanna, que ya estaba sonrojada por el frío, se llenó de manchas rojas, pero ella no dijo nada, se limitó a bajar los ojos y a

acurrucarse mejor debajo del chal. Era una prenda hilada a mano, de color marrón oscuro, según comprobó Brianna; el de la señora Gwilty era de buena lana y estaba teñido de negro y, a pesar de que estaba un poco raído en los bordes, ella seguía llevándolo con la dignidad de su profesión.

—Hemos venido, apesadumbrados, a darles nuestro pésame —dijo Jamie, expresando formalmente sus condolencias—. ¿La que se ha ido es...?

—La hermana de mi padre —respondió la señora Gwilty sin dilación—. Ay de ella, que debe ser enterrada entre desconocidos. —Tenía la cara delgada, sus enjutas carnes estaban profundamente hundidas, y tenía grandes manchas negras alrededor de sus ojos. Clavó esos ojos en Jemmy, que de inmediato cogió el borde de la gorra y se lo encasquetó encima de la cara. Cuando vio que los ojos oscuros y sin fondo giraban en su dirección, Brianna tuvo que reprimir la tentación de hacer lo mismo.

—Espero... que su alma encuentre consuelo. Puesto que... su familia está aquí —dijo Claire, en su titubeante gaélico.

—No estará mucho tiempo sin compañía —soltó Olanna, y luego, al ver que Jamie estaba mirándola, se puso colorada como una remolacha y enterró la nariz bajo el chal.

Pero esa extraña declaración parecía tener sentido para su padre, quien asintió.

—¿Sí? ¿Quién está enfermo?

El largo y agrietado labio superior de la señora Gwilty se apretó contra sus espantosos dientes.

—Se aumais Buchan —respondió con una lugubre satisfacción—. Está postrado con fiebre y morirá de dolor de pecho en menos de una semana, pero por suerte le hemos ganado.

—¿Qué? —dijo Claire frunciendo el ceño, desconcertada.

La señora Gwilty la miró con los ojos entornados.

—La última persona enterrada en una tumba debe montar guardia en ella, Sassenach —le explicó Jamie en inglés—. Hasta que otra venga a ocupar su lugar.

Volviendo sin dificultad al gaélico, añadió:

—Es una mujer afortunada, y más todavía por tener a tal *bean-treim* para que la llore. —Se metió una mano en el bolsillo y le entregó una moneda, que la señora Gwilty miró; luego parpadeó y volvió a mirarla.

—Ah —dijo, satisfecha—. Bueno, haremos todo lo que podamos, la niña y yo. Adelante, *a nighean*, quiero oírte.

Olanna, a quien su tía acababa de obligar a cantar en público, estaba aterrorizada. Pero la mirada admonitoria de la anciana no le dejaba escapatoria. Cerrando los ojos, se hinchó el pecho, echó los hombros hacia atrás, y emitió un penetrante «IIIIIIIIIIIIiiiiiiiiIIIiiiiII-ah-Ii-ah-Ii-ah», antes de

interrumpirse, jadeando y recuperando el aliento.

Roger se estremeció como si ese sonido fueran astillas de bambú que se le clavaban debajo de las uñas, y Claire quedó con la boca abierta. Jemmy había encogido los hombros hasta las orejas y se aferraba al abrigo de su abuelo. Incluso Jamie parecía un poco alarmado.

—Nada mal —dijo juiciosamente la señora Gwilty—. Tal vez no sea un completo desastre. ¿Puede ser que Hiram le pidiera que dijese unas palabras? —añadió con una mirada de desdén hacia Roger.

—Es cierto —respondió éste—. Me siento muy honrado.

La señora Gwilty no respondió, sino que se limitó a mirarlo de arriba abajo y luego, negando con la cabeza, giró la espalda y levantó los brazos.

—EleieieieieieieieiEIEIEIEIEIEieieieieiEIEIEIEIEIEieieieiAYA
Yiiiiiii —gimió con una voz que hizo que Brianna sintiera cristales de hielo en la sangre—. ¡Ay, ay, aaaaaaaayayayayay! ¡EIEleieiuay eieieiEIEleieiuaiieieiE
IEIeieieieiejeieie! ¡Ay de la casa de Crombie... Ay!

Volviéndoles también la espalda como era debido, Olanna se sumó con un lamento en contrapunto. Claire se metió los dedos en los oídos.

—¿Cuánto les has dado? —le preguntó a Jamie en inglés.

Él sacudió ligeramente los hombros y se apresuró a apartarla de allí, cogiéndola con firmeza del codo.

Al lado de Brianna, Roger tragó saliva, un sonido apenas audible.

—Deberías haber tomado ese trago —le dijo ella.

—Lo sé —respondió él con voz ronca, y estornudó.

—¿Habías oído siquiera hablar de Seaumais Buchan? —le pregunté a Jamie mientras atravesábamos el jardín de los Crombie—. ¿Quién es?

—Oh, he oido hablar de él, sí —respondió, rodeándose con el brazo para ayudarme a saltar por encima de un charco—. Uf. Dios, eres una mujercita bastante sólida, Sassenach.

—Es la cesta —respondí sin prestar mucha atención—. Creo que la señora Bug puso municiones de plomo. O tal vez sea sólo una tarta de frutas. ¿Quién es, entonces? ¿Uno de los pescadores?

—Sí. El tío abuelo de Maisie MacArdle, la que se casó con el fabricante de botes. ¿Te acuerdas de ella? Pelirroja y con una nariz muy larga, con seis hijos.

—Vagamente. ¿Cómo puedes recordar todas esas cosas? —pregunté, pero él se limitó a sonreír y me ofreció su brazo. Lo cogí y avanzamos con expresión adusta por el barro y el heno esparcido en el jardín, como un terrateniente y su esposa asistiendo al funeral.

La puerta de la cabaña estaba abierta a pesar del frío, para permitir que saliera el espíritu de la muerta. Por suerte, también dejaba entrar un poco de luz, puesto que la cabaña era bastante tosca y no tenía ventanas. Además, estaba

repleta de gente, la mayoría de los cuales no se habían bañado ni una sola vez en los cuatro meses previos.

Pero yo estaba bastante acostumbrada a las cabañas claustrofóbicas y a los cuerpos sin lavar, y puesto que sabía que uno de los cuerpos presentes probablemente estaba limpio pero sin duda muerto, ya había empezado a respirar por la nariz antes de que una de las hijas de Crombie, con un chal en la cabeza y los ojos rojos, nos invitara a pasar.

La abuelita Wilson estaba tendida sobre la mesa con una vela en la cabeza, envuelta en la mortaja que ella sin duda había tejido en su noviazgo; el lino estaba amarillento y agrietado por el paso del tiempo, pero se veía limpio y suave a la luz de la vela. Había sido conservado con mucho cuidado y traído de Escocia a costa de quién sabía cuántos esfuerzos.

Jamie hizo una pausa en la puerta, se quitó el sombrero y murmuró un pésame formal, que los Crombie, hombre y mujer, aceptaron con gestos de asentimiento y gruñidos, respectivamente. Yo les entregué la cesta de comida e hice asimismo un gesto con lo que esperaba que fuera una apropiada expresión de digna compasión, al tiempo que no perdía de vista a Jemmy.

Brianna había hecho todo lo posible por explicárselo, pero yo no tenía ni idea de qué pensaría él de toda esa situación... o del cadáver. Lo habían convencido, con bastante dificultad, de que saliera de debajo de la gorra, y ahora estaba mirando a su alrededor con interés.

—¿Aquélla es la señora muerta, abuela? —me susurró en voz muy fuerte.

—Sí, cariño —dije, dirigiendo una mirada incómoda hacia la anciana señora Wilson.

Pero la mujer tenía buen aspecto; la habían preparado muy bien, con su mejor gorro y con una venda debajo de la mandíbula para mantenerle la boca cerrada y los párpados secos también cerrados, para que no reflejaran el resplandor de la vela. No creía que Jemmy hubiera conocido a la anciana en vida, de modo que no había ninguna razón en especial por la que el niño pudiera disgustarse al verla muerta. Por otra parte, él se había dedicado a cazar habitualmente desde que podía caminar; sin duda entendía el concepto de la muerte.

—Vamos a presentar nuestros respetos, muchacho —le dijo Jamie en voz baja, y lo puso en el suelo. Luego me di cuenta de que estaba mirando hacia la puerta, donde Roger y Bree murmuraban sus propias condolencias, y comprendí que estaba esperando que ellos se acercaran y pudieran observarlo para saber qué hacer a continuación.

Llevó a Jemmy a través de la apretada multitud, que se abrió paso con respeto hasta la mesa, donde puso la mano sobre el pecho del cadáver. Oh, de modo que era esa clase de funeral.

En algunos funerales de las Highlands, la costumbre era que todos tocaran el

cuero, de forma que la persona muerta no los acosara luego. Yo dudaba de que la abuelita Wilson tuviera interés alguno en acosarme, pero tampoco estaba de más tomar precauciones; y por otra parte, tenía el inquietante recuerdo de un cráneo con coronas de plata en los dientes, y mi encuentro con quien podría haber sido su poseedor, visto bajo una cadavérica luz en una negra noche en la montaña. A pesar de mí misma, eché un vistazo a la vela, pero parecía perfectamente normal.

Cobrando ánimo, me incliné y posé mi propia mano suavemente sobre la mortaja. Había una bandeja de barro cocido que contenía un pedazo de pan y una pizca de sal en el pecho de la mujer, así como un pequeño cuenco de madera lleno de un líquido oscuro —¿vino?— en la mesa a su lado. Con la vela de cera de abeja, la sal y la *bean-treim*, daba la impresión de que Hiram Crombie estaba tratando de portarse bien con su difunta suegra, aunque tampoco me habría sorprendido que él, en aras de ahorrar, volviera a usar la sal después del funeral.

No obstante, tenía la impresión de que algo estaba mal; había un aire de incomodidad que se arrastraba entre la multitud, como la corriente de frío que entraba por la puerta. Al principio se me ocurrió que podría deberse a nuestra presencia, pero no era eso; de hecho, había oído una breve exhalación de aprobación cuando Jamie se acercó al cuerpo.

Mi esposo le susurró algo a Jemmy, luego lo levantó, con las piernas en el aire, para que tocara el cadáver. Él no vaciló en ningún momento, y observó con interés la cara cerosa de la mujer muerta.

—¿Para qué es eso? —preguntó en voz alta, tratando de alcanzar el pan—. ¿Acaso se lo va a comer?

Jamie le agarró la muñeca y plantó su mano con firmeza en la mortaja.

—Eso es para el comedor de pecados, *a bhailach*. Déjalo, ¿de acuerdo?

—¿Qué es un...?

—Luego. —Nadie discutía con Jamie cuando usaba ese tono de voz, y Jemmy se quedó callado. Vino Bree y lo alzó en sus brazos, recordando en el último momento tocar el cadáver también ella, y murmuró:

—Que Dios le dé descanso.

Después Roger dio un paso adelante y se generó un murmullo de interés entre la multitud.

Se lo veía pálido pero compuesto. Su rostro era delgado y bastante ascético, aunque por lo general la suavidad de sus ojos y su boca, siempre en movimiento y dispuesta a reírse, le restaban severidad. Pero no era aquél momento de risas, y sus ojos estaban sombríos a la luz mortecina.

Puso una mano sobre el pecho de la muerta e inclinó la cabeza. Yo no sabía con seguridad si estaba rezando por el reposo de su alma o por inspiración, pero permaneció en esa posición durante más de un minuto. La multitud lo observó

con respeto y en silencio, salvo por algunas toses y algunas gargantas que se aclaraban. Pensé que Roger no sería el único que estaba pillando un resfriado... y de pronto volví a recordar a Seumais Buchan.

«Está postrado con fiebre y morirá de dolor de pecho en menos de una semana». Eso había dicho la señora Gwilty. Neumonía, quizás... o bronquitis, o incluso tisis. Y nadie me lo había dicho.

Sentí una ligera punzada al pensar en ello, formada a partes iguales por irritación, culpa e incomodidad. Sabía que los nuevos arrendatarios aún no confiaban en mí. Muchos de ellos probablemente jamás habían visto a una persona inglesa antes de venir a las colonias, y yo era muy consciente de su actitud tanto hacia los Sassenachs como hacia los católicos.

Pero era evidente que ahora teníamos a un hombre agonizante prácticamente en el umbral de mi casa, y yo no me había enterado de su existencia, mucho menos de su enfermedad.

¿Debería ir a verlo, tan pronto acabara el funeral? ¿Pero dónde demonios vivía aquel hombre? No podía ser muy cerca; conocía a todos los pescadores que se habían asentado en la montaña; los MacArdle debían de estar al otro lado del cerro. Eché un fugaz vistazo a la puerta, tratando de juzgar cuánto tardarían las amenazadoras nubes en soltar su cargamento de nieve.

Se oyeron movimientos y murmullos en voz baja en el exterior: había llegado más gente, procedente de las cañadas cercanas, que estaba apiñándose en la puerta. Capté las palabras «*dèan caithris*» en tono interrogativo, y de pronto me di cuenta de qué era lo extraño de la situación.

No había velatorio. La costumbre era que lavaran y tendieran el cuerpo, pero que lo dejaran en exhibición durante uno o dos días, para permitir que todos los que residían en la zona pudieran acudir a presentar sus respetos. Escuchando con atención, percibí un claro tono de descontento y sorpresa; a los vecinos, tanta prisa les parecía inapropiada.

—¿Por qué no hay velatorio? —le susurré a Jamie.

Él hizo un gesto hacia la puerta y el cielo oscurecido.

—Caerá mucha nieve antes de que anochezca, *a Sorcha* —explicó—. Y, a juzgar por su aspecto, es probable que siga así durante varios días. Yo no querría tener que cavar una tumba y enterrar un ataúd en medio de todo eso. Y si nieva durante muchos días, ¿dónde pondrán el cuerpo mientras tanto?

—Eso es cierto, *Mac Dubh* —dijo Kenny Lindsay, que lo había oído. Recorrió con la mirada a la gente que nos rodeaba, se acercó un poco y bajó la voz—. Pero también es cierto que Hiram Crombie no le tenía mucho cariño a la vieja bru... digo, a su suegra. Algunos dicen que está ansioso por meter a la vieja bajo tierra de una vez; antes de que ella cambie de idea, ¿sabe?

Sonrió ligeramente y Jamie ocultó su propia sonrisa, bajando la mirada.

—Además, así ahorraría un poco de comida, supongo. —La reputación de

tacañería de Hiram era muy conocida, lo que era mucho decir, entre los ahorrativos aunque hospitalarios highlanders.

Afuera empezó a generarse un nuevo bullicio, con la llegada de más visitantes. Se había producido una especie de atasco en la puerta, cuando alguien había empujado para entrar, a pesar de que la casa estaba abarrotada de gente, y el único espacio de suelo libre que quedaba era el que estaba debajo de la mesa sobre la que reposaba la señora Wilson.

Los que estaban junto a la puerta se apartaron a regañadientes y la señora Bug entró en la cabaña, ataviada con su mejor gorro y su chal, con Arch a su lado.

—Ha olvidado el whisky, señor —le informó a Jamie, entregándole una botella cerrada con un corcho. Luego miró a su alrededor, divisó de inmediato a los Crombie y les hizo una ceremoniosa reverencia, murmurando su pésame. A continuación se enderezó y recorrió la sala con la mirada, con un aire de expectativa. Estaba claro que los festejos ya podían comenzar.

Hiram Crombie le hizo un gesto a Roger.

Roger se puso un poco derecho, devolvió el gesto y comenzó. Habló con sencillez durante unos minutos, expresando generalidades sobre el valor de la vida, la inmensidad de la muerte y la importancia de parientes y vecinos en momentos como ése. Todo aquello pareció caerles bien a los asistentes, quienes manifestaron su aprobación con ligeros movimientos de la cabeza y se acomodaron en espera de un entretenimiento decente.

Roger hizo una pausa para toser y sonarse la nariz, luego pasó a lo que parecía ser una versión del servicio fúnebre presbiteriano, o al menos lo que él recordaba de su vida con el reverendo Wakefield.

Eso también era aceptable, a juzgar por la actitud de los presentes. Todo iba bien... y sin embargo yo percibía una ligera sensación de incomodidad. En parte se debía, desde luego, a que podía ver a Roger. El calor cada vez mayor de la cabaña estaba haciendo que le goteara la nariz; él tenía su pañuelo a mano, con el que se limpiaba furtivamente y luego se detenía cada tanto a sonarse con la mayor discreción posible.

Pero la flema suele ir de mal en peor. El constipado se agudizó y comenzó a afectarle su vulnerable garganta. El tono de asfixia en su voz, siempre presente, comenzaba a empeorar de manera perceptible. Él tenía que carraspear cada vez más a menudo para poder seguir hablando.

A mi lado, Jemmy se agitaba, inquieto, y vi de reojo que Bree le ponía una mano en la cabeza para calmarlo. Él la miró, pero estaba muy nervioso y su atención seguía clavada en Roger.

—Demos gracias a Dios por la vida de esta mujer —dijo, e hizo una pausa para aclararse la garganta otra vez—. Ella es una servidora de Dios, fiel y sincera, y ahora lo alaba ante Su trono junto a los san... —Vi que su cara se

nublaba por la repentina duda de si la congregación aprobaba el concepto de los santos o si consideraría que esa mención era una herejía típica de los católicos romanos—. Junto a los ángeles.

Los ángeles eran inocuos, evidentemente; los rostros que me rodeaban no se habían ofendido. Exhalando visiblemente, Roger cogió la pequeña Biblia verde y la abrió por una página señalada.

—Recitemos juntos un salmo en alabanza de Aquel que... —Echó un vistazo a la página y, demasiado tarde, se percató de la dificultad de traducir al vuelo un salmo en inglés al gaélico.

Se aclaró la garganta con un ruido parecido a una explosión y media docena de gargantas lo imitaron en un acto reflejo. A mi otro lado, Jamie murmuró «Dios mío», en una plegaria sincera.

Jemmy tiró de la falda de su madre, susurrando algo, pero ella lo hizo callar de inmediato. Vi que Bree miraba a Roger con anhelo, con el cuerpo tenso por el deseo de ayudarlo, aunque fuera telepatía.

Sin alternativas a la vista, Roger comenzó a leer el salmo, con muchas vacilaciones. La mitad de la multitud le había tomado la palabra cuando él los invitó a «decir juntos», y estaban recitando el salmo de memoria, mucho más rápido de lo que él podía leerlo.

Cerré los ojos, incapaz de mirar, pero no había forma de evitar oírlo, puesto que la congregación corría por el salmo a gran velocidad y luego callaba, esperando con adusta paciencia que Roger llegara a duras penas hasta el final. Lo que hizo, a fuerza de tenacidad.

—Amén —dijo Jamie en voz alta. Y solo.

Abri los ojos y vi que todos estaban mirándonos, con expresiones que iban de una ligera sorpresa a una furiosa hostilidad. Jamie cogió aire y soltó el aliento muy lentamente.

—Jesús, Cristo —dijo en voz muy baja.

Una gota de sudor surcó el cuello de Roger.

—¿Alguien querría decir unas palabras sobre la difunta? —preguntó, posando la mirada en los rostros de la gente. Sólo el silencio y el gemido del viento le contestaron.

Se aclaró la garganta, y alguien dejó escapar una risita.

—Abuelita... —susurró Jemmy, tirándome de la falda.

—Chisss.

—Pero abuela... —El tono de su voz me hizo bajar la mirada.

—Necesitas ir al retrete? —susurré, agachándome a su lado. Él negó con la cabeza, sacudiéndola con una violencia tal que la gruesa mata de pelo dorado y rojizo se movió hacia adelante y hacia atrás sobre su frente.

—Oh, Dios, nuestro Padre Celestial, que nos guías por los cambios de los tiempos hasta el descanso y la bendición de la eternidad, acércate a nosotros en

este momento para reconfortarnos y animarnos.

Roger había vuelto a posar la mano sobre el cadáver y había decidido poner fin a la ceremonia. Por el obvio alivio de su cara y su voz, supuse que habría vuelto a una plegaria conocida del Libro de Oración Común, con la que estaba lo bastante familiarizado como para traducirla al gaélico con un poco de fluidez.

—Haznos saber que Tus hijos son valiosos para Tus ojos... —Se detuvo, con un visible esfuerzo; los músculos de su garganta se movieron, tratando en vano de aclarar la obstrucción en silencio, pero no le sirvió de nada.

—Err... ¡RRMM! —Un sonido, que no era exactamente una risa, atravesó la sala, y Bree hizo un ruido con su propia garganta, como un volcán a punto de escupir lava.

—¡Abuelita!

—¡Chiss!

—... Tus ojos. Que ellos... vivan contigo toda la eternidad y que Tu misericordia...

—¡Abuelita!

Jemmy se retorcía con una expresión de terrible urgencia en la cara.

—Yo soy la Resurrección y la vida, dice el Señor; el que cree en Mí, aunque esté muerto... rr... mm... vivirá... —Con el final a la vista, Roger estaba haciendo un último esfuerzo por terminar la plegaria con elegancia, forzando su voz más allá del límite, cada vez más ronca y agrietándose cada dos palabras, pero firme y fuerte.

—¡Espera un minuto! —siseó—. ¡Ahora salimos...!

—¡No, abuela! ¡Mira!

Seguí su dedo extendido y, por un momento, creí que estaba señalando a su padre. Pero no.

La vieja señora Wilson había abierto los ojos.

Hubo un instante de silencio cuando todos los ojos se clavaron simultáneamente en la difunta. Después se oyó un grito ahogado y colectivo, y se produjo un instintivo movimiento hacia atrás, con chillidos de desesperación y alardos de dolor cuando algunos empezaron a pisar los pies de otros y la gente se apretó contra los troncos duros y resistentes de las paredes.

Jamie levantó a Jemmy del suelo justo antes de que lo aplastaran, se hinchó los pulmones y gritó «*Sheas!*» lo más fuerte que pudo. Tal fue el volumen de su voz que la multitud se paralizó por un momento, lo suficiente como para que él pusiera a Jemmy en brazos de Bree y se abriera paso a codazos hasta la mesa.

Roger ya había cogido al otrora cadáver de la señora y estaba ayudándola a incorporarse, mientras su mano tiraba débilmente del vendaje que le rodeaba las mandíbulas. Yo me abrí paso tras Jamie.

—Déjenle un poco de aire, por favor —dije, levantando la voz. El aturdido

silencio estaba dando paso a un creciente murmullo de excitación, que se truncó cuando empecé a deshacerle el vendaje. Todos en la sala aguardaron con un estremecimiento mientras el cadáver comenzaba a mover sus entumecidas mandíbulas.

—¿Dónde estoy? —dijo con voz vacilante. Su mirada recorrió la sala con una expresión de incredulidad, hasta posarse por fin en la cara de su hija.

—¿Mairi? —preguntó en tono de duda, y la señora Crombie corrió hacia ella y cayó de rodillas, estallando en lágrimas al tiempo que aferraba las manos de su madre.

—*A Màthair! A Màthair!* —gritó. La vieja puso una temblorosa mano sobre el pelo de su hija, como si no estuviera segura de que fuera real.

Yo, mientras tanto, había hecho todo lo que podía para comprobar los signos vitales de la anciana, que no eran tan vitales después de todo. La respiración era muy superficial y dificultosa, su color era como el de la avena recogida una semana atrás, su piel estaba fría y húmeda a pesar del calor de la habitación, y no pude encontrarle el pulso, aunque estaba claro que debía tenerlo. ¿No?

—¿Cómo se siente? —le pregunté.

Ella se llevó la temblorosa mano al vientre.

—Me duele aquí —susurró.

Posé mi propia mano en su abdomen y lo sentí de inmediato: un pulso, donde no debería haber ninguno. Era irregular, entrecortado y con sacudidas, pero sin duda allí estaba, lo que me tranquilizó.

—Jesús H. Roosevelt Cristo —dije; no en voz muy alta, pero la señora Crombie dejó escapar un grito ahogado y vi que su delantal se retorcía. Sin duda, estaba haciendo la señal de los cuernos debajo de la prenda.

Pero yo no tenía tiempo para pedir disculpas. Me puse en pie y cogí a Roger de la manga, llevándolo aparte.

—Tiene un aneurisma aórtico —le dije en voz muy baja—. Debe de haber estado desangrándose internamente durante bastante tiempo, lo que le hizo perder la conciencia y enfriarse como si estuviera muerta. Va a reventar muy pronto, y entonces morirá de verdad.

Él tragó saliva de manera audible, pero sólo dijo:

—¿Sabes cuánto tiempo le queda?

Miré a la señora Wilson; su cara tenía el mismo tono gris que el cielo cargado de nieve, y sus ojos se enfocaban y desenfocaban como la titilante llama de una vela en el viento.

—Ya veo —dijo Roger, aunque yo no había hablado. Respiró hondo y se aclaró la garganta.

La multitud, que había estado murmurando como una bandada de gansos nerviosos, hizo silencio de inmediato. Todos los ojos presentes se clavaron en el retablo que tenían delante.

—Ésta, nuestra hermana, ha sido devuelta a la vida, como nos pasará a todos nosotros algún dia, por la gracia de Dios —dijo Roger con suavidad—. Es una señal para nosotros, de fe y esperanza. Pronto volverá a partir a los brazos de los ángeles, pero ha regresado un momento para traernos la seguridad del amor de Dios.

Carraspeó e inclinó la cabeza hacia la señora Wilson.

—¿Deseabas decir algo, oh, madre? —le susurró en gaélico.

—Sí, lo deseo. —La señora Wilson parecía estar recuperando energía, y, con ella, indignación. Un débil tono rosado apareció en sus mejillas cerasas cuando miró con furia a la multitud—. ¿Qué clase de velatorio es éste, Hiram Crombie? —preguntó, taladrando con la mirada a su yerno—. No veo comida, ni bebida... ¿Y qué es esto? —Su voz se elevó en un chillido furioso cuando sus ojos percibieron el plato de pan y sal que Roger había echado a un lado apresuradamente cuando la había ayudado a incorporarse—. ¡Ay...! —Miró con ojos iracundos a la multitud reunida y se dio cuenta de lo que ocurría—. ¡Ay... tacaño desvergonzado! ¡Esto no es ningún velatorio! ¡Pensabas enterrarme con nada más que un mendrugo de pan y unas gotas de vino para el comedor de pecados, y bastante raro es que hayas aportado siquiera eso! ¡Mejor dicho, ibas a robarme la mortaja de mi cadáver para hacer ropa para tus mocosos hijos! ¿Y dónde está el broche con el que dije que quería que me enterraran?

Una nudosa mano se cerró sobre su hundido pecho, atrapando un puñado de lino mustio.

—¡Mairi! ¡Mi broche!

—¡Aquí está, madre, aquí está! —La pobre señora Crombie, totalmente descompuesta, estaba rebuscando en su bolsillo, sollozando y gimiendo—. Lo guardé para que estuviera a salvo... quiero decir, para ponértelo antes de... antes de...

Sacó un horrible bulto con granates, que su madre le arrancó de las manos y se lo llevó al pecho, mientras miraba a su alrededor con un profundo recelo. Obviamente sospechaba que sus vecinos estaban esperando la oportunidad para robárselo de su cadáver.

—Vamos, vamos —dije—. Estoy segura de que todo irá bien. —« Aparte del hecho de que va a morirse dentro de unos minutos, claro», pensé, suprimiendo el histérico impulso de echarme a reír. En realidad, tal vez muriera dentro de unos segundos, si la presión sanguínea seguía elevándose.

Yo tenía los dedos en el pulso fuerte y pesado de su abdomen, que delataba un fatal debilitamiento de la aorta abdominal. Debía de haber empezado a filtrarse para hacerle perder la conciencia de tal modo que pareciera muerta. Finalmente, reventaría y eso sería todo.

Roger y Jamie estaban haciendo todo lo posible por tranquilizarla, murmurando en inglés y en gaélico y palmeándole la espalda. Ella parecía

responder a ese tratamiento, aunque seguía respirando como una máquina de vapor.

El hecho de que Jamie sacara la botella de whisky del bolsillo ayudó un poco más.

—Bueno, así está mejor —dijo la señora Wilson, algo aplacada, cuando él se apresuró a quitar el corcho y agitó la botella debajo de su nariz para que ella pudiera apreciar su calidad—. ¿Habéis traído comida, también? —La señora Bug se había abierto paso hasta la mesa, llevando la cesta por delante como un ariete —. ¡Ejem! ¡Jamás pensé que viviría para ver papistas más amables que mi propia gente!

Esto último iba dirigido a Hiram Crombie, que hasta entonces no había hecho más que abrir y cerrar la boca.

—Pero... pero... —tartamudeó él, escandalizado, desgarrado entre la impresión, una furia evidente, y la necesidad de justificarse ante sus vecinos—. ¡Más amables que tu propia gente! ¡Vaya! ¡No te he dado yo un hogar, durante los últimos veinte años? ¡No te he alimentado y vestido como si fueras mi propia madre? ¡He soportado tu lengua perversa y tu mal carácter durante años, y jamás...!

Jamie y Roger saltaron al mismo tiempo para tratar de hacerlo callar, pero en cambio se interrumpieron mutuamente. En la confusión, Hiram vio la oportunidad de seguir diciendo lo que pensaba y la aprovechó. También lo hizo la señora Wilson, que tampoco era lenta para los insultos.

El pulso en su vientre estaba palpitando bajo mi mano, y tuve que hacer un esfuerzo para evitar que saltara de la mesa y golpeara a Hiram con la botella de whisky. Los vecinos no daban crédito a lo que veían.

Roger decidió hacerse con el control de la situación y agarró a la señora Wilson de sus escuálidos hombros.

—Señora Wilson —dijo con voz ronca pero lo bastante fuerte como para ahogar la indignada refutación de Hiram a la descripción de su personalidad que la anciana acababa de hacer—. ¡Señora Wilson!

—¿Eh? —Ella lo miró parpadeando, momentáneamente confundida.

—¡Basta! ¡Y usted también! —Clavó la mirada en Hiram—. No pienso permitir esto —dijo Roger, y golpeó la mesa con la Biblia—. No es correcto, y no lo permitiré, ¿me oyen? —Paseó la mirada de uno a otro de los combatientes, con sus negras cejas fruncidas en una expresión de ferocidad.

La sala quedó en silencio, excepto por la pesada respiración de Hiram, los pequeños sollozos de la señora Crombie y los jadeos débiles y asmáticos de la señora Wilson.

—Bien —dijo Roger, sin dejar de mirar con furia a su alrededor para impedir cualquier nueva interrupción. Puso una mano sobre una de las de la señora Wilson, delgada y llena de manchas.

—Señora Wilson, ¿no sabe usted que en este mismo momento se encuentra ante Dios?

Me lanzó una mirada y yo asentí; sí, definitivamente, iba a morir. La cabeza estaba bamboleándose sobre el cuello y el brillo de furia de sus ojos comenzaba a desvanecerse, incluso mientras él decía esas palabras.

—Dios está cerca de nosotros —dijo, levantando la cabeza para dirigirse a la congregación en general. Repitió esas palabras en gaélico, y se oyó una especie de suspiro colectivo—. No profanaremos este momento sagrado con ira y amargura. Ahora, hermana... Pon en orden tu alma. Dios...

Pero la señora Wilson ya no lo escuchaba. Su arrugada boca se abrió en una expresión de espanto.

—¡El comedor de pecados! —gritó, mirando horrorizada a su alrededor—. ¡Dónde está el comedor de pecados?

Hiram se puso rígido como si le hubieran tocado el culo con un atizador al rojo vivo, luego giró sobre sus talones y se dirigió a la puerta, mientras la multitud le abría paso. Después de su salida hubo algunos murmullos de especulación, que se detuvieron bruscamente cuando se oyó un penetrante alarido en el exterior, seguido de inmediato por otro.

Un «¡oooh!» de sobrecogimiento surgió de la multitud. La señora Wilson parecía satisfecha. Las *bean-treim* habían empezado a ganarse su paga.

Entonces se oyó un ruido cerca de la puerta y la muchedumbre se abrió como las aguas del mar Rojo, dejando libre un estrecho sendero que llegaba hasta la mesa. La señora Wilson se sentó muy erguida, blanca como una muerta y apenas respirando. El pulso en su abdomen vacilaba y saltaba bajo mis dedos. Roger y Jamie la tenían cogida de los brazos para que no se cayera. Un silencio total cayó sobre la sala; lo único que se oía eran los alaridos de las *bean-treim*... y unos pasos lentos y arrastrados, blandos, en el exterior, de pronto más fuertes sobre las tablas del suelo. Había llegado el comedor de pecados.

Era un hombre alto, o lo había sido alguna vez. Era imposible determinar su edad; o los años o la enfermedad le habían comido la carne, de modo que sus anchos hombros y su columna vertebral se habían encorvado, y su escuálida cabeza se inclinaba hacia adelante, coronada por una calvicie incipiente y algunas cuantas hebras de pelo gris.

Miré a Jamie enarcando las cejas. Nunca había visto a ese hombre antes. Él se encogió de hombros ligeramente; tampoco lo conocía. Cuando el comedor de pecados se acercó, vi que tenía el cuerpo torcido; parecía hundido en un costado, tal vez con las costillas aplastadas por algún accidente.

Todos los ojos estaban clavados en aquel hombre, pero él no miraba a nadie, sino que mantenía los suyos en el suelo. La gente se encogía y se echaba hacia atrás cuando él pasaba, cuidándose de rozarlo. Sólo cuando llegó a la mesa levantó la cabeza y vi que le faltaba un ojo, evidentemente arrancado por un oso,

a juzgar por la ribeteada masa de tejido cicatrizado.

El otro si estaba sano; se detuvo, sorprendido, al ver a la señora Wilson, y echó una mirada a su alrededor, obviamente inseguro de qué hacer.

Ella consiguió soltarse el brazo que Roger le estaba sujetando y empujó el plato que contenía el pan y la sal hacia él.

—Adelante —dijo en un tono agudo y un poco asustada.

—Pero usted no está muerta. —Era una voz suave y educada, que sólo delataba su desconcierto, pero la multitud reaccionó como si hubiera sido el siseo de una serpiente y se encogió todavía más, si es que eso era posible.

—Bueno, ¿y qué? —El nerviosismo hizo que la señora Wilson temblara con más fuerza—. Le han pagado para que se coma mis pecados. ¡Hágalo de una vez! —Un pensamiento se le ocurrió y enderezó la cabeza de repente, mirando a su yerno con los ojos entornados—. Le has pagado, ¿verdad, Hiram?

Hiram se puso casi morado al oír eso, y se llevó la mano a un costado; a la cartera, pensé, no al corazón.

—Bueno, no pienso pagarle hasta que haga su trabajo —replicó—. ¿Qué clase de manera de actuar es ésa?

Al ver que estaba a punto de producirse un nuevo revuelo, Jamie soltó a la señora Wilson y rebuscó de prisa en su escarcela, de la que sacó un chelín de plata, que arrojó por encima de la mesa al comedor de pecados, pero cuidándose, según pude ver, de tocarlo.

—Ya le hemos pagado —dijo hoscamiente—. Puede hacer su trabajo, señor.

El hombre miró lentamente a la sala y la multitud inhaló de manera audible, incluso por encima de los alaridos de «AAAAAAAAAAAAAYYYYYYYY de la casa de los CROOOOMMMMBIIIEEEEEE» que provenían de fuera.

Se había situado a no más de treinta centímetros de mí, tan cerca que pude percibir su olor dulzón y agrio; un sudor antiguo y suciedad de la ropa, y algo más, un débil aroma que hablaba de llagas purulentas y heridas sin cicatrizar. Giró la cabeza y me miró directamente, con un ojo marrón claro, de color ambarino y sorprendentemente parecido a los míos. Esa mirada me produjo una extraña sensación en la boca del estómago, como si por un momento estuviera mirándome en un espejo distorsionado y hubiera encontrado ese rostro cruelmente deformado en lugar del mío.

Él no cambió de expresión y, aun así, sentí que pasaba algo entre nosotros. Luego volvió la cabeza y extendió una mano larga, arrugada y muy sucia para coger el pedazo de pan.

Una especie de suspiro recorrió la sala cuando comió, aplastando lentamente el pan con las encías, puesto que tenía pocos dientes. Sentí que el pulso de la señora Wilson era ahora mucho más ligero y rápido, como el de un colibrí. Ella colgaba, casi flácida, de los hombres que la sostenían, y los marchitos párpados

de sus ojos se cerraban mientras observaba.

Él rodeó la copa de vino con ambas manos, como si fuera un cáliz, y lo bebió hasta el fondo, con los ojos cerrados. Dejó la copa sobre la mesa y miró a la señora Wilson con curiosidad. Supuse que hasta entonces jamás había visto a un cliente vivo, y me pregunté cuánto tiempo llevaría cumpliendo ese extraño oficio.

La señora Wilson lo miró a los ojos con cara inexpresiva, como la de un niño. Su pulso abdominal rebotó como una piedra, con unos pocos latidos ligeros, una pausa, y luego un ruido fuerte que sentí en la palma como un golpe. Entonces reanudó sus erráticos brincos.

El comedor de pecados le hizo una reverencia muy lentamente. Luego se volvió y avanzó hacia la puerta, con una velocidad asombrosa para un espécimen tan endeble.

Varios de los muchachos y los jóvenes que estaban cerca de la puerta corrieron tras él, gritando; uno o dos de ellos cogieron palos de madera de la cesta de leña que estaba junto a la chimenea. Pero había otros que se debatían sin saber qué hacer; miraban por la puerta abierta, donde los gritos y los ruidos de las piedras arrojadas se mezclaban con los alaridos de las *bean-treim*, pero sus ojos eran ineluctablemente atraídos por la señora Wilson.

Ella parecía... serena; quizá ésa era la única palabra. No fue ninguna sorpresa sentir que el pulso debajo de mi mano simplemente se detenía. En algún lugar más profundo, en mis propias profundidades, sentí que comenzaba el vertiginoso empuje de la hemorragia, una calidez arrasadora que me arrastraba con ella. Yo sabía que, en todos los aspectos, ella había muerto para siempre. La sentí irse. Y, sin embargo, oí su voz por encima del estrépito, muy suave, pero calmada y clara.

—Te perdonó, Hiram —dijo—. Has sido un buen muchacho.

Mi visión se había oscurecido, pero todavía podía oír y percibir las cosas débilmente. Algo me agarró, me apartó, y un momento después volví en mí, inclinándome contra Jamie en un rincón, sostenida por sus brazos.

—¿Te encuentras bien, Sassenach? —decía él en tono urgente, sacudiéndome un poco y palmeándome las mejillas.

Las *bean-treim*, con sus negros ropajes, habían llegado hasta la puerta. Pude verlas fuera, mientras la nieve que caía comenzaba a arremolinarse a su alrededor y un frío viento penetraba en la habitación, seguido de unos copos pequeños, duros y secos, que resbalaban y rebocaban contra el piso. La voz de las mujeres subía y bajaba, mezclándose con el viento. Junto a la mesa, Hiram Crombie estaba tratando de prender el broche de su suegra en la mortaja, aunque sus manos se sacudían y su delgado rostro estaba surcado de lágrimas.

—Sí —dije débilmente; luego repetí el «sí» con un poco más de fuerza—. Ahora todo está bien.

Sexta parte

En La Montaña

Primavera de aves

Marzo de 1774

Era primavera, y los largos meses de desolación se derretían en las vertientes de agua, con arroyuelos que caían de cada colina y cascadas en miniatura que saltaban de piedra en piedra.

En el aire flotaba el ruido de las aves, una melodía de melodías que reemplazaban las solitarias llamadas de los gansos que volaban a gran altura.

Los pájaros van de uno en uno en el invierno; un solitario cuervo posado con aire melancólico en un árbol desnudo, una lechuza que cierra las alas para protegerse del viento. O van en bandadas, en un enorme trueno de alas que los llevan alto y lejos, marcando su rumbo en forma de V, como flechas de afligido coraje hacia la promesa de una supervivencia lejana y problemática.

En el invierno, las aves de rapiña se apartan y se aislan; los pájaros cantores huyen; todo el color del mundo emplumado queda reducido a la brutal simplificación del depredador y la presa, con no más que una pequeña gota de sangre que cae a la tierra para marcar el tránsito de la vida, dejando un rastro de plumas dispersas flotando en el viento.

Pero cuando florece la primavera, los pájaros se embriagan de amor y los arbustos se llenan de sus canciones. Ya avanzada la noche, la oscuridad reduce su volumen pero no los enmudece, y pequeñas conversaciones melodiosas se inician a todas horas, invisibles y extrañamente íntimas en la negrura nocturna, como si estuviéramos oyendo por casualidad a dos desconocidos haciendo el amor en la habitación contigua.

Me acerqué a Jamie, escuchando la canción de un zorzal en el gran abeto rojo que estaba detrás de la casa. Todavía hacía frío de noche, pero no con la fuerza y la amargura del invierno; era, más bien, el fresco dulce de la tierra cuando la nieve se derrite y de las nuevas hojas, un frío que cosquilleaba en la sangre y hacia que los cuerpos cálidos se buscaran y se acurrucaran.

Un atronador ronquido resonó desde el otro lado del rellano. Era el mayor MacDonald, que había llegado cubierto de barro y golpeado por el viento la noche anterior, trayendo noticias poco gratas del mundo exterior.

Jamie se agitó un poco con el sonido, soltó un gruñido, una pequeña ventosidad, y se quedó inmóvil. Había estado levantado hasta tarde, conversando con el mayor, si es que «conversación» era la palabra apropiada.

Oí a Lizzie y a la señora Bug en la cocina de la planta baja, hablando al tiempo que golpeaban cacharros y puertas con la esperanza de obligarnos a levantarnos. Los olores del desayuno empezaron a subir por la escalera, tentadores, el amargo aroma de achicoria asada dando sabor a la densa calidez de las gachas con mantequilla.

El sonido de la respiración de Jamie había cambiado. Me di cuenta de que estaba despierto, aunque seguía inmóvil y con los ojos cerrados. No sabía si eso denotaba el impulso de continuar con el placer físico del sueño o una marcada inclinación por no levantarse a lidiar con el mayor MacDonald.

Él me dio la respuesta a mis dudas de inmediato, rodando hacia mí, envolviéndome en sus brazos y moviendo la parte inferior del cuerpo contra el mío de una manera tal que dejaba bastante claro que, si bien tenía en mente un placer físico, ya no estaba dormido.

Pero aún no había llegado al punto del habla coherente, y frotó la boca contra mis oídos, haciendo pequeños sonidos de interrogación con la garganta. Bueno, el mayor todavía estaba dormido, y faltaba un buen rato para que el café estuviera listo. Hice un sonido similar al suyo, busqué un poco de crema de almendras en la mesilla de noche y empecé a hurgar con lentitud y placer a través de las capas de la ropa de cama y de los camisones para aplicarla.

Un poco más tarde, unos bufidos y unos golpes al otro lado del pasillo anunciaron la resurrección del mayor MacDonald. Los aromas del jamón y las patatas con cebolla fritándose se sumaron al grupo de los estímulos olfativos, pero el dulce olor de la crema de almendras era más fuerte.

—Como un relámpago engrasado —dijo Jamie, con un amodorrado aire de satisfacción.

—¿Qué? —Aparté la mirada del espejo para observarlo—. ¿Quién?

—Yo, supongo. ¿O no sentiste la fuerza del rayo, al final?

—Oh, has vuelto a hablar con Bree. —Me volví hacia el espejo—. Esa frase es una metáfora de la velocidad extrema, no de la brillantez lubricada.

—Bueno, yo también puedo ser rápido —dijo juiciosamente, mientras se sentaba y se pasaba una mano por los cabellos—. Pero no a primera hora de la mañana. Hay peores maneras de despertarse, ¿verdad?

—Sí, mucho peores. —El sonido de carraspeos y escupitajos llegó desde el otro lado del rellano, seguido del inconfundible tintineo de una persona con una vejiga muy vigorosa que hacía uso de un orinal—. ¿Te ha dicho si se quedará mucho tiempo?

Jamie negó con la cabeza. Levantándose lentamente, se desperezó como un gato y luego se acercó vestido sólo con la camisa para rodearme con los brazos. Yo aún no había atizado el fuego, y hacía frío en la habitación; su cuerpo me proporcionó un calor agradable.

Apoyó la barbilla sobre mi cabeza, contemplando nuestros reflejos juntos en

el espejo.

—Debo partir —dijo en voz baja—. Tal vez mañana.

Me puse un poco tensa, con el cepillo en la mano.

—¿Adónde? ¿A ver a los indios?

Él asintió, con sus ojos en los míos.

—MacDonald ha traído periódicos que reproducen cartas del gobernador Martin a diversas personas, como a Tryon en Nueva York o al general Gage, pidiendo ayuda. Está perdiendo el control de la colonia, si es que alguna vez lo tuvo, y está pensando seriamente en armar a los indios. Aunque menos mal que esa parte de la información no llegó a los periódicos.

Me soltó y abrió el cajón donde guardaba las camisas y los calcetines limpios.

—Menos mal —repitió, recogiéndome el pelo.

Habíamos visto pocos periódicos durante el invierno, pero de todas formas, el grado de desacuerdo entre el gobernador y la Asamblea estaba muy claro; él había recurrido a prórrogas continuas, disolviendo la Asamblea reiteradamente para evitar que aprobara una legislación opuesta a sus intereses.

Podía imaginarme muy bien cuál sería la reacción pública a la revelación de que estaba considerando armar a los cherokee, los catawba y los creek, e incitarlos contra su propia gente.

—Creo que en realidad no hará nada semejante —dijo—. Porque si lo hubiera hecho, si lo hace, quiero decir, la revolución empezaría en Carolina del Norte justo ahora, en lugar de en Massachusetts o Filadelfia dentro de dos años. ¡Pero por qué demonios está publicando esas cartas en el periódico?

Jamie se echó a reír, apartando los pelos rebeldes de la cara.

—No es él. Evidentemente están interceptando la correspondencia del gobernador. Él no está muy contento con todo esto, según MacDonald.

—Apuesto a que no. —El correo era muy inseguro, y siempre lo había sido. De hecho, Fergus empezó a trabajar con nosotros cuando Jamie lo contrató para que robara cartas en París—. ¿Cómo está Fergus? —pregunté.

—Mejor, me parece. Marsali dice que pasa más tiempo en casa, lo que está bien. Y está ganando un poco de dinero enseñándole francés a Hiram Crombie. Pero...

—¿Hiram? ¿Francés?

—Oh, sí. —Me sonrió—. Hiram tiene la idea fija de que debe ir a predicar a los indios, y cree que le irá mejor si sabe algo de francés además de inglés. Ian está enseñándole un poco de tsalagi, además. Pero hay tantas lenguas indias que jamás las aprenderá todas.

—¿Acaso los prodigios nunca se acabarán? —murmuré—. ¿Crees que...?

En ese momento, los gritos de la señora Bug me interrumpieron.

—Si ciertas personas quieren dejar que un buen desayuno se arruine, estoy

segura de que nadie se lo impedirá!

Como un mecanismo de relojería, la puerta del mayor MacDonald se abrió de golpe y sus pies bajaron con entusiasmo y estrépito por la escalera.

—¿Listo? —le pregunté a Jamie. Él cogió mi cepillo y se arregló con un par de pasadas, luego abrió la puerta e hizo una reverencia, dejándome pasar con toda ceremonia.

—Eso que tú dices, Sassenach —dijo—, de que va a comenzar dentro de dos años. Ya ha empezado hace bastante. Lo sabes, ¿verdad?

—Oh, sí —respondí en un tono un poco sombrío—. Pero no quiero pensar en ello con el estómago vacío.

Roger se puso derecho para medir la altura. El borde del pozo para el horno en el que estaba metido le llegaba justo debajo de la barbilla. El metro ochenta que se necesitaba estaría a la altura de los ojos; de modo que sólo faltaban unos pocos centímetros, lo que era alentador. Apoyó la pala en la pared de tierra, se agachó, cogió un cubo de madera lleno de tierra y lo levantó por encima del borde.

—¡Tierra! —gritó. Pero no hubo respuesta. Se puso de puntillas, buscando a sus presuntos ayudantes. Se suponía que Jemmy y Germain se turnarían para vaciar los cubos y devolvérselos, pero los chicos tenían la costumbre de desvanecerse cuando se los necesitaba.

—¡Tierra! —volvió a gritar lo más fuerte que pudo. Los pequeños bandidos no podrían haber ido muy lejos; él tardaba menos de dos minutos en llenar un cubo.

Este grito sí obtuvo respuesta, pero no por parte de los crios. Una fría sombra cayó sobre Roger, que entrecerró los ojos y vio la silueta de su suegro, agachándose para agarrar el asa del cubo. Jamie avanzó dos pasos y lanzó la tierra sobre una pila que iba creciendo lentamente, luego regresó y saltó al interior del pozo para devolverlo.

—Has hecho un hoyo muy bonito —dijo—. Podrías asar un buey aquí.

—Lo necesitaré. Me muero de hambre. —Roger se pasó la manga de la camisa por la frente; era un día primaveral fresco y despejado, pero él estaba bañado en sudor.

Jamie había cogido la pala y estaba mirando la hoja con interés.

—Jamás había visto algo así. ¿Es obra de la muchacha?

—Con un poco de ayuda de Dai Jones, sí.

Habían bastado unos treinta segundos de trabajo con una pala del siglo XVIII para convencer a Brianna de que se le podían practicar algunas mejoras. Habían tardado tres meses en conseguir un pedazo de hierro que el herrero pudiera adaptar de acuerdo a las instrucciones de ella y en convencer a Dai Jones de que lo hiciera. Las palas normales eran de madera, y se parecían más que nada a una teja atada a un palo.

—¿Puedo probar? —Encantado, Jamie hundió la punta de la nueva pala en la tierra a sus pies.

—Adelante.

Roger pasó de la parte profunda del pozo a la más superficial. Jamie estaba en el área donde iría el fuego, según Brianna, a la que luego se le añadiría una chimenea. Los elementos que hubiera que cocinar se dispondrían en la parte más larga y relativamente menos profunda del pozo y se los cubriría. Después de una semana de cavar, Roger estaba menos inclinado a pensar que la lejana posibilidad de las cañerías justificaba todo el trabajo que hacía falta, pero Bree quería intentarlo y era muy difícil resistirsele.

Jamie cavaba rápidamente, lanzando paladas de tierra en el cubo con pequeñas exclamaciones de deleite y admiración. A pesar de que no tenía una opinión muy buena sobre esa actividad en concreto, Roger se sintió orgulloso por el elemento que había creado su esposa.

—Primero las pequeñas cerillas —dijo Jamie, bromeando al respecto—, ahora palas. ¿En qué pensará luego?

—Tengo miedo de preguntárselo —respondió Roger.

Una vez lleno el cubo, Roger lo levantó y se lo llevó para vaciarlo, mientras Jamie llenaba el segundo. Y, sin un acuerdo verbal, continuaron con el trabajo, Jamie cavaba y Roger llevaba el cubo, y terminaron casi en seguida.

Jamie salió del pozo y se unió a Roger en el borde, contemplando su obra con satisfacción, mientras sentían el frío de la brisa a través de sus camisas empapadas.

—¿Crees que podríais regresar, tú y la muchacha? —preguntó Jamie. Habló en un tono tan natural que en un primer momento Roger no supo a qué se refería, al menos hasta que vio la cara de su suegro, con esa calma imperturbable que, por lo general, escondía un sentimiento muy fuerte.

—Regresar —repitió con aire vacilante. Seguramente no se referiría a... Pero claro, era eso—. ¿Quieres decir, a través de las piedras?

Jamie asintió, aparentemente fascinado por la tierra húmeda e irregular de las paredes del pozo.

—Lo he pensado —respondió Roger, después de una pausa—. Los dos lo hemos pensado. Pero... —No pudo encontrar la manera de explicarse y dejó que su voz se apagara.

Jamie volvió a asentir, como si se hubiera explicado a la perfección. Roger supuso que Jamie y Claire habrían discutido al respecto, incluso de la misma manera en que lo había hecho él con Bree, sopesando pros y contras. Los peligros del tránsito... y él no subestimaba esos peligros, más aún a raíz de lo que Claire le había contado sobre Donner y sus camaradas; ¡y si él conseguía pasar y Bree y Jem no? Ni siquiera podía pensar en ello.

Además, si todos sobrevivían al tránsito, estaba el dolor de la separación, y él

estaba dispuesto a admitir que sería doloroso también para él. Más allá de sus limitaciones y sus inconvenientes, el cerro era su hogar.

Pero en oposición a todas estas consideraciones estaban los peligros del momento presente, puesto que los cuatro jinetes del Apocalipsis cabalgaban a sus anchas en este mundo; las pestilencias y el hambre eran muy frecuentes. Y el caballo pálido y su jinete tenían la costumbre de presentarse inesperadamente, y con bastante asiduidad.

En ese momento se dio cuenta de que Jamie estaba refiriéndose a eso.

—Por la guerra, quieres decir.

—Los O'Brian —respondió Jamie en voz baja—. Eso volverá a ocurrir, ¿sabes? Muchas veces.

Estaban en primavera, no en otoño, pero el viento frío que le rozó los huesos era el mismo que había hecho volar hojas marrones y doradas por la cara de la niñita. Roger tuvo una repentina visión en la que aparecían ellos dos, Jamie y él mismo, de pie junto al borde de ese mismo hoyo cavernoso, como desaliñados deudos frente a una tumba. Dio la espalda al pozo y contempló, en cambio, el verde floreciente de los castaños.

—¿Sabes? —dijo, después de un momento de silencio—, la primera vez que supe lo que era Claire... lo que nosotros somos, la primera vez que me enteré de todo aquello, pensé: « ¡Qué fascinante! » . Poder ver la historia en el momento en que estaba haciéndose, quiero decir. Si he de ser totalmente honesto, tal vez haya venido aquí tanto por eso como por Bree. Me refiero a lo que pensaba entonces.

Jamie soltó una breve carcajada, y también se dio la vuelta.

—Oh, sí, ¡y lo es? Fascinante, quiero decir.

—Más de lo que hubiera imaginado —le aseguró Roger—. Pero ¿por qué me lo preguntas ahora? Te dije hace un año que nos quedariamos.

Jamie asintió, frunciendo los labios.

—Es cierto. La cuestión es... que estoy pensando en que tal vez deba vender una o más de las piedras preciosas.

Eso sorprendió un poco a Roger. Él nunca había pensado en ello... pero saber que las piedras estaban allí, en caso de necesidad... Hasta ese momento no se había dado cuenta de la seguridad que le proporcionaba ese conocimiento.

—Son tuyas, estás en tu derecho de venderlas —respondió con cautela—. Pero ¿por qué ahora? ¿Se han complicado las cosas?

—Complicado —repitió—. Sí, podrías decir eso. —Y procedió a describir la situación de una manera sucinta.

Los bandidos habían destruido no sólo el whisky que había llevado toda una temporada elaborar, sino también el cobertizo de malteado, que hasta ahora no habían podido empezar a reconstruir. Eso significaba que ese año no habría excedentes para vender o intercambiar por cosas que pudieran necesitar. Había veintidós familias nuevas de arrendatarios en el cerro que había que tener en

cuenta, la mayoría de las cuales estaban enfrentándose a un lugar y a una profesión que jamás podrían haber imaginado, tratando de sobrevivir lo suficiente para aprender cómo ganarse la vida.

—Y además, está MacDonald... Hablando del rey de Roma...

El mayor había salido a la puerta, con su rojo abrigo resplandeciente bajo el sol de la mañana. Iba vestido para viajar, pensó Roger, con botas y espuelas, y llevaba puesta la peluca, con el sombrero en la mano.

—Una visita fugaz, al parecer.

Jamie hizo un ruido casi inaudible pero bastante zafio.

—Lo suficiente como para informarme de que debo organizar la compra de treinta mosquetes, con municiones y pólvora, pagándolos de mi bolsillo, te aclaro, una suma que la Corona me devolverá algún día —agregó, con un cinismo que dejaba bien claro lo remota que consideraba esa eventualidad.

—Treinta mosquetes. —Roger pensó en esa perspectiva, frunciendo sus propios labios en un silbido mudo. Jamie ni siquiera había podido reemplazar el rifle que le había regalado a Pájaro por su ayuda en la cuestión de Brownsville.

—Y después están los asuntos menores, como la dote que le he prometido a Lizzie Wemyss, que va a casarse este verano. Y la madre de Marsali, Laoghaire... —Miró con recelo a Roger, inseguro respecto de cuánto podría saber éste de Laoghaire. Más de lo que a Jamie le gustaría, pensó Roger, y tuvo el tacto de mantener una expresión impasible—. Le debo algo de dinero para la manutención. Nosotros sí podemos vivir con lo que tenemos, pero el resto... Debo vender tierras o las piedras. Y no pienso desprenderme de las tierras.

—Ya veo. Bueno, entonces... —Estaba claro que había que hacerlo; era estúpido quedarse de brazos cruzados si uno tenía una fortuna en piedras preciosas sólo porque tal vez algún día podrían hacer falta para un propósito rocambolesco y arriesgado. Aun así, la idea hizo que Roger se sintiera un poco hueco, como si estuviera descendiendo en rápel por un acantilado y alguien hubiera cortado la cuerda de seguridad.

Jamie exhaló.

—Bueno. Le mandaré una a su señoría a Virginia a través de Bobby Higgins. Él me ofrecerá un buen precio, al menos.

—Sí, es... —Roger se interrumpió de pronto, con la atención desviada por la situación que se desarrollaba delante de él.

El mayor, que evidentemente había desayunado bien y estaba de buen ánimo, había bajado por los escalones y avanzaba a paso vivo hacia ellos, sin haberse percatado de la presencia de la cerda blanca, que había salido de su guarida debajo de los cimientos y estaba paseándose por el lado de la casa, pensando en su propio desayuno. En cuestión de segundos, divisaría al mayor.

—¡Oiga! —gritó Roger, y sintió que algo se le desgarraba en la garganta. El dolor fue tan agudo que lo paralizó, y él se llevó las manos a la garganta, que

había quedado repentinamente muda.

—¡Cuidado con el cerdo! —Estaba gritando Jamie, moviendo los brazos.

El mayor inclinó la cabeza hacia adelante, con la mano tras la oreja, hasta que captó los reiterados gritos de « ¡Cerdo! » y miró a su alrededor rápidamente, justo a tiempo para ver a la cerda blanca iniciar un pesado trote, moviendo los colmillos hacia un lado y hacia otro.

Habría sido mejor para él girar en redondo y volver a la seguridad de los escalones de la entrada, pero empezó a correr a toda velocidad, alejándose del cerdo y abalanzándose directamente sobre Jamie y sobre Roger, quienes de inmediato corrieron en distintas direcciones.

Al mirar hacia atrás, Roger vio que el mayor estaba ganando terreno al cerdo con sus largas zancadas, con el claro objetivo de la cabaña. Pero entre el mayor y la cabaña se encontraba el hoyo abierto del horno subterráneo, enmascarado por las ramas crecidas de la hierba.

—¡El pozo! —gritó Roger, pero la frase salió bajo la forma de un graznido atragantado. Sin embargo, al parecer MacDonald lo oyó, porque giró su cara enrojecida en su dirección, con los ojos bien abiertos. Debió de sonarle como « ¡El cerdo! », ya que miró hacia atrás por encima del hombro y vio que la cerda trotaba cada vez más de prisa, con sus ojitos rosados clavados en él con expresión asesina.

La distracción fue casi fatal, puesto que las espuelas del mayor se engancharon y él cayó hacia adelante, desparráñandose sobre el pasto, soltó el sombrero —que había sostenido durante toda la persecución— y lo lanzó al aire.

Roger vaciló un instante, pero luego regresó corriendo para ayudarlo, con un juramento reprimido. Vio que Jamie también volvía de prisa, con la pala en ristre, aunque incluso una pala de metal parecía lastimosamente inadecuada para lidiar con un puerco de 230 kilos.

MacDonald ya estaba intentando ponerse en pie; antes de que cualquiera de ellos pudiera alcanzarlo, se lanzó a la carrera como si el mismo diablo estuviera pisándole los talones. Agitando los brazos y con la cara morada, corrió para salvar la vida, saltando a través de la hierba... y desapareció. Un instante estaba allí y al siguiente se había esfumado como por arte de magia.

Jamie miró a Roger con los ojos bien abiertos, luego al cerdo, que se había detenido al otro extremo del pozo. Después, avanzando con delicadeza, sin apartar la vista del cerdo, se deslizó hacia el pozo mirando de reojo, como si tuviera miedo de ver lo que había en el fondo.

Roger se acercó y también miró hacia abajo. El mayor MacDonald había caído en el extremo más profundo, donde yacía curvado como un erizo, con los brazos aferrando la peluca, que se había mantenido en su lugar por milagro, aunque estaba bastante llena de tierra y briznas de hierba.

—¿MacDonald? —gritó Jamie—. ¿Se ha hecho daño, buen hombre?

—¿Ella está allí? —respondió el mayor con voz temblorosa.

Roger miró al otro lado del foso donde estaba la cerda, ahora un poco más lejos, con el hocico hacia abajo en medio de la hierba crecida.

—Eh... sí. —Para su sorpresa, no le costaba hablar, aunque su voz seguía un poco ronca. Se aclaró la garganta y habló un poco más fuerte—. Pero no se preocupe. Está ocupada comiéndose su sombrero.

El armero

Jamie acompañó a MacDonald hasta Coopersville, donde lo despidió en el camino de Salisbury, equipado con comida, un sombrero flexible y poco elegante para protegerlo de las inclemencias del tiempo y una pequeña botella de *whisky* para fortalecer su lastimado espíritu. Luego, con un suspiro interior, se dirigió a la tienda de los McGillivray.

Robin estaba trabajando en la forja, rodeado del olor a metal caliente, astillas de madera y aceite para armas. Había un joven delgado con la cara chupada manipulando los fuelles de cuero, aunque su expresión soñadora delataba una cierta falta de atención a la tarea.

Robin vio la sombra que proyectó Jamie al entrar y levantó la mirada, le dedicó un mínimo saludo con la cabeza, y regresó al trabajo.

Estaba golpeando barras de hierro con un martillo y convirtiéndolas en tiras aplanasadas; a su lado, sostenido por dos bloques de madera, aguardaba el cilindro de hierro en torno al cual envolvería esas tiras para formar el cañón de una arma. Jamie avanzó con cuidado, poniéndose fuera del alcance de las chispas, y se sentó sobre un cubo a esperar.

El que estaba con los fuelles era el prometido de Senga... Heinrich. Heinrich Strasse. Encontró el nombre sin vacilar entre los cientos que guardaba en la mente, y junto al nombre le llegó automáticamente todo lo que sabía sobre la historia, la familia y los conocidos del joven Heinrich, datos que aparecían en su imaginación en torno al rostro delgado y soñador del muchacho, en una constelación de afinidades sociales, ordenada y compleja a la vez, como los dibujos de un cristal de nieve.

Siempre veía a la gente de esa manera, pero eran pocas las ocasiones en que era consciente de ello. Aunque había algo en la cara de Strasse que reforzaba las imágenes mentales: el largo eje de la frente, la nariz y la barbilla, enfatizado por un caballuno labio superior, con profundos surcos, y un eje horizontal más corto pero no menos definido, con unos ojos largos y estrechos y unas cejas oscuras y planas encima de ellos.

Podía deducir los orígenes del muchacho —el mediano de nueve hijos, pero el mayor de los varones, hijo de un padre autoritario y una madre que lidiaba con ellos mediante subterfugios y una maldad callada— asomando en un delicado despliegue de cabellos en la puntiaguda coronilla; su religión —luterana, pero sin prestarle mucha atención—, en la forma de un ramillete de pelos como de encaje bajo una barbilla igualmente puntiaguda; su relación con Robin —

cordial pero recelosa, como correspondía a un nuevo yerno que también era su aprendiz—, extendiéndose como un abanico de lanzas desde la oreja derecha; y la que tenía con Ute —una mezcla de terror, intimidación y desesperación—, en la izquierda.

Esa ocupación le resultaba muy entretenida, y se vio obligado a apartar la mirada, para no incomodarlo.

El armero no era una persona ordenada; sobre la mesa tenía esquirlas de madera y metal junto a un montón de clavos, puntas de trazar, martillos, bloques de madera, trocitos de un sucio paño granate y pedacitos de carboncillo. Había unos cuantos papeles, sujetados con una culata arruinada que se había partido durante su fabricación, cuyos sucios bordes se agitaban con el aire caliente de la forja. Él no les habría prestado atención, si no hubiera reconocido el estilo de los dibujos; habría identificado esa precisión y la delicadeza de esas líneas en cualquier lado.

Frunciendo el ceño, se levantó y sacó los papeles de debajo de la culata. Eran dibujos de una arma, ejecutados desde ángulos diferentes; un rifle, ahí estaba el corte transversal del cañón, y las ranuras y los enganches se veían claramente; pero era un rifle de lo más peculiar. En uno de los dibujos se lo veía entero, razonablemente familiar, excepto unos extraños bultos con forma de cuernos en el cañón. Pero en el siguiente... el arma se veía como si alguien la hubiera partido con la rodilla; estaba totalmente abierta, con la culata y el cañón apuntando hacia abajo en direcciones opuestas, unidos tan sólo por... ¿qué clase de bisagra era aquella? Cerró un ojo, reflexionando.

El cese del estrépito de la forja y el fuerte siseo del metal caliente en el sumidero lo arrancaron de su fascinación con los dibujos.

—¿Su hija le ha mostrado esos dibujos? —preguntó Robin, indicando los papeles con un gesto. Levantó el faldón de la camisa desde debajo del mandil y se limpió su sudorosa cara con una expresión divertida.

—No. ¿Qué está tramando? ¿Quiere que usted le fabrique una arma?

—Oh, ella no puede de ninguna manera pagar algo así, *Mac Dubh*, a menos que Roger Mac haya descubierto un tesoro desde la semana pasada. No, sólo me ha estado contando sus ideas para mejorar el arte de la fabricación de rifles y me ha preguntado cuánto costaría hacer algo así. —El cínico gesto que acechaba en las comisuras de los labios de Robin se amplió hasta convertirse en una franca sonrisa, y él le devolvió los papeles a Jamie—. Se nota que es hija suya, *Mac Dubh*. ¿Qué otra muchacha pasaría el tiempo pensando en armas, en lugar de en vestidos o en niños?

Había más que una leve crítica implícita en ese comentario, pero Jamie lo dejó pasar. Necesitaba ganarse la buena voluntad de Robin.

—Bueno, toda mujer tiene sus caprichos —observó con ligereza—. Incluso la pequeña Lizzie, supongo... aunque Manfred se ocupará de ello, estoy seguro.

—¿Está en Salisbury? ¿O en Hillsboro?

Robin McGillivray no era, de ninguna manera, un hombre estúpido. El cambio repentino de tema lo hizo enarcar una ceja, pero no hizo comentario alguno. En cambio, mandó a Heinrich a la casa a buscar cerveza y esperó que el muchacho desapareciera antes de volverse hacia Jamie con actitud expectante.

—Necesito treinta mosquetes, Robin —dijo éste sin preámbulos—. Y los necesito pronto... dentro de tres meses.

El asombro del armero hizo que su rostro adoptara una cómica impasibilidad. Parpadeó y cerró la boca de golpe, retomando su expresión sarcástica.

—¿Está formando un ejército propio, *Mac Dubh*?

Jamie se limitó a sonreír y no contestó. Si corría el rumor de que tenía la intención de armar a sus arrendatarios y crear su propio comité de seguridad como respuesta a los bandidos de Richard Brown, eso no haría ningún daño y hasta podría ser algo bueno. En cambio, dejar que se supiera que el gobernador estaba tramando armar a los salvajes en secreto, por si necesitaba reprimir un alzamiento armado en las provincias, y que él, Jamie Fraser, era el agente de tal acción, sí era una forma excelente de hacerse matar y de que le quemaran la casa hasta los cimientos.

—¿Cuántos puede conseguirme, Robin? ¿Y en cuánto tiempo?

El armero entrecerró los ojos, pensando, luego lo miró de reojo.

—¿Paga en metálico?

Jamie asintió y vio cómo los labios de Robin se fruncían en un mudo silbido de sorpresa. Robin sabía igual que los demás que Jamie no tenía dinero.

Pero el armero no dijo nada. En cambio, hundió los dientes superiores en el labio inferior, reflexionando, y luego se relajó.

—Puedo encontrar seis, tal vez siete, entre Salisbury y Salem. Brugge —añadió, refiriéndose al armero moravo— podría hacer uno o dos, si supiera que son para usted... —Al ver que Jamie negaba con un mínimo movimiento de la cabeza, asintió, resignado—. Sí, bueno, tal vez siete, entonces. Y Manfred y yo podríamos fabricar unos tres más... Sólo precisa mosquetes, ¿verdad? Nada especial... —Señaló el dibujo de Brianna con la cabeza.

—Nada especial —respondió Jamie—. Ésos son diez, entonces.

Aguardó. Robin suspiró y cambió de posición.

—Daré voces —dijo—. Pero no será fácil. En especial, si usted no quiere que se mencione su nombre en relación con... Y supongo que no.

—Usted tiene una inteligencia y una discreción poco comunes, Robin —le aseguró Jamie, muy serio, haciéndolo reír.

Robin McGillivray había combatido a su lado en Culloden y había convivido tres años con él en Ardsuir; Jamie le confiaría la vida... y lo estaba haciendo en ese momento. Comenzó a desechar que, después de todo, la cerda se hubiera comido a MacDonald pero apartó ese indigno pensamiento y bebió la cerveza

que trajo Heinrich, charlando sobre trivialidades hasta que fue cortés marcharse.

Había venido con *Gideon* pero tenía la intención de dejarlo en el granero de Dai Jones. A través de un complejo regateo, *Gideon* se ocuparía de la yegua manchada de John Woolam, y cuando llegara el tiempo de la cosecha, en otoño, Jamie mandaría unos cuarenta y cinco kilos de cebada y una botella de whisky a Dai por su ayuda.

Después de intercambiar unas lacónicas frases con Dai, le dio una palmada de aliento a *Gideon* y lo dejó comiendo grano y poniéndose en forma para la llegada de la yegua manchada.

Dai le había ofrecido comida, pero Jamie la rehusó; tenía un poco de hambre, pero ansiaba la paz de la caminata de ocho kilómetros hasta su casa. Hacía un buen día, el cielo tenía un color azul pálido, se oía el murmullo de las hojas primaverales en lo alto, y a él le vendría bien un poco de soledad.

La decisión había sido tomada cuando le pidió a Robin que le consiguiera armas. De todas formas, debía reflexionar sobre la situación.

Había sesenta y cuatro aldeas cherokee; cada una con su propio cacique, su propio jefe de paz y su propio jefe de guerra. Su poder alcanzaba a sólo cinco de esas aldeas: las tres del pueblo de Pájaro de Nieve y las dos que pertenecían a los cherokee de Overhill. Aunque suponía que éstos seguirían a los líderes de Overhill, más allá de lo que él dijera.

Roger Mac no sabía mucho sobre los cherokee, o cuál podría ser su papel en la inminente lucha. Sólo había podido decirle que éstos no habían actuado en masa; algunas aldeas decidieron combatir, otras no; algunas combatieron para un bando, otras para otro.

Bueno, daba igual. No era probable que nada de lo que él dijera o hiciera cambiara el curso de la guerra, y eso era reconfortante. Pero no podía obviar la idea de que estaba llegando el momento en que debería asumir una posición. Por lo que todos sabían, él era un leal súbdito de su majestad, un *tory* que se deslomaba por los intereses del rey Jorge III, sobornando a los salvajes y distribuyendo armas con la intención de reprimir los ánimos amotinados de reguladores, *whigs* y aspirantes a republicanos.

En algún momento, esa fachada debería derrumbarse y dejarlo al descubierto como un rebelde recalcitrante y un traidor. Pero ¿cuándo? Se preguntó ociosamente si cuando eso ocurriera pondrían un precio a su cabeza, y a cuánto ascendería.

Las cosas tal vez no serían tan difíciles con los escoceses. Por rencorosos y tozudos que fueran, él era uno de ellos, y el aprecio que sentían por él podría moderar el escándalo que supondría el hecho de que se pasara al bando rebelde cuando llegara el momento.

No, eran los indios los que le preocupaban, puesto que se había presentado ante ellos como agente del rey. ¿Cuánto tiempo precisaría para explicarles su

cambio de idea? Y, más aún, ¿cómo hacerlo de manera tal que ellos lo compartieran? Seguramente lo verían como la peor de las traiciones o, en el mejor de los casos, como un comportamiento muy sospechoso. No creía que lo mataran, pero ¿cómo, en nombre de Dios, podría convencerlos de que se sumaran a la causa de la rebelión, cuando ellos gozaban de una relación estable y próspera con su majestad?

Oh, Dios, y además estaba John. ¿Qué podría decirle a su amigo, cuando llegara el momento? ¿Debía convencerlo con lógica y retórica de que él también se pasara de bando? Siseó entre dientes y negó con la cabeza, consternado, tratando —y fallando totalmente en el intento— de imaginar a John Grey, un soldado de toda la vida, exgobernador real, la imagen misma de la lealtad y el honor, declarándose de pronto a favor de la rebelión y la república.

Siguió así un tiempo, preocupándose por estas cosas, pero poco a poco descubrió que la caminata lo tranquilizaba y que la placidez del día le animaba el corazón. Tendría tiempo, antes de cenar, de llevar a pescar al pequeño Jem, pensó; el sol brillaba con intensidad, pero había una humedad bajo los árboles que prometía larvas de moscas en el agua. Sintió en los huesos que las truchas saldrían a la superficie poco antes del crepúsculo.

Con el ánimo más tranquilo, se alegró cuando encontró a su hija un poco más adelante, cerca del cerro.

—*Ciamar a tha thu, a nighean?* —dijo, saludándola con un beso en la mejilla.

—*Tha mi gu math, mo athair* —sonrió ella, pero Jamie notó una pequeña arruga en el entrecejo que turbaba la lisa piel de su frente—. Te estaba esperando —dijo ella, cogiéndolo del brazo—. Quería hablar contigo antes de que vayas a visitar a los indios mañana.

—Oh, ¿sí?

Ella asintió con un gesto, pero al parecer le costaba encontrar las palabras adecuadas para lo que quería decir, lo que lo alarmó aún más. De todas formas, no podía ayudarla sin tener ninguna idea de qué se trataba todo aquello, de modo que caminó a su lado, mudo pero alentándola.

—Cuando hablaste con Roger sobre los indios —dijo Brianna por fin—, ¿él mencionó algo llamado el Camino de las Lágrimas?

—No —respondió Jamie con curiosidad—. ¿Qué es?

Ella hizo una mueca y encorvó los hombros.

—Ya me lo parecía. Me dijo que te había contado todo lo que sabía sobre los indios y la revolución; tampoco es que sepa tanto, ésa no era su especialidad; pero esto ocurrió... ocurrirá más adelante, después de la revolución. De modo que él tal vez no lo considerara importante... Y tal vez no lo sea...

Vaciló, como si quisiera que él le dijera que no lo era. Pero Jamie se limitó a aguardar y ella suspiró, bajando la mirada a sus pies mientras caminaba. Estaba calzada con sandalias sin medias, y los dedos largos y desnudos de sus pies

estaban sucios por el suave polvo del camino de las carretas.

—Dentro de unos sesenta años —dijo ella por fin, con los ojos en el suelo—, el gobierno americano sacará a los cherokee de su tierra y los trasladará a otro lado. Será un largo viaje, hasta un lugar llamado Oklahoma. Son por lo menos mil seiscientos kilómetros, y cientos y cientos de ellos morirán de hambre en el camino. Por eso lo llamaban, o lo llamarán, el Camino de las Lágrimas.

A Jamie le impresionó que hubiera un gobierno capaz de algo así, y lo dijo. Su hija le lanzó una mirada de furia.

—Lo harán con engaños. Convencerán a algunos de los líderes cherokee de que acepten, haciéndoles promesas pero sin cumplir su palabra.

—Así es como actúan la mayoría de los gobiernos —observó él con ligereza—. ¿Por qué me cuentas eso, muchacha? Yo, gracias a Dios, estaré muerto y a salvo antes de que nada de eso suceda.

Él vio una sombra que cruzaba la cara de su hija ante la mención de su muerte, y lamentó haberle causado angustia con esa frivolidad. Pero antes de que pudiera disculparse, ella tensó los hombros y continuó.

—Te lo digo porque me pareció que deberías saberlo —dijo—. No todos los cherokee se marcharon; algunos se escondieron en la montaña; el ejército no los encontró.

—Sí?

Ella volvió la cabeza y lo miró con esos ojos que eran también los suyos, con una franqueza conmovedora.

—¿No te das cuenta? Mamá te contó lo que ocurriría... en Culloden. Tú no pudiste evitarlo, pero salvaste a Lallybroch. Y a tus hombres, tus arrendatarios. Porque lo sabías.

—Oh, Dios mío —exclamó él, dándose cuenta de lo que ella quería decir, como si lo hubieran golpeado. Los recuerdos lo cubrieron como una inundación, el terror, la angustia y la incertidumbre de aquella época, la sorda desesperación que lo había ayudado a sobrevivir a aquel último día fatal—. Quieres que se lo cuente a Pájaro.

Ella se frotó la cara con la mano y negó con la cabeza.

—No lo sé. No sé si deberías contártelo; tampoco sé si él te haría caso o no si lo hicieras. Pero Roger y yo hablamos sobre ello, después de que le preguntaste sobre los indios. Y no he dejado de pensar en ello... y, bueno, simplemente no me parecía bien saberlo y no hacer nada. De modo que pensé que tenía que contártelo.

—Sí, ya veo —dijo él en tono sombrío.

Jamie ya había notado antes esa costumbre de las personas de buenos sentimientos de aliviar su incomodidad pasándole a otro la necesidad de actuar, pero evitó mencionarlo. Después de todo, ella no estaba en posición de contártelo a Pájaro.

Como si la situación a la que se enfrentaba con los cherokee no fuera ya bastante difícil, pensó irónicamente, ¡ahora debía ocuparse de salvar a generaciones futuras y desconocidas de salvajes!

Brianna estaba mirándolo con curiosidad.

—¿Qué vas a hacer?

Él se desperezó, lenta, sensualmente, sintiendo que los músculos de la espalda se estiraban sobre los huesos, sintiendo cada uno de ellos, vivos y firmes. El sol descendía en el cielo, estaban empezando a preparar la cena, y, por el momento, por esa última noche, no tenía que hacer nada. Aún no.

—Voy a pescar —dijo, sonriendo a su adorable, extraña y problemática hija—. Trae al pequeño, ¿de acuerdo? Yo iré a buscar las cañas.

Señor don James Fraser, del cerro de Fraser.

A mi señor John Grey, plantación de Mount Josiah.

Este segundo día de abril. Anno Domini 1774.

Mi señor:

Partiré por la mañana a visitar a los cherokee, de modo que dejaré esta nota a mi esposa, para que se la confie al señor Higgins en su próxima visita y para que éste se la entregue en mano junto con el paquete que la acompaña.

Me atrevo a abusar de su amabilidad y su preocupación por mi familia pidiéndole el favor de ayudarme a vender el objeto que le confío. Sospecho que sus contactos podrían permitirle obtener un precio mejor que yo, y que lo hará discretamente. Espero poder confiarle a mi regreso las razones de mi acción, así como algunas reflexiones que tal vez le interesen. Mientras tanto, considéreme siempre:

Su más afectuoso amigo y humilde servidor,

J. Fraser

Ensayo con vestuario

Bobby Higgins me miró con inquietud con su jarra de cerveza en la mano.

—Le ruego que me disculpe, señora —dijo—, pero no estará usted pensando en practicar alguna clase de medicina conmigo, ¿verdad? Los gusanos se han ido, estoy seguro de ello. Y lo... lo otro —añadió, sonrojándose ligeramente y retorciéndose sobre el banco—, eso también está bien. He comido tantas alubias que me tiro pedos todo el tiempo, ¡y ya no tengo ardores!

—Me fascina saberlo —dije, esquivando su pregunta por el momento—. Se te ve muy bien, Bobby.

Era cierto; el aspecto demacrado y enfermizo había quedado atrás. Tenía la piel firme y sana y los ojos brillantes. El ojo ciego no se había puesto lechoso ni se movía sin control de una manera perceptible; tal vez aún conservaba alguna capacidad individual de detectar la luz y las siluetas, lo que fortalecía mi diagnóstico original de una retina parcialmente desplazada.

Asintió con recelo y bebió un sorbo de cerveza, sin apartar los ojos de mí.

—Me encuentro realmente bien, señora —añadió.

—Espléndido. No sabes cuánto pesas, ¿verdad, Bobby?

—Pues sí lo sé, señora. El mes pasado trasladé algunos vellones de lana al puerto fluvial para su señoría, y había un comerciante que tenía una balanza para pesar sus productos: tabaco o arroz, o bloques de índigo, lo que fuera. Algunos de nosotros empezamos a apostar sobre cuánto pesábamos y..., bueno, sesenta y cinco kilos con treinta, señora.

—Muy bien —dije en tono de aprobación—. El cocinero de lord John debe de estar dándote bien de comer.

Yo recordaba que cuando lo vi por primera vez daba la impresión de no pesar más de cincuenta kilos. Sesenta y cinco seguía siendo poco para un hombre de cerca de un metro ochenta, pero era una gran mejoría. Y también era una suerte que él supiera su peso con tanta exactitud.

Por supuesto que, si yo no actuaba con rapidez, él ganaría cinco o diez kilos más; la señora Bug se había propuesto superar al cocinero indio de lord John y, con este fin, no dejaba de llenar el plato de Bobby con huevos, cebollas, venado y una porción de pastel de cerdo que había sobrado, por no decir nada de la aromática cesta de bollos que ya le había puesto delante.

Lizzie, que estaba sentada a mi lado, cogió uno y lo untó con mantequilla. Noté que también ella parecía más sana. De todas formas, debía recordar tomar una muestra de su sangre para comprobar el nivel de los parásitos de la malaria.

Sería excelente hacerlo mientras estuviera inconsciente. Por desgracia, no tenía manera de saber su peso exacto, pero no podían ser más de cuarenta y cinco kilos; era una mujer pequeña y de huesos livianos.

Mientras que Bree y Roger se ubicarían al otro lado de la balanza... Roger debía de pesar al menos ochenta y cuatro kilos; Bree, probablemente, sesenta y ocho. Cogí un bollo mientras pensaba en la mejor manera de llevar a cabo mi plan. Roger lo haría si se lo pidiera, desde luego, pero Bree... Tendría que ser cuidadosa con ella. A los diez años le habían extirpado las amígdalas con éter y no le había gustado la experiencia. Si descubría lo que estaba tramando y empezaba a expresar sus opiniones sin tapujos, podría alarmar al resto de mis conejillos de Indias.

Entusiasmada por mi éxito en la elaboración de éter, había subestimado demasiado la dificultad de convencer a cualquiera de aplicárselo. El señor Christie no era el único en resistirse a la idea de que lo dejaran inconsciente.

Yo habría creído que el atractivo de la falta total de dolor sería universal, pero en realidad no lo era para aquellos que jamás la habían experimentado. No tenían ningún contexto en el que ubicar una idea semejante, y si bien no todos creían que el éter era un complot papista, sí consideraban que la oferta de ahorrarles el sufrimiento, de alguna manera, se contradecía con la visión divina del universo.

De todas formas, yo ejercía un influjo suficiente sobre Bobby y Lizzie como para estar bastante segura de que podría convencerlos de que lo intentaran, o atosigarlos hasta que lo hicieran. Si luego ellos hacían un informe positivo de la experiencia... aunque mejorar las relaciones públicas era sólo la mitad de la tarea.

La verdadera necesidad consistía en probar el éter con una variedad de sujetos y tomar cuidadosa nota de los resultados. El susto del parto de Henri-Christian me había demostrado lo lastimosamente preparada que estaba. Era necesario que tuviera alguna idea de cuánto podía administrar por unidad de peso corporal, cuánto podría durar tal o cual dosis, y cuán profundo sería el estupor resultante. Lo que menos quería era estar metida hasta los codos en el abdomen de alguien y que de pronto esa persona se despertara con un alarido.

—Está haciéndolo otra vez, señora. —Bobby frunció el entrecejo.

—¿Qué? ¿Qué estoy haciendo? —dije fingiendo inocencia, mientras me servía un poco de pastel de cerdo.

—Observándome. Igual que un halcón observa a un ratón justo antes de abalanzarse sobre él. ¿No es cierto? —le preguntó a Lizzie.

—Sí, es cierto —admitió Lizzie, mirándome con una sonrisa—. Pero ella siempre lo hace. Tú serías un ratón muy grande, Bobby. —Como era escocesa, pronunció de una manera muy peculiar la palabra «ratón», lo que hizo que Bobby se echara a reír y se atragantara con su bollo.

La señora Bug se detuvo para darle unos golpes en la espalda.

—Bueno, ¿y qué problema tiene ahora? —preguntó mientras daba la vuelta para examinarlo con una mirada crítica—. No tienes diarrea de nuevo, ¿verdad, muchacho?

—¿De nuevo? —pregunté.

—Oh, no, señora —graznó él—. ¡Dios me libre! Sólo fue aquella vez que comí manzanas verdes. —Se atragantó, tosió y se enderezó en la silla—. ¿Podríamos, por favor, no hablar de mis intestinos, señora? Al menos, mientras estamos desayunando...

Sentí que Lizzie vibraba de ganas de reir a mi lado, pero mantuve los ojos sobre el plato en actitud de recato para no avergonzarlo todavía más.

—Por supuesto —sonréi—. Supongo que te quedarás unos cuantos días, ¿verdad, Bobby?

Había llegado el día anterior, con el habitual surtido de cartas y periódicos de lord John, y un paquete que contenía un regalo maravilloso para Jemmy: una caja de sorpresas con música y con un payaso con resorte, enviada especialmente desde Londres gracias a los buenos oficios de Willie, el hijo de lord John.

—Oh, sí, señora. Su señoría me ha dicho que me fijara si el señor Fraser tenía alguna carta para llevarle de regreso, así que debo esperarlo, ¿verdad?

—Desde luego.

Jamie e Ian habían ido a visitar a los cherokee una semana antes; probablemente tardarían otra en regresar. Tiempo suficiente para mis experimentos.

—¿Hay algo que pueda hacer para echarle una mano, señora? —preguntó Bobby—. Quiero decir, puesto que yo estoy aquí y el señor Fraser y el señor Ian no. —Había un pequeño tono de satisfacción en sus palabras; se llevaba bien con Ian, pero sin duda prefería tener toda la atención de Lizzie para él solo.

—Bueno —dije—, ahora que lo mencionas, Bobby...

Cuando terminé mi explicación, Bobby seguía teniendo un aspecto saludable, aunque el color había huido de sus mejillas.

—Ponerme a dormir —repitió con vacilación. Miró a Lizzie, que también parecía un poco insegura.

—Sólo estarás dormido un momento —le aseguré—. Lo más probable es que ni te des cuenta.

Su cara expresaba un escepticismo considerable, y me di cuenta de que estaba intentando encontrar alguna excusa. Pero yo había previsto esa estrategia y jugué mi carta de triunfo.

—No soy sólo yo quien necesita evaluar las dosis —dije—. No puedo operar a alguien y suministrarle éter al mismo tiempo... o, al menos, sería muy difícil. Malva Christie va a ser mi asistente, y necesita practicar.

—Oh —dijo Bobby con aire pensativo—. La señorita Christie. —Una suerte de expresión suave y soñadora le cruzó la cara—. Bueno, yo no quería dejar inconsciente a la señorita Christie, desde luego.

Lizzie emitió uno de aquellos típicos ruidos escoceses desde el fondo de la garganta, con el que logró transmitir burla, desdén y una total desaprobación en el espacio de dos sílabas glóticas.

Bobby levantó la cabeza con actitud de interrogación.

—¿Has dicho algo?

—¿Quién, y o? —respondió Lizzie—. Claro que no.

Se levantó bruscamente y sacudió con cuidado y sobre el fuego las migas de pan que le habían quedado en el delantal. Luego se volvió hacia mí.

—¿Cuándo pensaba hacerlo? —preguntó con firmeza, añadiendo un tardío «señora».

—Mañana por la mañana —respondí—. Hay que hacerlo con el estómago vacío, de modo que será a primera hora, antes de desayunar.

—¡Bien! —dijo, y salió corriendo.

Bobby la miró parpadeando y luego se volvió hacia mí, desconcertado:

—¿He dicho algo malo?

La señora Bug clavó sus ojos en los míos; lo había entendido todo a la perfección.

—Nada, muchacho —dijo, depositando una nueva cucharada de huevos revueltos en su plato—. Come. Necesitarás energías.

Brianna había hecho la máscara según mis indicaciones, con láminas de roble entrelazadas. Era bastante sencilla, una especie de jaula doble con bisagras para que las dos mitades se abrieran y dejaran espacio para la inserción de una gruesa capa de algodón hidrófilo entre ambas y luego volvieran a cerrarse. Todo estaba hecho de modo que entrara como la máscara de un *catcher* de béisbol sobre la nariz y la boca del paciente.

—Pon bastante éter como para empapar bien el algodón —le indiqué a Malva—. Nos conviene que haga efecto rápidamente.

—Sí, señora. Oh, huele muy raro, ¿verdad?

—Sí. Ten cuidado y no lo huelas demasiado —dije—. No nos conviene que te desmayes en medio de una operación.

Ella se echó a reír pero obedeció y alejó la máscara un poco más.

Lizzie había tenido la valentía de ofrecerse para ser la primera, con la clara intención de desviar la atención de Bobby de Malva hacia ella. Y daba resultado; ella yacía en una pose lúgubre sobre la mesa, sin la gorra, y su pelo suave y pálido quedaba convenientemente desplegado sobre la almohada. Bobby se había sentado a su lado y estaba cogiéndole la mano.

—Muy bien. —Yo tenía un diminuto reloj de arena a mano, lo mejor que

había podido conseguir para medir el tiempo con precisión—. Colócala suavemente sobre su cara. Lizzie, tú sólo respira hondo, y cuenta conmigo: uno... dos... Santo Dios, no ha tardado mucho, ¿verdad?

Lizzie había tomado aliento una vez, profundamente, sus costillas se habían levantado... y luego había quedado floja como un lenguado muerto nada más terminar de exhalar. Le di la vuelta al reloj de prisa y me acerqué para tomarle el pulso: todo bien.

—Espera un momento; cuando empiece a volver en sí, podrás sentir una especie de vibración en la piel —le expliqué a Malva—. Pon tu mano sobre su hombro... Ahí está, ¿lo notas?

Malva asintió, casi temblando de excitación.

—Dos o tres gotas, entonces.

Las añadió, conteniendo su propia respiración, y Lizzie volvió a relajarse.

Los ojos azules de Bobby estaban totalmente redondos, pero se aferró ferozmente a la otra mano de la joven.

Medí el tiempo que tardaba en despertar una o dos veces más, luego hice que Malva la durmiera un poco más profundamente. Cogí la lanceta que tenía a mano y le pinché el dedo a Lizzie. Bobby reprimió un grito cuando la sangre empezó a manar, y paseó la mirada de las gotas carmesí al rostro angelical y pacífico de la muchacha.

—¡Caramba, no siente nada! ¡Mire, no ha movido ni un solo músculo!

—Exacto —asentí—. No sentirá nada de nada hasta que vuelva en sí.

—La señora Fraser me ha dicho que podríamos abrir a alguien en canal —le informó Malva a Bobby, presumiendo un poco—. Abrirlo y llegar a la parte enferma, ¡y esa persona no sentiría nada!

—Bueno, hasta que despertara —aclaré, divertida—. Me temo que en ese momento sí lo sentiría. Pero de todas formas esto es maravilloso —añadí en voz más baja, contemplando el rostro inconsciente de Lizzie.

La mantuve dormida mientras verificaba la muestra de sangre que acababa de extraerle y luego le indiqué a Malva que le quitara la máscara. Al cabo de menos de un minuto, Lizzie comenzó a agitar los párpados. Miró a su alrededor con curiosidad y luego se volvió hacia mí.

—¿Cuándo va a empezar, señora?

A pesar de que tanto Bobby como Malva le aseguraron que había tenido el aspecto de estar muerta como una piedra durante los quince minutos anteriores, Lizzie se negaba a creerlo, y afirmaba con indignación que aquello era imposible, aunque no sabía cómo explicar el pinchazo en el dedo y la mancha de sangre.

—¿Recuerdas la máscara que te puse en la cara? —le pregunté—. ¿Y que te dije que respiraras hondo?

—Sí, es cierto, y durante un momento sentí que me ahogaba... pero ¡luego

estaban todos ustedes mirándome!

—Bueno, supongo que la única forma de convencerla es mostrándoselo —dije sonriendo a las tres caras jóvenes y sonrojadas—. ¡Bobby?

Entusiasmado por demostrarle la verdad a Lizzie, él saltó sobre la mesa con brío y se tumbió, aunque el pulso de su delgada garganta empezó a golpear con fuerza mientras Malva vertía éter en la máscara. Soltó un gemido profundo y convulsivo en el momento en que se la puso en la cara. Frunciendo el ceño, respiró hondo una vez más y se relajó.

Lizzie se llevó ambas manos a la boca, mirándolo fijamente.

—¡Jesús, María y José! —exclamó. Malva soltó una risita, fascinada.

Lizzie me miró con los ojos bien abiertos, y luego a Bobby. Se agachó junto a su oído y gritó su nombre, sin resultado alguno; luego le levantó la mano y se la agitó suavemente. El brazo cayó flojo, ella lanzó una ligera exclamación y le soltó la mano. Parecía muy nerviosa.

—¿No puede volver a despertarse?

—No, hasta que le quitemos la máscara —le dijo Malva, alardeando.

—Sí, pero tampoco conviene dejar a la gente más tiempo del necesario —añadió—. No es bueno que se los anestesie demasiado.

Malva, obediente, devolvió a Bobby al límite de la conciencia y volvió a dormirlo varias veces más, mientras yo tomaba nota de los tiempos y las dosis. Durante la última de éstas levanté la mirada y la vi mirando a Bobby con una expresión intensa, como si estuviera concentrada en algo. Lizzie se había retirado a un rincón de la consulta, obviamente incómoda por ver inconsciente a Bobby.

Me puse en pie y le quité la máscara de la mano a Malva. Luego la dejé a un lado.

—Has hecho un trabajo maravilloso —le dije en voz baja—. Gracias.

—¡Oh, señora! Ha sido... Jamás he visto algo así. Qué sensación tan extraña, ¿no es cierto? Como si lo hubiésemos matado para luego devolverle la vida.

Extendió las manos, mirándolas casi sin darse cuenta, como si estuviera preguntándose cómo había logrado una maravilla así, luego las cerró formando pequeños puños y me dedicó una sonrisa conspirativa.

—Creo que entiendo por qué mi padre dice que es obra del diablo. Si estuviera aquí y viera cómo es... —Dirigió una mirada a Bobby, que empezaba a moverse—. Diría que sólo Dios tiene derecho a hacer algo así.

—¿En serio? —respondí un poco secamente.

A juzgar por el brillo de sus ojos, la probable reacción de su padre a lo que habíamos estado haciendo era uno de los principales atractivos del experimento. Por un momento, casi sentí lástima por Tom Christie.

—Eh... Tal vez entonces será mejor que no le hables de esto a tu padre —le sugerí. Ella sonrió y movió los ojos.

—Puede estar tranquila, señora —me aseguró—. Me prohibiría que volviera

a verla de inmediato...

Bobby abrió los ojos, movió la cabeza hacia un lado, y vomitó, poniendo fin a la discusión. Lizzie dejó escapar un grito y se apresuró a acudir a su lado, atendiéndolo, limpiándole la cara y acercándole un poco de *brandy* para que bebiera. Malva, con una ligera actitud de superioridad, se hizo a un lado y la dejó.

—Oh, qué raro —repitió Bobby tal vez por décima vez—. Vi una cosa de lo más terrible, sólo durante un momento, y entonces sentí náuseas y vomité.

—¿Qué cosa terrible? —preguntó Malva, interesada.

—A decir verdad, no lo sé, señorita. Sólo sé que era... oscura, más o menos. Una forma, podría decirse; me pareció que era una mujer. Pero... terrible —terminó, desesperado.

Bueno, eso no era nada bueno. Las alucinaciones eran un efecto colateral poco común, pero jamás habría esperado que ocurriera con una dosis tan pequeña.

—Bueno, supongo que habrá sido alguna clase de pesadilla —dijo con voz suave, serenándolo—. ¿Sabes?, esto es como dormir, en cierta forma, de modo que es natural que sueñes cada tanto.

Para mi sorpresa, Lizzie sacudió la cabeza.

—Oh, no, señora —dijo—. No se parece en nada a dormir. Cuando uno duerme, entrega su alma a los ángeles para que se la cuiden y para que no se acerquen los malos espíritus. Pero esto... —Con el entrecejo fruncido, contempló el frasco de éter, y luego me miró a mí—. En realidad, quería saber... ¿Adónde va el alma?

—Eh... Bueno, yo diría que simplemente se queda en el cuerpo —respondí—. Es necesario. Quiero decir... no estás muerta.

Tanto Bobby como Lizzie negaron con la cabeza.

—No, no es así —dijo Lizzie—. Cuando duermes, tú sigues ahí. Con eso —añadió, señalando la máscara—, no.

—Eso es cierto, señora —me aseguró Bobby—. Uno no sigue ahí.

—¿Cree que es posible que uno vaya al limbo, con los niños no bautizados y todo eso? —preguntó Lizzie, nerviosa.

Malva resopló de forma muy poco femenina.

—El limbo no es un lugar verdadero —replicó—. Es sólo una idea inventada por el papa.

Lizzie abrió bien la boca, escandalizada por semejante blasfemia, pero por suerte Bobby la distrajo mareándose y pidiendo tumbarse.

Malva parecía inclinada a continuar la discusión, pero más allá de repetir «el papa...» una o dos veces, no hizo más que quedarse en pie, balanceándose hacia atrás y hacia adelante con la boca abierta, parpadeando un poco. Miré a Lizzie y descubrí que ella también tenía los ojos vidriosos. Dejó escapar un enorme bostezo y parpadeó, con los ojos llenos de lágrimas.

Tuve la sensación de que yo también empezaba a sentirme un poco desvaida. —¡Por Dios! —Cogí la máscara de éter y la llevé de prisa a una banqueta lejos de todos nosotros—. Esperad a que me libre de esto o nos marearemos todos.

Abrí la máscara, saqué la pelota de algodón húmedo y la llevé afuera con la mano extendida. Había abierto las dos ventanas de la consulta, para ventilarla y evitar que todos termináramos asfixiados, pero el éter era muy insidioso. Al ser más pesado que el aire, tendía a descender hacia el suelo y acumularse allí, a menos que hubiera un ventilador o algún otro dispositivo que lo dispersara. Se me ocurrió que tendría que operar al aire libre si lo usaba durante un período prolongado.

Dejé el algodón a secar sobre una piedra y regresé con la esperanza de que estuvieran todos demasiado aturdidos como para continuar con sus especulaciones filosóficas. No quería que ellos siguieran en esa línea de pensamiento; si se corría la voz en el cerro de que el éter separaba a las personas de sus almas, jamás conseguiría que nadie aceptara que se lo aplicara.

—Bueno, gracias a todos por vuestra ayuda —dije, aliviada al encontrarlos a todos razonablemente alerta—. Habéis hecho algo muy útil y valioso. Podéis seguir con vuestros asuntos; yo me encargo de ordenar todo esto.

Malva y Lizzie vacilaron un momento, puesto que ninguna de las chicas quería dejar a Bobby con la otra.

—¿Cuándo se casa, señorita Wemyss? —preguntó Malva despreocupadamente y lo bastante alto como para que Bobby la oyera.

—En agosto —respondió Lizzie fríamente, levantando su naricilla un centímetro—. Justo después de la siega... señorita Christie. —«Y entonces seré la señora de McGillivray», decía su expresión satisfecha. «Y usted... señorita Christie, no tendrá ningún admirador» . No era que Malva no atrajera la atención de los jóvenes, sino que su padre y su hermano se ocupaban de alejarlos.

—Le deseo que sea muy feliz —dijo Malva. Echó una mirada a Bobby Higgins, luego miró otra vez a Lizzie, y sonrió con una expresión recatada.

Bobby se quedó sentado a la mesa un momento, después de que las chicas se marcharon.

—Bobby —dije, sorprendida por su expresión pensativa—. La figura que viste cuando estabas anestesiado... ¿La reconociste?

Él me miró, luego sus ojos se deslizaron otra vez hacia el umbral vacío, como si no pudieran apartarse de allí.

—Oh, no, señora —aseguró, en un tono tan firme y convincente que supe que estaba mintiendo—. ¡Para nada!

Personas desplazadas

Habían parado para dar de beber a los caballos al borde del pequeño lago que los indios llamaban Torrentes Caudalosos. Hacía mucho calor, así que manearon los animales, se desnudaron y entraron en el agua, que venía de manantial y estaba maravillosamente fría. Lo bastante como para aturdir los sentidos y, al menos por un momento, disipar las lóbregas reflexiones de Jamie sobre la nota que le había entregado MacDonald de parte de John Stuart, el superintendente indio del Departamento del Sur.

La carta era bastante elogiosa y alababa su celeridad y su diligencia a la hora de atraer a los cherokee de Pájaro de Nieve a la esfera de la influencia británica, pero luego seguía insistiendo en la necesidad de emprender acciones más vigorosas, haciendo alusión al propio golpe que había dado Stuart al dirigir las elecciones de los líderes de los choctaw y los chickasaw, en un congreso que él mismo había convocado dos años antes.

... La competencia y el ansia de los candidatos por obtener medallas y comisiones eran tan fuertes como pueda imaginarse, y equivalían a las disputas de los más ambiciosos e interesados en honores y promociones de los grandes estados. Di todos los pasos necesarios para informarme de los candidatos y llené los puestos vacantes con los más valiosos entre ellos y los más proclives a responder al propósito de mantener el orden y la adhesión de esta nación a los intereses británicos. Le apremio a que usted intente conseguir resultados similares entre los cherokee.

—Oh, sí —dijo en voz alta sacudiéndose el agua del pelo—. Entonces, se supone que debo deponer a Tsisqua, sin duda mediante un asesinato, y sobornarlos a todos para que nombrén jefe de paz a Tallador de Pipas, ¡vaya! —Tallador de Pipas era el indio más pequeño y tímido que Jamie había visto jamás. Volvió a hundirse en un remolino de burbujas, lanzando maldiciones a la presunción de Stuart.

Volvió a salir, jadeando, tragó aire y contuvo el aliento.

—¿Qué ha sido eso? —dijo una voz alarmada cerca de él—. ¡Ellos?

—No, no —dijo otra, baja y urgente—. Sólo hay dos; los veo a ambos, allí, ¿los ves?

Jamie abrió la boca y respiró hondo, esforzándose por escuchar. Los había entendido, pero durante un instante no pudo identificar su lenguaje. Eran indios,

sí, pero no cherokee; eran... tuscarora, eso.

Hacía años que no hablaba con ningún tuscarora; la mayoría de ellos se habían trasladado al norte después de la epidemia de sarampión que había destruido a tantos, uniéndose a sus «padres» mohawk en las tierras gobernadas por la Liga Iroquesa.

Aquellos dos discutían en susurros, pero lo bastante cerca como para que pudiera entender la mayor parte de lo que decían; no estaban a más de unos pocos metros, escondidos por un tupido matorral de arbustos y espadañas que llegaban casi a la altura de la cabeza de un hombre.

¿Dónde debía de estar Ian? Oyó unas salpicaduras distantes, al otro lado del lago y, volviendo la cabeza con suavidad, vio por el rabillo del ojo que Ian y *Rollo* estaban jugando en el agua, el perro sumergido hasta el cuello, chapoteando hacia un lado y hacia otro. Si uno no lo sabía, la imagen era muy similar a la de dos hombres nadando.

Los indios habían llegado a la conclusión de que era así: dos caballos, por tanto, dos hombres, y los dos a buena distancia. Con muchos crujidos y ruidos de hojas, comenzaron a avanzar en dirección a los caballos.

Jamie consideró si no sería mejor dejarlos que trataran de llevarse a *Gideon* y ver hasta dónde llegaban en el intento. Pero también podían irse con el caballo de Ian y la mula de carga, y Claire se enfadaría mucho si él les permitía llevarse a *Clarence*. Sintiéndose muy en desventaja, se deslizó desnudo a través de los juncos, haciendo muecas cuando éstos le raspaban la piel, y se arrastró entre las espadañas hasta el barro de la orilla.

Si los indios hubieran tenido la astucia de mirar hacia atrás, habrían visto el movimiento de las plantas —él esperaba que Ian sí lo viera—, pero estaban concentrados en su tarea. A esas alturas ya podía verlos, agazapados en las hierbas altas en el borde del bosque, lanzando miradas hacia un lado y hacia otro, aunque nunca en la dirección correcta.

Eran sólo dos, estaba seguro. Jóvenes, por la forma en que se movían, e inseguros. No pudo ver si iban armados.

Manchado de barro, se arrastró un poco más, hundió el vientre en la maleza cerca del lago y avanzó retorciéndose rápidamente hacia el refugio de un zumaque. Lo que precisaba era un garrote, y rápido.

En esas circunstancias, lo único que tenía a mano eran ramitas pequeñas. A falta de otra cosa, cogió una piedra de buen tamaño, pero entonces encontró lo que buscaba: una rama de cornejo que colgaba a su alcance, todavía pegada al árbol. Los indios ya estaban acercándose a los caballos; *Gideon* los vio y levantó la cabeza bruscamente. Siguió masticando, pero con las orejas medio echadas hacia atrás en un claro gesto de sospecha. *Clarence* también se dio cuenta y levantó la cabeza, torciendo las orejas y poniéndose alerta.

Jamie aprovechó la oportunidad, y cuando *Clarence* emitió un relincho de

bienvenida, arrancó la rama del árbol y se abalanzó sobre los intrusos, gritando «*Tulach Ard!*» tan fuerte como fue capaz.

Unos ojos bien abiertos se toparon con los suyos. Uno de los hombres dio un salto y su largo pelo voló hacia todas partes. El otro lo siguió, pero tenía una renquera pronunciada y cayó de rodillas cuando algo cedió dentro de su pierna. Se levantó inmediatamente, pero demasiado lento; Jamie le golpeó las piernas aferrando el garrote con las dos manos y con una furia tal que lo tumbó, luego saltó encima de él y le asentó un cruel puñetazo en los riñones.

El hombre emitió un sonido estrangulado y se paralizó, inmovilizado por el dolor. Jamie había dejado caer la roca... No, allí estaba. La levantó y golpeó al hombre con fuerza detrás de la oreja, por si acaso. Luego empezó a correr detrás del otro, que se había lanzado hacia el bosque pero había tenido que desviarse por un arroyuelo bordeado de rocas que le bloqueaba el camino. Empezó a avanzar a saltos entre los juncos; Jamie vio que dirigía una mirada aterrorizada hacia el agua, donde Ian y *Rollo* se acercaban a él, nadando como castores.

El indio probablemente habría llegado al santuario del bosque, si uno de sus pies no se hubiera hundido de repente en el barro blando. Se tambaleó hacia un lado y Jamie se le echó encima, con sus propios pies resbalando en el barro, y lo sujetó.

El hombre era joven y fibroso, y se retorcía como una anguila. Jamie, más grande y más fuerte que él, consiguió doblegarlo, y los dos cayeron juntos y rodaron entre las juncas y el barro, arañándose y golpeándose. El indio consiguió agarrar el largo pelo de Jamie y tiró de él, haciendo que los ojos se le llenaran de lágrimas. Jamie le dio un fuerte golpe en las costillas para obligarlo a soltarlo y, cuando lo hizo, le propinó un cabezazo en la cara.

Sus frentes chocaron con un ruido feo y un dolor enceguecedor le atravesó la cabeza. Los dos hombres se separaron, jadeando, y Jamie rodó hasta ponerse de rodillas, mientras la cabeza le daba vueltas y los ojos se le llenaban de lágrimas, tratando de ver.

Sintió que todo se volvía gris y se desdibujaba, y oyó un alarido de terror. *Rollo* soltó un único ladrido grave y profundo y luego emitió un gruñido sordo y continuado. Jamie cerró un ojo, se llevó una mano a la frente, que le latía de dolor, y consiguió distinguir a su oponente, tumbado sobre el barro, con *Rollo* encima de él, listo para atacarlo.

Luego oyó ruido de pies corriendo por el agua e Ian llegó a su lado, jadeando.
—¿Estás bien, tío Jamie?

Él apartó la mano de su cabeza y miró los dedos. No había sangre, aunque habría jurado que se le había abierto la frente.

—No —dijo—. Pero estoy mejor que él. Oh, Dios mío.

—¿Has matado al otro?

—Creo que no. Oh, Dios.

Apoyándose en pies y manos, se arrastró una corta distancia y vomitó. A sus espaldas oyó que Ian interrogaba con firmeza al indio, preguntándole en cherokee quiénes eran y si había otros con ellos.

—Son tuscarora —dijo Jamie. Todavía le latía la cabeza, pero se sentía un poco mejor.

—¿Ah, sí? —Ian pasó de inmediato a la lengua de los kahnyen'kehaka.

El joven cautivo, ya aterrorizado a causa de *Rollo*, parecía que iba a morirse de miedo cuando vio los tatuajes de Ian y lo oyó hablar en mohawk. Los kahnyen'kehaka eran de la misma familia de los tuscarora, y estaba claro que el joven podía entender lo que Ian le decía, puesto que respondió, tartamudeando de miedo. Estaban solos. ¿Su hermano había muerto?

—¿Tu hermano?

Sí, dijo el joven, su hermano. Si no tenían la intención de matarlo ahora mismo, ¿podía ir a verlo? Su hermano estaba herido.

Ian miró a Jamie en busca de su aprobación, luego le indicó a *Rollo* que se apartase con una palabra. El maltrecho cautivo se puso en pie con bastante dificultad, dolorido y tambaleándose, y empezó a caminar por la orilla, seguido del perro y los dos escoceses desnudos.

Era cierto que el otro hombre estaba herido; podía verse la sangre que manaba a través de un tosco vendaje que él mismo se había hecho en la pierna. Lo había hecho con la camisa, y estaba con el pecho desnudo. Era muy escuálido, y parecía a punto de morir de hambre. Jamie miró a uno y luego al otro; ninguno de los dos podía tener más de veinte años, pensó, y era probable que fueran todavía más jóvenes, con las caras hundidas por el hambre y las ropas casi hechas jirones.

Los caballos se habían alejado un poco, inquietos por la pelea, pero la ropa que los escoceses habían dejado colgada de los arbustos seguía allí. Ian se puso los pantalones y fue a buscar comida y bebida a las alforjas mientras Jamie se vestía más lentamente al tiempo que interrogaba al joven, que, nervioso, examinaba a su hermano.

Eran tuscarora, le confirmó el joven, que tenía un nombre largo cuyo significado era, aproximadamente, «el resplandor de la luz sobre el agua de un arroyo». El otro era su hermano, «el ganso que alienta al líder en pleno vuelo», más conocido como Ganso.

—¿Qué le ha pasado? —Jamie se puso la camisa por encima de la cabeza y señaló el corte en la pierna de Ganso, causado por algo parecido a una hacha.

Luz sobre el Agua respiró hondo y cerró los ojos un momento. Él, por su parte, tenía un importante chichón en la frente.

—Los tsalagi —dijo—. Nosotros éramos cuarenta; el resto han muerto o se los han llevado. ¡Por favor, no nos entregue a ellos, mi señor!

—¿Los tsalagi? ¿Quiénes?

Luz sacudió la cabeza; no lo sabia. Su grupo había decidido quedarse cuando la aldea se trasladó al norte, pero no había prosperado; no había hombres suficientes para defender una aldea y cazar y, sin defensores, otros les robaban las cosechas y se llevaban a sus mujeres.

Cuando empobrecieron, también ellos recurrieron al robo y a la mendicidad para sobrevivir durante el invierno. Varios murieron por el frío y las enfermedades, y los que habían quedado se trasladaban de un lado a otro, encontrando cada tanto algún lugar donde instalarse durante algunas semanas, pero luego los cherokee, que eran mucho más numerosos, los echaban.

Algunos días atrás, una partida de guerreros cherokee los había atacado por sorpresa, había matado a la mayoría y se había llevado a algunas de las mujeres.

—Se llevaron a mi esposa —dijo Luz—. Volvimos... para recuperarla.

—Nos matarán, por supuesto —dijo Ganso débilmente—. Pero eso no tiene importancia.

—Claro que no —sonrió Jamie, a su pesar—. ¿Sabes adónde la llevaron?

Los hermanos conocían el rumbo que habían tomado los atacantes, y los habían seguido hasta ubicar su aldea. En aquella dirección, dijeron, señalando hacia adelante. Ian miró a Jamie y asintió.

—Pájaro —dijo—. O Zorro, tal vez.

Zorro Corredor era el cacique de la aldea; un buen guerrero, aunque algo carente de imaginación.

—¿Deberíamos ayudarlos? —preguntó Ian en inglés.

—Sí, supongo que sí. —Se frotó la frente con delicadeza; la piel sobre el chichón ya se había estirado y le dolía—. Pero primero comamos un poco.

La cuestión no era si podría hacerse o no; tan sólo cómo. Tanto Jamie como Ian descartaron de inmediato cualquier sugerencia de que los hermanos intentaran recuperar a la mujer de Luz secuestrándola.

—Os matarán —les aseguró Jamie.

—No nos importa —dijo Luz categóricamente.

—Claro que no —replicó Jamie—. Pero ¿qué hay de tu esposa? Ella se quedaría sola, y no estaría mejor que ahora.

Ganso asintió, haciendo gala de buen criterio.

—Tiene razón, ¿sabes? —le dijo a su furioso hermano.

—Podríamos pedirla —sugirió Jamie dirigiéndose a su sobrino—. Una esposa para ti. Pájaro te tiene en alta estima; probablemente te la entregaría.

Era una broma, pero sólo a medias. Si nadie había tomado aún a la joven por esposa, era posible convencer a la persona que la poseía como esclava de que se la entregara a Ian, a quien tenían mucho respeto.

Ian le dedicó una sonrisa superficial, pero negó con la cabeza.

—No, nos conviene pagar rescate por ella. O... —Miró reflexivamente a los

dos indios, que comían con apetito toda la comida que quedaba en las alforjas—. ¿No podríamos pedirle a Pájaro que los adopte?

Era una idea que había que tener en cuenta. Puesto que una vez que recuperaran a la joven, por el medio que fuera, ella y los hermanos volverían a estar en la misma y desesperada situación: errantes y hambrientos.

Pero los hermanos frunció el ceño y negaron con la cabeza.

—La comida está bien —dijo Ganso, lamiéndose los dedos—. Pero los vimos matar a nuestra familia y a nuestros amigos. Si no lo hubiéramos visto con nuestros propios ojos, sería posible. Pero...

—Sí, ya veo —dijo Jamie, y por un instante sintió una leve sorpresa por el hecho de que, efectivamente, sí lo veía.

Los hermanos intercambiaron una mirada, obviamente comunicándose algo. Una vez tomada la decisión, Luz hizo un gesto de respeto hacia Jamie.

—Somos sus esclavos —señaló con algo de recato—. Es usted quien debe decidir qué hacer con nosotros. —Hizo una sutil pausa y aguardó.

Jamie se frotó la cara con una mano. Ian no sonrió, pero pareció emitir un gruñido de diversión.

MacDonald le había contado historias de campañas durante la guerra entre los franceses y los indios; los soldados que cogían prisioneros indios, por lo general, o los mataban para vender su cabellera o los vendían como esclavos. Esas campañas habían tenido lugar apenas diez años antes; desde entonces, la paz había sido frecuentemente difícil, y Dios sabía que los distintos indios acostumbraban a tomar como esclavos a sus prisioneros, a menos que escogieran adoptarlos o matarlos, en cambio.

Jamie había capturado a los dos tuscarora; de modo que, siguiendo la costumbre, ellos eran ahora sus esclavos.

Entendía muy bien lo que Luz sugería: que él mismo adoptase a los hermanos y, sin duda, también a la mujer, una vez que la rescatara. ¿Y cómo, en nombre de Dios, de pronto se había vuelto responsable de todo eso?

—Bueno, no hay mercado para sus cabelleras en este momento —señaló Ian—. Aunque supongo que podrías vendérselas a Pájaro. Pero no deben de valer mucho, tan escuálidos y maltrechos como están.

Los hermanos lo miraron, impasibles, aguardando su decisión.

—Oh, no podría hacer tal cosa, y vosotros tres lo sabéis perfectamente —replicó Jamie, irritado—. Debería haberte golpeado con más fuerza y ahorrarme tantos problemas —le dijo a Ganso, que le sonrió con amabilidad y una boca sin dientes.

—Sí, tío —dijo, haciendo una profunda reverencia.

Jamie respondió con un ruido de descontento, pero ninguno de los dos indios le prestó atención.

Tendrían que ser las medallas, entonces. MacDonald le había traído un baúl

repleto de medallas, botones dorados, brújulas de bronce baratas, hojas de acero para cuchillos y otras baratijas atractivas. Como los caciques derivaban su poder de su popularidad, y su popularidad aumentaba en proporción directa a su capacidad de hacer regalos, los agentes indios británicos ejercían influencia entregando cosas así con generosidad a aquellos caciques que manifestaban su buena disposición a aliarse con la Corona.

Sólo había traído dos bolsas de esa clase de sobornos; el resto lo había dejado en su casa para utilizarlo en el futuro. Estaba seguro de que lo que llevaba encima le alcanzaría para pagar el rescate de la esposa de Luz, pero si lo gastaba en eso, se quedaría con las manos vacías para los otros caciques, lo que no estaría nada bien.

Bueno, entonces debería mandar a Ian de regreso para que trajera más. Pero no hasta pactar el rescate; para eso necesitaba su ayuda.

—Bien —dijo, poniéndose en pie—. Pero no los adoptaré. —Lo que menos necesitaba en ese momento eran tres bocas más que alimentar.

Scotchee

Pactar el rescate fue, como Jamie suponía, una simple cuestión de regateo. Y, finalmente, el precio de la señora Luz fue bajo: seis medallas, cuatro cuchillos y una brújula. Era cierto que él no la había visto hasta la conclusión del trato; en caso contrario, tal vez habría ofrecido aún menos: era una muchacha bajita, picada de viruela, de unos catorce años y un poco bizca.

De todas formas, reflexionó, tanto Luz como Ganso se habían mostrado dispuestos a morir por ella. Sin duda tenía un gran corazón, o alguna otra cualidad excelente, como un buen talento en la cama y predisposición a ejercerlo.

Jamie se escandalizó al darse cuenta de lo que estaba pensando, y miró a la chica más detenidamente. De una manera nada obvia, ella emanaba aquel extraño atractivo, aquel notable don, poseído tan sólo por algunas pocas mujeres, que superaba esas cuestiones superficiales del aspecto, la edad o la inteligencia, y que hacían que los hombres tuvieran el irrefrenable deseo de cogerlas y ...

Ahogó de raíz la imagen que estaba brotando en su mente. Él había conocido a algunas mujeres así, la mayoría francesas. Y en más de una ocasión había pensado que el origen francés de su propia esposa era la causa de que ella poseyese ese atributo tan deseable y tan peligroso a la vez.

Se dio cuenta de que Pájaro también observaba a la muchacha con aire pensativo. Por suerte, se presentó una distracción que desvió su atención de ese asunto: el regreso de una expedición de caza que traía invitados.

Los invitados eran cherokees, de la banda de Overhill, en las montañas de Tennessee. Junto a ellos había un hombre del que Jamie había oído hablar con frecuencia, pero al que jamás había visto en persona hasta ese momento, un tal Alexander Cameron, al que los indios llamaban «*Scotchee*».

Cameron, un hombre cetrino de mediana edad y el rostro erosionado por el paso del tiempo, se distinguía de los indios sólo por su tupida barba y por la silueta alargada de su nariz. Había vivido con los cherokee desde los quince años, tenía una esposa cherokee, y era muy apreciado por ellos. También era un agente indio, muy cercano a John Stuart. Y su presencia en aquel sitio, a más de trescientos kilómetros de su hogar, hizo que la nariz alargada del propio Jamie se retorciera de interés.

Un interés que era francamente mutuo; Cameron lo examinó con ojos profundos en los que la inteligencia y la astucia se combinaban a partes iguales.

—¡El pelirrojo Matador de Osos! —exclamó, estrechando cálidamente la mano de Jamie, y luego abrazándolo al estilo indio—. He oido tantas historias

sobre ti, ¿sabes?, que me moría por conocerte para averiguar si eran ciertas.

—Lo dudo —dijo Jamie—. En la última que yo he oído, mataba a tres osos juntos, al último, subido a un árbol, hasta donde él me había perseguido después de arrancarme el pie de un mordisco.

Cameron dirigió la mirada a los pies de Jamie, luego volvió a alzarla y se echó a reír a carcajadas; todas las arrugas de su rostro se curvaron expresando un regocijo tan irresistible que Jamie sintió crecer su propia sonrisa.

Desde luego, no era correcto hablar de negocios por el momento. La expedición de caza había traído uno de los búfalos del bosque y estaba preparándose un gran festín; ya le habían quitado el hígado, para cocerlo y devorarlo en el momento; estaban asando la tira de carne tierna del lomo con cebollas enteras, y también el corazón, que sería compartido entre ellos cuatro: Jamie, Cameron, Pájaro y Zorro Corredor, como una señal de honor.

Después de comer el hígado, se retiraron a la casa de Pájaro a beber cerveza durante una o dos horas, mientras las mujeres preparaban el resto de la comida. Y, siguiendo los apremios de la naturaleza, Jamie tuvo que salir. Se encontraba orinando cómodamente contra un árbol cuando unos suaves pasos se oyeron a su espalda y Alexander Cameron apareció a su lado, desabrochándose la bragueta de sus pantalones de montar.

Entonces pareció natural —aunque estaba claro que ésa había sido la intención de Cameron— dar un paseo juntos, bajo el fresco aire del anochecer y conversar sobre cosas que interesaban a ambos; John Stuart, por ejemplo, y las actitudes y los procedimientos del Departamento del Sur. Y también sobre los indios, comparando las personalidades y las formas de tratar con los distintos caciques, especulando sobre cuál de ellos sería un verdadero líder, y sobre si se convocaría un gran congreso durante ese año.

—Supongo que te preguntarás por el motivo de mi presencia aquí —dijo Cameron con toda naturalidad.

Jamie se encogió levemente de hombros, admitiendo su interés, pero al mismo tiempo dando a entender que tenía la cortesía de no querer meterse en los asuntos de Cameron.

—Sí, bueno —dijo Cameron—. Tampoco es ningún secreto. Se trata de James Henderson, es eso... Has oído hablar de él, ¿verdad?

Sí. Henderson había sido el juez principal de la Corte Superior de Carolina del Norte, hasta que la Regulación lo había obligado a marcharse, bajando por la ventana de su tribunal y huyendo de una muchedumbre enardecida.

El exjuez, un hombre adinerado que tenía en alta estima el valor de su propio pellejo, se había retirado de la vida pública y se había dedicado a incrementar su fortuna. Con ese fin, se proponía comprarles una enorme extensión de tierra a los cherokee, ubicada en Tennessee, y establecer poblados.

Jamie examinó a Cameron atentamente, captando de inmediato la

complejidad de la situación. Por un lado, las tierras en cuestión se encontraban mucho más allá de la Línea del Tratado. Que Henderson instigara esa clase de negociaciones era un indicio de lo mucho que se había debilitado el poder de la Corona. Estaba claro que a Henderson le daba igual violar el tratado de su majestad, y no esperaba que hubiera ninguna interferencia con sus negocios si lo hacía.

Eso era una cosa. Pero, además, los cherokee poseían la tierra en comunidad, como todos los indios. Los jefes podían vender tierra a los blancos, y lo hacían, sin minucias legales tales como una escritura clara, pero esas ventas todavía estaban sujetas a una aprobación o desaprobación *ex post facto* de su pueblo. Esa aprobación no afectaba la venta, que ya se habría llevado a cabo, pero podía suponer la caída de un jefe, así como una buena cantidad de problemas para el hombre que intentara tomar posesión de una tierra pagada con buena fe... o lo que pasaba por buena fe en esa clase de tratos.

—John Stuart sabe todo esto, desde luego —señaló Jamie, y Cameron asintió con un ligero aire de satisfacción.

—No oficialmente, te lo advierto —dijo.

Desde luego que no. El superintendente de Asuntos Indios no podía tolerar oficialmente un pacto de esa clase. Al mismo tiempo, extraoficialmente lo aprobaría con ganas, puesto que esa compra no haría otra cosa que ayudar al objetivo del departamento de aumentar la influencia británica sobre los indios.

Jamie se preguntó si Stuart obtendría alguna ganancia personal de la venta. El superintendente tenía una buena reputación y no se le conocían actos de corrupción, pero bien podría tener un interés oculto en el tema. Aunque también era posible que no tuviera intereses financieros, sino que oficialmente hiciera la vista gorda sólo para beneficio de los propósitos del departamento.

Cameron, en cambio... No podía decirlo, desde luego, pero le habría sorprendido mucho que Cameron no se quedara con alguna parte del pastel.

No sabía cuáles eran los verdaderos intereses de Cameron, si tenían que ver con los indios con quienes vivía o con los británicos en cuyo seno había nacido. Pero más allá de sus intereses a largo plazo, sus objetivos inmediatos sí estaban claros. Deseaba que los cherokee del territorio aprobaran la venta, o al menos que les fuera indiferente. De esa forma, mantendría una buena relación entre sus caciques títeres y sus seguidores, y Henderson podría seguir adelante con sus planes para la zona sin temor a sufrir molestias indebidas por parte de los indios.

—Yo, por supuesto, no diré nada durante uno o dos días —le dijo Cameron, y él asintió.

Había un ritmo natural en esa clase de negocios. Pero, desde luego, Cameron se lo había contado en ese momento para que él pudiera colaborar cuando el tema saliera a colación, a su debido tiempo.

Cameron daba por sentado que lo ayudaría. No hubo ninguna promesa

expícita de que él también obtendría alguna parte del pastel de Henderson, pero no era necesario; esa clase de oportunidades era el beneficio extra que conllevaba ser agente indio; y la razón por la que tales nombramientos se consideraban una especie de premio.

Dado lo que Jamie sabía sobre el futuro cercano, él no tenía ni expectativas ni interés alguno en la compra de Henderson; por otra parte, aquella cuestión sí le proporcionaba una buena oportunidad para pedir algo a cambio.

—¿Has visto a esa muchacha tuscarora que le he comprado a Pájaro?

Cameron se echó a reír.

—Sí. Y él está de lo más desconcertado respecto de tus motivos; dice que te has negado a aceptar a ninguna de las muchachas que mandó para que te calentaran la cama. Ella no es muy atractiva... aunque, sin embargo...

—No es eso —le aseguró Jamie—. Para empezar, está casada. He traído a dos muchachos tuscarora; le pertenece a uno de ellos.

—Oh, ¿sí? —La nariz de Cameron se retorció de interés, oliendo una historia.

Jamie había estado esperando esta oportunidad desde el momento en que vio a Cameron y se le ocurrió la idea, y se la transmitió bien, con el satisfactorio resultado de que Cameron aceptó llevarse a los tres jóvenes tuscarora y a auspiciar su adopción por parte de la banda de Overhill.

—No será la primera vez —le dijo a Jamie—. Cada vez hay más... restos de lo que antes eran aldeas, incluso pueblos enteros... vagando por el campo, muertos de hambre y desahuciados. ¿Has oído hablar de los dogash?

—No.

—Es natural. Quedan sólo diez, más o menos. Vinieron a donde estábamos nosotros el invierno pasado; se ofrecieron como esclavos, sólo para poder sobrevivir al frío. No... no te preocupes, amigo —le aseguró a Jamie—. Tus chicos y la muchacha no serán esclavos; te doy mi palabra.

Jamie le dio las gracias con un gesto, complacido con toda la negociación. Se habían alejado un poco de la aldea y estaba hablando cerca del borde de un desfiladero, donde el bosque se abría de repente a un panorama de unas onduladas cadenas montañosas que se extendían bajo un cielo sin estrellas.

—¿Cómo puede haber gente en cantidad suficiente para domesticar toda esta espesura? —dijo, repentinamente conmovido por la visión. Y, sin embargo, el aire estaba cargado del olor a humo de leña y de carne cocinándose. Había gente que vivía allí, por escasos y dispersos que fueran.

Cameron meneó la cabeza, contemplando el paisaje.

—Vienen —dijo—. Y siguen vieniendo. Mis propios padres vinieron de Escocia. Tú también —añadió—. Y no tienes intenciones de regresar, estoy seguro.

Jamie sonrió pero no respondió, aunque tuvo una extraña sensación a medida que su sonrisa se desvanecía. No tenía intenciones de regresar. Se había

despedido de Escocia en la barandilla del *Artemis*. Sin embargo, hasta ese momento, nunca había aceptado del todo la idea de que jamás volvería a poner el pie en esa tierra.

Unos gritos de «¡Scotchee, Scotchee!» llamaron su atención y Jamie se volvió para seguir a Cameron de regreso a la aldea, consciente todo el tiempo del vacío glorioso y terrorífico que dejaba a sus espaldas... y del vacío aún más terrorífico en su interior.

Aquella noche, después del festín, fumaron en un ritual para cerrar la negociación de Jamie con Pájaro y como bienvenida a Cameron. Cuando la pipa dio dos veces la vuelta a la hoguera, comenzaron a contar historias; historias de incursiones, de batallas.

Cansado después de todo lo que había hecho durante el día, con la cabeza todavía palpitando, relajado por la comida y la cerveza de pícea, y ligeramente intoxicado por el humo, la intención original de Jamie había sido sólo escuchar. Tal vez se debiera a sus pensamientos sobre Escocia, evocados por el comentario de Cameron. La cuestión es que en su mente se agitó un recuerdo, y cuando se produjo un nuevo silencio expectante, le sorprendió oír su propia voz relatando lo ocurrido en Culloden.

—Y allí, cerca de un muro, vi a un hombre llamado MacAllister, que yo conocía, asediado por una horda de enemigos. Peleaba con escopeta y espada, pero ambas le fallaron; la hoja estaba rota, el escudo destrozado sobre su pecho.

El humo de la pipa llegó hasta Jamie, él la cogió y le dio una profunda chupada.

—Sus enemigos se acercaron para matarlo, y él levantó un pedazo de metal, un saliente de un carro, y mató a seis con eso —dijo—. A seis de ellos, antes de que por fin lo derribaran.

Sonidos de admiración y chasquidos de aprobación saludaron su relato.

—Y tú, Matador de Osos, ¿cuántos hombres mataste tú en esa batalla?

El humo ardió en su pecho, detrás de sus ojos, y por un instante sintió en la boca el amargo humo del fuego del cañón, en lugar del dulce tabaco. Vio —sí, vio— a Alistair MacAllister, muerto a sus pies, con un lado de la cabeza aplastado y la redondeada curva de su hombro brillando a través de la tela de su camisa, tan empapada que se le pegaba al cuerpo.

Estaba allí, en el páramo, y la sensación de humedad y frío no era más que un resplandor en su piel, la lluvia le resbalaba por la cara, su propia camisa chorreaba y humeaba con el calor de su ira.

Y de pronto ya no se encontraba en Drumossie, y percibió, un segundo tarde, las respiraciones contenidas a su alrededor. Vio el rostro de Robert Árbol Alto, con todas sus arrugas vueltas hacia arriba por el asombro, y sólo entonces miró hacia abajo y se encontró con sus diez dedos flexionándose, y los cuatro de la

mano derecha volviendo a extenderse, como si tuvieran voluntad propia. El pulgar vaciló, indeciso. Observó este fenómeno con fascinación hasta que por fin recuperó la conciencia, cerró la mano derecha todo lo que pudo y la cubrió con la izquierda, como si quisiera sofocar el recuerdo.

Alzó la mirada y se encontró con Árbol Alto, que lo miraba fijamente, y vio cómo esos ojos oscuros y viejos se endurecían. Entonces el viejo cogió la pipa, chupó con fuerza y echó el humo hacia él, al tiempo que hacía una reverencia. Árbol Alto repitió el gesto dos veces más, y entre los hombres reunidos surgió un susurro de callada aprobación por el honor.

Jamie cogió la pipa y devolvió el honor del gesto, luego se la pasó al siguiente en la ronda, negándose a seguir hablando.

No lo presionaron; al parecer, reconocían y respetaban la impresión que había sufrido.

Impresión. Ni siquiera eso. Lo que sentía era aturdimiento y perplejidad. Con cautela, a regañadientes, echó un fugaz vistazo a aquella imagen de Alistair. Por Dios, seguía allí.

Se dio cuenta de que estaba contenido el aliento por no inhalar el hedor de la sangre y las entrañas abiertas. Respiró, un humo suave y el olor cobrizo de cuerpos veteranos, y sintió deseos de llorar, inundado de un repentino anhelo por el aire frío y duro de las Highlands, cargado del aroma de la turba y la aulaga.

Alexander Cameron le dijo algo, pero Jamie no pudo responder. Ian se inclinó hacia adelante para intervenir, y todos se echaron a reír. Ian le dirigió una mirada de curiosidad, pero luego volvió a la conversación, comenzando a relatar la historia de un célebre partido de lacrosse en el que él había participado junto a los mohawk, lo que permitió que Jamie se quedara inmóvil, envuelto en humo.

Catorce hombres. Y no recordaba ni una sola de sus caras. Y ese pulgar azaroso, que se movía inseguro. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué había peleado con otro más, pero que no estaba seguro de qué había pasado con aquel hombre?

Le daba miedo pensar incluso en el recuerdo. No estaba seguro de qué hacer con él, pero, al mismo tiempo, era consciente de una sensación de admiración y respeto. Y, a pesar de todo, agradecía haber recuperado aquello tan pequeño.

Era muy tarde, y la mayoría de los hombres se habían retirado a sus hogares, o yacían cómodamente dormidos alrededor del fuego. Ian se había alejado de la hoguera y no había regresado. Cameron sí seguía allí, fumando su propia pipa, aunque la compartía con Pájaro.

—Hay algo que quisiera deciros —los interrumpió Jamie bruscamente—. A ambos. —Pájaro curvó las cejas en un lento gesto de interrogación, aturdido por el tabaco.

Jamie no sabía hasta ese momento que tenía la intención de decírselo. Había

pensado que tal vez sería mejor esperar, buscar el momento adecuado... si es que decía algo. Tal vez fuera la cercanía de la casa, la oscura intimidad de la hoguera o la ebriedad del tabaco. Tal vez tan sólo la compasión de un exiliado por aquellos que sufrirían el mismo destino. Pero ya había hablado; no tenía otra alternativa que contárselo lo que sabía.

—Las mujeres de mi familia son... —Se detuvo, porque no conocía la palabra en cherokee—. Aquellas que ven en sueños lo que va a ocurrir.—Dirigió una fugaz mirada a Cameron, que pareció tomar esa declaración con naturalidad.

—Es decir, ¿que tienen el poder de la visión? —preguntó, levemente interesado.

Jamie asintió; era una explicación tan buena como cualquier otra.

—Han visto algo respecto de los tsalagi. Tanto mi mujer como mi hija lo han visto.

Pájaro comenzó a prestar más atención al oír estas palabras. Los sueños eran importantes; que más de una persona compartiera el mismo sueño era extraordinario y, por tanto, extremadamente importante.

—Os lo digo con pesar —continuó Jamie, y hablaba en serio—. Dentro de sesenta años, echarán a los tsalagi de sus tierras y los llevarán a otro sitio. Muchos morirán en el viaje, por lo que el camino que tomen será llamado... —Trató de recordar el vocablo cherokee para «lágrimas», pero no lo encontró, y terminó con la frase—: El sendero donde llorarán.

Los labios de Pájaro se frunciaron como si estuviera inhalando humo, pero la pipa seguía en su mano sin que nadie le prestara atención.

—¿Quién hará algo así? —preguntó—. ¿Quién es capaz de hacerlo?

Jamie inspiró profundamente; ésa era la dificultad.

—Hombres blancos —dijo—. Pero no los hombres del rey Jorge.

—¿Los franceses? —preguntó Cameron con un deje de incredulidad—. ¿O se referirán a los españoles? Los españoles están mucho más cerca, pero no son tantos. —España todavía ocupaba el país al sur de Georgia, y partes de las Indias Occidentales, pero los ingleses tenían una posición muy firme en Georgia; al parecer, las probabilidades de que los españoles consiguieran avanzar hacia el norte eran muy escasas.

—No. Ni los españoles ni los franceses.

Jamie deseó que Ian se hubiera quedado allí, por más de una razón. Pero el muchacho se había marchado, de modo que él tendría que luchar con el tsalagi.

—Lo que me han dicho... lo que mis mujeres dicen... —Se esforzó por encontrar palabras razonables—. Una cosa que ven en sus sueños es que todo esto sucederá en lo que respecta a muchas personas, pero tal vez no suceda, en lo que respecta a unos pocos, o a uno solo.

Pájaro parpadeó, confundido... lo que era comprensible. En tono grave,

Jamie volvió a tratar de explicarse.

—Hay cosas grandes y cosas pequeñas. Una cosa grande es como una gran batalla, o el surgimiento de un jefe importante... Aunque él es un solo hombre, sube gracias a las voces de muchos. Si mis mujeres sueñan sobre estas cosas grandes, entonces sucederán. Pero en cualquier cosa grande están implicadas muchas personas. Algunos dicen esto; otros dicen aquello. —Hizo un gesto con la mano moviéndola en zigzag, y Pájaro asintió—. Bien. Si muchas personas dicen «Haced esto» —apuntó con los dedos con fuerza hacia la izquierda—, entonces, ocurre esto. Pero ¿qué hay de las personas que dicen «haced aquello»? —Y apuntó un dedo hacia el otro lado—. Esas personas pueden escoger un camino diferente.

Pájaro emitió el sonido que usaba cuando estaba alarmado.

—Entonces, ¿tal vez algunos no vayan? —preguntó Cameron directamente—. ¿Podrían escaparse?

—Eso espero —respondió Jamie simplemente.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, cada hombre contemplando el fuego, cada uno viendo sus propias visiones... del futuro, o del pasado.

—Esa esposa tuya —dijo Pájaro por fin—. ¿Has pagado mucho por ella?

—Me costó casi todo lo que tenía —respondió Jamie con un tono irónico que hizo que los otros se echaran a reír—. Pero lo vale.

Era muy tarde cuando se dirigió a la casa de huéspedes; la luna se había puesto y el cielo ofrecía un aspecto de profunda calma. Le dolía cada uno de los músculos del cuerpo, y estaba tan cansado que tropezó en el umbral. Pero sus instintos seguían alerta, y sintió, más que vio, a alguien moviéndose en las sombras de la litera.

Por Dios, Pájaro no se daba por vencido. Bueno, esa noche no importaría; podía tumbarse desnudo con una docena de mujeres jóvenes y de todas formas dormiría profundamente. Demasiado cansado para que su presencia le irritara, trató de buscar palabras que reflejaran un cortés agradecimiento por su presencia. Entonces ella se puso en pie.

La luz del fuego reveló a una mujer mayor, con trenzas grises y un vestido de gamuza blanca adornado con pintura y púas de puercoespín. Reconoció a Llama-en-el-Bosque, ataviada con sus mejores galas. El sentido del humor de Pájaro se le había ido de las manos: le había mandado a su madre.

Lo poco que sabía de tsalagi se le olvidó de pronto. Abrió la boca, pero no dijo nada. Ella sonrió ligeramente y extendió la mano.

—Ven y túmbate, Matador de Osos —dijo. Su voz era amable y ronca—. He venido a peinar las serpientes de tu pelo.

Lo guió hasta el lecho sin que él ofreciera resistencia y lo hizo acostarse con

la cabeza sobre su regazo. Y sí; ella deshizo las trenzas y desplegó el cabello de Jamie sobre sus rodillas, con un roce que le alivió las palpitaciones de la cabeza y el doloroso chichón de su entrecejo.

Él no tenía idea de la edad de aquella mujer, pero sintió que sus dedos eran musculosos e incansables, practicando círculos pequeños y ritmicos en su cuero cabelludo, en sus sienes, detrás de sus orejas, cerca del hueso en la base del cráneo. Ella había arrojado hierbas dulces en el fuego; el hueco de la chimenea tiraba bien, y él alcanzó a ver un humo blanco que se elevaba en una vacilante columna.

La mujer estaba canturreando entre dientes, con palabras demasiado poco claras como para distinguirlas. Jamie observó las formas mudas que creaba el humo, y sintió que sus miembros se llenaban de arena mojada, que su cuerpo era un saco de arena colocado para detener una inundación.

—Habla, Matador de Osos —dijo ella en voz muy baja, interrumpiendo su canturreo. Tenía un peine de madera en la mano; él sintió sus dientes, redondeados por el uso, que le acariciaban el cuero cabelludo.

—No puedo recordar vuestras palabras —dijo, buscando cada vocablo en tsalagi. Ella soltó una pequeña risita como respuesta.

—Las palabras no importan, tampoco la lengua en la que hables —dijo—. Tú sólo habla. Yo entenderé.

Y entonces él comenzó a hablar entrecortadamente, en gaélico, puesto que era el único idioma que al parecer no le exigía esfuerzo alguno. Entendía que debía hablar de lo que le llenaba el corazón, de modo que empezó por Escocia... y Culloden. Habló de pena, de pérdida, de miedo.

Y mientras hablaba pasó del pasado al futuro, donde vio a aquellos tres espectros cerniéndose sobre él una vez más, frías criaturas que salían de la niebla, mirándolo con sus ojos vacíos.

Había otro entre ellos, Jack Randall, confuso, a ambos lados de él. Esos ojos no estaban vacíos, sino vivos y alerta, en una cara borrosa. ¿Había matado a aquel hombre o no? Si lo había hecho, ¿lo había seguido el espíritu? Y si no, ¿era la idea de una venganza insatisfecha lo que lo acosaba, incitándolo con un recuerdo imperfecto?

Pero al hablar, sintió de alguna manera que se elevaba un poco por encima del cuerpo, y se vio a sí mismo descansando, con los ojos abiertos, clavados en lo alto, su oscuro cabello flameando en un halo alrededor de la cabeza, manchado con la plata de su edad. Y entonces se dio cuenta de que él, simplemente, *estaba*. En un lugar intermedio, separado. Y completamente solo. En paz.

—Mi corazón no alberga ningún mal —dijo, oyendo su voz, como de muy lejos—. Este mal no me toca. Puede haber más, pero éste no. Aquí no. Ahora no.

—Entiendo —susurró la anciana, y continuó peinándolo mientras el humo blanco se elevaba en silencio por el agujero hasta el cielo.

Una mancha en la sangre

Junio de 1774

Me senté en cuclillas y me estiré, cansada pero satisfecha. Me dolía la espalda, las rodillas me crujían como bisagras, tenía las uñas llenas de tierra y algunos pelos se me pegaban a la nuca y a las mejillas, pero los nuevos cultivos de judías trepadoras, cebollas, nabos y rábanos ya estaban plantados, las coles deshierbadas y seleccionadas, y también había arrancado una docena de grandes arbustos de cacahuete y los había puesto a secar en las empalizadas del huerto, a salvo de ardillas merodeadoras.

Alcé la mirada hacia el sol, que todavía estaba encima de los castaños. Me incorporé y contemplé mi pequeño reino, tratando de decidir cuál sería la mejor manera de pasar los momentos que me quedaban. ¿Arrancar la nébeda y la melisa que amenazaban con tragarse el otro extremo del huerto? ¿Acarrear cestas del estiércol que se acumulaba en pilas detrás del granero? No, ésa era una tarea reservada a los hombres.

¿Hierbas? Los tres arbustos de lavanda francesa ya me llegaban a las rodillas y estaban muy tupidos, con sus azules copos en delgados tallos, y la aquilea estaba bastante florecida, con diáfanas umbelas blancas, rosadas y amarillas. Me rasqué con un dedo debajo de la nariz, que me picaba, tratando de recordar si aquélla era la fase de la luna apropiada para cortar la aquilea. De todas formas, para cosechar la lavanda y el romero debía esperar a la mañana, que era el momento en que el sol hacía subir los volátiles aceites; no era tan potente si se las cogía más tarde.

Así pues, me ocuparía de la menta. Busqué la azada que había dejado apoyada contra la cerca, y entonces vi una cara que me miraba lascivamente a través de las empalizadas y retrocedí, mientras el corazón me daba un vuelco.

—¡Oh! —El visitante también había dado un salto hacia atrás, igualmente alarmado—. ¡Bitte, señora! No quería asustarla.

Era Manfred McGillivray, que me miraba con timidez a través de las hojas colgantes de las campanillas y la batata silvestre. Ya había venido antes esa mañana, con un paquete envuelto con lona que contenía varios mosquetes para Jamie.

—No te preocunes. ¿Buscas a Lizzie? Ella está...

—No, señora. Es decir, yo... ¿Podría hablar un momento con usted, señora?

—preguntó de repente—. Es decir, ¿a solas?

—Por supuesto. Pasa; podemos hablar mientras paso la azada.

Él asintió y dio la vuelta para entrar por la verja. Llevaba un abrigo y unas botas, todo cubierto de polvo, y los pantalones muy arrugados. Supuse que había cabalgado bastante rato, no sólo desde la cabaña de su familia.

—¿De dónde vienes? —le pregunté, ofreciéndole el cazo de mi cubo de agua. Él lo aceptó, bebió con avidez y luego se limpió la boca.

—Gracias, señora. Vengo de Hillsboro; he ido a buscar los... eh... las cosas para el señor Fraser.

—¿En serio? Eso parece muy lejos —dije gentilmente.

Una expresión de profunda incomodidad le cruzó la cara. Era un muchacho bien parecido, bronceado y apuesto, pero en aquel momento tenía un aspecto casi furtivo: miraba constantemente por encima del hombro en dirección a la casa, como si temiera ser interrumpido.

—Yo... eh... bueno, señora, eso tiene que ver, un poco, con lo que quería comentarle.

—¿Oh? Bueno... —Hice un gesto cordial, indicándole que podía desembuchar. Comenzaba a sospechar lo que quería preguntarme, aunque no estaba seguro de que Hillsboro tuviera algo que ver con ello.

—Tiene que ver... ah... bueno, tiene que ver con la señorita Lizzie —comenzó a decir, doblando las manos detrás de la espalda.

—¿Sí? —dije tratando de alentarlo, casi segura de que mis suposiciones eran correctas. Eché un vistazo al otro extremo del huerto, donde las abejas zumbaban alegremente entre las umbelas altas y amarillas de las plantas de dauco. Bueno, al menos aquello era mejor que el concepto que tenían sobre los condones en el siglo XVIII.

—No puedo casarme con ella —soltó.

—¿Qué? —Dejé de pasar la azada y me erguí, mirándolo. Tenía los labios muy apretados, y en ese momento me di cuenta de la profunda infelicidad que ahora se reflejaba claramente en las líneas de su rostro.

—Será mejor que entres y te sientes. —Lo llevé al pequeño banco que Jamie había hecho para mí, ubicado a la sombra de un negro gomero.

Él se sentó, con la cabeza gacha y las manos entre las rodillas. Me quité mi sombrero de ala ancha, me limpié la cara con el delantal y me recogí el cabello con cuidado.

—¿De qué se trata? —le pregunté con suavidad, viendo que él no sabía por dónde empezar—. ¿Tienes miedo de que tal vez no la ames?

Él me dirigió una mirada de alarma.

—Oh, no, señora. Quiero decir... No la amo, pero eso no importa.

—¿No?

—No. Quiero decir... estoy seguro de que terminaríamos encariñándonos.

Me lo ha dicho *meine Mutter*. Y si me gusta mucho —se apresuró a añadir—. Papá dice que es una buena chica, y a mis hermanas les cae muy bien.

Emití un sonido que no quería decir nada. Yo siempre había tenido mis dudas sobre esa unión, y comenzaba a pensar que eran justificadas.

—¿Es que... hay alguna otra persona? —pregunté con delicadeza.

—No, señora —dijo con voz grave.

—¿Estás seguro?

—Sí, señora. —Tomó un largo aliento—. Quiero decir, la hubo. Pero eso ya terminó.

Esa revelación me desconcertó. Si él ya había decidido renunciar a esa otra misteriosa chica, ¿qué le impedía seguir adelante con la boda con Lizzie?

—La otra chica... ¿por casualidad es de Hillsboro?

Las cosas estaban aclarándose poco a poco. La primera vez que yo lo había visto a él y a su familia en la Reunión, sus hermanas habían intercambiado miradas de complicidad ante la mención de las visitas de Manfred a Hillsboro.

—Sí. Por eso fui a Hillsboro... Quiero decir, tenía que ir por las... eh... Pero también tenía intención de ver... a Myra... y decirle que iba a casarme con la señorita Wemyss y que ya no podría volver a verla.

—Myra. —De modo que tenía nombre, al menos—. Tenías la intención... entonces, ¿no la viste, después de todo?

Él volvió a negar con la cabeza, y vi una lágrima que caía y se expandía de pronto en el hilado polvoriento de sus pantalones.

—No, señora —dijo, con la voz ahogada—. No pude. Estaba muerta.

—Oh, querido —dije suavemente—. Oh, lo lamento mucho. —Las lágrimas caían sobre sus rodillas, manchándole la tela, y sus hombros se sacudían, pero él no emitió sonido alguno.

Me acerqué y lo abracé, apretándolo con fuerza contra mi hombro. Su pelo era suave, y su piel estaba sonrojada y caliente contra mi cuello. Yo no sabía cómo lidiar con su pena; él era demasiado grande como para reconfortarlo con el mero roce, demasiado joven —tal vez— para que las palabras pudieran consolarlo.

Aun así, sus brazos rodearon mi cintura, y él se aferró a mí durante varios minutos después de que sus lágrimas se secaron. Yo seguí abrazándolo calladamente, palmeándole la espalda y sin dejar de vigilar a través de las vacilantes sombras verdes de las empalizadas cubiertas de enredaderas, por si a alguna otra persona se le ocurría venir a buscarme al huerto.

Finalmente, me soltó y se irguió en el asiento. Yo busqué un pañuelo y, al no encontrarlo, me quité el delantal y se lo pasé para que se limpiara la cara.

—No es necesario que te cases de inmediato —dije, cuando él parecía recuperado—. Es correcto que te tomes un tiempo para... curarte. Pero podemos encontrar alguna excusa para posponer la boda; hablaré con Jamie...

Pero él estaba moviendo la cabeza y una mirada de triste determinación reemplazaba sus lágrimas.

—No, señora —dijo, con la voz baja pero definida—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Myra era una prostituta, señora. Murió de la enfermedad francesa.

En ese momento me miró y vi el terror en sus ojos, detrás de la pena.

—Y creo que yo también la tengo.

—¿Estás seguro? —Jamie bajó el casco que estaba recortando y miró a Manfred con una expresión sombría.

—Yo sí estoy segura —dije con aspereza. Había obligado a Manfred a enseñarme la evidencia; de hecho, yo misma le había hecho un raspado en la lesión para examinar la muestra al microscopio; luego lo llevé directamente a ver a Jamie, casi sin darle tiempo a subirse los pantalones.

Jamie miró con fijeza a Manfred. El chico, con el rostro púrpura por la doble presión de la confesión y el examen, bajó sus propios ojos.

—Lo lamento mucho, señor —murmuró—. Yo... no tenía la intención de...

—Supongo que nadie tiene esa intención —dijo Jamie. Respiró hondo y soltó una especie de gruñido que provocó que Manfred encorvase los hombros y tratara de hundir la cabeza como una tortuga en su ropa.

—Ha hecho lo correcto —señalé—. Me refiero... al decir la verdad.

Jamie resopló.

—Bueno, podría contagiar a la pequeña Lizzie también, ¿no? Eso es peor que sólo ir con una puta.

—Supongo que algunos hombres se quedarían callados al respecto y esperarían que la suerte los acompañara.

—Sí, algunos sí. —Miró a Manfred con los ojos entornados, buscando, evidentemente, algún indicio manifiesto de que el chico pudiera ser un villano de esas características.

Gideon, al que le molestaba que se jugueteara con sus patas y que, en consecuencia, estaba de mal humor, pafó con violencia y estuvo a punto de aplastar el pie de Jamie.

—Sí, bueno. —Jamie dejó de mirar con furia a Manfred y cogió el cabestro de *Gideon*. Ve con él a la casa, Sassenach. En cuanto termine esto, llamaremos a Joseph y veremos qué se puede hacer.

—De acuerdo —dije con vacilación, sin estar segura de si era conveniente hablar delante de Manfred. No quería darle demasiadas esperanzas hasta que tuviera la oportunidad de examinar el raspado bajo el microscopio.

Las espiroquetas de la sífilis eran muy características, pero no creía tener una muestra que me permitiera verlas con un microscopio simple como el mío. Y si bien suponía que mi penicilina casera tal vez podría eliminar la infección, no

tenía manera de saberlo con seguridad, a menos que pudiera verlas, y entonces comprobar que hubieran desaparecido de su sangre.

Me contenté con decir:

—Tengo penicilina, ¿sabes?

—Lo sé muy bien, Sassenach. —Yo le había salvado la vida con la penicilina en dos ocasiones, pero él no había disfrutado del procedimiento. Después de soltar un ruido escocés de desdén, se agachó y volvió a levantar la enorme pezuña de *Gideon*.

Manfred parecía traumatizado como un soldado con neurosis de guerra, y no pronunció palabra de camino a la casa. Vaciló en la puerta de la consulta, mirando con inquietud el resplandeciente microscopio en la caja abierta de instrumental quirúrgico, y luego paseó la mirada por los cuencos tapados en los que yo cultivaba las colonias de penicilina.

—Pasa —dije, pero me vi obligada a extender la mano y cogerlo de la manga antes de que él diera un paso hacia el umbral. En ese momento se me ocurrió que él nunca antes había puesto un pie en la consulta; nosotros estábamos a casi diez kilómetros de la casa de los McGillivray, y *Frau McGillivray* era capaz de lidiar con las afecciones poco importantes de su familia.

Yo no me sentía demasiado caritativa hacia Manfred en ese momento, pero le alcancé un banco y le pregunté si quería una taza de café.

—No, señora —dijo, pálido, y tragó saliva—. Quiero decir, gracias, pero no.

Se lo veía extremadamente joven y muy asustado.

—Arremángate, por favor. Voy a sacarte un poco de sangre, pero no te dolerá mucho. ¿Cómo conociste a la... eh... joven? Myra se llamaba, ¿verdad?

—Sí, señora. —Los ojos se le llenaron de lágrimas al oír su nombre; supongo que el pobre realmente la amaba; o al menos eso creía él.

Había conocido a Myra en una taberna de Hillsboro. Parecía una chica amable, me dijo, y era muy bonita, y cuando ella le pidió al joven armero que la invitara a una copa de ginebra, él se sintió inmensamente atractivo y obedeció.

—Entonces bebimos juntos un rato, y ella se reía de lo que yo le decía, y...

Al parecer, le costaba explicar cómo la cuestión había avanzado a partir de ese momento, pero se había despertado en su cama. Aquello había sellado el asunto, en lo que a él concernía, y a partir de ese momento había aprovechado cada excusa para ir a Hillsboro.

—¿Cuánto duró este romance? —pregunté, interesada. Como carecía de una jeringa decente para extraer sangre, me limité a pincharle la vena del lado interior del codo con una lanceta y vertí la sangre en una pequeña ampolla.

Casi dos años, al parecer.

—Sabía que no podía casarme con ella —explicó con entusiasmo—. *Meine Mutter* jamás... —Se interrumpió, al tiempo que adoptaba la expresión de un conejo asustado—. *Mein Gott!* ¡Mi madre!

Yo también me preguntaba por ese aspecto. Ute McGillivray no estaría nada contenta de enterarse de que su orgullo y su alegría, su único hijo, había contraído una enfermedad vergonzosa que, por si eso fuera poco, provocaría la anulación del compromiso que ella había organizado con tanto cuidado y que muy probablemente generaría un escándalo que se difundiría por toda la región. El hecho de que en la mayoría de los casos era una enfermedad fatal probablemente sería una preocupación secundaria.

—¡Me matará! —dijo, deslizándose del banco y bajándose la manga de prisa.

—Probablemente no. Aunque supongo que...

En ese delicado momento se oyó la puerta trasera y voces en la cocina. Manfred se puso tenso mientras sus oscuros rizos se agitaban con alarma. Entonces, unos pesados pasos resonaron en el pasillo camino de la consulta, y él se lanzó al otro lado de la sala, pasó una pierna por encima del alféizar y desapareció, corriendo hacia los árboles.

—¡Vuelve aquí, imbécil! —gritó por la ventana abierta.

—¿A qué imbécil te refieres, tía? —Me volví y descubrí que los pesados pasos correspondían al joven Ian, y que eran pesados porque llevaba a Lizzie Wemyss en brazos.

—¡Lizzie! ¿Qué ocurre? Ven, ponla sobre la mesa. —Comprendí de inmediato lo que ocurría: la malaria había regresado. Ella estaba floja, como una marioneta, pero de todas formas temblaba de frío y los músculos, al contraerse, la sacudían como gelatina.

—La encontré en el cobertizo de los productos lácteos —dijo Ian—. El sordo Beardsley vino corriendo como si lo persiguiera el diablo, me vio y me arrastró hacia allí. Ella estaba tirada en el suelo, con el tarro de leche encima.

Eso era muy preocupante; hacía bastante que no tenía ataques, pero ya era la segunda vez que el ataque se producía demasiado de prisa como para que pudiera pedir ayuda, y la hacía derrumbarse casi de inmediato.

—En el último anaquel del armario —le dije a Ian, mientras me apresuraba a poner a Lizzie de costado y desabrocharle las tiras del vestido—. Aquel bote azulado... no, el grande.

Ian lo cogió sin hacer preguntas y le quitó la tapa mientras me lo traía.

—¡Por Dios, tía! ¿Qué es? —Arrugó la nariz por el olor del ungüento.

—Bayas de acebo y corteza de quino en grasa de ganso, entre otras cosas. Coge un poco y empieza a frotárselo en los pies.

Con una expresión de desconcierto, sacó delicadamente una cucharada de la crema gris púrpura e hizo lo que yo le había indicado. Los pequeños pies descalzos de Lizzie desaparecieron entre sus grandes manos.

—¿Crees que se pondrá bien, tía? —La miró a la cara con expresión de preocupación. El aspecto de Lizzie bastaba para inquietar a cualquiera; su piel

estaba sudorosa y del color del suero de la leche, y tan flácida que los escalofrios le hacían temblar las delicadas mejillas.

—Es probable. Cierra los ojos, Ian.

Yo le había aflojado la ropa y en ese momento le quité el vestido, las enaguas y el corsé. La cubrí con una manta raída antes de pasársela la última prenda interior por encima de la cabeza; tenía sólo dos, y no quería arruinarle una con el hedor del ungüento.

Ian me había obedecido y tenía los ojos cerrados, pero seguía frotando metódicamente los pies de Lizzie con el ungüento. Atraje la jarra hacia mí, saqué un poco de ungüento y, tanteando debajo de la manta, comencé a extendérselo por las axilas, luego en la espalda y en el vientre. Podía palpar el hígado con suma claridad, una masa grande y firme debajo de las costillas. Estaba inflamado, y también sensible, a juzgar por las muecas de dolor de Lizzie cuando la toqué. Sin duda, allí había un daño que ya llevaba tiempo produciéndose.

—¿Puedo abrir los ojos?

—Oh... sí, por supuesto. Ponle un poco más en las piernas, Ian, por favor.

Al tiempo que le devolvía la jarra percibí un movimiento en el umbral. Uno de los gemelos Beardsley estaba allí, agarrado a la jamba, con sus oscuros ojos clavados en Lizzie. Debía de ser Kezzie; Ian había dicho que «el sordo Beardsley» había ido a buscar ayuda.

—Se pondrá bien —le dije, levantando la voz, y él asintió una vez, luego desapareció, no sin antes dirigirle una mirada ardiente a Ian.

—¿A quién le gritabas antes, tía Claire? —Ian alzó la mirada, evidentemente tanto para preservar la modestia de Lizzie como en un gesto de cortesía hacia mí; la manta estaba corrida hacia atrás y sus grandes manos extendían el ungüento en la piel por encima de la rodilla. La piel de Lizzie era tan fina que daba la impresión de que podía verse el perlado hueso.

—¿Quién...? Ah. Manfred McGillivray —dije, recordando de pronto—. ¡Maldición! ¡La sangre! —Di un salto y me limpié las manos de prisa en el delantal. Gracias a Dios, le había puesto el corcho a la ampolla; la sangre en su interior seguía líquida, pero no duraría mucho más.

—Sigue con las manos y los brazos, por favor, Ian. Tengo que ocuparme de esto de prisa.

Él obedeció mientras yo me apresuraba a verter una gota de sangre en varios portaobjetos, pasando un portaobjetos limpio encima de cada uno para formar una mancha plana. ¿Qué clase de colorante necesitaría para las espiroquetas? No había forma de saberlo; debería probarlos todos.

Le expliqué la cuestión a Ian mientras sacaba frascos de colorante del armario, preparaba las soluciones y empapaba los portaobjetos.

—Sifilis? Pobre muchacho; debe de estar aterrorizado.

Por un momento me sorprendió esa exhibición de compasión, pero luego me

acordé. Ian había estado expuesto a la sífilis unos años antes, después de que Geillis Duncan lo secuestró. Yo no estaba segura de que él hubiera contraído la enfermedad, pero le había dado una dosis de la última partida de penicilina del siglo XX que me quedaba, por si acaso.

—¿No le has dicho que podías curarlo, tía?

—No he tenido oportunidad. Aunque no estoy absolutamente segura de poder hacerlo, para ser honesta. —Me senté en una banqueta y cogí la otra mano de Lizzie para tomarle el pulso.

—¿No? Me dijiste que yo estaba curado.

—Y lo estás —le aseguré—. Si es que alguna vez tuviste la enfermedad. —Lo miré fijamente—. Jamás has tenido una llaga en tu pene, ¿verdad?, o en ninguna otra parte...

Él negó con la cabeza, mudo, mientras una oscura ola de sangre coloreaba sus delgadas mejillas.

—Bien. Pero la penicilina que te di... era algo que había traído de... bueno, de antes. Era purificada; muy fuerte y potente. En cambio, ahora nunca sé con seguridad, cuando uso ésta —señalé con un gesto los recipientes de cultivo que estaban sobre la encimera—, si es lo bastante fuerte como para que funcione; ni siquiera si la cepa es la correcta...

Me froté la nariz con la base de la mano; el ungüento de bayas de acebo tenía un olor realmente penetrante.

—No siempre funciona. —Yo ya me había encontrado con más de un paciente con una infección que no respondía a alguno de mis preparados de penicilina; aunque en la mayoría de esos casos sí había tenido éxito en un segundo intento. En algunos ejemplos aislados, el paciente se había recuperado por sí solo antes de que el segundo preparado estuviera listo. En un solo caso el paciente había muerto, a pesar de que se le habían aplicado dos combinaciones diferentes de penicilina.

Ian asintió lentamente, con los ojos fijos en el rostro de Lizzie. Las primeras rachas de escalofríos habían terminado, y ella estaba quieta; la manta apenas se movía sobre la suave curva de sus pechos.

—Entonces, si no estás segura... no lo dejarás que se case con ella, ¿verdad?

—No lo sé. Jamie ha dicho que hablaría con el señor Wemyss para averiguar qué pensaba él del asunto.

Me levanté y saqué el primer portaobjetos de su baño rosáceo, lo sacudí para quitarle las gotas que tenía pegadas y, después de limpiar la parte inferior, lo coloqué cuidadosamente en la plataforma de mi microscopio.

—¿Qué estás buscando, tía?

—Unas cosas llamadas espiroquetas. Son una clase particular de gérmenes que causan la sífilis.

—Oh, sí.

A pesar de la gravedad de la situación, el tono de escepticismo de su voz me hizo sonreír. Yo ya le había mostrado microorganismos, pero, al igual que Jamie, y que casi todos, él simplemente no podía creer que algo casi invisible pudiera causar daño. La única persona que al parecer había aceptado la idea era Malva Christie y, en su caso, yo creía que esa aceptación se debía simplemente a su fe en mí. Si yo le decía algo, ella me creía, lo que era todo un alivio, después de años de enfrentarme a un montón de escoceses que me miraban con distintos grados de sospecha.

—¿Crees que habrá ido a su casa? Manfred, quiero decir.

—No lo sé —contesté sin prestar atención, moviendo lentamente el portaobjetos hacia un lado y hacia otro, buscando.

Pude distinguir los glóbulos rojos, unos pálidos discos rosados que flotaban más allá de mi campo de visión, avanzando lentamente en el colorante acusoso. No había ninguna espiral mortal visible, pero eso no significaba que no estuvieran allí, sino sólo que el colorante que había utilizado tal vez no las revelara.

Lizzie se agitó y gimió. Miré hacia atrás y vi que sus párpados se abrían.

—Tranquila, muchacha —dijo Ian en voz baja—. Estás mejor, ¿verdad?

—¿Verdad? —dijo ella débilmente.

De todas formas, las comisuras de su boca se elevaron un poco, sacó una mano de debajo de la manta y empezó a tantear con ella. Él la cogió y se la palmeó.

—Manfred —dijo Lizzie, girando la cabeza hacia un lado y hacia el otro, con los ojos entornados—. ¿Manfred está aquí?

—Eh... No —respondí, intercambiando una rápida mirada de consternación con Ian—. No, estuve aquí, pero ahora... se ha marchado.

—Oh. —Al parecer, perdió el interés y volvió a cerrar los ojos.

Ian la miró, sin dejar de acariciarle la mano. Su rostro expresaba una profunda compasión... aunque tal vez también un poco de cálculo.

—¿Llevo a la muchachita a la cama? —preguntó en voz baja—. ¿Y luego voy a buscar...? —Movió la cabeza hacia la ventana abierta, enarcando una ceja.

—Sí, por favor, Ian. —Vacilé, y sus ojos se clavaron en los míos, ablandados por la preocupación y la sombra del recuerdo de un dolor—. Ella se pondrá bien —dije, tratando de insuflar certeza a mis palabras.

—Sí —respondió él firmemente, y se agachó para cogerla, envolviéndola con la manta—. Si yo tengo algo que decir al respecto.

Donde las cosas se tuercen

Manfred McGillivray no regresó. Ian sí, con un ojo morado, los nudillos en carne viva y el lacónico informe de que Manfred había anunciado su firme intención de ahorcarse, y de buena nos librábamos si ese fornecedor hijo de puta cumplía su palabra; ojalá que se le salieran sus podridas entrañas como a Judas Iscariote, a ese zurullo maloliente. Luego subió corriendo la escalera, para permanecer en silencio frente a la cama de Lizzie durante un rato.

Al oírlo, rogué por que la declaración de Manfred no fuera más que el producto de una desesperación temporal... y me maldije por no haberle dicho de inmediato y con la mayor firmeza posible que podía curarse.

Lizzie estaba semiinconsciente, postrada con las fiebres ardientes y las convulsiones palúdicas de la malaria, de modo que no era conveniente informarle de la deserción de su prometido, ni de su causa. Aun así, yo tenía que formularle algunas preguntas bastante delicadas tan pronto como fuera posible, puesto que siempre existía la probabilidad de que ella y Manfred hubieran adelantado sus votos matrimoniales, y en ese caso...

—Bueno, en realidad hay algo positivo en todo esto —observó Jamie sombríamente—. Los gemelos Beardsley estaban preparándose para perseguir a nuestro muchachito sifilítico y castrarlo, pero ahora que se han enterado de que piensa ahorcarse, han decidido que con eso bastaría.

—Gracias a Dios por los pequeños milagros —dije, hundiéndome en la silla—. Seguramente lo habrían hecho. —Los Beardsley, en especial Josiah, eran excelentes rastreadores... y no solían hacer amenazas vanas.

—Oh, claro que sí —me aseguró Jamie—. Estaban afilando los cuchillos con suma seriedad cuando los encontré, y les dije que no se molestaran.

Suprimí una sonrisa involuntaria al imaginarme a los Beardsley, inclinados cada uno a un lado de una piedra de afilar, ambos con el ceño fruncido en un idéntico gesto de venganza en sus rostros delgados y oscuros, pero el repentino lapso de humor se desvaneció.

—Oh, Dios mío, debemos contárselo a los McGillivray.

Jamie asintió, empalideciendo ante la idea.

—Será mejor que vaya de inmediato.

—Pero no antes de que haya comido algo. —La señora Bug le puso un plato delante con un gesto firme—. No le conviene enfrentarse a Ute McGillivray con el estómago vacío.

Jamie vaciló, pero cogió el tenedor y se lanzó sobre el ragú de cerdo con una

sombria determinación.

—Jamie...

—¿Sí?

—Tal vez sí deberías dejar que los Beardsley buscaran a Manfred. No para hacerle daño, no es eso lo que quiero decir... Pero tenemos que encontrarlo. Morirá si no lo tratamos.

Él hizo una pausa y me contempló con el entrecejo fruncido.

—Sí, y si lo encuentran también morirá, Sassenach. —Masticó y tragó, sin duda acabando de concretar su plan mientras lo hacía—. Joseph está en Bethabara. Habrá que decírselo, y lo que corresponde es que yo vaya a buscarlo para que me acompañe a casa de los McGillivray. Pero... —Vaciló, claramente imaginándose al señor Wemyss, el más manso y tímido de los hombres—. No. Yo iré a contárselo a Robin. Tal vez él mismo comience a buscar al muchacho... o quizás Manfred lo haya pensado mejor y ya haya vuelto a su casa.

Era un pensamiento optimista, y lo despedí con esperanzas. Pero regresó cerca de la medianoche, mudo y con la cara sombría, y me di cuenta de que Manfred no había regresado.

—¿Se lo has dicho a ambos? —pregunté, corriendo el edredón para que se metiera a mi lado. Oía a caballo y a noche, un olor fresco y penetrante.

—Le pedí a Robin que saliera conmigo y se lo he contado. Pero no he tenido la valentía de decírselo a Ute a la cara —admitió—. Espero que no pienses que soy un cobarde, Sassenach.

—No, claro que no —le aseguré, y me incliné para apagar la vela—. La discreción es la mejor parte del valor.

Unos atronadores golpes en la puerta nos despertaron justo antes del amanecer. *Rollo* bajó corriendo la escalera, rugiendo amenazas. Lo seguía de cerca Ian, que estaba sentado junto a la cama de Lizzie, montando guardia mientras yo dormía. Jamie saltó de la cama, cogió una pistola cargada de lo alto del ropero y corrió a sumarse a la pelea.

Impresionada y aturdida —había dormido menos de una hora—, me incorporé en la cama, mientras el corazón me golpeaba en el pecho. *Rollo* dejó de ladrar y oí que Jamie gritaba «¿Quién es?» a través de la puerta.

La respuesta fueron unos renovados golpes que parecieron sacudir la casa, acompañados de una aguda voz femenina a tal volumen que hubiera hecho justicia a una de las composiciones de Wagner. Era Ute McGillivray.

Comencé a luchar para salir de debajo de las mantas. Mientras tanto, una confusión de voces, ladridos, el chirrido del cerrojo al ser levantado... y luego más voces confusas, pero todas a un volumen mucho más alto. Corré hacia la ventana y miré al exterior; Robin McGillivray estaba de pie en el jardín, donde acababa de desmontar de una de sus mulas.

Parecía mucho más viejo y algo desinflado, como si su alma lo hubiera abandonado, llevándose toda su fuerza y dejándolo vacío. Apartó la cabeza del escándalo que estaba produciéndose en la entrada y cerró los ojos. El sol estaba asomando, y la luz dejó al descubierto todas las arrugas y los hoyuelos que le había dejado el cansancio, así como una terrible infelicidad.

Como si hubiera presentido que lo estaba mirando, abrió los ojos y levantó la cara hacia la ventana. Tenía los ojos rojos y estaba despeinado. Me vio, pero no respondió a mi tentativo saludo con la mano. En cambio, apartó la mirada, volvió a cerrar los ojos y se quedó allí de pie, aguardando.

El escándalo había pasado al interior de la casa y ahora parecía subir por la escalera, transportado por una oleada de objeciones escocesas y alardos alemanes, puntuados por los entusiastas ladridos de *Rollo*.

Cogí el salto de cama del perchero, pero apenas había logrado introducir un brazo en él cuando la puerta de la recámara se abrió de repente y golpeó con tanta fuerza contra la pared que rebotó e impactó sobre el pecho de Ute. Ella, nada intimidada, volvió a abrirla con otro golpe y se abalanzó sobre mí como un torbellino, con los ojos relampagueantes.

—¡Tú! *Weibchen!* ¡Cómo te atreves a insultarme contando esas mentiras de mi hijo! ¡Te mataré, te arrancaré el pelo, *a nighean na galladh!* ¡Tú...!

Se lanzó sobre mí y yo me hice a un lado.

—¡Ute! ¡*Frau McGillivray!* ¡Escúcheme...!

El segundo intento fue más exitoso; cogió la manga de mi bata y la retorció, arrastrando la prenda de mí hombro con un sobrecogedor ruido de tela desgarrada, al tiempo que trataba de clavarme las uñas de la mano libre en la cara.

Me eché hacia atrás y grité con todas mis fuerzas; por un momento espantoso, mi mente recordó una mano golpeándome la cara, manos que tiraban de mí...

La golpeé, con la fuerza del terror inundando mis miembros, gritando, gritando, mientras el minúsculo resto de racionalidad que quedaba en mi cerebro lo observaba todo, desconcertado, asombrado, pero completamente incapaz de detener el pánico animal, la rabia irracional que surgía de una fuente profunda e inesperada.

Un brazo me sujetó la cintura y me levantó del suelo. Una nueva punzada de pánico me atravesó, y de pronto me encontré sola, intacta. Estaba en la esquina de la habitación, junto al armario, balanceándome como si estuviera ebria, jadeando. Jamie estaba delante de mí, con los hombros tensos y los codos levantados, protegiéndome.

Me habló con mucha calma, pero yo había perdido la capacidad de entender el sentido de sus palabras. Apreté las manos contra la pared y su solidez me reconfortó un poco.

El corazón seguía martilleándome en los oídos; me asustaba el sonido de mi propia respiración, tan parecido a los jadeos que había emitido cuando Harley Boble me había roto la nariz. Apreté la boca, tratando de que parara.

El movimiento de la boca de Ute atrajo mi atención y lo miré fijamente, tratando de recuperar mi orientación en el tiempo y el espacio. Oía sus palabras pero no podía comprenderlas. Respiré y dejé que las palabras fluían sobre mí como agua, captando sus emociones —ira, razón, protesta, estridencia, gruñidos—, pero no su significado específico.

Entonces tomé un profundo aliento, me pasé la mano por la cara y de pronto todo volvió a la normalidad. Pude oír y entender.

Ute me estaba mirando, con la furia y el desprecio evidentes en la cara, pero enmudecidos por un horror cada vez más concreto.

—Estás loca —dijo—. Ya lo veo. —Casi pareció calmarse—. Bueno, de acuerdo.

Se volvió hacia Jamie, recogiéndose automáticamente su pelo canoso y metiéndoselo debajo de su enorme gorro. La cinta se había desgarrado, una parte de ella pendía sobre uno de sus ojos, en una escena absurda.

—De acuerdo. Ella está loca. Eso es lo que diré, pero mi hijo... ¡mi hijo!... se ha ido. De modo que... —Se quedó allí, jadeando con esfuerzo, examinándome. Luego se volvió hacia Jamie una vez más—. Salem está cerrado para vosotros. Mi familia, los que nos conocen... no comerciarán con vosotros. Ni tampoco lo harán aquéllos con los que yo pueda hablar y contarles la maldad que nos habéis hecho. —Sus ojos volvieron hacia mí, con un azul frío, gélido, y sus labios se curvaron en un duro gesto de desprecio bajo el trozo de cinta rota—. Te rechazo —dijo—. Tú no existes, tú. —Giró sobre sus talones y salió de la habitación, obligando a Ian y Rollo a apartarse rápidamente para dejarle el paso libre. Sus pasos resonaron con fuerza en el pasillo.

Vi que la tensión de los hombros de Jamie disminuía poco a poco. Llevaba todavía su camisón de dormir y la pistola en la mano.

La puerta de la casa se cerró con un gran estrépito. Todos permanecieron inmóviles y mudos.

—En realidad, no le habrías disparado, ¿verdad? —pregunté, aclarándome la garganta.

—¿Qué? —Jamie se volvió para mirarme. Luego captó la dirección de mi mirada y bajó los ojos hacia la pistola—. Oh —dijo—. No. —A continuación la dejó encima del armario—. Olvidé que la tenía. Aunque sólo Dios sabe cuánto me gustaría disparar a esa maldita bruja —añadió—. ¿Estás bien, Sassenach?

Se inclinó para mirarme, con los ojos suavizados por la preocupación.

—Me encuentro bien. No sé qué... Pero ya estoy mejor. Ya ha pasado.

—Ah —dijo él en voz baja, y apartó la mirada.

Entonces, él también lo había sentido?... Se había encontrado de pronto...

de vuelta allí? Yo sabía que a veces le ocurría. Recordaba haberme despertado en París y haberlo visto a él también allí, mirando por una ventana abierta, agarrándose con tanta fuerza al marco que podía ver sus músculos tensos a la luz de la luna.

—Estoy bien —repetí, y él me dedicó una sonrisa breve y tímida.

—Deberías haberla mordido —le decía Ian a *Rollo* con firmeza—. Tiene un culo del tamaño de un tonel... ¿Cómo has podido fallar?

—Probablemente tendría miedo de morir envenenado —dijo—. ¿Creéis que hablaba en serio?... quiero decir, desde luego que hablaba en serio. Pero ¿suponéis que puede hacerlo? Me refiero a impedir que comercien con nosotros.

—Con Robin sí puede —aseguró Jamie, mientras una expresión sombría le cruzaba la cara—. En cuanto al resto... ya veremos.

Ian meneó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Creo que debería haberle roto el cuello a Manfred —dijo, lamentándolo de verdad—. Podríamos haberle dicho a *Frau Ute* que se había caído de una roca, y nos habríamos ahorrado unos cuantos problemas.

—¿Manfred? —La voz pequeña hizo que todos nos volviéramos al unísono, para ver quién había hablado.

Lizzie estaba en el umbral, delgada y pálida como un fantasma, con los ojos enormes y vidriosos por la fiebre reciente.

—¿Qué pasa con Manfred? —dijo. Se balanceó peligrosamente y apoyó una mano en el marco, para no caerse—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Ha cogido la sífilis y se ha marchado —respondió Ian con aspereza—. Espero que no le hayas entregado tu virginidad.

Finalmente, Ute McGillivray no logró cumplir del todo su amenaza, aunque hizo bastante daño. La dramática desaparición de Manfred, la ruptura de su compromiso con Lizzie y las razones para hacerlo generaron un escándalo terrible, cuyos rumores se esparcieron de Hillsboro y Salisbury, donde él trabajaba como armero itinerante, hasta Salem y High Point.

Pero gracias al empeño de Ute, la historia se había vuelto confusa; algunos decían que Manfred había cogido la sífilis, otros que yo lo había tachado falsa y maliciosamente de sifilitico, por algún estrambótico desacuerdo con sus padres. Otros, en una actitud más amable, no creían que tuviera sífilis, y sugerían que sin duda yo me había equivocado.

Aquellos que sí lo creían sifilitico estaban divididos respecto de cómo había alcanzado ese estado; la mitad de ellos estaban convencidos de que se había contagiado de alguna prostituta, mientras una buena parte del resto especulaba que la había cogido de la pobre Lizzie, cuya reputación sufrió terriblemente, hasta que Ian, Jamie, los gemelos Beardsley e incluso Roger empezaron a defender el honor de la muchacha con sus puños. A raíz de esto, no es que la

gente dejara de hablar, sino que dejaba de hacerlo en cualquier sitio donde cualquiera de sus defensores pudiera oírlo.

Por supuesto que los numerosos parientes de Ute en Wachovia, Salem, Bethabara y Bethania creyeron en su versión de la historia, y las lenguas no dejaban de moverse. No todo Salem dejó de comerciar con nosotros, pero muchos de sus habitantes sí lo hicieron. Y, en más de una ocasión, me encontré con la inquietante experiencia de saludar a algunos moravos que conocía bien y ver que ellos desviaban la mirada con un silencio pétreo, o me daban la espalda. Eso ocurrió con tanta frecuencia que dejé de ir a Salem.

Lizzie, más allá de cierta mortificación inicial, no parecía terriblemente disgustada por la ruptura del compromiso. Desconcertada, confundida y triste —dijo— por Manfred, pero no desolada por haberlo perdido. Y, puesto que ella ya casi no se alejaba del cerro, no se enteraba de lo que la gente decía. Lo que sí la preocupaba era perder a los McGillivray, en especial a Ute.

—*¿Sabe, señora?* —me explicó con nostalgia—. Jamás había tenido una madre, puesto que la mía murió cuando nací yo. Y luego *Mutti*, que me pidió que la llamara así cuando le conté que me casaría con Manfred, dijo que yo era su hija, igual que Hilda, Inga y Senga. Me colmaba de atenciones, me atosigaba y se reía de mí, igual que con las otras. Y aquello era... tan bonito, tener toda esa familia. Y ahora los he perdido.

Robin, que sentía un cariño sincero por ella, le había mandado una nota breve en la que lamentaba lo ocurrido. Pero desde la desaparición de Manfred, ni Ute ni las chicas habían venido a verla, ni le habían mandado ningún mensaje.

De todas formas, Joseph Wemyss era quien parecía más visiblemente afectado por aquel asunto. No dijo nada, puesto que, como estaba claro, no quería empeorar las cosas para Lizzie, pero se derrumbó. Más allá del dolor que sentía por Lizzie, y de su angustia por la caída de su reputación, él también echaba de menos a los McGillivray, echaba de menos la alegría y la comodidad de pasar a formar de pronto parte de una familia grande y exuberante, después de tantos años de soledad.

Lo peor, sin embargo, era que si bien Ute no había podido cumplir del todo con su amenaza, sí había podido influir a sus parientes más cercanos, incluidos el pastor Berrisch y su hermana, Monika, que, según me contó Jamie en privado, tenían prohibido volver a ver o a hablar con Joseph.

—El pastor la mandó a Halifax, con los parientes de su esposa —dijo moviendo tristemente la cabeza—. Para olvidar.

Y de Manfred no había ni el menor rastro. Jamie había hecho correr la voz a través de sus vías habituales, pero nadie lo había visto desde su huida del cerro. Yo pensaba en él —o rezaba por él— todos los días, asediada por imágenes de él merodeando solo por el bosque, mientras las mortales espiroquetas se multiplicaban en su sangre día tras día. O, mucho peor, consiguiendo llegar a las

Indias Occidentales en algún barco, parando en cada puerto para ahogar sus penas en los brazos de incautas prostitutas, a quienes les pasaría la muda y fatal infección... y ellas, a su vez...

O, en ocasiones, por la horrible imagen de un montón de ropas podridas colgando de la rama de un árbol, en las profundidades del bosque, sin otros deudos que los cuervos que venían a arrancarle la carne de los huesos. Y, a pesar de todo, no había odio en mi corazón hacia Ute McGillivray, quien debía de estar pensando las mismas cosas.

El único aspecto positivo de este atolladero era que Thomas Christie, en una actitud opuesta a lo que yo esperaba de él, le había permitido a Malva seguir viniendo a la consulta, con la única condición de que, si yo pensaba implicar a su hija en un futuro experimento con éter, lo avisara a él con anticipación.

—Mira. —Me eché hacia atrás y le indiqué con un gesto que observara a través de la lente del microscopio—. ¿Las ves?

Sus labios se apretaron en un gesto de muda fascinación. Había costado no poco esfuerzo encontrar una combinación de colorante y luz de sol reflejada que revelara las espiroquetas, pero por fin lo había logrado. No eran muy nítidas, pero podía verlas, si uno sabía qué estaba buscando... y, a pesar de mi total convicción sobre mi diagnóstico original, me alivió verlas.

—¡Oh, sí! Espirales pequeñitas. ¡Las veo claramente! —Me miró, parpadeando—. ¿Me está diciendo en serio que estas cositas minúsculas han convertido a Manfred en sifilítico?

—Sí, eso es. —Yo ya había explicado varias veces la teoría de los gérmenes y las enfermedades a una variedad de incrédulos oyentes dieciochescos, y, a la luz de esa experiencia, tenía pocas esperanzas de encontrar una recepción favorable. Pero, para mi sorpresa, ella pareció captar el concepto de inmediato, o al menos fingió hacerlo.

—Bueno, muy bien. Estas pequeñas bestias causan la sífilis. ¿Cómo lo hacen? ¿Y por qué esas cositas diminutas de mis dientes que usted me enseñó no hacen que yo enferme?

Le expliqué, lo mejor que pude, el concepto de «bichos buenos» o «indiferentes» en oposición al de «bichos malos», que al parecer captó con facilidad; pero mi explicación sobre las células, y el concepto de que el cuerpo está formado por ellas la dejó con el entrecejo fruncido y mirándose confusa la palma de la mano, tratando de distinguir las células separadamente. Pero hizo caso omiso a sus dudas y reanudó sus preguntas.

—Los bichos causaban todas las enfermedades? La penicilina... ¿por qué funcionaba con algunos gérmenes pero no con todos? ¿Y cómo pasaban los gérmenes de una persona a otra?

—Algunos viajan por el aire, y ésa es la razón por la que debes evitar que la gente tosa o estornude encima de ti; y otros por el agua, y ésa es la razón por la

que no debes beber agua de un arroyo que alguien haya usado de retrete... y algunas otras... bueno, por otros medios. —Yo no estaba segura de cuánto sabría ella sobre el sexo entre humanos, y no tenía muchos deseos de iluminarla en ese aspecto, por miedo a que su padre se enterara. Tenía la impresión de que él preferiría que ella se ocupara del éter.

Naturalmente, ella captó mis evasivas.

—¿Otras medios? ¿Qué otros medios hay?

Suspiré para mis adentros y se lo expliqué.

—¿Que hacen qué? —dijo, incrédula—. Los hombres, me refiero. ¡Como un animal! ¿Y por qué una mujer le permitiría a un hombre hacer algo así?

—Bueno, son animales, ¿sabes? Las mujeres también. Y en cuanto a por qué una lo permitiría... —Me froté la nariz, tratando de buscar una manera elegante de expresarlo. Pero ella ya se me había adelantado rápidamente y estaba atando cabos.

—Por dinero —respondió, consternada—. ¡Eso es lo que hacen las prostitutas! ¡Dejan que les hagan esas cosas por dinero!

—Bueno, sí... pero las mujeres que no son prostitutas...

—Los hijos, sí, ya me lo ha dicho. —Asintió, pero estaba claro que estaba pensando en otras cosas—. ¿Cuánto dinero obtienen? —preguntó—. Creo que yo pediría muchísimo para dejar que un hombre...

—No lo sé —dijo—. Diferentes cantidades, supongo. Depende.

—¿Depende...? Oh, ¿quiere decir que si él fuera feo se le podría hacer pagar más? O si ella fuera fea... —Me dedicó una rápida mirada de interés—. Bobby Higgins me habló de una prostituta que conoció en Londres a la que le habían arruinado el rostro con vitriolo. —Miró el armario donde yo guardaba el ácido sulfúrico bajo llave y se estremeció.

—Sí, a mí también me lo contó. El vitriolo es lo que llamamos un cáustico... un líquido que quema. Es por eso por lo que...

Pero su mente ya había regresado al asunto que la fascinaba.

—¡Pensar que Manfred McGillivray hizo una cosa así! —Giró sus ojos grises y redondos hacia mí—. Bueno, y Bobby. Él también debe de haberlo hecho, ¿verdad?

—Sí, creo que los soldados acostumbran a...

—Pero la Biblia —dijo ella, entornando los ojos en un gesto de reflexión— dice que uno no debe adorar ídolos como si fueran prostitutas. ¿Eso significa que los hombres andaban por ahí metiendo sus miembros en...? ¿Acaso los ídolos tenían aspecto de mujeres?

—Estoy segura de que no significa eso. Es más bien una metáfora, ¿sabes? Eh... sentir lujuria por algo, creo que significa... no, eh...

—Lujuria —repitió—. Eso es desear algo malo con muchas ganas, ¿no?

—Sí, podría decirse así. —El calor me subía por la piel, bailando como un

minúsculo velo. Necesitaba aire fresco, rápido, o me sonrojaría como un tomate y estaría bañada en sudor. Me levanté para salir, pero me di cuenta de que en realidad no debía dejarla con la impresión de que el sexo tenía que ver sólo con dinero o con bebés—. Hay otra razón para el coito, ¿sabes? —añadí mientras me dirigía hacia la puerta—. Cuando amas a alguien, quieres darle placer. Y esa persona quiere hacer lo mismo contigo.

—¿Placer? —Su voz se elevó a mis espaldas, incrédula—. ¿Quiere decir que a algunas mujeres les gusta?

Abejas y varas

No estaba espiando, de ninguna manera. Una de mis colmenas había enjambrado y yo estaba buscando las abejas fugitivas.

Los nuevos enjambres no solían trasladarse muy lejos y se detenían con frecuencia; comúnmente, descansaban horas enteras en la horcadura de un árbol o en un tronco abierto, donde formaban una bola de zumbidos y bullicio. Si se localizaba a las abejas antes de que decidieran colectivamente dónde se instalarían, muchas veces podía convencérselas de que entraran en una colmena tentadora y vacía que llevaba en una cesta, y de ese modo volver a capturarlas.

El problema con las abejas es que no dejan huellas. Por eso yo iba de un lado a otro por la ladera de la montaña, a un kilómetro y medio de la casa, con una colmena vacía colgada sobre el hombro con una cuerda, tratando de pensar como una abeja.

Había enormes y florecientes franjas de galax, estramonio y otras flores silvestres en la ladera, mucho más arriba, pero también había un tronco seco de lo más atractivo —para las abejas— un poco más abajo, asomando de entre los tupidos brotes.

La colmena era pesada, y la pendiente empinada. Era más fácil bajar que subir. Alcé la cuerda, que comenzaba a rasparme la piel del hombro, y comencé a deslizarme hacia abajo, tensando los pies para no tropezar contra las rocas y agarrándome de las ramas para no resbalar.

Como estaba concentrándome en mis pies, no presté atención especial a dónde me encontraba. Aparecí en un hueco entre los arbustos desde el que se veía el techo de una cabaña, a unos metros más abajo. ¿De quién sería? De los Christie, pensé. Me pasé la manga por el sudor que me caía del mentón; hacía calor y no llevaba cantimplora. Tal vez podría parar allí y pedir agua de camino a casa.

Por fin llegué hasta el tronco caído y me desilusioné al no encontrar señales de abejas. Me quedé inmóvil, escuchando, con la esperanza de captar el delator zumbido de las abejas. Oí sonidos parecidos de un surtido de insectos voladores, y el amable estrépito de un grupo de diminutos insectos trepadores en la cuesta, más arriba. Pero ninguna abeja.

Suspiré y me di la vuelta para rodear el tronco, pero entonces hice una pausa porque mis ojos captaron algo blanco más abajo.

Thomas Christie y Malva estaban en el pequeño claro situado en la parte trasera de la cabaña. Yo había captado el color de su camisa al moverse, pero

ahora él estaba quieto, con los brazos cruzados.

Su atención parecía estar fija en su hija, que estaba cortando ramas de uno de los fresnos a un lado del claro. ¿Para qué?, me pregunté.

Parecía haber algo muy peculiar en la escena, aunque no podía discernir exactamente qué era.

Malva se volvió y caminó hacia su padre, con varias ramas largas y delgadas en la mano. Tenía la cabeza gacha, arrastraba los pies, y cuando se las entregó, de pronto entendí lo que ocurría.

Estaban demasiado lejos como para que los oyera, pero al parecer él estaba diciéndole algo, señalando con gestos bruscos el tocón que utilizaban para cortar leña. Ella se arrodilló al lado, inclinó la cabeza, y se levantó la falda, dejando al descubierto sus nalgas desnudas.

Sin vacilar, él levantó las ramas y las golpeó con fuerza contra el trasero de su hija, luego volvió a azotarla en otra dirección, marcando su piel con nítidas líneas en zigzag que pude ver incluso a tanta distancia. Repitió el procedimiento varias veces con una deliberación estudiada.

Ni siquiera se me ocurrió mirar hacia otro lado. Me quedé totalmente paralizada entre los arbustos, demasiado aturdida incluso para espantar los mosquitos que se arremolinaban alrededor de mi cara.

Christie soltó las varas, giró sobre sus talones, y se metió en la casa antes de que yo pudiera hacer otra cosa que parpadear. Malva se sentó en cucillas y se sacudió la falda, se la bajó y se alisó la tela con delicadeza sobre el trasero cuando se levantó. Tenía la cara roja, pero no lloraba ni parecía angustiada.

«Está acostumbrada». El pensamiento se presentó de improviso. Vacilé, sin saber qué hacer. Antes de que pudiera decidirme, Malva se acomodó el gorro, dio media vuelta y entró en el bosque precisamente en mi dirección.

Me escondí detrás de un gran tulipanero. Ella no estaba herida, y yo estaba segura de que no quería enterarse de que alguien había visto el incidente.

Malva pasó a pocos metros de mí, murmurando de una manera que me hizo pensar que estaba muy enfadada, más que disgustada.

Me asomé con cuidado por detrás del tulipanero, pero no pude ver más que su gorro por un momento fugaz. No había cabañas allá arriba, y ella no llevaba ninguna cesta ni herramientas para recolectar frutos. Tal vez sólo quería estar sola, reponerse.

Esperé hasta que se perdió de vista, luego empecé a bajar lentamente la ladera. No me detuve en la cabaña de Christie, aunque tenía mucha sed. Ya había perdido todo el interés en las abejas errantes.

Encontré a Jamie a cierta distancia de la casa, charlando con Hiram Crombie. Los saludé con un gesto y esperé a que Crombie terminara lo que había venido a hacer, para poder contarle a Jamie lo que había presenciado.

Por suerte, Hiram no mostró interés en quedarse; yo lo ponía nervioso.

Le conté a Jamie de inmediato lo que había visto, y me irritó el hecho de que él no compartiera mi preocupación. Si Tom Christie consideraba necesario azotar a su hija, era asunto suyo.

—Pero podría... podría ser que... tal vez no sea sólo un azote. Tal vez... le haga otras cosas.

—¿Tom? ¿Tienes alguna razón para pensar lo?

—No —admití a regañadientes. El tema de Christie me hacía sentir incómoda, pero probablemente eso sólo se debía a que Tom y yo no nos llevábamos bien—. Pero seguramente no debería azotarla de esa manera, ¿no? A su edad sobre todo, quiero decir.

Él me miró con una ligera exasperación.

—Tú no entiendes nada, ¿verdad?

—Yo estaba a punto de decirte lo mismo a ti —respondí, igualando su mirada.

—Entonces, ¿es diferente? —dijo—. ¿En tu mundo? —Su voz tenía justo el filo suficiente como para obligarme a recordar que no estábamos en mi mundo, ni que jamás lo estaríamos. De pronto sentí que se me ponía la carne de gallina.

—En tu época, ¿un hombre no le pegaría a una mujer? ¿Ni siquiera por una buena causa?

¿Qué podía contestarle? No podía mentirle, incluso aunque quisiera; él conocía mi cara demasiado bien.

—Algunos sí lo hacen —admití—. Pero no es lo mismo. En mi época, como tú dices, un hombre que golpea a su mujer es un criminal. Pero —añadí, para ser justa—, si un hombre golpea a su mujer en mi época, lo más probable es que use los puños.

Una mirada de asombro y repulsión le cruzó la cara.

—¿Qué clase de hombre haría algo así? —preguntó con incredulidad.

—Uno malo.

—Eso diría yo, Sassenach. ¿Y no crees que hay diferencia? —preguntó—. ¿Te parecería lo mismo, si yo te aplastara la cara en lugar de darte un *tawse* en el trasero?

La sangre se agolpó de repente en mis mejillas. Una vez Jamie me había pegado con una correa y yo no lo había olvidado. En aquel momento sentí deseos de matarlo, y que me hiciera recordarlo tampoco me sentó muy bien. Al mismo tiempo, yo no era tan idiota como para equiparar sus acciones a las de un maltratador de mujeres de la época moderna.

Jamie me miró, y entonces comprendió lo que yo estaba recordando. Sonrió.

—Oh —dijo.

—Oh, por cierto —dije, muy enfadada. Había conseguido olvidar aquel episodio humillante, y no me gustó en absoluto que él me lo recordara.

Él, por otra parte, estaba disfrutando de la reminiscencia. Me examinó de una

manera insopportable, sin dejar de sonreír.

—Dios mío, chillaste como una *ban-sidhe*.

Comencé a sentir claramente que la sangre me palpitaba en las sienes.

—¡Y tenía una buena razón para hacerlo, maldita sea!

—Oh, sí. Es cierto. Pero recuerda que fue culpa tuyá.

—¡Culpa m...!

—Sí —dijo firmemente.

—Pero ¡si me pediste disculpas! —gritó—. ¡Sabes que lo hiciste!

—No, no es cierto. Y además fue culpa tuyá —insistió, obstinado—. No habrías recibido una zurra tan dura si me hubieras hecho caso desde el principio, cuando te dije que te arrodillaras y ...

—¡Hacerte caso! ¿Crees que yo me hubiera entregado mansamente para que tú...?

—Jamás te he visto hacer nada mansamente, Sassenach. —Me cogió del brazo para hacerme pasar por encima de los escalones de la empalizada, pero yo me solté, resollando de indignación.

—¡Bestia escocesa! —Tiré la colmena al suelo delante de sus pies, me recogí las faldas, y pasé por encima de la empalizada.

—Bueno, no he vuelto a hacerlo —protestó él—. Lo prometí, ¿no?

—¡Sólo porque te amenacé con arrancarte el corazón si llegabas siquiera a intentarlo!

—Bueno, aun así. Podría haberlo hecho, y lo sabes, ¿o no, Sassenach? —Dejó de sonreír, pero había un claro brillo en sus ojos.

Tomé aliento varias veces, tratando simultáneamente de controlar mi irritación y de pensar en alguna réplica demoledora. Fallé en ambos intentos, y con un breve y digno «¡Ejem!», giré sobre mis talones.

Oí el crujido de su *kilt* cuando recogió la colmena, saltó por encima de la empalizada, y vino detrás de mí, alcanzándome en una o dos zancadas. Yo no lo miré; las mejillas seguían ardiéndome.

El hecho que más me enfurecía era que sí lo sabía. Lo recordaba todo demasiado bien. Él había usado la hebilla de su cinturón de tal manera que no pude sentarme cómodamente durante varios días; y si alguna vez decidía hacerlo de nuevo, no había nada que pudiera impedírselo.

En la mayoría de los casos, yo podía no prestar atención al hecho de que legalmente era propiedad suya. Pero era un hecho, y él lo sabía.

—¿Y qué hay de Brianna? —pregunté—. ¿Pensarías lo mismo al respecto si de pronto el joven Roger decidiera pegarle a tu hija con el cinturón o con una vara?

Aparentemente, la idea le resultó graciosa.

—Creo que tendría que luchar como un demonio si lo intentara —dijo—. Es una muchacha bastante difícil, ¿no? Y tiene las mismas ideas que tú sobre lo que

constituye la obediencia conyugal. Pero de todas maneras —añadió al tiempo que se echaba la colmena al hombro—, nunca se sabe lo que ocurre dentro de un matrimonio, ¿no crees? Tal vez a ella le gustaría que él lo intentara.

—¿Le gustaría? —Lo miré, asombrada—. ¿Cómo puedes pensar que a alguna mujer podría gustarle...?

—¿Ah, no? ¿Y qué hay de mi hermana?

Me detuve de golpe en medio del sendero, mirándolo fijamente.

—¿Qué hay de tu hermana? No estarás diciendo que...

—Sí.

—Jan le pegaba?

—Puedes dejar de decirlo así? —dijo con suavidad—. Suena como si Ian le pegara con los puños o le dejara los ojos morados. Yo te di una buena paliza, pero no te hice sangrar, por el amor de Dios. —Sus ojos recorrieron rápidamente mi cara—. Ian tampoco lo haría.

Estaba totalmente estupefacta. Había vivido varios meses muy cerca de Ian y Jenny Murray, y jamás había percibido el más mínimo indicio de que él poseyera una naturaleza violenta.

—Bueno, y ¿qué le hacía? Y ¿por qué?

—Bueno, le pegaba con el cinturón cada tanto —dijo—, y sólo si ella lo obligaba.

—¿Si ella lo obligaba? —pregunté con calma, dadas las circunstancias.

—Bueno, ya conoces a Ian —dijo, encogiéndose de hombros—. Él no es de los que harían algo así, a menos que Jenny lo forzara a hacerlo.

—Jamás vi nada semejante entre ellos dos —repliqué, mirándolo con furia.

—Bueno, seguramente no lo haría delante de ti, ¿no?

—Y ¿sí delante de ti?

—Bueno, no precisamente —admitió—. Pero yo no iba muy a menudo a la casa, después de Culloden. Aunque, de vez en cuando, sí iba de visita, y me daba cuenta de que ella estaba... preparándose para algo. —Se frotó la nariz, buscando las palabras apropiadas—. Ella lo molestaba —dijo por fin, encogiéndose de hombros—. Se metía con él por cualquier cosa, hacia pequeños comentarios sarcásticos. Actuaba como una niña consentida a la que le vendría bien un *tazase*.

Esa descripción me resultaba completamente increíble. Jenny Murray tenía una lengua aguda, y pocas inhibiciones respecto de usarla contra cualquiera, su marido incluido. Ian, la bondad personificada, se limitaba a reírse de ella. Pero, sencillamente, no podía aceptar la idea de que ella se comportara de la manera que él había descrito.

—Bueno, como te decía, yo ya lo había visto una o dos veces. Ian la miraba fijamente, pero se quedaba tranquilo. Hasta que, una vez, yo había salido a cazar, cerca del atardecer, y atrapé un pequeño ciervo en la colina, justo detrás del *broch*, ¿conoces el lugar del que hablo?

Asentí, sin perder el asombro.

—Era lo bastante cerca como para llevar el animal hasta la casa sin ayuda, de modo que lo dejé en el cobertizo para ahumar las pieles y lo colgué allí. No había nadie; más tarde me enteré de que todos los niños habían ido al mercado de Broch Mhorda acompañados por los sirvientes. Entonces supuse que la casa estaba completamente vacía, y entré en la cocina para buscar algo para comer y una taza de mantequilla antes de marcharme.

Creyendo que no había nadie en la casa, entró y lo alarmaron unos ruidos que venían del dormitorio del piso de arriba.

—¿Qué clase de ruidos? —pregunté, fascinada.

—Bueno... alaridos —respondió él, encogiéndose de hombros—. Y risas. Algunos empujones y golpes, el ruido de un banco que se caía... Si no hubiera sido por las carcajadas, habría pensado que había ladrones en la casa. Pero reconocí la voz de Jenny, y la de Ian, y...

Tomó un largo aliento y se encogió de hombros.

—Bueno, quedé un poco desconcertado y en un principio no supe qué hacer.

Asentí, comprendiendo, al menos, eso último.

—Supongo que sería una situación bastante incómoda, sí. Pero... aquello... continuó, ¿no?

—Sí. —Me miró—. Escucha, Sassenach, si hubiera pensado que él estaba haciendo daño, habría subido por aquella escalera en un segundo. Pero... —Espantó a una abeja—. Había... parecía... ni siquiera sé cómo decirlo. En realidad no era que Jenny no dejara de reír, porque no era exactamente eso lo que ocurrió, sino que yo sentí que ella lo quería. En cuanto a Ian... bueno, Ian sí estaba riéndose. No muy fuerte, ¿sabes?: era sólo... algo en su voz.

Exhaló y se pasó los nudillos por la mandíbula, limpiándose el sudor.

—Me quedé totalmente paralizado en el lugar, con un trozo de pastel en la mano, escuchando. Volví en mí sólo cuando las moscas comenzaron a aterrizar en mi boca abierta, y a esas alturas ellos... ah... ya estaban... ejem. —Encorvó los hombros como si la camisa le fuera muy ceñida.

—¿Haciéndolo, dices? —pregunté secamente.

—Supongo que sí. Yo me marché. Hice todo el camino a pie hasta Foyne, y aquella noche me quedé en casa de la abuela MacNab. —Foyne era un poblado minúsculo, a unos veinticinco kilómetros de Lallybroch.

—Por qué? —pregunté.

—Bueno, tuve que hacerlo. No podía echar aquello a un lado. O bien caminaba y me ponía a pensar, o bien cedia a la tentación y me masturbaba, y eso sí que no podía hacerlo... era mi hermana, después de todo.

—¿Quieres decir que no puedes pensar y realizar una actividad sexual al mismo tiempo? —pregunté, riendo.

—Claro que no —dijo él y luego me miró como si estuviera loca—. ¿Tú sí?

—Yo sí que puedo.

Él enarcó una ceja, claramente poco convencido.

—Bueno, no digo que siempre lo haga —admití—, pero es posible. Las mujeres estamos acostumbradas a hacer más de una cosa a la vez; es necesario, por los hijos. De todas formas, volvamos a Jenny y a Ian. ¿Por qué demonios...?

—Bueno, como te decía, estuve caminando y pensando al respecto. La abuela MacNab se dio cuenta de que tenía algo en mente, y me acosó durante la cena hasta que... eh... bueno, hasta que se lo conté.

—Ya veo. ¿Y qué dijo ella? —pregunté, fascinada. Yo había conocido a la abuela MacNab, una persona llena de brío con modales muy franceses, y mucha experiencia sobre la debilidad humana.

—Se echó a reír como si le hicieran cosquillas en el culo —dijo, mientras uno de los costados de su boca se curvaba hacia arriba—. Pensé que le iba a dar algo.

De todas formas, la anciana se repuso, le explicó la cuestión despacio y con amabilidad, como si estuviera dirigiéndose a un tonto.

—Me dijo que era por la pierna de Ian —me contó Jamie, mirándome para ver si entendía a lo que me refería—. Dijo que una cosa así no cambiaría nada para Jenny, pero sí para él. Dijo que los hombres no tienen la menor idea de lo que las mujeres piensan en la cama, pero creen que sí lo saben, lo que causa problemas.

—Ya decía yo que la abuela MacNab me caía bien. ¿Y qué más?

—Bueno, dijo que era probable que Jenny sólo estuviera dejándole bien claro a Ian, y tal vez a sí misma también, que ella seguía pensando que él era un hombre, con pierna o sin ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque, Sassenach —repuso con aspereza—, cuando eres un hombre, buena parte de tus obligaciones consiste en poner límites y pelearte con cualquiera que los cruce. Tus enemigos, tus arrendatarios, tus hijos... tu esposa. No siempre puedes pegarles o azotarlos, pero cuando puedes hacerlo, al menos queda claro quién está al mando.

—Pero eso es... —comencé a decir, pero me interrumpí.

—Y si eres un hombre, estás al mando. Tú eres quien mantiene el orden, te guste o no. Es así —dijo, luego me tocó el codo al tiempo que hacía un gesto hacia un claro en el bosque—. Tengo sed. ¿Paramos un momento?

Lo seguí por un estrecho sendero a través del bosque hacia lo que llamábamos el Manantial Verde, un burbujeante flujo de agua sobre una pálida piedra de ofita, ubicado en una hondonada fresca y umbría rodeada de musgo. Nos arrodillamos, nos salpicamos la cara y bebimos con un suspiro de alivio y gratitud. Jamie se echó un puñado de agua dentro de la camisa, cerrando los ojos de dicha. Yo me reí, pero me quité el pañuelo empapado en sudor y lo mojé con el agua del manantial para limpiarme el cuello y los brazos con él.

La caminata hasta el manantial había provocado una interrupción de la conversación, y yo no estaba segura de cómo reanudarla, o incluso de si debía hacerlo. En cambio, me limité a quedarme sentada a la sombra, con los brazos sobre las rodillas, moviendo los dedos de los pies en el musgo.

Jamie tampoco parecía sentir necesidad de hablar por el momento. Se recostó cómodamente contra una roca y nos quedamos inmóviles, escuchando el bosque.

Yo no estaba segura de qué decir, pero eso no significaba que hubiera dejado de pensar en la conversación. De una extraña manera, creía entender lo que la abuela MacNab había querido decir.

Pero estaba pensando más en lo que había dicho Jamie sobre la responsabilidad de un hombre. ¿Sería cierto? Tal vez sí, aunque yo nunca había pensado en ello de esa manera. Era cierto que él era un baluarte, no sólo para mí o para su familia, sino también para sus arrendatarios, pero ¿era ésa la verdadera razón por la que asumía ese papel?

Había límites entre él y yo, sin duda alguna. Lo que no equivalía a decir que nosotros no «cruzábamos» los límites del otro; lo hacíamos con frecuencia, y con resultados dispares. Yo tenía mis propias defensas, y medios de mantenerlas. Pero él sólo me había golpeado una vez por transgredir sus límites. Entonces, ¿lo había visto como una pelea necesaria? Suponía que sí; eso era lo que estaba diciéndome.

Él, por su parte, había seguido su propia línea de pensamiento.

—Es extraño —dijo reflexivamente—. Laoghaire me hacía enfadar a menudo, pero jamás se me ocurrió pegarle.

—Bueno, qué desconsiderado de tu parte —dije, irguiéndome. Me disgustaba que hablara de Laoghaire, fuera cual fuese el contexto.

—Oh, es cierto —respondió con seriedad—. Creo que se debía a que ella no me importaba tanto como para pensarlo, y mucho menos para hacerlo.

—¿No te importaba lo bastante como para pegarle? Entonces, ¿no fue ella la afortunada?

Él captó el tono de irritación en mi voz.

—No para lastimarla —dijo.

Sonrió un poco, se levantó y se acercó a mí. Extendió las manos y me hizo ponerme en pie, luego me cogió de la muñeca, que levantó delicadamente sobre mi cabeza, y la apoyó contra el tronco del pino bajo el que yo había estado sentada, obligándome a inclinar la espalda contra la madera.

—No para lastimarla. Para ser su dueño. Yo no quería ser su dueño. Contigo, *mo nighean donn*... de ti sí sería tu dueño.

—¿Mi dueño? —dije—. Y ¿qué quieres decir con eso exactamente?

—Lo que he dicho. —Todavía había un brillo sarcástico en sus ojos, pero su expresión era seria—. Eres mía, Sassenach, y yo haría cualquier cosa que

considerase necesaria para dejarlo bien claro.

—Por cierto, ¿eso incluye pegarme con regularidad?

—No, eso no lo haría. —La comisura de sus labios se elevó ligeramente, y él incrementó la presión sobre mi muñeca atrapada. Sus ojos estaban azul oscuro, a centímetros de los míos—. No es necesario... porque podría hacerlo, Sassenach... y eso lo sabes bien.

Hice fuerza contra su apretón, de modo reflejo. Recordé nítidamente aquella noche en Doonesbury, la sensación de pelear contra él con todas mis fuerzas, sin resultado alguno. La espantosa sensación de que me aplastara contra la cama, indefensa y expuesta, dándose cuenta de que podía hacer lo que quisiera conmigo, y que lo haría.

Me debatí con violencia, tratándome de escapar del recuerdo que me sujetaba, tanto como de su apretón sobre mi carne. No lo logré, pero sí conseguí girar la muñeca y clavar las uñas en su mano.

Él no se movió ni apartó la mirada. Su otra mano me tocó suavemente, no más que un roce en el lóbulo de la oreja, pero eso fue suficiente. Él sí podía tocarme en cualquier lugar y de cualquier manera.

Evidentemente, las mujeres sí somos capaces de experimentar el pensamiento racional y la excitación sexual simultáneamente, porque, al parecer, a mí me estaba ocurriendo exactamente eso.

Mi cerebro ensayaba indignadas refutaciones de toda clase de cosas. Al mismo tiempo, el otro extremo de mi columna vertebral estaba no sólo vergonzosamente excitado por la idea de la posesión física; estaba terrible y delirantemente ardiendo de deseo por la idea, y hacia que mi pelvis se balanceara hacia adelante y rozara la suya.

Él seguía sin prestar atención a mis uñas clavadas en su piel. La otra mano subió y cogió mi mano libre; él dobló sus dedos alrededor de los míos y los mantuvo cautivos, al costado de mi cuerpo.

—Si tú, Sassenach, me pidieras que te liberara... —susurró—, ¿qué crees que haría?

Respiré hondo; lo bastante como para que mis senos rozaran su pecho, y entonces me di cuenta. Me quedé quieta, respirando, observando sus ojos, y sentí que mi agitación se desvanecía lentamente, convirtiéndose en una sensación de convicción, pesada y cálida, en la boca del estómago.

Hadía supuesto que mi cuerpo se balanceaba como respuesta al suyo... Pero el suyo se movía junto al mío inconscientemente; el ritmo del pulso que veía en su garganta era el latido del corazón que resonaba en mi muñeca, y el balanceo de su cuerpo seguía al mío, casi sin tocarnos, moviéndonos apenas un poco más que las hojas en lo alto, suspirando en la brisa.

—No te lo pediría. Te lo diría. Y tú lo harías. Tú harías lo que yo te dijera.

—¿Sí? —Seguía apretándome la mano con firmeza, y su cara estaba tan

cerca de la mía que sentí su sonrisa, más que verla.

—Sí —dijo.

Yo había dejado de dar tirones con mi muñeca atrapada; en cambio, solté la otra mano de la suya y lo rocé con el pulgar desde el lóbulo de la oreja hasta el costado del cuello. Él dejó escapar un jadeo breve y fuerte, y un minúsculo estremecimiento lo recorrió, haciendo que se le pusiera la carne de gallina después de mi roce.

—Sí, lo harías —volví a decir en voz muy baja—. Porque yo también soy tu dueña... hombre. ¿No?

Su mano me soltó con brusquedad y se deslizó hacia abajo; sus largos dedos se entrelazaron con los míos y sentí su palma contra la mía.

—Oh, sí —dijo, también en voz muy baja—. Sí. —Bajó la cabeza y sus labios rozaron los míos, susurrando, de modo que sentí las palabras tanto como las oí. Y eso lo sé muy bien, *mo nighean donn*.

Orejas de Judas

A pesar de que no compartía su preocupación, Jamie le había prometido a su esposa investigar el asunto, y pocos días más tarde encontró la oportunidad de hablar con Malva Christie.

Cuando volvía de la casa de Kenny Lindsay, se topó con una serpiente enroscada en el polvo del camino. Era una criatura bastante grande, pero con franjas de colores vivos, no una de las venenosas. De todas formas, Jamie no pudo evitarlo; sentía aversión por las serpientes, y no deseaba recogerla con las manos, ni siquiera pisarla. Mientras tanto, la serpiente permanecía tenazmente enroscada entre las hojas, sin moverse como reacción a sus gritos o a sus fuertes pisotones.

Dio un paso a un lado, encontró un aliso y le cortó una buena rama, con la que obligó firmemente a la pequeña bestia a salir del sendero y meterse en el bosque. La serpiente, ofendida, se arrastró a buena velocidad hacia un durillo y, de inmediato, se oyó un fuerte alarido al otro lado de él.

Jamie corrió hacia allí y encontró a Malva Christie haciendo un esfuerzo urgente por aplastar a la nerviosa serpiente con una gran cesta.

—Está bien, muchacha, déjala ir. —Le agarró el brazo, provocando que un gran número de setas se derramaran en cascada de su cesta, y la serpiente se alejó indignada en busca de un entorno más sosegado.

Él se agachó y recogió las setas, mientras la chica jadeaba y se abanicaba con un extremo del delantal.

—Oh, gracias, señor —dijo, mientras su busto se alzaba y volvía a descender—. Las serpientes me aterrorizan.

—Och, bueno, pero ésa no es más que una serpiente pequeñita. Son muy buenas cazando ratones, según me han dicho.

—Tal vez, pero dejan un mordisco muy feo. —Se estremeció ligeramente.

—No te ha mordido, ¿verdad? —Él se puso en pie y echó un último puñado de setas en la cesta, y ella se lo agradeció con una reverencia.

—No, señor. —Se acomodó el gorro—. Pero al señor Crombie sí. Gully Doman trajo una de éas en una caja a la última reunión dominical, sólo para gastar una broma, porque sabía que el texto era «Ellos se enfrentarán a serpientes venenosas y no sufrirán daño alguno». Creo que su intención era soltarla en medio de la plegaria. —Sonrió mientras lo contaba, evidentemente reviviendo el acontecimiento—. Pero el señor Crombie lo vio con la caja y se la quitó, sin saber qué había en ella. Bueno, de modo que... Gully estaba sacudiendo

la caja, para mantener despierta a la serpiente, y cuando el señor Crombie la abrió, la bicha salió como un payaso de una caja de sorpresas y mordió al señor Crombie en el labio.

—¿En serio? No recuerdo haber oído nada al respecto.

—Bueno, el señor Crombie estaba muy furioso —dijo ella, tratando de contarlo con tacto—. Supongo que nadie quiso difundir el suceso por miedo a que él estallara de ira.

—Sí, ya veo —respondió él secamente—. Y por eso tampoco vino para que mi mujer le examinara la herida, supongo.

—Oh, él jamás haría eso —le aseguró ella—. Ni siquiera si se cortara la nariz por equivocación.

—¿No?

La joven recogió la cesta y miró a Jamie con timidez.

—No... Hay gente que dice que su mujer es una bruja, ¿lo sabía?

Él sintió una desagradable tensión en el vientre.

—Ella es una Sassenach —respondió con calma—. La gente siempre dice cosas así de una desconocida, especialmente si es mujer. —La miró de reojo—. ¿Tú también lo crees?

Ella alzó la mirada y abrió mucho sus ojos grises.

—¡Oh, no, señor! ¡De ningún modo!

Respondió con tanta vehemencia que él sonrió.

—Bueno, supongo que te habrías dado cuenta, con todo el tiempo que pasas en su consulta...

—¡Oh, no deseo otra cosa que ser como ella, señor! —le aseguró, aferrando el asa de su cesta con un entusiasmo lindante con la adoración—. ¡Es tan amable y dulce, y sabe tantas cosas! Quiero aprender todo lo que ella pueda enseñarme, señor.

—Sí... Claire me ha comentado muchas veces que le encanta tener una alumna como tú. Eres una gran ayuda para ella. —Se aclaró la garganta, preguntándose cuál sería la mejor manera de pasar de esa conversación cordial a la grosera pregunta de si su padre estaba molestandola de alguna forma impropia—. Esto... ¿A tu padre no le importa que pases tanto tiempo con mi esposa?

Una nube ensombreció el rostro de la muchacha.

—Oh. Bueno. Él... no me dice que no vaya...

Jamie emitió un sonido evasivo con la garganta y le sugirió con un gesto que se adelantara hacia el sendero, donde caminó junto a ella sin hacer más preguntas, permitiéndole recuperar la compostura.

—¿Qué crees que hará tu padre una vez que te cases y dejes su casa? —preguntó—. ¿Hay alguna mujer que podría interesarle? Supongo que necesitaría tener a alguien a su lado.

Sus labios se apretaron al oírlo y un suave rubor le cubrió las mejillas.

—No tengo intención de casarme por el momento, señor. Nos las arreglaremos bien.

—¿No? Pero seguramente tendrás pretendientes... Los muchachos te persiguen en manadas; y o los he visto.

El rubor de su piel adquirió un tono más subido.

—¡Por favor, señor, no le diga semejante cosa a mi padre!

Eso hizo que sonara una campana de alarma en su mente... aunque también podría significar tan sólo que Tom Christie era un padre estricto, cuidadoso de la virtud de su hija.

—Claro que no —dijo suavemente—. Sólo bromeaba. Así que tu padre es un hombre con mucho carácter...

—Pensé que usted lo conocía, señor.

Jamie se echó a reír y, después de un momento de vacilación, ella se rió también.

—Sí, claro —dijo él—. Es un buen hombre, Tom... aunque un poco estricto.

Miró a la chica para ver qué efecto habían causado sus palabras en ella. Malva seguía sonrojada, pero había un intento de sonrisa en sus labios. Eso era bueno.

—Bueno —él retomó la conversación con actitud despreocupada—. ¿Ya tienes bastantes orejas de Judas? —Señaló la cesta de la muchacha—. Ayer vi una buena cantidad, cerca del Manantial Verde.

—¿Ah, sí? —Ella levantó la mirada, interesada—. ¿Dónde?

—Yo voy en esa dirección. Ven conmigo, siquieres, te lo enseñaré.

Caminaron bordeando el cerro, hablando de cuestiones sin importancia. Él la guiaba cada tanto al tema de su padre, y notó que Malva no parecía tener ninguna reserva con respecto a él, sólo un prudente respeto por sus flaquezas y su temperamento.

—¿Y tu hermano? —dijo él—. ¿Crees que está contento? ¿O querrá irse, tal vez hacia la costa? Él no es granjero, ¿verdad?

Ella resopló un poco, pero negó con la cabeza.

—No, señor, no lo es.

—¿Qué hacía entonces? Quiero decir, creció en una plantación, ¿no?

—Oh, no, señor. Él creció en Edimburgo. Yo también.

—¿Cómo es eso, muchacha? Tom me dijo que se casó aquí, en las colonias.

—Oh, eso es cierto, señor —se apresuró a contestar ella—. Pero su esposa no era una esclava; volvió a Escocia.

—Ya veo —dijo él suavemente, al ver que su cara se sonrojaba mucho más y sus labios se apretaban con fuerza. Tom le había dicho que su esposa había muerto; bueno, Jamie suponía que era cierto, pero en Escocia, después de abandonarlo. Con lo orgulloso que era Christie, era natural que no hubiera

confesado que su esposa lo había dejado. Pero...

—¿Es cierto, señor, que lord Lovat era su abuelo? ¿Al que llamaban el Viejo Zorro?

—Oh, sí —sonrió él—. Provengo de un largo linaje de traidores, ladrones y bastardos, ¿sabes?

Ella se echó a reír y de una manera muy amable le rogó que le contara más detalles de su sordida historia familiar; evidentemente como modo de evitar que él hiciera más preguntas sobre la suya.

De todas formas, aquel «pero» permaneció en su mente, incluso mientras hablaban, cada vez con menos entusiasmo, en la subida a través del bosque oscuro y aromático.

Pero. Tom Christie había sido arrestado dos o tres días después de la batalla de Culloden y había permanecido prisionero durante los diez años siguientes, antes de ser llevado a América. Jamie no sabía la edad exacta de Malva, pero le parecía que debía de tener unos dieciocho años, aunque sus pulcros modales la hacían parecer mayor.

Entonces debía de haber sido concebida muy poco después de la llegada de Christie a las colonias. Por otra parte, era natural que un hombre hubiera aprovechado la primera oportunidad de casarse que se le presentara, después de vivir tantos años sin una mujer. Y al parecer, más tarde la esposa se lo había pensado mejor y se había largado. Christie le había dicho a Roger Mac que su esposa había muerto a causa de la gripe; bueno, los hombres tenían su orgullo, y Dios sabía que Tom Christie tenía más que la mayoría.

Pero Allan Christie... ¿De dónde había salido él? El joven tendría entre veinte y treinta años; era posible que hubiera sido concebido antes de Culloden. Pero en ese caso... ¿quién era su madre?

—Tú y tu hermano —preguntó él de repente—. ¿Tuvisteis la misma madre?

—Sí, señor —dijo ella con expresión de sorpresa.

—Ah —exclamó él, y dejó el tema.

Bueno, entonces Christie se había casado antes de Culloden. Y la mujer, fuera quien fuese, había venido a buscarnos a las colonias. Eso implicaba un grado elevado de determinación y devoción, y lo hizo pensar en Christie con mucho más interés. Pero esa devoción no había servido para soportar las adversidades de la vida en las colonias; o tal vez ella encontró a Tom tan cambiado por el tiempo y las circunstancias que la devoción se ahogó en desilusión y ella se volvió.

Él podía entenderlo sin problemas, y de pronto sintió un inesperado lazo de compasión con Tom Christie. Recordaba demasiado bien sus propios sentimientos cuando Claire volvió a buscarnos. La increíble alegría de su presencia... y el profundo temor de que ella no reconociera al hombre que había conocido en el que estaba ahora delante de ella.

O tal vez había sido peor: ella había descubierto algo que la había hecho huir. Por mucho que conocía a Claire, no estaba seguro de si ella se habría quedado si él le hubiera hablado de inmediato de su matrimonio con Laoghaire. Para el caso, si Laoghaire no le hubiera pegado un tiro y casi lo hubiera matado, muy probablemente Claire habría huido, y entonces la habría perdido para siempre. Ese pensamiento fue como un pozo negro que acabara de abrirse a sus pies.

Por supuesto, si ella se hubiera marchado, él habría muerto. Y jamás habría venido a este sitio, ni habría obtenido sus tierras, ni habría visto a su hija, ni habría alzado a su nieto en brazos.

—¿Le molesta el brazo, señor? —Volvió a la realidad de golpe y se dio cuenta de que estaba de pie, como un tonto, con una mano agarrándose el antebrazo en el punto donde lo había atravesado la bala de la pistola de Laoghaire, mientras Malva lo miraba preocupada.

—Ah, no —se apresuró a responder—. Me ha picado un mosquito. Esta primavera los mosquitos han aparecido más temprano. Dime —dijo, buscando un tema neutral de conversación—. ¿Te gusta la vida en la montaña?

—A veces me siento sola —respondió, y dirigió la mirada hacia el bosque, donde unas franjas de luz solar se derramaban en las hojas, en los arbustos y en las rocas, llenando el aire con una fragmentada luz verde—. Pero es... —buscó la palabra—. Bonito —dijo.

Habían llegado al pequeño claro donde el agua brotaba por encima de un saliente de lo que su hija le había dicho que era ofita, la piedra a cuyo suave color verde debía su nombre el manantial; a la piedra y a la gruesa capa de brillante musgo que crecía a su alrededor.

Él le indicó con un gesto que se arrodillara y bebiera primero. Ella obedeció, llevándose las manos ahuecadas hacia la cara y cerrando los ojos de dicha ante el sabor del agua fría y dulce. Tragó, ahuecó las manos y volvió a beber, casi con fruición. Era bastante bonita, pensó él, con ese delicado mentón y los lóbulos de sus tiernas orejas blancas asomando por debajo del gorro. Su madre debió de ser adorable y la muchacha tenía suerte de no haber heredado muchas de las duras facciones de su padre, salvo aquellos ojos grises.

Ella se sentó en cuchillas, respirando hondo, y se hizo a un lado, indicándole a Jamie que se arrodillara y cogiera agua. No hacía mucho calor, pero había sido una subida empinada hasta el manantial, y él tragó el agua fría con gratitud.

—Jamás he estado en las Highlands —dijo Malva, secándose la cara mojada con una punta de su pañuelo—. Pero algunos dicen que este sitio se le parece. ¿Usted también lo cree, señor?

—Un poco. Algunas partes. El Great Glen, y el bosque... sí, se parecen mucho. —Señaló con el mentón los árboles que lo rodeaban—. Pero aquí no hay helechos. Ni turba, desde luego. Ni brezo; ésa es la mayor diferencia.

—He oído algunas historias... de hombres escondidos entre el brezo. ¿Alguna

vez lo ha hecho usted, señor?

—En ocasiones —dijo él, y le sonrió mientras se levantaba y se quitaba agujas de pino del *kilt*—. Para cazar ciervos, ¿sabes? Ven, te mostraré las orejas de Judas.

Las setas crecían en gruesas capas al pie de un roble, a no más de tres metros del manantial. Algunas ya tenían las laminillas abiertas, que habían comenzado a oscurecerse y a curvarse; las esporas se habían esparcido por el terreno cercano, un polvo marrón oscuro que yacía sobre la capa lustrosa y crujiente de las hojas secas del año anterior. Pero las setas más frescas todavía estaban brillantes, con un subido color anaranjado y carnosas. Él la dejó allí, despidiéndose con unas palabras cordiales, y volvió por el estrecho sendero, preguntándose sobre la mujer que había amado y abandonado a Tom Christie.

El veneno del viento del norte

Julio de 1774

Brianna clavó el extremo afilado de la pala en el barro de la orilla y sacó un pedazo de arcilla del color del helado de chocolate. Aunque pensar en comida en esos momentos no era lo más conveniente, se dijo mientras arrojaba la arcilla a la corriente con un gruñido. Se levantó el vestido empapado y se pasó el antebrazo por la frente para enjugarse el sudor. No había comido nada desde media mañana y ya era casi la hora del té. Tampoco tenía intención de parar antes de la cena. Roger estaba en la montaña, ayudando a Amy McCallum a reconstruir la chimenea, y los crios habían ido a la Casa Grande para que la señora Bug les diera pan con mantequilla y miel y básicamente los consintiera. Ella tendría que esperar para comer; todavía le quedaba mucho por hacer.

—¿Necesitas ayuda, muchacha?

Brianna miró hacia arriba, con los ojos entornados y la mano en la frente para protegerlos del sol. Su padre estaba de pie sobre la orilla, contemplando sus esfuerzos con una mirada que parecía risueña.

—¿Acaso parece que necesite ayuda? —preguntó con irritación.

—Pues sí.

Venia de pescar; iba descalzo y tenía las piernas mojadas. Apoyó la caña contra un árbol y se descolgó la nasa que llevaba en el hombro, cuyas cañas entrelazadas crujieron con el peso de lo que había pescado. Luego se agarró a una ramita para no perder el equilibrio y comenzó a deslizarse por la resbaladiza orilla, mientras sus pies descalzos chapoteaban en el barro.

—¡Espera... quítate la camisa! —Brianna comprendió su error un segundo tarde. Una mirada de alarma cruzó el rostro de él por un momento—. Quiero decir... el barro... —se apresuró a añadir ella—. Luego habrá que lavarla...

—Oh, sí, claro. —Sin vacilar, se levantó la camisa por encima de la cabeza y le dio la espalda, buscando una rama conveniente de donde colgarla.

Las cicatrices no eran tan impresionantes, después de todo. Ella las había visto antes sólo fugazmente, las había imaginado muchas veces, y la realidad era mucho menos nítida. Eran cicatrices viejas, formando una red plateada y borrosa que cruzó las sombras de sus costillas acompañando su movimiento cuando Jamie subió los brazos.

La mano de Brianna se cerró involuntariamente, buscando un lápiz ausente,

sintiendo el trazo de la línea que capturaría esa diminuta sensación de incomodidad, la nota desentonante que atraería al observador para que mirara la escena de más cerca, de más cerca aún, preguntándose qué era lo que se escondía detrás de esa escena de gracia pastoril...

«Tú no descubrirás la desnudez de tu padre», pensó, y abrió la mano. Pero él ya estaba bajando por la orilla, con los ojos fijos en las raíces enmarañadas y en las piedras que sobresalían de la tierra debajo de sus pies.

Se deslizó los últimos cincuenta centímetros y llegó a su lado con un chapuzón y los brazos extendidos para mantener el equilibrio. Ella rió, y él también se echó a reír. Brianna pensó un instante en intentar alguna clase de disculpa... pero él se negaba a mirarla a los ojos.

—Entonces, ¿la movemos o la rodeamos? —Con la atención fija en la roca de la orilla, él apoyó su peso contra ella e intentó empujarla.

—¿Crees que es posible moverla? —Ella avanzó por el agua hasta ponerse a su lado—. Rodearla implicaría cavar tres metros más de zanja.

—¿Tanto? —Él la miró, sorprendido.

—Sí. Quiero hacer una muesca aquí, que llegue hasta aquella curva, así podré instalar una pequeña noria y obtener una buena caída. —Ella se inclinó hacia adelante y señaló corriente abajo—. Otro buen sitio para hacerlo sería allí abajo, ¿ves allí, donde la orilla se hace más alta?, pero aquí es mejor.

—Sí, de acuerdo. Aguarda un momento. —Regresó a la orilla, subió con algún esfuerzo y luego desapareció en el bosque, de donde regresó con varias ramas de roble de distintas extensiones—. No necesitamos sacarla del lecho del arroyo, ¿verdad? —preguntó—. Sólo moverla uno o dos metros, para que puedas atravesar la orilla por detrás de ella, ¿no?

—Exacto. —Unas gotas de sudor, atrapadas en sus tupidas cejas, le surcaban los lados de la cara. Brianna había estado cavando durante casi una hora; los brazos le dolían de haber levantado pesadas paladas de barro, y tenía ampollas en las manos. Con una sensación de profunda gratitud, entregó la pala y se hizo atrás en el arroyo, agachándose para salpicarse agua fría en los brazos llenos de rasguños y en su ruborizado rostro.

—Un trabajo duro —observó su padre, gruñendo mientras cavaba debajo de la roca con brío—. ¿No podrías haberle pedido a Roger Mac que lo hiciera?

—Está ocupado —dijo ella, percibiendo la brusquedad de su tono, pero sin ganas de disimularlo.

Su padre le dirigió una mirada penetrante pero no dijo nada, limitándose a ocuparse de ubicar correctamente los pedazos de roble. Jemmy y Germain aparecieron como por arte de magia, ofreciendo su ayuda a gritos.

Brianna les había pedido que la ayudaran, y ellos lo habían hecho... durante unos minutos, antes de que se alejaran atraídos por un puercoespín que se escondía en lo alto de la hondonada. Claro que una vez que Jamie estuvo a cargo

de la situación, ellos se lanzaron de lleno a la tarea, sacando tierra como locos de la orilla con maderas planas, riéndose, empujándose, metiéndose en medio, y lanzándose puñados de barro.

Jamie, en el último momento, les ordenó que salieran del arroyo para que la roca no los aplastara.

—De acuerdo, muchacha —dijo, volviéndose hacia ella—. Sujeta aquí. —La roca se había soltado de la arcilla circundante y ahora sobresalía de la orilla, con las ramas de roble encajadas en el barro de debajo asomando a cada lado, y otro detrás.

Ella cogió el madero que él le había indicado, mientras él tiraba de los otros dos.

—A la de tres... una... dos... ¡empuja!

Jem y Germain, asomados en lo alto, se sumaron, canturreando «Una... dos... ¡empuja!» como un coro griego. Brianna tenía una ampolla en el pulgar y la madera le raspó los pliegues de la piel, tensados por el agua, pero de pronto le entraron ganas de echarse a reír.

—Una... dos... ¡empuja...! —Con un desplazamiento repentino, un remolino de barro y una cascada de tierra suelta de la orilla, la roca cedió y cayó en el arroyo salpicándolos a ambos hasta la altura del pecho, lo que hizo que los dos niños lanzaran chillidos de alegría.

Jamie sonreía de oreja a oreja y Brianna también, a pesar del vestido mojado y de los niños llenos de barro. La roca estaba cerca de la otra orilla y —tal como ella había calculado—, la corriente desviada ya estaba erosionando el hueco recién creado en la orilla más próxima, donde un fuerte remolino disolvía la fina arcilla en torbellinos y espirales.

—¿Ves eso? No sé hasta dónde llegará el agua, pero si lo dejo así durante uno o dos días, luego quedará mucho menos que cavar.

—¿Tú sabías que ocurriría eso? ¡Vaya, qué inteligente eres, pequeña!

La alegría por el reconocimiento de su logro la ayudó bastante a disminuir el resentimiento por la ausencia de Roger. La presencia de una botella de sidra en la nasa de Jamie, que se había mantenido fría por el contacto con las truchas que había pescado, la ayudó bastante más. Se sentaron amigablemente en la orilla, pasándose la botella y admirando el avance de la erosión del remolino en el barro.

—Esta arcilla parece buena —observó ella, inclinándose hacia adelante para recoger un poco de barro mojado de la orilla que estaba desmenuzándose. Lo apretó en la mano, lo que hizo que un agua agrisada le chorreara por el brazo, y abrió la mano para mostrarle cómo el barro mantenía la forma, en la que se veían claramente las impresiones de sus dedos.

—¿Es buena para tu horno? —preguntó él, analizándola obedientemente.

—Vale la pena intentarlo.

Brianna había realizado varios experimentos no del todo exitosos con el horno, produciendo una sucesión de bandejas y cuencos deformados, la mayoría de los cuales o bien habían estallado dentro del horno o se habían hecho añicos apenas los había sacado de allí. Lo que le hacía falta eran los consejos de alguien que supiera de hornos y de alfarería. Pero como últimamente las relaciones entre Salem y el cerro estaban bastante tensas, no sabía dónde encontrarlo.

—Maldito Manfred —dijo su padre al oír sus quejas. Ya estaba enterado de ese asunto, pero no lo había mencionado antes. Luego añadió, vacilando—: ¿Te ayudaría si yo fuera a investigar? Algunos de los hermanos todavía me dirigen la palabra, y tal vez me permitan hablar con Mordecai. Si tú me dijeras qué necesitas saber... Tal vez podrías escribirlo.

—¡Oh, papá, te adoro! —Agradecida, ella se inclinó para besarlo, y él se echó a reír, evidentemente contento de hacerle un favor.

Llena de júbilo, bebió un poco más de sidra, y unas idílicas visiones de caños de arcilla endurecida comenzaron a bailar en su cerebro. Ya le había hecho construir una cisterna de madera a Ronnie Sinclair. Necesitaba ayuda para levantarla y colocarla en el sitio adecuado. Luego, si pudiera conseguir apenas unos seis metros de unos caños resistentes...

—¡Mamá, ven a ver! —La impaciente voz de Jem atravesó la neblina de sus sueños. Con un suspiro mental, ella trató de recordar en qué punto había interrumpido sus reflexiones, y guardó el proceso cuidadosamente en un rincón de su cabeza, donde, con un poco de suerte, tal vez fermentaría.

Le devolvió la botella a su padre y avanzó por la orilla hasta donde los niños estaban sentados en cucillillas, suponiendo que le enseñarían algún renacuajo, una mofeta que había muerto ahogada o alguna de las otras maravillas de la naturaleza que solían atraer la atención de los niños.

—¿Qué es? —gritó.

—¡Mira, mira! —Jemmy la divisó y se puso en pie, señalando la roca a sus pies.

Estaban en la Roca Plana, una zona prominente del arroyo. Como su nombre indicaba, se trataba de una losa aplanada de granito, lo bastante grande como para que cupieran tres hombres al mismo tiempo, erosionada por el agua de manera que sobresalía por encima de los remolinos que formaba la corriente. Era uno de los lugares favoritos de los pescadores.

Alguien había hecho una pequeña hoguera; había una mancha negra en la roca, con lo que parecían los restos de ramitas carbonizadas en el centro. Era demasiado pequeño para cocinar, pero, en cualquier caso, Brianna no le habría prestado atención. Su padre, en cambio, miraba los restos del fuego con el entrecejo fruncido, de una manera que la hizo avanzar hacia la roca y pararse a su lado para examinarlos.

Los objetos que estaban entre las cenizas no eran maderas.

—Huesos —dijo ella de inmediato, y se acuclilló para mirarlos de cerca—. ¿De qué clase de animal son? —Incluso mientras lo decía, su mente estaba analizando y rechazando hipótesis (ardilla, zarigüeya, conejo, ciervo, cerdo), incapaz de dar sentido a las formas.

—Son huesos de dedos, muchacha —dijo él, bajando la voz mientras echaba un vistazo a Jemmy, que había perdido interés por el fuego y estaba deslizándose por el barro de la orilla, ensuciando todavía más sus pantalones—. No los toques.

—¿De un ser humano, dices? —Instintivamente, Brianna se limpió la mano en un costado del muslo, aunque no había tocado nada.

Él asintió y se acuclilló a su lado, estudiando los restos carbonizados. También había unos bultos ennegrecidos, aunque a ella la pareció que eran restos de alguna planta; uno era verdoso, tal vez un tallo que no se había quemado del todo.

Jamie se inclinó un poco más y olfateó los restos quemados. En un gesto instintivo, Brianna respiró hondo por la nariz, imitándolo; luego resopló, tratando de librarse del olor. Era desconcertante; un fuerte olor a quemado, superpuesto a algo amargo, como de tiza, lo que a su vez se sumaba a una especie de hedor acre que le recordó a los medicamentos.

—¿De dónde habrá salido esto? —preguntó, también en voz baja, aunque Jemmy y Germain habían empezado a arrojarse pelotas de barro y no le habrían prestado atención incluso si hubiera gritado.

—No he visto a nadie últimamente al que le faltara la mano, ¿y tú?

—A nadie que caminara por ahí; pero si ya no camina... —Tragó saliva—. ¿Dónde está el resto? Del cuerpo, quiero decir.

—Yo me pregunto dónde está el resto de ese dedo. —Jamie miraba con el ceño fruncido el borrón ennegrecido.

Movió un nudillo en su dirección y ella vio lo que él había visto: un borrón más pálido dentro del círculo del fuego, donde parte de las cenizas habían volado. Había tres dedos, observó Brianna, sin dejar de tragarse saliva. Dos estaban intactos, los huesos blancos, con un tono grisáceo, con un aspecto espectral entre las cenizas. Pero faltaban dos falanges del tercer dedo; sólo quedaba el último, el más delgado.

—¿Un animal? —Ella miró a su alrededor en busca de huellas, pero no había rastros de patas en la superficie de la roca, sólo las manchas de barro dejadas por los pies descalzos de los niños.

En la boca de su estómago comenzaban a agitarse unas borrosas visiones de canibalismo, aunque la muchacha rechazó la idea de inmediato.

—No creerás que Ian... —Se detuvo bruscamente.

—¡Ian! —Su padre levantó la mirada, asombrado—. ¿Por qué haría Ian algo así?

—No creo que lo hiciera —dijo ella, aferrándose al sentido común—. Para nada. Sólo era una idea... he oído que los iroqueses, a veces... a veces... —

Señaló los huesos carbonizados, incapaz de seguir explicando su pensamiento—. Eh... ¡tal vez un amigo de Ian? Eh... ¿Que esté de visita?

—No, esto huele a las Highlands. Los iroqueses queman a sus enemigos. O los cortan en pedacitos, seguro. Pero no así. —Señaló los huesos con el mentón, a la manera de las Highlands—. Esto es un asunto privado, ¿sabes? Una bruja, o uno de sus chamanes, tal vez, podría hacer algo así. No un guerrero.

—Últimamente no he visto a ningún indio en el cerro. ¿Y tú?

Él miró el borrón quemado un momento más.

—No, ni tampoco a nadie a quien le faltaran dedos.

—¿Estás seguro de que son humanos? —Examinó los huesos—. ¿No podrían ser de un oso pequeño? ¿O un coyote grande?

—Tal vez —respondió él inexpressivamente, pero Brianna se dio cuenta de que era sólo para tranquilizarla. Él estaba seguro.

—¡Mamá! —El ruido de pies descalzos en la roca a sus espaldas fue sucedido de un tirón en su manga—. ¡Mamá, tenemos hambre!

—Pues claro que tenéis hambre —dijo ella, levantándose para atender su petición—. No habéis comido nada desde hace casi una hora. ¿Qué...? —Su mirada se desvió lentamente del fuego hacia su hijo, luego se enfocó en seguida, examinando a los dos críos, que estaban sonriéndole y cubiertos de barro de los pies a la cabeza—. ¡Miraos! —dijo, con una desesperación disminuida por la resignación—. ¿Cómo habéis podido ensuciaros tanto?

—Oh, es fácil, muchacha —le aseguró su padre, sonriéndole al tiempo que se ponía de pie—. Y también se arregla fácil. —Se agachó, cogió a Germain de la parte de atrás de la camisa y de los pantalones, lo alzó con cuidado y lo arrojó al estanque.

—¡Yo también! ¡Yo también! ¡Yo también, abuelo! —Jemmy estaba bailando de excitación, lanzando salpicaduras de barro en todas las direcciones.

—Oh, sí. Tú también. —Jamie se agachó y cogió a Jem de la cintura y lo arrojó hacia arriba en el aire, antes de que Brianna pudiera gritar.

—¡No sabe nadar!

Esta protesta coincidió con una enorme salpicadura cuando Jem golpeó el agua y se hundió de inmediato como una roca. Ella estaba corriendo hacia el borde, dispuesta a zambullirse detrás de él, cuando su padre la detuvo poniéndole una mano en el brazo.

—Espera un momento —dijo—. ¿Cómo averiguarás si sabe nadar o no, si no lo dejas intentarlo?

Germain ya estaba avanzando como una flecha hacia la orilla, con su reluciente cabello rubio oscurecido por el agua. Jemmy salió a la superficie detrás de él, chapoteando y salpicando, y Germain se zambulló, se volvió como una nutria y se puso a su lado.

—¡Patalea! —le gritó a Jemmy, moviendo los pies y haciendo mucha

espuma para darle ejemplo—. ¡Ponte de espaldas!

Jemmy dejó de agitarse, se puso de espaldas y pateó como un loco. Tenía el pelo pegado a la cara y el sudor provocado por sus esfuerzos debió de oscurecer cualquier resto de visión, pero siguió pateando valientemente, ante los gritos de aliento de Jamie y Germain.

El estanque no media más de tres metros de ancho, y él llegó a la parte poco profunda del otro lado en cuestión de segundos, tocando tierra entre las rocas mediante el acto de chocar de cabeza contra una de ellas. Se detuvo, se agitó débilmente en las aguas poco profundas, luego se puso en pie de un salto, lanzando agua para todas partes, y se apartó el pelo mojado de la cara. Parecía asombrado.

—¡Sé nadar! —gritó—. ¡Mamá, sé nadar!

—¡Eso es maravilloso! —exclamó ella, debatiéndose entre compartir su orgullo y su éxtasis, el impulso de ir corriendo a casa y contárselo a Roger, y terribles visiones de Jemmy empezando a saltar sin prestar atención al peligro en lagunas sin fondo y rápidos llenos de rocas. Pero ya se había mojado los pies; ya no había vuelta atrás—. ¡Ven aquí! —Brianna se inclinó en su dirección, aplaudiendo—. ¡Puedes nadar de regreso hasta aquí? ¡Vamos, ven!

Él la miró por un instante con cara de no entender, luego recorrió con los ojos las aguas onduladas del estanque. La llama del entusiasmo de su rostro se apagó.

—Me he olvidado —dijo, y su boca se curvó hacia abajo, cargada de un repentino temor—. ¡Me he olvidado de cómo se hace!

—¡Patea! —le gritó Germain—. ¡Puedes hacerlo, primo!

Jemmy avanzó uno o dos pasos en el agua pero se detuvo, con los labios temblando, mientras el terror y la confusión comenzaban a abrumarlo.

—¡Quédate ahí, *a chuisle*! ¡Ya voy! —gritó Jamie, y se zambulló limpiamente en el estanque, una línea larga y pálida bajo el agua, con burbujas que le surgían desde el pelo y los pantalones. Salió a la superficie delante de Jemmy, tomó aire con fuerza y sacudió la cabeza, apartándose las hebras de pelo rojo de la cara.

—Vamos, hombre —dijo, girando de rodillas en las aguas poco profundas, para ponerse de espaldas a Jemmy. Miró hacia atrás y se palmeó su propio hombro—. Sujétate a mí, ¿de acuerdo? Nadaremos juntos.

Y lo hicieron, pataleando y salpicando en un estilo perruno poco elegante, mientras los chillidos de entusiasmo de Jemmy eran repetidos por Germain, que había saltado al agua para patalear al lado de ellos.

Una vez en lo alto de la roca, los tres se tumbaron, totalmente empapados, jadeando y riendo, mientras el agua formaba charcos a su alrededor.

—Bueno, ahora al menos estáis más limpios —dijo ella juiciosamente, apartando sus pies del arroyo que crecía cada vez más—. Lo admito.

—Claro que lo estamos. —Jamie se sentó—. Se me ocurre, muchacha, que

tal vez haya una manera mejor de hacer lo que deseas.

—¿El qué...? Oh, ¿te refieres al agua?

—Sí, eso. Te lo enseñaré si vienes a casa después de la cena.

—¿Qué es eso, abuelo? —Jemmy se había puesto en pie, con el pelo mojado, y estaba mirando con curiosidad la espalda de Jamie. Extendió un dedo y trazó la línea de una de aquellas largas y sinuosas cicatrices.

—¿Qué? Oh... eso. —El rostro de Jamie se volvió inexpresivo durante un instante—. Es... ah...

—Unas personas malas hirieron al abuelo una vez —lo interrumpió ella con firmeza, agachándose para recoger a Jemmy—. Pero eso sucedió hace mucho tiempo. Ahora se encuentra bien. ¡Pesas una tonelada!

—Papá dice que el *grandpère* tal vez sea un silkie —comentó Germain, observando con interés la espalda de Jamie—. Como lo fue su padre. ¿Acaso los malos te encontraron con tu piel de silkie y trajeron de cortártela? En ese caso él, desde luego, volvería a convertirse en ser humano —explicó, mirando a Jemmy — y podría matarlos con su espada.

Jamie estaba mirando a Germain.

—Oh —dijo—. Sí. Eh. Si, supongo que es más o menos así. Si tu papá lo dice.

—¿Qué es un silkie? —preguntó Jemmy, desconcertado pero interesado.

—No lo sé —admitió Germain—. Pero tienen pelo. ¿Qué es un silkie, *grandpère*?

Jamie cerró los ojos para protegerlos del sol del crepúsculo y se frotó la mano con la cara, sacudiendo un poco la cabeza. A Brianna le pareció que sonreía, pero no pudo asegurarlo.

—Ah, bueno —dijo él, sentándose más erguido, abriendo los ojos y echándose el pelo mojado hacia atrás—. Un silkie es una criatura que es humana cuando está en tierra, pero que se convierte en foca cuando está dentro del mar. Y una foca —añadió— es una bestia grande y reluciente que ladra como un perro, es grande como un buey y hermosa como el negro de la noche. Vive en el mar pero a veces sale a las rocas de la orilla.

—¿Tú las has visto, *grandpère*? —preguntó Germain, entusiasmado.

—Oh, muchas veces. Hay muchas focas en las costas de Escocia.

—Escocia —repitió Jemmy. Tenía los ojos bien abiertos.

—*Ma mère* dice que Escocia es un buen lugar —comentó Germain—. A veces llora cuando habla de ello, pero yo no estoy muy seguro de que me gustara.

—¿Por qué no? —preguntó Brianna.

—Está lleno de gigantes y caballos de agua y... cosas —respondió Germain, frunciendo el ceño—. No quiero encontrarme con nada de eso. Y gachas, dice *maman*, pero aquí también las hay.

—Es cierto, y supongo que ya es hora de que vayamos a casa a comer un

poco. —Jamie se puso en pie y se estiró, gruñendo de placer. El sol de las últimas horas de la tarde bañaba las rocas y el agua con una luz dorada.

Jemmy también se estiró y gruñó, en una reverente imitación, y Jamie se echó a reír.

—Vamos, pececillo. ¿Quieres que te lleve a casa? —Se agachó de modo que Jemmy pudiera subir a su espalda, luego se irguió, acomodando el peso del muchacho, y extendió la mano para coger la de Germain.

Jamie notó que la atención de Brianna volvía por un momento al borrón ennegrecido en el borde de la roca.

—Déjalo, muchacha —dijo en voz baja—. Es alguna clase de hechizo. Será mejor que no lo toques.

Luego salió de la roca y avanzó hacia el sendero, con Jemmy sobre su espalda y Germain firmemente cogido de la nuca, ambos niños riendo a medida que avanzaban por el barro resbaladizo del camino.

Brianna levantó la pala y la camisa de Jamie de la orilla y alcanzó a los muchachos en el sendero hacia la Casa Grande. Una brisa comenzaba a soplar por entre los árboles, haciéndole sentir frío contra la tela mojada de su vestido, pero el calor de la caminata bastaba para reconfortarla.

Germain canturreaba para sus adentros, todavía de la mano de su abuelo, y su rubia cabecita se movía hacia atrás y hacia adelante.

Jemmy suspiró, cansado y feliz, con las piernas alrededor del tronco de Jamie, los brazos en su cuello, y apoyó la mejilla enrojecida por el sol contra la espalda llena de cicatrices de su abuelo. Luego se le ocurrió algo, puesto que levantó la cabeza y besó a Jamie con fuerza entre los omóplatos.

El padre de Brianna dio un respingo y casi soltó a Jem; luego soltó un gemido agudo que la hizo reír.

—¿Eso te ha hecho sentir mejor? —preguntó Jem seriamente, levantándose y tratando de mirar la cara de Jamie por encima del hombro.

—Oh, sí, muchacho —le aseguró su abuelo—. Mucho mejor. Los mosquitos y otros insectos atacaban con fuerza. Brianna apartó una nubecilla de la cara y aplastó un mosquito que aterrizó en la nuca de Germain.

—¡Ay! —dijo él, encorvando los hombros, pero luego, sin inmutarse, volvió a cantar: *A louette...*

La camisa de Jemmy estaba hecha de un lino fino y raído, cortado de una de las viejas camisas de Roger. La tela se había secado, adaptándose a la forma de su cuerpo, el trasero cuadrado y firme, la extensión de sus hombros pequeños y tiernos que reflejaban la anchura de los hombros más viejos y firmes a los que se aferraba. Ella apartó la vista de los pelirrojos y la posó en Germain, que caminaba delgado como una caña a través de las sombras y la luz, sin dejar de cantar, y pensó en lo hermosos que eran.

—¿Quiénes eran los malos, abuelo? —preguntó Jemmy, amodorrado.

—*Sassunaich* —respondió Jamie brevemente—. Soldados ingleses.

—*Canaille* inglesa —añadió Germain, interrumpiendo su canto—. Son los mismos que le cortaron la mano a papá.

—¿Sí? —Jemmy levantó la cabeza—. ¿Los mataste con tu espada, abuelo?

—A algunos.

—Yo mataré al resto cuando sea mayor —declaró Germain—. Si es que queda alguno.

—Supongo que sí los habrá. —Jamie se acomodó el peso de Jemmy un poco más arriba, soltando la mano de Germain para ceñir con más fuerza las flojas piernas de Jemmy.

—Yo también —murmuró Jemmy, cuyos párpados se cerraban—. Yo también los mataré.

En un recodo del sendero, Jamie le pasó a Brianna a su hijo, profundamente dormido, y recuperó la camisa. Se la puso y se apartó el pelo de la cara. Le sonrió, luego se inclinó hacia adelante y le besó la frente con suavidad.

—No te preocupes, muchacha —dijo en voz baja—. Hablaré con Mordecai y con tu hombre. Tú cuida a éste.

«Éste es un asunto privado», le había dicho su padre, dándole a entender que ella debía mantenerse al margen. Y tal vez lo hubiera hecho, de no ser por un par de cosas. Una, que Roger había regresado bastante después de que anocheció, silbando una canción que, según dijo, le había enseñado Amy McCallum. Y dos, aquel otro comentario sin importancia que su padre había hecho sobre el fuego de la Roca Plana: que olía a las Highlands.

Brianna tenía un olfato muy agudo y aquello le olía a gato encerrado. También había reconocido —tarde— lo que había causado que Jamie hiciera ese comentario. El extraño olor del fuego, ese aroma a medicina, era yodo; olía a alga quemada. Ella había oido un fuego hecho con restos de un naufragio en la costa cerca de Ullapool, en su propia época, cuando Roger la llevó a ese lugar para hacer un *picnic*.

Sin duda había algas en la costa, y no era imposible que alguien, alguna vez, hubiera traído un poco al interior. Pero tampoco era imposible que algunos de los pescadores hubieran traído algas de Escocia, del mismo modo que algunos exiliados traían tierra en una jarra, o un puñado de guijarros, para recordar la región que habían dejado atrás.

Un hechizo, le había dicho su padre. Y la canción que Roger había aprendido de Amy McCallum se llamaba *El hechizo de Deasil*, según le dijo.

Todo aquello no probaba nada en especial. Sin embargo, Brianna le mencionó el pequeño fuego y su contenido a la señora Bug, sólo por curiosidad. La señora Bug sabía bastante sobre toda clase de hechizos de las Highlands.

—¿Huesos, dices? ¿De qué clase? ¿Huesos de animal, o de un hombre?

Brianna sintió que una babosa le recorría la espalda.

—¿De un hombre?

—Oh, sí. Hay algunos hechizos que requieren tierra de una tumba, ¿sabes?, y otros polvo de huesos, o las cenizas de un cadáver.

La mención de las cenizas le recordó algo a la señora Bug, que sacó un gran cuenco de cerámica de las cenizas calientes de la chimenea y examinó su interior. La levadura del pan se había secado unos días antes, y habían puesto un cuenco con harina, agua y miel con la esperanza de que el aire creara una levadura nueva.

La pequeña y regordeta escocesa examinó el cuenco con el ceño fruncido, movió la cabeza y lo volvió a dejar en su sitio murmurando un breve verso en gaélico. Naturalmente, pensó Brianna, algo divertida; tenía que haber alguna oración para generar levadura. ¿Qué santo patrono estaría a cargo de ello?

—De todas formas, eso que has dicho —dijo la señora Bug— respecto de que estaba en la Roca Plana... Algas, huesos y una roca plana. Eso es un hechizo de amor, muchacha. Se llama el Veneno del Viento del Norte.

—Qué nombre tan peculiar para un hechizo de amor —dijo Brianna, mirando a la señora Bug, que se echó a reír.

—*Och.* Veamos, ¿podré recordarlo? —preguntó retóricamente la anciana. Se limpió las manos en el delantal y, después de doblarlas a la altura de la cintura en un gesto vagamente teatral, recitó:

*Un conjuro de amor para ti,
agua extraída por una caña,
el calor de aquél a quien amas
con amor para extraer de ti.*

*Levántate temprano el Día del Señor,
ve a la roca plana de la orilla,
lleva contigo ruibarbo silvestre
y la hierba de Santa María.*

*Una pequeña cantidad de brasas
en la falda de tu kirtle,
un puñado especial de algas
en una pala de madera.*

*Tres huesos de un anciano
recién arrancados de la tumba,
nueve tallos de helecho real
recién cortados con una hacha.*

*Quémalo en un fuego hecho de ramitas
y conviértelos en ceniza;*

*rocialo en el carnosso pecho de tu amado,
contra el veneno del viento del norte.*

*Rodea el rath de la procreación,
el circuito de las cinco vueltas,
y yo te juro y te garantizo
que ese hombre nunca te abandonará.*

La señora Bug separó las manos y cogió otro nabo, lo cortó en cuatro con movimientos hábiles y veloces y arrojó los pedazos dentro de la olla.

—Espero que no necesites algo así para ti.

—No —murmuró Brianna, sintiendo que aquella cosa fría y pequeña seguía bajando por su espalda—. ¿Cree usted que... los pescadores podrían utilizar un conjuro como ése?

—Bueno, no estoy segura, pero sin duda algunos conocen ese hechizo; es bastante popular, aunque yo misma no conozco a nadie que lo haya puesto en práctica. Hay formas más fáciles de lograr que un joven se enamore de ti, muchacha —añadió—. Prepárale un buen plato de nabos hervidos en leche y servidos con mantequilla, por ejemplo.

—Lo tendré presente —prometió Brianna, sonriendo, y se excusó.

Tenía intención de ir a su casa; allí había una docena de cosas que hacer, desde hilar y tejer hasta desplumar y destripar la media docena de gansos muertos que había matado y había colgado en el cobertizo. Pero en cambio, y casi sin darse cuenta, empezó a avanzar hacia la colina, a lo largo del sendero cubierto de maleza que daba al cementerio.

Seguramente no sería Amy McCallum quien había dejado aquel hechizo, pensó. Habría tardado varias horas en bajar la montaña desde su cabaña, y además, tenía un bebé del que ocuparse. Pero también podía llevar al bebé en brazos. Y nadie sabría si había salido de la cabaña, salvo, tal vez, Aidan, y Aidan no hablaba con nadie, excepto con Roger, a quien adoraba.

El sol ya casi había caído, y en el diminuto cementerio se respiraba una atmósfera melancólica, con las largas sombras de los árboles que lo protegían cayendo oblicuas, frías y oscuras a través del pequeño grupo de toscas lápidas, montículos y cruces de madera. Los pinos y las cicutas murmuraban inquietos en lo alto, con la brisa cada vez más fuerte del anochecer.

La sensación de frío de su columna vertebral se había extendido. Ver la tierra removida debajo de la lápida de madera con la palabra *Ephraim* escrita en ella no la hizo sentirse mejor.

Bordes afilados

Él debería haberse dado cuenta. Se había dado cuenta, en realidad. Pero ¿qué podría haber hecho? Y, lo que era más importante, ¿qué debía hacer ahora?

Roger avanzó lentamente subiendo la ladera de la montaña, casi sin prestar atención a su belleza. Casi, pero no del todo. Desolado en el crudo invierno, el protegido saliente donde asomaba la destortalada cabaña de Amy McCallum era un estallido de color y vida en la primavera y en el verano, tan nítido que Roger no pudo dejar de notar las explosiones de rosados y rojos, interrumpidas por las suaves franjas del cremoso cornejo y las alfombras de coronitas, con sus diminutas flores azules bamboleándose sobre sus delgados tallos por encima del torrente del arroyo que descendía serpenteante detrás del rocoso sendero.

Debieron de haber escogido el lugar en verano, reflexionó cínicamente. Les habría parecido encantador en esa época. Él no había conocido a Orem McCallum, pero estaba claro que aquel hombre no había sido más práctico que su esposa, o alguno de los dos se habría dado cuenta de los peligros que entrañaba aquella remota ubicación.

De todas formas, Amy no era la culpable de la situación actual; no debía achacarle a ella su propia falta de juicio.

Tampoco se culpaba a sí mismo; aunque sí debería haberse dado cuenta antes de lo que ocurría; de lo que se decía.

« Todo el mundo sabe que usted pasa más tiempo en la montaña con la viuda McCallum que con su propia esposa» .

Eso era lo que Malva Christie había dicho, con su pequeño mentón levantado en un gesto de desafío.

Experimentó un eco del asombro que había sentido al oír esas palabras; un asombro al que siguió la furia. Hacia la muchacha y su estúpida amenaza, pero mucho más hacia sí mismo.

Había estado trabajando en el claro del whisky y, cuando regresó a la cabaña para cenar, había girado un recodo del sendero y los había sorprendido a ambos, a Malva y a Bobby Higgins, fundidos en un abrazo. Se habían separado de golpe como un par de ciervos asustados, con los ojos bien abiertos, tan alarmados que hacía gracia.

Él había sonreído, pero Malva había dado un paso hacia él, con los ojos todavía abiertos, pero con la llama de la determinación en ellos.

« Cuénteselo a mi padre —había dicho—, y yo les diré a todos que lo he visto besar a Amy McCallum» .

Él había quedado tan desconcertado por sus palabras que casi no había notado la presencia de Bobby, hasta que el joven soldado puso una mano sobre el brazo de ella, le murmuró algo y la alejó. Ella se había vuelto a regañadientes, con una última, recelosa y amenazadora mirada hacia Roger, y una exclamación de despedida que lo había hecho tambalearse: « Todo el mundo sabe que usted pasa más tiempo en la montaña con la viuda McCallum que con su propia esposa» .

Maldición, era cierto, y era culpa suya, maldita sea. Con la excepción de uno o dos comentarios sarcásticos, Bree no había protestado por esas visitas; ella había aceptado —o había parecido aceptar— que alguien tenía que ir cada tanto a ver a los McCallum, asegurarse de que tuvieran comida y fuego, brindarles compañía durante unos momentos, un pequeño respiro en la monotonía de la soledad y el trabajo.

Él había hecho esas cosas con frecuencia, acompañando al reverendo en sus visitas a los ancianos, los viudos, los enfermos de la congregación; llevándoles comida, deteniéndose un momento a charlar... a escuchar. Era lo que había que hacer por los vecinos, se dijo, ser amable con ellos.

Pero debería haber prestado más atención. Ahora recordaba la mirada pensativa de Jamie por encima de la mesa de la cena, el aliento contenido a punto de decir algo, cuando Roger le había pedido a Claire un ungüento para la irritación del pequeño Orrie, y luego la mirada de Claire a Brianna, y Jamie que cerraba la boca, sin decir lo que fuera que tenía en mente.

Si la chica había dicho eso, entonces ya se hablaba del asunto. Era probable que Jamie lo hubiera oído; sólo le quedaba la esperanza de que no lo hubiera oido Bree.

Lo peor era que él sabía precisamente cómo había ocurrido. Él sentía debilidad por las madres jóvenes, una terrible ternura hacia ellas, el deseo de cuidarlas. El hecho de que supiera exactamente por qué albergaba semejante impulso —el recuerdo de su propia madre, que había muerto salvándole la vida durante los bombardeos alemanes— no le servía de nada.

Era una ternura que casi le había costado su propia vida en Alamance, cuando el estúpido y bastardo William Buckleigh MacKenzie había confundido la preocupación de Roger por Morag MacKenzie con... bueno, de acuerdo, la había besado, pero sólo en la frente y, por el amor de Dios, ella era la tatarabuela de la tatarabuela de su tatarabuela... y la supina estupidez de que el tatarabuelo del tatarabuelo de... etcétera casi lo hubiera matado por molestar a su esposa... le había costado la voz, y él debería haber aprendido la lección, pero al parecer no lo había hecho, no lo bastante bien.

Repentinamente furioso consigo mismo —y con Malva Christie, aquella mocosa cotilla—, cogió una piedra del sendero y la lanzó por la montaña, hacia el arroyo. La piedra chocó con otra en el agua, rebotó dos veces y desapareció en el caudaloso torrente.

Sus visitas a los McCallum debían cesar de inmediato; Roger se daba cuenta de ello. Habría que encontrar otra manera de que ellos... pero él debía regresar una vez más, para explicarlo. Amy lo entendería, pensó... Pero ¿cómo explicarle a Aidan qué era la reputación, y por qué el cotilleo era un pecado mortal, y por qué Roger ya no podía volver más a pescar con él o a enseñarle a construir cosas...?

Maldiciendo constantemente entre dientes, salvó la última subida corta y empinada y apareció en el descuidado jardín. Pero antes de poder gritar para anunciar su presencia, la puerta de la cabaña se abrió de golpe.

—¡Roger Mac! —Amy McCallum casi cayó desde el escalón hasta sus brazos, jadeando y sollozando—. ¡Oh, ha venido! ¡Ha venido! Recé por que alguien viniera, pero no pensé que alguien lo haría a tiempo, y entonces él moriría. Pero justed ha venido, alabado sea Dios!

—¿Qué ocurre? ¿De qué se trata? ¿Está enfermo el pequeño Orrie? —Le sujetó los brazos para ayudarla a recuperar el equilibrio, y ella negó con la cabeza, con tanta vehemencia que se le cayó el gorro.

—Aidan —dijo jadeando—. Es Aidan.

Aidan McCallum yacía doblado en dos sobre la mesa de mi consulta, blanco como el papel, emitiendo pequeños gemidos entrecortados. Estaba bastante segura de con qué me encontraba, pero la apendicitis comparte síntomas con otras enfermedades. De todas formas, hay un aspecto muy claro en un caso clásico.

—¿Podría hacer que se tumbase, sólo por un momento? —Miré a su madre, que revoloteaba sobre él al borde de las lágrimas, pero fue Roger quien asintió y se acercó para poner las manos en las rodillas y los hombros de Aidan, convenciéndolo suavemente de que se estirara.

Le puse el pulgar en el ombligo, el meñique sobre el hueso de la cadera derecha, y presioné su abdomen con fuerza con el dedo medio, preguntándome durante un segundo mientras lo hacía si McBurney ya habría descubierto y bautizado este punto de diagnóstico. El punto de McBurney era un síntoma específico para el diagnóstico de una apendicitis aguda. Apreté el estómago de Aidan en ese sitio y luego aflojé la presión; él soltó un alarido, se arqueó hasta salirse de la mesa, y se dobló en dos como una navaja.

Un apéndice inflamado, sin duda alguna. Sabía que me encontraría con uno alguna vez. Y con una mezcla de desesperación y entusiasmo, me di cuenta de que había llegado el momento de usar el éter. No había dudas ni alternativas; si no le quitaba el apéndice, reventaría.

Levanté la mirada, Roger estaba sosteniendo a la pequeña señora McCallum con una mano bajo el codo; ella apretaba al bebé contra su pecho, envuelto en sus ropitas. Tendría que quedarse; Aidan la necesitaría.

—Roger... trae a Lizzie para que cuide del pequeño, por favor. Y luego corre lo más rápido que puedes a casa de los Christie. Necesito que Malva venga a ayudarme.

Una expresión extraña que no alcancé a interpretar cruzó su rostro; pero Roger desapareció en un instante y yo volqué mi atención en la señora McCallum, haciéndole las preguntas que necesitaba antes de abrir el vientre de su hijo.

Fue Allan Christie quien abrió la puerta ante los bruscos golpes de Roger. Con su rostro de búho como una versión más oscura y delgada del de su padre, parpadeó lentamente ante la pregunta sobre el paradero de Malva.

—Bueno... ha ido al arroyo. A recoger juncos. ¿Para qué la busca?

—La señora Fraser necesita que vaya a ayudarla... con algo. —Hubo un movimiento en el interior de la casa. Tom Christie entró, con un libro en la mano.

—MacKenzie —dijo, con un brusco movimiento de la cabeza—. ¿Ha dicho que la señora Fraser necesita a Malva? ¿Para qué?

—El pequeño Aidan McCallum ha enfermado gravemente y a ella le vendría bien contar con la ayuda de Malva. Iré a ver si la encuentro.

La arruga en el ceño de Christie se hizo más profunda y él abrió la boca para decir algo, pero Roger ya había dado media vuelta y estaba corriendo hacia los árboles antes de que cualquiera de ellos pudiera impedírselo.

La encontró bastante rápido, aunque cada momento que pasó buscándola le pareció una eternidad. ¿Cuánto tardaba un apéndice en reventar? Ella estaba en el arroyo con agua hasta las rodillas, las faldas levantadas y su cesta para los juncos flotando a su lado, atada a una cinta del delantal. Al principio no lo oyó, ensordecida por el caudal del agua. Cuando él gritó su nombre más fuerte, ella levantó la cabeza, alarmada, y cogió con fuerza el cuchillo para cortar juncos.

La mirada de alarma se desvaneció cuando vio quién era, aunque siguió mirándolo con recelo y sin soltar el cuchillo, como él comprobó. Su petición fue recibida con un rapto de interés.

—¿El éter? ¿En serio? ¿Va a cortarlo? —preguntó ella, entusiasmada, vadeando el arroyo en su dirección.

—Sí, vamos; ya le he dicho a tu padre que la señora Fraser te necesita. No es necesario que pasemos por tu casa.

La expresión de su cara cambió al oírla.

—¿Se lo ha dicho? —Su frente se arrugó durante un momento. Luego se mordió los labios y negó con la cabeza.

—No puedo —dijo, levantando la voz por encima del sonido del arroyo.

—Si puedes —replicó él, lo más alentadoramente posible, y extendió la mano para ayudarla—. Vamos; te echaré una mano con tus cosas.

—No. Mi padre... no lo aceptará. —Dirigió una mirada a la cabaña, y Roger

también se volvió en esa dirección, pero no había ningún problema; ni Allan ni Tom lo habían seguido. Aún...

Él se quitó los zapatos de una patada y entró en el helado arroyo, mientras las piedras rodaban duras y resbaladizas bajo sus pies. Los ojos de Malva se ensancharon y ella quedó con la boca abierta cuando él se inclinó y cogió la cesta, la arrancó de la cinta del delantal, y la arrojó hacia la orilla. Luego le quitó el cuchillo de la mano, se lo guardó en el cinturón, la agarró a ella de la cintura, la alzó y chapoteó con la chica hasta la orilla, sin prestar atención a sus patadas y sus chillidos.

—Vendrás conmigo —gruñó mientras la dejaba en el suelo—. ¿Quieres ir andando o te llevo en volandas?

Le pareció que Malva estaba más fascinada que horrorizada ante esa proposición, pero volvió a negar con la cabeza, apartándose de él.

—¡No puedo... en serio! Me dará una paliza si se entera de que he estado manipulando el éter.

Eso lo detuvo durante un momento. ¿Lo haría? Tal vez, pero estaba en juego la vida de Aidan.

—Entonces, no se enterará —dijo—. O, si lo hace, me ocuparé de que no te haga daño. Ven, por el amor de Dios... ¡No hay tiempo que perder!

Su pequeña boca rosada se apretó en un gesto de testarudez. Pero no había tiempo para escrúulos. Él se inclinó para acercar su cara hacia la de ella y la miró a los ojos.

—Vendrás conmigo —aseguró, cerrando los puños—, o les contaré a tu padre y a tu hermano lo de Bobby Higgins. Di lo que quieras sobre mí... no me importa. Pero si crees que tu padre te dará una paliza por ayudar a la señora Fraser, ¿qué te parece que hará si se entera de que has estado besuequeándote con Bobby?

Roger no sabía si la palabra «besuequear» tenía sentido en el siglo XVIII, pero estaba claro que Malva lo había entendido. Y si hubiera tenido un tamaño parecido al suyo lo habría derribado de un golpe, a juzgar por la peligrosa luz que asomó en sus grandes ojos grises.

Pero era mucho más pequeña y, después de un instante de reflexión, se agachó, se secó las piernas con la falda, y se puso las sandalias de prisa.

—Déjela —dijo brevemente, al verlo inclinarse para coger la cesta—. Y devuélvame el cuchillo.

Tal vez fuera sólo el impulso de tener algún control sobre la chica hasta que estuvieran en la consulta; por supuesto que no le tenía miedo. Pero se llevó la mano al cuchillo que guardaba en el cinturón y repuso:

—Después, cuando hayas terminado.

Ella no se molestó en discutir, sino que avanzó a gran velocidad por la orilla, adelantándose a él, en dirección a la Casa Grande, con las suelas de sus sandalias

golpeando contra las plantas de sus pies desnudos.

Palpé con los dedos el pulso en la axila de Aidan y conté. Tenía la piel muy caliente al roce, con una temperatura de tal vez 38'4 o 38'8 grados. El pulso era fuerte, aunque rápido... y fue haciéndose más lento a medida que perdía el conocimiento. Sentí que Malva contaba entre dientes, tantas gotas de éter, una pausa de tal o cual duración antes de la siguiente... Yo misma perdí la cuenta de las pulsaciones, pero no importaba; estaba comparándolas con las mías, sintiendo mi propio pulso que empezaba a palpitar con el mismo ritmo, y era normal, constante.

Él respiraba bien. Su pequeño abdomen ascendía y descendía suavemente bajo mi mano, y sentí cómo los músculos se relajaban uno a uno, todos excepto el vientre tenso e inflamado, con las costillas arqueándose visibles por encima cuando él respiraba. Tuve la repentina ilusión de poder empujar con la mano a través de las paredes del abdomen y tocar el apéndice hinchado, pude verlo en mi mente, latiendo maliciosamente en la seguridad oscura de su mundo sellado. Había llegado el momento.

La señora McCallum dejó escapar un pequeño gemido cuando cogí el escalpelo, y uno más fuerte cuando lo apreté contra la piel pálida.

La piel se separó con facilidad y la sangre manó de una manera extraña y mágica, saliendo aparentemente de la nada. El niño casi no tenía nada de grasa; los músculos estaban justo allí, de un color rojo oscuro, resistentes al tacto. Había otras personas en la habitación pero todos mis sentidos estaban concentrados en el pequeño cuerpo debajo de mis manos. Alguien se detuvo junto a mi hombro.

—Bree?

—Dame un retractor... sí, eso. —Sí, era Bree.

Una mano de largos dedos, empapada en desinfectante, cogió el artílugo con forma de garra y me lo puso en la mano izquierda, que lo aguardaba.

—Sostén esto, justo aquí. —Encajé la hoja entre las fibras del músculo, separándolas fácilmente, y luego encontré el resplandor grueso y suave del peritoneo, lo levanté y lo corté.

Sus entrañas estaban muy calientes, viscosas y mojadas alrededor de los dos dedos con que las estaba tanteando. El fango blando de los intestinos, los bultos pequeños y más o menos firmes de materia que sentí a través de sus paredes, el roce de los huesos contra mis nudillos; era tan pequeño que no había mucho espacio para tantear. Yo tenía los ojos cerrados, concentrándome exclusivamente en el tacto. El intestino ciego tenía que encontrarse justo debajo de mis dedos; allí estaba la curva del intestino delgado; podía sentirla, inerte pero viva, como una serpiente dormida. ¿Detrás? ¿Más abajo? Palpé con cuidado, abrí los ojos y observé la herida de cerca. No sangraba mucho, pero seguía inundada. ¿Tendría que destinar un poco de tiempo a cauterizar las pequeñas hemorragias? Miré a

Malva; ella estaba frunciendo el ceño, concentrada; sus labios se movían en silencio, contando, y estaba midiendo el pulso con una mano en la nuca de Aidan.

—Hierro de cauterizar... uno pequeño. —Una pausa, de momento.

Teniendo presente lo inflamable que era el éter, había apagado la chimenea con agua y había puesto el brasero al otro lado del pasillo, en el estudio de Jamie. Pero Bree se movía rápido; lo tuve en la mano en pocos segundos. Una voluta de humo salió de su vientre y el chisporroteo de la carne quemada se sumó al olor grueso y caliente de la sangre. Levanté la mirada para devolverle el hierro a Bree y vi la cara de la señora McCallum, toda ojos, mirando.

Limpie la sangre con un trapo de lino, volví a mirar... mis dedos todavía sostenían lo que yo pensaba que era... muy bien.

—Muy bien —dije en voz alta, en tono triunfal—. ¡Te atrapé! —Con mucho cuidado, pasé un dedo por debajo de la curva del intestino ciego y levanté una parte para mirar a través de la herida; el apéndice inflamado asomó debajo como un gusano gordo y furioso, purpúreo por la inflamación.

—Ligadura.

Ya lo tenía. Podía ver la membrana a un costado del apéndice y los vasos sanguíneos que la alimentaban. Habría que atarlos y cerrarlos primero; luego podría atar el apéndice y cortarlo. Era difícil sólo por su pequeño tamaño, pero en realidad no habría problemas...

Había tanto silencio en la habitación que alcanzaba a oír los diminutos siseos y chisporroteos del carbón del brasero al otro lado del pasillo.

—Fórceps.

Apreté con fuerza la sutura «en cierre de monedero» y, después de coger el fórceps, empujé el pedazo cerrado del apéndice con cuidado hacia el intestino ciego. Volví a metérselo con firmeza en el vientre y respiré.

—¿Cuánto tiempo, Malva?

—Algo más de diez minutos, señora. Él se encuentra bien. —Apartó los ojos de la máscara de éter el tiempo suficiente como para dirigirme una veloz sonrisa, luego cogió el cuentagotas y sus labios volvieron a contar en silencio.

Lo cerré rápido. Pinté la herida suturada con una gruesa capa de miel, le envolví el cuerpo con un apretado vendaje, puse unas mantas calientes debajo de él y respiré.

—Quítale la máscara —le dije a Malva, irguiéndome.

Ella no respondió, y la miré. Había levantado la máscara, la estaba sujetando con ambas manos delante de ella, como un escudo. Pero ya no estaba mirando a Aidan; sus ojos estaban clavados en su padre, de pie y rígido en el umbral.

Tom Christie miró a su hija, luego el pequeño cuerpo desnudo sobre la mesa y otra vez a su hija. Ella retrocedió un paso, insegura, sin soltar aún la máscara de éter. Él giró la cabeza y me penetró con una feroz mirada gris.

—¿Qué ocurre aquí? —exigió saber—. ¿Qué le está haciendo a ese niño?

—Salvándole la vida —respondí con aspereza—. ¿Necesita algo?

Christie apretó sus finos labios, pero antes de que pudiera responder, su hijo Allan entró en la sala y, tras situarse junto a su hermana de un par de zancadas, la agarró de la muñeca.

—Vamos, zopenca —le gritó con grosería, tirando de ella—. No tienes nada que hacer aquí.

—Suéltala —intervino Roger con decisión, y cogió a Allan del hombro para apartarlo.

Allan giró sobre sus talones y golpeó a Roger en el estómago, un golpe breve y fuerte. Éste soltó un gemido hueco, como el graznido de un cuervo, pero no se dobló. En cambio, le asentó una trompada en la mandíbula a Christie. Allan se deslizó hacia atrás y derribó la mesita con el instrumental, los bisturis y los retractores, que cayeron al suelo en un estrépito de metal; la jarra de ligaduras de tripa en alcohol reventó contra las tablas, rociando pedacitos de cristal y líquido por todas partes.

Un sordo golpe contra el suelo me hizo bajar la mirada. Amy McCallum, afectada por los vapores del éter y la emoción, se había desmayado.

Yo no tenía tiempo de hacer nada al respecto; Allan rebotó con un salvaje movimiento de caderas, Roger se agachó, encajó el empuje del cuerpo del Christie más joven, y los dos se tambalearon hacia atrás, se golpearon contra el alféizar y cayeron por la ventana abierta, entrelazados.

Tom Christie gruñó y corrió hacia la ventana. Malva, aprovechando la oportunidad, corrió hacia la puerta.

—¿Qué demonios...? —dijo Bree, mirándome.

—A mí no me mires —respondí—. No tengo la menor idea.

Y era cierto. Aunque sí pensé, con desesperación, que haber implicado a Malva en la operación tenía bastante que ver con ello. Tom Christie y yo habíamos logrado algo parecido a un acercamiento, después de la operación de su mano; pero eso no significaba que él hubiera cambiado su punto de vista sobre lo sacrilego del éter.

Bree se puso derecha de repente, y se tensó. Una buena cantidad de gruñidos, jadeos e incoherentes insultos indicaban que la pelea seguía su curso; pero la voz levantada de Allan Christie acababa de llamar adulterio a Roger.

Brianna dirigió una dura mirada a la silueta acurrucada de Amy McCallum, y yo pronuncié una palabra muy altisonante para mis adentros. Ya había oído algunos comentarios acerca de las visitas de Roger a los McCallum, y Jamie había estado a punto de decirle algo a Roger al respecto, pero yo lo había disuadido de interferir, asegurándole que hablaría con Bree de ellos con el mayor tacto posible. Aún no había tenido la oportunidad de hacerlo, y ahora...

Con una última mirada poco amable a Amy McCallum, Brianna salió por la

puerta con la evidente intención de participar en la pelea. Yo apreté las cejas, y debí de dejar escapar un gemido, porque Tom Christie se apartó bruscamente de la ventana.

—¿Está enferma, señora?

—No —dije con algo de languidez—. Sólo... Mire, Tom, lamento haberle causado problemas por pedirle a Malva que viniera a ayudarme. Ella tiene un verdadero talento para curar, creo... pero no fue mi intención convencerla de que hiciera algo que usted no aprobaría.

Me dirigió una mirada lúgubre, que luego transfirió al cuerpo inerte de Aidan. La mirada se volvió más afilada de repente.

—¿Ese niño está muerto? —preguntó.

—No, no —respondí—. Le administré éter; sólo está dor...

Mi voz se secó en la garganta cuando me di cuenta de que Aidan había escogido ese momento inconveniente para dejar de respirar.

Con un alarido incoherente, aparté a Tom Christie de un empujón y me abalancé sobre el niño, pegando mi boca a la suya y presionando con fuerza el centro de su pecho con la base de mi mano.

El éter de sus pulmones fluyó por mi cara cuando aparté la boca, lo que me hizo sentir que todo me daba vueltas. Me aferré al borde de la mesa con la mano libre y volví a poner la boca contra la suya. No podía desmayarme, de ninguna manera.

Mi visión comenzó a flaquear y la habitación empezó a girar lentamente a mí alrededor. Pero me aferré tenazmente a la conciencia, soplando con fuerza en sus pulmones, sintiendo que el diminuto pecho debajo de mi mano se elevaba suavemente y luego caía.

No podía haber pasado más de un minuto, pero fue un minuto de pesadilla; todo giraba a mí alrededor y la sensación de la piel de Aidan era la única ancla sólida en un remolino de caos. Amy McCallum se agitó en el suelo a mi lado, y, balanceándose, consiguió ponerse de rodillas; luego cayó sobre mí con un alarido, zarandeándome, tratando de alejarme de su hijo. Oí la voz de Tom Christie, que le ordenaba que se calmara; debió de conseguir apartarla, porque de pronto sentí que ya no estaba sujetándome la pierna.

Soplé dentro de Aidan de nuevo y, esta vez, el pecho bajo mi mano se estremeció. El niño tosió, se ahogó, volvió a toser, y empezó a respirar y a llorar simultáneamente. Me puse en pie, con la cabeza dándome vueltas, y tuve que agarrarme de la mesa para no caerme.

Vi un par de siluetas negras y distorsionadas, con unas bocas que se abrían hacia mí, llenas de agudos colmillos. Parpadeé, tabaleándome, y empecé a tragarse aire en profundas bocanadas. Volví a parpadear, y las figuras se convirtieron en Tom Christie y Amy McCallum. Él estaba cogiéndola de la cintura, conteniéndola.

—Está bien —dijo—. El niño se encuentra bien. Déjela acercarse.

Ella se abalanzó sobre Aidan con un sollozo, cogiéndolo en sus brazos. Tom Christie y yo nos quedamos mirándonos mutuamente por encima de los restos del naufragio. Fuera, todo se había calmado.

—¿Acaba usted de resucitar a ese niño? —preguntó.

—Supongo —dijo.

Él me miró fijamente y sin expresión en el rostro. La sala hedía a alcohol, lo que me hacía arder los orificios nasales. Tenía algunas lágrimas en los ojos, que me limpié con el delantal. Finalmente, él hizo un movimiento con la cabeza, como asintiendo, y se volvió para marcharse.

Tenía que asistir a Aidan y a su madre, pero no podía dejar partir a Christie sin tratar de arreglar las cosas para Malva, lo mejor que pudiera.

—Tom... Señor Christie. —Corré tras él y lo cogí de la manga. Él se volvió, sorprendido—. Malva... ha sido culpa mía. Yo le pedí a Roger que la trajera. Usted no... —Vacilé—. Usted no la castigará, ¿verdad?

La arruga del entrecejo se profundizó durante un momento; luego se relajó. Él negó con la cabeza lentamente, y con una pequeña reverencia, separó la manga de mi mano.

—Soy su servidor, señora Fraser —dijo en voz baja, y con una última mirada a Aidan, que en ese momento estaba exigiendo comida, se marchó.

Brianna aplicó la esquina mojada de un pañuelo en el labio inferior de Roger, partido en un costado, hinchado y sangrando, por causa de algún impacto por parte de Allan Christie.

—Es culpa mía —dijo por tercera vez—. Debería haber pensado en algo sensato que decirles.

—Cállate —replicó ella, comenzando a perder su poca paciencia—. Si sigues hablando, el labio no parará de sangrar.

Balbuceando una disculpa, él le quitó el pañuelo y lo apretó contra su boca. Pero no podía quedarse quieto; se levantó y se acercó a la puerta abierta de la cabaña para mirar hacia afuera.

—Allan no sigue rondando por aquí, ¿verdad? —Ella se acercó a mirar por encima de su hombro—. Si está, déjalo en paz. Yo iré...

—No, no está —la interrumpió Roger. Sin apartar la mano de su boca, señaló con un gesto la Casa Grande—. Es Tom.

En efecto, Tom Christie estaba en los escalones de la entrada; quieto, al parecer absorto en sus pensamientos. Mientras lo observaban, sacudió la cabeza y, con aire decidido, se dirigió hacia su propia casa.

—Iré a hablar con él. —Roger arrojó el pañuelo sobre la mesa.

—Oh, no, no lo harás. —Ella lo agarró del brazo cuando él giró hacia la puerta—. ¡No te metas, Roger!

—No voy a pelearme con él —dijo, palmeándole la mano con un gesto que evidentemente le parecía tranquilizador—. Pero tengo que hablarle.

—No, no tienes que hacerlo. —Ella le apretó el brazo con más fuerza y tiró de él—. No harás más que empeorar las cosas. Déjalos en paz.

—No es cierto —dijo él, mientras la irritación comenzaba a notársele en la cara—. ¿Qué quieres decir con que empeoraré las cosas? ¿Qué crees que soy?

Ésa no era una pregunta que ella quisiera contestar en ese preciso momento. Nerviosa aún por la tensión de la operación de Aidan, la pelea y la punzante molestia del insulto de Allan, Brianna no tenía la suficiente confianza en sí misma como para hablar, mucho menos para hacerlo con tacto.

—No vayas —repitió, obligándose a bajar la voz y a hablar con calma—. Todos están disgustados. Al menos espera hasta que se hayan tranquilizado. Mejor aún, espera a que regrese papá. Él puede...

—Sí, él puede hacerlo todo mejor que yo; eso ya lo sé —respondió Roger cáusticamente—. Pero he sido yo quien le ha prometido a Malva que no le ocurriría nada malo. Voy a ir.

—¡Bien! —Brianna lo soltó y le propinó un golpe en el brazo—. ¡Ve! Ocúpate de todo el mundo excepto de tu propia familia. ¡Ve! ¡Maldita sea, ve!

—¿Qué? —Él se detuvo, debatiéndose entre la ira y el desconcierto.

—¡Ya me has oído! ¡Ve! —Brianna golpeó el suelo con los pies y la jarra de semillas de dauco, que estaba demasiado cerca del borde del anaquel, cayó y se hizo añicos contra el suelo, esparciendo pequeñas semillas negras como granos de pimienta—. ¡Mira lo que has hecho!

—¡Lo que yo he...!

—¡No importa! No importa. ¡Vamos, vete de aquí! —Ella estaba resoplando como una orca, haciendo esfuerzos por no llorar. Tenía las mejillas calientes y ruborizadas, y los ojos rojos, inyectados en sangre.

Él se movió, inseguro, claramente tratando de decidir si quedarse y reconciliarse con su descontenta esposa, o salir corriendo para proteger a Malva Christie como un caballero andante. Dio un vacilante paso hacia la puerta, ella se abalanzó sobre la escoba y, lanzando chillidos estúpidos y agudos de furia incoherente, la blandió por encima de su cabeza.

Él se agachó, pero ella lo atrapó en la segunda vuelta, golpeándole en las costillas. Roger se detuvo de pronto, sorprendido por el impacto, pero se recuperó lo bastante de prisa como para atrapar la escoba en la siguiente vuelta. Tiró hasta arrancársela de la mano y, con un gruñido de esfuerzo, la partió sobre su rodilla con un estrépito.

Tiró los pedazos al suelo a los pies de ella y la miró con furia, enfadado pero dueño de sí mismo.

—¿Qué te ocurre, por el amor de Dios?

Ella se estiró cuan larga era y le devolvió la mirada.

—Lo que he dicho. Si pasas tanto tiempo con Amy McCallum que todo el mundo cree que tienes un romance con ella...

—¿Que yo qué? —Su voz se quebró por la furia, pero una mirada huidiza en sus ojos lo delató.

—De modo que tú también has oído los rumores, ¿verdad? —Ella no se sentía victoriosa por haberlo atrapado; era más una sensación de furia enfermiza.

—No es posible que creas eso, Bree —dijo él, con una voz que oscilaba vacilante entre la negación indignada y el ruego.

—Sé que no es cierto —declaró ella, y le enfureció darse cuenta de que su voz sonaba tan temblorosa como la de él—. ¡No es ésa la cuestión, Roger!

—La cuestión —repitió él con el entrecejo fruncido.

—La cuestión —dijo ella, tragando aire— es que nunca estás aquí. Malva Christie, Amy McCallum, Marsali, Lizzie... ¡Hasta has ido a ayudar a Ute McGillivray, por el amor de Dios!

—¿Y quién va a hacerlo si no? —preguntó él con aspereza—. Tu padre o tu primo podrían, sí, pero han ido a ver a los indios. Yo estoy aquí. Y no es cierto que nunca esté en casa —añadió—. Estoy aquí casi todas las noches, ¿no?

Ella cerró los ojos y apretó los puños, sintiendo que las uñas se le clavaban en las palmas.

—Ayudas a todas las mujeres menos a mí —dijo—. ¿Por qué?

Él le dedicó una mirada larga y dura, y ella se preguntó por un instante si existían las esmeraldas negras.

—Tal vez no crea que me necesites —replicó, y girando sobre sus talones, se marchó.

La vocación

El agua estaba en calma como plata fundida, y el único movimiento que la surcaba era el de las sombras de las nubes del atardecer. Pero antes o después se agitaría; uno podía presentirlo. O tal vez, pensó Roger, lo que sentía era la actitud expectante de su suegro, agachado como un leopardo en la orilla del estanque de las truchas, con la caña y el anzuelo listos ante la primera señal de ondulación.

—Como el estanque de Bethesda —dijo, divertido.

—¿Ah, sí? —respondió Jamie con la atención fija en el agua.

—Aquél en el que un ángel se metía en el estanque y agitaba las aguas cada tanto. Entonces todos se quedaban sentados alrededor, aguardando para zambullirse cuando el agua comenzara a ondular.

Jamie sonrió, pero no se movió. La pesca era un asunto serio.

Eso era bueno; prefería que Jamie no lo mirara. Pero tendría que darse prisa si tenía la intención de decir algo; Fraser ya estaba soltando el sedal para lanzarlo una o dos veces, para practicar.

—Creo... —Se detuvo para corregirse—. No, no lo creo. Lo sé. Quiero... —Se le acabó el aire de repente, que lo irritó; lo que menos quería era parecer dubitativo. Cogió una gran bocanada de aire, y las siguientes palabras salieron como disparadas por una pistola—: Tengo intención de hacerme pastor.

Ahí estaba. Lo había dicho en voz alta. Levantó la mirada, involuntariamente; desde luego, el cielo no se le había caído encima. Estaba neblinoso y punteado de colas de nubes, pero a través de ellas se veía su calma azulada.

Jamie lo miró con aire reflexivo, pero no parecía impresionado ni perplejo, lo que era reconfortante.

—Pastor. ¿Un predicador, quieres decir?

—Bueno... sí. También eso.

Su admisión lo desconcertó. Suponía que tendría que predicar, aunque la mera idea lo asustaba.

—¿También eso? —repitió Fraser, mirándolo de reojo.

—Sí. Quiero decir... los pastores predicán, desde luego. —Desde luego. Y ¿sobre qué? ¿Cómo?—. Pero eso no es... quiero decir, no es lo principal. No es la razón por la que yo... tengo que hacerlo. —Estaba poniéndose nervioso, tratando de explicar con claridad algo que ni siquiera podía explicarse adecuadamente a sí mismo.

Suspiró y se frotó la cara con una mano.

—Sí, mira. Recordarás el funeral de la abuela Wilson, supongo. Y los

McCallum...

Jamie se limitó a asentir con un gesto.

—He hecho... algunas cosas parecidas a esto cuando ha sido necesario. Y... —Torció una mano, sin siquiera saber cómo empezar a describir cosas como su encuentro con Hermon Husband en las orillas del Alamance, o las conversaciones que había mantenido con su padre muerto a altas horas de la noche.

Volvió a suspirar, inició el movimiento para arrojar un guijarro al agua, pero se detuvo, justo a tiempo, cuando vio que la mano de Jamie se tensaba alrededor de la caña de pescar.

—Predicar, sí. Supongo que me las arreglaré. Pero son las otras cosas... oh, Dios, parece una locura, y realmente creo que tal vez esté loco. Pero son los entierros y los bautizos y el... el... tal vez el hecho de poder ayudar, aunque sólo sea escuchando y orando.

—Quieres cuidar de ellos —dijo Jamie en voz baja, y no era una pregunta.

Roger sonrió, sin alegría, y cerró los ojos para protegerlos del brillo del sol al reflejarse en el agua.

—No quiero hacerlo —dijo—. Yo crecí en la casa de un pastor; quiero decir, sé cómo es. Pero alguien tiene que hacerlo, y creo que la persona más indicada soy yo.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Roger abrió los ojos y observó el agua. Fraser se agitó un poco y echó la caña hacia atrás.

—¿Dirías que los presbiterianos creen en los sacramentos?

—Sí —respondió Roger, sorprendido—. Desde luego que sí. ¿Acaso tú jamás has...? —Bueno, no. Supuso que Fraser jamás había hablado con alguien que no fuera católico sobre esas cuestiones—. Sí que creemos.

—Me refiero a las Órdenes Sagradas. —El anzuelo nadaba a través del agua, un minúsculo puntito rojo—. ¿No necesitas que te ordenen?

—Oh, ya veo. Sí, es cierto. Hay una academia presbiteriana en el condado de Mecklenburg. Iré allí y hablaré con ellos al respecto. Aunque me parece que no me llevará mucho tiempo; sé latín y griego, y, por lo que pueda valer... —Sonrió a pesar de sí mismo—. Tengo un título de la Universidad de Oxford. Lo creas o no, una vez fui un hombre culto.

La boca de Jamie se curvó en una esquina cuando echó el brazo hacia atrás y torció la muñeca. El sedal navegó, describiendo una amplia curva, y el anzuelo se asentó en el agua. Roger parpadeó; en efecto, la superficie del estanque comenzaba a estremecerse, con diminutas ondulaciones que se espaciaron del creciente remolino de cachipollas y libélulas.

—¿Has hablado con tu esposa al respecto?

—No —dijo Roger, mirando al otro lado del estanque.

—¿Por qué no? —No había ningún tono de acusación en la pregunta; era más

bien curiosidad. ¿Por qué, después de todo, había preferido hablar primero con su suegro en lugar de hacerlo con su esposa?

«Porque tú sabes lo que es ser un hombre —pensó—, y ella no». Lo que dijo, sin embargo, fue otra versión de la verdad:

—No quiero que me considere un cobarde.

Jamie lanzó un pequeño «ejem», casi de sorpresa, pero no respondió de inmediato, concentrándose, en cambio, en enrollar el sedal. Sacó la mosca empapada del anzuelo, luego vaciló contemplando la colección que guardaba en el sombrero, hasta que por fin eligió una verde y delicada con un mechón curvo de plumas negras.

—¿Crees que lo haría? —Sin esperar respuesta, Fraser se puso en pie y movió el hilo de atrás hacia adelante, haciendo que la mosca flotara en el centro del estanque, aterrizando delicadamente sobre el agua.

Roger lo observó mientras la atraía hacia sí, moviéndola sobre el agua en un baile espasmódico. El reverendo había sido pescador. De repente, vio el lago Ness y sus burbujeantes rápidos, su agua marrón claro corriendo sobre las rocas, papá de pie con sus maltrechas botas de pescar, tirando del sedal. Sintió que la nostalgia lo ahogaba. De Escocia. De su padre. De un día más —sólo uno— de paz.

—¿Crees en lo que te hemos dicho, Claire, Brianna y yo, sobre la guerra que está por venir?

Jamie soltó una breve carcajada, con la mirada puesta en el agua.

—Tengo ojos, hombre. No hace falta un profeta ni una bruja para ver lo que se avecina.

—Eso —dijo Roger— es una extraña manera de expresarlo.

—¿Sí? ¿No es lo que dice la Biblia? «Cuando viereis que la abominación de la desolación está en el lugar santo, entonces, los que están en la Judea huyan a los montes»?

«El que lee entienda». La memoria le proporcionó la parte faltante del verso, y Roger cobró conciencia, con una leve sensación de frío en los huesos, que era cierto que Jamie veía lo que se avecinaba, y lo reconocía.

Los chillidos de alegría de unos niños atravesaron el agua y Fraser giró un poco la cabeza para escuchar. Una ligera sonrisa se posó en sus labios, y luego bajó la mirada hacia el agua en movimiento y pareció paralizarse. Las cuerdas formadas por sus cabellos se agitaron contra la piel bronceada de su nuca, de la misma manera en que se movían las hojas de los fresnos de la montaña.

Roger sintió el deseo repentino de preguntarle a Jamie si tenía miedo, pero guardó silencio. Ya sabía la respuesta.

«No importa». Respiró hondo y sintió la misma respuesta, a la misma pregunta, pero formulada hacia sí mismo. No parecía haber salido de ninguna parte, sino estar en su interior, como si él hubiera nacido con ella y la hubiera

sabido siempre.

« No importa. Lo harás de todas formas».

Permanecieron un tiempo en silencio. Jamie lanzó el hilo con la mosca verde dos veces más, luego movió la cabeza y murmuró algo, la enrolló, la cambió por una Dun Fly y volvió a lanzarla. Los niños corrieron por la otra orilla, desnudos como anguilas, riendo, y desaparecieron entre los arbustos.

Verdaderamente extraño, pensó Roger. Estaba claro que lo sentía. Todavía no tenía la menor idea de lo que pensaba hacer exactamente, todavía veía la nube que venía hacia ellos, y no sabía mucho más sobre qué había en su interior. Pero sí lo que sentía.

Jamie había atrapado un pez. Recogió el sedal rápidamente y lo arrojó, resplandeciente y agitándose, sobre la orilla, donde le asestó un fuerte golpe con una roca antes de meterlo en la cesta.

—¿Quieres hacerte cuáquero? —preguntó con seriedad.

—No. —Roger se sorprendió—. ¿Por qué lo preguntas?

Jamie hizo aquel extraño y minúsculo gesto, como encogiéndose de hombros a medias, que utilizaba a veces cuando algo lo incomodaba, y no volvió a hablar hasta después de lanzar el hilo nuevamente.

—Has dicho que no querías que Brianna pensara que eras un cobarde. Yo combatí junto a un sacerdote una vez. —Una comisura de su boca se movió hacia arriba, con ironía—. Es cierto que no era un gran espadachín, el monseñor, y que no podía acertarle a un granero con una pistola... pero le ponía bastante entusiasmo.

—Oh. —Roger se rascó un costado de la mandíbula—. Sí, entiendo a qué te refieres. No, yo no puedo combatir con un ejército, creo. Pero tomar las armas en defensa de... de aquellos que lo necesitan... eso sí puede aceptarlo mi conciencia.

—Entonces está bien.

Jamie enrolló el resto del hilo, sacudió el agua de la mosca, y volvió a enganchar el anzuelo en su sombrero. Dejando el sedal a un lado, buscó en la cesta y sacó una botella de cerámica. Se sentó con un suspiro, la descorchó con los dientes, y le ofreció la botella a Roger.

—Es algo que Claire me dice cada tanto —explicó—: « La malta hace más de lo que Milton puede para justificar los caminos de Dios ante el hombre» .

Roger enarcó una ceja.

—¿Has leído a Milton?

—Algo. Ella tiene razón.

—¿Conoces los versos siguientes? « La cerveza, amigo, la cerveza es lo que tienen que beber los hombres a los que les duele pensar» .

Una sonrisa atravesó los ojos de Fraser.

—Entonces esto debe de ser whisky —dijo—. Sólo que huele como cerveza.

Estaba fría, era oscura y agradablemente amarga, y se pasaron la botella el uno al otro, sin decir mucho, hasta que la cerveza se terminó.

—Tú esposa... —dijo Jamie reflexivamente, al tiempo que se levantaba y se colgaba la correa de la cesta en el hombro.

—¿Sí? —Roger levantó el maltrecho sombrero, orlado de anzuelos y moscas, y se lo pasó a Jamie. Éste le dio las gracias y se lo puso en la cabeza.

—Ella también tiene ojos.

El pastor de la comunidad

Las luciérnagas iluminaban la hierba y los árboles y flotaban a través del pesado aire en una profusión de chispas frías y verdes. Una aterrizó sobre la rodilla de Brianna; ella observó sus pulsaciones, apagándose y encendiéndose, y oyó que su esposo le decía que tenía la intención de ser pastor.

Estaban sentados en los escalones de la entrada de su cabaña a la hora en que el crepúsculo dejaba paso a la noche. Al otro lado del gran claro resonaban desde los arbustos los chillidos de niños pequeños que jugaban, agudos y alegres como murciélagos en cacería.

—Esto... podrías decir algo —sugirió Roger. Tenía la cabeza vuelta hacia ella. Todavía había bastante luz para verle la cara, expectante, ligeramente nerviosa.

—Bueno... dame un minuto. En realidad, no me esperaba algo así, ¿sabes?

Eso era en parte cierto y en parte no. No cabía duda de que conscientemente no había pensado en una cosa semejante; sin embargo, ahora que él había manifestado sus intenciones, no se sentía en absoluto sorprendida. Era menos un cambio que el reconocimiento de algo que llevaba un tiempo allí, y, en cierta manera, era un alivio que saliera a la luz y ver de qué se trataba.

—Bueno —dijo, después de un momento—. Creo que eso es bueno.

—Lo crees. —El alivio de su voz era palpable.

—Sí. Si estás ayudando a todas esas mujeres porque te lo ha dicho Dios, es mejor que hacerlo porque preferirías pasar más tiempo con ellas que conmigo.

—¡Bree! No puedes pensar que yo... —Se inclinó un poco más hacia ella y examinó su rostro con ansiedad—. No lo piensas, ¿verdad?

—Bueno, sólo en ocasiones —admitió ella—. En los peores momentos. La mayor parte del tiempo no.

Él parecía tan nervioso que ella extendió la mano y le acarició la larga curva de la mejilla; su barba mal afeitada era invisible con esa luz, pero pudo sentir las suaves cosquillas que le hacía en la mano.

—¿Estás seguro? —dijo en voz baja. Él asintió, y ella vio cómo su garganta se movía cuando tragaba saliva.

—Estoy seguro.

—¿Tienes miedo?

Él sonrió un poco al oír eso.

—Sí.

—Yo te ayudaré —dijo Brianna. Tú dime cómo, y yo te ayudaré.

Él tomó un largo aliento mientras su cara se iluminaba, aunque su sonrisa

delataba su preocupación.

—No sé cómo —replicó él—. Cómo hacerlo, quiero decir. Mucho menos qué podrías hacer tú. Eso es lo que me asusta.

—Es posible —dijo ella—. Pero ya lo has estado haciendo, ¿verdad? ¿Tienes que cumplir con alguna formalidad? ¿O sencillamente puedes anunciar que eres pastor, como esos predicadores televisivos, y empezar a hacer la colecta de inmediato?

Él sonrió ante la broma, pero su respuesta fue seria.

—Malditos católicos. Siempre pensáis que nadie más tiene derecho a los sacramentos. Pero nosotros sí lo tenemos. Estoy pensando en asistir a la academia presbiteriana, ver qué hace falta para que me ordenen. Y en cuanto a hacer la colecta, supongo que eso significa que jamás seré rico.

—Bueno, de todas formas, yo tampoco esperaba eso —le aseguró ella gravemente—. No te preocunes; no me casé contigo por tu dinero. Si necesitamos más, yo lo ganaré.

—¿Cómo?

—No lo sé. Vendiendo mi cuerpo, probablemente no. No, después de lo que le ocurrió a Manfred.

—Ni siquiera bromeas sobre eso —dijo él.

La voz aguda y penetrante de Aidan McCallum flotó en el aire, y a ella se le ocurrió algo de repente.

—A tu... tu... eh... rebaño... —La palabra la hizo reír, a pesar de la seriedad de la pregunta—. ¿Les importará que yo sea católica? Tú no... no irás a pedirme que me convierta, ¿verdad?

—No —dijo él rápidamente y con firmeza—. Ni en un millón de años. En cuanto a lo que ellos puedan pensar... o decir... Si no están dispuestos a aceptarlo, bueno... pueden irse al infierno, eso es todo.

Ella estalló en carcajadas y él la imitó, con una risa quebrada pero no contenida.

—El Gato del Pastor es un gato irreverente —lo provocó—. ¿Cómo dirías eso en gaélico?

—No tengo ni idea. Pero el Gato del Pastor es un gato aliviado —añadió, todavía sonriendo—. No sabía qué pensarias al respecto.

—No estoy totalmente segura de lo que pienso al respecto —admitió ella—. Pero me doy cuenta de que tú estás feliz.

—¿Se me nota? —Él sonrió, y la última luz del anochecer se reflejó brevemente en sus ojos, con un verde profundo y tenue.

—Se te nota. Estás como... iluminado por dentro. —Ella sintió un nudo en la garganta—. Roger... no te olvidarás de mí y de Jem, ¿verdad? No sé si puedo competir con Dios.

Él quedó estupefacto al oírla.

—No —dijo, mientras su mano sujetaba la de Brianna—. Jamás.

Permanecieron sentados en silencio durante un rato, con las luciérnagas descendiendo como una lenta lluvia verde y su muda canción de apareamiento iluminando la hierba y los árboles que iban oscureciéndose. La cara de Roger iba desapareciendo a medida que la luz se iba, aunque ella todavía podía ver la línea de su mandíbula, en un gesto de determinación.

—Te lo juro, Bree —dijo—. Más allá de lo que esté llamado a hacer ahora, y sólo Dios sabe qué es, primero fui llamado a ser tu marido. Tu marido y el padre de tus hijos, por encima de todas las cosas... y siempre lo seré. Haga lo que haga, no será al precio de mi familia. Te lo prometo.

—Lo único que quiero es que me ames —dijo ella suavemente—. No por lo que yo pueda hacer o por mi aspecto, o porque yo te amo, sino sólo porque soy.

—¿Un amor perfecto, incondicional? Algunos te dirían que sólo Dios puede amar de esa forma... pero puedo intentarlo.

—Oh, yo tengo fe en ti —dijo ella, y sintió que su calor le llegaba al corazón.

—Espero que siempre la tengas —dijo él. Levantó la mano de ella y se la llevó a los labios, le besó los nudillos en un saludo formal, con su cálido aliento contra su piel.

Como para probar la resolución de su declaración anterior, la voz de Jem se elevó y descendió con la brisa del anochecer, como una sirena pequeña y urgente:

—PappiiiiPaaappiiiPAAAPPPIII...

Roger suspiró hondo, se inclinó y la besó en un contacto momentáneo, suave y profundo. Luego se levantó para enfrentarse a la emergencia del momento.

Brianna permaneció sentada un momento, escuchando. Del otro lado del claro le llegó el sonido de voces masculinas, agudas y graves. No era una emergencia; Jem quería que lo subieran a un árbol. Luego risas, el enloquecedor crujido de las hojas... Oh, por el amor de Dios, Roger también estaba en el árbol. Estaban todos allí arriba, ululando como búhos.

—¿De qué te ríes, *a nighean*? —Su padre apareció en la noche, oliendo a caballo.

—De todo —respondió ella, apartándose para dejarle sitio a su lado.

Era cierto. Todo parecía repentinamente brillante: la luz de la vela que se colaba por las ventanas de la Casa Grande, las luciérnagas en la hierba, el resplandor en la cara de Roger cuando le contó su deseo. Ella todavía podía sentir el roce de su boca en la suya, le hervía en la sangre.

Jamie extendió la mano y atrapó una luciérnaga al vuelo. La sostuvo un momento en el oscuro hueco de su palma, donde se apagaba y se encendía, con una luz fresca que se colaba entre los dedos. A lo lejos, ella oyó un breve fragmento de la voz de su madre, que llegaba a través de la ventana abierta; Claire estaba cantando *Clementine*.

Ahora los muchachos —y Roger— estaban aullando a la luna, aunque ésta no era más que una pálida hoz en el horizonte. Brianna sintió que el cuerpo de su padre también se sacudía con una risa muda.

—Me recuerda a Disney landia —dijo ella por un impulso.

—¿Ah, sí? ¿Dónde queda eso?

—Es un parque de atracciones... para niños —añadió, sabiendo que si bien había parques de atracciones en lugares como Londres y París, éstos eran exclusivamente para adultos. Nadie pensaba en entretener a los niños en esa época, más allá de sus propios juegos y de algún que otro juguete—. Papá y mamá me llevaban allí todos los veranos. En todos los árboles había luces brillantes... las luciérnagas me las han recordado.

Jamie abrió la mano; la luciérnaga, libre de repente, palpitó una o dos veces, luego abrió las alas con un diminuto zumido y se elevó en el aire.

—« Vivía un minero, de cuarenta y nueve años y su hija, Clementine...» .

—¿Cómo era ese lugar? —preguntó él con curiosidad.

—Oh... era maravilloso. —Sonrió para sus adentros, rememorando—. Había... juegos, así los llamábamos. Un barco, donde podías flotar por un río a través de la jungla, y ver cocodrilos, hipopótamos, cazadores de cabezas...

—¿Cazadores de cabezas? —dijo él, intrigado.

—No de verdad —le aclaró ella—. Todo es de fantasía... pero es... bueno, un mundo en sí mismo. Cuando estás allí, el mundo real en cierta manera desaparece; nada malo puede ocurrir allí. Lo llaman « El lugar más feliz de la Tierra» y durante un rato parece exactamente eso.

—« Era ligera como una hada, y calzaba número nueve, cajas de arenque sin tapa, así estaban hechas las sandalias de Clementine» .

—Y había música por todas partes, todo el tiempo —dijo, sonriendo—. Bandas, grupos de música tocando instrumentos, vientos, tambores y cosas... marchaban por la calle, y tocaban en pabellones...

—Sí, eso ocurre en los parques de atracciones. O por lo menos ocurría en el que estuve una vez. —Ella también pudo percibir la sonrisa en su voz.

—Ajá. Y hay personajes de tebeos... ya te hablé de los tebeos... caminando por ahí. Puedes ir y estrecharle la mano al ratón Mickey, o...

—¿A quién?

—Al ratón Mickey. —Ella se echó a reír—. Un ratón grande, como un ser humano, que lleva guantes.

—¿Una rata gigante? ¿Y llevan a los niños a jugar con ella?

—No es una rata, es un ratón —lo corrigió ella—. Y en realidad es una persona disfrazada de ratón.

—¿Ah, sí? —dijo él, aunque no parecía del todo convencido.

—Sí. Y también hay un enorme tiovivo con caballos pintados, y un ferrocarril que atraviesa las cavernas del Arco iris, donde hay grandes joyas sobresaliendo

de las paredes, y arroyos de colores con agua roja y azul... y bares con zumo de naranja. ¡Oh, zumo de naranja! —gimió suavemente, recordando con éxtasis aquella dulzura fría, áspera y abrumadora.

—¿Era bonito, entonces? —preguntó él en voz baja.

—« Te he perdido para siempre, lo lamento mucho... Clementine» .

—Sí —respondió Brianna, suspiró y guardó silencio por un momento. Luego apoyó la cabeza contra el hombro de su padre y la mano sobre su brazo fuerte y sólido—. Sí que era bonito... era fabuloso... pero lo que más me gustaba de todo aquello era que, cuando estábamos allí, estábamos sólo nosotros tres, y todo era perfecto. Mamá no se preocupaba por sus pacientes, papá no estaba trabajando en un informe... nunca estaban enfadados el uno con el otro. Ambos reían... todos reíamos todo el tiempo... cuando estábamos allí.

Jamie no respondió, sino que inclinó la cabeza para que descansara sobre la de su hija. Ella volvió a suspirar, profundamente.

—Jemmy nunca conocerá Disney landia... pero en cambio tendrá una familia que ríe... y millones de lucecitas en los árboles.

Séptima parte

Rodando Cuesta Abajo

Principios

*Cerro de Fraser, Carolina del Norte,
Tercer día de julio. Anno Domini de 1774.*

Señor James Fraser

A su señoría John Grey, plantación de Mount Josiah, colonia de Virginia

Mi querido amigo:

Las palabras no me alcanzan para expresar mi gratitud por su amable comportamiento al hacerme llegar una orden de pago sobre su propia cuenta bancaria como adelanto por la eventual venta de los objetos que le confié. Por supuesto que al entregarme ese documento, el señor Higgins mostró el mayor tacto; pero aun así, deduje de su actitud ansiosa y de sus esfuerzos por ser discreto que tal vez usted crea que estamos pasando estrecheces. Me apresuro a asegurarle que ése no es el caso; por el momento, tenemos suficiente en materia de vituallas, ropas y provisiones diversas.

Dije que le contaría a usted los detalles del asunto, y veo que debo hacerlo, aunque sólo sea para dejarle claro que mi familia y mis arrendatarios no son presa de una hambruna galopante.

Al margen de una pequeña obligación legal que requiere de dinero en efectivo, me estoy ocupando de cierto negocio que tiene que ver con la adquisición de algunas armas de fuego. Tenía la esperanza de obtenerlas por medio de los buenos oficios de un amigo, pero como veo que esa posibilidad se ha desvanecido, debo encontrar la manera de llevar adelante el negocio por otras vías.

Mi familia y yo estamos invitados a una barbacoa en honor de la señorita Flora MacDonald, la heroína del alzamiento; tengo entendido que usted conoce a esa dama. Recuerdo que me contó una vez que la conoció en Londres, cuando ella estuvo encarcelada allí. El encuentro tendrá lugar en River Run, la plantación de mi tía. Como al evento asistirán muchos escoceses —algunos de los cuales vienen de muy lejos—, tengo la esperanza de que, con dinero en la mano, pueda hacer arreglos para obtener por otros medios las armas requeridas. Si alguno de sus contados tiene alguna sugerencia útil al respecto, le agradeceré que me lo haga saber.

Le escribo de prisa, pues el señor Higgins tiene otras cosas que hacer,

pero mi hija me dice que le envíe a usted una caja de cerillas de su propia invención. Ha instruido cuidadosamente al señor Higgins en su empleo, de modo que si no estalla accidentalmente en llamas durante el camino de regreso, podrá demostrarle su uso.

Su humilde y obediente servidor,

James Fraser

P.D. Necesito treinta mosquetes, con tanta pólvora y munición como sea posible. No es necesario que sean último modelo, pero deben estar bien conservados y funcionar correctamente.

—¿Otras vías? —dijo mientras miraba cómo enarenaba la carta antes de doblarla —. ¿Te refieres a contrabandistas? Y, de ser así ¿estás seguro de que lord John entenderá lo que quieras decir?

—A eso me refiero, y sí, lo entenderá —me aseguró Jamie—. Conozco a algunos contrabandistas que introducen esa clase de artículos por los Outer Banks. Pero los que él conoce deben de ser los que entran por Roanoke; allí hay más actividad, debido al bloqueo en Massachusetts. Las mercaderías entran por Virginia y van al norte por tierra.

Cogió una vela de cera de abejas a medio quemar de la repisa, la acercó a las ascuas del hogar y luego vertió un charco de blanda cera parda sobre el pliegue de la carta. Me incliné y presioné la cera tibia con mi alianza, dejando la marca en ella.

—Maldito Manfred McGillivray —dijo Jamie sin especial vehemencia—. Me costará el triple, y deberé obtenerlas de un contrabandista.

—Pero ¿aún así preguntarás por él? En la barbacoa, digo.

Flora MacDonald, la mujer que había salvado a Carlos Estuardo de los ingleses después de Culloden, vistiéndolo con ropa de mujer y llevándolo a un encuentro con los franceses en la isla de Skye, era una leyenda viviente para los highlanders, y su reciente llegada a las colonias había originado un gran revuelo; las noticias habían llegado incluso al cerro. Todos los escoceses conocidos del valle de Cape Fear, y unos cuantos más de aún más lejos, estarían presentes en la barbacoa que se celebraría en su honor. No habría mejor ocasión que ésa para hacer correr la voz sobre un joven que había desaparecido.

—Por supuesto que lo haré, Sassenach. ¿Qué te crees que soy?

—Creo que eres muy amable —le dije, besándole la frente—. Aunque un poco temerario. Y creo que te cuidaste de decirle a lord John para qué necesitas treinta mosquetes.

Soltó un pequeño bufido.

—Ni yo mismo estoy seguro, Sassenach.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunté, sorprendida—. ¿No tienes intención de dárselos a Pájaro, después de todo?

No contestó en seguida, sino que se encogió de hombros, tendió la mano hacia la pila de periódicos y libros contables y sacó un papel, que me alcanzó. Era una carta de John Ashe, que, como él, había sido comandante de la milicia durante la guerra de la Regulación.

—El cuarto párrafo. Busqué el lugar indicado y sentí un leve estremecimiento premonitorio.

« Se propone la creación de un congreso continental en el que participen delegados de cada una de las colonias —leí—. La cámara baja de la asamblea de Connecticut ya ha dado pasos para postular a los suyos, que actuarán mediante comités de correspondencia. Algunos caballeros que usted conoce bien proponen que Carolina del Norte haga lo mismo, y se reunirán a mediados de agosto para ocuparse de ello. Amigo mío, me gustaría que se nos uniera, pues estoy convencido de que su corazón y su mente deben de estar con nosotros en lo que respecta a la libertad; sin duda que un hombre como usted no es amigo de la tiranía» .

—« Algunos caballeros que usted conoce bien» —repetí, haciendo a un lado la carta—. ¿Sabes a quiénes se refiere?

—Podría adivinarlo.

—Mediados de agosto, dice. ¿Crees que será antes o después de la barbacoa?

—Después. Uno de los otros me comunicó la fecha del encuentro. Será en Halifax.

Dejé la carta. Era una tarde tranquila y calurosa, y el delgado lino de mi camisa estaba húmedo, como la palma de mis manos.

—Uno de los otros —repetí.

—Del comité de correspondencia.

—Oh, por supuesto —asentí—. Podrías habérmelo dicho. —Como era de esperar, Jamie había encontrado la forma de introducirse en el comité de correspondencia de Carolina del Norte, el centro de intriga política donde se estaban sembrando las semillas de la rebelión, mientras hacía ver que desempeñaba su cargo de agente para asuntos indios de la Corona británica, ocupándose de armar a los indios para sofocar justamente esas semillas de rebelión.

—Mira, Sassenach —dijo—, ésta es la primera vez que me piden que me reúna con ellos, ni siquiera lo habían hecho en privado.

—Ya veo —comenté en voz baja—. ¿Irás? ¿Ha... ha llegado el momento? — El momento de dar el salto, de declararse abiertamente whig, aunque aún no rebelde. El momento de cambiar su lealtad pública, a riesgo de ser señalado como traidor. Otra vez.

Suspiró profundamente y se frotó el cabello con la mano.

—No lo sé —dijo al fin—. Faltan dos años, ¿no? El 4 de julio de 1776, eso es lo que dijo Brianna.

—No. Faltan dos años para que declaren la independencia; pero la lucha ya debe de haber comenzado. Para esa fecha, será demasiado tarde.

Contempló las cartas extendidas sobre el escritorio y meneó la cabeza con aire sombrío.

—Sí, tendrá que ser pronto, entonces.

—Tal vez se pueda hacer de una manera relativamente segura —dijo, titubeando—. Eso que me contaste de que Henderson está comprando tierras en Tennessee; si nadie lo detiene a él, no veo por qué ningún integrante del gobierno tenga que inquietarse lo suficiente como para venir aquí a procurar expulsarnos por la fuerza. Y sin duda que no lo harán si se enteran de que lo único que hiciste fue reunirte con los *whigs* locales.

—No es el gobierno lo que me preocupa, Sassenach. Es la gente que tenemos cerca. No fue el gobernador el que colgó a los O'Brian y les quemó la casa, ¿entiendes? Tampoco fueron Richard Brown ni los indios. Eso no se hizo ni para imponer la ley ni para ganar nada; fue por odio, y muy posiblemente lo hizo alguien que los conocía.

Sus palabras hicieron que un escalofrío aún más intenso me recorriera el espíñazo. Sí, era cierto que había ciertos desacuerdos políticos en el cerro, pero aún no había llegado la etapa de los puñetazos, y menos aún la de los incendios y los asesinatos.

Pero ya llegaría.

Yo lo recordaba demasiado bien. Refugios antiaéreos y cartillas de racionamiento, los vigilantes que rondaban las calles para asegurarse que las luces estaban apagadas cuando debían, y el espíritu de cooperación contra un temible enemigo. Y las historias que llegaban de Alemania, de Francia. Personas sobre las que se informaba, que eran denunciadas a las SS, arrebatadas de sus hogares; otros, escondidos en buhardillas y graneros, sacados subrepticiamente de sus países.

En la guerra, gobiernos y ejércitos eran una amenaza, pero a menudo quienes te condenaban o te salvaban eran tus vecinos.

—¿Quién? —pregunté simplemente.

—Podría intentar adivinarlo —dijo, encogiéndose de hombros—. ¿Los McGillivray? ¿Richard Brown? ¿Los amigos de Hodgepile, si es que los tenía? ¿Los amigos de algún otro de los que matamos? ¿El indio que conociste? ¿Donner, si sigue vivo? ¿Neil Forbes? Quiere vengarse de Brianna, y ella y Roger Mac harían bien en recordarlo. ¿Hiram Crombie y los suyos?

—¿Hiram? Es cierto que no le caes muy bien, pero...

—Bueno, lo dudo —admitió—. Pero es posible, ¿no? Su gente no apoya para nada a los jacobitas; tampoco aprobarían ningún esfuerzo que se hiciera por

derrocar al rey desde este lado del charco.

Asentí con la cabeza. Crombie y los demás necesariamente habían jurado lealtad al rey Jorge antes de que se les permitiera viajar a América. También Jamie, necesariamente, debía de haber hecho ese mismo juramento, como condición para ser indultado. Y, aún más necesariamente, debía romperlo. Pero ¿cuándo?

Dejó de tamborilear con los dedos, que quedaron inmóviles sobre la carta.

—Confío en que tengas razón, Sassenach.

—¿Acerca de qué? ¿De lo que va a ocurrir? Sabes que la tengo. Bree y Roger también te lo contaron. ¿Por qué lo dices?

—Nunca he luchado por principios —dijo, reflexionando, y negó con la cabeza—. Sólo por necesidad. Me pregunto si será mejor así.

—Pero esta vez sí que hay un principio de por medio —replicué—. De hecho, tal vez sea la primera guerra que se libra por principios.

—¿No por algo sórdido como el comercio y las tierras? —sugirió Jamie, alzando una ceja.

—No digo que el comercio y la tierra no tengan nada que ver —repuse, preguntándome en qué momento preciso me había vuelto defensora de la revolución americana—. Pero va mucho más allá de eso, ¿no te parece? «Sostenemos como evidentes estas verdades: que todos los hombres son creados iguales; que son dotados por su Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad».

—¿Quién dijo eso? —preguntó, interesado.

—Lo dirá Thomas Jefferson, en nombre de la nueva república. Se llamará la Declaración de Independencia.

—Todos los hombres —repitió—. ¿Crees que incluye a los indios en esa definición?

—No sabría decirlo —respondí, bastante irritada de que me pusiera en ese brete—. No lo conozco. Si me lo presentan, se lo preguntaré, ¿te parece?

—No tiene importancia. Yo se lo preguntaré; tendré ocasión de hacerlo. Y, mientras no llega ese momento, se lo preguntaré a Brianna. —Me dirigió una mirada—. Pero, en lo que respecta a principios, Sassenach...

Se reclinó en su silla, cruzó los brazos sobre el pecho y cerró los ojos.

—«Aunque sólo cien de nosotros quedaran con vida —recitó con precisión—, nunca, bajo ninguna condición, regresaremos al dominio inglés. En verdad, no luchamos por la gloria, la riqueza ni los honores, sino por la libertad; sólo por ella, a la que ningún hombre honesto renuncia, sino al morir».

» La declaración de Arbroath —dijo, abriendo los ojos—. Escrita hace unos cuatrocientos arios. De modo que principios, ¿no?

Se incorporó, pero se quedó en pie junto a la maltrecha mesa que usaba de escritorio, contemplando la carta de Ashe.

—En lo que respecta a mis principios... —dijo como para sí mismo, pero entonces me miró. Sí, creo que tengo la intención de darle los mosquetes a Pájaro. Aunque tal vez tenga ocasión de arrepentirme y dentro de dos o tres años me encuentre con que esas armas me apuntan a mí. Pero los tendrá y hará con ellos lo que mejor le parezca para defenderse a sí mismo y a su pueblo.

—El precio del honor, ¿verdad?

Me miró con el fantasma de una sonrisa.

—Considéralo un pago por la sangre derramada.

La barbacoa de Flora MacDonald

*Plantación River Run
6 de agosto de 1774*

—¿Qué podía decirle a un ícono? —O, para el caso, al esposo de un ícono?

—Oh, me desmayaré, sé que lo haré. —Rachel Campbell agitaba su abanico con suficiente fuerza como para crear una brisa perceptible—. ¿Qué le diré?

—«¡Buenos días, señora MacDonald!» —sugirió su marido, con el asomo de una leve sonrisa en una comisura de su boca marchita.

Rachel le soltó un golpe con el abanico, que él esquivó, riendo. Por más que le llevara treinta y cinco años, Farquard Campbell trataba a su esposa de una manera informal y burlona que no se correspondía con la habitual dignidad de su porte.

—Me desmayaré —volvió a declarar Rachel, quien evidentemente estaba decidida a emplear ese recurso como estrategia social.

—Bueno, por supuesto que debes hacer lo que mejor te parezca, *a nighean*, pero si lo haces, quien tendrá que levantarte del suelo será el señor Fraser; te aseguro que mis vetustos miembros no están en condiciones de hacerlo.

—¡Oh! —Rachel le echó una rápida mirada a Jamie, que le sonrió, antes de ocultar su rubor detrás del abanico. Aunque era evidente que le gustaba su propio marido, no ocultaba su admiración por el mío.

—A sus órdenes, señora —dijo Jamie con gravedad, inclinándose.

Ella soltó una risita. Crucé mi mirada con la de Jamie y oculté mi sonrisa detrás de mi propio abanico.

—¿Y qué le dirá usted, señor Fraser?

Jamie frunció los labios, y, entornando los ojos, miró pensativo el sol que brillaba entre los olmos que bordeaban el parque de River Run.

—Oh, supongo que podría decir que me alegro de que haga buen tiempo para ella. La última vez que nos vimos, llovía.

Rachel se quedó con la boca abierta y se le cayó el abanico.

—¿Usted la conoció? —exclamó con los ojos muy abiertos por la excitación—. ¿Cuándo? ¿Dónde? Con el prín... ¿Con él?

—Ah, no —sonrió Jamie—. En Skye. Fui allí con mi padre por un asunto de unas ovejas. En Portree nos encontramos por casualidad con Hugh MacDonald de Armadale; es el padrastro de la señorita Flora, ¿sabe?, y él había llevado

consigo a la muchacha para que se divirtiera.

—¡Oh! —Rachel estaba encantada—. ¿Y es tan bella y refinada como dicen?

—Bueno, no —dijo—. Pero en ese momento tenía un terrible resfriado, y sin duda que, sin la nariz roja, habría tenido mejor aspecto. ¿Refinada? No, yo no diría eso. Me arrebató un pastel que tenía en la mano y se lo comió.

—¿Y qué edad tenían ambos en ese momento? —pregunté al ver que la boca de Rachel adoptaba una expresión horrorizada.

—Oh, tal vez unos seis años. O siete. Ni siquiera lo recordaría si no fuera porque le di un puntapié en la espinilla cuando me quitó el pastel y ella me tiró del pelo.

Rachel, comenzó a insistirle a Jamie para que le contara más anécdotas, insistencia que él desviaba con bromas.

Por supuesto que había venido preparado para la ocasión; todos los presentes intercambiaban historias; humorísticas, admirativas, nostálgicas, acerca de los días anteriores a Culloden. Era curioso que la derrota de Carlos Estuardo y su ignominiosa huida fueran lo que habían hecho una heroína de Flora MacDonald y lo que unía a estos exiliados de las Highlands de una forma que nunca hubiera ocurrido si aquél hubiese triunfado.

Pensé de pronto que lo más probable era que Carlos siguiera con vida en Roma, matándose en silencio con la bebida. Sin embargo, a fines prácticos, hacía mucho que había muerto para todos aquellos que lo amaban o lo odiaban. El ámbar del tiempo lo había sellado para siempre en ese momento definitivo de su vida, *Bliadha Tearlach*; esa expresión significaba «el año de Carlos», y aún hoy, la gente seguía utilizándola de esa manera.

Por supuesto que lo que provocaba toda esa efusión de sentimientos era la llegada de Flora. Qué extraño para ella, pensé con una punzada de compasión, y me pregunté por primera vez qué diantra podría decirle.

Ya había conocido a personas famosas; entre ellos, nada menos que al *Bonnie Prince*, Carlos. Pero siempre había sido cuando ellos, y yo misma, vivíamos nuestra existencia normal, cuando aún no habían pasado por los eventos que los harían famosos, y cuando, por tanto, todavía eran personas como las demás. La excepción era Luis; pero claro, él era un rey. Hay ciertas normas de etiqueta para tratar con los reyes, ya que, al fin y al cabo, nadie se aproxima a ellos como si fuesen personas normales. Ni siquiera si...

Abrí mi abanico con un chasquido, sintiendo que una caliente oleada de sangre me inundaba el rostro y el cuerpo. Respiré hondo, procurando no abanicarme de forma tan frenética como Rachel, aunque deseaba hacerlo.

En todos los años transcurridos desde que tuvieron lugar, nunca había recordado de manera específica esos dos o tres minutos de intimidad física con Luis de Francia. Dios sabía que no lo había hecho deliberadamente, ni tampoco por accidente.

Sin embargo, el recuerdo había penetrado en mí de manera tan repentina como una mano que hubiese salido de entre la multitud para agarrarme del brazo. Agarrarme del brazo, levantarme la falda y penetrarme de una forma mucho más invasora y chocante que la experiencia misma.

El aire que me rodeaba estaba impregnado de olor a rosas, y oí el crujido del miriñaque cuando Luis cargó su peso sobre él, oí su suspiro de placer. La habitación estaba a oscuras, sólo la alumbraba una vela; titiló en el límite de mi campo visual, luego, la apagó el hombre que estaba entre mis...

—¡Por Dios, Claire! —Te encuentras bien? —Gracias a Dios, no había llegado a caerme. Había trastabillado, hasta quedar con la espalda apoyada contra el muro del mausoleo de Hector MacDonald, y Jamie, al verme, había dado un salto para sujetarme.

—Suelta —dije, sin aliento, pero imperativa—. ¡Suéltame!

Percibió la nota de horror en mi voz y aflojó la presión, pero no quiso soltarme del todo por temor de que fuera a caerme. Con la energía que da el pánico, me incorporé y me soltó.

Seguía oliendo a rosas. Cuando volví en mí, me di cuenta de que estaba de pie junto a un gran escaramujo de color amarillo, al que un soporte ayudaba a trepar por el mármol blanco del mausoleo.

Saber que las rosas eran de verdad era un consuelo, pero seguía sintiendo que estaba de pie, sola, al borde de un vasto abismo. Jamie estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera tocarlo, pero era como si se encontrara a una distancia incommensurable.

Entonces, él me tocó y pronunció mi nombre, y la brecha que nos separaba se cerró tan repentinamente como se había abierto.

—¿Qué ocurre, *a nighean*? —susurró, estrechándome contra su pecho—. ¿Qué te ha asustado?

—Nada —dije, experimentando una abrumadora sensación de alivio al darme cuenta de que estaba a salvo y en el presente; Luis había regresado a las sombras y volvía a ser sólo un recuerdo desagradable pero inofensivo. La agobiante sensación de violación, de dolor, de pérdida, de aislamiento, retrocedió, y ya no era más que una sombra en mi mente. Lo mejor de todo era que Jamie aún estaba ahí, sólido, físico... No lo había perdido.

Otras personas se apiñaban en torno a nosotros, curiosas, solícitas. Rachel me abanicaba con entusiasmo, y la brisa que producía me calmaba; estaba empapada en sudor, lo que hacía que se me adhirieran mechones de pelo al cuello.

—Estoy muy bien —murmuré, repentinamente abochornada—. Sólo me he mareado un poco... hace calor...

Se alzó un coro de voces que se ofrecían para ir a buscarme vino, un vaso de ponche o limonada, pero yo preferí la petaca de whisky que Jamie sacó de su

faltriquera. Era del que había envejecido tres años en barriles de jerez, y me sentí inquieta cuando me llegó su olor, pues recordé la noche en que nos emborrachamos juntos después de que él me rescató de Hodgepile y sus hombres. Dios mío, ¿es que iba a ser arrojada de vuelta a aquel pozo?

Pero no fue así. El whisky me proporcionó una sensación cálida y reconfortante, y con el primer sorbo me sentí bien.

Revisir el pasado. Había oído a mis colegas de profesión debatir sobre ese fenómeno, discutiendo sobre si era lo mismo que el trauma de haber vivido una guerra, y, en caso de que así fuera, si existía de verdad o si simplemente debía ser considerado como un estado causado por los «nervios».

Me estremecí un poco y bebí otro trago. Era indudable que existía. Me sentía mucho mejor, pero estaba commovida hasta lo más hondo, y aún sentía que mis huesos eran líquidos. Por detrás de los leves ecos de la experiencia misma, había un pensamiento mucho más perturbador. Ya había ocurrido una vez, cuando Ute McGillivray me atacó. ¿Era de esperar que volviera a ocurrir?

—¿Te llevo adentro, Sassenach? Tal vez deberías echarte un rato.

Jamie, tras apartar a los que querían ayudarme y de ordenarle a un esclavo que me trajese un taburete, zumbaba sobre mí como un abejorro ansioso.

—No, ya estoy bien —le aseguré—. Jamie...

—Dime.

—Tú... cuando... te ocurre que...

Respiré hondo, bebí otro sorbo de whisky y volví a intentarlo.

—A veces, me despierto por la noche y te veo; luchas, creo que con Jack Randall. ¿Sueñas tú con eso alguna vez?

Se me quedó mirando durante un momento; su rostro era inexpresivo, pero en sus ojos se veía la turbación. Miró en una y otra dirección, pero ahora estábamos solos por completo.

—¿Por qué? —preguntó en voz baja.

—Necesito saberlo.

Respiró, tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Sí, a veces. Son sueños... Después... todo está bien. Me despierto, me doy cuenta de dónde estoy, rezo una pequeña plegaria y... todo está bien. Pero de vez en cuando... —Cerró los ojos durante un momento y luego volvió a abrirlos—. Estoy despierto. Pero sin embargo estoy ahí, con Jack Randall.

—Ah. —Suspiré, sintiéndome al mismo tiempo terriblemente triste por él y, en cierto modo, tranquilizada—. Entonces no me estoy volviendo loca.

—¿Tú crees? —dijo secamente—. Bueno, me alegro de oírlo, Sassenach.

Me miró con detenimiento, como para asegurarse de que no iba a despomarme, y tocándose el hombro con un breve «quédate aquí», se marchó.

No fue lejos; sólo hasta las mesas dispuestas bajo los árboles en el límite del

parque. Sin prestar atención a los esclavos que disponían la comida para la barbacoa, cogió algo de un pequeño cuenco. Regresó y se inclinó para agarrarme la mano. Se frotó los dedos unos con otros, dejando caer una pizca de sal en mi palma abierta.

—Listo —susurró—. Consérvala contigo. Sea quien fuere, no volverá a molestarte.

Cerré la mano sobre los granos húmedos, sintiéndome absurdamente reconfortada. ¡Nadie como un highlander para saber exactamente qué hacer ante un caso de fantasmas a plena luz del día! Dicen que la sal mantiene a los fantasmas en sus tumbas. Y aunque Luis aún viviera, el otro hombre, ese peso aplastante en la oscuridad, sin duda había muerto.

Se produjo un súbito alboroto cuando se oyó una voz proveniente del río: el barco había sido avistado. Todos se pusieron de puntillas al mismo tiempo, sin aliento y expectantes.

Sonréí, pero yo también me sentí contagiada de ese vértigo. Entonces, comenzaron a sonar las gaitas y las lágrimas no derramadas volvieron a cerrarme la garganta.

La mano de Jamie me apretó el hombro inconscientemente y, cuando alcé la mirada, vi que volvía, también él, la mirada hacia el río.

Bajé los ojos, parpadeando para controlarme y, cuando mi visión se aclaró, vi los granos de sal en el suelo, esparcidos con cuidado frente a las puertas del mausoleo.

Era mucho más pequeña de lo que había imaginado. Todos, ataviados con sus mejores galas, un mar de tartán, se apiñaron, demasiado impactados como para mostrarse corteses. Logré ver la parte superior de su cabeza, el cabello oscuro dispuesto en un peinado alto adornado con rosas blancas, antes de que desapareciera detrás de las espaldas de sus admiradores.

A su esposo, Allan, sí lo veía. Era un hombre robusto y bien parecido, con el cabello negro veteado de gris recogido en una coleta; inclinaba la cabeza y sonreía, devolviendo la marea de elogios y bienvenidas en gaélico.

A pesar de mí misma, me sentí urgida a precipitarme para mirar, como los demás. Pero logré quedarme en mi sitio. Estaba con Jocasta en la terraza; la señora MacDonald iría a donde nosotras.

Así fue; Jamie y Duncan se abrían paso con firmeza por entre la muchedumbre, formando una cuña encabezada por Ulysses, el mayordomo negro de Jocasta.

—¿De verdad es ella? —murmuró Brianna, pegada a mi hombro—. Es más pequeña de lo que creía. Oh, es una pena que Roger no esté aquí. ¡Se moriría por verla! —Roger estaba pasando un año en la academia presbiteriana de Charlotte, donde examinaban sus calificaciones para la ordenación.

—Tal vez la vea en alguna otra ocasión —murmuré a mi vez—. Parece que ha comprado una plantación cerca de Barbecue Creek, junto a Mount Pleasant. —Y permanecerían en la colonia durante al menos uno o dos años más, pero no lo dije en voz alta; la gente de allí sólo sabía que los MacDonald habían emigrado de manera permanente.

Pero yo había visto la alta piedra conmemorativa en Skye, donde Flora MacDonald había nacido y donde algún día moriría, desilusionada con América.

Aquella no era la primera vez que me encontraba con alguien cuyo destino ya conocía, pero siempre era una experiencia perturbadora. La multitud se abrió y apareció ella, saludando a Jamie entre risas. Él la cogió del brazo, la guió hasta la terraza e hizo un gesto en dirección a mí.

Ella levantó la mirada con un gesto de expectativa, me miró directamente a los ojos y parpadeó; durante un momento, su sonrisa se desvaneció. La recuperó al cabo de un instante, pero el episodio me hizo preguntarme qué habría visto en mi cara.

De todas formas se volvió para saludar a Jocasta y presentar a sus hijas, ya mayores, Anne y Fanny, así como a un cuñado y a su propio marido; para el momento de las presentaciones, era perfectamente dueña de sí misma, y me saludó con una sonrisa encantadora y gentil.

—Señora Fraser! Estoy tan contenta de conocerla al fin. He oído tantas cosas sobre su bondad y sus habilidades, que confieso que estoy impresionada de estar ante usted.

Lo dijo con tanta calidez y sinceridad, mientras me tomaba de las manos, que no pude por menos que responder a ellas, a pesar de que para mis adentros me preguntaba con cinismo quién le habría hablado de mí.

—Tuve el honor de que me presentaran al doctor Fentiman en el baile que se celebró en Wilmington para recaudar fondos para nosotros; cuánta amabilidad, ¡cuánta amabilidad la de todos! Desde que llegamos nos han tratado tan bien... y él estaba totalmente arrobaado por su...

Me habría gustado saber qué era lo que había arrobaado a Fentiman —un cierto recelo marcaba nuestras relaciones—, pero, en ese momento, su marido le habló al oído, indicándole que fuera a conocer a Farquard Campbell y a otros destacados caballeros, y, lamentándolo con una mueca, me estrechó las manos y partió, luciendo una vez más su brillante sonrisa pública.

—Ajá... —acotó Bree en voz baja—. Por fortuna para ella, aún conserva casi todos sus dientes.

De hecho, eso era exactamente lo que yo estaba pensando, y reí, fingiendo con rapidez un ataque de tos al ver que Jocasta volvía rápidamente la cabeza hacia nosotras.

—Así que es ésa. —El joven Ian apareció de mi otro lado; contemplaba a la invitada de honor con una expresión de profundo interés. Se había vestido para la

ocasión con *kilt*, chaleco y chaqueta; llevaba el cabello recogido en una coleta y hubiera mostrado un aspecto de lo más civilizado, de no haber sido por los tatuajes que se entrecruzaban entre sus pómulos y el puente de la nariz.

—Es ella —asintió Jamie—. Fionnaghal, la que es Bella.

Había una nota de nostalgia en su voz, y lo miré, sorprendida.

—Bueno, así se llama en realidad —dijo con suavidad—. *Fionnaghal*. Sólo los ingleses la llaman Flora.

—¿Te molaba cuando eras pequeño, papá? —preguntó Brianna.

—Si qué?

—Si te atraía —expliqué.

—Oh, no digáis tonterías. ¡Sólo tenía siete años, por el amor de Dios! —Pero las puntas de las orejas se le habían puesto coloradas.

—Yo estuve enamorado a los siete años —observó Ian con aire soñador—. De la cocinera. ¿Has oído que Ulysses dijo que trajo un espejo, tío? Se lo dio el príncipe *Tearlach*, y tiene su escudo de armas grabado en el reverso. Ulysses lo puso en la sala, custodiado por los dos criados.

Las personas que no estaban entre la multitud iban entrando por la puerta doble, formando una fila, que, entre animadas conversaciones, iba del vestíbulo a la sala.

—*Se aumais!*

La imperiosa voz de Jocasta interrumpió las chanzas. Jamie miró a Brianna con seriedad y acudió a la llamada. Duncan estaba charlando con un pequeño grupo de hombres importantes; reconoció a Neil Forbes, el abogado, así como a Cornelius Harnetty al coronel Moore. Ulysses no estaba por ningún lado, y tal vez se encontrara entre bambalinas, ocupándose de los aspectos logísticos de una comida para doscientas personas, de modo que Jocasta quedó aislada durante un momento. Puso la mano sobre el brazo de Jamie y se marchó de la terraza, dirigiéndose hacia Allan MacDonald, quien, separado de su esposa por la muchedumbre que la rodeaba, estaba de pie bajo un árbol, con aire vagamente ofendido.

Los observé cruzar el parque, divertida por el histrionismo de Jocasta. Su criada personal, Phaedre, la seguía, aunque era evidente que bien podría haber sido ella la que guiarla a su ama. Pero de haber sido así, el efecto no hubiera sido el mismo, juntos, hacían que la gente se volviera a mirarlos: Jocasta, alta y esbelta, grácil a pesar de su edad, impactante con su cabello blanco arreglado en un alto peinado y su vestido de seda azul; Jamie, con su estatura vikinga y su tartán Fraser color carmesí, ambos con los huesos prominentes y la gracia felina de los MacKenzie.

—Colum y Dougal estarían orgullosos de su hermana menor —dije.

—¿Ah, sí? —Ian habló en tono ausente, sin escuchar. Seguía contemplando a Flora MacDonald, que, entre los aplausos de todos, ahora aceptaba un ramo de

flores de uno de los nietos de Farquard Campbell.

—No estás celosa, ¿verdad, mamá? —se burló Brianna.

—Claro que no —dijo con cierta satisfacción—. Al fin y al cabo, yo también conservo todos mis dientes.

Aunque no lo había visto en la agitación inicial, el mayor MacDonald se encontraba entre los asistentes a la fiesta, ataviado con una llamativa chaqueta nueva de uniforme de un vivido escarlata y un sombrero cargado de pasamanería. Se lo quitó y me dedicó una profunda reverencia.

—A sus órdenes, señora —dijo—. La he visto hablando con la señorita Flora. Es encantadora, ¿verdad? Y también es una mujer guapa y animosa.

—Sí que lo es —coincidió—. De modo, que ya la conoce...

—Oh, sí —respondió—. No me atrevería a decir que somos amigos, pero creo que podría afirmar, con modestia, que nos conocemos. Acompañé a la señora MacDonald y a su familia desde Wilmington, y tuve el honor de asistirlos para que se instalaran en su residencia actual.

—¿De veras? —Lo miré con interés. El mayor contemplaba a Flora MacDonald como si la considerara de su propiedad, registrando con aprobación la forma en que la gente se agolpaba en torno a ella.

—Ha accedido con mucha amabilidad a hablar hoy —me dijo—. ¿Cuál le parece que sería el mejor lugar, señora? ¿Desde la terraza, dado que es el punto más elevado? ¿O quizás cerca de la estatua del parque que, al estar en el centro, permitiría que la multitud la rodee, aumentando así la posibilidad de que todos oigan sus palabras?

—Creo que, con este calor, si la ponen en el parque cogerá una insolación —repliqué. La temperatura sin duda rondaba los treinta grados, y la humedad, el noventa por ciento—. ¿Qué tipo de declaraciones hará?

—Sólo un breve discurso sobre el tema de la lealtad, señora —dijo sin mucho énfasis—. Ah, ahí está su esposo, hablando con Kingsburgh; con su permiso, señora. —Volvió a inclinarse, se enderezó, se puso el sombrero y se alejó por el parque en dirección a Jamie y a Jocasta, que todavía estaban junto a Allan MacDonald, a quien se lo llamaba «Kingsburgh» a la manera escocesa, por el nombre de su finca en Skye.

Comenzaban a traer comida: cabezas de oveja hervidas, soperas de guiso, una enorme tina de sopa a la Reina, en clara referencia a la invitada de honor; bandejas de pescado, pollo y conejo frito; lonchas de venado al vino tinto, salchichas ahumadas, *Forfar bridies*, *inky-pinky*, pavos asados, pastel de paloma; platos de col con puré, puré de nabos, manzanas asadas rellenas de calabaza desecada, tartaletas de calabacín, de maíz, de setas; gigantescas cestas rebosantes de bollos frescos, pasteles y otros panes... Yo sabía muy bien que todo aquello no era más que el preludio de la barbacoa, cuyo suculento aroma flotaba en el aire:

una gran cantidad de puercos, tres o cuatro reses vacunas, dos ciervos, y el plato fuerte, un bisonte de los bosques, obtenido sólo Dios sabía cómo o dónde.

Un murmullo de placentera expectativa se elevó en torno a mí cuando los asistentes se dirigieron a las mesas con la firme decisión de cumplir con el deber que la ocasión les exigía.

Jamie aún se mantenía bien pegado a la señora MacDonald; le servía un plato de algo que desde lejos parecía ensalada de brócoli. Levantó la vista, me vio e hizo un gesto para indicarme que fuera hacia ellos; pero yo negué con la cabeza y señalé con mi abanico las mesas, a las que los invitados se iban sentando.

No quería perderme la oportunidad de preguntar por Manfred McGillivray antes de que el estupor de la saciedad embargara a los comensales, así que me interné en la lid, aceptando los bocados que me ofrecían diversos sirvientes y esclavos, deteniéndome a hablar con los conocidos que veía, en particular los provenientes de Hillsboro. Sabía que Manfred había pasado mucho tiempo allí, recibiendo encargos para construir armas, entregando los productos terminados y haciendo pequeñas tareas de reparación. Pero ninguno de aquéllos con los que hablé lo había visto, aunque casi todos lo conocían.

—Agradable mozo —me dijo un caballero—. Lo echamos mucho de menos. Con excepción de Robin, son pocos los armeros que hay entre aquí y Virginia.

Yo sabía que eso era así, y por eso me pregunté si Jamie estaría teniendo suerte en su busca de los mosquetes que necesitaba. Tal vez tuviera que recurrir a los contrabandistas que sir John conocía.

Acepté un pastelillo de la bandeja que me ofreció un esclavo que pasaba por mi lado y seguí adelante, mascando y charlando. Se hablaba mucho de una serie de inflamados artículos que habían aparecido recientemente en el *Chronicle*, el periódico local, cuyo propietario, un tal Fogart Simms, era mencionado con considerable simpatía.

—Simms es un tipo con coraje —dijo el señor Goodwin, meneando la cabeza—. Pero no creo que pueda seguir resistiendo. Hablé con él la semana pasada y me dijo que teme por su pellejo. Lo amenazaron, ¿sabes?

El tono de los comentarios me hizo suponer que el señor Simms era leal a la Corona, lo cual, según las diversas versiones que me dieron, parecía ser cierto. Se hablaba de que estaba a punto de salir un periódico rival, dedicado a apoyar los proyectos de los simpatizantes de los whigs, sus incautas denuncias de tiranía y llamadas a derrocar al rey. Nadie sabía exactamente quién se encontraba detrás de la empresa, pero se decía, con gran indignación, que traerían a un impresor del norte, donde las gentes eran muy dadas a tan perversas ideas.

Yo no me había sentado a comer formalmente, pero al cabo de una hora de avanzar con lentitud entre huestes de atareadas quijadas y manadas errantes de bandejas de aperitivos, me sentía como si me encontrara en un banquete de la corte francesa.

La presente ocasión era más informal, pero no mucho menos prolongada. Después de pasar una hora con los entrantes, la humeante barbacoa se trasladó desde los pozos cercanos a los establos hasta el parque sobre parruelas de madera cargadas a hombros de los esclavos. La visión de inmensas piezas de carne vacuna, cerdo, venado y bisonte, relucientes de aceite y de vinagre y rodeados por cientos de calcinados cuerpos, más pequeños, de paloma y de codorniz, fue recibida con aplausos por los comensales, que a esas alturas ya estaban bañados en sudor, pero no por ello perdían el entusiasmo.

Jocasta, sentada junto a su invitada, parecía profundamente complacida por el sonido con el que los invitados expresaban su agradecimiento por su hospitalidad, y se inclinó hacia Duncan, sonriéndole y posando una mano sobre su brazo mientras le decía algo. Duncan ya no parecía nervioso, gracias a que se había tomado uno o dos litros de cerveza y casi una botella entera de whisky, y también parecía estar divirtiéndose. Le dedicó una amplia sonrisa a Jocasta, aventurándose después a hacerle una observación a la señora MacDonald, quien se echó a reír por lo que fuera que él le hubiese dicho.

No tuve más remedio que admirarla; estaba asediada por todos lados por personas que querían decirle algo, pero mantenía un admirable aplomo, mostrándose amable con todo el mundo, por más que eso significara, a veces, permanecer sentada durante diez minutos con un bocado de comida en el tenedor suspendido en el aire, mientras escuchaba alguna historia interminable. Al menos, estaba a la sombra, y Phaedre, vestida de muselina blanca, no se movía de su lado, haciéndole viento y espantándole las moscas con un gran abanico hecho de frondas de palma.

—¿Limonada, señora? —Un agobiado esclavo me presentó una bandeja, otra más, de donde cogí un vaso. El sudor me chorreaba, las piernas me dolían, y tenía la garganta seca de tanto hablar. Para ese momento, no me importaba qué contuviera el vaso, siempre que se tratase de algo líquido.

Pero al probarlo, cambié de opinión al instante; era zumo de limón con agua de cebada, y aunque en efecto se trataba de líquido, sentí más deseos de echármelo por el cuello de mi vestido que de beberlo. Me acerqué, procurando pasar inadvertida, a una mata de codeso con intención de verter allí mi trago, pero antes de que pudiera hacerlo, me lo impidió la aparición de Neil Forbes, que salió de detrás de ella.

Se sobresaltó tanto al verme como yo al verlo a él; retrocedió con un respingo y lanzó una veloz mirada por encima del hombro. Miré en esa dirección y divisé a Robert Howe y Cornelius Harnett, que se alejaban, cada uno en una dirección. Resultaba evidente que los tres habían estado hablando tras la mata de codeso.

—Señora Fraser —dijo—. A sus órdenes.

Le respondí con una reverencia y un vago murmullo cortés. Hubiera querido deslizarme y seguir mi camino, pero él se inclinó hacia mí, evitando mi fuga.

—Me han dicho que a su esposo le ha dado por colecciónar armas de fuego, señora Fraser —me dijo en un tono bajo y muy poco amistoso.

—¿De veras? —Yo llevaba un abanico abierto. Lo agité frente a mi nariz con aire lúgido, ocultando la mayor parte de mi expresión. —Y quién le ha dicho semejante cosa?

—Uno de los caballeros con los que él se puso en contacto para tal fin —dijo Forbes.

El abogado era fornido y le sobraba un poco de peso; tal vez el matiz rojo de sus mejillas se debiera más a eso que al disgusto. O tal vez no.

—Si me permite abusar de su bondad, señora, le aconsejaría que ejerciera su influencia sobre él y que le sugiriera que ése no es el camino más prudente.

—Para empezar —dije—, ¿exactamente qué camino cree usted que está tomando mi marido?

—Uno poco recomendable, señora —dijo—. Como prefiero ver el asunto a la luz más favorable que puedo, doy por sentado que busca las armas para armar a su propia compañía de milicianos, lo cual es legítimo, aunque preocupante; cuán deseable o no sea tal proceder se verá en sus acciones ulteriores. Pero sus relaciones con los cherokee son bien conocidas, y se rumorea que es posible que las armas terminen en manos de los salvajes, con el fin de que éstos las vuelvan contra los súbditos de su majestad que pretendan oponerse a la tiranía, los abusos y la corrupción, tan difundidos entre los funcionarios que gobiernan (si es que puede emplearse un término tan amplio para referirse a sus acciones) esta colonia.

Le dirigi una larga mirada por encima de mi abanico.

—Si no fuera porque ya sé que es usted abogado, sus palabras me lo habrían confirmado. Me ha parecido entender que sospecha que mi marido quiere darles armas a los indios y que eso no le agrada. Por otro lado, si sus deseos fueran, en cambio, armar a su propia milicia, eso podría ser algo bueno, siempre y cuando dicha milicia actúe según sus designios. ¿Es así?

Un chispazo de diversión cruzó sus ojos hundidos.

—Su perspicacia me asombra, señora —dijo Forbes.

—Muy bien. Pero ¿podría preguntarle cuáles son sus designios? No le preguntaré qué le hace pensar que Jamie debería acatarlos.

Se echó a reír y sus pesadas facciones enrojecieron aún más.

—Deseo justicia, señora; la caída de los tiranos y la causa de la libertad —respondió—. Lo mismo que desea todo hombre honesto.

«... Sólo por la libertad, a la que ningún hombre honesto renuncia, sino al morir». La frase resonó en mi cabeza, y mi expresión debió de mostrarlo porque Forbes me miró con intensidad.

—Tengo en alta estima a su marido, señora —me dijo en voz baja—. ¿Le contaré lo que le acabo de decir? —Hizo una reverencia, se volvió y se marchó,

sin esperar mi asentimiento.

No había bajado la voz al hablar de tiranos y de libertad; vi que las cabezas de quienes estaban cerca se volvían hacia él y que, a su paso, se formaban grupos que murmuraban.

Preocupada, bebí un sorbo de limonada y me vi obligada a tragármela repugnante líquido. Luego fui en busca de Jamie, que seguía cerca de Allan MacDonald, pero se había apartado un poco y conversaba en privado con el mayor MacDonald.

Las cosas iban más de prisa de lo que yo había supuesto. Creía que las ideas republicanas aún estaban en minoría en esa parte de la colonia, pero el hecho de que Forbes hablara tan abiertamente en una reunión pública daba a entender que iban ganando terreno.

Me volví para mirar al abogado y vi que dos hombres, con los rostros tensos por la ira y la sospecha, le salían al paso. Estaba demasiado lejos para oír qué decían, pero sus posturas y sus expresiones eran elocuentes. Intercambiaban palabras con creciente vehemencia, y eché un vistazo en dirección a Jamie; la última vez que había asistido a una barbacoa en River Run, en los días anteriores a la guerra de la Regulación, se había producido una pelea en el parque, y ahora tenía la impresión de que era muy posible que algo así volviera a ocurrir. El alcohol, el calor y la política caldeaban los ánimos en cualquier reunión, más aún en una reunión formada por highlanders.

Y tal vez se habría producido una pelea (ya que más hombres se congregaron en torno a Forbes y sus dos oponentes, cerrando los puños, preparándose) de no ser porque el gran gong de Jocasta retumbó desde la terraza, haciendo que todos levantaran la vista, sobresaltados.

El mayor estaba de pie sobre un barril de tabaco, con las manos en alto, sonriéndole a la multitud con el rostro enrojecido.

—*Ceud mile failte!* —exclamó, y le respondieron aplausos entusiastas—. ¡Y les damos la bienvenida cien mil veces a nuestros honorables invitados! —continuó en gaélico, señalando a los MacDonald, que ahora estaban a su vera, asintiendo con la cabeza y sonriendo ante los aplausos.

Tras unas pocas observaciones preliminares, Jamie y Kingsburgh alzaron con cuidado a la señora MacDonald, quien, tras tambalearse ligeramente sobre el barril, recuperó el equilibrio apoyándose en las cabezas de ambos, sonriendo ante las risas de los asistentes.

Le dedicó una sonrisa radiante a la multitud, que se la devolvió de manera unánime y calló de inmediato para escucharla.

Tenía una voz clara y aguda y era evidente que estaba acostumbrada a hablar en público, algo muy inusual en una mujer de esa época. Tras dar las gracias con amabilidad a sus anfitriones, a la comunidad escocesa que los había recibido a ella y a su familia con tanta calidez y generosidad, y a los asistentes, se embarcó

en una vehemente exhortación contra lo que llamó « las facciones», instando a sus oyentes a participar en la sofocación de ese peligroso movimiento, que no podía sino causar gran agitación y amenazar la paz y la prosperidad que tantos de ellos habían alcanzado en esa bella tierra tras arriesgarlo todo por obtenerlas.

Y entonces me di cuenta con una leve commoción de que tenía razón. Había oido a Bree y a Roger discutir el tema, ¿por qué los highlanders, que tanto habían sufrido bajo el dominio de Inglaterra, tenían que luchar en el bando inglés, como tantos de ellos harían en su momento?

—Porque tienen algo que perder y muy poco que ganar —había explicado Roger con paciencia—. Y saben mejor que otros cómo es luchar contra los ingleses. ¿Acaso crees que los que sobrevivieron a la limpieza de las Highlands que encabezó Cumberland, lograron ir a América y reconstruyeron sus vidas desde la nada, están ansiosos por volver a sufrir esa experiencia?

—Pero ¿cómo no van a querer luchar por la libertad? —había alegado Bree.

Él la miró con aire cínico.

—Ya tienen libertad, mucha más de la que nunca han tenido en Escocia. Saben muy bien que se arriesgan a perderla si hubiera una guerra. Y además —añadió—, no olvides que casi todos han formulado un juramento de lealtad a la Corona. No lo van a violar a la ligera, menos aún por algo que parece tratarse de otra commoción política disparatada y, sin duda, de corta vida. Es como... —arrugó la frente, buscando una analogía adecuada— como los Panteras Negras o el movimiento por los derechos civiles. Cualquiera puede entenderlos desde el punto de vista del idealismo, pero para mucha gente de clase media, todo el asunto era aterrador, y sólo querían que pasara para que la vida siguiera transcurriendo en paz.

Distinguí a Brianna a orillas del gentío; con los ojos entornados, evaluaba, pensativa, mientras Flora MacDonald hablaba de las virtudes de la lealtad con su voz aguda y clara.

Oí una suerte de bufido muy cerca de mí y al volverme vi a Neil Forbes, cuyas pesadas facciones expresaban desaprobación. Vi que ahora tenía refuerzos: tres o cuatro caballeros estaban muy cerca de él, mirando a uno y otro lado, aunque procuraban disimularlo. A juzgar por el ánimo del gentío, pensé, tenían una desventaja numérica de aproximadamente doscientos contra uno, y, a medida que la bebida los afectaba y que el discurso proseguía, los doscientos se veían cada vez más empecinados en sus opiniones.

Desvié la vista y volví a ver a Brianna, dándome cuenta de que ahora también ella contemplaba a Neil Forbes, quien le devolvía la mirada. Ambos eran más altos que los que los rodeaban, y se clavaban la vista por encima del gentío que los separaba; él, con animosidad, ella, con desdén. Ella lo había rechazado, sin tacto alguno, cuando él le pidió la mano hacía algunos años. No cabía duda de que Forbes no estaba enamorado entonces, pero tenía un

considerable grado de autoestima y no era del tipo de personas que se toman tal desaire público con resignación filosófica.

Brianna volvió la cabeza con frialdad y le murmuró algo a la mujer que tenía junto a ella. Oí que él gruñía otra vez y que les decía algo en voz baja a sus compatriotas, tras lo cual todos ellos se marcharon, volviéndole la espalda con insolencia a la señora MacDonald, que seguía hablando.

Se abrieron paso entre la apretada multitud, seguidos de murmullos de indignación, aunque nadie se ofreció a detenerlos; la ofensa que implicaba su partida quedó sofocada por el prolongado estallido de aplausos que saludó la conclusión del discurso. Sonaron las gaitas, se dispararon tiros al aire y se oyeron vítores organizados de « hip, hip, ¡hurra! », conducidos por el mayor MacDonald. En el generalizado alboroto nadie habría notado la partida de unos pocos whigs disgustados.

Encontré a Jamie a la sombra del mausoleo de Hector.

—Ha sido un éxito atronador, ¿verdad? —pregunté.

—Vaya —repuso él, vigilando con recelo a un caballero que intentaba cargar su mosquete—. Mira a ese hombre, Sassenach.

—Es demasiado tarde para que le dispare a Neil Forbes. ¿Has visto cómo se ha marchado?

Jamie asintió con la cabeza, atándose la coleta con el cordel de cuero.

—Fue lo más parecido que pudo hacer a una declaración abierta sin subirse al barril junto a Fionnaghala.

—Lo que lo habría convertido en un excelente blanco. —Estudié al caballero del rostro enrojecido, que en ese momento se vertía pólvora sobre los zapatos—. Me parece que no tiene balas.

—Bueno, mejor. —Jamie le restó importancia—. El mayor MacDonald está en forma, ¿verdad? Me dijo que ha organizado que la señora MacDonald ofrezca discursos como éste en distintos puntos de la colonia.

—Doy por sentado que con él como representante...

—Supongo.

A Jamie no parecía agradarle esa perspectiva. De hecho, se le veía bastante sombrío. El relato de mi conversación con Neil Forbes no mejoraría su ánimo, pero de todas formas se lo conté.

—Bueno, era inevitable —dijo—. Tenía la esperanza de mantener el asunto en secreto, pero tal y como están las cosas con Robin McGillivray, no tengo más remedio que buscar donde pueda, por más que eso haga que se conozcan mis intenciones. Y que se hable de ellas. —Volvió a moverse, inquieto.

» ¿Te encuentras bien, Sassenach? —me preguntó de pronto, mirándome.

—Sí. Pero tú no, ¿verdad? ¿Qué ocurre?

—Oh, no es nada. Nada que no supiera ya. Pero es distinto, ¿no? Uno cree que está preparado, pero cuando se encuentra cara a cara con lo que debe hacer,

daría cualquier cosa por que no fuera así.

Miró hacia el parque, alzando el mentón para señalar a la multitud. Un mar de tartán cubría el césped. A la sombra, en la terraza, tocaba un gaitero, y el sonido de su *priobreachd* daba un contrapunto agudo y penetrante al zumbido de las conversaciones.

—Ya sabía que algún dia debería enfrentarme solo a unos cuantos de ellos. Que pelearía con amigos y parientes. Pero cuando me encontré aquí parado, con la mano de Fionnaghal sobre mi cabeza, como si me bendijera, cuando los miré a todos a la cara y vi cómo recibían sus palabras, cómo se los veía cada vez más resueltos... de pronto fue como si una gran cuchilla hubiera caído del cielo y me hubiera separado de ellos para siempre. El momento se acerca... y no puedo detenerlo.

Tragó saliva y apartó la mirada. Le tendí la mano. A fin de cuentas, era por mi culpa que se encontraba allí, en ese pequeño Getsemani.

De todas maneras, aceptó mi mano, sin mirarla, y me la estrechó con tanta fuerza que sentí que los huesos se oprimían entre sí.

—¿«Señor, aparta de mí este cáliz»? —pregunté.

Asintió con la cabeza. Despues me miró, sonriendo un poco, pero con tanto dolor en los ojos que contuve el aliento, con el corazón conmovido.

Aun así, sonreía, y tras enjugarse la frente con la mano, estudió sus dedos mojados.

—Bueno —dijo—. Es sólo agua, no sangre. Viviré.

«Tal vez no», pensé de pronto, espantada. Pelear del lado del bando ganador era una cosa; sobrevivir, otra, muy distinta.

Notó mi expresión y dejó de apretarme la mano.

—«Pero no se haga mi voluntad, sino la Tuya» —dijo—. Al casarme contigo, escogí mi destino, aunque no lo sabía en ese momento. Pero ya lo he elegido, y ahora no puedo echarme atrás, aunque quisiera hacerlo.

—¿Lo harías? —pregunté, mirándolo a los ojos.

Él negó con la cabeza.

—¿Y tú? Porque tú escogiste tanto como yo.

También yo negué con la cabeza, y sentí, cuando me miró con ojos ahora despejados como el brillante cielo, que su cuerpo se relajaba un poco. Entonces, un grupo de muchachas se acercó lo suficiente como para oír lo que decíamos y cambiamos a un tema menos arriesgado.

—¿Has tenido noticias del pobre Manfred?

—¿Así que ahora es el pobre Manfred?

—Bueno, tal vez sea un joven perro inmoral, y haya causado muchos problemas, pero no por ello merece morir.

Me pareció que no estaba totalmente de acuerdo con mi opinión, pero dejó las cosas como estaban.

—Verás como aparece —me aseguró—. Sin duda, en el lugar menos apropiado.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Que yo haya llegado a ver este dia! ¡Gracias, señor, de corazón! —Era la señora Bug, arrebolada de calor, cerveza y felicidad, abanicándose tanto que parecía que iba a darle un ataque. Jamie le sonrió.

—¿Has podido oír bien, *mo chridhe*?

—¡Oh, sí, señor! —le aseguró ella con fervor—. ¡Cada palabra! Arch me encontró un buen lugar, junto a los tiestos de florecillas, donde pude escuchar el discurso sin que me aplastaran. —Había estado a punto de morir de excitación cuando John le ofreció llevarla a la barbacoa. Claro que Arch iba a ir, de todas formas, pero la señora Bug no había salido del cerro desde que llegó allí muchos años atrás.

A pesar de mi inquietud por la atmósfera de hondo realismo que nos rodeaba, su efervescente deleite era contagioso, y no pude por menos que sonreí mientras Jamie y yo nos turnábamos para responder a sus preguntas; era la primera vez que veía esclavos negros de cerca, y le parecían de una exótica belleza, ¿eran muy caros? ¿Y había que enseñarles a vestirse y a hablar como es debido? Porque había oido decir que África era un lugar pagano, donde las gentes iban desnudas por completo y se mataban entre sí con lanzas, como se hacía con los jabalís, y, hablando de desnudeces, la estatua esa del muchacho soldado en el parque era un escándalo, ¿no nos parecía? ¡Detrás de ese escudo no llevaba ni un trapo! ¿Y por qué tenía a los pies esa cabeza de mujer? Y ¿me había fijado? ¡Sus cabellos eran serpientes! ¡Qué cosa tan horrible! ¿Y quién era el tal Hector Cameron que estaba sepultado en esa tumba? Oh, ¿de modo que era el difunto marido de la señora Innes? Y ¿cuándo se había casado ella con el señor Duncan, a quien había conocido y que era un hombre tan dulce, de mirada bondadosa?, qué pena que hubiera perdido el brazo, ¿había sido en alguna batalla? Y... ¡oh, miren! ¡El marido de la señora MacDonald, hombre de bella estampa, por cierto, iba a hablar también!

En efecto, Allan MacDonald subía al podio, que en su caso era un mero taburete, pues sin duda el barril habría parecido una exageración, y cierta cantidad de personas, muchas menos que las que habían escuchado a su esposa, pero de todas formas, un número respetable, se arremolinaban a su alrededor con expresión atenta.

—¿Por qué no vienen a escucharlo? —La señora Bug ya iba en camino, revoloteando como un colibrí.

—Oigo bien desde aquí —le aseguró Jamie—. Ve tú, *a nighean*.

La anciana se retiró, zumbando de excitación. Con cuidado, Jamie se llevó las manos a las orejas para asegurarse de que seguían en su lugar.

—Has sido muy amable al traerla —le dije, riendo—. Debía de hacer medio siglo que la pobre no se divertía tanto.

—No —dijo él con una sonrisa—. Es probable que...

Se detuvo de golpe, frunciendo el ceño al ver algo por encima de mi hombro.

Era Jocasta, blanca como la leche y desgreñada. Se tambaleaba ante la puerta lateral, y se habría caído de no haber sido porque Jamie se acercó a toda prisa y la sostuvo enlazándole la cintura con un brazo.

—Santo Dios, tía. ¿Qué te ocurre? —Él habló en voz baja para no llamar la atención, y mientras lo hacía la llevaba de regreso al interior de la casa.

—Oh, Dios, oh, Dios misericordioso, mi cabeza —susurró. Su mano se abría como una araña sobre su cara, cubriendole el ojo izquierdo de manera que los dedos apenas si le tocaban la piel—. Mi ojo.

La venda de lino que usaba en público estaba arrugada y manchada de humedad; las lágrimas le manaban, pero no estaba llorando. Era lacrimación: un ojo estaba lleno de agua, y mucho. Los ojos le lloraban, pero el izquierdo era el peor; el borde del lino estaba empapado y la mejilla relucía, mojada.

—Debo mirar ese ojo —le dije a Jamie—. Llévala al recibidor. —Era el lugar más cercano y todos los invitados estaban fuera o cruzaban por el vestíbulo para ir a ver el espejo del príncipe—. ¡No! —Fue casi un grito—. ¡No, ahí no!

Jamie me miró con desconcierto, pero le habló a ella en tono tranquilizador:

—Bueno, tía, no te preocupes. Te llevaré a tu habitación. Vamos, pues.

Se inclinó y la alzó en brazos como si fuera una niña.

—Llévala. Ya voy.

Yo había divisado a una esclava llamada Angelina, y me apresuré a alcanzarla. Le di mis órdenes, tras lo cual me precipité de regreso a la escalera, deteniéndome durante un instante a contemplar el pequeño recibidor.

No había nadie, aunque la presencia de copas de ponche vacías y el fuerte olor a tabaco de pipa indicaban que era probable que Jocasta se hubiera instalado en ese aposento. Su costurero estaba abierto, y de su interior salía alguna prenda a medio coser que colgaba hacia un lado como un conejo muerto.

Niños, quizás, pensé; también habían sacado varios carretes de hilo, que, esparcidos, derramaban sus colores por el suelo. Vacilé, pero el instinto fue más fuerte que yo, y recogí apresuradamente los carretes y volví a meterlos en la cesta. Metí el tejido encima del conjunto, pero retiré la mano de golpe y solté una exclamación.

La sangre brotaba de un pequeño tajo en un costado de mi pulgar. Me lo metí en la boca y chupé con fuerza para aplicarle presión a la herida, mientras seguía hurgando con más cautela en las profundidades del costurero para ver con qué me había cortado.

Un cuchillo, pequeño pero eficaz. Era posible que lo usaran para cortar los hilos de bordar. Suelta, en el fondo del costurero, había una vaina de cuero repujado para guardarlo. Deslicé el cuchillo en su vaina, cogí la aguja que había ido a buscar y cerré la tapa abatible de la cesta de labores antes de ir a toda prisa

hacia la escalera.

Allan MacDonald había terminado su breve discurso; desde fuera llegaron fuertes aplausos, mezclados con gritos y vítores de aprobación en gaélico.

—Malditos escoceses —murmuré entre clientes—. ¿Es que nunca aprenderán?

Pero no tenía tiempo para contemplar las implicaciones del talento de los MacDonald para enardecer a una turba. Cuando llegó a lo alto de la escalera, detrás de mí venía un esclavo, resollando bajo el peso de mi caja de medicamentos, mientras que otro subía, con más cautela, una olla con agua caliente de la cocina.

Jocasta estaba en su gran sillón, doblada, gimiendo, con los labios tan apretados que no se le veían. Jamie le masajeaba la espalda, susurrándole algo en gaélico; levantó la mirada con un alivio evidente cuando entré.

Yo sospechaba desde hacía tiempo que el motivo de la ceguera de Jocasta era el glaucoma, una creciente presión en el interior del globo ocular que, de no tratarse, puede llegar a dañar el nervio óptico. Ahora, estaba del todo segura de que era así. Es más, sabía qué forma de la enfermedad la aquejaba; era evidente que estaba sufriendo un ataque de glaucoma de ángulo cerrado, el tipo más peligroso.

Aún no había tratamiento para el glaucoma; la condición misma todavía no había sido identificada como tal. Incluso aunque lo hubiera sido, ya era demasiado tarde. Sin embargo, había algo que yo podía hacer con la situación inmediata, y temí que fuera necesario.

—Pon un poco de esto a hervir —le dije a Angelina cogiendo el frasco de cúrcuma canadiense de mi caja y poniéndoselo en las manos—. Y tú —le dije al otro esclavo, un hombre cuyo nombre no conocía—, pon el agua al fuego hasta que vuelva a hervir, busca unos trapos limpios y mételos en la olla hirviendo.

Mientras hablaba, saqué la pequeña lámpara de alcohol que llevaba en mi caja. El fuego del hogar casi se había extinguido, pero aún quedaban unas ascuas; tras inclinarme a encender la mecha, cogí la aguja que había sacado del costurero, un trozo de acero de casi ocho centímetros de largo que se empleaba para reparar alfombras.

—No irás a... —comenzó a decir Jamie, y se interrumpió, tragando.

—Debo hacerlo. No hay más remedio. Cógele las manos. Estaba casi tan pálido como Jocasta, pero asintió y se apoderó de los dedos que buscaban a tientas, apartándole las manos de la cabeza.

Levanté la venda de lino. El ojo izquierdo, inyectado en sangre, abultaba de manera perceptible bajo el párpado. En torno a él afloraban las lágrimas, que rebosaban en un constante manar. Incluso sin tocarlo, percibí la presión en el interior del globo ocular, y la repulsión me hizo apretar los dientes.

No podía hacer otra cosa. Con una rápida oración a santa Clara, patrona de

las afecciones de la vista, además de mi propia santa tutelar, pasé la aguja por la llama de la lámpara y mojé con alcohol un trapo, con el que le quité el hollín.

Tragando un repentino exceso de saliva, separé los párpados del ojo afectado con una mano, encomendé mi alma a Dios y clavé con fuerza la aguja en la esclerótica, cerca del borde del iris.

Cerca de mí percibí una tos, el sonido de un líquido al derramarse sobre el suelo, un hedor a vómito, pero no podía distraermee. Extraje la aguja con cuidado, aunque con tanta rapidez como me fue posible. En un instante, Jocasta se había puesto rígida, paralizándose por completo, con sus manos aferradas a las de Jamie. No se movió en absoluto, sino que emitió unos breves y conmocionados jadeos, como si temiera moverse aunque sólo fuera para respirar.

Del ojo se escurrió un fluido, el humor vítreo, un poco turbio, apenas lo suficientemente espeso como para distinguirlo cuando corrió sobre la superficie de la esclerótica. Yo seguía manteniéndole abiertos los párpados; con mi mano libre, cogí uno de los trapos sumergidos en la infusión de cúrcuma canadiense, lo estrujé para quitarle el exceso de líquido y se lo apliqué al rostro con suavidad. Jocasta jadeó al sentir su calor sobre la piel, soltó sus manos y asió el trapo.

Entonces la solté, permitiéndole que se apoderara del trapo caliente y que se lo apretara contra el cerrado ojo izquierdo; el calor le aliviaría un poco.

Oí el sonido de unos pies ligeros que subían por la escalera y cruzaban el vestíbulo; era Angelina, que entró jadeando, con un puñado de sal en una mano y una cuchara en la otra. Eché la sal de su húmeda palma en la olla de agua caliente y le indiqué que revolviera hasta disolverla.

—¿Has traído el láudano? —le pregunté en voz baja. Jocasta, con los ojos cerrados, estaba recostada en su silla, rígida como una estatua.

—No he podido encontrar el láudano, señora —me susurró Angelina, dirigiéndole una mirada atemorizada a Jocasta—. No sé quién lo habrá cogido; los únicos que tienen la llave son el señor Ulysses y la propia señora Cameron.

—Ulysses te abrió el gabinete de los medicamentos, ¿sabe ya que la señora Cameron está enferma?

—¡Oh, sí, señora! Si se enterara sin que yo se lo hubiera dicho, se enfurecería. Dice que si ella quiere verlo, que lo busque de inmediato; si no, me indicó que le dijera a la señora Cameron que no se preocupara, que él se encargaría de todo.

Al oír esto, Jocasta lanzó un largo suspiro y sus apretados puños se aflojaron un poco.

—Que Dios lo bendiga —murmuró, con los ojos cerrados—. Sin duda que se hará cargo de todo. Estaría perdida sin él, perdida.

Su cabello blanco estaba empapado a la altura de las sienes, y el sudor le corría hasta las puntas y caía sobre sus hombros.

Angelina le desató el vestido y el corsé a Jocasta y se los quitó. Después, le

pedí a Jamie que la acostara, vestida con su justillo y con una gruesa capa de toallas bajo la cabeza. Llené una de mis jeringas hechas con colmillo de serpiente con agua salada tibia y, mientras Jamie, de mala gana, le mantenía los párpados abiertos, le irrigué el ojo con cuidado, en la esperanza de evitar que el pinchazo se infectara. La herida en sí era un diminuto punto escarlata en la esclerótica, sobre el que se veía una pequeña ampolla. Noté que Jamie no podía mirarla sin pestañear, y le sonreí.

—Se pondrá bien —dijo—. Puedes marcharte, si quieres.

Jamie asintió y se dispuso a irse, pero Jocasta extendió la mano.

—No, quédate, *a chuisse*; si quieres. —Dijo esto último sólo para guardar las formas: lo había cogido de la manga, aterrándolo con tanta fuerza que los dedos se le pusieron blancos.

—Sí, tía, por supuesto —respondió él con calma, y puso su mano sobre la de ella, oprimiéndola para tranquilizarla. Aun así, ella no lo soltó hasta que él se sentó a su vera.

—¿Quién más está aquí? —preguntó volviendo la cabeza a uno y otro lado con aire preocupado—. ¿Ya se han ido los esclavos?

—Sí, han ido a ayudar a servir la comida. Sólo quedamos Jamie y yo.

Cerró los ojos y tomó aire, respirando con un profundo estremecimiento; sólo entonces comenzó a relajarse un poco.

—Bien. Debo decirte algo, sobrino, que nadie más debe oír. Sobrina —dijo, señalándome—, ve a ver si estamos realmente solos.

Obediente, me asomé al vestíbulo. No se veía a nadie, aunque desde una habitación al otro lado del vestíbulo llegaban voces; risas, tremendos siseos y golpes producidos por muchachas que parloteaban. Cerré la puerta y los sonidos de la casa retrocedieron, amortiguados hasta convertirse en un murmullo distante.

—¿Qué ocurre, tía? —Jamie aún la tenía de la mano, cuyo dorso acariciaba una y otra vez con un grueso pulgar, con el ritmo tranquilizador que le había visto emplear con animales nerviosos.

—Ha sido él. ¡Está aquí!

—¿Quién está aquí, tía?

—¡No lo sé! —Sus ojos giraron, desesperados, en una y otra dirección.

Jamie me miró alzando las cejas, aunque se daba cuenta, tanto como yo, de que ella no deliraba.

—Ha venido a buscar el oro —dijo bajando la voz—. El oro del francés.

—¿Ah, sí? —dijo Jamie con cautela.

Jocasta suspiró con impaciencia y movió la cabeza, pero de pronto se detuvo, emitió una sofocada exclamación de dolor y se cogió la cabeza con ambas manos, como si quisiera mantenerla en su lugar.

Respiró hondo durante un momento, apretando los labios. Luego bajó las

manos despacio.

—Comenzó anoche —dijo—. El dolor en el ojo.

Había despertado por la noche sintiendo que el ojo le latía con un dolor que se le extendió gradualmente por el costado de la cabeza.

—Ya me había ocurrido antes, ¿sabes? —explicó. Se incorporó hasta quedar sentada en la cama; su aspecto había mejorado un poco, aunque seguía sosteniendo el paño caliente contra el ojo—. Cuando empecé a perder la vista. A veces, era en un ojo; otras, en los dos. En cualquier caso, siempre sabía cómo seguiría.

Pero Jocasta MacKenzie Cameron Innes no era mujer que permitiera que una mera indisposición corporal interfiriese en sus planes, y menos aún que interrumpiera lo que prometía ser el acontecimiento social más importante de la historia de Cross Creek.

—Me disgusté mucho. ¡Justo el día en que venía Flora MacDonald!

Pero ya estaba organizado todo; las reses ya estaban condimentadas y asándose en sus fosos, barriles de cervezas fuerte y suave aguardaban junto a los establos y el aire estaba colmado de la fragancia a pan caliente y judías que salía de la cocina. Los esclavos estaban bien aleccionados, y ella confiaba en que Ulysses se ocuparía de todo. Pensó que lo único que tendría que hacer sería mantenerse en pie.

—No quería tomar opio ni láudano —explicó—, porque sin duda me harían dormir. De modo que me limité al whisky.

Era una mujer alta, y estaba más que habituada a una ingestión de bebidas espirituosas que habrían derribado a un hombre moderno. Para el momento en que llegó Flora MacDonald, ya se había bebido la mayor parte de una botella; pero el dolor empeoraba.

—Y entonces el ojo empezó a lagrimear de tal manera que todos se habrían dado cuenta de que algo andaba mal, y yo no quería que eso ocurriera. De modo que me vine a mi sala de estar; había tenido la precaución de meter un botellín de láudano en mi cesta de labores, por si no me bastaba con el whisky.

» Fuera, las gentes se arracimaban como piojos, tratando de echarle un vistazo o de decirle algo a la señorita MacDonald, pero me pareció que no había nadie en la sala de estar, en la medida en que me lo permitían el martilleo que sentía en la cabeza, y el ojo, que parecía a punto de estallar —dijo esto último con toda naturalidad, pero vi que Jamie daba un respingo; era evidente que el recuerdo de lo que yo había hecho con la aguja aún estaba fresco en su cabeza.

Jocasta contó cómo, tras beber unos sorbos del botellín de láudano, se sentó a esperar que surtiera efecto.

—No sé si alguna vez has tomado esa cosa, sobrino, pero produce una sensación extraña, como si una fuese a disolverse por los bordes. Si tomas una gota de más, aunque estés ciega, comienzas a ver cosas que no están ahí, y

también a oírlas.

Entre el efecto del láudano, el de la bebida y el ruido de la multitud, no oyó pisada alguna, y, cuando la voz sonó cerca de ella, pensó durante un momento que se trataba de una alucinación.

—« Así que aquí estás, muchacha», me dijo —nos contó Jocasta, y su rostro se puso aún más blanco al recordar—. « Me recuerdas ¿verdad?» .

—Supongo que sí lo recordarías, tía —dijo secamente Jamie.

—Así es —repuso ella con igual sequedad—. Había oído esa voz en dos ocasiones anteriormente. Una, en la Reunión, cuando se casó tu hija; la otra, hace más de veinte años, en una posada cerca de Coigach, en Escocia.

Se quitó el paño mojado de la cara y lo devolvió sin vacilar al cuenco de agua tibia. Sus ojos estaban rojos e hinchados, inflamados sobre la piel pálida, y, en su ceguera, parecían de una vulnerabilidad terrible; pero Jocasta era dueña de sí misma otra vez.

—Sí, si lo conocía —repitió.

Se había dado cuenta en seguida de que conocía la voz; pero durante un momento, no pudo identificar a quién pertenecía. Y entonces, recordó, y, conmocionada, se aferró a un brazo de su sillón.

—« ¿Quién eres?» —preguntó con todas las fuerzas que pudo reunir.

El corazón le batía al compás del palpitarse de su cabeza y de su ojo, y sus sentidos nadaban en whisky y láudano. Tal vez fuera el láudano lo que parecía transformar el ruido de la gente en el rumor de un mar cercano, el sonido de las pisadas de un esclavo en el vestíbulo en el estrépito de los zuecos del dueño de la posada, subiendo por la escalera de su establecimiento.

—Yo estaba ahí. De verdad que estaba ahí. —A pesar del sudor que le corría por el rostro, vi que tenía la carne de gallina—. En la posada de Coigach. Oí el mar, oí a los hombres, Hector y Dougal, ¡los oía! Discutían en algún lugar a mis espaldas. Y el hombre enmascarado; lo vi —dijo, y volvió sus ojos ciegos hacia mí.

Esta vez, un escalofrío recorrió mi propia nuca. Hablaba con tal convicción que durante un instante pareció que en realidad me veía.

—Parado al pie de la escalera, tal como lo vi hace veinticinco años, con un cuchillo en la mano y mirándome por los agujeros de su máscara.

Y le dijo: « Sabes bien quién soy, muchacha», y a ella le pareció verlo sonreír, aunque, de una manera confusa sabía que sólo estaba oyendo su voz; nunca le había visto la cara, ni siquiera cuando aún conservaba la vista.

Estaba sentada en la cama, doblada, con los brazos cruzados sobre el pecho como para defenderse; su enmarañado cabello blanco le caía en desorden sobre la espalda.

—Ha regresado —dijo, y un súbito temblor convulsivo hizo que se estremeciera—. Ha venido en busca del oro; cuando lo encuentre, me matará.

Jamie posó la mano sobre el brazo de ella, procurando serenarla.

—Nadie te matará mientras yo esté aquí, tía —aseguró—. De modo que ese hombre estuvo en tu sala de estar y tú le reconociste la voz. ¿Qué más te dijó?

Ella seguía temblando, aunque un poco menos. Pensé que sería tanto como reacción a las elevadas dosis de láudano y de whisky como por temor.

—Dijo... dijo que había regresado para devolverle el oro a su legítimo propietario. Que nosotros sólo lo teníamos en fideicomiso y que, aunque no nos reclamaría por lo que Hector y yo gastamos, no era mío y nunca lo había sido. Que le dijera dónde estaba y que él se ocuparía de lo demás. Y después puso su mano sobre mí. —Dejó de abrazarse y le tendió un brazo a Jamie—. En mi muñeca. ¿Ves las marcas? ¿Las ves, sobrino? —Parecía ansiosa, y se me ocurrió de pronto que tal vez ella misma dudara de la existencia de su visitante.

—Sí, tía —dijo quedamente Jamie, tocándole la muñeca—. Hay marcas.

Las había: tres manchas amoratadas de forma oval.

—Me apretó, y después me retorció la muñeca con tal fuerza que creí que me la había roto. Luego me soltó pero no se alejó. Permaneció junto a mí, y sentí el calor de su aliento y su hedor a tabaco en la cara.

Le pedí que me diera la otra muñeca y le tomé el pulso. Era fuerte y rápido, pero cada tanto se saltaba un latido. Aunque no era de extrañar; me pregunté con qué frecuencia, y en qué cantidad, tomaría láudano.

—De modo que metí la mano en mi costurero, desenvainé el pequeño cuchillo y le tiré un puntazo a las pelotas —concluyó.

Jamie, sorprendido, se echó a reír.

—¿Y acertaste?

—Sí que lo hizo —dije antes de que Jocasta pudiese responder—. Vi sangre seca en la hoja.

—Bueno, eso le enseñará a no andar atemorizando a una indefensa mujer ciega, ¿verdad? —Jamie le dio una palmadita en la mano—. Bien hecho, tía. Entonces, ¿se ha ido?

—Así es. —El recuerdo de su éxito la había serenado mucho; soltó la mano que yo le cogía para incorporarse contra las almohadas. Se quitó la toalla que aún llevaba al cuello y, con una fugaz mueca de desagrado, la dejó caer al suelo.

Al ver que era evidente que se sentía mejor, Jamie dijo:

—Iré a ver si hay alguien cojeando por ahí —dijo, pero cuando llegó a la puerta, se detuvo y se volvió hacia Jocasta—: Tía, ¿has dicho que ya te habías encontrado dos veces con ese sujeto? ¿En la posada de Coigach, cuando los hombres bajaron el oro a tierra y también en la Reunión, hace cuatro años?

—Así es. Fue el último día. Entró en mi tienda cuando yo estaba sola. Me di cuenta de que había alguien, aunque al principio no habló. Se rió y dijo: « De modo que lo que cuentan es verdad. Estás totalmente ciega» .

Ella se levantó, enfrentando al visitante invisible, reconociendo su voz, pero

aún sin saber dónde la había oido antes.

—¿Así que no me conoces, señora Cameron? Fui amigo de tu esposo, aunque hace muchos años que no nos vemos. Fue en la costa de Escocia, una noche de luna.

Al recordar, ella se pasó la lengua por los labios resecos.

—Y, de pronto, recordé. Y le dije: « Tal vez esté ciega, pero lo conozco bien, señor. ¿Qué quiere? ». Pero ya se había marchado. Y al cabo de un instante oí las voces de Phaedre y Ulysses, que se acercaban a la tienda; él los había visto y escapó. Les pregunté, pero habían estado inmersos en una discusión y no lo vieron salir. Entonces decidí estar siempre acompañada hasta que nos marcháramos de allí, y él no volvió a acercarse. Hasta ahora.

Jamie frunció el ceño y se frotó lentamente la nariz.

—¿Por qué no me lo dijiste en su momento?

Un toque de humor asomó al semblante maltrecho de Jocasta.

—Creí que lo había imaginado.

Phaedre encontró la botella de láudano en el lugar donde Jocasta la había dejado caer, bajo su sillón. Y también un pequeño rastro de gotas de sangre, que yo, con las prisas, no había visto. Pero el reguero se disipaba antes de llegar a la puerta; fuera cual fuese la herida que Jocasta había infligido, era leve.

Duncan, a quien habíamos mandado a buscar sin llamar la atención, se apresuró a dirigirse a Jocasta para tranquilizarla, con el único resultado de que ésta le ordenó que regresara de inmediato a ocuparse de los invitados.

Jocasta recibió a Ulysses con un poco más de cordialidad. Cuando me asomé a la habitación para ver cómo seguía, vi que él estaba sentado en la cama cogiéndole la mano a su ama, con tal expresión de bondad en el semblante, por lo general impasible, que, conmovida, regresé al vestíbulo sin hacer ruido para no molestarlos. Él me vio, sin embargo, y me saludó con la cabeza.

Hablaban en voz baja, y él inclinó la cabeza, tocada con una rígida peluca blanca, hacia ella, que movió la suya y emitió un quejido. Él le estrechó la mano con más fuerza. Se había quitado los guantes blancos; en su mano poderosa y oscura, la de Jocasta se veía larga y pálida.

Ella respiró hondo para serenarse. Luego, le dijo unas palabras más, le oprimió la mano y se recostó. Él se puso en pie y se quedó mirando la cama durante un momento. Después se irguió, y, sacando los guantes del bolsillo, salió al vestíbulo.

—¿Tendría la bondad de buscar a su marido, señora Fraser? —me dijo en voz baja—. Mi ama quiere decirle algo.

La fiesta continuaba, pero los ánimos se habían calmado un poco. Cuando seguimos a Ulysses al interior de la casa, los comensales nos saludaban pero no

intentaban detenernos.

Nos condujo por la escalera que bajaba al cuarto de servicio, una diminuta estancia contigua a la cocina de invierno, con anaqueles repletos de ornamentos de plata, recipientes llenos de betún, vinagre, cera y añil, un costurero que contenía alfileres, agujas e hilos, pequeñas herramientas para trabajos de reparación, y lo que parecía una sólida provisión privada de *brandy*, *whisky* y licores diversos.

Sacó las botellas de su anaquel, metió la mano en el espacio vacío que dejaron y apretó la madera del muro con sus dos manos enguantadas de blanco. Se oyó un chasquido y un pequeño panel se deslizó con un suave sonido de arrastre.

Ulysses se hizo a un lado, invitando en silencio a Jamie a mirar. Éste alzó una ceja y se inclinó para atisbar el interior del escondite. La habitación era oscura y sombría, sólo alumbrada por la luz escasa que se filtraba por las ventanas que se abrían en lo alto de los muros de la cocina.

—Está vacía —dijo.

—Sí, señor. Y no debería estarlo.

—¿Y qué era lo que había ahí? —pregunté, mirando por la puerta para ver si alguien nos oía. La cocina parecía haber sufrido un bombardeo, pero sólo quedaba allí un pinche de cocina, un muchacho un poco tonto que canturreaba en voz baja mientras lavaba ollas.

—Parte de un lingote de oro —respondió Ulysses con voz queda.

El oro francés que Hector Cameron había traído consigo de Escocia, diez mil libras en lingotes marcados con la real flor de lis, era la base de la prosperidad de River Run. Hector primero y, después de su muerte, Ulysses, iban cogiendo lingotes, cuyo blando metal amarillo raspaban, hasta formar una pequeña, anónima, pila de polvo. Ésta podía ser llevada a alguno de los almacenes ribereños, o a lugares tan lejanos como las ciudades costeras de Edenton, Wilmington o New Bern, para cambiarla con precaución, en pequeñas cantidades que no suscitaran comentarios, por dinero en efectivo o vales de compra que podían ser empleados sin problemas en cualquier lugar.

—Quedaba más o menos medio lingote —dijo Ulysses—. Me di cuenta de que faltaba oro hace unos meses. Por supuesto que, desde entonces, utilicé un nuevo escondrijo.

Jamie contempló la cavidad vacía y se volvió hacia Ulysses.

—¿Y el resto?

—La última vez que miré, estaba a buen recaudo, señor.

El grueso del oro estaba escondido dentro del mausoleo de Hector Cameron, oculto en un ataúd y custodiado, era de suponer, por su espíritu. Era posible que uno o dos esclavos, además de Ulysses, supieran de esto, pero el miedo a los fantasmas bastaba para mantenerlos a distancia. Recordé la línea de sal

esparcida en el suelo a la entrada del mausoleo y me estremecí un poco, a pesar del sofocante calor que hacía en el sótano.

—Claro que hoy no he tenido tiempo de mirarlo —añadió el mayordomo.

—No, claro. ¿Duncan lo sabe? —dijo Jamie, indicando el escondrijo con la cabeza. Ulysses asintió.

—Cualquiera puede haberlo robado. Son tantos los que vienen a esta casa...

—Los inmensos hombros del mayordomo se encogieron levemente. Pero ahora que ese hombre del mar ha regresado, el asunto cambia, ¿verdad, señor?

—Sí, así es. —Jamie meditó sobre el tema durante un momento.

—Bien, pues. Tú te quedarás durante un tiempo, ¿verdad, Sassenach? Debes cuidar del ojo de mi tía, ¿no?

Asentí con la cabeza. Siempre y cuando mi tosca operación no le causara una infección, había poco o nada que se pudiese hacer por el ojo en sí. Pero era necesario observarlo, mantenerlo limpio e irrigarlo hasta tener la certeza de que había sanado.

—Nos quedaremos un tiempo —le dijo a Ulysses—. Enviaré a los Bug al cerro, para que vean cómo van las cosas y se ocupen de la siega. Nosotros nos quedaremos aquí y vigilaremos.

La casa estaba llena de huéspedes, pero dormí en el vestidor de Jocasta para poder observarla. El alivio de la presión de su ojo había hecho ceder al insoportable dolor, y ella se había sumido en un profundo sueño. Sus constantes vitales parecían lo bastante tranquilizadoras como para que me pareciera que yo también podía dormir.

Pero como era consciente de tener un paciente a mi cargo, mi sueño fue ligero y me desperté cada tanto para entrar de puntillas en su habitación. Duncan dormía como un tronco sobre un jergón echado a los pies de la cama. Mientras encendía una vela en el hogar y me acercaba al lecho, oía su pesada respiración.

Jocasta seguía profundamente dormida, de espaldas, con los brazos cruzados sobre el cubrecama. Tenía la cabeza echada hacia atrás, y la aristocrática severidad de sus facciones de larga nariz recordaba a las estatuas sepulcrales de la capilla de Saint Denys.

Sonréí ante la idea, pensando que era curioso que Jamie durmiera de esa misma manera, tendido de espaldas, con las manos cruzadas. Brianna, no: desde niña, se movía mucho cuando dormía. Como yo.

El hecho de pensarlo me produjo una leve e inesperada sensación de placer. Por supuesto que sabía que había heredado cosas más, pero se parecía tanto a Jamie que notarlas siempre me sorprendía.

Apagué la vela de un soprido pero no regresé a la cama. Había ocupado el catre de Phaedre en el vestidor, que era un espacio caliente, encerrado, pequeño. El calor del día y el consumo de alcohol me habían dejado la boca como el

algodón y una vaga jaqueca; cogí la jarra de agua que estaba junto a la cama de Jocasta, pero estaba vacía.

No necesitaba volver a encender la vela. Uno de los faroles del vestíbulo seguía encendido, y un débil resplandor recortaba la puerta. La abrí en silencio y miré fuera. En el pasillo se veían hileras de cuerpos yacentes; eran los sirvientes que dormían a las puertas de las habitaciones.

Sin embargo, en el extremo del pasillo, se distinguía una pálida figura erguida frente a la alta ventana del mirador que daba al río.

No se volvió, aunque debió de oírmeme. Me puse a su lado y miré por la ventana. Phaedre sólo llevaba puesto un justillo y se había quitado la tela con que se cubría el pelo, que le caía sobre los hombros en una suave y espesa melena. Era raro que una esclava tuviese esa cabellera, pensé; la mayor parte de las mujeres llevaban el pelo muy corto bajo sus tocados o turbantes. Pero Phaedre era la doncella de Jocasta, y era de suponer que eso le permitiría algún tiempo de ocio y, al menos, un peine.

—¿Quieres que te deje tu cama? —le pregunté en voz baja—. Me quedaré levantada un rato; puedo dormir en el diván.

—Oh, no, señora —contestó con suavidad—. Se lo agradezco mucho; no tengo sueño. —Vio la jarra que yo llevaba e hizo ademán de cogerla—. ¿Voy a buscarle un poco de agua, señora?

—No, no, yo lo haré. Me apetece tomar el aire. —Pero me quedé a su lado, mirando hacia afuera.

Era una noche hermosa, poblada de estrellas que se veían bajas y brillantes sobre el río. Había luna, una delgada hoz que ya llegaba a su punto más bajo sobre la curva del horizonte; una o dos pequeñas hogueras ardían junto a los árboles de la orilla.

La ventana estaba abierta y por ella entraban miríadas de insectos; una pequeña nube danzaba en torno al farol que teníamos a nuestras espaldas, y pequeñas cosas aladas me rozaban la cabeza y los brazos. Phaedre se dispuso a cerrarla. Dormir con la ventana abierta se consideraba muy poco saludable y lo más probable es que lo fuera, dado que en aquel ambiente pantanoso eran muchas las enfermedades transmitidas por los mosquitos.

—Me ha parecido oír algo. Ahí fuera —dijo señalando la oscuridad.

—Oh, debe de ser mi marido —dije—. O Ulysses.

—¿Ulysses? —repitió con expresión sobresaltada.

Jamie, Ian y Ulysses habían organizado turnos de vigilancia, y sin duda andarían entre las sombras, rodeando la casa en silencio y vigilando el mausoleo de Hector. Pero Phaedre, que nada sabía del oro que había desaparecido ni del misterioso visitante, tampoco sabría que se había reforzado la vigilancia, a no ser indirectamente, de la forma en que los esclavos siempre sabían las cosas; sin duda había sido ese sexto sentido el que la había urgido a mirar por la ventana.

—Sólo se mantienen alerta —dije en el tono más tranquilizador que pude—. Es que, ¿sabes?, hay tanta gente. —Los MacDonald, y con ellos una buena cantidad de invitados, habían ido a pasar la noche a la plantación de Farquard Campbell, pero todavía quedaba mucha gente en la propiedad.

—Sólo es que siento que algo no anda bien —dijo—. No sé qué.

—El ojo de tu ama... —empecé a decir, pero ella meneó la cabeza.

—No, no. No sé, pero hay algo en el aire; lo he estado sintiendo. No me refiero sólo a esta noche... algo ocurre. Algo se acerca. —Me miró; aunque no encontraba la forma de decir lo que sentía, yo lo entendí perfectamente.

Tal vez no se tratara más que de las emociones, agudizadas por el inminente conflicto. Pero también podía tratarse de alguna otra cosa; algo subterráneo, apenas percibido, pero presente.

—Mi abuela vino de África —dijo Phaedre con voz queda, contemplando la noche—. Hablaba con los huesos. Decía que, cuando algo malo estaba a punto de ocurrir, se lo contaban.

—¿De veras? —En semejante atmósfera, silenciosa, a excepción de los ruidos de la noche, tal afirmación no parecía tener nada de irreal—. ¿Te enseñó... a hablar con los huesos?

Negó con la cabeza, pero la comisura de su boca se plegó en una pequeña expresión secreta que me hizo pensar que sabía más de lo que estaba dispuesta a decir.

Un pensamiento poco agradable se me acababa de ocurrir. No veía cómo Stephen Bonnet podía estar conectado a los acontecimientos actuales; no cabía duda de que no era el hombre que, surgiendo del pasado de Jocasta, le había hablado, y tampoco era su estilo robar con disimulo. Pero sí tenía motivos para creer que podía haber oro en algún lugar de River Run; y, a juzgar por lo que Roger nos había contado acerca de su encuentro con el fornido irlandés en Cross Creek...

—Aquel irlandés que te encontraste cuanto saliste con Jemmy —dije, apretando más la pulida superficie de la jarra—, ¿lo has vuelto a ver?

Ella pareció sorprenderse.

—No, señora —dijo—. No lo he vuelto a ver. —Pensó durante un momento, bajando los párpados. Su piel era del color del café con leche, y su cabello... pensé que en algún lugar de su árbol genealógico debía de haber algún hombre blanco—. No señora —repitió con suavidad antes de devolver su mirada a la noche silenciosa—. Sólo sé... que algo no anda bien.

Junto a los establos, cantó un gallo, con un sonido sobrecogedor y fuera de lugar, en medio de la noche.

Wendigo

20 de agosto de 1774

La luz de la terraza era perfecta.

—Comenzamos con esta habitación —le había contado Jocasta a su sobrina nieta, alzando el rostro, con los párpados cerrados sobre los ojos ciegos, a la luz del sol que entraba a raudales por las puertas dobles que daban a la terraza—. Quería una habitación para pintar y escogí este lugar, donde la luz entraría clara como el cristal por la mañana, como agua serena por la tarde. Y a partir de ahí construimos la casa. —Las manos de la anciana, cuyos dedos aún eran largos y fuertes, tocaron el caballete, los botes de pigmentos, los pinceles, con afectuosa melancolía, como si acariciase la estatua de algún amante muerto hacía tiempo; una pasión que se recuerda, aunque aceptando que se ha ido para siempre.

Y Brianna, con el cuaderno de bocetos y el lápiz en la mano, había dibujado, con tanta rapidez y disimulo como pudo, para capturar esa fugaz expresión de dolor al que se ha sobrevivido.

Aquel boceto estaba guardado junto a los otros en el fondo de la caja, a la espera del día en que decidiera terminarlo, procurara captar esa luz inmisericorde y las hondas líneas grabadas en el rostro de su tía abuela.

Sin embargo, por el momento, la pintura de la que se ocupaba tenía más que ver con los negocios que con el amor o con el arte. Nada sospechoso había ocurrido desde la barbacoa en honor a Flora MacDonald, pero, por si acaso, sus padres habían decidido permanecer un poco más de tiempo allí. Dado que Roger estaba en Charlotte, desde donde le había escrito una carta que conservaba oculta en el fondo de la caja, no había motivo por el cual ella no pudiera quedarse también. Al enterarse de que permanecería allí durante un tiempo, dos o tres conocidos de Jocasta, plantadores adinerados, habían encargado retratos de ellos mismos o de sus familias.

—Nunca entenderé cómo lo haces —dijo Ian, meneando la cabeza frente al lienzo que estaba en el caballete—. Es maravilloso.

A decir verdad, tampoco ella entendía cómo lo hacía; no parecía ser necesario. Ya había respondido algo así ante elogios como ése, dándose cuenta de que, por lo general, los oyentes entendían su respuesta como falsa modestia o condescendencia. De modo que prefirió sonreír.

—Cuando era pequeña, mi padre me sacaba a pasear por el prado, donde

solíamos ver a un viejo con un caballete, pintando. Yo le pedía a papá que nos detuviésemos para mirarlo, y él y el viejo conversaban. Una vez reuní valor para preguntarle cómo lo hacía y, bajando la vista hacia mí, sonrió y dijo: «El único truco, pequeña, es ver lo que estás mirando».

Ian pasó la mirada de ella al cuadro, y viceversa.

—Tu padre... —dijo, interesado—. No te refieres al tío Jamie, ¿verdad?

—No.

Brianna sintió el dolor familiar que siempre le producía pensar en su primer padre, pero lo hizo a un lado. No le molestaba hablarle a Ian acerca de él, pero no quería hacerlo en ese sitio, donde había esclavos por todas partes y un constante flujo de visitantes que podían aparecer de improviso en cualquier momento.

—Mira. —Echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que nadie anduviera por allí. Levantó la tapa del pequeño compartimento donde guardaba sus pinceles adicionales y sacó algo de debajo de la lámina de fieltro que lo forraba—. ¿Qué te parece? —le preguntó a Ian, tendiéndole dos miniaturas, una en cada mano, para que las examinase.

La expresión de expectativa en el rostro de él se transformó en una de decidida fascinación, y extendió una mano con lentitud para levantar una de las diminutas pinturas.

—Caramba —exclamó. Era la que representaba a la madre de ella, con el cabello cayendo en rizos sueltos sobre los hombros desnudos, el pequeño y firme mentón levantado con una autoridad que desmentía la generosa curva de su boca.

—Los ojos... me parece que no están del todo bien —dijo Bree, mirando con atención la miniatura—. Al trabajar a una escala tan pequeña... no pude dar con el color exacto. Los de papá fueron mucho más fáciles.

Los azules eran más fáciles, sencillamente. Una pequeña mancha de cobalto, realizada con blanco y después la tenue sombra verde que intensificaba el azul... bueno, y, además, su padre había sido así. Fuerte, vivido y franco.

Pero obtener un marrón de verdadera profundidad y sutileza, por no hablar de algo que siquiera se aproximase al topacio ahumado de los ojos de su madre, siempre claros, pero que cambiaban como la luz en un arroyo de truchas al que la turba tiñe de marrón, requería más capas de pintura que las que era posible hacer en el diminuto espacio de una miniatura. Tendría que intentarlo alguna otra vez, en un retrato más grande.

—¿Crees que se parecen?

—Son fantásticos. —Ian miró de uno al otro antes de volver a depositar con cuidado el retrato de Claire en su lugar—. ¿Ya los han visto tus padres?

—No. Quiero tener la seguridad de que estén bien antes de enseñárselos a nadie. Pero si es así... he pensado que se los puedo mostrar a los que vienen a posar y tal vez así me encarguen miniaturas. Podría trabajar sobre ellas en casa,

en el cerro; no necesito más que mi caja de pinturas y los pequeños discos de marfil. Podría pintar a partir de los bocetos; no haría falta que vinieran a posar una y otra vez.

Señaló con un breve gesto de explicación el lienzo, más bien grande, que mostraba a Farquard Campbell, enfundado en su traje bueno y muy parecido a un hurón disecado. Estaba rodeado de muchos hijos y nietos que, en realidad, aún no eran más que meras manchas blanquecinas. Su estrategia consistía en hacer que las madres arrastrasen a sus niños de uno en uno, para poder esbozar de prisa sus miembros y sus facciones en un manchón adecuado antes de que su natural inquietud o alguna rabia lo impidieran.

Ian le echó un vistazo al lienzo, pero su atención regresó a las miniaturas de los padres de ella. Luego, al presentir que ella lo miraba, alzó la vista, alarmado.

—¡Oh, no! ¡Ni lo sueñes!

—Oh, vamos, Ian, déjame hacerte sólo un bosquejo —suplicó—. No te dolerá, ¿sabes?

—Oh, eso es lo que tú te crees —repuso él—. Los kahnyen'kehaka creen que tener la imagen de alguien te da poder sobre él. Por eso los hechiceros llevan máscaras, para que los demonios que causan las enfermedades no descubran su verdadero aspecto y no puedan saber a quién lastimar, ¿entiendes?

Lo dijo en un tono tan serio que ella se lo quedó mirando.

—Ajá. Ian, mi madre te explicó lo de los gérmenes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo hizo. Me enseñó unas cosas que nadaban y me dijo que vivían en mis dientes. —Su rostro mostró una momentánea expresión de repugnancia ante la idea—. Una vez, un viajero francés llegó al pueblo, un filósofo natural. Los dejó a todos atónitos con sus dibujos de aves y animales. Pero después cometió el error de ofrecerse para hacer un retrato de la esposa del jefe de guerra. Apenas si pude lograr sacarlo con vida de allí.

—Pero tú no eres mohawk —dijo ella pacientemente—. Y si lo fueras, no te daría miedo que yo tuviera poder sobre ti, ¿o sí?

Él le dirigió una mirada que la atravesó.

—No —respondió—. No, claro que no. —Pero había tan poca convicción en su voz como cuando hablaba de los gérmenes.

Aun así, fue al taburete donde se sentaban los modelos y se sentó, alzando el mentón y apretando las mandíbulas como quien hace frente con heroísmo a la propia ejecución.

Brianna cogió el cuaderno de bocetos y dibujó tan rápido como pudo antes de que él cambiara de idea. Era un modelo difícil; sus rasgos carecían de la sólida, definida estructura ósea que tenían tanto los padres de ella como Roger. Pero, con todo, era un rostro que nada tenía de blando, incluso si se hacía abstracción de los tatuajes.

Joven y, sin embargo, la firmeza de su boca parecía pertenecer a alguien de

muchas más edad; la rodeaban líneas que los años ahondarían, pero que ya estaban bien establecidas.

Los ojos... no tenía esperanzas de capturarlos con precisión. Grandes, de color avellana, eran lo único en él que podía decirse que fuera bello. Como la mayor parte de los ojos, no eran de un solo color, sino de muchos: los colores del otoño, húmeda tierra oscura y crujientes hojas de roble, y la caricia del sol poniente sobre la hierba seca.

El color era un desafío, pero podía enfrentarse a él. Sin embargo, la expresión cambiaba en un instante de algo inocente y amistoso a algo que uno no querría encontrarse en un callejón oscuro.

En ese momento, su expresión estaba en algún lugar entre esos dos extremos, pero se desplazó de pronto hacia el último cuando su atención se centró a espaldas de ella, en las puertas abiertas que daban a la terraza.

Sobresaltada, Brianna miró por encima del hombro. Había alguien allí, pero la persona se mantenía donde no podía verla. Quienquiera que fuese comenzó a silbar, con un sonido tentativo, agitado.

Durante un instante, todo fue normal. Pero de pronto, el mundo osciló: el intruso silbaba *Yellow submarine*.

La sangre abandonó la cabeza de Brianna y la joven se tambaleó, aferrándose al borde de una mesa para no caer. Apenas percibió que Ian se levantaba del taburete como un gato, cogía uno de los cuchillos que ella empleaba para mezclar las pinturas y se deslizaba en silencio hacia el vestíbulo.

Ahora tenía las manos frías y entumecidas; también los labios. Trató de silbar una frase de respuesta, pero sólo logró exhalar un poco de aire. Irguiéndose, se dominó y cantó las últimas palabras de la canción. Apenas consiguió seguir la melodía, pero la letra era inconfundible.

Un silencio absoluto cayó sobre la terraza; el silbido se detuvo.

—¿Quién eres? —preguntó Brianna—. Entra.

La sombra se alargó poco a poco, proyectando sobre las piedras de la terraza una cabeza a la que la luz que brillaba por entre unos rizos hacía parecer la de un león. Bree vio con asombro que se trataba de un indio, aunque su vestimenta, con excepción de un collar de *wampum*, era casi toda europea y estaba hecha andrajos. Estaba flaco y sucio, y tenía unos ojos muy juntos que se clavaron en ella con interés y algo parecido a la avidez.

—¿Estás sola? —preguntó en un susurro—. Me ha parecido oír voces.

—Ya ves que sí. ¿Quién demonios eres?

—Ah... Wendigo. Wendigo Donner. Te llamas Fraser, ¿verdad? —Ya había entrado en la habitación, aunque no dejaba de mirar a uno y otro lado.

—Ése es mi apellido de soltera, sí. ¿Eres...? —Se detuvo, pues no sabía cómo preguntárselo.

—Sí —dijo él en voz baja, recorriéndola con la mirada con una naturalidad

que ningún hombre del siglo XVIII hubiese exhibido ante una dama—. De modo que lo eres, ¿verdad? Eres su hija, tienes que serlo.

Brianna no pensaba que aquel indio quisiera hacerle daño; sólo estaba muy interesado. Pero Ian no se detuvo a esperar; durante un instante, la luz que entraba por la puerta se oscureció, y al momento siguiente, atrapó a Donner por la espalda. Su graznido de alarma quedó sofocado por el brazo que le ceñía la garganta y el cuchillo cuya punta se le apoyó bajo la oreja.

—¿Quién eres, imbécil, y qué quieres? —preguntó Ian, apretando el brazo con que rodeaba la garganta de Donner. El indio emitía pequeños sonidos semejantes a maullidos y los ojos le sobresalían de sus órbitas.

—¿Cómo quieres que te conteste si lo estás ahogando? —Esa llamada a la razón hizo que Ian aflojase la presión, aunque de mala gana. Donner tosió y se frotó ostentosamente la garganta, dirigiéndole una mirada de resentimiento a Ian.

—Eso no era necesario. No le estaba haciendo nada. —Los ojos de Donner fueron de Ian a Brianna. Lo señaló con la cabeza—. ¿También él...?

—No, pero lo sabe. Siéntate. Conociste a mi madre cuando... cuando la raptaron, ¿verdad?

Las pobladas cejas de Ian se alzaron al oír esto, y empuñó con más fuerza el cuchillo de mezclar pinturas. Era flexible, pero tenía una buena punta.

—Sí. —Donner se sentó en el taburete, vigilando a Ian con recelo—. Casi me atrapan. Tu madre me dijo que su hombre tenía muy malas pulgas y que no me convenía estar allí cuando apareciese, pero no le creí. Pero cuando oí esos tambores, tío, salí corriendo, y vaya si hice bien. —Tragó saliva y empalideció—. Regresé por la mañana. Dios mío, lo que vi...

Ian murmuró algo entre dientes y en una lengua que a Brianna le pareció mohawk. Sonaba muy poco amistoso y era evidente que Donner entendió lo suficiente como para apartar un poco el taburete y encorvar los hombros.

—Eh, yo no le hice nada, ¿vale? —Miró a Brianna con expresión de súplica—. No le hice nada. Quería ayudarla a escapar. Pregúntaselo y verás que fue así. Pero Fraser y los suyos aparecieron antes que yo. Por Dios, ¿por qué iba a querer lastimarla? Era la primera que me encontraba aquí... ¡la necesitaba!

—¿La primera? —dijo Ian, frunciendo el ceño—. La primera...

—Quiere decir la primera... viajera —explicó Brianna. El corazón le latía rápido—. ¿Para qué la necesitabas?

—Para que me explicara cómo... regresar. —Volvió a tragarse saliva—. Tú... ¿viniste del otro lado o naciste aquí? Me imagino que viniste. Ahora no nacen tan grandes como tú; son todas pequeñitas. A mí me gustan las mujeres grandes.

—Vine —respondió Brianna—. ¿Qué demonios haces aquí?

—Trato de acercarme lo suficiente como para hablar con tu madre. Durante un tiempo me escondí con los cherokee, hasta que se me ocurrió que cuando pasara el peligro iría al cerro de Fraser a hablar con ella, pero la vieja de allí me

dijo que estaban todos aquí. Menuda distancia tuve que recorrer —agregó con un vago aire de resentimiento—. Pero cuando traté de entrar, aquel negro grandote me echó dos veces. Supongo que no iba vestido de la forma adecuada. —Su rostro se torció en algo que quería ser una sonrisa—. Hace tres días que merodeo por aquí, procurando verla, encontrarla sola fuera. Pero después te vi hablando con ella ahí en la terraza y oí que le decías mamá. Al ver lo robusta que eres se me ocurrió que debías de ser... bueno, imaginé que, incluso si no reconocías la canción, no perdías nada con probar.

—¿De modo que quieras regresar al lugar de donde provienes? —preguntó Ian. Era evidente que le parecía una excelente idea.

—¡Oh, sí! —dijo Donner con fervor—. ¡Claro que sí!

—¿Por dónde entraste? —preguntó Brianna—. ¿Escocia?

—No, ¡tú entraste por ahí! —preguntó con ansiedad. Casi antes de que ella hubiera asentido con la cabeza, siguió—: Tu madre dijo que vino, luego regresó y después vino otra vez. ¿Podéis ir y venir como si fuera, ya sabes, una puerta giratoria?

Brianna negó con la cabeza, estremeciéndose ante el recuerdo.

—Dios mío, no. Es horrible, y muy peligroso, incluso si uno tiene una gema.

—¿Gema? ¿Hay que tener una gema para hacerlo?

—No es imprescindible, pero parece dar alguna protección. Y puede que exista alguna manera de usar gemas para... para algo así como manejarse, pero, en realidad, no sabemos nada al respecto. —Titubeó, porque quería hacerle más preguntas, pero aún más, buscar a Claire—. Ian, ¿podrías buscar a mamá? Creo que está en la huerta con Phaedre.

Su primo miró al visitante con los ojos entornados y negó con la cabeza.

—No te dejaré sola con este tipo. Ve tú; yo lo vigilaré.

Habría discutido con él, de no haber sido porque su larga experiencia con varones escoceses le había enseñado a reconocer la obstinación inquebrantable que podían exhibir. Además, los ojos de Donner se fijaban en ella de una forma que la hacía sentir un poco incómoda. Se dio cuenta de que le miraba la mano, el anillo con su rubí tallado en cabujón. Estaba bastante segura de poder rechazarlo si hacia falta, pero aun así...

—Vuelvo en seguida —dijo, apresurándose a meter un pincel olvidado en el tarro de tinte—. ¡No te vayas!

Quedé commocionada, aunque no tanto como podría haberlo estado. Tenía la impresión de que Donner podía seguir con vida. De hecho, a pesar de todo, esperaba que así fuera. De todas maneras, cuando lo vi cara a cara en el recibidor de Jocasta, enmudecí. Él estaba hablando cuando yo entré, pero calló al verme. Por supuesto que no se puso en pie, ni tampoco hizo observación alguna sobre el hecho de que yo hubiese sobrevivido; sólo me saludó con un movimiento

de la cabeza y continuó con lo que estaba diciendo.

—Para detener al hombre blanco. Salvar nuestras tierras, nuestro pueblo.

—Pero viniste a la época equivocada —señaló Brianna—. Llegaste demasiado tarde.

—No, no lo es. Se suponía que tenía que venir en 1766 y así lo hice. —Se dio un violento golpe en la cabeza con la palma de su propia mano—. ¡Mierda! ¿Por qué se me ocurriría hacer algo así?

—¿Estupidez congénita? —sugirió—. Eso, o drogas alucinógenas.

La mirada inexpresiva vaciló un poco y la boca de Donner se estremeció.

—Oh, sí. Hubo algo de eso.

—Pero si llegaste a 1766 y ésa era tu intención —objetó Bree—, ¿qué hay de Robert Springer, Dientes de Nutria? Según la historia acerca de él que le contaron a mamá, su idea era advertir a las tribus nativas de la llegada de los blancos, para que evitaran que colonizaran la región. Sólo que llegó demasiado tarde para hacerlo. ¡No obstante, debió de venir cuarenta o cincuenta años antes que tú!

—¡No, tía, ése no era el plan! —estalló Donner. Se paró, pasándose ambas manos por el cabello en su agitación—. ¡Dios mío, no!

—Oh, ¿así que no lo era? ¿Cuál era el plan, entonces? —pregunté—. Teníais un plan, ¿verdad?

—Sí, sí que lo teníamos. —Se pasó la lengua por los labios—. Bob quería hacer eso que has dicho, pero los demás dijeron que no, que no funcionaría. Demasiados grupos, demasiada presión para comerciar con los blancos... que no había forma de que diera resultado, ¿sabes? No podríamos detenerlo; tan sólo quizá hacer que las cosas salieran un poco mejor.

El plan oficial del grupo había tenido metas un poco menos ambiciosas. Los viajeros llegarían en la década de 1760, y, en el transcurso de los siguientes diez años, aprovechando la confusión y los cambios, el movimiento de tribus y aldeas que se produciría con el fin de la guerra franco-india, se infiltrarían en diversos grupos indios cercanos a la Línea del Tratado en las colonias y en los territorios canadienses.

Luego, emplearían los poderes de persuasión que estuvieran a su alcance para convencer a las naciones indias de combatir del lado de los británicos en la inminente revolución, de modo que se asegurasen la victoria de Gran Bretaña.

—Los ingleses actúan como si los indios fuesen naciones soberanas, ¿sabéis? —explicó con una fluidez que sugería que se trataba de una teoría aprendida de memoria—. Ganan, siguen comerciando y todas esas cosas, pero no intentan ni expulsar a los indios ni erradicarlos. Los colonos son unos hijos de puta codiciosos que llevan cien años metiéndose a la fuerza en tierra india. Y no van a detenerse.

Bree alzó las cejas, pero me di cuenta de que la idea la intrigaba.

—¿Y qué les hizo suponer que iban a tener éxito? —pregunté—. Sólo unos pocos hombres para... Oh, Dios mío —dije al ver que su rostro cambiaba—,

Jesús H. Roosevelt Cristo... ¿no fuisteis los únicos, verdad?

Donner negó con la cabeza sin decir nada.

—¿Cuántos? —preguntó Ian. Su voz sonaba tranquila, pero vi que tenía las manos aferradas a las rodillas.

—No lo sé. —Donner se sentó de golpe—. En el grupo éramos como doscientos o trescientos. Pero la mayor parte de ellos no pudieron oír las piedras.

—Levantó un poco la cabeza y miró a Brianna—. ¿Tú las oy es?

Ella asintió con la cabeza, juntando las rojizas cejas.

—Pero... ¿crees que hubo... otros viajeros... además de tus amigos y tú?

—Creía que así era, sí. Pero Haymond dijo que sólo podían viajar cinco cada vez. De modo que nos entrenamos en células de cinco, por así decirlo. Lo mantuvimos en secreto; en el grupo grande, nadie sabía quién podía viajar y quién no, y Raymond era el único que los conocía a todos.

—¿Qué aspecto tenía Raymond? —Desde que oí ese nombre, una posibilidad había comenzado a agitarse en mi mente.

—Caramba, no lo sé —dijo, desconcertado—. Me parece que era un tipo bajo con el pelo canoso. Lo llevaba largo, igual que todos nosotros. —Se pasó la mano entre los enmarañados rizos como para ilustrar lo dicho, frunciendo el ceño con el esfuerzo de hacer memoria.

—¿Su frente... era... más bien... amplia? —Sabía que no debía inducir sus respuestas, pero no pude contenerme y me pasé mis dos índices por la frente para ilustrar mis palabras.

—No, no lo recuerdo —dijo negando con la cabeza con aire desesperado—. Fue hace mucho, ¿cómo voy a recordar una cosa así?

Suspiré.

—Bueno, cuéntame qué ocurrió cuando entraste por las piedras.

Donner se lamió los labios, parpadeando con el esfuerzo de recordar.

—Sí. Bueno, éramos cinco, como ya he dicho. Yo, Rob, Jeremy y Atta. Oh, y Jojo. Entramos por la isla y ...

—¿Qué isla? —preguntamos Brianna, Ian y yo, a coro.

—Ocracoke. Es el portal más septentrional del grupo del triángulo de las Bermudas. Queríamos acercarnos lo máximo posible a ...

—El triángulo de las Ber... —comenzamos Brianna y yo, pero nos interrumpimos y nos quedamos mirándonos.

—¿Sabes dónde hay varios de esos portales? —dije, esforzándome por conservar la calma.

—¿Cuántos son? —intervino Brianna, sin aguardar a que él me respondiese.

En cualquier caso, la respuesta que nos dio era confusa, lo que no me sorprendió. Raymond les había comentado que había muchos sitios de éstos en el mundo, pero que tendían a agruparse. Había otro grupo en Caribe y uno más en el noreste, cerca de la frontera con Canadá. Otro en el desierto del suroeste, en

Arizona, creía, y otro más al sur, en México. También al norte de Gran Bretaña, así como en la costa de Francia, desde donde continuaban hasta el extremo de la península Ibérica. Es probable que hubiese otros, pero éos fueron todos los que mencionó.

No todos los portales estaban marcados con círculos de piedras, aunque aquellos que se encontraban en sitios donde vivía gente desde hacía tiempo tendían a estarlo.

—Raymond decía que éos eran los más seguros. No sé por qué.

El lugar en Ocracoke no estaba rodeado por un círculo de piedras completo, aunque sí señalado. Por cuatro piedras, dijo. Una de ellas tenía marcas que según Raymond eran africanas; tal vez hechas por esclavos.

—Es como si estuviese metido en el agua —dijo—. Quiero decir que lo atraviesa un arroyuelo. Ray dijo que no sabía si la presencia de agua cambiaba algo, pero que creía que sí. Aunque no sabemos qué. ¿Vosotros lo sabéis?

Brianna y yo negamos con la cabeza. Teníamos los ojos tan abiertos que parecíamos un par de lechuzas. Pero el ceño de Ian, ya frunciendo, se tornó todavía más amenazador al oír estas palabras. ¿Se habría enterado de algo durante el tiempo que había pasado con Geillis Duncan?

Los cinco, encabezados por Raymond, habían avanzado en coche hasta donde pudieron; pero el camino que llevaba a los Outer Banks estaba en muy mal estado y tenía a ser arrasado por las tormentas, de modo que se vieron obligados a dejar el vehículo a unos cuantos kilómetros de su destino, y a cruzar a pie entre los pinos achaparrados del bosque costero e inesperados tramos de arenas movedizas. Era a finales de otoño...

—Samhain —dijo Brianna, en voz lo suficientemente queda como para no distraer a Donner de su relato.

A finales de otoño, prosiguió, y el tiempo era malo. Algunos días llovía y la marcha se hacía difícil en el terreno, a veces resbaladizo, otras pantanoso. El viento era intenso y olas que presagiaban tormenta azotaban las playas; podían oírlas incluso desde el apartado lugar donde se encontraba el portal.

—Todos teníamos miedo; casi todos, Rob, no. Pero era muy emocionante —dijo, comenzando a exhibir una chispa de entusiasmo—. Los árboles se inclinaban hasta casi tocar el suelo y el cielo tenía un tono verde. El viento era tan fuerte que todo el tiempo notabas gusto a sal en la boca, porque el agua del océano volaba por el aire, mezclada con la lluvia. Estábamos, bueno, empapados hasta los gayumbos.

—¿Hasta los qué? —dijo Ian, frunciendo el ceño.

—Calzoncillos... ya sabes, calzones. Ropa interior —dijo Brianna agitando la mano en un gesto de impaciencia.

Una vez que llegaron al lugar, Raymond verificó que todos llevaran los pocos elementos que les serían imprescindibles, yesqueros, tabaco, una pequeña

cantidad de monedas de la época, tras lo cual les dio a cada uno una gargantilla de *wampum* y una pequeña escarcela de piel, que, dijo, era un amuleto de hierbas ceremoniales.

—Oh, ya sabes de lo que hablo —dijo al ver la expresión de mi rostro—. ¿Qué clase utilizaste tú?

—Ninguna —respondí—. Continúa. ¿Cómo planeabais aparecer en la época que queríais?

—Oh. Bueno. —Suspiró—. No lo hicimos. Ray dijo que serían doscientos años, más o menos. No era como si pudiésemos navegar con un timón... tenía la esperanza de que vosotros sabréis cómo hacerlo. Lo de llegar a una época específica, digo. Porque, hombre, claro que me gustaría volver allí en algún momento anterior a que nos metiéramos con Ray y los demás.

Siguiendo las instrucciones de Ray, habían caminado entre las piedras a lo largo de un recorrido marcado y recitando unas palabras. Donner no tenía ni idea de qué significaban las palabras, ni en qué idioma serían. Sin embargo, al terminar el recorrido, habían avanzado en fila india hacia la piedra con las marcas africanas, intentando pasar por la izquierda.

—Y entonces, ¡*pam!* —se dio con el puño en la palma de la mano—. El primero de la fila, ¡desapareció, tío! Quedamos azorados. Quiero decir, se suponía que debía ser así, pero... desapareció —repitió, meneando la cabeza—. Sólo... desapareció.

Atónitos ante la evidencia de que funcionaba, repitieron el recorrido y la recitación y, cada vez que lo hacían, el primero de la fila desaparecía. Donner fue el cuarto.

—Oh, Dios —dijo, palideciendo al recordar—. Oh, Dios, nunca había sentido nada como eso antes y espero no volver a sentirlo nunca más.

—El amuleto, esa escarcela que tenías —dijo Brianna—. ¿Qué ocurrió con ella?

—No sé. Tal vez se me cayó, o quizás fue a parar a otro lado. Me desmayé, y cuando recuperé el sentido, ya no la llevaba encima. —Era un día cálido y sofocante, pero se echó a temblar—. Jojo... Él estaba conmigo. Sólo que había muerto.

La noticia me golpeó como una cuchillada justo debajo de las costillas. En los cuadernos de notas de Geillis Duncan había listas de personas encontradas cerca de los círculos de piedra. No necesitaba que nadie me lo dijera para saber que pasar por las piedras era peligroso; pero este recordatorio hizo que se me aflojaran las rodillas, y me senté en la desvencijada otomana de Jocasta.

—Los otros —dijo—. ¿También...?

Él negó con la cabeza. Aún sudaba y se estremecía, pero ahora el sudor le velaba el rostro; tenía muy mal aspecto.

—Jamás he vuelto a verlos —dijo.

No sabía qué era lo que había matado a Jojo; no se detuvo a mirar, aunque tenía la vaga idea de que quizás hubiera visto marcas de quemaduras en su camisa. Tras encontrar muerto a su amigo y ver que ninguno de los otros estaba por allí, huyó, presa del pánico, por el bosque achaparrado y las marismas, hasta que, tras errar muchas horas, se derrumbó y pasó la noche entre las ásperas hierbas que cubrían las dunas. Pasó hambre durante tres días, encontró y comió una nidada de huevos de tortuga y finalmente se las arregló para llegar en una canoa robada a tierra firme, donde, desde que llegó, erró sin rumbo, trabajando aquí y allá en tareas serviles, refugiándose en la bebida cuando podía permitírselo, y, en el transcurso del año anterior, se había unido a Hodgepile y su pandilla.

El propósito de las gargantillas de *wampum* era, dijo, permitir que los conspiradores se identificaran entre sí en el caso de que se encontrasen en algún lugar; pero él nunca vio a nadie más que la llevara.

Sin embargo, Brianna no le prestó atención a esta confusa parte del relato; pensaba en lo que había ocurrido después.

—¿Crees que Dientes de Nutria, Springer, perjudicó deliberadamente a tu grupo tratando de viajar a otra época?

Wendigo la miró con la boca entreabierta.

—La verdad es que nunca se me pasó por la cabeza. Él fue el primero en entrar. Él fue el primero en entrar... —repitió.

Brianna comenzó a hacerle otra pregunta, pero la interrumpieron unas voces que se acercaban desde el vestíbulo. Donner, con los ojos abiertos en una expresión de alarma, se puso en pie en un instante.

—Mierda —exclamó—. Es él. ¡Tenéis que ayudarme!

Antes de que pudiera averiguar qué lo hacía suponer que lo haríamos o quién era «él», la austera figura de Ulysses apareció en la puerta.

—Tú —le dijo con voz terrible a Donner, que se echó a temblar—. ¿No te he dicho que te marcharas? ¿Cómo te atreves a entrar en casa de la señora Machines y molestar a sus amistades?

Se apartó y le hizo una seña con la cabeza a alguien que estaba junto a él. Quien se asomó era un caballero pequeño, redondo, de aire colérico, que iba vestido con un traje arrugado.

—Es él —dijo, señalándolo con un dedo acusador—. Ése es el canalla que me robó la escarcela esta mañana en la posada de Jacobs. ¡Me la quitó del bolsillo mientras yo desayunaba mi jamón!

—¡No he sido yo! —Donner hizo una poco convincente exhibición de ultraje, pero la culpa se leía en su rostro, y cuando Ulysses lo agarró del cuello y le registró los bolsillos sin ceremonias, la escarcela apareció, para decidida gratificación de su propietario.

—¡Ladrón! —exclamó, blandiendo el puño—. Te he estado siguiendo toda la

mañana. Maldito salvaje, garrapata, piojoso, comedor de perros... Oh, lo siento, discúlpeme, señoras —añadió, dedicándonos una reverencia a Brianna y a mí antes de proseguir con su denuncia de Donner.

Brianna me miró levantando las cejas, pero yo me encogí de hombros. No había manera de preservar a Donner de la justiciera indignación de su víctima, aun si yo hubiera querido hacerlo de verdad. A petición del caballero, Ulysses hizo traer a dos mozos de cuadra y un par de grilletes, y Donner partió acompañado de ellos, jurando que él no lo había hecho, que era una trampa, que no había sido él, que él era amigo de las damas, « ¡de veras, tío, pregúntaselo a ellas...! », para ser trasladado a la cárcel de Cross Creek.

Un hondo silencio se instaló tras su partida. Al cabo de un momento, Ian sacudió la cabeza y tomó el cuaderno de bocetos, en el que Brianna le había pedido a Donner que tratara de dibujar los pasos del recorrido seguido por los hombres. La incomprensible maraña de círculos y líneas onduladas parecía un dibujo de Jemmy.

—¿Qué clase de nombre es *Weddigo*? —preguntó Ian, dejando el plano.

—Wendigo —le corrigió Brianna—. Es un espíritu de los caníbales ojibway que vive en el bosque. Aúlla en las tormentas y come gente.

Ian se la quedó mirando.

—Agradable sujeto —señaló.

—¿Verdad que sí? —Yo misma me sentía más que un poco turbada. Además de la conmoción provocada por la aparición de Donner, sus revelaciones y su posterior arresto, pequeñas sacudidas de la memoria no dejaban de cruzar mi mente de manera incontrolable, vividas imágenes de la primera vez que lo vi, a pesar de mis esfuerzos por bloquearlas. Noté sabor a sangre en la boca y el hedor de hombres sin lavar.

—Supongo que se tratará de un nombre de guerra —dije, procurando parecer despreocupada—. Seguramente no lo bautizaron así.

—¿Te encuentras bien, mamá? ¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua?

—Whisky —dijimos Ian y yo a la vez, y me eché a reír, a pesar de mi inquietud. Para cuando lo trajeron, ya me había repuesto.

—¿Qué crees que le ocurrirá, Ulysses? —le pregunté cuando me ofreció la bandeja. El rostro impasible y apuesto del mayordomo no expresaba más que un leve desagrado por el reciente visitante.

—Supongo que lo ahorcarán —dijo—. El señor Townsend, así se llama el caballero, llevaba diez libras en la escarcela que le robaron. —Más que suficiente para merecer la horca. En el siglo XVIII, el robo no estaba bien visto; incluso una libra podía bastar para merecer la pena capital.

—Bien —dijo Ian, con evidente aprobación.

Sentí que el estómago me daba un vuelco. Donner no me gustaba, sentía desconfianza hacia él y, a decir verdad, no me parecía que, en términos

generales, su muerte fuese a suponer una gran pérdida para el género humano. Pero era un viajero, como yo; ¿nos imponía eso alguna obligación de ayudarlo? O algo tal vez más importante, ¿no tendría alguna información que aún no nos había comunicado?

—El señor Townsend se fue a Campbellton —añadió el mayordomo, ofreciéndole la bandeja a Ian—. Le pedirá al señor Farquard que despache pronto el caso, pues debe partir a Halifax y quiere ofrecer su testimonio cuanto antes.

Farquard Campbell era juez de paz, y posiblemente también lo único parecido a una autoridad judicial en el condado desde que la corte del circuito había dejado de operar.

—Pero imagino que no lo ahorcarán antes de mañana... —dijo Brianna. Por lo general, no bebía whisky, pero en ese momento aceptó un vaso; a ella también la había turbado el encuentro.

—No —dijo Ian, mirándola con suspicacia—. No tendrás intención de... —Me echó un vistazo a mí—. ¡No! —agregó, horrorizado, al ver la indecisión en mi rostro—. Ese sujeto es un ladrón y un sinvergüenza, y aunque no lo hayas visto matando con tus propios ojos, tía, sabes bien que lo hizo. ¡Por el amor de Dios, que lo cuelguen, y terminemos con esto!

El sonido de pisadas y voces en el vestíbulo me salvó de responder. Jamie y Duncan, que habían ido a Cross Creek, estaban de regreso. Sentí una abrumadora oleada de alivio al ver a Jamie en la puerta, tostado por el sol y rubicundo, polvoriento por la cabalgata.

—¿Ahorcar a quién? —preguntó alegremente.

La opinión de Jamie era la misma que la de Ian: que colgaran a Donner, mejor así. Sin embargo, logramos persuadirlo, a regañadientes, de que Brianna o yo debíamos hablar con Donner al menos una vez más, para asegurarnos de que no hubiera ninguna otra cosa que nos pudiera decir.

—Harlaré con el carcelero —dijo sin entusiasmo—. Pero, cuidado —añadió, señalándome con un dedo admonitorio—, ninguna de vosotras debe acercársele siquiera, salvo que Ian o yo las acompañemos.

—¿Qué crees que hará? —Brianna se enfadó, molesta por su tono—. ¡Mide casi la mitad que yo, por el amor de Dios!

—Y una serpiente de cascabel es todavía más pequeña —repuso su padre—. Me gustaría creer que no te meterías en una habitación con una sólo porque tú pesas más.

Ian dejó escapar una risita burlona y Brianna le propinó un fuerte codazo en las costillas.

—En cualquier caso —dijo Jamie, sin prestarles atención—, traigo noticias. Y una carta de Roger Mac —agregó. La sacó de su camisa, sonriéndole a Bree—.

A no ser que estés demasiado distraída como para leerla...

Ella encendió una vela y la agarró. Ian hizo ademán de quitársela y ella le alejó la mano de una palmada, riendo, y salió a la carrera para leerla en privado.

—¿Qué clase de noticias? —pregunté. Ulysses había dejado la bandeja y la botella: serví una medida en mi vaso vacío y se lo alcancé a Jamie.

—Alguien vio a Manfred McGillivray —repuso—. *Sláinte*.

—Ah, sí? ¿Dónde? —Ian no parecía nada contento con la noticia.

—En un burdel. ¿Dónde, si no?

Por desgracia, su informador no había sido capaz de precisar la ubicación exacta de dicho burdel, posiblemente, porque en el momento del hecho se encontraba demasiado borracho como para saber dónde estaba, pero, aun así, tenía la razonable certeza de que era en Cross Creek o en Campbelton. También por desgracia, el episodio había tenido lugar hacia varias semanas. Manfred bien podía haberse marchado a otro lugar.

—Al menos, es un punto de partida —dije, esperanzada.

La penicilina era efectiva, aun para casos avanzados de sífilis, y a mí todavía me quedaban algunos preparados de la medicina.

—Cuando vayas a la cárcel, te acompañaré. Después de que hablamos con Donner, podemos ir a buscar el burdel.

El aire de satisfacción de Jamie disminuyó de manera apreciable.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No creo que Manfred siga allí, tía —intervino Ian—. Para empezar, dudo que tenga dinero para hacerlo.

—Ja, ja —me burlé—. Tal vez haya dicho dónde se aloja, ¿no? Además, quiero saber si mostraba algún síntoma.

En mi época, podían pasar diez, veinte o hasta treinta años entre la aparición del chancre inicial y el desarrollo de nuevos síntomas de sífilis; pero en estos tiempos, la sífilis era una enfermedad mucho más fulminante. Sus víctimas podían morir al cabo de un año de ser infectadas. Y Manfred se había marchado hacía más de tres meses; Dios sabía cuándo había contraído la infección inicial.

Jamie parecía decididamente poco entusiasmado con la idea de ir a buscar burdeles: a Ian se lo veía mucho más interesado.

—Te ayudaré a buscarlo —se ofreció—. Fergus puede venir también. Sabe mucho acerca de las putas; es probable que hablen con él.

—¿Fergus? ¿Fergus está aquí?

—Así es —dijo Jamie—. Ésa era la otra noticia. En este momento le está presentado sus respetos a mi tía.

—Pero ¿por qué está aquí?

—Bueno, habrás oído lo que comentaban en la barbacoa, ¿no? Lo del impresor Simms y sus problemas, ¿recuerdas? Al parecer, las cosas están mucho peor, y él está pensando en venderlo todo antes de que alguien les prenda fuego a

su local y a su propia persona. Se me ocurrió que tal vez ésta sería una actividad más apropiada que la agricultura para Fergus y Marsali. De modo que mandé a buscarlo, para que hable con Simms.

—¡Es una idea brillante! —exclamé—. Sólo que... ¿con qué dinero lo compraría Fergus?

Jamie tosió y adoptó un aire evasivo.

—Bueno... Supongo que se puede llegar a algún tipo de acuerdo. En especial si Simms está ansioso por vender.

—Muy bien —dije con resignación—. Creo que prefiero no enterarme de los detalles escabrosos. Pero Ian... —Me volví hacia él—. Nada más lejos de mí que ofrecerte consejos sobre moralidad. Pero tú no, repito, tú no vas a interrograr a ninguna prostituta de una forma profunda y personal. ¿Está claro?

—¡Tia! —dijo, fingiéndose escandalizado—. ¡Qué ideas se te ocurren! —Pero una amplia sonrisa se dibujó en su rostro tatuado.

Brea y plumas

Cuando llegó el momento, finalmente permití que Jamie fuera solo a la cárcel a visitar a Donner. Me había asegurado que sería más fácil sin mi presencia, y yo tenía muchas otras cosas que hacer en Cross Creek. Además de lo habitual, como sal, azúcar, alfileres y otros suministros domésticos que debían ser renovados, necesitaba, con mayor urgencia, más quina para Lizzie. El ungüento de bayas de acebo funcionaba para el tratamiento de los ataques de malaria, pero ni se acercaba a la eficacia de la corteza de chinchona para prevenirlos.

De todas formas, las restricciones de los británicos al comercio estaban surtiendo efecto. El té era imposible de conseguir, desde luego, pero tampoco se conseguía azúcar, salvo por un precio exorbitante, ni alfileres de acero.

En cambio, si pude obtener sal. Cargué una libra en mi cesta y me dirigí al muelle. El día era caluroso y húmedo; lejos de la suave brisa del río, el aire estaba inmóvil y espeso como melaza. La sal se había solidificado en sus bolsas de arpillería y el vendedor tuvo que cortar terrones con un formón.

Me pregunté cómo irían las investigaciones de Ian y Fergus; tenía un plan para el burdel y sus habitantes, pero antes debíamos dar con él.

No le había mencionado mi idea a Jamie. Si funcionaba, habría tiempo suficiente. Una calle lateral ofrecía sombra en forma de grandes olmos plantados de manera que sus copas se alzaban sobre la senda. Me cobijé a la sombra de uno de ellos y descubrí que me hallaba a las puertas del distrito elegante, un total de unas diez casas, de Cross Creek. Desde donde me encontraba pude ver la morada del doctor Fentiman, a la que distinguía una pequeña enseña colgante hecha de un tablón sobre el que estaba pintado un caduceo. Cuando me presenté allí, el doctor no estaba en casa, pero su criada, una joven poco agraciada, bien arreglada y con una marcada bizquera, me hizo pasar y me guió hasta la consulta.

Era una habitación sorprendentemente fresca y agradable, con grandes ventanas y un suelo cubierto de una gastada lona de cuadros azules y amarillos, que estaba amueblada con un escritorio, dos cómodas sillas y una tumbona en la que los pacientes se podían reclinar para ser examinados. El doctor tenía un microscopio en el escritorio, por el que miré con interés. Era muy bueno, aunque no tanto como el mío, pensé con cierta satisfacción.

Sentía una fuerte curiosidad por ver el resto de su equipo, y estaba debatiéndome acerca de si hurgar en sus cajones sería o no abusar de la hospitalidad del doctor, cuando éste llegó, volando con las alas que le prestaba el

brandy.

Tarareaba para sus adentros y llevaba el sombrero bajo un brazo, su desvencijado maletín médico colgado del otro. Al verme, dejó caer ambos en el suelo con descuido y, con expresión radiante, se apresuró a cogerme la mano. Se inclinó sobre ésta y apoyó sus labios en mis nudillos.

—¡Señora Fraser! ¡Estimada señora, qué gusto verla! No la aqueja ninguna dolencia, ¿verdad?

Yo corría peligro de marearme por los efluvios alcohólicos de su aliento, pero mantuve una expresión tan cordial como me fue posible, y, mientras me limpiaba la mano en el vestido con disimulo, le aseguré que me encontraba perfectamente, al igual que todos los miembros de mi familia.

—Oh, espléndido, espléndido —dijo, dejándose caer con considerable brusquedad en un taburete y dedicándome una enorme sonrisa que reveló sus molares manchados de tabaco. Su inmensa peluca se le había corrido hacia un lado, obligándolo a atisbar por debajo de ella, pero él no pareció darse cuenta—. Espléndido, espléndido.

Supuse que un gesto más bien vago que hizo con la mano significaba que me invitaba a tomar asiento, y eso fue lo que hice. Había traído conmigo un pequeño presente para endulzar al buen doctor y lo saqué de mi cesta, aunque, a decir verdad, me dio la impresión de que estaba lo bastante entonado como para requerir poca atención adicional antes de exponerle el motivo de mi visita.

En cualquier caso, quedó encantado con mi obsequio. Se trataba de un ojo que alguien había perdido en una pelea en Yanceyville y que el joven Ian había tenido la consideración de recoger para mí, preservándolo en un frasco de alcohol de vino. Como sabía de los gustos del doctor Fentiman, supuse que lo apreciaría. Así fue, y pasó algún tiempo repitiendo « ¡Espléndido! ».

—¡Espléndido! —volvió a decir—. ¡Le aseguro, señora Fraser, que tendrá un lugar de honor en mi colección!

—¿Tiene usted una colección? —dije, fingiendo gran interés.

—¡Oh, sí, oh, sí! ¡Le interesaría verla?

No había posibilidad de negarse; ya se había levantado y avanzaba tambaleándose hacia una puerta en la parte trasera de su estudio. Daba a un gran gabinete, sobre cuyos anaqueles había treinta o cuarenta recipientes llenos de alcohol que contenían objetos que sin duda podían ser descritos como « interesantes ».

Iban de lo meramente grotesco a lo realmente impresionante. Sacándolos de uno en uno, me enseñó un dedo gordo adornado de una verruga del tamaño y el color de una seta comestible, una lengua que había sido partida a lo largo, al parecer en vida de su propietario, pues ambas mitades se veían bien curadas, un gato de seis patas, un cerebro con groseras deformaciones (« Perteneciente a un ahorcado por asesinato », me informó con orgullo. « No me sorprende »,

murmuré pensando en Donner y preguntándome qué aspecto tendría su cerebro) y muchos bebés, presumiblemente nacidos antes de tiempo y que exhibían un surtido de atroces deformidades.

—Ahora bien, ésta —dijo, cogiendo un gran cilindro de cristal— es la pieza más valiosa de mi colección, sin lugar a dudas. Hay un médico muy distinguido en Alemania, *Herr Doktor Blumenbach*, que tiene una colección de cráneos de fama mundial, y me está persiguiendo, o, en realidad, acosándome, se lo aseguro, para persuadirme de que me desprenda de ella.

«Ésta» eran los descarnados cráneos y la columna vertebral de un bebé de dos cabezas. De hecho, era fascinante. También era algo que convencería a cualquier mujer en edad de concebir de renunciar al sexo de manera inmediata.

Por tétrica que fuera la colección del doctor, me ofrecía una excelente oportunidad para plantear el lema que me había llevado allí.

—Es verdaderamente asombroso —dije, inclinándome para examinar las órbitas vacías de los flotantes cráneos. Vi que eran independientes y completos; lo que se había dividido era la médula espinal, de modo que los cráneos pendían juntos en el fluido; eran de un blanco fantasmal, y se inclinaban el uno hacia el otro, de modo que las redondeadas cabezas se tocaban con delicadeza, como si compartieran algún secreto—. Me pregunto qué causa semejante fenómeno.

—Oh, sin duda, alguna commoción terrible sufrida por la madre —me aseguró el doctor Fentiman—. Las mujeres embarazadas son muy vulnerables a cualquier clase de excitación o aflicción, ¿sabe? Hay que mantenerlas aisladas, confinadas, bien lejos de toda influencia nociva.

—Claro —murmuré—. Pero ¿sabe?, algunas malformaciones, tal vez ésa, por ejemplo, pueden ser resultado de que la madre padezca de sífilis.

Era cierto; reconocí la característica malformación de la mandíbula, el cráneo estrecho y el aspecto hundido de la nariz. Aquella criatura había sido conservada con toda su carne y yacía curvada con aire plácido en su frasco. Su tamaño y la ausencia de cabello sugerían que era muy posible que fuera prematura; yo esperaba, por el bien de la propia criatura, que no hubiera nacido con vida.

—Sí... sífilis —repitió el doctor, tambaleándose un poco—. Oh, sí. Sí, sí. Obtuve esa criatura en particular de una, eh... —Se le ocurrió, tarde, que tal vez la sífilis no fuera un tema adecuado para discutir con una dama. Cerebros de asesinos y niños de dos cabezas, sí, pero enfermedades venéreas, no. En el gabinete había un frasco que contenía algo que me pareció, con razonable certeza, que se trataba del escroto de un negro aquejado de elefantiasis. Noté que tampoco me lo había mostrado.

—¿De una prostituta? —apunté con expresión compasiva—. Sí, supongo que desgracias como ésta deben de ser comunes entre esas mujeres.

—No, no. De hecho... —Echó un vistazo por encima del hombro, se inclinó

hacia mí y dijo en un ronco susurro—: Un colega me dio ese espécimen en Londres hace algunos años. ¡Se rumorea que es el hijo de un noble extranjero!

—Oh, vaya —dije, desconcertada—. Qué... interesante.

En ese incómodo momento entró la criada con el té, o mejor dicho, con una repulsiva mezcla de bellotas tostadas y manzanilla, hervidas en agua, y la conversación viró a temas sociales. Temí que el té lo despejara antes de que yo lograra volver a encarrilarlo, pero por fortuna la bandeja también incluía una botella de buen clarete, que le serví con generosidad.

Procuré hacerlo regresar a temas médicos inclinándome a admirar los frascos que habían quedado sobre su escritorio. El más cercano a mí contenía la mano de una persona que había sufrido de un caso tan avanzado de la enfermedad de Dupuytren que dicho apéndice era poco más que un nudo de dedos contraídos. Me hubiese gustado que Tom Christie lo viera. Desde su operación me evitaba, pero, por cuanto yo sabía, la mano todavía le funcionaba bien.

—¿No es notable la variedad de condiciones que puede exhibir el cuerpo humano?—comenté.

—Notable —repitió como un eco—. Y, sin embargo, lo que es igual de notable es la capacidad de recuperación que el cuerpo puede demostrar ante las heridas más terribles.

Era cierto, pero yo quería llevar las cosas a otro terreno.

—Sí, claro. Pero...

—Lamento mucho no poder enseñarle cierto espécimen, ¡habría sido una destacada pieza para mi colección, se lo aseguro! Pero, ay, el caballero insistió en llevárselo consigo.

—¿Qué él hizo qué? —Bueno, al fin y al cabo, yo misma les había entregado a varios niños sus apéndices o amígdalas en un frasco después de operarlos. Me pareció que no era del todo insensato que alguno quisiera conservar un miembro amputado.

—Sí, de lo más asombroso. —Bebió un sorbo de clarete con aire pensativo—. Era un testículo... confío en que me perdone por mencionarlo —agregó, demasiado tarde. Dudó durante un momento, pero al fin fue incapaz de resistirse al deseo de describir el episodio—. El caballero había sufrido una herida en el escroto, un accidente de lo más desafortunado.

—Desde luego —señalé, experimentando un repentino cosquilleo en la base de la columna vertebral. ¿Se trataría del misterioso visitante de Jocasta? Para mantener la cabeza despejada, había evitado el clarete, pero ahora, sintiendo que lo necesitaba, me serví un poco—. ¿Le contó cómo ocurrió el desdichado incidente?

—Oh, sí. Dijo que fue un accidente de caza. Es lo que dicen todos. —Me miró con expresión chispeante. Tenía la punta de la nariz muy sonrojada—. Supongo

que fue un duelo. ¡Obra, quizá, de un rival celoso!

—Quizá. —« ¿Un duelo?», pensé. En esa época, la mayor parte de los duelos eran a pistola, no a espada. El clarete era muy bueno, y me sentí un poco más serena—. Usted... ¿le extirpó el testículo? —Debía de haberlo hecho si es que tenía intención de añadirlo a su atroz colección.

—Sí —respondió, y se estremeció levemente al recordarlo—. Dijo que la herida de bala se la habían hecho varios días antes. Me vi obligado a extirparle un testículo, aunque por fortuna pudo conservar el otro.

—Estoy segura de que eso le reconfortaría. —« ¿Herida de bala? No, imposible» , pensé. « No puede ser... y sin embargo... » —. ¿Ocurrió hace poco?

—Ah, no. —Se reclinó en su asiento—. Fue en primavera, hace dos años... ¿Mayo? Sí, tal vez en mayo.

—¿Por casualidad, no se trataba de un caballero de apellido Bonnet? —Me sorprendí ante la naturalidad de mi tono—. Creo haber oído que un tal Stephen Bonnet sufrió un... accidente de esa clase.

—Bueno, no quiso darme su nombre, ¿sabe?; es muy frecuente cuando la naturaleza de la herida puede causar vergüenza pública. En casos así, no insisto.

—Pero lo recuerda, ¿verdad? —Me di cuenta de que estaba sentada en el borde de mi silla y que mi mano apretaba la copa de clarete.

—Humm. —Maldición, se estaba amodorrando—. Un caballero alto, bien vestido. Tenía un... caballo de lo más hermoso...

—¿Un poco más de té, doctor Fentiman? Cuénteme más. Debió de ser una operación de lo más delicada.

De hecho, aunque a los hombres no les gusta enterarse de que extirpar un testículo es una operación sencilla, en realidad, lo es. Aunque practicarla sobre un paciente consciente tal vez sería más difícil.

Al hablar de la operación, Fentiman recobró parte de su entusiasmo.

—... Y la bala atravesó el testículo de lado a lado; dejó un agujero perfecto... le aseguro que se podía mirar por él. —Era evidente que lamentaba la pérdida de tan interesante espécimen, y me costó un poco hacer que me contara qué había sido del caballero a quien había pertenecido—. Bueno, eso fue lo raro. ¿Sabe?, el caballo... —dijo con vaguedad—. Hermoso animal... con las crines largas, como una mujer, muy fuera de lo común.

Un caballo frisón. El doctor recordaba que al plantador Phillip Wylie le gustaban esos animales, y así se lo había dicho a su paciente, sugiriéndole que, ya que no tenía dinero, y que, además, sería incapaz de montar con comodidad durante un tiempo, podía considerar la posibilidad de venderle su caballo a aquél. El hombre se mostró de acuerdo y le solicitó al doctor que se lo preguntase a Wylie, que estaba en el pueblo para asistir a las sesiones del tribunal.

El doctor Fentiman había tenido la amabilidad de salir en busca de Wylie, dejando a su paciente reclinado con comodidad en la tumbona con una taza de

tintura de láudano.

Phillip Wylie se había mostrado muy interesado por el caballo y se apresuró a ir a verlo. El caballo estaba allí, pero el paciente no, pues se había marchado a pie durante la ausencia del doctor, llevándose media docena de cucharas de plata, una pitillera esmaltada, el frasco de láudano y seis chelines, que resultaron ser todo el dinero que el doctor tenía en la casa.

—No puedo imaginar cómo se las arregló —dijo Fentiman, abriendo mucho los ojos al pensarla—. ¡En semejante estado! —Debo decir que parecía más preocupado por la condición del paciente que por su propia pérdida. Fentiman era un terrible borracho, pensé; nunca lo había visto del todo sobrio. Pero no era mal médico—. Pero —añadió en tono filosófico— lo que termina bien está bien, ¿no es así, mi querida señora?

Con lo que quería decir que Phillip Wylie le había comprado el caballo a un precio más que suficiente para compensar sus pérdidas y dejarle, además, considerables ganancias.

—Claro —dije, preguntándome cómo se tomaría Jamie la noticia.

Le había ganado el semental a Phillip Wylie —puesto que sin duda se trataba de Lucas—, en una reñida partida de cartas en River Run, sólo para que, pocas horas después, Stephen Bonnet se lo robara.

A fin de cuentas, supuse que a Jamie le gustaría saber que el semental estaba en buenas manos, aunque no fueran las suyas. En cuanto a las noticias de Bonnet... «Mala hierba nunca muere», había sido su cínico comentario cuando nadie pudo descubrir el cuerpo de Bonnet después de que Brianna le disparó.

Ahora. Fentiman ya bostezaba sin disimulo. Parpadeó, con los ojos lacrimosos, y se puso a buscar un pañuelo en sus bolsillos antes de inclinarse a hurgar en su maletín, que había dejado caer al suelo junto a su asiento.

Yo saqué mi pañuelo y se lo tendí; entonces, las vi en el maletín abierto.

—¿Qué son? —le pregunté, señalándolas. Claro que sabía qué eran, pero quería saber de dónde las había sacado. Eran jeringas, dos, pequeñas y hermosas jeringas de bronce. Estaban compuestas de dos elementos: un embolo con asas curvadas y un tubo cilíndrico que se estrechaba hasta formar una aguja roma muy larga.

—Eh... esto... es... —Turbado, tartamudeó como un escolar al que sorprenden fumando en el baño—. Oídos —dijo—. Para limpiar los oídos. Sí, sin duda eso es lo que son. ¡Lavativas para los oídos!

—Oh, ¿de veras? —Cogí una—. Qué ingenioso —dije, accionando el émbolo. Era un poco duro, pero no estaba mal, en especial si se tenía en cuenta que la alternativa era una hipodérmica improvisada con un tubo de cuero al que se le ha añadido un colmillo de serpiente de cascabel. Claro que una punta roma no serviría, pero cortarla en un ángulo afilado sería sencillo—. ¿Dónde las obtuvo? Me gustaría mucho encargar una para mí.

Boquiabierto, me dirigió una mirada horrorizada.

—Yo... eh... en verdad me parece que no... —protestó débilmente.

En ese preciso instante su doncella apareció en el vano de la puerta.

—Ha llegado el señor Brennan; su mujer está a punto de dar a luz —anunció lacónicamente.

—¡Oh! —El doctor Fentiman se puso en pie de un salto, cerró su maletín de golpe y lo recogió con gesto brusco.

—Mil disculpas, estimada señora... debo marcharme... un asunto de la mayor urgencia... ¡Un gusto haberla visto! —Salió a la carrera, estrechando el maletín contra su pecho, con tanta prisa que pisó su sombrero.

La sirvienta recogió el sombrero aplastado con aire de resignación y, sin darle mayor importancia, lo hizo recuperar su forma con el puño.

—¿Va a marcharse ahora, señora? —preguntó en un tono que dejaba claro que, me gustara o no, debía hacerlo.

—Sí. Pero dígame... —Extendió la mano abierta con la jeringa de bronce—. ¿Sabe qué es esto y de dónde lo ha sacado el doctor Fentiman?

Era difícil saber hacia dónde miraba, pero inclinó la cabeza como para examinarla.

—Oh, eso. Sí, señora. Es una jeringa para penes. Creo que la hizo traer de Filadelfia.

—Ah, una jeringa para penes... Entiendo —dijo, parpadeando un poco.

—Sí, señora. Es para tratar las purgaciones, la gonorrea. El doctor trata a menudo a los caballeros que acuden a casa de la señora Sylvie.

Respiré hondo.

—¿A casa de la señora Sylvie? Ah. Y ¿sabría decirme dónde se encuentra el... establecimiento de la señora Sylvie?

—Detrás de la taberna de Silas Jameson —repuso, mirándome por primera vez con leve curiosidad—. ¿Necesita alguna otra cosa, señora?

—Oh, no —dijo—. Con eso me basta, gracias.

Hice ademán de entregarle la jeringa para penes, pero entonces se me ocurrió algo. Al fin y al cabo, el doctor tenía dos.

—Le doy un chelín por ella —dijo, mirando al ojo que me pareció que apuntaba en mi dirección:

—Hecho —respondió en seguida. Hizo una pausa antes de añadir—: Si va a emplearla con su marido, antes asegúrese de que esté totalmente borracho.

Ya había cumplido con mi principal misión, pero ahora tenía una nueva posibilidad que explorar antes de tomar por asalto la casa de mala nota de la señora Sylvie.

Hadía tenido intención de visitar a un vidriero y explicarle por medio de dibujos cómo hacer el cilindro y el émbolo de una aguja hipodérmica, dejándole

a Bree el problema de fabricar una aguja hueca y agregársela. Por desgracia, aunque el único vidriero de Cross Creek era capaz de hacer cualquier clase de botellas, jarras y copas de uso doméstico, con un vistazo a sus mercancías me quedó claro que lo que yo necesitaba estaba mucho más allá de sus habilidades.

Pero ¡ya no debía preocuparme por ello! Aunque las jeringas de metal carecían de algunas de las cualidades deseables del cristal, también tenían la indudable ventaja de que no se rompián; y aunque las agujas desechables hubieran sido lo ideal, simplemente podía esterilizar todo el dispositivo después de cada uso.

Las jeringas del doctor Fentiman terminaban en puntas gruesas y romas. Sería necesario calentarlas y estirarlas mucho para afinarlas. Despues, habría que cortar el extremo de bronce en un ángulo oblicuo y limar la punta hasta que quedara en condiciones de perforar la piel con facilidad... Un juego de niños, pensé, feliz. Lo único que me faltaba era una buena provisión de quina.

Pero mis esperanzas de obtener la corteza de chinchona se derrumbaron cuando, al llegar a la calle principal, avisté la botica del señor Bogues. La puerta estaba abierta, con las moscas colándose por ella, y el peldaño de la entrada, por lo general immaculado, mostraba una cantidad de pisadas de barro que sugerían que algún ejército hostil había descendido sobre la tienda.

La impresión de saqueo y pillaje, quedó reforzada por la escena que vi en el interior: la mayor parte de los anaquelos estaban vacíos, u ocupados por restos esparcidos de hojas secas y cacharros rotos. Miranda, la hija de los Bogues, de diez años de edad, vigilaba con aire lúgubre una pequeña colección de frascos y botellas y un caparazón de tortuga vacía.

—¡Miranda! —exclamé—. ¿Qué ha ocurrido?

Su rostro se iluminó al verme.

—Señora Fraser! ¿Quiere un poco de marrubio? Nos queda casi una libra... y está barato, a sólo tres céntimos la onza.

—Dame una onza —dije—. ¿Dónde están tus padres?

—Mamá está atrás, haciendo las maletas. Y papá fue a venderle a *Jack* al señor Raintree.

Jack era el caballo de tiro del boticario, así como la mascota particular de Miranda. Me mordió el interior del labio.

—El señor Raintree es un buen hombre —dije, buscando alguna forma de consolarla—. Tiene buenos pastos para sus caballos, y un establo abrigado; creo que *Jack* será feliz allí, tendrá amigos.

Asintió, apretando los labios con fuerza, pero dos gruesas lágrimas se le escaparon y le rodaron por las mejillas.

Echando un rápido vistazo hacia atrás para asegurarme de que nadie entrara, me dirigi al otro lado del mostrador, me senté sobre un barril y la hice subir a mi regazo, donde en seguida se derrumbó, aferrándose a mí y llorando, aunque

haciendo un evidente esfuerzo por evitar que la oyeran en su casa, que estaba detrás de la tienda.

Le di unas palmadas en la espalda, arrullándola, sintiendo una inquietud que iba más allá de la mera compasión por aquella niña. Estaba claro que los Bogues cerraban su negocio. ¿Por qué?

Como yo bajaba de la montaña con tan poca frecuencia, no tenía ni idea de cuáles podían ser las simpatías políticas de Ralston Bogues. Pero sabía que la tienda siempre había sido próspera y que a juzgar por cómo vestían los niños, la familia tenía un relativo buen estatus: Miranda y sus dos hermanos menores siempre llevaban zapatos. Los Bogues habían vivido allí durante toda la vida de Miranda, por lo menos y posiblemente, más aún. Que se marcharan de esta manera significaba que algo serio había ocurrido; o estaba a punto de ocurrir.

—¿Sabes adónde irán? —le pregunté a Miranda—. Tal vez el señor Raintree pueda escribirte para contarte cómo le va a *Jack*.

Pareció un poco más esperanzada al oírlo.

—¿Cree que puede enviar una carta a Inglaterra? Queda muy lejos.

¿Inglaterra? Sí que ocurría algo serio.

—Oh, sin duda —dijo—. El señor Fraser le escribe todas las noches a su hermana, que está en Escocia. ¡Y eso es aún más lejos que Inglaterra!

—Oh. Bueno. —Más contenta, se bajó de mi regazo y se alisó el vestido—. ¿Cree que podré escribirle a *Jack*?

—Estoy segura de que el señor Raintree le leerá la carta si lo haces —le aseguré—. ¿De modo que sabes escribir?

—Oh, sí, señora —dijo con entusiasmo—. Papá dice que leo y escribo mejor que él a mi edad. Y además, en latín. Me enseñó a leer los nombres de todas las sustancias para que le buscara la que él podría necesitar. ¿Ve aquél? —Me señaló con cierto orgullo un gran jarro de boticario decorado con elegantes rótulos azules y dorados—. *Electuary Limonensis*. ¡Y aquel otro dice *Ipecacuanha*!

Admiré sus habilidades, pensando que al menos ahora sabía cuáles eran las simpatías políticas de su padre. Los Bogues debían de ser leales a la Corona, y por eso regresaban a Inglaterra. Lamentaba su partida, pero también me alegraba de que se pusieran a salvo. Al menos, era probable que Bogues obtuviera una suma razonable a cambio de su tienda; en poco tiempo, a todos los leales a la Corona les confiscarían sus propiedades, y deberían considerarse dichosos si escapaban de ser arrestados o algo peor.

—¡Miranda! ¿Has visto el zapato de Georgie? Encontré uno bajo el baúl, pero... ¡Oh, señora Fraser! Discúlpeme, no sabía que hubiera alguien aquí. —La aguda mirada de Melanie Bogues registró que yo estaba detrás del mostrador, los ojos enrojecidos de su hija y las manchas de humedad en mi vestido, pero no dijo nada.

—Miranda me ha contado que se marchan a Inglaterra —dije,

incorporándome—. Lamentaremos su partida.

—Es usted muy amable, señora Fraser. —Sonrió sin alegría—. También nosotros lamentamos tener que irnos. Le aseguro que no me entusiasma la perspectiva de la travesía.

Sentí una intensa compasión, pues yo misma había tenido que efectuar ese mismo trayecto. Hacerlo con tres niños, dos de ellos varones de menos de cinco años... era difícil de imaginar.

Quería preguntarle qué los había impulsado a tomar tan drástica decisión, pero no se me ocurría cómo sacar el tema delante de Miranda. Estaba claro que algo había sucedido. Melanie se veía asustadiza como un conejo, y un poco más inquieta que lo que podía justificar incluso el tener que mudarse de una casa en la que vivían tres niños. No dejaba de lanzar rápidas miradas por encima del hombro, como si temiera que alguien la fuera a atacar a traición.

—¿Acaso el señor Bogues...? —Comencé a decir, pero me interrumpió una sombra que se proyectó sobre el umbral. Melanie dio un respiño y se llevó la mano al pecho, mientras yo me volvía para ver quién era.

El vano de la puerta estaba ocupado por una mujer baja y rechoncha vestida con una abigarrada combinación de prendas. Por un instante, pensé que era una india, pues no llevaba cofia y tenía trenzado el cabello oscuro; pero cuando entró en la tienda me di cuenta de que era blanca. O, mejor dicho, rosada; sus toscas facciones estaban arrebatadas por el sol y la punta de su nariz respingona era de un vivo color rojo.

—¿Cuál de ustedes es Claire Fraser? —preguntó.

—Soy yo —dije, reprimiendo el instintivo impulso de retroceder un paso—. ¿Quién es usted?

—Jezebel Hatfield Morton —dijo, entornando los ojos y mirándome con atención—. En el muelle me dijeron que usted estaría aquí. —En marcado contraste con el suave acento inglés de Melanie Bogues, tenía la tosca entonación que yo asociaba con las gentes que han pasado tres o cuatro generaciones en el campo sin hablar con nadie más que los mapaches, las zarigüeyas y sus propios parientes.

—Eh... sí —dije—. ¿Necesita que la ayude en algo?

No parecía necesitar ayuda; si hubiese estado más sana, habría reventado las costuras de la camisa de hombre que llevaba. Melanie y Miranda la miraban con los ojos muy abiertos. Fuera cual fuese el peligro al que temía Melanie, no era la señorita Morton.

—No, ayuda, no —dijo entrando más en la tienda. Movió la cabeza, examinándome con algo parecido a la fascinación—. Pero si pensé que tal vez usted sabría dónde anda ese granuja de Isaiah Morton.

Mi boca se abrió de par en par y la cerré rápido. No era, pues, la señorita Morton, sino la señora Morton. Es decir, la primera señora de Isaiah Morton.

Isaiah Morton había combatido en la milicia de Jamie durante la primera guerra de la Regulación, y solía mencionar a su primera esposa; cuando lo hacía, quedaba bañado en un sudor frío.

—Yo... eh... creo que está trabajando en algún lugar del norte —respondí—. ¿Guilford? ¿O quizás Paleyville?

En realidad, era Hillsboro, pero eso apenas importaba, dado que en ese momento no se encontraba allí. Estaba, de hecho, en Cross Creek, donde había ido a buscar un embarque de barricas para su patrón, un cervecero. Hacía apenas una hora que lo había visto en la tienda del tonelero, acompañado de la segunda señora de Morton y de la hija de ambos. Jezebel Hatfield Morton no parecía la clase de persona que se muestra civilizada ante cosas como ésa.

Emitió un sonido bajo y gutural que denotaba disgusto.

—Es una maldita comadreja escurridiza. Pero ya le echaré el guante, no se preocupe. —Hablabía con una distraída seguridad que no auguraba nada bueno para Isaiah.

Me pareció que lo más prudente era callar, pero no pude evitar preguntarle:
—¿Para qué lo quiere?

Isaiah poseía un cierto encanto rústico, pero, mirándolo de manera objetiva, apenas podía decirse que fuera el tipo de hombre que pudiera enardecer a una mujer, mucho menos a dos.

—¿Para qué lo quiero? —La idea pareció divertirla—. No lo quiero. Pero a mí no me deja ningún hombre por alguna desvergonzada con cara de leche cuajada. Cuando lo atrape, tengo intención de ensartar su cabeza en un palo y clavar su mugriento pellejo a mi puerta.

Dicho por otra persona, ese pronunciamiento habría parecido mera retórica. Pero en boca de la dama en cuestión, se trataba de un inequívoco anuncio. Miranda abrió unos ojos como platos; su madre la imitó al instante.

Jezebel H. Morton me miró con los ojos entornados y se rascó con aire pensativo bajo un inmenso pecho, dejando la húmeda tela de su camisa adherida a su carne.

—Me han dicho que usted le salvó la vida a ese desgraciado en Alamance.
¿Es verdad?

—Eh... sí. —La observé con recelo, atenta a cualquier movimiento ofensivo. Su cuerpo bloqueaba la puerta; si se abalanzaba sobre mí me metería corriendo por la puerta que daba a la casa de los Bogues.

La mujer llevaba un cuchillo grande como para destripar un puerco desenfundado. Estaba metido en un enredado cinturón de *wampum* que cumplía la función de sujetar una masa arrugada que, me pareció, había sido en algún momento una enagua de franela roja, mal cortada a la altura de las rodillas. Sus sólidas piernas estaban desnudas, al igual que sus pies. Del cinturón le colgaban una pistola y un cuerno de pólvora, pero, gracias a Dios, no intentó coger ninguna

de sus armas.

—Qué pena. Pero bueno, si hubiera muerto, yo habría perdido la oportunidad de matarlo, así que supongo que es mejor de esta forma. No se preocupe por mí; si no lo encuentro, uno de mis hermanos lo hará.

Al parecer, había terminado por el momento, puesto que se relajó un poco y miró a su alrededor, reparando por primera vez en los estantes vacíos.

—¿Qué ocurre aquí? —preguntó con expresión de interés.

—Lo vendemos todo —murmuró Melanie, tratando de situarse frente a Miranda a modo de escudo—. Nos marchamos a Inglaterra.

—¿Ah, sí? —Jezebel pareció levemente interesada—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Han matado a su marido? ¿O le han puesto brea y lo han emplumado?

Melanie empalideció.

—No —susurró. Su garganta se movió cuando tragó saliva y su asustada mirada se dirigió a la puerta. De modo que ésa era la amenaza. A pesar del calor agobiante, de pronto sentí frío.

—Ajá. Bueno, si le interesa saber si lo harán, tal vez lo mejor sea que vaya a Center Street —sugirió Jezebel en tono servicial—. Están preparándose para hacer pollo asado con alguno. Se huele la brea caliente por todo el pueblo, y de todas las tabernas salen bandas de gente.

Melanie y Miranda chillaron al unísono y corrieron hacia la puerta, abriéndose paso de un empellón por el espacio que les dejaba la inamovible Jezebel. Yo me moví con rapidez en esa misma dirección, y apenas evité una colisión cuando Ralston Bogues entró justo a tiempo para detener a su histérica esposa.

—Miranda, ve a ocuparte de tus hermanos —dijo con calma—. Tranquila, Melanie, todo va bien.

—Brea —jadeó ella, aferrándose a él—. Ella ha dicho...

—No es para mí —la interrumpió él—. No me buscan a mí. Aún no. Se trata del impresor.

Con suavidad, se soltó el brazo que ella le agarraba y se metió detrás del mostrador, echándole una fugaz mirada de curiosidad a Jezebel.

—Coge a los niños y ve a casa de Ferguson —le dijo a Melanie, cogiendo una escopeta de caza de detrás del mostrador—. Regresaré tan pronto como pueda.

—Sacó el cuerno de pólvora y una caja de balas de un cajón.

—¡Ralston! —exclamó ella en un susurro imperioso mientras contemplaba la espalda de Miranda, que se retiraba—. ¿Adónde vas?

A él le tembló una comisura de la boca, pero no respondió.

—Ve a casa de Ferguson.

—¡No! ¡No te vayas! ¡Quédate con nosotros, quédate conmigo! —Le cogió el brazo, frenética.

Él se desasió y siguió cargando su escopeta con aire obstinado.

—Ve, Melanie.

—¡No lo haré! —Se volvió hacia mí y me urgió—: ¡Señora Fraser, digaselo! ¡Por favor, dígale que es un error, un terrible error! No debe ir.

Abrí la boca, sin saber qué decirles a uno u otro, pero no tuve ocasión de decidir.

—No creo que la señora Fraser lo considere un error, Melanie —repuso Ralston Bogues sin dejar de mirarse las manos. Se echó al hombro la correa de la caja de balas y amartilló la escopeta—. En este preciso momento, su marido es el único que los retiene. Él solo.

Me miró, me saludó con la cabeza y se marchó.

Jezebel tenía razón: olía a brea en todo el pueblo. Esto no era raro en verano, pero ahora el espeso hedor caliente que me quemaba las fosas nasales olía a amenaza. Yo jadeaba, no sólo por la brea y el miedo, sino por el esfuerzo de seguirle el paso a Ralston Bogues, quien, aunque no corría, andaba tan de prisa como le era posible.

En la esquina de Center Street se apiñaba una turba excitada. Vi que se componía, en su mayor parte, de hombres, aunque había unas pocas mujeres de las clases más bajas, verduleras y criadas.

El boticario vaciló al verlos. Unos pocos rostros se volvieron hacia él: uno o dos les tiraron de la manga a quienes tenían más cerca, señalándolo. Las expresiones de sus rostros no eran muy amistosas.

—¡Vete de aquí, Bogues! —gritó un hombre—. No es asunto tuy o. ¡Aún!

Otro se inclinó, cogió una piedra, y se la arrojó. El guijarro repiqueteó inofensivamente sobre la acera de madera, a unos metros de Bogues, pero sirvió para llamar la atención. Algunos de los que estaban entre la multitud se volvieron y empezaron a avanzar despacio en nuestra dirección.

—¡Papá! —dijo una vocecilla asustada a mis espaldas. Me volví y vi a Miranda, sin cofia y con el cabello en desorden y cayéndole por la espalda. Tenía el rostro color remolacha de tanto correr.

No había tiempo para pensar. La levanté en volandas y la lancé en dirección a su padre. Éste, sorprendido, dejó caer la escopeta y cogió a la niña por debajo de los brazos.

Un hombre se precipitó a recoger el arma, pero yo me incliné y la agarré antes que él. Retrocedí, estrechándola contra mi pecho, desafiándolo con la mirada.

No lo conocía, pero él a mí, sí; sus ojos titubearon al verme, y miró por encima del hombro. Yo oía la voz de Jamie y también muchas otras, todas tratando de gritar más que las de los demás. La respiración aún me silbaba en el pecho; no podía hablar. El hombre vaciló, se volvió y se perdió otra vez entre la multitud, cada vez más numerosa.

Bogues había tenido la sensatez de mantener en brazos a su hija, que lo abrazaba con fuerza y hundía el rostro en su camisa. El boticario me dirigió una mirada e hizo un pequeño gesto, como indicándome que le devolviera la escopeta. Negué con la cabeza y la cogí con más fuerza.

—Llévese a Miranda a casa —dije—. Yo... haré algo.

Estaba cargada y amartillada. Un disparo. Lo mejor que podía hacer era crear una distracción momentánea; tal vez serviría.

Me abrí paso a empellones entre la muchedumbre, intentando apuntar hacia abajo la escopeta, que llevaba medio escondida entre las faldas, para no derramar la pólvora. De pronto, el olor a brea se hizo mucho más fuerte. Una caldera yacía volcada frente a la imprenta, y un pegajoso charco negro humeaba y hedia al sol.

Brasas encendidas y ennegrecidos trozos de carbón estaban esparcidos por la calle, a los pies de la gente; un ciudadano de bien, en quien reconocí al señor Townsend, pateaba con ahínco una improvisada hoguera, frustrando los intentos que un par de jóvenes hacían por reavivarla.

Busqué a Jamie y lo vi frente a la puerta de la imprenta, aferrando una escoba manchada de brea, con la luz de la batalla en sus ojos.

—¿Aquél es su marido? —Jezebel Morton me había alcanzado y atisbaba con interés por encima de mi hombro—. Es grandote, ¿no?

Había brea salpicada delante de la imprenta, y también sobre Jamie. Tenía un gran pegote en el cabello, y vi que la carne de su brazo estaba enrojecida en un lugar donde lo había rozado un largo chorro de alquitrán. Aun así, sonreía. En el suelo yacían otras dos escobas embadurnadas en brea, una de ellas rota, casi sin duda que sobre la cabeza de alguno. Se estaba divirtiendo, al menos por el momento.

Al principio no vi al impresor Fogarty Simms. Pero entonces un rostro atemorizado apareció en la ventana, sólo para ocultarse cuando una piedra surgida de la turba golpeó contra el marco y rajó el cristal.

—¡Sal, Simms, maldito cobarde! —vociferó uno—. ¿O prefieres que te ahumemos hasta que salgas?

—¡Ahumémoslo! ¡Ahumémoslo! —Entusiastas gritos brotaron de la multitud y un joven se inclinó cerca de mí con intención de recoger un tizón encendido. En el momento en que lo hacía, le di un pisotón en la mano.

—¡Ay, Dios! —Lo soltó y cayó de rodillas, apretándose la mano entre los muslos y boqueando de dolor—. ¡Oh, Dios, qué dolor!

Me alejé andando de costado y me abrí paso entre la gente. ¿Me podría acercar lo suficiente como para darle el arma a Jamie? ¿O eso empeoraría las cosas?

—¡Apártese de la puerta, Fraser! ¡No tenemos nada contra usted!

Reconocí esa voz educada; era el abogado Neil Forbes. Pero no iba vestido

con su habitual arreglo; llevaba toscas prendas de tejido casero. De modo que no se trataba de un ataque espontáneo. Había venido preparado para hacer un trabajo sucio.

—¡Eh! ¡Eso será en lo que a ti respecta, Forbes! ¡Yo sí tengo algo contra él! —El que había hablado era un hombre fornido ataviado con un delantal de carnicero, de rostro enrojecido por la indignación. Uno de sus ojos estaba morado e hinchado—. ¡Mira lo que me ha hecho! —Con una carnosa mano, se señaló primero el ojo, después el frente de su vestimenta, lo que daba a entender claramente que una escoba embreada le había acertado en medio del pecho. Blandió su inmenso puño en dirección a Jamie—. ¡Me las pagará, Fraser!

—¡Sí, pero con la misma moneda, Buchan!

Cogiendo la escoba a modo de lanza, Jamie amagó un golpe. Buchan emitió un grito y retrocedió, con una expresión de cómica alarma que hizo estallar en risas a la multitud.

—¡Regresa, hombre! ¡Si lo que quieras es hacer el salvaje, te hace falta un poco más de pintura!

Buchan se había vuelto como para huir, pero la muchedumbre le impedía el paso. Jamie le lanzó un certero escobazo que le manchó los fondillos del pantalón. Al notar el golpe, Buchan dio un salto, aterrado, y luego se alejó, abriéndose paso a trompicones entre nuevas risas y rechiflas de mofa.

—¿Alguien más quiere hacer el salvaje? —gritó Jamie. Metió su escoba en el humeante charco y la balanceó con fuerza ante él, trazando un amplio arco con el palo. Gotas de brea caliente surcaron el aire y los hombres gritaron y se empujaron para hacerse a un lado, pisándose y derribándose unos a otros.

Sentí un empujón y golpéé con fuerza contra un barril que estaba en medio de la calle. Me habría caído, de no ser porque Jezebel me asíó del brazo y me sostuvo, sin esfuerzo aparente.

—Su marido es muy valiente —dijo en tono aprobador, con los ojos fijos en Jamie—. ¡Creo que un hombre como ése me podría gustar!

—Sí —dije frotándome un codo dolorido—. A mí también... A veces.

Tales sentimientos no parecían ser universales.

—¡Entrégalo, Fraser, u os emplumaremos a los dos! ¡Malditos tories!

El grito provenía de detrás de mí, y, al volverme, vi que quien había hablado venía preparado: llevaba en una mano una almohada de plumas cuyo extremo ya había desgarrado, de modo que las plumas volaban con cada uno de sus gestos.

—¡Brea y plumas para todos!

Esta vez, el grito provenía de arriba. Levanté la mirada y vi que un joven abría de par en par los postigos de la planta superior de una casa al otro lado de la calle. Trataba de arrojar un colchón de plumas por la ventana, pero su intento era combatido con vehemencia por el ama de casa a quien aquél pertenecía y que le

golpeaba la cabeza con un cucharón.

Cerca de mí, un joven comenzó a cacarear como un pollo y a aletear con los brazos, para gran diversión de sus amigos.

En el extremo más distante de la calle, se oyó un coro de voces.

—¡Tory! ¡Tory! ¡Tory!

La situación cambiaba, y no para mejor. Alcé a medias la escopeta, sin saber qué hacer, pero segura de que debía hacer algo. Un momento más e irrumpirían en la imprenta.

—Dame la escopeta, tía —dijo una voz queda a mis espaldas, y al volverme, vi al joven Ian, que respiraba agitadamente. Se la di sin dudar.

—*Reste de retour!* —gritó Jamie en francés—. *Oui, le lout!* ¡Que nadie dé ni un paso más! —le gritaba a la multitud, pero miraba a Ian.

¿Qué demonios pretendía...? Entonces divisé a Fergus, que daba violentos codazos para conservar su lugar en la primera fila de la muchedumbre. El joven Ian, que iba a alzar la escopeta, titubeó y la mantuvo estrechada contra su pecho.

—¡Tiene razón, que nadie se mueva! —dije en tono imperioso—. No dispare, todavía no.

En ese momento me di cuenta de que un disparo apresurado haría más mal que bien. Como lo que había ocurrido con Bobby Higgins y la masacre de Boston. No quería masacre alguna en Cross Creek y, en particular, ninguna que tuviera a Jamie en su centro.

—No lo haré; pero tampoco permitiré que se lo lleven —musitó Ian—. Si pretenden atraparlo... —Se interrumpió, pero tenía la mandíbula tensa, y percibí el penetrante olor de su sudor, que sobrepasaba incluso el hedor de la brea.

Gracias a Dios, se produjo una distracción momentánea. Unos gritos provenientes de lo alto hicieron que la mitad de la gente se volviera para ver qué ocurría.

Un segundo hombre, evidentemente el dueño de la casa, había aparecido en la ventana de la de enfrente, alejando al primero de un tirón antes de darle un puñetazo. Luego, los dos, peleando, se perdieron de vista. Al cabo de pocos segundos, los ruidos del altercado y los chillidos de la mujer cesaron, y el colchón de plumas quedó colgando a medias de la ventana en un mustio anticlimax.

El coro de « ¡Tory! ¡Tory! ¡Tory! » se había extinguido en la fascinación que produjo el conflicto en la planta alta, pero luego volvió, matizado de vociferaciones que le exigían al impresor que saliera y se entregara.

—¡Sal, Simms! —bramó Forbes. Vi que había conseguido otra escoba y que se acercaba a la puerta de la imprenta. Jamie también lo vio, y su boca se torció en un gesto desdeñoso.

Silas Jameson, el propietario de una taberna local, estaba detrás de Forbes, con una sonrisa malévolamente satisfecha en sus toscas facciones.

—¡Sal, Simms! —repitió—. ¿Qué clase de hombre se refugia detrás de las faldas de un escocés, eh?

La voz de Jameson era lo bastante alta como para que todos lo oyeron, y la mayoría de los presentes se echaron a reír; incluso Jamie.

—Un hombre prudente! —gritó éste, agitando el borde de su *kilt* en dirección a Jameson—. ¡En su momento, este tartán cobijó a más de un pobre muchacho!

—Y apuesto a que también a más de una muchacha! —gritó alguna alma procaz desde el gentío.

—¿Qué, te crees que llevo a tu esposa bajo las faldas? —Jamie respiraba con dificultad y tenía la camisa y el cabello empapados en sudor, pero no dejó de sonreír cuando se levantó un poco el *kilt*—. ¿Quieres venir a buscarla?

—Hay lugar para mí también ahí debajo? —preguntó con interés una de las verduleras.

Una oleada de risas cruzó la multitud. Su ánimo, veleidoso como el de toda turba, ya viraba de la amenaza a la diversión. Respiró hondo, temblando. Jamie los estaba dominando, pero caminaba por una cuerda floja.

Si estaba decidido a proteger a Simms, y así era, no había poder en el mundo capaz de hacer que lo entregara. Si la chusma quería apoderarse de Simms, y así era, deberían pasar por encima de Jamie.

—¡Sal, Simms! —voceó una voz con acento de las tierras bajas de Escocia—. ¡No puedes pasarte el día escondido en el trasero de Fraser!

—Mejor tener un impresor en el culo que un abogado! —gritó Jamie en respuesta, señalando a Forbes con la escoba—. Son más pequeños, ¿no crees?

Eso los hizo rugir a carcajadas. Mientras que Forbes era un hombre robusto, Fogarty Simms era un sujeto diminuto. El rostro de Forbes se puso muy colorado, y vi que algunos lo miraban de soslayo. Forbes rondaba los cuarenta, nunca se había casado, y se decían ciertas cosas de él...

—No quisiera tener a un abogado en el culo —gritó Jamie feliz, aguijoneando a Forbes con la escoba—. ¡Son capaces de robarte la mierda y después cobrarte por la administración de una lavativa!

La boca de Forbes se abrió y la cara se le puso morada. Dio un paso atrás, y, al parecer, gritó algo en respuesta, pero nadie pudo oír sus palabras, que quedaron ahogadas por las rugientes risotadas de la multitud.

—Y después te la vendería como abono! —vociferó Jamie en cuanto percibió que podía hacerse oír otra vez. Invirtió la escoba en un grácil movimiento y le asestó un golpe a Forbes en el vientre.

La muchedumbre aulló, regocijada, y Forbes perdió la cabeza y cargó contra Jamie, enarbolando su escoba como si fuese una pala. Jamie se hizo a un lado como un bailarín, le puso la zancadilla a Forbes y le asestó un golpe entre los hombros con la escoba embredada, lo que lo hizo caer despatarrado en el charco de breva tibia, para deleite de todos los presentes.

—¡Toma, tía, coge esto!

De pronto, me encontré con la escopeta entre mis manos otra vez.

—¿Qué?

Completamente desconcertada, me volví y vi que Ian se colocaba detrás de la gente, haciéndole señas a Fergus para que lo siguiera. Al cabo de pocos segundos, y sin que la muchedumbre lo notara, llegaron a la casa de cuya ventana colgaba el colchón de plumas.

Ian se agachó y entrelazó las manos, Fergus se subió al improvisado estribo y se impulsó hacia arriba, estirando su gancho en dirección al colchón de plumas. Lo alcanzó y él quedó colgando durante un momento, asíéndose con desesperación al gancho con su única mano para evitar que se le saliera.

Ian saltó, cogió a Fergus de la cintura y tiró hacia abajo. Entonces, la tela del colchón se rasgó bajo el peso combinado de ambos. Fergus e Ian cayeron a tierra y una perfecta catarata de plumas de ganso se derramó sobre ellos. En un instante, el aire espeso y húmedo la arremolinó en una delirante nevada que llenó la calle y cubrió a la sorprendida turba con puñados de pegajoso plumón.

El aire parecía estar hecho de plumas; estaban por todas partes, irritando ojos, narices y gargantas, adhiriéndose a cabellos, ropas y pestañas. Me quité un poco de plumón de un ojo lloroso y retrocedí a toda prisa, alejándome de las personas que, medio cegadas, se tambaleaban cerca de mí, chillando y empujándose.

Yo había estado mirando a Fergus y a Ian, pero cuando cayó la tormenta de plumas, a diferencia de todos los presentes, miré hacia la imprenta y vi que Jamie metía el brazo por la puerta, asía a Fogarty Simms del brazo y lo sacaba de su local.

Jamie le dio a Simms un empellón que lo hizo alejarse a trompicones y se volvió a recoger su escoba para cubrir la retirada del impresor. Ralston Bogues, que acechaba a la sombra de un árbol, emergió con un garrote en la mano y corrió tras Simms para protegerlo, mirando hacia atrás y blandiendo su arma cada tanto para que a nadie se le ocurriese perseguirlos.

Esta acción no pasó del todo desapercibida; aunque la mayor parte de los hombres estaban ocupados en dispersar la cegadora nube de plumas que los rodeaba, unos pocos vieron lo ocurrido, dieron la voz de alarma y trataron de abrirse paso entre la multitud para ir en persecución del impresor.

Era el momento justo... dispararía por encima de sus cabezas y los haría agacharse, dándole a Simms la oportunidad de escapar. Alcé la escopeta, decidida, y puse el dedo en el gatillo.

Alguien me arrebató la escopeta con tal habilidad que durante un instante no me di cuenta de que ya no la tenía y me quedé mirando, incrédula, mis manos vacías. Entonces, oí un bramido a mis espaldas, lo bastante fuerte como para que todos los que estaban cerca mantuvieran un silencio atónico.

—¡Isaiah Morton! ¡Vas a morir, muchacho!

La escopeta se disparó junto a mi oido con un *bum!* ensordecedor y una cegadora nube de hollín. Ahogada, tosiendo, me froté la cara con el delantal y recuperé la vista a tiempo para ver la baja y regordeta figura de Isaiah Morton a una manzana de distancia, corriendo a tanta velocidad como se lo permitían sus piernas. En un instante, Jezebel Hatfield Morton fue tras él, arrollando sin miramientos a todo aquel que se interponía en su camino. Dio un ágil salto por encima del embreado y emplumado Forbes, que aún estaba a cuatro patas, con expresión azorada y, tras abrirse paso a través de la multitud, corrió por la calle, moviéndose a una velocidad sorprendente para alguien de su tamaño. Morton, seguido de aquella implacable furia que le pisaba los talones, dobló la esquina y desapareció.

Yo misma me sentía un poco aturdida. Los oídos aún me zumbaban, pero levanté la mirada cuando alguien me tocó el brazo.

Jamie me miraba con un ojo cerrado. Decía algo que no pude entender, pero los gestos que hacía ante mi rostro, unidos a cierto temblor de la comisura de sus labios, me ayudaron a adivinar con toda claridad el sentido de sus palabras.

—Ja —dijo con frialdad—. ¡Mira quién habla!

Parecía un muñeco de nieve blanco y negro, con las oscuras salpicaduras de brea de su camisa y los puñados de plumón que se le adherían a cejas, cabello y barba mal afeitada. Meneé la cabeza y me señalé el oído para explicar que, por el momento, estaba sorda.

Sonrió, me cogió de los hombros y acercó su frente a la mía, hasta que ambas chocaron con un leve *zonk!* Sentí que temblaba un poco, pero no supe si de risa o de agotamiento. Se irguió me besó en la frente y me agarró del brazo.

Neil Forbes estaba sentado en medio de la calle, desparramado y con su cuidado peinado totalmente deshecho. Uno de sus costados estaba negro desde el hombro hasta la rodilla. Había perdido un zapato, y algunos comedidos procuraban despegarle las plumas. Al pasar frente a él llevándome del brazo, Jamie lo evitó describiendo un gran círculo y lo saludó con una amable inclinación de la cabeza.

Forbes levantó la vista, indignado y dijo algo entre dientes, con sus toscas facciones torcidas en una expresión de desagrado. Pensé que, a fin de cuentas, no estaba tan mal que me resultara imposible oírlo.

Ian y Fergus se habían marchado junio a la mayor parte de los alborotadores, con la indudable intención de seguir causando desórdenes en algún otro lado. Jamie y yo nos retiramos al Sycamore, una posada sobre River Street, para recuperar fuerzas y tomar un refrigerio. La hilaridad de Jamie fue cediendo lentamente, a medida que le quitaba la brea y las plumas, pero se apagó de una manera significativa cuando oyó el relato de mi visita a la consulta del doctor Fentiman.

—¿Que sirve para hacer qué? —Jamie había dado un pequeño respingo cuando le conté lo del testículo de Stephen Bonnet. Pero en el momento en que le hice una descripción de las jeringas de pene, cruzó las piernas de manera involuntaria.

—Bueno, lo que hay que hacer es introducir la parte parecida a una aguja y supongo que después hay que echar una solución de algo así como cloruro de mercurio por la uretra.

—Por la, eh...

—¿Quieres que te lo enseñe? —pregunté—. Me dejé la cesta en casa de los Bagues, pero puedo ir a buscarla y...

—No. —Se inclinó hacia adelante—. ¿Crees que escuece mucho?

—No creo que tenga nada de agradable.

Se estremeció durante un instante.

—No, diría que no.

—Y tampoco creo que en realidad sirva de nada —añadí, pensativa—. Sería una pena pasar por una cosa como ésa y no quedar curado, ¿no te parece?

Me estaba observando con el aire aprensivo de quien acaba de darse cuenta de que el paquete de aspecto sospechoso que tiene a su lado emite un tactac.

—¿Qué...? —empezó a decir, y me apresuré a terminar.

—De modo que no tienes ningún problema en ir a casa de la señora Sylvie y conseguir su autorización para que trate a sus chicas, ¿verdad?

—¿Quién es la señora Sylvie? —preguntó, suspicaz.

—La dueña del burdel local —dije, respirando hondo—. Me lo contó la criada del doctor Fentiman. Ahora que lo pienso, tal vez haya más de un burdel en el pueblo, pero creo que sin duda la señora Sylvie sabrá quién es la competencia, si es que existe, así que ella te lo podrá decir...

—Un burdel —repitió—. Quieres que vaya a un burdel...

—Bueno, por supuesto que, si lo prefieres, iré contigo, pero creo que es posible que no me hagan caso.

—Oh, yo creo que sí lo harían —repuso—. Así que esto era lo que tenías en mente cuando insististe en que le acompañara al pueblo ¿verdad? —dijo, en un tono de ligera amargura.

—Bueno... sí —admití—. Aunque, en realidad, era cierto que necesitaba comprar quina. Además —añadí, con lógica—, si yo no hubiese venido, no te habrías enterado de lo de Bonnet. Ni, para el caso, de lo de Lucas.

Dijo algo en gaélico que interpreté, en términos generales, como una indicación de que podía vivir totalmente feliz sin saber nada de ninguno de ellos.

—Además, estás bien acostumbrado a los burdeles —señalé—. Tenías una habitación en uno, en Edimburgo.

—Sí, es cierto —admitió—. Pero por entonces no estaba casado, o mejor dicho, si lo estaba, pero... bueno, lo que quiero decir es que en ese momento me

venía muy bien que la gente pensara que... —Se interrumpió—. Sassenach, ¿de veras quieres que todo Cross Creek crea que yo...?

—Bueno, no lo creerán si voy contigo, ¿verdad?

—Oh. Dios mío.

Llegado a este punto, hundió la cabeza entre las manos y se masajeó con vigor el cuero cabelludo.

—¿Dónde está tu compasión por el prójimo? —pregunté—. No querrás que algún pobre infeliz deba someterse a una sesión con la jeringa del doctor Fentiman sólo porque tú...

—Siempre y cuando no deba someterme yo, no tengo problema con que mi prójimo deba pagar el precio del pecado —me aseguró alzando la cabeza—; creo que se lo merece.

—Bien, coincido contigo —admití—. Pero no se trata tan sólo de ellos, es por las mujeres. No sólo las prostitutas; ¿qué hay de las esposas y los hijos de los hombres infectados? No dejarás que mueran de sífilis si es posible salvarlos, ¿no?

—Pero... la penicilina no siempre funciona —señaló—. ¿Y si no les hace efecto a las prostitutas?

—Es una posibilidad —admití—. Pero entre probar algo que tal vez no funcione y no probar nada en absoluto...

Al ver que sus ojos seguían expresando duda, dejé de apelar a la razón y recurrió a mi mejor arma:

—¿Y qué me dices del joven Ian?

—¿Qué tiene que ver él? —repuso con recelo—. Ian es un buen muchacho —dijo, muy serio—. Él nunca...

—Podría hacerlo —señalé—. Y lo sabes.

Yo no tenía ni idea de cómo era la vida privada de Ian, si es que existía. Pero tenía veintiún años, estaba libre de compromisos, y, por lo que podía verse, era un macho en perfecto estado de salud. Por tanto...

Me di cuenta de que Jamie había llegado, aunque de mala gana, a esa misma conclusión. Cuando se casó conmigo, a los veintitrés años, aún era virgen. El joven Ian, debido a factores que escapaban al control de todos, había sido introducido en los asuntos carnales a una edad mucho más temprana. Y no se trataba de una inocencia que pudiera ser recuperada.

—Mmm —murmuró Jamie.

Levantó la toalla y se restregó la cabeza con ferocidad antes de tirarla. Después, se recogió el cabello en una gruesa y húmeda coleta y tendió la mano, buscando el cordel para atarla.

—Si vamos a hacerlo, lo mejor será que lo hagamos cuanto antes —dije mirándolo con aprobación—. Creo que es preferible que yo también vaya. Buscaré mi caja.

No respondió, sino que, con expresión adusta, se abocó a tratar de ponerse

presentable. Por fortuna, no había llevado su chaleco ni su chaqueta durante el alboroto callejero, de modo que pudo cubrir lo peor del daño de su camisa.

—Sassenach —dijo, y, al volverme, noté que me miraba con un brillo en sus ojos inyectados en sangre.

—¿Sí?

—Pagarás por esto.

El establecimiento de la señora Sylvie era una casa de dos pisos de aspecto de lo más corriente, pequeña y más bien maltrecha, con las vigas de madera curvándose en los extremos.

Jamie emitió unos guturales sonidos de desaprobación ante el umbral hundido y el jardín lleno de maleza, pero me pareció que no era más que una forma de ocultar su incomodidad.

No sé muy bien cómo esperaba que fuera la señora Sylvie, pues la única *madame* que había conocido había sido una inmigrante francesa de Edimburgo bastante elegante. Pero la propietaria de la más popular de las casas de mancebía de Cross Creek era una mujer de unos veinticinco años, con una cara poco llamativa y unas orejas muy prominentes.

De hecho, al principio di por sentado que se trataba de la criada, y sólo cuando Jamie la saludó con cortesía llamándola «señora Sylvie» me di cuenta de que quien había abierto la puerta era la propia *madame*. Miré a Jamie de soslayo, preguntándome de qué la conocía, pero cuando volvía mirar me di cuenta de que él había reparado en la buena calidad de su vestido y en el gran broche que llevaba en el pecho.

Lo miró a él, luego a mí, y frunció el ceño.

—¿Podemos pasar? Soy la señora Fraser y éste es mi marido.

—¿Ah, sí? —dijo la señora Sylvie con recelo—. Bueno, si es para los dos, tendrán que pagar una libra extra.

—¿Cómo...? ¡Oh! —La sangre caliente inundó mi rostro cuando me di cuenta, tarde, de lo que quería decirme. Jamie, que lo había entendido en seguida, ya estaba como una remolacha.

—No hay ningún problema —me tranquilizó ella—. Claro que no es lo usual, pero a Dottie no le importaría nada, ¿sabe? Es que prefiere a las mujeres.

Jamie emitió un hondo gruñido que expresaba que, dado que había sido idea mía ir al burdel, yo debía ocuparme de salir de aquella situación.

—Me temo que no nos hemos explicado bien —dije, en el tono más encantador que pude—. Sólo... queremos, eh... entrevistar a sus... —Me interrumpí, buscando la palabra apropiada: «empleadas» no me sonaba bien.

—Chicas —intervino Jamie con naturalidad.

—Eh, sí. Chicas.

—¿Ah, sí? —Los pequeños ojos brillantes de la *madame* nos contemplaron

unos instantes—. ¿Son metodistas? —dijo al cabo—. ¿O baptistas de la Luz Divina? Bueno, en tal caso, serán dos libras. Por la molestia.

Jamie rió.

—Nada caro, no, señor —observó—. ¿O ése es el precio por cada chica?

La boca de la señora Sylvie tembló ligeramente.

—Es evidente que por cada chica —replicó.

—¿Dos libras por alma? Si, bueno, ¿quién puede ponerle precio a la salvación?

—Ahora, el tono de Jamie era de broma, y ella, que evidentemente se había dado cuenta de que no éramos ni clientes potenciales ni misioneros, pareció divertida, pero se cuidó de demostrarlo.

—Yo podría hacerlo —replicó en tono seco—. Las putas le ponen precio a todo, aunque no conocen el valor de nada; o al menos eso dicen.

Jamie asintió con la cabeza.

—Sí. Y ¿cuál sería entonces el valor de la vida de una de sus chicas, señora Sylvie?

La mirada de diversión desapareció de sus ojos.

—¿Me está amenazando, señor? —Se irguío cuanto pudo y puso la mano sobre una campanilla que había en una mesa cercana a la puerta—. Le aseguro que estoy bien protegida. Sería muy sabio de su parte marcharse de inmediato.

—Si quisiera hacerle daño, mujer, no traería a mi esposa para que lo viera —dijo Jamie en tono apacible—. No soy tan pervertido.

La mano de ella, que aferraba con fuerza el cabo de la campanilla, se aflojó un poco.

—Se sorprendería de la clase de gente que puede venir por aquí —dijo—. Pero le aclaro —añadió, apuntándole con un dedo— que yo no hago ese tipo de cosas, ni lo sueñe; pero las he visto.

—También yo —dijo Jamie, que ya había abandonado su tono burlón—. Dígame, ¿ha oído hablar, tal vez, de un escocés llamado *Mac Dubh*?

—Sí —respondió. Su mirada se había vuelto más intensa—. Era usted, ¿verdad?

Jamie hizo una reverencia, muy serio.

La señora Sylvie frunció la boca durante un momento; entonces, pareció volver a notar mi presencia.

—¿Se lo contó? —preguntó.

—Lo dudo —dije mirando a Jamie de reojo.

La señora Sylvie soltó una risita.

—Una de mis chicas fue con un hombre al Sapo. —Se refería a un antro de la peor clase, ubicado junto al río y llamado el Sapo y la Cuchara—. Y él la maltrató. La llevó al bar y se la ofreció a los que estaban allí. Ella me dijo que supo que moriría. ¿Sabía que es posible ser violada hasta morir?

—Sí, lo sé —dije con aspereza. Un ligero escalofrío me estremeció y las

palmas de mis manos comenzaron a sudar.

—Pero allí había un escocés corpulento que, al parecer, no estaba de acuerdo con la propuesta. Pero era él solo, contra la multitud...

—Tu especialidad —le dije en voz baja a Jamie, que tosió.

—Sugirió que se jugaran a la chica a las cartas. Así que jugaron una partida de brag y ganó él.

—¿En serio? —pregunté en tono cortés. Hacer trampa en las cartas era otra de sus especialidades, aunque yo trataba de que no la ejerciera, pues estaba convencida de que algún día le costaría la vida.

—De modo que cogió a Alice, la envolvió en su capa y la trajo de regreso aquí. La dejó en la puerta.

Miró a Jamie con una vacilante admiración.

—Bien. ¿Acaso ha venido a cobrar una deuda? Cuente con mi agradecimiento, si es que sirve de algo.

—Sirve de mucho, señora. Pero no venimos a cobrar nada, sino a tratar de salvar a sus chicas de algo peor que unos borrachos facinerosos.

Las delgadas cejas de la señora Sylvie se alzaron con aire interrogativo.

—De la sifilis —dije sin más trámite. Su boca se abrió.

A pesar de su relativa juventud, la señora Sylvie sabía regatear y no era fácil de convencer. Aunque el temor a la sifilis era un factor constante en la vida de una prostituta, mi explicación sobre las espiroquetas no la impresionó, y rechazó con firmeza mi propuesta de inyectarle penicilina a su personal, compuesto, al parecer, de sólo tres chicas.

Jamie permitió que la negociación continuara hasta que se hizo evidente que estábamos en un callejón sin salida. Entonces, intentó otro enfoque.

—No es que mi esposa sugiera esto sólo por la bondad de su corazón, ¿sabe? —dijo.

Para este momento, ya nos había invitado a pasar a un prolijo y pequeño recibidor adornado con cortinas de guinga, y Jamie se inclinó con cautela para no forzar las uniones de la delicada silla que ocupaba.

—El hijo de un amigo acudió a mi mujer diciendo que había contraído sifilis de una puta de Hillsboro. Ella vio el chancro; no cabe duda de que el muchacho está sifilitico. Pero se asustó y se marchó antes de que pudiera tratarlo. Lo estamos buscando desde entonces, y ayer nos enteramos de que lo habían visto aquí, en su establecimiento.

La señora Sylvie perdió el control de sus facciones durante un instante.

—¿Quién? ¿Un muchacho escocés? ¿Qué aspecto tenía?

Jamie describió a Manfred McGillivray. Cuando terminó, el rostro de la joven *madame* estaba blanco como el papel.

—Vino aquí —dijo—. En dos ocasiones. Oh, Dios. —Tras respirar hondo un par de veces, volvió al ataque—: Pero estaba limpio. Le obligué a mostrármelo;

siempre lo hago.

Le expliqué que, aunque el chancre se curara, la enfermedad permanecía en la sangre y emergía más tarde. ¿Acaso no sabía ella de putas que hubieran contraído la sífilis sin que hubiese habido un chancre visible de por medio?

—Sí, claro. Pero eso es porque no se cuidaron como se debe —dijo con terquedad—. Siempre lo hago, y mis chicas también. Insisto en que así sea.

Me di cuenta de que se empecinaba en la negación. Antes que admitir que tal vez albergara una infección mortífera, insistiría en que tal cosa era imposible, y, al cabo de pocos momentos más, se convencería a sí misma de que así era y nos echaría.

Jamie también lo percibió.

—Señora Sylvie —dijo. Ella lo miró—. ¿Hay una baraja en la casa?

—¿Qué? Sí, por supuesto.

—Tráigala, entonces. ¿Qué prefiere, gleek, loo o brag?

Ella le dirigió una larga y dura mirada, apretando los labios. Después, se relajó un poco.

—¿Sin trampas? —preguntó—. ¿Y qué apostamos?

—Sin trampas —le aseguró Jamie—. Si gano, mi esposa les pone una inyección a todas.

—¿Y si pierde?

—Un barril de mi mejor whisky.

Ella titubeó durante un momento más, mirándolo atentamente, calculando sus posibilidades. Él aún tenía un pegote de brea en el cabello y plumas en la chaqueta, pero sus ojos eran de un azul profundo y carecían de malicia. Ella suspiró y le tendió la mano.

—Hecho —dijo.

—¿Has hecho trampas? —pregunté, asiéndolo del brazo para no tropezar. Ya había oscurecido y el único alumbrado eran las estrellas.

—No ha sido necesario —respondió él, con un inmenso bostezo—. Tal vez sea una buena puta, pero no sabe jugar a las cartas. Debería haber escogido el loo, que es más que nada cuestión de suerte, mientras que para el brag hace falta habilidad. Sin embargo, es más fácil hacer trampas en el loo.

—¿Qué, exactamente, hace que una puta sea buena? —le pregunté. Nunca me había parado a pensar qué calificaciones requería tal oficio, pero suponía que debía de existir alguna, más allá de la necesaria anatomía y la disposición de compartirla.

—Bueno, ayuda tener una genuina afición por los hombres, aunque sin tomárselos muy en serio. Y si le gusta acostarse con ellos, eso tampoco viene mal. Ay. —Yo había tropezado con una piedra, y, al apretarle el brazo con más fuerza, le toqué la quemadura que le había producido la brea.

—Oh, perdona. ¿Duele? Tengo un poco de bálsamo, puedo ponértelo cuando lleguemos a la posada.

—No, sólo son unas ampollas; pasarán.

Se frotó el brazo con cuidado, y, encogiéndose de hombros para restar importancia a su incomodidad, me tomó del codo para rodear la esquina y salir a la calle principal. Ya habíamos decidido que, dado que tal vez se nos hiciera tarde, nos alojaríamos en la posada del Rey, de MacLanahan, para no hacer el largo camino de regreso a River Run.

El olor a brea caliente todavía flotaba en ese extremo del pueblo, y la brisa de la noche levantaba pequeños remolinos de plumas a la vera del camino.

—Me pregunto si seguirán quitándole plumas a Neil Forbes —sonrió Jamie.

—Tal vez su esposa le ponga una funda y lo use como almohada —sugirió—. No, espera, no tiene esposa. Tendrán que...

—... Decir que es un gallo y meterlo en un gallinero —sugirió Jamie—. Es todo un gallito, aunque no creo que tuviera mucho éxito como gallo.

No estaba borracho, pero sí muy cansado; ambos lo estábamos. De pronto, nos encontramos en ese estado de agotamiento en que hasta el chiste más malo parece tremadamente gracioso, y nos tambaleamos, chocando entre nosotros y riendo de chistes cada vez peores hasta que nos lloraron los ojos.

—¿Qué es eso? —dijo Jamie de pronto, sobresaltado—. ¿Qué se está quemando?

Sin duda debía ser algo grande. Por encima de los lechos de las casas cercanas se veía un resplandor en el cielo, y un punzante aroma a madera quemada cubría de pronta el olor más espeso de la brea caliente, Jamie corrió hacia la esquina, seguido de cerca por mí.

La imprenta del señor Simms estaba envuelta en llamas; era evidente que sus enemigos políticos, al no poder hacerse con su persona, habían decidido desahogar su animosidad en sus instalaciones.

Un grupo de hombres se arremolinaban en la calle, al igual que esa misma mañana. Otra vez se oían gritos de «¡tory!», y algunos blandían antorchas. Otros corrían hacia el incendio, gritando. Oí que alguien bramaba «¡malditos whigs!», y ambos grupos chocaron en un enredo de empujones y puñetazos.

Jamie me cogió del brazo y me arrastró al otro lado de la esquina, de donde veníamos. El corazón me batía con fuerza y estaba sin aliento; nos metimos bajo un árbol y permanecimos allí, jadeando.

—Bueno —dije tras un breve silencio interrumpido por los gritos de la turbamulta—. Supongo que Fergus debería encontrar un nuevo oficio. Sé que hay una botica que se vende barata.

Jamie emitió un pequeño sonido que no llegó a ser una risa.

—Sería mejor que se asociara con la señora Sylvie —apuntó—. Ése es un negocio en el que no influye la política. Vamos, Sassenach, tomaremos el camino

largo.

Cuando por fin llegamos a la posada, nos encontramos al joven Ian en el porche, esperándonos, ansioso.

—¿De dónde demonios venís? —preguntó con severidad—. Tío Jamie, os estuvimos buscando por todo el pueblo. Fergus dijo que sin duda habías quedado en medio del tumulto y que ya estarías malherido o muerto. —Señaló con la cabeza en dirección a la imprenta.

—Estábamos realizando obras de caridad —le aseguró Jamie en tono piadoso—. Visitando a los enfermos, tal como ordenó Cristo.

—Ah, sí? —repuso Ian con considerable cinismo—. También dijo que hay que visitar a los presos; es una pena que no hayáis comenzado por ahí.

—¿Qué? ¿Por qué? —inquirió Jamie.

—Porque el desgraciado de Donner escapó, por eso —le informó Ian, que parecía experimentar un sombrío placer por dar una mala noticia—. Fue durante la pelea de esta tarde. El carcelero salió a participar de la diversión y dejó la puerta sin la llave echada; el desgraciado no tuvo más que abrirla y marcharse.

Jamie respiró hondo y después exhaló con lentitud, tosiendo un poco por el humo.

—Bueno —dijo—. De modo que perdimos una imprenta y un ladrón, pero ganamos cuatro putas. ¿Te parece un intercambio justo, Sassenach?

—Putas? —exclamó Ian, sobresaltado—. ¿Qué putas?

—Las de la señora Sylvie —dije, estudiándolo. Me pareció ver que adoptaba un aire de disimulo—. ¡Ian! ¿No habrás ido tú allí?

—Sí, claro que ha ido, Sassenach —dijo Jamie, resignado—. Míralo. —Una expresión culpable se extendió sobre el semblante de Ian como una mancha de aceite en el agua.

—Averigüé algo sobre Manfred —se apresuró a decir Ian—. Fue río abajo, con intención de encontrar un barco que lo llevara a Wilmington.

—Sí, ya lo sabíamos —repuse con cierta aspereza—. ¿Quién te lo contó? ¿La señora Sylvie o alguna de las chicas?

—La señora Sylvie —dijo en voz baja.

—Bien —asentí—. Por suerte, me queda un poco de penicilina, y también una bonita jeringa romá. Entra, infeliz, y bájate los pantalones.

La señora MacLanahan, que había salido al porche para preguntar si queríamos cenar algo, me oyó y me miró, sobresaltada, pero, tras todo lo ocurrido, la verdad es que me importó poco.

Algo más tarde, ya estábamos a salvo en el refugio de una cama limpia, lejos de los tumultos de la jornada. Yo había abierto la ventana y una leve brisa agitaba el aire caliente y espeso. Entraron unas suaves motas grises, plumas o cenizas, que cayeron al suelo en espiral, como copos de nieve.

El brazo de Jamie estaba cruzado sobre mí, y pude distinguir las ampollas que

le cubrían la mayor parte del antebrazo. Un áspero olor a quemado flotaba en el aire, pero por debajo de éste se percibía el hedor de la brea, como una persistente amenaza. Los hombres que habían quemado el local de Simms, que habían estado a punto de quemar al propio Simms y, si hubieran podido, también a Jamie, eran incipientes rebeldes, hombres a los que se podía llamar patriotas.

—Te oigo pensar, Sassenach. ¿Qué sucede?

—Pensaba en brea y plumas —dije en voz baja, y le toqué el brazo con mucha delicadeza—. Jamie... ha llegado la hora.

—Ya lo sé —replicó en una voz tan baja como la mía.

Fuera, unos hombres pasaron por la calle, cantando; estaban borrachos y llevaban antorchas cuya luz incierta se proyectó sobre el techo antes de seguir camino. Percibí cómo Jamie la miraba, pero no dijo nada, y al cabo de un rato, el gran cuerpo que me acunaba comenzó a aflojarse, sumiéndose una vez más en el sueño.

—¿Qué estás pensando? —susurré, aunque no estaba segura de que me oyera. Me oía.

—Pensaba que tú serías una prostituta muy buena, Sassenach, si sólo fueras un poco promiscua.

—¿Qué? —exclamé sobresaltada.

—Pero me alegro de que no sea así —añadió, y comenzó a roncar.

El regreso del ministro

4 de septiembre de 1774

Roger se mantuvo alejado de Coopersville en el camino de regreso. No es que temiera la ira de Ute McGillivray, pero no quería empañar con frialdad ni enfrentamientos la alegría de regresar al hogar. Prefirió tomar el camino largo, ascendiendo lentamente por las curvas de la empinada cuesta que llevaba al cerro, abriendose paso por las partes donde el bosque había invadido la senda, y vadear pequeñas corrientes.

Su mula cruzó la última de éstas, ubicada al final del sendero, y se sacudió, salpicando gotas de su barriga. Al detenerse para enjugarse el sudor del rostro, Roger distinguió un movimiento en una gran piedra de la orilla. Era Aidan, que pescaba y fingía no haberlo visto.

Roger sofrenó a *Clarence* y se lo quedó mirando un rato sin decir nada. Despues, preguntó:

—¿Pican?

—Algo —repuso Aidan, clavando los ojos en su dirección.

Luego alzó la mirada con una sonrisa de oreja a oreja, y, tirando su caña, se incorporó de un salto y tendió las manos, de modo que Roger pudo cogerle las delgadas muñecas e izarlo hasta dejarlo montado delante de él.

—¡Ha regresado! —exclamó, abrazando a Roger y hundiendo, feliz, el rostro en su pecho—. Lo estaba esperando. ¿De modo que ya es un verdadero ministro?

—Casi. ¿Cómo sabías que regresaría hoy?

Aidan se encogió de hombros.

—Llevo esperando una semana. —Levantó el rostro hacia Roger y lo miró con los ojos muy abiertos, intrigado—. No parece cambiado.

—No lo estoy —le aseguró él con una sonrisa—. ¿Cómo va el vientre?

—Perfectamente. ¿Quiere ver mi cicatriz? —Se inclinó hacia atrás y se alzó un raido faldón para exhibir una nítida marca roja de diez centímetros de largo.

—Muy bien —aprobó Roger—. Supongo que ahora que te has curado cuidarás de tu mamá y de la pequeña Orrie.

—Oh, sí. —Aidan hinchó su angosto pecho—. Anoche llevé seis truchas para la cena, y la más grande era del largo de mi brazo.

—Oh, venga ya...

—Sí que lo hice! —dijo Aidan, indignado; pero al darse cuenta de que el otro

hablaba en broma, sonrió.

Clarence, que ya quería llegar a casa, estaba inquieta y piafaba, moviéndose en círculos y tirando de las riendas.

—Será mejor que me vaya. ¿Vienes conmigo?

—No puedo. Le prometí a la señora Ogilvie que la avisaría en cuanto lo vieras a usted.

Roger se sorprendió.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué?

—Tuvo un bebé la semana pasada y quiere que lo bautice.

—¡Oh!

El pecho de Roger se hinchó al oír la noticia, y la burbuja de felicidad que llevaba en su interior pareció aumentar de tamaño. ¡Su primer bautismo! O, mejor dicho, su primer bautismo oficial, pensó al recordar, con una punzada de dolor, a la pequeña O'Brian a la que había sepultado sin darle un nombre. No podría hacerlo hasta después de su ordenación, pero era algo para aguardar con expectativa.

—Dile que estaré encantado de bautizar al bebé —dijo, ayudando a Aidan a descender—. Que me diga cuándo. ¡Y no olvides los peces! —añadió.

Aidan tomó su caña y la ristra de pescados y se internó en el bosque. Roger y *Clarence* pusieron rumbo a la casa.

Mucho antes de llegar, Roger percibió olor a humo, pero más fuerte que el de las chimeneas. Como había oído mucho acerca de los recientes episodios ocurridos en Cross Creek, no pudo evitar una leve sensación de inquietud, y azuzó con los talones a *Clarence*. La mula entendió el mensaje y subió la empinada cuesta con un vivo trote.

El olor a humo se hizo más fuerte y se mezcló con un olor mohoso que parecía vagamente familiar. Una densa humareda iba creciendo entre los árboles, y cuando Roger salió del sotobosque al claro, estaba tan inquieto que casi se ponía de pie en los estribos.

Allí estaba la cabaña, sólida y gastada por la intemperie, y el alivio lo hizo volver a sentarse en la silla. Pero el humo se elevaba en espesas columnas en torno a la casa, y en medio de éste se distinguía apenas la figura de Brianna, con la cabeza y la cara ocultas por un chal. Desmontó, cogió aire para llamarla y de inmediato sufrió un ataque de tos. El maldito horno para cerámica estaba abierto, vomitando humo como la chimenea del infierno, y ahora reconoció el olor mohoso: tierra quemada.

—¡Roger! ¡Roger! —Ella lo había visto y se acercaba corriendo. Saltó por encima de una pila de bloques de turba con la agilidad de una cabra montesa y se precipitó a sus brazos.

Él la abrazó y la estrechó contra su cuerpo, pensando que no había sentido nada tan agradable en su vida como el peso de ella y el sabor de su boca, aunque

era evidente que había comido cebollas en el almuerzo.

Ella se soltó del abrazo, radiante y con los ojos húmedos, el tiempo suficiente para decirle «¡Te amo!» antes de cogerle el rostro y volver a besarla.

—Te he echado de menos. ¿Cuándo te afeitaste por última vez? Te amo.

—Hace cuatro días, cuando salí de Charlotte. Yo también te amo. ¿Va todo bien?

—Claro. Bueno, en realidad, no. Jemmy se cayó de un árbol y se rompió un diente, pero es un diente de leche y mamá dice que eso no afectará al diente que le saldrá después. Y puede ser que Ian haya estado expuesto a la sífilis, y a todos nos parece que es un asqueroso. Y a papá estuvieron a punto de embrearlo y emplumarlo en Cross Creek, y conocimos a Flora MacDonald, y mamá le clavó una aguja en el ojo a la tía Jocasta y...

—¡Puf! —dijo Roger con instintiva repulsión—. ¿Por qué?

—Para que no se le reventara. ¡Y tengo encargos para pintar cuadros por valor de seis libras! —concluyó con acento triunfal—. Compré un poco de alambre fino y seda para fabricar pantallas de papel y suficiente lana para tejer una capa de invierno para ti; es verde. Pero lo más importante es que encontramos a otro... bueno, te lo contaré más tarde; es complicado. ¿Cómo te fue con los presbiterianos? ¿Todo bien? ¿Ya eres ministro?

Él meneó la cabeza, tratando de decidir qué parte del torrente de preguntas debía responder primero, y terminó eligiendo el último fragmento, sólo porque podía recordarlo.

—Algo así. ¿Has estado tomando lecciones de incoherencia con la señora Bug?

—¿Cómo puede ser que seas algo así como un ministro? Espera, ahora me lo cuentas, tengo que abrirlo un poco más.

Y, diciendo esto, Brianna regresó hasta la boca del horno subterráneo. La alta chimenea de ladrillos de barro que se alzaba en uno de sus extremos hacia pensar en una lápida sepulcral. Los chamuscados bloques de turba que la habían cubierto mientras funcionaba estaban esparcidos a su alrededor. El efecto general era el de un enorme sepulcro del que acababa deemerger algo grande, caliente, y, sin duda, demoníaco. De haber sido católico, Roger se habría santiguado.

No lo era, y se acercó con cuidado al horno, donde Brianna, de rodillas, quitaba otra capa de bloques de turba de la bóveda de sauce trenzado que se alzaba sobre la boca.

Mirando por entre la humareda, distinguió objetos de forma irregular dispuestos en las gradas cavadas en la tierra de las paredes del foso. Identificó unos pocos como cuencos o fuentes, pero la mayor parte eran objetos de forma vagamente tubular, de algo menos de un metro de largo, que se estrechaban, redondeándose, por un extremo, mientras que el otro era un poco acampanado. Eran de un color rosado oscuro, veteados y ennegrecidos por el humo, y se

parecían a una colección de inmensos falos en una barbacoa, idea que a Roger le pareció casi tan inquietante como la historia acerca del globo ocular de Jocasta.

—Caños —explicó Brianna, orgullosa—. Para el agua. Mira, ¡son perfectos! O lo serán, si no se resquebrajan cuando se enfrién.

—Impresionante —dijo Roger, en una convincente demostración de entusiasmo—. Eh, te he traído un regalo. —Metió la mano en el bolsillo lateral de su chaqueta y extrajo una naranja, que ella tomó con una exclamación de deleite.

—Te amo —dijo ella otra vez con fervor, mientras el zumo le chorreaba por el mentón—. ¿Qué ocurrió con los presbiterianos? ¿Qué dijeron?

—Oh. Básicamente, está todo bien. Tengo mi título universitario y sé suficiente griego y latín como para impresionarlos. Me faltó un poco de hebreo, pero si consigo ponerme al día con eso... El reverendo Caldwell me dio un libro.

—Se dio una palmada en el costado de la chaqueta.

—Sí, ya te veo predicándoles en hebreo a los Crombie y los Buchanan —dijo Bree con una sonrisa—. ¿Y? ¿Qué más?

Le había quedado una pizca de pulpa de naranja en el labio, y él, sin poder contenerse, se inclinó y se la quitó con un beso.

—Bueno, me hicieron exámenes de doctrina y comprensión, y hablamos mucho; rezamos juntos para obtener discernimiento. —Había sido una notable experiencia, algo así como regresar a un hogar que no sabía que echaba de menos. Confesar su vocación había sido una alegría; hacerlo entre personas que la entendían y la compartían...—. De modo que, provisionalmente, soy ministro de la Palabra —dijo—. Debo ordenarme antes de poder administrar sacramentos como el casamiento y el bautismo, pero eso deberá esperar hasta que se celebre una Sesión de Presbiterio en algún lugar. Mientras tanto, puedo predicar, enseñar y dar sepultura.

Ella lo miraba, sonriendo, pero con cierta tristeza.

—¿Eres feliz? —le preguntó, y él asintió con la cabeza.

—Muy feliz —respondió al fin, con una voz apenas audible.

—Bien —dijo ella con suavidad—. Entiendo. De modo que ahora estás algo así como prometido en matrimonio a Dios.

Él rió, y sintió que la garganta ya no se le cerraba.

—Sí, así es. Pero estoy casado contigo como es debido, no lo olvidaré.

—Asegúrate de que así sea. —Ahora, su sonrisa se volvió franca—. Dado que, en efecto, estamos casados... —Le lanzó una mirada muy directa que lo atravesó como una leve corriente eléctrica—. Jem está en casa de Marsali, jugando con Germain. Y nunca he hecho el amor con un ministro. Parece algo perverso y depravado, ¿no te parece?

Él respiró hondo, pero no le sirvió de nada; aún se sentía mareado y con la cabeza ligera, sin duda a causa del humo.

—« He aquí que eres hermosa, amada mía, y suave —dijo él—, y florido es nuestro lecho. Los contornos de tus muslos son como joyas, obra de mano de excelente maestro. Tu ombligo, como una taza redonda, que no le falta bebida. Tu vientre, como montón de trigo, cercado de lirios» .

Tendió la mano y la tocó con suavidad.

—« Tus dos pechos, como dos crías mellizas de gama» .

—¿Lo son?

—Lo dice la Biblia. Así que debe de ser cierto, ¿no?

—Háblame un poco más sobre mi ombligo —dijo ella, pero antes de que él pudiera responderle, vio una pequeña forma que salía de los bosques y se dirigía a ellos a la carrera. Era Aidan, ahora sin pescados y jadeando.

—¡La se... ñora Ogilvie dice que vaya... ahora mismo! —farfulló—. El bebé no está bien, y quiere que la bautice por si muere.

Roger se dio una palmada en el otro costado; el *Libro de orden* que le habían dado en Charlotte era un peso pequeño y tranquilizador en su bolsillo.

—¿Puedes hacerlo? —Brianna lo miraba con preocupación—. Los católicos sí pueden, digo, que un laico bautice a alguien si se trata de una emergencia.

—Sí, en un caso como éste, sí. —Le faltaba el aire aún más que hacia un momento. Le echó una mirada a Brianna, tiznada de hollín y de tierra—.

—¿Quieres venir? —Anhelaba con vehemencia que ella dijera que sí.

—No me lo perdería por nada del mundo —le aseguró Bree y, quitándose el mugriento chal, se descubrió el cabello, que ondeó al viento, brillante como un estandarte.

Era el primer vástago de los Ogilvie, una diminuta niña a la que Brianna le diagnosticó un fuerte cólico, aunque, en términos generales, estaba bien de salud. Los padres, tan jóvenes que daba miedo, pues ambos parecían tener unos quince años, demostraron un patético agradecimiento por todo: el consuelo y los consejos de Brianna, su ofrecimiento de que Claire los visitara con medicamentos y comida, y, sobre todo, porque Roger había ido a bautizar al bebé.

Que un verdadero ministro —pues no hubo forma de convencerlos de lo contrario— apareciese en esos parajes tan apartados y accediera a darle la bendición de Dios a su hija era una suerte tan grande que se sentían abrumados.

Roger y Brianna permanecieron con ellos hasta que el sol se puso, y partieron imbuidos del placer ligeramente vergonzoso de sentir que uno hace el bien.

—Pobre gente —comentó Brianna con voz temblorosa entre la compasión y la diversión.

—Sí, pobrecillos —asintió Roger, que compartía sus sentimientos.

El bautismo había salido a la perfección; incluso la pequeña, que cuando llegaron berreaba con el rostro morado, se había callado el tiempo suficiente

como para que él le echara agua sobre la pelada cabeza, invocando la protección divina para su alma. Que se le permitiera llevar a cabo la ceremonia le produjo una gran alegría y una inmensa sensación de humildad. Sólo una cosa lo perturbaba y lo hacía oscilar entre un orgullo vergonzante y una profunda desazón.

—Su nombre... —dijo Brianna y se interrumpió, meneando la cabeza.

—Traté de disuadirlos —dijo él, intentando controlar su voz—. Traté de hacerlo por todos los medios, tú eres mi testigo, Brianna. Elizabeth, dije. Mairi. Elspeth, tal vez. ¡Tú me oíste!

—Oh, vamos —repuso ella, y le tembló la voz—. Creo que Rogerina es un nombre muy hermoso. —Entonces, perdió el control y, sentándose en la hierba, se echó a reír como una hiena.

—Oh, Dios, pobre niña —dijo él, procurando no reír—. Había oído Thomasina o incluso Jamesina, pero... oh, Dios mío...

—Tal vez la llamen Ina para abreviar —sugirió Brianna—. O pueden escribirlo al revés, Aniregor, y llamarla Annie.

—Oh, qué gran consuelo —dijo Roger con sequedad. Se inclinó y volvió a incorporarse.

Ella se apoyó contra él y lo estrechó entre sus brazos, aún vibrando por la risa. Olía a naranjas y a quemado, y la luz del poniente destellaba en su cabello.

Al fin se detuvo y apartó la cabeza del hombro de él.

—«Yo soy de mi amado, y mi amado es mío» —dijo, y lo besó—. Has estado bien, reverendo. Vámonos a casa.

Octava parte

La Vocación

Amaos los unos a los otros

Roger respiró tan hondo como le fue posible y gritó lo más fuerte que pudo. Lo cual no era tan fuerte, después de todo, maldita sea. Otra vez. Y otra.

Le dolía. Además, era muy irritante; el sonido débil, estrangulado, le hacía sentir deseos de cerrar la boca y no abrirla nunca más. Cogió aire, cerró los ojos y gritó con todas sus fuerzas, o intentó hacerlo.

Un ardiente relámpago de dolor le punzó el lado derecho de la garganta y se interrumpió, jadeando. De acuerdo. Durante un momento respiró con cautela y, después de tragar saliva, volvió a intentarlo.

Dios, dolía.

Se enjugó los ojos con la manga y se dispuso a hacerlo otra vez. Pero cuando hundió el pecho, con los puños apretados, oyó voces y soltó el aire.

Las voces se llamaban entre sí, no lejos de él, pero no pudo entender qué decían. «Lo más probable es que sean cazadores», pensó. Era un hermoso día de otoño; el aire era como vino azul, y una luz moteada jugueteaba en el bosque.

Las hojas comenzaban a cambiar de color, pero algunas ya estaban cayendo. Sabía bien que cualquier movimiento podía parecer el de una presa en un lugar como ése. Tomó aire para gritar y darse a conocer, vaciló y dijo «mierda» entre dientes. Prefería que le pegasen un tiro, confundiéndolo con un ciervo, antes que pasar vergüenza gritando para identificarse.

«Idiota», se dijo a sí mismo, y gritó «¡Holaaaa!» con toda la fuerza de sus pulmones, aunque le salió una voz atiplada y carente de volumen. Otra vez. Y otra. Y otra más. A la quinta vez, un débil «¡Holaaaa!» cruzó el aire ligero y diáfano.

Se detuvo, aliviado, y tosió, sorprendiéndose al ver que no escupía sangre. Sentía la garganta como carne cruda. Pero ensayó un veloz tarareo y, después, un arpegio ascendente. Una octava. Le había costado tanto esfuerzo que el dolor le laceró la laringe; pero era una octava entera. Era la primera vez que alcanzaba una amplitud tonal semejante desde que había sufrido la herida.

Estimulado por esa pequeña evidencia de progreso, saludó con alegría a los cazadores cuando éstos aparecieron: eran Allan Christie e Ian Murray, ambos armados con largos fusiles.

—¡Predicador MacKenzie! —lo saludó Allan—. ¿Qué hace solo por aquí? ¿Ensaya su primer sermón?

—De hecho, sí —dijo Roger en tono agradable.

—Pues ojalá sea bueno —dijo Allan, moviendo la cabeza—. Asistirá todo el

mando. Papá tiene a Malva fregando y barriendo de la mañana a la noche.

—¡Ah, sí! Por favor, dile que se lo agradezco. —Roger le había preguntado a Thomas Christie si los servicios dominicales podían celebrarse en casa del maestro de escuela. Al igual que casi todas las del cerro, no era más que una tosca cabaña, pero como allí se daban clases, sus habitaciones eran un poco más amplias que las demás. Y aunque Jamie Fraser le habría permitido usar la Casa Grande, a Roger le parecía que su grey bien podía sentirse incómoda por celebrar sus servicios en casa de un papista, por más flexible y tolerante que éste fuera.

—Vendrás, ¿no? —le preguntó Allan a Ian.

Ian pareció sorprendido ante la invitación.

—Yo fui bautizado en la iglesia romana, ¿sabes?

—Bueno, pero ¿eres cristiano, por lo menos? —preguntó Allan con un poco de impaciencia—. ¿O no? Algunos dicen que cuando estabas con los indios te volviste pagano y que nunca has dejado de serlo desde entonces.

—¿Eso dicen? —El tono de Ian era amable, pero Roger vio que su semblante se ponía un poco tenso. Notó con interés que Ian no respondía, y que en cambio se limitaba a preguntar—: ¿Tu esposa vendrá a escucharte, primo?

—Así es —respondió—. Y también el pequeño Jem.

« ¿Qué te parece esto? —le había dicho Bree, clavándole una mirada de arrobada intensidad, con el mentón un poco alzado y los labios apenas separados —. Jackie Kennedy. ¿Te parece que está bien, o te gusta más la reina Isabel pasando revista a las tropas?». Apretó los labios, metió un poco el mentón y sus facciones pasaron de la expresión arrobada de atención a una de digna aprobación.

« Oh, la señora Kennedy, sin duda », le había asegurado él. Le bastaba con que Brianna no se riera ni hiciera reír a los demás.

—Oh bueno, entonces yo también asistiré; si es que crees que nadie se lo tomará a mal —añadió Ian en tono formal y dirigiéndose a Allan, quien rechazó semejante idea con un ademán hospitalario.

—Asistirá todo el mundo —repitió. La perspectiva hizo que el estómago de Roger se encogiese un poco.

—¿Buscáis ciervos? —les dijo señalando los fusiles con la cabeza, con la esperanza de desviar la conversación.

—Sí —repuso Allan—, pero después oímos el maullido de un gato montés por aquí. Ian dijo que si hay un gato cerca, los ciervos se habrán ido hace rato.

Roger le dirigió una rápida mirada de soslayo a Ian, cuyo semblante anormalmente inexpresivo le dijo más de lo que le hubiera gustado saber. Allan Christie, nacido y criado en Edimburgo, tal vez no supiera distinguir el grito de un gato del de un hombre, pero Ian, sin duda alguna, sí.

—Es una pena que haya ahuyentado la caza —dijo—. Vamos. Regresaré con

vosotros.

Había escogido «Ama a tu prójimo como a ti mismo» como texto para su primer sermón. Como había oído por lo menos cien variaciones sobre el tema, tenía la razonable certeza de contar con material suficiente para treinta o cuarenta minutos.

El servicio habitual era mucho más largo e incluía la lectura de varios salmos, la discusión de la lección del día y ruegos por los miembros de la congregación, pero su voz aún no estaba en condiciones de sacarlo adelante. Tendría que entrenarse poco a poco hasta conseguir llevar a cabo una celebración completa, que podía durar fácilmente tres horas. Para empezar, acordaría con Tom Christie que éste, que era miembro del consejo, se encargara de las lecturas y las primeras oraciones. Después vería cómo seguían las cosas.

Brianna estaba sentada a un lado con expresión de modestia. No como Jackie Kennedy, gracias a Dios, pero con una sonrisa contenida que lo alegraba cada vez que sus ojos se encontraban con los de ella.

Hadía traído notas por si se le acababan las ideas o le fallaba la inspiración, pero se dio cuenta de que no las necesitaba. Le faltó el aire durante un instante cuando Tom Christie, que había leído la lección, cerró su Biblia con un chasquido y lo miró con aire significativo; pero una vez que comenzó, se sintió muy cómodo; se parecía mucho a dar clases en la universidad, aunque Dios sabía que la congregación se mostraba mucho más atenta que lo que era habitual en sus estudiantes universitarios. Tampoco lo interrumpían con preguntas ni discutían con él; al menos, mientras estaba hablando.

Durante los momentos iniciales sintió, con mucha intensidad, todo lo que lo rodeaba: el leve olor en el aire de los cuerpos y de la cebolla frita de a noche anterior, las pulidas tablas del suelo, fregadas y oliendo a lejía, y la multitud apiñada, sentada en hileras en los bancos. Pero al cabo de pocos minutos, sólo percibió los rostros de los que tenía delante.

Allan Christie no había exagerado; todos estaban allí. Había casi tanta gente como cuando presidió la inoportuna resurrección de la señora Wilson.

Se preguntó cuánto tendría que ver esa ocasión con su actual popularidad. Algunos lo miraban con disimulo, con un vago aire de expectativa, como si creyeran que tal vez convertiría el agua en vino a modo de bis, pero, en su mayor parte, parecían conformarse con su predica. Tenía la voz ronca pero, gracias a Dios, podía hablar bastante alto.

Creía en lo que decía; una vez que comenzó, se dio cuenta de que estaba hablando con más facilidad, y al no necesitar concentrarse en lo que decía, pudo mirar a los asistentes individualmente, haciendo que pareciera que les hablaba personalmente a cada uno de ellos y pensando, al mismo tiempo, en algunas observaciones fugaces que guardaba en su cabeza.

Marsali y Fergus no habían acudido, pero Germain si estaba; se había sentado, con Jem y Aidan McCallum, junto a Brianna. Los tres se propinaron codazos de excitación y lo señalaron cuando empezó a hablar, pero Brianna sofocó esa conducta con alguna amenaza musitada, tras la cual se limitaron a revolverse, inquietos. La madre de Aidan se sentaba al otro lado, contemplando a Roger con una especie de abierta adoración que lo hacía sentir incómodo.

Los Christie ocupaban el lugar de honor, en el centro del primer banco. Malva Christie, recatada con su cofia adornada de encajes y con su hermano sentado a un lado con aire protector y su padre al otro, no parecía percibirse de las ocasionales miradas que le dirigían los más jóvenes.

Para sorpresa de Roger, Jamie y Claire también habían acudido, aunque se habían quedado de pie al fondo. El rostro de su suegro se veía calmo e impasible, pero el semblante de Claire era como un libro abierto, y era evidente que todo le parecía muy divertido.

—... Y si de verdad consideramos el amor de Cristo tal como es... —Fue su instinto, aguzado en innumerables conferencias, lo que le hizo darse cuenta de que algo andaba mal. Había una leve agitación en el rincón más alejado, donde se habían congregado varios muchachos. Entre ellos, estaban dos de los muchos niños MacAfee, y también Jacky Lachlan, merecidamente conocido como Piel de Barrabás.

No era más que algún codazo, unos ojos que centelleaban, cierta excitación subterránea, pero Roger la percibió y a partir de ese momento no dejó de echar miradas al rincón con la esperanza de mantenerlos calmados. Por eso lo vio todo cuando la serpiente se deslizó por entre los zapatos de la señora McCrombie. Era una coral más bien grande, de vividas bandas rojas, amarillas y negras y parecía bastante tranquila.

—Ahora bien, muchos tal vez se preguntén: « ¿Y quién es mi prójimo? » . Y es una buena pregunta, cuando uno vive en un lugar donde uno no conoce a la mitad de las personas que ve, y, aun cuando las conoce, sabe que son, en muchos casos, bastante extrañas.

Los fieles celebraron estas palabras con risas de apreciación. La víbora curioseaba con aire apacible, alzando la cabeza y sacando su temblorosa lengua para probar el aire. Debía de ser la mascota de alguien; la gente no la inquietaba.

Lo opuesto no era cierto; las víboras eran raras en Escocia, y asustaban a la mayor parte de los inmigrantes. Además de asociarla, como era natural, con el diablo, la mayor parte de las personas no sabían distinguir entre las venenosas y las que no lo eran, pues el áspid, la única víbora escocesa, es venenosa. Les daría un ataque, pensó Roger, si miraban hacia abajo y veían lo que se deslizaba en silencio entre sus pies.

Risas sofocadas, que se interrumpieron en seguida, se alzaron desde el rincón de los culpables, y muchos de los fieles volvieron la cabeza y chistaron.

—... Cuando tuve hambre, me diste de comer; cuando tuve sed, me diste de beber. Y ¿alguno de los que están aquí rechazaría a... una inglesa, digamos, una Sassenach, si acudiera, hambrienta, a su puerta?

Esto produjo una oleada de diversión, y miradas algo escandalizadas en dirección a Claire, que lucía un color más bien rosado, pero —le pareció a él— más por la risa contenida que por la ofensa.

Dirigió una rápida mirada al suelo; la víbora, después de detenerse a descansar, volvió a avanzar, rodeando un banco con suavidad. Un súbito movimiento llamó la atención de Roger; Jamie había dado un respingo al ver la víbora. Ahora, estaba rígido, mirándola como si se tratara de una bomba.

En los intervalos de su sermón, Roger había elevado breves plegarias con la esperanza de que la divina benevolencia tuviese a bien hacer salir a la serpiente en silencio por la puerta trasera. Intensificó las plegarias, desabotonándose al mismo tiempo la chaqueta con disimulo para moverse con más libertad si hiciera falta.

Si la maldita cosa decidía dirigirse al frente del recinto antes que al fondo, él tendría que abalanzarse para atraparla a vista de todos.

—... Ahora bien, habrán oído lo que dijo Jesús cuando le habló a la samaritana en el pozo...

La víbora aún seguía enroscada a la pata del banco, indecisa. Estaba a menos de un metro del suegro de Roger. Jamie la miraba con el rostro cubierto de sudor. Roger sabía que su suegro sentía un arraigado desagrado por las víboras, porque una gran cascabel había estado a punto de matarlo tres años antes.

La víbora estaba demasiado lejos como para que Roger la alcanzara. Brianna, que podría haber lidiado con ella, se encontraba en el extremo opuesto de la sala. No había nada que hacer, se dijo, suspirando con resignación. Tendría que interrumpir el sermón y, con voz muy serena, requerir la ayuda de alguna persona de confianza. Buscó a algún candidato con la mirada, y vio, que, gracias a Dios, Ian Murray estaba a una distancia de la víbora que le permitiría cogerla y sacarla de allí.

En el momento mismo en que abría la boca para pedírselo, la víbora rodeó el banco y se dirigió a la última fila.

Los ojos de Roger no se despegaban de la serpiente, de modo que quedó tan sorprendido como todos los demás cuando vio que Jamie se inclinaba de pronto y, cogiendo al sobresaltado animal, se lo metía bajo la capa.

Jamie era un hombre grande y su movimiento hizo que muchos se volvieran a mirar qué había ocurrido. Él se removió, tosió y procuró demostrar un apasionado interés en el sermón de Roger. Al ver que no había nada que mirar, los otros se volvieron de nuevo y se arrellanaron en sus asientos.

—... Ahora, volvemos a encontrarnos con los samaritanos, ¿verdad? En la historia del buen samaritano. Casi todos ustedes la conocen, pero para los

pequeños que tal vez aún no la hayan oido nunca... —Roger les sonrió a Jem, a Germain y a Aidan, que lanzaron pequeños chillidos de éxtasis.

Por el rabillo del ojo, veía a Jamie, de pie, tan rígido y blanco como su mejor camisa de lino. Algo se movía en el interior de dicha camisa, y apenas un atisbo de coloridas escamas se distinguía en su mano cerrada. Era evidente que la víbora trataba de escapar brazo arriba, y que sólo la desesperación con que Jamie la asía de la cola impedía que asomara la cabeza por el cuello de su camisa.

Jamie sudaba a mares; Roger también. Vio que Brianna lo miraba frunciendo un poco el ceño.

—... De modo que el samaritano le dijo al posadero que se ocupase del pobre sujeto, vendara sus heridas y le diera de comer, y que, cuando él regresara de sus asuntos, pasaría a pagarle. Así que...

Roger vio que Claire se inclinaba hacia Jamie y le susurraba algo. Su suegro negó con la cabeza. Era de suponer que Claire había visto la víbora y estaba pidiéndole a Jamie que saliera con ella. Pero el noble Jamie se negaba, pues de hacerlo, interrumpiría todavía más el sermón, dado que no podía salir sin abrirse paso entre muchos otros de los que permanecían de pie.

Roger se detuvo para enjugarse el rostro y vio que Claire metía la mano en el bolsillo de su falda y sacaba una gran escarcela de calicó.

Entonces, la cabeza de la víbora, que metía y sacaba la lengua, apareció de pronto debajo del mentón de Jamie, cuyos ojos se abrieron mucho. De inmediato, Claire se puso de puntillas, la cogió del cuello y, sacando de un tirón al atónito reptil de la camisa de su marido como si fuese una cuerda, metió la bola que se debatía en su escarcela y tiró del cordel que la cerraba.

—¡Dios sea loado! —balbuceó Roger, y los fieles respondieron obedientemente « ¡Amén! », aunque algo intrigados ante su interjección.

El hombre que estaba sentado junto a Claire había presenciado esta veloz secuencia de eventos y se la quedó mirando con unos ojos como platos. Ella volvió a guardarse la escarcela en el bolsillo, que ahora se estremecía con marcada agitación; lo cubrió con el chal, y, tras dirigirle al caballero en cuestión una mirada que significaba « ¿Y tú qué miras, amigo? », volvió la vista hacia adelante y adoptó un aire de piadosa concentración.

De alguna manera, Roger logró llegar hasta el fin, tan aliviado por la captura de la serpiente que incluso condujo el himno final, el interminable himno en el que debía recitar cada versículo para que los fieles lo repitieran, aunque casi no le quedaba voz, y la que tenía chirriaba como un gozne oxidado.

Tenía la camisa pegada al cuerpo, y el aire fresco fue para él como un bálsamo cuando, una vez fuera, recibió las palabras de aprecio de su grey, inclinándose y estrechándoles las manos.

—¡Magnífico sermón, señor MacKenzie, magnífico! —le aseguró la señora

Gwilty. Le dio un codazo al marchito caballero que la acompañaba—. ¿No ha sido un sermón magnífico, señor Gwilty?

—Ajá —dijo en tono juicioso el arrugado caballero—. No ha estado mal, no ha estado mal. Un poco corto, y se ha saltado usted la bonita historia de la ramera, pero con el tiempo aprenderá.

—Sin duda —sonrió Roger, preguntándose, « ¿Qué ramera? » —. Gracias por venir.

—Oh, no me lo hubiera perdido por nada del mundo —le informó otra dama —. Aunque los cantos no fueron lo que podría haberse esperado, ¿verdad?

—No, me temo que no. Quizá la próxima vez...

—Nunca me gustó el salmo 109, es tan sombrío. Tal vez la próxima vez podría recitarnos alguno más alegre, ¿no?

—Sí, espero...

—¡Papipapipapi! —Jem se precipitó contra sus piernas, aferrándole afectuosamente los muslos, de modo que casi lo hizo caer.

—Buen trabajo —dijo Brianna con aire divertido—. ¿Qué ocurría al fondo? No dejabas de mirar en esa dirección, pero no vi nada y...

—¡Buen sermón, señor, buen sermón! —El señor Ogilvie, padre, lo saludó con una inclinación antes de marcharse, con la mano sobre el brazo de su esposa, diciéndole—: El pobre muchacho desafina terriblemente, pero, dadas las circunstancias, la predica no ha estado mal.

Germain y Aidan se unieron a Jemmy y trataron de abrazarlo todos al mismo tiempo, mientras él hacía cuanto podía por abarcárselos a los tres, sonreírles a todos y asentir con la cabeza a las sugerencias de que hablarla más fuerte, predicara en gaélico, evitara el latín (¿qué latín?) y las referencias papistas, que tratara de aparecer más sobriedad, que tratara de tener un aspecto más feliz, que tratara de no hacer muecas y que incluyera más relatos.

Jamie salió y le estrechó la mano con seriedad.

—Muy bonito —dijo.

—Gracias. —Roger buscó qué decir—. Tú... bueno. Gracias —repitió.

—« No hay amor más grande » —observó Claire, sonriendo desde detrás del codo. El viento le apartó el chal, y pudo ver unos extraños movimientos en el costado de su falda.

Jamie emitió un pequeño sonido de diversión.

—Sí. Tal vez podrías ir a hablar con Rab MacAfee y con Isaiah Lachlan; quizás deberías hacerles un breve sermón sobre el texto « Quien ama a su hijo a veces lo castiga » .

—MacAfee y Lachlan. Sí, así lo haré. —O tal vez pillaría a solas a los MacAfee y a Jacky Lachlan y se ocuparía de castigarlos él mismo.

Se despidió de los últimos fieles, saludó y le dio las gracias a Tom Christie y a su familia y regresó a su casa para almorcizar, seguido de su propia familia. Lo

normal hubiese sido que celebrara otro servicio por la tarde, pero aún no estaba en condiciones de hacerlo.

La vieja señora Abernathy iba un poco por delante de ellos, asistida por su amiga, la poco menos anciana señora Coinneach.

—Agradable muchacho —decía la señora Abernathy—. Pero ¡muy nervioso! Sudaba a mares, ¿has visto?

—Ah, sí, bueno, supongo que sería por timidez —replicó apaciblemente la señora Coinneach—. Me imagino que ya se acostumbrará.

Roger estaba en la cama, saboreando la satisfacción del deber cumplido, el alivio del desastre evitado y la contemplación de su esposa arrodillada junto al fuego. La luz de las ascuas resplandecía por entre la fina tela de sus enaguas, alumbrándole la cara y la punta del cabello y haciendo parecer que estaba iluminada desde dentro.

Una vez que sofocó el fuego para que no ardiera durante la noche, ella se incorporó y miró a Jemmy, antes de meterse en la cama.

—Pareces pensativo —dijo con una sonrisa—. ¿En qué piensas?

—Trataba de adivinar qué habré dicho que el señor MacNeill pensó que era en latín, y encima una referencia católica —repuso, haciéndole sitio.

—No cantaste el avemaría —le aseguró ella—. Me habría dado cuenta.

—Mmm —dijo él, y tosió—. No menciones cómo canté, por favor.

—Mejorarás —replicó ella con firmeza, se revolvió y se movió para hacerse un hueco.

—Sí, puede ser —dijo Roger, aunque pensaba «Puede ser. Pero nunca me saldrá como antes».

Cómoda al fin, Bree se volvió hacia él, suspirando de satisfacción cuando su cuerpo pareció derretirse durante un instante antes de reacomodarse en torno al suyo; era uno de sus muchos pequeños y milagrosos talentos. Se había recogido el cabello en una gruesa trenza para dormir, y él se la acarició de punta a punta, estremeciéndose durante un instante al recordar a la vibora.

—¿Sabes ya cuál es la historia de la ramera que omitiste? —murmuró Brianna, moviendo sus caderas contra las de él como quien no quiere la cosa.

—No. Hay una enorme cantidad de rameras en la Biblia. —Tomó la punta de su oreja entre los dientes con mucha suavidad y ella respiró con fuerza.

—¿Qué es una ramera? —preguntó una vocecilla adormilada desde el catre.

—Duérmete, compañero; mañana te lo cuento —dijo Roger, y deslizó la mano por la sólida, redondeada, tibia cadera de Brianna.

Sin duda Jemmy se dormiría dentro de pocos segundos, pero se contentaron con hacerse pequeñas caricias secretas bajo las mantas, a la espera de que se sumiera en un sueño profundo.

—¿Es como creíste que sería? —preguntó Bree, apoyándole el pulgar en la

tetilla y haciéndolo girar con aire pensativo.

—¿El qué...? Oh, el sermón. Bueno, aparte de lo de la víbora...

—No sólo eso. Todo el asunto. Te parece... —Lo miró a los ojos, y él trató de concentrarse en lo que ella decía más que en lo que hacía.

—Ah... —Su mano se cerró sobre la de ella—. Sí. ¿Quieres saber si aún estoy seguro? Lo estoy; nunca habría hecho algo así si no lo estuviera.

—Papá siempre dijo que tener una vocación es una gran bendición, saber que uno está destinado a algo en especial. ¿Crees que siempre tuviste una... una vocación?

—Bueno, durante un tiempo tuve la idea de que estaba destinado a ser submarinista —dijo—. No te rías, hablo en serio. ¿Y tú?

—¿Yo? —Brianna pareció sorprenderse; luego frunció los labios, pensativa—. Bueno, fui a una escuela católica, así que nos urgían a todos a pensar en ser curas o monjas; pero yo estaba muy segura de no tener vocación religiosa.

—Gracias a Dios —dijo él con un fervor que la hizo reír.

—Y luego, durante un período bastante largo, me pareció que debía convertirme en historiadora, que eso era lo que quería. Y era interesante —dijo con lentitud—. Podía hacerlo. Pero lo que quería de verdad era construir cosas. Hacer cosas. —Sacó la mano de debajo de la de él y agitó sus largos y gráciles dedos—. Pero no estoy segura de que eso sea una vocación verdadera.

—¿No te parece que la maternidad también es una especie de vocación? —preguntó Roger, sabiendo que estaba entrando en un asunto delicado. Ella llevaba un retraso de varios días, pero ninguno de los dos lo había mencionado ni lo haría, por ahora.

—¿Puede decirse que algo que les ocurre por accidente a la mayor parte de las personas sea una vocación? —preguntó—. No digo que no sea importante, pero ¿no tendría que ser una elección personal?

Una elección. Bueno, Jem había sido un completo accidente, pero a este otro, si es que existía, sí que lo habían elegido.

—No lo sé.

Roger recorrió con los dedos la gruesa trenza que bajaba por la espalda de Brianna y ella respondió estrechándose contra su cuerpo con más fuerza. A Roger le pareció que se veía más madura de lo habitual; sus pechos estaban distintos. Más blandos. Más grandes.

—Jem duerme —dijo ella en voz baja, y él oyó la respiración sorprendentemente profunda y lenta que provenía del catre. Ella volvió a ponerle una mano en el pecho, la otra un poco más abajo.

Un poco después, cuando él también se acercaba al país de los sueños, la oyó decir algo, y trató de despertarse lo suficiente como para pedirle que lo repitiera, pero apenas logró emitir un pequeño sonido de interrogación.

—Siempre he pensado que tenía una vocación —repitió ella, mirando las

vigas del techo—. Algo que estoy destinada a hacer. Pero aún no sé qué es.

—Bueno, sin duda no estás hecha para ser monja —dijo él, amodorrado—. Aparte de eso, no sé qué decir.

El rostro del hombre estaba a oscuras. Él vio un ojo, un resplandor húmedo, y su corazón palpitó, atemorizado. Los bodhrans hablaban.

Llevaba algo de madera en la mano, una maza, una porra; parecía cambiar de tamaño, hacerse inmensa, pero la manejaba con facilidad, como si fuese parte de su mano; golpeaba el parche, golpeaba la cabeza del hombre cuyos ojos, relucientes de terror, se alzaban hacia él.

Lo acompañaba algún animal, algo grande, visto a medias, que se le adelantó en la oscuridad, rozándose los muslos; anhelaba sangre, y él, siguiéndole los pasos, cazando, también.

La maza bajó y volvió a bajar, subió y bajó una y otra vez, una y otra vez, impulsada por su muñeca. El bodhran vivía y hablaba en sus huesos, el impacto le estremecía el brazo, un cráneo se hundía con un blando sonido húmedo.

Unidos en ese instante, más unidos que marido y mujer, los corazones aunados, el terror y la sed de sangre cediendo ante ese impacto blando y húmedo en la noche vacía. El cuerpo cayó y él sintió una desgarradora sensación de pérdida cuando se separaron, y percibió la aspereza de la tierra y de las agujas de pino contra su propia mejilla en el momento de la caída.

Los ojos brillaban, húmedos y vacíos; a la luz del fuego el rostro se veía desencajado; conocía esa cara, pero no el nombre del muerto; el animal jadeaba en la noche a sus espaldas, sentía su aliento caliente en la nuca. Todo ardía: hierba, árboles, cielo.

Los bodhrans hablaban en sus huesos, pero él no entendía qué decían, y golpeó el suelo, el blando cuerpo exánime, el árbol que ardía, con una furia que hizo saltar chispas, para que los tambores abandonaran su sangre y hablaran, con claridad. Entonces, la maza se le escapó de las manos, su mano golpeó el árbol y quedó envuelta en llamas.

Despertó con la mano en llamas, jadeando. Se llevó los nudillos a la boca de manera instintiva, y notó el sabor metálico de la sangre. El corazón le batía de tal manera que apenas podía respirar, y combatió esa sensación procurando que su corazón latiera con más lentitud, respirando, manteniendo a raya el pánico, tratando de evitar que la garganta se le cerrara y lo estrangulara.

Se puso de lado y vio el húmedo resplandor de unos ojos a la tenue luz de las ascuas y, de haber tenido aliento, habría gritado.

—¿Estás bien, Roger? —susurró Brianna en tono urgente. Su mano le tocó el hombro, la espalda, la curva de la frente, buscando heridas.

—Sí —respondió él, pugnando por respirar—. Una... pesadilla. —Pero lo de

la sofocación no era un sueño; sentía el pecho oprimido y debía hacer un esfuerzo consciente cada vez que respiraba.

Ella echó el cubrecama hacia atrás y, con un siseo de sábanas, se incorporó para ayudarlo.

—Siéntate —le dijo en voz baja—. Despiértate del todo; te haré un té... bueno, al menos algo caliente.

A él ya no le quedaba aliento para protestar. La cicatriz le oprimía la garganta como un cepo. El primer dolor de su mano había cedido, y comenzaba a palpitarse al compás de su corazón. Qué bien, justo lo que necesitaba. Luchó por deshacerse del sueño, la sensación de tambores batiendo en su sangre y, al hacerlo, sintió que respirar se le hacía más fácil. Para el momento en que Brianna le llevó una jarra de agua caliente en la que había hervido alguna sustancia maloliente, respiraba casi con normalidad.

Él declinó beber aquello, fuera lo que fuese, y ella, ahorrativa, lo usó para lavarle los lastimados nudillos.

—¿Quieres hablarme de tu sueño? —Ella tenía los ojos pesados, y todavía tenía ganas de echarse a dormir, pero estaba dispuesta a escucharlo.

—Era muy confuso, pero tenía que ver con una pelea, cuando fuimos a rescatar a Claire. El hombre... el que maté... —La palabra se le atragantó, pero logró pronunciarla—. Le hundí la cabeza, y cuando cayó volví a verle la cara. Y de pronto me di cuenta de que lo había visto antes; yo... sé quién era. —El horror de haber reconocido al hombre se notó en su voz, y ella alzó sus espesas pestañas con los ojos muy abiertos.

Su mano le tocó con suavidad los lastimados nudillos, con expresión interrogativa.

—¿Recuerdas a un infeliz de esos que se ocupan de recuperar bienes robados, Harley Bobble? Lo habíamos visto antes, sólo una vez, en la Reunión del monte Helicon.

—Lo recuerdo. ¿Era él? ¿Estás seguro? Dijiste que todo era oscuro y muy confuso...

—Estoy seguro. No lo sabía cuando le pegué, pero le vi la cara cuando cayó. La hierba ardía, y lo vi claramente. Y ahora, en el sueño, acabo de verlo de nuevo, y desperté con su nombre en la cabeza. —Flexionó la mano un poco e hizo una mueca—. Por alguna razón, parece mucho peor matar a alguien que conoces.

—Bueno, en ese momento no lo conocías —señaló ella—. Quiero decir, no lo reconociste.

—Es verdad, tienes razón. —Era cierto, pero no servía de nada. El fuego estaba cubierto de cenizas y hacía frío; notó la carne de gallina en los desnudos antebrazos de Bree, cuyo dorado vello se erizaba—. Tienes frío, volvamos a la cama.

La cama todavía estaba un poco tibia, y sentir a Brianna acurrucada contra su espalda, entibiando el frío que le llegaba a los huesos, era un consuelo indecible. La mano aún le palpaba, pero el dolor se había transformado en una incomodidad que podía ignorar. Ella lo abrazó con fuerza, poniéndole la mano bajo el mentón. Él bajó la cabeza para besarse los nudillos, lisos, duros, redondos; al sentir su cálido aliento en el cuello recordó al animal de su sueño.

—Bree... sí que tuve intención de matarlo.

—Lo sé —dijo ella con suavidad, y lo abrazó con más fuerza, como para evitar que cayera.

Froggy va de cortejo

*De lord John Grey
Plantación de Mount Josiah*

Mi querido amigo,

Le escribo con cierta preocupación en mi ánimo.

Estoy seguro de que recordará al señor Josiah Quincy. Nunca le hubiese dado una carta de presentación para usted de haber tenido alguna idea de cuáles serían las consecuencias, pues estoy seguro de que a él se debe que el nombre de usted aparezca, relacionado con el denominado Comité de Correspondencia de Carolina del Norte. Un amigo que sabe que lo conozco me enseñó ayer una misiva, que al parecer se ha originado en dicho cuerpo, y que contiene una lista de supuestos destinatarios. Su nombre estaba entre ellos, y verlo en semejante compañía me produjo tal preocupación que me sentí impulsado a escribirle de inmediato para informarlo del asunto.

Debería haber quemado la misiva en el acto, pero era evidente que se trataba tan sólo de una entre muchas copias. Sin duda que las demás están en tránsito en distintos puntos de las colonias. Debe usted tomar medidas inmediatas para desasociarse de tal cuerpo y evitar que su nombre vuelva a aparecer en esa clase de contextos.

Porque quisiera advertirle que el correo no es seguro. He recibido más de un documento oficial que muestran señales no sólo de haber sido abiertos, sino que, en algunos casos, están marcados de manera flagrante con las iniciales o firmas de quienes las interceptaron y las examinaron. No hay forma de saber si tal inspección es ordenada por whigs o por tories y según me dicen, el propio gobernador Martin hace que le envíen su correspondencia a casa de su hermano en Nueva York, desde donde se la hace llegar un mensajero privado ya que no puede confiar en que le sean entregadas sin problemas en Carolina del Norte.

Sólo me queda esperar que ningún documento incriminatorio que lleve su nombre caiga en manos de personas en condiciones de arrestar o instigar otros procedimientos contra quienes propugnan ideas tan sediciosas como las que allí figuran. Le presento mis más sinceras disculpas en caso de que haberle presentado al señor Quincy lo haya hecho padecer incomodidad o peligro alguno, y le aseguro que haré cuanto esté en mi mano por

corregir la situación.

Entretanto, le ofrezco los servicios del señor Higgins para el caso de que necesitara enviar cualquier documento, no sólo cartas dirigidas a mí. Es de toda confianza y, si así me lo requiriera, se lo enviaría a usted de manera regular.

De todas formas, tengo la esperanza de que la situación general pueda remediararse. Creo que, en su mayor parte, los imprudentes que llaman a la rebelión ignoran la naturaleza de la guerra; de no ser así, no se arriesgarían a sufrir sus terrores y penurias ni hablarían a la ligera de derramar sangre y sacrificar sus vidas por un desacuerdo tan pequeño con su madre patria.

En estos momentos, en Londres se considera que el asunto no llegará a más de «unas pocas narices ensangrentadas», en palabras de lord North, y confío en que así sea.

Estas noticias también tienen un aspecto personal; mi hijo William ha adquirido una plaza de teniente y se unirá a su regimiento de manera casi inmediata. Por supuesto que estoy orgulloso de él; pero, conociendo los peligros y las penurias de la vida de soldado, hubiera preferido que siguiera otra carrera, dedicándose a la administración de sus considerables propiedades o, si ésa le pareciera una vida demasiado apacible, entrando, tal vez, en el mundo de la política o el del comercio; pues tiene, además del poder de sus recursos, mucha, inteligencia natural, y bien podría llegar a ser influyente en tales esferas.

Claro que dichos recursos están bajo mi control hasta que William alcance la mayoría de edad. Pero no he podido hacerle cambiar de idea, pues su deseo era muy fuerte, igual que mis recuerdos de cómo era yo a su edad, y de mi resolución de servir. Tal vez no tarde en satisfacer sus deseos de vida de soldado y adopte otra carrera. Pero admito que la vida militar tiene muchas virtudes que la hacen deseable, por adustas que a veces puedan ser esas virtudes.

Pasando a temas menos alarmantes: me encuentro con que vuelvo de manera inesperada al papel de diplomático. No en nombre de su majestad, sino de Robert Higgins, quien me suplica que emplee la poca influencia con la que cuento para favorecer sus perspectivas matrimoniales.

El señor Higgins ha sido un sirviente bueno y leal, y me satisface prestarle la asistencia que me sea posible; espero que se encuentre usted en parecida disposición, pues, como verá, su consejo y su parecer se requieren urgentemente y son, de hecho, indispensables.

Es un asunto algo delicado, y, a este respecto, le recomiendo consideración; en su discreción, desde luego, confío implicitamente. Al parecer, el señor Higgins ha desarrollado cierta estima hacia dos jóvenes

damas que residen en el cerro de Fraser. Le he señalado las dificultades de, por así decirlo, combatir en dos frentes, y le he aconsejado que concentre sus fuerzas para tener una mayor posibilidad de éxito en su ataque a un único objetivo, teniendo en cuenta, también, la posibilidad de retirarse y reagrupar sus fuerzas en caso de que su ensayo inicial falle.

Las dos damas en cuestión son La señorita Wemyss y la señorita Christie, ambas poseedoras de abundante belleza y encanto, al decir del señor Higgins, que es de lo más elocuente al elogiarlas. Cuando insistí en que se decidiera por alguna, el señor Higgins finalmente me manifestó que su primera elección es la señorita Wemyss.

Se trata de una decisión práctica, y los motivos de su elección no sólo tienen que ver con los indudables atractivos de la dama, sino con una consideración más terrenal: que tanto la dama como su padre son siervos, y que están bajo contrato con usted. Debido a los leales servicios que me ha prestado el señor Higgins, quisiera comprarle dichos contratos, en caso de que la señorita Wemyss acepte casarse con el señor Higgins.

No querría despojarlo a usted de dos valiosos sirvientes, pero el señor Higgins opina que es posible que la señorita Wemyss no quiera separarse de su padre. Con el mismo razonamiento, tiene la esperanza de que mi ofrecimiento de librar a padre e hija de sus servidumbres (pues he acordado que así lo haría, siempre que el señor Higgins continúe trabajando para mí) sería suficiente estímulo para pasar por alto cualquier objeción que el señor Wemyss pudiera presentar respecto de la falla de contactos y propiedad, personal del señor Higgins, así como otros pequeños impedimentos a la boda que pudieran presentarse.

Tengo entendido que la señorita Christie, aunque igualmente atractiva, tiene un padre a quien tal vez sea más difícil persuadir, dado que su situación social es un poco superior a la de la señorita Wemyss. Aun así, si la señorita Wemyss o su padre rechazan el ofrecimiento del señor Higgins, haré cuanto pueda, con la ayuda de usted, por planear algún incentivo que resulte atractivo para el señor Christie.

¿Qué le parece este plan de ataque? Le suplico que considere las circunstancias con cuidado y que, si le parece que la propuesta puede ser bien recibida, les plantee el tema al señor Wemyss y a su hija; si fuera posible, aplicando la discreción necesaria para no perjudicar una expedición secundaria, en caso de que resultara necesaria.

El señor Higgins sabe muy bien de su posición inferior como potencial pretendiente, de modo que es consciente del valor del favor que le pide, como también lo es:

Su humilde y obediente servidor,

«... otros pequeños impedimentos a la boda que pudieran presentarse...», leí por encima del hombro de Jamie.

—¿Crees que se refiere al hecho de que es un asesino condenado con una marca a fuego en la mejilla y sin familia ni dinero?

—Sí, creo que sí —asintió Jamie. Estaba claro que encontraba divertida la carta de lord John, pero fruncía el ceño, aunque yo no sabía si por las noticias acerca de Willie o la delicada cuestión de la propuesta de Bobby Higgins.

Era evidente que se trataba de esto último, pues miró hacia arriba, en dirección a la habitación que compartían Lizzie y su padre. No llegaban sonidos de movimiento alguno a través del techo, aunque yo había visto a Joseph subir la escalera poco antes.

—¿Duerme? —preguntó Jamie, levantando las cejas.

Miré involuntariamente hacia la ventana. Era media tarde y el parque estaba bañado en una alegre y placentera luz.

—Un síntoma común de depresión —dije. El señor Wemyss se había tomado muy mal la disolución del compromiso de Lizzie; mucho más que la propia interesada. Siempre había tenido un aspecto frágil, pero ahora había perdido peso de manera notable, sólo hablaba cuando le dirigían la palabra, y cada vez resultaba más difícil despertarlo por la mañana.

Jamie reflexionó durante un momento sobre el tema de la depresión antes de hacerlo a un lado con un breve movimiento de la cabeza.

—¿Qué opinas, Sassenach?

—Bobby es un joven encantador. Y es evidente que a Lizzie le gusta.

—Y si los Wemyss siguieran bajo contrato, es posible que la propuesta de Bobby tuviese algún atractivo —asintió Jamie—. Pero no lo están.

Le había entregado a Joseph Wemyss los papeles de su contrato de servidumbre hacia unos años, y Brianna se había apresurado a liberar de su contrato a Lizzie casi en el mismo momento en que éste fue sellado. Sin embargo, esto no se sabía públicamente, porque el supuesto estado de servidumbre de Joseph lo eximía de servir en la milicia. Del mismo modo, Lizzie, al ser considerada sierva, gozaba de la abierta protección de Jamie, pues se suponía que le pertenecía; nadie se atrevía a molestarla ni a faltarle abiertamente al respeto.

—Tal vez él estaría dispuesto a contratarlos como asalariados —sugiri—. Es muy posible que sus sueldos cuesten mucho menos que el precio de rescindir dos contratos de servidumbre. —Le pagábamos a Joseph, pero su salario era de sólo tres libras al año, aunque con alojamiento, alimentos y ropa.

—Podría ser. Pero antes debo hablar con Joseph.

—Hablando de Malva... —dije, echando una mirada hacia el otro extremo del vestíbulo y bajando la cabeza.

La muchacha estaba en la enfermería, filtrando el líquido de los cuencos de moho que nos proveían de penicilina. Yo había prometido enviarle más, así como también una jeringa, a la señorita Sylvie.

—¿Crees que Tom Christie aceptaría si John no está muy de acuerdo? Creo que Bobby les gusta bastante a las dos muchachas.

—¿Que Tom Christie entregue en matrimonio a su hija a un asesino, y, por cierto, un asesino que no tiene ni un penique? John Grey no tiene ni idea de cómo es el hombre, de lo contrario, jamás sugeriría semejante cosa. Christie es orgulloso como Nabucodonosor, o tal vez más.

—Oh, ¿conque es así de orgulloso? —dije, divertida a mi pesar—. ¿Y supones que habrá algún otro candidato adecuado en estos parajes?

—No me ha honrado con sus confidencias a ese respecto —dijo con sequedad—. Pero sé que no deja que su hija salga de paseo con ninguno de los muchachos de por aquí; supongo que no le parecen dignos de ella. No me sorprendería que encontrara alguna manera de enviarla a Edenton o a New Bern en busca de un candidato; no le sería difícil hacerlo. Roger Mac dice que ha mencionado esa posibilidad.

—¿De veras? Es muy amigo de Roger últimamente, ¿no?

Una sonrisa renuente cruzó el rostro de Jamie.

—Sí, bueno. Roger Mac se toma a pecho el bienestar de su grey; sin duda que lo hace porque sabe que de eso depende el suyo.

—¿Qué quieres decir con eso?

Me estudió durante un momento; estaba claro que evaluaba mi capacidad para guardar un secreto.

—Bueno, no se lo menciones a Brianna, pero Roger Mac tiene intención de que Tom Christie y Amy McCallum se casen.

Parpadeé, pero después consideré que en realidad no era mala idea. Era cierto que Tom tenía al menos veinticinco años más que Amy McCallum, pero todavía gozaba de buena salud y fuerzas suficientes para proveer para ella y para sus hijos. Y estaba claro que ella necesitaba un proveedor. El hecho de que ella y Malva pudieran compartir una casa era otra cuestión; Malva se había ocupado de llevar el hogar de su padre desde que estuvo en condiciones de hacerlo. Era cierto que era amable, pero me parecía que tenía tanto orgullo como su padre y que no le gustaría que la suplantaran.

—Mmm —dije, dubitativa—. Tal vez. Pero ¿a qué te refieres con eso del bienestar del propio Roger?

—¿No te has fijado en la manera en que lo mira la viuda McCallum?

—No —respondí, desconcertada—. ¿Tú sí?

—Sí, y Brianna también. Por ahora, ella está esperando a ver qué ocurre,

pero presta atención a lo que te digo, Sassenach; si el pequeño Roger no se ocupa de casar de una vez a la viuda, se encontrará con que su propio hogar arde más que el infierno.

—Oh, vamos. No me dirás que Roger le devuelve las miradas a la señora McCallum... —repuse.

—No, no lo hace —dijo Jamie en tono juicioso—, y por eso todavía conserva sus pelotas. Pero si crees que mi hija es de las que soportan que...

Hablábamos en voz baja y, cuando oímos que la puerta de la enfermería se abría, nos interrumpimos de pronto.

Malva se asomó al estudio; tenía las mejillas arreboladas y su cabello oscuro y rizado le enmarcaba el rostro. Parecía una estatuilla de Dresde, y vi que su aire fresco y bien dispuesto hacía sonreír a Jamie.

—Con permiso, señora Fraser; ya he colado todo el líquido y lo he embotellado. Usted me indicó que le diera el bagazo al cerdo de inmediato... ¿se refería a la gran cerda blanca que vive bajo la casa?

—Lo haré yo —dije, incorporándome—. Gracias, querida. Antes de marcharte a tu casa, ve a la cocina y pídele a la señora Bug algo de pan y miel para llevarte, ¿quieres?

Ella hizo una reverencia y partió rumbo a la cocina; oí la voz del joven Ian, que bromeara con la señora Bug, y vi que Malva se detenía durante un instante para acomodarse la cofia, retorcerse un bucle en torno al dedo para que se le rizara y erguir su esbelta espalda antes de entrar.

—Bueno, Tom Christie puede declararse tanto como quiera —le murmuré a Jamie—, pero tu hija no es la única que decide por sí misma y tiene opiniones sólidas.

Él emitió un pequeño gruñido y regresó a su estudio, mientras yo seguía camino hasta el otro extremo del vestíbulo; sobre la encimera había una vasija llena de una considerable cantidad de chorreados desperdicios, los restos de la última partida de fabricación de penicilina, cuidadosamente recogidos.

Abrí una ventana del costado de la casa y miré hacia abajo. A algo más de un metro por debajo de mí se veía el montón de tierra que señalaba la ubicación de la guarida de la cerda bajo los cimientos.

—¿Cerda? —dije, asomándome—. ¿Estás en casa?

Las castañas estaban maduras y caían de los árboles; podía ser que estuviese en el bosque, atiborrándose de castañas. Pero no; en la blanda tierra se veían huellas de pezuñas que entraban, y de más abajo brotaba el sonido de una respiración estertorosa.

—¡Cerda! —exclamé en voz más alta y perentoria.

Oí los fuertes movimientos de un bulto enorme bajo las maderas del suelo, me asomé y dejé caer con cuidado el cuenco de madera en la blanda tierra, derramando sólo un poco de su contenido.

El golpe sordo que dio al aterrizar fue seguido de inmediato por la aparición de una inmensa cabeza erizada de cerdas blancas, equipada con un gran hocico rosado que husmeaba, y seguida de un pecho del ancho de un barril de tabaco. El resto del gran cuerpo de la cerda apareció entre gruñidos entusiastas, y ésta se precipitó sobre el festín de inmediato, apretando el retorcido rabo en señal de deleite.

—Sí, bueno, no olvides quién es la fuente de donde manan todas las bendiciones —le dije, y me retiré, esforzándome por cerrar bien la ventana.

El alféizar se veía considerablemente astillado y torcido, lo que era el resultado de haber dejado el cuenco de desperdicios sobre la madera demasiado tiempo. La cerda era de temperamento impaciente y estaba más que dispuesta a entrar en la casa a reclamar lo suyo si no se lo entregaba con la velocidad que consideraba adecuada.

Mientras me ocupaba de la cerda, mi mente no abandonaba la cuestión de la declaración de Bobby Higgins y todas sus potenciales complicaciones. Por no hablar de Malva. Sin duda que no era inmune a los ojos azules de Bobby; era un joven muy bien parecido. Pero tampoco era insensible a los encantos del joven Ian, por más que éstos no fueran igualmente llamativos.

Y me pregunté qué opinaría Tom Christie de tener a Ian como yerno. No era del todo pobre; poseía poco más de cuatro hectáreas de tierra, en su mayor parte sin desbrozar. ¿Acaso los tatuajes tribales eran más aceptables desde el punto de vista social que la marca a fuego que identificaba a un asesino? Tal vez sí, pero Bobby era protestante, mientras que Ian, al menos nominalmente, era católico.

También había que tener en cuenta que era sobrino de Jamie, lo que podía ser una espada de doble filo. Christie estaba muy celoso de Jamie. ¿Le parecería que una alianza entre su familia y la nuestra era un beneficio o algo que debía evitar a toda costa?

Claro que si Roger lograba casarlo con Amy McCallum, ello lo distraería un poco. Brianna no me había dicho nada acerca de la viuda, pero el hecho mismo de que ni siquiera me la hubiese mencionado podía ser un indicio de sentimientos reprimidos.

Oí voces y risas que provenían de la cocina; estaba claro que todos se divertían. Pensé en ir a participar de la fiesta, pero al mirar hacia el estudio de Jamie, vi que estaba de pie, con las manos a la espalda. Estudiaba la carta de lord John frunciendo un poco el ceño con aire abstraído.

No pensaba en su hija, me di cuenta con una pequeña y extraña punzada, sino en su hijo.

Entré en el estudio, le rodeé la cintura con los brazos y apoyé la cabeza en su hombro.

—¿Has pensado en tratar de convencer a lord John? —le dije, vacilando un poco—. Quiero decir, convencerlo de que tal vez los americanos no se

equivoquen, convertirlo a nuestro modo de pensar. —Lord John no combatiría en el inminente conflicto, pero Willie bien podía hacerlo, y en el bando equivocado. Por supuesto que pelear en cualquier bando era igual de peligroso. Pero el hecho era que los americanos ganarían, y que la única forma concebible de que Willie cambiara de bando era hacerlo por medio de su padre putativo, cuyas opiniones respetaba.

—¿John? ¿Recuerdas lo que te conté de los highlanders cuando Arch Bug acudió a mí con su pequeña hacha?

«Viven por su juramento; también morirán por él».

Me estremecí un poco y lo abracé con más fuerza. Él tenía razón; yo misma había sido testigo de esa brutal lealtad tribal.

—Lo recuerdo —asentí.

Señaló la carta con un movimiento de la cabeza, sin dejar de mirarla.

—Él también es así. No todos los ingleses lo son... pero él sí. Es un hombre del rey. Si el arcángel Gabriel se le apareciera y le contase lo que va a ocurrir, no le importaría. Él no rompería un juramento.

—¿Eso crees? —le pregunté, envalentonada—. Yo no estoy tan segura.

La sorpresa le hizo levantar las cejas, y yo proseguí, vacilando:

—Es que... Sé a qué te refieres; es un hombre honorable. Pero de eso se trata. No creo que le haya jurado lealtad al rey del modo en que los hombres de Colum se la juraron, o del modo en que tus hombres de Lallybroch te la juraron a ti. Lo que le importa, aquello por lo que daría la vida, es el honor.

—Bueno, sí... en efecto. Pero para un soldado como él, el honor consiste en cumplir con su deber, ¿verdad? Y su deber es serle leal a su rey, ¿o no?

Me erguí y me froté la nariz con el dedo, tratando de expresar mi pensamiento en palabras.

—Sí, pero no me refiero exactamente a eso. Lo que a él le importa es la idea. Sigue a un ideal, no a un hombre. De todas las personas que conoces, tal vez él es el único que podría entenderlo. Ésta será una guerra por ideales, probablemente la primera que se libre por esa causa.

—Has estado hablando con Roger Mac. Eso nunca se te hubiera ocurrido a ti sola, Sassenach.

—Deduzco que tú también. ¿De modo que lo entiendes?

Emitió un pequeño sonido escocés que expresaba un asentimiento dudoso.

—Le pregunté acerca de las cruzadas, si no pensaba que se hicieron por un ideal. Y se vio obligado a admitir que los ideales habían tenido, al menos, algo que ver... aunque también en ese caso habían tenido que ver el dinero y la política, y dijo que siempre había sido así, y que, sin duda, lo mismo ocurriría aquí. Pero sí, lo entiendo —se apresuró a añadir al ver que mis fosas nasales palpitan—. Pero en lo que respecta a John Grey...

—En lo que respecta a John Grey —dije—, tienes la oportunidad de

convencerlo porque es racional e idealista al mismo tiempo. Tendrías que convencerlo de que lo honorable no es seguir al rey, sino seguir el ideal de la libertad. Pero es posible.

Emitió otro sonido escocés, que esta vez brotó de las profundidades de su pecho. Y, finalmente, me di cuenta de todo.

—Tú no haces esto por idealismo, ¿verdad? No lo haces por... la libertad. La independencia, la autodeterminación y todo eso.

—No —respondió suavemente—. Ni siquiera lo hago por estar en el bando ganador... por una vez. Aunque sería una experiencia novedosa. —Sonrió de pronto, con aire melancólico, y yo, sorprendida, me eché a reír.

—¿Por qué, entonces? —le pregunté, en un tono más amable.

—Por ti —dijo sin vacilar—. Por Brianna y por el niño. Por mi familia. Por el futuro. Y si eso no es un ideal, no sé lo que es.

Jamie hizo todo lo que pudo en su función de mediador, pero el efecto de la marca a fuego de Bobby resultó ser insuperable. Aunque el señor Wemyss admitía que Bobby era un joven agradable, le era imposible soportar la idea de casar a su hija con un asesino, fueran cuales fuesen las circunstancias que habían llevado a su condena.

—Todos se meterían con él, señor, y usted lo sabe muy bien —dijo—. Una vez que un hombre está condenado, nadie se detiene a preguntar cómo ni por qué. Su ojo... estoy seguro de que no hizo nada por merecer tan brutal ataque. ¿Cómo podría yo exponer a mi querida Elizabeth a la posibilidad de semejantes represalias? Aun si no la afectaran de manera directa, ¿qué será de ella y de sus niños si alguno lo mata a él por la calle? —Se retorció las manos al pensarlo.

» Y si algún día perdiera la protección de su señoría, no conseguiría un trabajo decente en ningún lado. Quedarían reducidos a la indigencia. Yo he pasado por ese estado, señor, y no me arriesgaría por nada del mundo a que mi hija se viera obligada a vivir así otra vez.

—Sí. Entiendo, Joseph. Es una pena, pero no puedo decir que se equivoque. Sin embargo, también debo decirle que no creo que lord John lo vaya a despedir.

El señor Wemyss, pálido y desdichado, se limitó a negar con la cabeza.

—Bueno —dijo Jamie, levantándose frente a su escritorio—. Lo haré pasar, y podrá comunicarle su decisión.

Yo también me levanté y el señor Wemyss se incorporó de un salto, aterrado.

—¡Oh, señor! ¡No irá a dejarme a solas con él!

—Bueno, no creo que vaya a saltarle encima ni a tirarle de la nariz, Joseph —dijo Jamie con amabilidad.

—No —replicó Wemyss, dudando—. No... supongo que no. Pero, en cualquier caso, le agradecería mucho sí usted pudiera... estar presente cuando hable con él. También usted, señora Fraser, por favor. —Me miró con expresión

de súplica. Miré a Jamie, que asintió con la cabeza, resignado.

—Muy bien —asintió—. Iré a buscarlo.

—Lo siento, señor. —Joseph Wemyss parecía casi tan desdichado como Bobby Higgins. No dejaba de mirar a Jamie en busca de apoyo moral antes de regresar su atención al inoportuno pretendiente de su hija—. Lo siento de verdad. Usted me cae bien, joven, y estoy seguro de que a Elizabeth también le gusta. Pero su bienestar, su felicidad, son responsabilidad mía. Y no puedo ni pensar... realmente no me parece...

—Seré amable con ella —prometió Bobby, ansioso—. Sabe que lo seré, señor. Le compraré un vestido nuevo una vez al año, y vendería todo lo que tengo con tal de que no le faltaran zapatos. —También él miró a Jamie, seguramente con la esperanza de que éste lo secundara.

—Estoy seguro de que el señor Wemyss siente el mayor de los respetos por tus intenciones, Bobby —repuso Jamie—. Pero tiene razón, ¿no? Su deber es conseguir el mejor partido posible para la pequeña Lizzie. Y tal vez...

Bobby tragó saliva. Se había emperifollado para la entrevista, con un cuello almidonado que amenazaba con ahorcarlo, su librea, un par de calzones de lana limpios y un par de medias de seda bien cuidadas, con prolíjos remiendos en pocos lugares.

—Sé que no tengo mucho dinero —dijo—. Ni propiedades. Pero ¡tengo un buen puesto, señor! Lord John me paga diez libras al año, y ha tenido la bondad de decirme que puedo construir una cabaña en sus tierras y que, hasta que esté lista, nos alojará en su casa.

—Sí, eso es lo que usted ha dicho. —El señor Wemyss parecía cada vez más incómodo. Procuraba no mirar a Bobby, en parte, tal vez, por timidez natural... pero yo tenía la certeza de que también era porque no quería que pareciese que miraba la marca de su mejilla.

La discusión se prolongó un poco más, pero sin resultados, pues el señor Wemyss no lograba reunir fuerzas para contarle a Bobby el verdadero motivo de su rechazo.

—Yo... yo... bueno, lo pensaré. —El señor Wemyss se levantó de golpe y estuvo a punto de salir corriendo de la habitación; sin embargo, logró detenerse en la puerta, se volvió y dijo—: Pero ¡no creo que cambie de idea! —Luego se esfumó.

Bobby, atónito, se lo quedó mirando y después se dirigió a Jamie:

—¿Tengo alguna esperanza, señor? Sé que usted me dirá la verdad.

Fue una súplica patética, y el propio Jamie se vio obligado a desviar la mirada de aquellos grandes ojos azules.

—No lo creo —dijo; su tono era bondadoso, pero definitivo.

Bobby se encorvó un poco.

—Será que... ¿Sabe usted, señora —añadió, volviéndose hacia mí—, si los afectos de la señorita Elizabeth ya tienen dueño? Porque, si ése fuera el caso, me retiraría sin dudarlo. Pero si no... —Vaciló—. ¿Cree usted que tengo alguna posibilidad de sortear las objeciones de su padre? Tal vez... tal vez encuentre la manera de conseguir un poco de dinero... o, si fuera un problema de religión... Creo... creo que hasta estaría dispuesto a bautizarme en la Iglesia romana si me lo exigiera. Tenía intención de decírselo, pero lo olvidé. ¿Sería tan amable de decírselo, señor?

—Sí... sí, así lo haré —le aseguró Jamie, de mala gana—. Entonces estás decidido a que sea Lizzie, ¿eh? ¿No Malva?

Bobby quedó desconcertado al oírlo.

—Bueno, a decir verdad, señor, las dos me gustan, y estoy seguro de que sería feliz con cualquiera de ellas. Pero bueno, lo cierto es que le tengo pánico al señor Christie. Y creo que a él usted no le cae bien, señor, pero al señor Wemyss, sí. Si pudiera... interceder, señor, por favor...

Al fin, ni siquiera Jamie resultó inmune a las abiertas súplicas.

—Lo intentaré —concedió—. Pero no te prometo nada, Bobby. ¿Cuánto tiempo tienes antes de regresar a casa de lord John?

—Su señoría me dio una semana para el cortejo, señor —dijo Bobby mucho más feliz—. Pero supongo que usted debe marcharse mañana o pasado.

Jamie pareció sorprenderse.

—¿Marcharme, adónde?

—Bueno... no lo sé muy bien, señor. Pero entendí que iba a hacerlo.

Al cabo de un rato de no entendernos, conseguimos desentrañar la historia. Al parecer, se había encontrado con un pequeño grupo de viajeros por el camino, granjeros que llevaban una piara al mercado. Sólo había pernoctado una noche con ellos, pero cuando conversaban a la hora de la cena, oyó que uno de ellos se refería a algún tipo de encuentro y especulaba sobre quién asistiría a él.

—Mencionaron su nombre, señor; dijeron «James Fraser», y también hablaron del cerro, de modo que tuve la certeza de que se referían a usted.

—¿Qué clase de encuentro era? —Quise saber, curiosa—. ¿Y dónde?

—No presté atención, señora. Sólo recuerdo que era el lunes próximo.

Tampoco recordaba el nombre de sus anfitriones. Era evidente que en ese momento estaba muy preocupado por el resultado de su frustrado cortejo para prestarle demasiada atención a los detalles y Jamie le dio autorización para retirarse.

—¿Tienes idea...? —empecé a decir.

—El encuentro para elegir delegados al Congreso Continental —declaró—. Debe de ser eso.

Después de la barbacoa en honor a Flora MacDonald, el lugar y el momento previstos para el encuentro habían sido descartados, pues los organizadores

temían interferencias. John Ashe le había asegurado que le informarían en cuanto supieran dónde se celebraría.

Pero eso había sido antes del incidente en el centro de Cross Creek

—Supongo que una carta puede haberse perdido —sugirió, aunque sin convicción.

—Una, sí —asintió Jamie—. Seis, no.

—¿Seis?

—Como no tuve noticias, les escribí a los seis miembros del Comité de Correspondencia a los que conozco personalmente. Ninguno de ellos contestó.

—No confian en ti —dijo, después de un momento de silencio.

—Imagino que es natural, dado que rescaté a Simms y unté de brea a Neil Forbes en público. E imagino que el pobrecillo Bob no habrá sido de gran ayuda; supongo que les habrá dicho que lleva y trae correspondencia entre lord John y yo.

Era probable que eso fuera cierto. El amistoso y locuaz Bob era capaz de guardar un secreto, siempre y cuando uno le dijese de forma explícita que debía hacerlo. De no ser así, cualquiera que compartiese una comida con él ya conocía todos sus asuntos cuando llegaba la hora del poste.

—¿Podemos hacer algo para averiguarlo? Dónde será el encuentro, quiero decir.

—Sí, tal vez. Pero si lo averiguo y voy allí, hay una gran posibilidad de que me dejen fuera o algo peor. Creo que no vale la pena correr semejante riesgo. —Me miró con expresión irónica—. Supongo que tendría que haberles permitido asar al impresor.

Hice a un lado su observación y me acerqué a él.

—Ya se te ocurrirá algo —dijo, tratando de alentarlo.

La gran vela con que contaba las horas estaba en su escritorio, medio quemada, y la tocó. Nadie parecía notar que esa vela nunca se consumía.

—Quizá... encuentre una manera —dijo, meditabundo—. Aunque detestaría tener que usar otra para hacerlo.

Quería decir otra gema.

Tragué saliva, pues se me había formado un nudo en la garganta al oírlo. Quedaban dos. Una para cada uno, si Roger o Bree y Jemmy... pero rechacé ese pensamiento con firmeza.

—« ¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo si pierde el alma?» —citó—. De nada nos serviría ser ricos en secreto si te embadurnan de brea y te empluman.

Se echó un vistazo al antebrazo; se había arremangado para escribir, y aún se veía la marca de la quemadura. Suspiró, regresó al escritorio y cogió una pluma.

—Sí. Tal vez lo mejor sea que escriba algunas cartas más.

El Jinete Pálido cabalga

El 20 de septiembre, Roger predicó un sermón sobre el texto «Dios ha escogido a los débiles de este mundo para confundir a los poderosos». El 21 de septiembre, uno de esos débiles se dispuso a demostrar la verdad de sus palabras.

Padraic y Hortense MacAfee y sus niños no acudieron a la iglesia. Siempre lo hacían, y su ausencia provocó comentarios; a la mañana siguiente, Roger le preguntó a Brianna si podía ir a visitarlos.

—Iría yo —añadió, raspando el fondo de su cuenco de gachas de avena—. Pero he prometido que acompañaría a John MacAfee y a su padre hasta Brownsville; tiene intención de declararse a una muchacha de allí.

—¿Quiere que seas testigo formal del compromiso allí mismo si ella accede? —le pregunté—. ¿O sólo te lleva para evitar que algún Brown lo mate?

No se habían producido hechos de violencia declarada desde la devolución del cadáver de Lionel Brown, pero cada tanto había pequeños choques, cuando alguna partida de Brownsville se encontraba con una del cerro en público.

—Lo último —respondió Roger haciendo una mueca—. Aunque tengo la esperanza de que una o dos bodas entre el cerro y Brownsville pueden ayudar a componer las cosas con el tiempo.

Jamie, que leía un periódico del lote más reciente, levantó la vista al oírlo.

—Ah, sí? Bueno, es una idea. Pero no siempre funciona. —Sonrió—. A mi tío Colum se le ocurrió que la mejor manera de arreglar un problema parecido con los Grant era casar a mi madre con un Grant. Por desgracia —añadió—, mi madre no se mostró dispuesta a cooperar. Le dio calabazas a Malcolm Grant, apuñaló a mi tío Dougal y se fugó con mi padre.

—¿De veras? —Brianna no había oído esa historia; parecía fascinada.

Roger la miró de soslayo, y, tosiendo, alejó ostensiblemente el afilado cuchillo con que ella estaba cortando salchichas.

—Bueno, sea como fuere —dijo, alejándose de la mesa sin soltar el cuchillo—. ¿Te molestaría hacer una visita a la familia de Padraic, a ver si está todo bien?

Al fin, Lizzie y yo acompañamos a Brianna, con intención de visitar a Marsali y a Fergus, cuya cabaña estaba un poco más allá de la de los MacNeill. Pero por el camino nos encontramos con Marsali, que regresaba del almacén de whisky, de modo que cuando llegamos a la cabaña de los MacNeill ya éramos cuatro.

—¿Por qué hay tantas moscas de repente? —Lizzie dio una bofetada a una moscarda que había aterrizado en su brazo.

—Hay algo muerto cerca —dijo Marsali, levantando la nariz para olisquear

el aire—. En el bosque, quizá. ¿Oís los cuervos?

Había cuervos, posados en las copas de los árboles cercanos; alcé la mirada y divisé a otros, negras manchas contra el luminoso cielo.

—No es en el bosque —dijo Bree, con una tensión repentina en la voz. Estaba mirando en dirección a la cabaña. La puerta estaba herméticamente cerrada, y una bandada de moscas se arremolinaba sobre la ventana cubierta por un lienzo de cuero—. Daos prisa.

El olor en la cabaña era indescriptible. Al abrir la puerta, vi que las chicas lanzaban un gemido y cerraban la boca. Por desgracia, era necesario respirar. Lo hice, de una manera muy superficial, mientras avanzaba por la oscura sala y arrancaba el cuero que estaba fuertemente clavado al marco de la ventana.

—Dejad la puerta abierta —dije sin prestar atención al débil gemido de queja proveniente de la cama ante la entrada de luz—. Lizzie, ve a preparar un fuego con mucho humo cerca de la puerta y otro al otro lado de la ventana. Enciéndelo con hierbas y ramitas secas, luego añádele algo, madera húmeda, moho, hojas mojadas, para que suelte humo.

Las moscas habían empezado a entrar segundos después de que yo hube abierto la ventana, y zumbaban alrededor de mi cara. Atraídas por el olor, se habían apiñado en los troncos del exterior, buscando la manera de entrar, ávidas de alimento, desesperadas por poner huevos.

La sala se convertiría en un infierno de zumbidos al cabo de pocos minutos, pero necesitábamos luz y aire, y tendríamos que enfrentarnos a las moscas lo mejor que pudiésemos. Me quité el pañuelo y lo doblé hasta transformarlo en un matamoscas improvisado, que agité hacia un lado y hacia otro al tiempo que me volvía en dirección de la cama.

Hortense y los dos niños estaban allí. Todos desnudos, con sus pálidos miembros resplandecientes con el sudor de la cabaña tapiada. El color de su piel era blanco y ceniciente donde les daba la luz del sol, y tenían franjas marrones y rojizas en las piernas y el resto del cuerpo. Esperaba que sólo fuera diarrea, no sangre.

Alguien había gemido; alguien se movió. De modo que no estaban muertos, gracias a Dios. Los cubrecamas estaban en el suelo, formando una pila revuelta, lo que era bueno, puesto que todavía estaban más o menos limpios. Me parecía que sería mejor quemar los colchones de paja nada más sacarlos de allí.

—No te metas los dedos en la boca —le murmuré a Bree mientras empezábamos a trabajar, tratando de dar sentido a aquel montón de cuerpos que se agitaban débilmente.

—No hablarás en serio, ¿verdad? —respondió, hablando entre dientes, al tiempo que le sonreía a una niña de rostro pálido, que tendría unos cinco o seis años y que yacía acurrucada y totalmente agotada por el ataque de diarrea que acababa de sufrir. Metió las manos debajo de las axilas de la niña—. Ven, cariño,

deja que te levante.

La niña estaba demasiado débil como para quejarse de que la movieran; los brazos y las piernas le colgaban flojos como hilos. El estado de su hermana era todavía más alarmante; no tenía más de un año de edad, no se movía en absoluto, y tenía los ojos muy hundidos, señal de una severa deshidratación. Levanté la diminuta mano y, con suavidad, pellizqué la piel entre el pulgar y el dedo índice. Permaneció así durante un momento, una minúscula elevación de piel grisácea, y entonces, con mucha lentitud, comenzó a desaparecer.

—Mierda —dije en voz baja para mis adentros, y me incliné velozmente para escuchar, con la mano posada sobre el pecho de la niña.

No estaba muerta —apenas podía sentir el latido de su corazón—, pero le faltaba poco. Si estaba demasiado afectada como para chupar o beber, no podría hacer nada para salvarla.

Al mismo tiempo que ese pensamiento me cruzaba por la cabeza, me levanté y recorrió la cabaña con la mirada. Nada de agua; había una calabaza ahuecada, caída junto a la cama, vacía. ¿Cuánto tiempo llevarían así, sin nada que beber?

—Bree —dije con expresión urgente—. Ve a buscar agua... rápido.

Ella había depositado a la otra niña en el suelo, y estaba limpiándole la mugre del cuerpo; pero levantó la mirada y al ver mi cara dejó caer el trapo que estaba usando y se incorporó de inmediato. Cogió la tetera que puse en sus manos y se esfumó; oí sus pisadas que corrían por el jardín.

Las moscas estaban posándose en la cara de Hortense; agité el pañuelo para espantarlas. La tela le rozó la nariz pero sus alicaídos rasgos apenas se movieron. Respiraba; vi que su vientre, distendido por el gas, se movía ligeramente.

¿Dónde estaba Padraic? Cazando, tal vez.

Capté un olorcillo debajo del abrumador hedor de los intestinos vaciados y me incliné en esa dirección, olfateando. Era un aroma dulce, punzante y fermentado, como de manzanas podridas. Puse una mano debajo del hombro de Hortense y tiré de ella, haciéndola girar hacia mí. Había una botella, vacía, bajo su cuerpo. Olerla una vez bastó para darme cuenta de su contenido.

—Mierda, mierda, mierda —dije entre dientes.

Desesperadamente enferma y sin agua a mano, había bebido aguardiente de manzana, ya fuera para aplacar la sed o para aliviar el dolor de los calambres. Era lógico, salvo por que el alcohol era un diurético. Extraería todavía más agua de un cuerpo que ya estaba gravemente deshidratado, por no mencionar el hecho de que irritaría todavía más el tracto intestinal, lo que sería muy contraproducente.

Maldición, ¿se lo habría dado a las niñas también?

Me agaché junto a la mayor. Estaba floja como una muñeca de trapo, con la cabeza caída sobre los hombros, pero tenía todavía un poco de firmeza en la piel. Le pellizqué la mano; la piel mantuvo la elevación, pero regresó a su forma

normal más rápido que la del bebé.

Sus ojos se abrieron cuando le pellizqué la mano. Buena señal. Le sonrei y espanté las moscas que se apiñaban sobre su boca semiabierta. Las membranas suaves y rosadas estaban secas y tenían un aspecto pegajoso.

—Hola, querida —dije en voz baja—. No te preocupes. Estoy aquí contigo. Maldita sea, ¡si tan sólo hubiese llegado un día antes!

Oí los pasos acelerados de Bree y la recibí en la puerta.

—Necesito... —comencé a decir, pero ella me interrumpió.

—¡El señor MacNeill está en el bosque! —exclamó—. Lo encontré de camino a la fuente. Él...

La tetera en sus manos seguía vacía. La cogí con un grito de desesperación.

—¡Aqua! ¡Necesito agua!

—Pero yo... El señor MacNeill, él...

Le encajé el recipiente en las manos y la empujé.

—Yo lo encontraré —dije—. ¡Trae agua! ¡Dásela a ellas... al bebé primero! Haz que Lizzie te ayude... ¡Las hogueras pueden esperar! ¡Corre!

Primero oí las moscas, un zumbido que hizo que mi piel se estremeciera de asco. Al aire libre, lo habían encontrado rápidamente, atraídas por el olor. Cogí una veloz bocanada de aire y me abalancé a través de los arbustos hasta donde yacía Padraig, derrumbado en la hierba bajo un sicómoro.

No estaba muerto. Me di cuenta de ello de inmediato; las moscas formaban una nube, no una manta; revoloteaban, aterrizaban y volvían a cobrar vuelo cuando él se movía.

Estaba acurrucado en el suelo, vestido sólo con una camisa y con una jarra de agua cerca de la cabeza. Me arrodillé a su lado, examinándolo al tiempo que lo tocaba. Tenía la camisa y las piernas manchadas, como también la hierba sobre la que yacía. El excremento era muy líquido —la mayor parte ya se había absorbido en la tierra—, pero había algunos fragmentos de materia sólida. Así pues, la enfermedad lo había atacado más tarde que a Hortense y a las niñas; no hacía mucho tiempo que tenía retortijones, de lo contrario, la mayor parte sería agua teñida de sangre.

—¿Padraig?

—Señora Claire, gracias a Dios, ha venido. —Su voz era tan ronca que apenas pude distinguir las palabras—. Mis niñas. ¿Están a salvo?

Se levantó apoyándose en un codo, estremeciéndose, y sus grises cabellos se pegaron a las mejillas por el sudor. Sus ojos se abrieron de golpe, tratando de verme, pero estaban tan hinchados que se habían convertido en mínimas ranuras, por las picaduras de los tábanos.

—Están conmigo. —Posé una mano sobre él—. Túmbese, Padraig. Espere un momento mientras las atiendo, luego volveré a verlo. —Estaba muy enfermo, pero no corría un peligro inmediato; las niñas, sí.

—No se preocupe por mí —murmuró Padraic—. No... se preocupe... —Se balanceó, espantó las moscas que trepaban por su cara y su pecho, luego gruñó cuando un retortijón le atacó el vientre y se dobló como si una mano enorme lo hubiera cogido en un puño.

Yo ya estaba corriendo de regreso hacia la casa. Había salpicaduras de agua en el polvo del camino; bien, Brianna había pasado por allí de prisa. ¿Disentería amébica? ¿Alimentos en mal estado? ¿Fiebre tifoidea? ¿Tifus? ¿Cólera? Todas esas enfermedades, junto a muchas más, eran conocidas en esta época bajo el nombre común de «flujo de sangre», y por razones obvias.

El peligro inmediato de todas las enfermedades diarreicas era una simple deshidratación. En el intento de expulsar cualquier invasor microbiano que estuviera irritando las entrañas, el tracto intestinal se limitaba a purgarse reiteradamente, agotando el agua del cuerpo necesaria para la circulación de la sangre, para eliminar los desechos, para enfriar el cuerpo mediante el sudor, para mantener el cerebro y las membranas: el agua necesaria para mantener la vida.

Si se podía mantener al paciente suficientemente hidratado mediante infusiones salinas y glucosa intravenosa, entonces era muy probable que los intestinos se sanaran y el paciente se recuperara. Sin intervenciones intravenosas, la única posibilidad era administrar fluidos a través de la boca o el recto, lo más rápido y constantemente posible, durante el tiempo que fuera necesario. Si era posible.

Si el paciente no podía retener ni siquiera agua... No me parecía que los MacNeill estuviesen vomitando; no recordaba ese olor en particular entre los de la cabaña. Entonces, tal vez no fuera cólera; eso era un alivio.

Brianna estaba sentada en el suelo junto a la niña de más edad, con su cabecita en el regazo, apretando una taza contra su boca. Lizzie estaba arrodillada junto a la chimenea, con la cara roja por el esfuerzo mientras avivaba el fuego. Las moscas se posaban en el cuerpo inmóvil de la mujer sobre la cama, y Marsali se puso en cuclillas, cogiendo la floja silueta del bebé sobre sus piernas, tratando frenéticamente de hacerla beber.

El agua derramada caía en franjas por su falda. Vi que la diminuta cabecita se balanceaba hacia atrás sobre sus piernas, mientras el agua chorreaba sobre una mejilla espantosamente achatada.

—No puede —decía Marsali, una y otra vez—. ¡No puede, no puede!

Metí el índice en la boca del bebé, tanteando el paladar para generar arcadas. Allí estaba; el bebé se atragantó con el agua y jadeó, y sentí que la lengua se cerraba con fuerza en torno a mi dedo durante un instante.

Estaba chupando. Era un bebé y todavía tomaba el pecho, y chupar es el primero de los instintos de supervivencia. Giré para mirar a la mujer, pero un vistazo de sus pechos chatos y sus pezones hundidos fue suficiente; aun así, cogí

un pecho y presioné con los dedos alrededor del pezón. Otra vez, otra vez... No, no apareció ninguna gota de leche en los pezones amarrados, y yo notaba el tejido del pecho flojo en mi mano. Ni agua ni leche.

Marsali, comprendiendo lo que yo quería hacer, cogió el cuello de su blusa y se lo arrancó, para luego llevarse a la niña a su propio pecho desnudo. Las diminutas piernas colgaban flojas contra su vestido, con los deditos amoratados y curvados como pétalos marchitos.

Empujé hacia atrás la cara de Hortense y dejé caer agua en su boca abierta. De reojo, vi a Marsali apretar rítmicamente su pecho con una mano, en un masaje urgente para facilitar la salida de la leche, al mismo tiempo que mis propios dedos se movían, como un reflejo de ese movimiento, masajeando la garganta de la mujer inconsciente, urgiéndola a tragar.

Tenía la piel reluciente de sudor, pero la mayor parte era mío. Corrían gotas de transpiración por mi espalda y me hacían cosquillas entre las nalgas. Senti mi propio olor, un aroma extraño y metálico, como el del cobre caliente.

La garganta se movió en un repentino espasmo y aparté la mano. Hortense se ahogó y tosió, luego su cabeza cayó a un lado y su estómago se levantó, devolviendo sus magros contenidos con la fuerza de un cohete. Le enjugué los restos de vómito de los labios y volví a llevarle la taza a la boca. Sus labios no se movieron; el agua le llenó la boca y le chorreó por la cara y el cuello.

Entre los zumbidos de las moscas, oí la voz de Lizzie a mis espaldas.

—¿Puede dejar de maldecir, señora? Las pequeñas pueden oírla.

Me volví de repente y sólo en ese momento me di cuenta de que había estado repitiendo «¡Mierda, mierda, mierda!» en voz alta, una y otra vez.

—Sí —dije—. Lo siento —y me volví hacia Hortense.

Cada tanto lograba hacer pasar un poco de agua, pero no lo bastante. Claro que no era bastante, teniendo en cuenta que sus intestinos seguían tratando de librarse de lo que fuera que los molestaba. Flujo de sangre.

Lizzie rezaba.

—Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...

Brianna murmuraba algo entre dientes, apremiantes sonidos de aliento maternal.

—Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús...

Con el pulgar, examiné el pulso de la arteria carótida. Senti que golpeaba, se saltaba un latido, y seguía, entrecortado y arrastrándose como una carreta a la que le falta una rueda. El corazón comenzaba a fallarle y a entrar en arritmia.

—Santa María, madre de Dios...

Golpeé el puño con fuerza en el centro de su pecho, y una vez más, y otra, con tanta violencia que la cama y el cuerpo pálido y despatarrado temblaron bajo los golpes. Las moscas, alarmadas, emprendieron el vuelo, apartándose de la paja empapada, zumbando.

—Oh, no —exclamó Marsali en voz baja detrás de mí—. Oh, no, no, por favor. —Yo ya había oido antes ese tono de incredulidad, de protesta y de ruego denegado... y sabía lo que había ocurrido.

—Ruega por nosotros, pecadores...

Como si ella también lo hubiera oido, de pronto Hortense giró la cabeza hacia un lado y sus ojos se abrieron de golpe, contemplando el lugar donde se encontraba Marsali, aunque a mí me parecía que no podía ver nada. Luego sus ojos se cerraron y ella se dobló repentinamente, hacia un lado, con las rodillas dobladas casi a la altura del mentón. Su cabeza se echó hacia atrás, el cuerpo se cerró en un espasmo rígido, y de pronto se relajó. No quería que su hija se marchara sola. Flujo de sangre.

—Ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Dios te salve, María, llena eres de gracia...

La suave voz de Lizzie continuó recitando mecánicamente. Cogí la muñeca de Hortense, buscando el pulso, pero era una mera formalidad. Marsali se acurrucó sobre el cuerpecillo, apenada, balanceándolo contra su pecho. La leche goteaba del pezón hinchado, primero lentamente, luego más de prisa, cayendo como una lluvia blanca sobre la cara pequeña e inmóvil.

El aire seguía sofocante, denso con los hedores y las moscas, y el sonido de las plegarias de Lizzie.

Se oyó un ruido de movimiento fuera; el sonido de algo que era arrastrado, un gruñido de dolor y un esfuerzo terrible. Luego el suave sonido de algo que cae, un jadeo en busca de aliento. Padraic había logrado regresar a su propio umbral. Brianna miró la puerta, pero seguía sosteniendo a la hermana mayor en sus brazos, todavía viva.

Solté la mano floja que sostenía y fui a ayudarla.

Una fétida pestilencia

Los días eran cada vez más cortos, pero la luz seguía apareciendo temprano. Las ventanas del frente de la casa daban al este, y el sol naciente resplandecía sobre el pulido roble blanco del suelo de mi consulta. Yo veía la brillante franja de luz avanzando a través de las tablas talladas a mano; si hubiera dispuesto de un cronómetro de verdad, podría haber calibrado el suelo como un reloj de sol, marcando los minutos en las grietas que había entre las tablas.

Pero, en los hechos, los marcaba en latidos, esperando, momento a momento, que el sol llegara a la encimera, donde mi microscopio estaba listo, con los portaobjetos y el vaso de precipitados a un lado.

Oí unas suaves pisadas en el pasillo, y Jamie abrió la puerta empujándola con el hombro. Traía una jarra de peltre con algo caliente en cada mano, que llevaba cubiertas con paños para protegerlas del calor.

—*Ciammar a tha thu, mo chridhe* —dijo en voz baja, y me entregó una de las jarras, rozándose la frente con un beso—. ¿Cómo va todo?

—Podría ir peor. —Le dediqué una sonrisa de gratitud.

Padraig y su hija mayor habían sobrevivido. De hecho, si no se producían complicaciones, yo creía que ambos se recuperarían; había pasado toda la noche junto a ellos, despertándolos a cada hora para que bebieran un mejunje hecho de agua endulzada con miel, mezclada con un poco de sal, alternado con una fuerte infusión de hojas de menta y corteza de cornejo para calmar los intestinos.

Levanté la jarra —té de los jesuitas— y cerré los ojos al inhalar ese perfume suave y amargo, al tiempo que sentía que los rígidos músculos de la nuca y los hombros se me relajaban anticipadamente.

Él me había visto girar la cabeza para relajar el cuello; su mano cayó sobre mi nuca, grande y maravillosamente cálida.

—¿No deberías estar en la cama, Sassenach? No habrás dormido nada en toda la noche.

—Oh, sí he dormido... Un poco.

Había dormitado a intervalos irregulares, sentada junto a la ventana abierta, despertada periódicamente por las polillas que entraban atraídas por la luz de mi vela. La señora Bug había venido al alba lista para ocuparse de atender a los enfermos.

—Iré a acostarme dentro de un momento —prometí—. Pero antes quería echar un vistazo. —Hice un vago gesto en dirección a mi microscopio, que ya estaba listo sobre la mesa. A su lado había varios frascos pequeños, cerrados con

un paño retorcido, y cada uno de ellos contenía un líquido amorronado. Jamie los miró frunciendo el ceño.

—¿Un vistazo? ¿A qué? —Alzó su larga y recta nariz y olfateó con expresión de sospecha—. ¿Es mierda?

—Sí, en efecto —dijo, sin molestar me reprimir un enorme bostezo.

Había recolectado muestras —lo más discretamente posible— de Hortense y el bebé y, más tarde, también de mis pacientes vivos. Jamie examinó los frascos.

—¿Exactamente qué es lo que estás buscando? —preguntó con cautela.

—Bueno, no lo sé —admitió—. Y, de hecho, tal vez no encuentre nada... o nada que pueda reconocer. Pero es posible que fuera una ameba o un bacilo lo que afectó a los MacNeill, y creo que sí reconocería una ameba; son bastante grandes. En términos relativos —me apresuré a añadir.

—Oh, ¿sí? ¿Por qué?

—Bueno, en parte por curiosidad —respondí—. Pero también, si encuentro un organismo causante que pueda reconocer, sabré un poco más sobre la enfermedad... Cuánto dura, por ejemplo, y si pueden producirse complicaciones que haya que tener en cuenta. Y cómo es de contagiosa.

—¿Tú podrías contagiarte?

—No lo sé —dijo—. Aunque es bastante posible. Estoy vacunada contra el tifus y la tifoidea, pero esto no se parece a ninguna de las dos. Y no hay vacunas para la disentería o la giardiasis.

Jamie sorbió su té con el entrecejo fruncido. Con los dedos, me dio un apretón final en el cuello y los apartó.

Yo di unos cautelosos sorbos a mi propio té, suspirando de placer. Jamie estaba repantigado en su banco, con sus largas piernas estiradas. Observó la taza humeante que tenía entre las manos.

—¿Crees que este té está caliente, Sassenach? —preguntó.

Yo misma enarqué las cejas ante su pregunta. Las dos jarras seguían envueltas con paños, y podía sentir el calor que se filtraba hasta mis palmas.

—Sí —dijo—. ¿Por qué?

Brianna entró en la cocina mientras yo estaba calentando el agua en la tetera —dijo—. Bajó el cuenco, y el pan de jabón, y luego sacó un cucharón de agua humeante de la tetera y se lo echó en las manos, primero en una y luego en la otra. —Hizo una pausa durante un momento—. El agua estaba hirviendo hace un instante, cuando la saqué del fuego.

El sorbo de té que yo había tragado me cayó mal y me hizo toser.

—¿Se quemó? —pregunté, cuando recuperé el aliento.

—En efecto —dijo él, en tono lúgubre—. Se frotó las manos desde la punta de los dedos hasta los codos y vi que se le formaba una ampolla en el costado de la mano, donde había caído el agua. —Hizo otra pausa y sus ojos se encontraron con los míos por encima de las jarras, azules y oscuros de preocupación.

Di otro sorbo a mi té sin miel. Hacía bastante frío en la habitación, puesto que acababa de amanecer, y mi aliento caliente formó minúsculas volutas de vapor cuando suspiré.

—El bebé de Padraic murió en manos de Marsali —dije en voz baja—. Ella sostuvo a la otra niña. Sabe que es contagioso. —Y, como lo sabía, no podía tocar ni coger a su propio hijo sin hacer todo lo posible por lavarse el miedo.

Jamie se movió, incómodo.

—Sí —comenzó a decir—. De todas formas...

—Es distinto —repliqué, y le puse una mano en la muñeca, tanto para reconfortarme a mí misma como para su propia tranquilidad.

La transitoria frescura del aire matinal me tocó la cara y la mente por igual, disipando la cálida maraña de los sueños. La hierba y los árboles seguían iluminados por el frío resplandor del alba, lleno de sombras azules y misterio, y Jamie parecía un punto sólido de referencia, fijo en la luz cambiante.

—Distinto —repetí—. Para ella, quiero decir. Yo nací a finales de una guerra... La llamaban la Gran Guerra porque el mundo jamás había visto algo así. Ya te he hablado de ello. —En mi voz había un ligero tono de interrogación, y él asintió—. El año después de que nací —continué— hubo una gran epidemia de gripe. En todo el mundo. La gente moría a cientos, a miles; aldeas enteras desaparecían en el transcurso de una semana. Y luego vino la otra, mi guerra.

—Y ella jamás ha visto la peste de la guerra —dijo él, empezando a entender—. ¿Jamás?

Hadía algo raro en su voz. Era casi incomprendible para un hombre que había nacido guerrero, que había sido criado para luchar tan pronto pudo levantar una espada; que se había hecho a la idea de que él debía —de que él querría— defenderse a sí mismo y a su familia mediante la violencia. Un concepto incomprendible... pero maravilloso en realidad.

—Sólo en imágenes. Es decir, en películas. En la televisión.

Eso él jamás lo entendería, y yo no podría explicárselo. La manera en que esas imágenes enfocaban la guerra misma; bombas, aviones, submarinos, y la emocionante urgencia de la sangre derramada con un propósito; el sentido de nobleza en la muerte deliberada.

Él sabía cómo eran en realidad los campos de batalla; los campos de batalla y lo que venía después.

—Los hombres que combatieron en esas guerras, y las mujeres, no murieron por las matanzas, en su mayoría. Murieron así... —Señalé con un movimiento de la jarra la ventana abierta, en dirección a las pacíficas montañas, a la lejana hondonada donde se ocultaba la cabaña de Padraic MacNeill—. Murieron de enfermedad y abandono, porque no había cómo pararlo.

—Yo lo he visto —dijo él en voz baja, con una mirada a los frascos cerrados—. La peste y el paludismo galopantes en una ciudad; medio regimiento muerto

por la diarrea.

—Claro que lo has visto.

Unas mariposas volaban entre las flores del jardín, blancas como coles y amarillas como el sulfuro. Yo tenía el pulgar sobre mi muñeca, sintiendo su latido, lento y poderoso.

—Brianna nació siete años después de que la penicilina pasó a ser de uso habitual. Nació en América... no ésta —añadí, volviendo a señalar la ventana abierta con un gesto—, sino aquélla, la que será. Allí no es habitual que mucha gente muera de enfermedades contagiosas.

Lo miré. La luz ya había llegado a la altura de su cintura y se reflejaba en la jarra metálica que tenía en la mano.

—¿Recuerdas la primera persona de la que supiste que había muerto?

La sorpresa despojó de expresión su rostro, cuyas facciones se agudizaron un momento después, mientras pensaba.

—Mi hermano fue el primero importante, pero supe de otros antes, seguramente.

—Yo tampoco puedo recordarlo.

Mis padres, desde luego; sus muertes habían sido personales... Pero al haber nacido en Inglaterra, yo había vivido a la sombra de cenotafios y mausoleos, y la gente que estaba apenas más allá del círculo de mi familia se moría con regularidad; de pronto me sobrevino el nítido recuerdo de mi padre poniéndose un sombrero de fieltro y un abrigo oscuro para asistir al funeral de la esposa del panadero. Briggs, se llamaba la señora. Pero no había sido la primera; yo ya sabía sobre muerte y funerales. ¿Cuántos años tendría en aquel entonces? ¿Cuatro, tal vez?

Estaba muy cansada. Sentía los ojos irritados por falta de sueño, y la delicada luz del amanecer estaba convirtiéndose en un sol pleno.

—Creo que la muerte de Frank fue la primera que Brianna experimentó personalmente. Tal vez hubo otras, no estoy segura. Pero la cuestión es...

—Entiendo cuál es la cuestión. Pero no es por ella por quien teme, ¿verdad? —preguntó con mirada penetrante—. Es el niño.

—Es una buena madre —dije, y bostecé de pronto. Si lo era. Pero jamás habría percibido de una manera visceral que algo tan insignificante como un germe podía, de pronto, quitarle a su hijo. Hasta ayer.

Jamie se puso en pie de repente y me hizo levantarme.

—Vete a la cama, Sassenach —dijo—. Eso puede esperar. —Señaló el microscopio con un gesto—. Jamás habría imaginado que la mierda se echara a perder si se la conservaba.

Me eché a reír y me derrumbé lentamente contra su cuerpo, apoyando la mejilla en su pecho.

—Tal vez tengas razón. —De todas formas, no me aparté. Él me sostuvo a su

lado y vimos cómo subía la luz del sol, arrastrándose lentamente por la pared.

Ameba

Giré el espejo del microscopio una fracción de centímetro más para recibir la mayor cantidad de luz posible.

—Mira. —Me eché hacia atrás y le hice un gesto a Malva para que se acercara—. ¿Lo ves? ¿Esa cosa grande y clara en el medio, con una cola y unas manchitas?

Ella frunció el ceño, metió un ojo entornado en el visor, luego cogió aire, y dejó escapar un gemido triunfal.

—¡Lo veo claramente! Como un pastel de uvas pasas que alguien hubiera dejado caer al suelo, ¿no?

—En efecto —dije—. Es una ameba... una de las especies más grandes de microorganismos. Y estoy casi segura de que es la culpable.

Estábamos mirando portaobjetos con las muestras de excrementos que les había extraído a todos los enfermos hasta el momento, puesto que la familia de Padraic no era la única afectada. Se trataba de tres familias en las que había al menos una persona enferma, y en todas las muestras que había examinado hasta entonces había visto esa desconocida ameba.

—¿En serio? ¿Cómo es posible que algo tan pequeño cause semejante *stramash* en algo tan grande como una persona?

—Bueno, hay una explicación —dije, empapando con suavidad otro portaobjetos en el baño de tintura y poniéndolo a secar—. Pero me llevaría bastante tiempo contártelo; tiene que ver con las células... ¿Recuerdas que te mostré las células del revestimiento de tu boca? Ella asintió, frunciendo el ceño ligeramente.

—Bueno, el cuerpo fabrica toda clase de células diferentes, y hay algunas células especiales cuya tarea consiste en luchar contra las bacterias... esas cositas pequeñas y redondeadas, ¿las recuerdas? —Hice un gesto hacia el portaobjetos que, como era habitual en la materia fecal, tenía grandes cantidades de *Escherichia coli* y similares—. Pero hay millones de clases diferentes, y a veces aparece un microorganismo contra el que esas células especiales no pueden hacer nada. Ya sabes... ¿Recuerdas cuando te enseñé el *plasmodium* en la sangre de Lizzie? —Señalé la ampolla cerrada en la mesa; le había extraído sangre a Lizzie uno o dos días antes, y le había enseñado a Malva los parásitos de la malaria en las células—. Y creo que esta ameba bien puede ser como aquélla.

—Oh, bueno. Entonces les administraremos penicilina a los enfermos, ¿verdad? —El entusiasmo del plural me hizo sonreír.

—No, me temo que la penicilina no es eficaz contra la disentería amébica; así llamamos a un flujo muy grave: disentería. No, me temo que no tenemos elementos, salvo hierbas.

Abrí el armario y recorrió con la mirada las filas de frascos y de montoncitos de hierbas envueltos en gasa, tratando de pensar.

—Ajenjo, para empezar. —Bajé la jarra y se la pasé a Malva, que se había puesto de pie a mi lado, mirando con interés los misterios del armario—. Ajo, que por lo general es útil para las infecciones del tracto digestivo... Pero también es una buena cataplasma para las afecciones de la piel.

—¿Y las cebollas? Cuando era pequeña y me dolía un oído, mi abuela hervía una cebolla y me la ponía en la oreja. Olía fatal, pero ¡funcionaba!

—Mal no va a hacer. Corre a la despensa, pues, y trae... tres grandes, y varios dientes de ajo.

—¡Oh, ahora mismo, señora!

Dejó el ajenjo sobre la mesa y salió corriendo, haciendo ruido con las sandalias. Me volví hacia los anaqueles, tratando de serenar mi propia sensación de urgencia. Me debatía entre el impulso de acompañar a los enfermos y atenderlos y la necesidad de preparar medicinas que pudieran servir de algo. Pero había otras personas que podían encargarse de estar con ellos, y nadie que, como yo, supiera lo suficiente como para tratar de preparar un medicamento antiparasitario.

Ajenjo, ajo... agrimonia. Y genciana. Cualquier cosa con un elevado contenido de cobre o sulfuro... oh, ruibarbo. La temporada de la cosecha ya había pasado, pero yo había logrado reunir una buena cantidad y había preparado varias docenas de frascos con la pulpa hervida y almíbar, como le gustaba a la señora Bug para sus pasteles; además, era una buena fuente de vitamina C para los meses de invierno. Me serviría como una base espléndida para la medicina. Tal vez podría añadirle olmo americano, por sus efectos curativos en el tracto intestinal, aunque lo más probable era que tales efectos fueran tan ligeros que no se notarían en medio de los estragos provocados por un ataque tan virulento.

Comencé a moler ajenjo y agrimonia en mi mortero, preguntándome entretanto de dónde había salido esa maldición. La disentería amébica era, por lo general, una enfermedad de los trópicos, aunque Dios sabía que yo había visto una buena cantidad de peculiares enfermedades tropicales traídas con los esclavos y el comercio de azúcar de las Indias Occidentales.

No era imposible que alguno de los pescadores la hubiese contraído durante su viaje desde la costa y, si bien sería una de las personas afortunadas que sufrían sólo una infección leve, ahora estaría trasladando la ameba en su forma enquistada, en su aparato digestivo, lista para desplegar quistes infectados a troche y moche.

—Por qué esa epidemia tan repentina? La disentería se difundía casi siempre a través de agua o comida contaminada. ¿Qué...?

—Aquí tiene, señora.

Malva había regresado, jadeando por la prisa, con varias cebollas grandes y marrones en la mano, crujientes y relucientes, y una docena de dientes de ajo envueltos en su delantal. Me dispuse a cortarlos en rodajas, y tuve la feliz inspiración de indicarle que las cociera en miel. No sabía si los efectos antibacterianos de la miel podían ser igualmente efectivos contra una ameba, pero tampoco estaba de más intentarlo... y además era posible que hiciera más fácil de tragar la mezcla, que ya estaba convirtiéndose en algo que hacía arder los ojos, entre las cebollas, el ajo y el ruibarbo.

—¡Aj! ¿Qué estáis haciendo aquí? —Levanté la mirada de mi preparado y vi a Brianna en la puerta, con la nariz arrugada por el fuerte olor.

—Oh. Bueno... —Yo ya me había acostumbrado a él, pero, de hecho, el aire de la consulta estaba cargado con el olor de las muestras fecales, al que se habían agregado los vapores que despedían las cebollas. Malva alzó la mirada con los ojos llenos de lágrimas, olfateó y se limpió la nariz con el delantal.

—*Egtamos haciengo medicigas* —le informó a Bree.

—¿Alguien más ha enfermado? —pregunté con nerviosismo, pero ella negó con la cabeza y avanzó hacia la sala.

—No, que yo sepa. Llevé un poco de comida a casa de los McLachlan esta mañana, y me dijeron que sólo los dos pequeños la habían contraído. La señora Coinneach dijo que tuvo diarrea hace dos días, pero nada grave, y que ya se encuentra bien.

—¿Están dándoles agua con miel a los pequeños?

Ella asintió, con una pequeña arruga entre las cejas.

—Los he visto. Parecían bastante enfermos, pero nada comparable a los MacNeill. —Ella también parecía bastante enferma por el recuerdo, pero se lo quitó de encima y se volvió hacia el armario—. ¿Puedo llevarme un poco de ácido sulfúrico, mamá? —Había traído una taza de barro, y al verla me eché a reír.

—La gente normal pide prestada una taza de azúcar —le dije—. Desde luego. Pero ten cuidado; será mejor que lo metas en uno de esos frascos con corcho encerado. No te conviene arriesgarte a tropezar y que se te caiga.

—Claro que no —me aseguró—, pero sólo necesito unas cuantas gotas; voy a diluirlo mucho. Es para hacer papel.

—¿Papel? —Malva parpadeó con los ojos enrojecidos, e inhaló—. ¿Cómo?

—Bueno, exprimes y retuerces bien cualquier cosa fibrosa que puedas conseguir —le explicó Bree—. Pedacitos de papel usado, trapos viejos, pedacitos de cordel o hilo, algunas hojas o flores que sean blandas. Luego dejas la mezcla durante varios días en agua y, si puedes conseguirlo, ácido sulfúrico diluido.

Luego, cuando la mezcla se haya convertido en una especie de pulpa, puedes desplegar una capa fina en un tamiz, quitarle toda el agua, la dejas secar, y, presto!, papel.

Vi que Malva formaba con la boca la palabra «*presto*» para sus adentros y me aparté un poco para que no me viera sonreír. Brianna quitó el corcho del gran frasco de ácido y, con mucho cuidado, vertió algunas gotas en su taza. De inmediato, el fuerte olor del sulfuro se elevó como un demonio entre la fetidez de las heces y las cebollas.

Malva se puso rígida, con los ojos todavía llorosos pero bien abiertos.

—¿Qué es eso? —dijo.

—Ácido sulfúrico —respondió Bree, mirándola con curiosidad.

—Vitriolo —la corregí—. ¿Alguna vez lo habías visto... eh... oido antes?

Ella asintió, puso las rodajas de cebolla en una olla, y luego, con mucho cuidado, le colocó la tapa.

—Sí, en electo. —Se acercó a mirar el frasco de cristal verde, mientras se enjugaba los ojos—. Mi madre... murió cuando yo era pequeña... tenía un poco. Recuerdo el olor, y que me dijo que jamás debía tocarlo. La gente lo llamaba azufre: un olorcillo a azufre.

—¡En serio? Me pregunto para qué lo usaría.

Me lo preguntaba realmente, y con cierta inquietud. Un alquimista o un boticario podrían tener ese material; pero la única razón que conocía por la que un ciudadano de a pie podría guardar algo así era como medio de agresión: para tirárselo a alguien.

Pero Malva sólo negó con la cabeza, se volvió y se dedicó a las cebollas y el ajo. Yo, sin embargo, había podido ver la expresión de su cara; una extraña mirada de hostilidad y anhelo que hizo sonar una campanilla de alarma.

Anhelo por una madre muerta hacia mucho... y la furia de una niña pequeña, abandonada. Desconcertada y sola.

—¿Qué? —Brianna estaba observándome—. ¿Qué ocurre?

—Nada —dije, y posé mi mano sobre su brazo, sólo para sentir la fuerza y la alegría de su presencia, los años de su crecimiento—. Nada de nada.

Estaba terriblemente cansada de los funerales. Éste era el tercero en tres días. Habíamos enterrado a Hortense y a la pequeña juntas, luego a la anciana señora Ogilvie. Luego a otro niño, uno de los mellizos de la señora MacAfee. El otro mellizo, un varoncito, estaba de pie junto a la tumba de su hermana, con una impresión tan profunda que él mismo parecía un fantasma ambulante, aunque la enfermedad no lo había afectado.

Se nos hizo más tarde de lo que pensábamos y la noche caía a nuestro alrededor. Todo el oro de las hojas de otoño se había convertido en ceniza, y una bruma blanca se arremolinaba entre los troncos oscuros y mojados de los pinos.

Era casi imposible imaginar una escena más desolada, y sin embargo era, en cierta manera, más adecuada que el sol resplandeciente y la fresca brisa que había soplado cuando enterramos a Hortense y a la pequeña Angélica.

—« El señor es mi pastor. Él me guiará... » . —La voz de Roger se quebró dolorosamente pero nadie pareció notarlo.

Él hizo un esfuerzo, tragando saliva, y prosiguió con tenacidad. Tenía la pequeña Biblia verde en las manos, pero no la miraba; hablaba de memoria, y sus ojos iban del señor MacDuff, de pie, solo, puesto que su esposa y su hija estaban enfermas, al niño que estaba a su lado... un niñito de la edad aproximada de Jemmy.

—« Aunque... aunque camine por el valle de la muerte, no temeré... no temeré ningún mal... » .

Busqué a Bree; estaba un poco más atrás de los deudos, con Jem semioculto en los pliegues de su oscura capa. Tenía la capucha baja pero su cara era visible, pálida en el ocaso. Nuestra Señora de las Penas.

Hasta el abrigo rojo del mayor MacDonald parecía apagado, gris carbón en los últimos vestigios de luz. Había llegado a la tarde, y había ayudado a transportar el pequeño ataúd; ahora estaba de pie, con el sombrero bajo el brazo en un gesto sombrío, la cabeza con la peluca inclinada, el rostro invisible. Él también era padre... tenía una hija, que se había quedado en Escocia con su madre.

Me balanceé un poco y sentí la mano de Jamie bajo el codo. Casi no había dormido nada en los últimos tres días, y había comido muy poco. Pero no me sentía ni hambrienta ni cansada; más bien distante e irreal, como si el viento me atravesara.

El padre lanzó un estremecedor grito de pesar y cayó sobre el montículo de tierra levantado de la tumba. Sentí que los músculos de Jamie se contraían en una compasión instintiva hacia él y me aparté un poco, murmurando: « Ve » .

Lo vi acercarse velozmente al señor MacAfee, agacharse para susurrarle algo, ponerle un brazo en el hombro. Roger había dejado de hablar.

Mis pensamientos no me obedecían. Por mucho que tratara de fijarlos en el rito, se desviaban. Me dolían los brazos; había molido hierbas, alzado pacientes, trasladado agua... Me sentía como si estuviera haciendo todas esas cosas una y otra vez, podía sentir los reiterados golpes del mortero, el peso de los cuerpos desmayados. Veía en un recuerdo nítido los portaobjetos con entamebas, unos avariciosos seudópodos que fluián con apetito en cámara lenta. Agua, oí agua que corría; las entamebas vivían en el agua, aunque sólo eran contagiosas en su forma quística. Se propagaba por medio del agua. Entonces lo vi claro.

De pronto estaba tumbada en el cielo, sin recordar haberme caído, sin recordar haber estado de pie, con el fuerte olor de una tierra nueva y húmeda y madera también fresca y húmeda en la nariz, y una vaga idea de gusanos. Hubo

movimientos de agitación frente a mis ojos; la pequeña Biblia verde había caído y yacia en la tierra delante de mi cara, el viento hacia girar sus páginas, una tras otra, en un juego fantasmal de *sortes Virgilianae*... ¿En qué página se detendría?, me pregunté.

Había manos y voces pero no pude prestarles atención. Una gran ameba flotaba majestuosa en la oscuridad, ante mí, seudópodos que fluían muy lentamente, dándome la bienvenida en su abrazo.

El momento de la decisión

La fiebre retumbó en mi mente como una tormenta eléctrica, latigazos de dolor restallaban por todo mi cuerpo, bajo la forma de relámpagos que resplandecían durante un vivido instante a lo largo de algún nervio o plexo, iluminando las ocultas hondonadas de mis articulaciones, ardiente por toda la extensión de los tejidos de los músculos.

Casi nunca sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados; tampoco si estaba despierta o dormida. No veía nada salvo un gris ondulado, turbulento y plagado de manchas rojas. Me concentré en una veta carmesí y seguí el camino que marcaba, aterrándome al rastro de su sombrío resplandor entre los golpes de los truenos. Estos truenos se hicieron más fuertes a medida que penetraba cada vez más hondo en las tinieblas que bullían a mí alrededor, y se hicieron cada vez más espantosamente regulares, como el batir de un timbal, hasta que su sonido retumbó en mis oídos y sentí que yo misma era una piel hueca y tensa, que vibraba con cada uno de esos golpes.

La fuente de ese sonido estaba de pronto delante de mí, palpitando con tanta fuerza que sentí el impulso de gritar, aunque sólo fuera para oír otro sonido; pero aunque sentí que mis labios se echaban hacia atrás y la garganta se me hinchaba con el esfuerzo, no oí nada más que los golpes. Desesperada, extendí las manos a través del gris brumoso y cogí un objeto cálido y húmedo, resbaladizo, que palpitaba y se agitaba.

Bajé la mirada y supe de inmediato que se trataba de mi propio corazón.

Lo dejé caer, horrorizada, y éste se arrastró dejando un rastro de baba rojiza, estremeciéndose por el esfuerzo, con sus válvulas abriéndose y cerrándose con un chasquido hueco, un ruido sordo, pequeño y carnoso.

A veces aparecían rostros entre las nubes. Algunos parecían familiares, aunque no sabía sus nombres. Otros pertenecían a desconocidos, que me miraban con curiosidad o indiferencia; luego se marchaban.

Los otros, los que conocía, tenían expresiones de compasión o preocupación; buscaban mis ojos con los suyos, pero mi mirada siempre se apartaba, incapaz de quedarse quieta. Sus labios se movían, y yo sabía que me hablaban, pero no oía nada; sus palabras permanecían ahogadas por los mudos truenos de mi tormenta.

Me sentía bastante extraña pero, por primera vez en incontables días, no enferma. Tenía los ojos despejados, podía ver la madera rústica de las vigas del

techo.

De hecho, veía la madera con tanta nitidez que quedé maravillada por su belleza. Las curvas y las volutas de las pulidas vetas parecían estáticas y, a la vez, vivas y elegantes; sus colores brillaban con el humo y la esencia de la tierra, de modo que pude ver cómo la viga había sido transformada y sin embargo conservaba el espíritu del árbol.

Estaba tan embelesada que extendí la mano para tocarla, y lo hice. Mis dedos rozaron la madera con deleite por la fría superficie y los surcos dejados por el hacha, con forma de alas, y regulares como una bandada de gansos a lo largo de la viga. Podía oír el batir de unas poderosas alas y, al mismo tiempo, sentir la flexión y el balanceo de mis hombros, la vibración de alegría en los antebrazos cuando el hacha caía sobre la madera. Mientras exploraba esa fascinante sensación, se me ocurrió, vagamente, que la viga estaba a dos metros y medio del suelo.

Me volví y comprobé que estaba en la cama, abajo.

Estaba acostada boca arriba, con los edredones revueltos y apartados, como si en algún momento hubiese intentado quitármelos de encima pero no hubiera tenido la fuerza para hacerlo. El aire en la habitación estaba extrañamente quieto, y los parches de colores de la tela resplandecían a través de él como joyas en el fondo del mar, vistosos pero apagados.

En contraste, mi piel tenía el color de las perlas, pálida, sin sangre, y brillante. Y en ese momento me di cuenta de que eso se debía a que estaba tan delgada que la piel de la cara y de los miembros se apretaba con fuerza contra los huesos, y el resplandor de los huesos y los cartílagos debajo de la piel era lo que le daba ese brillo a mi cara, una dureza lisa que relucía a través de la piel transparente.

¡Y qué huesos! Quedé extasiada por sus maravillosas formas. Mis ojos siguieron la delicadeza de las curvas costillas, la belleza desgarradora del cincelado cráneo, con una sensación de asombro y admiración.

Tenía el pelo revuelto, apelmazado y enmarañado... y sin embargo me atraía, sentí el impulso de recorrerlo con los ojos y... ¿los dedos? No era consciente de haber hecho movimiento alguno, y sin embargo sentía la suavidad de las hebras, la fresca sedosidad marrón y la fibrosa vibración de la plata, oía los cabellos tintinear suavemente uno al lado del otro, con una cascada de notas como las de una arpa.

«Dios mío —dije, y oí las palabras, aunque ningún sonido agitó el aire—, ¡eres tan hermosa!».

Tenía los ojos abiertos. Miré profundamente y me encontré con una mirada ámbar y dorada. Los ojos me atravesaron y llegaron a algo que estaba mucho más allá; pero, al mismo tiempo, me veían. Percibí que las pupilas se dilataban ligeramente y sentí que la calidez de su oscuridad me abrazaba con reconocimiento y aceptación. «Sí —decían esos ojos conocedores—, te conozco.

Vámonos». De inmediato experimenté una paz muy profunda, y el aire que me rodeaba se agitó, como viento a través de unas plumas.

Entonces un sonido me hizo volverme hacia la ventana y vi al hombre que estaba allí. No sabía su nombre, y sin embargo lo amaba. Él estaba de espaldas a la cama, con los brazos sobre el alféizar y la cabeza hundida en el pecho, de modo que el amanecer proyectaba un rojo resplandor en sus cabellos y marcaba la línea de sus brazos con oro. Un espasmo de pena lo atravesó; lo sentí, como los temblores de un terremoto distante.

Alguien se movió cerca de él. Una mujer de cabello oscuro, una niña. Se acercó, le tocó la espalda y le murmuró algo. Vi la forma en que lo miraba, la tierna inclinación de su cabeza, la intimidad de su cuerpo balanceándose hacia él.

«No —pensé con gran serenidad—. Eso no está bien».

Me miré a mí misma una vez más, tumbada en la cama, y con un sentimiento que era a la vez una decisión firme y un arrepentimiento incalculable, volví a coger aliento.

Yo soy la resurrección. Segunda parte

Seguía durmiendo muchas horas y apenas me despertaba para comer. Pero los sueños de la fiebre ya habían desaparecido, y dormir era como hundirmse en un lago de aguas negras y profundas, como un pez.

A veces flotaba justo debajo de la superficie, consciente de la gente y las cosas en el mundo de los que respiraban, pero incapaz de unirme a ellos. Había voces que hablaban cerca de mí, amortiguadas e ininteligibles. Cada tanto alguna frase penetraba en el claro líquido que me rodeaba y flotaba hasta mi cabeza, donde se aferraba como una diminuta medusa, que pulsaba con algún significado interior y misterioso, formando con sus palabras una red que oscilaba en el agua.

Cada frase se quedaba un tiempo en mi entorno, y luego se alejaba calladamente, dejando sólo el silencio.

Y entre las pequeñas medusas había espacios de agua clara, algunos llenos de una luz radiante, otros con la oscuridad de la paz más absoluta. Yo flotaba hacia abajo y hacia arriba, al capricho de corrientes desconocidas.

«Doctora, mire. —Burbujas. Algo que se agitaba, una espora latente de conciencia, perturbada por algo carbonatado, rajado y florecido. Luego una punzada, aguda como el metal: “¿Quién me llama?” —. Doctora, mire» .

Abri los ojos.

No fue una gran impresión, puesto que la habitación estaba llena de crepúsculo, una luz quieta, como si estuviera bajo el agua, y no sentí ninguna interrupción.

—« Oh, Jesucristo, mi señor, gran doctor; mira misericordiosamente a ésta, tu sierva; otorga sabiduría y discreción a quienes la cuidan en su enfermedad; bendice todos los medios aplicados en su curación... » .

Las palabras fluían a mi lado en una corriente de susurros, refrescando mi piel. Había un hombre ante mí, con su oscura cabeza inclinada sobre un libro. La luz de la habitación lo abrazaba y él parecía formar parte de ese resplandor.

—Tiéndele la mano —le susurró a las páginas, en una voz ronca y quebradiza — y hágase Tu voluntad; devuélvele la salud y la fuerza, para que ella pueda vivir en alabanza a Ti y a Tu bondad y Tu gracia; para la gloria de Tu santo nombre. Amén.

—¿Roger? —dije, esforzándome por recordar su nombre. Mi voz también estaba ronca, por la falta de uso; hablar era un esfuerzo intolerable.

Sus ojos estaban cerrados en oración; se abrieron de golpe, incrédulos, y me impresionó lo vividos que eran, verdes como serpentina mojada y hojas de

verano.

—¿Claire? —Su voz se quebró como la de un adolescente, y dejó caer el libro.

—No lo sé —dije, sintiendo que la onírica sensación de estar sumergida volvía a tragarme—. ¿Lo soy?

Podía levantar la mano durante uno o dos segundos, pero estaba demasiado débil para levantar la cabeza, mucho menos para sentarme. Roger me ayudó a incorporarme a medias apoyada en una pila de almohadas, me sostuvo la cabeza con la mano para que no se balanceara, al tiempo que acercaba una taza de agua a mis labios resecos. Fue esa extraña sensación de su mano en la piel desnuda de mi cuello lo que dio comienzo a un borroso proceso de concienciación. Luego sentí el calor de esa mano, nítido e inmediato, en la nuca, y salté como un salmón arponeado, lanzando la taza al aire.

—¿Qué? ¿Qué? —barboté, agarrándome la cabeza, sin prestar atención al agua fría que mojaba las sábanas—. ¡QUÉ!?

Roger parecía casi tan impresionado como yo. Tragó saliva.

—Yo... yo... creí que lo sabías —tartamudeó, con la voz quebrada—. ¿No...? Quiero decir... creía que... ¡Mira, volverá a crecer!

Sentí que mi boca se movía, pero no había conexión alguna entre la lengua y el cerebro; no había espacio para ninguna otra cosa salvo para la percepción de que el acostumbrado peso blando y contundente de mi pelo había desaparecido, reemplazado por un vello corto de cerdas.

Te lo cortaron Malva y la señora Bug, anteayer —me explicó, algo atolondrado—. Ellas... nosotros no estábamos, ni Bree ni yo, no se lo habríamos permitido, desde luego que no... pero ellas suponían que era lo que había que hacer cuando alguien tenía una fiebre muy alta; eso es lo que se hace en esta época. Bree estaba furiosa con ellas, pero ellas creían... realmente creyeron que estaban ayudando a salvarte la vida... Oh, Dios mío, Claire, ¡no me mires así, por favor!

Su cara había desaparecido en un estallido de luz, una cortina de agua resplandeciente que había caído de pronto para protegerme de la mirada del mundo.

No fui consciente de estar llorando, para nada. La pena, simplemente, manó de mí, rociando como un odre de vino atravesado por un cuchillo.

—¡Iré a buscar a Jamie! —graznó.

—¡No! —Lo cogí de la manga—. ¡Por Dios, no! ¡No quiero que me vea así!

Su momentáneo silencio me lo dijo todo, pero yo seguí aterrándole la manga. Parpadeé y el agua se deslizó por mi cara como una corriente sobre una roca, y Roger volvió a flotar en la invisibilidad, con los bordes borrosos.

—Él... eh... te ha visto —dijo hosamente. Bajó la mirada; no quería

encontrarse con mis ojos—. Ya. Es decir... —Hizo un vago gesto con la mano sobre su cabeza—. Ya lo ha visto.

—¿Sí? —Aquellos fueron una impresión casi tan fuerte como el descubrimiento inicial—. ¿Qué... qué dijo?

Respiró hondo y volvió a levantar la mirada.

—No dijó nada —respondió Roger con suavidad, y me posó una mano en el brazo—. Él... sólo lloró.

Yo seguía llorando, también, pero ahora de una manera más ortodoxa, con menos jadeos. La sensación de frío en los huesos había pasado, y sentía los miembros calientes, aunque todavía percibía una brisa fría y desconcertante en el cuero cabelludo. El corazón estaba disminuyendo su ritmo, y tuve la ligera sensación de que me encontraba fuera de mi cuerpo.

¿Una conmoción?, pensé, vagamente sorprendida cuando la palabra se formó en mi mente, gomosa y derretida. Suponía que era posible sufrir un verdadero shock físico como resultado de una herida emocional... desde luego que sí, lo sabía...

—¡Claire! —Fui consciente entonces de que Roger pronunciaba mi nombre con una urgencia cada vez mayor y me sacudía el brazo.

Con un esfuerzo inmenso, hice que mis ojos lo enfocaran. Se lo veía verdaderamente alarmado y me pregunté si había empezado a morirme otra vez. Pero... era demasiado tarde para eso.

—¿Qué?

Él suspiró... de alivio, me pareció.

—Tenías un aspecto extraño, durante un momento. —Tenía la voz rota y ronca; parecía que le doliera hablar—. Pensé que... ¿Quieres más agua?

La sugerencia parecía tan incongruente que casi me eché a reír. Pero sí, tenía una sed terrible y, de pronto, un vaso de agua fría parecía lo más apetecible del mundo.

—Sí.

Las lágrimas siguieron fluyendo por mi cara, pero ahora parecía que casi me aliviaban. No hice ningún intento por detenerlas, sino que me enjuagué el rostro con una esquina de la sábana húmeda.

Comenzaba a darme cuenta de que tal vez no había tomado la decisión más sabia —o, al menos, la más fácil— cuando había escogido no morir. Las cosas fuera de los límites y las preocupaciones de mi propio cuerpo comenzaban a regresar: problemas, dificultades, peligros... pesares. Cosas oscuras, temibles, como un enjambre de murciélagos. No quería mirar muy de cerca las imágenes que yacían en un desordenado montón en el fondo de mi cerebro, cosas que había dejado atrás en mi lucha por mantenerme a flote.

Pero si había regresado, había regresado a ser lo que era, y yo era médico.

—La... enfermedad. —Me enjuagué la última lágrima y dejé que Roger me

cubriera las manos con las suyas, ayudándome a sostener la nueva taza—. ¿Sigue...?

—No.—Habló con suavidad y guió el borde de la taza hasta mis labios. ¿Qué era?, me pregunté vagamente. Agua, pero con algo más... menta y algo más fuerte, más amargo... ¿Angélica?

—Ha parado.—Roger sostuvo la taza, dejándose sorber lentamente—. Nadie ha enfermado en la última semana.

—¿Una semana?—Agitó la taza—. ¿Cuánto tiempo he...?

—Más o menos eso.—Se aclaró la garganta—. Tú fuiste una de las últimas en caer.

Cogí aire y luego bebí un poco más. El líquido tenía, además, un sabor suave y dulce, que flotaba por encima del amargor... miel. Mi mente localizó la palabra y experimenté una sensación de alivio por haber ubicado esa pequeña pieza perdida de realidad.

Me di cuenta por su actitud que algunos de los enfermos habían muerto, pero por el momento no hice más preguntas. Decidir vivir era una cosa; regresar al mundo de los vivos era una lucha para la que hacía falta una energía de la que aún no disponía. Yo había arrancado mis raíces y yacía tumbada como una planta marchita; volver a clavarlas en la tierra todavía estaba más allá del límite de mis fuerzas.

Saber que personas que yo conocía —que quizás había amado— estaban muertas parecía generar un pesar equivalente a la pérdida de mi pelo, y cualquiera de las dos cosas era más de lo que podía soportar.

Bebí dos tazas más de agua endulzada con miel, a pesar de la amargura subyacente; luego me recosté con un suspiro, sintiendo que mi estómago era un globo pequeño y frío.

—Será mejor que descances un poco —me aconsejó Roger—. Iré a buscar a Brianna, ¿de acuerdo? Pero duerme, siquieres.

No tenía la fuerza necesaria para asentir, pero conseguí torcer los labios de una manera que podía entenderse como una sonrisa. Extendí una mano temblorosa y rocé con suavidad la punta de mi esquilada cabeza. Roger se levantó y me di cuenta de que se lo veía muy delgado y exhausto; habría estado ayudando a atender a los enfermos toda la semana, supuse, no sólo a mí. Y enterrar a los muertos. Estaba capacitado para celebrar funerales.

—¿Roger? —Hablar era un esfuerzo terrible—. ¿Has comido algo últimamente?

—No —respondió, volvió a aclararse la garganta y sonrió—. Desde anoche.

—Bueno —dije y levanté una mano, pesada como el plomo—. Hazlo. Come algo, ¿de acuerdo?

—Sí —respondió—. Lo haré. —Pero en lugar de marcharse, vaciló, luego volvió hacia mí con rápidas zancadas, se inclinó sobre la cama, y cogiéndome la

cara entre las manos, me besó en la frente.

—Eres hermosa —dijo con ferocidad y, dándome un último apretón en las mejillas, se marchó.

—¿Qué? —repliqué débilmente, pero la única respuesta fue el movimiento de la cortina cuando entró una brisa que olía a manzanas.

A decir verdad, me veía como un esqueleto con un corte al rape que me quedaba especialmente mal, como me di cuenta cuando por fin tuve la fuerza suficiente para pedirle a Jamie que me acercara un espejo.

—Supongo que no habrás considerado ponerte gorro, ¿verdad? —sugirió, toqueteando con timidez un ejemplar musulmán que Marsali me había traído—. ¿Sólo hasta que crezca un poco?

—De ninguna manera haría semejante cosa, maldita sea.

Me costó un poco decir eso, por lo impresionada que me había dejado la espantosa imagen del espejo. De hecho, sentí el fuerte impulso de quitarle el gorro de las manos, ponérmelo y encasquetármelo hasta los hombros.

Ya antes había rechazado ofertas de gorros de la señora Bug y de Marsali, así como de todas las otras mujeres que habían venido a verme.

Pero ahora que me había visto en un espejo ya no estaba tan segura al respecto. Y era cierto que sentía un poco de frío en el cuero cabelludo. Por otra parte, me daba cuenta de que, si cedia, Jamie se alarmaría terriblemente, y pensaba que ya lo había asustado bastante, a juzgar por la expresión contraída de su rostro y las profundas manchas bajo sus ojos.

Por cierto, su expresión se había aliviado considerablemente cuando rechacé el gorro que sostenía en las manos, que procedió a arrojar a un lado.

Con cuidado, hice girar el espejo y lo deposité sobre el cubrecama, reprimiendo un suspiro.

—Supongo que será gracioso ver la cara de la gente cuando me vean.

Jamie me miró, mientras una esquina de su boca se curvaba hacia arriba.

—Eres muy hermosa, Sassenach —dijo con suavidad. Luego se echó a reír a carcajadas, exhalando por la nariz y jadeando. Enarqué una ceja, cogí el espejo y volví a mirarme, lo que lo hizo reír con más fuerza.

Me recliné contra las almohadas, sintiéndome un poco mejor. La fiebre ya había desaparecido del todo, pero todavía me sentía espectral y débil, apenas podía sentarme sin ayuda, y me quedaba dormida casi sin advertencia previa, después del más mínimo esfuerzo.

Jamie, sin dejar de jadear, me cogió la mano, se la llevó a los labios y la besó. La inmediata cálida y repentina del roce agitó el rubio vello de mi antebrazo, y mis dedos se cerraron involuntariamente en torno a los suyos.

—Te amo —dijo en voz muy baja, con los hombros temblando de risa.

—Oh —dije, sintiéndome mucho mejor de repente—. Bueno. Yo también te

amo. Y me volverá a crecer, después de todo.

—Claro que sí. —Volvió a besarme la mano y la depositó suavemente sobre el edredón—. ¿Has comido?

—Un poco. Comeré luego.

Mucho tiempo antes me había dado cuenta de por qué a los «pacientes» se los llamaba así; eso se debe a que, por lo general, las personas enfermas están incapacitadas, y por tanto se ven obligadas a soportar toda clase de acosos y molestias por parte de las personas que no están enfermas.

La fiebre había bajado y yo había recuperado la conciencia dos días antes; desde entonces, la reacción invariable de todos los que me veían consistía en ahogar un grito ante mi apariencia, insistir en que debería usar gorro... y luego intentar meterme comida en la garganta por la fuerza. Jamie, más sensible a mi tono de voz que la señora Bug, Malva, Brianna o Marsali, desistió sabiamente después de echar un rápido vistazo a la bandeja junto a la cama para verificar que en verdad había comido algo.

—Cuéntame lo que ha ocurrido —dije, acomodándome y preparándome para lo peor—. ¿Quiénes han enfermado? ¿Cómo se encuentran ahora? ¿Y quiénes...? —Me aclaré la garganta—. ¿Quiénes han muerto?

—¿Estás segura de que te sientes lo bastante bien para esto, Sassenach? —preguntó en tono dubitativo—. Esas noticias pueden esperar.

—No, pero debo enterarme tarde o temprano, ¿no es cierto? Y saber es mejor que preocuparme por lo que no sé.

—Sí, de acuerdo. Padraic y su hija están recuperándose bien. Evan... ha perdido a su hijo menor, el pequeño Bobby, y Graee sigue enferma, pero Hugh y Caitlin no se contagiaron. —Tragó saliva y continuó—: Tres de los pescadores han muerto; debe de haber una docena todavía enfermos, pero la mayoría ya están recuperándose. —Juntó las cejas, reflexionando—. Y además está Tom Christie. Sigue mal, según me han dicho.

—¿De veras? Malva no lo ha mencionado. —Pero, claro, Malva había rehusado contarme nada antes, cuando yo le había preguntado, y había insistido en que debía descansar y no preocuparme—. ¿Y qué hay de Hallan?

—No, él se encuentra bien —me aseguró Jamie.

—¿Cuánto tiempo lleva enfermo Tom?

—No lo sé. La chica puede decírtelo.

Asentí con un movimiento de la cabeza, lo que fue un error, porque el mareo aún no me había abandonado, y tuve que cerrar los ojos y dejar que la cabeza cayera hacia atrás, mientras unas figuras iluminadas relampagueaban detrás de mis párpados.

—Qué extraño —dije, jadeando un poco, mientras oía que Jamie comenzaba a incorporarse como reacción a mi pequeño colapso—. Cuando cierro los ojos, suelo ver estrellas, pero no como las estrellas del cielo. Parecen las estrellas de la

maleta de una muñeca, un baúl de viaje, quiero decir, que tenía cuando era niña. ¿Por qué crees que será eso?

—No tengo la menor idea. —Se oyó un crujido de tela cuando volvió a sentarse en la banqueta—. Ya no deliras, ¿verdad? —preguntó secamente.

—Creo que no. ¿Acaso deliraba? —Abrió los ojos y le dediqué la mejor sonrisa que pude.

—Pues sí.

—¿Me conviene saber lo que decía?

—Probablemente no, pero debo decírtelo de todas formas.

Consideré cerrar los ojos y flotar hacia el sueño, en lugar de la perspectiva de pasar vergüenza en el futuro, pero me rebelé. Si iba a sobrevivir, lo que en efecto haría, necesitaba reunir los hilos de vida que me ataban a la tierra y volver a sujetarlos.

—La familia de Bree, y la de Marsali... ¿se encuentran bien? —pregunté, sólo como formalidad; tanto Bree como Marsali habían revoloteado nerviosas sobre mi silueta postrada, y si bien ninguna de ellas había querido decirme nada que creyera que me molestaría, teniendo en cuenta lo débil que me encontraba, yo estaba bastante segura de que ninguna de las dos habría guardado el secreto si sus hijos hubieran estado gravemente enfermos.

—Sí —dijo él con lentitud—. Sí, están bien.

—¿Qué? —inquirí, captando la vacilación de su voz.

Le lancé una mirada de frialdad.

—Te conviene decírmelo —dije—. Se lo sconsacré a la señora Bug si no lo haces.

Como si la mención de su nombre la hubiera invocado, oí el distintivo golpe de las pisadas de la señora Bug en la escalera, aproximándose.

Pasó de lado por la puerta, con una sonrisa radiante, una bandeja en una mano, la otra rodeando a Henri-Christian, que se colgaba de ella como un mono.

—Le he traído algo para comer, *a leannan* —dijo animadamente, corriendo con el codo el cuenco casi intacto de gachas de avena y el plato con la tostada fría para hacer lugar para los nuevos alimentos—. No va a cogerlo, ¿verdad?

Casi sin esperar al movimiento de mi cabeza, se inclinó sobre la cama y, con suavidad, depositó a Henri-Christian en mis brazos. Indiscriminadamente amable como siempre, él metió la cabeza bajo mi mentón, se acomodó contra mi pecho y empezó a chuparme los nudillos, con sus afilados dientes de bebé dejando pequeñas marcas en mi piel.

—Hola, ¿qué ha ocurrido aquí? —Frunció el ceño, apartando sus suaves y marrones mechones de sus redondeadas cejas, donde podía verse la mancha amarillenta de un feo moretón en el nacimiento del pelo.

—Los engendros del diablo trataron de matar al pobrecillo —me informó la señora Bug, apretando los dientes—. Y lo habrían hecho, de no ser por Roger

Mac, Dios lo bendiga.

—¿Oh? ¿De qué engendros se trata?

—Algunos de los hijos de los pescadores —intervino Jamie. Extendió el dedo y le tocó la nariz a Henri-Christian, lo apartó cuando el bebé trató de cogerlo, luego volvió a tocársela. Henri-Christian se rió y se agarró su propia nariz, fascinado por el juego.

—Las malvadas criaturas trataron de ahogarlo —continuó la señora Bug—. ¡Robaron al pequeño en su canastilla y lo dejaron a la deriva en el arroyo!

—Yo no diría que tenían la intención de ahogarlo —intervino Jamie con suavidad, todavía absorto en el juego—. De lo contrario, seguramente no se habrían molestado en ponerlo en la cesta.

—¡Ejem! —Fue la respuesta de la señora Bug a ese ejemplo de lógica—. No tenían intención de hacerle nada bueno —añadió oscuramente.

Mientras tanto yo había hecho un rápido inventario del físico de Henri-Christian, encontrando varios moretones más, que estaban curándose, la costra de un pequeño corte en la planta de un pie y un arañazo en la rodilla.

—Bueno, te han vapuleado un poco, ¿verdad? —le dije.

—Ump. ¡Jejejeee! —respondió Henri-Christian, muy entretenido por mis exploraciones.

—¿Roger lo salvó? —pregunté, levantando la mirada hacia Jamie.

—Sí. Yo no sabía lo que ocurría, hasta que la pequeña Joanie vino corriendo, gritando que se habían llevado a su hermano... pero llegué justo a tiempo para ver cómo terminaba todo ese asunto.

Los niños habían puesto la cesta del bebé a flotar en el estanque de truchas, una zona ancha y profunda del arroyo, donde el agua estaba bastante quieta. La canastilla, que estaba hecha de unas cañas fuertemente entrelazadas, se había mantenido a flote, lo bastante como para acercarse al desagüe del estanque, donde el agua corría velozmente a través de una extensión rocosa, antes de zambullirse en una caída de un metro, hacia un agitado remolino de agua y piedras.

Roger estaba construyendo una alambrada a poca distancia del arroyo. Cuando oyó los gritos de los muchachos y los agudos chillidos de Félicité, dejó caer el alambre y corrió por la colina, pensando que la estaban torturando.

Apareció por entre los árboles justo a tiempo para ver a Henri-Christian, en su cesta, inclinándose lentamente por el borde del desagüe y comenzando a golpear enloquecidamente de roca en roca, girando en la corriente y acumulando agua.

Roger corrió por la orilla y se arrojó al agua de cabeza, y aterrizó cuan largo era en el arroyo, justo al final de la cascada, en el preciso momento en que Henri-Christian, que chillaba, aterrado, se salía de la cesta empapada, se zambullía por la pared del peñasco y aterrizaba sobre Roger, que lo agarró.

—Llegué justo a tiempo para verlo —me informó Jamie, sonriendo ante el recuerdo—. Y luego para ver a Roger Mac elevarse del agua como un tritón, con el fango colgando de su pelo, la nariz llena de sangre, y el pequeño aferrado con fuerza en sus brazos. Una imagen terrible, por cierto.

Los pequeños bellacos habían seguido la carrera de la canastilla, gritando desde la orilla, pero en ese momento enmudecieron. Uno de ellos intentó huir, los otros comenzaron a agitarse como una bandada de palomas, pero Roger los señaló con un dedo horrible y gritó: «¡Quietos!», con una voz tan fuerte que podía oírse por encima del ruido del agua.

Tal era la fuerza de su presencia que se detuvieron, paralizados por el terror. Sin dejar de mirarlos con furia, Roger vadeó el agua hasta llegar casi a la orilla. Allí, se puso en cuclillas y cogió un puñado de agua, que procedió a verter sobre la cabeza del bebé, que de inmediato dejó de gritar.

«Yo te bautizo, Henri-Christian —gritó—. ¡En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo! ¿Me oís, pequeños bastardos? ¡Se llama *Christian*, cristiano! ¡Pertenece al Señor! Si lo volvéis a molestar, panda de sarnosos, Satanás aparecerá y os arrastrará directamente... ¡al infierno!».

Volvió a apuntar a los muchachos con un dedo acusador, y esta vez ellos se separaron y huyeron, corriendo como salvajes entre los arbustos.

—Oh, vaya —dije, debatiéndome entre la risa y la desesperación. Miré a Henri-Christian—. Debió de ser impresionante.

—Yo quedé impresionado, desde luego —aseguró Jamie, sin dejar de sonreír—. No tenía idea de que Roger Mac era capaz de predicar de esa manera sobre el infierno y la condenación. El muchacho puede rugir muy bien, a pesar de la voz quebrada y todo eso. Tendría una buena audiencia si lo hiciera durante una Reunión, ¿sabes?

—Bueno, eso explica lo que le pasó a su voz —dije—. Estaba intrigada. Pero ¿crees que aquello sólo fue una travesura? Me refiero a que los muchachos metieran al bebé en el arroyo.

—Oh, fue una travesura, sin duda alguna —dijo él, y puso una de sus grandes manos en la cabeza de Henri-Christian—. Pero no sólo de los muchachos.

Jamie había atrapado a uno de los chicos en su huida cuando pasaron por su lado, aterrándolo del cuello y haciendo que se meara encima de miedo. Después de guiar con firmeza al muchacho hacia el bosque, lo había aplastado con fuerza contra un árbol y había exigido conocer el significado de aquella tentativa de homicidio.

Temblando y balbuceando, el muchacho había tratado de excusarse, diciendo que no tenían intención de hacerle ningún daño al pequeño, ¡en serio! Sólo querían verlo flotar, puesto que los padres de todos ellos habían dicho que era hijo del demonio, y todos sabían que los nacidos de Satanás flotaban, porque el agua rechazaba su maldad. Habían metido al bebé en la canasta y luego lo habían

lanzado al agua porque les daba miedo tocarlo, no fuera cosa que su carne los hiciera arder.

—Le dije que yo mismo lo haría arder —continuó Jamie en un tono algo sombrío— y lo hice. —Luego echó al niño mortificado, dándole instrucciones de que fuera a su casa, se cambiara los pantalones e informara a sus compinches de que se los esperaba en el estudio de Jamie antes de cenar para que recibieran su parte del castigo; de lo contrario, él mismo visitaría sus hogares después de la cena, para azotarlos ante los ojos de sus padres.

—¿Vinieron? —pregunté, fascinada.

—Desde luego. Recibieron su medicina, y luego pasamos a la cocina y comimos pan con miel. Le había dicho a Marsali que trajese al pequeño, y después de comer, me lo puse en las rodillas e hice que todos se acercaran a tocarlo, sólo para que lo vieran. Uno de los muchachos me preguntó si era cierto eso que había dicho Roger Mac acerca de que el niño era del Señor. Le respondí que sin duda yo jamás me opondría al señor Roger en ese aspecto, pero que, en cualquier caso, y más allá de a quién más pertenecía Henri-Christian, era mío también, y que les convenía recordarlo.

Recorrió lentamente con el dedo la mejilla suave y redondeada de Henri-Christian. El bebé ya estaba prácticamente dormido, con sus pesados párpados cerrados y un diminuto y reluciente pulgar metido en la boca.

—Lamento habérmelo perdido —dije en voz baja para no despertarlo. Jamie se dio cuenta de que me costaba sostenerlo y me lo quitó para entregárselo a la señora Bug, que había estado moviéndose en silencio por la habitación, ordenando, y al mismo tiempo escuchando con aprobación el relato de Jamie.

—Oh, valía la pena verlo —me aseguró con un susurro—. Con todos los muchachos extendiendo los dedos para tocar el vientre del bebé con gran delicadeza, como si fueran a coger una patata caliente, y él que se retorcía y se reía como un gusano. ¡Los ojos de aquellos bribones estaban grandes como monedas!

—Supongo que sí —dije, divertida.

—Por otra parte —le comenté a Jamie cuando ella se marchó con el bebé—, si los padres de esos niños creen que es hijo del demonio y tú eres su abuelo...

—Bueno, y tú eres su abuelita, Sassenach. Podrías ser tú. Pero sí, preferiría que no se detuvieran a pensar en ese aspecto de la cuestión.

—No —acepté—. Aunque, ¿crees que alguno de ellos sabe que Marsali no es realmente tu hija? Deben de saber lo de Fergus.

—No tiene mucha importancia —declaró—. En cualquier caso, creen que el pequeño Henri es un niño cambiado.

—¿Cómo lo sabes?

—La gente habla —dijo brevemente—. ¿Te sientes mejor, Sassenach?

Aliviada del peso del bebé, había retirado las mantas para dejar que entrara

aire. Jamie me miró con desaprobación.

—¡Por Dios, puedo contarte las costillas! ¡A través de las enaguas!

—Disfruta de la experiencia mientras puedas —le aconsejé de manera cortante, aunque sentí una aguda punzada de dolor. Él me cogió la mano y recorrió con los dedos las líneas de las profundas venas azules que corrían por la base.

—No te alteres, Sassenach —agregó con más suavidad—. No quise decirlo así. Mira, la señora Bug te habrá traído algo delicioso, supongo. —Levantó la tapa de una pequeña bandeja cubierta, luego introdujo el dedo con cautela y se lo lamió—. Pudín de arce —anunció con expresión de felicidad.

—¿Oh? —Todavía no tenía hambre, pero un pudín de arce sonaba realmente apetitoso, y no puse objeciones cuando él llenó una cuchara y la acercó a mi boca con la concentración de un piloto de un avión de pasajeros.

—Puedo comer yo sola, ¿sabes...? —Me metió la cuchara entre los labios y chupé el pudín con resignación. Unas asombrosas revelaciones de cremosa dulzura estallaron de inmediato en mi boca, y cerré los ojos en un éxtasis menor —. Oh, Dios —dije—. Había olvidado el sabor de la buena comida.

—Sabía que no habías comido nada —comentó con satisfacción—. Ten, come un poco más.

Insistí en coger la cuchara yo misma y logré acabarme la mitad del plato; Jamie, ante mi insistencia, se comió la otra mitad.

—Tal vez no estés tan flaco como yo —dije—, pero tú tampoco has comido mucho últimamente.

—Supongo que no. He estado... ocupado.

Lo miré con los ojos entornados. Estaba claro que intentaba mostrarse alegre, pero mi oxidada sensibilidad comenzaba a regresar. Por un período imposible de saber, no había tenido ni energía ni atención para cualquier cosa que estuviera más allá de los confines de mi cuerpo enfurecido, pero ahora veía los pequeños detalles familiares del cuerpo, la voz y los modales de Jamie, y estaba volviendo a sintonizar con él, como una cuerda floja de violín que alguien afinara con la ayuda de un diapasón.

Percibía una vibración tensa en él, y comencé a pensar que no todo se debía a que poco antes yo había estado a punto de morir.

—¿Qué? —dije.

—¿Qué? —Enarcó las cejas en un gesto de interrogación.

—¿Qué es lo que no me cuentas? ¿Es Brown otra vez? ¿Has tenido noticias de Stephen Bonnet? ¿O de Donner? ¿O acaso la cerda blanca se ha comido a uno de los niños y se ha asfixiado con él?

Al menos, eso lo hizo sonreír, aunque sólo fuera durante un momento.

—Eso no —dijo—. Persiguió a MacDonald cuando vino de visita hace unos días, pero logró llegar al porche justo a tiempo. Es un tipo muy ágil, el mayor,

para su edad.

—Es más joven que tú —objeté.

—Bueno, yo también soy ágil —dijo con lógica—. La cerda aún no me ha pillado, ¿no?

Tuve una sensación de inquietud ante la mención del mayor, pero no eran noticias de descontento político o rumores de alzamientos militares lo que perturbaba a Jamie; me lo habría dicho de inmediato. Volví a mirarlo con los ojos entornados, pero no hablé.

Él suspiró profundamente.

—Creo que tendré que sacarlos de aquí —dijo en voz baja y volvió a cogerme la mano.

—¿A quiénes?

—A Fergus, a Marsali y a los pequeños.

Sentí un estremecimiento repentino, como si alguien me hubiera dado un golpe justo debajo del esternón, y de pronto me resultó difícil respirar.

—¿Qué? ¿Por qué? Y... ¿adónde? —Logré preguntar.

—Fergus trató de matarse, hace tres días —dijo en tono muy quedo.

Mi mano se aferró a la suya convulsivamente.

—Santo Dios —susurré. Él asintió y me di cuenta de que por el momento tampoco podía hablar; tenía los dientes clavados en el labio inferior.

Entonces fui yo quien cogió su mano entre las mías, sintiendo una frialdad que se filtraba en mi carne. Tuve deseos de negarlo, de rechazar esa idea por completo, pero no pude hacerlo.

—¿Cómo? —pregunté por fin. Mi voz pareció resonar en la sala. Quise decir «¿Estás seguro?», pero sabía que lo estaba.

—Con un cuchillo —respondió—. Dijo que se habría colgado, pero que no podía atar la cuerda con una sola mano. Qué suerte, la suya.

El pudín había formado una bola pequeña y dura, como de goma, en el fondo de mi estómago.

—¿Lo... encontraste? ¿O Marsali?

Él negó con la cabeza.

—Ella no lo sabe. O, en realidad, supongo que sí lo sabe, pero no admite nada...

—No puede haber quedado muy malherido, o ella lo sabría con total seguridad.

—No. Yo lo vi pasar, mientras estaba limpiando una piel de ciervo en la colina. Él no me vio y yo no lo llamé... Había algo raro en él, pero no sabía qué era... algo. Seguí trabajando un poco más... No quería alejarme mucho de la casa, por si acaso... Pero seguía sintiéndome inquieto. —Me soltó la mano y se frotó debajo de la nariz con los nudillos.

—No podía quitarme de encima la idea de que algo andaba mal y,

finalmente, dejé mi trabajo y lo seguí, pensando al mismo tiempo que yo era un imbécil.

Fergus había avanzado hacia el final del cerro y bajó por la boscosa ladera que terminaba en el manantial Blanco. Era el manantial más alejado de los tres que había en el cerro, y se lo llamaba «blanco» debido a la gran roca que estaba cerca del principio del estanque.

Jamie bajó por entre los árboles justo a tiempo para ver a Fergus tumbado junto al manantial, con la manga levantada y el abrigo doblado bajo la cabeza, sumergiendo el brazo izquierdo, el del muñón, en el agua.

—Tal vez debería haberle gritado en ese momento —dijo, frotándose el pelo
—. Pero en realidad no podía creer lo que veía, ¿sabes?

Entonces Fergus cogió un pequeño cuchillo para deshuesar con la mano derecha, lo bajó hasta el estanque y, con habilidad, se abrió las venas del codo izquierdo. De inmediato manó la sangre, formando una nube suave y oscura en la blancura del brazo.

—En ese momento sí grité —dijo Jamie. Cerró los ojos y se frotó las manos con fuerza por la cara, como si tratara de borrar el recuerdo.

Corrió por la colina, cogió a Fergus, lo obligó a incorporarse y lo golpeó.

—¿Lo golpeaste?

—Sí. Tuvo suerte de que no le rompiera el cuello, el muy bastardo. —Su rostro había empezado a ruborizarse, y apretó con fuerza los labios.

—¿Esto ocurrió después de que los muchachos se llevaron a Henri-Christian? —pregunté, con el nítido recuerdo de mi conversación con Fergus en el establo —. Me refiero a que...

—Sí, sé a qué te refieres —me interrumpió—. Y fue justo el día después de que los muchachos metieron a Henri-Christian en el arroyo, es cierto. Pero no era sólo eso... quiero decir, no era sólo a causa de los problemas provocados por el hecho de que el bebé es enano. —Me miró, con una clara expresión de preocupación en el rostro—. Hablamos. Después de que le vendé el brazo y le hice recobrar la conciencia. Me dijo que llevaba bastante tiempo pensando en ello y que lo del pequeño fue lo que lo empujó a hacerlo.

—Pero... ¿cómo es posible que él...? —dije, angustiada—. Dejar a Marsali y a los niños... ¿cómo?

Jamie bajó la mirada, con las manos sobre las rodillas, y suspiró.

—Pensó que estarían mejor sin él. Si él moría, Marsali podría volver a casarse... encontrar a un hombre que pudiera cuidar de ella y de los niños. Proveer lo que necesitaran. Proteger al pequeño Henri.

—¿Acaso piensa... o pensó... que él no podría?

Jamie me miró fijamente.

—Sassenach —dijo—, sabe perfectamente que no puede.

Tomé aliento para protestar, pero en cambio me mordí el labio, al no

encontrar nada que refutar.

—¿Tú harías algo así? —pregunté, después de un momento—. En las mismas circunstancias, quiero decir.

Él hizo una pausa durante un momento, dándome la espalda, con la mano en mi cepillo del pelo.

—No —contestó en voz baja—. Pero es duro para un hombre vivir con algo así.

—Bueno, eso puedo entenderlo... —comencé a decir lentamente, pero él se volvió para enfrentarme. Su rostro estaba angustiado, lleno de una fatiga que poco tenía que ver con la falta de sueño.

—No, Sassenach —dijo—. No puedes. —Habló suavemente, pero con tal tono de desesperación en la voz que se me llenaron los ojos de lágrimas.

Se debía tanto a la debilidad física como a la angustia emocional, pero sabía que, si cedía, finalmente me derrumbaría por completo, y eso no nos convenía a ninguno de los dos. Me mordí el labio con fuerza y me enjugué los ojos con el borde de la sábana.

Oí un ruido sordo cuando él se puso de rodillas a mi lado, y tanteé el aire a ciegas para buscarlo; le cogí la cabeza y la apoyé en mi pecho. Él me rodeó con los brazos y suspiró hondo, soltando su cálido aliento en mi piel a través de la tela de mis enaguas. Le acaricié el pelo con una mano temblorosa y sentí que él cedía de pronto, y que toda la tensión lo abandonaba como agua que se vierte de una jarra.

En ese momento tuve una sensación de lo más extraña, como si la fuerza a la que él se había aferrado se hubiese soltado... y estuviera fluyendo dentro de mí. Mi tenue relación con mi propio cuerpo se reafirmó cuando sostuve el suyo, y mi corazón dejó de flaquerar y asumió, en cambio, sus latidos fuertes e incansables.

Las lágrimas se habían retraído, aunque se mantenían cerca de la superficie. Tracé con los dedos las líneas de su cara, rubicunda, broncinea y marcada por el sol y la intemperie; la ancha frente con sus pobladas cejas color ceniza, y las amplias mejillas, la nariz larga y recta como una espada. Los ojos cerrados, inclinados y misteriosos con esas extrañas pestañas, rubias en las raíces y luego de un color ceniza tan profundo que las puntas parecían casi negras.

—¿No lo entiendes? —dije en voz muy baja, trazando las líneas pequeñas y suaves de su oreja—. ¿Acaso ninguno de vosotros lo entendéis? Se trata de ti. No de lo que puedas dar, hacer o proveer. Sólo de ti.

Él se estremeció con un hondo suspiro y asintió.

—Lo sé. Se lo dije a él, a Fergus —respondió en voz muy baja—. O al menos creo haberlo hecho. Dije un montón de cosas.

Se habían arrodillado juntos al lado del manantial, abrazándose, empapados de sangre y de agua, aferrados como si él pudiera sujetar a Fergus a la tierra, a su familia, tan sólo con la fuerza de voluntad, y no tenía la menor idea de lo que

le había dicho, perdido en la pasión del momento... hasta el final.

«Debes continuar, por el bien de ellos... aunque no quieras hacerlo por el tuyo propio —había susurrado, con el rostro de Fergus apretado contra su hombro—. *Tu comprends, mon enfant, mon fils? Comprends-tu?*»

Sentí que se le movía la garganta cuando tragó saliva.

—¿Sabes?, creía que estabas agonizando —dijo en tono muy quedo—. Estaba seguro de que ya te habrías marchado para cuando yo regresara a casa, y que me quedaría solo. Creo que en ese momento no le hablaba tanto a Fergus como a mí mismo.

Entonces levantó la cabeza y me miró a través de una nube de lágrimas y risa.

—Oh, por Dios, Claire —dijo—. ¡Me habría enfadado tanto si te hubieses muerto y me hubieras abandonado!

Yo también sentí ganas de reír o de llorar, o ambas cosas, y si todavía albergara algún arrepentimiento respecto de haber perdido la paz eterna, los habría echado a un lado en ese preciso instante sin vacilación alguna.

—No lo he hecho —le dije, y le toqué el labio—. No lo haré. O, por lo menos, no lo intentaré. —Deslicé la mano detrás de su cabeza y lo atraje hacia mí.

Empezaba la tarde y la luz apenas comenzaba a cambiar, proyectándose inclinada a través de la parte superior de las ventanas que daban al oeste, de modo que la habitación se llenó de una luminosidad fuerte y limpia que hizo brillar el pelo de Jamie y el lino gastado color crema de su camisa. Sentí los nudos en la parte superior de la columna vertebral, y la carne que iba cediendo en el estrecho canal entre los omóplatos y las vértebras.

—¿Adónde los mandarás? —pregunté, y traté de alisar el remolino de pelos de su coronilla.

—A Cross Creek, probablemente... o a Wilmington —respondió—. El que parezca el mejor lugar para una imprenta.

Se movió un poco y me apretó las nalgas con más fuerza. Entonces frunció el ceño.

—¡Por Dios, Sassenach, casi no te queda nada de trasero!

—Bueno, no importa —dije con resignación—. Estoy segura de que eso sí volverá a crecer bastante pronto.

Momento de declaración

Jamie se topó con ellos cerca de Woolam's Mill. Eran cinco hombres a caballo. Dos le eran desconocidos; otros dos eran de Salisbury y sí los conocía: dos exreguladores llamados Green y Wherry, acérrimos whigs. El último era Richard Brown, un tipo con expresión de frialdad en el rostro.

Jamie maldijo en silencio su amor por la conversación. Si no fuera por eso, se habría separado de MacDonald, como era habitual, en Coopersville. Pero en cambio se dedicaron a hablar de poesía —de poesía, por el amor de Dios!— y a entretenérse mutuamente con sus recitaciones. De modo que allí estaba, en el camino vacío, con dos caballos, mientras MacDonald se ocupaba de vaciar sus entrañas en lo profundo del bosque.

Amos Green lo saludó con un movimiento de la cabeza y habría pasado de largo de no ser porque Kitman Wherry tiró de las riendas; los desconocidos hicieron lo propio y contemplaron a Jamie con curiosidad.

—¿Adónde te diriges, amigo James? —le preguntó con amabilidad Wherry, que era cuáquero—. ¿Has venido a la reunión en Halifax? Si es así, puedes cabalgar con nosotros, si lo deseas.

Halifax. Sintió un hilo de sudor que le corría por el pliegue de la espalda. La reunión del Comité de Correspondencia para elegir delegados al Congreso Continental.

—Estoy esperando a un amigo —respondió en tono cortés, señalando con un gesto el caballo de MacDonald—. Pero luego seguiré camino, y os alcanzaré más adelante. —«Ni lo soñéis», pensó, evitando cuidadosamente mirar a Brown.

—Yo no estaría tan seguro de que sea bien recibido, señor Fraser —intervino Green, también con cortesía, pero con cierta frialdad en sus modales que hizo que Wherry lo mirara de reojo, sorprendido—. Después de lo que ocurrió en Cross Creek

—Ah, sí? ¿Y usted preferiría ver a un hombre inocente quemado vivo, o embreado y emplumado?

Uno de los desconocidos escupió en el suelo.

—No tan inocente, si es a Fogarty Simms a quien se refiere. Ese insignificante tory —añadió como algo que se le ocurrió en el último momento.

—Ése es el tipo —dijo Green, y escupió para manifestar su acuerdo—. El comité de Cross Creek se dispuso a darle una lección; al parecer, el señor Fraser, aquí presente, no estuvo de acuerdo. Fue toda una escena, por lo que me han contado. Como he dicho, señor Fraser... Usted no es tan querido, en este preciso

momento.

Wherry tenía el ceño fruncido.

—Salvar a un hombre de la brea y las plumas, independientemente de cuál sea su posición política, no parece más que un rasgo de humanidad —dijo con aspereza.

Brown se echó a reír de una manera bastante desagradable.

—Tal vez te lo parezca a ti, pero no a otras personas. Dime con quién andas y te diré quién eres. Y, además, está su tía, ¿sabes? Y la famosa señora MacDonald. He leído el discurso que pronunció... en la última edición del periódico de Simms —aclaró, repitiendo su risotada desagradable.

—Los huéspedes de mi tía no tienen nada que ver conmigo —replicó Jamie, tratando de hablar de manera despreocupada.

—¿No? ¿Y qué hay del marido de su tía? Que es tío suyo, ¿verdad?

—¿Duncan? —Su incredulidad se reflejó claramente en su voz—. No, es el cuarto marido de mi tía... y amigo mío. ¿Por qué hablan de él?

—Bueno, Duncan Innes es íntimo de Farquard Campbell, y de muchos otros leales a la Corona. Entre los dos han aportado una suma de dinero que bastaría para poner a flote un barco para imprimir panfletos donde se defiende una reconciliación con la madre Inglaterra. Me sorprende que no lo sepa usted, señor Fraser.

Jamie no sólo estaba sorprendido, sino atónito por esta revelación, pero lo disimuló.

—Cada uno tiene derecho a tener sus propias opiniones —dijo encogiéndose de hombros—. Duncan debe hacer lo que deseé, y yo haré lo mismo.

Wherry manifestó su acuerdo asintiendo con la cabeza, pero los otros lo miraron con expresiones que iban del escepticismo a la hostilidad.

A Wherry las opiniones de sus compañeros no le pasaron inadvertidas.

—¿Cuál es tu opinión, pues, amigo? —preguntó con cortesía.

Bueno, Jamie sabía que esto ocurriría. En ocasiones había tratado de imaginar las circunstancias de su declaración, en situaciones que iban de un heroísmo jactancioso a un verdadero peligro, pero, como era habitual en esas cuestiones, el sentido del humor de Dios superaba toda imaginación. De modo que se encontró dando ese paso definitivo hacia un compromiso público e irrevocable con la causa rebelde —e, incidentalmente, en el mismo acto en que se le requería que se aliara con un enemigo mortal— a solas, en un polvoriento camino y con un oficial uniformado de la Corona acuclillado en los arbustos directamente a sus espaldas con los pantalones bajados.

—Estoy por la libertad —dijo, asombrado de que pudiera haber alguna duda respecto de su posición.

—¿En serio? —Green lo miró con furia, luego levantó el mentón en dirección del caballo de MacDonald, de cuya montura colgaba la espada del regimiento,

con sus borlas y sus dorados ornamentos brillando al sol—. ¿Cómo puede ser, entonces, que se vaya usted acompañado de un «casaca roja»?

—Es amigo mío —respondió Jamie sin cambiar su tono.

—¿Un casaca roja? —Uno de los desconocidos se echó hacia atrás en la montura—. ¿Hay casacas rojas por aquí? —El hombre parecía asustado, como si esperara que surgiera del bosque toda una compañía de esas criaturas, disparando sus mosqueteros.

—Sólo uno, hasta donde yo sé —lo tranquilizó Brown—. Se llama MacDonald. No es un verdadero soldado; se retiró con media paga y trabaja para el gobernador.

Su compañero no pareció mucho más tranquilo.

—¿Qué hace con ese tal MacDonald? —le exigió a Jamie.

—Como ya he dicho, es amigo mío. —La actitud de los hombres había cambiado en un instante, pasando del escepticismo y una ligera hostilidad a la llana ofensa.

—Es espía del gobernador, eso es lo que es —declaró Green contundente.

Eso no era más que la pura verdad, y Jamie estaba bastante seguro de que lo sabían la mitad de los pobladores de esas tierras; MacDonald no hacía ningún esfuerzo por ocultar ni su apariencia ni sus actividades. Negarlo equivalía a pedirles que creyeran que Jamie era un asno, un falso, o ambas cosas.

Los hombres comenzaron a agitarse, a intercambiar miradas y a realizar movimientos mínimos, llevando las manos a las empuñaduras de sus cuchillos o a sus pistolas.

Muy bien, pensó Jamie. No satisfecho con la ironía de la situación, Dios acababa de decidir que él debería pelear a muerte contra los aliados a los que se había unido con la declaración de momentos atrás, en defensa de un oficial de la Corona a la que, según esa misma declaración, se oponía.

—Traedlo —ordenó Brown, haciendo avanzar su caballo hacia el frente del grupo—. Veamos qué tiene que decir en su defensa, ese amigo suyo.

—Y quizás él mismo aprenda una lección que podrá transmitirle al gobernador, ¿eh? —Uno de los desconocidos se quitó el sombrero y lo encajó cuidadosamente debajo del borde de la montura, como preparativo.

—¡Esperad! —Wherry se irguió cuan largo era, tratando de refrenarlos con una mano—. No podéis tratar con violencia a...

—¿No? —Brown sonrió, con los ojos fijos en Jamie, y comenzó a desatar la fusta de cuero que estaba enrollada y atada a la montura—. Me temo que no tenemos brea a mano. Pero una buena paliza, digamos, si se los mandamos a los dos al gobernador, desnudos, será una buena respuesta.

El segundo desconocido se rió y volvió a escupir.

—Sí, eso servirá. Al parecer, usted solo mantuvo a raya a toda una muchedumbre en Cross Creek, Fraser... Ahora somos sólo cinco contra dos, ¿qué

le parece esa diferencia de número?

A Jamie le parecía bien. Soltó las riendas que tenía en la mano, se volvió y se lanzó entre los dos caballos, chillando y golpeándolos con fuerza en las ijadas, luego se zambulló de cabeza en los arbustos junto al camino, y avanzó arrastrándose de pies y manos entre raíces y piedras lo más rápido que pudo.

A sus espaldas, los caballos se encabritaron y giraron, relinchando con fuerza y generando confusión y temor en las cabalgaduras de los otros hombres; Jamie oyó gritos de furia y alarma mientras trataban de recuperar el control de las agitadas monturas.

Se deslizó por una breve cuesta, mientras la tierra y las plantas arrancadas de raíz le rodeaban los pies, perdió el equilibrio y cayó hacia el fondo, rebotó y se lanzó hacia un bosquecillo de robles, donde se ocultó detrás de una hilera de retos, jadeando.

Alguien había tenido el ingenio o la furia necesarios para saltar de su caballo y seguirlo a pie; oyó ruidos y maldiciones cerca, por encima de los gritos más débiles de la conmoción que se había producido en el camino. Mirando cuidadosamente entre las hojas, vio a Richard Brown, despeinado y sin sombrero, que atisbaba a su alrededor con una expresión salvaje y con la pistola en la mano.

Qualquier idea que pudiera haber tenido de una confrontación se desvaneció; iba desarmado, salvo por un pequeño cuchillo que llevaba en el calcetín, y no tenía dudas de que Brown le dispararía de inmediato y sostendría que había sido en defensa propia cuando llegaran los otros.

Por la cuesta, en dirección del camino, avistó algo rojo. Brown, que había girado en la misma dirección, también lo vio y disparó. Momento en el cual MacDonald, que había tenido el buen tino de colgar su casaca en un árbol, salió de su escondite detrás de Richard Brown en mangas de camisa y lo golpeó en la cabeza con una rama.

Brown cayó de rodillas, momentáneamente aturdido. Jamie salió del bosquecillo y le hizo un gesto a MacDonald, que corrió rápidamente hacia él. Juntos se internaron más profundamente en el bosque y aguardaron junto a un arroyo hasta que un silencio prolongado proveniente del camino les indicó que tal vez ya fuera posible volver a echar un vistazo.

Los hombres ya no estaban allí; tampoco el caballo de MacDonald. *Gideon*, al que se le veía el blanco de los ojos y que tenía las orejas aplastadas, levantó el labio superior y relinchó con furia hacia ellos, enseñando sus grandes dientes amarillos y lanzando babas para todos lados. Brown y compañía habían llegado a la sabia conclusión de que no les convenía robar un caballo rabioso, pero lo habían atado a un árbol y se las habían arreglado para arruinar sus correas, que colgaban hechas trizas del cuello del animal. La espada de MacDonald yacía en el polvo, arrancada de la vaina y con la hoja partida en el medio.

MacDonald recogió los pedazos, los examinó durante un momento y luego, meneando la cabeza, se los guardó en el cinturón.

—¿Cree que Jones podría repararla? —preguntó—. ¿O será mejor que la lleve a Salisbury?

—Wilmington o New Bern —dijo Jamie, enjugándose la boca con la mano—. Dai Jones no tiene talento para reparar una espada, pero, por otro lado, usted no encontraría muchos amigos en Salisbury, al parecer.

Salisbury había sido el corazón de la Regulación, y todavía eran muy fuertes los sentimientos contra el gobierno.

MacDonald asintió con gesto sombrío, luego echó una mirada a *Gideon*.

—¿Es seguro montar en su caballo?

—No.

En el estado de nerviosismo de *Gideon*, Jamie no estaba dispuesto a correr el riesgo de montarlo solo, mucho menos de montarlo con otra persona y sin bridás. Al menos le habían dejado la cuerda de la montura. Consiguió formar un lazo alrededor de la cabeza del corcel sin que éste lo mordiera, y emprendieron la marcha en silencio, regresando a pie al cerro.

—Muy desafortunado —observó MacDonald—. Me refiero a que nos encontraran juntos. ¿Cree que eso habrá arruinado su oportunidad de infiltrarse en sus concejos? ¡Habría dado mi testículo izquierdo por tener un ojo y un oído en esa reunión de la que hablaban, se lo aseguro!

Con una débil sensación de sorpresa, Jamie se percató de que, cuando había hecho aquella declaración fundamental, lo había oido el hombre cuya causa pretendía traicionar, y luego, sus nuevos aliados, a cuyo bando quería incorporarse, casi lo habían matado; ninguna de las dos partes le había creído.

—¿Alguna vez se ha preguntado cómo suena Dios cuando ríe, Donald?

MacDonald frunció los labios y contempló el horizonte, donde estaban formándose unos oscuros nubarrones más allá de la ladera de la montaña.

—Como el trueno, supongo —dijo—. ¿No le parece?

Jamie negó con la cabeza.

—No. Creo que en realidad es un sonido muy pequeño, casi inaudible.

Se cierre la oscuridad

Oía todos los sonidos en el piso de abajo y el sordo rumor de la voz de Jamie fuera, y me sentía absolutamente tranquila. Estaba observando cómo el sol se movía y brillaba en los amarillentos castaños cuando me llegó el sonido de unos pies que subían la escalera, firmes y decididos.

La puerta se abrió de golpe y entró Brianna, despeinada por el viento y con la cara resplandeciente, con una acerada expresión en los ojos. Se detuvo a los pies de la cama, me apuntó con su largo dedo índice y dijo:

—No tienes autorización para morir.

—¿Oh? —dijo, parpadeando—. No pensé que fuera a hacerlo.

—¡Lo has intentado! —exclamó ella, acusándome—. ¡Sabes que sí!

—Bueno, yo no diría eso, exactamente... —comencé a discutir sin energía. Si bien no había tratado exactamente de morir, era cierto que tampoco había tratado de no hacerlo.

—¡No te atrevas a volver a hacerlo! —dijo. Se dio la vuelta, agitando su capa azul, y se dirigió a la puerta a grandes zancadas, donde hizo una pausa para añadir: —Porquequieroynopuedoestarsinti —con una voz estrangulada, antes de bajar corriendo la escalera.

—¡Yo también te quiero, cariño! —grité, mientras las lágrimas, siempre preparadas para salir, asomaban a mis ojos. Pero no hubo respuesta, salvo por el sonido de la puerta principal de la casa, que se cerraba.

Adso, que dormitaba en un charco de sol en el cubrecama a mis pies, abrió los ojos una fracción de centímetro por todo el ruido, luego volvió a hundir la cabeza entre los hombros y ronroneó más fuerte.

Me recliné, sintiéndome bastante menos tranquila pero tal vez un poco más viva. Un momento después, me senté en la cama, aparté las mantas y saqué las piernas. *Adso* dejó de ronronear abruptamente.

—No te preocunes —le dije—. No voy a derrumbarme; tu leche y tus sobras están a salvo. Mantén la cama caliente para mí.

Ya me había levantado antes, desde luego, e incluso se me habían permitido algunas breves excursiones al exterior, bajo una intensa vigilancia. Pero no me habían dejado ir a ninguna parte sola desde que había caído enferma, y estaba bastante segura de que tampoco me lo permitirían ahora.

Por tanto, bajé silenciosamente la escalera en medias, con los zapatos en la mano y me deslicé hacia mi consulta, abrí la ventana y salí con cuidado de la casa.

Me sentía bastante embriagada por mi fuga, en un subidón de ánimo que me mantuvo erguida por un rato mientras avanzaba por el camino. A partir de ese momento, me vi obligada a parar cada pocos metros, sentarme y jadear un poco mientras las piernas recuperaban su fuerza. Pero perseveré, y finalmente llegué a la cabaña de los Christie.

No había nadie a la vista, pero cuando llamé a la puerta, oí la voz de Tom Christie, hosca y desolada, que me invitaba a pasar.

Estaba sentado a la mesa, escribiendo, pero por su aspecto todavía debería estar en cama. Sus ojos se abrieron por la sorpresa de verme, y de inmediato trató de enderezar el mugriento chal que llevaba sobre los hombros.

—¡Señora Fraser! ¡Se encuentra usted...? Es decir... en el nombre de Dios...

Privado de habla, me señaló. Yo me había quitado el sombrero de ala ancha cuando entré, olvidando momentáneamente que me parecía a un cepillo para limpiar botellas.

—Oh —dije, mientras me pasaba tímidamente la mano por la cabeza—. Eso. Debería estar contento; ya no podré escandalizar a la gente mostrando desvergonzadamente mi melena.

—Parece una reclusa —dijo él con aspereza—. Siéntese.

Lo hice, bastante necesitada de la banqueta que me ofreció, debido al esfuerzo de la caminata.

—¿Cómo se encuentra? —le pregunté, mientras lo examinaba. La luz de la cabaña era muy débil; estaba escribiendo con la ayuda de una vela, y ya la había apagado cuando yo aparecí.

—¿Cómo me encuentro? ¡Ha caminado hasta aquí, en su estado, para preguntar por mi salud?

—Si prefiere verlo de ese modo —respondí, irritada—. Supongo que no querrá salir a donde haya más luz, de modo que pueda echarle un buen vistazo, ¿verdad?

Él se cruzó los extremos del chal en el pecho, en un gesto protector.

—¿Para qué?

—Porque deseo saber algunas cosas respecto de su estado de salud —respondí pacientemente—, y examinarlo es la mejor manera de averiguarlas, puesto que usted no parece capaz de decirme nada.

—¡Es usted increíble, señora!

—No, soy doctora —contraataqué—. Y quiero saber... —Sentí un breve mareo que me hizo inclinarme sobre la mesa y agarrarme a ella hasta que pasara.

—Usted está demente —declaró—. Además, me parece que sigue enferma. Quédese aquí; llamaré a mi hijo para que vaya a buscar a su marido.

Agité la mano y respiré hondo. Mi corazón latía a gran velocidad, y estaba un poco pálida y sudorosa, pero en esencia me encontraba bien.

—La cuestión, señor Christie, es que aunque es cierto que he estado enferma... no he tenido la misma enfermedad que está afectando a la gente del cerro... y, por lo que Malva ha podido contarme, me parece que usted tampoco.

Él se había levantado para llamar a Allan; al oír eso, se paralizó y me contempló con la boca abierta. Luego, lentamente, volvió a sentarse en la silla.

—¿A qué se refiere?

Puesto que por fin había llamado su atención, tuve la satisfacción de exponerle los hechos.

Mientras varias familias del cerro habían padecido los estragos de la disentería amébica, yo no. Yo había tenido una fiebre peligrosamente alta, acompañada de una espantosa jaqueca y convulsiones. Pero no cabía duda de que no se trataba de disentería.

—¿Está segura? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Es bastante difícil confundir el flujo de sangre con jaqueca y fiebre —dije con aspereza—. Ahora bien... ¿Usted ha tenido flujo?

Vaciló un momento pero se dejó dominar por la curiosidad.

—No —respondió—. Fue como usted ha dicho; una jaqueca que me partía el cráneo, y fiebre. Una terrible debilidad, y... y sueños tremadamente desagradables. No tenía idea de que no se trataba de la misma enfermedad que afectaba a los otros.

—No hay razones para que lo supiera, supongo. Usted no vio a ninguno de ellos. A menos... ¿Malva le describió la enfermedad? —Se lo pregunté sólo por curiosidad, pero él negó con la cabeza.

—No me gusta oír hablar de esas cosas; mi hija no me las cuenta. De todas formas, ¿para qué ha venido? ¿Qué importa si usted y yo sufrimos de paludismo en lugar de flujo? ¿O cualquier otra persona, para el caso? —Parecía bastante nervioso. Se levantó y empezó a moverse por la cabaña vacilante, trastabillando, de una manera muy distinta de como solía moverse habitualmente.

—La enfermedad es contagiosa —dije, sintiéndome un poco cansada—. Se transmite de una persona a otra. A veces directamente, otras, a través de la comida o el agua compartida entre una persona enferma y otra sana. Todas las personas que contrajeron el flujo vivían cerca de un pequeño manantial en particular; tengo razones para creer que fue el agua de ese manantial lo que les transmitió la ameba... lo que les hizo enfermar. Pero usted y yo... Yo no lo he visto a usted en varias semanas. Ni tampoco he estado cerca de nadie que haya padecido paludismo. ¿A qué se debe que los dos enfermáramos de la misma cosa?

Él me miró fijamente, desconcertado, y con el ceño todavía fruncido.

—No entiendo por qué dos personas no pueden enfermar sin estar en contacto entre sí. Yo, desde luego, he visto esas enfermedades que usted describe: la fiebre de las galeras, por ejemplo, que se contagia en lugares cerrados... Pero

seguramente no todas las enfermedades se comportan de la misma manera, ¿verdad?

—No, tiene razón —admití. Tampoco me encontraba en condiciones de tratar de hacerle entender las nociones básicas de epidemiología o salud pública—. Es posible, por ejemplo, que algunas enfermedades sean transmitidas por mosquitos. La malaria es una de ellas. —Algunas formas de meningitis viral también, y yo pensaba que ésa era la enfermedad de la que me acababa de recuperar—. ¿Recuerda si algún mosquito le picó recientemente?

—Mi querida señora, en este clima terrible, los mosquitos pican a todo el mundo cuando hace mucho calor.

Era cierto. A todos excepto a mí y a Roger. Cada tanto, algún insecto desesperado lo intentaba, pero la mayoría de las veces escapábamos indemnes. Como teoría, yo sospechaba que los mosquitos bebedores de sangre habían evolucionado tan cerca de los humanos a lo largo de los años que, sencillamente, Roger y yo no olíamos bien para ellos, porque habíamos venido de muy lejos en el tiempo. Brianna y Jemmy, que compartían mi información genética pero también la de Jamie, sí sufrían picaduras, pero no con tanta frecuencia como la mayoría de la gente.

No recordaba que ningún mosquito me hubiera picado en los últimos tiempos, aunque también era posible que hubiera sido así y que yo hubiese estado demasiado ocupada como para prestar atención.

—¿Por qué es importante eso? —preguntó Christie.

—No lo sé. Sólo... necesito averiguar las cosas. —También necesitaba recuperar mi vida de la forma más directa que conocía: la práctica de la medicina.

—Ejem —dijo.

Se quedó mirándome, frunciendo el ceño e indeciso, hasta que, de repente, extendió una mano; era la que yo le había operado, según pude ver; la «Z» de la incisión se había desvanecido hasta adoptar un saludable tono rosado pálido, y tenía los dedos rectos.

—Salgamos, pues —dijo, resignado—. La acompañaré a su casa, y si insiste en hacer preguntas impertinentes y molestas respecto de mi salud por el camino, supongo que no podré impedírselo.

Asombrada, le cogí la mano y descubrí que su apretón era firme y sólido, a pesar del aspecto demacrado de su rostro y de la depresión de sus hombros.

—No es necesario que me acompañe a casa —protesté—. ¡Debería estar en la cama!

—Usted también —dijo guiándose hasta la puerta con una mano debajo de mi codo—. Pero si escoge poner en riesgo su salud y su vida emprendiendo un esfuerzo tan inapropiado, bueno, pues yo también puedo. Aunque debería ponerse el sombrero antes de salir —añadió con firmeza.

Conseguimos llegar hasta la casa, deteniéndonos frecuentemente para descansar, jadeando, bañados en sudor, pero al mismo tiempo entusiasmados por la aventura. Nadie me había echado de menos, pero el señor Christie insistió en dejarme dentro, lo que tuvo como resultado que todos se dieran cuenta de mi ausencia *a posteriori* y se enfadaron de inmediato.

Todos los que me vieron me regañaron, me hicieron subir la escalera, y me arrojaron con fuerza a la cama, donde me dijeron que debería considerarme afortunada si me daban pan y leche para cenar. El aspecto más irritante de la situación era Thomas Christie, parado al pie de la escalera con una jarra de cerveza en la mano, observando mientras me llevaban hacia arriba, y con la única sonrisa que yo jamás había visto en su velludo rostro.

—En nombre de Dios, ¿qué crees que estás haciendo, Sassenach? —Jamie tiró del edredón hacia atrás y señaló las sábanas con un gesto perentorio.

—Bueno, me sentía bien, y...

—¡Bien! Tienes el color de la manteca agria, y tiemblas tanto que apenas puedes... deja, yo lo haré. —Resoplando, apartó las manos de las cintas de mis enaguas y me las desató en un periquete—. ¿Te has vuelto loca? —preguntó con furia—. ¿Y si te hubieras caído? ¿Y si enfermabas de nuevo?

—Si se lo hubiera dicho a alguien, no me habrían dejado salir. Y soy médico, ¿sabes? Creo que puedo juzgar mi propio estado de salud.

Jamie se limitó a bufar con más fuerza de lo habitual. Me levantó, me llevó a la cama y me depositó suavemente en ella. Luego se irguió y me dirigió una mirada torva.

—Si no pareciera que estás a punto de desmayarte, Sassenach, te juro que te azotaría el trasero por lo que has hecho.

—No puedes —dije débilmente—. No tengo trasero.

De hecho estaba un poco cansada... bueno, para ser honesta, el corazón me latía a toda velocidad, me zumbaban los oídos y, si no me acostaba de inmediato, era muy probable que me desmayara. Me tumbé y permanecí con los ojos cerrados, sintiendo que la habitación daba vueltas.

A través de esa confusión de sensaciones, tuve la vaga percepción de manos en mis piernas, luego una agradable frescura en mi cuerpo recalentado. Después, algo cálido me envolvió la cabeza como una nube, y agité las manos con fuerza, tratando de quitármelo de encima antes de que me asfixiara.

Salí a la superficie, parpadeando y jadeando, y descubrí que estaba desnuda. Eché un vistazo a mis pálidos, flojos y esqueléticos restos, y tiré de la sábana para cubrirme. Jamie estaba agachado, recogiendo mi camisón, mi combinación y mis enaguas del suelo, añadiéndolos al justillo que había doblado sobre el brazo. Levantó mis zapatos y mis medias y los agregó a la bolsa.

—Tú —dijo, señalándome con expresión acusadora—, no irás a ninguna

parte. No estás autorizada a morir, ¿te ha quedado suficientemente claro? —Oh, de modo que de ahí lo sacó Bree —murmuré—. Creo recordar cierta abadía en Francia —añadí—. Y a un joven muy testarudo muy enfermo. Y a su amigo Murtagh, quien le quitó la ropa para evitar que se levantara y se marchara antes de que se hubiera recuperado.

Silencio. Abrí un ojo. Él estaba totalmente paralizado y la luz crepuscular que entraba por la ventana formaba chispas en su pelo.

—A partir de lo cual —dije en tono coloquial—, si mal no recuerdo, tú te limitaste a subirte a una ventana y escapaste. Desnudo, en pleno invierno. Los rígidos dedos de su mano derecha golpearon su pierna.

—Tenía veinticuatro años. No se suponía que debía ser sensato.

—Eso no lo discutiría ni por un segundo —le aseguré. Abrí el otro ojo y lo miré fijamente—. Pero tú sabes por qué lo hice. Era necesario.

Él respiró hondo, suspiró y dejó mi ropa en el suelo. Se acercó y se sentó en la cama a mi lado. Levantó mi mano y la cogió como si fuera algo precioso y frágil. Pasó el pulgar suavemente por el dorso, recorriendo los huesos desde la falange hasta el cubito, y sentí la extraña y pequeña punzada de un recuerdo distante; la visión de mis propios huesos, brillando azules a través de la piel, y las manos de Master Raymond, rodeando mi vientre inflamado y vacío, diciéndome a través de la niebla de la fiebre: « Llámallo. Llama al hombre rojo» .

—Jamie —dije en voz muy baja.

La luz del sol brilló en el metal de mi plateado anillo de bodas. Él lo cogió entre el pulgar y el índice, y deslizó el pequeño aro de metal suavemente, hacia arriba y hacia abajo de mi dedo, tan delgado que ni siquiera se encalló en el nudillo.

—Ten cuidado —dije—. No quiero perderlo.

—No lo perderás. —Cerró mis dedos y su propia mano se cerró grande y cálida en torno a la mía.

Se quedó un rato sentado junto a mí en silencio, y ambos observamos la franja de sol que se arrastraba lentamente por el cubrecama. *Adso* se había movido sobre ella, para seguir disfrutando de su calor, y la luz cubrió su piel con un suave resplandor plateado, que hacía que los finos pelos que asomaban en sus orejas se vieran diminutos y nítidos.

—Es un gran consuelo ver salir y ponerse el sol —dijo por fin—. Cuando viví en la cueva, cuando estaba en prisión, me daba esperanzas ver la luz llegar e irse, y saber que el mundo seguía su curso.

Estaba mirando por la ventana, hacia la distancia azul donde el cielo se oscurecía hasta el infinito. Su garganta se movió al tragarse saliva.

—Tengo la misma sensación, Sassenach, cuando te oigo trabajar en tu consulta —añadió—, moviendo cosas y jurando entre dientes. —En ese momento volvió la cabeza para mirarme, y sus ojos contenían las profundidades

de la noche que estaba a punto de llegar.

» Si ya no estuvieras allí... o en alguna parte... —dijo en voz muy baja—, entonces el sol ya no saldría ni se pondría. —Me levantó la mano y la besó con suavidad. La dejó, la cerró en torno al anillo, sobre mi pecho, se levantó y se marchó.

Tenía el sueño ligero; ya no caía en el agitado mundo de las pesadillas febriles ni me hundía en la profunda fuente de la inconsciencia como cuando mi cuerpo buscaba recuperarse a través del sueño. No sabía qué me había despertado, pero de repente estaba despierta, alerta y con los ojos bien abiertos, sin el intervalo de la modorra.

Los postigos estaban cerrados pero había luna llena, que proyectaba franjas de suave luz en la cama. Pasé una mano por la sábana a mi lado y luego la levanté por encima de mi cabeza. Oí la respiración de Jamie, que estaba en su sitio acostumbrado, en el suelo, junto a la cama.

Bajé el brazo y me acaricié el cuerpo ligeramente con ambas manos, evaluándolo. La diminuta elevación de los pechos, las costillas, que las podía contar, y la lisa concavidad de mi estómago, entre los huesos de las caderas. Piel y huesos. No mucho más.

—¿Claire? —Algo se agitó en la oscuridad junto a la cama, y la cabeza de Jamie se levantó. Una mano grande y oscura tanteó a través del edredón y me rozó la cadera.

—¿Te encuentras bien, *a nighean*? —susurró—. ¿Necesitas algo?

Estaba cansado; su cabeza yacía en la cama a mi lado, notaba su aliento cálido a través de las enaguas. Si no hubiera sido así de cálido, su roce, su aliento, tal vez no habría tenido el coraje de hacerlo, pero me sentía fría e incorpórea como la misma luz de la luna, de modo que cerré mi espectral mano en torno a la suya y susurré:

—Te necesito.

Se quedó totalmente inmóvil durante un momento, mientras entendía el significado de lo que le había dicho.

—¿No te impedirá conciliar el sueño? —dijo en tono de duda. Tiré de su muñeca como respuesta y él vino.

—Kelpie —dije en voz baja.

Él resopló brevemente y con torpeza, con delicadeza, se deslizó debajo del edredón. El colchón cedió bajo su peso.

Nos quedamos acostados juntos, tímidamente, casi sin tocarnos. Aparte de un débil ruido de sábanas, la casa estaba en silencio.

Por fin, sentí que un largo dedo me presionaba suavemente el muslo.

—Te he echado de menos, Sassenach —susurró.

—Yo también te he echado de menos —dije contra la oscura solidez de su

brazo.

—¿Quieres que te posea, entonces? —dijo en voz baja—. ¿Realmente lo deseas? —Una mano acarició mi hombro; la otra se dirigió hacia abajo e inició el ritmo suave y constante para prepararse.

—Déjame a mí —susurré, deteniendo su mano con la mía—. Quédate quieto.

Le hice el amor al principio como un ladrón furtivo, con caricias presurosas y diminutos besos, robándole el aroma, y el roce y el calor y el gusto de sal. Luego él puso una mano en mi nuca y me acercó a él con más fuerza, más profundamente.

—No tengas prisa, muchacha —dijo en un ronco suspiro—. No iré a ninguna parte.

Dejé que un temblor de muda diversión me atravesara y él suspiró profundamente en el momento en que cerré los dientes con delicadeza a su alrededor y deslicé la mano por encima del peso cálido y con olor a almizcle de sus testículos.

Entonces me levanté sobre él, algo mareada por el repentino movimiento, sintiendo una necesidad urgente. Ambos suspiramos profundamente cuando ocurrió, y sentí el aliento de su risa en mi pecho al inclinarme sobre él.

—Te he echado de menos, Sassenach —volvió a susurrar.

Me avergonzaba que me tocara por lo cambiado que estaba mi cuerpo, y me recliné apoyando ambas manos sobre sus hombros, impidiéndole que me hiciera acercarme a él. Él no lo intentó, en cambio, deslizó sus manos cerradas entre ambos.

Sentí una breve punzada de dolor ante la idea de que el pelo de mis partes pudendas fuera más largo que el de mi cabeza, pero ese pensamiento quedó disipado por la lenta presión de sus grandes nudillos apretando entre mis piernas, balanceándose suavemente hacia adelante y hacia atrás.

Cogí su otra mano y la llevé a mi boca, le chupé los dedos, uno tras otro, y me estremecí, aferrándole la mano con toda mi fuerza.

Todavía la tenía aferrada un poco después, cuando yací a su lado. O, más bien, la estaba sosteniendo, admirando las formas que aún no había visto.

—Tengo manos de albañil —dijo, riéndose un poco cuando pasé los labios con delicadeza sobre los encallecidos nudillos y las puntas todavía sensibles de sus largos dedos.

—Los callos en las manos de los hombres son muy eróticos —le aseguré.

—¿En serio? —Pasó suavemente su mano libre por mi cabeza esquilada y luego la bajó por la espalda. Me estremecí y me apreté con más fuerza contra él, mientras comenzaba a olvidar mi timidez. Mi propia mano libre vagaba por toda la extensión de su cuerpo y jugaba con los arbustos suaves y fibrosos de su pelo y la húmeda ternura de su miembro erecto.

Él arqueó la espalda un poco, luego se relajó.

—Bueno, déjame decirte algo, Sassenach —comentó—. Si no tengo callos allí, no es culpa tuya, créeme.

El que ríe último...

Era un mosquete viejo, fabricado quizá unos veinte años antes, pero en buen estado. El mango estaba pulido por el uso, la madera era hermosa al tacto, y el metal del caño era suave y limpio.

Oso Rampante lo aferró con éxtasis, recorriendo admirado con sus dedos el reluciente caño; luego se lo llevó a la nariz para oler el embriagador perfume del aceite y la pólvora, y después llamó a sus amigos para que ellos también lo olieran.

Cinco caballeros habían recibido mosquetes de las pródigas manos de Pájaro-que-canta-en-la-mañana, y reinaba una atmósfera de alegría en la casa, que se extendía en oleadas por la aldea. El propio Pájaro, al que todavía le quedaban veinticinco mosquetes para repartir, estaba ebrio con la sensación de una riqueza y un poder inestimables, y, por tanto, dispuesto a recibir a cualquiera y cualquier cosa.

—Él es Hiram Crombie —le dijo Jamie en tsalagi, señalando al propio Crombie, que había estado de pie a su lado, pálido, en todas las conversaciones preliminares—. Ha venido a ofrecer su amistad y a contar historias de Cristo.

—Oh, ¿vuestro Cristo? ¿El que bajó al submundo y regresó? Siempre quise saber si había encontrado a la mujer cielo allí, o a Topo. Topo me cae bien; me gustaría saber qué le dijo. —Pájaro se tocó el colgante de piedra que llevaba al cuello, una pequeña talla roja de Topo, el guía del submundo.

El señor Crombie tenía el entrecejo fruncido, pero por suerte el tsalagi le costaba mucho y Pájaro hablaba rápido. Ian, por su parte, no había encontrado ocasión de enseñarle a Hiram la palabra para Topo.

Jamie tosió.

—Estoy seguro de que te relatará con agrado todas las historias que conoce —dijo—. Señor Crombie —añadió, pasando momentáneamente al inglés—. Tsisqua le da la bienvenida.

Los orificios nasales de Penstemon, la esposa de Pájaro, se abrieron delicadamente; Crombie sudaba de nerviosismo y olía como un chivo. Hizo una profunda reverencia y le entregó a Pájaro el cuchillo que había traído de regalo, recitando lentamente el discurso elogioso que había memorizado previamente. Y lo hizo bastante bien, pensó Jamie; sólo se equivocó en la pronunciación de un par de palabras.

—He venido a t-traerte gran alegría —terminó, tartamudeando y sudoroso.

Pájaro miró a Crombie —pequeño, tenso, y totalmente empapado— durante

un largo e inescrutable momento, luego volvió a mirar a Jamie.

—Eres un hombre extraño, Matador de Osos —dijo—. ¡Comamos!

Era otoño: ya había terminado la cosecha y la caza había sido buena. De modo que el Festín de las Armas fue una ocasión notable, con wapiti, venado y jabalíes a los que se alzaba humeantes de pozos y luego se asaban sobre rugientes fuegos, con bandejas rebosantes de maíz, calabaza asada y platos de judías condimentadas con cebolla y coriandro, platos de potaje, y docena tras docena de pequeños peces rebozados con harina de maíz, fritos en grasa de oso, de carne crujiente y dulce.

El señor Crombie, que al principio estaba muy tenso, comenzó a relajarse bajo la influencia de la comida, la cerveza negra y todas las atenciones que se le brindaban. Buena parte de esas atenciones, pensaba Jamie, se debían al hecho de que Ian, con una amplia sonrisa en el rostro, se mantenía todo el tiempo al lado de su alumno, indicándole y corrigiéndole, hasta que Hiram se sintiera más cómodo con el idioma y pudiera arreglárselas solo. Ian era extremadamente popular, en especial entre las jóvenes de la aldea.

En cuanto a él mismo, estaba disfrutando mucho del festín; liberado de sus responsabilidades, no tenía nada que hacer salvo hablar, escuchar y comer... y a la mañana siguiente se marcharía.

Era un sentimiento extraño y no estaba seguro de haberlo experimentado antes. Él había pasado por muchas despedidas, la mayoría tristes, muy pocas llevadas a cabo con una sensación de alivio; algunas le habían desgarrado el corazón y lo habían dejado dolorido. Pero esa noche, no. Todo parecía extrañamente ceremonioso, algo que se hacia conscientemente por última vez, y sin embargo no había ninguna tristeza en ello.

Era la sensación de llevar algo a término, supuso. Había hecho lo que había podido, y debía dejar que Pájaro y los otros se las arreglaran por su cuenta. Quizá volvería alguna vez, pero ya no por obligación, en su papel de agente del rey.

Esa idea era peculiar en sí misma. Nunca había vivido sin la conciencia de una lealtad —aceptada o no, deliberada o no— a un rey, ya fuera la casa alemana de Jorge o los Estuardo. Hasta ese momento.

Por primera vez, tuvo un atisbo de lo que su esposa y su hija trataban de decirle.

Se dio cuenta de que Hiram estaba intentando recitar uno de los salmos.

« El buen aceite sobre la cabeza, que desciende sobre la barba... » .

Penstemon echó un receloso vistazo a la pequeña jarra de grasa de oso derretida que usaban como condimento, y miró a Hiram con los ojos entornados, con la evidente intención de quitarle la jarra si trataba de verter la grasa en su cabeza.

—Es una historia de sus ancestros —le explicó Jamie mientras se encogía

brevemente de hombros—. No es su propia costumbre.

—Ajá. —Ella se relajó un poco, pero no dejó de vigilar a Hiram. Era un invitado, pero tampoco se podía confiar en que todos los invitados se comportaran como era debido.

De todas formas, Hiram no hizo nada impropio, y a pesar de sus muchas protestas de que ya estaba lleno y sus torpes cumplidos a sus anfitriones, lo convencieron de que comiera hasta que casi se le salieron los ojos de las cuencas, lo que los dejó muy satisfechos.

Ian permanecería allí unos cuantos días, para asegurarse de que Hiram y la gente de Pájaro llegaran a algún tipo de acuerdo. Pero Jamie no estaba del todo seguro de que el sentido de responsabilidad de Ian superara su sentido del humor. En cierta manera, el sentido del humor de Ian se acercaba al de los indios. Por tanto, tal vez una palabra de Jamie no estaría de más, sólo como precaución.

—Tiene esposa —le dijo a Pájaro, señalando con un gesto a Hiram, que estaba absorto en una íntima conversación con dos de los mayores—. Creo que no vería con buenos ojos que le mandaran una joven a la cama. Tal vez podría tratarla de forma grosera, porque no entendería que es un cumplido.

—No te preocunes —intervino Penstemon, que lo había oído. Miró a Hiram y sus labios se curvaron de desdén—. Nadie querría un hijo suyo. En cambio, un hijo tuyo, Matador de Osos... —Lo miró largamente desde debajo de las pestañas, y él se echó a reír, al tiempo que le dirigía un gesto de respeto.

Era una noche perfecta, fría y clara, y habían dejado la puerta abierta para que entrara el aire. El humo del fuego se elevaba en línea recta, hacia el agujero del techo, y sus volutas parecían espíritus que ascendían, alegres.

Todos habían comido y bebido hasta alcanzar un agradable aletargamiento, y se produjo un silencio momentáneo y una penetrante sensación de paz y felicidad.

—Es bueno que los hombres coman como hermanos —le comentó Hiram a Oso Rampante en su entrecortado tsalagi. O, en realidad, lo intentó. Después de todo, reflexionó Jamie, la diferencia entre «como hermanos» y «a sus hermanos» era mínima.

Oso Rampante le dirigió una mirada pensativa a Hiram y se apartó ligeramente de él.

Pájaro observó lo que ocurría y, después de un momento de silencio, se volvió hacia Jamie.

—Eres un hombre muy extraño, Matador de Osos —repitió, meneando la cabeza—. Tú ganas.

*Al Sr. John Stuart,
superintendente del Departamento
Sureño de Asuntos Indios*

*Del Sr. James Fraser,
del cerro de Fraser,
el primer día de noviembre.
Anno Domini de 1774*

Estimado señor:

*La presente es para comunicarle mi renuncia como agente indio, puesto que considero que mis convicciones personales ya no me permitirán desempeñar con la conciencia limpia mi cargo en nombre de la Corona.
Agradeciendo su amable atención y sus numerosos favores, le mando mis mejores deseos y sigo siendo*

*Su más humilde servidor,
J. Fraser*

Novena parte

Los Huesos Del Tiempo

Salvajes

Sólo faltaban dos días. El charco de cera líquida brilló con la luz de la mecha flameante y las joyas empezaron a aparecer lentamente, una verde, otra negra, resplandeciendo con su propio fuego interior. Con mucha delicadeza, Jamie sumergió una pluma de ganso en la cera derretida, atrapó la esmeralda y la levantó hacia la luz.

Dejó caer la piedra caliente en el pañuelo que yo sostenía y yo la froté rápidamente, para quitarle la cera antes de que se endureciera.

—Nuestras reservas no son muy abundantes —dije, en un intranquilo tono de broma—. Esperemos que no haya más emergencias caras.

—No pienso tocar el diamante negro de ninguna manera —declaró Jamie, y sopló la mecha para apagarla—. Ése es para ti.

—¿Qué quieres decir?

Él extendió la mano para coger la esmeralda con el pañuelo.

—Si yo muero, cógela y márchate. Vuelve a través de las piedras.

—Oh. No estoy segura de que quisiera hacerlo —repuse.

No me gustaba hablar sobre ninguna situación que implicara la muerte de Jamie, pero no tenía sentido ignorar las posibilidades. Batallas, enfermedades, prisión, accidentes, asesinato...

—Tú y Bree no hacíais más que prohibirme que muriera —dije—. Yo haría lo mismo, si tuviera la más mínima esperanza de que me prestariás un poco de atención.

—Siempre escucho tus palabras, Sassenach —me aseguró en tono grave—. Pero tú misma dices que el hombre propone y Dios dispone, y si Él considerara adecuado disponer de mí... tú regresa.

—¿Por qué? —dije, irritada e intranquila. No tenía ganas de revivir el recuerdo de cuando Jamie me había mandado de regreso a través de las piedras en las vísperas de Culloden—. Me quedaría con Bree y Roger, ¿no? Jem, Marsali y Fergus, Germain, Henri-Christian y las niñas... todos están aquí. ¿Para qué tendría que volver, después de todo?

Jamie sacó la piedra del paño, la hizo girar entre los dedos y me miró con expresión pensativa, como si estuviera decidiéndose a decirme algo. Algunos de los pequeños pelos de mi nuca empezaron a erizarse.

—No lo sé —dijo por fin, meneando la cabeza—. Pero te he visto allí.

—¿Me has visto, dónde?

—Allí. —Agitó la mano en un vago gesto—. He soñado contigo allí. No sé

dónde era; sólo sé que era allí... en la época que te corresponde.

—¿Cómo lo sabes? —exigi saber—. ¿Qué estaba haciendo?

—No me acuerdo exactamente —dijo con lentitud—. Pero sabía que era en esa época, por la luz. —Sus cejas se aclararon de pronto—. Eso es. Estabas sentada a un escritorio, con algo en la mano, quizás escribiendo. Y había mucha luz a tu alrededor, alumbrándote la cara, el pelo. Pero no era la luz de una vela, ni tampoco fuego o sol. Y recuerdo haber pensado para mis adentros, cuando te vi: « Oh, de modo que así es la luz eléctrica » .

Lo contemplé fijamente, con la boca abierta.

—¿Cómo puedes reconocer en un sueño algo que jamás has visto en la vida real?

—Todo el tiempo sueño con cosas que no he visto, Sassenach. ¿Tú no?

—Bueno —dije con inseguridad—. Si, a veces. Monstruos, plantas extrañas, supongo. Paisajes peculiares. Y, sin duda, con personas que no conozco. Pero ¿no crees que eso es distinto? ¿Ver algo de lo que has oído hablar pero que jamás has visto?

—Bueno, lo que vi tal vez no sea igual que la luz eléctrica de verdad. Pero eso es lo que me dije para mis adentros cuando la vi. Y estaba totalmente seguro de que te encontrabas en tu propia época. Y, después de todo, yo sueño con el pasado. ¿Por qué no podría soñar con el futuro?

No había una buena respuesta para un comentario tan celta como aquél.

—Bueno, supongo que tienes razón —asentí. Me froté el labio inferior en un gesto de duda—. ¿Cuántos años tenía yo en ese sueño tuyo?

Él pareció sorprendido, luego vacilante, y me examinó la cara de cerca, como si tratara de compararla con una visión mental.

—Bueno, no lo sé. No pensé en ello... No me fijé en si tenías el pelo blanco o algo así... Sólo eras... tú. —Se encogió de hombros, luego miró la piedra en mi mano—. ¿La notas caliente al tacto, Sassenach?

—Claro que sí. Estaba rodeada de cera caliente, por el amor de Dios. —Sin embargo, sentí una suave pulsación en la esmeralda que tenía en la mano, caliente como mi propia sangre y latiendo como un corazón en miniatura. Y cuando se la pasé, sentí una pequeña, peculiar vacilación... como si la piedra no quisiera dejarme.

—Dásela a MacDonald —agregué, frotándome la mano contra un lado de la falda—. Lo oigo fuera, hablando con Arch; querrá marcharse.

MacDonald había llegado al cerro a toda velocidad en medio de un diluvio el día anterior, para informarnos de que había encontrado una imprenta en New Bern que estaba en venta.

—El dueño se marchó... de manera no del todo voluntaria —nos dijo, chorreando agua y secándose junto al fuego—. Sus amigos quieren vender las

instalaciones y el equipo rápidamente, antes de que los puedan confiscar o destruir, y así conseguirle fondos para que se reinstale en Inglaterra.

«De una manera no del todo voluntaria» significaba que el dueño de la imprenta era un leal a la Corona al que el comité de seguridad había secuestrado en plena calle y lo había obligado a subirse a un barco que partía rumbo a Inglaterra. Esa forma de deportación improvisada se estaba haciendo cada vez más frecuente, y si bien era más humana que la brea y las plumas, también significaba que el impresor llegaría a Inglaterra sin un penique y además debiendo dinero por el pasaje.

—Me crucé con algunos de sus amigos en una taberna; se rasgaban las vestiduras por el triste destino del impresor y bebían a su salud... Entonces les comenté que tal vez yo pudiera serles de provecho —declaró el mayor, henchido de satisfacción—. Eran todo oídos cuando les dije que tal vez usted, sólo tal vez, podría tener dinero contante y sonante.

—¿Qué le hace pensar que lo tengo, Donald? —preguntó Jamie.

MacDonald pareció sorprendido, luego adoptó una expresión cómplice.

—Oigo rumores, aquí y allá. Se dice que usted tiene una pequeña reserva de joyas... o al menos eso me ha comentado un mercader de Edenton cuyo banco tuvo que recibir una de ellas.

Jamie y yo nos miramos.

—Bobby —dijo, y él asintió en un gesto de resignación.

—Bueno, en cuanto a mí, seré una tumba —dijo MacDonald—. Pueden confiar en mi discreción, sin duda alguna. Y no creo que la historia se haya difundido mucho. Pero, por otra parte... un pobre no anda por ahí comprando mosqueteros a docenas, ¿no es cierto?

—Oh, tal vez sí —repuso Jamie, resignado—. Podría sorprenderse, Donald. Pero tal y como están las cosas... Supongo que podríamos llegar a un acuerdo. ¿Cuánto piden los amigos del impresor...?, ¿y ofrecen algún seguro, en caso de incendio?

MacDonald había conseguido autorización para negociar en nombre de los amigos del impresor, puesto que éstos estaban ansiosos por vender la problemática propiedad antes de que alguna alma patriótica le prendiera fuego, de modo que la negociación se llevó a cabo en el acto. El mayor bajó corriendo la montaña para canjear la esmeralda por dinero, cerró el pago en la imprenta y dejó el resto en manos de Fergus para los crecientes gastos que se producirían. Por otra parte, se ocupó de que se supiera en New Bern que en poco tiempo la propiedad tendría una nueva dirección.

—Y si alguien pregunta por la posición política del nuevo dueño... —dijo Jamie. A lo que MacDonald se limitó a asentir con gesto de sabiduría.

Yo estaba bastante segura de que Fergus no tenía ninguna posición política

verdadera; más allá de su familia, sólo le era leal a Jamie. Pero, una vez que se cerraron los tratos y comenzó el frenesí de hacer las maletas, Jamie tuvo una conversación seria con Fergus.

—Bueno, las cosas no serán como en Edimburgo. Sólo hay otra imprenta en el pueblo, y, por lo que dice MacDonald, el otro impresor es un anciano, muy temeroso del comité y también del gobernador, de modo que no imprime nada salvo libros de sermones y volantes anunciando carreras de caballos.

—*Très bon* —dijo Fergus, con un aspecto feliz. Se había encendido como un farol chino cuando se enteró de la noticia—. Nos ocuparemos de todo el negocio de la prensa, por no mencionar la impresión de obras escandalosas y panfletos; nada como la sedición y el descontento para favorecer el negocio de la imprenta, milord, usted lo sabe muy bien.

—Sí, lo sé. Por eso tengo la intención de insistir en que cudes de tu cabeza. No quiero enterarme de que te han colgado por traición, o de que te han embreado y emplumado por no ser lo bastante traidor.

—Oh, eso. Sé bastante bien cómo se juega a este juego, milord.

—Sí, es cierto. Pero han pasado algunos años. Tal vez hayas perdido la práctica. Y no sabes quién es quién en New Bern; no te conviene descubrir que estás comprándole carne al hombre que has atacado en el periódico de esa mañana, ¿entiendes?

—Yo me ocuparé de eso, papá. —Marsali estaba sentada junto al fuego, dando de comer a Henri-Christian, y prestando atención a lo que se hablaba—. Nos cuidaremos, te lo prometo.

El ceño fruncido de Jamie se relajó al mirarla.

—Te echaré de menos, muchacha —dijo en voz baja.

—Yo también te echaré de menos, papá. Todos lo haremos. Y Germain no quiere dejar a Jem, desde luego. Pero... —Sus ojos volvieron a Fergus, que estaba preparando una lista de suministros y silbando *Alouette* entre dientes, y abrazó con más fuerza a Henri-Christian, haciendo que el bebe moviera las piernas como protesta.

—Sí, lo sé. —Jamie tosió, para ocultar su emoción—. Bueno, pues, pequeño Fergus. Tendrás un poco de dinero; asegúrate de sobornar al alguacil y al vigilante en primer lugar. MacDonald me ha dado los nombres del Concejo Real, y de los principales miembros de la asamblea; él te ayudara con el concejo, puesto que trabaja para el gobernador. Muévete con tacto, ¿de acuerdo? Pero ocúpate de que reciba lo suyo; nos ha sido de gran ayuda en este asunto.

Fergus asintió, con la cabeza inclinada sobre el papel.

—Papel, tinta, plomo, sobornos, cuero, pinceles —dijo, mientras escribía de prisa y reanudaba su canturreo ausente—: *Alouette, gentil alouette...*

Era imposible hacer subir una carreta al cerro; la única forma de llegar era a

través del estrecho sendero que subía la ladera desde Coopersville, lo que era uno de los factores que habían llevado a que esa pequeña encrucijada se convirtiera en un pequeño caserío, puesto que era el lugar donde los vendedores ambulantes y otros viajeros tendían a detenerse, y luego, desde allí, hacían breves incursiones a pie hacia la montaña.

—Lo que está muy bien para desalentar una invasión hostil del cerro —le dije a Bree, jadeando, al tiempo que dejaba a un costado del sendero una gran lona que envolvía un montón de candelabros, vasijas y otros pequeños objetos hogareños—. Pero, por desgracia, también hace que sea bastante difícil salir del condenado cerro.

—Supongo que a papá nunca se le ocurrió que alguien quisiera marcharse —respondió ella, gruñendo mientras dejaba en el suelo su propia carga: el caldero de Marsali, cargado de quesos, sacos de harina, judías y arroz, además de una caja de madera llena de pescado seco y una bolsa de hilo con manzanas—. Esto pesa una tonelada.

Se dio la vuelta y gritó «¡GERMAIN!». Silencio sepulcral. Se suponía que Germain y Jemmy se encargarían de arrear a *Mirabel*, la cabra, hasta la carreta. Habían salido de la cabaña junto a nosotras, pero constantemente se quedaban rezagados.

No se oyó ningún grito ni ningún */beee!* en el sendero, pero apareció la señora Bug, avanzando con dificultad bajo el peso de la rueca de Marsali, que cargaba en la espalda, y con el ronzal de *Mirabel* en una mano. *Mirabel*, una cabra blanca con manchas grises, baló de alegría al vernos.

—La encontré a la pobre atada a un arbusto —dijo la señora Bug—. No hay señales de los muchachos, perversas criaturas...

Brianna masculló un gruñido grave que presagiaba algo malo para Jemmy o Germain, si los atrapaba. Pero antes de que pudiera lanzarse en su busca, aparecieron Roger y el joven Ian, cada uno de ellos sosteniendo un extremo del telar de Marsali, desmontado para la ocasión y convertido en un gran paquete de pesadas maderas. Pero al ver el atasco de tráfico en el camino, se detuvieron y dejaron su carga en el suelo con suspiros de alivio.

—¿Qué falta? —preguntó Roger con el ceño fruncido—. ¿Dónde están Jem y Germain?

—Apuesto lo que quieras a que esos pequeños demonios están escondidos —dijo Bree, al tiempo que se apartaba de la cara un mechón de pelo rojo. Se le había deshecho la trenza, y unas desordenadas hebras de pelo se le pegaban al rostro a causa del sudor.

—¿Queréis que vaya a mirar? —preguntó Ian, asomando de debajo del cuenco de madera para pudines que llevaba encima de la cabeza—. No habrán ido muy lejos.

Unos sonidos de pies presurosos provenientes de abajo hizo que todos se

volvieran en esa dirección en actitud expectante; pero no eran los muchachos, sino Marsali, que venía jadeando y con los ojos muy abiertos.

—Henri-Christian —dijo con esfuerzo, mientras sus ojos recorrían velozmente el grupo—. ¿Lo tenéis vosotras, mamá Claire? ¿Bree?

—Pensaba que lo llevabas tú —dijo Bree, imitando la urgencia del tono de Marsali.

—Sí. El pequeño Aidan McCallum estaba cuidándolo mientras yo cargaba cosas en la carreta. Pero entonces me detuve para darle de comer —dijo al tiempo que se rozaba el pecho con una mano—, ¡y los dos se habían esfumado! Pensé que tal vez... —Sus palabras se desvanecieron cuando empezó a escudriñar los arbustos a lo largo del sendero—. Lo estrangularé —dijo con los dientes apretados—. ¿Y dónde está Germain? —gritó al ver a *Mirabel*, que había aprovechado la parada para mordisquear unos sabrosos cardos a la vera del camino.

—Esto comienza a parecer un plan —observó Roger, evidentemente divertido. Me di cuenta de que Ian también encontraba algo gracioso en la situación, pero las feroces miradas de las alteradas mujeres presentes borraron las sonrisas de sus rostros.

—Id a buscarlos, por favor —dije, al ver que Marsali estaba a punto de estallar.

—Sí, hacedlo —asintió ella—. Y dadles una paliza cuando los encontréis.

—¿Sabes dónde están? —preguntó Ian, protegiéndose los ojos del sol para mirar a través de una depresión de rocas caídas.

—Creo que sí. Por aquí. —Roger se abrió paso a través de una maraña de *cassine* y árbol de Judas, con Ian detrás, y apareció en la orilla del pequeño arroyo que, en esa zona, corría paralelo al sendero. Más allá, divisó el sitio favorito de pesca de Aidan, pero allí no había señales de vida.

En cambio, giró en dirección ascendente, avanzando a través de un pasto grueso y seco y rocas sueltas a lo largo de la orilla. La mayoría de las hojas habían caído de los castaños y los álamos, y yacían en alfombras resbaladizas y doradas a sus pies.

Aidan le había enseñado el sitio secreto un tiempo atrás; una cueva poco profunda, de apenas un metro de alto, oculta en una empinada elevación cubierta por arbustos y retoños de roble. Los robles estaban desnudos, y la abertura de la cueva era fácil de encontrar, si uno sabía dónde buscarla. En ese momento era especialmente visible, porque salía humo de ella, dejando un intenso olor en el aire frío y seco.

Ian alzó una ceja. Roger comenzó a subir por la cuesta, sin hacer ningún esfuerzo por guardar silencio. Se oyó un fuerte ruido dentro de la caverna, golpes y gritos ahogados, y el velo de humo se agitó y se detuvo, reemplazado por un

fuerte siseo y una nubecilla gris oscuro proveniente de la entrada de la cueva, cuando alguien echó agua sobre el fuego.

Mientras tanto, Ian había trepado por la roca hasta lo alto de la caverna, donde vio una pequeña grieta de la que salía una diminuta voluta de humo. Aferrado con una mano a un cornejo que crecía en la piedra, se inclinó peligrosamente hacia afuera y, llevándose la otra mano a la boca, lanzó un temible alarido mohawk en dirección a la grieta.

Unos gritos de terror salieron de la cueva, seguidos por un grupo de muchachos que se caían y tropezaban en su prisa por huir.

—¡Bueno, basta! —Roger agarró hábilmente a su propio vástagos del cuello cuando éste pasó corriendo por su lado—. Se acabó el juego, amiguito.

Germain, con la robusta silueta de Henri-Christian aferrada al pecho, intentaba escapar por la ladera, pero Ian lo alcanzó de un salto, y le quitó al bebé, obligándolo a parar a regañadientes.

Sólo Aidan seguía libre. Al ver a sus camaradas en cautividad, vaciló al borde de la cuesta. Era evidente que quería huir pero, en un gesto noble, se entregó y regresó arrastrando los pies para compartir la suerte de aquéllos.

—Muy bien, muchachos; lo lamento —dijo Roger, compasivo; Jemmy llevaba varios días disgustado por la idea de la partida de Germain.

—Pero no queremos marcharnos, tío Roger —dijo Germain—. Nos quedaremos aquí; podemos vivir en la cueva y comer de lo que cacemos.

—Sí, señor, y yo también, y Jem; compartiremos la comida con ellos —se sumó Aidan en ansioso apoyo de su amigo.

—He traído algunas de las cerillas de mamá, para que tengan fuego y estén calientes —intervino Jem con entusiasmo—. ¡Y también una hogaza de pan! —De modo que ya ves, tío... ¡No causaremos ningún problema!

—¿De modo que ningún problema? —dijo Ian, con la misma compasión—. Eso díselo a tu madre, ¿de acuerdo?

Germain se llevó las manos a la espalda de modo reflejo y se aferró las nalgas en actitud protectora.

—¿En qué estabas pensando cuando arrastraste a tu hermanito ahí arriba? —le dijo Roger con un poco más de severidad—. ¡Casi no puede caminar! Si se hubiera apartado dos palmos de allí —añadió señalando la cueva con un gesto—, se habría caído al arroyo y se habría roto el cuello.

—¡Oh, no, señor! —dijo Germain, escandalizado. Rebuscó en el bolsillo y extrajo un pedazo de cuerda—. Pensaba atarlo cuando yo no estuviera allí para que no se fuera ni se cayera. Pero no pensaba dejarlo; se lo prometí a *maman* cuando nació. Le dije que jamás lo dejaría solo.

Las lágrimas comenzaban a surcar las delgadas mejillas de Aidan. Henri-Christian, totalmente confundido, comenzó a lanzar alardos de commiseración, lo que hizo que el labio inferior de Jem también empezara a temblar. Se soltó del

apretón de Roger, corrió hacia Germain y lo agarró con afecto por la cintura.

—Germain no puede irse, papá, ¡por favor, no lo obligues a irse!

Roger se frotó la nariz, intercambió una breve mirada con Ian y suspiró.

Se sentó en una roca y llamó con un gesto a Ian, que parecía tener alguna dificultad en decidir de qué manera coger a Henri-Christian. Le entregó el bebé con un alivio perceptible, y el pequeño, sintiendo la necesidad de seguridad, se agarró de la nariz de Roger con una mano y del pelo con la otra.

—Mira, *a bhailach* —dijo éste—. El pequeño Henri necesita que su madre lo alimente. Casi no tiene dientes, por el amor de Dios... no puede vivir aquí en la selva, comiendo carne cruda con vosotros, salvajes.

—¡Sí que tiene dientes! —repuso Aidan categóricamente, extendiendo un dedo índice mordido como prueba—. ¡Mire!

—Come papilla —intervino Germain, pero con cierta inseguridad en la voz—. Le haríamos un puré de galletas con leche.

—Henri-Christian necesita a su madre —repitió Roger—, y tu madre te necesita a ti. No esperarás que se las arregle sola con una carreta y dos mulas, cargando con tus hermanas todo el camino hasta New Bern, ¿verdad?

—Pero papá puede ayudarla —protestó Germain—. ¡Las chicas le hacen caso a él y a nadie más!

—Tu papá ya se ha ido —le informó Ian—. Se ha adelantado para encontrar un sitio para que viváis todos vosotros, una vez que lleguéis allí. Tu madre debe seguirlo con todas vuestras pertenencias. Roger Mac tiene razón, *a bhailach*... Tu madre te necesita.

El rostro de Germain empalideció un poco. Miró a Jemmy con desesperación, sin soltarlo, luego a Aidan, que estaba en la colina, y tragó saliva.

—Bueno, pues —dijo. Con mucha suavidad, rodeó los hombros de Jemmy con sus brazos y le besó la coronilla de su cabeza roja y redonda—. Volveré, primo —prometió—. Y tú vendrás a visitarme junto al mar. Tú también vendrás —le aseguró a Aidan, levantando la mirada. Aidan cogió aire, tratando de no llorar, asintió, y bajó lentamente la cuesta.

Roger extendió su mano libre y, con suavidad, cogió a Jemmy.

—Súbete a mi espalda, *mo chuisle* —dijo—. Es una cuesta empinada; te bajaré a caballito.

Sin esperar que se lo pidieran, Ian se inclinó y cogió a Aidan, que rodeó con las piernas la cintura del joven, ocultando su rostro lloroso en su camisa de ante.

—¿Tú también quieres subir a caballo? —le preguntó Roger a Germain—, Ian puede llevarte, si lo deseas.

Ian asintió y extendió la mano, pero Germain negó con la cabeza.

—*Non*, tío Roger —dijo en un tono casi inaudible—. Iré caminando. —Y comenzó a descender con cuidado la empinada cuesta.

Una estampida de castores

25 de octubre de 1774

Llevaban una hora de caminata cuando Brianna empezó a darse cuenta de que no estaban buscando animales para cazar. Habían visto las huellas de una pequeña manada de ciervos, con excrementos tan recientes que todavía estaban blandos y húmedos, pero Ian no les prestó atención y siguió subiendo la cuesta con una obcecada determinación.

Rollo los había acompañado, pero después de varios intentos de atraer la atención de su amo hacia unos olores prometedores, los abandonó, asqueado, y se marchó corriendo para llevar a cabo su propia cacería.

La subida era demasiado empinada como para permitirles mantener una conversación. Encogiéndose mentalmente de hombros, Brianna lo siguió, pero mantenía la mano sobre el arma y la mirada en los arbustos, vigilando por si acaso.

Habían partido del cerro al amanecer; era bastante más tarde del mediodía cuando por fin hicieron una pausa, en la orilla de un pequeño arroyo. Una parra silvestre se enredaba en torno al tronco de un caqui que se desplegaba por encima de la orilla; algunos animales se habían llevado la mayoría de las uvas, pero todavía colgaban unos cuantos racimos encima del agua, fuera del alcance para prácticamente cualquiera excepto la más audaz de las ardillas, o una mujer alta.

Se quitó los mocasines y vadeó el arroyo, sofocando un grito por la helada sensación del agua en los tobillos. Las uvas estaban tan maduras que parecían a punto de reventar. Las ardillas no las habían alcanzado, pero las avispas, sí, de modo que Bree vigiló cautelosamente por si aparecían esas invasoras al tiempo que retorcía el resistente tallo de un racimo especialmente suculento.

—¿Quieres decirme qué es lo que estamos buscando en realidad? —preguntó, dándole la espalda a su primo.

—No —respondió él, con una sonrisa.

—Oh, ¿de modo que es una sorpresa? —Arrancó el tallo y se giró para tirarle las uvas.

Él atrapó el racimo con una mano y dejó las uvas sobre la orilla.

—Algo así.

—Siempre que no hayamos salido sólo a dar un paseo. —Brianna arrancó

otro racimo y chapoteó hasta la orilla, para sentarse a su lado.

—No, no es eso.

Ian se metió dos uvas en la boca, las masticó, y escupió el pellejo y las semillas con la facilidad de una vieja costumbre. Ella probó las suyas de una manera más recatada, partiendo una por el medio de un mordisco y quitando las pepitas con una uña.

—Deberías comerte la piel, Ian; tiene vitaminas —dijo.

Él levantó un hombro en un gesto de escepticismo, pero no dijo nada. Tanto ella como su madre le habían explicado lo que eran las vitaminas en numerosas ocasiones, pero casi sin efecto alguno.

—¿Está mucho más lejos, la sorpresa?

La piel de las uvas era, de hecho, muy amarga. La boca de Brianna se frunció involuntariamente cuando mordió una. Ian, que no dejaba de comer y escupir, lo notó y le sonrió.

—Sí, un poco más.

Ella echó un vistazo al horizonte; el sol bajaba por el cielo. Si volvían en ese momento, oscurecería antes de que llegaran a casa.

—¿Cuánto más? —Escupió la destrozada piel de la uva en la mano y luego se la limpió en la hierba.

—Bueno... creo que llegaremos mañana al mediodía.

—¿Qué? ¡Ian! —Él parecía avergonzado e inclinó la cabeza.

—Lo siento, prima. Sé que debería habértelo dicho antes... pero pensé que no vendrías si te contaba lo lejos que estaba.

Una avispa se posó sobre el racimo de uvas que Brianna tenía en la mano y ella la espantó en un gesto de irritación.

—Sabes que no habría venido. Ian, ¿en qué pensabas? ¡A Roger le dará un ataque!

—¿Un ataque? ¿Roger Mac? No lo creo.

—Bueno, de acuerdo, no le dará un ataque... pero se preocupará. ¡Y Jemmy me echará de menos!

—No, estarán bien. Le dije al tío Jamie que nos iríamos tres días, y él dijo que llevaría al pequeño a la Casa Grande. Con tu madre, Lizzie y la señora Bug preocupándose por él, el pequeño Jem ni siquiera notará tu ausencia.

—Como si lo viera: se lo has dicho a papá, él te ha dicho que muy bien y habéis pensado que no había ningún problema en... arrastrarme al bosque durante tres días, sin decirme lo que ocurría. ¡Sois...!

—Prepotentes, insufribles, bestiales escoceses —dijo Ian, en una imitación tan perfecta del acento inglés de su madre que ella se echó a reír a carcajadas, a pesar de su irritación.

—Sí —asintió Bree, limpiándose el zumo de uva con que se había salpicado el mentón—. ¡Exacto!

Él seguía sonriendo, pero su expresión había cambiado; ya no bromeaba.

—Brianna —dijo en voz baja—. Es importante, ¿de acuerdo? Ian ya no sonreía. Tenía los ojos clavados en los de ella, cálidos pero serios. Esos ojos avellanados eran el único rasgo bello del rostro de Ian Murray, pero tenían una mirada tan sincera, franca y dulce que parecía que te había dejado espiar dentro de su alma, sólo por un instante. Brianna había tenido ocasión antes de preguntarse si él era consciente de ese particular efecto; pero incluso aunque lo fuera, costaba mucho resistirse a él.

—De acuerdo —dijo, todavía irritada pero resignada—. De acuerdo. Pero de todas formas deberías habérmelo dicho. ¿No me lo dirás, ni siquiera ahora?

Él negó con la cabeza, mirando la uva que estaba separando del tallo.

—No puedo —respondió sencillamente. Se metió la uva en la boca y se volvió para abrir su mochila que abultaba sospechosamente—. ¿Quieres pan, prima, o un poco de queso?

—No, vámmonos. —Brianna se incorporó y se quitó hojas secas de los pantalones—. Cuanto antes lleguemos a donde sea que vayamos, antes regresaremos.

Se detuvieron una hora antes de que anocheciera, cuando todavía había bastante luz para juntar madera. La abultada mochila contenía, finalmente dos mantas, así como comida y una jarra de cerveza; muy bien recibida después de haber andado prácticamente todo el día cuesta arriba.

—Oh, ésta es una buena partida —dijo ella con aprobación, olfateando el cuello de la jarra—. ¿Quién la hizo?

—Lizzie. Le cogió el tranquillo después de ver a *Frau Ute*. Antes de eh... ejem. —Una delicada interjección escocesa resumió las dolorosas circunstancias que rodeaban la disolución del compromiso de Lizzie.

—Mmm. Qué pena aquello, ¿no? —Bree bajó las pestañas, observándolo de reojo y esperando que dijera algo más sobre Lizzie. Hubo un tiempo en el que daba la impresión de que ellos dos se gustaban bastante; pero él se había marchado con los iroqueses, y cuando regresó ella estaba comprometida con Manfred McGillivray. Ahora que los dos estaban libres nuevamente...

Pero él hizo a un lado su comentario sobre Lizzie encogiéndose de hombros simplemente, y se concentró en el tedioso proceso de hacer fuego. Había hecho calor durante el día y aún quedaba una hora de luz, pero las sombras bajo los árboles ya se habían puesto azules; sería una noche fría.

—Tendré que echar un vistazo al arroyo —anunció ella, cogiendo un sedal enrollado y un anzuelo—. Me pareció que había un estanque de truchas justo debajo del recodo; seguramente habrá moscas por allí.

—Oh, sí. —Él asintió pero no le prestó mucha atención, mientras cortaba maderitas y hacía una pila un poco más alta antes de iniciar la siguiente lluvia de

chispas con su pedernal.

Cuando Brianna dejó atrás el recodo del pequeño arroyo, se dio cuenta de que no era sólo un estanque de truchas; era una laguna de castores. El prominente montículo de la madriguera se reflejaba en el agua quieta, y ella pudo ver en la otra orilla las agitadas sacudidas de dos retoños de sauces, que evidentemente estaban siendo consumidos.

Se movió lentamente, con cautela. Los castores no la molestarían, pero se zambullirían en el agua si la veían, no sólo salpicando, sino golpeando el agua con las colas por la alarma. Ella ya lo había oído antes; era un sonido increíblemente fuerte, como una andanada de disparos, que sin duda espantaría a cualquier pez que estuviera a kilómetros a la redonda.

La orilla cercana estaba llena de ramitas mordisqueadas, pero ninguna era reciente, y Bree no oyó nada cerca excepto el suspiro del viento en los árboles. Los castores no eran silenciosos, por lo que dedujo que no había ninguno en las proximidades.

Siguió vigilando cautelosamente la otra orilla, ensartó un pedacito de queso en el anzuelo, lo hizo girar con lentitud en lo alto, cogió velocidad a medida que extendía el sedal y lo soltó. El anzuelo cayó con un suave *pllop!* en el medio de la laguna, pero el ruido no era lo bastante fuerte como para alamar a los castores; los retoños de sauce de la otra orilla continuaron sacudiéndose y levantándose bajo el ataque de diligentes dientes.

Las moscas del atardecer comenzaban a sobrevolar el agua. El aire era suave, y la superficie de la laguna se agitaba y resplandecía en la luz. Unas pequeñas nubes de mosquitos avanzaron bajo los árboles, presa para los tricópteros carnívoros, las moscas de la piedra y las libélulas que estaban separándose de la superficie, hambrientas.

Era una pena que no dispusiera de una caña de pescar o de moscas atadas; pero de todas formas debía intentarlo. Los tricópteros no eran los únicos bichitos que se despertaban con hambre a la hora del crepúsculo, y Brianna sabía que las voraces truchas eran capaces de atacar casi cualquier cosa que flotara delante de ellas; una vez su padre había cogido una con un anzuelo adornado con nada más que unas pocas hebras anudadas de su propio pelo.

No sería tan mala idea. Sonrió para sus adentros, al tiempo que se echaba hacia atrás un mechón que se le había escapado de la trenza, y comenzó a tirar del sedal lentamente en dirección a la orilla. Pero probablemente hubiera más que truchas allí, y el queso era...

Notó un fuerte tirón en el sedal y dio un respingo por la sorpresa. ¿Se habría enganchado? El sedal volvió a tirar hacia atrás, y un movimiento desde las profundidades subió por su brazo.

La siguiente media hora transcurrió sin ningún pensamiento consciente, en la obcecada persecución de su presa armada con aletas. Estaba mojada hasta la

mitad del muslo, llena de picaduras de mosquito, y le dolía la muñeca y el hombro, pero tenía tres grandes peces resplandeciendo en la hierba a sus pies; además, aún le quedaban unos cuantos pedacitos de queso.

Estaba echando el brazo hacia atrás para volver a lanzar el anzuelo cuando un repentino coro de chillidos y siseos hizo trizas la calma nocturna, y una estampida de castores salió de su escondite, corriendo por la otra orilla de la laguna como un pelotón de pequeños tanques peludos. Ella los contempló con la boca abierta, y dio un paso hacia atrás en un acto reflejo.

Entonces algo grande y oscuro apareció entre los árboles detrás de los castores, y otro reflejo le inundó los miembros de adrenalina y ella se volvió para escapar. Habría llegado a los árboles y se habría puesto a salvo en un instante, si no hubiera pisado uno de sus pescados, que se deslizó, resbaladizo como la manteca, bajo su pie y la hizo caer de culo sin ceremonia alguna, en una posición muy ventajosa para ver a *Rollo* corriendo desde los árboles con un paso largo y meditado y lanzarse describiendo un arco desde la parte más alta de la orilla. Elegante como una cometa, voló por el aire y aterrizó en la laguna entre los castores, levantando tanta agua como si hubiera caído un meteorito.

Ian alzó la mirada hacia ella, con la boca abierta. Lentamente, sus ojos recorrieron el pelo empapado, la ropa mojada y manchada de barro, hasta llegar a los peces —uno ligeramente aplastado— que colgaban de un cordel de cuero que Brianna tenía en la mano.

—Los peces se resistieron, ¿eh? —preguntó, señalando el cordel.

—Sí —asintió ella, y los dejó caer en el suelo—. Pero no tanto como los castores.

—Castores —repitió Ian—. Sí, oí el ruido que hacían. ¿Te has peleado con castores?

—He rescatado a tu maldito perro de los castores —respondió Brianna, y estornudó. Se hincó de rodillas delante del fuego recién hecho.

—Oh, ¿de modo que *Rollo* ha vuelto? ¡*Rollo!* ¿Dónde estás, pequeño?

El gran perro salió a regañadientes de entre los arbustos, con la cola apenas levantada como respuesta a la llamada de su amo.

—¿Qué me dicen sobre unos castores, *a madadh*? —dijo Ian con firmeza.

Como respuesta, *Rollo* también tiritó, aunque sólo cayó un suave rocío de gotitas de agua de su lomo.

—Tal vez sólo buscaba peces, pero los castores no lo vieron de esa manera. Corrieron para escaparse de él en la orilla, pero una vez que estuvo en el agua...

—Brianna meneó la cabeza y se retorció el empapado faldón de su camisa de caza—. Mira, Ian... Tú limpia esos condenados pescados.

Él ya estaba haciéndolo, abriendo en canal uno de ellos con un solo y meticoloso tajo en el vientre y un movimiento del pulgar. Le arrojó las entrañas a

Rollo, que se limitó a soltar otro suspiro y pareció aplastarse contra las hojas secas, sin prestar atención a la amenaza.

—No está herido, ¿verdad? —preguntó Ian, observando al perro con el ceño fruncido.

—No, no lo está. Supongo que estará avergonzado. Podrías preguntar si yo estoy herida. ¿Tienes idea de cómo son los dientes de los castores?

—Sí —dijo él—. La tengo. Ellos, eh, no te han mordido, ¿verdad? Quiero decir... Supongo que me habría dado cuenta si te hubiesen mordido. —Soltó un pequeño e involuntario jadeo de diversión.

—No —dijo ella con bastante frialdad.

El fuego ardía bien, pero no lo bastante.

—No eran tanto los dientes como las colas —añadió, girando sobre sus rodillas para ponerse de espaldas al fuego. Se frotó con delicadeza el brazo derecho, donde una de aquellas robustas colas le había golpeado el antebrazo, dejándole un moretón rojizo que se extendía desde la muñeca hasta el codo. Por unos momentos, había pensado que tenía el hueso roto—. Fue como si me golpearan con un bate de béisbol... eh... con un garrote, quiero decir —se corrigió.

Los castores no la habían atacado directamente, por supuesto, pero estar en el agua con un perro lobo asustado y media docena de roedores de treinta kilos en un estado de agitación extrema había sido bastante parecido a entrar a pie en un túnel de lavado para coches: una vorágine de chorros enceguecedores y sacudidas de objetos. Brianna sintió un escalofrío y se rodeó con ambos brazos, tiritando.

—Ten, prima. —Ian se incorporó y se quitó la camisa de ante por encima de la cabeza—. Ponte esto.

Bree tenía demasiado frío y estaba demasiado magullada como para rechazar la oferta. Se ocultó con modestia detrás de un arbusto, se quitó la ropa mojada y apareció un momento después, cubierta con la camisa de ante de Ian, y con una de las mantas envuelta alrededor de la cintura como un sarong.

—No comes lo suficiente, Ian —dijo, al tiempo que volvía a sentarse junto al fuego y lo observaba críticamente—. Se te marcan todas las costillas.

Era cierto. Él siempre había sido delgado, pero en años anteriores su escualidez adolescente parecía totalmente normal.

Pero ahora las vértebras abultaban contra la bronceada piel de su espalda, y Brianna vio las sombras de sus costillas como si fueran ondulaciones de arena debajo del agua.

Ian levantó un hombro pero no respondió, ocupado como estaba en ensartar el pescado que había limpiado en ramitas peladas para luego asarlo.

—Y tampoco duermes demasiado bien.

Ella lo miró con atención desde el otro lado del fuego. Incluso con aquella luz,

las sombras y los huecos de su rostro eran evidentes, a pesar de la distracción de los tatuajes mohawk que le atravesaban los pómulos.

—Oh, duermo bastante —murmuró Ian, sin alzar la mirada. Brianna se había preguntado durante todo el día acerca del misterioso objetivo de aquella travesía, y por qué justamente tenía que ser ella la acompañante necesaria. Si hubiese sido para cazar, Ian habría llevado a alguno de los hombres; más allá de lo capaz que ella pudiera ser con una arma, había varios hombres en el cerro que eran más hábiles, incluido su propio padre.

En aquel momento estaban en tierras de los cherokee; ella sabía que Ian visitaba a los indios con frecuencia y que tenía buena relación con varias aldeas. Pero si se trataba de una cuestión que exigiera algún acuerdo formal, seguramente le habría pedido a Jamie que lo acompañase, o a Peter Bewlie, junto a su esposa cherokee como intérprete.

—Ian —dijo, con un tono de voz que podría paralizar casi a cualquier hombre—. Mírame.

Él levantó la cabeza de pronto y la miró, parpadeando.

—Ian —repitió Bree con un poco más de suavidad—. ¿Esto tiene que ver con tu esposa?

Él se quedó paralizado un momento, con los ojos oscuros e indescifrables.

—Sí —contestó, en un tono totalmente despreocupado—. En efecto. Ajustó el ángulo del palo que había clavado en la tierra junto al fuego; la pálida carne del pescado se retorció y chisporroteó, adoptando un color marrón contra la madera verde.

Brianna aguardó a que añadiera algo más, pero él no habló, sino que cogió un pedazo de pescado semicocido y se lo acercó al perro, chasqueando la lengua en un sonido de invitación. *Rollo* se levantó y olfateó la oreja de Ian con aire inquieto, pero luego se dignó coger el pescado y volvió a recostarse para lamer con delicadeza el caliente bocado antes de metérselo en la boca.

Ian frunció un poco los labios y ella leyó en su rostro los pensamientos que estaban formándose en su cabeza, antes de animarse a hablar.

—Una vez pensé en casarme contigo, ¿sabes?

Brianna le clavó una mirada rápida y directa, y sintió un repentino estremecimiento de comprensión. Era cierto, él había pensado en ello. Y si bien ella no dudaba de que la oferta había sido hecha con el más puro de los motivos... también era un hombre joven. Hasta ese momento, Brianna no se había dado cuenta de que él, desde luego, había analizado cada uno de los detalles de esa proposición.

Los ojos de Ian se clavaron en los suyos en un gesto de irónica aceptación del hecho de que, en efecto, él había imaginado los detalles físicos de compartir su cama, y no había encontrado nada que objetar en la perspectiva. Ella resistió el impulso de sonrojarse y apartar la mirada; eso habría sido una vergüenza para

ambos.

De pronto —y por primera vez— ella estaba cobrando conciencia de Ian como hombre, en lugar de como un entrañable primito. Y también del calor de su cuerpo que había permanecido en el suave ante cuando ella se había puesto su camisa.

—No habría sido lo peor del mundo —dijo, tratando de igualar su tono despreocupado.

Él se echó a reír, y las líneas punteadas de sus tatuajes perdieron su solemnidad.

—No —asintió—. Quizá no lo mejor... que sería Roger Mac, ¿verdad? Pero me alegra oír que yo no hubiera sido lo peor. ¿Crees que habría sido mejor que Ronnie Sinclair? ¿O peor que Forbes, el abogado?

—Ja, qué gracioso. Tú habrías sido al menos el tercero de la lista.

—¿El tercero? ¿Qué? ¿Quién sería el segundo? —Parecía realmente molesto por la idea de que alguien pudiera precederlo, y ella rió.

—Lord John Grey.

—¿Oh? Oh, sí. De acuerdo, supongo que él lo merecería —admitió—. Aunque él... —Se detuvo y lanzó una mirada en su dirección.

Ella sintió una punzada de precaución. ¿Acaso Ian conocía los gustos particulares de John Grey? Le pareció que sí, por la extraña expresión de su cara... pero si no era así, ella no estaba en posición de revelar los secretos de lord John.

—¿Lo conoces? —le preguntó con curiosidad.

Ian había acompañado a los padres de Brianna a rescatar a Roger de los iroqueses, antes de que lord John se hubiera presentado en la plantación de su tía, donde ella misma había conocido al noble.

—Oh, sí. Lo conocí hace algunos años. A él y a su... hijo. Hijastro, quiero decir. Vinieron al cerro cuando estaban viajando por Virginia y se quedaron algunos días. Yo le contagié el sarampión. —Sonrió repentinamente—. O, al menos, él cogió el sarampión. La tía Claire lo atendió hasta que se curó. Pero tú también lo conoces, ¿no?

—Sí, en River Run. Ian, el pescado está ardiendo.

Era cierto. Ian sacó la rama del fuego con una suave exclamación en gaélico y luego agitó los dedos carbonizados para enfriarlos. Una vez apagadas las llamas en la hierba, el pescado resultó ser del todo comestible, aunque un poco crujiente en los bordes, y una cena bastante aceptable, con el añadido de pan y cerveza.

—Entonces, ¿conociste al hijo de lord John en River Run? —preguntó él—. Willie, se llama. Un muchachito agradable. Se cayó en el retrete —añadió, pensativo.

—¿Se cayó en el retrete? —Rió ella—. Eso parece propio de un idiota. ¿O era demasiado pequeño?

—No, tenía un tamaño decente para su edad. Y era bastante sensato, para ser inglés. Mira, no fue del todo culpa suya, ¿sabes? Estábamos buscando una víbora y subió por una rama hacia nosotros, y... bueno, fue un accidente —concluyó, pasándole a *Rollo* otro pedazo de pescado—. Pero tú no has visto al muchacho, ¿no?

—No. Y creo que estás cambiando de tema deliberadamente.

—Sí, es cierto. ¿Quieres más cerveza?

Ella lo miró enarcando una ceja, pero asintió y aceptó la jarra.

Permanecieron un rato en silencio, bebiendo cerveza y observando cómo las últimas luces se desvanecían en la oscuridad a medida que salían las estrellas. El aroma de los pinos se hizo más fuerte, con la savia calentada por el sol, y Brianna oyó a lo lejos los ocasionales golpes de advertencia de la cola de un castor en la laguna, que sonaban como tiros de escopeta; era obvio que los castores habían apostado centinelas, por si ella o *Rollo* tenían la intención de regresar de noche, pensó irónicamente.

Ian se había cubierto los hombros con su propia manta para combatir el frío creciente y estaba tumbado de espaldas sobre la hierba, contemplando la bóveda celeste.

Brianna no intentó fingir que no estaba observándolo y estaba bastante segura de que él era consciente de ello. Por el momento, su rostro estaba inmóvil, despojado de su habitual vitalidad, pero no receloso. Estaba pensando y ella se contentó con dejar que se tomara su tiempo; ya era otoño y la noche sería bastante larga para muchas cosas.

Ojalá le hubiera preguntado a su madre más sobre la chica que Ian llamaba Emily; el nombre mohawk era algo multisilábico e impronunciable. Era pequeña, le había dicho su madre. Bonita, con los huesos pequeños, y muy astuta.

¿Estaría muerta, Emily, la pequeña y astuta? Le parecía que no. Había estado en esa época el tiempo suficiente como para ver a muchos hombres enfrentarse a la muerte de sus esposas. Mostraban pesar por la pérdida... pero no hacían lo que había estado haciendo Ian.

¿Acaso la llevaba a conocer a Emily? Era una idea alarmante, pero la descartó casi de inmediato. Sería un mes de viaje, como mínimo, hasta llegar a territorio mohawk... probablemente más. Pero entonces...

—Me estaba preguntando... —dijo él de pronto—. ¿Sientes a veces que algo... va mal? —La miró con expresión desesperada, pero ella lo entendió a la perfección.

—Sí, constantemente. —Brianna sintió un alivio instantáneo e inesperado por haberlo admitido—. Bueno... tal vez no todo el tiempo —se corrigió—. Cuando estoy sola en el bosque, me siento bien. O con Roger, a solas. Aunque incluso en esos momentos... —Vio que Ian alzaba las cejas y se apresuró a explicarse—. No es eso. No es el hecho de estar con él. Es sólo que nosotros... hablamos de

cómo era.

Él le lanzó una mirada en que la compasión se mezclaba con el interés.

—¿De modo que en el bosque? —dijo—. A mí también me ocurre. Al menos, cuando estoy despierto. Pero cuando duermo... —Volvió la cara al cielo vacío y las brillantes estrellas.

—¿Sientes temor... cuando cae la oscuridad? —Ella lo había sentido en algunas ocasiones; un momento de profundo temor en el crepúsculo, una sensación de abandono y soledad absoluta cuando la noche se elevaba desde la tierra. Una sensación que a veces permanecía incluso después de que ella hubiera entrado en la cabaña y hubiera cerrado el cerrojo de la puerta.

—No —respondió él con el ceño ligeramente fruncido—. ¿Tú sí?

—Sólo un poco —dijo ella, restándole importancia—. No todo el tiempo. Ahora no. Pero ¿qué es eso de dormir en el bosque?

Él se sentó y se balanceó un poco hacia atrás, con sus grandes manos entrelazadas alrededor de una rodilla, pensando.

—Sí, bueno... —dijo lentamente—. A veces pienso en las viejas historias... de Escocia, ¿sabes? Y otras que he oído cada tanto cuando vivía con los kahnyen'kehaka. Sobre... cosas que pueden acercarse a un hombre cuando duerme. Para quitarle el alma.

—¿Casas? —Brianna sintió que algo pequeño y frío se le deslizaba por la espalda—. ¿Qué cosas?

—Se las llama *sidhe* en gaélico. Los cherokee las llaman *nunnahee*. Y los mohawk tienen otras palabras para nombrarlas... más de una. Pero cuando oí a Come Tortugas hablar de ellas, supe de inmediato qué eran. Es lo mismo... la Gente Anciana.

—¿Duendes? ¿Hadas? —dijo ella, y la incredulidad debió de ser patente en su voz, puesto que él le clavó la mirada con un brillo de irritación en los ojos.

—No, sé a qué te refieres con eso... Roger Mac me enseñó el dibujo que le hiciste a Jem, todas esas cosas diminutas como libélulas, volando entre las flores... —Hizo un ruido zafio en el fondo de la garganta—. No. Estas cosas son... —movió una de sus grandes manos en un gesto de desesperación—. Vitaminas —dijo repentinamente, alzando la mirada.

—Vitaminas —repitió ella, y se frotó las cejas con la mano. Había sido un largo día; habrían caminado entre veinte y treinta kilómetros, y la fatiga se había instalado como agua en sus piernas y su espalda.

—Ya veo. Ian... ¿estás seguro de que no te has dado un golpe en la cabeza?

—No. O, al menos, no lo creo. Yo sólo... bueno, ya ves, es así. Las vitaminas no se pueden ver, pero tú y la tía Claire sabéis que existen, y el tío Jamie y yo debemos aceptar que tenéis razón. Yo sé bastante sobre... los Ancianos. ¿Por qué no puedes creerme sobre eso?

—Bueno, yo... —Había empezado a aceptar sus argumentos, para mantener

la paz entre ellos, pero en ese instante la inundó una sensación de que no deseaba decir nada que implicara que estaba de acuerdo con esa idea.

—Oh —dijo él, captando su expresión—. De modo que lo sabes.

—No lo sé, no —respondió ella—. Pero tampoco sé que no es así. Y no creo que sea buena idea hablar de esa clase de cosas en un bosque, de noche, a un millón de kilómetros de la civilización. ¿De acuerdo? Él sonrió al oírla y asintió.

—Sí. Y no es eso lo que quiero decir, en realidad. Es más... —Sus pobladas cejas se juntaron en un gesto de concentración—. Cuando era niño me despertaba en la cama y sabía de inmediato dónde estaba, ¿entiendes? Estaba la ventana. —Extendió una mano—. Y estaba la palangana y el aguamanil sobre la mesa, y más allá estaba la cama grande donde dormían Janet y Michael, y *Jocky*, el perro, se ubicaba a los pies de la cama, tirándose pedos constantemente, y estaba el olor a humo de turba de la chimenea y... bueno, incluso si me despertaba a medianoche y toda la casa estaba en silencio a mi alrededor, sabía de inmediato dónde me encontraba.

Ella asintió, y el recuerdo de su propia habitación antigua en la casa de Furey Street creció a su alrededor. La manta de lana, de rayas, que le picaba debajo del mentón, y el colchón con el hueco que había dejado su cuerpo en el medio, que la abrazaba como una mano grande y cálida. *Angus*, el terrier escocés de peluche con una boina andrajosa que compartía su cama, y el reconfortante zumbido de la conversación de sus padres desde la sala, que estaba en la planta inferior, con el saxo barítono de la música de «Perry Mason» de fondo.

Más que nada, aquella sensación de seguridad absoluta.

Tuvo que cerrar los ojos y tragar saliva dos veces antes de contestar.

—Sí Entiendo a qué te refieres.

—Sí, bueno, al principio, cuando me marché de casa, dormí en lugares difíciles; en el brezal con el tío Jamie, o en posadas y cuevas. Me despertaba sin tener la menor idea de dónde me encontraba... y aun así, sabía que estaba en Escocia. Eso era bueno. —Hizo una pausa—. Entonces... ocurrieron cosas. Ya no estaba en Escocia, y el hogar... había desaparecido. Me despertaba sin idea de dónde podría estar... o quién era.

Él se había encorvado y sus grandes manos colgaban flojas entre sus muslos mientras contemplaba el fuego.

—Pero cuando me acosté con Emily por primera vez, lo supe. Volví a saber quién era yo. —En ese momento la miró, con los ojos oscurecidos por la pérdida—. Mi alma ya no vagaba mientras yo dormía... cuando dormía con ella.

—¿Y ahora sí? —preguntó Brianna después de un momento.

Él asintió, sin palabras. El viento susurró en las copas de los árboles. Ella trató de no prestarle atención, temiendo secretamente que, si lo escuchaba en detalle, podría distinguir palabras.

—Ian —dijo, y le tocó el brazo con mucha suavidad—. ¿Emily está muerta?

Él permaneció inmóvil durante un minuto, luego tomó aliento profundamente y negó con la cabeza.

—No lo creo. —Pero parecía muy dubitativo, y ella vio la preocupación en su rostro.

—Ian —dijo en voz muy baja—, ven aquí.

Él no se movió, pero cuando ella se acercó y lo rodeó con los brazos, no se resistió. Ella lo hizo tumbarse con ella, insistiendo en que se acostara a su lado, y él acomodó la cabeza en la curva entre su hombro y su seno, mientras ella lo abrazaba.

« Instinto maternal —pensó Bree con ironía—. Pase lo que pase, lo primero que haces es cogerlos y acurrucarte a su lado». Y si su cálido peso y el sonido de su respiración en su oído mantenía a raya las voces del viento, tanto mejor.

Tuvo un recuerdo fragmentario, una imagen nítida de su madre de pie junto a su padre en la cocina de su casa de Boston. Él estaba recostado en una silla de respaldo recto, con la cabeza contra el estómago de su madre, con los ojos cerrados de dolor o cansancio, y ella le frotaba las sienes. ¿Qué había sido? ¿Una jaqueca? Pero el rostro de su madre tenía una expresión serena, y las arrugas de su propio estrés se habían alisado por lo que estaba haciendo.

—Me siento como un tonto —dijo Ian con timidez, pero no se apartó.

—No, no lo hagas.

Él respiró hondo, se revolvió un poco y se instaló con cautela sobre la hierba, con el cuerpo apenas rozando el de ella.

—Sí, bueno. Supongo que no, entonces —murmuró. Se relajó poco a poco y su cabeza se hizo más pesada contra el hombro de Brianna, los músculos de su espalda cedieron poco a poco, y su tensión fue disminuyendo bajo las manos de ella. Muy tentativamente, como si esperara que ella le diera una bofetada, levantó un brazo y lo posó sobre ella.

Parecía que el viento se había calmado. La luz del fuego brillaba en su cara, las líneas oscuras y puntuadas de sus tatuajes destacaban contra la piel joven. Su pelo olía a humo de madera y polvo, suave contra la mejilla de Brianna.

—Cuéntamelo —dijo ella.

Él suspiró profundamente.

—Aún no. Cuando lleguemos, ¿de acuerdo?

No habló más y se quedaron acostados juntos, inmóviles sobre la hierba, y a salvo.

Brianna sintió que le llegaba el sueño, en oleadas suaves, elevándola hacia la paz, y no se resistió. Lo último que vio fue la cara de Ian, con su pesada mejilla contra su hombro, los ojos todavía abiertos, contemplando el fuego.

Alce que Camina estaba contando una historia. Era una de sus mejores historias, pero Ian no le prestaba atención. Estaba sentado junto al fuego, al otro lado de

Alce que Camina, pero contemplaba las llamas, no el rostro de su amigo.

Muy extraño, pensó. Se había pasado la vida contemplando fuegos, y jamás había visto a la mujer que estaba en ellos, hasta esos meses de invierno. Por supuesto que las hogueras de turba no tenían grandes llamas, aunque sí generaban buen calor y emitían un olor maravilloso... Oh, sí, de modo que ella sí había estado allí después de todo, la mujer. Asintió ligeramente y sonrió. Alce que Camina lo tomó como una expresión de aprobación por su actuación y aumentó el dramatismo de sus gestos, frunciendo el ceño espantosamente y tambaleándose hacia adelante y hacia atrás con los dientes desnudos, gruñendo a modo de ilustración del glotón al que había rastreado cuidadosamente hasta su madriguera.

El ruido distrajo a Ian del fuego y volvió a centrar su atención en la historia justo a tiempo, puesto que Alce que Camina había llegado al clímax y los jóvenes se codeaban mutuamente anticipando el desenlace. Alce que Camina era de baja estatura y robusto; bastante parecido a un glotón, precisamente, lo que hacía su imitación mucho más entretenida.

Giró la cabeza, arrugando la nariz y gruñendo entre dientes, cuando el glotón captó el aroma del cazador. Luego, en un veloz movimiento, se convirtió en el cazador, arrastrándose con cautela entre los arbustos, deteniéndose, aplanándose contra el suelo... y luego saltó hacia adelante con un agudo alarido, cuando su nalga rozó una planta llena de espinas.

Los hombres en torno al fuego gritaron de regocijo cuando Alce que Camina se convirtió en el glotón, que al principio parecía asombrado por el ruido y luego excitado al ver a su presa. Salió de su madriguera, lanzando gruñidos y agudos chillidos de furia. El cazador se echó atrás, horrorizado, y giró para huir corriendo. Las regordetas piernas de Alce que Camina molieron la tierra apisonada de la casa larga, corriendo en el mismo sitio. Luego levantó los brazos y se echó hacia adelante con un desesperante «¡Ayayayay!» en el momento en que el glotón lo atacó por la espalda.

Los hombres le dirigieron gritos de aliento, golpeándose las palmas contra los muslos, cuando el asediado cazador logró rodar en el suelo para ponerse boca arriba, agitándose y maldiciendo, luchando con el glotón que intentaba arrancarle la garganta.

La luz de la hoguera resplandeció en las cicatrices que adornaban el pecho y los hombros de Alce que Camina, unas ranuras profundas y blancas que aparecieron por el cuello abierto de la camisa cuando él se revolvió en un gesto pintoresco, extendiendo los brazos hacia adelante para mantener a raya a su enemigo invisible. Ian se dio cuenta de que él mismo se inclinaba hacia adelante y jadeaba, mientras sus propios hombros se tensaban con el esfuerzo, aunque sabía lo que ocurriría a continuación.

Alce que Camina lo había hecho muchas veces, pero jamás fallaba. El

cazador clavó las suelas y los hombros en el suelo, y su cuerpo se curvó como un arco en su máxima tensión. Sus piernas temblaron, sus brazos se sacudieron; daba la impresión de que cederían en cualquier momento. Los hombres en torno al fuego contuvieron el aliento.

Entonces ocurrió: un chasquido suave y repentino; nítido y al mismo tiempo amortiguado, era exactamente el mismo sonido que hacía un cuello al romperse. El chasquido de los huesos y los ligamentos, amortiguados por la carne y el pelo. El cazador se mantuvo arqueado un momento, incrédulo, y luego lenta, muy lentamente, descendió hacia el suelo y se sentó, contemplando el cuerpo de su enemigo, que colgaba flojo de sus manos.

Bajó los ojos en una plegaria de agradecimiento, luego se detuvo, arrugando la nariz. Miró hacia abajo, con la cara retorcida en una mueca, y se frotó con fastidio las polainas, manchadas por los pestilentes excrementos del glotón. El hogar se estremeció con las carcajadas.

Un pequeño cubo de cerveza de abeto daba la vuelta al grupo; Alce que Camina sonrió, con la cara brillante de sudor, y la aceptó. Su garganta se movió diligentemente, sorbiendo la bebida como si fuera agua. Por fin dejó el cubo y miró a su alrededor con ensoñadora satisfacción.

—¡Tú, Hermano del Lobo, cuéntanos una historia!

Lanzó el cubo semivacío por encima del fuego; Ian lo atrapó y sólo se le derramó un poco de cerveza sobre la muñeca. Se chupó el líquido de la manga, se echó a reír y meneó la cabeza. Se llenó la boca de cerveza y le pasó el cubo a Duerme con Serpientes, que estaba a su lado.

Come Tortugas, a su otro lado, lo codeó en las costillas, pero Ian volvió a negar con la cabeza y se encogió de hombros, señalando a Serpiente con el mentón.

Serpiente no se hizo de rogar; depositó cuidadosamente el cubo frente a él y se inclinó hacia adelante. La luz del fuego bailó en su cara cuando comenzó a hablar. No era un actor consumado como Alce que Camina, pero era más viejo —tal vez de treinta años—, y había viajado mucho en su juventud. Había vivido con los assiniboin y los cayuga, y tenía muchas historias sobre esas tribus, que contaba con mucho ingenio, aunque con menos sudor.

—Entonces, ¿tú hablarás más tarde? —le dijo Tortuga a Ian en el oído—. Quiero oír más historias del gran mar y la mujer de ojos verdes.

Ian asintió, aunque a regañadientes. Había estado muy borracho la primera vez; de lo contrario, jamás habría mencionado a Geillis Abernathy. Sólo que en aquella ocasión había bebido ron de vendedores ambulantes y la sensación de que todo giraba que le causó era muy parecida a la provocada por lo que ella le había dado de beber, aunque el sabor era diferente. Le había causado un mareo que le nubló la vista, de modo que las llamas de las velas corrían y se movían como agua, y las llamas del fuego parecían derramarse y lamer las piedras de la

chimenea, resplandeciendo en su lujosa habitación, mientras otras llamas pequeñas y separadas surgían en todas las superficies redondeadas de plata y cristal, gemas y madera pulida, oscilando con un brillo más fuerte detrás de aquellos ojos verdes.

Miró a su alrededor. No había superficies brillantes en ese sitio. Cacharros de arcilla, toscos leños y los alisados postes de las estructuras de las camas, piedras de moler y cestas entretejidas; incluso la tela y las pieles de sus vestimentas tenían colores suaves y apagados que ahogaban la luz. Debía de haber sido tan sólo el recuerdo de aquellos momentos de mareo luminoso lo que se la había traído a la mente.

No pensaba con frecuencia en la Señora; así la llamaban los esclavos y los otros muchachos; ella no necesitaba otro nombre, puesto que nadie podía imaginar que hubiera otra persona de su clase. Él no guardaba con cariño sus recuerdos de ella, pero su tío Jamie le había dicho que no se escondiera de ellos y él había obedecido.

Contempló el fuego fijamente, oyendo tan sólo a medias cuando Serpiente volvió a narrar la historia de aquella vez que Ganso y él mismo lograron engañar al Maligno para llevar tabaco a la gente y salvar la vida del Anciano. ¿Sería ella, entonces, la bruja Geillis, a quien veía en el fuego?

Le parecía que no. La mujer del fuego le generó una sensación de calidez cuando la vio que bajó desde el ardor de su cara por su pecho y se acurrucó, caliente, en la parte baja de su estómago. La mujer del fuego no tenía rostro; él veía sus brazos y sus piernas, la curva de su espalda, un cabello largo y suave que giraba hacia él, para luego desaparecer en una exhalación; él oyó su risa suave y jadeante, desde lejos... y no era la risa de Geillis Abernathy.

De todas formas, las palabras de Tortuga le habían hecho recordarla, y pudo verla. Suspiró para sus adentros y pensó en qué historia podría contar cuando llegara su turno. Tal vez hablaría de los esclavos gemelos de la señora Abernathy, esos hombres negros inmensos que cumplían todas sus órdenes; en una ocasión los había visto matar un cocodrilo y sacarlo del río para depositarlo a los pies de la mujer.

No le importaba tanto. Había descubierto que hablar de ella de esa manera le hacía pensar en ella de la misma manera, como si fuera un cuento, interesante pero irreal. Tal vez había ocurrido, como tal vez era cierto que Ganso le había llevado tabaco al Anciano; pero ya no parecía que le hubiera ocurrido a él.

Y, después de todo, él no tenía cicatrices, como las de Alce que Camina, que les recordaran a los oyentes o a sí mismo que estaba diciendo la verdad.

De hecho, comenzaba a aburrirse de beber y contar historias. La verdad era que anhelaba escaparse de las pieles y la fresca oscuridad de su cama, despojarse de sus ropas y acurrucarse, caliente y desnudo, junto a su esposa. Su nombre significaba «Trabaja con sus manos», pero en la intimidad de la cama,

él la llamaba Emily.

Les quedaba cada vez menos tiempo; al cabo de dos lunas más, ella partiría, para ir a la casa de las mujeres. Otra luna antes de que naciera el niño, otra más después para la limpieza... La idea de pasar dos meses con frío y solo, sin ella a su lado en las noches, bastó para que sintiera ganas de coger la cerveza cuando llegó su turno, y beber un buen trago.

Sólo que el cubo estaba vacío. Sus amigos rieron cuando él lo sostuvo boca abajo sobre su boca abierta, y una solitaria gota ambarina cayó sobre su sorprendida nariz.

Una pequeña mano apareció por encima de su hombro y le quitó el cubo, al tiempo que su compañera aparecía por encima del otro hombro, acercándose un cubo lleno.

Él cogió el cubo y se volvió para sonreírle. Trabaja con sus Manos le devolvió la sonrisa con petulancia; le proporcionaba un gran placer anticiparse a sus deseos. Se puso de rodillas a su lado, la curva de su vientre presionó su espalda con calidez, y apartó la mano de Tortuga cuando éste la extendió para coger la cerveza.

—¡No! ¡Déjasela a mi marido! Las historias que cuenta son mucho mejores cuando está borracho.

Tortuga cerró un ojo y le clavó el otro. Se balanceó ligeramente.

—¿Cuenta mejores historias cuando está borracho, o es sólo que nosotros pensamos que son mejores porque nosotros estamos borrachos?

Trabaja con sus Manos no prestó atención a esa pregunta filosófica y procedió a abrirse un espacio para ella junto al fuego. Se ubicó cómodamente junto a Ian y entrelazó las manos encima de la protuberancia de su vientre.

Otras muchachas habían venido con ella, trayendo más cerveza. Se abrieron paso entre los jóvenes, murmurando, propinándose codazos y riendo. Había estado equivocado, pensó Ian al verlas. La luz de las llamas brillaba en sus rostros, resplandecía, en sus dientes, reflejaba el húmedo resplandor de sus ojos y la carne suave y oscura del interior de sus bocas cuando reían. El brillo del fuego en esas caras era más fuerte que el que jamás había brillado en el cristal y la plata de Rose Hall.

—Muy bien, marido —dijo Emily, bajando las pestañas con recato—. Háblanos de la mujer de los ojos verdes.

Él bebió un sorbo de cerveza, pensativo; luego otro.

—Oh —dijo—. Era una bruja, y una mujer muy malvada... pero preparaba buena cerveza.

Los ojos de Emily se abrieron de golpe y todos se echaron a reír. Él la miró a los ojos y la vio con claridad; la imagen del fuego detrás de él, diminuta y perfecta, invitándolo a entrar.

—Pero no tan buena como la tuy a —dijo. Levantó el cubo a modo de saludo,

y bebió un buen trago.

Emily

Brianna se despertó a la mañana siguiente entumecida y dolorida, pero con un pensamiento claro en la mente: «De acuerdo. Sé quién soy». No tenía una idea clara de dónde estaba, pero eso no importaba. Se quedó inmóvil un momento, sintiendo una extraña serenidad, a pesar de la urgencia por levantarse y orinar.

Se preguntó cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que se había despertado sin otra compañía que la de sus propios pensamientos. En realidad, se dio cuenta de que aquello no había ocurrido jamás desde que había cruzado a través de las piedras en busca de su familia. Y la había encontrado.

—Con creces —murmuró, desperezándose con suavidad. Gimió, se incorporó tambaleándose, y se internó entre los arbustos para orinar y volver a ponerse su propia ropa antes de regresar al ennegrecido anillo de la fogata.

Se deshizo las trenzas, que estaban húmedas y sucias, y comenzó a peinarse el pelo con los dedos, como absorta. No había señales de Ian ni del perro, pero no se inquietó. En el bosque a su alrededor cantaban las aves, que revoloteaban y comían, una alegre algarabía que no se alteró cuando ella se incorporó.

Ya casi despejada del todo, se pasó un puñado de hojas de álamo por la cara como ablución matinal, luego se sentó en cuclillas junto al círculo del fuego y comenzó la actividad de encenderlo. No tenían café para calentar, pero Ian estaría cazando. Con un poco de suerte, habría algo para cocinar; se habían comido todo lo que llevaban en la mochila, salvo un mendrugo de pan.

—Al diablo con esto —murmuró, golpeando el pedernal y el acero por duodécima vez, al ver que las chispas se desvanecían en el aire antes de prenderse. Si Ian le hubiese dicho que iban a acampar, ella habría traído su mechero, o algunas cerillas.

—¿Cómo lo harían los griegos? —dijo en voz alta, mirando con el entrecejo fruncido el diminuto trozo de tela chamuscada que estaba tratando de encender —. Debían de tener alguna manera.

—¿Qué es lo que tenían los griegos?

Ian y *Rollo* estaban de regreso y habían capturado, respectivamente, media docena de batatas y una especie de ave de color gris azulado. *Rollo* se negó a que Bree examinara su presa y se la llevó para devorarla bajo un arbusto, arrastrando por el suelo sus patas largas, flojas y amarillas.

—¿Qué es lo que tenían los griegos? —repitió Ian, abriendo un bolsillo lleno de castañas.

—Tenían un material que se llamaba fósforo. ¿Has oído hablar de ello?

—No. ¿Qué es?

—Un material —dijo ella, que no encontró una palabra mejor—. Lord John me mandó un poco, para poder fabricar cerillas.

—¿Cerillas, como porciones minúsculas de cera? —preguntó Ian, contemplándola con recelo.

Ella lo miró fijamente un momento mientras su mente, aún aturdida por el sueño, trataba de darle sentido a la conversación.

—Oh —dijo por fin—. No, no es eso. Son esas cosas para encender el fuego que yo fabrique. El fósforo arde solo. Te lo enseñaré cuando regresemos. —Bostezó y señaló la pequeña pila de ramitas sin encender en el círculo de la hoguera.

Ian emitió un típico sonido escocés y cogió el pedernal y el acero.

—Yo lo haré. Ocúpate de las nueces, ¿quieres?

—De acuerdo. Toma, deberías volver a ponerte la camisa.

Su propia ropa ya se había secado, y si bien echaba de menos la comodidad de la camisa de ante de Ian, notaba la lana gastada y gruesa de su deshilachada camisa de caza cálida y suave contra su piel. Era un día luminoso, pero aún era temprano y hacía frío. Ian había hecho a un lado la manta mientras encendía el fuego, tenía la carne de gallina en los hombros.

Pero negó con la cabeza, dando a entender que se pondría la camisa al cabo de un momento. Por ahora... su lengua asomó por una esquina de la boca en un gesto de concentración, mientras volvía a golpear el pedernal y el acero, y luego desapareció al tiempo que murmuraba algo entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Oh, no es más que...

Había vuelto a golpear la piedra y saltó una chispa, que brilló como una estrella diminuta en el cuadrado de tela chamuscada. De prisa, le añadió un poco de hierba seca, luego un poco más, y cuando empezó a salir un hilo de humo, añadió pedacitos de corteza, más hierba, algunas astillas, y por fin un cuidadoso entramado de ramitas de pino.

—No es más que un hechizo para el fuego —terminó la frase, y le sonrió por encima de la pequeña llama que había saltado entre los dos.

Ella aplaudió brevemente, luego procedió a quitar la piel de la castaña que tenía en la mano, en diagonal, para que no explotara entre las llamas.

—No lo conocía —dijo—. Dime las palabras.

—Oh. Es... no es gaélico. Es kahny en'kehaka.

Brianna levantó las cejas.

—¿Alguna vez piensas en mohawk, Ian? —le preguntó con curiosidad.

Él le lanzó una mirada de sorpresa; casi, pensó ella, de temor.

—No. Iré a buscar un poco de madera.

—Yo tengo —dijo ella, paralizándolo con la mirada.

Buscó detrás y lanzó una rama caída de pino al fuego.

—¿Qué ocurre? —dijo Brianna—. ¿Es por lo que te he dicho sobre pensar en mohawk?

Él apretó los labios; no le apetecía responder.

—Tú me pediste que viniera —dijo ella, sin irritación pero con firmeza.

—Cierto. —Él tomó aliento, luego miró la batata que estaba enterrando en las cenizas calientes para hornearla.

Brianna peló las castañas lentamente, mirando mientras él se decidía. Unos fuertes sonidos de masticación e intermitentes nubecillas de plumas grises y azuladas salían de debajo del arbusto de *Rollo*, detrás de Ian.

—¿Soñaste anoche, Brianna? —preguntó él de pronto.

Ella deseó haber traído algo parecido al café para calentar, pero de todas maneras ya estaba lo bastante despierta como para poder pensar y responder coherentemente.

—Sí —dijo—. Sueño mucho.

—Sí, lo sé. Roger Mac me dijo que a veces escribes lo que sueñas.

—¿En serio?

La revelación la sacudió con más fuerza de lo que hubiera hecho una taza de café. Ella jamás había escondido su libro de sueños a Roger, pero en realidad tampoco habían hablado de él. ¿Cuánto habría leído?

—No me dijo nada de los sueños —la tranquilizó Ian—. Sólo que a veces escribes algunas cosas. De modo que pensé que podrían ser importantes.

—Sólo para mí —respondió ella, con cautela—. ¿Por qué...?

—Bueno, mira, los khanyen'kehaka tienen los sueños en muy alta estima. Incluso más que los highlanders. —Le dirigió una breve sonrisa—. Entonces, ¿con qué soñaste anoche?

—Con pájaros. Muchos pájaros. —Era bastante razonable, se dijo. Los cantos de las aves habían poblado el bosque que la rodeaba desde mucho antes del amanecer, y evidentemente ese sonido se habría filtrado en sus sueños.

—¿Sí? —Ian parecía interesado—. ¿Los pájaros estaban vivos?

—Sí —respondió ella, intrigada—. ¿Por qué?

Él asintió y cogió una castaña para ayudarla.

—Eso es bueno, soñar con pájaros vivos, en especial si cantan. Los pájaros muertos son algo malo, en los sueños.

—Estaban vivos, sin duda, y cantaban —le aseguró ella, con una mirada a la rama que estaba encima de él, donde acababa de aterrizar una ave con un colorido plumaje amarillo y negro, que observaba con interés sus preparativos para el desayuno.

—¿Algún de ellos habló contigo?

Ella lo miró, pero era evidente que hablaba en serio.

—No. Estaban... —Se echó a reír, cuando recordó algo inesperado—.

Estaban construyendo un nido de papel higiénico. Sueño con papel higiénico todo el tiempo. Es un papel suave y delgado que se usa para limpiarte el... trasero — le explicó al ver su gesto de incomprendión.

—¿Te limpias el culo con papel? ¡Por Dios, Brianna!

—Bueno. —Ella se frotó debajo de la nariz con una mano, tratando de no reírse de la expresión de Ian.

Era lógico que estuviera horrorizado; no había molinos de papel en las colonias y, aparte de unas mínimas cantidades de papel hecho a mano como el que ella misma confeccionaba, había que importar cada hoja de Inglaterra. El papel se guardaba bajo llave y se atesoraba; su padre, que escribía con frecuencia a su hermana en Escocia, escribía las cartas a la manera normal, pero luego giraba el papel de lado y escribía renglones perpendiculares adicionales, para ahorrar espacio. ¡Con razón Ian estaba escandalizado!

—Es muy barato en la otra época —le aseguró—. En serio.

—No tan barato como una mazorca de maíz, te lo garantizo —respondió él, entornando los ojos con recelo.

—Lo creas o no, la mayoría de la gente no tiene campos de maíz a mano —dijo ella, todavía divertida—. Y déjame decirte algo, Ian... el papel higiénico es mucho más agradable que una mazorca.

—«Más agradable» —murmuró él, todavía impresionado—. Más agradable. ¡Jesús, María y José!

—Me preguntabas por los sueños —le recordó ella—. ¿Tú soñaste anoche?

—Oh. Ah... no. —Apartó con cierta dificultad la atención de la escandalosa cuestión del papel higiénico—. O, al menos, no lo recuerdo.

Ella se dio cuenta de pronto, al mirar sus mejillas hundidas, que una de las razones por las que Ian no había dormido podía ser que tuviera miedo de los sueños que pudieran presentársele.

De hecho, en ese mismo instante tuvo la impresión de que él temía que ella insistiera en ese tema. Sin atreverse a mirarla a los ojos, recogió la jarra vacía de cerveza y chasqueó la lengua para llamar a *Rollo*, quien lo siguió, con plumas grises y azules pegadas en la mandíbula.

Bree había pelado la última de las castañas, y hundió el brillante fruto seco en las cenizas para que se cocinara con las batatas cuando él regresó.

—Justo a tiempo —exclamó al verlo—. Las batatas están listas.

—Justo a tiempo, en efecto. ¡Ves lo que he traído!

Lo que tenía era un pedazo de panal, robado de una colmena, de modo que la miel chorreó lenta y gruesa sobre los nombres calientes en gloriosas burbujas de dulzura dorada. Acompañadas de castañas dulces, asadas y peladas, y todo aquello regado con agua fría del arroyo, aquél era, pensó ella, el mejor desayuno que había comido después de dejar su propia época.

Dijo eso en voz alta, lo que provocó que Ian levantara una poblada ceja en un

gesto de desdén.

—Oh, ¿sí? ¿Y qué comerías entonces que fuera mejor que esto?

—Oh... donuts de chocolate, tal vez. O chocolate a la taza, con nata. Realmente echo de menos el chocolate.

—¡Oh, vamos! Yo he probado el chocolate. Es amargo y desagradable. Aunque me cobraron una inmensa cantidad de dinero por una minúscula tacita, en Edimburgo.

Ella se echó a reír.

—En mi época le echan azúcar —le aseguró—. Es dulce.

—¿Azúcar en el chocolate? Eso es lo más decadente que he oído —dijo él con severidad—. Incluso peor que el papel para limpiarte el culo, ¿sabes? —Ella captó el brillo de mofa en sus ojos y no hizo más que resoplar, separando con los dientes los últimos restos de la anaranjada carne de la batata de la piel ennegrecida.

—Algún día conseguiré chocolate, Ian. Le echaré azúcar y te lo daré a probar, ¡y veremos qué te parece!

Fue su turno de resoplar, lo que hizo con buen talante.

Rollo se había apropiado de los restos del panal y estaba mordisqueando y sorbiendo ruidosamente la miel, disfrutando como un loco.

—Ese perro debe de tener el estómago de un cocodrilo —dijo Brianna, meneando la cabeza—. ¿Hay algo que no le guste comer?

—Bueno, aún no he intentado darle clavos. —Ian sonrió brevemente pero no reanudó la conversación.

La incomodidad que lo había aquejado cuando habló de los sueños había desaparecido con el desayuno, pero luego parecía haber regresado. El sol ya estaba bastante alto, pero él no parecía tener la intención de levantarse. Se limitó a quedarse sentado, con los brazos alrededor de las rodillas, contemplando el fuego con ademán pensativo.

Brianna aguardó pacientemente, con los ojos clavados en él.

—¿Y qué desayunabas cuando vivías con los mohawk, Ian?

Él la miró en ese momento y torció una comisura de la boca. No era una sonrisa, sino un irónico reconocimiento. Suspiró y apoyó la cabeza sobre las rodillas, ocultando el rostro. Permaneció así sentado durante un rato y luego, lentamente, se incorporó.

—Bueno —respondió en tono despreocupado—. Tenía que ver con mi cuñado. Al menos para empezar.

Ian Murray pensaba que al cabo de poco se vería obligado a hacer algo al respecto de su cuñado. En realidad, «cuñado» no era la palabra exacta. De todas formas, Alce de Sol era el marido de Mirando al Cielo, que era, a su vez, la hermana de su propia esposa. Según las tradiciones de los kahnyen'kehaka, eso no

implicaba ninguna relación entre los hombres más allá de que pertenecían al mismo clan, pero Ian seguía pensando en Alce de Sol con la parte blanca de la mente.

Ésa era la parte secreta. Su esposa sabía inglés, pero no lo hablaban, ni siquiera en los momentos más íntimos. Él no pronunciaba en voz alta ninguna palabra en escocés o en inglés, ni siquiera había oído una sílaba en ninguna de esas lenguas en el año transcurrido desde que había decidido quedarse allí y convertirse en kahnyen'kehaka. Se suponía que había olvidado lo que era antes. Pero todos los días encontraba momentos para estar a solas y, a menos que hubiera olvidado los vocablos, nombraba en silencio los objetos que lo rodeaban, oyendo cómo sus nombres en inglés resonaban en la oculta parte blanca de su mente.

«Olla», pensó para sus adentros, observando el ennegrecido cacharro de barro que se calentaba sobre las cenizas. De hecho, no estaba a solas en ese momento, pero sí se sentía claramente extranjero.

«Maíz», pensó, recostándose contra el pulido tronco de árbol que hacia las veces de una de las columnas de la casa larga. «Cebollas», pensó, mientras sus ojos recorrían las trenzas de globos amarillos. «Cama». «Pieles». «Fuego».

Su esposa se inclinó hacia él, sonriendo, y de pronto las palabras corrieron juntas en su mente. «Cuervonegropelonegrobrillantepezonesmuslosalrededor-oh siohsiohEmily...».

Ella le puso un cuenco caliente en la mano y el espeso aroma a conejo, maíz y cebolla subió hasta su nariz. «Guiso», pensó, y el resbaladizo flujo de palabras se paralizó de repente cuando su mente se concentró en la comida. Le sonrió y posó la mano sobre la de ella, reteniéndola un momento, pequeña y fuerte bajo la suya, curvada alrededor del cuenco de madera. La sonrisa de ella se hizo más profunda; luego se apartó y se levantó para ir a buscar más comida.

Él la vio partir, apreciando el balanceo de su manera de caminar. Luego sus ojos se encontraron con Alce de Sol, que también estaba observando desde el umbral de su propio apartamento.

«Bastardo», pensó Ian.

—Mira, nos llevábamos bastante bien al principio —explicó Ian—. En el fondo, Alce de Sol es un buen hombre.

—En el fondo —repitió Brianna—. ¿Y en lo que no es el fondo?

Ian se pasó una mano por el pelo.

—Bueno... Éramos amigos al principio, ¿sabes? Hermanos, de hecho; éramos del mismo clan.

—¿Y dejasteis de ser amigos por causa de... tu esposa?

Ian suspiró profundamente.

—Bueno, mira... los kahnyen'kehaka tienen un concepto del matrimonio

que... se parece bastante a lo que puedes encontrar en las Highlands. Es decir, en gran medida es un acuerdo entre los padres. Muchas veces observan a los pequeños mientras crecen y se fijan en si hay algún niño y alguna niña que parece que puedan compenetrarse. Y si es así, y vienen de los clanes adecuados... bueno, esa parte es un poco diferente, ¿sabes? —añadió, interrumpiéndose.

—¿Los clanes?

—Sí. En las Highlands, por lo general, te casas con los miembros de tu propio clan, salvo cuando quieres hacer una alianza con otro. Entre las naciones iroquesas, jamás puedes casarte con alguien de tu propio clan, y sólo puedes desposar a alguien perteneciente a unos clanes determinados, no a cualquiera.

—Mamá me ha dicho que los iroqueses le recuerdan mucho a los highlanders —dijo Brianna, divertida—. Despiadados pero divertidos, creo que éas fueron las palabras que usó. Salvo por lo de las torturas, tal vez, y por quemar vivos a los enemigos.

—Entonces tu madre no ha oído algunas de las historias del tío Jamie sobre su abuelo —respondió Ian con una sonrisa irónica.

—¿Qué, lord Lovat?

—No, el otro, *Seumaïs Ruaidh*, Jacob el Rojo, de quien Jamie obtuvo su nombre. Un viejo cabrón y perverso, decía siempre mi madre; dejaría atrás a cualquier iroqués en cuanto a crueldad, por lo que me han contado. —Pero abandonó esa línea de pensamiento y reanudó sus explicaciones—: Bueno, entonces, cuando los *kahnyen'kehaka* me aceptaron y me bautizaron, fui adoptado por el clan de los Lobos, ¿vale?

—Muy apropiado —murmuró Brianna—. ¿De qué clan era Alce de Sol? —Lobo, por supuesto. Y la madre, la abuela y las hermanas de Emily eran de las Tortugas. Pero como estaba diciendo, si un muchacho y una muchacha de clanes diferentes parecen encajar bien entre sí, entonces las madres conversan; llaman «madres» a todas las tías, también —añadió—. De modo que puede haber una buena cantidad de madres metidas en el asunto. Pero si todas las madres, las abuelas y las tías están de acuerdo en que hacen buena pareja... —Se encogió de hombros—. Se casan.

—Pero tú no tenías ninguna madre que hablara por ti.

—Bueno, sí me preguntaba qué habría dicho mi madre si hubiese estado allí —declaró, y sonrió, a pesar de la seriedad de lo que decía.

Brianna, que había conocido a la madre de Ian, se echó a reír.

—La tía Jenny podría lidiar con cualquier mohawk, hombre o mujer —le aseguró—. Pero ¿qué ocurrió entonces?

—Yo amaba a Emily —dijo él sencillamente—. Y ella me amaba a mí. Esa situación, que no tardó en volverse evidente para todos los habitantes de la aldea, generó considerables comentarios públicos. En realidad, todos esperaban que

Waky o'tey ehsnonhsa, Trabaja con sus Manos, la chica a la que Ian llamaba Emily, se casara con Alce de Sol, que desde pequeño había ido a menudo de visita a su casa.

—Pero así eran las cosas. —Ian extendió las manos—. Ella me amaba, y lo dijo.

Cuando Ian había sido adoptado por el clan de los Lobos, también le habían asignado padres adoptivos, los padres del hombre muerto en cuya casa ahora vivía. Su madrastra había quedado un poco desconcertada por la situación, pero después de discutir el asunto con las otras mujeres del clan de los Lobos, había ido a hablar formalmente con Tewaktenyonh, la abuela de Emily, así como la mujer más influyente de la aldea.

—Y entonces nos casamos.

Ataviados con sus mejores galas, y acompañados de sus padres, los dos jóvenes se habían sentado juntos en un banco ante el pueblo reunido de la aldea, y habían intercambiado cestas; la suya contenía pieles de marta y castor, así como un buen cuchillo, como símbolo de su disposición a cazar para ella y protegerla; la de ella estaba llena de cereales, frutas y verduras, como símbolo de su disposición a plantar, recolectar y alimentarlo.

—Y cuatro meses después —añadió Ian—, Alce de Sol se casó con Mirando al Cielo, la hermana de Emily.

Brianna enarcó una ceja.

—¿Pero...?

—Sí, pero.

Ian tenía el arma que Jamie le había dejado, un objeto poco común y muy apreciado por los indios, y sabía usarla. También sabía rastrear, acechar desde una emboscada, pensar como un animal; otras cosas de valor que el tío Jamie le había legado.

En consecuencia, era buen cazador, y en poco tiempo se ganó el respeto de los otros por su capacidad para traer carne. Alce de Sol era un cazador decente; no el mejor, pero sí competente. Muchos de los jóvenes bromearon y hacían comentarios, denigrando las habilidades del otro y burlándose; él también lo hacía. De todas formas, había un tono en las bromas que Alce de Sol dirigía a Ian que cada tanto hacia que los otros hombres le clavaran la mirada y luego la apartaran encogiéndose de hombros.

Él había pensado que lo mejor era no prestarle atención, pero luego había visto la forma en que Alce de Sol miraba a Waky o'tey ehsnonhsa y de pronto todo estuvo claro para él.

Un día, a finales del verano, ella había ido al bosque con algunas otras chicas. Llevaban cestas para recoger alimentos; Waky o'tey ehsnonhsa tenía una hacha en el cinturón. Una de las otras chicas le había preguntado si tenía intenciones de

buscar madera para hacer otro cuenco como el que le había confeccionado a su madre; Trabaja con sus Manos había respondido —con una mirada veloz y cálida a Ian, que estaba descansando cerca, junto a los otros jóvenes— que no, que deseaba encontrar un buen cedro rojo para cortar madera para hacer el tablero de una cuna.

Las chicas habían reido y abrazado a Wakyo'teyehsnonhsa; los jóvenes habían sonreído y habían codeado a Ian en las costillas con gesto de complicidad. Entonces Ian había visto de reojo la cara de Alce de Sol, sus ardientes ojos clavados en la espalda de Emily mientras ella se alejaba.

Al cabo de menos de una luna, Alce de Sol se había mudado a la casa larga como esposo de la hermana de su esposa, Mirando al Cielo. Los compartimentos de las hermanas estaban frente a frente; compartían un hogar. Pocas veces había visto Ian a Alce de Sol mirar a Emily, pero sí lo había visto apartar cuidadosamente la mirada, en muchas ocasiones.

—Hay una persona que te desea —le dijo a Emily una noche. La hora del lobo ya había quedado muy atrás, era plena noche, y en la casa larga tocios los demás dormían. El bebé que ella llevaba en la tripa la obligaba a levantarse y a orinar; ella había regresado a las mantas de pelo con la piel fría y con un olor fresco a pino en el cabello.

—¿Oh? Bueno, ¿por qué no? Todos los demás duermen. —Se desperezó luxuriosamente y lo besó, mientras el pequeño y liso bulto de su vientre presionaba con fuerza contra el suyo.

—Yo no. Es decir... ¡claro que esta persona también te desea! —había dicho de prisa cuando ella se echó hacia atrás, ofendida—. Quiero decir... hay alguien más.

—Mmm. Hay muchos que me desean. Yo soy muy pero que muy hábil con las manos. —Le hizo una breve demostración y él soltó un gemido, lo que la hizo, a su vez, lanzar una risita de satisfacción.

Rollo, que la había acompañado afuera, se arrastró debajo de la plataforma de la cama y se acurrucó en su rincón de costumbre.

Un poco más tarde, se quedaron acostados con las mantas retiradas. La cortina de piel que colgaba sobre el umbral estaba abierta, de modo que pudiera entrar el calor del fuego, y él pudo ver el resplandor de la luz en la piel húmeda y dorada del hombro de ella, que estaba dándole la espalda. Ella extendió una de sus astutas manos y la posó sobre la suya, le cogió la palma y la presionó contra su vientre. El bebé que llevaba había comenzado a agitarse; Ian sintió un golpe suave y repentino contra su palma, y el aliento se paralizó en su garganta.

—No deberías preocuparte —le dijo Emily en voz muy baja—. Yo sólo te deseo a ti.

Esa noche durmió bien.

Pero por la mañana, cuando estaba sentado junto al hogar comiendo una

papilla de maíz, Alce de Sol, que ya había desayunado, pasó por la puerta. Se detuvo y miró a Ian.

—Hoy he soñado contigo, Hermano de Lobo.

—¿Sí? —respondió Ian en tono sereno. Sintió que el calor le subía a la garganta, pero mantuvo la cara relajada. Los kahyen'kehaka daban mucha importancia a los sueños. Un buen sueño haría que todos los miembros de la casa larga discutieran durante varios días. La mirada de Alce de Sol no daba a entender que su sueño sobre Ian hubiese sido bueno.

—Ese perro... —Señaló con un movimiento de la cabeza a *Rollo*. —Soñé que se cernía sobre tu catre y te mordía en la garganta.

Era un sueño amenazador. Un kahyen'kehaka que creyera en semejante sueño podría decidir matar al perro, por miedo de que fuera un presagio de alguna desgracia. Pero Ian no era —del todo— kahyen'kehaka.

Ian alzó ambas cejas y siguió comiendo. Alce de Sol aguardó un momento, pero como Ian no dijo nada, terminó haciendo un gesto y dándose la vuelta.

—Ahkote'ohskennonton —dijo Ian, llamándolo por su nombre. El hombre se volvió, expectante. —Yo también he soñado contigo.

Alce de Sol lo fulminó con la mirada. Ian no dijo nada más, pero permitió que una sonrisa lenta y maligna surgiera en su expresión.

Alce de Sol lo contempló. Ian continuó sonriendo. El otro se volvió resoplando de disgusto, pero no antes de que Ian hubiese visto la débil expresión de inquietud en sus ojos.

—Bueno. —Ian dejó escapar un profundo suspiro. Cerró los ojos brevemente, luego los abrió. —Sabes que el niño murió, ¿no?

Hablabía sin emoción alguna en la voz. Fue ese tono seco y controlado lo que hizo arder el corazón de Brianna, y la hizo ahogarse tanto que no pudo más que asentir por toda respuesta.

Pero él no consiguió mantener esa expresión mucho tiempo. Abrió la boca como si fuera a hablar, pero sus manos grandes y huesudas aferraron de pronto sus rodillas, y se incorporó de pronto.

—Sí —dijo—. Vámonos. Te... contaré el resto por el camino.

Y así lo hizo, dándole resueltamente la espalda, mientras la hacía subir más alto por la montaña; luego cruzaron una angosta hondonada y bajaron por el lecho de una corriente que caía en una serie de cascadas pequeñas y encantadoras, cada una rodeada por una bruma de arco iris en miniatura.

Trabaja con las Manos había vuelto a concebir. Aquel bebé se perdió justo después de que su vientre comenzara a hincharse de vida.

—Los kahyen'kehaka dicen —explicó Ian, mientras se abría paso a través de una cortina de plantas trepadoras de un subido tono rojo— que, para que una mujer conciba, el espíritu de su marido libra un combate con el de ella y debe

vencerlo. Si el espíritu del hombre no es lo bastante fuerte, entonces el bebé no puede echar raíces en la matriz.

Después de esa segunda pérdida, la Sociedad de Medicina los había llevado a los dos a una choza privada para que cantaran y batieran tambores y bailaran con inmensas máscaras pintadas, cuyo sentido era espantar a cualquier entidad maligna que estuviera socavando el espíritu de Ian, o fortaleciendo inapropiadamente el de Emily.

—Al ver las máscaras me entraron ganas de echarme a reír —dijo Ian. No se dio la vuelta; unas hojas amarillas se pegaron a los hombros de su camisa de ante y se engancharon en su pelo—. También la llaman la Sociedad de las Caras Extrañas... y con razón. Pero no me reí.

—Supongo que Em... Emily tampoco rió. —Ian avanzaba tan de prisa que ella debía esforzarse por mantenerse a su altura.

—No —dijo él, y emitió una risita breve y amarga—. En efecto.

Ella había entrado en la choza de medicina a su lado, callada y pálida pero había salido con el rostro sereno, y aquella noche en la cama lo buscó con amor. Durante tres meses, hicieron el amor con ternura y ardor. Durante los siguientes tres meses, lo hicieron con una sensación de desesperación creciente.

—Y entonces a ella volvió a atrasársele el ciclo.

De inmediato, él había cesado sus atenciones, temeroso de causar más daño. Emily se movía lenta y cuidadosamente; ya no iba a trabajar a los cultivos, sino que permanecía en la casa larga, trabajando, siempre trabajando, con las manos. Tejiendo, moliendo, tallando, agujereando cuentas para collares de *wampum*, sus manos moviéndose sin cesar, para compensar la expectante inmovilidad de su cuerpo.

—Su hermana iba a los campos. Son las mujeres las que se ocupan de eso, ¿sabes?

Hizo una pausa para cortar otra enredadera.

—Mirando al Cielo nos traía comida. Todas las mujeres lo hacían, pero ella más que las otras. Era una muchachita dulce, Karónya.

Su voz se alteró ligeramente cuando dijo eso, la primera vez en su dura enumeración de hechos.

—¿Qué ocurrió? —Brianna aceleró un poco el paso cuando salieron a la parte superior de una orilla cubierta de hierba, para poder llegar casi a su lado. Él aminoró un poco la marcha, pero no se volvió para mirarla.

—Se la llevaron.

Mirando al Cielo tenía la costumbre de quedarse en los prados más tiempo que las otras mujeres, para reunir un poco más de maíz o calabazas para su hermana y para Ian, aunque para ese entonces ella ya tenía un hijo propio. Una noche no regresó a la casa larga, y cuando los aldeanos salieron en su busca, no los hallaron ni a ella ni al niño. Se habían esfumado, dejando tan sólo un pálido

mocasín detrás, enredado entre las calabazas en un extremo de uno de los campos.

—Abenaki —dijo Ian lacónicamente—. Encontramos la señal al día siguiente; oscureció antes de que pudiéramos empezar a buscarla a conciencia.

Había sido una larga noche de búsqueda, seguida de una semana de lo mismo, una semana de temor y vacío cada vez mayores. Ian había regresado al hogar de su esposa al amanecer del séptimo día, donde se enteró de que ella había perdido al bebé una vez más.

Hizo una pausa. Estaba completamente sudado por haber caminado tan de prisa, y se pasó la manga de la camisa por el mentón. Brianna sintió su propio sudor chorreándose por la espalda, pero no le prestó atención. Le tocó la espalda a Ian, muy suavemente, sin decir nada.

Él lanzó un profundo suspiro, casi de alivio, le pareció a ella; tal vez ese espantoso relato estaba a punto de acabar.

—Lo intentamos un poco más. Emily y yo. Pero ella ya estaba desanimada. Ya no confiaba en mí. Y... Ahkote'ohskennonton estaba allí. Comía junto a nuestro hogar. Y la observaba. Ella empezó a devolverle la mirada.

Un día, estaba tallando madera para hacer un arco, concentrándose en el flujo de las vetas bajo su cuchillo, tratando de ver aquellas cosas en los remolinos que Emily veía, de oír la voz de los árboles, como ella le había dicho. Pero no fue el árbol quien habló a sus espaldas.

—Nieto —dijo una voz seca y vieja, ligeramente irónica.

Soltó el cuchillo, que casi se clavó en su propio pie, y giró, con el arco en la mano. Tewaktenyonth estaba a dos metros de distancia, una ceja enarcada en un gesto divertido por haberse acercado tanto sin que él lo oyese.

—Abuela —dijo él, y asintió en un sardónico reconocimiento de su habilidad. Podía ser una anciana, pero nadie se movía con más sigilo que ella; de ahí su reputación. Los niños de la aldea sentían un respetuoso temor por la mujer, puesto que habían oído que podía desvanecerse en el aire para luego materializarse de nuevo en algún lugar lejano, justo delante de los ojos culpables de los malhechores.

—Ven conmigo, Hermano de Lobo —dijo, y se volvió, sin esperar respuesta. No era necesario.

Ella ya se había perdido de vista cuando él dejó el arco inconcluso bajo un arbusto, cogió el cuchillo caído y silbó para llamar a *Rollo*, pero la alcanzó sin dificultades.

Ella lo hizo salir de la aldea y atravesar el bosque hasta llegar al principio de un rastro de ciervos. Allí le entregó un saco de sal y un brazalete de *wampum* y le indicó que se marchara.

—¿Y lo hiciste? —preguntó Brianna—. ¿Así, sin más?

—Así, sin más —asintió él, y la miró por vez primera desde que habían

dejado el campamento aquella mañana. Su cara estaba hundida, ahuecada por los recuerdos. El sudor brillaba en sus pómulos, pero estaba tan delgado que las líneas de sus tatuajes destacaban con intensidad: perforaciones, líneas por las que su cara podría desarmarse.

Ella tragó saliva durante unos momentos antes de poder hablar.

—¿Falta mucho? —preguntó.

—No —dijo él en voz baja—. Ya casi hemos llegado. —Y se volvió para ponerse delante de ella otra vez.

Media hora más tarde llegaron a un lugar donde el arroyo erosionaba profundamente sus orillas y se ensanchaba hasta convertirse en una pequeña cañada. Había abedules plateados y tupidos arbustos que brotaban de las rocosas paredes, con raíces que se retorcían entre las piedras. Las cascadas habían quedado muy arriba y el ruido del agua era menos intenso; el arroyo parecía estar hablando consigo mismo mientras corría sobre las rocas y atravesaba matas de berro y lentejas de agua.

A ella le parecía que sería más fácil ir por el borde del desfiladero, pero Ian la guió hacia abajo y ella lo siguió, avanzando con dificultad entre grandes rocas y raíces, incomodada por la voluminosa escopeta. *Rollo*, se lanzó al arroyo, que tenía varios metros de profundidad, y nadó con las orejas hacia atrás.

Ian había recuperado el dominio de sí mismo al concentrarse en recorrer ese accidentado terreno. Se detenía cada tanto y extendía la mano hacia atrás para ayudarla a sortear alguna roca particularmente difícil o a superar algún árbol arrancado en alguna inundación reciente, pero no la miraba a los ojos, y sus impasibles facciones no delataban nada.

La curiosidad de Brianna había llegado a un punto febril, pero estaba claro que él había terminado de hablar por el momento. Era poco después del mediodía, pero la luz bajo los abedules era una penumbra dorada que hacía que todo pareciera de alguna manera acallado, casi encantado. Brianna no tenía ninguna idea sensata acerca del propósito de la expedición, a la luz de lo que Ian le había contado; pero aquél era uno de esos lugares en los que todo parecía posible.

De pronto pensó en su primer padre, Frank Randall, y sintió una cierta calidez que le resultaba muy familiar. Le gustaría tanto enseñarle aquel sitio. Con frecuencia habían ido juntos de vacaciones a las Adirondack, diferentes montañas, diferentes árboles; pero había algo del mismo silencio y misterio entre las hojas sombreadas y el agua que corría. Su madre los había acompañado en algunas ocasiones, pero casi siempre iban sólo ellos dos, y subían alto entre los árboles, sin hablar mucho, pero compartiendo una profunda satisfacción en compañía del cielo.

De repente, el sonido del agua volvió a aumentar; había otra cascada cerca.

—Por aquí, prima —dijo Ian en voz baja.

Salieron de debajo de los árboles y ella vio que el desfiladero se interrumpía bruscamente y se convertía en una caída de agua de unos seis metros de altura sobre un estanque. Ian la hizo pasar por encima de la parte superior de la cascada; ella oyó el rugido del agua en su descenso, pero la parte superior de la orilla estaba llena de juncias, y tuvieron que abrirse paso entre los arbustos, aplastando los tallos de varas de oro silvestre y esquivando los zumbidos de los saltamontes que brincaban a sus pies.

—Mira —dijo Ian, dirigiendo la vista hacia atrás, y luego extendió los brazos para apartar la pantalla de laureles que ocultaba a Brianna.

—¡Guau!

Lo reconoció de inmediato. Era inconfundible, incluso a pesar de que la mayor parte estaba invisible, todavía enterrada en la desmenuzada orilla al otro lado del desfiladero. Una inundación reciente había elevado el nivel del arroyo y había socavado la orilla, de modo que un inmenso bloque de piedra y tierra había caído, revelando el misterio enterrado.

Los enormes arcos inclinados de las costillas asomaban entre la tierra, y Brianna tuvo la impresión de que había varias cosas semienterradas entre los escombros a los pies de la orilla; cosas enormes, anudadas y retorcidas. Podrían ser huesos o simples rocas, pero fue el colmillo lo que llamó su atención: sobresalía de la orilla en una gran curva, intensamente familiar, y más sorprendente precisamente por esa familiaridad.

—¿Sabes qué es? —le preguntó Ian con entusiasmo, examinándole la cara—. ¿Has visto alguna vez algo así?

—Oh, sí —dijo ella, y aunque el calor del sol caía en su espalda, se estremeció y se le puso la carne de gallina; no por miedo, sino por el sobrecogimiento que le causaba verlo, así como una especie de alegría incrédula —. Oh, sí. Sé qué es.

—¿Qué? —La voz de Ian estaba baja, como si la criatura pudiera oírlas—. ¿Qué es?

—Un mamut —dijo, dándose cuenta de que ella también susurraba.

El sol había pasado el cénit; el fondo del lecho del arroyo ya estaba en sombras. La luz cayó sobre la curva manchada del antiguo marfil y destacó en un fuerte relieve la bóveda de la calavera y su elevada coronilla. La calavera estaba clavada en el suelo en un ángulo suave, el único colmillo visible se elevaba hacia lo alto, y la cuenca del ojo era negra y misteriosa.

Volvió a sentir un escalofrío y encorvó los hombros. Era fácil pensar que en cualquier momento aquella cosa podía levantarse del barro y girar su enorme cabeza hacia ellos, con los ojos vacíos.

—¿Así se llama eso? ¡Mamut! Sí, bueno... es muy grande. —La voz de Ian disipó la ilusión de un movimiento incipiente, y ella pudo, por fin apartar los ojos,

aunque sentía que debía mirar hacia atrás, más o menos a cada segundo, para asegurarse de que permaneciera en su sitio.

—El nombre en latín es *Mammuthus* —explicó, aclarándose la garganta—. Hay un esqueleto entero en un museo de Nueva York Lo he visto varias veces. Y he visto imágenes en libros. —Volvió a mirar a la criatura en la orilla.

—¿Un museo? ¿De modo que no tenéis cosas así de donde... de cuando...? —Se tambaleó un poco con las palabras—. ¿De dónde venís? ¿Vivas, quiero decir? —Ian parecía un poco desilusionado.

Brianna sintió deseos de reír al pensar en mamuts corriendo por Boston Common, o retozando en las orillas del río Cambridge. De hecho, sintió una momentánea punzada de desilusión por el hecho de que no hubieran estado allí; habría sido maravilloso verlos.

—No —dijo en tono de lamentación—. Todos murieron hace miles y miles de años. Cuando vino el hielo.

—¿El hielo?

—La Edad de Hielo. El mundo se enfrió y unas grandes capas de hielo se formaron desde el norte hacia el sur. Muchos animales se extinguieron... quiero decir, no pudieron encontrar alimento y murieron.

Ian estaba pálido.

—Sí, sí. He oído esas historias.

—¿En serio? —Se sorprendió ella.

—Sí. Pero tú dices que son ciertas. —Giró la cabeza para mirar una vez más los huesos del mamut—. ¿Un animal, entonces, como un oso o una zarigüeya?

—Sí —respondió ella, intrigada por su actitud—. Más grande, pero sí. ¿Qué otra cosa podría ser?

—Ah —dijo él, y respiró hondo—. Bueno, mira, eso era lo que necesitaba que me dijeras, prima. Mira, los kahnyen'kehaka... tienen historias de... cosas. Animales que en realidad son espíritus. Y si alguna vez yo viera una cosa que podría ser un espíritu... —Él seguía mirando el esqueleto y ella vio que lo recorría un leve escalofrío.

No pudo evitar sentir ella misma un escalofrío similar al mirar a aquella enorme criatura. Se cernía sobre ellos, lúgubre y horrible, y sólo el hecho de que sabía lo que era evitaba que quisiera salir corriendo.

—Es real —repitió—. Y está muerto. Muerto de verdad.

—¿Cómo sabes esas cosas? —preguntó él con una intensa curiosidad—. Dices que es muy antiguo. Tú estarías mucho más lejos de... eso... —Señaló el gigantesco esqueleto con el mentón—. en tu época que nosotros ahora. ¿Cómo puedes saber más sobre eso que lo que la gente sabe ahora? Ella sacudió la cabeza, sonriendo, incapaz de explicarlo.

—¿Cuándo lo encontraste, Ian?

—El mes pasado. Subí por el desfiladero... —hizo un gesto con el mentón— y

allí estaba. Casi me cago encima.

—Puedo imaginarlo —dijo ella, reprimiendo el impulso de echarse a reír.

—Sí —continuó él—. Habría estado seguro de que era Rawenniy o, un espíritu, un dios, de no ser por el perro.

Rollo había salido del arroyo, y después de sacudirse el agua, estaba rascándose boca arriba meneando la cola de placer y sin prestar la más mínima atención al mudo gigante del acantilado.

—¿A qué te refieres? ¿A que Rollo no le tenía miedo? Ian asintió.

—Sí. Se comportaba como si no hubiera nada allí. Y sin embargo... A veces, en el bosque. Él... él ve cosas. Cosas que yo no puedo ver, ¿sabes?

—Lo sé. —Brianna sintió una punzada de inquietud—. Los perros ven... cosas. —Recordaba a sus propios perros; en particular a *Smoky*, un gran terranova que, a veces, al anochecer, levantaba de pronto la cabeza, escuchando, con el pelo del lomo erizado mientras sus ojos seguían... algo... que pasaba por la habitación y desaparecía.

Él asintió, aliviado al ver que ella sabía de qué hablaba.

—Es cierto. Yo salí corriendo cuando vi eso —dijo, señalando el acantilado con un movimiento de la cabeza—, y me escondí detrás de un árbol. Pero el perro siguió a lo suyo, sin prestarle ninguna atención. De modo que pensé, bueno, tal vez no sea lo que yo creo, después de todo.

—¿Y qué creías que era? ¿Has dicho un Rawenniy o? —Cuando la excitación de ver al mamut comenzó a ceder, Brianna recordó lo que en teoría hacían allí —. Ian... dijiste que lo que querías mostrarme tenía que ver con tu esposa. ¿Es esto...? —Hizo un gesto en dirección al acantilado.

Él no le respondió directamente, sino que echó la cabeza hacia atrás, estudiando los gigantescos colmillos que sobresalían.

—Cada tanto oía historias. Entre los mohawk, quiero decir. Hablaban de cosas extrañas que alguien había encontrado cazando. Espíritus atrapados en las rocas, y cómo fueron a parar allí. Cosas malignas, en su mayoría. Y pensaba para mis adentros: « Si resulta que esto es eso... » .

Se interrumpió y se volvió hacia ella, serio y concentrado.

—Necesitaba que me dijeras si era eso o no. Porque, si lo era, entonces quizá yo estaba equivocado en mis suposiciones.

—No lo es —le aseguró—. Pero ¿en qué demonios pensabas?

—En Dios —dijo él, volviendo a sorprenderla—. Yeksa'a, la niña. No la hice bautizar —dijo—. No podía. O quizás sí podía... puedes hacerlo tú mismo, ¿sabes?, si no hay ningún sacerdote disponible. Pero no me animé a hacerlo. Yo... nunca la vi. Ya la habían cubierto... A ellos no les habría sentado bien que yo tratara de... —Su voz se interrumpió.

—Yeksa'a —repitió ella en voz baja—. ¿Ese era el nombre... de tu hija?

Él negó con la cabeza y su boca se torció en una sonrisa irónica.

—Sólo significa «niña pequeña». Los kahny en'kehaka no ponen nombres a sus hijos cuando nacen. Esperan hasta más tarde. Si... —Su voz volvió a apagarse, y él se aclaró la garganta—. Si sobreviven. Jamás se les ocurriría poner nombre a un niño que ha nacido muerto.

—Pero ¿tú lo hiciste? —le preguntó con delicadeza.

Él levantó la cabeza y respiró con un sonido húmedo, como de vendas mojadas sacadas de una herida reciente.

—Iseabail —dijo, y ella supo que aquélla era la primera vez, y quizá sería la única, en que él lo pronunciara en voz alta—. Si hubiera sido varón, lo habría llamado Jamie. —La miró, con la sombra de una sonrisa—. Sólo en mi cabeza, ¿sabes?

Suspiró hondo e inclinó la cabeza sobre las rodillas.

—Lo que pienso... —dijo, después de un momento, con una voz demasiado controlada— es esto: ¿he sido yo?

—¡Ian! ¿Quieres decir que fue culpa tuya que el bebé muriera? ¿Por qué dices eso?

—Me marché —dijo él simplemente, enderezándose—. Me aparté. Dejé de ser un cristiano, de ser escocés. Ellos me llevaron al arroyo, me frotaron con arena para quitarme la sangre blanca. Me dieron un nombre, Okwaho'kenha, y dijeron que era mohawk. Pero en realidad no lo era.

Volvió a suspirar profundamente y ella le puso una mano en la espalda, sintiendo su columna vertebral a través del cuero de la camisa. Realmente estaba comiendo muy poco, pensó.

—Pero tampoco era lo que había sido —continuó él, en un tono casi despreocupado—. Traté de ser lo que ellos querían, ¿sabes? Entonces dejé de rezarle a Dios o a la Virgen, o a santa Brígida. Escuché lo que me decía Emily cuando me hablaba de sus dioses, de los espíritus que viven en los árboles y cosas así. Y cuando iba a la ceremonia Inipi con los hombres, o me sentaba junto al fuego y oía las historias... me parecían tan reales como antes lo habían sido Cristo y todos Sus santos.

Volvió la cabeza y la miró de pronto, entre perplejo y desafiante.

—«Yo soy el Señor, tu Dios —elijo—. No tendrás otros dioses aparte de mí». Pero yo lo hice, ¿no? Eso es un pecado mortal, ¿verdad?

Brianna quiso decirle que no, claro que no. O protestar débilmente aduciendo que ella no era sacerdote. Pero ninguna de las dos cosas sería de utilidad; Ian no estaba buscando que lo tranquilizaran fácilmente, y una pusilánime denegación de responsabilidad no le serviría de nada.

Respiró hondo y exhaló. Habían pasado unos cuantos años desde que le habían enseñado el catecismo de Baltimore, pero no era esa clase de cosas que se olvidan fácilmente.

—Las condiciones del pecado mortal son las siguientes —dijo recitando las

palabras de memoria y con precisión—. Primero, que la acción esté realmente muy mal. Segundo, que tú sepas que la acción está mal. Y, tercero... que lo hagas siendo plenamente consciente de lo que haces.

Él la observaba fijamente.

—Bueno, estaba mal, y supongo que yo lo sabía... sí. Lo sabía. Especialmente... —Su cara se ensombreció todavía más y ella se preguntó qué estaría recordando—. Pero... ¿cómo podría servir a un Dios que toma a un hijo por los pecados de su padre? —Sin esperar respuesta, echó un vistazo a los restos del mamut congelados en el tiempo—. ¿O fueron ellos? ¿No fue mi Dios, entonces, sino los espíritus de los iroqueses? ¿Sabían que yo no era un verdadero mohawk, que les oculté una parte de mí? —Volvió a mirarla, tremadamente serio—. Los dioses son celosos, ¿no?

—Ian... —Ella tragó saliva—. Lo que hiciste, o lo que no hiciste, no estaba mal, Ian. Tu hija... era mohawk a medias. No fue un error que se la enterrara según las tradiciones de su madre. Tu esposa, Emily, habría quedado terriblemente acongojada, ¿no? Si hubieras insistido en bautizar al bebé.

—Sí, es posible. Pero... —Cerró los ojos y clavó con fuerza los puños en los muslos—. Los otros... nunca nacieron; Dios los tendrá en Su mano. Pero la pequeña Iseabail, no estará en el cielo, ¿verdad? No puedo soportar la idea de que ella... pudiera estar... perdida, en alguna parte. Errante.

—Ian...

—La oigo, saludando... de noche. —Su aliento salía en jadeos y sollozos profundos—. ¡No puedo ayudarla, no puedo encontrarla!

—¡Ian! —Las lágrimas surcaban las mejillas de la propia Brianna. Le cogió las muñecas con ferocidad—. ¡Ian, escúchame!

Él respiró profunda y temblorosamente, con la cabeza inclinada. Luego asintió con suavidad.

Ella se sentó sobre las rodillas y se apretó con fuerza contra él, acunándole la cabeza entre los senos. Presionó con la mejilla la coronilla de Ian y sintió su pelo cálido y mullido contra su boca.

—Escúchame —dijo en voz baja—. Yo tuve otro padre. El hombre que me educó. Ahora está muerto. Sé... sé que está en el cielo.

¿Era cierto? ¿Podría estar muerto y en el cielo aunque aún no hubiera nacido? Y sin embargo, estaba muerto para ella, y seguramente en el cielo no prestaban atención al tiempo.

Brianna alzó el rostro hacia el acantilado, pero no le habló ni a los huesos ni a Dios.

—Papá —dijo, y su voz se quebró en la palabra, pero siguió abrazando a su primo con fuerza—. Papá, te necesito. —Su voz sonaba tan pequeña que resultaba insegura. Pero no había otra ayuda disponible—. Necesito que encuentres a la hijita de Ian —dijo, lo más firmemente que pudo, tratando de

invocar el rostro de su padre, de verlo entre las hojas que se agitaban en lo alto del acantilado—. Encuéntrala, por favor. Abrázala y asegúrate de que esté a salvo. Cuida de ella, por favor, cuidala.

Se detuvo, sintiendo que debería decir otra cosa, algo más ceremonioso. ¿Hacer la señal de la cruz? ¿Decir «amén»?

—Gracias, papá —dijo en voz baja, y lloró como si su padre hubiera muerto en ese momento y ella fuera una huérfana abandonada, perdida, sollozando en la noche. Los brazos de Ian la rodeaban, y se quedaron así, aferrándose con fuerza, con el calor del sol de la tarde en sus cabezas.

Ella permaneció entre sus brazos cuando dejó de llorar, con la cabeza descansando sobre sus hombros. Él le palmeó la espalda muy suavemente, pero no la apartó.

—Gracias —le susurró al oído—. ¿Te encuentras bien, Brianna?

—Sí. —Ella se irguió y se apartó, balanceándose un poco. En realidad, sentía que sus huesos se habían vuelto blandos y maleables, todo a su alrededor parecía estar algo desenfocado, salvo por algunas cosas que le llamaron la atención: una colorida franja que parecía una pantufla rosada de mujer, una piedra caída de la pared del acantilado, con la superficie marcada de rojo con un hierro; *Rollo*, casi sentado a los pies de Ian, con su gran cabeza oprimiendo con nerviosismo el muslo de su amo.

—¿Tú te encuentras bien, Ian? —preguntó.

—Lo estaré. —Su mano buscó la cabeza de *Rollo* y frotó superficialmente las orejas puntiagudas para tranquilizarlo—. Tal vez. Es sólo que...

—¿Qué?

—Tú... ¿estás segura, Brianna?

Ella sabía lo que le preguntaba; era una cuestión de fe. Se incorporó del todo y se limpió la nariz con la manga de la camisa.

—Soy católica y creo en las vitaminas —declaró con firmeza—. Y conocía a mi padre. Por supuesto que estoy segura.

Él respiró hondo y sus hombros se encorvaron cuando soltó el aire. Luego asintió y las líneas de su rostro se relajaron un poco.

Ella lo dejó sentado en una roca y se acercó al arroyo para mojarse la cara con agua fría. La sombra del acantilado caía sobre el arroyo; el aire estaba fresco y en él flotaba el aroma de la tierra y los pinos. A pesar del frío, se quedó un rato allí, de rodillas.

Todavía podía oír las voces que murmuraban en los árboles y el agua, pero no les prestó atención. Fueran quienes fuesen, no representaban ninguna amenaza para ella o los suyos, ni tampoco se enfrentaban a la presencia que ella sentía tan fuerte y próxima.

—Te quiero, papá —susurró, cerrando los ojos, y se sintió en paz.

Ian también debía de estar mejor, pensó cuando por fin regresó por entre las

rocas a donde él aguardaba sentado. *Rollo* lo había dejado para investigar un prometedor hueco al pie de un árbol, y ella sabía que el perro no habría abandonado a Ian si hubiese considerado que su amo estaba angustiado.

Iba a preguntarle si sus asuntos allí ya habían concluido cuando él se puso en pie y ella se dio cuenta de que no era así.

—La razón por la que te he traído aquí... —dijo bruscamente—. Quería saber sobre aquello... —señaló el mamut—, pero también pensaba hacerte una pregunta. Quizá pedirte un consejo.

—¿Un consejo? ¡Ian, yo no puedo darte consejos! ¿Cómo podría decirte qué debes hacer?

—Creo que tal vez tú eres la única que sí puede. Eres de mi familia, eres mujer... y te importo. Además, sabes más incluso que el tío Jamie, tal vez, debido a quién... —Su boca se torció un poco—. O a lo que eres.

—Yo no sé más —dijo ella—. Sólo... sé cosas diferentes.

—Sí —asintió él, y respiró hondo—. Brianna —dijo en voz muy baja—. No estamos casados... jamás lo estaremos. —Apartó la mirada un instante y luego la dirigió de nuevo hacia ella—. Pero si nos hubiésemos casado, yo te habría amado y te habría cuidado lo mejor que hubiera podido. Confío en que tú habrías hecho lo mismo por mí. ¿Tengo razón?

—Oh, Ian. —Seguía notando la garganta irritada por el dolor; las palabras salieron en un susurro. Le tocó la cara, la piel fría y huesuda, y trazó las líneas de los tatuajes con el pulgar—. Te amo ahora.

—Sí, bueno —respondió él con suavidad—. Eso lo sé. —Levantó una mano y la posó sobre la suya, grande y dura. Apretó la palma de ella contra su mejilla durante un momento, luego sus dedos se cerraron sobre los de ella y él bajó las dos manos entrelazadas, pero no la soltó—. De modo que, dime —pidió, con los ojos clavados en los de ella—. Si me amas, dime qué he de hacer. ¿Debo regresar?

—Regresar —repitió ella—. ¿Quieres decir, regresar con los mohawk?

Ian asintió.

—Regresar con Emily. Ella me amaba. Lo sé. ¿Hice mal al permitir que la anciana me hiciera partir? ¿Debería regresar, tal vez luchar por ella si fuera necesario? ¿O ver tal vez si ella quisiera venir conmigo al cerro?

—Oh, Ian. —Brianna sintió la misma sensación de desesperación que antes, aunque esta vez sin la carga de su propio dolor. Pero ¿quién era ella para decirle nada? ¿Cómo podría hacerse responsable de tomar esa decisión en su lugar, de decirle que se quedara, o que se marchara?

Los ojos de él seguían fijos en su rostro, y entonces ella se dio cuenta; eran de la misma familia. De modo que la responsabilidad estaba en sus manos, le pareciera adecuada o no.

Sintió una presión en el pecho, como si fuera a estallar si respiraba hondo. De

todas formas, lo hizo.

—Quédate —dijo.

Él la miró durante un largo rato.

—Podrías pelear con él... con Ahk... —Se tropezó con las sílabas del nombre mohawk—. Alce de Sol. Pero no puedes pelearte con ella. Si ella ha decidido que ya no desea estar contigo... Ian, no puedes hacer nada al respecto.

Él parpadeó y sus oscuras pestañas interrumpieron su mirada. Mantuvo los ojos cerrados, aunque ella no sabía si era en aceptación o en negación de lo que le había dicho.

—Pero es más que eso —insistió—. No es sólo ella, o él, ¿verdad?

—No —respondió Ian. Su voz sonaba distante, casi como si no le importara, pero ella sabía que no era así.

—Son ellos —prosiguió Brianna en voz más suave—. Todas las madres, las abuelas, las mujeres, los... los hijos. —El clan y la familia, la tribu y la nación; costumbres, espíritu, tradiciones; las hebras que entrelazaban a Trabaja con sus Manos y la mantenían sujetas a la tierra, segura. Y, por encima de todo, los niños. Esas voces fuertes y pequeñas que ahogaban las voces del bosque e impedían que el alma errara por las noches.

Nadie conocía la fuerza de tales vínculos mejor que alguien que hubiera caminado por la tierra despojado de ellos, marginado y solo. Ella era una de esas personas, y él también, y ambos sabían la verdad.

—Son ellos —repitió él en voz baja, y abrió los ojos. Estaban oscuros por la pérdida, del color de las sombras del bosque más profundo—, y ellos. —Giró la cabeza para mirar arriba, hacia los árboles que estaban más allá del arroyo, encima de los huesos del mamut. La giró de nuevo, levantó una mano y le tocó la mejilla—. Entonces, me quedará.

Esa noche acamparon en el otro extremo del estanque de los castores. Los restos de madera y ramas les resultaron muy útiles para encender el fuego.

Había poco que comer, nada más que un sombrero lleno de amargas uvas y corteza de pan. No importaba; ninguno de los dos tenía hambre, y *Rollo*, por su cuenta, desapareció para cazar.

Comieron en silencio, observando cómo moría el fuego. No era necesario dejarlo encendido; la noche no era fría y no permanecerían mucho tiempo allí por la mañana; el hogar estaba demasiado cerca.

Ian se agitó un poco y Brianna lo miró.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —le preguntó muy formalmente.

—Frank, eh... Franklin. Franklin Wolverton Randall.

—¿Era inglés, entonces?

—Mucho —sonrió ella, a pesar de sí misma.

Él asintió, murmurando «Franklin Wolverton Randall» para sus adentros,

como si quisiera grabárselo en la memoria, luego la miró con seriedad.

—Si alguna vez vuelvo a entrar en una iglesia, encenderé una vela en su memoria.

—Supongo... que a él le gustará.

Él asintió y se recostó hacia atrás, apoyando la espalda contra un pino de hoja larga. Las agujas estaban esparcidas por todo el terreno; levantó un puñado y las arrojó, una a una, al fuego.

—¿Y qué hay de Lizzie? —preguntó ella un momento después—. Siempre te ha tenido cariño. —Por decirlo suavemente; Lizzie había languidecido y suspirado por él semanas enteras, cuando él había desaparecido con los iroqueses—. Y ahora que no va a casarse con Manfred...

Él echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y la apoyó contra el tronco del pino.

—He pensado en ello —admitió.

—Pero...?

—Sí, pero. —Abrió los ojos y le dedicó una mirada de ironía—. Sabría dónde estaría si me despertara a su lado, y ese lugar sería en la cama junto a mi hermanita. Creo que no estoy tan desesperado. Todavía.

Morcilla

Estaba elaborando morcillas cuando Ronnie Sinclair apareció en el patio con dos pequeños toneles de whisky. Llevaba varios más atados en una cuidadosa cascada ondulada a la espalda. Era un día fresco, pero él sudaba a mares por la larga caminata cuesta arriba, y también maldecía con la misma profusión.

—¿Por qué, en nombre de santa Brígida, construyó él su condenada casa aquí arriba entre las nubes dejadas de la mano de Dios? ¿Por qué no hacerlo en algún lugar al que se pudiera llegar con una condenada carreta? —Depositó los toneles en el suelo con cuidado, luego asomó la cabeza entre las correas del arnés para dejar caer su caparazón de madera. Suspiró, aliviado y se frotó los hombros donde se habían hundido las correas.

Sin prestar atención a las preguntas retóricas, seguí revolviendo, haciendo un gesto hacia el interior de la casa a modo de invitación.

—Hay café recién hecho —dije—. Y tarta de cereales con miel.

Mi propio estómago se asustó ligeramente ante la idea de comer. Una vez condimentada, rellena, hervida y frita, la morcilla era deliciosa. Pero las primeras etapas de su preparación, que implicaban hundir el brazo hasta el fondo de un barril de sangre de cerdo semicoagulada, eran considerablemente menos apetitosas.

Sinclair, sin embargo, se puso más contento ante la mención de comida. Se pasó la manga por la sudorosa frente y me devolvió el gesto, volviéndose hacia la casa. Luego se detuvo y se dio la vuelta de nuevo.

—Ah, lo olvidaba, señora. Tengo un mensaje para usted, también. —Se palmeó delicadamente el pecho, hasta que por fin encontró lo que buscaba y lo extrajo de entre las capas empapadas de sudor de su ropa. Sacó un húmedo legajo de papeles y lo sostuvo ante mí con un gesto expectante, sin prestar atención al hecho de que mi brazo derecho estaba empapado de sangre casi hasta el hombro, y el izquierdo no estaba mucho mejor.

—Déjelo en la cocina, por favor —le sugerí—. Él está dentro. Iré en cuanto acabe de ordenar todo esto.

—Me la entregó un hojalatero que iba de camino a Belem's Creek. No me dijo quién se la había dado a él; sólo que era para la sanadora.

Miró con el entrecejo fruncido el papel doblado, pero noté que sus ojos se deslizaban hacia mis piernas. A pesar del frío, estaba descalza y desnuda salvo por el camisón y las enaguas, y un manchado delantal que me envolvía la cintura. Ronnie llevaba buscando esposa bastante tiempo, y en consecuencia, se

había formado el hábito inconsciente de evaluar los atributos físicos de todas las mujeres con las que se cruzaba, sin prestar atención a su edad o disponibilidad. Él se percató de que yo me había dado cuenta, y se apresuró a apartar la mirada.

—¿Eso fue todo? —le pregunté—. ¿La sanadora? ¿No dijiste mi nombre?

Sinclair se pasó la mano por su pelo anaranjado.

—No era necesario, ¿no cree? —Sin intentar continuar la conversación desapareció en el interior de la casa en busca de comida y de Jamie, dejándome con mis sangrientas labores.

Lo peor de todo era limpiar la sangre; agitar un brazo a través de las oscuras y pestosas profundidades del barril para recolectar los filamentos de fibrina que se formaban cuando la sangre comenzaba a coagularse. Los filamentos se pegaban a mi brazo y entonces podía quitármelos y enjuagarlos, una y otra vez. En realidad, era ligeramente menos asqueroso que la tarea de lavar los intestinos que se usarían para el revestimiento de las salchichas; Brianna y Lizzie estaban encargándose de ello, junto al arroyo.

Observé los resultados más recientes; no había fibras visibles en el líquido rojo claro que chorreaba de mis dedos. Volví a hundir el brazo en el tonel de agua que estaba al lado del barril de sangre, sostenido sobre unas tablas ubicadas encima de un par de caballetes bajo el gran castaño. Jamie, Roger y Arch Bug habían arrastrado a un cerdo hasta el jardín y le habían dado un golpe con un pesado martillo entre los ojos; luego lo colgaron de una rama, le abrieron la garganta y dejaron que la sangre se vertiera en el barril.

A continuación, Roger y Arch se habían llevado el cuerpo destripado para escaldarlo y quitarle el pelo; la presencia de Jamie se requería para lidiar con el mayor MacDonald, quien había aparecido de improviso. Si hubiera podido escoger, tuve la impresión de que Jamie habría preferido tener que enfrentarse al cerdo.

Terminé de lavarme las manos y los brazos —una tarea inútil, pero necesaria para mi paz mental— y me sequé con una toalla de lino. Metí en el barril puñados dobles de los cuencos de cebada, harina de avena y arroz hervido que esperaban a un lado, mientras sonreía ligeramente por el recuerdo de la cara del mayor, roja como una ciruela, y de las quejas de Ronnie Sinclair. Jamie había escogido construir su casa en ese sitio preciso del cerro después de mucho reflexionar y precisamente debido a las dificultades de llegar hasta él.

Me pasé los dedos por el pelo, luego respiré hondo y hundí una vez más el brazo limpio en el barril. La sangre se enfriaba de prisa. Amortiguado por los cereales, el olor era menos inmediato que el hedor metálico de la sangre nueva. Pero la mezcla seguía caliente al tacto, y los granos formaban elegantes remolinos blancos y marrones, pálidos torbellinos atraídos por la sangre mientras yo la revolvía.

Me pregunté quién habría mandado la nota y si se trataba de alguna cuestión

urgente. Probablemente, no: al menos no sería algún parto inminente o accidente grave. No podía contarse con que un mensaje escrito confiado a un hojalatero llegara a destino en un tiempo corto; los hojalateros erraban o se quedaban en un sitio, según el trabajo que encontraran.

Para el caso, era poco común que hojalateros o vagabundos llegaran al cerro, aunque habíamos visto tres el mes pasado. Yo no sabía si aquello era resultado de nuestra creciente población —en el cerro de Fraser ya casi había sesenta familias, aunque las cabañas estaban esparcidas en casi veinte kilómetros de boscosas hondonadas— o de algo más siniestro.

—Es una de las señales, Sassenach —me había dicho Jamie, frunciendo el ceño después de la manera en que había partido uno de aquellos huéspedes temporales—. Cuando hay guerra en el aire, los hombres se lanzan a los caminos.

Me pareció que tenía razón; recordaba a los vagabundos en los caminos de las Highlands, que traían rumores del alzamiento de los Estuardo. Era como si los temblores del descontento dejaran sueltos a aquellos que no tenían ninguna conexión firme con un lugar, ya fuera por amor a la tierra o a la familia, y que las corrientes arremolinadas del disenso los empujaran hacia adelante, como los primeros fragmentos premonitorios de una explosión en cámara lenta que lo destruiría todo. Me estremecí y sentí el frío roce de una brisa ligera a través de la enagua.

La masa había alcanzado la consistencia necesaria, como una especie de nata de color rojo oscuro. Me sacudí unos granos que tenía pegados en los dedos y busqué con la mano limpia el cuenco de madera lleno de cebolla picada y salteada en aceite, que estaba lista. El fuerte olor de la cebolla inundó el ambiente de carnicería, convirtiéndolo en una atmósfera agradablemente hogareña.

La sal estaba molida; la pimienta también. Lo único que me hacía falta era... como si estuviera esperando el momento adecuado, Roger apareció volviendo una esquina de la casa, con una gran bandeja en la mano llena de grasa de cerdo picada.

—¡Justo a tiempo! —dije, y señalé el barril con un gesto—. No, no la metas; hay que medirla.

Había echado diez puñados dobles de avena, diez de arroz y diez de cebada. La mitad del total, entonces: quince. Volví a apartarme el pelo de los ojos y, con cuidado, cogí un puñado doble del contenido de la bandeja y lo eché en el barril con un *¡paf!*

—¿Te encuentras bien? —le pregunté a Roger. Señalé un taburete con el mentón, al tiempo que comenzaba a integrar la grasa en la mezcla con los dedos. Roger seguía un poco pálido y con la boca rígida.

—Sí.

—No era necesario que lo hicieras, ¿sabes?

—Bueno, pero lo he hecho. Sólo que ojalá lo hubiese hecho mejor.

Encogí un solo hombro y busqué más grasa en la bandeja.

—Hace falta práctica.

Roger se había ofrecido para matar al cerdo. Jamie se había limitado a pasarse el martillo y se había apartado. Yo había visto a Jamie matar cerdos antes: pronunciaba una breve plegaria, bendecía al cerdo, y luego le aplastaba el cráneo con un golpe tremendo. A Roger le había llevado cinco intentos, y el recuerdo de los chillidos todavía me ponía la carne de gallina. Después, había soltado el martillo, se había escondido detrás de un árbol y había vomitado muchísimo.

Cogí otro puñado. La mezcla estaba espesándose y adquiriendo una consistencia grasienda.

—Debería haberte enseñado cómo se hace.

—No creo que haya nada difícil al respecto, en términos técnicos. Al fin y al cabo, golpear a un animal en la cabeza es algo bastante sencillo.

—Físicamente, puede ser —admití. Cogí más grasa y empecé a mezclarla con las dos manos—. Hay una plegaria para ello, ¿sabes? Para sacrificar un animal, quiero decir. Jamie debería habértelo dicho.

Él pareció algo alarmado.

—No lo sabía. —Sonrió—. La extremaunción del cerdo, ¿no?

—No sabía que era por el bien del cerdo —dije en tono burlón.

Luego permanecimos en silencio durante unos momentos, mientras yo vertía el resto de la grasa en la mezcla de cereales, haciendo pausas para apartar algunos pedacitos de cartílago.

—Los arrieros de las Highlands a veces extraen una o dos tazas de sangre de alguna de sus bestias y la mezclan con avena para comer en el camino —comenté—. Supongo que será nutritivo, pero menos sabroso.

Roger asintió, abstraído. Había dejado a un lado la fuente casi vacía y estaba limpiándose la sangre seca de debajo de las uñas con la punta de su daga.

—¿Es la misma que para los ciervos? —preguntó—. La plegaria. He visto a Jamie pronunciarla, aunque no capté todas las palabras.

—¿La plegaria del *gralloch*? No lo sé. ¿Por qué no se lo preguntas?

Roger trabajaba diligentemente en una uña.

—No estaba seguro de si a él le parecería bien que yo lo supiera. Teniendo en cuenta que no soy católico...

Bajé la mirada hacia la mezcla, ocultando una sonrisa.

—No creo que eso cambie nada. Esa plegaria es mucho más antigua que la Iglesia de Roma, si no me equivoco.

Una expresión de interés iluminó la cara de Roger, y el sabio escondido salió a la superficie.

—Ya me parecía que el gaélico era muy antiguo, incluso más antiguo que el

que se oye en estos días... quiero decir... ahora. —Se sonrojó un poco, dándose cuenta de lo que acababa de decir. Yo asentí, pero no dije nada.

Recordé cómo era, aquella sensación de que una estaba viviendo en una fantasía elaborada. La sensación de que la realidad existía en otra época, en otro lugar. Recordé y, con un pequeño estremecimiento, me di cuenta de que ahora no era más que un recuerdo; para mí, el tiempo había cambiado, como si mi enfermedad me hubiera hecho cruzar una barrera definitiva.

Mi tiempo era éste; la realidad era la rugosidad de la madera y el brillo de la grasa bajo mis dedos, el movimiento del sol que marcaba el ritmo de mis días, la cercanía de Jamie. El otro mundo, el de los automóviles y los teléfonos que sonaban, el de los despertadores y las hipotecas, era el que parecía irreal y remoto, como salido de un sueño.

Pero ni Roger ni Bree habían logrado hacer esa transición. Me daba cuenta por la forma en que se comportaban, lo oía en los ecos de sus conversaciones privadas. Probablemente eso se debía a que se tenían el uno al otro; podían mantener viva la otra época, como un pequeño mundo compartido entre los dos. Para mí, el cambio había sido más fácil. Yo había vivido aquí antes, había venido a esta época a propósito, después de todo... y tenía a Jamie. No importaba qué le contara del futuro, él jamás podría verlo como otra cosa que como un cuento de hadas. Nuestro pequeño mundo compartido estaba construido sobre cosas diferentes.

Cada tanto me preocupaba por Bree y Roger. Era peligroso tratar el pasado como a veces lo hacían ellos: como algo pintoresco o curioso, como una situación pasajera de la que se podía escapar. No había escape para ellos; ya fuera por amor o por obligación, Jemmy los retenía a los dos, como una pequeña ancla pelirroja que los ataba a este presente. Sería mejor que aceptaran plenamente esa época como la suya propia.

—Los indios también lo tienen —le dije a Roger—. La plegaria del *gralloch*, o algo así. Por eso he dicho que era más antigua que la Iglesia.

Él asintió, interesado.

—Creo que esa clase de cosas es común a todas las culturas primitivas, en cualquier lugar en que los hombres maten para comer.

Culturas primitivas. Me mordí el labio inferior, absteniéndome de señalar que, primitiva o no, para que su familia sobreviviera era muy probable que él mismo se viera obligado a matar para ellos. Pero entonces vi su mano, que estaba frotando con aire ausente la sangre seca entre los dedos. Él ya lo sabía.

En ese momento levantó la mirada, vio mis ojos y me dedicó una sonrisa débil y cansada. Lo entendía.

—Creo que tal vez... es que matar sin ceremonia parece un asesinato —dijo lentamente—. Si tienes la ceremonia... alguna clase de ritual que reconozca tu necesidad...

—Necesidad... y también sacrificio. —Oí la voz de Jamie a mis espaldas, y me sorprendí. Volví la cabeza, asustada. Él estaba de pie a la sombra del gran abeto rojo; me pregunté cuánto tiempo llevaría allí.

—No te había oído. ¿El mayor se ha marchado ya?

—No —respondió, y me besó la frente, una de las únicas zonas limpias que me quedaban—. Lo he dejado un rato con Sinclair. Está terriblemente preocupado por el comité de seguridad, ¿sabes? —Hizo una mueca, y luego se volvió hacia Roger—. Sí, llevas razón —dijo—. Matar nunca es una actividad placentera, pero sí necesaria. Si has de derramar sangre, lo correcto es hacerlo con un agradecimiento.

Roger asintió, echando un vistazo a la mezcla que yo estaba preparando, con los brazos metidos hasta los codos en la sangre del cerdo.

—Entonces, ¿me enseñarás las palabras adecuadas para la próxima vez?

—Aún no es demasiado tarde para esta vez, ¿no crees? —dije. Miré enarcando una ceja primero a Jamie y luego a Roger—. Ya le he explicado que no era para el cerdo.

Los ojos de Jamie se cruzaron con los míos con un brillo de humor, pero asintió gravemente.

—De acuerdo.

Siguiendo mis indicaciones, cogió la pesada jarra de especias: la mezcla molida de macis y mejorana, salvia y pimienta, perejil y tomillo. Roger extendió las manos, las ahuecó, y Jamie se las llenó. Luego Roger frotó las hierbas lentamente entre las palmas, dejando caer las migas polvorientas y verdosas en el barril, mientras su penetrante aroma se iba mezclando con el olor de la sangre, al tiempo que Jamie pronunciaba las palabras lentamente, en un lenguaje antiguo que venía de la época de los escandinavos.

—Dilo en inglés —le pedí, al ver en el rostro de Roger que, si bien podía repetir las palabras, no las reconocía para nada.

—« Oh, Señor, bendice la sangre y la carne de esta criatura que Tú me has dado» —dijo Jamie en voz baja.

Él mismo cogió una pizca de hierbas y se las frotó entre el pulgar y el dedo índice, creando una lluvia de polvo aromático.

*Creada por Tu mano como creaste al hombre,
la vida entregada para la vida.*

*Que yo y los míos podamos comer agradeciendo tu regalo,
que yo y los míos podamos dar las gracias por Tu sacrificio de
sangre y carne,
la vida entregada para la vida.*

Las últimas migajas verdes y grises desaparecieron en la mezcla bajo mis manos, y el ritual de la morcilla quedó terminado.

—Eso ha sido inteligente de tu parte, Sassenach —dijo Jamie, secando mis manos y mis brazos limpios y mojados con la toalla. Señaló con la cabeza una esquina de la casa, por la que Roger había desaparecido para colaborar con el resto de la carnicería, con una expresión un poco más serena—. Pensé en decírselo antes, pero no sabía cómo hacerlo.

Sonréí y me acerqué a él. Era un día frío y ventoso, y ahora que había dejado de trabajar, el fresco me hacía aproximarme a él para buscar su calor. Él me rodeó con los brazos y yo sentí tanto el calor tranquilizador de su abrazo como el crujido de papel dentro de su camisa.

—¿Qué es eso?

—Oh, una pequeña carta que trajo Sinclair. No he querido abrirla con Donald allí, y tampoco confiaba en que él no la leyera cuando yo saliese.

—No es una carta para ti, de todas formas —dije—. Es mía.

—¿Ah, sí? Sinclair no me dijo nada, sólo me la entregó.

—¡Desde luego!

Como era habitual, Sinclair me veía a mí —a todas las mujeres, para el caso — sencillamente como el apéndice menor de un marido. En realidad, me compadecía de la mujer a la que consiguiera convencer de casarse con él.

Desplegué la nota con algo de dificultad; había estado tanto tiempo pegada a una piel sudorosa que los bordes se habían adherido.

El mensaje de su interior era breve y críptico, pero inquietante. Lo habían grabado en el papel con algo como un palo afilado, usando una tinta que se parecía demasiado a la sangre seca, aunque lo más probable es que fuera zumo de frutas rojas.

—¿Qué dice, Sassenach? —Al verme examinar el papel con el entrecejo fruncido, Jamie se hizo a un lado para mirar. Lo sostuve delante de él.

Abajo, en una esquina, grabada con letras débiles y diminutas, como si el remitente esperara pasar inadvertido, estaba la palabra «Faydree». Arriba, en trazos más gruesos, el mensaje decía:

USTÉ BENGA

—Tiene que ser ella —dije, estremeciéndome y ciñéndome el chal. Hacía frío en la consulta, a pesar del pequeño brasero que ardía en un rincón. Extendí la nota sobre la mesa—. Mira, ¿quién más podría ser?

—Pero ella no sabe escribir, ¿no es cierto? —objetó Jamie—. Aunque supongo que podría habérselo escrito alguien —se corrigió, frunciendo el ceño.

—No, ella podría haber escrito esto, creo. —Brianna y Roger también habían entrado en la consulta; Bree extendió la mano y tocó el rugoso papel trazando con un largo dedo las tambaleantes letras—. Yo le enseñé.

—¿Si? —Jamie parecía sorprendido—. ¿Cuándo?

—Cuando me quedé en River Run. Cuando tú y mamá fuisteis a buscar a Roger. Le enseñé el alfabeto: tenía intención de enseñarle a leer y escribir. Vimos todas las letras; ella sabía cómo sonaban y podía dibujarlas. Pero un día me dijo que ya no podía seguir adelante y que no deseaba sentarse a mi lado. —Levantó la mirada con la preocupación visible en sus gruesas cejas rojas—. Pensé que tal vez la tía Jocasta se había dado cuenta y la había obligado a parar.

—Es más que probable que fuera Ulysses. Jocasta te hubiera obligado a ti, muchacha. —Las cejas de Jamie se fruncieron igual que las de ella cuando me miró—. ¿De modo que crees que es de Phaedre, la esclava de mi tía?

—Los esclavos de River Run dicen su nombre de esa manera, Faydree. Y no conozco a ninguna otra persona con ese nombre.

Jamie había interrogado a Ronnie Sinclair —en tono despreocupado, para no dar ocasión a ninguna alarma o cotilleo—, pero el tonelero no sabía más de lo que me había dicho: la nota se la había entregado un hojalatero, con la simple indicación de que era «para la sanadora».

Me incliné sobre la mesa, levantando una vela para volver a examinarla. La «F» de la firma estaba hecha con un trazo vacilante y repetido; quien lo había escrito lo había intentado más de una vez antes de decidirse a firmarlo. Pensé que eso era otra evidencia más de su origen. No sabía si en Carolina del Norte era ilegal enseñar a leer o escribir a un esclavo, pero sin duda no solía hacerse. Si bien había algunas notables excepciones —como el mismo Ulysses—, en general, se consideraba una habilidad peligrosa, que el esclavo que la poseyera intentaría ocultar.

—Ella no se habría arriesgado a mandar un mensaje como éste a menos que se tratara de un asunto serio —dijo Roger. Estaba de pie detrás de Bree, con una mano sobre el hombro de ella, examinando la nota que ella había extendido sobre la mesa.

—¿Has tenido noticias de tu tía últimamente? —le pregunté a Jamie, pero supe la respuesta antes de que él meneara la cabeza. Cualquier rumor que llegara al cerro proveniente de River Run habría sido de dominio público al cabo de pocas horas.

Ese año no habíamos acudido a la Reunión en Mt. Helicon; había demasiado que hacer en el cerro, y Jamie deseaba no inmiscuirse en las acaloradas discusiones políticas que se producirían. Aun así, Jocasta y Duncan habían tenido la intención de asistir. Si algo hubiera andado mal, seguramente se habría hablado de ello, y el cotilleo ya habría llegado hasta nosotros.

—De modo que no sólo es serio, sino una cuestión privada de la esclava —dijo Jamie—. De lo contrario, me habría escrito mi tía, o Duncan me habría enviado algún mensaje.

Nos quedamos de pie alrededor de la mesa, contemplando la nota. El cálido y

agradable aroma de las morcillas hirviéndose inundó el aire frío.

—¿Por qué tú? —preguntó Roger, levantando la mirada hacia mí—. ¿Crees que podría tratarse de una cuestión médica? Puede que esté enferma... o embarazada, tal vez.

—No es una enfermedad —respondí—. Demasiado urgente. —River Run estaba como mínimo a una semana de cabalgata, si hacía buen tiempo y no ocurría ningún accidente. Dios sabe cuánto había tardado aquel recado en llegar hasta el cerro de Fraser.

—Pero podría estar embarazada. Sería posible. —Brianna frunció los labios, sin dejar de mirar el papel con el entrecejo fruncido—. Creo que ve a mamá como a una amiga. Me parece que te lo contaría a ti antes que a la tía Jocasta.

Asentí, pero con vacilación. La amistad era una palabra demasiado fuerte; dos personas como Phaedre y yo no podían ser amigas. Había demasiados impedimentos: sospecha, desconfianza, aquel amplio abismo de diferencias impuestas por la esclavitud.

Y, sin embargo, era cierto que existía un sentimiento de solidaridad entre nosotras. Yo había trabajado con ella, codo con codo, plantando hierbas y recolectándolas, preparándolas para guardarlas en la despensa, explicándole para qué se utilizaban. Habíamos enterrado juntas a una chica muerta y habíamos hecho un pacto para proteger a un esclavo fugado acusado de homicidio. Phaedre tenía talento para tratar a los enfermos, y algunos conocimientos sobre las hierbas. Si se trataba de un asunto menor, podía arreglárselas sola. Pero algo como un embarazo imprevisto...

—Me pregunto qué cree que podría hacer yo.

Estaba pensando en voz alta, y sentí que las puntas de los dedos se me enfriaban por la perspectiva. Un niño inesperado nacido de una esclava no sería una preocupación para la dueña; al contrario, sería bien recibido, como un elemento más de su propiedad; pero yo había oído historias de esclavas que preferían matar al niño nada más nacer para que no creciera en la esclavitud. Phaedre, por otra parte, era una esclava de confianza, a la que siempre se ha tratado bien, y Jocasta no separaba las familias de esclavos. Yo lo sabía. Si se tratara de eso, la situación de Phaedre no sería tan desesperada... y, por otra parte, ¿quién era yo para juzgarlo? Exhalé una nubecilla de aliento humeante, sin saber qué hacer.

—No entiendo la razón... quiero decir, no es posible que ella espere que yo la ayude a librarse de un bebé. Y, si fuera cualquier otra cosa... ¿por qué yo? Hay parteras y sanadores mucho más cerca. No tiene ningún sentido.

—¿Y si...? —dijo Brianna, y se interrumpió—. ¿Y si...? —continuó despacio—. ¿Y si estuviera embarazada pero el padre... no fuera el más adecuado?

Una expresión recelosa pero divertida apareció en los ojos de Jamie, lo que aumentó su parecido con Brianna.

—¿A quién te refieres, muchacha? —dijo—. ¿A Farquard Campbell? Solté una carcajada ante la idea, y Brianna resopló de desdén. La idea de que el recto y bastante anciano Farquard Campbell sedujese a una esclava era...

—Bueno, no —repuso Brianna—. Aunque es cierto que él tiene muchos hijos. Pero se me ocurrió de repente... ¿Y si fuera Duncan?

Jamie se aclaró la garganta y esquivó mi mirada. Me mordí el labio, sintiendo que me sonrojaba. Duncan le había confesado su impotencia crónica a Jamie antes de casarse con Jocasta, pero Brianna no lo sabía.

—Oh, no me parece probable —respondió Jamie, atragantándose con las palabras—. ¿De dónde has sacado esa idea, muchacha?

—De ningún sitio en especial —le aseguró—. Pero la tía Jocasta es... bueno, vieja. Y tú sabes cómo pueden ser los hombres. Jamie la observó con una buena dosis de cinismo. —Bastante mejor que tú, *a nighean*. Y si bien no pondría las manos en el fuego por algunos hombres, creo que estaría bastante tranquilo en apostar que Duncan Innes no es la clase de hombre que rompería sus votos matrimoniales con la esclava negra de su esposa.

Hice un ruidito y Roger me miró enarcando una ceja.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —dije, aunque mi voz sonó un poco entrecortada—. Estoy... bien. —Me cubrí con una esquina del chal el rostro, que sin duda estaba púrpura, y tosi ostentosamente—. Hay... mucho humo aquí, ¿no?

—Puede ser —concedió Brianna, dirigiéndose a Jamie—. Tal vez no se trate de eso, después de todo. Es sólo que Phaedre envió el recado a «la sanadora» probablemente porque no quería usar el nombre de mamá, en caso de que alguien viera la nota antes de que llegara aquí. Se me acaba de ocurrir que tal vez no fuera a mamá a quien busca... sino a ti.

Eso nos serenó a Jamie y a mí, y nos miramos mutuamente. Era una posibilidad, al fin y al cabo, y ninguno de los dos había pensado en ella.

—No podría enviarte un mensaje a tí directamente sin despertar toda clase de sospechas —continuó Bree, mirando la nota con el ceño fruncido—. Pero podría decir «la sanadora» sin añadir ningún nombre. Y sabría que si mamá acudiera, tú probablemente la acompañarías, en esta época del año. O, si no lo hicieras, mamá podría mandarte a llamar sin problemas.

—Es una idea —asintió Jamie—. Pero ¿por qué podría necesitarme a mí?

—Sólo hay una manera de averiguarlo —dijo Roger, práctico—. La mayor parte del trabajo exterior está terminado; hemos almacenado las cosechas y el heno; las matanzas han acabado. Podremos arreglarnos las aquí, si quieres ir.

Jamie permaneció inmóvil durante un momento, sumido en sus pensamientos, luego fue hasta la ventana y levantó el marco. Un viento frío entró en la habitación y Bree apretó la nota contra la mesa para que no volara. Jamie sacó la cabeza por la ventana y respiró hondo, con los ojos cerrados, como

alguien que saborea el aroma de un buen vino.

—Frío y despejado —anunció. Metió la cabeza y cerró la ventana—. El tiempo seguirá despejado durante al menos tres días. Podríamos salir de la montaña antes, y nosotros cabalgamos rápido. —Me sonrió; tenía la punta de la nariz roja por el frío—. Mientras tanto, ¿crees que las morcillas ya estarán listas?

Traiciones

Nos abrió la puerta una esclava que no reconocí, una mujer corpulenta con un turbante amarillo. Nos examinó con severidad, pero Jamie no le dio oportunidad de hablar y la empujó con grosería para pasar al vestíbulo.

—Es el sobrino de la señora Cameron —me sentí obligada a explicarle.

—Ya lo veo —murmuró, con acento de Barbados. Lo miró con furia.

—Yo soy su esposa —añadi, con una ligera reverencia—. Claire Fraser. Mucho gusto.

Ella parpadeó, desconcertada, pero antes de que pudiera responder, yo ya la había esquivado, y seguí a Jamie hacia la pequeña sala en la que a Jocasta le gustaba sentarse por la tarde.

La puerta de la sala estaba cerrada, y cuando Jamie posó su mano en el pomo, se oyó un agudo gañido del otro lado, preludio de una andanada de frenéticos ladridos cuando la puerta se abrió.

Paralizado, Jamie permaneció con la mano en la puerta, mirando con el ceño fruncido el pequeño montón de pelo marrón que saltaba hacia un lado y hacia otro a sus pies, ladrando como si fuera el fin del mundo.

—¿Qué es esto? —dijo pasando de costado hacia la sala mientras la criatura se lanzaba a morder sus botas, sin dejar de ladrar.

—Es un perrito, ¿qué creías? —dijo Jocasta en tono mordaz. Se levantó de la silla y frunció el ceño en dirección del ruido—. *Sheas, Samson*.

—*Samson*? Oh, claro, el pelo. —Sonriendo a pesar de sí mismo, Jamie se puso en cuclillas y extendió el puño cerrado hacia el perro. Disminuyendo su excitación y convirtiéndola en un gruñido grave, el perro extendió su receloso hocico hacia los nudillos.

—¿Dónde está *Delilah*? —pregunté, colándome en la sala tras él.

—Ah, ¿de modo que tú también has venido, Claire? —Jocasta se volvió en mi dirección, con el rostro iluminado por una sonrisa—. Qué alegría poco frecuente, teneros a los dos aquí. Supongo que Brianna y el muchacho no han venido; no, los habría oído. —Restándole importancia, volvió a sentarse e hizo un gesto en dirección al hogar—. En cuanto a *Delilah*, la muy haragana está dormida junto al fuego; la oigo roncar.

Delilah era una gran perra de caza de color blanquecino y raza indeterminada, pero bastante regordeta. Al oír su nombre, resopló brevemente, abrió un ojo y volvió a cerrarlo.

—Veo que has hecho algunos cambios desde la última vez que estuve aquí —

observó Jamie—. ¿Dónde está Duncan? ¿Y Ulysses?

—Se han marchado en busca de Phaedre. —Jocasta había perdido peso; los altos pómulos de los MacKenzie sobresalían con fuerza, y su piel se veía delgada y arrugada.

—¿La están buscando? ¿Qué le ha ocurrido a la muchacha?

—Ha huido. —Habló con su habitual serenidad, pero su voz tenía un tono lúgubre.

—¿Ha huido? Pero... ¿estás segura?

El costurero se había abierto y su contenido había caído al suelo. Me arrodillé y comencé a recoger los carretes de hilo esparcidos.

—Bueno, lo cierto es que ha desaparecido. O bien ha huido, o alguien se la ha llevado. Y no se me ocurre quién podría tener las agallas o la habilidad para sacarla de esta casa sin que nadie lo viera.

Intercambié una veloz mirada con Jamie, que meneó la cabeza al tiempo que fruncía el ceño. Jocasta estaba retorciendo un pliegue de la falda entre el pulgar y el dedo índice; vi un pedazo de la tela cerca de su mano que estaba bastante gastado, por lo que deduje que había hecho ese gesto reiteradamente. Jamie también se dio cuenta.

—¿Cuándo se fue, tía? —preguntó en tono quedo.

—Hace cuatro semanas. Duncan y Ulysses se han ido hace dos. Eso concordaba con la llegada del recado. No había forma de saber cuánto tiempo había pasado entre el momento en que Phaedre lo había escrito y su desaparición, teniendo en cuenta las incertidumbres de la entrega.

—Veo que Duncan se ha esforzado en dejarte compañía —observó Jamie. *Samson* había abandonado su papel de perro guardián y estaba olfateando con afán las botas de Jamie. *Delilah* rodó de costado con un lujurioso gemido y abrió dos luminosos ojos marrones, con los que me contempló con la más absoluta tranquilidad.

—Oh, sí, en efecto, eso es lo que son. —Jocasta se inclinó en la silla y localizó la cabeza de la perra para rascarle detrás de sus orejas—. Aunque Duncan los trajo para mi protección o, al menos, eso fue lo que dijo.

—Una precaución sensata —dijo Jamie con suavidad.

Era cierto; no habíamos tenido más noticias de Stephen Bonnet, y Jocasta tampoco había vuelto a oír la voz del enmascarado. Pero a falta de la seguridad de un cadáver, era de suponer que cualquiera de los dos podría volver a presentarse en cualquier momento.

—¿Por qué querría escaparse la muchacha, tía? —preguntó Jamie. Su tono seguía siendo suave, pero insistente.

—No tengo la menor idea, sobrino.

—¿No ha ocurrido nada últimamente? ¿Nada fuera de lo común?

—No crees que te lo habría dicho de inmediato? —preguntó ella con dureza

—. No. Una mañana me desperté tarde y no la oí en la habitación. No había té junto a mi cama y el fuego se había apagado; noté el olor de las cenizas. La llamé y no obtuve respuesta. Se había marchado; se había esfumado sin dejar rastro.

Miré a Jamie enarcando una ceja y me toqué el bolso que llevaba en la cintura y que contenía la nota. ¿Debíamos decírselo?

Él asintió, yo saqué la nota del bolso y la desplegué sobre el brazo de la silla mientras él explicaba.

La contrariedad en la expresión de Jocasta fue convirtiéndose en asombro y desconcierto.

—¿Por qué razón mandaría buscarte, *a nighean*? —preguntó, volviéndose hacia mí.

—No lo sé... tal vez esté embarazada —sugerí—. O hay a contraído... alguna clase de enfermedad.

No quería hablar abiertamente de la sífilis, pero era una posibilidad. Si Manfred había infectado a la señorita Sylvie, y luego ella había pasado la infección a algunos de sus clientes en Cross Creek, quienes luego habían visitado River Run... pero eso tal vez significara que Phaedre había tenido alguna clase de relación con un hombre blanco. Y una esclava tomaría todas las precauciones posibles para mantener algo así en secreto.

Jocasta, que no era ni mucho menos tonta, estaba llegando rápidamente a conclusiones similares, aunque sus pensamientos corrían paralelos a los míos.

—Un niño, eso no sería un gran problema —dijo, agitando una mano—. Pero si tuviera un amante... sí —añadió reflexivamente—. Tal vez huyó con un amante. Pero, en ese caso, ¿por qué mandó a buscarte a ti?

Jamie estaba comenzando a inquietarse.

—Tal vez creyó que tú la venderías si descubrieras algo así, tía.

—¿Venderla?

Jocasta se echó a reír. No era su habitual risa social, sus carcajadas eran escandalosas, fuertes y groseras. Era la risa de su hermano Dougal, y por un momento, la sangre se me heló en las venas.

Eché un vistazo a Jamie y descubrí que él estaba mirándola, inexpresivo. No era que estuviera intrigado; aquella era la máscara que utilizaba para ocultar las emociones fuertes. De modo que él también había captado aquel eco espeluznante.

Jocasta parecía incapaz de parar. Sus manos aferraron los torneados apoyabrazos de la silla y se inclinó hacia adelante, con el rostro cada vez más enrojecido, jadeando para recuperar el aliento en medio de aquellas inquietantes y profundas carcajadas.

Delilah rodó y emitió un grave «puf» de inquietud. *Samson* había retrocedido hacia el sofá, gruñendo.

Jamie extendió la mano y la agarró del hombro.

—Cálmate, tía —dijo—. Estás asustando a tus perritos. Ella se detuvo bruscamente. De pronto no hubo más sonido que el débil jadeo de su respiración, casi tan inquietante como su risa. Permaneció inmóvil, sentada muy erguida en la silla, con las manos sobre los apoyabrazos, mientras la sangre se le iba lentamente de la cara y sus ojos se volvían oscuros y brillantes, clavados en algo que sólo ella podía ver.

—Venderla —murmuró, y su boca se arrugó como si estuviera a punto de darle otro ataque de risa. Pero no se echó a reír, sino que se puso en pie de repente. *Samson* soltó un gañido, asombrado—. Venid conmigo.

Cruzó la puerta antes de que ninguno de los dos pudiéramos decir nada. Jocasta conocía la casa a la perfección; avanzó por el vestíbulo, atravesó la puerta en dirección a las caballerizas sin más ayuda que el ocasional roce de alguna pared para mantener la orientación, caminando tan de prisa que parecía que podía ver. Pero, una vez fuera, hizo una pausa y tanteó con un pie extendido el borde del sendero de ladrillos.

Jamie se puso a su lado y la agarró con firmeza del codo.

—¿Adónde deseas ir? —preguntó, con cierta resignación en la voz.

—Al establo de los carroajes. —Su peculiar risa la había abandonado, pero seguía teniendo el rostro sonrojado y su fuerte mentón levantado con un aire de desafío. Me pregunté a quién estaría dirigido ese desafío.

El establo estaba en sombras, tranquilo, con motas de polvo flotando doradas en el aire agitado por las puertas abiertas. Un carromato, un carrojaje, un trineo y la elegante calesa estaban inmóviles sobre el suelo cubierto de paja. Miré a Jamie. Nosotros nos habíamos refugiado un rato en aquel carrojaje, durante el caos de la boda de Jocasta y Duncan, casi cuatro años antes.

Jocasta hizo una pausa en el umbral, aferrando la jamba con una mano y respirando profundamente, como si estuviera orientándose. No dio ningún paso para entrar en el establo, sino que señaló con un gesto las profundidades del lugar.

—Junto a la pared del fondo, *an mhic mo peather*. Hay unas cajas allí; quiero que traigáis un arcón grande de mimbre que es tan alto como vuestras rodillas y que está atado con una cuerda.

La pared del fondo estaba repleta casi hasta el techo de cajas, cajones y fardos apilados de dos en dos y de tres en tres. Jamie no tardó en encontrar el receptáculo deseado, y lo arrastró hacia la luz, cubierto de polvo y pedacitos de paja.

—¿Quieres que lo lleve a la casa, tía? —preguntó, frotándose la nariz.

Ella negó con la cabeza, se agachó y tanteó con los dedos hasta encontrar el nudo de la cuerda que lo sujetaba.

—No, no he de tenerlo en la casa. Juré que no lo haría.

—Permitíame. —Posé mi mano sobre la de ella para que dejara de intentarlo,

luego yo misma me encargué del nudo. Lo deshice en menos de un minuto, y abri la hebilla.

El arcón de mimbre estaba lleno de ilustraciones. Montones de dibujos sueltos, hechos a lápiz, tinta y carbonilla, meticulosamente atados con descoloridas cintas de seda. Varios cuadernos de bocetos. Y unas cuantas pinturas; algunas cuadradas, sin marco, y dos cajas más pequeñas de miniaturas, todas ellas enmarcadas, apiladas de lado como un mazo de naipes.

Oí que Jocasta suspiraba y alcé la mirada. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados, y me di cuenta de que estaba aspirando profundamente, respirando el aroma de los cuadros, el olor a óleo y carboncillo, yeso, papel, lienzo, aceite de linaza y trementina, como si fuera un fantasma corpóreo que hubiera salido flotando de su ataúd, transparente pero nítido, contra los aromas de paja y polvo, madera y mimbre del fondo.

Sus dedos se curvaron, el pulgar frotó las puntas de los otros dedos, desplegando inconscientemente un pincel entre ellos. Yo había visto a Bree hacer eso cada tanto, mirando algo que quería pintar. Jocasta volvió a suspirar, luego abrió los ojos y se puso de rodillas a mi lado, extendiendo los dedos para explorar por encima ese tesoro de arte enterrado, buscando.

—Los óleos —dijo—. Sácalos.

Yo había sacado las cajas con las miniaturas. Jamie se acuclilló al otro lado del arcón y comenzó a levantar los legajos de dibujos sueltos y los cuadernos de bocetos para que yo pudiera extraer los óleos más grandes, que estaban dispuestos de lado a lo largo de un costado del receptáculo.

—Un retrato —dijo ella—. Un anciano.

Estaba claro a quién se refería. Dos de los lienzos grandes eran paisajes; tres, retratos. Reconocí a Farquard Campbell, mucho más joven que en la actualidad, y lo que debía de ser un autorretrato de la propia Jocasta, hecho tal vez veinte años antes. Pero no tenía tiempo de examinarlos, por interesantes que fueran.

El tercer retrato parecía haber sido realizado mucho más recientemente que los otros, y exhibía los efectos del progresivo deterioro de la visión de Jocasta.

Los bordes eran borrosos; los colores, apagados; las formas, apenas distorsionadas, de modo que el anciano caballero que nos miraba desde el empañado óleo parecía, de alguna manera, un ser inquietante, como si perteneciera a una raza no del todo humana, a pesar de lo ortodoxo de su peluca y su alta pajarita blanca.

Llevaba un abrigo negro y un chaleco de estilo antiguo, con los pliegues de una banda escocesa de tartán sobre el hombro. Ésta estaba sujetada con un broche, cuyo dorado resplandor se reflejaba en el cordoncillo ornamental del mango de la daga que el viejo llevaba en la mano, con los dedos retorcidos por la artritis. Reconocí la daga.

—De modo que éste es Hector Cameron. —Jamie también la había

reconocido. Miró el cuadro con fascinación.

Jocasta extendió una mano y tocó la superficie del lienzo como si pudiera identificarlo por el tacto.

—Sí, en efecto. Tú nunca lo viste en vida, ¿verdad, sobrino?

—Una vez, quizás; pero no era más que un bebé en esa época. —Su mirada recorrió las facciones del anciano con profundo interés, como si estuviera buscando pistas de la personalidad de Hector Cameron. Esas pistas eran evidentes; la fuerza de carácter de aquel hombre vibraba claramente en el lienzo.

El hombre del retrato tenía los huesos anchos, aunque la carne colgaba de ellos con la falta de firmeza propia de la edad. Los ojos seguían agudos, pero uno estaba medio cerrado; podría haber sido tan sólo un párpado caído causado por un pequeño infarto, pero la impresión que daba era que aquél era su habitual manera de mirar el mundo: con un ojo siempre entornado, evaluándolo todo con cinismo.

Jocasta estaba revisando los contenidos del arcón. Tocó una caja de miniaturas y la levantó con un pequeño gruñido de satisfacción.

Pasó el dedo lentamente por el borde de cada miniatura, y me di cuenta de que los marcos tenían diferentes motivos; cuadrados y ovalados, de madera lisa y dorada, de plata manchada y grabada con el motivo de una cuerda en el borde; otro con incrustaciones de rosetones diminutos. Encontró uno que reconoció y lo sacó de la caja, para luego entregármelo con aire ausente mientras volvía a la búsqueda.

En la miniatura también aparecía Hector Cameron, aunque este retrato se había hecho muchos años antes que el otro. Un pelo oscuro y ondulado le caía sobre los hombros, con una pequeña trenza de adorno en la que se veían dos plumas de urogallo, al antiguo estilo de las Highlands. Los mismos huesos anchos de antes, pero la piel estaba firme; Hector Cameron había sido apuesto.

Era su expresión habitual, después de todo; ya fuera por hábito o por un defecto de nacimiento, el ojo derecho también estaba entornado, aunque no tanto como en el retrato anterior.

Jocasta me puso una mano sobre el brazo.

—¿Ésta es la muchacha? —preguntó, pasándose otra miniatura.

La cogí, desconcertada, y sofoqué un grito cuando le di la vuelta. Era Phaedre, pintada cuando la chica no era más que una adolescente. No llevaba puesto su gorro; sólo un sencillo pañuelo atado en el pelo que destacaba los huesos de su cara. Los huesos de Hector Cameron.

Jocasta empujó la caja de pinturas con el pie.

—Dáselos a tu hija, sobrino. Dile que pinte encima de ellos; sería una pena desperdiciar los lienzos. —Sin aguardar respuesta, emprendió sola el camino de regreso a la casa, vacilando apenas un momento en la bifurcación del sendero y guiándose por los olores y el recuerdo.

Hubo un profundo silencio después de la partida de Jocasta, sólo interrumpido por el canto de un sinsonte en un pino cercano.

—Maldita sea —dijo Jamie finalmente, apartando los ojos de la figura de su tía cuando se esfumó dentro de la casa, sola. No parecía escandalizado, sino más bien profundamente divertido—. ¡Crees que la chica lo sabía?

—Casi seguro —asentí—. Sin duda los esclavos lo sabían; alguno de ellos debió de estar por aquí cuando ella nació; debieron de decírselo, si es que ella no fue lo suficientemente astuta como para figurárselo; y yo, desde luego, creo que lo es.

Jamie asintió y se apoyó en la pared del establo de los carruajes, contemplando con aire reflexivo, por encima de su larga nariz, el arcón de mimbre con los cuadros. Yo misma tenía muy pocas ganas de regresar a la casa. Los edificios eran hermosos, con un suave tono dorado por el sol de finales de otoño, y los prados eran pacíficos y ordenados. Un sonido de voces alegres llegó desde el huerto de la cocina, algunos caballos pastaban con satisfacción en el potrero cercano, y más allá, en el distante río plateado, apareció una pequeña embarcación con cuatro remos que acariciaban la superficie del agua, ágil y elegante como una araña acuática.

—«Donde toda posibilidad es satisfactoria y sólo el hombre es vil» —comenté. Jamie me dirigió una breve mirada de incomprendión, luego volvió a sumirse en sus pensamientos.

De modo que Jocasta jamás vendería a Phaedre y creía que ella lo sabía. Me pregunté exactamente por qué. ¿Porque sentía alguna obligación hacia la chica, por ser la hija de su marido? ¿O como una sutil venganza contra aquel marido muerto hacía ya mucho tiempo, manteniendo a su hija ilegítima como esclava, como sirviente personal? Supuse que una posibilidad no excluía la otra, en realidad; yo conocía a Jocasta lo suficiente como para darme cuenta de que sus motivos pocas veces eran simples.

El aire era fresco y el sol comenzaba a ponerse. Me recosté contra la pared del establo junto a Jamie y deseé que pudiéramos subirnos a aquel viejo carro de madera y regresar prestos al cerro, dejando que River Run se ocupara de su propio legado de amargura.

Pero el mensaje seguía en mi bolsillo y crujía cuando yo me movía. «*USTÉ BENGA*». No era una llamada que pudiera ignorar. En cualquier caso, yo había venido, ¿y ahora qué?

Jamie se irguió de repente y miró en dirección al río. Yo también lo hice y vi que la embarcación había amarrado en el muelle. Una figura alta saltó a tierra y fuego se volvió para ayudar a salir al otro del barco. El segundo hombre era más bajo, y se movía de una manera extraña, con paso vacilante y desgarbado.

—Duncan —dije de inmediato—. Y Ulysses. ¡Han regresado!

—Sí —replicó Jamie—. Pero no la han encontrado.

FUGADA o ROBADA, el 31 de octubre, una criada negra, de veintidós años de edad, estatura por encima de la media y de aspecto agradable, con una cicatriz en el antebrazo izquierdo con la forma de un óvalo, causada por una quemadura. Ataviada con un vestido indigo, un delantal de rayas verdes, gorro blanco, medias marrones y zapatos de cuero. No le falta ningún diente. Conocida por el nombre de «FAYDREE». Por favor, enviar información detallada a D. Innes, plantación de River Run, en las cercanías de Cross Creek. Se pagará recompensa considerable a cambio de información útil.

Alisé la hoja arrugada, que también incluía un toscos dibujos de Phaedre, en el que aparecía algo bizca. Duncan había vaciado sus bolsillos y arrojado un puñado de esas hojas en la mesa del vestíbulo cuando había llegado la tarde anterior, exhausto y desesperanzado. Nos dijo que habían colocado los carteles en cada taberna y bar público entre Campbelton y Wilmington, y que habían hecho preguntas en el camino, pero sin resultado alguno. Phaedre había desaparecido como el rocío de la mañana.

—¿Me pasas la mermelada, por favor? —Jamie y yo estábamos desayunando solos. Yo estaba disfrutando, a pesar de la atmósfera melancólica. El desayuno en River Run era por lo general, muy abundante, e incluso servían una jarra de té de verdad; Jocasta debía de haberle pagado una fortuna por la infusión a su contrabandista favorito.

Jamie miraba con el ceño fruncido otra de las hojas. No apartó los ojos, pero su mano se movió con vacilación, se detuvo en la jarra de nata, y me la pasó.

Ulysses, que no daba muestras del largo viaje salvo por cierta pesadez en los ojos, avanzó silenciosamente, cogió la jarra de nata, la dejó donde estaba con meticulosidad, y ubicó la jarra de mermelada junto a mi plato.

—Gracias —dije, y él inclinó la cabeza cortésmente.

—¿Querrá más arenque ahumado, señora? ¿O más jamón?

Negué con la cabeza, con la boca llena de tostada, y él se alejó, cogiendo una bandeja cargada junto a la puerta, que probablemente era para Jocasta, Duncan, o ambos.

Jamie lo observó marcharse con una especie de expresión distraída.

—He estado pensando, Sassenach —dijo.

—Jamás lo habría imaginado —le aseguré—. ¿Sobre qué?

Él pareció sorprendido un momento, pero luego sonrió.

—¿Recuerdas lo que conté sobre Brianna y la viuda McCallum? ¿Que ella no tendría muchos escrúpulos en actuar si Roger Mac avanzara donde no debería?

—Sí —dije.

—Bueno, la muchacha es bastante honesta al respecto. Los MacKenzie de

Leoch son orgullosos como Lucifer, todos ellos, y terriblemente celosos, además. No es conveniente hacerlos enfadar; mucho menos traicionarlos.

Lo contemplé con recelo por encima de la taza de té, preguntándome adónde quería llegar con todo eso.

—Siempre pensé que la característica que mejor los definía era su encanto, junto con la astucia. En cuanto a la traición, tus dos tíos eran expertos en ello.

—Las dos cosas van juntas, ¿no es cierto? —preguntó él, extendiendo la mano para hundir una cucharita en la mermelada—. Has de cautivar a alguien antes de traicionarlo, ¿no? Y me inclino por pensar que un hombre que traiciona es el primero en enfadarse si lo traicionan a él. O una mujer —añadió con delicadeza.

—Oh, ¿en serio? —dijo, sorbiendo mi té—. Te refieres a Jocasta.

Visto de este modo, podía entenderlo. Los MacKenzie de Leoch tenían personalidades fuertes; yo, por mi parte, me preguntaba cómo habría sido el abuelo materno de Jamie, el famoso Jacob el Rojo; y ya había observado en otras ocasiones pequeñas similitudes de comportamiento entre Jocasta y sus hermanos mayores.

Colum y Dougal eran absolutamente leales el uno con el otro, pero con nadie más. Y Jocasta estaba esencialmente sola, separada de su familia desde que se había casado por primera vez, a los quince años. Al ser mujer, era natural que el encanto fuera más evidente en ella; pero eso no significaba que no fuera astuta. Y suponía que también celosa.

—Bueno, está claro que sabía que Hector la traicionaba, y me pregunto si pintó ese retrato de Phaedre como forma de anunciar al mundo en general que lo sabía, o sólo como un mensaje privado para Hector. Pero ¿qué tiene que ver todo aquello con la situación actual?

Jamie negó con la cabeza.

—Hector, no —dijo—. Duncan.

Lo miré, boquiabierto. Más allá de todas las otras cuestiones. Duncan era impotente; él mismo se lo había dicho a Jamie en las vísperas de su boda con Jocasta. Jamie sonrió torciendo un poco la boca.

—Es una idea, Sassenach, eso es todo. Pero creo que debería ir a hablar con él. ¿Me acompañas?

Duncan se encontraba en la pequeña sala que usaba como su despacho privado, enclavada sobre los establos, junto con las minúsculas habitaciones donde se alojaban los mozos de cuadra. Estaba desplomado en una silla, contemplando las desordenadas pilas de papeles y los polvorientos libros de actas que se habían acumulado en todas las superficies horizontales.

Parecía terriblemente exhausto, y bastante más mayor que la última vez que lo había visto. Su cabello gris estaba clareando, y cuando se volvió para saludarnos, la luz del sol brilló en su cara, y pude ver la delgada línea del labio

leporino, oculta en la exuberante vegetación de su bigote.

Algo vital parecía haberlo abandonado, y cuando Jamie abordó delicadamente el tema que nos había llevado allí, no hizo ningún intento por negarlo. De hecho, parecía contento de poder hablar de ello.

—De modo que has yacido con la muchacha, ¿verdad, Duncan? —Le preguntó Jamie directamente, deseando establecer el hecho.

—Bueno, no —respondió él vagamente—. Me habría gustado, desde luego... pero como ella dormía en el vestidor de Jo...

—Quiero decir, has tenido conocimiento carnal de la mujer, ¿no?

—Oh, sí. —Tragó saliva—. Sí, en efecto.

—¿Cómo? —pregunté sin rodeos.

—Ella me daba de comer —dijo por fin—. Todos los días.

Jocasta se levantaba tarde y desayunaba en su habitación, asistida por Ulysses, mientras planeaba su día. Duncan, que se había levantado antes del alba todos los días de su vida, por lo general esperando un mendrugo seco o, en el mejor de los casos, un poco de *drammach* —harina de avena mezclada con agua—, de pronto despertaba y se encontraba con una jarra humeante de té junto a su cama, acompañada de un cuenco de cremosas cachas, con abundante miel y nata, tostadas empapadas de manteca, huevos fritos y jamón.

—A veces, un pescadito rebozado con harina de maíz, crujiente y dulce —añadió, en triste reminiscencia.

—Bueno, sin duda que eso es muy seductor, Duncan —dijo Jamie compasivo—. Un hombre es vulnerable cuando tiene hambre. —Me dirigió una mirada irónica—. Aun así...

Duncan se había mostrado agradecido con Phaedre por su amabilidad y había manifestado admiración por su belleza, aunque de una forma totalmente desinteresada, según nos aseguró.

—Claro —dijo Jamie con escepticismo—. ¿Qué ocurrió?

A Duncan se le había caído la manteca, fue la respuesta, mientras trataba de untar la tostada con una sola mano. Phaedre había corrido a recoger los pedacitos del plato roto y luego había cogido un trapo para limpiar las manchas de manteca del suelo... y después del pecho de Duncan.

—Bueno, yo estaba en camisa de dormir —murmuró, al tiempo que empezaba a enrojecer—. Y ella estaba... ella tenía... —Su mano se levantó e hizo vagos movimientos en las proximidades de su pecho, lo que tomé como un indicio de que el corpiño de Phaedre había exhibido sus senos de una manera particularmente ventajosa.

—¿Y? —Lo presionó Jamie sin ninguna piedad.

Y, al parecer, la anatomía de Duncan había tomado nota del hecho, una circunstancia admitida con una modestia tan estrangulada que apenas pudimos oírla.

—Pero yo pensé que tú no... —comencé a decir.

—Oh, no podía —se apresuró a responder—. Sólo de noche, es decir, en sueños. Pero no despierto, desde que sufrió aquel accidente. Tal vez se debió a que era tan temprano por la mañana; mi miembro creyó que yo todavía dormía.

Al parecer, Phaedre también lo notó.

—Ella sólo sentía pena por mí —dijo Duncan con franqueza—. Pude darme cuenta de ello. Pero puso su mano sobre mí, suave... Oh, tan suave —repitió, en un tono de voz casi inaudible.

Él estaba sentado en la cama y permaneció sentado allí, en mudo asombro, cuando ella apartó la bandeja del desayuno, le levantó la camisa de dormir, trepó a la cama con las faldas meticulosamente subidas por encima de sus muslos marrones y redondeados, y con gran ternura y delicadeza, le dio la bienvenida al regreso de su hombría.

—¿Una vez? —exigió saber Jamie—. ¿O hubo más?

Duncan se agarró la cabeza con las manos, en una confesión bastante elocuente, dadas las circunstancias.

—¿Cuánto tiempo duró esa... eh... relación? —pregunté con más delicadeza.

Dos meses, quizás tres. No todos los días, se apresuró a añadir; sólo cada tanto. Y habían tomado muchas precauciones.

—Jamás deseé avergonzar a Jo, ¿sabéis? —dijo con seriedad—. Y sabía bien que no debía hacerlo, era un pecado terrible y, sin embargo, no podía dejar de...

—Se interrumpió y tragó saliva—. Lo que ha ocurrido ha sido por mi culpa. ¡Que el pecado caiga sobre mí! ¡Oh, mi pobre muchacha...!

Se quedó en silencio, meneando la cabeza como un perro viejo, triste y sarnoso. Sentí una pena terrible por él, más allá de la moralidad de la situación.

—¿Crees que está muerta, Duncan? —preguntó Jamie quedamente, y éste empalideció; la piel se tornó del mismo gris que el cabello.

—No me atrevo a pensarla, *Mac Dubh* —dijo, y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Y... y... sin embargo...

Jamie y yo intercambiamos una mirada de inquietud. Y sin embargo. Phaedre no se había llevado nada de dinero en su desaparición. ¿Cómo sería posible que una esclava llegara muy lejos sin que la detectaran, después de que se hubiera anunciado su búsqueda, sin disponer de cabalgadura, dinero o cualquier cosa más allá de un par de zapatos de cuero? Un hombre tal vez podría llegar a las montañas y arreglárselas para sobrevivir en el bosque, si era fuerte y hábil; pero ¿una muchacha? ¿Una sierva doméstica?

Alguien la había raptado... si no era así, es que estaba muerta.

Pero ninguno de nosotros quiso expresar esa idea en voz alta. El pecho de Jamie se hinchó con un gran suspiro y, sacándose un pañuelo limpio de la manga, se lo puso a Duncan en la mano.

—Rezaré por ella, Duncan... esté donde esté. Y por ti, *a charaid...* y por ti.

Duncan asintió, sin levantar la mirada, aferrando con fuerza el pañuelo. Estaba claro que cualquier intento de reconfortarlo sería inútil, de modo que, finalmente, lo dejamos allí sentado, en su cuarto minúsculo y cerrado, sin salida al mar.

Regresamos lentamente y en silencio, cogidos de las manos. El día era luminoso, pero se avecinaba una tormenta; unas nubes deshilachadas venían del este y la brisa llegaba en corrientes que arremolinaban mis faldas.

—Ella me dijo que algo andaba mal —comenté—. La noche de la barbacoa de la señora MacDonald. Algo la preocupaba.

Jamie me clavó una mirada de interés.

—¿Ah, sí? Pero no se referiría a Duncan, ¿verdad? —objetó.

—No, claro. Ella misma no parecía saber qué era lo que andaba mal; sólo que no dejaba de decirlo: « Algo anda mal» .

Jamie respiró hondo y resopló, meneando la cabeza.

—En cierta manera, supongo que espero que, fuera lo que fuese, tuviera que ver con su partida. Porque si no estaba relacionado con ella y con Duncan... — Se interrumpió, pero a mí no me costó nada terminar la frase.

—Entonces tampoco tenía que ver con tu tía —dije—, Jamie, ¿realmente crees que Jocasta puede haber mandado matarla?

Jamie hizo ese pequeño gesto, como encogiéndose de hombros, que hacía cuando estaba muy incómodo respecto de algo, como si la chaqueta le fuera demasiado estrecha.

—Si pudiera ver, lo creería... al menos lo consideraría posible —dijo—. Haber sido traicionada por Hector... y ella ya lo culpaba por la muerte de sus hijas. De modo que sus hijas están muertas, pero está Phaedre, viva, todos los días, como un constante recordatorio del insulto. Y luego ser traicionada nuevamente, por Duncan, ¿con la hija de Hector? Creo que cualquier mujer de mucho temple se sentiría... inducida.

—Sí —dije, imaginando lo que yo podría pensar o sentir en esas mismas circunstancias—. Por supuesto. Pero ¿inducida al asesinato? Porque es de eso de lo que estamos hablando, ¿no? ¿No podría haberse limitado a vender a la muchacha?

—No —contestó él reflexivamente—. No. Establecimos cláusulas para salvaguardar el dinero cuando ella se casó; pero no la propiedad. Duncan es el dueño de River Run... y de todo lo que hay aquí.

—Incluida Phaedre. —Me sentí vacía y un poco asqueada.

—Como he dicho, si ella pudiera ver, esa posibilidad no me sorprendería en absoluto. Pero en las circunstancias actuales...

—Ulysses —dije con certeza, y él asintió a regañadientes.

Ulysses no era sólo los ojos de Jocasta, sino también sus manos. No creía que hubiera matado a Phaedre por orden de su dueña; pero si Jocasta hubiese

envenenado a la chica, por ejemplo, sin duda Ulysses la habría ayudado a deshacerse del cadáver.

—Si es que mi tía tuvo algo que ver con todo este asunto —añadió Jamie—. Después de todo, Duncan ha dicho que habían sido discretos. Y también es muy posible que alguien raptara a la muchacha; tal vez el hombre que mi tía recuerda de Coigach. Podría ser que él creyera que Phaedre podría ayudarlo a llegar hasta el oro, ¿no?

Era una idea un poco más optimista. Y era coherente con la premonición de Phaedre —si, en efecto, había sido eso— que había tenido lugar el mismo día en que se había presentado el hombre de Coigach.

—Supongo que lo único que podemos hacer es rezar por ella, pobrecilla —dijo—. No creo que haya algún santo patrono de las personas secuestradas, ¿o sí?

—San Dagoberto —respondió él de inmediato, haciendo que lo mirara fijamente.

—Te lo estás inventando.

—Por supuesto que no —repuso él con dignidad—. Santa Athelais es otra, y creo que tal vez mejor, ahora que lo pienso. Era una joven romana que fue secuestrada por el emperador Justiniano, que deseaba proposarse con ella, que había hecho voto de castidad. Pero ella huyó y se fue a vivir con su tío a Benevento.

—Bien hecho. ¿Y san Dagoberto?

—Un rey de algún lugar... ¿Franco, tal vez? En cualquier caso, su tutor se enfrentó a él cuando era un niño, lo secuestró y lo mandó a Inglaterra, para que reinara el hijo del tutor en su lugar.

—¿Dónde has aprendido todas esas cosas? —exigí saber.

—Del hermano Policarpo, en la abadía de Santa Ana. Cuando no podía dormir, él venía y me contaba historias de santos, durante horas enteras. No siempre me hacían dormir, pero después de una hora o más de oír hablar sobre mártires santas a las que les amputaban los pechos o les clavaban ganchos por todo el cuerpo, cerraba los ojos y fingía bastante bien.

Jamie me quitó la gorra y la puso sobre el alféizar de la ventana. El aire sopló entre mi cortísimo pelo, agitándolo como la hierba de un prado, y él me sonrió cuando me miró.

—Pareces un muchacho, Sassenach —dijo—. Aunque maldita seas si alguna vez he visto a un muchacho con un culo como el tuy o.

—Muchas gracias —dije, absurdamente complacida. Había comido como una vaca los últimos dos meses, había dormido bien y profundamente por las noches, y sabía que mi aspecto había mejorado mucho, a pesar del pelo. Pero de todas formas no me venía mal comprobarlo.

—Te deseo, *mo nighean donn* —dijo él suavemente, y me rodeó la muñeca con los dedos.

—¿De modo que los MacKenzie de Leoch suelen ser terriblemente celosos? —dije—. Encantadores, astutos y dados a la traición. —Le toqué el labio, lo recorrió ligeramente con el pulgar, sintiendo el agradable roce de los minúsculos pelos de su barba—. ¿Todos?

Él bajó los ojos y de pronto me clavó una mirada oscura y azul en la que el humor y la atribulación se mezclaban con muchas otras cosas que no pude descifrar.

—¿Crees que yo no? —dijo, y sonrió con algo de tristeza—. Jesús y María te bendigan, Sassenach. —Y se inclinó para besarme.

No podíamos entretenernos en River Run. Los prados de aquel valle ya habían sido cosechados y la tierra estaba removida; la tierra nueva y oscura estaba tachonada con los restos de tallos secos: en poco tiempo la nieve comenzaría a caer en la montaña.

Habíamos hablado del asunto una y otra vez, sin llegar a ninguna conclusión provechosa. No había nada más que pudiéramos hacer para ayudar a Phaedre, excepto rezar. Pero, a parte de eso... había que pensar en Duncan.

Porque se nos había ocurrido a los dos que si Jocasta se había enterado de su romance con Phaedre, era probable que su furia no se limitara a la joven esclava. Tal vez estuviera tomándose su tiempo, pero jamás olvidaría la afrenta.

Nos despedimos de ella al día siguiente después del desayuno, cuando la encontramos en su salón privado, bordando un tapete de mesa. La cesta de hilos de seda estaba sobre su falda, con los colores cuidadosamente dispuestos en espiral, de manera que ella pudiera escoger el que quisiera al tacto, y la tela terminada caía hacia un lado, un metro y medio de paño bordado con un complicado dibujo de manzanas, hojas y vides; o no, como me di cuenta cuando cogí un extremo del paño para apreciarlo mejor. No eran vides. Eran serpientes de ojos negros que se enroscaban con malicia, verdes y escamosas. Cada tanto, alguna abría la boca para mostrar sus colmillos, protegiendo los frutos rojos esparcidos.

—El jardín del Edén —me explicó, frotando el dibujo entre los dedos.

—Qué hermoso —respondí, preguntándome cuánto tiempo llevaría trabajando en ello. ¿Lo habría comenzado antes de la desaparición de Phaedre?

Después de una charla sobre temas menores apareció Josh, el mozo de cuadra, para informarnos de que nuestros caballos estaban listos. Jamie asintió, le indicó que se marchara y se puso en pie.

—Tía —le dijo a Jocasta en tono despreocupado—. Me tomaría muy a mal que Duncan sufriera algún daño.

Ella se puso tensa y sus dedos se paralizaron.

—¿Por qué habría de sufrir algún daño? —preguntó.

Jamie no respondió de inmediato, sino que se quedó contemplándola de pie,

con una expresión bastante compasiva. Luego se inclinó, de modo que ella pudiera sentir su presencia próxima y acercó la boca a su oreja.

—Lo sé, tía —dijo en voz baja—. Y si no deseas que nadie más comparta ese conocimiento... entonces creo que encontraré a Duncan perfectamente bien cuando regrese.

Ella se quedó sentada, inmóvil, como si se hubiera convertido en una estatua de sal. Jamie se puso en pie, hizo un gesto hacia la puerta, y nos despedimos. Miré hacia atrás desde el umbral y vi que Jocasta seguía allí sentada, la cara blanca como el lino que tenía en la mano y con las pequeñas bolas de hilo de color caídas de la falda, desenrollándose en el suelo.

Jugando a dos bandas

Con la partida de Marsali, la elaboración de *whisky* se había vuelto más difícil. Entre nosotras. Bree, la señora Bug y yo, habíamos conseguido hacer uno o dos malteados más antes de que el clima se volviera demasiado frío y lluvioso, pero faltó poco, y fue con gran alivio que logramos trasvasar el último grano malteado al alambique. Una vez puesto a fermentar, el asunto pasaba a ser responsabilidad de Jamie, ya que él no le confiaba a ninguna otra persona la delicada tarea de juzgar el gusto y la graduación alcohólica.

De todas formas, era menester que el fuego bajo el alambique estuviera siempre al nivel correcto, para mantener el proceso de fermentación sin arruinar la malta y para luego destilarla una vez que la fermentación estuviera acabada. Eso significaba que él vivía —y dormía— junto al alambique durante los pocos días que hacían falta para producir cada partida. Por lo general, yo le llevaba la cena y me quedaba a su lado hasta que oscurecía, pero me sentía sola sin él en mi cama, y me alegré mucho cuando vertimos en toneles los últimos litros del nuevo *whisky*.

—Oh, huele bien. —Olfateé beatíficamente el interior de un tonel vacío; era uno de los especiales que Jamie había conseguido de los amigos navegantes de lord John; estaba tostado en su interior, como un tonel de *whisky* normal, pero antes se había usado para almacenar jerez. El dulce y suave espíritu del jerez combinado con el débil aroma del tueste y el olor picante y sin refinarn del *whisky* nuevo bastaban para que la cabeza me diera vueltas de una manera muy agradable.

—Sí, es una partida pequeña, pero no mala —admitió Jamie, aspirando el aroma. Levantó la cabeza y examinó el cielo; el viento soplaban con fuerza y empujaba unas nubes gruesas—. Son sólo tres toneles —dijo—. Si crees que puedes arreglártelas con uno, Sassenach, yo cogeré los otros. Me gustaría ponerlos a buen recaudo y no tener que desenterrar uno de la nieve la semana siguiente.

Caminar casi un kilómetro en medio de un fuerte viento, cargando o haciendo rodar un tonel de casi veintitrés litros, no era cosa de broma, pero Jamie tenía razón respecto de la nieve. Todavía no hacía tanto frío como para que nevara, pero faltaba poco. Suspiré pero asentí y, entre los dos, conseguimos arrastrar los toneles lentamente hasta donde guardábamos las reservas de *whisky*, escondidas entre rocas y andrajosas parras.

Yo había recuperado mis fuerzas, pero, aun así, cada uno de mis músculos

temblaba y se contraía a modo de protesta cuando concluimos, y no puse ninguna objeción a la propuesta de Jamie de sentarnos a descansar antes de volver a casa.

—¿Qué planeas hacer con esto? —dije, señalando las reservas—. ¿Guardarlo o venderlo?

—Tengo que vender una para comprar las semillas de la primavera. Guardaremos otra para añejar, y creo que tal vez pueda darle un buen uso a la última. Si Bobby Higgins vuelve a pasar por aquí antes de la nevada, les mandaré media docena de botellas a Ashe, Harnett, Howe y otros más, como un pequeño símbolo de mi perdurable estima, ¿no? —Me sonrió irónicamente.

—Bueno, he oído ofertas peores —dije, divertida. Le había costado bastante volver a caerle en gracia al Comité de Correspondencia de Carolina del Norte, pero varios de sus miembros habían empezado a responder a sus cartas nuevamente; con cautela, pero también con respeto.

—No creo que ocurra nada importante durante el invierno —comentó Jamie con aire pensativo, frotándose la nariz enrojecida por el frío.

—Probablemente, no. —Massachusetts, donde la mayoría de los alzamientos habían tenido lugar, ahora estaba ocupada por un tal general Gage, y lo último que habíamos oido era que él había fortificado Boston Neck, la estrecha franja de tierra que unía la ciudad con la masa de tierra principal; lo que significaba que Boston había quedado aislada del resto de la colonia y estaba sitiada.

Sentí una pequeña punzada al pensarla; yo había vivido en Boston durante casi veinte años, y le tenía cariño a esa ciudad; aunque sabía que no la reconocería en ese momento.

—John Hancock, un comerciante de la zona, encabeza el comité de seguridad, según Ashe. Han votado reclutar a doce mil milicianos, y quieren adquirir cinco mil mosquetes; con los problemas que he tenido para conseguir treinta, lo único que puedo decir es que les deseo suerte.

Me reí, pero antes de que pudiera responderle, Jamie se puso rígido.

—¿Qué es eso? —Su cabeza giró de golpe y me puso una mano en el brazo.

Bruscamente silenciada, contuve el aliento y me dispuse a escuchar. El viento agitó las hojas secas de la parra silvestre con un crujido como de papel a mis espaldas, y en la distancia pasó una bandada de cuervos, peleándose con estridentes alaridos.

Entonces yo también lo oí; un sonido pequeño, desolado y muy humano. Jamie ya se había puesto en pie y estaba abriendose camino con cuidado entre las rocas caídas. Se agachó detrás del dintel formado por una losa de granito inclinada y yo comencé a seguirlo. Se detuvo de golpe, lo que hizo que casi chocara con él.

—Joseph? —dijo en tono de incredulidad.

Me asomé tras él todo lo que pude. Para mi propia sorpresa, se trataba,

efectivamente, del señor Wemyss, sentado sobre una roca con los hombros encorvados. Había estado llorando; tenía la nariz y los ojos rojos. Además, estaba muy borracho.

—Oh —dijo, parpadeando y mirándonos desesperado—. Oh.

—¿Está usted... bien, Joseph? —Jamie se acercó y extendió la mano con delicadeza.

La cara de Wemyss se arrugó como un papel, y sus delgados hombros empezaron a sacudirse de manera incontrolada.

—Lo siento tanto, señor —no paraba de decir—. ¡Lo siento tanto!

Jamie me dirigió una mirada que imploraba «Haz algo, Sassenach», y yo me arrodillé rápidamente, rodeé los hombros del señor Wemyss con mis brazos y le palmeé su escuálida espalda.

—Bueno, bueno —dije, respondiéndole a Jamie con una mirada que decía «¿Y ahora qué?»—. Estoy segura de que todo saldrá bien.

—Oh, no —replicó él, hipando—. Oh, no puede ser. —Volvió su cara surcada de pena hacia Jamie—. No puedo soportarlo, señor, de verdad que no puedo.

Los huesos de Wemyss parecían delgados y quebradizos, y él tiritaba sin cesar, puesto que no llevaba más que una camisa fina y unos pantalones, y el viento comenzaba a gemir entre las rocas. Las nubes del cielo se hicieron más gruesas y, de pronto, la luz de la pequeña hondonada desapareció, como si alguien hubiera corrido una cortina impenetrable.

Jamie se desabrochó su capa y se la puso a Wemyss con cierta torpeza, luego se acomodó en cuclillas sobre otra roca.

—Cuénteme cuál es el problema, Joseph —dijo con mucha delicadeza—. ¿Acaso ha muerto alguien?

El señor Wemyss hundió la cara entre las manos y sacudió la cabeza. Murmuró algo, que yo entendí como «Sería mejor si lo estuviera».

—¿Lizzie? —pregunté—. ¿Se refiere a Lizzie? —A la hora del desayuno estaba perfectamente, ¿qué demonios...?

—Primero Manfred McGillivray —dijo Wemyss, levantando la cara de las manos—. Y luego Higgins. ¡Como si un degenerado y un asesino no fueran suficientes, ahora esto!

Las cejas de Jamie se alzaron de repente y él me miró. Me encogí levemente de hombros.

El señor Wemyss se estremeció.

—Impropio —dijo, en un tono hueco—. Santo Dios... ¡Impropio!

Volvió sus salvajes ojos hacia mí, acurrucado en las profundidades de la capa de Jamie.

—¡Lo he dado todo por ella! —dijo—. ¡Me he vendido a mí mismo, y con gusto, para salvarla de la deshonra! Dejé mi casa, dejé Escocia, sabiendo que jamás volvería a verla, que dejaría mis huesos en esta tierra extranjera. Y sin

embargo, jamás le he dicho una palabra de reproche, a mi querida muchachita, puesto que ¿por qué debería ser culpa suya? Y ahora... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué he de hacer? —susurró. Una corriente de viento tronó entre las rocas y agitó su capa, cubriendolo momentáneamente en una mortaja gris, como si la angustia se lo hubiese tragado por completo.

Yo aferré mi propia capa para evitar que el viento me la arrancara. Jamie entornó los ojos para protegerlos del rocío de polvo y tierra fina que nos rodeó, y apretó los clientes por la incomodidad. Se rodeó con los brazos, tiritando.

—Entonces ¿la muchacha está embarazada, Joseph? —dijo, con el evidente deseo de llegar al fondo del asunto y volver a casa.

La cabeza del señor Wemyss asomó por entre los pliegues de la capa, con el rubio pelo enmarañado y rígido como la paja de una escoba. Parpadeando con los ojos enrojecidos, asintió, luego cogió la jarra y, levantándola con manos temblorosas, le dio varios sorbos. Vi una sola «X» marcada en la jarra; con su característica modestia, había cogido una jarra del whisky nuevo y crudo; no del tonel del whisky añejo, que era de calidad superior.

Jamie suspiró, extendió la mano, le quitó la jarra y le dio un buen sorbo.

—¿De quién? —dijo, devolviéndosela—. ¿Mi sobrino?

—¿Su sobrino?

—Ian Murray —intervine para ayudarlo—. Un muchacho alto de pelo marrón, con tatuajes...

Jamie me lanzó una mirada en la que sugería que tal vez mi ayuda no fuera tan útil como yo creía, pero la expresión de Wemyss siguió siendo la misma.

—¿Jan Murray? —Entonces, al parecer, el nombre penetró a través la niebla del alcohol—. Oh, no. ¡Por Dios, ojalá! Le daría mis bendiciones —dijo con fervor.

Intercambié otra mirada con Jamie. Aquello parecía serio.

—Joseph —dijo—, hace frío. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. ¿Quién ha mancillado a su hija? Dígame el nombre y me ocuparé de que la despose mañana mismo o que esté muerto a sus pies, lo que usted prefiera. Pero hagámoslo dentro, junto al fuego, ¿de acuerdo?

—Beardsley —dijo el señor Wemyss, en un tono de desesperación.

—¿Beardsley? —repitió Jamie. Me miró alzando una ceja—. ¿Qué Beardsley? —preguntó, con una paciencia relativa—. ¿Jo? ¿O Kezzie?

El señor Wemyss lanzó un suspiro que pareció salir del fondo de sus pies.

—Ella no lo sabe —respondió sin expresión alguna.

—Santo Dios —dijo Jamie involuntariamente. Volvió a coger el whisky y bebió una buena cantidad.

—Ejem —dije, dirigiéndole una mirada significativa cuando soltó la jarra. Me la pasó sin hacer ningún comentario y se enderezó en su roca.

—Bueno —dijo—. Traeremos a los dos y averiguaremos la verdad.

—No —replicó Wemyss—. Imposible. Ellos tampoco lo saben.

Yo acababa de tomar un sorbo de alcohol sin refinar. Al oír eso, me atraganté y el whisky chorreó por mi mentón.

—¿Qué? —grazné, limpiándome la cara—. ¿Quiere decir... los dos?

El señor Wemyss me miró. Pero en lugar de responder, parpadeó una vez. Luego los ojos se le pusieron en blanco y cayó de la roca, como si lo hubieran dejado inconsciente de un puñetazo.

Logré que el señor Wemyss recuperase parcialmente la conciencia, pero no tanto como para que pudiera caminar. Jamie, por tanto, se vio obligado a llevar al hombrecillo colgado de los hombros como un ciervo muerto, lo que no era un esfuerzo desdeñable, teniendo en cuenta el escarpado terreno que había entre las reservas de whisky y la nueva sala de malteado, y que el viento nos lanzaba tierra, hojas y agujas de pino. Las nubes se habían apiñado sobre el borde de la montaña, oscuras y sucias como la espuma de una lavandería, y se extendían, rápidamente por todo el cielo. Nos íbamos a empapar si no nos dábamos prisa.

El estado del camino mejoró una vez que llegamos al sendero que conducía a la casa, pero el ánimo de Jamie no lo hizo ya que el señor Wemyss, en ese preciso instante, vomitó repentinamente sobre la pechera de su camisa. Después de un apresurado intento de limpiar aquella asquerosidad, reorganizamos nuestra estrategia y avanzamos con Wemyss en precario equilibrio entre los dos, cada uno de nosotros cogiéndolo de un codo mientras él resbalaba y tropezaba, con sus escuálidas rodillas que cedían en momentos inesperados.

Jamie habló consigo mismo y con bastante locuacidad en gaélico durante toda esa etapa del trayecto, pero se detuvo bruscamente cuando llegamos al jardín. Uno de los gemelos Beardsley se encontraba allí, atrapando gallinas para la señora Bug antes de que llegara la tormenta; ya había cogido dos y las sostenía boca abajo, de las patas, formando un poco elegante ramo de colores marrones y amarillos. Se detuvo cuando nos vio y miró con curiosidad al señor Wemyss.

—Qué... —comenzó a decir el muchacho. Pero no llegó más lejos; Jamie soltó el brazo del señor Wemyss, dio dos zancadas, y golpeó al gemelo Beardsley en el estómago con tanta fuerza que éste se dobló, soltó las gallinas, retrocedió tambaleándose y cayó al suelo. Las gallinas huyeron entre una nube de plumas y chillidos.

El muchacho se retorció en el suelo, abriendo y cerrando la boca en un vano intento de coger aire, pero Jamie no le prestó atención. Se agachó, cogió al chico del pelo y le habló fuerte y directamente al oído; supuse que lo hacía así por si se trataba de Kezzie.

—Trae a tu hermano. A mi estudio. Ahora.

El señor Wemyss había estado observando esa interesante escena con un brazo sobre mi hombro, para sostenerse, y la boca abierta. Pero parpadeó y la

cerró en el momento en que Jamie lo cogió del otro brazo y, apartándolo de mí, lo empujó hacia la casa sin mirar hacia atrás.

Yo le lancé una mirada de reproche al Beardsley que estaba en el suelo.

—¿Cómo has podido? —dije.

Hizo gestos mudos con la boca como un pececillo, con los ojos muy abiertos, luego logró emitir un largo *juuu* de inhalación, y su cara se tornó de un subido color morado.

—¿Jo? ¿Qué ocurre? ¿Estás herido? —Lizzie apareció entre los árboles con un par de gallinas agarradas de las patas en cada mano. Miraba con el ceño fruncido de preocupación a... bueno, supuse que se trataría de Jo; si alguien podía distinguirlos, seguramente sería Lizzie.

—No, no está herido —le aseguré—. Aún. —La señalé con un dedo acusador—. Tú, jovencita, mete esas gallinas en su corral y luego... —Vacié, mirando al muchacho en el suelo, que había recobrado el aliento lo bastante como para jadear y que estaba empezando a incorporarse. No quería llevarla a mi consulta, por si Jamie y el señor Wemyss pensaban destripar a los Beardsley justo al otro lado del pasillo.

—Iré contigo —decidí de prisa, alejándola con un gesto de Jo—. ¡Tú, fuera!

—Pero... —Le lanzó una mirada de desconcierto a Jo; sí, era Jo; él se pasó la mano por el pelo para apartárselo de la cara y pude ver la cicatriz de la quemadura.

—Él se encuentra bien —dije, guiándola hacia el corral de las gallinas con una mano firme en su hombro—. Ve.

Miré hacia atrás y comprobé que Jo Beardsley había logrado ponerse en pie y, con una mano apretada contra el estómago, estaba avanzando hacia el establo, presumiblemente para ir a buscar a su hermano.

Volví a mirar a Lizzie, con furia. Si el señor Wemyss tenía razón y ella estaba embarazada, evidentemente era una de esas personas afortunadas que no padecen náuseas matinales ni los habituales síntomas del principio del embarazo; de hecho, tenía un aspecto muy saludable.

Eso mismo debería haberme alertado, supuse, teniendo en cuenta que Lizzie siempre estaba muy pálida. Cuando la observé más cuidadosamente noté su suave resplandor sonrosado y el brillo de los pelos que asomaban por debajo de su gorra, cuando por lo general su cabello tenía un pálido tono rubio.

—¿De cuánto estás? —pregunté. Ella me dirigió una rápida mirada y tragó saliva visiblemente.

—Creo que de cuatro meses —dijo mansamente, sin mirarme—. Eh... ¿Papá se lo ha contado?

—Sí. Tu pobre padre —respondí con severidad—. ¿Nos ha dicho la verdad? ¿Con los dos Beardsley?

Ella encorvó los hombros un poco, inclinó la cabeza pero asintió, de manera

casi imperceptible.

—¿Qué... qué les hará el señor? —preguntó, con una voz débil y trémula.

—En realidad, no lo sé. —Dudaba que el mismo Jamie se hubiera formado una idea concreta, aunque sí había mencionado que el bellaco causante del embarazo de Lizzie estaría muerto a los pies de ella si ése era el deseo de su padre.

Ahora que lo pensaba, la alternativa —casarla antes de la mañana siguiente— tal vez ofreciera más dificultades que limitarse a matar a los gemelos.

—No lo sé —repetí.

Habíamos llegado al gallinero, una construcción robusta protegida por un gran arce. Varias de las gallinas estaban posadas como frutas enormes y maduras en las ramas más bajas, con las cabezas hundidas entre las plumas.

Abrí la puerta, lo que liberó una corriente con fuerte olor a amoníaco que salió de la oscuridad interior, y, conteniendo la respiración, saqué las gallinas de las ramas y las arrojé con brusquedad al interior. Lizzie corrió hacia el bosque cercano, cogió a unas gallinas que se ocultaban bajo los arbustos y regresó de prisa para meterlas en el corral. Unas gruesas gotas comenzaban a caer de las nubes, pesadas como guijarros.

—¡Date prisa! —Cerré la puerta de un golpe después de meter a la última gallina, eché el cerrojo y cogía Lizzie de un brazo. Empujadas por una corriente de aire, corrímos hacia la casa.

La cocina de verano era la construcción más próxima; nos lanzamos hacia la puerta justo cuando la lluvia cayó con un fuerte estruendo y una sólida lámina de agua golpeó contra el tejado de lata con un sonido como si tuviéramos yunque desplomándose sobre nosotras.

Nos quedamos dentro, jadeando. A Lizzie se le había salido el gorro durante la carrera y se le habían deshecho las trenzas, de modo que su pelo se extendía sobre los hombros en hebras rubias, brillantes, un cambio notable del aspecto menudo y huidizo que compartía con su madre. Tardé un tiempo en recuperar el aliento, tratando de decidir qué demonios decirle.

Ella, por su parte, estaba arreglándose de una manera muy ostentosa, jadeando y tirando de su corpiño, alisándose la falda, y tratando, todo el tiempo, de no mirarme a los ojos.

Bueno, había una pregunta que me había molestado desde la asombrosa revelación del señor Wemyss; sería mejor quitármela de encima de inmediato. El estruendo inicial de la lluvia había disminuido hasta convertirse en un redoble constante; era fuerte, pero al menos era posible hablar.

—Lizzie. —Se estaba alisando la falda cuando levantó la mirada, ligeramente alarmada—. Dime la verdad —dije—. ¿Fue una violación?

Ella parpadeó, con una mirada de asombro absoluto que tiñó sus rasgos con más elocuencia que cualquier negación pronunciada en voz alta.

—¡Oh, no, señora! —dijo con la misma firmeza—. ¿Cómo puede pensar que Jo o Kezzie harían algo así? ¡Qué, acaso cree que se turnaron para abusar de mí?

—No. Pero me pareció que sería mejor preguntarlo, por si acaso.

En realidad no había pensado nada de eso. Pero los Beardsley eran una mezcla tan extraña de cortesía y salvajismo que era imposible afirmar con seguridad lo que podrían o no podrían llegar a hacer.

—Pero ¿fueron... eh... los dos? Eso es lo que ha dicho tu padre. Pobre hombre —añadió con un tono de reproche.

—Oh. —Ella bajó sus pálidas pestañas—. Eh... bueno, sí, así fue. Me siento fatal por haber avergonzado a papá de esa manera. Y en realidad tampoco lo hicimos a propósito...

—Elizabeth Wemyss —dije con bastante aspereza—. Más allá de una violación, y ya hemos descartado eso, no es posible mantener relaciones sexuales con dos hombres sin proponérselo. Con uno, tal vez, pero no con dos. Y ahora que hablamos de eso —vacilé, pero la vulgar curiosidad me dominó—. ¿Los dos a la vez?

Ella pareció bastante sorprendida al oírmе, lo que en cierta manera me alivió.

—¡Oh, no, señora! Fue... Quiero decir, no sabía que... —Se interrumpió, con un fuerte tono rosado en las mejillas.

Saqué dos banquetas de debajo de la mesa y empujé una en su dirección.

—Síntate —dije— y cuéntamelo todo. No iremos a ninguna parte durante un buen rato —añadió, echando una mirada a través de la puerta entreabierta al aguacero que caía fuera. Lizzie vaciló, pero aceptó la banqueta.

—Tú, eh, has dicho que no sabías —dije, tratando de ofrecerle un modo de empezar—. Quieres decir... pensabas que sólo era uno de los gemelos, pero ellos, eh, ¿te engañaron?

—Bueno, sí —respondió, y respiró profundamente el aire fresco—. Algo así. Ocurrió cuando usted y el señor fueron a Bethabara en busca de la nueva cabra. La señora Bug estaba en cama con lumbago, y sólo quedábamos papá y yo en la casa; pero entonces él fue a Woolam para traer harina, de modo que me quedé sola.

—¿A Bethabara? ¡Eso fue hace seis meses! Y tú estás de cuatro... ¿Quieres decir que todo este tiempo has...? Bueno, no importa. ¡Qué ocurrió, entonces?

—La fiebre —respondió sencillamente—. Volvió.

Ella estaba reuniendo leña cuando sufrió el primer escalofrío de la malaria. Se dio cuenta de qué era, dejó caer la leña y trató de llegar a la casa, pero cayó a mitad de camino, con los músculos flojos como un hilo.

—Estaba tumbada en el suelo —explicó—, y sentí que la fiebre venía a buscarme. Es como una gran bestia, ¿sabe? Yo sentía cómo me cogía entre sus mandíbulas y me mordía... Es como si mi sangre se calentara y luego se enfriara, y sus dientes se hunden en mis huesos. Luego siento que se clavan en

ellos, tratando de partirlos en dos y chupar la médula. —El recuerdo la hizo estremecerse.

Uno de los Beardsley —creía que era Kezzie— la descubrió desplomada y despatarrada en el jardín. Corrió a buscar a su hermano y entre los dos la levantaron, la llevaron hasta la casa y la acostaron en su cama.

—Yo tenía los dientes tan apretados que pensé que se me romperían. Les dije que trajeran el ungüento de bayas de acebo, el ungüento que usted había preparado.

Los gemelos revisaron el armario de la consulta hasta que lo encontraron y, desesperados a medida que la fiebre subía cada vez más, le quitaron los zapatos y las medias y le untaron el ungüento en las manos y los pies.

—Les dije... les dije que debían frotármelo por todas partes —dijo, mientras sus mejillas adquirían un fuerte color bermellón—. Yo estaba... bueno, casi había perdido la conciencia por la fiebre, señora, en serio. Pero sabía que necesitaba la medicina.

Asentí, comenzando a entender. No la culpaba; había visto cómo la malaria podía dominarla. Y, hasta el momento, había hecho lo correcto; necesitaba la medicina, y no podría habérsela aplicado ella misma.

—A veces perdía la conciencia y luego volvía en mí —explicó—, con alucinaciones de fiebre que salían de mi cabeza y recorrían la habitación, de modo que lo que recuerdo está todo un poco mezclado. Pero creo que uno de los muchachos le dijo al otro que se estaba manchando con el ungüento, que se estropearía la camisa y que sería mejor que se la quitara.

—Ya veo —dije, y lo veía claramente—. Y entonces... Y entonces ella perdió el hilo de lo que ocurría, salvo que cada vez que recuperaba parcialmente la conciencia, los muchachos seguían allí, hablándole a ella y entre sí, y el murmullo de sus voces era como una pequeña ancla con la realidad, y sus manos jamás la abandonaban, acariciándola y serenándola, y luego el fuerte olor del acebo que atravesaba el humo del hogar y el aroma de cera de abejas de la vela.

—Me sentí... a salvo —dijo—. No recuerdo muchos detalles, sólo que abrí los ojos y vi su pecho justo delante de mi cara, y los rizos oscuros alrededor de sus tetillas, y éstas, pequeñitas, marrones y arrugadas, como uvas pasas. —Volvió su cara hacia mí—. Todavía puedo verlo, como si estuviera delante de mí en este mismo instante. Es raro, ¿no?

—Sí —dije, aunque en realidad no lo era; a veces una fiebre alta podía emborronar la realidad, y al mismo tiempo podía grabar algunas imágenes tan profundamente en la mente que jamás se olvidaban—. ¿Y luego...?

Luego ella comenzó a sacudirse violentamente con escalofríos y los edredones que le pusieron encima, así como una piedra caliente que le colocaron bajo los pies, no sirvieron de nada. Entonces, uno de los muchachos, en su desesperación, se metió a su lado bajo las mantas y la abrazó, tratando de

quitarle el frío de los huesos con su propio calor... que, según pensé cínicamente, debía de ser considerable, a esas alturas.

—No sé cuál de ellos era, o si fue el mismo toda la noche, o si se intercambiaron cada tanto, pero, cada vez que despertaba, estaba allí, rodeándome con los brazos. Y a veces apartaba la manta y me untaba más ungüento en la espalda y por, por... —Se interrumpió, sonrojándose—. Pero cuando me desperté a la mañana siguiente la fiebre se había ido, como siempre ocurre el segundo día.

Lizzie me miró, implorando comprensión.

—¿Conoce la sensación que queda, señora, cuando una fuerte fiebre disminuye? Siempre es lo mismo, de modo que supongo que será lo mismo para todos. Pero es... plácido. Notas los brazos tan pesados que ni siquiera piensas en moverlos, pero tampoco importa. Y todo lo que ves, todas esas pequeñas cosas a las que no prestas atención día tras día, de pronto reparas en ellas, y son hermosas —dijo con sencillez—. A veces creo que será así cuando muera. Simplemente despertaré y todo será así, sereno y hermoso; salvo que sí podré moverme.

—Pero en esta ocasión despertaste y no podías moverte —dije—. Y el muchacho, fuera cual fuese, ¿seguía allí contigo?

—Era Jo —dijo, asintiendo—. Me habló, pero no presté mucha atención a lo que me decía, y creo que él tampoco.

Se mordió el labio, con sus dientes pequeños, afilados y blancos.

—Yo... jamás lo había hecho antes, señora. Pero estuve cerca, en una o dos ocasiones, con Manfred. Y aún más cerca con Bobby Higgins. Pero Jo nunca había besado a una muchacha, y su hermano tampoco. De modo que, ya ve, en realidad fue culpa mía, porque sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo, pero... los dos estábamos resbaladizos por el ungüento, todavía, y desnudos bajo las mantas, y... ocurrió.

—Sí, me doy cuenta de qué ocurrió, desde luego. Pero luego... eh... siguió ocurriendo, supongo, ¿no?

—Bueno... sí. En efecto. Es... agradable, señora —susurró, inclinándose un poco hacia mí como si me estuviera transmitiendo un secreto importante.

—Sí, cierto. Pero...

Los Beardsley habían lavado las sábanas siguiendo las indicaciones de Lizzie, y cuando su padre regresó, dos días más tarde, no quedaban rastros incriminatorios. Las bayas de acebo habían dado resultado, y si bien ella seguía débil y cansada, le dijo al señor Wemyss que sólo había sufrido un ataque leve.

Mientras tanto, se encontraba con Jo a cada oportunidad, en los altos pastos de verano, detrás del cobertizo de los productos lácteos, en el heno recién cortado del establo y cuando llovía, cada tanto, en la galería de la cabaña de los Beardsley.

—Yo no quería hacerlo dentro, por el olor de las pieles —explicó—. Pero pusimos un viejo edredón en la galería, para que no me salieran ampollas en la espalda, y la lluvia caía a unos centímetros de nosotros... —Miró con nostalgia por la puerta abierta, donde la lluvia se había aligerado hasta convertirse en un susurro constante que hacía temblar las agujas de los pinos.

—¿Y Kezzie? ¿Dónde estaba él cuando todo esto ocurría? —pregunté.

—Ah. Bueno, Kezzie —dijo, tomando un largo aliento.

Habían hecho el amor en el establo y Jo la había dejado allí, tumbada sobre su capa en el lecho, mirándolo mientras él se levantaba y se vestía. Luego él la había besado y se había vuelto hacia la puerta. Al ver que él había olvidado su cantimplora, ella lo llamó en voz baja.

—Y él no respondió ni se dio la vuelta —dijo—. Y de pronto me di cuenta de que no me había oido.

—Oh, ya veo —dijo—. Tú, eh, no te perdiste de la diferencia?

Me clavó su mirada azul.

—Ahora sí me doy cuenta —respondió.

Pero al principio el sexo era una cosa tan novedosa —y los hermanos tan inexpertos— que no había notado diferencia alguna.

—¿Cuánto tiempo...? —pregunté—. Quiero decir, ¿tienes alguna idea de cuándo ellos, eh...?

—No estoy segura —admitió—. Pero si tuviera que adivinarlo, creo que la primera vez fue Jo... No, sé con certeza que era Jo, porque le vi el pulgar... pero la segunda vez probablemente fue Kezzie. Ellos lo comparten todo, ¿sabe?

Era cierto. De modo que era lo más natural del mundo que Jo quisiera que su hermano compartiera aquella maravilla.

—Sé que parece... extraño —dijo—. Y supongo que debería haber dicho algo, o hecho algo, pero no se me ocurría qué. Y, en realidad —añadió levantando los ojos hacia mí con aire indefenso—, no veía qué había de malo en ello. Son diferentes, sí, pero al mismo tiempo, están tan unidos... bueno, era sólo como si estuviera tocando a un único muchacho, y hablando con él... sólo que eran dos cuerpos distintos.

—Dos cuerpos —dije en un tono un poco lúgubre—. Bueno, sí. Ésa es precisamente la dificultad, ¿sabes? —La observé de cerca. A pesar de sus antecedentes de malaria y de sus finos huesos, estaba claro que estaba más rellenita; tenía unos senos pequeños y regordetes que asomaban por el borde del corpiño y muy probablemente, un trasero acorde. Lo único extraordinario es que hubiera tardado tres meses en quedarse embarazada. Como si me hubiera leído la mente, dije:

—Tomé las semillas, ¿sabe? Las que toman usted y la señorita Bree. Me había guardado algunas, de la época en que estaba prometida con Manfred; me las dio la señorita Bree. Tenía intención de juntar más, pero no siempre lo recordaba,

y... —Volvió a encogerse de hombros y se llevó las manos al vientre.

—De modo que decidiste no decir nada —observé—. ¿Tu padre se enteró por casualidad?

—No, se lo dije yo —explicó—. Me pareció que sería lo mejor, antes de que se empezara a notar. Jo y Kezzie me acompañaron.

Eso explicaba el hecho de que el señor Wemyss recurriera a la bebida, desde luego. Tal vez deberíamos haber traído la jarra en el viaje de regreso.

—Tu pobre padre —volvía decir, distraída—. ¿Habéis pensado que hacer?

—Bueno, no —admitió—. No les he contado a los muchachos que iba a tener un bebé hasta esta misma mañana. Parecían un poco desconcertados —añadió, volviendo a morderse el labio.

—Lo imagino. —Miré hacia afuera; seguía lloviendo, pero el aguacero había amainado momentáneamente. Me froté la cara con una mano, sintiéndome de pronto muy cansada—. ¿A cuál elegirás? —pregunté.

Me clavó una mirada brusca y asustada y la sangre abandonó sus mejillas.

—No puedes quedarte con los dos, ¿sabes? —añadió con delicadeza—. No es así como funciona.

—¿Por qué? —dijo, tratando de aparentar descaro, pero le temblaba la voz—. No perjudicamos a nadie. Y no es asunto de nadie, sólo nuestro. Comencé a sentir yo misma la necesidad de un trago fuerte.

—Ja, ja —dije—. Intenta explicárselo a tu padre. O al señor Fraser. En una gran ciudad tal vez podrías salirte con la tuya. Pero ¿aquí? Todo lo que ocurre es asunto de todos, y tú lo sabes. Hiram Crombie te lapidaría por fornicación tan pronto te viera, si se enterara de lo que ha ocurrido. Sin esperar respuesta, me puse en pie.

—Bueno. Volvamos a la casa y veamos si ellos todavía están vivos. Tal vez el señor Fraser ya haya resuelto el problema por ti.

Los gemelos seguían vivos, pero no parecían especialmente contentos por ello. Estaban sentados hombro con hombro en el centro del despacho de Jamie, apretados el uno contra el otro.

Sus cabezas giraron hacia la puerta simultáneamente, con miradas de alarma y preocupación mezcladas con alegría por ver a Lizzie. Yo la llevaba cogida del brazo, pero cuando ella vio a los gemelos, se soltó y corrió hacia ellos lanzando una pequeña exclamación, extendió un brazo alrededor del cuello de cada uno de los muchachos y los apretó contra su pecho.

Vi que uno de los chicos tenía un ojo morado, que empezaba a hincharse; supuse que sería Kezzie, aunque no sabía si eso se debía a la idea de justicia de Jamie o tan sólo a encontrar una manera conveniente de asegurarse de que pudiera distinguir cuál era cuál mientras hablaba con ellos.

El señor Wemyss también estaba vivo, aunque no parecía más complacido

por ello que los Beardsley. Tenía los ojos rojos, estaba pálido, blanco como el papel, pero al menos estaba sentado erguido, junto a la mesa de Jamie, y parecía razonablemente sobrio. Había una taza de infusión de achicoria frente a él —yo podía olerla—, pero se veía intacta.

Lizzie se arrodilló en el suelo sin soltar a los muchachos, y las tres cabezas se juntaron cuando empezaron a murmurar entre sí.

« ¿Estás herido?», decía ella, y « ¿Te encuentras bien?», preguntaban ellos, en una maraña de manos y brazos que mientras tanto examinaban, palpaban, acariciaban y abrazaban.

Eché un vistazo a Jamie, que contemplaba esta conducta con un cierto grado de cinismo. El señor Wemyss emitió un gemido y enterró la cabeza entre las manos.

Jamie se aclaró la garganta con un grave sonido gutural escocés, y la escena que tenía lugar en el medio de la sala se detuvo como si hubiera caído un rayo. Lizzie levantó la cabeza para mirarlo, con el mentón bien alto y sus brazos rodeando los cuellos de los gemelos en actitud protectora.

—Siéntate, muchacha —dijo Jamie con relativa suavidad.

Lizzie se puso en pie y se dio la vuelta, sin dejar de clavarle los ojos. Pero no hizo movimiento alguno para aceptar el taburete que le ofrecía. En cambio, caminó deliberadamente detrás de los gemelos y se quedó en medio de ambos, poniéndoles las manos sobre los hombros.

—Prefiero permanecer en pie, señor —dijo, con la voz aguda y delgada por el temor, pero llena de determinación.

Como un mecanismo de relojería, cada uno de los gemelos cogió la mano que tenían sobre el hombro y sus rostros asumieron similares expresiones de aprensión combinada con tenacidad.

Jamie decidió no insistir en ese asunto; en cambio, me hizo un gesto. Yo cogí la banqueta y me sorprendí por lo bien que me sentí al sentarme.

—Los muchachos y yo hemos hablado con tu padre —dijo, dirigiéndose a Lizzie—. Entonces, ¿es cierto lo que le has contado? ¿Estás esperando un bebé y no sabes cuál de ellos es el padre?

Lizzie abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. En cambio, balanceó la cabeza en un torpe gesto de asentimiento.

—Sí. Bueno, entonces es necesario que te cases, y cuanto antes, mejor —dijo Jamie en tono sereno—. Los chicos no han podido decidir cuál de ellos debería ser, de modo que tú eliges, muchacha. ¿Cuál?

Las seis manos se apretaron haciendo resaltar los blancos nudillos.

—No puedo —susurró Lizzie. Luego se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—: No puedo. No... no quiero escoger. Los amo a ambos.

Jamie miró sus manos entrelazadas durante un momento, reflexionando. Luego levantó la cabeza y la miró firmemente. Vi que ella se erguía y apretaba

los labios, temblorosa pero decidida, dispuesta a desafiarlo.

Entonces, con un sentido de la oportunidad verdaderamente diabólico, Jamie se volvió hacia el señor Wemyss.

—¿Joseph? —dijo con suavidad.

El señor Wemyss había permanecido sentado, totalmente transfigurado, con los ojos clavados en su hija y sus pálidas manos rodeando la taza de café. Pero no vaciló, ni siquiera parpadeó.

—Elizabeth —dijo con una voz muy suave—. ¿Tú me quieres?

La desafiante fachada de Lizzie se desmoronó como un huevo roto y las lágrimas manaron de sus ojos.

—¡Oh, papá! —dijo. Soltó a los gemelos y corrió hacia su padre, que se puso en pie a tiempo para abrazarla con fuerza y apretar la mejilla contra su pelo. Ella se aferró a él, sollozando, y yo oí un breve suspiro de uno de los Beardsley, aunque no pude distinguir cuál.

Wemyss se balanceó suavemente junto a su hija, dándole suaves palmadas tratando de calmarla, murmurando palabras indistinguibles de los sollozos y las frases interrumpidas de Lizzie.

Jamie observaba a los gemelos. Las manos de ellos estaban entrelazadas, y los dientes de Kezzie estaban clavados en su labio inferior.

Lizzie se separó de su padre, palpándose la ropa en busca de un pañuelo. Saqué uno de mi bolsillo y se lo di. Ella se sonó la nariz y se limpió los ojos, tratando de no mirar a Jamie; sabía muy bien dónde estaba el peligro.

Aquella, sin embargo, era una sala bastante pequeña, y Jamie no era una persona a la que pudiera hacerse a un lado. A diferencia de mi consulta, las ventanas del estudio eran normales y estaban a buena altura en las paredes, lo que, en circunstancias normales, le daba a la sala una luminosidad suave y reconfortante. En ese momento, con la lluvia todavía cayendo fuera, estaba inundada por una luz gris y el ambiente era frío.

—No es cuestión de a quién amas, muchacha —dijo Jamie con mucha suavidad—. Ni siquiera a tu padre. Llevas un hijo en el vientre. Lo único que importa es que hagas lo correcto para él. Y eso no incluye que haya que marcar a su madre como si fuera una prostituta.

Las mejillas de Lizzie ardieron con un entrecortado tono carmesí.

—¡No soy ninguna prostituta!

—Yo no he dicho que lo seas —respondió Jamie serenamente—. Pero otros lo harán, si se sabe lo que has hecho, muchacha. ¿Has abierto las piernas para dos hombres y no te casas con ninguno de ellos? ¿Y ahora tienes un pequeño y no puedes identificar a su padre?

Ella apartó la mirada con gesto de enfado... y vio a su propio padre, con la cabeza inclinada, sus propias mejillas enrojecidas por la vergüenza. La muchacha emitió un sonido débil y desgarrador y hundió la cara entre las manos.

Los gemelos se removieron, incómodos, mirándose entre sí: Jo empezó a mover los pies para levantarse, pero entonces percibió la mirada de herido reproche del señor Wemyss y cambió de idea.

Jamie suspiró con pesadez y se frotó el puente de la nariz con el nudillo. Luego se incorporó, se agachó junto al hogar y cogió dos pajitas de la cesta de ramitas. Las aferró en el puño y se las enseñó a los dos chicos.

—El que saque la pajita más corta se casará con ella —dijo con resignación.

Los gemelos lo miraron boquiabiertos. Entonces Kezzie tragó saliva, cerró los ojos y cogió una pajita con mucha delicadeza. Jo mantuvo los ojos abiertos, pero no miró la pajita que había extraído; sus ojos estaban clavados en Lizzie.

Todos parecieron respirar a la vez cuando vieron las pajitas.

—Muy bien. Ponte en pie —le dijo Jamie a Kezzie, que tenía la corta. Con aspecto de aturdido, el muchacho obedeció—. Cógele la mano —le indicó Jamie con paciencia—. Ahora, ¡jurás ante estos testigos —dijo, señalándome a mí y al señor Wemyss— que aceptas a Elizabeth Wemyss como esposa?

Kezzie asintió, luego se aclaró la garganta y se irguió.

—Sí, lo juro —declaró con firmeza.

—¿Y tú, pequeña, aceptas a Keziah...? ¿Eres Keziah? —preguntó—. Sí, de acuerdo, Keziah. ¿Lo aceptas como esposo?

—Sí —asintió Lizzie. Parecía desesperadamente confundida.

—Bien —dijo Jamie con ánimo—. Estáis prometidos en matrimonio. Cuando encontremos a un sacerdote haremos que os bendiga como es debido, aunque debéis saber que, de hecho, ya estáis casados. —Miró a Jo, que se había puesto de pie—. Y tú te marcharás —dijo con firmeza—. Esta misma noche. Y no regresarás hasta que el bebé haya nacido.

Jo estaba tan pálido que incluso los labios habían adquirido un tono blanquecino, pero asintió. Tenía ambas manos apretadas contra el cuerpo; no donde Jamie le había pegado, sino más arriba, sobre el corazón.

—Bueno, pues, —Jamie tomó un largo aliento—, Joseph... ¿aún tiene el contrato matrimonial que redactó para su hija y el joven McGillivray? Tráigalo, ¿quiere?, y le cambiaremos el nombre.

Wemyss asintió con gesto cauteloso. Miró a Lizzie, que seguía cogida de la mano de su nuevo novio, los dos muy parecidos a Lot y a la señora de Lot, respectivamente. El señor Wemyss le palmeó el hombro con suavidad y salió de prisa; sus pasos resonaron en la escalera.

—Necesitarás una vela nueva, ¿no? —le dije a Jamie, girando la cabeza significativamente en dirección a Lizzie y a los gemelos. El cabo de su candelabro todavía tenía más de dos centímetros de altura, pero me pareció que era decente otorgarles algunos momentos de intimidad.

—¿Oh? Oh, sí —dijo él, comprendiendo—. Yo, eh, iré a buscarla.

En el instante en que entramos en la consulta, Jamie cerró la puerta, se apoyó

contra ella y dejó caer la cabeza, meneándola.

—Oh. Dios mío —dijo.

—Pobrecillos —agregué con un poco de compasión—. Quiero decir... una no tiene otro remedio que sentir pena por ellos.

—¿Sí? —Se olfateó la camisa, que se había secado pero que todavía tenía una clara mancha de vomito en la pechera, luego se irguió y se estiró hasta que le crujió la espalda—. Sí, supongo que sí —admitió—. Pero... ¡por Dios! ¿Te ha contado cómo ocurrió?

—Sí. Te contaré los detalles escabrosos más tarde. —Oí los pasos del señor Wemyss bajando por la escalera. Cogí un par de velas nuevas de las que colgaban del techo y las extendí, estirando el largo pabilo que las unía—. ¿Tienes un cuchillo?

Su mano bajó hacia su cintura, pero no llevaba la daga encima.

—No. Hay un cortaplumas en mi escritorio, de todas maneras.

Abrió la puerta justo cuando el señor Wemyss llegaba al despacho. Su exclamación de asombro me llegó al mismo tiempo que el olor a sangre.

Jamie hizo a un lado a Wemyss sin ceremonias y yo corrí tras él, con el corazón en la boca.

Los tres estaban de pie junto al escritorio, muy juntos. Había una salpicadura de sangre fresca en la mesa, y Kezzie tenía la mano envuelta en mi pañuelo ensangrentado. Miró a Jamie con un rostro fantasmal en la luz parpadeante. Tenía los dientes apretados, pero consiguió sonreír.

Un pequeño movimiento me llamó la atención y vi a Jo, que sostenía la hoja del cortaplumas de Jamie sobre la llama de la vela. Actuando como si no hubiera nadie allí, cogió la mano de su hermano, sacó el pañuelo y apretó el metal caliente contra la herida en el pulgar de Kezzie.

El señor Wemyss dejó escapar un pequeño sonido atragantado, y el olor de la carne quemada se mezcló con el aroma de la lluvia. Kezzie respiró profundamente, soltó el aire, y le sonrió a Jo torciendo la boca.

—Ve con Dios, hermano —dijo en un fuerte e inexpresivo tono de voz.

—Mucha felicidad para ti, hermano —le deseó Jo en el mismo tono.

Lizzie estaba en pie entre ambos, pequeña y desarreglada, con sus enrojecidos ojos clavados en Jamie. Y sonrió.

Tan romántico

Brianna condujo lentamente el cochecito por la cuesta que la pierna de Roger formaba en el edredón, luego cruzó su estómago y llegó hasta el centro del pecho, donde él agarró tanto el coche como su mano y le dedicó una sonrisa irónica.

—En verdad, es un buen coche —dijo ella, soltándose la mano y rodando para ubicarse cómodamente de lado junto a él—. Las cuatro ruedas giran. ¿Qué marca es? ¿Un Morris Minor, como aquel anaranjado que tenías en Escocia? Era la cosa más bonita que yo había visto jamás, pero nunca entendí cómo te las arreglabas para entrar en él.

—Con talco —le aseguró él. Levantó el juguete e hizo girar una de las ruedas delanteras con un movimiento del pulgar—. Sí, es bueno, ¿no? En realidad, no es ningún modelo en particular, pero supongo que estaba pensando en aquel Ford Mustang tuyo. ¿Recuerdas aquella vez que bajamos con él por la montaña?

—Sí. Casi nos salimos del camino cuando me besaste a ciento cuarenta kilómetros por hora.

Ella se acercó a él, empujándolo con una rodilla. Él, complaciente, giró y volvió a besarla; al mismo tiempo, hizo correr el coche velozmente por toda la extensión de su columna vertebral y por encima de la curva de sus nalgas. Ella soltó un grito y se retorció contra él, tratando de escapar de las cosquillas de las ruedas; luego lo golpeó en las costillas.

—¡Basta!

—Creí que encontrabas erótica la velocidad. *Buum* —murmuró él, maniobrando el juguete por su brazo... y, de pronto, por el cuello de sus enaguas. Ella trató de agarrar el coche, pero él se lo quitó, luego hundió la mano entre las mantas y le pasó las ruedas por los muslos; en seguida volvió a hacer subir el coche, enloquecidamente.

A continuación tuvo lugar una furiosa lucha por la posesión del juguete, que terminó con los dos en el suelo, en una maraña de sábanas y ropa de cama, jadeando para recuperar el aliento y riendo sin poder parar.

—¡Chis! ¡Despertarás a Jemmy! —Ella se retorció, tratando de salirse de debajo del peso de Roger. Tranquilo con los más de veinte kilos que le sacaba, él se limitó a relajarse encima de ella, aplastándola contra el suelo.

—No podrías despertarlo ni a cañonazos —repuso él. Era cierto; una vez que superó la etapa en que se despertaba para que le dieran de comer cada pocas horas, Jem siempre dormía como un tronco.

Brianna dejó de resistirse.

—¿Crees que alguna vez volverás a circular a ciento cuarenta kilómetros por hora?

—Sólo si caigo por el borde de un precipicio muy profundo. Estás desnuda, ¿lo sabías?

—¡Bueno, tú también!

—Sí, pero yo empecé así. ¿Dónde está el coche?

—No tengo ni idea —mintió ella. En realidad, estaba debajo de su espalda, y en un punto muy incómodo—. ¿Para qué lo quieres?

—Oh, iba a explorar un poco el terreno —dijo él, apoyándose en un codo y haciendo avanzar los dedos lentamente por la cuesta superior de uno de sus senos—. Aunque supongo que podría hacerlo a pie. Se tarda más, pero se disfruta mejor el paisaje. Dicen.

—Mmm. —Extendió el dedo índice y ubicó la uña precisamente en la tetilla de él, haciéndolo respirar profundamente—. ¿Pensabas hacer un viaje largo? —Echó una mirada al pequeño anaquel cerca de la cama, donde guardaba sus anticonceptivos.

—Lo suficiente.

Ella se agitó para ponerse más cómoda y librarse del molesto coche en miniatura.

—Dicen que un viaje de mil kilómetros comienza con el primer paso —comentó y, levantando la cabeza, le posó la boca sobre la tetilla y apretó los clientes suavemente. Un momento después, la soltó—. Silencio —dijo en tono de reproche—. Despertarás a Jemmy.

—¿Dónde están tus tijeras? Me lo voy a cortar.

—No te lo diré. Me gusta largo.

Ella apartó el pelo suave y oscuro de su cara y le besó la punta de la nariz, lo que pareció desconcertarlo ligeramente. De todas formas, sonrió y le dio un breve beso antes de sentarse en el suelo y se quitó el pelo de la cara con una mano.

—Eso no puede ser cómodo —dijo examinando la cuna—. ¿No crees que ya debería llevarlo a su propia cama?

Brianna miró la cuna desde su posición en el suelo, Jemmy, con cuatro años de edad, ya dormía desde hacía tiempo en una cama baja con ruedas, pero cada tanto insistía en dormir en la cuna, y se encajaba en ella con testarudez, a pesar de que no podía meter los cuatro miembros y la cabeza al mismo tiempo.

Estaba creciendo mucho, pensó ella. Aún no sabía leer, pero conocía todas las letras, podía contar hasta cien y escribir su nombre. Y sabía cargar una arma; su abuelo se lo había enseñado.

—¿Se lo decimos? —preguntó de pronto—. ¿Y cuándo, en ese caso?

Roger debía de haber estado pensando algo muy parecido, porque al parecer entendió exactamente lo que ella quería decir.

—Por Dios, ¿cómo le dices algo así a un niño? —contestó. Se incorporó levantó las sábanas y las mantas y las sacudió, con la evidente esperanza de encontrar la cinta de cuero con que se recogía el pelo.

—¿No le dirías a un niño que es adoptado? —objetó ella, sentándose en el suelo. —O si hay algún escándalo familiar, como que su padre no está muerto, sino que está en la prisión? Si se lo dices pronto, es menos traumático para ellos, creo; y luego pueden aceptarlo mejor cuando crecen. En cambio, si se enteran más tarde, es toda una impresión. Roger la miró de reojo con una expresión irónica. —Tú sabes de lo que hablas.

—Sí, y tú también. —Se lo dijo secamente, pero percibió las resonancias de esas palabras: incredulidad, ira, negación y, de pronto, el repentino desmoronamiento de su mundo cuando empezó, contra su voluntad, a creerlo. La sensación de vacío y abandono, y luego una furia negra y la idea de haber sido traicionada. —Al menos, en tu caso no fue una decisión —añadió, acurrucándose contra el borde de la cama. Nadie sabía de ti; nadie podría haberte dicho lo que eras.

—Oh, ¿y tú crees que tus padres deberían haberte hablado antes de los viajes en el tiempo? Ya me imagino las notas de la escuela que debían de llegar a tu casa: «Brianna tiene muchísima imaginación, pero debería enseñársele a reconocer las situaciones en las que no es apropiado emplearla».

—Ja. —Ella apartó de una patada la maraña de ropas y sábanas que la rodeaba. —Fui a una escuela católica. Las monjas habrían dicho que todo era una sarta de mentiras y habrían puesto punto final al asunto. —Dónde está mi enagua?

—Aquí está. —Él cogió un montón de lino de la maraña y lo sacudió para extenderlo. —Lo crees? —repitió, mirándola con una ceja enarcada.

—¿Que ellos deberían habérmelo dicho? Sí. Y no —admitió a regañadientes. Cogió la enagua y se la puso por la cabeza. —Quiero decir... entiendo por qué no lo hicieron. Papá no lo creía, para empezar. Y lo que sí creía... bueno, fuera lo que fuese, le pidió a mamá que me dejara pensar que él era mi verdadero padre. Ella le dio su palabra; y no creo que la hubiera roto, no. —Por lo que ella sabía, su madre había roto su palabra en una sola ocasión; involuntariamente, pero con un efecto sobrecogedor.

Alisó el gastado lino sobre su cuerpo y tanteó en busca de las puntas del cordón que le cerraba el cuello. Ya estaba vestida, pero se sentía tan desprotegida como si todavía siguiera desnuda. Roger estaba sentado en el colchón, sacudiendo las mantas de manera metódica, pero sus ojos seguían clavados en ella, verdes y escrutadores.

—Seguía siendo una mentira —estalló ella. —Yo tenía derecho a saber!

—Hum. —Cogió una cuerda de sábanas retorcidas y comenzó a desenrollarla —. Sí, bueno. Podría entender que se le contara a un chico que es adoptado o que su padre está en la cárcel. Pero esto se parece más a contarle que su padre asesinó a su madre cuando la encontró follándose al cartero y a seis buenos amigos en la cocina. Tal vez no signifique mucho para él si se lo dices temprano, pero sin duda llamará la atención de sus amigos cuando empiece a contárselo a ellos.

Ella se mordió los labios. No había pensado que sus propios sentimientos estaban todavía a flor de piel, ni tampoco le gustaba el hecho de que Roger se diera cuenta de ello.

—Bueno... sí. —Miró la cuna. Jem se había movido; ahora estaba hecho un ovillo como un erizo—. Tienes razón. Tendremos que esperar hasta que sea lo bastante mayor como para darse cuenta de que no puede contarlo; de que es un secreto.

La cinta de cuero cayó de un edredón. Él se agachó para recogerla y su pelo oscuro le cubrió la cara.

—¿Querrías contártelo a Jem algún día que yo no soy su verdadero padre? —preguntó en voz baja, sin mirarla.

—¡Roger! ¡No haría eso ni en un millón de años! Incluso si creyera que es cierto —se apresuró a añadir—, y no lo creo. ¡No, Roger! Sé que tú eres su padre. —Se sentó a su lado, agarrándole el brazo con fuerza. Él sonrió, torciendo un poco la boca, y le palmeó la mano, pero no la miró a los ojos.

—Pero teniendo en cuenta lo que acabas de decir... ¿No tiene derecho a saber quién es?

—Eso no es... es distinto.

Lo era y, al mismo tiempo, no lo era. El acto que había tenido como resultado su propia concepción no había sido una violación, pero sí algo inintencionado. Por otra parte, jamás había existido duda alguna: sus dos —bueno, sus tres— padres sabían que ella era la hija de Jamie Fraser, sin dudarlo.

En el caso de Jem... Brianna volvió a contemplar la cuna, deseando instintivamente encontrar alguna marca, alguna prueba innegable de su paternidad. Pero él se parecía a ella y a su propio padre, tanto en su color como en sus rasgos. Era grande para su edad, con miembros largos y anchas espaldas, pero también lo eran los dos hombres que podrían haberlo engendrado. Y ambos, maldita sea, tenían los ojos verdes.

—No pienso decírtelo —afirmó con firmeza—. Jamás, y tú tampoco. Tú eres su padre en todo lo que importa. Y no habrá ninguna buena razón.

—Salvo por el hecho de que sí existe. Y que él cree que el pequeño es suyo. ¿Y si se encontraran algún día? Cuando Jem sea mayor, quiero decir.

Ella no había crecido con la costumbre de santiguarse en momentos de tensión, como hacían su padre y su primo, pero en ese momento se santiguó, lo

que hizo que Roger se echara a reír.

—Eso no tiene gracia —dijo ella, irguiéndose—. Eso no va a pasar. Y si pasa... si alguna vez veo a Stephen Bonnet cerca de mi hijo, yo... bueno, la próxima vez apuntaré más alto, eso es todo.

—Estás decidida a darle al muchacho una buena historia para que comparta con sus compañeros de clase, ¿eh? —Habló ligeramente, burlándose de ella, lo que hizo que se relajara un poco.

—De acuerdo, pero tarde o temprano tiene que saber el resto. No quiero que se entere accidentalmente.

—Tú no te enteraste accidentalmente. Tu madre te lo contó. —«Y mira dónde estamos ahora». Ese comentario fue tácito, pero resonó con fuerza en su cabeza, cuando él le dedicó una mirada larga y firme.

Si ella no se hubiese sentido obligada a regresar, a viajar a través de las piedras para encontrar a su verdadero padre, ninguno de ellos estaría allí en ese momento, sino a salvo en el siglo XX, tal vez en Escocia, tal vez en Estados Unidos; en cualquier caso, en un lugar donde los niños no morían de diarrea y fiebres repentinas.

En un lugar donde no había peligros inesperados acechando detrás de cada árbol y en el que la guerra no se escondía bajo los arbustos. Un lugar donde la voz de Roger seguiría resonando fuerte y clara.

Pero tal vez—sólo tal vez—no tendría a Jem.

—Lo siento —dijo Brianna, sintiendo que se ahogaba—. Sé que es culpa mía... todo esto. Si no hubiera regresado... —Extendió la mano tímidamente y tocó la rugosa cicatriz que le rodeaba el cuello. Él atrapó la mano y la apartó.

—Por Dios —dijo en voz baja—. Si yo pudiera haber ido a cualquier parte para encontrar a alguno de mis padres, incluido el infierno, Brianna, lo habría hecho. —Levantó la mirada y le oprimió la mano con fuerza—. Si hay alguien en el mundo que lo comprende, muchacha, ése soy yo.

Ella le devolvió el apretón con ambas manos y con mucha fuerza. El alivio de que él no la culpara relajó la tensión de su cuerpo, pero la pena por las pérdidas que él había sufrido —y las de ella— seguía llenándole la garganta y el pecho, y le dolía respirar.

Jemmy se agitó, se incorporó de pronto y luego se desplomó hacia atrás, todavía profundamente dormido, de modo que uno de sus brazos asomó fuera de la cuna, flojo como un fideo. Ella se había quedado paralizada ante ese movimiento tan repentino, aunque luego se relajó y se levantó para tratar de meter el brazo. Pero antes de que pudiera llegar a la cama, se oyó un golpe en la puerta.

Roger cogió su camisa con una mano y el cuchillo con la otra.

—¿Quién es? —exclamó ella, con el corazón latiéndole con fuerza. La gente no hacía visitas después de que oscureciera, salvo que se tratara de una

emergencia.

—Soy yo, señorita Bree —dijo la voz de Lizzie desde el otro lado de la puerta —. ¿Podemos pasar, por favor? —Parecía nerviosa, pero no alarmada. Brianna esperó hasta que Roger estuviera decentemente cubierto y luego levantó el pesado cerrojo.

Lo primero que pensó era que Lizzie estaba alterada, sin duda alguna: las mejillas de la pequeña esclava estaban sonrosadas como manzanas, con un color visible incluso en la penumbra del umbral.

Iba acompañada de los dos Beardsley, que hicieron una reverencia, murmurando disculpas por presentarse tan tarde.

—No pasa nada —respondió Brianna, mirando a su alrededor en busca de un chal. Su enagua de lino no sólo era fina y estaba raída, sino que tenía una mancha incriminatoria en la parte delantera—. ¡Pasad!

Roger se acercó a saludar a los inesperados invitados, sin prestar atención al hecho de que no llevaba nada salvo una camisa, y Brianna se escondió rápidamente en un rincón oscuro detrás del telar, en busca del mantón que guardaba allí para ponerse sobre las piernas mientras tejía.

Una vez que estuvo a salvo y cubierta, pateó un leño para avivar el fuego y se agachó para encender una vela en las ascuas. En la vacilante luz, vio que los Beardsley iban vestidos con una meticulosidad desacostumbrada en ellos, bien peinados, con trenzas, con camisas limpias y chalecos de cuero; no llevaban chaqueta. Lizzie también iba ataviada con sus mejores galas; de hecho, llevaba el vestido que ellos le habían hecho para su boda.

Ocurría algo, y se hizo bastante obvio de qué se trataba cuando Lizzie parloteó con entusiasmo en el oído de Roger.

—¿Quieres que te case? —dijo Roger en tono de asombro. Miró a un gemelo y luego al otro—. Eh... ¿con quién?

—Sí, señor. —Lizzie hizo una respetuosa reverencia—. Somos yo y Jo, señor, si es usted tan amable. Kezzie ha venido de testigo.

Roger se pasó una mano por la cara, desconcertado.

—Bueno... pero... —Miró a Brianna con una expresión de ruego.

—¿Tienes problemas, Lizzie? —preguntó Brianna directamente, al tiempo que encendía una segunda vela y la ponía en un aplique junto a la puerta. Con más luz pudo ver que Lizzie tenía los párpados enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando; aunque su actitud era de excitación y resolución, más que de temor.

—Yo no diría problemas exactamente. Pero... espero un bebé, sí. —Lizzie cruzó las manos sobre su vientre en un gesto de protección—. Nosotros... queremos casarnos, antes de contárselo a nadie.

—Oh. Bueno... —Roger lanzó una mirada de desaprobación a Jo, pero no parecía del todo convencido—. Pero tu padre... ¿Acaso él...?

—Papá quiere que nos case un sacerdote —explicó Lizzie con entusiasmo—. Y lo haremos. Pero ya sabe, señor, pasarán meses, incluso años, hasta que encontremos alguno. —Bajó los ojos, sonrojándose—. A mí... me gustaría estar casada, con todas las de la ley, ¿sabe?, antes de que nazca el bebé.

—Sí —dijo él, sin poder apartar los ojos del estómago de Lizzie—. Lo comprendo. Pero no entiendo por qué tanta prisa. Quiero decir, tu embarazo no se notará más mañana que esta noche. O la semana que viene.

Jo y Kezzie intercambiaron miradas por encima de la cabeza de Lizzie. Entonces Jo puso la mano en la cintura de Lizzie y la atrajo con delicadeza.

—Señor, es sólo que... queremos hacerlo bien. Pero nos gustaría que fuera en privado, ¿sabe? Tan sólo Lizzie y yo, y mi hermano.

—Sólo nosotros —se sumó Kezzie, acercándose. Miró a Roger con firmeza—. Por favor, señor. —Parecía haberse herido la mano de alguna manera; llevaba un pañuelo atado en ella.

Brianna se sintió tan conmovida por los tres muchachos que casi le resultó insopportable; eran tan inocentes, tan jóvenes, esas tres caras lavadas mirando a Roger con expresión de súplica. Se acercó y le tocó el brazo a Roger, y notó su piel cálida a través de la tela de la manga.

—Hazles caso —le pidió en voz baja—. Por favor. No es una boda, exactamente... pero puedes unirlos en compromiso.

—Sí, bueno, pero deberían buscar consejo... el padre de ella... —Sus protestas se interrumpieron cuando apartó la mirada de Brianna y la posó sobre el trío, y ella se dio cuenta de que Roger estaba tan conmovido por su inocencia como ella. Y, pensó, lo que la hizo sentirse divertida para sus adentros, que a Roger también le atraía mucho la idea de celebrar su primera boda, por poco ortodoxa que fuera. Las circunstancias serían románticas y memorables, aquí, en la calma de la noche, con votos intercambiados a la luz del fuego y de la vela, con el cálido recuerdo de que acababan de hacer el amor en las sombras y con el niño dormido como mudo testigo.

Roger suspiró, luego le sonrió con resignación, y se volvió.

—Sí, bueno, de acuerdo. Pero dejad que me ponga los pantalones, no voy a celebrar mi primera boda con el culo al aire.

Roger tenía una cuchara de mermelada suspendida sobre su tostada y estaba mirándome.

—¿Ellos, qué? —dijo con voz entrecortada.

—¡Oh, no es cierto! —Bree se llevó una mano a la boca—. ¿Con los dos?

—Pues sí —asentí, reprimiendo un impulso de echarme a reír de lo más inapropiado—. ¿Realmente la casaste con Jo anoche?

—Que Dios me ayude, sí, lo hice —murmuró Roger. Muy alterado, metió la cuchara en la laza de calé y lo revolvió en un gesto mecánico—. Pero ¡ella

también está prometida a Kezzie?

—Ante testigos —le aseguré, con una recelosa mirada al señor Wemyss, que estaba sentado al otro lado de la mesa del desayuno, boquiabierto y al parecer convertido en piedra.

—¿Crees que...? —me dijo Bree—. Quiero decir... ¿con los dos a la vez?

—Eh... ella ha dicho que no —respondí, lanzándole una mirada al señor Wemyss como señal de que no era una pregunta adecuada para hacer en su presencia.

—Oh, Dios —exclamó el señor Wemyss—. Está condenada.

—Santa María, madre de Dios. —La señora Bug, con unos ojos como platos, se santiguó—. ¡Que Cristo tenga misericordia!

Roger le dio un trago a su café, se atragantó y soltó la taza, mientras se salpicaba la camisa. Brianna le golpeó la espalda para ayudarlo, pero él le hizo gestos de que se apartara y recuperó la compostura.

—Bueno, tal vez no sea tan terrible como parece —le dijo al señor Wemyss—. Quiero decir, quizás podría argumentarse que los gemelos son una sola alma y que Dios los puso en dos cuerpos por propósitos que sólo Él conoce.

—Sí, pero... ¡dos cuerpos! —intervino la señora Bug—. ¿Creen que... los dos a la vez?

—No lo sé —dije, abandonando la discusión—. Pero imagino que... —Miré por la ventana.

Había comenzado a nevar con fuerza la noche anterior, una nieve espesa y mojada; esa mañana ya tenía casi treinta centímetros de profundidad y yo estaba bastante segura de que todos en la mesa estaban imaginando exactamente lo mismo que yo: una visión de Lizzie y los gemelos, confortablemente acurrucados en una cálida cama de pieles junto a las llamas de una chimenea, disfrutando de su luna de miel.

—Bueno, en realidad, no creo que haya mucho que cualquiera de nosotros pueda hacer al respecto —dijo Bree—. Si decimos algo en público, lo más probable es que los presbiterianos apedreen a Lizzie por puta papista, y...

El señor Wemyss hizo un sonido como el de una vejiga de cerdo que alguien acabara de pisar.

—Por supuesto que nadie dirá una palabra. —Roger le clavó la mirada a la señora Bug—. ¿Verdad?

—Bueno, tendré que contárselo a Arch, ¿sabe?, si no reventaré —respondió ella con franqueza—. Pero a nadie más. Seré una tumba, lo juro; que el diablo me lleve si miento.

—Supongo que la boda que he celebrado en realidad no es válida como tal —dijo dubitativamente—. Pero entonces...

—Sin duda es tan válida como el compromiso que celebró Jamie —objeté—. Y, además, creo que es demasiado tarde para obligarla a escoger. Una vez que el

pulgar de Kezzie se cure, nadie podrá distinguir...

—Salvo Lizzie, probablemente —dijo Bree y contempló a Roger—. Me pregunto cómo sería si hubiera dos como tú.

—Nos habrías engatusado a los dos —le aseguró—. Señora Bug, ¿queda más café?

—¿A quién han engatusado? —La puerta de la cocina se abrió con un remolino de nieve y aire helado, y entró Jamie con Jem, ambos como nuevos después de una visita al retrete.

—A ti, para empezar. Te acaba de engañar una bígama de diecinueve años —le informé.

—¿Qué es una bígama? —preguntó Jem.

—Una joven muy grande —dijo Roger, cogiendo un pedazo de pan con manteca y metiéndoselo a Jem en la boca—. Toma. Por qué no cogen eso y ...

—Lizzie y los gemelos visitaron a Roger anoche, y él la casó con Jo —informé a Jamie. Él parpadeó.

—Maldita sea —exclamó. Tomó aliento profundamente, luego se dio cuenta de que seguía cubierto de nieve y se acercó al hogar para sacudirse—. Bueno —añadió, volviendo a la mesa y sentándose a mi lado—. Al menos su nieto tendrá un nombre, Joseph. Es Beardsley, en cualquier caso.

Esa ridícula observación pareció, sin embargo, reconfortar un poco al señor Wemyss.

—Sí, supongo que eso es algo —dijo—. Y en realidad, no veo cómo...

—Ven a mirar —estaba diciendo Jemmy, tirando con impaciencia del brazo de Bree—. ¡Ven a mirar, mamá!

—¿A mirar qué?

—¡Escribí mi nombre! ¡El abuelo me lo enseñó!

—Oh, ¿sí? ¡Vaya, muy bien! —Brianna le sonrió, pero luego frunció el ceño —. ¿Cuándo, ahora?

—¡Sí! ¡Ven antes de que la nieve lo cubra! Ella miró a Jamie con las cejas fruncidas.

—Papá, dime que no lo has hecho.

Jamie cogió una tostada de la bandeja y la untó con manteca.

—Sí, bueno —dijo—. Todavía tiene que haber alguna ventaja por ser hombre, aunque nadie preste atención a lo que uno diga. ¿Me pasas la mermelada, Roger Mac?

Piojos

Jem puso los codos sobre la mesa y apoyó el mentón sobre los puños, siguiendo el recorrido de la cuchara en la masa con la intensa expresión de un león que observa un apetitoso antílope de camino al abrevadero.

—Ni se te ocurra —dijo, con una mirada a sus regordetes dedos—. Estarán listas dentro de unos minutos; luego te daré una.

—Pero me gustan crudas, abuela —protestó. Abrió sus ojos azul oscuro en un ruego mudo.

—No deberías comer cosas crudas. Puedes ponerte malito.

—Tú lo haces, abuela. —Apuntó un dedo a mi boca, donde había una mancha de masa amarronada. Carraspeé y me limpié con una toalla.

—Luego no querrás cenar —dijo, pero con la agudeza de cualquier bestia de la jungla, él percibió el debilitamiento de su presa.

—¡Te prometo que no! ¡Me lo comeré todo! —aseguró, buscando ya la cuchara.

—Sí, eso es lo que me temo —respondí, cediendo con cierta vacilación—. Sólo un poco, para probarlo... deja algo para papá y el abuelo.

Él asintió sin decir palabra y lamió la cuchara con un movimiento largo y lento de la lengua, cerrando los ojos de éxtasis.

Encontré otra cuchara y me dispuse a colocar las galletas en las bandejas que usaba para hornear. Cuando terminamos hacia un calor mortal; las bandejas estaban llenas y el cuenco totalmente vacío. En ese momento se oyeron pisadas por el pasillo hacia la puerta. Reconocí el paso de Brianna, le quité la cuchara vacía a Jemmy y le troté de prisa la boca manchada con una toalla.

Bree se detuvo en el umbral y su sonrisa se transformó en una mirada de sospecha.

—¿Qué estáis haciendo?

—Preparando galletas de melaza —dijo, enseñándole las bandejas como prueba, antes de meterlas en el horno de ladrillos instalado en la pared de la chimenea—. Jemmy me ha ayudado.

Una bonita ceja roja se arqueó hacia arriba. Ella me miró a mí, luego a Jemmy, quien tenía un aspecto de inocencia poco natural.

—Ya veo —asintió secamente—. ¿Cuánta masa has comido, Jem?

—¿Quién, yo? —dijo el pequeño con los ojos bien abiertos.

—Mmm. —Se inclinó hacia adelante y cogió una pizca de masa de su ondeado cabello rojo—. ¿Qué es esto, entonces?

Él frunció el ceño e intentó enfocar los ojos en la evidencia.

—¿Un piojo muy grande? —sugirió con entusiasmo—. Supongo que me contagié de Rabbie McLeod.

—¿Rabbie McLeod? —dije, inquieta por el recuerdo de que Rabbie había estado acurrucado en el banco de la cocina pocos días antes, con sus rebeldes rizos negros mezclándose con los claros mechones de Jemmy mientras los dos muchachos dormían. Recordé que en aquel momento pensé que se veían encantadores.

—¿Rabbie tiene piojos? —exigió saber Bree.

—Oh, sí, está lleno —le aseguró Jemmy—. Su mamá ha dicho que cogerá la navaja de afeitar de su padre y le rasurará hasta el último pelo, a él, a sus hermanos y a su padre, y también a su tío Rufe. Ha dicho que tienen piojos saltando por toda la cama. Está cansada de que la coman viva.

Bree y yo intercambiamos una breve mirada de horror, luego ella cogió a Jemmy de los hombros y lo arrastró hasta la ventana.

—¡Ven aquí!

Una vez expuesta a la brillante luz que se reflejaba en la nieve, la tierna piel detrás de sus orejas y en la nuca mostró el tono rosado característico de alguien que se ha rascado por los piojos, y una veloz inspección de su cabeza reveló lo peor: minúsculas liendres aferradas a la base de los pelos y unos pocos piojos adultos, de color marrón rojizo, que corrieron a ocultarse en los matorrales de pelos. Bree atrapó uno y lo aplastó entre los pulgares, para luego arrojar los restos al fuego.

—¡Qué asco! —Se frotó las manos en la falda, luego se quitó la cinta con la que se recogía el pelo y se rascó vigorosamente—. ¡Yo también tengo! —preguntó, nerviosa, acercando la coronilla hacia mí.

Revisé rápidamente la tupida masa color ceniza y canela en busca de las delatoras liendres blanquecinas, luego di un paso atrás, inclinando mi propia cabeza.

—No. ¡Yo?

La puerta de atrás se abrió y entró Jamie, al parecer, no muy sorprendido de encontrar a Brianna revisando mi cabeza como un babuino enloquecido. Luego levantó su cabeza y olfateó.

—¿Algo se quema?

—¡Yo las cojo, abuelo!

La exclamación me llegó al mismo tiempo que el aroma de melaza chamuscada. Levanté la cabeza de golpe y me la golpeé contra el borde del anaquel de los platos, con tanta fuerza que vi las estrellas.

Éstas se disiparon justo a tiempo para ver a Jemmy, de puntillas, tratando de meter la mano en el horno humeante en la pared del hogar, que estaba mucho más arriba de su cabeza. Estaba concentrado, con los ojos apretados, la cara

apartada de las oleadas de calor que salían de los ladrillos, y se había enrollado una toalla torpemente en la mano.

Jamie alcanzó al muchacho en dos zancadas y lo tiró hacia atrás agarrándolo del cuello. Metió en el horno las manos desnudas y sacó una bandeja de galletas humeantes, tirando de ella con tanta fuerza que golpeó contra la pared. Unos pequeños discos marrones salieron volando y cayeron al suelo.

Adso, que había estado posado en la ventana, vio lo que parecía una presa y se abalanzó con ferocidad sobre una galleta que huía y que, de inmediato, le quemó las patas. Lanzando un alarido de alarma, la soltó y corrió a ocultarse.

Jamie, sacudiendo sus dedos chamuscados y haciendo comentarios extremadamente vulgares en gaélico, había cogido una ramita con la otra mano y estaba tanteando en el interior del horno, tratando de extraer la bandeja de galletas que quedaba entre nubes de humo.

—¿Qué ocurre...? ¡Eh!

—¡Jemmy!

El grito de Roger coincidió con el de Bree. La expresión de desconcierto de Roger, que venía pisándole los talones a Jamie, pasó a alarma al ver a su retoño de cuclillas en el suelo, recolectando galletas, muy concentrado, y sin prestar atención al hecho de que la toalla que arrastraba estaba quemándose en los resoldos del fuego de la cocina.

Roger se abalanzó sobre Jemmy y chocó con Bree, que iba en la misma dirección. Los dos golpearon contra Jamie, que acababa de llevar la segunda bandeja de galletas hasta el borde del horno, con lo que se tambaleó, perdió el equilibrio, y la bandeja cayó al hogar, esparciendo montones de brasas humeantes que olían a melaza. El caldero, que había quedado inclinado, se balanceó y se movió peligrosamente de su gancho, salpicando sopa en las brasas y creando nubes de vapor sibilante y aromático.

Yo no sabía si echarme a reír o correr hacia la puerta, pero me conformé con agarrar la toalla, que había estallado en llamas, y golpearla contra las paredes de piedra del hogar.

Me incorporé, jadeando, y descubrí que mi familia había conseguido apartarse del fuego. Roger sujetaba a Jemmy, que se retorcía con fuerza contra su pecho, mientras Bree palpaba al muchacho en busca de quemaduras, ampollas y huesos rotos. Jamie estaba chupándose un dedo lleno de ampollas y apartando el humo de la cara con la mano libre.

—Agua fría —dije, ocupándome de la necesidad más inmediata.

Cogí a Jamie del brazo, le saqué el dedo de la boca y lo hundí en el cuenco de agua.

—¿Jemmy se encuentra bien? —pregunté, volviéndome hacia la escena de la familia feliz junto a la ventana—. Sí, parece que sí. Suéltalo, Roger, el niño tiene piojos.

Roger dejó caer a Jemmy como si fuera una patata ardiendo y —con la típica reacción de los adultos al oír la palabra «piojos»— se rascó, Jemmy, sin mostrarse afectado por la reciente conmoción, se sentó en el suelo y comenzó a comer una de las galletas.

—Luego no querrás cenar... —empezó a decir Brianna, y en ese momento vio el caldero derramado y el charco que se había formado en el hogar—. ¿Tienes más galletas? —le preguntó a Jemmy.

Con la boca llena, éste asintió, buscó en su camisa y le pasó una. Ella la examinó con ojo crítico pero de todas formas le dio un mordisco.

—No está mal —dijo mientras masticaba—. ¡Mmm? —Tendió los restos de la galleta a Roger, quien la cogió con una mano, usando la otra para revisarle el pelo a Jemmy.

—Están por todas partes —dijo—. Vimos al menos una docena de muchachos cerca de la casa de Sinclair, todos rasurados como convictos. ¡De modo que tendremos que afeitarte la cabeza? —preguntó, sonriéndole a Jemmy y acariciándole el pelo.

La cara del muchacho se iluminó ante la sugerencia.

—¿Me quedaré calvo como la abuela?

—Sí. Más calvo —le aseguré con aspereza. De hecho, mi pelo ya tenía unos buenos cinco centímetros, aunque como estaba rizado parecía más corto.

—¿Afeitarle la cabeza? —Brianna parecía horrorizada. Se volvió hacia mí—. ¿No hay ninguna otra manera de librarse de los piojos?

Miré la cabeza de Jemmy considerando las posibilidades. Tenía el mismo pelo tupido y ligeramente ondulado de su madre y su abuelo. Eché un vistazo a Jamie, que me sonrió, con una mano en el cuenco de agua. Sabía por experiencia cuánto tiempo se tardaba en peinar de liendres esa clase de pelo; yo se lo había hecho a él mismo en varias ocasiones.

—Afeitadlo —dijo—, jamás conseguiréis que un muchacho de ese tamaño se quede quieto el tiempo suficiente como para peinarlo.

—Podríamos usar manteca —sugerí con expresión de duda—. Le impregnas la cabeza con manteca de cerdo o grasa de oso y se la dejas unos cuantos días. Los piojos se asfixian. O, al menos, eso es lo que se supone.

—Aj. —Brianna examinó la cabeza de su hijo con desaprobación.

—Con vinagre y un peine fino lograrás sacar los grandes —añadí, acercándome a mirar la fina línea blanca que separaba los cabellos rojos de Jemmy—. Pero no sirve para las liendres; éstas tendrás que sacarlas una a una tú con las uñas... o, si no, esperar a que crezcan y sacarlas con el peine.

—Afítalo —dijo Roger, meneando la cabeza—. Jamás lograrás sacar todas las liendres; tendrás que volver a repetir de nuevo el proceso dentro de unos pocos días, y de todas formas se te escaparán algunos que luego crecerán y saltarán... —Sonrió y le dio un golpecito a una migaja de galleta con la uña del

pulgar; la migaja rebotó en la falda de Bree y ella la apartó de un golpe mirando a Roger con furia.

—¡Eres de gran ayuda! —Se mordió el labio luego asintió a regañadientes—. Bueno, de acuerdo. Supongo que no hay más remedio.

—Volverá a crecer —le aseguré.

Jamie subió a la planta superior para buscar su navaja de afeitar; yo me dirigí a la consulta para traer mis tijeras quirúrgicas y un irasco de aceite de lavanda para el dedo quemado de Jamie. Cuando regresé, Bree y Roger tenían las cabezas juntas sobre lo que parecía un periódico.

—¿Qué es eso? —pregunté, acercándome a mirar.

—El proyecto inaugural de Fergus. —Roger me sonrió y movió el periódico para que yo pudiera verlo—. Nos lo mandó con un mercader que lo dejó en la casa de Sinclair para Jamie.

—¡En serio? ¡Eso es maravilloso!

Estiré el cuello para verlo y una pequeña excitación me recorrió al leer el titular en gruesas letras atravesando la parte alta de la página:

THE NEW BERN ONION

Luego lo miré mejor.

—¿*Onion*? —dije, parpadeando. ¿*Onion*? ¡Cebolla, en inglés?

—Bueno, él lo explica —dijo Roger señalando una sección ornamentada con viñetas en el centro de la página, con el título de *Comentarios del propietario*, y con un texto sostenido por un par de querubines—. Tiene que ver con que las cebollas tienen capas, hay complejidad en ellas, ¿entiendes...? Y... eh... la... —pasó el dedo por la línea—, «la acritud y el sabor del discurso razonado que siempre se ejercerá en estas páginas para la completa información y divertimento de nuestros compradores y lectores».

—Noto que distingue entre compradores y lectores. ¡Muy francés!

—Bueno, sí —admitió Roger—. Hay un tono claramente galo en algunos de los artículos, pero también se nota que Marsali ha tenido bastante que ver en ello... y, desde luego, la mayoría de los anuncios fueron redactados por las personas que los colocaron. —Señaló un pequeño recuadro con el título de «Sombrero perdido. Si se encuentra en buenas condiciones, por favor, devolver al suscriptor S. Gowdy, New Bern. Si no está en buenas condiciones, úselo usted mismo».

Jamie llegó con la navaja de afeitar a tiempo de oír esto y se sumó a las carcajadas. Indicó con el dedo otro recuadro en la página.

—Si, ése es bueno, pero creo que «El rincón del poeta» tal vez sea mi favorito. No creo que lo haya hecho el mismo Fergus; él no tiene oído para la rima... ¿Creéis que habrá sido Marsali, o alguna otra persona?

—Léelo en voz alta —dijo Brianna, pasándole el periódico a regañadientes a Roger—. Será mejor que le corte el pelo a Jemmy antes de que se escape y llene el cerro de Fraser de piojos.

Una vez resignada a la idea. Brianna no vaciló, sino que le ató a Jemmy un paño de cocina en el cuello y blandió las tijeras con una resolución que mandó hebras de cabello dorado rojizo y ceniciente al suelo como una lluvia resplandeciente. Mientras tanto, Roger leyó en voz alta, con dramáticas florituras:

*Respecto de la última ley que prohíbe
la venta de bebidas espirituosas, y más cosas aún.
Decidme ... ¿puede acaso entenderse
que esta ley favorece el bien común?
Claro que no; yo lo niego;
puesto que, como todos admiten, es mejor
de entre dos males elegir el menor;
entonces es conecta mi opinión.
Supongamos que lo investigamos
y, al parecer, diez de estas callejeras
mueren todos los años por beber en exceso.
¿Deberían miles de inocentes almas
caer en la desesperación
y perder su sustento
como forma de poner impedimento
a tamaña locura?
No se crea que el pecado aliento,
ni que la ginebra defiendo,
sino que humildemente pienso
que este plan, hecho con la máxima premura,
no concuerda con las Sagradas Escrituras
si creemos en la Justicia Divina,
puesto que, cuando el pecado de Sodoma
hubo de vengarse,
diez rectos evitaron su perdición
y consiguieron de Dios el perdón.
En cambio, ahora, diez descaradas pervertidas
ofenden a algunos particulares epicúreos
y arruinan a media ciudad.*

—« No se crea que el pecado aliento, / ni que la ginebra defiendo» —repitió Bree, riendo—. ¿Habéis notado que él, o ella, no menciona el whisky? ¿Y qué es una callejera? ¡Oh, quédate quieto, cariño!

—Una ramera —respondió Jamie con expresión ausente.

—¿Qué es una ramera? —preguntó Jemmy, cuyo radar captó la única palabra poco delicada de toda la conversación—. ¿Es la hermana de Richie?

Charlotte, la hermana de Richard Woolam, era una cuáquera de lo más devota. Jamie intercambió una mirada con Roger y tosió.

—No, no lo creo, muchacho —dijo—. Y, por el amor de Dios, ¡ni se te ocurra decirlo! Vamos, ¿estás listo para que te afeite? —Sin esperar respuesta, cogió la brocha de afeitar y llenó de espuma la cabeza de Jemmy que chillaba de deleite.

—Barbero, barbero, córtale el cabello —dijo Bree—. ¿Cuántos pelos hacen falta para una peluca?

—Muchos —respondió, barriendo los montoncitos de pelos caídos y arrojándolos al fuego, con la esperanza de destruir todos los piojos.

En realidad, sí era una pena; el pelo de Jemmy era hermoso. De todas formas, volvería a crecer, y el corte estaba dejando al descubierto la adorable forma de su cabeza, redondeada como la de un melón pequeño.

Jamie canturreaba entre dientes sin seguir ninguna melodía concreta, pasando la navaja por la piel de la cabeza de su nieto con delicadeza.

Jemmy movió la cabeza ligeramente y yo contuve el aliento, paralizada por un recuerdo fugaz; Jamie, con el pelo muy corto en París, preparándose para encontrarse con Jack Randall; preparándose para matar, o morir. Luego Jemmy volvió a girarse, retorciéndose en la banqueta, y la visión se esfumó, para ser reemplazada por otra cosa.

—¿Qué es eso? —Me incliné hacia adelante para mirar justo cuando Jamie movía la navaja con un floreo y arrojaba la última cucharada de espuma al fuego.

—¿Qué? —Bree se inclinó a mi lado y sus ojos se abrieron al ver una pequeña mancha marrón. Tenía el tamaño aproximado de un cuarto de penique, totalmente redonda, justo encima del nacimiento del pelo, hacia la parte de atrás de la cabeza, detrás de la oreja izquierda—. ¿Qué es? —preguntó, frunciendo el ceño. Lo tocó con delicadeza, pero Jemmy apenas lo notó. Estaba retorciéndose todavía más puesto que quería bajar del taburete.

—Estoy bastante segura de que no es nada malo —le aseguré después de una rápida inspección—. Parece lo que llamamos un nevus... algo así como un lunar plano, por lo general, totalmente inofensivo.

—Pero ¿de dónde ha salido? ¡No lo tenía cuando nació, estoy segura!

—Es muy poco común que los bebés tengan lunares de ninguna clase —le expliqué, desatando el paño de cocina del cuello de Jemmy—. ¡Bien, ya estás listo! Ahora ve y pórtate bien... cenaremos tan pronto pueda preparar la comida. No —añadí, volviéndome hacia Bree—, los lunares comienzan a aparecer, por lo general, cuando tienes unos tres años, aunque, desde luego, pueden seguir saliéndote a medida que te haces mayor.

Libre de ataduras, Jemmy estaba frotándose el cuello con ambas manos, con aspecto de satisfacción y canturreando «Charlotte la ramera, Charlotte la ramera», en voz baja y entre dientes.

—¿Estás segura de que no pasa nada? ¿No es peligroso?

—Oh, no, no es nada —le aseguró Roger, levantando la vista del periódico—. Yo tengo uno igual, desde que era niño, justo... aquí. —Su cara se alteró bruscamente a medida que hablaba y su mano se levantó con mucha lentitud, hasta apoyarse en la parte de atrás de la cabeza; justo sobre el nacimiento del pelo, detrás de la oreja izquierda.

Me miró y yo vi que su garganta se movía al tragarse saliva, y la irregular cicatriz de la cuerda se oscurecía contra la repentina palidez de su piel. Los pelos de mis brazos se erizaron en silencio.

—Sí —dije, respondiendo a su mirada, y esperando que mi voz no temblara de una manera muy perceptible—. Esa clase de marcas... muchas veces son hereditarias.

Jamie no dijo nada, pero su mano se cerró sobre la mía y la apretó con fuerza.

Jemmy estaba caminando a cuatro patas, tratando de hacer salir a *Adso* de debajo del banco. Su cuello era pequeño y frágil, y la afeitada cabeza tenía un color blanco sobrenatural y se veía alarmantemente desnuda, como una seta asomando de la tierra. Los ojos de Roger se posaron en ella por un momento; luego se volvieron hacia Bree.

—Creo que yo también he cogido algunos piojos —declaró. Extendió la mano, se quitó la cinta con la que recogía su tupido cabello negro y se rascó la cabeza vigorosamente con ambas manos. Luego cogió las tijeras, sonriendo—. De tal palo, tal astilla, supongo. ¿Me ayudas con esto?

Décima parte

¿Dónde Está Perry Mason Cuando Se Lo Necesita?

Correspondencia peligrosa

*Plantación de Mount Josiah, en la colonia de Virginia
De lord John Grey al señor James Fraser
Cerro de Fraser, Carolina del Norte,
sobre el 6 de marzo. Año del Señor de 1775*

Estimado señor Fraser:

¿Qué es lo que se propone, en el nombre de Dios? En el transcurso de los largos años desde que lo conozco, he descubierto que era usted muchas cosas, entre ellas temperamental y testarudo, pero siempre lo he tomado por un hombre de inteligencia y honor.

Sin embargo, y a pesar de mis explícitas advertencias, me he topado con su nombre en más de una lista de sospechosos de traición y sedición, relacionado con asambleas ilegales y, por tanto, sujeto a arresto. El hecho de que usted todavía se encuentre en libertad, amigo mío, no refleja otra cosa que la falta de tropas disponibles en Carolina del Norte en este momento, y eso puede cambiar rápidamente. Josiah Martin ha implorado ayuda a Londres, y ésta llegará pronto, se lo aseguro.

Si Gage no estuviera más que bastante ocupado en Boston, y las tropas de lord Dunsmore en Virginia no se encontrasen aún en proceso de formación, el ejército caería sobre usted en pocos meses. No se llame a engaño: tal vez las acciones del rey sean equivocadas, pero el gobierno percibe —aunque tarde— el nivel de agitación política en las colonias, y está moviéndose lo más rápido que puede para reprimirla, antes de que se produzcan daños más grandes.

Más allá de todo lo que usted sea, sé que no es ningún necio, de modo que debo suponer que comprende las consecuencias de sus acciones. Pero no sería un verdadero amigo si no le planteara la situación sin rodeos: sus acciones hacen que su familia se halle en sumo peligro y está usted poniendo su propia cabeza en la horca.

Le ruego, en honor del poco o mucho afecto que aún me tenga, y por el bien de la buena relación entre su familia y yo mismo, que renuncie a esas compañías tan peligrosas mientras esté a tiempo.

John

Leí la carta de cabo a rabo, luego levanté la mirada en dirección a Jamie. Estaba sentado frente a su escritorio, con papeles esparcidos en todas partes. Bobby Higgins había traído una buena cantidad de cartas, periódicos y paquetes: Jamie había dejado la lectura de la carta de lord John para el final.

—Está realmente preocupado por ti —dije, depositando la solitaria hoja de papel encima del resto.

Jamie asintió.

—El hecho de que un hombre como él se refiera a las acciones del rey como posiblemente «equivocadas» es muy parecido a la traición, Sassenach —observó, aunque a mí me pareció que estaba bromeando.

—Estas listas que menciona; ¿sabes algo de eso?

Se encogió de hombros y metió el dedo índice en una de las desordenadas pilas de cartas, de la que extrajo un papel manchado.

—Debe de referirse a algo así, supongo —dijo, entregándomelo.

Estaba sin firmar y era casi ilegible: se trataba de una denuncia, con errores de ortografía y llena de injurias, de una serie de «Escándalos y personas perversas» —aquí enumeradas—, cuyas palabras, acciones y aspecto representaban una amenaza para todos los que apreciaban la paz y la prosperidad. A esas personas, según el sentimiento del autor, había que «darles su merecido», presumiblemente apaleándolos, despellejándolos vivos, «empapados con brea hirviendo y puestos sobre una barra», o, en los casos particularmente perniciosos, «colgados directamente de las vigas de sus propios tejados».

—¿De dónde has sacado esto?

—De Campbelton. Alguien se la mandó a Farquard, en su calidad de juez de paz. Él me la dio porque mi nombre se encuentra en la lista.

—¿Sí? —Escudriñé las desordenadas letras—. Oh, sí, es cierto. J. Frayzer. ¿Estás seguro de que se trata de ti? Hay unos cuantos Fraser, después de todo, y varios de ellos se llaman John, James, Jacob o Joseph.

—Pero son bastante pocos los que pueden ser descritos como un «usurero hijo de puta degenerado pelirrojo sifilítico que frecuenta burdeles cuando no está borracho y armando escándalo en la calle», diría yo.

—Oh, me salté esa parte.

—Está en la explicación de más abajo. —Le echó una mirada breve e indiferente al papel—. Yo diría que la escribió Buchan, el carnicero.

—Pero no veo por qué ha añadido la palabra «usurero»; tú no tienes dinero para prestar.

—Supongo que no es estrictamente necesario que tenga alguna base verdadera, dadas las circunstancias, Sassenach —dijo secamente—. Y gracias a MacDonald y al pequeño Bobby, hay una buena cantidad de personas que creen

que sí tengo dinero, y si no estoy inclinado a prestárselo a ellos, bueno, entonces, está claro que se trata de que yo he puesto mi fortuna en manos de judíos y especuladores whigs, y que tengo la intención de arruinar el comercio para mi propio beneficio.

—¿Qué?

—Ése fue un intento algo más literario —dijo, rebuscando entre la pila de papeles y extrayendo un elegante pergaminio, escrito con caligrafía inglesa. Éste había sido enviado a un periódico de Hillsboro, y estaba firmado con la frase «Un amigo de la justicia»; y, si bien no mencionaba a Jamie por su nombre, estaba claro quién era el objeto de la denuncia.

—Es el pelo —dije, mirándolo con expresión crítica—. Si usaras peluca, les resultaría mucho más difícil.

Levantó un hombro en un gesto sarcástico. La opinión, bastante extendida, de que el pelo rojo era un indicio de personalidad dudosa y relajación moral, si no directamente de posesión diabólica, no se limitaba a personajes anónimos que nos deseaban el mal. Ese punto de vista tenía que ver con el hecho de que él jamás llevaba peluca ni se empolvaba la cara, incluso en situaciones en las que un caballero de bien lo haría.

Sin preguntar, me acerqué a una pila de papeles y comencé a hojearlos. Él no intentó detenerme, sino que se sentó en silencio, observándome. Fueron arreciaba una fuerte tormenta primaveral, y el aire era frío y húmedo, cargado de los aromas vegetales del bosque que se insinuaban entre las grietas de la puerta y la ventana.

Las cartas estaban bastante mezcladas. Algunas eran de los miembros del Comité de Correspondencia de Carolina del Norte, con noticias, la mayoría del norte. Habían surgido comités de asociación continental en New Hampshire y New Jersey, organismos que comenzaban prácticamente a asumir las funciones de gobierno, a medida que los gobernadores leales al rey perdían el control en las asambleas, las cortes y las aduanas, mientras el resto de las instituciones caían más profundamente en la confusión.

Boston seguía ocupada por las tropas de Gage, y algunas de las cartas solicitaban que se siguiera mandando comida y suministros para ayudar a sus ciudadanos; nosotros habíamos mandado cien kilos de cebada en el invierno.

Jamie había cogido su pluma y estaba escribiendo algo, lentamente, debido a la rigidez de su mano.

A continuación había un recado de Daniel Putnam, que había circulado a través de Massachusetts, donde comentaba el surgimiento de compañías de milicianos en el campo y solicitaba armas y pólvora. Estaba firmada por una docena de hombres más, cada uno de ellos poniéndose como testigo de la verdad de la situación en su propio pueblo.

Se proponía la celebración de un segundo congreso continental en Filadelfia,

con fecha todavía por determinar.

Georgia había formado un congreso provincial, pero como subrayaba el autor leal a la Corona de la carta, «aquí no hay rencores contra Gran Bretaña, como en otras partes; el sentimiento leal a la Corona es tan firme que sólo cinco de doce parroquias han enviado delegados a este congreso arribista e ilegal».

Un ejemplar bastante destrozado de la *Massachusetts Gazette*, fechado el 6 de febrero, contenía una carta, rodeada con un círculo de tinta y titulada «El imperio de la ley y el imperio de los hombres». La firmaba *Novanglus* —que imaginé sería una especie de derivación del latín de «nuevo inglés»— y se suponía que era la respuesta a unas cartas anteriores de un tory que firmaba *Massachusettensis*, nada menos.

No tenía la menor idea de quién podría ser ese tal *Massachusettensis*, pero reconocí algunas frases de la carta de *Novanglus*, por haber leído algunos fragmentos, mucho tiempo atrás, en las tareas escolares de Bree; John Adams, en muy buena forma.

—«Un gobierno de leyes, no de hombres» —murmuré—. ¿Qué clase de seudónimo utilizarías si escribieras esta clase de cosas? —Levanté la mirada y vi que Jamie tenía una expresión extremadamente avergonzada.

—¿Ya lo has hecho?

—Bueno, sólo alguna cartita aquí y allá —respondió, a la defensiva—. Nacía de panfletos.

—¿Quién eres tú?

Se encogió de hombros, en actitud de desaprobación.

—*Scotus Americanus*, pero sólo hasta que se me ocurra algo mejor. Hay unos cuantos más que usan el mismo nombre, que yo sepa.

—Bueno, eso puede ser útil. Al rey le será más difícil ubicarte en medio de la multitud. —Murmurando «*Massachusettensis*» para mis adentros, cogí el siguiente documento.

Era una nota de John Stuart, muy ofendido por la repentina renuncia de Jamie, en la que comentaba que el «totalmente ilegal e inútil congreso, como lo denominan», de Massachusetts, había invitado formalmente a los indios de Stockbridge a alistarse al servicio de la colonia, e informaba a Jamie de que, si alguno de los cherokee los imitaban, él, John Stuart, se encargaría personalmente y con sumo placer de asegurarse de que él, James Fraser, fuera ahorcado por traición.

—Y supongo que John Stuart ni siquiera sabe que eres pelirrojo.

Me sentía un poco inquieta, a pesar de mis intentos de bromear al respecto. Verlo todo desplegado en letras de molde solidificaba las nubes que habían estado formándose a nuestro alrededor, y comenzaba a sentir las primeras gotas de lluvia helada en la piel.

No había hogar en el estudio: sólo un pequeño brasero que usábamos para

calentar la habitación. En ese momento ardía en un rincón, y Jamie se levantó, cogió una pila de cartas y comenzó a echarlas al fuego.

Tuve una repentina sensación de *déjà vu* y lo vi de pie junto a la chimenea en la sala de la casa de su primo Jared en París, echando cartas al fuego. Las cartas robadas de los conspiradores jacobitas, elevándose en blancas nubecillas de humo, las nubes de una tormenta que había quedado atrás mucho antes.

Jamie dejó caer el último fragmento en llamas en el brasero, luego echó arena a la página que estaba escribiendo, la sacudió para quitarle los restos, y me la pasó. Había usado una de las hojas del papel especial que había fabricado Bree aplastando pulpa formada con trapos viejos y restos vegetales entre dos pantallas de seda. Era más grueso de lo habitual, con una textura suave y reluciente, y como ella había añadido frutos rojos y hojas diminutas a la pulpa, cada tanto aparecían, aquí y allá, algunas pequeñas manchas rojas como de sangre bajo la sombra de la silueta de una hoja de árbol.

Cerro de Fraser, en la colonia de Carolina del Norte,

Este decimosexto día de marzo. Año del Señor de 1775

James Fraser a lord John Grey, de la plantación de Mount Josiah

En la colonia de Virginia

Estimado John:

Es demasiado tarde.

Nuestra continua correspondencia sólo representa un peligro para usted; por ello, y con el mayor de los pesares, debo cortar este vínculo entre nosotros.

Créame que siempre seré:

Su más humilde y afectuoso amigo,

Jamie

La leí en silencio y se la devolví. Mientras él buscaba el lacre para sellarla, noté un pequeño paquete de papel en un rincón de su escritorio que había estado oculto bajo el desorden.

—¿Qué es eso? —Lo recogí.

—Un regalo de su señoría para el pequeño Jemmy. Según Bobby, son unos soldaditos de plomo.

El dieciocho de abril

Roger se despertó de repente, sin saber qué lo había agitado de tal forma. La oscuridad era total, pero el aire de la madrugada era tranquilo. Movió la cabeza en la almohada y notó que Brianna también estaba despierta.

Acercó una mano para tocarla y ella cerró la suya en torno a la de él. ¿Un ruego de silencio? Se quedó muy quieto, escuchando, pero no oyó nada. Una brasa estalló en el hogar con un crujido amortiguado y la mano de ella lo apretó con más fuerza. Jemmy se movió en la cama agitando los edredones, dejó escapar un pequeño grito y luego quedó en silencio. La noche seguía inmutable.

—¿Qué ocurre? —preguntó él en voz baja.

Ella no se volvió para mirarlo; sus ojos estaban clavados en la ventana.

—Ayer fue dieciocho de abril —dijo—. Ha comenzado. —Su voz era calmada, pero había algo en ella que lo hizo acercarse más.

Al norte de ellos, en alguna parte, había hombres que se reunían en la fría noche primaveral. Ochocientos soldados británicos, gruñendo y maldiciendo mientras se vestían a la luz de la vela. Los que se habían acostado se levantaban al oír los tambores que pasaban junto a las casas, los almacenes y las iglesias donde estaban acuartelados: los que no se habían dormido salían tambaleándose por los dados y la bebida, alejándose del calor del fuego de las tabernas y de los cálidos brazos de mujeres, y buscaban botas perdidas, cogían armas, se reunían en grupos de dos, tres y cuatro, y avanzaban con ruidos metálicos y balbuceos por las calles de barro congelado hacia el punto de reunión.

—Yo crecí en Boston —dijo Brianna—. Todos los niños de Boston aprendíamos aquel poema, en algún momento. Yo lo aprendí en quinto grado.

—« Escuchad, hijos míos, y sabréis / de la cabalgata nocturna de Paul Revere». —Roger sonrió, imaginándose con el uniforme de la escuela parroquial de Saint Finbar. Una vez había visto una fotografía de ella en quinto grado; parecía un tigre pequeño, feroz y desgreñado que algún maníaco había vestido con ropas de muñeca.

—Ése. « El dieciocho de abril del setenta y cinco. / Ya casi no queda ningún hombre vivo / que recuerde aquel famoso día y año» .

—Casi ningún hombre —repitió Roger en voz baja.

Alguien... ¿quién? ¿Un propietario de una casa, que espiaba a los comandantes británicos acuartelados en su hogar? ¿Una camarera, que llevaba jarras de ron caliente a un par de sargentos? Era imposible mantener el secreto, con ochocientos hombres o más en movimiento. Alguien había mandado el

mensaje desde la ciudad ocupada, el mensaje de que los británicos tenían la intención de capturar las armas y la pólvora almacenadas en Concord y, al mismo tiempo, arrestar a Hancock y a Samuel Adams, el fundador del comité de seguridad y el orador incendiario, los líderes de «esta traicionera rebelión», que se suponía que estaban en Lexington.

—Ochocientos hombres para capturar a dos? Y un platero y sus amigos, alarmados por la noticia, habían salido aquella fría noche. Bree continuó:

*Les dijo a sus amigos: «Si los británicos salen
por tierra o mar del pueblo esta noche,
colgad un farol en lo alto de la torre del campanario
de la iglesia del Norte, como una señal...
Uno si es por tierra, y dos si es por mar;
y yo estaré en la otra orilla,
listo para cabalgar y hacer correr la alarma
en todas las aldeas y granjas de Middlesex,
para que la gente del campo esté despierta y armada».*

—Ya no se escriben poemas así —dijo Roger. Pero le resultaba imposible no imaginárselo: el aliento de un caballo en la oscuridad y, al otro lado del agua negra, la diminuta estrella de un farol, en lo alto de la ciudad dormida. Y luego otra. —¿Qué ocurrió entonces?

*Entonces él dijo «¡Buenas noches!» y amortiguando
el ruido de los remos
remó en silencio hasta la costa de Charleston,
justo cuando la luna subía sobre la bahía,
donde, balanceándose en sus amarras, yacía
el Somerset, un buque de guerra británico;
un buque fantasma, con cada mástil y palo
cruzando la luna como barrotes de una prisión,
y un enorme bulto negro, aumentado
por su propio reflejo en la marea.*

—Bueno, eso no está tan mal —comentó Roger juiciosamente—. Me gusta lo del *Somerset*. Una descripción bastante pictórica.

—Cierra la boca —lo increpó ella—. Luego habla de su amigo, quien « erra y vigila con oídos atentos... » . —Roger resopló—. « Hasta que en el silencio que lo rodea oyé / hombres que se reúnen en las puertas de las barracas, / el sonido de armas y de pisadas, / y el paso medido de los granaderos, / marchando hacia los botes de la orilla» .

Él había ido a visitarla a Boston una primavera. A mediados de abril, los

árboles no tendrían más que una sombra de verdor, y sus ramas seguirían en su mayoría, desnudas y recortadas contra un cielo pálido.

—Luego hay una parte aburrida en que su amigo sube la escalera de la torre de la iglesia, pero la siguiente estrofa me gusta. —Su voz, ya suave, bajó un poco de volumen hasta convertirse casi en un susurro.

*Abajo, en el cementerio, yacían los muertos
en su campamento nocturno en la colina,
envueltos en un silencio tan profundo y quieto
que él pudo oír, como el paso de un centinela,
el viento nocturno vigía, que soplaba
arrastrándose de tienda en tienda
y susurrando, al parecer, «¡Todo va bien!».
Tan sólo por un momento, siente el hechizo
del lugar y la hora, y el temor secreto
del solitario campanario y los muertos:
pues de pronto todos sus pensamientos se inclinan
hacia algo sombrío y lejano,
donde el río se ensancha para desembocar en la bahía...
una línea de negrura que se curva y flota
sobre la marea alta como un puente de barcos.*

—Luego hay toda una parte en la que el viejo Paul mata el tiempo esperando la señal —dijo Brianna—. Pero finalmente ésta aparece, y entonces...

*Veloces cascós sobre una calle de la aldea,
una silueta a la luz de la luna, un bulto en la oscuridad,
y, más abajo, en los guijarros, al pasar una chispa,
creada por un corcel que vuela intrépido y raudo:
¡eso fue todo! Y, sin embargo, a través de la penumbra y la luz,
era el destino de una nación el que cabalgaba aquella noche,
y la chispa creada por aquel corcel en su huida
encendió la tierra en llamas con su calor.*

—Eso está muy bien, en realidad. —La mano de Roger se curvó sobre el muslo de ella—. ¿Recuerdas el resto?

—Entonces él corre a lo largo del río Mystic —continuó Brianna—, y luego hay tres estrofas, cuando él pasa por los diferentes pueblos:

*Dieron las doce en el reloj de la aldea
cuando cruzó el puente hacia el pueblo de Medford.
Oyó el canto del gallo,*

*y el ladrido del perro del granjero,
y sintió la humedad de la bruma del río,
que se levanta cuando baja el sol.*

*Dieron la una en el reloj de la aldea
cuando entró al galope en Lexington.
Vio al pasar la veleta dorada
nadando a la luz de la luna,
y las ventanas del templo, vacías y desnudas,
lo contemplaron con una mirada espectral,
como si ya estuvieran horrorizadas
por la sangrienta obra que verían.*

—« Dieron las dos en el reloj de la aldea... », y sí, ya sé que el reloj siempre da la hora en el primer verso, ¡cállate! —Roger había suspirado, pero porque de pronto se había dado cuenta de que estaba conteniendo el aliento—. « Dieron las dos en el reloj de la aldea » —repitió ella.

*Cuando llegó al puente de la ciudad de Concord.
Oyó los balidos del rebaño,
y los gorjeos de las aves en los árboles,
y sintió el aire de la brisa matinal
que soplaban sobre el prado marrón.
Y uno que estaba a salvo y dormido en su cama
sería el primero en caer en el puente,
y yacería muerto ese mismo día,
atravesado por la bala de un mosquete británico...*

—« Ya conocéis el resto» . —Se detuvo bruscamente y le apretó la mano con fuerza.

En un instante, la naturaleza de la noche había cambiado. La quietud de la madrugada había cesado y una brisa avanzaba entre los árboles. Si bien los pájaros no gorjeaban del todo, estaban despiertos; algo llamaba, una y otra vez, en el bosque cercano, con un canto agudo y dulce. Y por encima del olor intenso del fuego, Roger respiró el aire silvestre y limpio de la mañana, y sintió que su corazón latía con una repentina urgencia.

—Cuéntame el resto —susurró.

Se imaginó las sombras de hombres en los árboles, los disimulados golpes en las puertas, las conversaciones entusiasmadas y en voz baja: y, mientras tanto, la luz que venía del este. El lamido del agua y un crujido de remos, y, en la brisa creciente, el olor a hombres, fuerte por el sueño y la falta de comida, picante de pólvora negra y el tufo del acero.

Y, sin pensarlo, se soltó las manos del apretón de su esposa, rodó encima de ella, le apartó las enaguas de los muslos y la tomó con fuerza y rápido, compartiendo indirectamente aquel mecánico impulso de engendrar que acompañaba la presencia inminente de la muerte.

Yació sobre ella temblando, con el sudor secándose en su espalda con la brisa que entraba por la ventana, el corazón retumbando en sus oídos. Por aquél, pensó: aquel que sería el primero en caer. El pobre infeliz que tal vez ni siquiera se había follado a su esposa en la oscuridad y aprovechado la oportunidad de dejarla preñada, porque no tenía la menor idea de lo que vendría con el amanecer. Ese amanecer.

Brianna estaba inmóvil debajo de él: él percibió cómo su pecho se elevaba y bajaba y sus poderosas costillas se levantaban incluso bajo su peso.

—Tú sabes el resto —susurró.

—Bree —dijo él—, vendería mi alma al diablo por estar allí ahora.

—¡Chisss! —dijo ella, pero su mano se levantó y se posó sobre la espalda de él en lo que podría ser una bendición. Yacieron inmóviles, observando cómo la luz crecía gradualmente, manteniendo el silencio.

El silencio se interrumpió un cuarto de hora más tarde, por el sonido de unas veloces pisadas y unos golpes en la puerta. Jemmy saltó de entre sus mantas con los ojos redondos, y Roger se incorporó.

Era uno de los Beardsley, con la cara encogida y pálida bajo la luz grisácea. No le prestó atención a Roger, sino que le gritó a Brianna:

—¡Lizzie va a tener el bebé, venga rápido! —Luego salió corriendo en dirección a la Casa Grande, donde podía verse la figura de su hermano gesticulando en el porche.

Brianna se echó sus ropas por encima y salió de la cabaña como si la llevara el diablo, dejando que Roger se ocupase de Jemmy. Se reunió con su madre, igualmente desgreñada pero con un botiquín colgado del hombro, que corría hacia la estrecha senda que pasaba por el almacén y el establo y llegaba a los bosques donde se encontraba la cabaña de los Beardsley.

—Debería haber bajado la semana pasada —jadeó Claire—. Se lo dije...

—Yo también. Pero dijo... —Brianna se interrumpió. Los gemelos Beardsley las habían dejado atrás mucho antes, corriendo por el bosque como ciervos, ululando y gritando.

Sabía que Claire estaba preocupada por la malaria de Lizzie. Y, sin embargo, la sombra amarilla que con tanta frecuencia rodeaba a su antigua sierva había desaparecido durante el embarazo: Lizzie había florecido.

De todas formas. Brianna sintió un hueco de temor en el estómago cuando la cabaña de los Beardsley estuvo a la vista. Habían sacado las pieles fuera y las habían apilado alrededor de la diminuta casa formando una barricada, y el olor

le hizo tener una visión momentánea y terrible de la cabaña de los MacNeill, cargada de muerte.

Pero la puerta estaba abierta y no había moscas. Se obligó a parar por un instante, para dejar que Claire entrara primero, pero luego se apresuró... y descubrió que habían llegado demasiado tarde.

Lizzie estaba sentada sobre una enramada de pieles manchada de sangre, parpadeando con estupefacción ante un bebé ensangrentado, que la contemplaba a ella con la misma expresión.

Jo y Kezzie se abrazaban, demasiado nerviosos y temerosos para hablar. Brianna vio por el rabillo del ojo que las bocas de los gemelos se abrían y se cerraban sincopadamente.

—¡Simplemente salió! —decía Lizzie, mirando por un momento a Claire, pero luego volvió su mirada fascinada al bebé, como si esperaba que él (si, era él, según comprobó Brianna) desapareciese con la misma prontitud con que había llegado—. Anoche la espalda me dolía terriblemente, así que no podía dormir, y los muchachos se turnaban para hacerme friegas, pero no servía de nada, y luego, cuando me levanté esta mañana para ir al retrete, me salió toda el agua entre las piernas, ¡tal como usted me había dicho que sucedería, señora! —le dijo a Claire—. Entonces les dije a Jo y a Kezzie que tenían que correr a buscarlas, pero no sabía exactamente qué hacer a continuación. Entonces me puse a batir la masa para hacer tortitas de maíz para el desayuno y de pronto, sentí un impulso terrible de... de... —Se ruborizó, adquiriendo un subido color de peonía.

» Bueno, ni siquiera pude llegar al orinal. Simplemente me puse de cuclillas allí, junto a la mesa, y... *iplop!* ¡Allí estaba, en el suelo, justo debajo de mí!

Claire ya había recogido al recién llegado y estaba arrullándolo para tranquilizarlo, mientras comprobaba todo lo que se debe comprobar en los bebés recién nacidos. Lizzie había preparado una manta tejida con lana de oveja y teñida de índigo. Claire echó un vistazo a la prístina manta, luego sacó de su equipo un pedazo de franela suave y manchada. Envivió con él al bebé y se lo pasó a Brianna.

—Sostenlo un momento mientras yo me ocupo del cordón, por favor, querida. Luego podrías lavarlo un poco... aquí hay un frasco de aceite... mientras yo atiendo a Lizzie. Y vosotros —añadió con una firme mirada a los Beardsley—, salid.

El bebé se movió de repente dentro de la tela que lo cubría y Brianna tuvo un recuerdo repentino y nítido de unos miembros diminutos y sólidos que empujaban desde su interior: el líquido que se hinchaba y se movía cuando la cabeza o las nalgas presionaban, formando una curva bajo sus costillas.

—Hola, hombrecito —dijo en voz baja, acurrucándolo contra el hombro.

—¡Ohh! —Lizzie soltó un chillido de alarma cuando Claire le masajeó el

vientre, y se oyó el sonido de algo jugoso y resbaladizo.

Brianna también recordó eso nítidamente; la placenta, ese resabio resbaladizo del parto, que, al pasar por encima de los tejidos tan maltratados, era casi un alivio, y la sensación de un final tranquilo. Ya todo había terminado, y la mente aturdida comenzaba a captar el sentido de supervivencia. Se oyó un grito ahogado desde el umbral y cuando alzó la mirada vio a los Beardsley, el uno al lado del otro, con unos ojos como platos.

—¡Fuera! —ordenó en tono firme, agitando una mano en su dirección.

Los muchachos desaparecieron de inmediato, dejándola con la tarea de lavar y untar con aceite el cuerpo arrugado. Era un bebé pequeño pero rechoncho: tenía la cara redonda y los ojos muy redondos para un recién nacido; no había llorado nada, pero estaba claramente despierto y alerta; y un vientre pequeño y redondo, desde el que asomaba el muñón del cordón umbilical, morado, oscuro y recién cortado.

Su expresión de sorpresa no había cambiado; la miraba con los ojos bien abiertos, serio como un pez, aunque ella podía sentir la gran sonrisa que se dibujaba en su propia cara.

—¡Eres tan guapo! —le dijo. Él chasqueó los labios y frunció el entrecejo.— ¡Tiene hambre! —le gritó a Lizzie por encima del hombro—. ¿Estás lista?

—¿Lista? —dijo con voz ronca la chica—. Madre de Dios, ¿cómo puedes estar lista para algo así? —Lo que hizo que tanto Claire como Brianna se echaran a reír como posesas.

Aun así, Lizzie extendió los brazos para coger el bullo envuelto en azul y lo acercó a su pecho con expresión insegura. Después de unos momentos de torpes movimientos y gruñidos por parte del bebé, por fin se consiguió establecer un contacto adecuado, haciendo que Lizzie lanzara un breve chillido de sorpresa, y que todas suspiraran con alivio.

Brianna cobró conciencia de que un rato antes había comenzado una conversación en el exterior, un murmullo de voces masculinas.

—Supongo que ya puedes dejarlos pasar. Luego pon la plancha en el fuego, por favor. —Claire, mirando con una expresión radiante a madre e hijo, estaba batiendo la masa abandonada.

Brianna asomó la cabeza por la puerta de la cabaña y encontró a Jo, Kezzie, su propio padre, Roger y Jemmy, un poco alejados y apiñados. Todos alzaron la mirada cuando ella apareció, con expresiones que iban de un orgullo algo vergonzoso a la emoción pura y simple.

—¡Mamá! ¡El bebé está allí! —Jemmy se acercó a la carrera.

—Sí. Puedes pasar a verlo, pero debes guardar silencio. Él acaba de llegar y no debes asustarlo, ¿de acuerdo?

—¿Él? —preguntó uno de los Beardsley, excitado—. ¿Es un varón?

—¡Te lo dije! —exclamó su hermano, codeándolo en las costillas—. ¡Te dije

que le había visto una pequeña polla!

—No se dicen palabras como ésa delante de las damas —le informó Jem con severidad—. ¡Y mamá ha dicho que guardéis silencio!

—Oh —exclamaron los gemelos Beardsley, avergonzados—. Oh, sí, claro.

Avanzando con una exagerada cautela, los gemelos caminaron de puntillas hasta la cabaña, seguidos de Jem, con la mano de Jamie en el hombro, y de Roger.

—¿Lizzie se encuentra bien? —preguntó él en voz baja.

—Un poco abrumada, creo, pero bien.

Lizzie, de hecho, se había sentado en la cama, con su suave pelo dorado peinado y resplandeciente en torno a sus hombros, mirando con una brillante expresión de felicidad a Jo y a Kezzie, quienes se arrodillaron al lado de la cama sonriendo como simios.

—Que Brígida y Columba te bendigan, joven mujer —dijo Jamie formalmente en gaélico, haciendo una reverencia—, y que el amor de Cristo siempre te acompañe en la maternidad. Que la leche surja de tus pechos como agua de las rocas y que descansas segura en los brazos de tu... —tosió brevemente, mirando a los Beardsley— marido.

—Si no se puede decir «polla», ¿por qué sí se puede decir «pechos»? —preguntó Jemmy, interesado.

—No se puede, a menos que se trate de una plegaria —le informó su padre—. El abuelo estaba bendiciendo a Lizzie.

—Oh, ¿hay alguna plegaria con la palabra «polla»?

—Estoy seguro —respondió Roger—, pero no las puedes decir en voz alta. ¿Por qué no vas a ayudar a la abuela con el desayuno?

La plancha de hierro chisporroteaba por la grasa, y el delicioso aroma de la masa recién hecha llenó la habitación cuando Claire comenzó a echar cucharadas sobre el metal caliente.

Jamie y Roger, que ya habían presentado sus respetos a Lizzie, se hicieron a un lado para que la pequeña familia tuviera un poco de intimidad, aunque la cabaña era tan pequeña que casi no había espacio para todos.

—Eres tan hermosa —susurró Jo, o tal vez Kezzie, rozándole el pelo con un admirado dedo índice—. Tienes el aspecto de la luna nueva, Lizzie.

—¿Te dolió mucho, cariño? —murmuró Kezzie, o posiblemente Jo, acariciándole la base de la mano.

—No demasiado —respondió ella, acariciando la mano de Kezzie; luego levantó la palma para posarla sobre la mejilla de Jo—. Mirad. ¿No es la criatura más bonita que habéis visto? —El bebé había mamado hasta saciarse y se había quedado dormido.

Los gemelos lanzaron idénticos sonidos de admiración, y miraron con los ojos bien abiertos a... bueno, ¿de qué otra manera llamarlo?, pensó Brianna... al hijo

de ambos.

—¡Oh, qué deditos tan pequeños! —jadeó Kezzie, o Jo, tocando el minúsculo puño rosado con un sucio dedo índice.

—¿Está todo entero? —preguntó Jo, o Kezzie—. ¿Te has fijado?

—Sí —lo tranquilizó Lizzie—. Ten... ¿quieres cogerlo? —Sin esperar a que él asintiera, ella le puso el bulto en los brazos. Fuera cual fuese el gemelo, éste adoptó una expresión de emoción y terror al mismo tiempo, y dirigió una apremiante mirada a su hermano para que lo ayudara.

Brianna, disfrutando de la escena, sintió que Roger se le acercaba.

—¿No son un primor? —susurró, buscando su mano.

—Oh, sí —dijo él, con una sonrisa—. Dan ganas de tener otro, ¿no?

Era un comentario inocente; Brianna se dio cuenta de que él no lo había dicho con ninguna intención especial, aunque él mismo captó las resonancias de lo que había dicho al mismo tiempo que ella y tosió.

—Toma... es para Lizzie. —Claire le entregó a Jem un plato de fragantes tortitas, bañadas de manteca y miel—. ¿Alguien más tiene hambre?

La estampida general como respuesta a este comentario le permitió a Brianna ocultar sus sentimientos, pero éstos seguían allí.

Sí, ella quería otro bebé, pensó contemplando la espalda de Roger. En el instante en que cogió al niño recién nacido, lo deseó con un anhelo de la carne que superaba al hambre y la sed. Y le habría encantado echarle a él la culpa de que aquello aún no hubiese ocurrido.

Hadía hecho falta hacer un gran esfuerzo de fe para que ella dejara a un lado sus semillas de dauco, aquellas frágiles bolitas de protección. Pero lo había hecho. Y nada. En los últimos tiempos, había pensado con inquietud sobre lo que Ian le había contado respecto de su esposa y sus esfuerzos por concebir. Era cierto que ella no había sufrido ningún aborto espontáneo. Pero la parte que él le había contado respecto de que sus relaciones se habían vuelto más mecánicas y desesperadas, eso sí comenzaba a cernirse como un espectro a lo lejos. Las cosas aún no estaban tan mal, pero, cada vez con más frecuencia, ella se volvía en brazos de Roger, pensando: « ¿Ahora? ¿Será esta vez? ». Pero nunca ocurría.

Los gemelos estaban cada vez más cómodos con su retoño, con sus oscuras cabezas juntas, recorriendo la regordeta silueta de sus rasgos adormilados y preguntándose en voz alta a quién se parecía más, entre otras bobadas.

Lizzie, por su parte, devoraba su segundo plato de tortitas de maíz, acompañadas de salchichas. El olor era maravilloso, pero Brianna no tenía hambre.

Qué bueno que lo supieran con seguridad, se dijo para sus adentros, observando cómo a Roger le llegaba el turno de coger al bebé y sus facciones oscuras y delgadas se suavizaban. Si todavía quedara alguna duda de que Jemmy fuera hijo de Roger, se culparía a sí mismo como lo había hecho Ian, como si

algo anduviera mal con él. Pero en realidad...

—¿Acaso le había pasado algo a ella?, se preguntó con inquietud. —El parto de Jemmy le había hecho algún daño?

En ese momento Jamie estaba sosteniendo al recién nacido, sonriéndole con esa mirada de dulce cariño tan poco común en los hombres, y por ello tan enternecedora. Sintió el fuerte deseo de ver esa misma mirada en la cara de Roger, sosteniendo a su propio bebé recién nacido.

—Señor Fraser. —Lizzie hizo a un lado el plato vacío y se inclinó hacia adelante, mirando a Jamie con una expresión firme—. Mi padre. —¿Él... lo sabe?

—No pudo evitar echar una mirada al umbral vacío detrás de él.

Jamie pareció desconcertado por un momento.

—Ah —dijo, y le pasó el bebé con cuidado a Roger, aprovechando la pausa para pensar en alguna manera menos dolorosa de expresar la verdad.

—Sí, sabe que el bebé iba a nacer ya —dijo lentamente—. Yo se lo dije.

Pero no había acudido. Lizzie apretó los labios y una sombra de infelicidad cruzó el brillo de luna nueva de su rostro.

—¿Sería mejor que nosotros... que yo... fuera a decírselo, señor? —preguntó con vacilación uno de los gemelos—. Que el niño ya ha nacido, quiero decir, y... que Lizzie se encuentra bien.

Jamie titubeó, claramente inseguro. El señor Wemyss no había mencionado a su hija, a sus yernos o a su teórico nieto desde los enredos que rodearon las múltiples bodas de Lizzie. Pero ahora que el nieto era una realidad...

—Más allá de lo que él crea correcto —dijo Claire con una ligera turbación en el rostro—, sin duda querrá saber que se encuentran bien.

—Oh, sí —admitió Jamie—. Sólo que no estoy del todo seguro de si deberían ser Jo o Kezzie quienes se lo dijeran.

Los hermanos intercambiaron una prolongada mirada.

—Sí, señor —dijo uno de ellos con firmeza—. El bebé es nuestro, pero también es su sangre. Eso es un vínculo entre nosotros y él lo sabe.

—No queremos que esté enfadado con Lizzie, señor —añadió su hermano con una voz más suave—. A ella le duele. —¿No le parece que el bebé podría... facilitar las cosas?

El rostro de Jamie no delataba otra cosa que un cuidadoso análisis de la cuestión que tenía entre manos, pero Brianna vio que le dirigía una rápida mirada a Roger. Estaba claro que no había olvidado lo áspera que había sido su primera reacción ante Roger, pero el hecho de que éste reclamara a Jem era lo que había establecido el primer —y frágil— eslabón en la cadena de aceptación, que, según le parecía a ella, ahora unía a Roger al corazón de Jamie casi tanto como ella.

—Sí, de acuerdo —asintió Jamie, todavía a regañadientes. Ella se dio cuenta de lo mucho que a él le molestaba tener que meterse en ese asunto—. Id a

decírselo. Pero ¡sólo uno de vosotros! Y si él decide venir, que el otro se mantenga bien lejos de su vista, ¡está claro?

—Oh, sí, señor —le aseguraron ambos al unísono. Jo, o Kezzie, miró el bulto y, titubeando, extendió los brazos—. ¿Debería...?

—No, no lo hagas. —Lizzie estaba sentada muy erguida, sosteniéndose con los brazos para que sus partes pudendas no tuvieran que cargar con todo su peso —. Dile que nos encontramos bien. Aunque, si quiere ver al niño... tendrá que venir aquí, y será bien recibido. Pero si no quiere poner un pie en mi casa... bueno, entonces no se le permitirá ver a su nieto. Díselo —repitió, recostándose sobre las almohadas—. Ahora dadme a mi hijo. —Extendió los brazos y aferró al bebé dormido, cerrando los ojos ante cualquier posible discusión.

La hermandad universal de los hombres

Brianna levantó la tela encerada que cubría uno de los grandes recipientes de barro cocido y olfateó, disfrutando del olor a moho y tierra. Revolvió la pálida mezcla con un palo, sacándolo periódicamente para evaluar la textura de la pulpa que goteaba de él.

Un día más y ya estaría lo bastante disuelta como para prensarla. Barajó la posibilidad de añadir un poco más de la solución diluida de ácido sulfúrico, pero finalmente decidió no hacerlo y, en cambio, buscó en el cuenco que estaba a su lado, lleno de los pétalos de cornejo y flores de árbol de Judas que Jemmy y Aidan habían recolectado. Esparcio un puñado sobre la grisácea pulpa, la revolvió para integrarlos a ella y luego volvió a tapar el recipiente. Al día siguiente ya no serían más que unos trazos débiles, pero visibles como sombras en las hojas de papel terminadas.

—Siempre me habían dicho que los molinos de papel apestaban. —Roger se abrió paso entre los arbustos—. Tal vez usen otra cosa en la fabricación.

—Agradece que no estoy curtiendo cuero —repuso ella—, Ian dice que las mujeres indias usan zurullos de perro para eso.

—Lo mismo hacen las curtidurías europeas; sólo que a ese material lo llaman «puro».

—Puro qué?

—Puro zurullo de perro, supongo —dijo él—. ¿Cómo va esto?

Se acercó y miró la pequeña fábrica de papel: una docena de grandes recipientes de barro cocido, cada uno lleno de restos de papel usado, retazos de seda y algodón, fibras de lino, la suave médula de las cañas de juncos, y cualquier otra cosa que podría haber encontrado y que le pareció útil, cortados en tiras o aplastados con un molinillo de mano. Había preparado un pequeño filtro y ubicado uno de los caños rotos de agua como recipiente de goteo, para disponer de un suministro de agua; un poco más allá, había construido una plataforma de piedra y madera, en la que se ubicaban las pantallas de seda enmarcada donde prensaba la pulpa.

Había una polilla muerta flotando en el cuenco siguiente. Roger extendió la mano para sacarla, pero ella se lo impidió con un gesto.

—Los bichos se ahogan ahí todo el tiempo, pero si son de cuerpo blando, no hay problema. Con el suficiente ácido sulfúrico —añadió—, se integran en la pulpa: polillas, mariposas, hormigas, mosquitos, crisopos... Las alas son lo único que no se disuelve del todo. Los crisopos quedan bastante bonitos mezclados en el

papel, pero las cucarachas no. —Sacó una de un cuenco y la tiró a los arbustos, luego agregó un poco más de agua y revolvió la mezcla.

—No me sorprende. Pisé una esta mañana; quedó aplastada, pero luego volvió a levantarse y se alejó. —Roger hizo una pausa.

Brianna se dio cuenta de que quería preguntarle algo, y lanzó un canturreo interrogativo para alentarlo.

—Sólo me preguntaba si te molestaría llevar a Jem a la Casa Grande después de cenar. Incluso pasar la noche allí vosotros dos.

Ella lo miró, asombrada.

—¿Qué estás tramando? ¿Una despedida de soltero para Gordon Lindsay? —Gordon, un tímido muchacho de unos diecisiete años, estaba prometido a una muchacha cuáquera de Woolam's Mill; había pasado a visitar a Roger y a Brianna el día anterior para el *thig*, ritual que consistía en pedir algunos elementos de la casa como preparativo para la boda.

—Nada de chicas medio desnudas saliendo de una tarta —le aseguró él—. Pero, sin duda, es sólo para hombres. Es la primera reunión de la Logia del Cerro de Fraser.

—Logia... ¿Qué? ¿Francmasones? —Ella entornó los ojos y lo miró con expresión dubitativa, pero él asintió.

—Terreno neutral —le explicó—. No quise proponer que las reuniones se celebraran ni en la Casa Grande ni en el hogar de Tom Christie, para no favorecer a ningún bando, podría decirse.

—De acuerdo. Pero ¿por qué francmasones? —Brianna no sabía nada sobre la masonería, salvo que era una especie de sociedad secreta en la que no estaba permitida la entrada a los católicos.

Le mencionó a Roger este punto en particular y él se echó a reír.

—Es cierto —dijo—. El papa prohibió la masonería hace cuarenta años.

—¿Por qué? ¿Qué tiene el papa contra los masones?

—Es una organización bastante poderosa, a la que pertenecen una buena cantidad de hombres influyentes; además, ha atravesado fronteras. Supongo que la verdadera preocupación del papa tiene que ver con competencia y cuestiones de poder, aunque, si lo recuerdo bien, la razón manifiesta era que la francmasonería se parecía demasiado a una religión. Oh, y que adoran al diablo.

—Rió—. ¿Sabías que tu padre creó una logia en Ardsuir, cuando estaba en la cárcel?

—Tal vez él lo mencionara: no lo recuerdo.

—Yo le comenté la cuestión de los católicos. Me lanzó una de sus miradas y dijo: «Sí, bueno, el papa no estaba en la prisión de Ardsuir, y yo sí».

—Sueno razonable —dijo ella, divertida—. Pero, en cualquier caso, yo no soy el papa. ¿Te dije por qué? Papá, quiero decir, no el papa.

—Claro... como forma de unir a los católicos y protestantes que estaban

encerrados juntos. Uno de los principios de la francmasonería es que es una hermandad universal de los hombres, ¿sabes? Y otro es que no se habla de religión ni de política en la logia.

—¿Ah, no? ¿Y qué se hace en la logia, entonces?

—No puedo decírtelo. Pero no adoran al diablo.

Ella lo miró alzando las cejas, y él se encogió de hombros.

—No puedo —repitió—. Cuando te unes, juras que no hablarás fuera de la logia de lo que se hace dentro de ella.

Ella quedó un poco molesta por ese comentario pero no le dio importancia y, en cambio, reanudó su tarea y añadió un poco de agua a un cuenco. Parecía como si alguien hubiera vomitado en él, pensó ella con ojo crítico, y buscó el frasco de ácido.

—A mí me suena como que hay gato encerrado —comentó—. ¿No hay gestos secretos o cosas así?

—No digo que no haya algunos aspectos teatrales. Tiene un origen más o menos medieval y mantiene bastante de los rituales originales; son muy parecidos a la Iglesia católica en ese punto.

—Entiendo —dijo ella, levantando un cuenco de pulpa que ya estaba listo—. De acuerdo. ¿De modo que a papá se le ha ocurrido iniciar una logia aquí?

—No, se me ha ocurrido a mí. —Su voz había perdido el tono de humor—. Necesito encontrar una manera de crear un terreno común, Bree. Las mujeres ya lo tienen: las esposas de los pescadores cosen, hilan y tejen junto a las otras, y si en privado piensan que tú o tu madre o la señora Bug sois herejes condenadas al infierno, o condenadas whigs, no parece que eso pueda cambiar mucho las cosas. Pero con los hombres es distinto.

Ella pensó en comentar algo respecto de la relativa inteligencia y sentido común de ambos sexos, pero se limitó a asentir. Además, era evidente que él no tenía la menor idea de los cotilleos que tenían lugar en los círculos de costura.

—Mantén firme esta pantalla, por favor.

Él, obediente, cogió el marco de madera y tensó los bordes de los finos alambres que lo atravesaban, siguiendo sus indicaciones.

—Entonces —dijo Bree, aplicando con una cucharada la gruesa pasta de la pulpa en la seda—, ¿quieres que prepare té y pastas para tu fiesta de esta noche?

Se lo dijo con ironía, y él le sonrió desde el otro lado de la pantalla.

—Estaría bien, sí.

—¡Estaba bromeando!

—Yo no. —Seguía sonriendo, pero con una total seriedad en sus ojos, y ella se dio cuenta de pronto que no se trataba de un capricho. Con un vuelco pequeño y extraño del corazón, vio a su padre allí.

Uno había conocido el cuidado de otros hombres desde sus primeros años, como parte de la obligación que conllevaba su derecho de nacimiento; el otro

había llegado a ello más tarde, pero ambos sentían que esa carga era voluntad de Dios, y de eso ella no tenía ninguna duda; ambos aceptaban aquella obligación sin preguntas, estaban dispuestos a cumplirla o a morir en el intento. Ella sólo podía esperar que no fuera necesario llegar a ese punto, para ninguno de los dos.

—Dame uno de tus pelos —dijo bajando la mirada para ocultar sus sentimientos.

—¿Para qué? —le preguntó él, pero aun así se arrancó un cabello de la cabeza.

—Para el papel. La pulpa no debería ser más gruesa que un pelo.

Brianna dispuso el pelo negro en el borde de la pantalla de seda, luego extendió el cremoso líquido para que fuera cada vez más delgado y fluyera alrededor del cabello pero no lo cubriera. El pelo flotó junto al líquido, una sinuosa línea oscura a través del blanco, como la diminuta grieta en la superficie de su corazón.

Alarmas

L'OIGNON-INTELLIGENCER

ANUNCIO DE MATRIMONIO. El NEW BERN INTELLIGENCER, fundado por Jno. Robinson, ha cesado su publicación con motivo de la deportación de su fundador a Gran Bretaña, pero aseguramos a sus clientes que este periódico no desaparecerá del todo, puesto que sus instalaciones, materiales y listas de suscripción han sido adquiridos por los propietarios del estimado, popular y prominente periódico ONION. La nueva publicación, muy mejorada y ampliada, aparecerá, de ahora en adelante, con el nombre de L'OIGNON-INTELLIGENCER, de distribución semanal, con suplementos adicionales si los acontecimientos así lo requirieran, suministrado al modesto precio de un penique...

*Al señor James Fraser y señora
 Cerro de Fraser, Carolina del Norte,
 Del señor Fergus Fraser y señora,
 Thorpe Street, New Bern*

Querido padre y mamá Claire:

Os escribo para haceros saber de los más recientes cambios de nuestra suerte. El señor Robinson, que era el dueño del otro periódico de la ciudad, se vio de pronto deportado a Gran Bretaña. Literalmente deportado, puesto que personas desconocidas, disfrazadas de salvajes, invadieron su taller durante las primeras horas de la mañana, lo arrancaron de la cama, lo llevaron de prisa al muelle y una vez allí lo arrojaron a bordo de un barco, vestido tan sólo con su camisa de dormir y una gorra.

El capitán soltó amarras de inmediato y emprendió la partida, dejando a la ciudad en medio de un escándalo, como podréis imaginar.

De todas maneras, un día después de la repentina partida del señor Robinson, nos visitaron dos personas separadamente (no puedo escribir sus nombres por discreción). Uno de ellos era un miembro del comité de seguridad local, que, como todo el mundo sabe, estuvo detrás de la expulsión del señor Robinson, aunque nadie lo diga. Sus palabras eran amables, aunque no tanto sus modales. Deseaba, según manifestó,

asegurarse de que Fergus no compartiera los sentimientos voluntariamente desatinados tantas veces expresados por el señor Robinson, respecto a acontecimientos y asuntos recientes.

Fergus le dijo con una expresión inmutable que él no compartiría ni una copa de vino con el señor Robinson (lo que sería imposible, teniendo en cuenta que el señor Robinson es metodista y se opone a la bebida), y el caballero entendió que eso significaba lo que él deseaba, por lo que se marchó satisfecho y le dio a Fergus una cartera con dinero.

A continuación se presentó otro caballero, gordo y muy importante en los asuntos de la ciudad, y miembro del Concejo Real, aunque yo no lo supe en el momento. Su propósito era el mismo: o, mejor dicho, el opuesto, ya que deseaba averiguar si Fergus estaba inclinado a adquirir las propiedades del señor Robinson, para continuar así su trabajo en nombre del rey, que consistía en la publicación de algunas cartas y la supresión de otras.

Fergus le dijo a este caballero, con una actitud de lo más solemne, que siempre había encontrado mucho que admirar en el señor Robinson (principalmente su caballo, que es gris y muy afable, y las curiosas hebillas de sus zapatos), pero añadió que apenas disponíamos de medios para comprar tinta y papel, de modo que temía que tendríamos que resignarnos a que el taller del señor Robinson cayera en manos de alguna persona sin mucha sensatez en cuestiones políticas.

Yo, por mi parte, estaba aterrorizada, un estado que no mejoró cuando el caballero soltó una carcajada y extrajo una gorda cartera de su bolsillo, al tiempo que comentaba que no hay que «hundir el barco porque le falte un poco de brea». Aquello, al parecer, le resultó de lo más gracioso, y empezó a reír de una manera completamente descontrolada, luego le dio unas palmaditas en la cabeza a Henri-Christian y se marchó.

De modo que nuestras perspectivas se han ampliado y al mismo tiempo se han vuelto alarmantes. Yo casi no puedo dormir; pensando en el futuro, pero Fergus está tan animado que no puedo lamentarlo.

Rezad por nosotros, como nosotros siempre rezamos por vosotros, mis queridos padres.

Vuestra obediente hija que os quiere,

Marsali

—Le has enseñado bien —comenté.

—Es evidente. —Jamie parecía un poco pensativo—. No te preocupes, Sassenach. Fergus tiene algo de talento para este juego.

—No es un juego —dije con tal vehemencia que él me miró, sorprendido—.

No lo es —repetí, un poco más calmada.

Él me miró enarcando las cejas; a continuación extrajo un pequeño manojo de papeles del desorden de su escritorio y me los entregó.

WATERTOWN, MIÉRCOLES, CERCA DE LAS DIEZ DE LA MAÑANA

A todos los amigos de la libertad americana, que sepan que esta mañana, antes del amanecer, una brigada formada por unos mil o mil doscientos hombres desembarcó en la granja de Phip, en Cambridge, y marchó rumbo a Lexington, donde encontraron una compañía de nuestra milicia colonial en armas, sobre la que dispararon sin provocación alguna y mataron a seis hombres e hirieron a otros cuatro. Por un mensaje rápido de Boston, sabemos que otra brigada ha salido de esa ciudad supuestamente con mil hombres. El portador del mensaje, Israel Bissell, ha recibido el encargo de dar la alarma en todo el país hasta Connecticut, y se pide a todas las personas que le suministren caballos descansados según sea menester. Yo he hablado con varias personas que han visto a los muertos y heridos. Ojalá los delegados de esta colonia en Connecticut puedan ver esto.

J. Palmer, miembro del Comité de Seguridad.

Saben que el coronel Foster de Brookfield es uno de los delegados.

Bajo este mensaje había una lista de firmas, aunque la mayoría con la misma caligrafía. La primera decía «Copia fidedigna tomada del original por orden del Comité de Correspondencia de Worcester. 19 de abril de 1775. Certificado, Nathan Baldwin, actuario de la ciudad». Todas las demás estaban precedidas por afirmaciones similares.

—Maldición —dije—. Es la Alarma de Lexington. —Miré a Jamie con los ojos bien abiertos—. ¿Dónde la conseguiste?

—La trajo uno de los hombres del coronel Ashe. —Rebuscó entre las hojas hasta llegar a la última, y señaló la firma de John Ashe—. ¿Qué es la Alarma de Lexington?

—Eso. —Miré la carta con fascinación—. Después de la batalla de Lexington, el general Palmer, general de la milicia, escribió esto y lo mandó por todo el país con un jinete rápido, para dar testimonio de lo que había ocurrido; para notificar a las milicias cercanas que la guerra había empezado.

» En todas partes, los hombres hicieron copias, las firmaron para certificar que eran fidedignas y enviaron el mensaje a otras ciudades y aldeas: probablemente se hicieron cientos de copias en ese momento, y sobrevivieron

unas cuantas. Frank tenía una que alguien le había mandado como regalo. La había enmarcado y estaba colgada en el vestíbulo de nuestra casa de Boston.

En ese momento me recorrió un estremecimiento extraordinario, y me di cuenta de que esa carta familiar que estaba mirando había sido escrita, en realidad, hacía tan sólo una o dos semanas, no doscientos años antes.

Jamie también parecía un poco pálido.

—Esto... es lo que Brianna me dijo que sucedería —dijo con un tono maravillado en la voz—. El 19 de abril, un combate en Lexington: el principio de la guerra. —Me miró directamente y vi que tenía los ojos oscuros y que en ellos había una combinación de temor y emoción—. Os creí, Sassenach, de veras —dijo—. Pero...

No terminó la frase, sino que se sentó y buscó su pluma. Con una lenta deliberación, añadió su firma al pie de la página.

—Hazme una copia en limpio, Sassenach —pidió—. La haré circular.

El mundo al revés

Los hombres del coronel Ashe también habían hecho correr la voz de que se celebraría un congreso en el condado de Mecklenburg a mediados de mayo, con la intención de declarar oficialmente la independencia del condado del rey de Inglaterra.

Consciente del hecho de que no pocos de los líderes de lo que de pronto se había convertido en «la rebelión» todavía lo veían con sospecha, a pesar del categórico apoyo de John Ashe y de algunos otros amigos, Jamie decidió asistir al congreso y manifestar abiertamente su apoyo a la medida.

Roger, casi incapaz de disimular su excitación ante su primera oportunidad de ser testigo de la historia, lo acompañaría.

Pero pocos días antes de la fecha fijada para la partida, la atención de todos se desvió hacia el presente más inmediato: la totalidad de la familia Christie se presentó de improviso poco después del desayuno.

Algo había ocurrido; Allan Christie estaba sonrojado por la agitación, Tom estaba lúgubre y gris como un lobo viejo. Era evidente que Malva había llorado, y su cara alternaba entre el rojo y el blanco. La saludé, pero ella apartó la mirada, con los labios temblorosos, cuando Jamie los invitó a pasar a su estudio y les indicó con un gesto que se sentaran.

—¿Qué ocurre, Tom?

Tom Christie tenía la boca tan apretada que apenas podía vérsela en las profundidades de su barba meticulosamente recortada.

—Mi hija va a tener un niño —dijo bruscamente.

—¿Oh? —Jamie dirigió una mirada a Malva, que estaba de pie, con la cabeza tocada con un gorro e inclinada, contemplando sus manos entrelazadas, y luego me miró a mí—. Bueno... al parecer, últimamente esto es algo bastante habitual —dijo, y sonrió con amabilidad, en un intento de aliviar a los Christie.

Por mi parte, yo no estaba muy sorprendida por la novedad, aunque sí preocupada. Malva siempre había atraído la atención de una buena cantidad de jóvenes, y si bien tanto su hermano como su padre habían vigilado para impedir cualquier cortejo abierto, la única forma de apartarla del todo de los jóvenes habría sido encerrarla en una mazmorra.

Me pregunté quién habría sido el pretendiente exitoso. ¿Obadiah Henderson? ¿Bobby, quizás? ¿Uno de los hermanos McMurchie? Esperé, por el amor de Dios, que no fueran los dos. Todos ellos, y unos cuantos más, habían manifestado su admiración por la chica de una manera bastante evidente.

Tom Christie recibió el intento de Jamie de quitarle hierro al asunto con un silencio pétreo, aunque Allan trató, torpemente, de sonreír. Estaba casi tan pálido como su hermana.

Jamie tosió.

—Bueno, muy bien. ¿Y de qué modo podría yo ayudarlos, Tom?

—Ella dice —comenzó Christie hosamente, lanzando una penetrante mirada a su hija— que no va a darnos el nombre del padre, salvo en su presencia. —Miró de nuevo a Jamie, con un profundo desagrado.

—¿En mi presencia? —Jamie volvió a toser, evidentemente avergonzado por lo que eso implicaba: que Malva pensaba que sus parientes varones los molerían a palos a ella o a su amante, a menos que la presencia del terrateniente los contuviera. Por mi parte, yo pensaba que ese temor en particular era probablemente justificado, y miré a Tom Christie con los ojos entornados. ¿Acaso ya había tratado, y había fracasado, de arrancarle la verdad a golpes?

Pero Malva no parecía tener intención de divulgar el nombre del padre de su hijo, a pesar de la presencia de Jamie. Se limitaba a retorcer la tela de su delantal entre los dedos, una y otra vez, con los ojos fijos en las manos.

Me aclaré la garganta con delicadeza.

—¿De cuánto... eh... de cuánto estás, querida? —pregunté.

No respondió directamente, sino que apretó ambas manos, temblando, contra el delantal de modo que el redondo bulto de su embarazo se volvió visible de pronto, liso y con la forma de un melón, sorprendentemente grande. Seis meses, quizás; quedé sorprendida. Estaba claro que había esperado todo lo posible para contárselo a su padre; y lo había ocultado bien.

El silencio era mucho más que incómodo. Allan se agitó en su banqueta, y se inclinó hacia adelante para murmurarle a su hermana algo tranquilizador.

—Todo saldrá bien, Mallie —susurró—. Pero tienes que decirlo.

Al oírla ella tragó una gran bocanada de aire y levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, y muy abiertos por el temor.

—Oh, señor —dijo, pero se detuvo.

A esas alturas Jamie parecía casi tan incómodo como los Christie, pero hizo cuanto pudo para mantener su tono amable.

—¿Noquieres decírmelo, muchacha? —dijo, con la mayor delicadeza posible—. Te prometo que no sufrirás ningún daño.

Tom Christie dejó escapar un gruñido de irritación, y Malva se puso muy pálida, sus ojos fijos en Jamie.

—Oh, señor —dijo, y su voz era clara como una campana, tañendo con el reproche—. Oh, señor, ¿cómo puede decirme eso, cuando usted sabe la verdad tanto como yo? —Antes de que nadie pudiera reaccionar, se volvió hacia su padre y, levantando una mano, señaló directamente a Jamie.

—Ha sido él —declaró.

Nunca me he sentido tan agradecida por algo en la vida como por el hecho de estar mirando la cara de Jamie cuando Malva pronunció esas palabras. Él no había sido advertido previamente, no había tenido posibilidad de controlar sus facciones, y no lo hizo. Su cara no exhibía ni enfado ni temor, ni negación ni sorpresa; nada excepto la expresión vacía y boquiabierta de la incomprensión más absoluta.

—¿Qué? —dijo, y parpadeó una vez. Luego se dio cuenta de todo—. ¡¿Qué?! —añadió, en un tono que debería haber hecho que aquella mujerzuela mentirosa cayera de culo.

En ese momento fue ella la que parpadeó y bajó los ojos, la imagen misma de la virtud mancillada. Se volvió, como si fuera incapaz de soportar esa mirada, y tendió una mano trémula hacia mí.

—Lo siento tanto, señora Fraser —susurró, con lágrimas en los ojos—. Él... nosotros... no queríamos herirla.

Lo observé todo con interés desde algún lugar fuera de mi cuerpo, cuando mi brazo se levantó y se echó hacia atrás, y tuve una sensación de vaga aprobación cuando mi mano golpeó su mejilla con la fuerza suficiente como para hacerla tambalearse hacia atrás, tropezar con un taburete y caer, lo que provocó que las enaguas se le subieran hasta la cintura y que sus piernas, con medias de lana, asomaran absurdamente en el aire.

—Me temo que no puedo decir lo mismo —repuse. Ni siquiera había pensado decir nada, y me sorprendió oír esas palabras en mi boca.

De pronto volví a mi cuerpo. Me sentía como si mi corsé se hubiera apretado durante mi momentánea ausencia; las costillas me dolían por el esfuerzo necesario para respirar. Los líquidos fluían en todas direcciones; sangre y linfa, sudor y lágrimas; si hubiera conseguido respirar, mi piel habría cedido y habría dejado que todo manara hacia afuera.

No tenía huesos. Pero sí voluntad. Eso fue lo único que me mantuvo en pie y me hizo salir por la puerta. No vi el pasillo ni me di cuenta de que había abierto de un empujón la puerta principal de la casa; lo único que vi fue un repentino estallido de luz y un borrón verde en el umbral, y de pronto comencé a correr, como si todos los demonios me pisaran los talones.

De hecho, no me seguía nadie. Y sin embargo corrí, saliendo del sendero para internarme en el bosque, con los pies deslizándose sobre las capas de agujas de pino y los surcos entre las piedras, casi cayendo por la cuesta de la colina, rebotando dolorosamente contra troncos caídos, clavándome espinas y arbustos.

Llegué sin aliento a los pies de una colina y me encontré en una hondonada protegida por el imponente verde negruzco de los rododendros. Hice una pausa, jadeando para recuperar el aliento, luego me dejé caer al suelo. Sentí que me balanceaba y me solté, terminando boca arriba entre las polvorrientas capas de las hojas del laurel de la montaña.

Un débil pensamiento resonó en mi mente, bajo el sonido de mis jadeos: « Los culpables huyen a donde ningún hombre los sigue». Pero estaba claro que yo no era culpable. Tampoco Jamie; lo sabía. Lo sabía.

Pero Malva estaba embarazada. Alguien era culpable.

Tenía los ojos borrosos de correr y la luz del sol se fragmentaba en las fracturadas y franjas de color: azul oscuro, azul claro, blanco y gris, mientras el cielo nublado y la ladera de la montaña giraban sin cesar en lo alto.

Parpadeé con fuerza y las lágrimas, desprotegidas, surcaron mis sienes.

—Mierda, mierda, maldita mierda —dije en voz muy baja—. ¿Y ahora qué?

Jamie se inclinó sin pensarla, agarró a la muchacha de los codos y la incorporó sin ceremonias. Una de sus mejillas tenía una mancha carmesí donde Claire la había golpeado, y, por un momento, él sintió el fuerte impulso de hacer lo mismo en la otra mejilla.

Sin embargo, no tuvo la oportunidad de reprimir ese deseo ni de ejecutarlo: una mano lo agarró del hombro para obligarlo a girar, y fue sólo el reflejo lo que lo hizo echarse a un lado mientras el puño de Allan Christie pasaba muy cerca del costado de su cabeza, acertándole dolorosamente en la punta de la oreja. Empujó al joven con fuerza con ambas manos, luego lo enganchó con la suela a la altura del tobillo cuando tropezó, y Allan cayó de espaldas con un ruido que hizo temblar la habitación.

Jamie retrocedió, llevándose una mano a la oreja dolorida, y miró con furia a Tom Christie, que estaba de pie, observándolo como la esposa de Lot.

La mano libre de Jamie estaba apretada en un puño y él la alzó un poco, a modo de invitación. Los ojos de Christie se entornaron un poco más, pero no hizo ningún movimiento en dirección a Jamie.

—Levántate —le ordenó a su hijo—. Y no uses los puños. Ahora no es necesario.

—¿No? —gritó el muchacho, poniéndose en pie—. ¡Ha convertido a tu hija en una puta! ¿Y dejarás que se salga con la suya? ¡Bueno, tú puedes actuar como un cobarde, anciano, pero yo no!

Se abalanzó sobre Jamie, con los ojos llenos de furia y las manos apuntando hacia la garganta. Éste se hizo a un lado, depositó todo su peso sobre una sola pierna, y le atizó un cruel gancho de izquierda al joven en el hígado, hundiéndole el estómago hasta la columna vertebral, lo que lo hizo doblarse sobre sí mismo con un *juf!* Allan lo miró desde abajo, con la boca abierta y los ojos en blanco, luego cayó sobre sus rodillas, abriendo y cerrando la boca como un pez.

Habría sido cómico en otras circunstancias, pero Jamie no tenía ánimo para reír. No perdió más tiempo en ninguno de los hombres, sino que se volvió hacia Malva.

—¿Qué maldad estás tramando, *nighean na galladh*? —le dijo. Era un insulto

serio, Tom Christie entendió su significado, gaélico o no; Jamie pudo ver de reojo que Christie se ponía rígido.

La chica, por su parte, estaba bañada en lágrimas, y estalló en más sollozos al oírlo.

—¿Cómo puede hablarme así? ¿Cómo puede ser tan cruel?

—Oh, por el amor de Dios —dijo él, irritado—. Siéntate, pequeña necia, y oigamos la verdad de lo que estás tramando. ¿Señor Christie? —Miró a Tom, señaló otro taburete y se dirigió hacia su propia silla, sin prestar atención a Allan, que se había derrumbado en el suelo y estaba agarrándose el vientre.

—¿Señor? —La señora Bug estaba en el umbral, con los ojos muy abiertos bajo el gorro—. ¿Necesita usted... algo, señor? —preguntó, mirando sin disimulo a Malva, que tenía el rostro colorado y estaba sollozando en su banqueta, y a Allan, blanco y jadeando en el suelo.

Jamie supuso que le vendría bien un trago fuerte —o tal vez dos—, pero eso tendría que esperar.

—Se lo agradezco, señora Bug. Pero no. Esperaremos.

Levantó los dedos para que se marchase y ella desapareció de su vista a regañadientes. Pero él supo que no había ido muy lejos; sólo había salido por la puerta y estaba oculta al otro lado, escuchando.

Jamie se frotó la cara con una mano, preguntándose qué les ocurría últimamente a las jovencitas. Tal vez se habían vuelto lunáticas.

Por otra parte, estaba claro que la pequeña zorra había tonteado con alguien; con el delantal levantado como lo tenía, se veía claramente al bebé, un bulbo duro y redondo como una calabaza bajo sus finas enaguas.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó a Christie, señalando a la chica con la cabeza.

—Seis meses —respondió Christie, y se hundió en el taburete. Estaba más irritado de lo que Jamie lo había visto nunca, pero no había perdido el control.

—Fue cuando el brote de enfermedad, a finales del verano pasado; ¡cuando yo estaba aquí, ayudando a cuidar a su esposa! —estalló Malva, bajándose el delantal y contemplando a su padre con expresión de reproche y labios temblorosos—. ¡Y no fue sólo aquella vez! —Volvió la mirada a Jamie, con los ojos mojados y voz planidera—. ¡Dígaselo, señor, por favor! ¡Dígales la verdad!

—Ésa es mi intención —replicó él, mirándola con odio—. Y tú harás lo mismo, muchacha, te lo aseguro.

La sorpresa inicial comenzaba a desvanecerse, y si bien su sentido de irritación permanecía, Jamie estaba empezando a pensar, y furiosamente.

Ella estaba embarazada de alguien terriblemente inadecuado; hasta ahí estaba claro. Pero ¿quién? Por Dios, ojalá Claire se hubiera quedado allí; ella escuchaba los cotilleos en el cerro y sentía interés por la muchacha; sabría cuáles de los jóvenes eran los posibles candidatos. Por su parte, él casi nunca había prestado

atención a la joven Malva, salvo por el hecho de que siempre estaba rondando por allí, ayudando a Claire.

—La primera vez fue cuando su esposa estaba tan enferma que temíamos por su vida —dijo Malva—. Ya te lo he dicho, padre. No fue violación; sólo que él había perdido la cabeza por la pena, y yo también. —Pestañeó y una lágrima le surcó la mejilla—. Yo bajé de su habitación tarde una noche y lo encontré allí, sentado en la oscuridad, sufriendo. Sentí tanta pena por él... —Su voz se sacudió, ella se detuvo y tragó saliva—. Le pregunté si podía prepararle algo de comer, o tal vez algo de beber... pero él ya había bebido bastante, tenía un vaso de whisky a su lado...

—Y yo dije que no, muchas gracias, y que prefería estar solo —la interrumpió Jamie—. Tú te marchaste.

—No, no lo hice. O, en realidad, sí me lo dijo, que prefería estar solo. Pero yo no soportaba verlo tan afligido y... sé que fue muy directo e inapropiado, pero ¡sentía tanta pena por usted! —estalló, alzando la mirada y volviéndola a bajar de inmediato.

» Yo... me acerqué y lo toqué —susurró, a un volumen tan bajo que a él le costó oírla—. Le puse la mano en el hombro, como para aliviarlo. Pero entonces él se giró, me rodeó con los brazos, de repente, y me apretó contra él. Y... y, entonces... —tragó saliva audiblemente.

» Él... me tomó. Justo... allí. —El dedo gordo de uno de sus pies se extendió en su sandalia señalando delicadamente la alfombra justo delante de la mesa. Donde había, de hecho, una mancha marrón, pequeña y antigua, que podría haber sido sangre. Era sangre, efectivamente, de Jemmy, que había caído cuando, de pequeño, se había tropezado con la alfombra y se había golpeado la nariz, lo que lo había hecho sangrar.

Jamie abrió la boca para hablar, pero el asombro y la furia se lo impidieron y no logró emitir más sonido que una especie de jadeo.

—De modo que no tiene pelotas para negarlo, ¿eh? —El joven Allan había recuperado el aliento; estaba balanceándose sobre sus rodillas, con el pelo cayéndole sobre la cara, y mirándolo con furia—. Pero ¡sí tiene pelotas para hacerlo!

Jamie acalló a Allan con la mirada, pero no se molestó en responderle. En cambio, volvió su atención a Tom Christie.

—¿Está loca? —le preguntó—. ¿O es sólo astuta?

El rostro de Christie parecía tallado en piedra, salvo por las bolsas que temblaban bajo sus ojos, y los ojos mismos, inyectados en sangre y entornados.

—No está loca —dijo.

—Entonces es una mentirosa astuta. —Jamie la miró entornando los ojos—. Lo bastante astuta como para darse cuenta de que nadie creería una historia de violación.

Ella abrió la boca, horrorizada.

—Oh, no, señor —dijo, y sacudió la cabeza—. ¡Jamás diría una cosa así de usted, jamás! —Tragó saliva y levantó tímidamente los ojos, para que se encontraran con los suyos, hinchados por llorar, pero de un suave gris de paloma, cándidos e inocentes—. Usted necesitaba consuelo —añadió con voz suave pero clara—. Yo se lo di.

Él se apretó el puente de la nariz con el pulgar y el dedo índice, esperando que la sensación lo despertara de aquella pesadilla. Pero cuando eso no ocurrió, suspiró y miró a Tom Christie.

—Malva lleva el hijo de alguien, que no soy yo —dijo sin rodeos—. ¿Quién pudo ser?

—¡Fue usted! —protestó la muchacha—. ¡No hay nadie más!

Los ojos de Christie se deslizaron con vacilación hacia su hija, luego volvieron a encontrar los de Jamie. Eran del mismo gris de paloma, pero jamás habían poseído ningún rastro de candidez o inocencia.

—No sé de nadie —dijo. Respiró hondo y tensó sus fornidos hombros—. Ella ha dicho que no ocurrió sólo aquella vez. Que usted la tomó una docena de veces o más. —Su voz era casi descolorida, pero no por falta de sentimiento; en realidad, el efecto se debía al fuerte control que estaba ejerciendo sobre esos sentimientos.

—Entonces ella mintió una docena de veces o más —replicó Jamie, controlando su propia voz tanto como Christie.

—¡Sabe que eso no es cierto! Su esposa me cree —repuso Malva, y un tono acerado impregnó su voz. Se llevó una mano a la mejilla, donde el color casi había desaparecido, pero donde todavía podía verse con claridad, en lívido contraste, la huella de los dedos de Claire.

—Mi esposa es una mujer muy sensata —dijo él con frialdad, pero al mismo tiempo cobró conciencia de que la mención de Claire lo preocupaba.

Cualquier mujer se habría conmocionado por una acusación semejante y habría huido, pero él deseaba que ella se hubiera quedado. Su presencia, negando cualquier comportamiento inapropiado por parte de él y rebatiendo personalmente las mentiras de Malva, le habría sido de gran ayuda.

—¿Sí? —El color vívido había desaparecido del todo de la cara de la muchacha, y ella había dejado de llorar—. Bueno, yo también soy sensata, señor. Lo bastante como para probar lo que he dicho.

—¿Ah, sí? —replicó él con escepticismo—. ¿Cómo?

—He visto las cicatrices en su cuerpo desnudo; puedo describirlas.

Esa declaración los paralizó a todos; hubo un momento de silencio, interrumpido por un gruñido de satisfacción de Allan Christie. El muchacho se incorporó con una desagradable sonrisa en el rostro.

—¿Y bien? —dijo—. No tiene respuesta para eso, ¿verdad?

Hacía bastante que la irritación había dejado lugar a una furia monstruosa. Pero, debajo de eso, había un hilo delgado de algo que Jamie no quería llamar —aún no— miedo.

—Yo no exibo mis cicatrices —dijo—; sin embargo, hay varias personas que las han visto. Y tampoco me he acostado con ninguna de ellas.

—Sí, a veces algunos hablan de las cicatrices de su espalda —contestó Malva—. Y todos conocen ésa tan fea que tiene en la pierna y que se hizo en Culloden. Pero ¿qué hay de la que tiene en las costillas, con forma de media luna? ¿O de la pequeña en la nalga izquierda? No está del todo en el centro... sino un poco más abajo, hacia afuera. Del tamaño de un cuarto de penique. —No sonrió, pero algo parecido al triunfo brilló en sus ojos.

—Yo no tengo... —comenzó a decir él, pero se detuvo, aturrido. Por Dios, sí la tenía. Le había picado una araña, en las Indias, y la herida había supurado durante una semana, le había provocado un absceso, que luego había reventado, para su gran alivio. Una vez se curó, jamás había vuelto a pensar en ella, pero era cierto que estaba allí.

Demasiado tarde. Todos vieron la expresión de su rostro.

Tom Christie cerró los ojos, con la mandíbula moviéndose bajo la barba. Allan volvió a gruñir de satisfacción, y cruzó los brazos.

—¿Quiere demostrarnos que Malva se equivoca? —preguntó sarcásticamente. ¡Bájese los pantalones y deje que le veamos el trasero, entonces!

Con un gran esfuerzo, Jamie logró no decirle a Allan Christie lo que podía hacer él con su propio trasero. Respiró lenta y largamente, con la esperanza de que cuando volviera a soltar el aire se le hubiera ocurrido alguna idea útil.

Pero eso no sucedió. Tom Christie abrió los ojos con un suspiro.

—Bueno, pues —dijo con voz inexpresiva—. Supongo que no tiene intención de dejar a su esposa y casarse con ella, ¿verdad?

—¡Jamás haría algo semejante!

—Entonces haremos un contrato. —Christie se frotó la cara con la mano y sus hombros se encorvaron de cansancio y disgusto—. Manutención para ella y el bebé. Reconocimiento formal de los derechos del hijo como uno de sus herederos. Usted puede decidir, supongo, si desea quedárselo para que lo eduque su esposa, pero eso...

—Largo. —Jamie se levantó lentamente y se inclinó hacia adelante, con las manos sobre la mesa y los ojos clavados en los de Christie—. Coja a su hija y salga ahora mismo de mi casa.

Christie dejó de hablar y lo miró con las cejas oscurecidas. La muchacha estaba sollozando de nuevo, con la cabeza baja. Jamie tuvo la extraña sensación de que el tiempo se había detenido de alguna manera; quedarían todos atrapados allí para siempre, él y Christie mirándose como perros, incapaz de desviar los

ojos pero sabiendo que la habitación se había desvanecido bajo sus pies, y que ambos colgaban suspendidos sobre un abismo terrible, en el interminable momento anterior a la caída.

Fue Allan Christie quien rompió el hechizo, por supuesto. El movimiento de la mano del joven bajando hacia su cuchillo liberó la mirada de Jamie de la de Christie, y sus dedos se tensaron, clavándose en la madera de la mesa. Un instante antes, se había sentido incorpóreo; ahora la sangre le martilleaba en las sienes y palpitaba por sus miembros mientras sus músculos temblaban con la imperiosa necesidad de hacerle daño a Allan Christie. Y retorcerle el pescuezo a su hermana para hacerla callar, también.

La cara de Allan estaba negra de furia, pero tuvo la sensatez suficiente —apenas, pensó Jamie— de no sacar el cuchillo.

—Nada me gustaría más, hombrecito, que arrancarte la cabeza y ponértela en las manos para que juegues con ella —le dijo en voz baja—. Marchaos ahora mismo, antes de que lo haga.

El joven Christie se pasó la lengua por los labios y se puso tenso, con los nudillos blancos sobre la empuñadura; pero sus ojos vacilaron. Miró a su padre, que estaba inmóvil como una piedra, con una expresión triste y muy erguido.

Christie se incorporó lentamente y agitó la cabeza de pronto. Agarró a Malva del brazo, la levantó del taburete y, empujándola delante de él, la hizo avanzar, sollozando y tropezando, hacia la salida.

Allan los siguió, aprovechando la ocasión para pasar tan cerca de Jamie al salir que éste pudo percibir el hedor del muchacho, cargado de furia. El joven Christie le lanzó una sola mirada de furia por encima del hombro, con la mano todavía en el cuchillo... pero siguió caminando. Su paso por el vestíbulo hizo temblar las tablas del suelo bajo los pies de Jamie, y luego oyó el pesado golpe de la puerta.

En ese momento bajó la mirada, vagamente sorprendido al encontrar la gastada superficie de la mesa y sus propias manos todavía aferrándola, como si hubieran crecido allí. Se irguió y sus dedos se curvaron, haciendo que las rígidas articulaciones le dolieran al cerrarlos en un puño. Estaba empapado en sudor.

Unas pisadas más ligeras llegaron por el pasillo y la señora Bug entró con una bandeja. La depositó delante de él, le hizo una reverencia y salió. La única copa de cristal que él tenía estaba en ella, así como la jarra que contenía el whisky de buena calidad.

La luz se posó sobre la jarra y el líquido de su interior resplandeció como un crisoberilo. Tocó el cristal con delicadeza, en reconocimiento de la lealtad de la señora Bug, pero eso tendría que esperar. El diablo andaba suelto por el mundo y seguramente tendrían que pasar por un verdadero infierno. Antes de hacer cualquier otra cosa, debía encontrar a Claire.

Después de un rato, las nubes que se amontonaban se convirtieron en nubarrones de tormenta, y una fría brisa sopló por encima de la parte alta de la hondonada, sacudiendo los laureles con un crujido como de huesos secos. Lentamente, me incorporé y comencé a subir.

No tenía ningún rumbo fijo en mente; no me importaba, en realidad, si me mojaba o no. Sólo sabía que no podía volver a casa. Finalmente, me encontré con la senda que daba al manantial Blanco, justo cuando la lluvia empezaba a caer. Unas gruesas gotas salpicaron las hojas de hierba carmín y cardos. Y los abetos y los pinos soltaron un aliento largamente contenido en un aromático suspiro.

El tamborileo de las gotas sobre hojas y ramas estaba puntuado por los golpes amortiguados de gotas más pesadas que se hundían profundamente en la tierra blanda; la lluvia había traído granizo, y de pronto unas partículas minúsculas y blancas de hielo rebotaron como locas en las agujas de los pinos, llenando mi rostro y mi cuello con un frío punzante.

Entonces corrí y me refugí bajo las inclinadas ramas de un pino de Canadá que sobresalía por encima del manantial. El granizo caía sobre el agua y la hacía bailar, pero se derretía con el impacto y desaparecía de inmediato en la oscura superficie. Me quedé sentada, inmóvil, con los brazos en las rodillas para protegerme contra el frío, tiritando.

«Casi podrías entenderlo —dijo la parte de mi mente que había comenzado a hablar en algún momento del trayecto—. Todos creían que estabas agonizando... incluida tú. Sabes lo que ocurre... lo has visto». Gente bajo el terrible peso de la pena, lidiando con la presencia de una muerte abrumadora... Si que lo había visto. Era una búsqueda natural de consuelo; un intento de esconderse, de negar la frialdad de la muerte reconfortándose en el simple calor del contacto corporal.

—Pero él no lo hizo —dije tozudamente y en voz alta—. Si lo hubiera hecho, y se tratara de eso, podría perdonarlo. Pero, maldición, ¡no lo hizo!

Mi subconsciente se aplacó ante esta certeza, pero pude sentir unas corrientes subterráneas que se agitaban; no eran sospechas, nada lo bastante fuerte como para llamarlo dudas. Sólo unas observaciones pequeñas y frías que asomaban la cabeza por encima de la superficie de mi propia fuente oscura como pequeños sapos.

«Eres una mujer anciana. Mira cómo asoman las venas en tus manos. La carne se te ha desprendido de los huesos; tienes los pechos hundidos. Si él estuviera desesperado, en necesidad de consuelo... Podría rechazarla, pero jamás podría apartarse de un hijo de su sangre».

Cerré los ojos y reprimí una creciente sensación de náusea. El granizo había pasado, seguido por una fuerte lluvia, y un vapor frío empezó a subir desde el suelo, elevándose en volutas y desapareciendo en el aguacero.

—¡No! —dije en voz alta—. ¡No!

Me sentía como si hubiera tragado varias piedras grandes. No era sólo la idea de que Jamie pudiera haberlo hecho, sino de que Malva, sin duda alguna, me había traicionado. Me había traicionado si era cierto, y todavía más si no lo era.

Mi aprendiz. Mi hija del corazón.

Estaba protegida de la lluvia, pero el aire estaba cargado de agua; mis ropas se humedecieron y las sentía pesadas sobre mí, pegajosas contra la piel. A través de la lluvia, divisé la gran piedra blanca que asomaba al principio del manantial y que le daba su nombre. En ese lugar Jamie había derramado su sangre en sacrificio, y la había hecho caer sobre aquella roca, pidiendo la ayuda del familiar al que había masacrado. Y en ese lugar había yacido Fergus y se había abierto las venas, desesperado por su hijo, y su sangre había florecido oscuramente en el agua muda.

Entonces empecé a darme cuenta de para qué había ido allí. Era un lugar donde encontrarse con uno mismo y hallar la verdad.

La lluvia pasó y las nubes se abrieron. Lentamente, la luz empezó a desvanecerse.

Ya casi había oscurecido cuando él vino. No oí sus pisadas en la senda embarrada. Él apareció de pronto, al borde del claro.

Se quedó de pie, buscando; vi cómo su cabeza se levantaba al verme, y entonces avanzó dando zancadas alrededor del estanque y se inclinó bajo las ramas caídas de mi refugio. Supe que había estado fuera durante bastante tiempo; tenía el abrigo mojado y la tela de la camisa pegada al cuello por la lluvia y el sudor. Había traído una capa, doblada bajo el brazo; la desplegó y me cubrió los hombros con ella. Yo lo dejé hacer.

Luego se sentó cerca de mí, abrazándose las rodillas, y contempló el agua del manantial. La luz había alcanzado ese punto de belleza que tiene lugar justo antes de que todo color se desvanezca, y sus cejas se enarcaron sobre los sólidos promontorios de su frente, cada uno de ellos distingüible como los pelos más cortos y más oscuros de su incipiente barba.

Respiró larga y profundamente, como si hubiera estado caminando durante largo rato, y se enjugó una gota de humedad que le chorreaba de la punta de la nariz. Una o dos veces, respiró algo menos hondo, como si fuera a decir algo, pero no lo hizo.

Los pájaros habían salido un rato después de la lluvia. Ahora estaban dirigiéndose a sus lugares de descanso, trinando suavemente en los árboles.

—Realmente espero que tengas planeado decir algo —dije por fin—. Porque si no lo haces, es probable que empiece a gritar y tal vez no pueda parar.

Hizo un sonido entre la diversión y la desesperación, y hundió la cara en las palmas de las manos. Permaneció así durante un momento, luego se frotó la cara con fuerza y se incorporó, suspirando.

—Todo el tiempo que he estado buscándote, Sassenach, he estado pensando qué debía decirte cuando te encontrara. He pensado en una cosa y en otra, y... no parecía haber nada que pudiera decirte. —Sonaba indefenso.

—¿Cómo puede ser? —repliqué con un claro filo en la voz—. A mí se me ocurrirían bastantes cosas que decir, creo.

—¿Qué? ¿Decirte que lo lamento?... Eso no estaría bien. Sí que lo lamento, pero decirlo... parecería como si hubiera hecho algo que tuviera que lamentar, y eso no es así. Pensé en empezar de una manera que tal vez pudiera hacerte pensar que... —Me miró. Yo mantenía un control férreo tanto de mi expresión como de mis emociones, pero él me conocía muy bien. En el instante en que había dicho «lo lamento», el estómago se me había hundido hasta los pies.

—No hay nada que pueda decir que no suene como si tratara de defenderme o excusarme —añadió en voz baja—. Y no voy a hacer eso.

Dejé escapar un leve gemido, como si alguien me hubiera golpeado en el estómago, y él me lanzó una mirada de furia.

—¡No pienso hacerlo! —aseguró con ferocidad—. No hay forma de negar semejante acusación que no huele a culpabilidad. Y nada que pueda decirte que no suene como una disculpa por... por... bueno, no pienso pedir disculpas por algo que no he hecho, y si lo hiciera, dudarías aún más de mí.

Yo comenzaba a respirar un poco mejor.

—No pareces tener mucha fe en mi confianza en ti.

Me miró con recelo.

—Si no tuviera mucha fe en eso, Sassenach, no estaría aquí.

Me observó durante un momento, luego extendió la mano y tocó la mía. Mis dedos se volvieron de inmediato y se curvaron para encontrarse con los suyos, y nuestras manos se entrelazaron con fuerza.

Respiró profundamente, casi un sollozo, y sus hombros, rígidos dentro del abrigo empapado, se relajaron, de inmediato.

—¿No pensaste que era cierto? —preguntó—. Te fuiste corriendo.

—Fue una impresión grande —dije. Y pensé, vagamente, que si me hubiera quedado tal vez habría matado a Malva.

—Sí, es cierto —dijo él con aspereza—. Supongo que yo también habría salido corriendo... si hubiera podido.

Una pequeña punzada de remordimiento se sumaba a la sobrecarga de emociones; suponía que mi apresurada partida no podía haber ayudado a la situación. Él, sin embargo, no me lo reprochó, sino que se limitó a volver a preguntar:

—No creiste que era cierto, ¿verdad?

—No lo creo.

—No lo crees. —Sus ojos hurgaron en los míos—. Pero ¿sí lo creíste?

—No. —Me arrebujé en la capa—. No lo creí. Pero no sabía por qué.

—Y ahora si lo sabes.

Tomé un aliento profundo y lo solté; luego me volví para enfrentarme a él directamente.

—Jamie Fraser —dije con mucho cuidado—, si tú pudieras hacer una cosa como ésa, y no me refiero a yacer con una mujer, sino a hacerlo y luego mentirme a mí al respecto, entonces todo lo que he hecho y todo lo que he sido, toda mi vida, habría sido una mentira. Y no estoy preparada para admitir algo así.

Eso lo sorprendió; ya casi estábamos a oscuras, pero lo vi enarcar las cejas.

—¿A qué te refieres, Sassenach?

Señalé con una mano la senda, donde la casa yacía invisible más arriba, luego hice un gesto en dirección al manantial.

—Yo no pertenezco a este sitio —dijo en voz baja—. Brianna, Roger... no pertenecen a este sitio, Jemmy no debería estar aquí; debería estar mirando dibujos animados por la televisión, dibujando coches y aviones con lápices de colores; no aprendiendo a disparar una arma tan grande como él y sacarle las entrañas a un ciervo.

Levanté la cara y cerré los ojos, sintiendo cómo la humedad se deslizaba sobre mi piel y caía pesadamente sobre mis pestañas.

—Pero aquí estamos, todos nosotros. Y estamos aquí porque yo te amaba, más que la vida que era mía. Porque creía que tú me amabas de la misma manera.

Respiré hondo para que no me temblara la voz.

—¿Me dirás que eso no es cierto?

—No —dijo él, con una voz tan baja que apenas pude oírlo—. No, jamás te diré eso. Nunca, Claire.

—Bueno —dije, y sentí que el nerviosismo, la furia y el temor de la tarde salían de mí como si fueran agua. Descansé la cabeza sobre su hombro y respiré la lluvia y el sudor de su piel. Su olor era agrio y acre, con el almizcle del temor y la rabia contenida.

Ya todo estaba totalmente oscuro. Pude oír unos sonidos en la distancia; era la señora Bug, que llamaba a Arch, y la voz quebrada y anciana de él respondiéndole. Un murciélagos se agitó cerca, mudo.

—¿Claire? —dijo Jamie en voz baja.

—¿Hum?

—Tengo que decirte algo.

Sentí que me helaba. Después de un momento, me aparté cuidadosamente de él y me enderecé.

—No hagas eso —dije—. Me hace sentir como si me hubieran golpeado en el estómago.

—Lo lamento.

Me envolví con los brazos, tratando de tragar la sensación de náusea.

—Dijiste que no empezarías diciendo que lo lamentabas, porque parecería que tienes algo que lamentar.

—Es cierto —dijo, y suspiró.

Sentí el movimiento entre nosotros cuando los dos dedos rígidos de su mano derecha tamboilearon contra su pierna.

—No hay ninguna buena manera de decirle a la esposa de uno que uno se ha acostado con otra —dijo por fin—. No importa cuáles sean las circunstancias. Simplemente, no la hay.

De pronto me sentí mareada, y que me faltaba el aliento. Cerré los ojos un momento. Él no se refería a Malva; eso lo había dejado bien claro.

—¿Quién? —dije con la voz más firme que pude—. ¿Y cuándo?

—Cuando tú... cuando tú te habías... ido, claro.

—¿Quién? —dije.

—Sólo una vez —dijo—. Es decir, yo no tenía la menor intención de...

—¿Quién?

—Por Dios. Lo último que quería hacer es disgustarte, Sassenach... Pero yo no quería ofender a la pobre mujer haciendo parecer que ella...

—¡¿Quién?! —rugí, agarrándole el brazo.

—¡Jesús! —exclamó él—. Mary MacNab.

—¿Quién? —volví a preguntar, esta vez sin comprender.

—Mary MacNab —repitió, y suspiró—. ¿No puedes soltarme, Sassenach? Creo que estoy sangrando.

Era cierto, mis uñas se habían clavado en su brazo con la fuerza suficiente como para penetrar en la piel. Aparté su mano y cerré las mías en puños, rodeando mi cuerpo con los brazos como forma de impedirme a mí misma estrangularlo.

—¿Quién-demonios-es-Mary-Mac-Nab? —dije entre dientes. Tenía la cara caliente, pero un sudor frío se deslizaba por mi mandíbula.

—La conoces, Sassenach. Era la esposa de Rab... el que murió cuando se quemó su casa. Tenían un hijo, Rabbie, que era mozo de cuadra en Lallybroch cuando...

—Mary MacNab. ¿Ella? —Pude oír el asombro en mi propia voz.

Sí, recordaba a Mary MacNab. Había acudido a Lallybroch para trabajar como criada después de la muerte de su desagradable esposo; una mujer pequeña y fibrosa, exhausta por el trabajo y las privaciones, que hablaba muy poco y que, en cambio, se dedicaba a sus asuntos como una sombra, casi sin que nadie la notara en el estrepitoso caos de la vida en Lallybroch.

—Casi no percibía su presencia —dije, tratando, y fallando, de recordar si había estado allí en mi última visita—. Pero supongo que tú sí, ¿verdad?

—No —dijo, y suspiró—. No como tú estás pensando, Sassenach.

—No me llames así —repliqué, con una voz que sonaba grave y venenosa incluso para mis oídos.

Él emitió un sonido gutural típico escocés con la garganta.

—Mira, fue la noche antes de entregarme a los ingleses...

—¡Nunca me contaste eso!

—¿Nunca te conté qué? —Parecía confundido.

—Que te entregaste a los ingleses. Pensábamos que te habían capturado.

—Es cierto —dijo brevemente—. Pero por un arreglo, por el precio de mi cabeza. —Hizo un gesto con la mano—. No tiene importancia.

—Podrían haberte colgado!

—No, no es así. Tú me lo dijiste, Sass... eh. De todas formas, en realidad no me habría importado, si lo hubiesen hecho.

No tenía idea de qué había querido decir con eso, pero a mí no me importaba en ese momento.

—Olvídate de eso —dije ásperamente—. Quiero saber...

—Sobre Mary. Sí, lo sé. —Se pasó la mano por el pelo—. Sí, bueno. Ella acudió a mí la noche antes de que yo... me fuera. Yo estaba en la cueva, ¿sabes?, cerca de Lallybroch, y ella me trajo la cena. Y luego... se quedó.

Me mordí la lengua, para no interrumpirlo.

—Traté de que se fuera —continuó por fin—. Ella... bueno, lo que me dijo...

—Me miró; vi el movimiento de su cabeza—. Dijo que me había visto contigo, Claire... y que podía reconocer un amor verdadero cuando lo veía, a pesar de que ella misma no lo tenía. Y que no era su intención hacerme traicionarlo. Pero que quería darme... algo pequeño. Eso es lo que me dijo —añadió, y su voz se había vuelto ronca—. «Algo pequeño, que tal vez puedas usar». Fue... Quiero decir, no fue... —Se detuvo e hizo ese extraño movimiento característico de él, un encogerse de hombros como si la camisa le fuera pequeña—. Me dio ternura —dijo por fin—. Yo... espero haberle dado lo mismo.

Tenía la garganta y el pecho demasiado tensos como para hablar, y las lágrimas pugnaban por salir de detrás de mis ojos. De pronto recordé lo que él me había dicho sobre el Sagrado Corazón la noche en que le curé la mano a Tom Christie: «Tan necesitado, y sin nadie que quiera tocarlo». Y él había vivido en una cueva durante siete años, solo.

No había más que un palmo de espacio entre nosotros, pero parecía una brecha insalvable.

La salvé y posé mi mano sobre la suya, poniendo las puntas de mis dedos sobre sus nudillos. Respiré una, dos veces, tratando de que mi voz sonara firme, pero se quebró de todas formas.

—Le diste... ternura. Sé que lo hiciste.

Él se volvió hacia mí, repentinamente, y mi cara quedó presionada contra su abrigo, con su tela húmeda y rugosa contra mi piel, y mis lágrimas florecieron

en manchas diminutas y calientes que se desvanecieron de inmediato en el frío de la tela.

—Oh, Claire —susurró en mi oído. Extendí la mano y sentí la humedad de sus mejillas—. Ella dijo... que deseaba mantenerte con vida para mí. Y lo decía en serio; no quería quedarse con nada para sí.

Entonces lloré, sin contenerme. Por los años vacíos, anhelando el roce de una mano. Los años huecos, yaciendo junto a un hombre al que había traicionado y por quien no sentía ternura alguna. Por los terrores, las dudas y las penas del día. Lloré por él y por mí, y también por Mary MacNab, que sabía cómo era la soledad y cómo era el amor.

—Te lo habría dicho antes —susurró—. Pero aquella... fue la única vez —Se encogió un poco de hombros, indefenso—. Y no se me ocurría la manera de hacerlo. Cómo decírtelo para que lo entendieras.

Sollocé, tragué una bocanada de aire, y, por fin, me senté erguida y me enjugué la cara con un pliegue de la falda, en un gesto descuidado.

—Lo entiendo —dijo—. Sí, lo entiendo.

Y era cierto. No sólo lo de Mary MacNab y lo que ella había hecho, sino la razón por la que él me lo contaba en ese momento. No había necesidad; yo jamás me habría enterado. No había otra necesidad que la necesidad de una honestidad absoluta entre nosotros, y que yo supiera que existía.

Le había creído, respecto de Malva. Pero ahora tenía no sólo la certeza en la mente, sino paz en el corazón.

Nos sentamos juntos, cerca, los pliegues de mi capa y mi falda cayeron sobre sus piernas, y su simple presencia ya era un consuelo. En algún lugar, cerca de allí, un grillo muy prematuro comenzó a chirriar.

—Bueno, la lluvia ha pasado —dijo, prestando atención.

Él movió la cabeza e hizo un pequeño sonido de asentimiento.

—¿Qué haremos? —dijo, por fin. Mi voz sonaba serena.

—Averiguar la verdad... si puedo.

Ninguno de los dos mencionó la posibilidad de que no pudiera.

—Entonces, ¿vamos para casa?

Ya estaba demasiado oscuro para ver, pero noté su asentimiento cuando él se puso en pie y extendió una mano para ayudarme.

—Sí.

La casa estaba vacía cuando regresamos, aunque la señora Bug había dejado una bandeja cubierta de pastel de carne en la mesa, el suelo barrido y el fuego cuidadosamente apagado. Me quité la capa mojada y la colgué de la estauilla, pero luego me quedé paralizada, sin saber qué hacer, como si estuviera en la casa de un extraño, en un país cuyas costumbres no conocía.

Jamie parecía sentirse de la misma manera; aunque, después de un

momento, se agitó, bajó un candelabro del anaquel encima del hogar y encendió la vela con una brasa. El vacilante resplandor no hizo más que enfatizar la cualidad extraña y ominosa de la habitación, y él se quedó de pie durante un minuto sosteniéndolo, desorientado, antes de dejarlo con un golpe en medio de la mesa.

—¿Tienes hambre, S... Sassenach? —Había empezado a hablar por costumbre, pero levantó la mirada para asegurarse de que, una vez más, estaba autorizado a usar esa palabra. Hice lo que pude por sonreírle.

—No. ¿Tú?

Meneó la cabeza, en silencio, y apartó las manos de la bandeja. Miró a su alrededor, buscando qué más hacer, cogió un atizador y removió las brasas. Aquello arruinaría el fuego y habría que volverlo a preparar antes de acostarnos, pero no le dije nada; él ya lo sabía.

—Me siento como si hubiera habido una muerte en la familia —dije por fin—. Como si hubiese ocurrido algo terrible y estuviéramos en el momento del *shock*, antes de hacer correr la voz entre los vecinos.

Él soltó una risa leve y triste, y dejó el atizador.

—No será necesario. Antes de que amanezca todos sabrán lo que ha ocurrido.

Arrancándome por fin de mi inmovilidad, me acerqué a su lado junto al fuego. El calor atravesó de inmediato las telas mojadas; tendría que haber sido reconfortante, pero había un peso helado en mi abdomen que se negaba a derretirse. Posé una mano en su brazo, necesitada de su roce.

—Nadie lo creerá —dije.

Él puso una mano sobre la mía y sonrió un poco, con los ojos cerrados.

—Todos lo creerán. Claire —aseguró en voz baja—. Lo lamento.

El beneficio de la duda

—¡No es más que una maldita mentira!

—Pues claro, por supuesto que lo es. —Roger observó con recelo a su esposa, y tuvo la clara impresión de que era peligroso permanecer cerca de ella.

—¡Esa golfa! ¡Quisiera agarrarla y estrangularla hasta arrancarle la verdad!

—Entiendo el impulso —dijo—. Pero... creo que será mejor que no lo hagas.

—¿No hay nada que tú puedas hacer? —preguntó con furia.

—No lo sé —respondió—. Pero había pensado en ir a hablar con los Christie, por lo menos. Y si puedo estar un momento a solas con Malva, lo haré. —Pero, al pensar en su último encuentro con Malva Christie, tuvo la inquietante sensación de que no sería tan fácil disuadirla de su relato.

Brianna se sentó, mirando con el entrecejo fruncido su plato de tortitas de trigo sarraceno, y comenzó a untarlas con manteca. Su furia comenzaba a ceder ante el pensamiento racional.

—Si consigues que admita que no es cierto —dijo lentamente—, eso estaría bien. Pero si no... lo mejor que podemos hacer es averiguar quién ha estado con ella. Si algún tipo admite en público que él podría ser el padre... eso arrojaría bastantes dudas sobre su historia, por lo menos.

—Es cierto. —Roger vertió pequeñas cantidades de jarabe sobre sus propias tortitas; incluso entre tanta incertidumbre y nerviosismo, disfrutó con el olor denso y oscuro y la anticipación de una dulzura poco común—. Aunque quedarían algunos convencidos de la culpabilidad de Jamie. Toma.

—Yo la vi besando a Obadiah Henderson en el bosque —dijo Bree—. A finales del otoño pasado. Si fue él, con razón ella no quiere decirlo.

Roger la observó con curiosidad. Conocía a Obadiah, que era un tipo corpulento y tosco, pero para nada desagradable de aspecto, y tampoco estúpido. Algunas mujeres lo considerarían un partido decente; tenía quince acres, que cultivaba competentemente, y era buen cazador. Pero él jamás había visto a Brianna siquiera hablar con aquel hombre.

—¿No se te ocurre ningún otro? —preguntó ella sin dejar de fruncir el ceño.

—Bueno... Bobby Higgins —respondió, todavía receloso—. Los gemelos Beardsley le echaban el ojo cada tanto, pero, desde luego... —Tuvo la desagradable sensación de que ese interrogatorio terminaría con Brianna haciéndole prometer que iría a hacerles preguntas incómodas a todos los posibles padres, un proceso que a él le parecía tanto insensato como peligroso.

—¿Por qué? —exigió saber ella, cortando con furia su pila de tortitas—. ¿Por

qué haría algo así? ¡Mamá siempre ha sido tan amable con ella!

—Bueno, hay dos razones posibles —respondió Roger, e hizo una pausa para cerrar los ojos y así saborear mejor la manteca derretida y el jarabe de arce sobre el trigo sarraceno caliente y recién hecho—. O bien el verdadero padre es alguien con quien no quiere casarse, por el motivo que sea, o ha decidido tratar de apoderarse del dinero o las propiedades de tu padre, obligándolo a entregarle una suma para ella o para el niño.

—O ambas cosas. Quiero decir: no quiere casarse con quienquiera que sea y además quiere el dinero de papá, que, por otra parte, no tiene.

—O ambas cosas —admitió él.

Comieron en silencio durante unos minutos, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Jem había pasado la noche en la Casa Grande; después de la boda de Lizzie, Roger había sugerido que Amy McCallum sustituyera a Lizzie como criada, y desde que ella y Aidan se habían mudado, Jem pasaba cada vez más tiempo allí, a la vez que se consolaba por la pérdida de Germain con la compañía de Aidan.

—No es cierto —repitió ella, testaruda—. Papá jamás haría... —Pero él vio una duda débil en el fondo de sus ojos.

—No, no lo haría —dijo con firmeza—. Brianna... no es posible que pienses que hay algo de verdad en ello.

—¡No, claro que no! —Pero lo dijo con demasiada fuerza, demasiado categóricamente. Él dejó el tenedor y la miró de frente.

—¿Qué ocurre? ¿Sabes algo?

—Nada.

Roger dejó escapar un sonido de escepticismo y ella miró con el ceño frunciendo el charco pegajoso que había quedado en su plato.

—No —repitió ella. Pero se mordió el labio inferior y metió la punta del dedo en el charco de jarabe—. Es sólo que...

—¿Qué?

—No se trata de papá —dijo lentamente—. Y no sé nada con seguridad respecto de mi otro padre. Es sólo... que recuerdo cosas que en su momento no entendí... y ahora comprendo... —Se detuvo de repente—. Un día estaba curioseando en su cartera. No para espiallo, sino tan sólo como diversión: sacaba todas las tarjetas y las cosas y volvía a meterlas. Había una nota entre los billetes. Alguien le sugería encontrarse para almorcizar.

—Parece bastante inocente.

—Empezaba con «Querido»..., y no era la letra de mi madre.

—Ah —dijo él y, después de un momento, añadió—: ¿Cuántos años tenías?

—Once. Volvía guardar la nota y traté de borrarla de mi mente. No quería pensar en eso, y creo que jamás lo hice, desde aquel día hasta ahora. Hubo otras cosas, cosas que veía y no entendía... más que nada la forma en que estaban las

cosas entre ellos, entre mis padres... Cada tanto, pasaba algo, y yo no sabía qué, pero siempre supe que algo andaba realmente mal.

Perdió el hilo de su discurso y suspiró profundamente.

—Bree —dijo Roger con delicadeza—. Jamie es un hombre honrado, y ama profundamente a tu madre.

—Bueno, ¿sabes?, de eso se trata —dijo ella en voz baja—. Yo habría jurado que mi otro padre también lo era. Y lo hice.

No era imposible. La idea no dejaba de regresar a la mente de Roger, incomodándolo como una piedrecita en el zapato. Era cierto que Jamie Fraser era un hombre honrado, estaba muy apegado a su mujer, y se había sumido en una profunda desesperación durante la enfermedad de Claire. Roger había temido por él casi tanto como por Claire; los ojos se le habían hundido y sus mandíbulas habían adoptado una expresión lúgubre durante aquellos calientes e interminables días de la hedionda muerte, sin comer, sin dormir, apenas mantenido en pie por la voluntad.

En aquel entonces, Roger había tratado de hablarle de Dios y de la eternidad, reconciliarlo con lo que parecía inevitable, pero había sido repelido con furia y con los ojos ardientes ante la mera idea de que a Dios pudiera ocurrírselle llevarse a su esposa, seguida de una desesperación completa cuando Claire entró en un letargo muy cercano a la muerte. No era imposible que la oferta de un momentáneo consuelo físico, hecha en el vacío de la desolación, hubiera ido más lejos de lo que ambas partes habían querido.

Pero ya estaban a principios de mayo, y Malva Christie llevaba seis meses de embarazo. Lo que significaba que había adquirido ese estado en noviembre. La crisis de la enfermedad de Claire había ocurrido a finales de septiembre; Roger recordaba con nitidez el olor de los campos quemados en la habitación donde ella había despertado de lo que parecía una muerte segura, sus ojos enormes y apagados, sorprendentemente hermosa, con la cara como la de un ángel andrógino.

Correcto, de acuerdo. Ningún hombre era perfecto, y cualquier hombre podía ceder en una situación extrema... una vez. Pero no reiteradamente. Y no James Fraser. Malva Christie era una mentirosa.

Sintiéndose un poco más tranquilo, Roger avanzó por un costado del arroyo hacia la cabaña de los Christie.

«¿No hay nada que tú puedas hacer?», le había preguntado Brianna, angustiada. Muy poco, pensó, pero debía intentarlo. Era viernes; él podía —y lo haría— predicar un sermón terrible sobre los males del cotilleo, una vez llegado el domingo. Pero con lo que sabía sobre la naturaleza humana, cualquier beneficio derivado de ello probablemente sería demasiado efímero.

Más allá de eso... bueno, la logia se reuniría el miércoles por la noche. Hasta

ese momento las cosas iban bastante bien, y detestaba tener que arruinar la frágil concordia de la logia recién nacida arriesgándose a hablar de cosas desagradables en una reunión... pero si había alguna oportunidad de que aquello sirviera de algo... ¿sería provechoso alentar tanto a Jamie como a los dos Christie varones a que asistieran? De esa manera la cuestión saldría a la luz, y, por malo que fuera el asunto, el conocimiento público y abierto siempre era mejor que la purulenta maleza de los escándalos susurrados. Le parecía que Tom Christie cuidaría sus modales y se comportaría de una manera decente, pero no estaba tan seguro respecto de Allan. El hijo compartía los rasgos de su padre y su sentido de rectitud moral, pero carecía de la voluntad de hierro y el autocontrol de Tom.

A esas alturas, ya había llegado a la cabaña, que parecía vacía. Sin embargo, oyó el sonido de un hacha, el lento *cloc!* de la madera partiéndose, y rodeó la casa para ir a la parte trasera.

Era Malva, que se volvió ante su saludo, con una expresión de recelo en el rostro. Él vio que ella tenía manchas color lavanda debajo de los ojos y que su piel tenía un intenso color rosado; La saludó cordialmente.

—Si ha venido a intentar que me retracte, no lo haré —le dijo ella.

—He venido a preguntarte si querías hablar con alguien —dijo él.

Eso la sorprendió; dejó el hacha y se limpió la cara con el delantal.

—¿Hablar? —dijo lentamente, examinándolo—. ¿De qué?

—De lo que quieras. Dudo que hayas podido hablar con alguien últimamente, salvo tu padre y tu hermano... y tal vez ellos no sean capaces de escucharte justo ahora.

Una similar sonrisa mínima sobrevoló sus facciones y luego desapareció.

—No, no me escuchan —declaró—. Pero no importa; no tengo mucho que decir, ¿sabe? Soy una puta; ¿qué más se puede decir?

—Yo no creo que seas una puta —repuso Roger en voz baja.

—¿Ah, no? —Se balanceó hacia atrás sobre las suelas de sus zapatos, estudiándolo con una expresión burlona—. ¿De qué otra manera llamaría usted a una mujer que abre sus piernas para un hombre casado?

A Roger le pareció que Malva intentaba scandalizarlo con una procacidad deliberada. Y daba resultado, aunque él se cuidó de ocultarlo.

—Equivocada, tal vez. Jesús no le habló con dureza a la mujer que sí era prostituta; yo no tengo que hacerlo con alguien que no lo es.

—Si ha venido a citarme la Biblia, ahórrese el aliento y úselo para enfriar sus gachas —replicó ella, con una mirada de desagrado—. Ya he tenido más que suficiente de eso.

Eso, reflexionó él, era probablemente cierto. Tom Christie era de esa clase de personas que sabía un versículo —o diez— para cada ocasión, y si no castigaba a su hija físicamente, seguro que si lo hacía verbalmente.

Inseguro de qué decir a continuación, extendió una mano.

—Si me das el hacha, yo hago el resto.

Enarcando una ceja, ella puso el hacha en sus manos y retrocedió un paso. Él cogió un pedazo de madera y la partió limpiamente en dos; luego se agachó para recoger otro. Ella lo observó durante un momento y se sentó, lentamente, en un tocón más pequeño.

Todavía hacía frío en la montaña, a pesar de ser primavera, y a ello se sumaban los últimos alientos invernales de las altas nieves, pero el trabajo lo hizo entrar en calor. En ningún momento Roger olvidó que ella estaba allí pero mantuvo los ojos en la madera, y se dio cuenta de que sus pensamientos regresaban a la conversación previa con Bree.

De modo que Frank Randall había sido —tal vez— infiel a su esposa, en algunas ocasiones. A fuerza de ser justo, Roger no estaba seguro de que pudiera culpársele, conociendo las circunstancias del caso. Claire había desaparecido por completo, sin dejar rastro, dejando a Frank buscándola desesperadamente, lamentando su pérdida, hasta que, finalmente, había podido recomponer los pedazos de su vida y seguir adelante. Momento en el cual la esposa desaparecida reaparece, consternada, maltrecha... y embarazada de otro hombre.

Ante lo cual Frank Randall, ya fuera por un sentido de honor, de amor, o simplemente de ¿qué?, ¿curiosidad?, la acepta de regreso. Recordó el momento en que Claire les había contado la historia, y estaba claro que ella, por su parte, no quería especialmente ser aceptada. Debía de estar claro para Frank Randall también.

Entonces no era de extrañar que el escándalo y el rechazo lo hubieran desviado del camino recto en algunas ocasiones, y tampoco era de extrañar que los ecos de los conflictos ocultos entre sus padres hubiesen alcanzado a Brianna.

Y, como se dio cuenta entonces con una sensación de revelación, tampoco era de extrañar que a ella le hubiera molestado tanto su amistad con Amy McCallum.

De pronto se percató de que Malva Christie estaba llorando. En silencio, sin cubrirse la cara. Las lágrimas corrían por sus mejillas y sus hombros temblaban.

Roger dejó el hacha y se acercó a ella. Le pasó un brazo sobre los hombros, delicadamente, y acunó su cabeza tocada por un gorro, palmeándola.

—Vamos —le dijo en voz baja—. No te preocupes, ¿de acuerdo? Todo saldrá bien.

Ella meneó la cabeza y las lágrimas le surcaron el rostro.

—No es posible —susurró—. No es posible.

Además de la compasión que sentía por ella, Roger cobró conciencia de una sensación de esperanza cada vez mayor. Cualquier vacilación que pudiera tener de aprovecharse de su desesperación era muy inferior a su determinación de llegar al fondo de todo el asunto.

Pero no debía presionarla demasiado, no debía apresurarse. Ella debía confiar en él.

De modo que la palmeó, le frotó la espalda como lo hacía con Jem cuando se despertaba con pesadillas, pronunció palabras de alivio, todas sin sentido, y sintió que ella comenzaba a ceder. Cedía, pero de una manera extrañamente física, como si su carne estuviera, en cierta forma, abriendose, floreciendo lentamente bajo su roce.

Extraña y, al mismo tiempo, raramente familiar. Ya lo había sentido cada tanto con Bree, cuando se había vuelto a ella en la oscuridad, cuando ella no había tenido tiempo de pensar, sino que había respondido sólo con su cuerpo. El recuerdo físico lo sacudió, y se echó un poco hacia atrás. Tenía la intención de decirle algo a Malva, pero el sonido de una pisada lo interrumpió; alzó la mirada y se encontró con Allan Christie, que caminaba hacia él desde el bosque, con la cara como un trueno.

—¡Apártese de ella!

Roger se irguió de pronto, con el corazón batiéndole con fuerza, cuando se dio cuenta del equívoco al que podía inducir la situación.

—¿Qué pretende, acercándose como una rata detrás de un trozo de queso? —gritó Allan—. ¿Cree que como ella ya está mancillada cualquier bastardo hijo de puta puede aprovecharse?

—He venido a ofrecerle consejo —dijo Roger—. Y consuelo, si es posible.

—Oh. Sí. —Allan Christie tenía la cara enrojecida—. Consolarme con manzanas y calmarme con uvas pasas, ¿es eso? ¡Puede meterse su consuelo en el culo, MacKenzie, y su maldita polla también!

Allan tenía las manos cerradas a los costados, temblando de ira.

—No es usted mejor que su suegro... o, tal vez... —Se dirigió de pronto a Malva, que había dejado de llorar pero seguía sentada, congelada sobre su tocón—. Tal vez fuera él también. ¿Es eso, pequeña zorra? ¿Te acostaste con los dos? ¡Respondeme! —Su mano se estiró para abofetearla y Roger la cogió en un acto reflejo.

Estaba tan enfadado que casi no podía hablar. Christie era fuerte, pero Roger era más grande; le habría roto la muñeca al joven si hubiese querido. Lo que consiguió fue hundir los dedos con fuerza en el espacio entre los huesos, y le complació ver cómo los ojos de Christie casi se le salían de las órbitas, húmedos por el dolor.

—No le hables así a tu hermana —dijo—. Ni a mí. —Cambió la presión y le torció la muñeca a Christie con fuerza hacia atrás—. ¡Me oyés?

La cara de Allan se puso blanca y expulsó el aliento con un siseo. No respondió, pero consiguió asentir. Roger soltó el apretón, casi arrancándole la muñeca al joven, con una repentina sensación de repulsión.

—No quiero oír que has maltratado a tu hermana de ninguna manera. Si yo

me entero... te arrepentirás. Buenos días, señor Christie. Señorita Christie... — añadió, haciendo una breve reverencia a Malva.

Ella no respondió, sólo lo contempló con unos ojos grises como nubes de tormenta, enormes por la conmoción. El recuerdo de esos ojos acompañó a Roger mientras se alejaba del claro y se zambullía en la oscuridad del bosque, preguntándose si había mejorado las cosas o las había dejado mucho peor.

La siguiente reunión de la Logia del Cerro de Fraser tuvo lugar el miércoles. Como era habitual, Brianna fue a la Casa Grande, llevándose consigo a Jemmy y su cesta de labores, y le sorprendió encontrar a Bobby Higgins sentado a la mesa, terminando de cenar.

—¡Señorita Brianna! —Él amagó levantarse al verla, con una expresión radiante, pero ella le indicó con un gesto que volviera a su asiento.

—¡Bobby! ¡Qué alegría volver a verte! Pensábamos... bueno, pensábamos que ya no volverías.

Él asintió con expresión triste.

—Sí, tal vez sea así, al menos por un tiempo. Pero a su señoría le llegaron algunas cosas de Inglaterra y me encargó que las trajera. —Rebañó el fondo del cuenco con un pedazo de pan—. Y además... bueno, yo tenía muchos deseos de venir. Para ver a la señorita Christie, ¿sabe?

—Oh. —Brianna levantó la mirada y se encontró con la señora Bug, que puso los ojos en blanco—. Sí, Malva. Eh... ¿Está mi madre arriba, señora Bug?

—No, *a nighean*. Tuvo que ir a casa del señor MacNeill; está aquejado de pleuresía. —Apenas haciendo una pausa para recobrar el aliento, se quitó el delantal y lo colgó de su gancho, buscando la capa con la otra mano—. Debo irme, *a leannan*; Arch querrá cenar. Si necesita algo, Amy anda por aquí. —Y con la menor de las despedidas, se marchó, dejando a Bobby contemplándola desconcertado.

—¿Algo anda mal? —preguntó el chico, volviéndose hacia Brianna.

—Bueno... —Brianna se preparó para lo peor y se lo contó todo a Bobby. A medida que hablaba, el rostro dulce y joven del muchacho iba tornándose blanco y rígido a la luz del luego.

No se animó a mencionar la acusación de Malva; sólo le dijo que la chica estaba embarazada. Él ya se enteraría de la parte de Jamie, pero, desde luego, no por boca de ella.

—Ya veo, señorita. Sí... Ya veo. —Permaneció sentado un momento, contemplando el pedazo de pan que tenía en la mano. Luego lo dejó caer en el cuenco, se incorporó de pronto y corrió afuera; Brianna lo oyó vomitar en las zarzamoras al otro lado de la puerta trasera. No regresó.

Fue una larga velada. Estaba claro que su madre pasaría la noche con el señor MacNeill y su pleuresía. Amy McCallum bajó un rato, y ambas

conversaron incómodas mientras tejían, pero luego la criada huyó hacia la planta superior. Aidan y Jemmy, autorizados a quedarse levantados hasta tarde y jugar, se cansaron y se quedaron dormidos sobre el banco.

Brianna se retorció los dedos, abandonó sus labores y caminó de un lado a otro, esperando a que acabara la reunión de la logia. Quería su propia cama, su propia casa; la cocina de sus padres, por lo general tan acogedora, parecía extraña e incómoda, y ella se sentía como una forastera.

Por fin, después de mucho tiempo, Roger entró, con aspecto irritado.

—Ya estás aquí —dijo ella, aliviada—. ¿Cómo ha ido la logia? ¿Acudieron los Christie?

—No. Salió... bien, supongo. Fue un poco incómodo, por supuesto, pero tu padre la dirigió lo mejor posible, dadas las circunstancias.

Brianna hizo una mueca, imaginándoselo.

—¿Dónde está?

—Dijo que quería ir a caminar solo un rato; tal vez ir a hacer un poco de pesca nocturna. —Roger la rodeó con los brazos—. ¿Has oído el estrépito?

—¡No! ¿Qué ha ocurrido?

—Bueno, acabábamos de parlotear un poco sobre la naturaleza universal del amor fraternal, cuando se armó una trifulca cerca de tu telar. Todos se acercaron a ver de qué se trataba, y allí estaban tu primo Ian y el pequeño Bobby Higgins, rodando por el suelo y tratando de matarse entre sí.

—Oh, vaya. —Ella sintió un espasmo de culpa.

Probablemente alguien se lo había contado todo a Bobby y él había ido en busca de Jamie, se había encontrado a Ian en su lugar, y le había echado en cara las acusaciones de Malva sobre Jamie. Si se lo hubiera dicho ella misma...

—¿Qué pasó?

—Bueno, el maldito perro de Ian metió mano en el asunto, para empezar... o, mejor dicho, pata. Tu padre evitó por poco que le arrancara la garganta a Bobby, pero eso puso fin a la pelea. Entonces los sepáramos, Ian se soltó y se perdió en el bosque, con el perro a su lado. Bobby... bueno, lo limpié un poco y luego le dije que podía pasar la noche en el catre de Jemmy —declaró en tono de disculpa—. Insistió en que no podría quedarse aquí...

Miró a su alrededor la cocina en penumbra: ella ya había apagado el fuego y llevado a los niños a la cama; la sala estaba vacía, apenas iluminada por el débil resplandor del hogar.

—Lo lamento. Entonces, ¿dormirás aquí?

Ella negó enfáticamente con la cabeza.

—No, quiero ir a casa.

—Sí, de acuerdo. Ve tú, entonces: yo iré a buscar a Amy para que ponga una barra en la puerta.

—No, está bien —se apresuró a añadir Brianna—. Iré a buscarla yo. —Y

antes de que él pudiera protestar, ella echó a andar por el pasillo y subió la escalera, con la casa vacía, extraña y muda abajo.

No es el fin del mundo

Arrancando hierbajos se obtiene una buena cantidad de satisfacción. Por agotadora que pueda ser esa tarea, también va acompañada de una irrefutable sensación de triunfo, cuando sientes que la tierra cede, entregando la tozuda raíz, y ves al enemigo derrotado en tu mano.

Había llovido y la tierra estaba blanda. Arranqué y rasgué con una concentración feroz dientes de león, epilobios, brotes de rododendro, poáceas, hierba de Santa María y malva trepadora. Hice una pausa, mirando un enorme cardo con los ojos entornados, y lo arranqué del suelo con una cruel puñalada de mi cuchillo para deshierbar.

Las parras que subían por la empalizada acababan de iniciar su florecimiento primaveral, y unos brotes y hojuelas de un delicado color verde teñido de óxido caían en cascada de los fibrosos tallos. La sombra que proyectaban ofrecía refugio para unos inmensos brotes tupidos de esa maleza perniciosa que yo llamaba «herba diamantina», debido a las flores diminutas y blancas que parpadeaban como diamantes en el frondoso fondo verde. Probablemente se trataría de una especie de hinojo, pero no llegaba a formar ni un bulbo útil ni semillas comestibles; bonita, pero inútil, y, por eso mismo, la clase de planta que se extiende como un incendio sin control.

Oí un pequeño susurro y una pelota de trapo vino a descansar contra mis pies. De inmediato, la siguió el rumor de un cuerpo mucho más grande, y *Rollo* pasó a mi lado, cogiendo la pelota con desenvoltura y alejándose al trote. Alarmada, levanté la vista y vi que avanzaba hacia Ian, que había entrado en el huerto sin hacer ruido alguno.

Hizo un pequeño gesto de disculpa, pero yo me senté en cuclillas y le sonréi, haciendo un esfuerzo por apaciguar los crueles sentimientos que surgían en mi pecho.

Evidentemente no tuve mucho éxito en mi empeño, puesto que lo vi fruncir un poco el entrecejo y vacilar, mirándome a la cara.

—¿Querías algo, Ian? —pregunté con aspereza—. Si ese sabueso tuy o vuelca una de mis colmenas, lo convertiré en alfombra.

—¡*Rollo*! —Ian chasqueó los dedos y el perro saltó con elegancia sobre la fila de pañales y colmenas ubicadas en el otro extremo del huerto, trotó hasta su amo, dejó caer la pelota a sus pies, y se quedó allí, jadeando.

Ian recogió la pelota, se volvió, la lanzó a través de la verja abierta, y *Rollo* la siguió como la cola de un cometa.

—Quería preguntarte algo, tía —dijo—. Aunque puede esperar.

—No, está bien; éste es un momento tan bueno como cualquier otro. —Poniéndome de pie con incomodidad, le señalé el banquito que Jamie me había fabricado en un rincón del huerto—. ¿Y bien? —Me instalé a su lado.

—Hum. Bueno... —Se miró las manos—. Yo...

—No te has vuelto a exponer a la sífilis, ¿verdad? —le pregunté, con un nítido recuerdo de mi última entrevista con un joven en ese huerto—. Porque si es así, Ian, te juro que utilizaré la jeringa del doctor Fentiman contigo, y no lo haré con delicadeza. Tú...

—¡No, no! —se apresuró a responder—. No, desde luego que no, tía. Es sobre... sobre Malva Christie. —Se puso algo tenso al decirlo, por si yo me lanzaba sobre el cuchillo de podar, pero me limité a respirar profundamente y a soltar el aire con mucha lentitud.

—¿Qué pasa con ella? —dije, con una voz deliberadamente firme.

—Bueno... no es exactamente sobre ella, en realidad. Tiene que ver más con lo que ella dijo... sobre el tío Jamie. —Se detuvo, tragando saliva, y volvió a respirar. Como yo misma estaba tan perturbada por la situación, no me había parado a pensar en el impacto que tendría sobre los demás.

—Ian, no debes preocuparte. —Puse una mano manchada de tierra y lodo sobre su brazo, para consolarlo—. Las cosas... seguirán su curso, de alguna manera. Siempre es así.

Era cierto, lo hacían, y por lo general, con el mayor escándalo y catástrofe posible.

—Sí, supongo —dijo Ian, aunque sin convicción alguna—. Es sólo... lo que dicen sobre el tío Jamie. Incluso sus propios hombres de Ardsuir: ¡esos tipos deberían ser más sensatos! Que él podría haber... bueno, no pienso repetir nada de eso, tía... pero ¡no puedo soportarlo!

Su rostro largo y agradable estaba retorcido de infelicidad, y de pronto se me ocurrió que él podría tener sus propias dudas sobre aquel asunto.

—Ian —dije, con la mayor firmeza de la que fui capaz—. Es imposible que el hijo de Malva sea de Jamie. Lo crees, ¿verdad?

Él asintió lentamente, pero evitando mirarme a los ojos.

—Sí —dijo en voz baja, y luego tragó saliva—. Pero tía... podría ser mío.

Una abeja había aterrizado en mi brazo. La contemplé, viendo las venas de sus alas translúcidas, el polen amarillo que se había pegado a los minúsculos pelos de sus patas y abdomen, la suave pulsación de su cuerpo al respirar.

—Oh, Ian —dije, con una voz tan baja como la suya—, Ian...

Él estaba tenso como una marioneta, pero cuando hablé, parte de esa tensión salió del brazo que estaba bajo mi mano, y vi que había cerrado los ojos.

—Lo lamento, tía —susurró.

Le palmeé el brazo sin decir nada. La abeja salió volando, y deseé poder

intercambiar mi sitio con ella. Sería tan maravilloso preocuparse únicamente de la actividad de recolectar, sin pensar en otra cosa, bajo el sol.

Otra abeja aterrizó en el cuello de la camisa de Ian, y él la apartó con aire distraído.

—Bueno —dijo, tomando un profundo aliento—. ¿Qué debo hacer, tía?

Sus ojos estaban oscuros de angustia y preocupación, y algo muy parecido al miedo, me pareció.

—¿Hacer? —dije, desconcertada—. Jesús H. Roosevelt Cristo, Ian.

No había sido mi intención hacerlo sonreír, y no sonrió, pero sí pareció relajarse ligeramente.

—Sí, la he liado. Pero lo hecho hecho está, tía. ¿Cómo puedo arreglarlo?

Me froté la frente, tratando de pensar. *Rollo* había traído la pelota, la dejó caer junto a sus pies y se recostó contra su pierna, jadeando.

—Malva —dije por fin—. ¿Ella te lo dijo? Antes, quiero decir.

—¿Crees que la rechacé y que eso fue lo que la hizo acusar al tío Jamie? —Me dirigió una mirada de recelo—. Bueno, no te culparía si lo hicieras, tía, pero no. No me dijo ni una palabra sobre este asunto. Si lo hubiera hecho, me habría casado con ella de inmediato.

Una vez superado el primer obstáculo de la confesión, ya le costaba menos hablar.

—¿No se te ocurrió casarte con ella primero? —dije, con un ligero tono de amargura.

—Bueno... no —dijo, avergonzado—. No era precisamente una cuestión de... bueno, en realidad no pensé en nada, tía: estaba borracho. La primera vez, en cualquier caso —añadió.

—¿La primera...? ¿Cuántas...? No, no me lo digas. No quiero conocer los detalles escabrosos. —Lo hice callar con un gesto brusco de la mano; se me acababa de ocurrir una idea—. Bobby Higgins. ¿Fue eso lo que...?

—Sí. Fue por eso... es decir, en realidad yo no quería casarme con ella, al principio, pero, de todas formas, se lo habría pedido, después de que nosotros... pero lo fui postergando, y... —Se pasó una mano por la cara—. Bueno, yo no la quería como esposa, pero aun así no podía dejar de desearla, y sé muy bien lo que parece... pero tengo que decir la verdad, tía, y eso es todo. —Tomó una bocanada de aire y continuó—: Yo... la esperaba. En el bosque, cuando ella iba a recolectar hierbas. Ella no decía nada cuando me veía, sólo sonreía, y se levantaba un poco la falda, luego giraba de repente y salía corriendo y... Por Dios, yo la seguía como un perro tras una hembra en celo. Pero un día llegué tarde, y ella no estaba allí, donde solíamos encontrarnos. Pero la oí riendo, a lo lejos, y cuando me acerqué a ver...

Se retorció las manos con la fuerza suficiente como para dislocarse un dedo, hizo una mueca, y *Rollo* gimió suavemente.

—Digamos tan sólo que el bebé podría ser de Bobby Higgins, también —dijo, mordiendo las palabras.

De pronto me sentí agotada, como si incluso respirar fuera un esfuerzo excesivo. Me recosté contra la empalizada, sintiendo el crujido fresco de las hojas de parra contra la nuca, abanicando suavemente mis acaloradas mejillas.

Ian se inclinó hacia adelante con la cabeza entre las manos.

—¿Qué he de hacer? —preguntó por fin—. No me importaría decir que yo... que el bebé podría ser mío. Pero ¿crees que eso serviría de algo?

—No —respondí en tono lóbrego—. No, para nada. —La opinión de la gente no cambiaría en lo más mínimo; todos supondrían sencillamente que Ian mentía para salvar a su tío. Incluso si se casara con la muchacha...

—Dijiste que no querías casarte con ella, incluso antes de que supieras lo de Bobby. ¡Por qué? —le pregunté con curiosidad.

—No sé cómo explicarlo. Ella era... bueno, ella era bastante bonita, sí, y simpática, también. Pero... no lo sé, tía. Es sólo que siempre tuve la sensación, cuando yacía con ella... de que no me atrevía a quedarme dormido a su lado.

—Bueno, supongo que eso debe de ser bastante desalentador.

Pero él ya había dejado atrás ese asunto y estaba frunciendo el ceño.

—No hay manera de saber cuál de dos hombres es el padre de una criatura, ¿verdad? —preguntó—. Sólo que... si es mío, lo quiero. Me casaría con ella por el niño, sin que importara nada más. Si es mío...

Bree me había contado su historia a grandes rasgos; yo sabía lo de su esposa mohawk, Emily, y la muerte de su hija, y sentí la pequeña presencia de mi propia primera hija, Faith, que había nacido muerta, pero que siempre estaba conmigo.

—Oh, Ian —dije en voz baja, y le toqué el pelo—. Tal vez sí se podría saber, por el aspecto del bebé... pero no ahora mismo.

Él asintió y suspiró. Después de un momento, dijo:

—Si yo digo que es mío, y me caso con ella... la gente seguiría hablando, pero después de un tiempo... —Su voz fue apagándose.

Era cierto, las habladurías, finalmente, también se apagarían. Pero quedarían algunos que pensarían que Jamie era el responsable, otros que llamarían a Malva puta, mentirosa, o ambas cosas, lo que era cierto, por otra parte, pero no era nada bonito oír algo así respecto de la propia esposa. ¿Y cómo sería la vida de Ian, casado en esas circunstancias, con una mujer en quien no confiaba y que no le gustaba particularmente?

—Bueno —dije, poniéndome de pie—. No hagas nada drástico por ahora. Déjame hablar con Jamie; no te molesta que se lo diga, ¿verdad?

—Me gustaría que lo hicieras, tía. No creo que yo pudiera enfrentarme a él.

—Siguió sentado en el banco, con sus huesudos hombros encorvados. *Rollo* yacía a sus pies en el suelo, y su gran cabeza de lobo descansaba sobre los mocasines

de Ian. Conmovida, rodeé a Ian con los brazos y él apoyó su cabeza contra mí, simplemente, como un niño.

—No es el fin del mundo —dije.

El sol rozaba el borde de la montaña y el cielo ardía de rojo y dorado, con una luz que caía en deslumbrantes franjas a través de la empalizada.

—No —asintió, pero no había convicción alguna en su voz.

Declaraciones

*Charlotte, condado de Mecklenburg
20 de mayo de 1775*

Lo único que Roger no había previsto sobre el desarrollo de la Historia era la ingente cantidad de alcohol que se empleaba en ello. Pero debería haberlo hecho; si algo le había enseñado su carrera académica, era que casi todas las negociaciones que valían la pena se habían llevado a cabo en algún bar.

Los bares, las tabernas y otros establecimientos de Charlotte en los que servían bebidas estaban haciendo pingües negocios, bullendo con delegados, espectadores y adláteres; los hombres de simpatías leales a la Corona se reunían en el King's Arms, mientras que los que sostenían una posición rabiosamente opuesta frecuentaban el Blue Boar, con habituales oscilaciones entre los no alineados y los indecisos, que viraban hacia un lado y hacia el otro, recorriendo el Goose and Oyster, el bar de Thomas, el Groats, el Simon's, el Buchanan, el Mueller's y dos o tres lugares sin nombre que apenas llegaban al nivel de un bar ilegal.

Jamie los visitó todos. Y bebió en todos, compartiendo cervezas de varios tipos, blancas y negras, con o sin limonada, de caqui, y también ponche, refrescos, sidra, *brandy*, vino de ruibarbo, vino de mora, licor de cereza, sidra de peras, y otras bebidas. No todas eran alcohólicas, pero sí la gran mayoría.

Roger se limitó mayormente a la cerveza y se alegró de esa restricción cuando se topó con Davy Caldwell en la calle.

—¡Señor MacKenzie! —exclamó Caldwell, con un gesto de bienvenida—. No pensaba encontrarlo aquí, pero ¡qué bendición verlo!

—Una verdadera bendición, en efecto —dijo Roger, estrechándole la mano al ministro con un fervor cordial. Caldwell los había casado a él y a Brianna, y unos meses antes lo había examinado en la academia presbiteriana respecto de su vocación—. ¿Cómo está, señor Caldwell?

—Oh, yo, muy bien... pero ¡mi corazón sufre por el destino de mis pobres hermanos! —Caldwell meneó la cabeza, abatido, señalando con un gesto un grupo de hombres apiñados en el bar de Simón. ¿Qué saldrá de todo esto, señor MacKenzie, qué saldrá de todo esto?

Durante un perturbador instante, Roger se sintió tentado de decirle exactamente qué saldría de todo aquello. Pero se limitó a indicarle con un gesto a

Jamie —a quien un conocido había parado en la calle— que siguiera sin él, y se volvió para caminar un rato junto a Caldwell.

—¿Ha venido a la conferencia, señor Caldwell? —preguntó.

—Así es, señor MacKenzie, así es. Tengo pocas esperanzas de que mis palabras tengan el más mínimo efecto, pero es mi deber decir lo que percibo, y lo haré.

Lo que Davy Caldwell percibía era un alarmante nivel de indolencia humana, a la que echaba la culpa de la situación actual, y estaba convencido de que la irreflexiva apatía y «el estúpido interés en el bienestar personal» que exhibían los colonos tentaba y provocaba el ejercicio de medidas tiránicas por parte de la Corona y el Parlamento.

—Sin duda es algo que hay que tener en cuenta —dijo Roger, consciente de que los apasionados gestos de Caldwell llamaban un poco la atención.

—¡Que hay que tener en cuenta! —exclamó Caldwell—. Sí, desde luego; de hecho, es lo único que hay que tener en cuenta. La ignorancia, la falta de atención a las obligaciones morales y el supremo interés por el camino fácil de los haraganes y los serviles se corresponden exactamente, ¡exactamente!, con los apetitos y el cinismo de los tiranos.

Miró con furia a un hombre que se había apoyado contra la pared de una casa para tomar un breve respiro del calor del mediodía.

—¡El espíritu de Dios debe redimir a los haraganes, y llenar a los humanos de energía, afán y conciencia libertaria!

Roger se preguntaba, en realidad, si acaso Caldwell consideraría que la guerra, que iba en aumento, era resultado de la intervención divina, y llegó a la conclusión de que era muy probable. Caldwell era un pensador, pero también un acérrimo presbiteriano, y por tanto, creía en la predestinación.

—Los haraganes facilitan y alientan la opresión —explicó Caldwell con un gesto de desdén hacia una familia de hojalateros que disfrutaban de un almuerzo al aire libre en el patio de una casa—. Su propia vergüenza, su falta de espíritu, su docilidad y su sumisión se convierten en cadenas de esclavitud que ellos mismos han forjado.

—Oh, sí —dijo Roger, y tosió. Caldwell era un lamoso predicador, y bastante inclinado a mantenerse en forma—. ¿Quiere tomar algo, señor Caldwell? —Hacía un día muy caluroso, y el rostro más bien redondeado y angelical del sacerdote estaba cada vez más colorado.

Entraron en el bar de Thomas, un sitio bastante respetable, y se sentaron con jarras de cerveza de la casa, puesto que Caldwell, como la mayoría, no consideraba que la cerveza fuera de ninguna manera una «bebida», como el ron o el whisky.

Una vez a resguardo del sol, y con un trago refrescante en la mano, tanto los comentarios como el semblante de Davy Caldwell se volvieron menos

acalorados.

—Agradezco a Dios la suerte de haberme encontrado con usted, señor MacKenzie —dijo—. Le mandé una carta, pero sin duda usted debió de marcharse de su casa antes de recibirla. Deseaba informarle de una muy buena noticia: va a celebrarse un presbiterio.

Roger sintió un repentino vuelco del corazón.

—¿Cuándo? ¿Y dónde?

—En Edenton, a principios del mes próximo. El reverendo doctor McCorkle viene desde Filadelfia. Se quedará aquí un tiempo, antes de continuar viaje; se dirige a las Indias para apoyar los esfuerzos de la Iglesia en aquellos parajes. Yo, desde luego, estoy presumiendo que conozco su opinión... Le pido disculpas por ser tan directo, señor MacKenzie, pero... ¿sigue deseando ordenarse?

—Con todo mi corazón.

Caldwell lo miró con una expresión radiante.

—Me alegra mucho oír eso, mi querido amigo, mucho. Luego se lanzó a una detallada descripción del señor McCorkle, a quien había conocido en Escocia, y a especulaciones respecto de la situación de la religión en la colonia; habló con algo de respeto de los metodistas, pero consideraba que los baptistas de la Nueva Luz estaban «un poco descontrolados» en las efusiones de su culto, aunque sin duda tenían buenas intenciones, y, desde luego, una fe sincera era un avance respecto de los no creyentes, más allá de la forma que adoptara. Pero cuando llegó el momento oportuno, volvió a mencionar las circunstancias actuales.

—Ha venido usted con su suegro, ¿verdad? —preguntó—. Me pareció verlo en el camino.

—En efecto, y sí, lo ha visto usted —le aseguró Roger, rebuscando en su bolsillo una moneda. El bolsillo estaba lleno de crines de caballo enrolladas; con su experiencia académica como guía, se había preparado para evitar el aburrimiento llevando consigo los materiales necesarios para fabricar un nuevo sedal de pesca.

—Ah. —Caldwell lo miró fijamente—. He oído comentarios últimamente... ¿es cierto que se ha vuelto whig?

—Mi suegro es un firme defensor de la libertad —dijo Roger con cautela, y respiró profundamente—. Como yo. —No había tenido ocasión de decirlo en voz alta hasta ese momento, y le hizo sentir una especie de pequeña opresión, justo debajo del esternón.

—¡Ajá, muy bien! Ya lo había oido, como le he dicho... sin embargo, hay una buena cantidad de personas que dicen lo contrario: que es un tory, un leal a la Corona, como sus amigos, y que esta manifestación de apoyo al movimiento independentista no es más que una estratagema.

—Jamie Fraser es un hombre honrado —aseguró Roger—. Y honorable —añadió—. Y, hablando del rey de Roma, creo que debo ir a buscarlo.

Caldwell miró a su alrededor; había una atmósfera de intranquilidad en todas partes, hombres que pedían la cuenta y pagaban. La reunión oficial de la convención daría comienzo a las dos de la tarde, en la granja de MacIntyre. Pasaba del mediodía, y los delegados, los oradores y los espectadores comenzarían a reunirse lentamente, preparándose para una tarde de conflictos y decisiones. Roger volvió a sentir la misma opresión.

—Sí, bien. Salúdalo de mi parte, por favor... aunque tal vez yo mismo lo vea. ¡Y que el Espíritu Santo penetre en la envoltura del hábito y el letargo y eleve las conciencias de los hombres que se reúnen hoy aquí!

—Amén —dijo Roger, sonriendo a pesar de las miradas de los hombres, y no pocas mujeres, que los rodeaban.

Encontró a Jamie en el Blue Boar, en compañía de un número de hombres. Pero las conversaciones cerca de la puerta se interrumpieron cuando él se abrió paso por la sala; no a causa de su propia presencia, sino porque había algo más interesante cerca del centro.

A saber: Jamie Fraser y Neil Forbes, ambos rojos de calor, pasión y unos cuantos litros de alcoholes diversos, cabeza contra cabeza sobre una mesa, y siseando como serpientes en gaélico.

Sólo algunos de los espectadores hablaban gaélico, y estaban traduciendo de prisa los puntos más destacados del diálogo para el resto de la multitud.

El insulto en gaélico era un arte, en el que su suegro sobresalía, aunque Roger se vio obligado a admitir que el abogado no le iba a la zaga. Las traducciones hechas por los espectadores no se acercaban al nivel del original; sin embargo, todo el mundo estaba boquiabierto, y soltaban ocasionales silbidos y gritos de admiración, o risas, cuando una de las frases era especialmente punzante.

Roger no tenía ni idea de cómo se había iniciado el conflicto, pero por el momento el intercambio se centraba en la cobardía y la arrogancia; los comentarios de Jamie apuntaban a que el hecho de que Forbes dirigiese el ataque contra Fogarty Simms era un intento mezquino y cobarde de aparecer como un gran hombre al precio de la vida de un hombre indefenso mientras que el punto de vista de Forbes —que en ese momento pasó al inglés, cuando se dio cuenta de que ellos dos se habían convertido en el centro de atención de la sala— era que la presencia de Jamie en aquel lugar representaba una afrenta injustificable a aquellos que sosténían verdaderamente los ideales de libertad y justicia, puesto que todos los presentes sabían que era, en realidad, un hombre del rey, a pesar de que él, el engreído que se creía el dueño del mundo, pensaba que podía engañar a todos lo bastante como para traicionar todo el asunto; pero si, Fraser pensaba que Forbes era lo bastante estúpido como para ser embaucado por payasadas en la calle y por todas esas palabras sin sustancia Fraser tendría que pensar lo mejor.

Jamie golpeó la mesa con la mano abierta, haciéndola retumbar como un tambor, y agitando las copas. Luego se levantó y miró a Forbes con furia.

—¿Cuestiona usted mi honor, señor? —exclamó, pasando también al inglés—. Porque, si es así, mejor salgamos y resolvamos la cuestión ahora mismo.

El sudor chorreaba por la cara amplia y enrojecida de Forbes, y sus ojos brillaban de ira, pero Roger vio cómo una tardía cautela lo hacía retroceder. No había presenciado la pelea en Cross Creek, pero Ian le había contado los detalles. Lo último que Neil Forbes querría era un duelo.

—Pero ¿tiene usted honor que cuestionar, señor? —insistió Forbes, levantándose a su vez y preparándose como si fuera a dirigirse a un jurado—. Viene aquí actuando como un gran hombre, pavoneándose y exhibiéndose como un marino que llega a la costa con dinero en el bolsillo, pero ¿tenemos alguna evidencia de que sus palabras son algo más que bravuconadas? ¡Bravuconadas, he dicho, señor!

Jamie mantuvo su posición, con ambas manos sobre la mesa, examinando a Forbes con los ojos entornados. Roger había visto una vez esa expresión dirigida a sí mismo. Había sido rápidamente seguida por la clase de jaleo acostumbrado en un *pub* de Glasgow un sábado por la noche, sólo que un poco más intenso. Lo único que podía agradecerse era que evidentemente Forbes no se había enterado de la acusación de Malva, o ya habría sangre en el suelo.

Jamie se enderezó lentamente y su mano izquierda se acercó a su cintura. Se oyeron gritos sofocados y Forbes empalideció. Pero Jamie buscaba su faltriquera, no su daga, y metió la mano en el interior.

—En cuanto a eso... *señor*... —dijo en una voz que retumbó en toda la sala—. Ya he sido claro. Estoy a favor de la libertad, y con ese fin, entrego mi nombre, mi fortuna... —En ese momento sacó la mano de su faltriquera y la golpeó sobre la mesa: un pequeño monedero, dos guineas de oro y una joya—. Y sagrado honor.

La habitación quedó en silencio, todos los ojos clavados en el diamante negro. Jamie hizo una pausa que duró tres latidos, luego tomó aire.

—¿Hay algún hombre aquí que se atreva a desmentirme? —dijo. En apariencia sus palabras iban dirigidas a la habitación en general, pero sus ojos estaban fijos en Forbes. El semblante del abogado se había vuelto de un color rojo y gris moteado, como una ostra en mal estado, pero no dijo nada.

Jamie hizo otra pausa y volvió a mirar en derredor, luego cogió el monedero, el dinero y la joya, y salió por la puerta. Fuera, el reloj de la ciudad dio las dos, con dos campanadas lentes y pesadas en el aire húmedo.

L'OIGNON-INTELLIGENCER

El vigésimo día de este mes se celebró un congreso en Charlotte, compuesto por delegados del condado de Mecklenburg, con el propósito de debatir la cuestión de las relaciones actuales con Gran Bretaña.

Después de las debidas deliberaciones, se propuso y se aceptó una declaración, cuyas cláusulas se consignan a continuación:

- 1. Que cualquier persona que, directa o indirectamente, secunde o que de cualquier forma apruebe la invasión ilegal y peligrosa de nuestros derechos como lo hace Gran Bretaña es un enemigo de este condado, de América y de los derechos inherentes e inalienables del hombre.*
- 2. Nosotros, los ciudadanos del condado de Mecklenburg, disolvemos en el presente acto los vínculos políticos que nos han unido con la Madre Patria, renunciamos a toda lealtad a la Corona británica y abjuramos de toda conexión política, contrato o asociación con aquella nación, que ha pisoteado sin miramientos nuestros derechos y nuestras libertades, y que de una manera inhumana ha derramado sangre inocente de patriotas americanos en Lexington.*
- 3. Por este acto nos declaramos un pueblo libre e independiente y sostenemos que es nuestro derecho ser una asociación soberana y autogobernada, bajo el control de ningún otro poder que el de nuestro Dios y el gobierno general del congreso, y para el mantenimiento de esa independencia civil, y religiosa comprometemos solemnemente nuestra cooperación mutua, nuestras vidas, nuestras fortunas y nuestro más sagrado honor.*
- 4. Como tampoco reconocemos la existencia y el control de ninguna ley o funcionarios legales, civiles o militares, en este condado, por el presente acto, decretamos y adoptamos como regla de vida todas y cada una de nuestras anteriores leyes, a pesar de lo cual jamás podrá considerarse que la Corona británica posea algún derecho, privilegio, inmunidad o autoridad en el territorio.*
- 5. También se decreta que debe devolverse a todos y cada uno de los oficiales militares de este condado su anterior rango y autoridad siempre que se desempeñe conforme a estas regulaciones. Y que cada miembro presente de esta delegación será de ahora en adelante un funcionario civil, bajo la forma de un juez de paz, en calidad de «miembro de comité», a cargo de celebrar procedimientos y atender y decidir sobre todas las cuestiones de pleitos de acuerdo con las susodichas leyes adoptadas, con el objeto de preservar la paz, la unión y la armonía en el susodicho condado, y hacer todos los esfuerzos para difundir el amor por el país y el fuego de la libertad a lo largo y ancho de América, hasta que se establezca en esta provincia un gobierno más general y organizado. Una selección de los miembros presentes constituirá un comité de seguridad pública para el susodicho condado.*

6. Que una copia de estas resoluciones se transmita por correo expreso al presidente del Congreso Continental reunido en Filadelfia, para ser sometida ante ese organismo.

Entre las lechugas

Algún idiota —o algún niño— había dejado abierta la verja de mi huerta. Corré por el sendero, esperando que no llevara mucho tiempo así. Si había permanecido abierta toda la noche, los ciervos se habrían comido cada lechuga, cada cebolla y cada tubérculo, por no hablar de...

Di un salto y lancé un pequeño grito. Algo similar a una tachuela al rojo vivo me había picado en la nuca, y me di una bofetada en ese lugar de modo reflejo. Una descarga eléctrica en la sien hizo que lo viera todo blanco, luego borroso y acuoso, y una feroz puñalada en el codo... Abejas.

Salí dando tumbos del sendero, repentinamente consciente de que el aire estaba repleto de abejas, frenéticas y agresivas. Me abalancé hacia los arbustos, casi sin ver, por el agua que me inundaba los ojos, dándome cuenta demasiado tarde de los zumbidos graves de una colmena en guerra.

¡Un oso! ¡Maldita sea, se había colado un oso en el huerto! En la fracción de segundo entre la primera picadura y la siguiente, había podido ver uno de los panales caído de lado en la tierra, justo al otro lado de la verja, con la miel manando de él como si fueran entrañas.

Me agaché debajo de unas ramas y me abalancé sobre una parcela de hierba carmín, jadeando y maldiciendo. La picadura de la nuca me latía con ferocidad, y la de la sien ya se estaba hinchando, haciéndome sentir un tirón en el párpado de ese costado. Sentí que algo se arrastraba por mi tobillo y la espanté antes de que pudiera picarme.

Me enjugué las lágrimas, parpadeando. Unas pocas abejas pasaron por los tallos de flores amarillas que había encima de mí, agresivas como aviones de caza. Me arrastré un poco más, tratando al mismo tiempo de huir, de agitar las manos alrededor del pelo, y de sacudirme la falda, por temor de que hubiera más abejas atrapadas en la tela.

—Por todos los demonios... condenado oso... Maldita sea...

El impulso más fuerte era salir corriendo a gritos y agitando las faldas, con la esperanza de asustar al oso. Pero un impulso de autopreservación, igualmente fuerte, lo superó.

Logré ponerme en pie y, manteniéndome agachada por si aparecían más abejas furiosas, me lancé entre los arbustos de la cuesta, con la intención de rodear el huerto y entrar por el otro lado, lejos de las violentas colmenas. Por allí podría regresar al sendero y volver a la casa, donde conseguiría reclutar ayuda —de preferencia armada— para alejar al monstruo antes de que destruyese el

resto de las colmenas.

No tenía sentido guardar silencio, de modo que irrumpí entre los arbustos y tropecé con unos troncos, jadeando de furia. Traté de ver al oso, pero la parra de la empalizada era demasiado gruesa. Sentía un costado de la cara como si estuviera en llamas, y cada latido generaba estremecimientos de dolor en el nervio trigémino, haciendo que mis músculos se retorcieran y que el ojo me llorara terriblemente.

Llegué al sendero justo debajo del sitio en que me había picado la primera abeja... mi cesta de jardinería estaba donde la había dejado, con las herramientas esparcidas en el suelo. Agarré el cuchillo que usaba para todo, desde podar hasta extraer raíces; era bastante robusto, con una hoja de quince centímetros, y si bien tal vez no impresionara al oso, tenerlo a mano me hacía sentir mejor.

Miré la verja abierta, lista para salir corriendo... pero no vi nada. La colmena arruinada estaba tal cual la había visto, con los panales de cera rotos y aplastados y el olor a miel espeso en el aire. Pero los panales no estaban esparcidos y había unas agrietadas columnas de cera todavía pegadas a la base de madera expuesta de la colmena.

Una abeja pasó volando cerca de mi oreja y me agaché, pero no salí corriendo porque el insecto no zumbaba. Traté de dejar de jadear, intentando oír por encima del trueno de mis propios latidos veloces. Los osos no guardaban silencio. Debería haber oído resoplidos y ruidos; el crujido de follaje roto, el lamido de una larga lengua. Pero no.

Avancé con cautela y de costado por el sendero. Había un roble de buen tamaño a unos siete metros de distancia. ¿Podría llegar hasta allí, si aparecía el oso?

Presté toda la atención que pude, pero no oí más que los crujidos de la parra y el zumbido de las abejas, que había disminuido hasta convertirse en un sonido agudo cuando se reunieron en los restos del panal.

El oso se había marchado. Debía de ser así. Aún rececosa, me acerqué más, con el cuchillo en la mano.

Oli la sangre y la vi en el mismo instante. Estaba tumbada en la plantación de hortalizas, con la falda abierta como una flor grande y oxidada floreciendo entre las lechugas nuevas.

De pronto me vi arrodillada a su lado, sin recordar cómo había llegado hasta allí, y la piel de su brazo estaba caliente cuando le agarré la muñeca, pero floja, y no tenía pulso. «Claro que no —dijo la pequeña y fría vigía de mi interior—, tiene la garganta cortada, hay sangre por todas partes, pero puedes ver que la arteria ya no bombea: está muerta».

Los ojos grises de Malva estaban abiertos, desconcertados por la sorpresa, y se le había caído el gorro. Le apreté la muñeca con más fuerza, como si pudiera

hallar el pulso enterrado, encontrar algún rastro de vida... y lo hice. El bulto de su vientre se movió muy ligeramente, y solté el brazo flojo de inmediato y cogí mi cuchillo, al tiempo que le levantaba el borde de la falda.

Actué sin pensar, sin miedo, sin dudar; no había otra cosa que el cuchillo y la presión, la carne abriéndose y la débil posibilidad, el pánico de una necesidad absoluta...

Le abrí el vientre desde el ombligo hasta el pubis, apretando con fuerza a través de los músculos flojos, rasgué la matriz, pero no importaba; corté rápido pero con cuidado a través de la pared de la matriz, dejé caer el cuchillo y hundí las manos en las profundidades de Malva Christie, con la sangre todavía caliente, y agarré al niño, lo rodeé con las manos, lo giré, tiré con fuerza en mi frenesí por liberarlo, sacarlo de la muerte segura, traerlo al aire, ayudarlo a respirar... El cuerpo de Malva se movió y se levantó, con la fuerza de mis tirones.

Se soltó con la brusquedad de un parto, y de pronto me vi enjugando sangre y moco de la carita sellada, insuflando aire en sus pulmones, con delicadeza —hay que soplar suavemente, los alvéolos de los pulmones son como telarañas, tan pequeños—, comprimiéndole el pecho, nada más que un palmo, presionando con dos dedos, nada más, y sentí sus pequeños saltos, delicados como los de un juguete de resorte; sentí el movimiento, los pequeños retortijones, un esfuerzo débil e instintivo... y lo sentí desvanecerse, esa vacilación, esa diminuta chispa de vida, grité de angustia y me llevé el cuerpo minúsculo al pecho, todavía caliente.

—No te vayas —dije—, no te vayas, no te vayas, por favor, no te vayas. —Pero la vibración se desvaneció, un pequeño resplandor azul que pareció iluminar las palmas de mis manos durante un instante y luego menguar como la llama de una vela... hasta que todo se oscureció.

Todavía estaba sentada bajo un sol radiante, llorando y bañada en sangre, con el cuerpo del niñito en mi regazo, el cadáver destrozado de Malva a mi lado, cuando me encontraron.

La novia robada

Había pasado una semana desde la muerte de Malva y no había el menor indicio de quién la había matado. Susurros, miradas de reojo y una palpable niebla de sospecha flotaban sobre el cerro, pero a pesar de todos los esfuerzos de Jamie, no pudo ubicarse a nadie que supiera —o quisiera contar— algo de provecho.

Yo percibía cómo la tensión y la frustración iban acumulándose en Jamie, día tras día, y sabía que había que encontrar la manera de aliviarlas. Pero no tenía ni idea de qué haría él al respecto.

El miércoles, después del desayuno, Jamie se quedó en pie, mirando por la ventana de su despacho con el ceño fruncido, luego golpeó la mesa con el puño de una manera tan repentina que me hizo dar un salto.

—He llegado al límite de lo que puedo soportar —me informó—. Un momento más así, y me volveré loco. Debo hacer algo, y lo haré. —Sin aguardar respuesta a esa afirmación, se acercó a la puerta del despacho de dos zancadas, la abrió con fuerza y gritó «¡Joseph!» en el pasillo.

El señor Wemyss apareció saliendo de la cocina, donde había estado deshollinando la chimenea, con expresión de alarma, pálido, manchado de hollín y bastante desaliñado en términos generales.

Jamie no prestó atención a las huellas negras que el otro dejaba en el suelo del despacho y clavó una mirada de autoridad en el señor Wemyss.

—¿Quiere a esa mujer? —lo increpó.

—¿Mujer? —El señor Wemyss estaba desconcertado—. ¿Qué...? Oh. ¿Se refiere usted... podría estar refiriéndose a *Fräulein* Berrisch?

—¿A quién más? ¿La quiere? —repitió Jamie.

Era evidente que había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien le había preguntado al señor Wemyss qué quería, y le llevó un rato recuperarse de la impresión.

La brutal presión a la que Jamie lo sometió a continuación lo obligó a dejar atrás sus reprobatorios murmullos sobre el hecho de que los amigos de *Fräulein* Berrisch eran, sin duda, quienes mejor podían juzgar su felicidad, sobre su propia inadecuación, pobreza y falta de valía en general como marido, y a admitir imprudentemente, y después de un buen rato, que, bueno, si *Fräulein* Berrisch no se oponía de manera terminante a la perspectiva, entonces, quizás... bueno... en una palabra...

—Sí, señor —dijo, aterrorizado por su propia audacia—. Sí. ¡Mucho!

—Bien —asintió Jamie, complacido—. Entonces iremos a buscarla.

Wemyss quedó boquiabierto de asombro. Jamie se volvió hacia mí.

—Ve y tráeme al joven Ian, por favor, Sassenach. Y dile a la señora Bug que reúna suficiente comida para cuatro hombres en un viaje de una semana. Y luego busca a Roger Mac; necesitaremos un sacerdote.

Se frotó las manos de satisfacción, luego palmeó a Wemyss, haciendo que una nubecita de hollín saliera despedida de su ropa.

—Prepárese, Joseph. Y péinese. Vamos a robar una novia para usted.

—... Y le puso una pistola en el pecho, en el pecho —cantó Ian—. Cásemme, cásemme, ministro, o si no seré su sacerdote, su sacerdote, su sacerdote... ¡O si no seré su sacerdote!

—Desde luego —dijo Roger, interrumpiendo la canción, en la que un joven audaz llamado Willie cabalgaba con sus amigos para secuestrar y desposar por la fuerza a una joven que terminaba siendo ser más audaz que él—, esperemos que usted sea un poco más capaz que Willie la noche en cuestión, ¿eh, Joseph?

El señor Wemyss, bañado, vestido y bastante animado por la emoción, le dirigió una mirada de incomprendión. Roger sonrió, ajustando la correa de su alforja.

—El joven Willie obliga a un ministro a casarlo con la joven a punta de pistola —le explicó a Wemyss—, pero luego, cuando se lleva a la novia robada a la cama, ella no quiere saber nada de él... y a pesar de todos sus esfuerzos, no consigue dominarla.

—De modo que devuélveme a mi hogar, tan virgen como vine, Willie, como vine... ¡tan virgen como vine! —continuó Ian.

—Ahora bien —le advirtió Roger a Jamie, que estaba cargando sus propias alforjas en el lomo de *Gideon*—. Si la *Fräulein* no está dispuesta...

—¿Qué? ¿Acaso crees que ella no estará dispuesta a casarse con Joseph? —Jamie palmeó a Wemyss en la espalda, luego se inclinó para ayudarlo a subir—. No imagino que ninguna mujer con sentido común despreciaría semejante oportunidad, ¿tú sí, *a charaid*?

Echó un rápido vistazo al claro, luego subió corriendo los peldaños y me dio un rápido beso de despedida, antes de regresar corriendo a montar a *Gideon*.

—Cuidate, *mo nighean donn* —dijo Jamie, sonriendo y mirándome a los ojos. Y luego se marcharon, saliendo del claro al galope como jinetes de las Higlands, y los lacerantes chillidos de Ian resonaron entre los árboles.

Por raro que pueda parecer, la partida de los hombres tranquilizó un poco las cosas. Las habladurías, desde luego, continuaron, pero sin Jamie o Ian presentes para actuar de pararrayos, simplemente crepitaban aquí y allá como el fuego de san Telmo; chisporroteaban y hacían que a todos se les pusieran los pelos de

punta, pero eran un fenómeno inofensivo.

Además, como el señor Wemyss estaba fuera, Lizzie vino de visita, con su bebé, el pequeño Rodney Joseph. Roger se había opuesto firmemente a las entusiastas sugerencias de los jóvenes padres de ponerle el nombre de Tilgath-Pileser o Ichabod. La pequeña Rogerina no había salido tan perjudicada, puesto que la conocían mayormente como Rory, pero Roger se negó en redondo a permitir que bautizaran a un niño con un nombre cuyo diminutivo resultara ser Icky.

Rodney parecía un niño muy simpático, en parte debido a que siempre tenía los ojos muy abiertos, en un gesto de sorpresa que hacía que pareciera morirse de curiosidad por lo que fuera que uno quería decirle. El asombro de Lizzie con su nacimiento había dado paso a un embelesamiento que habría eclipsado por completo a Jo y a Kezzie, de no ser por el hecho de que ellos dos también lo compartían.

Cualquiera de ambos, a menos que se los obligara a parar, podía pasarse media hora debatiendo sobre las evacuaciones intestinales de Rodney con una intensidad reservada hasta entonces a los cepos nuevos y a las cosas peculiares que encontraban en el estómago de los animales que habían matado. Los cerdos, al parecer, comían de todo; Rodney también.

Pocos días después de la partida de los hombres. Brianna vino de visita con Jemmy desde su cabaña, y Lizzie, por su parte, trajo a Rodney. Las dos se sumaron a Amy McCallum y a mí en la cocina, donde pasamos una velada agradable, tejiendo a la luz del fuego, admirando a Rodney, vigilando sin mucha atención a Jemmy y a Aidan y, después de un período de cautias exploraciones, dedicándonos de lleno a un resumen detallado de la población masculina del cerro, tratando de individualizar a los posibles sospechosos.

Yo, desde luego, tenía un interés más personal y doloroso en la cuestión, pero las tres jóvenes estaban de lleno del lado de la justicia; es decir del lado que se negaba siquiera a considerar la idea de que Jamie o yo hubiésemos tenido algo que ver con el asesinato de Malva Christie.

Por mi parte, esas especulaciones francas me resultaban bastante reconfortantes. Yo había hecho mis propias conjjeturas, a las que volvía una y otra vez, lo que era una actividad agotadora. No sólo era desagradable visualizar a cada hombre que conocía en el papel de un asesino, sino que el proceso me obligaba continuamente a volver a imaginar el asesinato mismo, y revivir el momento en que había encontrado a la muchacha.

—En realidad, detestaría pensar que podría haber sido Bobby —dijo Bree, frunciendo el ceño mientras empujaba un huevo de zurcir en el talón de un calcetín—. Parece un muchacho tan agradable.

Lizzie bajó la barbilla y frunció los labios.

—Oh, sí, es un muchacho muy dulce —aseguró—. Pero también bastante

temperamental.

Todas la miramos.

—Bueno —añadió en tono de mansedumbre—, yo no se lo permití, pero él insistió bastante. Y cuando le dije que no, empezó a darle patadas a un árbol.

—Mi marido hacia eso a veces, si yo lo rechazaba —comentó Amy, pensativa—. Pero estoy segura de que no me habría cortado el cuello.

—Bueno, pero Malva no rechazó a quienquiera que fuese —señaló Bree, entornando los ojos para enhebrar la aguja—. Ése es el problema. Él la mató porque ella estaba embarazada y temía que se lo contara a todos.

—¡Bueno! —dijo Lizzie en tono triunfal—. Entonces no pudo ser Bobby, ¿no? Porque cuando mi padre lo recha... —Una breve sombra cruzó por su cara ante la mención de su padre, que aún no había vuelto a dirigirle la palabra—. ¿Acaso no pensó en sustituirme por Malva Christie? Ian me dijo que ésa había sido su intención. Y si estaba embarazada de él... bueno, pues, su padre se habría visto obligado a aceptarlo, ¿no?

Amy, a quien la argumentación le parecía convincente, asintió, pero Bree tenía objeciones que hacer.

—Sí... pero ella insistía en que el bebé no era de él. Y Bobby vomito en las zarzas cuando se enteró de que estaba embarazada. No estaba nada contento. Así que podría haberla matado por celos, ¿no os parece?

Lizzie y Amy se vieron obligadas a admitir la posibilidad.

—Lo que me pregunto —dije, titubeando— es qué hay de los hombres mayores. Los casados. Todos saben de los jóvenes que estaban interesados en ella... Pero yo he visto a más de un hombre casado mirarla al pasar.

—Propongo a Hiram Crombie —dijo Bree de inmediato. Todas nos reímos, pero ella meneó la cabeza—. No, lo digo en serio. Siempre son los más religiosos y rígidos los que resultan tener cajones secretos llenos de ropa interior femenina, y los que se dedican a propasarse con los monaguillos.

A Amy se le cayó la mandíbula.

—¿Cajones llenos de ropa interior femenina? —dijo—. ¿Qué...? ¿Enaguas y corsés? ¿Y qué hacen con eso?

Brianna se sonrojó, puesto que se había olvidado de su audiencia.

—Eh... bueno. En realidad pensaba en ropa interior femenina francesa —dijo débilmente—. Eh... de encaje, cosas así.

—Oh, francesa —asintió Lizzie con expresión de sabiduría.

Todas conocían la notoria reputación de las damas francesas, aunque yo dudaba de que alguna mujer del cerro de Fraser, excepto yo, hubiese visto alguna en su vida. Pero con el objeto de cubrir el lapsus de Bree, les hablé de la Nestlé, la amante del rey de Francia, quien se había hecho perforar los pezones y se presentaba en la corte con los pechos expuestos y aros dorados en ellos.

—Si las cosas siguen así unos meses más —dijo Lizzie oscuramente, mirando

a Rodney, que chupaba con ferocidad de su pecho—, yo podré hacer lo mismo. Les diré a Jo y a Kezzie que me consigan algunos aros cuando vendan sus pieles, ¿qué os parece?

En medio de las carcajadas, el sonido de un golpe en la puerta pasó inadvertido, o lo habría hecho, de no ser por Jemmy y Aidan, que habían estado jugando en el despacho de Jamie y que bajaron corriendo a la cocina para contárnoslo.

—Yo abro. —Bree dejó su zurcido, pero yo ya estaba de pie.

—No, iré yo. —Le indiqué con un gesto que volviera a sentarse, cogí un candelabro y avancé por el oscuro pasillo, mientras mi corazón latía a gran velocidad. Las visitas que venían después de que oscurecía casi siempre lo hacían por alguna clase de emergencia.

Como ésta, aunque no de alguna clase que yo habría esperado. Durante un momento, ni siquiera reconocí a la mujer alta que estaba en el umbral, con el rostro macilento y blanco como el papel. Entonces ella susurró:

—*¿Frau Fraser? ¿Puedo... puedo entrar?* —Y cayó en mis brazos.

El ruido hizo que todas las jóvenes corrieran a ayudarme, y colocamos a Monika Berrisch —la supuesta prometida del señor Wemyss— sobre un banco, la cubrimos con edredones, y le servimos whisky caliente.

Ella se recuperó rápidamente; en realidad no le ocurría nada grave, salvo el cansancio y el hambre; nos dijo que no había comido nada en tres días. Y, al cabo de pocos minutos, ya estaba sentada, tomando una sopa y explicando su asombrosa presencia.

—Fue la *hermana* de mi *marrido* —dijo, cerrando los ojos ante la dicha momentánea provocada por el aroma de la sopa de guisantes con jamón—. No me *quería*, y cuando su *marrido* tuvo un *aksidente grravve y perdió* su carreta, ya no hubo *dinero* para todos, y no quiso que yo viviera con ellos.

Según nos contó, echaba de menos a Joseph, pero no había tenido la fuerza ni los medios para resistir la oposición de su familia e insistir en regresar a su lado.

—¿Oh? —Lizzie la estaba examinando de cerca, pero no con hostilidad—. ¿Qué ocurrió, entonces?

Fräulein Berrisch volvió hacia ella sus ojos grandes y delicados.

—Ya no pude *soporrtarlo* más —dijo simplemente—. Deseaba tanto estar con Joseph. La *hermana* de mi *marrido quería* que yo me *marrcharra*, *entones* me dio un poco de *dinero*. Y he venido —concluyó.

—¿Usted ha venido... andando? —dijo Brianna—. ¿Desde Halifax?

Fräulein Berrisch asintió, lamiendo la cuchara, y sacó un pie de debajo de los edredones. Tenía la suela del zapato totalmente gastada; lo había envuelto con pedacitos de cuero y tiras de tela que había arrancado de su enagua, de modo que sus pies parecían bultos de trapos sucios.

—Elizabeth —dijo mirando a Lizzie—. *Esperro* que no te moleste que haya venido. Tu *padrre*... ¿Está aquí?

—Mmm. No —dije, intercambiando una mirada con Lizzie—. No está aquí... pero estoy segura de que estará encantado de verla.

—¿Oh? —Su demacrado rostro, que había adoptado una expresión de alarma al enterarse de que Wemyss no estaba allí, se iluminó cuando le contamos dónde había ido—. Oh, *mein Kavalier!* —Resplandeciente de alegría, miró a nuestro alrededor... y, por primera vez, notó la presencia de Rodney, que dormitaba en su cesta a los pies de Lizzie—. *Perro* ¿quién es éste? —exclamó, y se inclinó para mirarlo.

Rodney, que no estaba del todo dormido, abrió sus ojos redondos y oscuros y la contempló con un interés solemne y somnoliento.

—Éste es mi hijo, se llama Rodney Joseph... por mi padre, ¿sabe? —Lizzie lo sacó de la canastilla, y lo puso suavemente en brazos de Monika.

Ella lo arrulló en alemán, con la cara iluminada.

—Cariño de abuela —murmuró Bree por un costado de la boca, y sentí que la risa surgía de debajo de mi corsé. No había reido desde la muerte de Malva, y el hecho de hacerlo fue como un bálsamo para mi espíritu.

Lizzie estaba contándole a Monika la separación resultante de su poco ortodoxo, matrimonio, a lo que Monika asentía, chasqueando la lengua como si comprendiera y se compadeciera de ella y, al mismo tiempo, hablaba con Rodney como se les habla a los bebés.

—No creo que Wemyss siga alejado por mucho tiempo —murmuré, mirando a un lado—. ¿Aparcar a su nueva esposa de su nuevo nieto? ¡Ja!

—Sí, ¿qué hay de malo en tener dos yernos? —dijo Bree.

Amy contemplaba la tierna escena con una leve expresión de nostalgia. Extendió la mano y rodeó con un brazo los delgados hombros de Aidan.

—Bueno, dicen que cuantos más, mejor —comentó.

Prioridades

Tres camisas, un par extra de pantalones decentes, dos pares de medias, unas de hilo de Escocia, las otras de seda... un momento, ¿dónde están las de seda?

Brianna salió a la puerta y llamó a su marido, que estaba ocupado instalando segmentos de caños de barro en la canaleta que había cavado, ayudado por Jemmy y Aidan.

—¡Roger! ¿Qué has hecho con tus medias de seda?

Él hizo una pausa y se frotó la cabeza. Luego, entregándole la pala a Aidan, se acercó a la casa, saltando por encima de la canaleta.

—Las usé el domingo pasado en el sermón, ¿no? —preguntó cuando llegó a su lado—. ¿Qué hice...? Oh.

—¿Oh? —dijo ella con actitud de sospecha—. ¿Qué significa «oh»?

—Bueno... tú te habías quedado en casa con Jem, porque le dolía el estómago... —Una dolencia estratégicamente útil, que ella había exagerado bastante para no tener que aguantar dos horas de miradas y murmullos—. Entonces, cuando Jocky Abernathy me preguntó si quería ir a pescar con él...

—Roger MacKenzie —dijo ella—. Si pusiste tus medias de seda buenas en una nasa llena de pescados malolientes y las olvidaste...

—Iré hasta la casa y le pediré prestado un par a tu padre, ¿de acuerdo? Estoy seguro de que las mías aparecerán en alguna parte.

—Tu cabeza también. ¡Probablemente debajo de una roca!

Eso lo hizo reír, lo que no había sido la intención de Brianna, pero no obstante, tuvo el efecto de serenarla un poco.

—Lo lamento —se disculpó él—. Tal vez sea algo freudiano.

—¿Oh? ¿Y se puede saber qué simboliza dejar las medias envueltas alrededor de una trucha muerta? —replicó ella.

—Culpabilidad generalizada y lealtades divididas, supongo —dijo él, todavía bromeando—. Bree... he estado pensando. En realidad creo que no debería ir. No es necesario...

—Si lo es. Lo dice papá, lo dice mamá, y lo digo yo.

—Oh, bueno, de acuerdo. —Sonrió, pero ella se dio cuenta de la inquietud que acechaba debajo de su buen humor.

El asesinato de Malva Christie había causado un escándalo en el cerro; alarma, histeria, sospechas y acusaciones en todas direcciones. Varios jóvenes —entre ellos. Bobby Higgins— habían desaparecido del cerro, ya fuera por un sentimiento de culpa o por un sentido de supervivencia.

Había toda clase de acusaciones; incluso ella había aportado su cuota de cotilleo y sospecha, cuando algunos de sus descuidados comentarios sobre Malva Christie habían empezado a repetirse. Pero hasta el momento el peso más grande de las sospechas recaía de lleno en sus padres.

Ambos hacían lo posible por dedicarse a sus actividades cotidianas, esforzándose por no prestar atención a los cotilleos y las miradas acusatorias, pero era cada vez más difícil, cualquiera podía darse cuenta de ello.

Roger había acudido de inmediato a visitar a los Christie; había ido todos los días desde la muerte de Malva, salvo durante la repentina expedición a Halifax. Había enterrado a la muchacha con sencillez y lágrimas, y desde entonces se había dedicado de lleno a mantener una actitud razonable, serena y firme con todos los demás habitantes del cerro. De inmediato había hecho a un lado sus planes de ir a Edenton para la ordenación, pero cuando se enteró Jamie, insistió en que fuera.

—Has hecho todo lo posible aquí —dijo Brianna por enésima vez—. No hay nada que puedas hacer para mejorar las cosas... y podrían pasar años hasta que tuvieras otra oportunidad.

Ella sabía la urgencia con que él deseaba que lo ordenaran, y habría hecho cualquier cosa por cumplir ese deseo. Por su parte, lo único que deseaba era poder presenciar la ceremonia; pero habían acordado que era mejor que ella y Jem fueran a River Run y esperaran allí a que Roger emprendiera el viaje a Edenton y regresara. Tal vez no fuera del todo beneficioso para un candidato a una ordenación presentarse con una esposa católica y un hijo.

Pero la culpa que le hacía sentir marcharse justo cuando los padres de ella estaban en medio de un huracán...

—Tienes que ir —le repitió—. Pero tal vez yo...

—No, ya hemos hablado de ello.

Su argumento era que la presencia de ella podría influir en la opinión pública, lo que probablemente era cierto. Brianna se daba cuenta de que la verdadera razón —compartida por sus padres— era el deseo de mantenerlos a ella y a Jem a salvo y lejos de los problemas y los alborotos del cerro.

Y, a pesar de que en su fuero interno se avergonzaba de ello, ella tenía ganas de marcharse.

Alguien había matado a Malva y a su hijo. Cada vez que pensaba en ello, las posibilidades flotaban delante de ella en una letanía de nombres. Y, cada vez, se veía obligada a ver el nombre de su primo entre ellos. Ian no había huido y ella no podía, de ninguna manera, pensar que había sido él. Y sin embargo, cada día, se veía forzada a considerar la posibilidad.

Se quedó contemplando la bolsa que estaba preparando, buscando razones para partir, razones para quedarse, y sabiendo que ninguna razón le serviría de nada en ese momento.

Un sordo */zonk!* proveniente del exterior la obligó a salir de la indecisión.

—¿Qué...? —Llegó a la puerta en dos pasos, lo bastante rápido como para ver a Jem y a Aidan desapareciendo en el bosque como un par de conejos. En el borde de la canaleta yacían los pedazos rotos del segmento de cañería que acababan de dejar caer.

—¡Vosotros, pequeños mocosos! —gritó, y agarró una escoba, no sabía exactamente con qué intención, pero la violencia parecía la única manera de canalizar la frustración que acababa de surgir en ella como un volcán.

—Bree —dijo Roger en voz baja—. No tiene importancia.

Ella se soltó de un tirón y giró hacia él, con la sangre martilleándole en los oídos.

—¿Tienes idea de cuánto se tarda en hacer uno de éstos? ¿Cuántos intentos hacen falta para conseguir uno que no se agriete? ¿Cuántos...?

—Sí, lo sé —dijo él con firmeza—. Y aun así, no tiene importancia.

Ella se quedó allí, temblando y respirando con fuerza. Él, con suma delicadeza, extendió la mano y le quitó la escoba.

—Tengo... que ir —dijo ella cuando pudo volver a formar palabras, y él asintió, con los ojos teñidos de la tristeza que llevaba encima desde el día de la muerte de Malva.

—Sí, es cierto —dijo en voz baja.

Se acercó a ella por detrás, la rodeó con sus brazos, apoyó el mentón en sus hombros y, gradualmente, ella dejó de sacudirse. Al otro lado del claro, vio que la señora Bug venía de la huerta por el sendero con el delantal lleno de coles y zanahorias; Claire no había puesto pie en el huerto desde...

—¿Estarán bien?

—Rezaremos porque así sea —dijo él, y la abrazó con más fuerza. Ella se sintió reconfortada por su roce y no se dio cuenta hasta más tarde de que, en realidad, él no le había asegurado nada.

La justicia es mía, dijo el Señor

Jugueteé con el último paquete de lord John tratando de reunir el entusiasmo necesario para abrirlo. Era una pequeña caja de madera: tal vez más vitriolo. Suponía que debía preparar una nueva partida de éter, pero ¿qué sentido tenía? La gente había dejado de acudir a mi consulta.

Pasé un dedo por el polvo del mostrador y pensé que al menos debía ocuparme de eso; la señora Bug mantenía immaculado el resto de la casa, pero se negaba a entrar en la consulta. Añadí limpiar el polvo a la lista de cosas que debía hacer, pero no di ningún paso para ir a buscar un paño.

Suspiré, me levanté y crucé el pasillo. Jamie estaba sentado a su escritorio, haciendo girar una pluma y contemplando una carta inconclusa. Dejó la pluma cuando me vio y sonrió.

—¿Cómo estás, Sassenach?

—Bien —dije, y él asintió. En su cara se veían las arrugas de la tensión, y me di cuenta de que él no estaba mejor que yo. —No he visto, a Ian en todo el día. ¿Te dije adónde iba? —A ver a los cherokee, quería decir. No era de extrañar que quisiera alejarse del cerro; a mí me parecía que le había hecho falta mucha fortaleza para permanecer allí tanto tiempo, soportando las miradas, los murmullos y las acusaciones explícitas.

—Sí, yo se lo sugerí. No tenía sentido que se quedara más tiempo; sólo habría habido más peleas. —Ian, en más de una ocasión, se había presentado a cenar con las marcas de la lucha en la cara.

—Bueno, será mejor que le diga a la señora Bug que comience a preparar la cena —dije. Aun así, no hice ademán de levantarme, habiendo encontrado un poco de consuelo en la presencia de Jamie, una interrupción del recuerdo constante del peso pequeño y ensangrentado en mi falda, inerte como un pedazo de carne, y la visión de los sorprendidos ojos de Malva.

Oí caballos en el jardín, varios. Miré a Jamie, que meneó la cabeza, alzó las cejas y luego se levantó para recibir a los visitantes. Lo seguí por el pasillo, limpiándome las manos en el delantal y revisando mentalmente el menú de la cena para sumar a lo que sonaba como al menos una docena de invitados, a juzgar por los murmullos que se oían desde el umbral.

Jamie abrió la puerta y quedó paralizado. Miré por encima de su hombro y sentí que el terror se apoderaba de mí: jinetes, negros contra el sol poniente. En ese momento, sentí que estaba de nuevo en el claro del whisky, húmeda de sudor y sólo vestida con mí enagua. Jamie oyó mi grito ahogado y echó una mano

hacia atrás, para mantenerme apartada.

—¿Qué quiere, Brown? —dijo en un tono muy poco amistoso.

—Hemos venido a buscar a su esposa —respondió Richard Brown. Había un inconfundible tono de regodeo en su voz, y al oírla, se me puso la carne de gallina, y unos puntos negros flotaron en mi campo de visión. Retrocedí, casi sin sentir los pies, y me agarré al picaporte de mi consulta.

—Bueno, entonces ya pueden marcharse —respondió Jamie con el mismo tono hostil—. No tienen nada con mi esposa, ni ella con ustedes.

—Ah, se equivoca usted, señor Fraser. —Mi visión se había aclarado, y lo vi acercar su caballo a la entrada. Se inclinó un poco, atisbando por la puerta, y evidentemente me vio, puesto que sonrió de una manera muy desagradable—. Hemos venido a arrestar a su esposa, por un delito de homicidio.

La mano de Jamie se tensó donde agarraba la puerta y él se estiró lentamente hasta su altura máxima, pareciendo expandirse al hacerlo.

—Márchese de mis tierras, señor —dijo, y su voz había caído a un nivel apenas superior a los susurros de los caballos—. Ahora mismo.

Sentí, más que oí, unas pisadas detrás de mí. Era la señora Bug, que había venido a ver qué ocurría.

—Que santa Brígida nos proteja —susurró al ver a los hombres. Luego desapareció, corriendo por la casa, ligera como un ciervo. Sabía que debía seguirla, escapar por la puerta trasera, correr hacia el bosque, esconderme. Pero mis miembros estaban paralizados.

Y Richard Brown estaba mirándome por encima del hombro de Jamie, con una desagradable expresión de triunfo.

—Oh, nos marcharemos —dijo, irguiéndose en su montura—. Entréguenosla y nos iremos. Nos esfumaremos como el rocío de la mañana.

—¿Con qué derecho vienen aquí? —exigió saber Jamie. Su mano izquierda se levantó y descansó sobre la empuñadura de su daga en un claro gesto de amenaza. Ver eso me sacó finalmente de mi aturdimiento y corrí por el pasillo hacia la cocina, donde guardábamos las armas.

—... comité de seguridad. —Capté esas palabras en la voz de Brown, alzada en tono de amenaza, y luego entré en la cocina. Descolgué la escopeta para matar pájaros de los ganchos que la sostenían encima del hogar, y, después de esforzarme por abrir el cajón del armario auxiliar, me apresuré a esconder las tres pistolas allí guardadas en los grandes bolsillos de mi delantal quirúrgico.

Me temblaban las manos. Vacilé; las pistolas estaban listas y cargadas. Jamie las examinaba todas las noches. ¿Debería llevarme también la bolsa de munición y el cuerno de pólvora? No había tiempo. Oí la voz de Jamie y la de Richard Brown, gritando en la parte de delante de la casa.

El sonido de la puerta trasera al abrirse me hizo levantar la cabeza, y vi a un hombre desconocido hacer una pausa en el umbral y mirar a su alrededor. Me

vio y avanzó hacia mí, sonriendo y extendiendo la mano para agarrarme el brazo.

Saqué una pistola del delantal y le disparé a quemarropa. La sonrisa no abandonó su cara, pero adoptó un aire ligeramente desconcertado. Parpadeó una o dos veces, luego se llevó una mano al costado, donde una mancha roja comenzaba a crecer en su camisa. Se miró los dedos manchados de sangre y dejó caer la mandíbula.

—¡Maldición! —dijo—. ¡Me ha disparado!

—En efecto —replicué sin aliento—. ¡Y volveré a hacerlo si no sale de aquí! —Solté la pistola vacía, que cayó al suelo con un estrépito, y rebusqué con una mano en mi delantal para coger otra, sin dejar de sostener la escopeta de caza en un apretón letal.

Él no se quedó a ver si yo hablaba en serio, sino que giró sobre sus talones y se golpeó contra el marco de la puerta; luego, tropezando, logró atravesarla, dejando una mancha de sangre en la madera.

Unas volutas de humo negro de pólvora flotaron en el aire, mezclándose extrañamente con el olor a pescado asado, y por un instante pensé que iba a vomitar, pero, a pesar de las náuseas, conseguí soltar la escopeta de caza y atrancar la puerta.

Unos sonidos procedentes de la parte delantera de la casa apartaron los nervios y todo lo demás de mi mente y empecé a correr por el pasillo, con el arma en la mano, y las pesadas pistolas en mi delantal golpeándome los muslos.

Habían sacado a rastras a Jamie del porche; pude verlo brevemente en medio de un revoltijo de cuerpos. Habían dejado de gritar. Ya no había más ruidos, con excepción de pequeños gruñidos y el impacto de la carne, el agitarse de una mirada de pies en el polvo. Era una pelea mortalmente seria, y me di cuenta de inmediato de que tenían intención de malario.

Apunté la escopeta al borde de la multitud lo más lejos posible de Jamie y apreté el gatillo. El estrépito del arma y los gritos de alarma parecieron sucederse a la vez, y la escena delante de mí se deshizo de golpe, el nudo de hombres se disolvió, condimentado con munición para aves. Jamie había logrado mantener la daga consigo; en ese momento en que había un poco más de espacio a su alrededor, lo vi hundirla en el costado de un hombre, tirar hacia atrás para sacarla y luego girarla de costado en el mismo movimiento, dejando un surco de sangre en la frente de otro hombre que se había rezagado un poco.

Luego capté un brillo metálico a un lado y de modo reflejo grité «¡Agáchate!» un instante antes de que Brown disparara su pistola. Se oyó un pequeño *chung!* cerca de mi oreja, y me di cuenta, con serenidad, de que Brown me había disparado a mí, no a Jamie.

De todas formas. Jamie se había agachado, así como todos los demás en el jardín, y ahora los hombres se apresuraban a ponerse en pie, confundidos,

perdiendo el impulso de ataque. Jamie se había abalanzado hacia el porche; estaba en pie y avanzaba con dificultad hacia mí, golpeándole cruelmente con la empuñadura de su daga a un hombre que lo había cogido de la manga y que cayó hacia atrás con un grito.

Podríamos haberlo ensayado una docena de veces. Salvó los peldaños del porche de un salto y se lanzó sobre mí, haciendo que los dos atravesáramos la puerta, luego giró sobre sus talones y la cerró de golpe, arrojándose contra ella y sosteniéndola contra el frenético impacto de cuerpos en el instante que me llevó soltar la escopeta, agarrar el cerrojo y pasarlo.

El cerrojo entró en su gancho con un fuerte ruido.

La puerta vibraba con puñetazos y embestidas, y el criterio se había reanudado, pero con un sonido diferente. No había regodeo ni provocación. Sí insultos, pero con una intención firme y maligna.

—He atrancado la puerta de la cocina —dije ahogadamente, y Jamie asintió, lanzándose a mi consulta para asegurar los cerrojos de los postigos.

Oí el ruido de cristales rotos en la consulta tras de mí mientras corría hacia su despacho; allí las ventanas eran más pequeñas, no eran de cristal, y estaban ubicadas en la parte alta de la pared. Cerré los postigos allí también y pasé el cerrojo, luego volví a correr por el pasillo para encontrar el arma.

Jamie ya la tenía; estaba en la cocina, cogiendo cosas y mientras yo avanzaba hacia la puerta de la cocina, él salió de allí, cargado con bolsas de munición, cuernos de pólvora y otras cosas similares, y con la escopeta en la mano. Haciendo un gesto firme, me indicó que lo siguiera por la escalera.

Las habitaciones de la primera planta seguían iluminadas por el sol; tragué la luz como si fuera aire, encandilada y con los ojos llenos de lágrimas, mientras corría a cerrar los postigos del trastero y del cuarto de Amy McCallum. No sabía dónde estaban Amy y sus hijos; sólo podía agradecer que no se encontraran en la casa en ese momento.

Corré hacia el dormitorio, jadeando. Jamie estaba arrodillado junto a la ventana, cargando armas metódicamente y murmurando algo en gaélico; no logré distinguir si se trataba de una plegaria o una maldición.

No le pregunté si estaba herido. Tenía la cara llena de moretones, el labio partido, y la sangre había corrido por su mentón hasta su camisa, estaba cubierto de tierra y lo que supuse que eran manchas de sangre de otros, y la oreja del lado de la cara más próximo a mí estaba hinchada. Pero sus movimientos eran firmes, y cualquier otra cosa que no fuera un cráneo fracturado tendría que esperar.

—Tienen intención de matarnos —dije.

Él asintió, sin apartar los ojos de su actividad: luego me pasó una pistola para que la cargara.

—Sí, en efecto. Qué suerte que los pequeños estén lejos y a salvo, ¿verdad?

—Me sonrió de repente, con los dientes ensangrentados, y yo sentí mucha más seguridad en mí misma y determinación de la que había sentido en mucho tiempo.

Él había dejado uno de los postigos entreabierto. Me moví con cuidado detrás de él y me asomé, con la pistola cargada lista y en la mano.

—No hay cuerpos en el jardín. Supongo que no has matado a ninguno.

—No habrá sido por no intentarlo —respondió—. ¡Dios, lo que daría por un rifle! —Se incorporó con cautela, de rodillas, con el caño de su escopeta asomando por encima del alféizar, y evaluó la situación.

Por el momento se habían retirado; había un pequeño grupo visible bajo los castaños al otro lado del claro y habían llevado los caballos a salvo del alcance de las balas. Era evidente que Brown y sus secuaces estaban planeando qué hacer a continuación.

—¿Qué supones que habrían hecho, si yo hubiera aceptado ir con ellos?

—Jamás lo habría permitido —respondió Jamie con aspereza.

—Y es muy posible que Richard Brown lo sepa —dijo.

Él asintió; había estado pensando en lo mismo. En realidad, Brown jamás había tenido la intención de arrestarme, sino de provocar un incidente en el que pudiera matarnos a ambos bajo circunstancias lo bastante dudosas como para impedir una venganza masiva por parte de los aparceros de Jamie.

—La señora Bug ha huido, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, si es que no la han atrapado fuera de la casa. —Entorné los ojos contra el luminoso sol de la tarde, buscando una figura baja y ancha con faldas entre el grupo que estaba junio a los castaños, pero sólo vi hombres.

Jamie volvió a asentir, siseando entre dientes mientras movía el caño de la escopeta lentamente, trazando un arco que cubría el jardín.

—Bueno, ya lo sabremos —dijo—. Acércate un poco más, hombre —murmuró cuando uno de ellos empezó a cruzar el jardín en dirección a la casa—. Un tiro; eso es todo lo que pido. Toma, Sassenach, coge esto. —Me puso la escopeta en las manos y escogió una de sus pistolas favoritas, una Highland de caño largo con la culata tallada.

El hombre —vi que era Richard Brown— se detuvo a cierta distancia, sacó un pañuelo de la cintura de los pantalones y lo agitó lentamente en alto. Jamie resopló brevemente pero lo dejó avanzar.

—¡Fraser! —gritó, deteniéndose a unos treinta y cinco metros, más o menos —, ¡Fraser! ¡Me oye?

Jamie apuntó cuidadosamente y disparó. La bala golpeó el suelo a pocos metros delante de Brown, levantando una repentina nubecilla de polvo del sendero, y Brown saltó en el aire como si lo hubiera picado una abeja.

—¿Qué le ocurre? —chilló, indignado—. ¡Nunca ha visto una bandera de tregua, maldito escocés ladrón de caballos?

—¡Si lo quisiera muerto, Brown, estaría enfriándose en este momento! —le gritó Jamie—. Diga lo que tiene que decir. —Su intención era clara: quería que tuvieran miedo de acercarse a la casa; era imposible atinarle a nada con una pistola a casi cuarenta metros, y tampoco era muy fácil con un mosquete.

—Usted sabe lo que quiero! —exclamó Brown. Se quitó el sombrero y se enjugó el sudor de la cara—. Quiero a esa condenada bruja asesina.

La respuesta a eso fue otra bala cuidadosamente dirigida. Brown volvió a saltar, aunque no tan alto.

—Mire —volvió a intentarlo—, no vamos a hacerle daño. Queremos llevarla a Hillsboro para juzgarla. Un juicio justo. Eso es todo.

Jamie me entregó la segunda pistola para que la cargara, cogió otra, y disparó.

Había que reconocer la persistencia de Brown, pensé. Por supuesto, era probable que ya se hubiese dado cuenta de que Jamie no podía o no quería acertarle, y tozudo, se mantuvo firme en el terreno soportando dos disparos más, gritando que su intención era llevarme a Hillsboro, y, seguramente, si yo era inocente, a Jamie le convenía que me juzgaran, ¿no era cierto?

Hacía calor en la planta superior, y el sudor chorreaba entre mis senos.

Sin otra respuesta que el silbido de las balas, Brown levantó las manos en la exagerada pantomima de un hombre razonable cuya paciencia se había agotado, y volvió corriendo hacia donde estaban sus secuaces.

Jamie seguía agachado junto a la ventana, con las pistolas listas, pero al ver que Brown regresaba, se relajó y se acomodó de cuclillas, suspirando.

—¿Hay agua, Sassenach?

—Sí. —El aguamanil estaba lleno: le serví una taza y él la bebió con voracidad. Teníamos comida, agua, municiones y pólvora. Yo, sin embargo, no creía que tuviéramos que soportar un largo sitio.

—¿Qué supones que harán? —No me acerqué a la ventana, pero, si me quedaba a un lado, podía verlos claramente, reunidos en deliberación bajo los árboles.

Jamie se acercó para ponerse detrás de mí y se enjugó el labio con los faldones de su camisa.

—Incendiar la casa tan pronto oscurezca, supongo. Yo lo haría si estuviera en su lugar. Aunque supongo que podrían tratar de sacar a *Gideon* y amenazarme con meterle una bala en la cabeza si no te entrego. —Al parecer, dijo eso último como una broma, pero yo no le encontré la gracia.

—Entonces —dije, lomando un largo aliento—, todo depende de si la señora Bug consiguió escapar... y a quién se lo dijo.

—Habrá ido a buscar a Arch, antes que nada. —Jamie me palmeó con delicadeza en la espalda y se sentó en la cama—. Si él está en casa, irá corriendo a buscar a Kenny Lindsay, él es el más próximo. Después de eso... —Se encogió

de hombros, cerró los ojos, y vi que su rostro estaba pálido bajo el bronceado y las manchas de suciedad y sangre.

—Jamie... ¿estás herido?

Él abrió los ojos y me sonrió de lado, tratando de no estirar el labio desgarrado.

—No. Me he vuelto a romper el condenado dedo, eso es todo. —Levantó un hombro y me dejó examinarle la mano derecha.

Era una fractura limpia. El cuarto dedo estaba rígido, las articulaciones fusionadas por la fuerte fractura que habían sufrido mucho antes, en la prisión de Wentworth. No podía doblarlo, y por tanto se quedaba tieso de una manera incómoda; ésa no era la primera vez que se lo había roto.

Tragó saliva mientras yo lo palpaba con delicadeza en busca de la fractura, y volvió a cerrar los ojos, sudando.

—Hay láudano en la consulta —dije—. O whisky. —Aunque sabía que él lo rechazaría, y así fue.

—Quiero tener la cabeza despejada —señaló—, pase lo que pase.

El aire de la habitación era sofocante, a pesar de que el postigo estaba abierto. El sol se estaba poniendo, y las primeras sombras se formaban en un rincón.

Bajé a la consulta a buscar una tablilla y vendas. La consulta estaba oscura, con los postigos cerrados, pero como las ventanas estaban rotas entraba aire a través de ellas, haciéndola parecer extrañamente expuesta y vulnerable. Entré en silencio, deteniéndome bruscamente, prestando atención a los posibles peligros. Pero no había ningún ruido.

—Demasiado silencioso —dije en voz alta, y me eché a reír. Moviéndome con un propósito y sin prestar atención al ruido, clavé los pies en el suelo con firmeza y abrí las puertas del armario, golpeando los instrumentos y agitando los frascos mientras buscaba lo que necesitaba.

Me detuve en la cocina antes de volver a la primera planta; en parte para verificar que la puerta estuviese realmente cerrada, y en parte para ver si la señora Bug había dejado algo de comida. Jamie no había dicho nada al respecto, pero yo sabía que el dolor del dedo roto le estaba haciendo sentir náuseas y en su caso, la comida por lo general acababa con esa clase de molestias y lo hacía sentirse menos indisposto.

El caldero seguía sobre las brasas, pero el fuego, abandonado, casi se había extinguido, de modo que, por suerte, la sopa no se había consumido en el hervor. Aticé las ascuas y añadí tres gruesos leños de pino. «Que vean las chispas saliendo de la chimenea —pensé—, y nos imaginen a los dos sentados tranquilamente a comer junto al hogar. O, mejor aún, que nos imaginen sentados junto a las llamas, deritiendo plomo y fabricando balas».

En ese ánimo desafiante, regresé a la planta alta, equipada con material médico, un almuerzo improvisado, y una botella grande de cerveza negra. Pero

no pude evitar notar el eco de mis pisadas en la escalera, y el silencio que volvía a instalarse rápidamente a mi paso.

Oí un tiro, justo cuando me aproximaba al final de la escalera y subí los últimos peldaños con tanta rapidez que tropecé, y habría caído de frente si no hubiera chocado contra la pared.

Jamie salió de la habitación del señor Wemyss, con la escopeta de caza en la mano y una expresión de alarma en el rostro.

—¿Te encuentras bien, Sassenach?

—Sí —dijo, irritada, enjugándose la sopa derramada en la mano con el delantal—. En el nombre de Dios, ¿a qué le estás disparando?

—A nada. Sólo quería dejar bien claro que la parte trasera de la casa no es menos peligrosa que la delantera, por si se les ocurría tratar de entrar por allí. Sólo para asegurarme de que esperen basta que oscurezca.

Le vendé el dedo, lo que pareció mejorar un poco las cosas. La comida, como esperaba, ayudó considerablemente. Él comió como un león y, para mi sorpresa, yo también.

—Los condenados comen de manera abundante —observé—. Siempre creí que estar en peligro de muerte haría que uno estuviera demasiado nervioso como para comer, pero al parecer no es así.

Él meneó la cabeza, bebió un trago de cerveza y me pasó la botella.

—Un amigo me dijo una vez que el cuerpo no tiene conciencia. No estoy seguro de que sea del todo así, pero es cierto que, por lo general, el cuerpo no admite la posibilidad de la no existencia. Y si existes, bueno, necesitas comer, eso es todo. —Me dirigió una media sonrisa y, partiendo en dos el último bollo, me dio la mitad.

Lo cogí, pero no lo comí de inmediato. No se oía nada fuera, salvo el chirrido de los grillos, aunque había un espesor caluroso en el aire que, por lo general, presagiaba lluvia. Estábamos a principios de verano y aún no era época de tormentas, pero se podía tener alguna esperanza.

—Tú también has pensado en ello, ¿verdad? —dije calladamente.

—Bueno, es el día veintiuno del mes —dijo.

—¡Es junio, por el amor de Dios! Y el año equivocado, además. ¡El recorte de periódico decía enero de 1776! —Yo sentía una absurda indignación, como si de alguna manera me hubieran engañado.

—Yo fui impresor, Sassenach —dijo, riendo con la boca llena de bollo—. No te conviene creer todo lo que lees en los periódicos, ¿sabes?

Cuando volví a mirar afuera, sólo unos pocos de los hombres eran visibles bajo los castaños. Uno de ellos me vio: movió el brazo lentamente hacia un lado y hacia otro encima de su cabeza; luego se pasó el borde de la mano por la garganta.

El sol estaba justo encima de las copas de los árboles; faltaban unas dos horas,

tal vez, para que cayera la noche, tiempo suficiente para que la señora Bug pudiera buscar ayuda, siempre suponiendo que encontrase a alguien dispuesto. Arch podría haberse marchado a Cross Creek. Kenny podría estar cazando. En cuanto a los arrendatarios más recientes... sin Roger para imponer el orden entre ellos, exhibían descaradamente sus sospechas y el desagrado que mi persona les inspiraba. Tenía la sensación de que acudirían si se los llamaba... pero sólo para aplaudir mientras me llevaran a rastras.

Y si alguien venía... ¿qué ocurriría entonces? Yo no quería que me sacaran a rastras, mucho menos que me dispararan o me quemaran viva en el interior de mi casa... pero tampoco quería que nadie saliera herido o muriese por evitarlo.

—Aléjate de la ventana Sassenach —dijo Jamie. Extendió una mano y yo la cogí y me senté junto a él en la cama.

Me sentí exhausta de repente: la adrenalina generada por la emergencia se había agotado, dejando los músculos como goma reblandecida.

—Túmbate, *a Sorcha* —dijo en voz baja—. Recuesta la cabeza sobre mis piernas.

A pesar del calor que hacía, obedecí, y me resultó reconfortante estirarme, más aún oír su corazón, latiendo con lentitud y fuerza encima de mi oreja, y sentir también su mano, ligera sobre mi cabeza.

Todas las armas estaban desplegadas en el suelo junto a la ventana, todas cargadas, preparadas y listas para ser utilizadas. Jamie había bajado la espada del armario, que aguardaba junto a la puerta, como último recurso.

—No hay nada que podamos hacer, ¿verdad? —dije—. Salvo esperar.

Sus dedos se movieron casualmente entre los rizos húmedos de mi pelo; a esas alturas ya me llegaba por encima de los hombros, y lo tenía lo bastante largo como para recogerlo en una coleta.

—Bueno, podríamos pronunciar un acto de contrición —dijo—. Siempre lo hacíamos la noche antes de una batalla. Sólo por si acaso —añadió.

—De acuerdo —asentí después de una pausa—. Sólo por si acaso.

Extendí el brazo y su mano sana se cerró en torno a la mía.

—*Mon Dieu, je regrette...* —comenzó a decir, y recordé que él solía pronunciar esa plegaria en francés por sus días de mercenario en Francia.

Yo la repetí en inglés, y luego guardamos silencio. Los grillos habían dejado de chirriar. Muy a lo lejos me pareció oír un sonido parecido a un trueno.

—¿Sabes? —dije después de un largo rato—. Lamento lo que ocurrió con muchas cosas y muchas personas. Rupert, Murtagh, Dougal... Frank Malva —añadí en voz baja, sintiendo un nudo en la garganta—. Pero si hablo sólo por mí misma... —Me aclaré la garganta—. No me arrepiento de nada. Absolutamente de nada.

—Tampoco yo, *mo nighean donn* —dijo él—. Tampoco yo.

Me había quedado adormilada y me desperté oliendo a humo. Me incorporé de inmediato, con el corazón batiendo a toda velocidad, y vi a Jamie junto a la ventana.

Todavía no estaba del todo oscuro; unas franjas anaranjadas y doradas iluminaban el cielo al oeste y le daban a su rostro un resplandor flamígero. Se lo veía feroz, de nariz larga, con las arrugas acentuadas por la tensión.

—Viene gente —dijo. Su voz sonaba tranquila, pero tenía la mano sana apretada con fuerza en el borde del postigo, como si le hubiera gustado cerrarlo con un golpe y pasar el cerrojo.

Me acerqué a su lado, mientras me peinaba de prisa con los dedos. Todavía podía distinguir algunas figuras bajo los castaños, aunque ya no eran más que siluetas. Habían hecho una hoguera, en el otro extremo del jardín, eso era lo que había oido. Pero había más personas acercándose; estaba segura de haber distinguido la figura de la señora Bug entre ellas.

—¿Quieres trenzarme el pelo, Sassenach? No puedo hacerlo yo con esto —dirigió una mirada superficial a su dedo fracturado.

Encendí una vela y él acercó un taburete a la ventana, para poder hacer guardia mientras lo peinaba y le hacía una apretada y gruesa coleta, que recogí en la base de la nuca y sujeté con una inmaculada cinta negra.

Sabía que sus motivos eran dobles: no sólo aparecer meticulosamente arreglado, como un caballero, sino estar listo para pelear si era necesario. Yo estaba menos preocupada de que alguien me agarrara del pelo mientras intentaba abrirlo en canal con una espada, pero suponía que si aquella iba a ser mi última aparición pública como la dama del cerro, debía estar elegante.

Lo oí murmurar entre dientes mientras me cepillaba mi propio pelo a la luz de la vela, y me volví en el taburete para mirarlo.

—Ha venido Hiram —me informó—, oigo su voz. Eso es bueno.

—Si tú lo dices —respondí en tono de duda, recordando los ataques de una semana antes de Hiram Crombie en la iglesia, sus comentarios apenas disimulados sobre nosotros. Roger no los había mencionado; me lo había contado Amy McCallum.

Jamie volvió la cabeza para mirarme y sonrió, con una expresión de extraordinaria dulzura en el rostro.

—Eres muy hermosa, Sassenach —dijo—. Pero sí, es bueno. Más allá de lo que él piense, no permitirá que Brown nos ahorque en el jardín, ni tampoco que prenda fuego a la casa para hacernos salir.

Había más voces fuera; la multitud aumentaba rápidamente.

—¡Señor Fraser!

Jamie tomó un profundo aliento, cogió la vela de la mesa y abrió los postigos, sosteniendo la vela cerca de la cara para que pudieran verlo.

Ya casi había oscurecido del todo, pero varios entre la muchedumbre llevaban antorchas. Había no menos de treinta hombres —y unas cuantas mujeres—, además de Brown y sus secuaces. Hiram Crombie se encontraba entre ellos, de pie junto a Richard Brown, y con el aspecto de alguien salido del Antiguo Testamento.

—Queremos pedirle que baje, señor Fraser —exclamó—. Y también su esposa... Por favor.

Pude ver a la señora Bug, regordeta y claramente aterrorizada, con la cara surcada de lágrimas. Luego Jamie cerró los postigos con delicadeza y me ofreció su brazo.

Jamie llevaba consigo tanto la daga como la espada, y no se había cambiado de ropa. Estaba de pie en el porche, manchado de sangre y maltrecho, y los desafió a que intentaran hacernos más daño.

—No se llevarán a mi esposa si no es por encima de mi cadáver —dijo, alzando su poderosa voz lo bastante como para que lo oyieran en todo el claro.

Yo temí que lo hicieran. Él tenía razón acerca de que Hiram no admitiría un linchamiento, pero estaba claro que la opinión pública no se inclinaba a nuestro favor.

—¡No podemos permitir que una bruja viva! —gritó alguien desde el fondo de la muchedumbre, y una piedra cruzó el aire silbando y rebotó en el frente de la casa con un ruido agudo, como el de un disparo. Golpeó a menos de treinta centímetros de mi cabeza y yo di un respingo, arrepintiéndome de ello de inmediato.

Unos murmullos de furia habían surgido en el momento en que Jamie abrió la puerta, y eso los alentó. Se oyeron gritos de « ¡Asesinos! » y « ¡Despiadados, despiadados! », y una buena cantidad de insultos en gaélico.

El hombre al que Jamie había cortado en la cara con la daga estaba al frente de la multitud; tenía la herida abierta y todavía sangrante, y su cara era una máscara de sangre seca.

—¡Si no ha sido ella, ha sido él! —gritó, señalando a Jamie—. *Fear-siúsachd!*
—« Libidinoso » .

Se oyó un desagradable murmullo de aprobación ante esas palabras, y percibí que Jamie llevaba la mano a la espada.

—¡Quietos! —La voz de Hiram era penetrante—. ¡Quietos, os digo! — Empujó a Brown a un lado y subió por los peldaños con determinación. Al llegar al último me lanzó una mirada de desprecio y se volvió hacia la multitud.

—¡Justicia! —aulló uno de los hombres de Brown—. ¡Queremos justicia!

—¡Sí, es cierto! —gritó Hiram—. ¡Y la tendremos, por la pobre muchacha violada y su hijo nonato!

Un gruñido de satisfacción saludó estas palabras y un terror helado me subió

por las piernas y me hizo sentir que se me doblarían las rodillas.

—¡Justicia! ¡Justicia! —Otras personas se sumaron al griterío, pero Hiram los detuvo a todos, levantando ambas manos, como si fuera Moisés separando las aguas del mar Rojo.

—«La justicia es mía», dijo el Señor —declaró Jamie, con una voz lo bastante alta como para que la oyera la mayoría. Hiram le lanzó una mirada de furia, pero en realidad no podía contradecirlo.

—Y tendrá justicia, señor Fraser! —dijo Brown en voz muy alta—. Quiero llevarla a juicio. Cualquier acusado tiene derecho a eso, ¿no? Si ella es inocente... si usted es inocente... ¿cómo puede negarse?

—Sin duda, tiene razón en eso —observó Hiram, secamente—. Si su esposa no ha cometido ningún crimen, no tiene nada que temer. ¿Qué responde a eso, señor?

—Respondo que si la entregara a manos de este hombre, ella no llegaría al juicio con vida —dijo Jamie—. Él me culpa por la muerte de su hermano... ¡y algunos de vosotros conocéis la verdad de aquel asunto!

Algunas cabezas, aquí y allá, asintieron. Pero eran pocas. No más de una docena de sus hombres de Ardsuir habían participado en la expedición que había acudido a rescatarme: en los cotilleos que la siguieron, muchos de los nuevos arrendatarios sabían solamente que me habían secuestrado, atacado de una manera escandalosa, y que algunos hombres habían muerto por mí. Teniendo en cuenta cómo se pensaba en esa época, yo era consciente de que un oscuro sentido de culpabilidad se adjudicaba a la víctima de cualquier crimen sexual, a menos que la mujer muriera, porque en ese caso se convertía de inmediato en un ángel inoculado.

—Él la matará de inmediato, para vengarse de mí —dijo Jamie, levantando la voz. Pasó bruscamente al gaélico, señalando a Brown—. ¡Mirad a este hombre y veréis la verdad de la cuestión escrita en su rostro! ¡Él no tiene más que ver con la justicia que con el honor, y no sabría diferenciar el honor del olor de su culo!

Eso hizo que algunos se echaran a reír, sorprendidos. Brown, desconcertado, miró a su alrededor para averiguar de qué se reían, lo que provocó carcajadas en otras personas.

El ánimo de la asamblea seguía en contra de nosotros, pero todavía no reflejaba un apoyo manifiesto a Brown, que, después de todo, era un desconocido. Las estrechas cejas de Hiram se arrugaron, considerando el asunto.

—¿Qué ofrecería usted como garantía de la seguridad de la señora? —le preguntó a Brown.

—Una docena de toneles de cerveza y tres docenas de pieles de la mejor calidad —respondió de inmediato Brown—. ¡Cuatro docenas! —El entusiasmo resplandeció en sus ojos, y casi no pudo evitar que en su voz no se notara el ansia

de prenderme. Tuve la convicción repentina y desagradable de que, si bien mi muerte era su objetivo final, no era su intención que ésta fuera rápida, a menos que las circunstancias lo exigieran.

—Para ti, *breugaire*, vale mucho más que eso vengarte de mí con su muerte —dijo Jamie en tono firme.

Hiram miró a uno y luego al otro, sin saber qué hacer. Yo clavé los ojos en la multitud, manteniendo una expresión impasible.

Hadía unas pocas caras amigas, que trataban de averiguar cómo intervenir. Kenny y sus hermanos, Murdo y Evan, estaban agrupados a un lado, con las manos en las dagas y una expresión de resolución en el rostro. Yo no sabía si Richard Brown había escogido el momento adecuado o simplemente había tenido suerte. Ian se había marchado a cazar con sus amigos cherokee. Estaba claro que Arch también se había ido, o ya lo habría visto; Arch y su hacha nos habrían sido más que provechosos en ese momento.

Fergus y Marsali se habían marchado; ellos también habrían ayudado a contener la marea. Pero la ausencia más importante era la de Roger. Él era el único que había mantenido a los presbiterianos más o menos controlados desde el día de la acusación de Malva. Ahora podría haberlos intimidado, si hubiera estado allí.

La conversación había evolucionado de un intenso dramatismo a una riña triangular entre Jamie, Brown e Hiram; los dos primeros en una posición inflexible, y el pobre Hiram, totalmente inadecuado para esa función tratando de arbitrar. En la medida en que mis sentimientos me lo permitían, me compadecí de él.

—¡Llevadlo! —gritó una voz de pronto. Allan Christie se abrió paso al frente de la muchedumbre y señaló a Jamie—. ¡Él fue quien mancilló a mi hermana, él fue quien la mató! ¡Si vais a llevar a juicio a alguien, que sea a él!

Se oyó un murmullo de aprobación, y vi que John MacNeill y el joven Hugh Abernathy se acercaban, mirando inquietos a Jamie.

—¡No, es ella! —exclamó la voz de una mujer, aguda y estridente. Era una de las esposas de los pescadores; me apuntó con un dedo, el rostro hundido de maldad—. ¡Un hombre podría matar a una muchacha a la que ha preñado... pero ningún hombre haría algo tan perverso como robar a un bebé nonato de la matriz! ¡Sólo una bruja haría algo así, y a ella la hallaron con el cadáver en las manos!

Un susurro de condena saludó esas palabras. Tal vez los hombres me concedieran el beneficio de la duda, pero ninguna mujer lo haría.

—¡En nombre del Todopoderoso! —Hiram estaba perdiendo el control de la situación y el pánico empezaba a apoderarse de él. Alzó los ojos al cielo, en busca de inspiración... y en cierta forma la encontró—. ¡Llevémoslos a los dos! —dijo de pronto. Miró a Brown y luego a Jamie—. Llevémoslos a los dos —

repitió—. Usted irá para asegurarse de que su esposa no sufra ningún daño —le dijo a Jamie pausadamente—. Y si se comprueba que es inocente... —Su voz se interrumpió, como si acabara de darse cuenta de que lo que estaba diciendo era que, si se comprobaba que yo era inocente, entonces Jamie debía de ser culpable, y qué bueno sería tenerlo a mano para colgarlo de inmediato.

—Ella es inocente, y yo también, —Jamie hablaba sin vehemencia, repitiéndolo con tenacidad. No tenía ninguna esperanza verdadera de convencer a nadie; la única duda entre la multitud era quién de los dos era el culpable, o si habíamos conspirado juntos para destruir a Malva Christie.

De pronto, se volvió hacia la muchedumbre y les gritó en gaélico:

—¡Si nos entregáis a las manos de un extraño, entonces nuestra sangre caerá sobre vuestras cabezas y responderéis por nuestras vidas el día del Juicio Final!

Un repentino silencio cayó sobre la multitud ante esas palabras. Los hombres miraban con inquietud a sus vecinos, examinando a Brown y sus lacayos con ojos llenos de duda.

Eran conocidos en la comunidad, pero extraños —Sassenach— en el sentido escocés. Yo también, y además una bruja, por si eso fuera poco, Jamie podría ser un libidinoso, un violador y un asesino papista, pero al menos no era un extraño.

El hombre al que yo había disparado me sonreía con expresión malévola por encima del hombro de Brown; no le había hecho más que un rasguño, por desgracia.

Un murmullo se elevaba entre la multitud: discusiones y polémicas. Vi que los hombres de Ardsuir empezaban a avanzar hacia el porche, abriéndose paso entre la muchedumbre. Los ojos de Kenny Lindsay estaban clavados en la cara de Jamie, y sentí que éste respiraba profundamente.

Pelearían por él, si se lo pedía. Pero eran demasiado pocos y mal armados. No ganarían, y había mujeres y niños en la multitud. Hacer entrar en acción a sus hombres no provocaría más que un disturbio sangriento, y él cargaría con la muerte de inocentes en su conciencia. Era una carga que no podía soportar, al menos en ese momento.

Lo vi llegar a esta conclusión y su boca se tensó. Yo no tenía idea de lo que él pensaba hacer, pero alguien se le adelantó. Hubo un movimiento en el borde de la multitud; la gente se volvió a mirar, luego se paralizó, repentinamente enmudecida.

Thomas Christie apareció entre la gente; a pesar de la oscuridad y de la vacilante luz de las antorchas, supe de inmediato que era él. Caminaba como un anciano, encorvado y con paso titubeante, sin mirar a nadie. La multitud le abrió paso de inmediato, respetuosa de su pena.

Esa pena se veía claramente en su rostro. Se había dejado crecer la barba y el pelo, que llevaba despeinado, y ambos estaban enmarañados y apelmazados.

Tenía unas profundas ojeras y los ojos inyectados en sangre, y las líneas que iban de la nariz a la boca eran como surcos negros en la barba. Pero esos ojos, por otra parte, eran vivaces, alertas e inteligentes. Atravesó la multitud, más allá de su hijo, y subió los peldaños del porche.

—Yo los acompañaré a Hillsboro —dijo con voz queda—. Llevaoslos a los dos, si eso es lo que queréis... pero yo viajaré con ellos, para asegurarme de que no haya más muertes. Sin duda, si a alguien le corresponde hacer justicia, es a mí.

Brown pareció muy desconcertado por esta declaración; era evidente que no era eso lo que tenía en mente. Pero la multitud adoptó de inmediato una actitud de aprobación, murmurando su acuerdo. Todos sentían una profunda compasión y respeto por Tom Christie a partir del asesinato de su hija, y la sensación general era que este gesto revelaba en él una extraordinaria magnanimidad.

Y era cierto, puesto que, probablemente, acababa de salvarnos la vida al menos por el momento. A juzgar por la expresión de su mirada, Jamie habría preferido comprobar qué posibilidades tenía de matar a Brown pero se daba cuenta de que a veces no se está en situación de exigir nada, y accedió con la mayor dignidad posible, asintiendo con la cabeza.

La mirada de Christie descansó sobre mí un momento, luego se volvió hacia Jamie.

—Si le parece conveniente, señor Fraser, tal vez será mejor que partamos por la mañana. No hay razón por la que usted y su esposa no puedan descansar en su propia cama.

Jamie le hizo una reverencia.

—Se lo agradezco, señor —dijo con gran formalidad. Christie le devolvió el gesto, luego se volvió y descendió los peldaños, sin prestar la más mínima atención a Richard Brown, que parecía irritado y confundido.

Vi que Kenny Lindsay encorvaba los hombros de alivio. Luego Jamie puso su mano bajo mi codo y nos volvimos, entrando en nuestra casa para la que tal vez fuera la última noche que pasariamos bajo su techo.

En la estela del escándalo

La lluvia que había amenazado con caer llegó por la noche, y el día amaneció gris, lúgubre y húmedo. La señora Bug se encontraba en un estado similar, sorbiéndose la nariz contra el delantal y repitiendo una y otra vez:

—¡Oh, si Arch hubiese estado aquí! Pero no pude encontrar a nadie excepto a Kenny Lindsay, y para cuando él corrió a buscar a MacNeill y a Abernathy...

—No te preocupes por eso, *a leannan* —dijo Jamie, y la besó con afecto—. Tal vez sea lo mejor. Nadie ha sufrido ningún daño, la casa todavía está en pie...

—Miró con nostalgia las vigas del lecho, que él mismo había tallado— y es posible que pronto resolvamos este terrible asunto, si Dios quiere.

—Si Dios quiere —repitió ella santiguándose—. He preparado un poco de comida, para que no se mueran de hambre en el camino, señor.

Richard Brown y sus hombres se habían refugiado bajo los árboles lo mejor que habían podido; nadie les había ofrecido hospitalidad, lo que era un claro indicio de su falta de popularidad, teniendo en cuenta cómo eran los hábitos de las Highlands en esos asuntos. Pero también era un claro indicio de nuestra propia falla de popularidad el hecho de que le permitieran arrestarnos a un tipo como Brown.

En consecuencia, los hombres de Brown estaban empapados, mal alimentados, sin haber dormido, e irritables. Yo tampoco había dormido, pero al menos había desayunado, estaba caliente y —por el momento— seca, lo que me hizo sentirme un poco mejor, aunque mi corazón dio un vuelco y mis huesos se llenaron de plomo cuando llegamos al inicio del sendero, miré hacia atrás a la casa, al otro lado del claro, y vi a la señora Bug de pie y saludándose desde el porche. Le devolví el saludo y luego mi caballo se zambulló en la oscuridad de los árboles chorreadores.

Fue un viaje triste, y en su mayor parte silencioso. Jamie y yo cabalgamos bastante cerca el uno del otro, pero no podíamos hablar de nada importante, por miedo a que los hombres de Brown nos oyieran. En cuanto a Richard Brown, había perdido seriamente la compostura.

Estaba bastante claro que él jamás había tenido intención de llevarme a ningún lado para que me juzgasen, sino que simplemente había usado ese pretexto como medio para vengarse de Jamie por la muerte de Lionel; sólo Dios sabía qué habría hecho si supiera lo que había ocurrido realmente con su hermano, teniendo a la señora Bug al alcance de la mano. Pero, con la presencia de Tom Christie, estaba obligado a llevarnos a Hillsboro.

Tom Christie cabalgaba con el rostro ensimismado, sin hablar con nadie.

El hombre al que Jamie le había cortado la cara no estaba allí; supuse que habría regresado a Brownsville. Pero el caballero al que yo había disparado seguía con nosotros.

No sabía cuán grave era la herida, ni tampoco si la bala había penetrado o sólo le había rozado un costado. No estaba incapacitado, pero era claro, por la forma en que se encorvaba hacia un lado y por las contorsiones que aparecían cada tanto en su rostro, que estaba dolorido.

Titubeé durante un tiempo. Había traído conmigo un pequeño botiquín, así como unas alforjas y un catre de campaña. Dadas las circunstancias, mi sentido de compasión hacia aquel hombre era relativamente escaso. Por otra parte, el instinto era fuerte, y, como le expliqué a Jamie en voz baja cuando paramos para acampar y pasar la noche, las cosas no mejorarían si aquel hombre moría a causa de una infección.

Cobré ánimo para ofrecerme a examinarlo y vendarle la herida apenas se presentase la oportunidad. El hombre —al parecer, se llamaba Ezra— estaba a cargo de distribuir cuencos de comida a la hora de la cena, y aguardé junto al pino bajo el que Jamie y yo nos habíamos refugiado, con la intención de hablarle con amabilidad cuando nos trajera nuestra comida.

Se acercó, con un cuenco en cada mano y los hombros encorvados bajo un abrigo de cuero que lo protegía de la lluvia. Pero antes de que pudiera decirle nada, me dirigió una sonrisa desagradable, escupió con fuerza en un cuenco y me lo pasó. El otro lo dejó caer a los pies de Jamie, salpicándole las piernas con guiso de venado seco.

—Oh —dijo con una expresión mansa, y giró sobre sus talones.

Jamie se sacudió, como una gran serpiente enroscándose, pero yo le cogí el brazo antes de que pudiera golpearlo.

—No importa —dije y añadí—: Que se pudra.

La cabeza del hombre giró de repente, con los ojos muy abiertos.

—Que se pudra —repetí, mirándolo. Ya había visto el rubor de la fiebre en su cara cuando se acercó, y captado el débil y dulce aroma del pus.

Ezra parecía completamente desconcertado. Volvió corriendo al fuego chisporroteante y se negó a mirar en mi dirección.

Yo todavía tenía en la mano el cuenco que él me había dado y, para mi sorpresa, alguien me lo quitó. Tom Christie arrojó el contenido en los arbustos y me pasó el suyo; luego se alejó sin decir palabra.

—Pero... —comencé a decirle, con la intención de devolvérselo. No nos moríamos de hambre, gracias al «poco de comida» de la señora Bug, que ocupaba toda una alforja. Pero me detuvo la mano de Jamie en mi brazo.

—Cómetelo, Sassenach —dijo—. Lo ha hecho con buena intención.

Más que buena, pensé. Yo sentía sobre mí las miradas hostiles de los hombres

que rodeaban el fuego. Notaba un nudo en la garganta y no tenía apetito, pero saqué mi cuchara del bolsillo y comí.

Bajo una cicuta cercana, Tom Christie se había envuelto en una manta y se había tumbado solo, con el sombrero cubriendo la cara.

Llovió durante todo el trayecto a Salisbury. Una vez allí, encontramos refugio en una posada. Jamie había traído todo el dinero en metálico que nos quedaba y, en consecuencia, pudimos pagarnos una habitación. Brown apostó a un guardia en la escalera.

Me quedé frente al fuego con mi enagua, habiendo dejado el abrigo y el vestido tendidos sobre un banco para que se secaran.

—¿Sabes? —observé—. Richard Brown no había previsto nada de esto. ¿A quién piensa entregarnos, exactamente?

—Al alguacil del condado —respondió Jamie, desatándose el pelo y sacudiéndolo sobre el hogar—. O, si eso no es posible, a un juez de paz, tal vez.

—Sí, pero ¿luego qué? No tiene pruebas... ni testigos. ¿Cómo puede celebrarse algo aunque sólo sea parecido a un juicio?

Jamie me miró con curiosidad.

—Jamás te han juzgado por nada, ¿verdad, Sassenach?

—Sabes que no.

—A mí, sí. Por traición.

—¿Si? ¿Y qué ocurrió?

—Me hicieron ponerme en pie y me preguntaron mi nombre. Lo dije, el juez murmuró algo a sus amigos, y luego declaró: «Condenado. Cadena perpetua. Ponedle los grilletes». Me sacaron al patio del tribunal e hicieron que un herrero me pusiera grilletes en las muñecas. Al día siguiente comenzamos la caminata hasta Ardsuir.

—¿Te hicieron caminar hasta allí? ¿Desde Inverness?

—No tenía mucha prisa por llegar, Sassenach.

Tomé un profundo aliento, tratando de mantener a raya la sensación de vértigo en la boca de mi estómago.

—Ya veo. Bueno... pero, seguramente... un as-s-sesinato... —pensé que podría decirlo sin tartamudear, pero no lo logré— tendría que fallarse en un juicio por jurado, ¿no?

—Es posible, y sin duda yo insistiré en ello, si las cosas llegan tan lejos. El señor Brown parece pensar que así lo harán; le está contando la historia a todos en el bar, convirtiéndonos en monstruos depravados. Lo que debo decir que no es una gran hazaña, teniendo en cuenta las circunstancias.

Apreté los labios, para evitar responder de manera impulsiva. Era consciente de que él tenía claro que yo no había tenido elección; él sabía que yo sabía que él no había tenido nada que ver con Malva en primer lugar; pero no pude evitar

percibir una sensación de culpa en ambas direcciones, por ese desesperado atolladero en el que nos encontrábamos. Tanto por lo que había ocurrido después como por la misma muerte de Malva, aunque Dios sabía que yo habría dado cualquier cosa por hacerla revivir.

Me di cuenta de que él tenía razón respecto de Brown. Cuando estaba mojada y con frío había prestado poca atención a los ruidos provenientes del bar, en la planta inferior, pero luego oí la voz de Brown, que resonaba en la chimenea y era evidente que estaba haciendo exactamente lo que Jamie había dicho: manchando nuestras reputaciones, contándolo todo de modo que pareciera que él y su comité de seguridad habían asumido la tarea de apresarnos y entregarnos a la justicia. Y, de la misma manera, generando prejuicios en cualquier miembro potencial del jurado, asegurándose de que la historia se difundiera con sus detalles más escabrosos.

—¿Hay algo que podamos hacer? —pregunté.

Él asintió y sacó una camisa limpia de la alforja.

—Bajar a cenar y parecernos lo menos posible a unos asesinos depravados, *a nighean*.

—De acuerdo —respondí y, con un suspiro, saqué el gorro con adornos de cintas que había guardado.

No debería haberme sorprendido. Había vivido lo suficiente como para tener una visión bastante cínica de la naturaleza humana, y había vivido lo suficiente en esa época como para saber cuán directamente se expresaba la opinión pública. Y sin embargo, me asombré cuando la primera piedra me acertó en el muslo.

Estábamos al sur de Hillsboro. El tiempo seguía húmedo, los caminos embarrados, y el viaje difícil. Creo que Richard Brown hubiera estado encantado de entregarnos al alguacil del condado de Rowan, si tal persona hubiera estado disponible. Pero le informaron de que el puesto estaba vacante y que el último ocupante había huido de prisa de la noche a la mañana y aún no se había encontrado a nadie dispuesto a reemplazarlo.

Deduje que se trataba de una cuestión política, puesto que el último alguacil se había inclinado por la independencia, mientras que la mayoría de los habitantes del condado seguían albergando fuertes sentimientos leales a la Corona. No averigüé los detalles del incidente que había generado la apresurada partida del último alguacil, pero las tabernas y las posadas cercanas de Hillsboro zumbaban como nidos de avispas como consecuencia. El tribunal superior había dejado de reunirse unos meses antes, y los jueces que lo atendían consideraban que era demasiado peligroso presentarse tal y como estaban las cosas. El único juez de paz que pudo encontrar se negó de lleno a tenernos bajo custodia, además de informarle a Brown de que su vida corría peligro si se implicaba en cualquier polémica.

—Pero ¡no tiene nada que ver con la política! —le había gritado Brown, frustrado—. ¡Es un asesinato, por el amor de Dios...! ¡Un simple asesinato!

—Hoy en día todo es político, señor —le explicó tristemente el juez de paz, un tal Harvey Mickelgrass, meneando la cabeza—. Yo no me arriesgaría a ocuparme siquiera de un caso de ebriedad y escándalo, por miedo a que echaran mi casa abajo y dejaran viuda a mi esposa. El alguacil intentó vender su puesto, pero no pudo encontrar a nadie interesado en comprarlo. No, señor... tendrá usted que dirigirse a otra parte.

Brown no podía de ninguna manera llevarnos a Cross Creek o a Campbelton, donde la influencia de Jocasta Cameron era importante, y donde el juez local era su buen amigo, Farquard Campbell. De modo que pusimos rumbo al sur, en dirección a Wilmington.

Los hombres de Brown estaban desalentados; habían esperado un simple linchamiento y el incendio de una casa, tal vez algún que otro saqueo, pero no ese viaje prolongado y tedioso de un lugar a otro. Su ánimo se hundió todavía más cuando Ezra, que venía aferrándose a su caballo mareado por la fiebre, de pronto cayó al camino y lo recogieron muerto.

No pedí permiso para examinar el cuerpo, y en cualquier caso no me lo habrían dado, pero, por la forma en que se tambaleaba, supuse que simplemente había perdido la conciencia, se había caído y se había roto el cuello. Pero unos cuantos de los otros lanzaron miradas de temor sincero hacia mí después de ese acontecimiento, y su entusiasmo por la aventura disminuyó de manera perceptible.

Richard Brown no desistió de su propósito; yo estaba segura de que nos habría disparado sin piedad mucho tiempo antes, de no ser por Tom Christie, mudo y gris en las brumas matinales del camino. Decía poco, y ese poco se limitaba a sus necesidades. Yo habría pensado que se movía mecánicamente, en la aturdidora niebla del dolor, si una noche no me hubiera vuelto, cuando estábamos acampando a la vera del camino, y hubiera visto sus ojos clavados en mí, con una mirada tan desnuda de angustia que aparté la vista rápidamente, sólo para ver a Jamie, sentado a mi lado, contemplando a Tom Christie con una expresión pensativa.

Pero, por la mayor parte, Christie mantenía una expresión impasible en el rostro. Y Richard Brown aprovechaba cada oportunidad de difundir su versión del relato del asesinato de Malva, tal vez tanto para zaherir a Christie, contándoselo una y otra vez, como para generar un efecto en nuestras reputaciones.

En cualquier caso, no debería haberme sorprendido cuando nos apedrearon en un pequeño caserío sin nombre al sur de Hillsboro, pero me sorprendí. Estuve a punto de caerme del caballo, porque estaba perdiendo el equilibrio; otra piedra me dio en el muslo, y otra en el pecho, quitándome el aliento, y cuando otra más rebotó dolorosamente en mi cabeza, solté las riendas, mientras el caballo,

atemorizado, saltaba y giraba, salí volando y aterricé en el suelo con un golpe que me sacudió todos los huesos.

Debería haber estado aterrorizada; de hecho, estaba furiosa. La piedra que me había dado en la cabeza se había desviado, gracias al espesor de mi pelo y al gorro que llevaba puesto, pero me había dejado el irritante dolor de una bofetada o un pellizco. Me puse en pie instintivamente, tambaleándome, y pude ver a un muchacho que se burlaba desde la orilla, gritando y bailando. Me abalancé sobre él, le agarré el pie y tiré.

Él soltó un alarido, resbaló y cayó sobre mí. Golpeamos el suelo juntos y rodamos en un remolino de faldas y capas. Yo era más vieja, más pesada y estaba completamente enloquecida. Todo el temor, la angustia y la incertidumbre de las últimas semanas se convirtieron en un hervor instantáneo, y le golpeé su cara burlona, dos veces, con toda la fuerza que pude. Sentí que algo se rompía en mi mano y el dolor me atravesó el brazo.

Él lanzó un aullido y se retorció para escaparse; era más pequeño que yo, pero el pánico le había dado fuerzas. Me esforcé por seguir apresándolo, lo agarré de los pelos y él movió los brazos para devolverme el golpe, me tiró el gorro, me cogió del pelo y tiró con fuerza.

El dolor reavivó mi furia y le clavé un rodillazo en el lugar que pude, una vez, y luego otra, buscando sin ver sus partes blandas. Su boca se abrió en una muda «O» y sus ojos sobresalieron; relajó los dedos y me soltó el pelo; entonces yo me alcé sobre él y lo abofeteé con toda mi fuerza.

De pronto, una gran roca me acertó en el hombro con un golpe brutal y caí de costado por el impacto. Traté de volver a pegarle, pero no podía levantar el brazo izquierdo. Jadeando y sollozando, él consiguió soltarse y se alejó a gatas, sangrando por la nariz. De rodillas yo también, me giré para mirarlo, y me encontré con los ojos de un joven, con una expresión intensa en la cara y los ojos ardientes de entusiasmo, con una piedra en la mano lista para lanzarla.

Me acertó en el pómulo y yo me tambaleé, mientras se me nublaba la vista. Luego algo muy grande me golpeó desde atrás, y me encontré de cara contra el suelo, aplastada por el peso de un cuerpo sobre el mío. Era Jamie, me di cuenta por el jadeante «Madre santa». Su cuerpo se agitó cuando las piedras le acertaron; yo podía oír el espantoso ruido que hacían al chocar contra su piel.

Había mucho grriterío. Oí la voz ronca de Tom Christie, luego un disparo aislado. Más gritos, pero de otra clase. Uno o dos golpes sordos, de piedras que caían en la tierra cerca de nosotros, y un último gruñido de Jamie cuando una le dio de lleno.

Permanecimos tumbados unos momentos, y de pronto cobré conciencia de las incómodas púas de una planta que había quedado aplastada bajo mi mejilla, y del aroma penetrante y amargo de sus hojas en mi nariz.

Luego Jamie se incorporó, lentamente, tomando aliento de manera

entrecortada, y yo me levanté a mi vez, sosteniéndome con un brazo tembloroso. Tenía la mejilla hinchada y el hombro me latía, pero no había tiempo de prestar atención a eso.

—¿Te encuentras bien?

Jamie se estaba levantando, pero de pronto volvió a sentarse. Estaba pálido, y un hilo de sangre le caía por un lado de la cara, debido a un corte que tenía en el cuero cabelludo, pero asintió y se llevó una mano al costado.

—Sí, estoy bien —dijo, pero con un jadeo que me indicó que era muy probable que tuviera las costillas fisuradas—. ¿Cómo te encuentras tú, Sassenach?

—Bien. —Consegui ponerme en pie, temblando.

Los hombres de Brown se habían dispersado, algunos persiguiendo los caballos que habían huido durante la trifulca, otros maldiciendo, reuniendo los restos de sus pertenencias en el camino. Tom Christie se encontraba junto al sendero, vomitando entre los arbustos. Richard Brown estaba bajo un árbol, observando, con la cara blanca. Me miró con furia, luego apartó la mirada.

No paramos en ninguna otra taberna en el camino.

Huida a la luz de la luna

—Si vas a pegarle a alguien, Sassenach, le conviene hacerlo en las partes blandas. Hay demasiados huesos en la cara. Y luego tienes que tener en cuenta los dientes.

Jamie extendió los dedos y le presionó suavemente los nudillos heridos e hinchados, y ella exhaló entre dientes.

—Muchas gracias por el consejo. Y tú, ¿cuántas veces te has roto la mano pegándole a alguien?

Él sintió el impulso de echarse a reír: la visión de ella golpeando al muchacho con furia descontrolada, con el pelo ondeando al viento y una mirada sanguinaria en los ojos, era algo que guardaría para siempre. Pero no lo hizo.

—No te has roto la mano, *a nighean*.

—¿Cómo lo sabes? —replicó ella—. Yo soy la doctora aquí.

—Si te la hubieras roto —dijo—, estarías pálida y vomitando; no tendrías la cara tan roja ni estarías tan irritada.

—¡Irritada, y una mierda!

Ella soltó la mano y lo miró con furia al tiempo que la apretaba contra sus senos. En realidad sólo estaba un poco sonrojada, y muy atractiva, con su pelo rizándose en una salvaje mata alrededor de la cabeza. Uno de los hombres de Brown había recogido el gorro caído después del ataque y se lo había ofrecido tímidamente. Enfurecida, ella se lo había quitado de las manos y lo había guardado con violencia en una alforja.

—¿Tienes hambre, muchacha?

—Sí —admitió ella, consciente como él de que los tipos con algún hueso roto por lo general no sentían mucho apetito inmediatamente, aunque comían con una voracidad asombrosa una vez que el dolor disminuía.

Él hurgó en la alforja, bendiciendo a la señora Bug cuando sacó un puñado de albaricoques desecados y una gran cuña de queso de cabra. Los hombres de Brown estaban cocinando algo junto al fuego, pero desde la primera noche él y Claire no habían tocado otra comida que la que ellos mismos habían traído.

Jamie se preguntó cuánto duraría esa farsa, al tiempo que cortaba un poco de queso y se lo pasaba a su esposa. Tenían comida tal vez para una semana, si la racionaban. Quizá el tiempo suficiente para llegar a la costa, si seguía haciendo buen tiempo. Y luego ¿qué?

Desde el principio había estado seguro de que Brown no tenía ningún plan y estaba intentando lidiar con una situación que se le había ido de las manos. Brown

tenía ambición, codicia y un respetable sentido de la venganza, pero casi ninguna capacidad de anticipación.

Y de pronto se encontraba teniendo que cargar con ellos dos, obligarlo a trasladarse de un sitio a otro. La mitad de sus hombres habían resultado heridos por las piedras lanzadas. Jamie, reflexivamente, se tocó un hematoma grande y doloroso que tenía en la punta del codo.

Él, por su parte, no tenía alternativa; ahora Brown tampoco. Sus hombres estaban cada vez más inquietos; tenían cultivos que atender y no habían esperado tener que formar parte de lo que veían como una misión irrealizable y ridícula.

Podría intentar huir solo. Pero luego ¿qué? No podía dejar a Claire en manos de Brown e, incluso si consiguiera sacarla de allí, tampoco era conveniente regresar al cerro, tal como estaban las cosas; hacerlo implicaría volver a encontrarse de nuevo en el ojo del huracán.

Suspiró, luego contuvo el aliento y lo soltó delicadamente. No creía que tuviera las costillas fracturadas, pero le dolían.

—Espero que tengas un poco de ungüento —dijo.

—Sí, desde luego. —Ella tragó el pedacito de queso y buscó en la bolsa—. Te pondré un poco en el corte que tienes en la cabeza.

Él se lo permitió, pero luego insistió en untarle la mano a ella. Claire replicó diciendo que se encontraba perfectamente, que deberían guardar el ungüento por si había que utilizarlo más adelante, pero de todas formas le dejó cogerle la mano y esparcir la crema de olor dulce por sus nudillos, sintiendo la dureza de los huesos finos y pequeños de su mano bajo los dedos de él.

Ella detestaba tanto estar indefensa... pero la armadura de la furia justificada estaba esfumándose, y si bien seguía mirando con una expresión feroz a Brown y a sus hombres, Jamie se dio cuenta de que su esposa tenía miedo. Y con razón.

Brown estaba nervioso y no podía quedarse quieto. Se movía de un lado a otro, hablando con un hombre y luego con el siguiente, aunque no hiciera falta; verificaba innecesariamente los caballos atados, se servía una taza de achicoria y la sujetaba sin beber hasta que se enfriaba, y luego la arrojaba a los arbustos. Y, todo el tiempo, su mirada se posaba en ellos.

Brown era impetuoso y tenía pocas luces. Pero a Jamie le parecía que no era del todo estúpido. Y estaba claro que se había dado cuenta de que su estrategia de difundir cotilleos y escándalos concernientes a sus prisioneros con el objetivo de ponerlos en peligro tenía varias deficiencias graves, teniendo en cuenta que él estaba obligado a mantenerse muy cerca de los mencionados prisioneros.

Una vez terminada su frugal cena, Jamie se tumbó con cuidado y Claire se acurrucó a su lado en posición fetal, en busca de consuelo. Pelear era una actividad agotadora; lo mismo ocurría con el miedo; ella se quedó dormida en pocos minutos. Jamie sintió el agujón del sueño, pero aún no quería rendirse a él, así que se dedicó a recitar algunos de los poemas que Brianna le había enseñado

le gustaba bastante aquel sobre el platero de Boston que corría a Lexington a dar la alarma.

El grupo comenzaba a instalarse para pasar la noche. Brown se había sentado y miraba el suelo con expresión oscura, pero luego se puso en pie de un salto y empezó a caminar hacia un lado y hacia otro. En cambio. Christie casi no se movía, aunque tampoco se dispuso a tumbarse. Se sentó en una roca, con su cena prácticamente intacta.

Vio un movimiento fugaz cerca de la bota de Christie; un ratoncito, que trataba de acercarse al plato abandonado que estaba en el suelo.

A Jamie se le había ocurrido un par de días antes, de esa vaga manera en que uno reconoce un hecho que conocía inconscientemente desde hacía bastante tiempo, Tom Christie estaba enamorado de su esposa.

«Pobre infeliz», pensó. Seguramente Christie no creía que Claire tuviera algo que ver con la muerte de su hija; de lo contrario, no estaría allí. ¿Acaso pensaba que Jamie sí?

Se quedó tumbado, observando cómo el fuego jugaba por las demacradas facciones de Christie, que no dejaban entrever sus pensamientos. A algunos hombres podía leérselos como libros; Tom Christie no era uno de ellos. Pero si alguna vez él había visto a un hombre consumido delante de sus ojos...

¿Sería tan sólo por la fatalidad de su hija... o también porque necesitaba desesperadamente una mujer? Él ya lo había visto antes, ese roer del alma, y lo había experimentado. ¿O acaso Christie sí pensaba que Claire había matado a Malva o había estado implicada de alguna manera en su muerte? Ése sería un dilema para cualquier hombre honorable.

La necesidad de una mujer... la idea le hizo regresar al momento, y la percepción de que los sonidos que había estado oyendo en el bosque a sus espaldas ya estaban allí. Él se había dado cuenta, dos días antes, de que los seguían, pero la noche anterior habían acampado en un prado descubierto, donde sus perseguidores no podrían esconderse.

Moviéndose lentamente, pero sin intentar ser furtivo, se incorporó, cubrió a Claire con su capa y se internó en el bosque, como si sintiera una llamada de la naturaleza.

La luna era pálida y jorobada y había poca luz debajo de los árboles. Cerró los ojos y volvió a abrirlos al mundo de la oscuridad, ese lugar de figuras que carecían de dimensión y de un aire que albergaba espíritus. Pero no fue un espíritu lo que salió de detrás de la silueta de un pino.

—Que el bendito Miguel nos defienda —dijo Jamie en voz baja.

—Que los benditos ejércitos de ángeles y arcángeles estén contigo, tío —le respondió Ian en el mismo tono—. Aunque creo que unos pocos reinos y dominios tampoco vendrían mal.

—Bueno, no sería yo quien se opusiera si la Divina Providencia tomara cartas

en el asunto —dijo Jamie, muy animado por la presencia allí de su sobrino—. Por mi parte, no tengo la menor idea de cómo salir de este estúpido atolladero.

Ian soltó un gruñido; Jamie vio que la cabeza de su sobrino se volvía y examinaba el débil resplandor del campamento. Sin decir una palabra, se internaron más en el bosque.

—No puedo estar fuera mucho tiempo, o vendrán a buscarme —dijo Jamie—. ¿Va todo bien en el cerro? Ian se encogió de hombros.

—Hay habladurías —respondió, en un tono de voz que indicaba que se refería a todo, desde el cotilleo de las ancianas a insultos que deben resolverse con violencia—. Pero aún no ha muerto nadie. ¿Qué debo hacer, tío Jamie?

—Richard Brown. Está pensando, y sólo Dios sabe a qué nos llevará eso.

—Piensa demasiado: esos hombres son peligrosos —señaló Ian, y se echó a reír.

—Sí, es cierto. Ha estado difundiendo la historia en todas las tabernas y las posadas por las que hemos pasado, supongo que con la esperanza de aumentar la indignación pública hasta el punto de que pueda convencer a algún funcionario estúpido de que se haga cargo de nosotros o, mejor aún, que pueda enardecer a una turba para que nos coja y nos cuelgue de inmediato, y resolver de ese modo su problema.

—¿Ah, sí? Bueno, tío, si eso es lo que tiene en mente, está dando resultado. No creerías las cosas que he oído, siguiéndote el rastro.

—Lo sé.

Jamie se estiró con delicadeza, calmando el dolor de sus costillas. Era sólo gracias a la Divina Providencia que las cosas no iban peor... eso y la furia de Claire, que había interrumpido el ataque cuando todos se detuvieron a mirar el espectáculo de ella abalanzándose sobre su atacante.

—Pero también se ha dado cuenta de que si quieras convertir a alguien en blanco, es sabio hacerse a un lado. Está pensando, como ya he dicho, si debería irse, o mandar a alguien...

—Yo os seguiré, entonces, y veré qué ocurre.

Jamie sintió, más que ver, el gesto de Ian. El joven se movió como si fuera a marcharse, pero vaciló.

—¿Estás seguro, tío, de que no sería mejor esperar un poco y luego huir? No hay helechos por aquí, pero podríamos refugiarnos en las colinas cercanas; estaríamos escondidos y a salvo antes del amanecer.

—No servirá de nada, Ian —dijo—. Seríamos fugitivos y sin duda pondrían precio a nuestras cabezas. Con toda la comarca ya vuelta en contra de nosotros... con acusaciones, artículos en periódicos sensacionalistas... La gente haría el trabajo de Brown en poco tiempo. Y, además, huir equivaldría a admitir nuestra culpabilidad.

Ian suspiró, pero expresó su acuerdo con un gesto.

—Bueno, pues —dijo. Dio un paso adelante y abrazó a Jamie, lo apretó con fuerza durante un instante y luego desapareció.

Jamie dejó escapar un largo suspiró por el dolor de sus costillas lastimadas.

—Que Dios te acompañe, Ian —le dijo; luego regresó al campamento.

Cuando volvió a tumbarse junto a su esposa, todo estaba en silencio. Los hombres dormían como troncos, cubiertos por sus mantas. Pero dos figuras permanecían junto a las brasas del fuego casi apagado, Richard Brown y Thomas Christie, cada uno sobre una roca, solos con sus pensamientos.

¿Tendría que despertar a Claire y contárselo? Reflexionó un momento, con la mejilla contra la cálida suavidad de su pelo, y, a regañadientes, decidió que no. Podría animarla un poco saber de la presencia de Ian, pero no quería arriesgarse a despertar las sospechas de Brown; y si éste percibía algún cambio en la actitud o en la expresión de Claire que le revelara que algo ocurría... no, mejor no. Al menos por el momento.

Echó un vistazo al suelo cerca de los pies de Christie y vio unos movimientos fugaces y escurridizos en la oscuridad: el ratón había traído a unos amigos para compartir el festín.

Cuarenta y seis habichuelas a mi favor

Al amanecer, Richard Brown ya no estaba. El resto de los hombres parecían deprimidos, pero resignados y, bajo el mando de un tipo rechoncho y taciturno, llamado Oakes, reanudamos nuestra marcha hacia el sur.

Algo había cambiado durante la noche; Jamie había perdido parte de la tensión que lo había absorbido desde nuestra partida del cerro. A pesar de lo tensa, dolorida y descorazonada que yo misma estaba, ese cambio me reconfortó ligeramente, aunque me preguntaba qué lo habría causado. ¿Sería lo mismo que había hecho que Richard Brown desapareciera de una manera tan misteriosa?

Pero Jamie no dijo nada, aparte de preguntar por mi mano, que estaba dolorida y tan rígida que me costó un poco flexionar los dedos. No dejó de vigilar a nuestros acompañantes, pero la disminución de la tensión también los había afectado a ellos: comencé a tener menos miedo de que de pronto perdieran la paciencia y nos atacaran.

Como si se correspondiera con esa atmósfera más relajada, el tiempo se despejó de repente, lo que hizo que todos se sintiesen algo más animados. Sin la constante malevolencia de Richard Brown, los otros hombres, al menos en ocasiones, se comportaban de una forma más decente. Como siempre ocurría, el tedio y las adversidades del viaje habían cansado a todos, de modo que bajábamos por los caminos llenos de polvo, en silencio, y unidos por el agotamiento, si no por otra cosa, al final de cada día.

Esa neutralidad se modificó de inmediato en Brunswick. Desde uno o dos días antes, estaba claro que Oakes anticipaba algo, y cuando llegamos a las primeras casas, vi que empezaba a suspirar de alivio.

No me sorprendí, por tanto, cuando nos detuvimos a refrescarnos en una taberna al borde de aquel asentamiento diminuto y semiabandonado y encontramos a Richard Brown aguardándonos. Sí fue una sorpresa cuando, sin más que una palabra murmurada de Brown, de pronto Oakes y dos más cogieron a Jamie, haciéndole tirar la taza que tenía en la mano y golpeándolo contra la pared del edificio.

Yo solté mi propia taza y me lancé sobre ellos, pero Richard Brown me cogió del hombro como una tenaza y me arrastró hacia los caballos.

—¡Suélteme! ¿Qué hace? ¡Suélteme, le digo!

Le propiné una patada y estuve cerca de arrancarle los ojos, pero él me agarró ambas muñecas y gritó a uno de los hombres que lo ayudara. Entre los

dos, me alzaron sobre un caballo montado por otro de los secuaces de Brown. Había bastante criterio donde estaba Jamie, y un alboroto general, lo que hizo que algunas personas salieran de la taberna a ver qué sucedía. Pero ninguno parecía dispuesto a meterse con un grupo numeroso de hombres armados.

Tom Christie protestaba a gritos: lo vi de reojo golpeándole a uno de los hombres en la espalda, pero sin que eso sirviera de nada. El hombre que estaba detrás de mí me cogió por la cintura y me apretó con fuerza, quitándome el aliento que me quedaba.

Luego empezamos a correr por el camino a toda velocidad, mientras Brunswick—y Jamie—desaparecían en el polvo.

Mis furiosas protestas, exigencias y preguntas no generaron respuesta alguna más allá de la orden de que me quedara callada, acompañada de otro apretón de advertencia por parte del brazo que me sujetaba.

Temblando de furia y terror me sometí y en ese momento, vi que Tom Christie seguía con nosotros, estremecido y perturbado.

—¡Tom! —grité—. ¡Tom, regrese! ¡No deje que maten a Jamie! ¡Por favor! Él miró en mi dirección, alarmado, se levantó en los estribos, y luego se volvió hacia Richard Brown gritando algo.

Brown meneó la cabeza, tiró de las riendas para que Christie pudiera ponerse a su altura e, inclinándose hacia él, le gritó algo que debió de pasar por una explicación. Era evidente que a Christie no le gustaba la situación, pero se sometió, frunciendo el ceño y echándose hacia atrás. Llevó a un costado la cabeza de su caballo y trazó un círculo para ponerse en una posición desde la que pudiera hablarme.

—No lo matarán ni le harán daño —dijo, levantando la voz para que pudiera oírse—. Brown me ha dado su palabra de honor.

—¿Y usted le cree, por el amor de Dios?

Pareció desconcertado. La indecisión se reflejó en sus facciones, pero luego apretó los labios y meneó la cabeza.

—Todo saldrá bien —aseguró, pero evitaba mis ojos, y, a pesar de mis continuados ruegos de que regresara, de que los hiciera parar, aminoró la marcha y se quedó atrás, de modo que ya no pude verlo.

La garganta me ardía de tanto gritar, y me dolía el estómago, apretado en un nudo de miedo. Nuestra velocidad había disminuido, una vez que dejamos atrás Brunswick, y me concentré en respirar; no hablaría hasta que estuviese segura de poder hacerlo sin que me temblara la voz.

—¿Adónde me llevan? —pregunté por fin. Me senté rígida en la montura, soportando una indeseada intimidad con el hombre detrás de mí.

—A New Bern —dijo, con un tono de lúgubre satisfacción—. Y allí, gracias a Dios, la haremos callar por fin.

El viaje a New Bern pasó en una bruma de temor, nerviosismo e incomodidad física. Si bien me preguntaba qué sería de mí, todas esas especulaciones quedaban ahogadas por mi inquietud sobre Jamie.

Tom Christie era mi única esperanza de averiguar algo, pero él me evitaba, mantenía las distancias, y eso a mí me resultaba tan alarmante como todo lo demás. Él estaba preocupado, incluso más desde la muerte de Malva, pero ya no tenía una expresión de sordo sufrimiento: su nerviosismo era patente. Yo tenía el terrible temor de que él supiera o sospechara que Jamie estaba muerto, pero que no quisiera admitirlo, ni a mí, ni a sí mismo.

Estaba claro que todos los hombres compartían la urgencia de mi captor de librarse de mí lo antes posible; nos deteníamos muy poco tiempo y sólo cuando era absolutamente necesario que los caballos descansaran. Me ofrecieron alimento, pero no pude comer. Cuando llegamos a New Bern, yo estaba totalmente agotada por el mero esfuerzo físico de la cabalgata, pero mucho más por la constante tensión de las preocupaciones.

La mayoría de los hombres se quedaron en una taberna en las afueras; Brown y uno de los otros me llevaron a través de las calles, acompañados por un Tom Christie mudo, hasta que por fin llegamos a una casa grande de ladrillos blanqueados. Era la residencia, como me informó Brown con vivo placer, del alguacil Tolliver... También la cárcel de la ciudad.

El alguacil, un tipo oscuramente apuesto, me examinó con una especie de especulación interesada, mezclada con un creciente desagrado al enterarse del crimen del que se me acusaba. Yo no hice ningún intento de desmentirlo o defenderme; la habitación se enfocaba y desenfocaba, y necesitaba toda mi atención para impedir que se me doblaran las rodillas.

Apenas oí la mayor parte del diálogo entre Brown y el alguacil. Pero al final, justo antes de que me llevaran a la casa, de pronto encontré a Tom Christie a mi lado.

—Señora Fraser —dijo en voz muy baja—. Créame, él está bien. Yo no quiero tener su muerte en mi conciencia... ni la suya. —Estaba mirándome directamente, por primera vez en... ¿días?, ¿semanas?... y la intensidad de aquellos ojos grises me resultó tanto desconcertante como extrañamente reconfortante—. Confie en Dios —susurró—. Él librará a los justos de los peligros. —Y con un fuerte e inesperado apretón de mi mano, desapareció.

Para ser una cárcel del siglo XVIII, podría haber sido peor. La celda de las mujeres consistía en una pequeña habitación en la parte trasera de la casa del alguacil, que probablemente había sido alguna clase de almacén en un principio. Las paredes estaban enyesadas, aunque algún ocupante con intenciones de fuga había arrancado un buen pedazo de escayola, antes de descubrir que debajo

había una capa de tablones, y debajo de eso una muralla impenetrable de ladrillos de barro cocido, que me confrontó de inmediato con su anodina impenetrabilidad cuando se abrió la puerta.

No había ventana alguna, pero una lámpara de aceite ardía en una repisa junto a la puerta, proyectando un mortecino haz de luz que alumbraba la franja de ladrillos desnudos pero que dejaba las esquinas de la habitación en penumbra. No pude ver el cubo para las necesidades nocturnas, pero lo había; el hedor agrio y espeso me picó en la nariz, y de inmediato comencé a respirar por la boca mientras el alguacil me empujaba hacia la sala. La puerta se cerró cuando entré y a continuación echaron la llave. Había un solo catre estrecho en las sombras, ocupado por un gran bulto bajo una manta deshilachada. El bulto se tomó su tiempo, pero por fin se agitó y se sentó, convirtiéndose en una mujer pequeña y regordeta, sin gorro y desaliñada por el sueño, que me miró parpadeando como un lirón.

—Eehh —dijo, y se frotó los ojos con los puños como un niño pequeño.

—Lamento mucho molestarla —dije con cortesía. El corazón ya no me latía tan de prisa, aunque todavía temblaba y me faltaba el aliento. Apreté las manos contra la puerta para que no siguieran temblando.

—No es nada —respondió, y bostezó de pronto como un hipopótamo. Pestañeando y chasqueando los labios, buscó en un bolsillo, extrajo un maltrecho par de lentes y se los puso con firmeza en la nariz. Tenía los ojos azules y muy ampliados por los lentes.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Claire Fraser —dije, observándola con los ojos entornados, por si también ella se había enterado de mi supuesto crimen. El hematoma en el pecho derecho que había dejado la piedra que me habían arrojado seguía visible, y comenzaba a amarilllear cerca del borde de mi vestido.

—Oh? —Parpadeó, como si estuviera tratando de ubicarme, pero evidentemente no lo logró, porque se encogió de hombros—. ¿Tienes dinero?

—Un poco. —Jamie me había obligado a coger casi todo el dinero; había una pequeña cantidad de monedas en el fondo de cada una de las bolsas que llevaba sujetas alrededor de la cintura, y un par de pagarés metidos dentro del corsé.

La mujer era bastante más baja que yo y parecía bastante fofa, con los pechos grandes y caídos, y varios michelines que aparecían en un vientre al que no sujetaba ningún corsé; sólo llevaba puesta una enagua; su vestido y su corsé colgaban de un clavo en la pared. Parecía inofensiva... y empecé a respirar con algo más de facilidad, comenzando a entender que me encontraba a salvo por el momento.

La otra prisionera no hizo ningún movimiento ofensivo hacia mí, pero saltó de la cama y sus pies descalzos golpearon con suavidad en lo que en ese momento me di cuenta que era una capa entretejida de paja mohosa.

—Bueno, llame a la vieja carroza y mande traer un poco de Holanda, pues, adelante...

—¿A la... quién?

En lugar de responder, avanzó pesadamente hasta la puerta, la golpeó y empezó a gritar:

—¡Señora Tolliver! ¡Señora Tolliver!

La puerta se abrió casi de inmediato, dejando ver a una mujer alta y delgada, que parecía una cigüeña enfadada.

—En serio, señora Ferguson —dijo—. Deje ya de fastidiar. Sólo he venido a presentarle mis respetos a la señora Fraser. —Le dio la espalda a la señora Ferguson con una dignidad magistral e inclinó la cabeza unos centímetros en mi dirección—. Señora Fraser, soy la señora Tolliver.

Tenía una fracción de segundo para decidir cómo reaccionar, y escogí la actitud prudente —aunque mortificante— de una sumisión delicada, haciéndole una reverencia como si se tratara de la esposa del gobernador.

—Señora Tolliver —murmuré—, muy amable de su parte.

Ella se retorció y aguzó la mirada, como un pájaro vigilando el recorrido oculto de un gusano en la hierba, pero a esas alturas yo podía controlar mis facciones y ella se relajó al no detectar ningún rastro de sarcasmo.

—De nada —dijo con una helada cortesía—. Yo me ocuparé de que no le falte de nada y le explicaré nuestras costumbres. Recibirá usted una comida al día, a menos que desee mandar a comprar más a la despensa, pagando de su propio bolsillo, claro. Le traeré un cuenco para lavarse una vez al día. Usted deberá vaciar el orinal. Y...

—Oh, métete tus costumbres donde te quepan. Maisie —dijo la señora Ferguson—. Ella tiene dinero. Tráenos una botella de ginebra, sé buena, y luego, si es necesario, puedes explicarle cómo son las cosas.

La señora Tolliver se tensó en un gesto de desaprobación, pero sus ojos volvieron a torcerse hacia mí, brillantes bajo la débil luz de la lámpara de aceite. Arriesgué un gesto vacilante hacia mi bolsa, y su labio inferior se frunció. Miró por encima de su hombro y se me acercó rápidamente.

—Un chelín, entonces —susurró. Dejé caer la moneda en su palma, que desapareció de inmediato bajo su delantal—. Es tarde para la cena —anunció en su habitual tono de desaprobación, echándose hacia atrás—. Sin embargo, como acaba de llegar, haré una excepción y le traeré algo.

—Muy amable de su parte —volví a decir.

La puerta se cerró firmemente cuando ella salió, dejándonos sin luz ni aire, y la llave giró en la cerradura.

Ese sonido me provocó una minúscula chispa de pánico, y golpeé el suelo con fuerza. Me sentía como un pellejo desecado, llena hasta los ojos con la yesca del temor, la incertidumbre y la pérdida. No hacía falta más que una chispa para

encender todo eso y hacerme arder hasta las cenizas... y ni yo ni Jamie podíamos darnos ese lujo.

—¿Ella bebe? —pregunté, volviéndome hacia mi nueva compañera de cuarto, tratando de aparentar serenidad.

—¿Conoces a alguien que no lo haga, si se le da la oportunidad? —preguntó la señora Ferguson en tono razonable. Se rascó las costillas—. Fraser, has dicho. ¿No eres tú la que...?

—En efecto —dije, en un tono bastante grosero—. No deseo hablar de eso. Alzó las cejas, pero asintió con ecuanimidad.

—Como quieras —dijo—. ¿Eres buena con la baraja?

—Loo o whist? —pregunté, recelosa.

—¿Conoces un juego llamado brag?

—No.

—No importa. Yo te enseño. —Buscó bajo el colchón y extrajo un mazo de naipes bastante raído. Luego mezcló las cartas con pericia, agitándolas con delicadeza bajo su nariz mientras me sonreía.

—No me lo digas —dije—. ¿Estás aquí por hacer trampas a las cartas?

—¿Trampas? ¿Yo? De ninguna manera —dijo—. Falsificación.

Me eché a reír, lo que me sorprendió bastante. Todavía me sentía mareada pero, definitivamente, la señora Ferguson estaba resultando ser una distracción muy bienvenida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —pregunté.

Ella se rascó la cabeza, se dio cuenta de que no llevaba gorro, y giró para coger uno de entre las arrugadas mantas.

—Oh... un mes, más o menos.

Mientras se colocaba el gorro harapiento, señaló con un gesto la jamba de la puerta. Me volví para mirar y vi que tenía docenas de muescas talladas, algunas viejas y oscuras, llenas de tierra, otras recientes, que dejaban entrever la madera amarilla. Ver esas marcas hizo que el estómago me diera un vuelco, pero respiré hondo y les di la espalda.

—¿Ya te han juzgado?

—No, gracias a Dios, Maisie me ha contado que el tribunal está cerrado; todos los jueces han huido. No han juzgado a nadie en los últimos dos meses.

Eso no era una buena noticia. Evidentemente, el pensamiento se reflejó en mi cara, porque ella se inclinó hacia adelante y me palmeó el brazo en un gesto de compasión.

—Si estuviera en tus zapatos, yo no me apresuraría, querida. Si no te han juzgado, no pueden colgarte. Y si bien he conocido a algunos que dicen que tanto esperar los mataría, jamás he visto a nadie morir de eso. Pero sí los he visto morir en un extremo de la cuerda. Un asunto muy desagradable.

Hablaban casi sin darle importancia, pero su propia mano se elevó, como por

decisión propia, y tocó la carne blanca y blanda de su cuello. Tragó saliva, y el minúsculo bulto de su nuez de Adán subió y luego volvió a bajar.

Yo también tragué saliva, con una desagradable sensación de algo que me apretaba mi propia garganta.

—Pero soy inocente —declaré.

—Claro que sí —dijo categóricamente—. Mantente en tus trece, querida... ¡no dejes que te intimiden y te hagan admitir nada!

—No lo haré —le aseguré secamente.

—Uno de estos días, es probable que venga una turba aquí —dijo—, y colgarán al alguacil, si no se entera antes. Tolliver no es muy querido.

—No entiendo por qué, un tipo tan encantador como él...

No estaba segura de cómo me sentía ante la perspectiva de que una turba invadiera la casa. Colgar al alguacil Tolliver estaría bien, si era sólo eso... pero con el recuerdo de las muchedumbres hostiles en Salisbury y Hillsboro fresco en la mente, no estaba segura de que se limitaran al alguacil. Morir a manos de una turba no era preferible al asesinato judicial más lento al que probablemente debería enfrentarme. Aunque suponía que siempre había posibilidades de escapar entre una masa de gente.

« ¿Y adónde iría, en ese caso? », me dije.

Sin tener una buena respuesta para mi pregunta, la aparté al fondo de mi mente y volví mi atención a la señora Ferguson, que todavía tenía las cartas en la mano en un gesto invitador.

—De acuerdo —dije—. Pero no con dinero.

—Oh, no —me aseguró la señora Ferguson—, de ninguna manera. Pero debemos apostar algo para que sea interesante. Juguemos con habichuelas ¿de acuerdo? —Dejó las cartas y buscando bajo la almohada, extrajo una pequeña bolsa, de la que vertió un puñado de pequeñas judías blancas.

—Espléndido —dije—. Y cuando terminemos, las plantaremos, ¿te parece? Y esperemos que brote un tallo gigantesco y atraviese el techo, así podremos escapar por el agujero.

Ella estalló en carcajadas.

—¡Que Dios le oiga, querida! —dijo—. Yo reparto primero, ¿de acuerdo?

El brag parecía ser una variedad de póquer. Y si bien yo había convivido el tiempo suficiente con un tahúr para reconocer a una de su clase si la tenía delante, la señora Ferguson parecía jugar honestamente. Yo iba ganando cuarenta y seis judías cuando regresó la señora Tolliver.

La puerta se abrió sin ceremonia alguna y ella entró con un taburete de tres patas y un pedazo de pan, que al parecer era tanto mi cena como su excusa para visitar la celda, puesto que me lo encajó con un fuerte « ¡Esto deberá durarle hasta mañana, señora Fraser! » .

—Gracias —dije con mansedumbre. Era fresco, y parecía que lo habían untado de prisa con grasa de tocino, a falta de manteca. Le di un mordisco sin vacilar, pues ya me había recuperado lo suficiente de la conmoción como para sentir hambre.

La señora Tolliver, mirando por encima del hombro para asegurarse de que no hubiera moros en la costa, dejó el taburete en el suelo y extrajo una botella de su bolsillo, de cristal azul y llena de un líquido transparente.

La señora Ferguson no dijo nada, sino que observó el proceso con una especie de atención analítica, como si estuviera comparando el comportamiento de la señora Tolliver con el de ocasiones anteriores.

La señora Tolliver bajó la botella y la sujetó un momento, luego me la pasó y se sentó de golpe en el taburete, respirando con dificultad.

Limpie el cuello de la botella con la manga de la manera más disimulada posible y luego bebió un sorbo simbólico. Era ginebra, sin duda, aromatizada con enebro para ocultar su pobre calidad, pero con una poderosa graduación alcohólica.

La señora Ferguson echó un largo trago cuando le llegó el turno, y así continuamos, pasándonos la botella de mano en mano, intercambiando algunas palabras cordiales en el proceso. Una vez extinguida su sed inicial, la señora Tolliver se volvió casi afable, y sus modales helados se derritieron de manera perceptible. Aun así, esperé hasta que la botella estuviera casi vacía antes de hacer la pregunta que más ocupaba mis pensamientos.

—Señora Tolliver, los hombres que me trajeron... ¿Por casualidad usted los oyó decir algo sobre mi marido?

Ella se llevó una mano a la boca para disimular un eructo.

—¿Algo?

—Sobre dónde se encuentra —añadí.

—No oí nada —dijo—. Pero supongo que se lo habrán contado a Tolly.

La señora Ferguson le pasó la botella —estábamos sentadas la una junto a la otra en la cama—, y casi se cayó al suelo en el proceso.

—Supongo que podrías preguntárselo, ¿verdad, Maisie? —dijo.

Una mirada de incomodidad cruzó por los ojos de la señora Tolliver.

—Oh, no —respondió—. Él no me habla de esas cosas. No es asunto mío.

Intercambié una mirada con la señora Ferguson, y ella meneó la cabeza ligeramente; era mejor no insistir por el momento.

Preocupada como estaba, me resultaba difícil abandonar el asunto, pero estaba claro que no había nada que pudiera hacer. Reuni la escasa paciencia que me quedaba, calculando cuántas botellas de ginebra podría comprar antes de que se me acabara el dinero, y qué podría lograr con ellas.

Aquella noche me quedé acostada en silencio, respirando el aire húmedo y

cargado de la celda, con sus aromas a moho y orina. También podía oler a Sadie Ferguson a mi lado, un débil miasma de sudor rancio, con un fuerte perfume a ginebra. Traté de cerrar los ojos, pero cada vez que lo hacía sentía pequeñas oleadas de claustrofobia; sentía que las sudorosas paredes de yeso se acercaban, y apreté los puños en la tela del colchón, para contenerme de lanzarme sobre la puerta cerrada con llave. Tuve una desagradable visión de mí misma, golpeando y chillando, con las uñas rotas y ensangrentadas por haberlas clavado en la inflexible madera, sin que nadie oyera mis gritos en la oscuridad, y sin que nadie viniera jamás a rescatarme.

Pensé que era una posibilidad bastante clara. La señora Ferguson me había contado más detalles sobre Tolliver. Si una turba lo atacaba y lo sacaba a rastras de su casa —o si perdía los estribos y huía—, las probabilidades de que él o su esposa se acordasen de las prisioneras era remota.

Una turba podría encontrarnos... y matarnos, en la locura del momento. O no encontrarnos, y prender fuego a la casa. El almacén era de ladrillos de barro, pero la cocina era de madera; ardería como una antorcha, sin dejar nada en pie, salvo aquella condenada pared de ladrillos.

Respiré tan profundamente como pude, sin prestar atención al olor, exhalé y cerré los ojos con resolución.

«Cada día tiene bastante con su propio mal». Ésa era una de las expresiones favoritas de Frank y, en gran medida, un buen sentimiento. «Depende un poco del día, ¿no?», pensé.

«¿Sí? Dímelo tú». El pensamiento apareció allí, tan nítido que me pareció haberlo oído... o sólo imaginado. Pero si lo había imaginado, también había imaginado un tono de seca ironía muy característico de Frank.

Imaginación o no, el pensamiento había logrado liberar mi mente de aquella preocupación obsesiva. Sentí una sensación de invitación... o de tentación, quizás. El impulso de hablar con él. La necesidad de huir en una conversación, aunque sólo fuera unilateral... e imaginaria.

«No, me niego a usarle de esa forma —pensé—. No es correcto que sólo piense en ti cuando necesito distracción, por tu propio bien».

«¿Y nunca piensas en mí por mi propio bien?». La pregunta flotó en la oscuridad de mis párpados. Podía ver su cara, con total claridad, sus arrugas curvadas en un gesto de diversión, con una oscura ceja enarcada. Me sorprendí un poco; había pasado tanto desde que había pensado en él con un poco de concentración que debería haber olvidado su aspecto exacto mucho tiempo atrás. Pero no.

«Supongo que entonces ésa es la respuesta a tu pregunta —pensé en silencio dirigiéndome a él—. Buenas noches, Frank».

Me volví de lado, de cara a la puerta. Estaba un poco más calmada. Podía distinguir apenas la silueta de la puerta, y verla disminuyó la sensación de que

me habían enterrado viva.

Volví a cerrar los ojos y traté de concentrarme en los procesos de mi propio cuerpo. Eso a veces ayudaba, trayéndome una sensación de calma, escuchando el recorrido de la sangre por las venas y los borboteos subterráneos de los órganos. Era bastante similar a estar sentada en el huerto, escuchando el zumbido de las abejas en las colmenas...

Detuve ese pensamiento antes de que empezara, sintiendo que mi corazón daba un vuelco por el recuerdo.

Pensé con bastante ferocidad en mi corazón, el órgano físico, sus cámaras y sus válvulas, pero lo que sentí fue un dolor. Había sitios huecos en mi corazón.

Jamie. Un hueco abierto y resonante, frío y profundo como la grieta de un glaciar. Bree. Jemmy. Roger. Y Malva, como una herida diminuta y profunda, una úlcera que no se curaba.

Hasta ese momento había conseguido no prestar atención a los susurros y a la pesada respiración de mi compañera. Pero no pude no prestar atención a la mano que me rozó la nuca, se deslizó luego por mi pecho y descansó ligera, rodeándome un seno.

Dejé de respirar. Despues, muy lentamente, exhalé. Sin ninguna intención por mi parte, mi seno se acomodó en su mano ahuecada. Sentí un roce en la espalda, un pulgar, que recorrió con delicadeza el surco de mi columna vertebral a través de mi enagua.

Yo entendía la necesidad de consuelo humano, el ansia misma del roce, pero había algo en el roce de Sadie Ferguson que hablaba de algo más que el simple calor o la necesidad de compañía en la oscuridad.

Aferré su mano, la aparté de mi pecho, le cerré los dedos con suavidad y la alejé con firmeza, apoyándola en su propio regazo.

—No —dije en voz baja.

Ella titubeó, movió las caderas de modo que su cuerpo se curvara detrás de mí, con sus muslos cálidos y redondos contra los míos, ofreciéndome compañía y refugio.

—Nadie lo sabría —susurró, aún con esperanza—. Podría hacerte olvidar... por un rato. —Su mano acarició suavemente mi cadera, insinuante.

—No —dije con más firmeza, y me cambié de lugar, poniéndome boca arriba y lo más lejos posible—. Lo lamento... pero no.

Ella guardó silencio un instante, luego soltó un pesado suspiro.

—Bueno. Tal vez un poco más tarde.

—¡No!

Los ruidos de la cocina habían cesado y la casa se sumió en el silencio. Pero no era el silencio de las montañas, esa cuna de ramas y vientos susurrantes y la vasta profundidad del cielo estrellado. Era el silencio de una ciudad, perturbado por el humo y el neblinoso y mortecino resplandor de los hogares y las velas.

—¿Podría tan sólo abrazarte? —me rogó con añoranza, y sus dedos me rozaron la mejilla—. Sólo eso.

—No —repetí, pero busqué su mano y la cogí. Y así nos quedamos dormidas, con las manos casta y firmemente entrelazadas entre nosotras.

Nos despertó lo que al principio pensé que era el viento gimiendo en la chimenea, cuya parte trasera formaba un bulto en nuestro cubículo. Pero el gemido se hizo más fuerte y se convirtió en un grito salvaje, luego se detuvo repentinamente.

—¡Por todos los santos! —Sadie Ferguson se sentó en la cama con los ojos bien abiertos y parpadeó—. ¿Qué ha sido eso?

—Una mujer de parto —dije. Los gemidos se reanudaron—. Y ya le falta muy poco. —Me deslicé de la cama y sacudí los zapatos, expulsando a una pequeña cucaracha y un par de lepismas que se habían refugiado en la parte delantera.

Nos quedamos sentadas durante casi una hora, escuchando los gemidos y los alaridos alternados.

—No debería parar? —dijo Sadie, tragando saliva y muy nerviosa—. ¿El niño no debería haber nacido a estas alturas?

—Tal vez —dije, distraída—. Algunos bebés tardan más que otros.

Tenía la oreja pegada a la puerta, tratando de descifrar qué ocurría al otro lado. La mujer, fuera quien fuese, estaba en la cocina, y a no más de tres metros de mí. Cada tanto oía la voz de Maisie Tolliver, amortiguada y hablando en tono dubitativo. Pero la mayor parte del tiempo eran sólo los jadeos rítmicos, los gemidos y los alaridos.

Una hora más tarde, yo ya tenía los nervios destrozados. Sadie estaba en la cama, apretando la almohada sobre su cabeza.

« Ya es suficiente », pensé, golpeé la puerta con el tacón de mi zapato y grité « ¡Señora Tolliver! » lo más fuerte que pude, para que me oyera por encima del ruido.

Me oyó, y después de un momento, la llave giró en la cerradura y una oleada de luz y aire entró en la celda. La luz del día me deslumbró, pero parpadeé y distinguí la silueta de una mujer a cuatro patas junto al hogar. Era negra, estaba bañada en sudor, y después de levantar la cabeza, aulló como un lobo. La señora Tolliver se sobresaltó.

—Permito —dije, y la hice a un lado.

Ella no hizo ningún movimiento para detenerme, y al pasar por su lado percibí una fuerte ráfaga de vapor de ginebra perfumada con enebro.

La mujer negra estaba apoyada sobre los codos, jadeando, con el trasero al aire. El vientre le colgaba como una guayaba madura, pálido en la enagua bañada en sudor que se pegaba a él.

Hice preguntas directas antes del siguiente alarido, y averigüé que aquél era

su cuarto hijo y que ella había estado con las labores de parto desde la noche anterior, cuando había roto aguas. La señora Tolliver aportó la información de que también era prisionera, y esclava. Yo podría haberlo adivinado, por los verdugones que tenía en la espalda y en las nalgas.

La señora Tolliver no me era de gran utilidad allí, pero había logrado encontrar una pequeña pila de paños y un cuenco de agua, que usé para enjugar el rostro sudoroso de la mujer. Sadie Ferguson asomó su nariz y sus gafas con cautela desde la puerta de la celda, pero volvió a entrar de prisa cuando estalló el alarido siguiente.

Era un parto de nalgas, lo que explicaba la dificultad, y los siguientes quince minutos pusieron los pelos de punta a todos los implicados. Pero finalmente conseguí traer al mundo a un bebé pequeño, los pies por delante, viscoso, inmóvil, y de un tono azulado de lo más sobrenatural.

—Oh —exclamó la señora Tolliver, desilusionada—. Está muerto.

—Bien —dijo la madre, con una voz ronca y profunda, y cerró los ojos.

—Y una mierda —repliqué, y me apresuré a poner al bebé boca abajo y a palmearle la espalda.

Ningún movimiento. Acerqué la carita cerrada y cerosa a la mía, le cubrí la nariz y la boca con mi propia boca, y succioné con fuerza, luego aparté la cabeza para escupir el moco y el fluido. Con la cara pegajosa y un sabor metálico en la boca, soplé con delicadeza, hice una pausa, sujetándolo, soplé... y vi que sus ojos se abrían, de un azul más profundo que el de su piel, vagamente interesados.

Tomó aliento de una manera brusca, alarmante y entrecortada y yo me eché a reír. El recuerdo de pesadilla de otro niño, una oscilación de vida apagándose en mi mano, se desvaneció. Este niño se encontraba bien, se había encendido y ardía como una vela, con una llama suave y clara.

—¡Oh! —volvió a decir la señora Tolliver. Se inclinó hacia adelante para mirar y una enorme sonrisa le cruzó la cara—. ¡Oh, oh!

El bebé empezó a llorar. Corté el cordón, cubré al recién nacido con algunos de los paños y se lo entregué a la señora Tolliver esperando que no lo echara al fuego. Luego volví mi atención a la madre, que estaba bebiendo con voracidad del cuenco, con el agua chorreándole por delante y empapando todavía más la enagua, que ya estaba bastante mojada.

Se recostó hacia atrás y me permitió atenderla, pero sin hablar, enfocando cada tanto los ojos en el bebé, con una mirada amarga y hostil.

Oí unas pisadas que entraban en la casa y entonces apareció el alguacil, con aspecto de sorpresa.

—¡Oh, Tolly! —La señora Tolliver, manchada con los fluidos propios del parto y apestando a ginebra, se volvió hacia él llena de felicidad, enseñándole el bebé—. ¡Mira, Tolly, está vivo!

El alguacil parecía muy desconcertado, y sus cejas se arrugaron cuando

miró a su esposa, pero entonces, al parecer, captó el aroma de su felicidad por encima del olor de la ginebra. Se inclinó hacia adelante y tocó con delicadeza el pequeño bulto, mientras su adusto rostro se relajaba.

—Qué bien, Maisie —dijo—. Hola, muchachito. —En ese momento me vio, de rodillas junto al hogar, tratando de limpiar con un paño lo que quedaba de agua.

—La señora Fraser se ha ocupado del parto —explicó con entusiasmo la señora Tolliver—. Venía del revés, pero ella lo hizo salir con mucha habilidad, y lo hizo respirar... creíamos que estaba muerto, porque estaba tan quietecito, pero ¡no! ¿No es maravilloso, Tolly?

—Maravilloso —repitió el alguacil en un tono un poco sombrío.

Me miró con irritación, luego transfirió la misma mirada a la reciente madre, quien se la devolvió con una hosca indiferencia. Entonces me hizo ponerme en pie y, con una cortante reverencia, me indicó con un gesto que regresara a la celda y cerró la puerta.

Sólo en ese momento recordé qué era lo que él creía que yo había hecho. Con razón, mi relación con un bebé recién nacido lo ponía un poco nervioso, supuse. Yo estaba mojada y sucia, y parecía hacer un calor particularmente sofocante en la celda. De todas maneras, el milagro del nacimiento seguía resonando en mis sinapsis, y me senté en la cama sin dejar de sonreír, con un paño mojado en la mano.

Sadie estaba contemplándome con un respeto mezclado con una ligera repulsión.

—Eso es lo más desagradable que he visto jamás —dijo—. Por todos los cielos, ¿siempre es así?

—Más o menos. ¿Nunca has visto nacer a un niño? ¿No has tenido hijos?

—Ella negó vigorosamente e hizo la señal de los cuernos.

—Si alguna vez hubiese estado dispuesta a permitir que un hombre se me acercara, la idea de lo que acabo de ver me habría disuadido.

—¿De veras? —dije, recordando tardíamente sus insinuaciones de la noche anterior. ¿Y qué hay del señor Ferguson?

—Oh, era un granjero... mucho mayor que yo. Murió de pleuresía, hace ya cinco años.

« Y totalmente ficticio », pensé.

No había estado prestando atención a los sonidos de la cocina, pero en ese momento se produjo un fuerte estrépito y oí la voz del alguacil, lanzando maldiciones. No se oía al bebé ni a la señora Tolliver.

—Está llevando a la zorra negra de vuelta a su celda —dijo Sadie, con una entonación tan hostil que la miré, asombrada—. ¿No lo sabías? —añadió, al ver mi sorpresa—. Ha matado a sus bebés. Pueden colgarla, ahora que ha parido a éste.

—Oh —dije, desconcertada—. No, no lo sabía. —Los ruidos de la cocina disminuyeron, y me quedé sentada contemplando la lámpara de aceite, con la sensación de vida en movimiento todavía en mis manos.

Un plan razonablemente ingenioso

El agua lamía la oreja de Jamie y el sonido mismo ya le revolvía el estómago. El hedor del barro podrido y los peces muertos no mejoraba las cosas, ni tampoco el golpe que había recibido al caer contra la pared.

Cambió de posición, tratando de aliviar el dolor de la cabeza o el del estómago. Lo habían atado como un fiambre, pero, con un poco de esfuerzo, logró rodar de costado y subir las rodillas, lo que lo ayudó a sentirse mejor.

Estaba en una especie de bodega para embarcaciones en muy mal estado; la había visto con la última luz, del crepúsculo, cuando lo llevaron a la costa —al principio pensó que querían ahogarlo— y lo metieron dentro, dejándolo caer al suelo como un saco de harina.

—Date prisa, Ian —murmuró para sí, volviendo a cambiar de posición, cada vez más incómodo—. Ya estoy muy viejo para esta clase de tonterías.

Lo único que podía hacer era esperar que su sobrino hubiera estado lo bastante cerca para poder seguirlo cuando Brown reanudó la marcha, y que tuviera alguna idea de dónde se encontraba en ese momento; sin duda, el muchacho estaría buscándolo. La costa donde se hallaba la bodega era abierta, sin ningún lugar donde ocultarse, pero sí había bastantes arbustos debajo del fuerte Johnston, que estaba en el cabo, un poco más allá de donde él se encontraba en ese momento.

La cabeza le retumbaba con sordas palpitaciones, que le dejaban un gusto desagradable en la parte de atrás de la boca y un perturbador eco de las espantosas jaquecas que había sufrido durante un tiempo como consecuencia de una herida de hacha que le había fracturado el cráneo muchos años antes. Estaba impresionado por la facilidad con que el recuerdo de aquellas jaquecas había regresado. Era evidente que su cráneo tenía una memoria mucho más aguda que la suya, y estaba dispuesto a hacerlo sufrir como venganza por su olvido.

La luna estaba alta y brillante: su suave luz atravesaba las grietas de las toscas tablas de la pared. Él cerró los ojos, concentrándose con ánimo sombrío en lo que le haría a Richard Brown si algún día le ponía las manos encima.

En el nombre de Miguel y de todos los santos, ¿dónde habían llevado a Claire, y por qué? Lo único que lo reconfortaba era que Tom Christie había ido con ellos. Estaba bastante seguro de que Christie no permitiría que la mataran, y si Jamie podía encontrarlo, él lo conduciría hasta ella.

Un sonido le llegó por encima de las nauseabundas subidas y bajadas de la marea. Un silbido muy débil... y luego un canto. Apenas podía distinguir la letra

de la canción, y sonrió un poco, a pesar de todo.

—«Cáseme, cáseme, ministro, o sí no seré su sacerdote, su sacerdote, su sacerdote... O si no seré su sacerdote».

Lanzó un grito, y pocos momentos después, Ian estaba a su lado, cortándole las cuerdas. Rodó de costado, momentáneamente incapaz de hacer que sus acalambrados músculos funcionaran, luego logró poner las manos debajo del cuerpo y levantarse lo suficiente para vomitar.

—¿Cómo te encuentras, tío Jamie? —Ian parecía vagamente divertido.

—Ya me pondré bien. ¿Sabes dónde está Claire? —Se puso en pie, tambaleándose, y empezó a quitarse los pantalones; sentía los dedos como salchichas, el fracturado le palpitaba, y el hormigueo provocado por el retorno de la circulación le atravesaba los extremos irregulares de los huesos. Pero toda su incomodidad quedó olvidada en un instante, superada por un alivio abrumador.

—Por Dios, tío Jamie —dijo Ian—. Sí lo sé. La han llevado a New Bern. Allí hay un alguacil que, según dice Forbes, está dispuesto a aceptarla.

—¿Forbes? —Giró en redondo, asombrado—. ¿Neil Forbes?

—El mismo que viste y calza. Brown fue de un lado a otro y habló con éste y con aquél... pero fue con Forbes con quien por fin logró hacer un trato, en Cross Creek.

—¿Oiste lo que dijeron?

—Sí, lo oí. —La voz de Ian era normal, pero ocultaba un entusiasmo subyacente, así como un orgullo bastante grande por lo que había logrado.

El objetivo de Brown a esas alturas era bastante simple: librarse de la carga en la que se habían convertido los Fraser. Había oído hablar de Forbes y de su relación con Jamie, debido a todos los cotilleos generados después del incidente con la brea en el verano del año anterior, y al enfrentamiento que había tenido lugar en Mecklenburg en el mes de mayo. De modo que le ofreció a Forbes entregárselos a los dos, para que el abogado aprovechara la situación como le pareciera conveniente.

—Entonces caminó a un lado y a otro, pensando, me refiero a Forbes; estaban en su almacén, ¿sabes?, junto al río, y yo me ocultaba detrás de los toneles de brea. Y entonces se echó a reír, como si acabara de ocurrírsele algo astuto.

La sugerencia de Forbes fue que los hombres de Brown se llevaran a Jamie, maniatado, a un pequeño muelle que él tenía cerca de Brunswick. De allí, lo embarcarían en un barco con rumbo a Inglaterra, y de esa forma evitarían que interfiriera en los negocios tanto de Forbes como de Brown y, de paso, se vería incapacitado para defender a su esposa.

Mientras tanto, Claire sería encomendada a la misericordia de la ley. Si la declaraban culpable, bueno, ahí se acabaría todo. Si no, el escándalo del juicio destruiría toda influencia que ellos pudieran tener, lo que dejaría al cerro de

Fraser a merced de cualquiera, y a Neil Forbes, el terreno libre para asumir el liderazgo de los whigs escoceses de la colonia.

Jamie escuchó todo esto en silencio, debatiéndose entre la furia y la admiración.

—Un plan razonablemente ingenioso —dijo. Ya se sentía mejor, puesto que los mareos habían desaparecido.

—Oh, es aún mejor, tío —le aseguró Ian—. ¿Recuerdas a un caballero llamado Stephen Bonnet?

—Sí, claro. ¿Qué hay de él?

—El barco que le llevaría a Inglaterra pertenece al señor Bonnet, tío. Al parecer, desde hace algún tiempo el abogado Forbes tiene una sociedad muy rentable con Bonnet; él y algunos amigos comerciantes de Wilmington. Tienen participaciones tanto en el barco como en su cargamento. Y desde el bloqueo inglés las ganancias han sido todavía mayores: deduzco que nuestro señor Bonnet es un contrabandista consumado.

Jamie dijo algo extremadamente desagradable en francés, y salió a mirar fuera de la bodega. El agua estaba serena y hermosa, con una franja plateada de luz de luna que se estiraba hacia el mar. Había un barco allí, pequeño y negro. ¿Sería el de Bonnet?

—Santo Dios —dijo—. ¿Cuándo crees que vendrán?

—No lo sé —respondió Ian—. ¿Dirías que la marea está subiendo o bajando?

—¿Cómo voy a saberlo, por el amor de Dios? ¿Y en qué cambiaría eso las cosas? —Se frotó la cara con fuerza con una mano, tratando de pensar.

Le habían quitado la daga, desde luego. Llevaba un *sgian dhu* oculto en la media, pero por alguna razón dudaba de que su hoja de diez centímetros le sirviera de mucho en la situación en la que se encontraba.

—¿De qué armas dispones, Ian? Supongo que no llevarás tu arco encima.

Ian negó con la cabeza, lamentándolo.

—Tengo dos cuchillos decentes, una daga y una pistola. Mi rifle lo dejé junto al caballo —señaló el bosque lejano—. ¿He de ir a buscarlo? Podrían verme.

Jamie pensó durante un momento, golpeando con los dedos el marco de la puerta, hasta que el dolor del dedo roto lo hizo parar. El impulso de ocultarse a esperar a Bonnet y cogerlo era algo físico. Pero su mente racional estaba ocupada considerando las probabilidades.

Aún no había ninguna señal de un bote proveniente del barco, siempre suponiendo que el barco que estaba allí fuera efectivamente el de Bonnet —y eso no lo sabían con certeza—; tal vez todavía faltaban varias horas hasta que vinieran a llevárselo. Y cuando lo hicieran, ¿cuáles eran las probabilidades de que el mismo Bonnet viniera en él? Era el capitán del barco; ¿se ocuparía en persona de esa tarea o mandaría a algún subalterno?

Si dispusiera de un rifle, y en el caso de que Bonnet sí estuviera en el bote,

Jamie apostaría todo su dinero a que podría dispararle desde una emboscada. Y, si bien podría acertarle, existía la posibilidad de que no lo matara.

Pero si Bonnet no se encontraba en el bote... entonces sería cuestión de esperar hasta que éste se acercase lo suficiente, saltar en él y reducir a cualquiera que estuviese a bordo. ¿Cuántos vendrían para una tarea semejante? ¿Dos, tres, cuatro? Habría que matarlos o immobilizarlos a todos, y entonces sería cuestión de remar con el maldito bote hasta el barco, donde todos los que estuviesen a bordo sin duda habrían visto la trifulca de la orilla y estarían preparados para dejar caer una bala de cañón que atravesara el fondo del bote o esperar que echaran amarras a un costado del barco y luego acabar con ellos desde la barandilla con armas de fuego pequeñas.

Y si de alguna manera lograban subir a bordo sin que los descubrieran, entonces habría que revisar todo el maldito barco en busca de Bonnet perseguirlo y matarlo sin llamar la atención de la tripulación...

Ese complejo análisis se proyectó en su mente en el tiempo que necesitó para respirar, y fue rápidamente descartado. Si los capturaban o los mataban. Claire quedaría sola e indefensa. No podía correr ese riesgo. De todas formas, pensó, tratando de consolarse, podría encontrar a Forbes... y lo haría, cuando llegase el momento.

—Sí, bueno, pues —dijo con un suspiro—. ¿Tienes un solo caballo, Ian?

—Sí —respondió su sobrino, suspirando a su vez—. Pero sé de un sitio en el que quizás podamos robar otro.

Amanuense

Pasaron dos días. Calurosos y húmedos, en una oscuridad sofocante, y yo sentía distintas clases de moho, hongos y putrefacción que trataban de asentarse en mi cuerpo, por no mencionar las omnívoras y omnipresentes cucarachas, que parecían decididas a mordisquearme las cejas en el momento en que se apagaba la luz. El cuero de mis zapatos estaba húmedo y blando, el pelo me colgaba lacio y sucio, y —como Sadie Ferguson— empecé a pasar la mayor parte del tiempo vestida sólo con la enagua.

Así, cuando la señora Tolliver se presentó en la celda y nos ordenó que fuéramos a ayudarla con la colada, abandonamos el último juego de loo y casi nos empujamos la una a la otra en nuestra prisa por obedecer.

Hacia mucho más calor en el patio, a causa del fuego que calentaba el agua para lavar la ropa. El aire era tan húmedo como en la celda, con las gruesas nubes de vapor que salían del gran caldero con la ropa en agua hirviendo, que hacían que se nos pegara el pelo a la cara. Ya teníamos las enaguas aplastadas contra el cuerpo, el mugriento lino casi transparente de sudor; lavar ropa era una tarea pesada. Pero no había bichos, por otra parte, y si bien el brillo del sol era enceguecedor e intenso bueno, el caso era que brillaba, y eso ya era de agradecer.

Le pregunté a la señora Tolliver sobre mi improvisada paciente y su bebé, pero ella se limitó a apretar los labios y a menear la cabeza con una expresión amarga y severa. El alguacil había estado ausente la noche antes: no se había oido el sonido de su voz atronadora en la cocina. Y, teniendo en cuenta la palidez de Maisie Tolliver, diagnostiqué una noche larga y solitaria con la botella de ginebra, seguida de un amanecer bastante espantoso.

—Se encontrará mucho mejor si se sienta a la sombra y bebe... agua —dije—. Mucha agua. —El té o el café irían mejor, pero esas sustancias costaban más que el oro en la colonia—. Si tuviera un poco de ipecacuana... o tal vez menta...

—¡Le agradezco su valiosa opinión, señora Fraser! —replicó, aunque se tambaleó y tenía las mejillas pálidas y brillantes de sudor.

Me encogí de hombros y me dediqué a la tarea de separar un montón de ropa chorreando y humeante de la mugrienta agua enjabonada con una cuchara de madera de un metro y medio de largo, tan gastada por el uso que mis sudorosas manos resbalaban en la pulida madera.

Finalmente, y después de muchos esfuerzos, lavamos, aclaramos y escurrimos la ropa hirviendo, luego la tendimos para que se secase y acudimos a

refugiarnos a la estrecha franja de sombra que había junto a la casa; una vez allí, fuimos bebiendo por turnos agua tibia de un cazo de latón. La señora Tolliver también se sentó.

Me volví para ofrecerle el cazo, pero me encontré con que ponía los ojos en blanco. Más que caerse, se disolvió hacia atrás, derrumbándose lentamente hasta convertirse en un bulto húmedo.

—¿Está muerta? —preguntó con interés Sadie Ferguson.

—No. Es una resaca fuerte, posiblemente agravada por una ligera insolación.

—Le estaba tomando el pulso, que era ligero y veloz, pero bastante constante. Yo estaba considerando lo astuto que sería abandonar a la señora Tolliver a los peligros de tragarse su propio vómito y escapar, incluso descalza y con una enagua, pero me lo impidieron unas voces masculinas que aparecieron por una esquina de la casa.

Dos hombres: uno era el agente de Tolliver, a quien había visto cuando los hombres de Brown me habían metido en la cárcel: el otro era un desconocido, muy bien vestido, con una chaqueta con botones de plata y un chaleco de seda, que en realidad hacía que las manchas de sudor resaltaran todavía más. Este caballero, un tipo fornido de unos cuarenta años, miró con el ceño fruncido la escena que se desarrollaba delante de él.

—¿Estás son las prisioneras? —preguntó en tono de desagrado.

—Sí, señor —dijo el agente—. Al menos, las dos de las enaguas lo son. La otra es la esposa del alguacil.

—¿Cuál es la partera?

—Supongo que yo —dije, irguiéndome—. Soy la señora Fraser.

—Mira tú por dónde —dijo en un tono que indicaba que yo podría haber dicho que era la reina Carlota, por lo que a él le importaba. Me miró con una actitud desdenosa y se volvió hacia el sudoroso agente—. ¿De qué se la acusa?

El agente, un joven con pocas luces, frunció los labios.

—Ahh... bueno, una de ellas es falsificadora —dijo—. Y la otra es asesina. Pero en cuanto a cuál es cuál...

—Yo soy la asesina —dijo Sadie y añadió—: ¡Ella es muy buena partera!

La miré, sorprendida, pero ella meneó la cabeza y apretó los labios.

—Oh. Bueno, pues. ¿Tiene usted un vestido... señora? —Ante mi señal de asentimiento, añadió—: Vístase. —Y se volvió hacia el agente, sacando un pañuelo de seda de su bolsillo para enjugarse su regordeta cara sonrosada—. Entonces me la llevaré. Informe de ello al señor Tolliver.

—Sí, señor —le aseguró el agente, haciendo más o menos una reverencia. Echó un vistazo a la inconsciente señora Tolliver. Luego miró a Sadie.

—Tú. Llévala dentro y ocúpate de ella. ¡Vamos!

—Oh, sí, señor —dijo Sadie—. ¡Ahora mismo, señor!

No tuve oportunidad de hablar con Sadie, y apenas tuve tiempo suficiente

para ponerme mi desaliñado vestido y mi corsé y coger mi botiquín antes de que me escoltaran hasta un carro, bastante destortalado, por cierto, pero que alguna vez había sido de buena calidad.

—¿Le importaría decirme quién es usted y adónde me lleva? —pregunté, después de haber atravesado traqueteando dos o más calles mientras mi compañero miraba por la ventana con una expresión distraída.

—Oh. Mil perdones, señora. Vamos al palacio del gobernador. ¿No tiene usted un gorro?

—No.

Hizo una mueca y reanudó sus pensamientos.

Habían terminado de construirlo y, realmente, les había quedado muy bonito. El anterior gobernador, William Tyron, había construido el palacio del gobernador, pero lo habían enviado a Nueva York antes de terminarlo. Ahora, el enorme edificio de ladrillos con sus extensos y elegantes pabellones estaba acabado, incluso con parterres de césped y lechos de hiedra que flanqueaban la entrada de los carros, aunque los majestuosos árboles que finalmente lo rodearían no eran más que retos. El carro aparó en la entrada, pero nosotros —desde luego— no entramos por la imponente puerta principal, sino que nos escabullimos por detrás y bajamos la escalera hasta los aposentos de la servidumbre, en el sótano.

Una vez allí, me metieron de prisa en la habitación de una criada, me entregaron un peine, una palangana y un aguamanil, así como un gorro prestado, y me insistieron en que me arreglara para no parecer una pordiosera, y que lo hiciera lo más rápido posible.

Mi guía —que se llamaba Webb, como me enteré por el respetuoso saludo de la cocinera— aguardó con evidente impaciencia mientras yo practicaba mis apresuradas abluciones, luego me cogió del brazo y me hizo correr hacia arriba. Ascendimos por una estrecha escalera de servicio a la segunda planta, donde nos esperaba una criada muy joven y asustada.

—¡Oh, ha venido, señor, por fin! —Se inclinó en una reverencia al señor Webb al tiempo que me lanzaba una mirada de curiosidad—. ¿Ésta es la partera?

—Sí. Señora Fraser... Dilman. —Señaló a la muchacha con un gesto, dándome tan sólo su apellido, siguiendo la costumbre inglesa con los sirvientes domésticos. Ella, a su vez, me hizo una reverencia, luego me indicó que pasara por una puerta que estaba entreabierta.

La habitación era grande y elegante, amueblada con una cama con dosel, una cómoda de nogal, un ropero y un sillón, aunque la atmósfera de refinamiento se veía reducida a causa de una pila de ropa para zurcir, un destortalado costurero caído, con todo su contenido esparcido por el suelo, y una cesta de juguetes para niños. Había un gran bulto en la cama que supuse que se trataba de la señora Martin, la esposa del gobernador. Suposición que comprobé cuando

Dilman volvió a hacer una reverencia, murmurándole mi nombre.

Era una mujer redondeada —muy redondeada, dado el avanzado estado de su embarazo—, con una nariz pequeña y angulosa y una manera miope de mirar.

—¿Quién demonios es ésta? —Quiso saber, sacando de entre las sábanas su cabeza tocada con un gorro y frunciendo el ceño.

—La partera, señora —dijo Dilman—. ¿Ha dormido bien, señora?

—Claro que no —replicó con irritación la señora Martin—. Este niño me ha pateado el hígado hasta dejármelo negro, he vomitado toda la noche, he sudado tanto que las sábanas están empapadas, y tengo un paludismo que me hace temblar. Me dijeron que no había ninguna partera en el condado. ¿Dónde habéis encontrado a esta mujer? ¿En la cárcel del pueblo?

—En realidad, sí —dije, quitándome el bolso del hombro—. ¿De cuántos meses está, cuánto hace que está enferma, y cuándo fue la última vez que fue de vientre?

Ella me miró apenas un poco más interesada, e indicó con un gesto a Dilman que saliera de la habitación.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Fraser. ¿Tiene algún síntoma de parto prematuro? ¿Calambres? ¿Sangrado? ¿Un dolor intermitente en la espalda?

Ella me miró de reojo, pero comenzó a responder a mis preguntas. Por lo que finalmente pude diagnosticarle una intoxicación grave, probablemente causada por una rebanada que había sobrado de un pastel de ostras, consumida —junto con bastantes productos comestibles más— el día anterior en un ataque de glotonería inducido por el embarazo.

—¿No tengo paludismo? —Metió la lengua cuando se la hube examinado y frunció el ceño.

—No. Aún no al menos —tuve que agregar para ser honesta. Era razonable que creyera que sí lo padecía: yo me había enterado, en el transcurso de mi examen, de que había una epidemia particularmente virulenta en la ciudad... y en el palacio. El secretario del gobernador había muerto por esa causa dos días antes, y Dilman era la única criada de la planta alta que todavía se tenía en pie.

La saqué de la cama y la ayudé a sentarse en el sillón, donde se derrumbó. En la habitación hacía un calor sofocante, y abrí las ventanas con la esperanza de que entrara un poco de brisa.

—Por todos los cielos, señora Fraser, ¿es que tiene la intención de matarme?

—Le aseguro que no.

—Pero ¡el miasma...! —Agitó la mano en dirección a la ventana, escandalizada. A decir verdad, los mosquitos sí representaban un peligro. Pero todavía faltaban unas cuantas horas para el crepúsculo, cuando comenzaban a levantarse.

—La cerraremos en seguida. Por el momento, necesita aire. Y

probablemente algo ligero. ¿Cree que puede tragarse un poco de pan tostado?

—Tal vez —dijo—. Y una taza de té. ¡Dilman!

Una vez que la criada fue a buscar té y tostadas —me pregunté cuánto tiempo había pasado desde la última vez que yo había visto té de verdad—, me dediqué a preparar una historia clínica más completa.

¿Cuántos embarazos anteriores? Seis, pero una sombra le cruzó la cara, y la vi contemplar involuntariamente una marioneta de madera que estaba cerca del hogar.

—¿Sus hijos están en el palacio? —le pregunté con curiosidad.

—No —dijo con un suspiro—. Mandamos a las niñas a casa de mi hermana, en Nueva Jersey, hace unas semanas.

Después de algunas preguntas más, llegaron el té y las tostadas. La dejé comer en paz y me dispuse a sacudir las ropas de cama húmedas y arrugadas.

—¿Es cierto? —me preguntó de pronto la señora Martin.

—¿Qué es cierto?

—Se dice que usted mató a la amante embarazada de su marido y le arrancó el bebé de la matriz. ¿Lo hizo?

Me llevé el canto de la mano a las cejas y presioné, cerrando los ojos. ¿Cómo demonios se había enterado? Cuando pensé que podía hablar, bajé las manos y abrí los ojos.

—No era su amante y yo no la maté. En cuanto al resto... sí, lo hice.

Ella me contempló durante un momento con la boca abierta. Luego la cerró de golpe y cruzó los brazos sobre el vientre.

—¡Eso me pasa por confiar en que George Webb me eligiera una partera adecuada! —exclamó y, para mi gran sorpresa se echó a reír—. Él no lo sabe, ¿verdad?

—Diría que no. Yo no se lo dije. ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Oh, es usted bastante famosa, señora Fraser —me aseguró—. Se habla de ello en todas partes. George no tiene tiempo para cotilleos, pero hasta él debe de haberlo oído. Aunque no tiene memoria para los nombres. Yo sí.

Su cara estaba recuperando un poco de color. Le dio otro mordisco a la tostada, masticó, y tragó con delicadeza.

—Pero no estaba segura de que fuera usted —admitió—. Hasta que se lo pregunté.

—Y ahora que lo sabe...? —le pregunté suavemente.

—No lo sé. Nunca antes había conocido a una asesina. —Tragó lo que quedaba de tostada y se chupó la punta de los dedos.

—No soy una asesina —insistí.

—Bueno, era de suponer que diría algo así —concedió—. No parece depravada... aunque debo decir que tampoco parece muy respetable.

Levantó la fragante taza y bebió, con una expresión de dicha que me recordó

que no había comido nada desde el cuenco bastante magro de gachas sin sal y sin manteca que la señora Tolliver me había proporcionado a modo de desayuno.

—Tendré que pensar en ello —dijo la señora Martin, dejando la taza—. Lleve eso a la cocina —añadió, haciendo un gesto hacia la bandeja—, y haga que me manden sopa, y tal vez algunos bocadillos. ¡Creo que he recuperado el apetito!

Bueno, ¿y ahora qué, maldita sea? Me habían trasladado de la cárcel al palacio con tanta brusquedad que me sentía como un marinero en tierra después de meses en el mar, tambaleándome y con dificultades para mantener el equilibrio. Obedecí y fui a la cocina, como me habían ordenado, conseguí una bandeja —con un cuenco de sopa que oía de maravilla— y se la llevé a la señora Martin, caminando como una autómata. Para cuando me indicó que me marchara, mi cerebro ya había comenzado a funcionar nuevamente, aunque aún no a su capacidad máxima.

Estaba en New Bern. Y, gracias a Dios y a Sadie Ferguson, fuera de la fétida prisión del alguacil Tolliver. Fergus y Marsali estaban en New Bern. Ergo, lo único que podía hacer era escaparme y encontrar la manera de hallarlos. Ellos podrían ayudarme a localizar a Jamie. Me aferré a la promesa de Tom Christie de que Jamie no estaba muerto y a la idea de que sería posible encontrarlo, porque cualquier otra cosa sería intolerable.

Pero escapar del palacio del gobernador resultó más difícil de lo que había pensado. Había guardias apostados en todas las puertas, y mi intento de engañar a uno de ellos para dejarlo atrás falló por completo y provocó la repentina aparición del señor Webb, que me cogió del brazo y me escoltó por la escalera hasta una sofocante buhardilla, donde me encerró con llave.

Era mejor que la cárcel. Había un camastro, un orinal, un lavabo, un aguamanil y una cajonera, que contenía algunas escasas ropas. Una película de fino polvo de verano vacía sobre casi todo, y si bien el aguamanil estaba lleno de agua, era obvio que llevaba bastante tiempo así; unas cuantas polillas y otros pequeños insectos se habían ahogado en él, y una película del mismo polvo fino flotaba en la superficie.

También había una pequeña ventana, cerrada y con el cristal pintado, pero después de unos resuellos golpes y tirones logré abrirla y tragué una embriagadora bocanada de aire caliente y pesado.

Me desnudé, saqué las polillas muertas de la jarra y me lavé, una experiencia de dicha que me hizo sentir inmensamente mejor, después de la última semana de mugre, sudor y suciedad absolutos. Después de un momento de vacilación, cogí una raída enagua de lino de la cajonera, incapaz de soportar la idea de volver a ponerme mi propia enagua mugrienta y empapada en sudor.

No era mucho lo que podía hacer sin jabón o champú, pero, aun así, me sentí bastante mejor, y me quedé de pie junto a la ventana, peinándome el pelo

mojado —había un peine de madera en la cómoda, pero ningún espejo— y analizando lo que podía desde mi posición.

Había más guardias apostados en el perímetro de la propiedad. Me pregunté si sería habitual. Pensé que tal vez no; parecían inquietos y muy alertas: vi a uno increpar a un hombre que se había aproximado al portal y enseñarle el arma con una actitud bastante beligerante. El hombre pareció alarmado y retrocedió, luego giró y se alejó rápidamente, mirando hacia atrás por encima del hombro.

Había una buena cantidad de guardias uniformados apiñados en torno a seis cañones situados en una ligera elevación delante del palacio, dominando la ciudad y parte del puerto.

Entre ellos pude ver a dos hombres sin uniforme; logré distinguir la figura alta y fornida del señor Webb, y a un hombre más bajo a su lado. El hombre de baja estatura caminaba siguiendo la línea de cañones, con las manos dobladas tras los faldones de su levita, y los infantes de marina le hacían la venia. Supuse entonces que se trataría del gobernador: Josiah Martin.

Seguí observándolos un poco más, pero no ocurrió nada interesante, y de pronto me sentí abrumada por una repentina sensación de sueño, agotada por las tensiones del último mes y aquel aire caliente y quieto.

Me tumbé en el camastro y me quedé dormida de inmediato.

Dormí hasta la medianoche, cuando me volvieron a llamar para atender a la señora Martin, que al parecer había sufrido una recaída. Un hombre ligeramente regordete y de nariz larga con una camisa y un gorro de dormir acechaba en el umbral con una vela y aspecto de preocupación; supuse que sería el gobernador. Me miró con irritación, pero no intentó interferir, y yo no tenía mucho tiempo para ocuparme de él. Para cuando pasó la crisis había desaparecido. Con la paciente a salvo y durmiendo, me tumbé como un perro en la alfombra junto a su cama, y no me costó volver a conciliar el sueño.

Era pleno día cuando desperté nuevamente, y el fuego estaba apagado. La señora Martin estaba levantada, llamando a Dilman y muy nerviosa.

—Condenada muchacha —dijo, volviéndose cuando me puse de pie—. Ha enfermado de paludismo, supongo, como el resto. O ha huido.

Supuse que si bien varios sirvientes habían caído por la fiebre, una buena cantidad de los demás habían escapado por miedo al contagio.

—¿Está totalmente segura de que no tengo paludismo terciario, señora Fraser? —La señora Martin se examinó en el espejo, sacó la lengua y la analizó críticamente—. Creo que estoy amarilla.

De hecho, sus facciones tenían un suave color rosado inglés, aunque estaba algo pálida por haber vomitado.

—Aléjese de las tartas de crema y el pastel de ostras cuando haga mucho calor, no coma de una sentada nada que sea mayor que su cabeza, y se pondrá

bien —dijo, reprimiendo un bostezo. Me vi de reojo en el espejo, por encima de su hombro, y me estremecí. Estaba casi tan pálida como ella, con círculos oscuros debajo de los ojos.

—Debería sangrarme —declaró la señora Martin—. Ése es el tratamiento correcto para la pléthora; mi querido doctor Sibelius siempre lo dice. Tres o cuatro onzas tal vez, seguidas de un laxante. El doctor Sibelius afirma que el laxante funciona muy bien en esos casos. —Se dirigió a un sillón y se reclinó, con el vientre abultándole debajo del salto de cama. Se levantó la manga de la prenda y extendió el brazo en actitud lánguida—. Hay una lanceta y un cuenco en el cajón superior izquierdo, señora Fraser. Hágame el favor.

La mera idea de extraer sangre a primera hora de la mañana era suficiente para que yo misma tuviera ganas de vomitar. En cuanto al laxante del doctor Sibelius, era láudano, una alcohólica mezcla de tintina y opio, y no el tratamiento que yo le hubiera prescrito a una mujer embarazada.

La subsiguiente y agria discusión sobre las virtudes del sangrado —y comencé a pensar que la excitación de que una asesina le abriera una vena era en realidad lo que ella deseaba— se vio interrumpida por la entrada sin ceremonia alguna del señor Webb.

—¿La molesto, señora? Mis disculpas. —Le hizo una breve reverencia a la señora Martin y luego se volvió hacia mí—. Usted, póngase el gorro y sígame.

Lo hice sin protestar, dejando a la señora Martin indignada y sin pinchar.

Esta vez Webb me hizo bajar por la pulida y resplandeciente escalera principal y luego entrar a una sala grande, elegante y forrada de libros. El gobernador, que ya se había puesto la peluca que le correspondía, se había empolvado la cara y llevaba un traje elegante, estaba sentado detrás de un escritorio rebosante de papeles, certificados, plumas dispersas, cartapacios, frascos de arena, lacre y todos los demás instrumentos propios de un burócrata del siglo XVIII. Parecía acalorado, irritado y tan indignado como su esposa.

—¿Qué, Webb? —exclamó, mirándome con el ceño fruncido—. Necesito un secretario, ¡y tú me traes una comadrona?

—Es falsificadora —replicó éste sin rodeos. Eso paralizó cualquier queja que el gobernador pensara plantear.

—Oh —dijo en tono alterado—. ¿De veras?

—Acusada de falsificación —intervine cortésmente—. No me han juzgado, mucho menos condenado, ¿sabe usted?

El gobernador alzó las cejas al captar mi acento educado.

—¿De veras? —volvió a decir, más lentamente. Me miró de arriba abajo—. ¿De dónde demonios la ha sacado, Webb?

—De la cárcel. Cuando pregunté por una partera, alguien me dijo que esta mujer había hecho prodigios con una esclava, otra prisionera, que tenía un parto muy difícil. Y como la cuestión era urgente y no pudimos encontrar a otra mujer

con sus conocimientos...

—Mmm. —El gobernador se sacó un pañuelo de la manga y se limpió la papada con aire reflexivo—. ¿Puede escribir con buena letra?

Supuse que sería una muy mala falsificadora si no pudiera, pero me contenté con decir que sí. Por fortuna, era cierto; en mi propia época, yo había garabateado recetas con bolígrafos como cualquiera, pero en esta época me había preparado para escribir con pluma y con buena caligrafía, para que mis registros médicos y mis apuntes sobre casos fueran legibles para cualquiera que los leyera después. Una vez más, sentí una punzada cuando la imagen de Malva me cruzó la mente, pero no tenía tiempo de pensar en ella.

Sin dejar de examinarme con actitud especulativa, el gobernador señaló con un gesto una silla de respaldo recto y un escritorio más pequeño que estaban a un costado de la sala.

—Siéntese. —Se puso en pie, rebuscó entre los papeles de su escritorio y depositó uno de ellos delante de mí—. Veamos cómo pasa esto a limpio, por favor.

Era una breve carta al Concejo Real, resumiendo a grandes rasgos las preocupaciones del gobernador respecto de las recientes amenazas que había recibido esa institución, y posponiendo la próxima reunión del concejo. Escogí una pluma del recipiente de cristal tallado que estaba en el escritorio, encontré un cortaplumas, recorté la pluma hasta dejarla a mi gusto, saqué el corcho del frasco de tinta y me puse a ello, consciente del escrutinio de los dos hombres.

No sabía cuánto tiempo podría mantener mi impostura —la mujer del gobernador podía levantar la liebre en cualquier instante— pero, por el momento, me parecía que probablemente tenía más posibilidades de escapar como acusada de falsificación que como acusada de asesinato.

El gobernador cogió la copia terminada, la examinó y la dejó sobre el escritorio con un pequeño gruñido de satisfacción.

—Bastante bien —dijo—. Haga ocho copias más de esa carta, y luego puede continuar con estas otras. —Volviendo a su propio escritorio, juntó una larga pila de cartas y las depositó delante de mí.

Me apliqué a la tarea que me habían asignado mecánicamente, y el sonido de la pluma rasgando el papel, el ritual de enarenar, pasar por el papel secante y sacudir me calmó bastante. Hacer las copias ocupaba una parte muy pequeña de mi mente; el resto quedaba libre para preocuparme por Jamie y para pensar la mejor manera de organizar la fuga.

Podía dar alguna excusa después de un rato e ir a ver cómo se encontraba la señora Martin. Si podía hacerlo sin compañía, tendría unos pocos momentos de libertad, durante los cuales intentaría lanzarme subrepticiamente a la salida más próxima. Pero todas las puertas que había visto hasta el momento estaban vigiladas. Por desgracia, el palacio del gobernador tenía un depósito de sustancias

muy bien provisto; sería difícil inventar la necesidad de ir a buscar algo a una botica y, aunque pudiera hacerlo, era muy poco probable que me permitieran ir sola a recogerlo.

Esperar a que anocheciera parecía la mejor idea; si, al menos, conseguía salir del palacio, pasarían varias horas hasta que se notara mi ausencia. Pero si volvían a encerrarme con llave...

Seguí escribiendo sin cesar, analizando varios planes insatisfactorios.

Webb y el gobernador murmuraban entre sí, pero hablaban de cosas de las que yo no sabía nada. Después de un momento Webb se acercó para indicarme cómo sellar las cartas y añadir los destinatarios. Pensé preguntarle por qué no lo hacía él mismo, pero entonces le vi las manos; las dos estaban muy retorcidas por la artritis.

—Tiene una letra muy bonita, señora Fraser. Qué pena que sea usted la falsificadora en lugar de la asesina.

—¿Por qué? —pregunté, totalmente desconcertada.

—Bueno, es evidente que usted sabe leer y escribir —respondió—. Si la condenaran por asesinato, podría solicitar el beneficio del clero, y escapar con una azotaina pública y una marca en la cara. Pero la falsificación... —Meneó la cabeza—. Es un delito capital, sin posibilidad de indulto. Si la condenan por falsificación, señora Fraser, me temo que la colgarán.

Mis sentimientos de gratitud hacia Sadie Ferguson sufrieron una repentina reevaluación.

—De veras? —dije, lo más fríamente posible, aunque mi corazón había dado un vuelco—. Bueno, entonces esperemos que se haga justicia y me liberen, ¿no?

Él lanzó una carcajada.

—Desde luego. Aunque sólo sea por el bien del gobernador.

Después de eso, reanudamos el trabajo en silencio. El reloj dorado detrás de mí marcó las doce del mediodía, y apareció un sirviente, que supuse que sería el mayordomo, para preguntar si el gobernador estaba dispuesto a recibir a una delegación de ciudadanos.

La boca del gobernador se apretó un poco, pero él asintió con un gesto de resignación, y a continuación entró en la sala un grupo de seis o siete hombres, todos ataviados con sus mejores abrigos, pero que claramente eran tenderos, no hombres de negocios ni abogados.

—Estamos aquí, señor —dijo uno de ellos, que se presentó como George Herbert—, para preguntar por el significado del cambio de posición de los cañones.

Webb, que estaba sentado a mi lado, se puso un poco tenso, pero al parecer el gobernador estaba preparado para eso.

—¿Los cañones? —dijo, con todo el aspecto de una persona sorprendida e inocente—. Vaya... se están reparando los soportes. Dentro de unos días

dispararemos una salva de salutación real, como siempre, con motivo del cumpleaños de la reina. Pero cuando inspeccionamos los cañones descubrimos que la madera de las cureñas estaba podrida en algunos sitios. Desde luego es imposible disparar los cañones antes de que se efectúen las reparaciones. ¿Le gustaría inspeccionar a usted mismo los soportes, señor?

Comenzó a levantarse de la silla mientras lo decía, como si fuera a escoltarlos personalmente hasta los cañones, pero sus palabras tenían un tono irónico tan marcado que los hombres se sonrojaron y murmuraron unas frases de disculpa.

Intercambiaron algunas palabras más de cortesía, pero luego la delegación se marchó, mostrándose apenas un poco menos recelosos que cuando entraron. Webb cerró los ojos y exhaló de manera audible.

—Malditos sean —dijo el gobernador en voz muy baja.

No creí que su intención fuera que yo lo oyera, así que fingí no haberlo hecho, ocupándome con los papeles y manteniendo la cabeza gacha.

Webb se levantó y se acercó a la ventana que daba al césped, supuestamente para asegurarse de que los cañones estuvieran donde él pensaba que estarían. Torciendo un poco el cuello, pude ver más allá; era cierto: habían quitado los seis cañones de los soportes y yacían en el suelo.

A partir de la conversación subsiguiente —condimentada con fuertes comentarios respecto de los rebeldes perros que habían tenido la temeridad de formular una pregunta a un gobernador real como si fuera un limpiabotas—, deduje que habían quitado los cañones por temor a que los ciudadanos pudieran hacerse con ellos y apuntarlos contra el mismo palacio.

Al oír todo aquello me di cuenta de que las cosas habían ido más lejos y más de prisa de lo que yo esperaba. Estábamos a mediados de julio, pero de 1775, casi un año antes de que una versión más extensa y contundente de la Declaración de Mecklenburg floreciera y se convirtiera en una declaración oficial de independencia para las colonias unidas. Pero ya teníamos aquí a un gobernador de la Corona, evidentemente temeroso de una revuelta popular.

Por si lo que habíamos visto en nuestro viaje al sur no hubiese bastado para convencerme de que ya estábamos en guerra, tras haber pasado un día con el gobernador Martin ya no me quedaba ninguna duda.

Finalmente, esa tarde fui a comprobar cómo se encontraba mi paciente y a hacer averiguaciones sobre cualquier otra persona que pudiera estar enferma. La señora Martin estaba aletargada y deprimida, quejándose del calor y la pestilencia, echaba de menos a sus hijas, y sufrió profundamente por la falta de servicio personal, habiéndose visto obligada a cepillarse el pelo ella sola debido a la ausencia de Dilman. Pero, sin embargo, su salud era buena, como pude informar al gobernador, que me lo preguntó a mi regreso.

—¿Le parece que podría soportar un viaje? —me preguntó.

—Creo que sí. Sigue un poco débil, por los desarreglos digestivos, pero

debería estar del todo bien mañana. No creo que haya problemas con el embarazo. Dígame, ¿ha tenido dificultades en los partos anteriores?

La cara del gobernador se sonrojó al oírme, pero negó con la cabeza.

—Se lo agradezco, señora Fraser —dijo con una ligera inclinación de la cabeza—. Disculpa, George... Debo ir a hablar con Betsy.

—¿Está pensando en mandar a su esposa lejos de aquí? —le pregunté a Webb después de la partida del gobernador.

Webb asintió con aire distraído.

—Tiene familiares en Nueva York y Nueva Jersey. Ella estará a salvo allí, con las niñas. Sus tres hijas —explicó, mirándome a los ojos.

—Tres? Dijo que había tenido seis... Ah. —Me detuve de repente—. Dijo que había parido seis hijos, no que tenía seis hijos vivos.

—Perdieron a tres niños a causa de las fiebres de esta zona —dijo Webb. Meneó la cabeza—. No han tenido buena suerte aquí.

En ese momento pareció recuperarse y el hombre desapareció tras la máscara del frío burócrata. Me pasó otra pila de papeles y salió, sin molestarte en hacer una reverencia.

En que me hago pasar por una dama

Cené sola en mi habitación: al parecer, al menos la cocinera seguía en funciones, aunque la atmósfera de desorden en la casa era palpable. La inquietud podía sentirse, rayando con el pánico, y pensé que no era el miedo a la fiebre o al paludismo lo que había provocado la huida de los sirvientes sino, más probablemente, ese instinto de autopreservación que hace que las ratas huyan de un barco que se hunde.

Desde mi minúscula ventana podía ver una pequeña parte de la ciudad aparentemente serena bajo el resplandor crepuscular. La luz de esa zona era muy diferente de la de las montañas, una luminosidad chata y sin dimensiones que rodeaba las casas y los barcos pesqueros del puerto con una claridad dura pero que se desvanecía en una bruma que ocultaba por completo la otra orilla.

Hice a un lado ese pensamiento y saqué del bolsillo la tinta, la pluma y el papel que había logrado robar de la biblioteca. No tenía idea de si podría mandar una nota desde el palacio, ni mucho menos cómo, pero todavía me quedaba un poco de dinero, y si se presentaba la oportunidad...

Escribí rápidamente a Fergus y a Marsali, contándoles a grandes rasgos lo que había ocurrido y urgiendo a Fergus que hiciera averiguaciones sobre Jamie en Brunswicky Wilmington.

Pensaba que si Jamie estaba vivo, lo más probable era que se encontrara en la cárcel de Wilmington. Brunswick era un poblado diminuto, dominado por la imponente presencia del fuerte Johnston, una construcción de troncos de madera, pero ese fuerte era una guarnición militar; no había razones para llevar a Jamie allí... aunque si lo habían hecho... el fuerte estaba al mando del capitán Collet, un inmigrante suizo que lo conocía. Al menos, allí estaría a salvo.

¿A quién más conocía? Tenía bastantes conocidos en la costa, de los días de la Regulación John Ashe, por ejemplo; habían marchado lado a lado en Alamance, y la compañía de Ashe había acampado junto a la nuestra todas las noches; lo habíamos invitado a nuestras hogueras en muchas ocasiones. Y Ashe era de Wilmington.

Acababa de terminar una breve nota para John Ashe cuando oí pasos en el pasillo que venían hacia mi habitación. La doblé de prisa y la metí junto con la otra nota en mi bolsillo. No había tiempo de hacer nada con la tinta y el papel que había robado, excepto empujarlos bajo la cama.

Era Webb, desde luego, mi carcelero de costumbre. Era evidente que ya se me consideraba la única criada de la casa; me escoltaron hasta la habitación de

la señora Martin y me indicaron que hiciera sus maletas.

Había esperado encontrarme con quejas o un ataque de histeria tal vez, pero, de hecho, ella no sólo estaba vestida, sino pálida y serena, dirigiendo e incluso ayudando con el proceso con un claro sentido del orden.

La razón de su compostura era el gobernador, que se presentó en medio de nuestra actividad con el rostro sumido en la preocupación. Ella se acercó a él de inmediato y le puso las manos sobre los hombros.

—Pobre Jo —dijo en voz baja—. ¿Has cenado?

—No. No importa. Tomaré un bocado más tarde. —La besó en la frente—. ¿Te encuentras bien, Betsy? ¿Estás segura? —De pronto me di cuenta de que él era irlandés, angloirlandés, al menos; no tenía acento alguno, pero había un poco de entonación en aquellas palabras dichas sin reservas.

—Totalmente recuperada —le aseguró ella. Le cogió la mano y se la llevó al vientre, sonriendo—. ¿Ves cómo patea?

Él sonrió a su vez, llevó la mano a sus labios y la besó.

—Te echaré de menos, cariño —dijo ella en voz muy baja—. ¿Me prometes que te cuidarás?

—Desde luego. Querida Betsy. Sabes que no podría soportar separarme de ti, a menos...

—Lo sé. Por eso temo tanto por ti. Yo... —En ese momento se dio cuenta de mi presencia—. Señora Fraser —dijo en un tono diferente—, baje a la cocina, por favor, y haga que le preparen una bandeja al gobernador. Luego puede llevarla a la biblioteca.

Hice una ligera reverencia y me marché. ¿Sería ésa la oportunidad que estaba esperando?

Los pasillos y la escalera estaban desiertos, iluminados sólo por vacilantes apliques de latón, donde ardía aceite de pescado. La cocina, con su pared de ladrillos, estaba en el sótano, y el inquietante silencio donde de ordinario habría una colmena de actividad hizo que bajar la oscura escalera de la cocina se asemejase al descenso a una mazmorra.

Ya no había otra luz en la cocina que el fuego del hogar, que ardía poco, y había tres criadas apiñadas a su alrededor a pesar del sofocante calor. Se volvieron al oír mis pasos, alarmadas y recortadas contra la luz del fuego, de modo que no pude verles las caras. Con el vapor que salía del caldero que tenían detrás, tuve la momentánea alucinación de que me había topado con las tres brujas de Macbeth.

—Dobra, dobla, la zozobra —dije—. Arde, fuego; hierve, olla.

—Zozobra, desde luego —dijo una suave voz femenina, y rió. Al acercarme me di cuenta de que habían parecido sin rostro en las sombras porque eran todas negras; y por ello imposibilitadas para huir de la casa.

Imposibilitadas, también, para transmitir un mensaje para mí. De todas

formas nunca estaba de más hacer amigas, de modo que les sonrei.

Ellas, timidamente, hicieron lo propio y me miraron con curiosidad. Yo no las había visto antes, y ellas a mí tampoco, aunque pensé que era bastante probable que supieran quién era.

—¿El gobernador va a mandar a su señora lejos de aquí? —preguntó la que había reido, moviéndose para bajar una bandeja de un anaquel como respuesta a mi petición de algo ligero.

—Sí —dije. Conocía bien el valor monetario del cotilleo, y les conté todo lo que la decencia me permitía.

Molly, la cocinera, meneó la cabeza.

—Mala época, mala época —dijo, chasqueando la lengua, y las otras dos murmuraron su acuerdo. Me pareció que el gobernador les caía bien.

Se me ocurrió que incluso aunque no les fuera posible fugarse de la casa, tal vez sí pudieran salir del edificio cada tanto; alguien tenía que hacer la compra. De hecho, resultó ser así. Sukie, la que había reido, salía a comprar pescado y verduras frescas por la mañana y, una vez que planteé el asunto con tacto, no se opuso a entregar mi nota en la imprenta —que sabía dónde estaba—, a cambio de una pequeña suma.

Se guardó el papel y el dinero en el pecho, y me guiñó el ojo. Sólo Dios sabía qué creía ella que era el mensaje, pero le devolví el guiño y, alzando la cargada bandeja, emprendí el ascenso a los dominios del olor a pescado y la luz.

Encontré al gobernador solo en la biblioteca, quemando papeles. Asintió con un gesto distraído al ver la bandeja que dejé sobre el escritorio, pero no la tocó. No estaba segura de qué hacer y después de un momento de incomodidad, finalmente me senté en mi lugar acostumbrado.

El gobernador arrojó una última pila de documentos al fuego, luego permaneció de pie, mirándolos con expresión sombría. La habitación se había enfriado un poco con el crepúsculo, pero las ventanas estaban herméticamente cerradas, y unas gotitas de humedad condensada chorreaban por los ornados cristales. Enjugándome una condensación similar de mis mejillas y nariz, me levanté y abrí la ventana más cercana a mí, tragando una profunda bocanada del aire del anochecer, asfixiante y caliente, pero fresco y endulzado con el olor, amortiguado por la humedad de la orilla distante, de la madreselva y las rosas del jardín.

Olor a humo de madera, también. Los soldados habían encendido fogatas a intervalos regulares en el perímetro del terreno. Bueno, eso ayudaría con los mosquitos... y no nos tomarían del todo por sorpresa, en caso de un ataque.

El gobernador se acercó a mis espaldas. Supuse que me diría que cerrara la ventana, pero simplemente se quedó allí, contemplando sus jardines y la extensa entrada para carruajes, con suelo de gravilla. La luna había salido y los cañones desmontados podían verse vagamente en las sombras.

Después de un momento, el gobernador regresó a su escritorio, me llamó y me entregó una pila de correspondencia oficial para que la copiase, otra para que la clasificara y la archivara. Dejó la ventana abierta: pensé que tal vez querría oír si pasaba algo.

Me pregunté dónde se encontraría el omnipresente Webb. No había ningún otro sonido en el palacio; probablemente la señora Martin había terminado de hacer las maletas sola y se había ido a la cama.

Seguimos trabajando, a través de los intermitentes tañidos del reloj; cada tanto, el gobernador se levantaba y arrojaba otro montón de papeles al fuego, cogía mis copias en limpio y las guardaba en grandes carpetas de cuero que luego cerraba con una cinta y las apilaba en su escritorio. Se había quitado la peluca; tenía el pelo marrón, corto pero rizado. Cada tanto hacía una pausa y giraba la cabeza, tratando de escuchar.

Yo ya me había enfrentado a una turbamulta, y entendí qué era lo que trataba de escuchar. A esas alturas, ya no sabía qué esperar o qué temer. De modo que seguí trabajando, agradeciendo la distracción, aunque se me había acalambrado la mano y tenía que hacer una pausa cada tanto para frotármela.

El gobernador había empezado a escribir; cambió de posición en la silla, haciendo una mueca de incomodidad a pesar del cojín. La señora Martin me había contado que tenía una fistula. Se acomodó sobre una nalga y se frotó la cara con la mano. Era tarde, y evidentemente estaba cansado, además de incómodo. Yo también estaba cansada, reprimiendo bostezos que me dejaban los ojos llenos de lágrimas. Pero él siguió trabajando tenazmente, con ocasionales miradas a la puerta.

La ventana a mi espalda seguía abierta, y la brisa me acariciaba, caliente pero con el suficiente movimiento como para agitar los pelos de mi nuca y hacer que la llama de la vela oscilara con fuerza. La llama se inclinó hacia un lado y vaciló, como si fuera a apagarse, y el gobernador extendió el brazo rápidamente y la rodeó con una mano ahuecada.

La brisa se esfumó, dejando paso a un silencio absoluto, salvo por el sonido de los grillos del exterior. La atención del gobernador parecía fija en el papel que tenía delante, pero de pronto su cabeza giró bruscamente, como si hubiera visto algo pasar a toda velocidad al otro lado de la puerta abierta.

Miró un momento, luego pestañeó, se frotó los ojos y centró de nuevo la vista en el papel. Pero no pudo mantenerla. Volvió a mirar el umbral vacío, luego volvió la mirada, parpadeando.

—¿Ha visto... pasar a alguien, señora Fraser? —preguntó.

—No, señor —dije, tragándome un bostezo.

—Ah. —Aparentemente un poco desilusionado, cogió la pluma, pero no escribió nada, sólo la sostuvo entre los dedos.

—¿Esperaba a alguien su excelencia? —pregunté con cortesía, y su cabeza se

levantó por la sorpresa.

—Oh. No, es... —Su voz se interrumpió cuando volvió a mirar hacia el umbral que daba a la parte trasera de la casa—. Mi hijo. Nuestro querido Sam. Él... murió aquí, ¿sabe?... a finales del año pasado. Con Ian sólo ocho años. A veces... a veces me parece verlo —terminó en voz muy baja, y volvió a inclinar la cabeza sobre el papel, con los labios apretados.

—Lo lamento —dije suavemente. Él no habló, pero hizo un gesto rápido y brusco de reconocimiento y reanudó su escritura, como también hice yo.

Un poco más tarde, el reloj marcó la una, luego las dos. Era un tañido suave y dulce, y el gobernador se detuvo a escucharlo.

—Qué tarde —dijo, cuando la última campanada se apagó—. La he mantenido despierta hasta una hora intolerable, señora Fraser. Le ruego me disculpe. —Me indicó con un gesto que dejara los papeles en los que estaba trabajando y me puse en pie, rígida y con las articulaciones entumecidas.

—Usted también debería acostarse, ¿sabe? —le dije.

El palacio estaba sumido en la quietud. Hasta los grillos habían dejado de cantar, y sólo el débil ronquido de un soldado dormido en el pasillo perturbaba el silencio.

—Sí —asintió, y me dedicó una sonrisa mínima y cansada—. Pronto. —Cambió de posición para apoyarse en la otra nalga y cogió la pluma, inclinándose una vez más sobre los papeles.

Nadie me despertó a la mañana siguiente y el sol ya estaba alto cuando empecé a moverme. Presté atención al silencio y por un momento temí que todos se hubiesen fugado durante la noche, dejándome encerrada para que me muriera de hambre. Me levanté de prisa y miré hacia afuera. Los soldados seguían patrullando el terreno. Pude ver a pequeños grupos de ciudadanos fuera del perímetro, la mayoría paseando, pero que a veces se detenían a contemplar el palacio.

Entonces comencé a oír pequeños golpes y ruidos en la planta inferior y me sentí aliviada; no me habían abandonado del todo. Sin embargo, estaba muy hambrienta cuando el mayordomo vino para dejarme salir.

Me llevó a la recámara de la señora Martin, pero para mi sorpresa estaba vacía. Me dejó allí y, pocos momentos después, entró Merilee, una de las esclavas de la cocina, con una actitud aprensiva por encontrarse en esa parte desconocida del edificio.

—¿Qué ocurre? —le pregunté—. ¿Sabes dónde está la señora Martin?

—Bueno, eso sí lo sé —dijo en un tono de duda—. Se marchó esta mañana, justo antes del amanecer. El tal señor Webb se la llevó, medio a escondidas, en un carromato con sus cajas.

Asentí, perpleja. Era razonable que se marchara con el menor ruido posible:

imaginé que el gobernador no quería dar ninguna señal de que se sentía amenazado, por miedo a provocar exactamente la violencia que él temía.

—Pero si la señora Martin se ha marchado —dije—, ¿por qué estoy yo aquí? ¿Por qué está usted aquí?

—Oh, bueno, eso también lo sé —dijo Merilee, recuperando un poco la confianza—. Se supone que debo ayudar a vestirla, señora.

—Pero no necesito ninguna... —comencé a decir, y en ese momento vi la ropa desplegada sobre la cama, uno de los vestidos de día de la señora Martin, de una bonita tela de algodón con dibujos florales, una voluminosa enagua, medias de seda y un gran sombrero de paja para ocultar el rostro. Era evidente que tendría que hacerme pasar por la esposa del gobernador.

Yo era sólo entre cinco y ocho centímetros más alta que la señora Martin, y al no tener el vientre abultado, el vestido me llegaba más abajo. No había ninguna esperanza de que alguno de sus zapatos me fuera bien, pero los míos no eran completamente vergonzosos. Merilee los limpió y los frotó con un poco de grasa para que el cuero brillara.

Con el sombrero de ala ancha inclinado para ocultarme la cara, y con el pelo recogido y sujetado con firmeza en una cofia debajo de él, probablemente tenía un parecido razonable, al menos para aquellos que no conocieran bien a la señora Martin. El gobernador frunció el ceño cuando me vio, y caminó con lentitud a mí alrededor, tirando de aquí y de allá para ajustar el talle, pero luego asintió y, con una pequeña reverencia, me ofreció el brazo.

—A sus pies, señora —dijo cortésmente. Yo me agaché un poco para disimular mi altura y salimos por la puerta principal, donde nos aguardaba el carruaje del gobernador.

Fuga

Jamie Fraser observó la cantidad y la calidad de los libros en el escaparate de la imprenta —*F. Fraser, propietario*—, y se permitió un momento de orgullo por Fergus; el establecimiento, aunque pequeño, estaba, al parecer, prosperando. Sin embargo, el tiempo apremiaba, y abrió la puerta sin detenerse a leer los títulos.

Una campanilla tintineó a su entrada, y Germain saltó de detrás del mostrador lanzando un alarido de alegría al encontrarse con su abuelo y su tío Ian.

—*Grandpère, grandpère!* —gritó, luego se zambulló bajo la hoja del mostrador, aferrando extasiado las caderas de Jamie. Había crecido: la coronilla ya le llegaba a las costillas inferiores de Jamie. Éste acarició con suavidad el pelo del muchacho, luego le pidió que buscara a su padre.

No era necesario; advertidos por los gritos, toda la familia salió corriendo de la vivienda, que estaba detrás de la tienda, en medio de exclamaciones, gritos, chillidos y el comportamiento general de una manada de lobos, como les señaló Ian con Henri-Christian en los hombros en una actitud de triunfo, con la cara colorada y agarrándose a sus pelos.

—¿Qué ha ocurrido, milord? ¿Por qué está usted aquí? —Fergus apartó con facilidad a Jamie de la barahúnda y lo llevó al rincón donde guardaba los libros más valiosos, así como los no aptos para su exhibición pública.

Por la expresión de Fergus se dio cuenta de que habían llegado algunas noticias de las montañas. Le explicó la situación lo más rápido que pudo, cada tanto tropezando con sus propias palabras por la prisa y el cansancio; uno de los caballos se había lesionado a unos sesenta y cinco kilómetros del pueblo y, al no poder encontrar otro, habían caminado dos noches y un día, turnándose para cabalgar, con el otro trotando al lado, aferrado al tiento del estribo.

Fergus escuchó con atención, limpiándose la boca con el pañuelo que se había sacado del cuello: habían llegado en medio de la cena.

—El alguacil... tiene que ser el señor Tolliver —dijo—. Lo conozco. ¿Vamos a...?

Jamie hizo un gesto brusco, interrumpiéndolo.

—Fuimos allí en primer lugar —explicó—. El alguacil se había marchado, no había nadie en la casa, salvo una mujer muy borracha, tirada en un banco y roncando con un bebé negro en sus brazos.

Él había cogido al bebé y se lo había entregado a Ian, mientras trataba de que la mujer recuperara la sobriedad lo suficiente como para hablar. A continuación

la había arrastrado al patio y le había arrojado cubos de agua hasta que ella jadeó y parpadeó, luego volvió a arrastrarla, chorreando y tambaleándose, de vuelta a la casa, donde la obligó a beber agua vertida sobre los restos negros y quemados de achicoria que había encontrado en la jarra. Ella vomitó de una manera abundante y asquerosa, pero recuperó algún vago sentido del lenguaje.

—Al principio, lo único que podía decir era que todas las prisioneras se habían ido: o bien se habían fugado o las habían colgado. —Volvió a sacudir a la mujer con brío y le exigió detalles, y finalmente después de administrarle más agua con aquella inmunda infusión, los obtuvo—. Vino un hombre, anteayer, y se la llevó. Eso era todo lo que sabía... o lo que recordaba. La obligué a que me contara todo lo que sabía sobre su aspecto; no era Brown ni tampoco Neil Forbes.

—Ya veo.

Fergus echó una ojeada a su alrededor; toda su familia estaba reunida alrededor de Ian acosándolo y acariciándolo. Pero Marsali miraba hacia el rincón, con la preocupación dibujada en el rostro retenida por Joan que estaba tirándole de la falda.

—Me pregunto quién se la habrá llevado.

—Joanie, *a chuisle* ¿quieres soltarme? Ayuda a Félicité un momento, ¿de acuerdo?

—Pero, mamá...

—Ahora no. Espera un poco, ¿de acuerdo?

—No lo sé —dijo Jamie. De pronto se le ocurrió una idea repentina y más horrible—. Por Dios, ¿crees que podría haber sido Stephen Bonnet?

La descripción que le había proporcionado la mujer borracha no se correspondía con la del pirata, pero tampoco había sido nada precisa. ¿Acaso Forbes se habría enterado de su propia huida y había decidido simplemente deportar a Claire a Inglaterra por la fuerza y tratar de endosarle a Jamie la culpabilidad de la muerte de Malva Christie?

Descubrió que le costaba respirar y tuvo que esforzarse para que el aire le llegara al pecho. Si Forbes le había entregado a Claire a Bonnet abriría en canal al abogado desde las clavículas hasta la polla, le arrancaría las entrañas y lo estrangularía con ellas. Y lo mismo haría con el irlandés, una vez que le pusiera las manos encima.

—Papi, pa... pi... —La cantarina voz de Joan penetró vagamente en la roja nube que le llenaba la cabeza.

—¿Qué *chèrie*? —Fergus la levantó, sosteniendo su trasero en el brazo izquierdo, para dejar libre la mano derecha.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y le susurró algo al oído.

—Oh, ¡en serio? —dijo—. *Très bien*. ¿Dónde lo has puesto, *chèrie*?

—Con los dibujos de la dama traviesa.

Señaló el anaquel superior, donde había varios volúmenes con

encuadernación de cuero pero discretamente desprovistos de títulos, Jamie vio un papel borroso que asomaba entre dos de los libros.

Fergus chasqueó la lengua, contrariado...

—¡Sabes que no debes subir allí!

Jamie extendió la mano y sacó el papel. Y sintió que toda la sangre se le iba de la cabeza, al ver una letra familiar en él.

—¿Qué? —Fergus, alarmado por su aspecto, dejó a Joanie en el suelo—. ¡Siéntese, milord! Corre, *chérie* trae el frasco de sales.

Jamie agitó una mano, sin habla, tratando de indicar que se encontraba bien, y por fin logró encontrar la lengua.

—Está en el palacio del gobernador —dijo—. Gracias al cielo, está a salvo.

Al ver un taburete que alguien había colocado debajo del anaquel, lo sacó y se sentó en él sintiendo que el agotamiento le palpitaba en el temblor de los músculos de muslos y tobillos, sin prestar atención a la confusión de preguntas y explicaciones, sobre cómo alguien había hecho pasar la nota por debajo de la puerta y Joanie la había encontrado; era común que se entregaran de esa forma mensajes anónimos al periódico y los niños sabían que debían enseñárselos de inmediato a su padre...

Fergus leyó la nota y sus oscuros ojos asumieron una expresión intensa e interesada.

—Bueno, esto está bien —dijo—. Iremos a buscarla. Pero creo que primero debe usted comer algo milord.

Jamie sintió deseos de rechazar el ofrecimiento, de decir que no había que perder ni un segundo, que de todas maneras no podía comer nada. Pero Marsali ya estaba llevando a las niñas a la cocina, exclamando cosas sobre café caliente y pan e Ian la seguía, con Henri-Christian aferrado a sus orejas y Germain parloteando a sus pies. Y sabía que si era necesario pelear, ya no le quedaban fuerzas para hacerlo. Luego, cuando el olor de huevos fritándose en manteca llegó hasta él se puso en pie y empezó a avanzar hasta la parte trasera de la casa como atraido por un imán.

Mientras daban cuenta de esa apresurada comida, plantearon y rechazaron planes. Finalmente Jamie aceptó a regañadientes la sugerencia de Fergus de que éste o Ian deberían presentarse directamente en el palacio y solicitar autorización para ver a Claire, diciendo que se trataba de un familiar y que quería asegurarse de su bienestar.

—No tienen ningún motivo para negar su presencia —dijo Fergus—. Si podemos verla, tanto mejor: pero, incluso si no sabremos si todavía sigue allí, y tal vez en qué parte del palacio es probable que la tengan.

Fergus deseaba ocuparse él mismo de la tarea, pero cedió cuando Ian le señaló que era muy conocido en New Bern, y que podrían sospechar que sólo estaba tratando de encontrar algún hecho escandaloso para el periódico.

—Porque me duele informarle, milord —dijo Fergus en tono de disculpa—, de que la cuestión, el crimen, ya se conoce aquí. Hay prensa amarilla... las tonterías habituales. *L'Oignon* se vio forzado a publicar algo al respecto, desde luego, para dar nuestra opinión, pero lo hicimos de una manera muy discreta, mencionando tan sólo los hechos desnudos. —Su boca grande y expresiva se comprimió brevemente, y Jamie le dedicó una débil sonrisa.

—Sí, ya veo —dijo. Se apartó de la mesa, reanimado por la comida, el café y el reconfortante conocimiento del paradero de Claire—. Bueno, Ian, péinate, pues. No conviene que el gobernador crea que eres un salvaje.

Jamie insistió en acompañar a Ian, a pesar del peligro de que lo reconocieran. Su sobrino lo examinó con los ojos entornados.

—No harás nada estúpido, ¿verdad, tío Jamie?

—¿Cuándo fue la última vez que te enteraste de que había hecho algo estúpido?

Ian comenzó a doblar los dedos, uno a uno.

—Oh, bien, déjame pensar... ¿Simms, el impresor? ¿Untar a Forbes con brea? Roger Mac me contó lo que hiciste en Mecklenburg.

—¿Tú habrías permitido que matasen a Fogarty? —Presumió Jamie—. Y ya que hablamos de necesidades, ¿a quién fue que le pincharon el culo por haberse enredado en pecado mortal con...?

—Lo que quiero decir —replicó Ian con severidad— es que no entrarás en el palacio del gobernador y tratarás de sacarla por la fuerza, pase lo que pase. Esperarás tan tranquilo con el sombrero puesto hasta que yo regrese, y luego veremos, ¿de acuerdo?

Jamie se bajó el ala del sombrero, que era raído de fieltro, como el que usaban los porqueros, lo que le dejó el pelo oculto.

—¿Qué te hace pensar lo contrario? —preguntó.

—La expresión de tu cara —respondió Ian brevemente—. Quiero sacarla de allí tanto como tú, tío Jamie... Bueno —se corrigió, con una mueca irónica—, tal vez no tanto... pero tengo la intención de recuperarla, en cualquier caso. Tú —añadió, tocándole el pecho a su tío con énfasis— espérame.

Y, dejando a Jamie a la sombra de un olmo caldeado por el sol, caminó resueltamente hacia las puertas del palacio.

Jamie tomó aliento varias veces, tratando de retener una sensación de enfado contra Ian como antídoto para el nerviosismo que se enroscaba en torno a su pecho como una serpiente.

Ian había llegado al portal y estaba discutiendo con el guardia apostado allí, con el mosquete listo. Jamie pudo ver que el hombre negaba enfáticamente con la cabeza.

Todo aquello era una tontería, pensó. La necesidad que sentía de ella era algo

físico como la sed de un marinero que lleva varias semanas en el mar. Había sentido esa necesidad antes, muchas, muchas veces, en los años en que habían estado separados. Pero ¿por qué ahora? Ella estaba a salvo; él sabía dónde se encontraba. ¿Sería tan sólo el agotamiento de los últimos días y semanas, o tal vez la debilidad de la edad, que le hacía doler los huesos, como si a ella la hubieran arrancado realmente de su cuerpo?

Ian estaba argumentando, haciendo gestos persuasivos al guardia. El sonido de ruedas en la gravilla hizo que Jamie desviara la atención; venía un carroaje por la entrada, un vehículo pequeño y abierto, con dos personas y un cochero arrastrado por una yunta de dos buenos caballos zainos.

El guardia había empujado a Ian con el cañón del mosquete, indicándole que mantuviera la distancia mientras él y su compañero abrían el portón. El carroaje no se detuvo, giró hacia la calle y pasó a su lado.

Él nunca había visto a Josiah Martin, pero le pareció que aquel caballero regordete debía de ser él. Sus ojos atisbaron por un instante a la mujer y su corazón se cerró como un puño. Sin pensarla un instante, salió corriendo tras el carroaje, lo más rápido que pudo.

Ni en su mejor momento podría haber dejado atrás una yunta de caballos. Aun así logró llegar a pocos metros del carroaje, y habría gritado, pero ya no le quedaba aire ni visión, y entonces su pie chocó con una piedra mal puesta del empedrado y cayó de brúces.

Se quedó aturdido y sin aliento, con la visión oscura y los pulmones en llamas, sin oír otra cosa que el estrépito de cascos y ruedas de carroaje alejándose, hasta que una fuerte mano le agarró el brazo y tiró de él.

—Dijiste que evitáramos llamar la atención —murmuró Ian inclinándose para meter el hombro bajo el brazo de Jamie—. Tu sombrero ha salido por los aires, ¿eso te ha llamado la atención a ti? No, claro que no, ni siquiera que toda la calle se te haya quedado mirando, maldito chalado. ¡Dios, pesas como un buey!

—Ian... dijo Jamie, e hizo una pausa para tragar una bocanada de aire.

—¿Sí?

—Hablas como tu madre. Para. Y suéltame el brazo; puedo caminar.

Ian lanzó un bufido pero finalmente lo soltó. Jamie recogió el sombrero caído y caminó cojeando hasta la imprenta, con su sobrino siguiéndolo en un tenso silencio por las calles repletas de gente que los miraba.

Una vez que estuvimos a salvo y lejos del palacio, trotamos a un ritmo sereno a través de las calles de New Bern generando apenas un leve interés entre los ciudadanos, algunos de los cuales nos saludaban con la mano, otros gritaban cosas hostiles, y la mayoría simplemente nos miraba. En el límite del pueblo, el mozo de cuadra hizo girar la yunta hacia el camino principal y continuamos balanceándonos de una manera agradable. Pero una vez que pasamos la

congestión de pesados carros, ganado, ovejas y el resto del tráfico comercial, el cochero azuzó a los caballos y recuperamos velocidad.

—¿Adónde vamos? —grité por encima del ruido de los caballos, agarrándome el sombrero para impedir que saliera volando.

Hasta ese momento suponía que éramos una distracción, para que nadie notara la discreta salida de la señora Martin hasta que ella se encontrara a salvo fuera de la colonia.

—¡A Brunswick! —gritó el gobernador.

—¿Adónde?

—A Brunswick—repitió. Parecía serio, y se volvió todavía más serio cuando echó una última mirada a New Bern. Entonces giró, se acomodó en el asiento y se inclinó ligeramente hacia adelante, como para acelerar el carroaje, y va no hablo más.

Me despertaba todas las mañanas justo antes del amanecer. Exhausta por la preocupación y las altas horas del gobernador, dormía como si estuviera muerta a pesar de los golpes, los traqueteos y las campanillas de los vigías, de los gritos de las embarcaciones cercanas, de los ocasionales disparos de mosqueteros desde la orilla y del gemido del viento del ruar que pasaba entre los aparejos. Pero, en ese momento antes de la luz, el silencio me despertaba.

«¿Hoy?». Ése era el único pensamiento de mi mente, y por un momento sentía que flotaba, incorpórea, justo encima de mi camastro bajo el castillo de proa. Luego tragaba aire, oía el latido de mi corazón y sentía la suave elevación de la cubierta más abajo. Entonces volvía el rostro hacia la costa y observaba, mientras la luz se posaba sobre las olas y se extendía hacia tierra. Primero habíamos ido al fuerte Johnston donde habíamos permanecido sólo el tiempo suficiente para que el gobernador se reuniera con los leales a la Corona locales que le habían asegurado el grave riesgo en que se encontraba el asentamiento, antes de replegarse.

Ya llevábamos casi una semana a bordo del balandro *Cruizer* de su majestad, anclado cerca de Brunswick. Al no disponer de tropas salvo los infantes de marina que tripulaban la embarcación, el gobernador Martin ya no podía retomar el control de su colonia, y se limitaba a escribir frenéticas cartas, intentando mantener cierta apariencia de un gobierno en el exilio.

A falta de otra persona para ocupar el cargo, mantuve mi papel de secretaria *ad hoc* aunque había ascendido de mera copista a amanuense, escribiendo algunas cartas que Martin me dictaba cuando estaba demasiado cansado para escribirlas por su cuenta. Y me pasaba cada momento libre observando la costa.

Hoy llegó un barco, asomando de la creciente oscuridad.

Uno de los guardias lo saludó y se oyó un «*hola*» de respuesta, en un tono tan agitado que me senté rápidamente y busqué a tientas mi corsé.

Hoy habría noticias.

El mensajero ya estaba en la camareta del gobernador, y uno de los infantes de marina me impidió el paso, pero la puerta estaba abierta y la voz del hombre podía oírse con toda claridad.

—¡Ashe lo ha hecho, señor, ha avanzado sobre el fuerte!

—¡Vaya, maldito sea ese perro traicionero!

Hubo un sonido de pasos y el infante de marina se apartó de prisa, justo a tiempo para evitar chocar con el gobernador, que salió de pronto de su camareta,

todavía ataviado con una camisa de dormir hinchada y sin peluca. Cogió la escalera de mano y subió por ella como un mono.

—¿Qué hacen? ¿Puede verlos?

—Todavía no. —El mensajero había seguido al gobernador por la escalera: sus voces flotaban por la barandilla.

—El coronel Ashe ordenó ayer a todos los barcos del puerto de Wilmington que dejaran subir a las tropas y los hizo navegar hasta Brunswick. Esta mañana estaban reuniéndose a las afueras del pueblo; oí cómo pasaban lista cuando estaba ordeñando; deben de ser unos quinientos hombres. Cuando lo vi señor, me escabullí hasta la orilla y encontré un bote. Pensé que debería saberlo usted, excelencia.

—¿Ah sí? ¿Y que espera que haga al respecto? —El gobernador parecía claramente irritable.

—¿Cómo voy a saberlo? Yo no soy el gobernador, ¿o sí?

La respuesta del gobernador fue ahogada por el tañido de la campana del barco. Cuando éste se apagó, él pasó cerca de la escalerilla que conducía a los camarotes y, bajando la mirada, me vio.

—Oh, señora Fraser. ¿Querría traer un poco de té de la cocina?

No tenía mucha elección, aunque habría preferido quedarme a espiar. Habían apagado el fuego de la cocina por la noche, en su pequeño recipiente de hierro, y el cocinero seguía en cama. Para cuando logré encenderlo, hervir agua, preparar una jarra de té y disponer una bandeja con la tetera, la taza, el plato, la leche, y las tostadas, manteca, galletitas y mermelada, el informante del gobernador ya se había marchado.

Hice una pausa en la cubierta y apoyé la bandeja del té en la barandilla, mirando a tierra. Ya había luz y podía divisar el fuerte Johnston, un edificio cuadrado de troncos en lo alto de una cuesta poco empinada, rodeado de grupos de casas y edificios auxiliares. Había mucha actividad en sus cercanías, hombres que entraban y salían, pero nada que se asemejara a una invasión inminente. O bien el comandante, el capitán Collet había decidido evacuarlo, o los hombres de Ashe aún no habían iniciado su marcha desde Brunswick.

¿Habría recibido mi mensaje John Ashe? Y en ese caso... ¿habría actuado? No podía culparlo si había decidido que no podía permitirse el lujo de que lo vieran ayudando a un hombre de quien la mayoría sospechaban que era leal a la Corona, y menos si era el acusado de un crimen tan espantoso.

Pero tal vez sí lo había hecho. Con el gobernador anclado en el mar, el concejo desbandado, y el sistema judicial evaporado, ya no había ninguna ley efectiva en la colonia, salvo por la que imponían las milicias. Si Ashe decidiera tomar por asalto la cárcel de Wilmington y sacar a Jamie no encontraría mucha resistencia.

Y si lo hubiera hecho... Si Jamie estuviera libre, estaría buscándome. Y

seguramente no tardaría en enterarse de dónde me encontraba. Si John Ashe venía a Brunswick y Jamie estaba libre, seguramente vendría junto a sus hombres. Miré hacia la orilla en busca de movimiento, pero sólo vi a un muchacho llevando a una vaca sin entusiasmo por el camino hacia Brunswick. De todas formas apenas había amanecido.

Respiré profundamente y capté el aromático olor del mar mezclado con el olor de arena y pinos. Hacía meses, si no años, que no bebía té. Pensativa, me serví una taza y la bebí lentamente, contemplando la costa.

Cuando llegué a la enfermería, que el gobernador había escogido como su despacho, él estaba vestido y a solas.

—Señora Fraser —me saludó con un breve gesto, casi sin levantar la cabeza—. Se lo agradezco. ¿Podría escribir, por favor?

Él ya había estado haciendo lo propio: había plumas, arena y cartapacios esparcidos por todo el escritorio, y el frasco de tinta estaba abierto. Cogí una pluma decente y una hoja de papel y comencé a escribir lo que él me dictaba con una curiosidad creciente.

La nota iba dirigida al general Hugh MacDonald y se refería a la llegada a tierra sin incidentes del susodicho general, acompañado del coronel McLeod. Se acusaba recibo del informe del general y se requerían posteriores informes. También se mencionaba el requerimiento de apoyo del gobernador y el hecho de que ese apoyo ya estaba asegurado.

—Adjunto una nota de crédito... no, espere.

El gobernador lanzó una mirada en dirección a la costa y frunció el ceño, concentrado. Era evidente que se le había ocurrido que teniendo en cuenta los acontecimientos recientes, una nota de crédito emitida por la oficina del gobernador probablemente valiera menos que una de las falsificaciones de la señora Ferguson.

—Adjunto veinte chelines —se corrigió con un suspiro—. ¿Podría pasar esto a limpio ahora mismo, señora Fraser? Las otras copias las puede hacer cuando le venga bien. —Me dio un desordenado montón de notas. Luego se levantó, gruñendo mientras se estiraba, y subió, sin duda para volver a mirar el fuerte desde la barandilla.

Hice la copia en limpio, la enarené, y la dejé a un lado, preguntándome quién sería ese tal MacDonald y qué estaba haciendo. A menos que el mayor MacDonald hubiese sufrido un cambio de nombre y un ascenso extraordinario últimamente, no podía tratarse del mismo. Y, por el tono de los comentarios del gobernador, al parecer ese general MacDonald y su amigo McLeod viajaban solos... y estaban en una misión especial.

Revise rápidamente la pila de notas que me aguardaba pero no vi nada más de interés. El gobernador había dejado su cofre de escritura sobre la mesa, pero

estaba cerrado. Consideré la idea de forzar la cerradura y revisar su correspondencia privada, pero había demasiada gente alrededor.

Además, había una sensación de tensión nerviosa a bordo. Yo había notado en muchas ocasiones anteriores cómo el sentido del peligro se comunica entre personas en un ámbito cerrado: la urgencia salta, de una persona a otra, como el impulso desde el axón de una neurona a las dendritas de otra. No sabía si alguien más allá del gobernador y yo misma sabía algo de los movimientos de John Ashe; pero el *Cruizer* sí se daba cuenta de que ocurría algo.

La sensación de nerviosa anticipación también estaba afectándome a mí. Me movía inquieta en la silla, y mis dedos se movían sin parar arriba y abajo por el vástago de la pluma, incapaz de concentrarme lo suficiente como para escribir.

Me puse en pie con la sensación de que me sofocaría de impaciencia si permanecía allí abajo un minuto más.

En el anaquel junto a la puerta de la camareta estaban los elementos habituales de a bordo, un poco desordenados y apretados tras una barandilla: un candelabro, velas de repuesto, una caja de yesca, un caño roto, un frasco cerrado con un tapón de lino, y una caja.

A bordo del *Cruizer* no viajaba ningún cirujano. Aquel botiquín debía de pertenecer al barco mismo.

Miré hacia la puerta; había voces cerca, pero nadie a la vista. Abrí la caja de prisa y frunció la nariz por el olor a sangre seca y tabaco rancio. No había mucho, y lo que había estaba tirado sin orden ni concierto, oxidado lleno de costras y bastante inservible. Una lata de «pildoras azules», según decía su etiqueta con esas mismas palabras, y un frasco, sin etiqueta pero reconocible, de laxante. Una esponja seca y un pegajoso pedazo de tela manchado de algo amarillo. Y la única cosa segura en el botiquín de cualquier cirujano de la época: hojas de acero.

Oí pasos que bajaban por la escalerilla y la voz del gobernador, que hablaba con alguien. Sin detenerme a considerar la sabiduría de mi conducta, cogí un pequeño cuchillo y me lo metí dentro del corsé.

Cerré la tapa de la caja. Pero no tuve tiempo de volver a sentarme antes de que entrara el gobernador seguido de otro visitante.

El corazón me golpeaba en la garganta. Apreté las palmas, húmedas de sudor, contra la falda, y saludé con un gesto al recién llegado, que me estaba mirando con la boca abierta detrás del gobernador.

—Mayor MacDonald —dije con la esperanza de que no me temblara la voz—. ¡Qué casualidad encontrarlo aquí!

MacDonald cerró la boca de golpe y se puso más derecho y firme.

—Señora Fraser —dijo, inclinándose con expresión recelosa—. A sus órdenes, señora.

—¿La conoce? —El gobernador Martin miró a MacDonald, luego a mí y luego volvió a mirarlo a él frunciendo el ceño.

—Nos hemos visto antes —respondí, haciendo un gesto cortés con la cabeza. Se me había ocurrido que tal vez no nos beneficiaría a ninguno de los dos que el gobernador creyera, que había una conexión entre ambos.

Era evidente que a MacDonald se le había ocurrido la misma idea; su rostro no delató nada excepto una mínima cortesía, aunque percibí que sus pensamientos iban de un lado a otro detrás de sus ojos. Yo sabiendo que mi cara solía ser reveladora de mis emociones, baje los ojos con recato, murmuré una excusa sobre refrigerios y me marché en dirección a la cocina.

Me abrí paso entre grupos de marinos e infantes de marina, devolviendo mecánicamente sus saludos, con mi mente corriendo a toda velocidad.

¿Cómo podía hablar con MacDonald a solas? Tenía que averiguar qué sabía de Jamie si es que sabía algo. ¿Me lo diría en ese caso? Sí, pensé, sí lo haría; MacDonald era un cotilla y estaba claro que se moría de curiosidad después de haberme visto.

El cocinero, un regordete negro libreto de nombre Tinsdale, que llevaba el pelo recogido en tres trenzas cortas y gruesas estaba trabajando en la cocina, tostando pan en el fogón con aire soñador.

—Oh, hola —dijo cordialmente cuando me vio—. ¿Quiere una tostada, señora Fraser? ¿O será agua caliente como antes?

—Me encantaría una tostada —dije en una repentina inspiración—. Pero el gobernador tiene compañía y quiere que le manden café. Y si hay algunas de esas adorables galletas de almendras para acompañar...

Equipada con una bandeja cargada, me abrí paso hasta la enfermería pocos mininos después, con el corazón latiendo a toda velocidad. La puerta estaba abierta para que entrara aire: evidentemente no se trataba de una reunión secreta.

Estaban apiñados sobre el pequeño escritorio, con el gobernador mirando una pila de papeles, que habían recorrido una buena distancia en el estuche de documentos de MacDonald a juzgar por sus arrugas y sus manchas. Parecían ser cartas, escritas en una variedad de caligrafías y tintas.

—Oh, café —dijo el gobernador, alzando la mirada. Parecía bastante complacido—. Espléndido. Gracias, señora Fraser.

MacDonald se apresuró a recoger los papeles, haciendo sitio para que yo depositara la bandeja en el escritorio. El gobernador tenía uno en la mano: pude echarle un vistazo al inclinarme para dejar la bandeja. Era una especie de lista, con nombres a un lado y números al otro.

Me las arreglé para que una cuchara se me cayera al suelo, lo que me permitió ver mejor cuando me agaché a recogerla. *H. Bethune, Cook's Creek, 14, Jno. McManus. Boone. 3. F. Campbell. Campbelton, 24?*

Dirigi una rápida mirada a MacDonald, que tenía los ojos clavados en mí. Dejé la cuchara sobre el escritorio, luego di un veloz paso hacia atrás de modo que quedé directamente detrás del gobernador, señalé a MacDonald con un dedo, y entonces, en rápida sucesión, me agarré la garganta saqué la lengua, me agarré el estómago con los antebrazos cruzados, luego volví a apuntarlo con el dedo y después me apunté a mí misma, sin dejar de lanzarle, todo el tiempo, una mirada admonitoria.

MacDonald observó esta pantomima con una discreta fascinación, pero —después de una velada mirada al gobernador— me hizo un ligerísimo gesto de asentimiento.

—¿De cuántos puede estar totalmente seguro? —Estaba diciendo el gobernador cuando hice una reverencia y retrocedí.

—Oh al menos quinientos hombres, señor, incluso ahora —respondió con confianza MacDonald—. Serán muchos más cuando se corra la voz. ¡Debería ver el entusiasmo con que ha sido recibido el general hasta el momento! No puedo hablar por los alemanes, desde luego, pero cuente con ello, señor, tendremos a todos los highlanders del campo, así como a unos cuantos de los que son mitad escoceses mitad irlandeses.

—Dios sabe que espero que tenga razón —dijo el gobernador—. ¿Dónde está el general en este momento?

Me habría gustado oír la respuesta, pero arriba estaban tocando el tambo indicando que algo pasaba, y unos atronadores pasos retumbaban en la cubierta y la escalera. No podía quedarme allí espiándolos y tratando de escucharlos corriendo el riesgo de que me vieran todos, de modo que me vi forzada a volver a la parte superior, con la esperanza de que MacDonald hubiera captado mi mensaje.

El capitán del *Cruizer* estaba junto a la barandilla, con el primer oficial a su lado, ambos escudriñando la costa con sus telescopios.

—¿Ocurre algo? —Pude divisar más actividad cerca del fuerte, gente que entraba y salía, pero el camino hacia la costa seguía vacío.

—No sabría decírselo, señora. —El capitán Folland meneó la cabeza, luego bajó el telescopio y lo cerró. El primer oficial no se movió y siguió mirando fijamente en dirección al fuerte y el acantilado.

Permanecí allí, a su lado, contemplando la costa en silencio. La marea cambió, ya llevaba tiempo suficiente en el barco como para notarlo.

El oficial había bajado el telescopio, pero seguía mirando hacia la costa en una actitud casi distraída, con las manos descansando en la barandilla.

De pronto se me ocurrió que si algo drástico sucedía en tierra, el *Cruizer* izaría velas de inmediato y zarparía mar adentro, poniendo a salvo al gobernador, y alejándose aún más de Jamie. Y nadie en aquella bulliciosa costa tendría la menor idea de hacia adónde nos habíamos dirigido.

Yo había conocido a personas desplazadas durante la guerra, mi guerra. Expulsadas de sus hogares, o capturadas, con sus familias dispersas, sus ciudades destruidas, llenaban los campos de refugiados, formaban fila en torno de embajadas y organismos de ayuda, siempre preguntando por los nombres de los desaparecidos, describiendo los rostros de los seres amados y perdidos, aferrándose a cualquier mínimo dato que pudiera ayudarlos a recuperar lo que quedara.

Hacía calor, incluso en el agua, y la ropa se me pegaba al cuerpo a causa de la viscosa humedad, pero mis músculos se contrajeron y mis manos posadas en la barandilla temblaron con un repentino escalofrío.

Tal vez los había visto a todos por última vez y no lo sabía: Jamie, Bree, Jemmy, Roger, Ian. Así era como sucedía: yo ni siquiera le había dicho adiós a Frank, no tenía la menor idea, cuando se marchó aquella noche, de que jamás volvería a verlo con vida. ¿Y si...?

Pero, pensé, reafirmándome, volveríamos a encontrarnos. Teníamos un lugar al que regresar: nuestra casa. Y si me mantenía con vida, volvería a casa.

El oficial había cerrado su telescopio y se había marchado; yo no me había dado cuenta, absorta en mis pesimistas pensamientos, y me sorprendí bastante cuando el mayor MacDonald apareció a mi lado.

—Qué lástima que el *Cruizer* no tenga armas de largo alcance —dijo, señalando el fuerte—, eso pondría freno a los planes de esos malditos herejes, ¿verdad?

—Sean cuales sean esos planes —respondí—. Y hablando de planes...

—Tengo retortijones en el estómago —me interrumpió en tono insulto—. El gobernador me sugirió que tal vez usted tuviera alguna medicina para calmarlos.

—¿De veras? —dije—. Bueno, acompáñame a la cocina: le prepararé una taza de algo que espero que lo cure.

—¿Sabía que él creía que usted era una falsificador? —MacDonald con las manos entrelazadas en torno a una taza de té señaló con un movimiento de cabeza la camareta principal.

—Sí, en efecto. Pero supongo que ahora está más al tanto de la situación.

—Bueno, sí —respondió MacDonald en tono de disculpa—. Supuse que ya lo sabía, o no se lo habría dicho. Pero aunque no lo hubiese hecho —añadió—, se habría enterado tarde o temprano. El rumor ya se ha difundido hasta Edenton y la prensa amarilla...

Agité una mano, restándole importancia.

—¿Ha visto a Jamie?

—No. —Me miró, debatiéndose entre la curiosidad y el recelo—. He oido que... sí bueno, he oído muchas cosas, todas diferentes. Pero el asunto principal es que los han arrestado a ustedes dos ¿no? Por el asesinato de la señorita Christie.

Asentí. Me pregunté si algún día me acostumbraría a esa palabra. Su sonido seguía pareciéndome un golpe en el estómago, rápido y brutal.

—¿Hace falta que le diga que no hay nada de verdad en ello? —dije sin rodeos.

—En lo más mínimo, señora, —me aseguró, con una expresión de confianza bastante aceptable. Pero percibí su vacilación, y vi su mirada de reojo, curiosa y algo ávida. Tal vez, algún día también me acostumbraría a eso.

Tenía las manos frías; las entrelacé en torno a mi propia taza, reconfortándome todo lo que pude con su calor.

—Necesito hacerle llegar un mensaje a mi marido —expuse—. ¿Sabe dónde está?

Los ojos azules de MacDonald estaban clavados en mi cara.

—No señora. Pero supongo que usted sí.

—No se ande con remilgos —le aconsejé ásperamente—. Usted sabe tan bien como yo lo que ocurre en la costa; seguro que mucho mejor.

—Remilgos. —Sus labios se frunciaron en un breve gesto divertido—. Creo que jamás me habían acusado de algo así antes. Sí, lo sé. Y ¿entonces?

—Creo que él podría estar en Wilmington. Traté de enviarle un mensaje a John Ashe para pedirle que sacase a Jamie de la prisión de la localidad, si era posible, si es que él estaba allí, y que le dijera dónde me encontraba yo. Pero no sé... —Agitó la mano en dirección a la costa, en un gesto de frustración.

Él asintió, debatiéndose entre su habitual cautela y su evidente deseo de preguntarme sobre los detalles escabrosos de la muerte de Malva.

—Pasaré por Wilmington en mi camino de regreso. Haré todas las averiguaciones que me sea posible. Si encuentro al señor Fraser, ¿debo decirle algo, más allá de su situación actual?

Titubeé, reflexionando. Había mantenido una conversación constante con Jamie desde el preciso momento en que lo habían apartado de mí. Pero nada de lo que le había dicho en las prolongadas noches negras o en los solitarios amaneceres parecía apropiado para confiárselo a MacDonald. Y sin embargo... no podía desaprovechar esa oportunidad.

—Dígale que lo amo —respondí en voz baja—. Siempre lo haré. MacDonald emitió un sonido pequeño.

—Incluso aunque él... —comenzó a decir, y se detuvo.

—Él no la mató —dije secamente—. Tampoco yo. Ya se lo he dicho.

—Claro que no —se apresuró a contestar—. Nadie podría imaginar... sólo me refería a que... pero, por supuesto un hombre no es más que un hombre y... mmm. —Se interrumpió y apartó la mirada.

—Él tampoco hizo eso —dije apretando los dientes.

Hubo un pronunciado silencio, durante el cual ambos evitamos mirarnos a los ojos.

—¿El general MacDonald es pariente suyo? —pregunté de repente, sintiendo la necesidad de cambiar de tema o de marcharme.

El mayor levantó la mirada, sorprendido... y aliviado.

—Sí un primo lejano. ¿El gobernador lo ha mencionado?

—Sí —respondí—. Usted, eh está ayudándolo, ¿no? Parece que ha logrado buenos resultados.

Aliviado de huir de la incomodidad social que le generaba tener que enfrentarse a la pregunta de si yo era o no una asesina y Jamie sólo un adulterio, o si él era un asesino y yo una incauta menospreciada y engañada, MacDonald estaba más que dispuesto a morder el anzuelo.

—Muy buenos resultados, por cierto —dijo, animado—. He obtenido juramentos de lealtad de muchos de los hombres más prominentes de la colonia, ¡están listos para, cumplir la voluntad del gobernador apenas él lo ordene!

Jno. McManus. Boone. 3. Un hombre prominente. Resultaba que yo conocía a Jonathan McManus cuyos dedos gangrenosos había amputado el invierno anterior. Era probable que él fuera el hombre más prominente de Boone, si con ello MacDonald se refería a que los otros veinte habitantes lo consideraban un borracho y un ladrón. También era probablemente cierto que McManus contase con tres hombres más que combatirían a su lado si él se lo pidiera: su hermano cojo y sus dos hijos débiles mentales. Bebí un sorbo de té para ocultar mi expresión. De todas formas, MacDonald tenía, a Farquard Campbell en su lista, ¿sería cierto que Farquard había hecho algún compromiso formal?

—Supongo que el general no está cerca de Brunswick —dije—, dadas las eh, circunstancias actuales, ¿verdad?

—No. Pero aún no está listo para reunir sus fuerzas: él y McLeod todavía ignoran lo dispuestos que están los highlanders a alzarse. No reunirán sus fuerzas hasta que lleguen los barcos.

—¿Barcos? —espéte—. ¿Qué barcos?

Él sabía que no debía seguir hablando, pero no podía resistirse.

—El gobernador ha pedido ayuda a la Corona para reprimir el faccionalismo y el descontento que se extienden por toda la colonia. Y le han asegurado que se la concederán, si él logra reunir el apoyo suficiente en el terreno para reforzar a las tropas gubernamentales que vendrán en barco.

—Ése es el plan, ya ve —continuó, cada vez más animado—. Nos han informado de que lord Cornwallis ha empezado a reunir tropas en Irlanda que embarcarán en breve. Deberían llegar aquí a principios de otoño, y unirse a la milicia del general. Entre Cornwallis en la costa y el general bajando por las colinas... ¡aplastarán a los hijos de puta de los whig como si fueran una panda de piojos!

—¿De veras? —dije, tratando de parecer impresionada.

El ruido de la puerta de la camareta principal al abrirse me hizo levantar la

cabeza. El gobernador había salido y estaba cerrándola. Al volverse, nos vio y se acercó a preguntar por la supuesta indisposición de MacDonald.

—Oh, me siento muchísimo mejor —le aseguró el mayor—. La señora Fraser tiene una mano estupenda para esos asuntos. ¡Estupenda!

—Oh, bien —dijo Martin—. Entonces supongo que querrá regresar.

Señaló al infante de marina a los pies de la escalerilla, quien se llevó los nudillos a la frente en un gesto de reconocimiento y desapareció.

—Su bote estará listo dentro de unos minutos —anunció, se volvió y entró en la enfermería donde pude verlo de pie junto al escritorio, mirando una pila de papeles arrugados.

MacDonald se apresuró a tragarse el resto del té y me invitó a acompañarlo hasta la cubierta. Estábamos de pie allí, esperando, cuando de pronto su mano se posó en mi brazo.

—Haré todo lo posible por averiguar el paradero de su marido, señora —dijo—. Pero se me ocurre que... —Vació, clavándose los ojos.

—¿Qué? —pregunté cautelosamente.

—Le he dicho que he oído una considerable cantidad de especulaciones? —dijo con delicadeza—. Respecto de... el desafortunado deceso de la señorita Christie. ¿No sería... mejor... que yo supiera la verdad de todo ese asunto, para desechar con firmeza cualquier rumor malintencionado, si fuera necesario?

Debería haberme dado cuenta de que MacDonald no podría resistirse a la curiosidad. Pero tenía razón; teniendo en cuenta los rumores que yo misma había oído, la verdad sería, sin duda, mucho mejor. Por otra parte, estaba completamente segura de que decir la verdad no serviría para acallar las habladurías.

Aun así. El impulso de justificarme era fuerte; entendía a esos pobres infelices que gritaban su inocencia desde la horca... y esperaba con toda mi alma no terminar siendo una de ellos.

—Bien —dije resueltamente.

El primer oficial estaba otra vez junto a la barandilla, bastante cerca de nosotros, pero supuse que no tenía importancia lo que él oyera.

—La verdad es esta: Malva Christie estaba embarazada de alguien, pero en lugar de nombrar al verdadero padre, insistió en que era mi marido. Sé que eso es falso —añadí, lanzándole una mirada asesina. Él asintió, con la boca abierta—. Pocos días después, salí a ocuparme de mi huerto y encontré a la pequeña... a la señorita Christie, tumbada en la parcela de las lechugas con la garganta recién cortada. Pensé... que tenía alguna posibilidad de salvar a su niño nonato... —A pesar de mi actitud orgullosa, me tembló un poco la voz. Me detuve y me aclaré la garganta—. No pude. El niño nació muerto.

Sería mucho mejor no contarle cómo había nacido; no deseaba que el mayor formara en su mente la truculenta imagen de la carne seccionada y la hoja

manchada de tierra, si podía evitarlo. No le había hablado a nadie, ni siquiera a Jamie, de la débil oscilación de vida, ese cosquilleo que todavía guardaba, como un secreto, en la palma de la mano. Decir que el niño había nacido vivo implicaría despertar la sospecha inmediata de que yo lo había matado, y eso lo sabía.

La mano de MacDonald seguía posada en mi brazo, y su mirada me escudriñaba el rostro. Por primera vez, agradecí la transparencia de mis facciones; nadie que me mirara a la cara dudaba jamás de lo que yo decía.

—Ya veo —dijo en voz baja, y me apretó suavemente el brazo.

Tomé un profundo aliento y le conté el resto; los detalles circunstanciales podrían convencer a algunos de los que me oyieran.

—¿Sabe que había panales de abejas en un extremo del huerto? El asesino pateó dos de ellos en su huida; debió de recibir bastantes picaduras... A mí me picaron cuando entré en el huerto, Jamie... Jamie no tenía ninguna. No fue él.

Y dadas las circunstancias, yo no había podido averiguar qué hombre —o mujer? Por primera vez, se me ocurrió que podría haber sido una mujer— tenía picaduras.

Al oír esto último, él soltó un profundo «¡hum!» de interés. Se quedó reflexionando un momento, luego meneó la cabeza y me soltó el brazo.

—Le agradezco que me lo haya contado, señora —dijo—. Puede estar segura de que hablaré a su favor cada vez que se presente la ocasión.

—Se lo agradezco, mayor. —Tenía la voz ronca, y tragué saliva. No me había dado cuenta de lo mucho que me dolía hablar de ello.

El viento se agitó en torno a nosotros y las velas izadas se agitaron en sus cuerdas en lo alto. Un grito desde abajo anunció la presencia del bote que llevaría a MacDonald de regreso a la costa.

El mayor hizo una profunda reverencia sobre mi mano y sentí su aliento cálido en los nudillos. Por un instante, mis dedos se apretaron sobre los suyos; para mi sorpresa, me costaba mucho dejarlo ir. Pero por fin lo hice y lo observe durante todo el trayecto hasta la costa, una silueta cada vez más pequeña recortada contra el brillo del agua, con la espalda recta, con determinación. Él no miró atrás.

El primer oficial se movió en la barandilla, suspirando, y yo lo miré. Luego desvié la mirada hacia el fuerte.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

Algunas de aquellas siluetas pequeñas como hormigas parecían estar tirando unos hilos desde los muros a sus compañeros que estaban frente al fuerte: vi las cuerdas, finas como hilos de telaraña desde esa distancia.

—Creo que el comandante del fuerte se prepara para quitar el cañón, señora —dijo—. Si me disculpa, he de informar al capitán.

Pólvora, traición y complot

No tuve oportunidad de descubrir si el gobernador había cambiado su actitud hacia mí cuando se enteró de que en realidad yo no era una falsificadora, sino una famosa —aunque sólo supuesta— asesina. Él, como el resto de los oficiales y la mitad de los hombres de a bordo, corrieron hasta la barandilla, y el resto del día transcurrió en medio de una marea de observación, especulaciones y actividades en gran medida infructuosas.

El vigía del palo mayor anunciaba periódicamente lo que veía: hombres que salían del fuerte, transportando cosas... al parecer, se trataba del armamento de la guarnición.

—¿Son hombres de Collet? —gritó el gobernador.

—No podría asegurarlo, señor —fue la respuesta poco útil de arriba.

Por fin, el *Cruizer* mandó sus dos lanchas a la costa, con órdenes de que recopilaran toda la información que pudieran. Regresaron varias horas más tarde, con la noticia de que Collet había abandonado el fuerte debido a las amenazas, pero había hecho el esfuerzo de quitar el armamento y la pólvora para que no cayeran en manos de los rebeldes.

No señor, no habían hablado con el coronel Collet quien, de acuerdo con los rumores, estaba de camino río arriba con sus fuerzas de milicianos. Habían mandado a dos hombres por el camino de Wilmington: era cierto que se estaba reuniendo una gran fuerza en los prados de las afueras de la ciudad, bajo el mando de los coronel Roben Howe y John Ashe, pero no se sabía ni una palabra de sus planes.

—Ni una palabra de sus planes? ¡Pamplinas! —murmuró el gobernador—. Quieren quemar el fuerte, ¿qué otra cosa planearía Ashe por el amor de Dios?

Sus instintos resultaron totalmente certeros; justo antes del amanecer, llegó el olor a humo a través del agua, y pudimos divisar las líneas de hombres como hormigas, apilando montones de desechos inflamables alrededor de la base del fuerte. Se trataba de un edificio simple y cuadrado, hecho de troncos. Y, a pesar de la humedad del aire, terminaría ardiendo.

Pero les llevó bastante tiempo encender el fuego, al no tener ni pólvora ni aceite: al caer la noche, podíamos ver con claridad antorchas encendidas. Flotando en la brisa cuando las llevaban de un lado a otro, pasándolas de mano en mano, las bajaban para posarlas sobre una pila de maderas, y volvían unos minutos más tarde, cuando las maderitas se apagaban.

Cerca de las nueve, alguien encontró unos toneles de trementina y una

repentina llamarada se cebó letalmente sobre las paredes de troncos del fuerte. Láminas de llamas oscilantes se levantaron puras y brillantes, formando nubes anaranjadas y carmesíes contra la nocturna negrura del cielo, y oímos fragmentos de gritos de alegría y canciones picarescas, transportadas junto al olor del humo y el aroma penetrante de la trementina en la brisa que venía de la costa.

—Al menos no tendremos que preocuparnos por los mosquitos —observé, apartando una nube de humo blanquecino de mi cara.

—Gracias, señora Fraser —dijo el gobernador—. No había considerado ese particular aspecto positivo de la cuestión.

Entendí la insinuación y no hablé más. En cuanto a mí, las saltarinas llamas y las columnas de humo que se elevaban hacia las estrellas eran motivo de celebración. No por el beneficio que el incendio del fuerte Johnston podría tener para la causa rebelde, sino porque Jamie podría estar allí, junto a una de las fogatas esparcidas en la costa, cerca de la guarnición.

Y si estaba allí... vendría mañana.

Lo hizo. Yo estaba despierta desde bastante antes del amanecer, y de pie junto a la barandilla. Esa mañana había mucho menos tráfico de embarcaciones de lo habitual, a causa del incendio del fuerte; el amargo olor de las cenizas se mezclaba con el hedor pantanoso de las marismas y el agua estaba quieta y aceitosa. Era un día gris, cargado de nubes, y una tupida bruma flotaba sobre el agua, ocultando la costa.

Pero seguí observando, y cuando un pequeño bote apareció en la neblina, supe de inmediato que era Jamie. Estaba solo.

Miré el largo y fluido movimiento de sus brazos y el tirón de los remos, y sentí una felicidad repentina, serena y profunda. No tenía idea de qué ocurriría, y todo el horror y la furia relacionados con la muerte de Malva seguían acechando en el fondo de mi mente. Pero él estaba allí, ya lo bastante cerca como para verle la cara, cuando miró por encima del hombro hacia el barco.

Levanté una mano para saludarlo: sus ojos ya estaban clavados en mí. No dejó de remar, pero giró y se acercó. Yo permanecí aferrada a la barandilla, esperando.

El bote de remos se perdió de vista un momento, bajo el sotavento del barco, y oí que el vigía lo llamaba, la respuesta casi inaudible, y sentí que algo que había estado anudado en mi interior durante mucho tiempo se soltaba con el sonido de su voz.

Pero me quedé allí, incapaz de moverme. Luego oí pisadas en cubierta un murmullo de voces y me volví a ciegas para caer en brazos de Jamie.

—Sabía que vendrías —susurré al lino de su camisa.

Apestaba a fuego: humo y savia de pino y telas quemadas, y al olor amargo

de la trementina. Apestaba a sudor rancio y a caballos, al cansancio de un hombre que no había dormido, que había trabajado toda la noche, con el débil aroma a levadura de un hambre muy antigua.

Él me sujetó con fuerza, luego me apartó un poco y me miró la cara. Había estado sonriendo desde que lo había visto. Los ojos se le iluminaron y sin decir palabra, me quitó la gorra de la cabeza y la arrojó por encima de la barandilla. Pasó las manos por mi pelo, revolviéndolo en un gesto de abandono, luego me besó, con los dedos hundiéndose en el cuero cabelludo. Llevaba barba de tres días, que me raspaba la piel como una lija, y su boca era mi hogar y mi seguridad.

Detrás de él uno de los infantes de marina tosió y dijo en voz alta:

—Entiendo que desea ver al gobernador, señor, ¿verdad?

Él me soltó, lentamente, y se volvió.

—En efecto —dijo, y extendió una mano hacia mí—. ¡Sassenach!

La cogí y seguimos al infante de marina, en dirección a la escalerilla. Miré hacia atrás y divisé mi gorro balanceándose en la marea.

Pero la momentánea ilusión de paz se desvaneció de inmediato una vez que llegamos abajo.

El gobernador también había estado despierto casi toda la noche y no tenía un aspecto mucho mejor que el de Jamie, aunque, por supuesto, no tenía manchas de hollín. Si iba sin afeitar, tenía los ojos inyectados en sangre y con muy malas pulgas.

—Señor Fraser —dijo con un breve movimiento de la cabeza—. Entiendo que es usted James Fraser, ¿verdad? ¿Y vive usted en las montañas?

—Soy Fraser, del cerro de Fraser —dijo Jamie cortésmente—. Y he venido en busca de mi esposa.

—Oh, ¿de veras? —El gobernador le lanzó una mirada agria y se sentó señalando un taburete—. Lamento informarle, señor, de que su esposa es una prisionera de la Corona. Aunque tal vez usted ya lo sabía.

Jamie restó importancia a esa frase sarcástica y se sentó.

—En realidad, no lo es —dijo—. ¿Acaso no es cierto que usted ha declarado la ley marcial sobre la colonia de Carolina del Norte?

—Es cierto —replicó Martin con aspereza. Se trataba de un tema delicado, puesto que, si bien sí había declarado la ley marcial, no se encontraba en posición de hacerla respetar hasta que Inglaterra decidiera mandarle refuerzos—. Entonces, en realidad, todas las prácticas legales acostumbradas están suspendidas. Usted es el único que tiene control sobre la custodia y disposición de cualquier prisionero y, de hecho, mi esposa ya lleva bastante tiempo bajo su custodia. De modo que también tiene la facultad de liberarla.

—Mmm —dijo el gobernador.

Era evidente que no había pensado en ello, y no estaba seguro de las

ramificaciones.

—Ella no ha sido sometida a juicio alguno y, en realidad, no se ha presentado ninguna prueba respecto de lo que se la acusa —dijo Jamie.

Yo, por mi parte, emiti una muda plegaria de agradecimiento por haberle contado a MacDonald los detalles truculentos después de su reunión con el gobernador; haber sido hallada con un cuchillo en la mano y dos cuerpos calientes y ensangrentados constituían, por desgracia, pruebas circunstanciales.

—Ella es una acusada, pero no hay pruebas que sostengan los cargos. Seguramente, después de haberla conocido, habrá sacado usted sus propias conclusiones respecto de su personalidad. —Sin esperar respuesta, insistió—: Cuando se hizo la acusación, no nos resistimos al intento de llevar a juicio a mi esposa ni a mí mismo, puesto que yo también he sido acusado. ¿Qué mejor indicio de nuestra convicción de su inocencia que nuestro deseo de celebrar un juicio rápido para establecerla?

El gobernador parecía estar reflexionando.

—Sus argumentos no carecen del todo de virtudes, señor —dijo por fin, en tono formal y cortés—. Sin embargo, entiendo que a su esposa se la acusa de un crimen atroz. Si yo la libero, eso provocará necesariamente protestas generalizadas, y ya he tenido bastantes disturbios —añadió, con una mirada sombría a los puños calcinados de la chaqueta de Jamie.

—Entiendo perfectamente las reservas de su excelencia —dijo éste—. ¿Sería posible ofrecerle alguna... fianza, que pudiera disiparlas?

Martin se irguió de golpe en la silla y sacó hacia adelante su mandíbula.

—¿Qué sugiere usted, señor? ¿Acaso tiene la impertinencia, la... la... increíble desfachatez de tratar de sobornarme? —Golpeó ambas manos contra el escritorio—. ¡Maldita sea, debería colgarlos a los dos ahora mismo!

—Muy bonito —le murmuré a Jamie.

—Oh —respondió, antes de volver la atención al gobernador, que estaba murmurando:

—¡Colgarlos del condenado penol...! ¡Qué barbaridad, algo increíble!

—No era ésa mi intención, señor. Lo que ofrezco es una garantía de la presentación de mi esposa en el tribunal para responder a las acusaciones. Cuando ella se persone allí, se me devolverá.

Antes de que el gobernador pudiese responder, buscó en su bolsillo y extrajo algo pequeño y oscuro, que depositó sobre el escritorio: el diamante negro.

Su aparición detuvo a Martin en mitad de una frase. Parpadeó, una vez y su cara, con su larga nariz, palideció de una manera casi cómica. Se frotó un dedo lentamente por el labio superior, considerando la situación.

Como a esas alturas yo había visto una buena cantidad de la correspondencia privada y las cuentas del gobernador, sabía muy bien que sus medios personales eran escasos, y que estaba obligado a gastar más allá de sus posibilidades para

mantener las apariencias necesarias de su cargo.

A su vez, el gobernador era plenamente consciente de que con los disturbios actuales, había pocas posibilidades de que me llevaran a juicio oportunamente. Podrían pasar meses —incluso años— antes de que el sistema judicial reanudara sus funciones. Y durante todo ese lapso, él estaría en posesión del diamante. No sería honorable venderlo simplemente, pero sin duda podría pedir prestada una sustancial suma de dinero si lo empeñaba, con la razonable expectativa de recuperarlo luego.

Vi que sus ojos se entornaban, calculando posibilidades. También había posibilidades de que mataran a Jamie o lo arrestaran por traición, lo que tal vez dejaría el diamante en un limbo legal, pero sin duda en posesión de Martin.

Pero Martin no era estúpido; tampoco era venal. Con un leve suspiro, empujó el diamante en dirección a Jamie.

—No señor —dijo, aunque su voz ya había perdido su furia anterior—. No aceptaré ese objeto como garantía de su esposa. Pero el concepto de fianza... Le haré una proposición, señor —añadió bruscamente—. Tengo una acción en marcha, una operación por la que espero reclutar a una cantidad considerable de highlanders escoceses, que marcharán desde el interior hasta la costa, para reunirse allí con tropas enviadas desde Inglaterra y, en el proceso, someter el interior del país en nombre del rey.

Hizo una pausa para respirar, examinando en detalle a Jamie para evaluar el efecto de sus palabras.

—El general Hugh MacDonald y el coronel Donald McLeod llegaron a la colonia hace algún tiempo, y han estado recorriendo la campiña, en busca de apoyo... y hay que decir que han recibido un apoyo más que satisfactorio, me complace decir. Lo que le propongo entonces, señor, es lo siguiente: usted regresara al interior y reunirá a todos los hombres que pueda. Luego se presentará al general MacDonald y someterá sus tropas a su campaña. Cuando reciba el mensaje de MacDonald de que usted ha llegado con, digamos, doscientos hombres, entonces, le entregará a su esposa.

Mi pulso latía a gran velocidad, como también el de Jamie, podía verlo en las palpitaciones de su cuello. Era obvio que MacDonald no había tenido tiempo de comentarle al gobernador lo extendida y enconada que había sido la reacción a la muerte de Malva Christie. Todavía quedaban hombres en el cerro que seguirían a Jamie pero muchos más que no, o que lo harían sólo si él me repudiaba.

Intenté pensar en la situación con lógica, como medio de distraerme de la aplastante percepción de que el gobernador no pensaba soltarme. Jamie debía marcharse sin mí, dejarme allí. Por un instante abrumador, pensé que no podría soportarlo; me volvería loca, gritaría y saltaría por encima del escritorio para arrancarle los ojos a Josiah Martin.

Él alzó la mirada, vio mi expresión y se echó hacia atrás, levantándose a medias de su silla.

Jamie extendió una mano y me cogió el antebrazo, con fuerza. —Quédate quieta, *a nighean*— dijo en voz baja.

Yo había estado conteniendo el aliento sin darme cuenta. En ese momento lo solté con un grito sofocado y me obligué a respirar lentamente.

Con la misma lentitud, y con una recelosa mirada clavada en mí, el gobernador volvió a sentarse en su silla. Estaba claro que la acusación contra mí se había vuelto mucho más probable en su mente. « Bien —pensé con ferocidad —. Veamos si puedes dormir, conmigo a pocos metros de ti» . Jamie soltó un suspiro prolongado y profundo y cuadró los hombros. —Concédamme usted un tiempo a solas, señor, para considerar su propuesta —pidió y, soltándome el hombro, se puso en pie—. No desesperes *mo chridhe* —dijo dirigiéndose a mí en gaélico—. Te veré por la mañana.

Se llevó mi mano a los labios y la besó, luego, dirigiendo el más mínimo de los gestos hacia el gobernador, salió de la estancia sin mirar atrás.

Hubo un instante de silencio en la camareta, durante el cual oí sus pasos alejándose. No me detuve a meditar, sitio que busqué en mi corsé y extraje el cuchillito que había cogido del botiquín del cirujano.

Lo llevé hacia abajo con toda mi fuerza, se clavó en la madera del escritorio y quedó allí, temblando frente a los ojos asombrados del gobernador.

—Cabrón hijo de puta —dije con voz firme, y salí.

Por alguien que sí que es digno

Al día siguiente, antes del amanecer, volví a esperar junio a la barandilla. El olor a ceniza era intenso y acre en el viento, pero ya no había humo. Aun así una bruma manual seguía cubriendo la costa como una mortaja, y tuve una pequeña sensación de *déjà vu* mezclada con esperanza, cuando vi el pequeño bote que salía de la neblina y avanzaba lentamente hacia el barco. Pero cuando se acercó más mis manos se aferraron con fuerza a la barandilla: no era Jamie. Por unos momentos, traté de convencerme de que sí lo era pero con cada golpe de los remos, estuve más segura. Cerré los ojos, que me ardían por las lágrimas, sin dejar de repetirme para mis adentros que era absurdo ponerse así: aquello no significaba nada...

Jamie vendría; lo había dicho. El hecho de que hubiera otra persona aproximándose al barco por la mañana tan temprano no tenía nada que ver con él ni conmigo.

Aunque eso no era cierto. Cuando abrí los ojos volví a mirar el bote de remos y sentí una punzada de incredulidad. El hombre alzó la mirada ante la llamada del vigía y me vio. Nuestros ojos se cruzaron un instante y luego él bajo la cabeza y cogió los remos, Tom Christie.

El gobernador no estaba nada contento de que lo sacaran de la cama al amanecer durante tres días consecutivos: pude oírlo más abajo, ordenándole a uno de los infantes de marina que le dijera al sujeto, fuera quien fuese, que esperara hasta una hora más razonable, a lo que siguió un golpe perentorio de la puerta de la camareta.

Yo tampoco estaba contenta, ni con ánimo para esperar. Pero el infante de marina que estaba junto a la escalerilla se negó a dejarme pasar. Entonces con el corazón batiéndome, me volví y avancé hasta popa donde habían dejado a Christie. El infante que estaba allí titubeó pero me dejó pasar.

—Señor Christie. —Estaba de pie junto a la barandilla mirando hacia la costa pero se volvió al oír mis palabras.

—Señora Fraser. —Estaba muy pálido; su barba entrecana destacaba tanto que casi parecía negra. Pero se la había arreglado y también se había hecho un corte de pelo.

—Mi marido... —empecé a decir, pero él me interrumpió.

—Se encuentra bien. La espera en la costa: lo verá en seguida.

—¿Oh? —El hervor de miedo y furia en mi interior disminuyó ligeramente

—. Bueno, por todos los demonios, ¿qué diablos está pasando? ¿Querría

decírmelo?

Me miró en silencio durante un largo momento, luego se pasó la lengua por los labios y se volvió para mirar la lisa marea gris. Me echó otra mirada y respiró hondo, evidentemente preparándose para algo.

—He venido a confesar el asesinato de mi hija.

Me quedé mirándolo, incapaz de encontrar sentido a sus palabras.

—No, no es cierto —dijo.

Una mínima sombra de sonrisa pareció cruzar por su barba, aunque se esfumó antes de que pudiera verla.

—Sigue llevándome la contraria, según veo —dijo secamente.

—No importa como siga yo —repuso con bastante grosería—. ¿Se ha vuelto loco? ¿O es que éste es el nuevo plan de Jamie? Porque en ese caso...

Él me interrumpió poniéndome la mano en la muñeca; me sobresalté porque no esperaba que me tocase.

—Es la verdad —dijo en voz muy queda—. Y estoy dispuesto a jurarlo ante las Sagradas Escrituras.

Lo miré, paralizada. Él me devolvió la mirada y en ese momento me di cuerna de que me había mirado a los ojos muy pocas veces, desde el momento en que nos conocimos, siempre había desviado la mirada, como si deseara evitar cualquier conocimiento verdadero de mí.

Pero todo eso había quedado atrás y la mirada de sus ojos no se parecía a nada que yo hubiera visto antes. Las arrugas de dolor y sufrimiento dibujaban profundos surcos a su alrededor, y los párpados estaban cargados de pena, pero los ojos mismos eran profundos y serenos como el mar que nos rodeaba. Aquella actitud que lo había acompañado durante nuestro viaje de pesadilla al sur, aquella atmósfera de terror callado, de dolor enmudecido lo había abandonado, reemplazada por la determinación, y por algo más... algo que ardía en lo más profundo de su ser.

—¿Por qué? —dije finalmente, y él me soltó la muñeca.

—¿Recuerda que una vez... usted me preguntó si yo creía que era una bruja?

—Lo recuerdo —respondí con cautela—. Usted dijo... Dijo que sí creía en las brujas... pero que no pensaba que yo fuera una de ellas.

Él asintió, clavando sus ojos grises en mí.

—Creo en las brujas —declaró, muy serio—. Porque las he conocido. La muchacha lo era igual que su madre. —Su agitación se hizo más evidente.

—La muchacha... —dijo—. ¿Se refiere a su hija? ¿Malva?

Él meneó un poco la cabeza y sus ojos adquirieron un matiz más oscuro.

—No era mi hija —dijo.

—... ¿No era su hija? Pero... sus ojos. Ella tenía sus ojos. —Me oí decirlo y me dieron ganas de morderme la lengua pero él se limitó a sonreír, con una expresión triste.

—Y los de mi hermano. —Se volvió y miró a través del espejo de agua hacia tierra—. Se llamaba Edgar. Cuando vino el Alzamiento, y yo me pronuncié por los Estuardo, él no quiso saber nada, dijo que era una tontería. Me rogó que no lo hiciera. —Movió la cabeza lentamente, viendo algo en sus recuerdos—. Yo pensaba que... bueno, no importa lo que pensaba, pero fui. Y le pedí que cuidase de mi esposa y del muchacho. —Respiró profundamente. Y lo hizo.

—Ya veo —dijo en voz muy baja. Él giró la cabeza de golpe por el tono de mi voz penetrándome con sus ojos grises.

—¡No fue culpa suya! Mona era una bruja... una hechicera. —Sus labios se apretaron ante la expresión de mi cara—. Veo que no me cree. Es la verdad, más de una vez la encontré en ello, preparando sus hechizos: una vez subí al tejado, a medianoche, para buscarla. Estaba allí, completamente desnuda y contemplando las estrellas de pie en el centro de una estrella de cinco puntas que había dibujado con la sangre de una paloma degollada, y con el pelo suelto, ondeando al viento como una loca.

—Su pelo —dijo, buscando algo para comprender todo aquello, y de pronto me di cuenta de algo—. Ella tenía un pelo como el mío ¿verdad?

Él asintió, apartó la mirada y tragó, saliva.

—Ella era... lo que era —dijo en voz baja—. Traté de salvarla... con plegarias, con amor. Pero no pude.

—¿Qué le ocurrió? —pregunté, manteniendo la voz tan baja como la suya.

—La ahorcaron —declaró, en un tono casi natural—. Por el asesinato de mi hermano.

Eso, al parecer, había tenido lugar mientras Tom estaba encarcelado en Ardsuir; ella le había mandado un mensaje, antes de su ejecución, en el que le contaba el nacimiento de Malva, y que había confiado el cuidado de los niños a la esposa de Edgar.

—Supongo que le habrá parecido divertido —dijo Christie con una expresión distraída—. Tenía un sentido del humor de lo más extraño, Mona.

Sentí frío, más allá del fresco de la brisa matinal, y me abracé los codos.

—Pero consiguió tenerlos de vuelta con usted... a Allan y a Malva.

Él asintió; lo habían trasladado, pero tuvo la buena suerte de que un hombre amable y adinerado lo contrató y le dio dinero para pagar el viaje de los niños a las colonias. Aunque luego tanto su empleador como la esposa que él había traído aquí habían muerto en una epidemia de fiebre amarilla y cuando estaba buscando nuevas oportunidades, se enteró del asentamiento de Jamie Fraser en Carolina del Norte y de que él ayudaría a instalarse y a tener sus propias tierras a los hombres que había conocido en Ardsuir.

—Juro por Dios que desearía haberme cortado el cuello en lugar de venir aquí —dijo, volviéndose repentinamente hacia mí—. Créame.

Parecía totalmente sincero. No supe qué responder a eso, pero al parecer él

no necesitaba ninguna respuesta, y continuó:

—La niña... no tenía más de cinco años la primera vez que la vi, pero ya lo tenía, la misma astucia, el encanto, la misma oscuridad en el alma.

Había tratado, lo mejor que pudo de salvar a Malva, también, de sacarle el mal a golpes, de reprimir su lado salvaje, y, sobre todo de impedir que utilizara sus hechizos con los hombres.

—Su madre también era así. —Apreté los labios al pensarlo—. Cualquier hombre. Era la maldición de Lilith lo que tenían, las dos.

Sentí un hueco en la boca del estómago.

—Pero ella estaba embarazada... —dije.

Su rostro se puso más pálido, pero su voz era firme.

—Sí, en efecto. No me parece mal evitar que llegue al mundo otra bruja.

Al ver mi cara, continuó antes de que pudiese interrumpirlo:

—¿Sabía que trató de matarla? A usted y a mí a los dos.

—¿A qué se refiere? ¿Cómo trató de matarme?

—Cuando usted le habló de las cosas invisibles, los... los gérmenes. Ella se interesó mucho en eso. Me lo dijo cuando la pillé con los huesos.

—¿Qué huesos? —pregunté, mientras un frío helado me recorría la espalda.

—Los huesos que cogió de la tumba de Ephraim para hechizar a su marido. No los usó todos y los encontré más tarde en su cesta de labores. Le pegué fuerte y entonces me lo contó.

Acostumbrada a vagar sola por los bosques en busca de plantas comestibles y hierbas, lo había hecho durante el apogeo de la epidemia de disentería. Y, en su recorrido, se había topado con la cabaña aislada del comedor de pecados, aquel hombre extraño y maltrecho. Lo había encontrado al borde de la muerte, ardiendo de fiebre y sumido en un coma, y mientras ella estaba allí, sin saber si ir en busca de ayuda o simplemente salir corriendo, él había muerto.

Entonces, presa de una repentina inspiración —y teniendo en cuenta mis cuidadosas enseñanzas—, había cogido moco y sangre del cuerpo, lo había puesto en un frasquito con un poco de caldo del caldero del hogar y lo había guardado en su corsé, calentándolo así, con su propio cuerpo.

Luego había deslizado unas gotas de esa infusión letal en mi comida y en la de su padre con la esperanza de que si enfermábamos, nuestras muertes se verían sólo como parte de la epidemia que aquejaba el cerro.

—¿Está seguro de eso? —susurré.

Él asintió, y supe que decía la verdad.

—¿Quería... a Jamie? —pregunté.

Cerró los ojos durante un momento: el sol estaba saliendo se reflejaba en el agua con un resplandor tan fuerte como el de la plata.

—Ella... quería —dijo por fin—. Ella ambicionaba riquezas, posición, lo que veía como libertad, sin ver que era libertinaje. ¡Sin verlo jamás!

—Habló con una violencia repentina y pensé que Malva no era la única que no veía las cosas como él.

Pero si había deseado a Jamie, ya fuera por él mismo o por sus propiedades. Y cuando su hechizo de amor fracasó, y se produjo la epidemia eligió un camino más directo hacia lo que quería.

Y luego, cuando tuvo el inconveniente de quedar embarazada, se le ocurrió un nuevo plan.

—¿Usted sabe quién era el verdadero padre? —pregunté, sintiendo otro nudo en la garganta al recordar el huerto soleado y los dos cuerpos pulcros y pequeños, arruinados y desperdiciados.

Negó con la cabeza, pero evitaba mirarme, y me di cuenta de que al menos tenía alguna idea. Pero no quería decírmelo, y supuse que ya no tenía importancia. Y el gobernador pronto estaría levantado, listo para recibirla.

Él también oyó los ruidos de abajo, y respiró profundamente.

—No podía permitirle que destrozara tantas vidas, no podía dejarla seguir adelante con todo aquello. Porque sí era una bruja, no se confunda: que no lograra matarla a usted o a mí no fue más que una cuestión de suerte. Ella habría matado a alguien, antes de terminar. Tal vez a usted, si su esposo se aferraba a usted. Tal vez a él con la esperanza de heredar sus propiedades para el niño. Ella no nació de mis entrañas, y sin embargo... era mi hija, mi sangre. Yo no podía... no podía permitir... Yo era responsable.

—Thomas —dije con firmeza—. Eso son tonterías, y usted lo sabe.

Me miró sorprendido y vi que había lágrimas en sus ojos. Parpadeó para deshacerse de ellas y respondió ferozmente:

—¿Cómo dice? ¡Usted no sabe nada, nada!

Me vio sobresaltarme y bajó la mirada. Entonces, torpemente, extendió un brazo y me cogió la mano. Sentí las cicatrices de la operación que le había practicado, la fuerza flexible de los dedos que me agarraban.

—He esperado toda mi vida, en una búsqueda... En la esperanza... en la esperanza de algo que no podía nombrar, pero que sabía que debía de existir.

Sus ojos recorrieron mi cara intensos, como si estuviera memorizando mis rasgos. Levantó una mano, incómoda para arreglar mi despeinado pelo... pero él me atrapó la mano y la sostuvo, sorprendiéndome.

—Déjelo así —dijo.

De pie con ambas manos en las suyas, no tenía alternativa.

—Thomas —dije, insegura—. Señor Christie...

—Me había convencido de que era Dios lo que buscaba. Tal vez sí lo era pero Dios no es carne y sangre, y el amor de Dios por sí solo no podía sostenerme.

He escrito mi confesión.

—Me soltó, se metió una mano en el bolsillo y después de rebuscar un poco, sacó un papel doblado, que aferró con sus dedos cortos y sólidos.

—Juro aquí que fui yo quien mató a mi hija, por la vergüenza que me causó con sus indecencias. —Habló con bastante firmeza, pero pude ver los movimientos de su garganta encima del arrugado cuello de su camisa.

—No fue usted —dijo—. Sé que no fue usted.

—No —dijo con naturalidad—. Pero tal vez debería haberlo hecho.

He hecho una copia de esta confesión —añadió volviendo a meterse el documento en la chaqueta—. Y la he dejado en el periódico de New Bern, la publicarán. El gobernador la aceptará, y usted quedará libre.

Esas últimas cuatro palabras me golpearon y me aturdieron. Él seguía apretándome la mano derecha, su pulgar me acariciaba suavemente los nudillos. Quise apartarme, pero me obligué a permanecer inmóvil forzada por la mirada de sus ojos, que ahora se veían de un color gris claro y que estaban desnudos, sin disfraces.

—Siempre he anhelado un amor entregado y correspondido —dijo en voz baja—: he pasado toda mi vida intentando dar mi amor a aquellos que no son dignos de él. Permítame esto: dar mi vida por el bien de alguien que sí que lo es.

Me sentí como si algo me hubiera golpeado, quitándome el aliento. No podía respirar, pero me esforcé por formar las palabras.

—Señor Chr... Tom —dijo—. No debe hacerlo Su vida tiene... tiene valor. ¡No puede echarla por la borda de este modo!

—Lo sé. Si no fuera así esto no tendría importancia. Unas pisadas subían por la escalerilla y oí la voz del gobernador más abajo, en alegre conversación con el capitán de los infantes de marina.

—¡Thomas! ¡No lo haga!

Él sólo me miró y sonrió, —¿le había visto sonreír alguna vez?—, pero no habló. Alzó mi mano y se inclinó sobre ella; sentí el cosquilleo de su barba y el calor de su aliento, la suavidad de sus labios.

—Para servirla, señora —dijo en voz muy baja. Me apretó la mano y la soltó, luego se volvió y echó un vistazo a la orilla. Un pequeño bote se acercaba —. Su marido viene a buscarla. *Adieu*, señora Fraser.

Se volvió y se alejó, con la espalda recta a pesar de la marea que subía y bajaba a nuestro alrededor.

Undécima parte

El Día De La Venganza

Mantener un espíritu a raya

Jamie gimió, se desperezó y se incorporó rápidamente en la cama.

—Me siento como si me hubieran pisoteado la cabeza.

—¿Oh? —Abrí un ojo para mirarlo—. ¿Quién?

—No lo sé, alguien muy pesado.

—Acuéstate —dije, bostezando—. No tenemos que marcharnos todavía; puedes descansar un rato más.

—No. Quiero ir a casa. Ya hemos estado lejos demasiado tiempo. —No obstante, no se levantó para terminar de vestirse, sino que continuó sentado en la torcida cama de la posada.

Parecía terriblemente cansado, a pesar de que acababa de despertarse. Pensé que no había podido dormir durante varios días, teniendo en cuenta el tiempo que había tardado en encontrarme, el incendio del fuerte Johnston y los acontecimientos relacionados con mi liberación del *Cruizer*.

—Acuéstate —repetí—. Apenas ha amanecido. Al menos esperemos hasta el desayuno: no puedes viajar sin haber descansado ni comido.

Jamie capituló y se desmoronó poco a poco hacia un costado, incapaz de reprimir un suspiro cuando su cabeza volvió a instalarse en la almohada.

No protestó cuando lo cubrí con el raído edredón, ni tampoco cuando curvé mi cuerpo para acomodarlo al suyo, rodeando su cintura con un brazo y apoyando la mejilla en su espalda. Todavía olía a humo, aunque los dos nos habíamos lavado de prisa la noche anterior, para luego caer sobre la cama e internarnos en un olvido que nos había costado una buena suma de dinero.

Me di cuenta de lo cansado que estaba. A mí todavía me dolían las articulaciones, a causa del cansancio y de los bultos del colchón de lana. Cuando llegamos a la orilla. Ian nos estaba esperando con caballos, y cabalgamos lo más lejos que pudimos antes de que cayera la oscuridad, hasta que por fin encontramos una posada destalizada en el medio de la nada.

—Malcolm —dijo él, titubeando de una manera casi imperceptible, cuando el posadero le pidió su nombre—. Alexander Malcolm.

—Y Murray —añadió Ian, bostezando—. John Murray.

El posadero, a quien la cuestión no le importaba, había asentido. No tenía ninguna razón para relacionar a tres viajeros comunes y corrientes, aunque bastante desaliñados, con un famoso caso de homicidio: de todas formas, yo sentí un pánico creciente cuando me dirigió la mirada.

Había percibido la vacilación de Jamie al dar aquel nombre, su desagrado por

tener que reasumir uno de los muchos alias bajo los que había vivido. Él valoraba su propio nombre más que la mayoría de los hombres; yo sólo esperaba que, a su debido tiempo, éste recuperara su valor.

Roger podría ayudar. Supuse que a esas alturas ya sería todo un ministro, lo que me hizo sonreír. Tenía un talento muy especial para amortiguar las divisiones entre los habitantes del cerro, apaciguar las disputas... y, con la autoridad adicional de ser un ministro ordenado, su influencia se incrementaría.

Sería bueno tenerlo de regreso. Y volver a ver a Bree y a Jemmy... Sentí nostalgia por ellos, aunque pronto los veríamos; nuestra intención era pasar por Cross Creek y hacer que nos acompañaran el resto del camino.

Los pájaros cantaban a pleno pulmón en los árboles: después de los constantes chillidos de las gaviotas y las golondrinas de mar, el sonido de estas aves se me antojaba más tierno, una conversación hogareña que me hizo sentir un repentino anhelo por el cerro. Entendí la urgencia de Jamie por volver, incluso sabiendo que lo que encontrariamos allí no sería lo mismo que habíamos tenido. Los Christie se habrían marchado, para empezar.

No había tenido oportunidad de preguntarle a Jamie por las circunstancias de mi rescate; finalmente me habían llevado a la costa justo antes del crepúsculo, y habíamos emprendido nuestra marcha de inmediato, puesto que Jamie quería poner la mayor distancia posible entre yo y el gobernador Martin... y tal vez Tom Christie.

—Jamie —dije en voz baja—. ¿Tú lo obligaste a hacerlo?

—No. Él se presentó en la imprenta de Fergus el día que saliste del palacio. Se había enterado de que la cárcel había ardido.

Me senté en la cama, conmocionada.

—¿Qué? ¿La casa del alguacil Tolliver? ¡Nadie me lo había dicho!

—Supongo que ninguna de las personas con las que has hablado en las últimas dos semanas lo sabía —dijo en tono suave—. No murió nadie, Sassenach... Lo he averiguado.

—¿Estás seguro? —pregunté, con pensamientos inquietantes relacionados con Sadie Ferguson—. ¿Cómo ocurrió? ¿Una turba?

—No —respondió en medio de un bostezo—. Segundo me han dicho, la señora Tolliver se emborrachó, avivó demasiado el fuego para lavar la ropa, luego se tumbó a la sombra y se quedó dormida. Las maderas se derrumbaron, las brasas prendieron la hierba, las llamas se extendieron hasta la casa, y... —Movió la mano, como restándole importancia—. Pero el vecino olió el humo, se dio prisa y llegó justo a tiempo para sacar a rastras a la señora Tolliver y al bebé y ponerlos a salvo. Dijo que no había nadie más allí.

—Oh. Bueno... —Le permití que me convenciera de volver a acostarme y apoyé la cabeza en el buceo de su hombro.

No podía sentirme extraña con él, en especial después de haber pasado la

noche a su lado en aquella estrecha cama. Sin embargo, yo estaba muy pendiente de su presencia.

—Y él de la mía; su brazo me rodeaba, sus dedos exploraban inconscientemente mi espalda, leyendo mis formas, mientras me hablaba.

—Respecto de Tom... Él había oído hablar de *L'Oignion*, de modo que fue allí cuando se enteró de que habías desaparecido de la cárcel. Para entonces tú tampoco estabas en el palacio; le había llevado un tiempo separarse de Richard Brown sin despertar sus sospechas. Pero nos encontró allí y me contó lo que pensaba hacer. —Sus dedos acariciaron mi nuca—. Le dije que esperara a que yo intentara liberarte por mi cuenta... pero si no lo lograba...

—De modo que sabes que no fue él. —Hablé con certeza—. ¿Él te dijo que sí lo había hecho?

—Sólo dijo que había guardado silencio mientras todavía había alguna posibilidad de que le juzgaran y le declararan inocente... pero que en el momento en que parecieras estar en peligro, su intención era hablar de inmediato; por eso insistió en venir con nosotros. Yo, eh, no quise hacerle preguntas —dijo él con delicadeza.

—Pero él no lo hizo —insistí—. ¡Jamie, tú sabes que él no lo hizo!

—Si lo sé —respondió en voz baja.

Permanecimos en silencio durante un rato.

—¿Crees que lo colgaran? —pregunté por fin.

—Supongo que sí. —Sus dedos habían reanudado ese movimiento semiinconsciente, alisándome el pelo de detrás de la oreja. Permanecí inmóvil, sin querer formular la siguiente pregunta. Pero era necesario.

—Jamie... dime que él no lo hizo... que no hizo esa confesión... por mí. Por favor.

Sus dedos se detuvieron, tocándose apenas la oreja.

—Él te ama. Lo sabes, ¿verdad?

—Me lo dijo. —Sentí un nudo en la garganta, recordando aquella franca mirada gris. Tom Christie era un hombre que decía lo que pensaba y pensaba lo que decía... un hombre como Jamie, al menos en ese aspecto.

Jamie se quedó en silencio durante lo que pareció un lapso muy prolongado. Finalmente suspiró y giró la cabeza, de manera que su mejilla descansó contra mi pelo, sentí el ligero raspón de sus patillas.

—Sassenach... yo también lo habría hecho y habría considerado que valía la pena perder la vida si con eso te salvaba. Si él siente lo mismo, entonces tú no le has causado ningún mal salvando la vida gracias a él.

—Oh —dije—. Vaya.

No quería pensar en ello, ni en la mirada gris y clara de Tom ni en las arrugas de aflicción que le tallaban el rostro, ni en todo lo que él había sufrido. Tampoco quería pensar en Malva, acercándose sin saberlo a aquella muerte en el huerto,

con su hijo en su vientre. Ni en la sangre oscura, color óxido, que se secaba entre las hojas de las parras.

Por encima de todo, no quería pensar que yo había tenido algo que ver con toda esa tragedia: pero era imposible.

—Jamie, ¿alguna vez podremos hacer que todo vuelva a estar bien?

Él cogió mi mano.

—La muchacha está muerta, *mo chridhe*.

—Sí, y alguien la mató... y no fue Tom. Por Dios. Jamie... ¿Quién? ¿Quién fue?

—No lo sé —dijo—. Era una muchacha que ansiaba amor, creo... y lo tomaba. Pero no sabía cómo devolverlo.

Inspiré hondo y formulé la pregunta que había quedado tácita entre nosotros desde el asesinato.

—¿Crees que fue Ian?

Él casi sonrió.

—Si hubiera sido él, *a nighean*, lo sabríamos. Ian podría matar, pero no podría dejar que tú o yo sufriéramos por ello.

Suspiré, moviendo los hombros para relajar el nudo que se había forjado entre ellos.

—Pudo haber sido el hombre que engendró a su bebé... si es que no fue Ian, y espero tanto que no sea así... o alguien que la deseaba y la mató por celos cuando se enteró de que estaba embarazada...

—O alguien que ya estuviera casado. O una mujer. Sassenach.

Eso me paralizó.

—¿Una mujer?

—Ella tomaba amor —repitió, y meneó la cabeza—. ¿Qué te hace pensar que sólo lo tomaba de hombres jóvenes?

Cerré los ojos, imaginando las posibilidades. Si hubiese tenido un romance con un hombre casado, tal vez éste la habría matado para mantener el secreto. O una mujer desdenada... Tuve una visión breve y estremecedora de Murdina Bug, con el rostro contorsionado por el esfuerzo cuando apretó la almohada sobre la cara de Lionel Brown. ¡Arch! Por Dios, no. Una vez más con una sensación de completa desesperación, hice a un lado la pregunta, mientras mi mente era añadida por la miríada de rostros del cerro de Fraser uno de los cuales escondía el alma de un asesino.

—No, sólo sé que las cosas jamás volverán a estar bien para ellos... ni para Malva ni para Tom. Ni siquiera para Allan. —Por primera vez, dediqué un pensamiento al hijo de Tom. Tan repentinamente despojado de su familia y en circunstancias tan espantosas—. Pero el resto... —Me refería al cerro. A casa. A la vida que teníamos. A nosotros.

El edredón nos había hecho entrar en calor, y además estábamos acostados

juntos... demasiado calor, y sentí el bochorno de un sofoco en mí. Me senté bruscamente, apañándome el pelo de la nuca con la esperanza de refrescarme instantáneamente.

—Ponte en pie, Sassenach.

Jamie se levantó de la cama, se incorporó y me cogió de la mano, haciéndome ponerme en pie. Mi cuerpo ya estaba bañado de un sudor como sucio y tenía las mejillas sonrojadas. Él se inclinó y, cogiendo el borde de mis enaguas con ambas manos, me las quitó por encima de la cabeza.

Sonrió débilmente al mirarme, luego se inclinó y sopló con suavidad sobre mis pechos. La frescura era un alivio mínimo pero bendito, y mis pezones se levantaron en callada gratitud.

Él abrió los postigos para que entrase más aire, luego dio un paso hacia atrás y se quitó su propia camisa. Ya era pleno día y la luz matinal brilló en las líneas de su pálido torso, en la plateada telaraña de sus cicatrices, en el suave vello dorado y rojizo de brazos y piernas y en los pelos color oxido y plata de su incipiente barba. Lo mismo en la carne teñida de oscuridad de sus genitales, endurecidos contra su vientre.

—Con lo que respecta a que las cosas vuelvan a estar bien —dijo—, no podría decirlo, aunque tengo intención de intentarlo. —Sus ojos recorrieron mi cuerpo, completamente desnudo, con una leve costra de sal, y bastante sucio en los pies y los tobillos. Sonrió—. ¿Quieres que empecemos ahora, Sassenach?

—Estás tan cansado que apenas puedes tenerme en pie —protesté—. Eh... con algunas excepciones —añadí, mirando hacia abajo.

Era cierto; había sombras oscuras bajo sus ojos, y las líneas de su cuerpo expresaban de manera elocuente una profunda fatiga. Por mi parte, yo me sentía como si me hubiera pasado por encima un camión, y eso que no había estado toda la noche incendiando fuertes.

—Bueno, teniendo en cuenta que tenemos una cama a mano, no planeaba hacerlo de pie —respondió—. Aunque te lo advierto: tal vez jamás pueda volver a ponerme en pie, pero creo que podría mantenerme despierto durante los próximos diez minutos, al menos. Puedes pellizcarte si me quedo dormido —sugirió, sonriendo.

Puse los ojos en blanco, pero no discutí. Me tumbe sobre las sábanas arrugadas, que ya habían recuperado su frescura, y con un pequeño temblor en la boca del estomago, me abrí de piernas para él.

Hicimos el amor como si estuviéramos bajo el agua, con los miembros pesados y lentos. Mudos, hablando sólo a través de una tosca pantomima. Casi no nos habíamos tocado de esa manera desde la muerte de Malva... y su imagen seguía presente entre nosotros.

Y no sólo ella. Por un rato traté de concentrarme únicamente en Jamie fijando la atención en los rincones íntimos de su cuerpo, tan conocidos —la

minúscula cicatriz blanca y triangular de su garganta, los remolinos de pelo ceniciento y la piel bronceada por el sol—, pero estaba tan cansada que mi mente se negaba a cooperar, e insistía en mostrarme, en cambio, fragmentos azarosos de recuerdos o lo que era más inquietante, de imaginación.

—No sirve —dijo. Tenía los ojos bien cerrados y estaba aferrándome a las ropas de cama con ambas manos—. No puedo.

Él emitió un pequeño sonido de sorpresa, pero se apartó de inmediato, dejándome húmeda y temblorosa.

—¿Qué ocurre, *a nighean*? —dijo en voz baja.

—No lo sé —respondí, próxima al pánico—. No puedo dejar de ver... lo lamento, lo lamento, Jamie. Veo a otras personas; es como si estuviera haciendo el amor con otros h... hombres.

—Oh, ¡sí! —Parecía cauto, pero no disgustado. Oí un crujido de tela y él me cubrió con la sábana. El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho, me sentía mareada y me costaba respirar; la garganta se me cerraba todo el tiempo.

«*Bolus hystericus* —pensé—. Para, Beauchamp». Más fácil decirlo que hacerlo, pero dejé de preocuparme por sufrir un infarto.

—Ah... —La voz de Jamie seguía cauta—. ¿Quién? ¿Hodgepile y...?

—¡No! —Tragué saliva—. No. Yo... ni siquiera había pensado en ello.

Se quedó callado y tumbado a mi lado, respirando. Sentí como si estuviera literalmente partiéndome en pedazos.

—¿A quién ves, Claire? —susurró—. ¿Puedes decírmelo?

—A Frank —dije, rápido, antes de poder cambiar de idea—. Y a Tom. Y... y a Malva. Podía... de pronto, podía sentirlos a todos —exclamé—. Tocándome. Queriendo entrar. —Rodé de costado y enterré la cara en la almohada, como si pudiera dejarlo todo atrás.

Jamie permaneció en silencio durante bastante tiempo. Lamentaba habérselo dicho... pero ya no me quedaban defensas. No podía mentir: simplemente, no tenía adónde ir, ningún sitio para esconderme. Me sentía acosada por fantasmas que susurraban, por su perdida, sus necesidades, su desesperado amor tirando de mí. Separándome de Jamie, separándome de mí misma.

Tenía el cuerpo apretado y rígido, tratando de impedir su disolución, y la cara tan hundida en la almohada, intentando escapar, que sentí que tal vez me sofocaría, y me vi obligada a girar la cabeza, en busca de aire.

—Claire. —La voz de Jamie era suave, pero sentí su aliento en mi cara y mis ojos se abrieron de golpe. Con mucha lentitud, me tocó los labios.

—Tom —exclamé—. Siento como si ya estuviera muerto, por mi culpa, y es tan terrible. No puedo soportarlo, Jamie, ¡de verdad que no puedo!

—Lo sé. —Movió la mano, vaciló—. ¿Puedes soportar que te toque?

—No lo sé. —Tragué el bulto de mi garganta—, intentalo y veremos.

Eso le provocó una sonrisa, aunque yo se lo había dicho muy en serio. Posó la

mano con delicadeza en mi hombro y me hizo girar, luego volvió a acercarme a su cuerpo, moviéndose lentamente, para darme la posibilidad de apartarme. No lo hice.

Me hundí en él, y me aferré a su cuerpo como si fuera un palo flotante, lo único que evitaría que me ahogara. Y era cierto.

Me abrazó y me acarició el pelo durante mucho tiempo.

—¿Puedes llorar por ellos, *mo nighean donn*? —susurró por fin en mi oído—. Déjalos entrar.

La mera idea me hizo volver a tensarme de pánico.

—No puedo.

—Llora por ellos —susurró, y su voz me abrió más profundamente que su miembro—. No puedes mantener a raya a un espíritu.

—No puedo. Me temo —dije, pero ya estaba sacudiéndome con la pena, y las lágrimas me mojaban la cara—. ¡No puedo!

Pero lo hice. Abandoné la lucha y me abrí, al recuerdo y a la pena. Sollocé como si se me fuera a romper el corazón... y dejé que se rompiera, por ellos, y por todos los que no pude salvar.

—Déjalos entrar, y llora por ellos, Claire —susurró—. Y cuando se hayan marchado, te llevaré a casa.

*El antiguo amo**River Run*

Había llovido con fuerza la noche anterior y a pesar de que el día había amanecido soleado y caluroso, el suelo estaba empapado y parecía salir vapor de él, vapor que se sumaba a la densidad del aire. Brianna se había recogido el pelo, para mantener el cuello despejado, pero algunas hebras se escapaban todo el tiempo y terminaban siempre en sus ojos irritada, se apartó un pelo con la base de la mano: tenía los dedos manchados con el pigmento que estaba moliendo, y la humedad, por otra parte, tampoco la ayudaba en esa tarea, puesto que hacía que el polvo se apelmazara y se pegara a las paredes del mortero.

De todas formas, lo necesitaba; había recibido un nuevo encargo y tenía que empezar esa misma tarde.

Jem también estaba por allí, aburrido, metiendo los dedos en todas partes. Cantaba para sus adentros: ella no le prestó atención hasta que por casualidad captó algunas palabras.

—¿Qué has dicho? —preguntó, acercándose a él con expresión de incredulidad. No estaría cantando *Folsom Prison Blues*, ¿verdad?

Él la miró, parpadeando, y dijo, con la voz más profunda que pudo:

—Mola. Soy Johnny Cash.

Ella estuvo a punto de echarse a reír a carcajadas y sintió que las mejillas se le sonroaban por el esfuerzo de la contención.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó, aunque lo sabía perfectamente.

—De papá —respondió él.

—¿Has oído cantar a papa? —preguntó, tratando de parecer natural. Tendría que haber sido así. Y lo que era igualmente obvio, estaba claro que Roger estaba tratando de seguir el consejo de Claire y modificar el registro de la voz para aflojar las cuerdas vocales.

—Ajá. Papá canta mucho. Me enseñó la canción del domingo por la mañana, y la de Tom Dooley y... un montón de canciones —terminó, bastante desorientado.

—Sí? Bueno, eso es... ¡deja eso! —dijo, cuando él recogió con expresión distraída un recipiente abierto de rubia.

—Huy. —Él miró con aire de culpabilidad la mancha de pintura que había salido del recipiente de cuero y aterrizado en su camisa, luego la miró a ella y

trató de alejarse en dirección a la puerta.

—Huy, dices —replicó ella en tono sombrío—. ¡No te muevas! —Extendió una mano como una serpiente, lo agarro del cuello de la camisa y aplicó vigorosamente un trapo empapado en trementina en la pechera de la camisa de su hijo, con lo que no consiguió más que generar una gran mancha rosada, donde antes había una franja muy roja.

—¿Qué has venido a hacer aquí, en cualquier caso? —preguntó ella, enfadada—. ¿No te he dicho que buscaras algo que hacer?

Él agachó la cabeza y murmuró algo, pero ella sólo captó la palabra «miedo».

—Miedo? ¿De qué? —Con algo más de delicadeza, le quito la camisa.

—El fantasma.

—¿Qué fantasma? —le preguntó con recelo.

Era consciente de que todos los esclavos de River Run creían implícitamente en los fantasmas. Lo mismo ocurría con prácticamente todos los colonos escoceses de Cross Creek, Campbelton y el cerro. Y los alemanes de Salem y Bethania. Y, para el caso, también su propio padre.

De modo que no podía limitarse a informar a Jem de que los fantasmas no existían, en especial teniendo en cuenta que ella misma no estaba del todo convencida.

—El fantasma de *Maighistear àrsaидh* —dijo él, con la preocupación reflejada en los ojos—. Josh dice que anda por aquí...

Algo bajó por su espalda como un ciempiés. *Maighistear àrsaيدh* era el Antiguo Amo; Hector Cameron. Involuntariamente, miró en dirección a la ventana. Se encontraban en la pequeña habitación que estaba en lo alto del establo, donde Brianna se ocupaba de las tareas más sucias de la preparación de pinturas, y desde ese sitio podía ver con toda claridad el mausoleo de mármol blanco de Hector Cameron, que brillaba junto al césped.

—Me pregunto por qué Josh habrá dicho eso —respondió ella, tratando de ganar tiempo.

—Dice que Angelina lo vio, anteanoche. Un fantasma grande y viejo —dijo él estirando los brazos, con las manos abiertas como zarpas, en una evidente imitación del relato de Josh.

—¿Sí? ¿Y qué hacía?

—Caminaba —repuso Jem encogiéndose de hombros.

—¿Fumaba en pipa? —Ella había visto a un caballero alto paseando bajo los árboles en el césped y se le ocurrió una idea.

—No lo sé —respondió él—. ¿Los fantasmas fuman en pipa?

—Lo dudo —dijo ella—. Pero el señor Buchanan, si. ¿Lo ves allí, en el césped? —Se hizo a un lado, señaló la ventana con un gesto del mentón y Jem se puso de puntillas para mirar por encima del alféizar.

El señor Buchanan, un conocido de Duncan que se alojaba en la residencia, estaba, de hecho, fumando una pipa en ese preciso instante: el débil aroma del tabaco entró por la ventana abierta.

—Creo que probablemente Angelina vio al señor Buchanan caminando en la oscuridad —dijo ella—. Tal vez iba en camisa de dormir, en dirección al retrete, y ella lo vio todo blanco y pensó que era un fantasma.

Jem soltó una risita. Parecía dispuesto a que lo tranquilizaran: de todas formas, encorvó sus delgados hombros y examinó al señor Buchanan.

—Josh dice que Angelina dice que el fantasma venía de la tumba del viejo señor Hector —respondió.

—Supongo que el señor Buchanan rodeó la tumba, ella lo vio caminando por un costado, y creyó que salía de allí —replicó Bree, evitando cualquier pregunta sobre por qué un caballero estaría rodeando tumbas en camisa de dormir; era obvio que esa idea no había llamado la atención de Jem.

Si se le ocurrió preguntar, en cambio, que hacía Angelina fuera en mitad de la noche viendo fantasmas, pero lo pensó mejor y se abstuvo. La razón más probable por la que una doncella saliera a hurtadillas durante la noche no era algo que un muchacho de la edad de Jemmy debiera oír.

Sus labios se tensaron al pensar en Malva Christie, quien tal vez había acudido a una cita amorosa en el huerto de Claire. ¿Quién?, se preguntó por enésima vez. ¿Quién había sido?

Un leve estremecimiento la atravesó, lo que a su vez le dio una nueva idea.

—Creo que Angelina vio al señor Buchanan —dijo con firmeza—. Pero si tu alguna vez tienes miedo de los fantasmas, o de cualquier otra cosa, haz la señal de la cruz y reza una breve plegaria a tu ángel de la guarda.

Al decir esas palabras, Brianna sintió un ligero mareo. Se le ocurrió que alguien le había dicho exactamente eso a ella en algún lejano momento de su niñez. ¿De qué habría tenido miedo? Ya no lo recordaba, pero sí recordaba la sensación de seguridad que le había dado esa plegaria.

Jem frunció el ceño, titubeando; conocía la señal de la cruz, pero no estaba tan seguro acerca de la plegaria del ángel. Ella lo practicó con él, sintiéndose ligeramente culpable.

Era sólo cuestión de tiempo hasta que él hiciera algo manifiestamente católico —como la señal de la cruz— delante de alguien que fuera importante para Roger. La mayoría de las personas o bien suponían que la esposa del ministro era protestante, o sabían la verdad, pero no estaban en condiciones de armar un escándalo al respecto. Ella era consciente de algunos rumores que corrían entre la grey de Roger, en especial a partir de la muerte de Malva y de las habladurías sobre sus padres, pero Roger se negaba a prestar oídos a esa clase de comentarios.

Sintió una profunda punzada de añoranza por Roger. Él le había escrito;

McCorkle, el miembro del consejo, se había retrasado, pero llegaría a Edenton esa misma semana. De modo que probablemente faltaba otra semana para que se reuniera la sesión presbiteriana: y luego él iría a River Run a buscarla a ella y a Jem.

Estaba tan feliz por la perspectiva de ser ordenado; seguramente, una vez que se cumpliera ese proceso, no podrían apartarlo del sacerdocio... si es que era eso lo que hacían con los ministros herejes por tener una esposa católica.

¿Se convertiría ella, si fuera necesario para que Roger alcanzara lo que deseaba y necesitaba tan claramente? El pensamiento la hizo sentirse hueca, y abrazó a Jemmy para tranquilizarse. La piel del niño estaba húmeda y seguía siendo suave como la de un bebé, pero pudo sentir la dureza de sus huesos, que prometían un tamaño que algún día igualaría el de su padre y su abuelo. Su padre... ese pensamiento pequeño y brillante sereno todas sus inquietudes y hasta alivió el dolor de echar de menos a Roger.

Ya hacía bastante tiempo que a Jemmy había vuelto a crecerle el pelo, pero ella besó el punto detrás de la oreja izquierda donde estaba la marca oculta, haciendo que él encorvara los hombros y lanzara una risita.

Entonces Brianna lo mandó a que le llevara la camisa manchada de pintura a Matilda, la lavandera y regresó a su tarea.

Parecía haber algo raro con el olor mineral de la malaquita de su mortero; lo cogió y lo olfateó, aunque era consciente de que la idea era ridícula; una piedra molida no podía pudrirse. Tal vez, la mezcla de trementina y el humo de la pipa del señor Buchanan estaban afectando su sentido del olfato. Meneó la cabeza y vertió el suave polvo verde en un frasco, con mucho cuidado. Más tarde lo mezclaría con aceite de nuez o lo utilizaría en temple de huevo.

Lanzó una mirada apreciativa sobre la selección de cajas y recipientes y los frascos y bandejas de secado de los pigmentos que ella misma había molido, para ver qué más hacía falta.

Esa tarde se dedicaría sólo a los bocetos preliminares —el encargo consistía en un retrato de la anciana madre del señor Forbes—, pero tal vez dispusiera sólo de una o dos semanas para terminar el trabajo antes de que regresara Roger; no podía perder...

Un mareo la hizo sentarse de pronto, y unos puntos negros flotaron en su visión. Apoyó la cabeza entre las rodillas y respiró hondo. Eso no le sirvió de mucho; el aire estaba impregnado de olor a trementina, y se sentía espeso con el hedor putrefacto de los establos de la planta inferior.

Levantó la cabeza y se aferró al borde de la mesa. Sus entrañas parecían haberse convertido de pronto en una sustancia líquida que pasaba del vientre a la garganta para luego regresar, dejándole el aroma amargo de la bilis en el fondo de la nariz.

—Oh, Dios mío.

El líquido de su vientre subió hasta la garganta y Brianna apenas tuvo tiempo de coger la palangana que había sobre la mesa y tirar el agua al suelo antes de que el estómago le diera un vuelco en su frenético esfuerzo por vaciarse.

Dejó la palangana a un lado con mucho cuidado y se sentó, jadeando, contemplando la mancha húmeda del suelo, mientras el mundo debajo de ella se movía en su eje y se acomodaba en un ángulo nuevo y extraño.

—Felicitaciones, Roger —dijo en voz alta—. Creo que vas a ser padre. Otra vez.

Permaneció sentada e inmóvil durante un rato, explorando cautelosamente las sensaciones de su cuerpo, tratando de hallar alguna certeza. No había sentido mareos con Jemmy... pero si recordaba esa extraña alteración de los sentidos, ese peculiar estado llamado sinestesia, en virtud del cual la vista, el olfato, el gusto y a veces también el oído mezclaban, cada tanto y de una manera muy rara, sus características.

La sensación desapareció tan de improviso como se había presentado; el picante olor del tabaco del señor Buchanan era mucho más fuerte, pero sólo era el tenue ardor de hojas de tabaco, no una cosa de motas marrones y verdosas que se retorcía en su cerebro.

Brianna se había concentrado tanto en sus sensaciones corporales que no había oído las voces de la habitación contigua, que era la modesta guarida de Duncan, donde él guardaba los libros y las cuentas de la propiedad y —creía ella — se escondía, cuando la majestuosidad de la casa principal lo abrumaba demasiado.

El señor Buchanan estaba allí junto a Duncan, y lo que había comenzado como un cordial intercambio de palabras estaba empezando a mostrar señales de tensión. Ella se levantó y recogió la palangana. Sintió la natural inclinación humana de espiar, pero en los últimos tiempos se cuidaba de escuchar lo que no debía.

Duncan y su tía Jocasta eran acérrimos leales a la Corona, y nada que ella pudiera decir los desviaría de su ideología. Ella había oído más de una vez las conversaciones privadas de Duncan con tories de la zona, que habían hecho que su corazón se empequeñeciera de temor, ya que conocía cuál sería el resultado de los acontecimientos.

En el valle, en el corazón de la región de Cape Fear, la mayoría de los ciudadanos de valía eran leales a la Corona y estaban convencidos de que los actos de violencia que tenían lugar en el norte eran un escándalo desproporcionado que podría ser innecesario y que, si no lo era, en todo caso poco tenía que ver con ellos, y que lo que más se precisaba era una mano firme que contuviera a los enloquecidos *whigs* antes de que sus excesos provocaran una represalia ruinosa. Saber que precisamente esa represalia ruinosa estaba en camino —y que caería sobre personas por las que sentía afecto— provocaba en

Brianna una fría sensación de horror opresivo que le helaba la sangre.

—Entonces, ¿qué? —La voz de Buchanan le llegó cuando abrió la puerta—. Ellos no van a esperar, Duncan. Debo tener el dinero antes del miércoles, o Dunkling venderá las armas en otra parte; sabes que hay más oferta que demanda. Si le ofrecemos oro, esperará... pero no mucho tiempo.

—Sí, lo sé muy bien, Sawny. —Duncan también parecía impaciente, y muy intranquilo, pensó Brianna—. Si puede hacerse, se hará.

—¿Sí? —exclamó Buchanan—. ¿Qué significa ese «sí»? Hasta ahora, siempre ha sido «Oh, sí Sawny, no hay ningún problema...».

—He dicho. Alexander, que si puede hacerse, se hará. —La voz de Duncan era grave, pero de pronto había adquirido una tonalidad acerada que ella jamás había oído antes.

Buchanan dijo algo grosero en gaélico y de pronto la puerta de la oficina de Duncan se abrió y él salió por ella tan irritado que apenas la vio y no la saludó más que con un brusco gesto al pasar. Lo que a Bree le pareció bien, teniendo en cuenta que estaba allí con un cuenco lleno de vomito.

Antes de que pudiera librarse de él, apareció también Duncan. Se lo veía acalorado, y extremadamente preocupado. Pero sí notó su presencia.

—¿Cómo te encuentras, muchacha? —preguntó, mirándola con los ojos entornados—. Estás verde: ¿te ha sentado algo mal?

—Creo que sí. Pero ya me encuentro bien —dijo, apresurándose a volver a meter el cuenco en la habitación tras ella—. ¿Tú... estás bien, Duncan?

Él vaciló un instante, pero lo que fuera que lo preocupaba era demasiado abrumador como para ocultarlo. Miró a su alrededor, pero a esa hora del día no había ningún esclavo cerca. Aun así, se acercó a ella y bajó la voz.

—Por casualidad tú... ¿has visto algo peculiar, *a nighean*?

—Peculiar en qué sentido?

Él se frotó sus bigotes caídos con un nudillo y volvió a mirar en derredor.

—Pongamos, cerca de la tumba de Hector Cameron —preguntó, con la voz apenas audible.

Su diafragma, que seguía irritado por haber vomitado, se contrajo de repente al oír esas palabras, y se llevó una mano al vientre.

—¿Sí? —La expresión de Duncan se hizo más intensa.

—Yo no —dijo, y le habló de Jemmy, Angelina y el supuesto fantasma.

—Se me ocurrió que sería el señor Buchanan —terminó.

—Caramba, qué idea tan interesante —murmuró Duncan, frotándose distraído sus sienes entrecanas—. Pero no... seguramente no. Él no podría... aunque es una idea interesante. —A Brianna le pareció que Duncan había recuperado una leve esperanza.

—Duncan... ¿puedes decirme qué ocurre?

Él respiró profundamente, meneando la cabeza, en un gesto de perplejidad, y

exhaló, encorvando los hombros.

—El oro —dijo simplemente—. Ha desaparecido.

Siete mil libras en lingotes de oro era una cantidad sustanciosa, en todos los sentidos. Brianna no tenía idea de cuánto podría pesar esa suma, pero había llenado por completo el ataúd de Jocasta, castamente ubicado junto al de Hector Cameron en el mausoleo de la familia.

—¿Qué quieres decir con desaparecido? —exclamó—. ¿Todo?

Duncan le agarro el brazo en un intento de acallarla.

—Sí, todo —respondió—. ¡Por el amor de Dios, muchacha, no grites!

—¿Cuándo desapareció? O, mejor dicho —se corrigió—, ¿cuándo te has dado cuenta de que ya no estaba?

—Anoche. —Señaló su despacho con un gesto—. Entra, muchacha, te lo contaré.

El nerviosismo de Duncan disminuyó un poco mientras le contaba la historia; cuando terminó, ya había recuperado una cierta serenidad exterior.

Esas siete mil libras era lo que quedaba de las diez mil originales, que a su vez eran un tercio de las treinta mil que Luis de Francia había enviado —demasiado tarde— en apoyo del fallido intento de Carlos Estuardo de hacerse con los tronos de Inglaterra y Escocia.

—Hector siempre fue cuidadoso, ¿sabes? —explicó Duncan—. Vivía como un hombre rico, pero siempre limitándose a los medios que un lugar como éste... —hizo un gesto con la mano, señalando los terrenos y las propiedades de River Run — podría proporcionarle. Gastó mil libras en comprar la tierra y construir la casa, luego, con los años, otras mil en esclavos, ganado y cosas similares. Y puso otras mil en el banco; Jo me contó que él no podía soportar pensar en todo ese dinero quieto, sin generar ningún interés. Aunque fue lo bastante astuto como para no atraer la atención ingresándolo en su totalidad. Supongo que su intención tal vez era invertir el resto poco a poco... pero murió antes de poder hacerlo.

Dejando a Jocasta convertida en una viuda adinerada... pero incluso más cautelosa que su marido en cuanto a atraer atenciones indebidas. De modo que el oro había permanecido oculto y a salvo, con la excepción de un lingote que Ulysses había ido raspando y usando. Que también había desaparecido, recordó Brianna con un estremecimiento, estaba claro que alguien sí sabía de la existencia del oro.

Tal vez el que se había llevado aquel lingote suponía que había más... y había acechado, en silencio, pacientemente, hasta encontrarlo.

—¿Has oído hablar del general MacDonald?

Brianna se había topado con ese nombre en más de una conversación últimamente: suponía que se trataba de un general escocés más o menos retirado, que se había alojado aquí y allí como huésped de distintas familias prominentes,

pero no había oído nada acerca de cuál sería su propósito.

—Tiene intención de reunir hombres, tres o cuatro mil, entre los highlanders, para marchar hacia la costa. El gobernador ha pedido ayuda; van a venir barcos con tropas. Y los hombres del general bajarán a través del valle de Cape Fear. —Hizo un elegante gesto abarcador con la mano—. Se reunirán con el gobernador y sus tropas... y caerán en un movimiento de pinzas sobre las milicias rebeldes que se están formando.

—Y tú tenías intención de entregarle el oro... —señaló Bree, y se corrigió—. O no, pensabas entregarle armas y pólvora.

Él asintió y se mascó los bigotes, con una expresión de infelicidad.

—Un hombre llamado Dunkling: Alexander lo conoce. Lord Dunsmore está almacenando grandes cantidades de pólvora y armas en Virginia. Dunkling es uno de sus tenientes... y está dispuesto a ceder parte de ese armamento a cambio de oro.

—Que ahora ha desaparecido. —Ella respiró hondo.

—Que ahora ha desaparecido —admitió él en tono lúgubre—. De modo que debo preguntarme quién era ese fantasma de Jemmy, ¿no?

El sonido de pisadas en la escalera hizo que Duncan moviera la cabeza de pronto en dirección a la puerta, pero no era más que Josh, uno de los mozos de cuadra negros, con el sombrero en la mano.

—Deberíamos marcharnos, señorita Bree —dijo con una respetuosa inclinación de la cabeza—. Para aprovechar la luz, ¿sabe?

Se refería a sus dibujos. Había una hora de viaje hasta Cross Creek y la casa del abogado Forbes, y el sol estaba elevándose al cenit a gran velocidad.

Ella echó una mirada a sus dedos, manchados de verde, y apartó los cabellos; tendría que arreglarse un poco antes.

—Ve, muchacha. —Duncan hizo un gesto hacia la puerta, con su delgado rostro todavía marcado por las arrugas de la preocupación.

Ella lo besó afectuosamente en la frente y bajó con Josh. Estaba preocupada, y no sólo por el oro desaparecido y los fantasmas que merodeaban por la zona. De modo que el general MacDonald... Si tenía intención de reunir combatientes entre los highlanders, naturalmente acudiría a su padre.

Como Roger le había comentado poco antes, « Jamie puede caminar por la cuerda floja entre *whigs* y *tories* mejor que cualquier hombre que conozco... pero cuando las cosas se pongan difíciles... tendrá que saltar» .

Las cosas ya se habían puesto bastante difíciles en Mecklenburg pero el toque de gracia se llamaba MacDonald.

Un viaje a la costa

Neil Forbes, considerando prudente ausentarse durante un tiempo de los lugares que solía frecuentar, se había marchado a Edenton con la excusa de llevar a su anciana madre a visitar a su todavía más anciana hermana. Había disfrutado del largo viaje, a pesar de las quejas de su madre sobre las nubes de polvo levantadas por otro carroaje que los precedía.

Se había resistido a apartar la mirada del otro carroaje, un vehículo pequeño y de buenos amortiguadores, cuyas ventanas estaban herméticamente cerradas y cubiertas con gruesas cortinas. Pero él siempre había sido un hijo devoto y, a la siguiente parada fue a hablar con el conductor. El otro carroaje accedió a quedarse un poco atrás y los siguió a una distancia conveniente.

—¿Qué estás mirando, Neil? —exigió saber su madre, alzando la mirada que había estado posada en su broche favorito color granate—. Ésta es la tercera vez que miras por la ventana.

—Nada, madre —dijo él, inhalando profundamente—. Solo disfruto del día. Hace un tiempo perfecto, ¿no crees?

La señora Forbes hizo un gesto de desdén, pero accedió a ponerse las gafas en la nariz y se inclinó para mirar.

—Sí, es bastante, bueno —admitió—. Pero hace calor y tanta humedad que si retorcieras tu camisa podrías llenar varios cubos.

—No te preocupes, *a leannan* —dijo él, palmeándole el hombro—. Llegaremos a Edenton de un momento a otro. Allí hará más fresco. ¡Y dicen que no hay nada como la brisa marina para ponerte color en las mejillas!

*Guardia nocturna**Edenton*

La casa del reverendo McMillan daba al mar, lo que era una bendición en aquel clima. La brisa que procedía del mar al atardecer lo barría todo: el calor, el humo del hogar, los mosquitos. Los hombres se sentaron en el gran porche después de cenar, fumando sus pipas y disfrutando del fresco.

Pero el disfrute de Roger estaba matizado por la conciencia culpable de que la señora del reverendo McMillan y sus tres hijas sudaban a mares, lavando los platos, ordenando, barriendo los suelos, acostando a los niños y, en términos generales, deslomándose como esclavas en los asfixiantes confines de la casa. En su propia casa se habría sentido obligado a colaborar con esas tareas, en caso contrario, se enfrentaría a la ira de Brianna: aquí, una oferta semejante habría sido recibida con incredulidad y una expresión boquiabierta, seguida de una profunda sospecha. En cambio, se quedó sentado plácidamente en la fresca brisa del anochecer, observando los barcos pesqueros que atravesaban el agua del estrecho y sorbiendo algo que pasaba por café, inmerso en una agradable conversación masculina.

Hablaban de las noticias provenientes del sur; la huida del gobernador Martin de New Bern, el incendio del fuerte Johnston. El clima político de Edenton era fuertemente pro whig, y la compañía era, en gran medida, sacerdotal: el reverendo doctor McCorkle su secretario. Warren Lee, el reverendo Jay McMillan, el reverendo Patrick Duggan, y cuatro «interrogadores» que esperaban ser ordenados, además de Roger; pero todavía había desacuerdos políticos que fluían bajo la superficie cordial de la conversación.

Por su parte. Roger decía poco: no deseaba ofender la hospitalidad de McMillan sumando sus argumentos a alguna de las posiciones: además, algo en su interior deseaba calma, para reflexionar sobre el día siguiente.

Pero en ese momento la conversación tomó un nuevo giro y él se encontró absorto y prestando mucha atención. Dos meses antes se había reunido en Filadelfia el Congreso Continental y se le había otorgado al general Washington el mando del ejército continental. Warren Lee había estado en Filadelfia justo en ese momento, y estaba proporcionando al grupo un vivido relato de la batalla de Breed's Hill, que él había presenciado.

—El general Putnam trajo carros llenos de tierra y maleza al istmo de la

península de Charlestown... ¿Ha dicho usted que la conocía? —preguntó, volviéndose cortésmente hacia Roger—. Bueno, el coronel Prescott ya estaba allí, con dos compañías de milicianos de Massachusetts, y partes de otra de Connecticut... Serían tal vez unos mil hombres en total, y, ¡por Dios, oía terriblemente mal en los campamentos!

Su suave acento sureño —Lee era virginiano— delató un ligero toque de diversión, que se desvaneció cuando continuó el relato.

—El general Ward había dado órdenes de fortificar una colina. Bunker Hill, la llaman, por el viejo reducto que hay en la cima. Pero el coronel Prescott sube y no le gusta mucho su aspecto; va acompañado del señor Gridley, un ingeniero. De modo que dejan allí un destacamento y van a Breed's Hill, que consideran mejor para su propósito, puesto que está más cerca del puerto.

» Recuerden que todo esto ocurre de noche. Yo estaba con una de las compañías de Massachusetts, y marchamos a paso rápido; luego nos pasamos toda la noche, entre la medianoche y el amanecer, cavando trincheras y levantando murallas de casi dos metros en torno al perímetro.

» Cuando llegó el amanecer nos ocultamos detrás de nuestras fortificaciones, y justo a tiempo, porque apareció un buque británico en el puerto, dicen que era el *Lively*, que abrió fuego apenas salió el sol. Pero no causó ningún daño; la mayoría de los proyectiles cayeron antes de llegar al puerto; aunque sí vi algunos que acertaron a un buque ballenero que se incendió como si fuera un montón de maderas secas. Los miembros de la tripulación saltaron al agua como pulgas cuando el *Lively* siguió disparando. Desde donde yo me encontraba pude ver cómo saltaban hacia arriba y hacia abajo en el muelle, sacudiendo los puños... entonces, el *Lively* disparó otra andanada y todos se echaron al suelo o corrieron como conejos.

La luz ya casi se había ido y el joven rostro de Lee se había vuelto invisible, pero la diversión de su voz provocó risas entre los otros hombres.

—Hubo más disparos de una pequeña batería en la Copp's Hill y uno o dos de los otros barcos lanzaron algunos cañonazos, pero cuando vieron que con ello no lograban nada, cesaron. Luego vinieron algunos tipos de New Hampshire para sumarse a nosotros, lo que fue muy alentador. Pero el general Putnam mandó a una buena cantidad de hombres de regreso para que trabajaran en la fortificación de Bunker, y los tipos recién llegados de New Hampshire tuvieron que inclinarse mucho a la izquierda, donde no tenían otra protección que unas vallas de alambre llenas con hierba cortada. Al verlos allí abajo, me puse muy contento de tener un sólido terraplén de un metro y medio delante de mí, caballeros.

Las tropas británicas habían cruzado el río Charles, con los buques de guerra detrás de ellos y las baterías en la orilla, que los cubrían con sus disparos.

—Nosotros no devolvimos el fuego, desde luego. No teníamos cañones.

Roger no pudo evitar hacer una pregunta en ese momento.

—¿Es cierto que el coronel Stark dijo: « No disparéis hasta que les veáis el blanco de los ojos» ?

Lee tosió discretamente.

—Bueno, señor. No podría asegurar que nadie dijera eso. Aunque sí oí a un coronel que gritó: « ¡Si algún necio hijo de puta malgasta su munición antes de que esos bastardos estén lo bastante cerca como para matarlos, le voy a meter la culata de su mosquete por el culo! » .

El grupo estalló en una carcajada.

—Bueno. Entonces ellos vinieron y debo decir que ofrecían una imagen imponente. Tenían varios regimientos, todos de distintos colores, fusileros y granaderos, infantes de la Marina Real, y una buena cantidad de infantería ligera, todos cubriendo el terreno como una horda de hormigas, e igual de feroces.

» Por mi parte no puedo decir que me comportara con gran valentía, caballeros, pero los que estaban a mi alrededor eran muy audaces. Los dejamos llegar, y las primeras filas no estaban a más de tres metros cuando nuestra andanada los atravesó.

» Se recuperaron, regresaron, y los atravesamos de vuelta: cayeron como moscas. Y los oficiales... Había una buena cantidad de oficiales, iban a caballo, ¿saben? Yo... le disparé a uno. Se desplomó a un costado, pero no cayó al suelo... su caballo se lo llevó. Balanceándose un poco, con la cabeza floja, pero no cayó.

La voz de Lee había perdido un poco de color, y Roger vio la corpulenta silueta del reverendo doctor McCorkle inclinarse hacia su secretario y tocarle el hombro.

—Volvieron a reagruparse y regresaron. Y... a nosotros casi no nos quedaba munición. Avanzaron sobre el terraplén y las vallas. Con las bayonetas caladas Roger pudo oír cómo el joven tragaba saliva.

—Retrocedimos. Eso es lo que dicen. En realidad, echamos a correr. Ellos también.

Volvió a tragar saliva.

—Una bayoneta... hace un ruido terrible cuando se clava en un hombre. Sólo... terrible. No puedo describirlo correctamente. Pero lo oí, y más de una vez. Aquel día muchas atravesaron varios cuerpos... los ensartaban y luego tiraban de la hoja, y los dejaban agonizando en el suelo.

Roger había visto —y manejado— varias veces bayonetas del siglo XVIII. Una hoja triangular de cuarenta y tres centímetros, pesada y brutal, con un surco para la sangre a un costado. De repente pensó en la cicatriz arrugada en el muslo de Jamie Fraser, y se puso en pie. Murmurando una breve excusa, salió del porche y caminó hasta la costa, deteniéndose un momento para quitarse los zapatos y las medias.

La marea estaba bajando; la arena y los guijarros estaban mojados y fríos

bajo sus pies descalzos. La brisa agitaba débilmente las hojas de las palmeras a su espalda, y un grupo de pelícanos volaban cerca de la orilla. Caminó un poco hacia el rompiente y unas pequeñas olas tiraron de sus pies, haciéndolo balancearse y cambiar de posición para mantener el equilibrio.

A lo lejos, en el agua del estrecho de Albemarle, pudo ver luces; barcos pesqueros, con pequeñas hogueras construidas en cajas de arena a bordo, para encender las antorchas que los pescadores balanceaban a un costado.

Estaban saliendo las estrellas. Se quedó de pie mirando hacia arriba, tratando de vaciar la mente, el corazón, y abrirse al amor de Dios.

Mañana, sería ministro. «*Serás sacerdote para siempre* —decía el servicio de ordenación, citando la Biblia—, en la orden de Melquisedec».

—¿Tienes miedo? —le había preguntado Brianna, cuando él se lo dijo.

—Sí —respondió en voz baja pero audible.

Se quedó quieto hasta que la marea lo abandonó, luego la siguió, internándose en el agua, deseando el rítmico roce de las olas.

—¿Lo harás de todas maneras?

—Sí —volvió a decir, en una voz todavía más leve. No tenía idea de qué era a lo que estaba accediendo, pero en cualquier caso, lo dijo.

Tras él, en la playa, la brisa le acercaba cada tanto un fragmento de risa, unas pocas palabras provenientes del porche del reverendo McMillan. De modo que ya habían dejado atrás el tema de la guerra y la muerte.

¿Alguno de ellos habría matado alguna vez a un hombre? Lee, quizá. ¿El reverendo doctor McCorkle? Roger resopló ante ese pensamiento, pero no lo desecharía. Se volvió y caminó un poco más hasta que los únicos sonidos fueron los de las olas y el viento procedente del agua.

Examen de conciencia. Eso era lo que solían hacer los escuderos, pensó, sonriendo irónicamente ante la idea. La noche antes de convertirse en caballero, el joven guardaría vigilia en una iglesia o capilla, viendo pasar las horas oscuras, en oración.

¿Para qué? Se preguntó. Pureza mental, determinación. ¿Coraje? ¿O quizá perdón?

Él no había tenido intención de matar a Randall Lillington; aquello había sido casi un accidente y, lo que no, había sido en defensa propia. Pero él había estado cazando en ese momento, había ido en busca de Stephen Bonnet, con la intención de matarlo a sangre fría. Y Harley Boble; todavía podía ver el brillo de los ojos del ladrón de ladrones, sentir el ruido del cráneo al partirse. En ese caso sí había tenido intención de hacerlo. Podría haber parado. No lo hizo.

Mañana, juraría ante Dios que creía en la doctrina de la predestinación, que había sido destinado a hacer lo que había hecho. Tal vez.

«Tal vez no lo crea tanto —pensó—. Pero tal vez sí. ¿Puedo ser un ministro adecuado, con todas estas dudas? Creo que todos las tienen, pero si yo tengo

demasiadas... tal vez sería mejor que me lo hicieras saber, antes de que sea demasiado tarde».

Los pies se le habían entumecido y el cielo ardía en una gloria de estrellas. Oyó un crujido de pasos entre los guijarros.

Era Warren Lee... alto y desgarbado a la luz de las estrellas, el secretario del reverendo doctor McCorkle, exmiliiciano.

—Me apetecía tomar un poco el aire —dijo Lee, con una voz apenas audible por encima del susurro del mar.

—Sí, bueno, hay mucho, y es gratis —dijo Roger. Lee soltó una breve risa a modo de respuesta pero no parecía muy dispuesto a hablar.

Permanecieron allí un tiempo, contemplando los barcos de pesca. Luego se volvieron para regresar. La casa estaba oscura, el porche desierto. Una vela solitaria ardía en la ventana, iluminando el camino.

—Aquel oficial al que disparé... —le espetó Lee de pronto—. Rezo por él todas las noches.

Luego guardó silencio, avergonzado. Roger respiró lenta y profundamente, sintiendo el tirón de su propio corazón. ¿Alguna vez había rezado por Lillington, o por Boble?

—Yo también lo haré —elijo.

—Gracias —replicó Lee en voz muy baja y, lado a lado, recorrieron el camino desde la playa, se detuvieron para recoger los zapatos y regresaron caminando descalzos, con la arena secándoseles en los pies.

Se sentaron en los escalones para limpiárselos antes de entrar, y la puerta detrás de ellos se abrió.

—¿Señor MacKenzie? —dijo el reverendo McMillan, y algo en su voz hizo que Roger se pusiera en pie de repente—. Tiene una visita.

Vio la alta silueta detrás de McMillan y lo supo, incluso antes de que apareciera el rostro pálido y feroz, de Jamie Fraser.

—Se ha llevado a Brianna —dijo Jamie sin preámbulos—. Ven conmigo.

Anemone

Unos pies se arrastraban hacia un lado y hacia otro más arriba, y ella pudo oír voces, pero la mayoría de las palabras estaban demasiado amortiguadas como para distinguirlas. Oyó un coro de gritos joviales en el lado más cercano a la orilla y cordiales chillidos femeninos como respuesta.

El camarote tenía una ventana amplia detrás del catre, inclinada siguiendo el ángulo de la popa. Estaba formada por pequeños y gruesos cristales entre soportes de plomo. No había ninguna posibilidad de escapar por allí, pero sí le ofrecía aire, y tal vez, información sobre su paradero.

Reprimiendo una punzada de asco, trepó por encima de las sábanas manchadas y arrugadas. Se acercó a la ventana y sacó la cara por uno de los paneles abiertos, respirando profundamente para disipar los aromas del camarote, aunque el olor del puerto tampoco era mucho mejor, cargado con el tufo de pescados muertos, aguas residuales y barro de hornear.

Alcanzó a ver un pequeño muelle con figuras moviéndose sobre él. Ardía un fuego sobre la orilla, en las afueras de un edificio bajo y blanqueado con un tejado hecho con hojas de palmera. Estaba demasiado oscuro para ver qué había más allá del edificio. Pensó que al menos debía de haber un pequeño pueblo, a juzgar por el ruido de la gente del muelle.

Oyó voces al otro lado de la puerta del camarote, acercándose. «... Me reuniré con él en Ocracoke el día que haya luna nueva», dijo uno, a lo que el otro respondió algo con un balbuceo indistinguible, antes de que la puerta se abriera de golpe.

—¿Quieres sumarte a la fiesta, cariño? ¿O has empezado sin mí?

Brianna giró sobre sus rodillas con el corazón martilleando en la garganta. Stephen Bonnet estaba en la puerta del camarote, con una botella en la mano y una ligera sonrisa en el rostro. Ella tomó un profundo aliento para aplacar la impresión, y casi se atragantó por el rancio hedor a sexo que subía flotando desde las sábanas bajo sus rodillas. Bajó de la cama y notó un rasgón en la cintura cuando su pierna quedó atrapada en la falda.

—Dónde estamos? —pregunto. Su voz sonaba estridente, temerosa.

—En el *Anemone* —dijo él pacientemente, sin dejar de sonreír.

—Sabes que no me refiero a eso! El cuello de su vestido y su enagua se habían desgarrado en la pelea cuando los hombres la bajaron del caballo, y la mayor parte de uno de sus pechos había quedado al descubierto: levantó una mano, volviendo a poner la tela en su lugar.

—¿Lo sé? —Él puso la botella sobre el escritorio y extendió la mano para desabrocharle el cepo del cuello—. Ah, así está mejor. —Bree se frotó la oscura linea roja que tenía en la garganta.

—Quiero saber cómo se llama este pueblo —dijo ella con una voz más grave y taladrándolo con la mirada.

—Bueno, ése es un deseo fácil de cumplir, por supuesto. —Hizo un gesto casual hacia la costa—, Roanoke. —Se quitó el abrigo y lo arrojó descuidadamente sobre un taburete—. Será mejor que te quites el vestido, querida; hace calor.

Buscó las cintas que ataban su propia camisa y ella se apartó bruscamente de la cama, recorriendo el camarote con la mirada, buscando algo en las sombras que pudiera usar como arma. El taburete, la lámpara, el cuaderno de bitácora, una botella... Allí estaba. Un pedazo de madera entre la basura que estaba sobre el escritorio, el extremo romo de un punzón.

Él frunció el ceño, con la atención fija por un momento en un nudo de la cinta. Ella dio dos grandes pasos y cogió el punzón, arrancándolo del escritorio en una lluvia de basura y retazos que hicieron un gran estrépito.

—Atrás. —Sostuvo la improvisada arma como un bate de béisbol, cogiéndola con ambas manos.

Bonnet la miró como si se hubiese vuelto loca.

—¿Qué pretendes hacer con eso, mujer? —Dejó de manipularse la camisa y dio un paso hacia ella. Brianna retrocedió y levantó el garrote.

—¡No me toques, cabrón hijo de puta!

Él la contempló con los ojos bien abiertos, encima de una sonrisa pequeña y extraña. Sin dejar de sonreír, dio otro paso hacia ella. Ella encogió los hombros y los levantó, lista para atacar.

—¡Hablo en serio! Atrás, o te mato. ¡Sabré quién es el padre de este bebé si muero por él!

Él había levantado una mano, como si fuera a coger el garrote y arrancárselo, pero al oírla se detuvo de repente.

—¿Bebé? ¿Estás embarazada?

Ella tragó saliva: seguía costándole respirar. La sangre le golpeaba en las orejas, y la madera lisa resbalaba en sus sudorosas palmas. Apretó un poco más el palo.

—Sí, creo que sí. Lo sabré con seguridad dentro de dos semanas.

Él alzó sus cejas color arena.

—¡Mmm! —Con un breve gruñido, dio un paso atrás y la examinó con interés. Lentamente, sus ojos viajaron por el cuerpo de ella, deteniéndose en el pecho desnudo.

La repentina llamada de ira se había apagado, dejando a Brianna jadeante y vacía. Siguó sosteniendo el punzón, pero le temblaron las muñecas y lo bajó.

—Así que ya ves, así están las cosas.

Él se inclinó hacia adelante y extendió la mano, pero ya sin ninguna intención lasciva. Alarmada, ella se congeló un instante, y él sopesó el pecho con una mano, masajeándolo reflexivamente, como si fuera un pomelo. Ella sofocó un grito y le asestó un golpe con el garrote, que sostenía con una sola mano, pero ya había perdido el impulso que había tenido antes y el golpe rebotó en el hombro de él, haciéndole balancearse simplemente. Él soltó un gruñido y se echó hacia atrás, frotándose el hombro.

—Bueno, pues. —Frunció el ceño y tiró de la parte delantera de sus pantalones, acomodándose las partes sin la más mínima vergüenza—. Supongo que es una suerte que estemos en el puerto.

Brianna no entendió el significado de ese comentario, pero no le importó; al parecer, él había cambiado de idea al oírla, y la sensación de alivio que eso le causó hizo que sus rodillas se aflojaran y que su piel se empapara en sudor. Se sentó bruscamente sobre el taburete y el palo cayó al suelo.

Bonnet había asomado la cabeza hacia el pasillo y estaba llamando a gritos a alguien llamado Urden. Ese tal Urden no entró en el camarote, pero una voz balbuceó una interrogación desde el exterior.

—Tráeme una puta del muelle —dijo Bonnet, en tono despreocupado—. Mira que sea limpia y bastante joven.

Luego cerró la puerta y se volvió hacia la mesa, rebuscando entre la basura hasta que desenterró una taza de peltre. Se sirvió un trago, dio cuenta de la mitad de un solo sorbo y luego le ofreció la botella con un vago «*¿Eh?*» de invitación.

Brianna negó con la cabeza, sin decir palabra. Una débil esperanza había surgido en el fondo de su mente. A él le quedaba algún ligero rastro de galantería, o al menos decencia: había regresado a rescatarla del almacén en llamas y le había dejado la piedra porque suponía que el hijo era suyo. Ahora había desistido de sus avances, al oír que estaba embarazada nuevamente. Entonces había una posibilidad de que la soltara, en especial si no tenía ningún propósito inmediato que ella pudiera satisfacer.

—De modo que... ¡no me deseas? —dijo ella, arrastrando los pies, lista para dar un salto y salir corriendo, apenas se abriera la puerta para dejar pasar a su sustituta.

Bonnet la miró, sorprendido.

—Ya te abrí el chumino una vez, cariño —dijo, y sonrió—. Recuerdo los pelos rojos, una visión adorable, desde luego, pero aparte de eso, no fue una experiencia tan memorable como para que no pueda esperar a repetirla. Todo a su debido tiempo, querida, todo a su debido tiempo. —Le dio una palmadita distraída bajo el mentón, y siguió tragando su bebida—. Pero por ahora *Le Roi* necesita galopar un poco.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó ella.

Distraído, él volvió a tirarse de la bragueta.

—¿Aquí? Caramba, porque un caballero me pagó para llevarte a la ciudad de Londres, querida. ¿No lo sabías?

Ella se sintió como si alguien le hubiera pegado en el estómago, y se sentó en la cama, cruzando los brazos sobre el vientre en un gesto protector.

—¿Qué caballero? Y por el amor de Dios... ¿por qué?

Él reflexionó un momento, pero al parecer llegó a la conclusión de que no había razones para no decírselo.

—Un hombre llamado Forbes —declaró—. Lo conoces, ¿verdad?

—Desde luego que lo conozco —dijo ella—. ¡Ese maldito hijo de puta! De modo que eran hombres de Forbes aquellos bandidos enmascarados que los habían detenido a ella y a Josh, los habían sacado a rastras de sus caballos y metido a ambos en un carro herméticamente cerrado, en el que habían traqueteado días enteros por caminos desconocidos, hasta que llegaron a la costa, y luego los habían subido al barco por la fuerza.

—¿Dónde está Joshua? El joven negro que estaba conmigo.

—¿Estaba? —Bonnet parecía intrigado—. Si lo trajeron a bordo, supongo que debieron de meterlo en la bodega, con el resto del cargamento. Como un beneficio adicional, diría yo —añadió con una carcajada.

Su furia contra Forbes estaba teñida del alivio que le había causado descubrir que él estaba detrás de su secuestro: Forbes podría ser un gusano sin vergüenza y traidor, pero no tendría intención de asesinarla. Pero la carcajada de Stephen Bonnet le hizo sentir un escalofrío.

—¿Qué quieres decir con «beneficio adicional»?

Bonnet se rascó la mejilla y sus ojos la recorrieron con aprobación.

—El señor Forbes sólo quería quitarte de en medio, según dijo. ¿Qué le has hecho a ese hombre, querida? Pero ya ha pagado tu billete, y tengo la impresión de que no le interesa mucho dónde acabes.

—¿Dónde acabe? —Hasta ese momento tenía la boca seca: pero de pronto empezó a llenársele de saliva y tuvo que tragar reiteradamente.

—Bueno, después de todo, ¿para qué molestarme en llevarte hasta Londres, donde no le servirías de nada a nadie, querida? Además, en Londres llueve mucho; estoy seguro de que no te gustaría.

Antes de que ella pudiera recuperar el aliento para hacer más preguntas, la puerta se abrió, entró una joven y la cerró tras ella.

Tal vez tendría unos veinte años, aunque le faltaba una muela, lo que se veía cuando sonreía, era regordeta y poco atractiva, de pelo marrón y limpia, según los parámetros locales, aunque el olor de su sudor, mezclado con el de una colonia barata que acababa de aplicarse, flotó a través del camarote y a Brianna le entraron de nuevo ganas de vomitar.

—Hola Stephen —dijo la recién llegada, poniéndose de puntillas para besarle

la mejilla a Bonnet—. Dame un trago para empezar, ¿vale?

Bonnet la cogió, le dio un beso profundo y prolongado, luego la soltó y buscó la botella.

Ella miró a Brianna con un distante interés profesional.

—¿Nos tendrás a las dos, Stephen, o tengo que empezar sólo con ella? Será una libra extra, en cualquier caso.

Bonnet no se molestó en contestar, sino que le encajó la botella en la mano, apartó el pañuelo que escondía la curva de sus pesados pechos y comenzó a desabrocharse la bragueta de inmediato. Dejó caer los pantalones al suelo y, sin más, cogió a la mujer de las caderas y la apretó contra la puerta.

Tragando de la botella que tenía en una mano, la joven agarró sus faldas con la otra y apartó la falda y la enagua con un movimiento experto que la desnudó hasta la cintura. Brianna pudo atisbar unos muslos robustos y una franja de pelo oscuro, antes de que los taparan las nalgas de Bonnet, cubiertas de pelitos rubios y tensas por el esfuerzo.

Volvió la cabeza, con las mejillas ardiéndole, pero una morbosa fascinación la obligó a volver a mirar. La puta estaba de pie, sosteniéndose en los dedos de los pies, agachándose ligeramente para acomodarse a él, mirando plácidamente por encima de su hombro mientras él empujaba y gruñía. Con una mano seguía sosteniendo la botella; con la otra acariciaba los hombros de Bonnet de una manera estudiada. Se dio cuenta de que Brianna estaba mirándola y le guiñó el ojo, sin dejar de decir «Ooh, sí... ¡oh, sí! Qué rico, amor, qué rico...» al oído de su cliente.

Brianna oyó risas en el pasillo, tanto masculinas como femeninas; era evidente que Urden había traído bastantes putas para satisfacer al resto de la tripulación.

Bonnet empujó y gruñó durante uno o dos minutos, luego soltó un fuerte gemido y sus movimientos se volvieron bruscos y descoordinados. La puta lo ayudó poniéndole una mano en las nalgas y apretando con fuerza, luego el cuerpo de él se relajó y se apoyó pesadamente contra el de ella. La joven lo soportó un momento, palmeándole la espalda distraídamente, y lo apartó de un empujón.

La cara y el cuello de Bonnet habían adquirido un tono rojo oscuro, y respiraba con dificultad. Le hizo un gesto a la puta y se agachó para recoger sus pantalones. Se puso en pie e hizo un gesto hacia el escritorio.

—Búscate la paga tú misma, querida, pero devuélveme la botella, ¿de acuerdo?

La puta frunció un poco los labios, pero le dio un último y largo trago al aguardiente y le entregó la botella, a la que apenas le quedaba un cuarto de su contenido. Sacó un paño doblado del bolso que llevaba en la cintura y se lo metió entre los muslos, luego se bajó las faldas y cruzó con afectación hasta el

escritorio, revisando delicadamente la basura en busca de monedas dispersas, que cogió con dos dedos y las dejó caer una a una en su bolso.

Bonnet, que ya había vuelto a vestirse, salió sin mirar a ninguna de las dos mujeres. El aire del camarote estaba cargado de olor a sexo, y Brianna sintió que el estómago le daba un vuelco. El fuerte hedor masculino había disparado una reacción instintiva durante un momento breve y desconcertante, sintió la piel de Roger, brillante de sudor contra la suya, y sus pechos se estremecieron, hinchados y deseosos.

Apretó tanto los labios como las piernas y formó puños con las manos, respirando con dificultad. Con resolución, apartó ese pensamiento de la mente y se acercó poco a poco a la prostituta, buscando algún comentario para iniciar la conversación.

La puta percibió el movimiento, y miró a Brianna, pero luego dejó de prestarle atención y se dedicó a buscar más monedas. Una vez que tuviera su paga, la mujer se marcharía, regresaría al muelle. Era una oportunidad para hacerle llegar un mensaje a Roger y a sus padres.

—¿Tú... eh... lo conoces bien? —dijo Bree.

—¿A quién? ¿A Stephen? Sí, es un buen tipo. —Se encogió de hombros—. No tarda más de dos o tres minutos, no discute por el dinero, nunca quiere otra cosa que follar. A veces es un poco rudo, pero no te pega a menos que lo hagas enfadar, y nadie es lo bastante necio como para hacerlo. No más de una vez, al menos. —Su mirada descansó un momento en el vestido desgarrado de Brianna, con una ceja enarcada en un gesto de burla.

—Lo recordaré —respondió Brianna secamente.

Divisó un frasco de vidrio entre la basura del escritorio, lleno con un líquido transparente, que contenía un objeto pequeño y redondo. Se acercó un poco más, frunciendo el ceño. No podía ser... pero sí, lo era. Un objeto redondo y carnoso, de un color gris con tonos rosados... con un pulcro agujero redondo que lo atravesaba por completo.

Se santiguó, sintiéndose mareada.

—Me he sorprendido bastante —continuó la prostituta, examinando a Brianna—. Él nunca había estado con dos chicas a la vez, por lo que sé, y no es de los que les gusta que otro mire mientras él hace lo suyo.

—Yo no soy... —comenzó a decir Brianna, pero se detuvo.

—¿Una puta? —La joven le dedicó una sonrisa, exponiendo el agujero negro del diente faltante—. Ya me lo había imaginado, muchacha. Aunque no creo que a Stephen le importe eso. Él siembra donde le gusta, y me doy cuenta de que ni podrías gustarle. Gano a la mayoría de los hombres.

—Supongo que tú también les gustaras —dijo Brianna, con sensación de estar sosteniendo una conversación surrealista—. ¿Cómo te llamas?

—Hepzibah —dijo la mujer—. O Eppie, para abreviar.

Todavía había monedas en el escritorio, pero la puta no las tocó. Bonnet podría ser generoso, pero la puta no quería aprovecharse de él, lo que probablemente era más una señal de temor que de amistad.

—Qué bonito nombre. Encantada de conocerte. Eppie. —Le tendió la mano —. Yo me llamo Brianna Fraser Mackenzie. —Le dio los tres nombres, con la esperanza de que la puta recordara al menos uno de ellos.

La mujer contempló asombrada la mano tendida, luego la estrechó con delicadeza y la soltó. Se levantó la falda y comenzó a limpiarse con el paño, quitándose meticulosamente todo rastro del reciente encuentro.

Brianna se acercó a ella, tratando de soportar los hedores del paño manchado, del cuerpo de la mujer y el fuerte olor del alcohol en su aliento.

—Stephen Bonnet me ha secuestrado —elijo.

—Oh, ¿sí? Bueno, él coge lo que le gusta, Stephen es así.

—Quiero irme —dijo Brianna, manteniendo la voz baja, echando una mirada hacia la puerta del camarote.

Eppie hizo una pelota con el paño y lo soltó sobre el escritorio. Rebuscó en su bolso y sacó un frasquito con un tapón de cera.

—Bueno, dale lo que quiere, entonces —le aconsejó la puta, sacando el tapón y vertiendo un poco del contenido del frasco, que tenía aroma a agua de rosas, en la mano—. Es probable que se canse de ti dentro de unos días y te devuelva a la costa. —Frotó una generosa cantidad de agua de rosas en su vello púbico.

—No. Quiero decir, no es por eso por lo que me secuestró... Me parece.

Eppie volvió a poner el tapón en el frasco y lo guardó en su bolso.

—Oh, ¿piensa pedir un rescate por ti? —La miró con un poco más de interés —. De todas formas, nunca supe que los escrúpulos interfirieran con su apetito. Le rompería el himen a una virgen y se la vendería de vuelta a su padre antes de que se le hinchara el vientre. —Frunció los labios—. ¿Cómo lo convenciste de que no le tomara?

—Le dije que estaba embarazada. Eso lo detuvo, jamás habría creído que un hombre como él... pero dio resultado. Tal vez es mejor de lo que crees, ¿no? —preguntó con un asomo de esperanza.

Eppie se echó a reír.

—¿Stephen? ¡Por Dios, no! —Tragó aire, divertida—. No —continuó—, pero es la mejor historia que podrías contarle si no quieres que se te eche encima. Él me llamó una vez y luego me rechazó cuando se dio cuenta de que tenía un pan en el horno... Cuando bromeé sobre eso, me dijo que una vez había tomado a una puta con el vientre del tamaño de una bala de cañón y justo en medio de aquello ella lanzó un gemido y empezó a brotarle tanta sangre de la raja como para inundar toda la habitación. Se le quitaron las ganas de inmediato, me dijo, y con razón. Aquello dejó a Stephen horrorizado y nunca más quiso follar con chicas embarazadas. No piensa correr riesgos, ¿sabes?

—Ya veo. —Unas gotas de sudor surcaron la mejilla de Brianna y ella se las limpió con la base de la mano—. La mujer... ¿qué ocurrió con ella?

—Oh, ¡la puta? Bueno, murió, desde luego, pobre infeliz. Stephen me contó que cuando estaba tratando de ponerse los pantalones mojados, todos empapados de sangre, levantó la mirada y la vio dura como una piedra en el suelo, pero con el vientre todavía agitándose y retorciéndose como un saco lleno de víboras. Dijo que de pronto se le ocurrió que el bebé pensaba salir y vengarse de él, y salió corriendo de la casa tal y como estaba, vestido sólo con la camisa, dejando los pantalones.

Lanzó una risita, luego resopló y recobró la compostura.

—Pero bueno. Stephen es irlandés. A los irlandeses les gustan las cosas morbosas, especialmente cuando están muy borrachos.

Brianna se inclinó hacia ella y extendió la mano.

—Mira.

Hepzibah miro la mano y luego volvió a mirarla a ella, fascinada. El grueso anillo de oro, con su gran rubí cabujón, titiló y resplandeció a la luz del candil.

—Te lo daré si tú haces algo para mí —dijo Brianna, bajando la voz.

—¿Sí? ¿Qué?

—Llévale un mensaje a mi marido. Está en Edenton, en la casa del reverendo McMillan; allí todos saben dónde se encuentra. Dile dónde estoy, y dile... —Vaciló. No había forma de saber cuánto tiempo el *Anemone* estaría anclado allí, o dónde decidiría ir Bonnet después. La única pista que tenía era lo que había oido de pasada en la conversación entre Bonnet y el primer oficial.

—Dile que creo que tiene un escondite en Ocracoke. Tiene intención de encontrarse allí con alguien en la luna nueva. Dile eso.

Hepzibah lanzó una mirada de inquietud a la puerta del camarote. Volvió a mirar el anillo, debatiéndose entre cogerlo y su evidente temor a Bonnet.

—Él jamás lo sabrá. No se enterará. Y mi padre te recompensará.

—Entonces, ¿tu padre es un hombre rico?

—Muy rico. Se llama James Fraser. Mi tía también es rica. Tiene una plantación llamada River Run, justo encima de Cross Creek, en Carolina del Norte. Pregunta por la señora Innes... Jocasta Cameron Innes. Sí, si no encuentras a Ro... a mi marido, haz llegar el mensaje allí.

—River Run. —Hepzibah lo repitió sin apartar los ojos del anillo.

Brianna se lo quitó y lo dejó caer en la palma de la mujer antes de que pudiera cambiar de idea. Su mano se cerró con fuerza.

—Mi padre se llama Jamie Fraser; mi marido, Roger MacKenzie —repitió—. En la casa del reverendo McMillan. ¿Lo recordaras?

—Fraser y MacKenzie —repitió, insegura, Hepzibah—. Oh, sí, claro.

—Por favor —dijo Brianna en tono de urgencia.

La puta asintió, luego se deslizó por la puerta y la cerró al salir.

El barco crujió y se balanceó bajo sus pies, y ella oyó el silbido del viento entre los árboles de la orilla, por encima de los gritos de hombres borrachos. En ese momento se le doblaron las rodillas y se sentó en la cama, sin prestar atención a las sábanas.

Zarparon con la marea: Brianna oyó el rugido de la cadena del ancla y sintió el movimiento del barco. Pegada a la ventana, contempló la oscura masa verde de Roanoke perdiéndose de vista. Cien años antes, la primera colonia inglesa se había establecido en ese sitio... y luego había desaparecido sin dejar rastro. El gobernador de la colonia, cuando regresó de Inglaterra con suministros, descubrió que todos se habían marchado, sin dejar otra pista que la palabra «*Croatan*» tallada en el tronco de un árbol.

Ella ni siquiera podía dejar algo como eso. Con un dolor en el corazón, siguió mirando hasta que la isla se hundió en el mar.

No vino nadie durante algunas horas. Tenía el estómago vacío y comenzaba a sentir náuseas, y vomitó en el orinal. No podía soportar la idea de acostarse en aquellas sábanas asquerosas, por lo que las quitó, puso sólo el edredón y se tumbó encima.

Las ventanas estaban abiertas, y el aire fresco del mar le agitó el pelo y le quitó la viscosidad de la piel, haciéndola sentir un poco mejor. Era consciente de su matriz, un peso pequeño, pesado y tierno, y lo que seguramente estaría pasando en su interior.

¿Cuándo habría ocurrido? Trató de recordar. Podría haber sido la noche antes de que Roger partiera hacia Edenton. Él estaba emocionado, casi exaltado, y habían hecho el amor con un gozo prolongado. Ella había permanecido largo rato en sus brazos, sintiéndose amada.

Pero después se había despertado sola, en mitad de la noche, y lo había visto sentado junto a la ventana. No había querido perturbar aquella contemplación privada, pero él se había vuelto y algo en su mirada la había hecho salir de la cama y acercársele, apretar su cabeza contra su regazo, abrazándolo.

Entonces él se había levantado, la había hecho tumbar en el suelo y la había tomado nuevamente, sin palabras y con urgencia.

Por más católica que fuera, a Brianna le había parecido terriblemente erótica la idea de seducir a un sacerdote en la víspera de su ordenación, robándoselo —aunque sólo fuera por un momento— a Dios.

Tragó saliva y apretó las manos contra su vientre.

—Ten cuidado con lo que pides en tus plegarias. Las monjas de la escuela siempre les decían eso a los niños.

El viento estaba haciendo que bajara la temperatura, enfriándola, y ella cogió el borde de un edredón —el más limpio— y se tapó con él. Luego, con una feroz concentración, comenzó a orar cuidadosamente.

Formulando la pregunta

Neil Forbes estaba sentado en el salón del King's Inn, disfrutando de una copa de sidra fermentada y la sensación de que todo andaba bien. Había tenido una reunión de lo más fructífera con Samuel Iredell y su amigo, dos de los líderes rebeldes más destacados de Edenton, y otra todavía más fructífera con Gilbert Butler y William Lyons, unos contrabandistas locales.

Sentía un profundo aprecio por las joyas, y, en una celebración privada de la manera elegante con que se había librado de la amenaza de Jamie Fraser, se había comprado un nuevo alfiler de corbata, con un hermoso rubí engarzado.

Había depositado a su madre sana y salva en la casa de su hermana, tenía una cita para almorzar con una dama de la región, y una hora libre antes de ello. Tal vez daría un paseo para estimular el apetito: era un día hermoso.

De hecho, había empujado la silla hacia atrás y había comenzado a incorporarse cuando una gran mano se clavó en el centro de su pecho y lo obligó a volver a sentarse.

—¿Qué...? —Alzó una mirada indignada. Un hombre alto y oscuro estaba sobre él, con una actitud muy poco amigable, MacKenzie, el marido de la mocosa—... ¿Cómo se atreve? —dijo en tono beligerante—. ¡Exijo una disculpa!

—Exija lo que quiera —dijo MacKenzie—. ¿Dónde está mi esposa?

—¿Por qué cree que yo lo sé? —Levantó el mentón e hizo un ademán de incorporarse—. Permítame, señor.

Una mano en su brazo lo detuvo. Se volvió y se encontró con la cara del sobrino de Fraser. Ian Murray. Se decía que había vivido con los mohawk, que se había vuelto uno de ellos... que vivía con un lobo cruel que le hablaba y obedecía sus órdenes, que le había arrancado el corazón a un hombre para comérselo en un ritual pagano.

—Aparte la mano de mi persona, señor —dijo Forbes con dignidad, enderezándose en el asiento.

—No, creo que no —replicó Murray.

La mano le apretó el brazo como el mordisco de un caballo, y Forbes abrió la boca, aunque no emitió sonido alguno.

—¿Qué ha hecho con mi prima? —dijo el joven.

—¿Yo? Caramba, yo... no tengo nada que ver con la señora MacKenzie. ¡Suéltame, maldito sea!

El apretón se aflojó y Forbes se sentó, respirando con dificultad, MacKenzie había cogido una silla y tomó asiento a su vez.

—Lamento enterarme de que le haya sucedido alguna desgracia a la señora MacKenzie —dijo en tono cortés—. ¿Entiendo que la ha perdido de vista?

MacKenzie emitió un pequeño sonido de desprecio.

—Lo oí hablar en Mecklenburg —dijo, en tono tranquilo—. Tiene usted mucha labia. Lo oí hablar mucho sobre la justicia, y la protección de nuestras esposas e hijos. Cuánta elocuencia.

—Unas palabras muy apropiadas —intervino Ian Murray— para un hombre capaz de secuestrar a una mujer indefensa. —Seguía de cuclillas en el suelo, como un salvaje. Al abogado esto le resultaba inquietante, por lo que decidió mirar a MacKenzie a los ojos, de hombre a hombre.

—Lamento profundamente su desgracia, señor —dijo—. Me encantaría poder ayudarlo, desde luego, como me fuera posible. Pero no...

—¿Dónde está Stephen Bonnet?

La pregunta cayó sobre Forbes como un golpe en el hígado. Quedó boquiabierto un momento, pensando que había cometido un error al decidir mirar a MacKenzie: aquella inexpresiva mirada verde era como la de una serpiente.

—¿Quién es Stephen Bonnet? —preguntó, pasándose la lengua por los labios.

—Yo lo oí, ¿sabe? —comentó Murray en tono agradable—. Cuando usted hizo un trato con Richard Brown. Fue en su almacén.

La cabeza de Forbes giró de golpe. Estaba tan impresionado que tardó un momento en darse cuenta de que Murray tenía un cuchillo, dispuesto de manera despreocupada sobre la rodilla.

—¿Qué? ¿Qué dice usted? Déjeme decirle, señor, que se equivoca. ¡Se equivoca! —Intentó levantarse, tartamudeando. MacKenzie se puso en pie de un salto, lo cogió de la pechera de la camisa y se la retorció.

—No señor —dijo en voz muy baja—. Es usted quien se ha equivocado. Y ha cometido un grave error al escoger a mi esposa para sus perversos propósitos.

Se oyó un ruido cuando la fina tela se rasgó. MacKenzie lo empujó con violencia sobre la silla, luego se inclinó hacia adelante y lo cogió del cuello de la camisa. Forbes abrió la boca, jadeando, y unos puntos negros flotaron en su visión, pero no lo bastante como para oscurecer aquellos ojos verdes resplandecientes y helados.

—¿Dónde la ha llevado?

Forbes se agarró a los apoyabrazos de la silla, respirando con dificultad.

—No sé nada de su esposa —dijo con la voz grave y cargada de furia—. Y en cuanto a cometer un grave error, señor, usted mismo está cometiendo uno ahora. ¿Cómo se atreve a atacarme? ¡Presentaré cargos, se lo aseguro!

—Oh, atacarlo, dice —intervino Murray—. No hemos hecho nada de eso. Aún. —Había vuelto a ponerse de cuclillas, golpeando suavemente el cuchillo contra el pulgar y contemplando a Forbes con una mirada analítica.

Forbes apretó los clientes y miró con furia a MacKenzie.

—Éste es un lugar público —señaló—. No pueden hacerme daño sin que alguien se dé cuenta. —Miró más allá de MacKenzie, con la esperanza de que alguien entrara en el salón, pero era una mañana tranquila y todas las camareras y los palafreneros estaban ocupándose de sus obligaciones en alguna parte, lo que era de lo más inconveniente.

—¿Nos importa que alguien se dé cuenta, *a charaid*? —preguntó Murray, levantando la mirada hacia MacKenzie.

—En realidad, no. —Sin embargo. MacKenzie retomó su asiento y volvió a mirarlo fijamente—. Pero podemos esperar un poco. —Echó un vistazo al reloj de la repisa—. No falta mucho.

A Forbes se le ocurrió, tarde, preguntarse dónde estaría Jamie Fraser.

Elsbeth Forbes estaba meciéndose en el porche de la casa de su hermana, disfrutando del fresco del aire matinal, cuando se presentó un visitante.

—¡Vaya, señor Fraser! —exclamó, enderezándose en su asiento—. ¿Qué lo trae a Edenton? ¿Busca a Neil? Ha ido a...

—Ah, no, señora Forbes. —Jamie le hizo una profunda reverencia y el sol de la mañana se reflejó en su pelo—. He venido por usted.

—¿Oh? ¡Oh! Vaya, ¿y qué podría necesitar usted de una anciana?

Él sonrió —era un muchacho tan apuesto, tan elegante con su abrigo gris, y aquella expresión traviesa en los ojos—, y se acercó para susurrarle al oído.

—He venido a llevármela, señora.

—¡Oh, ya basta, bribón! —La mujer agitó una mano, riendo, y él la cogió y le besó los nudillos.

—No aceptaré un «no» por respuesta —le aseguró, y le señaló con un cesto el borde del porche, donde había dejado una cesta grande y prometedora cubierta con un paño de cuadros—. He decidido almorzar en el campo, bajo un árbol. Ya tengo en mente el árbol en cuestión; es un buen árbol, pero será una comida triste si nadie me acompaña.

—Estoy segura de que podrá encontrar mejor compañía que yo muchacho —dijo la anciana—. ¿Y donde se encuentra su querida esposa?

—Ah, ella me ha dejado —dijo Jamie, fingiendo pena—. Aquí estoy, después de haber planeado un *picnic* maravilloso, y ella ha salido a atender un parto. De modo que me dije, caramba Jamie, sería un crimen desperdiciar semejante festín... ¿Quién podría compartirlo contigo? ¿Y qué veo a continuación, sino a su elegante persona, descansando? Fue como una respuesta a una plegaria, y estoy seguro de que usted jamás se opondría a una sugerencia celestial, señora Forbes.

—Mmm —dijo ella—. Oh, bueno. Si es cuestión de no desperdiciar...

Antes de que ella pudiera decir algo más, él se agachó y la levantó de la silla, alzándola en brazos. Ella soltó un alarido de sorpresa.

—Si se trata de un verdadero secuestro, debo llevármela en volandas, ¿no? —

dijo él con una sonrisa.

Para su propia mortificación, la mujer lanzó una risita. Pero a Jamie no pareció importarle, e inclinándose para recoger la cesta con una de sus fuertes manos, la llevó hasta su carroaje.

—¡No pueden retenerme aquí! ¡Déjenme salir, o pediré ayuda a gritos!

De hecho, lo habían inmovilizado allí durante más de una hora. Pero tenía razón, pensó Roger; el tráfico de la calle comenzaba a aumentar y él podía oír —al igual que Forbes— los ruidos de una camarera en el salón contiguo.

Miró a Ian. Lo habían discutido: si no recibían noticias al cabo de una hora, tendrían que sacar a Forbes de la posada y llevarlo a un lugar más privado: lo que podría ser peligroso, puesto que el abogado estaba asustado, pero era testarudo como una mula. Y seguramente pediría ayuda a gritos.

Ian frunció los labios en un gesto pensativo, extrajo el cuchillo con el que había estado jugueteando y lustró la hoja.

—¿Señor MacKenzie? —Un muchacho con la cara redonda y manchado de tierra había aparecido a su lado como una seta.

—Soy yo —dijo Roger, sintiendo una oleada de gratitud—. ¿Tienes algo para mí?

—Sí, señor. —El chico le pasó un pequeño papel retorcido, aceptó una moneda a cambio y desapareció, a pesar del grito de Forbes de: ¡Espera, muchacho!

El abogado, en su nerviosismo, había conseguido levantarse a medias de su asiento. Pero Roger hizo un veloz movimiento en su dirección y Forbes volvió a caer, sin esperar a que lo empujaran.

Desdobló el papel y se encontró con un gran broche en la mano, con la forma de un ramo de flores, hecho en granate y plata. Era bastante elaborado, pero más bien feo. Aunque a Forbes le causó una gran impresión.

—No puede ser. Él no haría algo así.

—Oh, yo diría que sí, si se refiere a mi tío Jamie —dijo Ian Murray—. Siente mucho aprecio por su hija, ¿sabe?

—Tonterías. —El abogado no podía apartar los ojos del broche—. Fraser es un caballero.

—Es un highlander —repuso Roger con brusquedad—. Como su padre ¿sabe?

—Había oído historias sobre el viejo Forbes, quien había escapado de Escocia justo cuando estaban a punto de ahorcarlo.

Forbes se mordió el labio inferior.

—Él no le haría daño a una anciana —aseguró.

—¿No? —Ian enarcó sus ralas cejas—. Bueno, tal vez. Podría limitarse a mandarla lejos... ¿A Canadá, quizás? Usted parece conocerlo bastante bien, señor Forbes. ¿Qué le parece?

El abogado tamborileó con los dedos en el apoyabrazos de la silla, respirando entre dientes, repasando lo que sabía sobre Jamie Fraser.

—De acuerdo —dijo de pronto—. ¡De acuerdo!

Roger sintió que la tensión que corría a través de su cuerpo saltaba como un alambre cortado.

—¿Dónde? —dijo, casi sin aliento—. ¿Dónde está ella?

—A salvo. Jamás le haría daño. —Levantó la mirada, con los ojos enloquecidos—. ¡Por el amor de Dios, jamás le haría daño!

—¿Dónde? —Roger apretó con fuerza el broche—. ¿Dónde está?

—A bordo de un barco llamado *Anemone*. Del capitán Bonnet. Ella... Van rumbo a Inglaterra. Pero ¡está sana y salva, se lo repito!

La impresión hizo que Roger apretara con más fuerza el broche y sintió que manaba sangre de sus dedos. Arrojó el broche al suelo y se limpió la mano en los pantalones, esforzándose por hablar. La conmoción había hecho que se le formara un nudo en la garganta; sentía que lo estaban estrangulando.

Al darse cuenta de ello, Ian se puso en pie de repente y apretó el cuchillo contra la garganta del abogado.

—¿Cuándo zarparon?

—Yo... yo... —La boca del abogado se abrió y se cerró sin orden ni concierto.

—¿Dónde? —Roger consiguió que esa palabra superara el bloqueo de su garganta y Forbes se estremeció al oírlo.

—Ella... subió a bordo aquí, en Edenton. Hace dos... dos días.

Roger asintió. A salvo, había dicho. En manos de Bonnet, dos días, en manos de Bonnet. Pero él también había navegado con Bonnet, pensó, tratando de serenarse Sabía cómo trabajaba aquel hombre, Bonnet era un contrabandista; no zarparía hacia Inglaterra sin tener el barco lleno. Era posible que estuviera bajando por la costa, recogiendo pequeños envíos antes de salir a mar abierto e iniciar la larga travesía hacia Inglaterra.

Y si no... aún podrían alcanzarlo, con un barco rápido.

No había tiempo que perder: en el muelle alguien podría saber cuál era el siguiente destino del *Anemone*. Se volvió y dio un paso hacia la puerta. En ese momento sintió que lo cubría una ola roja, giró sobre sus talones y clavó su puño en la cara de Forbes con todo el peso de su cuerpo.

El abogado soltó un grito agudo y se llevó ambas manos a la nariz. Todos los ruidos de la posada y de la calle parecieron detenerse, el mundo entero quedó en suspenso. Roger respiró corta y profundamente, frotándose los puños, y volvió a asentir.

—Vamos —le dijo a Ian.

—Sí.

Roger estaba a mitad de camino de la puerta cuando se dio cuenta de que Ian

no estaba a su lado. Miró hacia atrás, justo a tiempo para ver cómo su primo le cogía delicadamente una oreja a Forbes y se la cortaba.

Durmiendo con un tiburón

Stephen Bonnet cumplió su palabra. No le hizo ninguna insinuación sexual a Brianna, pero insistió en que compartiera su cama.

—Me gusta tener un cuerpo caliente cerca de noche —dijo—. Y creo que preferirás mi cama a la bodega, cariño.

Ella habría preferido la bodega, sin duda alguna, aunque sus exploraciones —una vez que estuvieron lejos de tierra, se le permitió salir del camarote— habían revelado que la bodega era un agujero oscuro e incomodo, en el que varios desventurados esclavos estaban encadenados entre una colección de cajas y toneles, en constante peligro de quedar aplastados.

—¿Adónde vamos, señorita? ¿Y qué ocurrirá cuando lleguemos? —Josh hablaba en gaélico, empequeñecido y asustado.

—Creo que ahora vamos a Ocracoke —respondió ella en el mismo idioma—. Luego... no lo sé. ¿Todavía conservas el rosario?

—Oh, sí, señorita. —Se tocó el pecho, dónde colgaba el crucifijo—. Es lo único que me salva de la desesperación.

—Bien. Continúa rezando.

Brianna echó un vistazo a los otros esclavos: dos mujeres, dos hombres, todos de cuerpos delgados, rostros delicados y buenos huesos. Le había llevado a Josh parte de su propia cena, pero no tenía nada que ofrecerles a ellos, lo que la apenaba.

—¿Os dan de comer aquí abajo? —Quiso saber.

—Sí, señorita. Bastante bien —le aseguro él.

—Ellos... —movió un poco el mentón, señalando con delicadeza a los otros esclavos— ¿saben algo? Sobre adónde vamos...

—No lo sé, señorita. No puedo hablar con ellos. Son africanos... Fulani. Me he dado cuenta por su aspecto, pero es lo único que sé.

—Ya veo. Bien... —Brianna vaciló, deseando estar fuera de aquella bodega oscura y húmeda, aunque sin deseos de abandonar allí al joven.

—Señorita —dijo él en voz baja y en inglés, percibiendo sus dudas—, yo estaré bien. Todos estaremos bien. —Se tocó el rosario—. La Santa Madre nos protegerá.

Sin palabras de consuelo que dirigirle. Brianna asintió y subió por la escalera a la luz del sol, sintiendo cinco pares de ojos clavados en ella.

Bonnet, a Dios gracias, pasaba la mayor parte del tiempo en cubierta durante el día. Pudo verlo, bajando de los aparejos con la agilidad de un simio.

Se quedó muy quieta, sin otro movimiento que el de su pelo flameando al viento y el de sus faldas contra sus miembros paralizados. Él era tan sensible a los movimientos de su cuerpo como Roger... pero a su manera. A la manera de un tiburón, que seguía las señales de su presa.

Hasta el momento había pasado una sola noche en su cama y sin poder dormir. Él la había apretado contra su cuerpo con toda naturalidad, había dicho «Buenas noches, querida», y se había quedado dormido. Cada vez que ella trataba, de separarse de su apretón, él cambiaba de lugar y acompañaba sus movimientos, manteniéndola firmemente a su lado.

De modo que ella se veía forzada a mantener una indeseada intimidad con el cuerpo de él, una situación que le despertaba recuerdos que le había costado mucho hacer a un lado, la sensación de su rodilla separándole los muslos, la ruda jovialidad de su roce entre sus piernas, los pelos rubios y blanqueados por el sol que se curvaban en sus muslos y sus antebrazos, su olor masculino, a almizcle, sin lavar. La burlona presencia de *Le Roi*, alzándose a intervalos durante la noche, apretándole las nalgas con un ansia firme y mecánica.

Brianna tuvo un momento de intensa gratitud, tanto por su embarazo como por la certeza de que Stephen Bonnet no era el padre de Jemmy.

Él se dejó caer del aparejo con un ruido sordo, la vio y sonrió. No dijo nada, pero le pellizcó el trasero en un gesto de familiaridad al pasar, haciéndola apretar los dientes y aferrarse a la barandilla.

Ocracoke, en luna nueva. Alzó la mirada hacia el brillante cielo, cargado de nubes de gaviotas y golondrinas de mar; no podían estar lejos de la costa. Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo faltaba para la luna nueva?

El pródigo

No tuvieron problemas en encontrar a personas familiarizadas con el *Anemone* o su capitán, Stephen Bonnet era bastante conocido en los muelles de Edenton, aunque su reputación variaba según quiénes eran los que hablaban de él. La opinión más habitual era que se trataba de un capitán honrado, aunque duro en sus negociaciones. Un contrabandista que burlaba el bloqueo, decían otros. Te conseguía cualquier cosa, decían, si estabas dispuesto a pagar. Un pirata, se atrevían a llamarlo unos pocos, pero en voz baja, mirando con frecuencia por encima del hombro.

El *Anemone* había zarpado con un cargamento de arroz y cincuenta toneles de pescado ahumado. Roger había encontrado a un hombre que recordaba haber visto a una mujer joven subir a bordo acompañada de uno de los ayudantes de Bonnet: «Una muñeca bastante robusta, con el pelo suelto, que le caía hasta el culo. Pero el señor Bonnet es bastante corpulento; supongo que podrá manejarla».

Si Ian no le hubiera puesto la mano en el brazo a Roger, éste lo habría golpeado.

Pero aún no habían encontrado a nadie que supiera con seguridad hacia adónde se dirigía el *Anemone*.

—A Londres, me parece —había dicho el capitán del puerto—. Pero no directamente; aún no ha conseguido un cargamento completo. Lo más probable es que baje por la costa, comerciando aquí y allá; tal vez navegue hacia Europa desde Charlestown. Pero, por otra parte, tal vez se dirija a Nueva Inglaterra. Es un negocio terriblemente arriesgado hacer llegar mercaderías a Boston en estos días... pero muy provechoso, si lo consigues. El arroz y el pescado ahumado deben de valer su peso en oro allí, si puedes llegar a la orilla sin que los buques de la armada vuelen tu barco a cañonazos.

Jamie le dio las gracias con el rostro un poco pálido. Roger se limitó a asentir con un gesto, y salió junto a su suegro del despacho del capitán del puerto, hasta llegar al sol de los muelles.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ian, reprimiendo un eructo.

Hadía estado recorriendo las tabernas de los muelles, invitando a cervezas a los estibadores temporeros en busca de alguno que hubiera ayudado a cargar el *Anemone* o que pudiera, haber hablado con algún miembro de su tripulación respecto de su destino.

—Lo mejor que se me ocurre es que tú y Roger Mac cojáis un barco que

baje por la costa —dijo Jamie—. Claire y yo podríamos subir hacia Boston.

Roger asintió, todavía incapaz de hablar. Estaba lejos de ser un buen plan, en especial teniendo en cuenta la interrupción de las actividades navieras que estaba causando la guerra no declarada; al mismo tiempo, la necesidad de hacer algo era muy fuerte. Por otra parte, contratar un barco pequeño, incluso un bote de pesca, o conseguir un pasaje en un paquebote, era bastante caro.

—Bueno. —Jamie apretó la mano en el bolsillo donde todavía guardaba el diamante negro—. Iré a ver al juez Iredell, tal vez pueda ponerme en contacto con algún banquero honrado que me adelante un dinero por la venta de la gema. Primero vayamos a contárselo a Claire.

Pero cuando se volvieron para salir del muelle, una voz llamó a Roger.

—¡Señor MacKenzie!

Éste se volvió y se encontró con el reverendo doctor McCorkle, su secretario y el reverendo McMillan, con unas bolsas en las manos.

—Usted... —Roger se aclaró la garganta, dirigiéndose al mayor del grupo—. Entonces, ¿se marcha, señor? ¿A las Indias?

McCorkle asintió, con la preocupación dibujada en su rostro.

—En efecto, señor. Lamento muchísimo tener que partir... y que usted no pudiera... bueno.

Tanto McCorkle como el reverendo McMillan habían tratado de convencerlo de que regresara con ellos el día anterior, para ocupar su sitio en el servicio de la ordenación. Pero no pudo. No podía dedicar varias horas a semejante cosa, aceptar ese compromiso con la mente ocupada en más de un objetivo; y si bien su mente estaba, precisamente, ocupada en un solo objetivo en ese momento, ese objetivo no era Dios. Sólo había espacio en su corazón para una sola cosa: Brianna.

—Bueno, sin duda esto es la voluntad de Dios —dijo McCorkle con un suspiro—. ¿Y su esposa, señor MacKenzie? ¿No hay novedades de ella?

Él negó con la cabeza y murmuró algunas palabras de agradecimiento por su preocupación, las promesas que todos le hicieron de que rezarían por él y por el pronto regreso de su esposa.

Roger, Jamie e Ian caminaron en silencio hacia la posada donde habían dejado a Claire.

—Sólo por curiosidad Ian, ¿qué has hecho con la oreja de Forbes? —preguntó Jamie.

—Oh, la tengo bien guardada, tío —le aseguró su sobrino, palmeando la pequeña bolsa de cuero que colgaba de su cinturón.

—¿En nombre de D... qué? —Roger se detuvo de golpe y luego reanudó la pregunta—. ¿Qué piensas hacer con eso?

—Llevarla encima hasta que encontremos a mi prima. Nos será de ayuda.

—¿Sí?

Ian asintió, muy serio.

—Cuando emprendes una búsqueda difícil... si eres kahnyen'kehaka, quiero decir, por lo general te apartas un poco durante un tiempo, para ayunar y orar a los dioses para que te guíen. Ahora mismo no tenemos tiempo para eso, desde luego. Pero muchas veces, cuando lo haces, escoges un talismán... o, para ser exactos, éste te escoge a ti... Y lo llevas contigo durante toda la búsqueda, para mantener la atención de los espíritus en tus deseos y asegurarte el éxito.

—Ya veo. —Jamie se frotó la nariz. Al parecer, estaba preguntándose qué pensaría los espíritus mohawk de la oreja de Neil Forbes—. La oreja... espero que la hayas guardado en sal.

—No, la ahumé en el fuego de la cocina de la posada anoche. No te preocunes, tío Jamie, aguantará.

Roger encontró un perverso consuelo en esa conversación. Entre las oraciones del clero presbiteriano y el apoyo de los espíritus mohawk, tal vez tuvieran una oportunidad; aunque, en realidad, era la presencia de sus dos parientes, incondicionales y resueltos, cada uno a un lado de él, lo que le permitía seguir albergando esperanzas. Ellos no se rendirían hasta encontrar a Brianna, costara lo que costase.

Tragó el nudo que tenía en la garganta por enésima vez desde que se había enterado de las noticias, pensando en Jemmy. El muchacho estaba a salvo en River Run... pero ¿cómo podía decirle a Jem que su madre ya no estaba? Bueno... simplemente no lo haría. La encontrarían.

Con ánimo decidido, empezó a salir por la puerta del Brewster, seguido de sus dos compañeros, cuando alguien volvió a llamarlo:

—¡Roger!

Esta vez era la voz de Claire, aguda por la excitación. Se volvió de inmediato y la vio levantándose de un banco en el bar. Al otro lado de la mesa estaba una joven regordeta y un joven de complexión delgada y pelo negro rizado y muy apretado: Manfred McGillivray.

—Lo vi antes, señor, hace dos días. —Manfred inclinó la cabeza hacia Jamie con una expresión de disculpa—. Yo... eh... bueno, me escondí, señor, y lo lamento mucho. Pero, desde luego, no tenía forma de saber, hasta que Eppie volvió de Roanoke y me enseñó el anillo...

El anillo estaba sobre la mesa, con su rubí cabujón proyectando un charco diminuto y sereno de luz rojiza sobre la madera. Roger lo cogió y lo hizo girar entre los dedos. Apenas oyó las explicaciones —que Manfred vivía con la prostituta, quien emprendía periódicas expediciones a los puertos cerca de Edenton, y que él, al ver el anillo, había superado su vergüenza y había salido en busca de Jamie—, demasiado abrumado por esa evidencia pequeña, dura y tangible de Brianna. Volvió en sí justo cuando Hepzibah afirmaba en tono

decidido:

—Ocracoke... señor. En la luna nueva. —Tosió modestamente—. La dama dijo, señor, que usted mostraría su gratitud por la información de su paradero.

—Se te pagará, y se te pagará bien —le aseguró Jamie—. La luna nueva —dijo, volviéndose hacia Ian—. ¿Diez días?

—Sí, más o menos. ¿Ella no sabía en qué parte de la isla de Ocracoke estarían?

Eppie negó con la cabeza.

—No señor. Sé que Stephen tiene una casa allí, grande, oculta entre los árboles, pero eso es todo.

Manfred. Se inclinó y puso su mano sobre la de Eppie.

—Señor... cuando la encuentren... No se lo dirán a nadie, ¿verdad? ¿Qué fue Eppie quien se lo ha contado? No querría que ella corriera peligro.

—No, no diremos nada sobre ella —le aseguró Claire. Había estado observando de cerca tanto a Manfred como a Hepzibah mientras hablaban, y en ese momento le tocó la frente a Manfred, donde se veían las señales de una especie de sarpullido—. Hablando de riesgos... Ella corre mucho más peligro por ti, jovencito, que por Stephen Bonnet. ¿Se lo has dicho?

Manfred empalideció un poco más y por primera vez Roger notó que el joven parecía verdaderamente enfermo; tenía la cara delgada y surcada de profundas arrugas.

—Sí, *Frau Fraser*. Desde el primer momento.

—Oh, ¿lo de la sífilis? —Hepzibah simuló despreocupación, aunque apretó su mano sobre la de Manfred—. Sí, me lo ha dicho. Pero yo le dije que eso no cambia nada. Creo que ya he estado con unos cuantos hombres sifilíticos antes, sin saberlo. Si me contagio... bueno, es la voluntad de Dios, ¿no?

—No —replicó Roger con suavidad—. No lo es. Pero tú ve con la señora. Claire, tú y Manfred, los dos, y haced exactamente lo que ella os diga. Te pondrás bien, y él también, ¿no? —preguntó, volviéndose hacia Claire.

—Sí —dijo ella lacónicamente—. Por suerte, he traído bastante penicilina.

El rostro de Manfred era una pintura de conclusión.

—Pero... ¿quiere decir, *meine Frau*, que usted puede... puede curarlo?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —le aseguró Claire—. Como traté de hacerlo antes de que huyeras.

Él abrió la boca y parpadeó. Luego se volvió hacia Hepzibah, quien lo estaba mirando totalmente desconcertada.

—*Liebchen!* ¡Puedo ir a casa! Podemos ir a casa. —Nos casaremos. Iremos a casa.

Eppie frunció el ceño, insegura.

—Soy una puta, Freddie —señaló—. Y por las historias que me has contado sobre tu madre...

—Creo que *Frau Ute* estará tan contenta de tener a Manfred de regreso que no querrá hacer demasiadas preguntas —dijo Claire, lanzando una mirada a Jamie—. El hijo pródigo. ¿Sabes?

—Ya no tendrás que ser puta —le aseguró Manfred—. Yo soy armero; puedo ganarme bien la vida. ¡Ahora que sé que sobreviviré! —De pronto su delgado rostro se inundó de dicha y él rodeó a Eppie con sus brazos y la besó.

—¿Oh? —exclamó ella, aturrullada, pero al parecer complacida—. Bueno, Mmm. Ésa... eh... esa pení... —Miró a Claire con expresión interrogativa.

—Cuanto antes, mejor —dijo Claire poniéndose de pie—. Venid conmigo.

Ella también estaba bastante sonrojada, según percibió Roger. Extendió la mano rápidamente hacia Jamie, que la cogió y la apretó con fuerza.

—Iremos a ocuparnos de algunos asuntos —dijo él, mirando a su vez a Ian y a Roger—. Con suerte, zarparemos esta noche.

—¡Oh! —Eppie se volvió hacia Jamie—. Oh. Se me ha ocurrido otra cosa. Hay caballos salvajes cerca de la casa. En Ocracoke. Oí a Stephen hablar de ellos una vez. ¿Eso podría ser de ayuda?

—Podría —dijo Roger—. Gracias, y que Dios le bendiga.

No fue hasta que estuvieron fuera, volviendo hacia los muelles, cuando se dio cuenta de que seguía teniendo el anillo apretado en la mano. ¿Qué era lo que había dicho Ian?

«Escoges un talismán... o, para ser exactos, éste te escoge a ti».

Sus manos eran un poco más grandes que las de Brianna, pero Roger empujó el anillo en el dedo y cerró la mano.

Brianna despertó de un sueño húmedo e inquieto y su sentido maternal se puso en marcha de inmediato. Comenzó a bajarse de la cama, dirigiéndose por instinto a la camita de Jemmy, cuando una mano le agarró la muñeca en un apretón compulsivo como el mordisco de un cocodrilo se echó hacia atrás de golpe, mareada y alarmada. Le llegó un ruido de pasos desde la cubierta y se dio cuenta de que el sonido de angustia no provenía de Jemmy, sino de la oscuridad a su lado.

—No te vayas —susurró él, y sus dedos se hundieron profundamente en la piel blanda del interior de su muñeca.

Incapaz de soltarse, extendió la otra mano, para apartarlo. Tocó pelo húmedo, piel caliente... y unas gotitas líquidas, frescas y sorprendentes.

—¿Qué ocurre? —respondió, ella, también susurrando y, por instinto, se inclinó hacia él. Volvió a extender la mano, le tocó la cabeza y le alisó el pelo. Sintió que su mano descansaba sobre él y pensó en detenerse, pero no lo hizo. Era como si no pudiera retrotraer aquel impulso del consuelo maternal una vez convocado.

—¿Te encuentras bien? —Levantó la mano y él se movió, rodó hacia ella y

apretó la cabeza, con fuerza contra la curva de su muslo.

—No te vayas —volvió a decir, y contuvo el aliento en un sollozo. Su voz era grave y ronca, pero distinta de la que ella había oído antes.

—Estoy aquí. —Sintió que la muñeca atrapada estaba entumeciéndose. Apoyó la mano libre sobre su hombro, con la esperanza de que él la soltara si ella parecía dispuesta a quedarse.

Él en efecto, relajó el apretón, pero sólo para estirar la mano y cogerla de la cintura, forzándola a volver a la cama. Ella se quedó acostada en silencio, con la ronca y caliente respiración de Bonnet en la nuca.

Por fin, él la soltó y rodó hasta ponerse boca arriba lanzando un suspiro, permitiéndole moverse. Ella se puso en la misma posición, cautelosa, tratando de mantener algunos centímetros de distancia entre ambos. La luz de la luna entraba por las ventanas de popa y ella pudo ver la silueta de su cara cuando él giró la cabeza.

—¿Una pesadilla? —Arriesgó.

—Sí, sí —respondió él, con un suspiro estremecedor—. El mismo. Lo tengo una y otra vez, ¿sabes? Cualquiera podría pensar que, como ya sé de qué se trata, debería, despertarme, pero jamás lo hago. Hasta que las aguas se cierran sobre mi cabeza. —Se frotó la nariz, sollozando como un niño.

—Oh. —Brianna no quería entrar en detalles.

—Desde que era un muchacho, he soñado que me ahogaba —continuó él, y su voz sonaba inestable—. Viene el mar y no puedo moverme... La marea sube, y sé que me matará, pero no tengo forma de moverme. —Su mano aferró la sábana convulsivamente—. Es un agua gris, llena de barro, y hay unos animales ciegos nadando. Están esperando en el mar para acabar conmigo ¿sabes?... y luego tienen otras cosas que hacer.

Ella percibió el horror de lo que le contaba en su voz. Y se debatió entre desear alejarse más de él y el arraigado hábito de ofrecer consuelo.

—No era más que un sueño —dijo finalmente, contemplando las tablas de la cubierta, a no más de un metro encima de su cabeza.

—Ah, no —repuso él—. No. Es el mar mismo, que me llama, ¿sabes?

De manera inesperada, él giró hacia ella y la agarró con fuerza. Ella sofocó un grito, se puso rígida, y él la apretó más fuerte, reaccionando como un tiburón a sus esfuerzos de soltarse.

Para su propio horror, sintió que *Le Roi* se elevaba, y se obligó a quedarse quieta. El pánico y la necesidad de escapar de su sueño podrían, con demasiada facilidad, hacerlo olvidar su aversión a tener sexo con mujeres embarazadas, y eso era lo último, lo último que...

—¡Chiss! —le dijo con firmeza, al tiempo que le aferraba la cabeza, obligándolo a apoyar la cara en su hombro. Le dio unas palmadas y le acarició la espalda—. Chiss. Todo saldrá bien. Sólo ha sido un sueño. No dejaré que te

hagan daño... No dejaré que nadie te haga daño. Bueno, bueno, ya está.

Siguió palmeándolo, con los ojos cerrados, tratando de imaginar que estaba abrazando a Jemmy después de una pesadilla similar...

—No te abandonaré —susurró—. Te lo prometo. No te abandonaré.

Lo dijo una y otra vez, y muy lentamente, la respiración de él se serenó y el apretón se aflojó cuando cayó presa del sueño. De todas formas, ella siguió repitiéndolo, en un murmullo suave e hipnótico, con las palabras amortiguadas por el sonido del agua, que siseaba al pasar por un costado del buque, aunque ya no le hablaba al hombre que tenía a su lado, sino al niño que dormía en su interior.

—No dejaré que nadie te haga daño. Nadie te hará daño. Te lo prometo.

Roger hizo una pausa para enjugarse el sudor de los ojos. Se había atado un pañuelo dobrado a la cabeza, pero la humedad de la zona más tupida de la jungla era tan elevada que la transpiración se le acumulaba en las cuencas de los ojos, haciendo que le ardieran y nublándole la visión.

En un bar de Edenton, la información de que Bonnet estaba —o estaría— en Ocracoke había despertado en ellos la emoción: de pronto, la búsqueda se reducía a una minúscula franja de arena, en lugar del millón de otros lugares donde aquel pirata podría encontrarse: ¿cuán difícil podría ser? Pero una vez alcanzada esa franja de arena, la perspectiva se había alterado. Aquella condenada isla era estrecha, pero media varios kilómetros de largo, con extensas áreas de bosques de matorrales, y con la mayor parte de la costa plagada de impedimentos ocultos y peligrosos acantilados.

El capitán del barco de pesca que habían contratado los llevó en poco tiempo: luego pasaron dos días navegando hacia un lado y hacia otro de aquel maldito islote, en busca de posibles lugares de desembarco, probables escondites piratas y manadas de caballos salvajes. Hasta el momento, nada de eso había aparecido.

Después de pasar bastante tiempo vomitando a un lado del barco, Jamie había insistido en desembarcar. Recorrería la isla a pie, dijo, prestando atención a cualquier cosa extraña, podrían ir a recogerlo cuando se pusiera el sol.

—¿Y si te topas de repente con Stephen Bonnet, tú solo? —le espetó Claire cuando él se negó a permitirle acompañarlo.

—Será mejor que vomitar hasta morir —fue su respuesta—. Además. Sassenach, necesito que te quedes aquí y te asegures de que ese condenado hijo de... que tenemos por capitán no se vaya sin nosotros, ¿de acuerdo?

De modo que lo habían dejado en la costa y se habían marchado, observándolo cuando se internó entre la maleza y los arbustos.

Después de otro día de frustración, en el que se dedicaron a navegar lentamente bordeando la costa. Ian y Roger comenzaron a comprender la sabiduría del enfoque de Jamie.

—Ves aquellas casas? —Ian señaló un diminuto grupo de costas en la orilla.

—Si las quieres llamar así, sí. —Las chozas parecían desiertas.

—Si pueden zarpar con botes desde allí, entonces nosotros también podemos llegar. Bajemos a la costa y veamos qué nos dice esa gente.

Mientras Claire se quedaba atrás, remaron hasta la costa para hacer averiguaciones, aunque sin resultado alguno. Los únicos habitantes de aquel

diminuto asentamiento eran unas pocas mujeres y niños, todos los cuales oyeron el nombre « Bonnet» y se escabulleron en sus hogares.

De todas formas, como habían sentido tierra firme bajo los pies, no estaban muy dispuestos a admitir su fracaso y a volver a la cabaña de pesca.

—Echemos un vistazo, pues —había dicho Ian, contemplando pensativo el bosque—. Separémonos, ¿de acuerdo? Así cubriremos más terreno y nos encontraremos cada tanto. El que llegue primero a la orilla esperará al otro.

Roger asintió con un gesto y se internó en la isla. El aire era caluroso y estaba quieto bajo los pinos, y su progreso se veía obstaculizado por toda clase de arbustos bajos, enredaderas, franjas de abrojos y otras cosas pegajosas. La marcha era un poco más fácil cerca de la orilla, donde el bosque se hacía más ralo y dejaba paso a extensiones de arañas, ese arbusto alto parecido a la avena, con docenas de diminutos cangrejos que corrían para apartarse de su camino o que, en ocasiones, terminaban aplastados bajo sus pies.

De todas formas, era un alivio moverse, sentir que estaba haciendo algo, avanzando en su búsqueda de Bree, aunque también admitía para sus adentros que no estaba del todo seguro. ¿Habría llegado ya Bonnet a la isla? ¿O aparecería al cabo de uno o dos días, en la luna nueva, como había dicho Hepzibah?

A pesar de la preocupación, del calor y de los millones de mosquitos y otros insectos, sonrió al pensar en Manfred. Había rezado por el muchacho desde su desaparición del cerro. Era cierto que encontrarlo manteniendo una relación estable con una exprostituta probablemente no era la respuesta a sus plegarias que Ute McGillivray habría esperado, pero él ya había aprendido que Dios tenía sus propios métodos.

—« Señor, haz que ella esté a salvo». No le importaba de qué modo Dios respondiera a esa plegaria, siempre que tuviera respuesta. « Haz que vuelva conmigo, por favor» .

La tarde estaba muy avanzada, y Roger tenía la ropa pegada al cuerpo por el sudor, cuando llegó a una de las docenas de pequeñas ensenadas que perforaban la isla. Era demasiado ancha para salvarla de un salto, de modo que bajó por la orilla arenosa y entró en el agua. Era más profunda de lo que había pensado: le llegó al cuello en la mitad del canal y tuvo que dar unas cuantas brazadas antes de poder andar en el otro lado.

El agua tiró de él avanzando hacia el mar; la marea había empezado a cambiar. Era probable que la ensenada fuera mucho menos profunda cuando bajaba la marea, pero le pareció que un bote podría desembarcar en ella con facilidad, durante la marea alta.

Eso era prometedor. Alentado, salió arrastrándose al otro lado y comenzó a seguir el canal hacia el interior de la isla. Al cabo de pocos minutos oyó algo en la distancia y se detuvo sobre sus pasos, escuchando.

Caballos. Hubiera jurado que era el sonido de un relincho, aunque tan lejos

que no podía estar seguro. Giró en círculos, tratando de localizarlo, pero el sonido se había desvanecido. De todas formas, parecía una señal, y siguió adelante con un vigor renovado.

Pero en ese punto la ensenada comenzaba a estrecharse y el caudal de agua disminuyó hasta no tener más de treinta centímetros de profundidad; luego menos, apenas unos centímetros de agua fluyendo sobre la arena polvorienta. Roger se resistió a darse por vencido y se abrió paso bajo una cubierta baja de pinos y matorrales. Hasta que se detuvo de golpe, sintiendo un cosquilleo en la piel desde la coronilla hasta las suelas de los pies.

Cuatro. Toscas columnas de piedra, pálidas a la sombra de los árboles. Una, en realidad, estaba en el canal mismo, un poco inclinada por la acción del agua. Otra, en la orilla, estaba tallada con símbolos abstractos que no reconoció. Permaneció paralizado, como si las columnas fueran seres vivientes que pudieran verlo si se movía.

Había un silencio anormal: hasta los insectos parecían haberlo abandonado. No tenía dudas de que aquél era el círculo que el hombre llamado Donner le había descrito a Brianna. Aquí, los cinco hombres habían canturreado, caminando siguiendo unos pasos preestablecidos, y habían girado, pasando a la izquierda de la piedra tallada. Y aquí al menos uno de ellos había muerto. Un profundo estremecimiento lo atravesó.

Finalmente, Roger se movió, con mucho cuidado, retrocediendo, como si las piedras pudieran despertar, pero no les dio la espalda hasta que se encontró a buena distancia de ellas, tan lejos que las perdió de vista, enterradas en la tupida maleza. Luego se volvió y camino hacia el mar, rápido, y más rápido, hasta que el aliento le ardió en la garganta, sintiendo que unos ojos invisibles le taladraban la espalda.

Me quedé sentada a la sombra del castillo de proa, bebiendo cerveza fresca y contemplando la orilla. «Malditos sean los hombres —pensé—. Se lanzan enceguecidos y dejan que las mujeres cuiden de las provisiones». De todas maneras... no estaba tan segura de que yo hubiera querido cubrir toda la extensión de aquella enorme isla a pie. Según los rumores. Barbanegra y unos cuantos de sus colegas habían usado aquel sitio como guarida, y las razones eran obvias. Pocas veces había visto una costa menos hospitalaria.

La probabilidad de hallar a alguien en aquel lugar oculto y boscoso revisando agujeros al azar era escasa. Aun así, permanecer sentada en mi barco mientras Brianna debía enfrentarse a Stephen Bonnet me estaba haciendo retorcerme de nerviosismo y del deseo urgente de hacer algo.

Pero no había nada que pudiera hacer, y la tarde transcurría con mucha lentitud. Pasaba el tiempo observando la costa; cada tanto, veía a Roger o a Ian salir de entre la maleza, y luego los dos conversaban brevemente antes de volver

a internarse entre los arbustos. Cada tanto, miraba hacia el norte, pero no había señales de Jamie.

El capitán Roarke, que de hecho era un condenado hijo de una puta sifilítica, como él mismo admitió alegremente, se sentó a mi lado un rato y aceptó una botella de cerveza. Me felicité por haber pensando, en traer unas cuantas docenas, algunas de las cuales las había sumergido en una red para mantenerlas frescas.

—Ninguno de sus hombres son lo que uno llamaría marineros, ¿verdad? —observó el capitán Roarke, después de un silencio pensativo.

—Bueno, el señor MacKenzie pasó algún tiempo en barcos de pesca en Escocia. Pero no diría que es un marinero avezado, de verdad.

—Ah. —Bebió un poco más.

—¿Por qué? —pregunté por fin.

Él bajó la botella y eructó audiblemente, luego parpadeó.

—Bueno, señora... creo haber oído a uno de los jóvenes mencionar que iba a tener lugar una cita en luna nueva...

—Sí —asentí—. La luna nueva es mañana por la noche, ¿no?

—En efecto —admitió—. Pero lo que quiero decir es... cuando uno dice «luna nueva», es más probable que se refiera a la noche, ¿no? —Miró por el cuello vacío de su botella, luego la levantó y sopló por él con aire reflexivo.

Capté la insinuación y le di otra.

—Se lo agradezco, señora —dijo con felicidad—. Mire, la marea cambia cerca de las once y media en esta época del mes... y está bajando.

Lo miré, desconcertada.

—Bueno, si se fija con atención, señora, verá que la marca ya ha bajado casi hasta la mitad. Sin embargo, el agua sigue bastante profunda en toda la costa de por aquí. Pero cuando llegue la noche, ya no será así.

—¿Ah, no? —dije sin entender, pero él era paciente.

—Bueno, con la marea baja es fácil ver las piedras y las ensenadas, desde luego... y si uno viniera con un barco de poco calado, ése sería el momento ideal. Pero si la cita fuera con algo más grande, tal vez algo con un calado superior a un metro veinte... en ese caso... —Dio un trago y apuntó con el fondo de la botella un punto alejado de la orilla—. Allí el agua es profunda, señora: ¿ve el color? Con un barco grande, aquél sería el lugar más seguro para anclar cuando hay marea baja.

Contemplé el lugar que había señalado. Sin duda, el agua era más oscura allí, de un gris azulado más intenso que las olas que lo rodeaban.

—Podría habérnoslo dicho antes —le dije con un cierto tono de reproche.

—Es cierto, señora —admitió cordialmente—, salvo que no sabía que a ustedes les interesaba saberlo.

Cuando el sol se hundía en el mar, Roger e Ian aparecieron en la orilla, y el

ayudante del capitán Roarke, Moses, remó basta la orilla para traerlos de vuelta al barco. Luego izamos velas y avanzamos lentamente a lo largo de la costa de Ocracoke, hasta que encontrarnos a Jamie, que nos saludaba desde una minúscula franja de arena.

Una vez que anclamos cerca de la costa para pasar la noche, intercambiamos impresiones acerca de nuestros descubrimientos... o de la falta de ellos. Todos los hombres estaban agotados, exhaustos por el calor y la búsqueda, y con poco apetito para cenar a pesar de sus esfuerzos. Roger, en particular, parecía hundido y pálido, y no dijo casi nada.

La última astilla de la luna menguante subió en el cielo. Después de una conversación breve, los hombres cogieron unas mantas y se tumbaron en cubierta. Tardaron algunos minutos en dormirse.

A pesar de las grandes cantidades de cerveza que había ingerido, yo estaba totalmente despierta. Me senté junto a Jamie y envolví mis hombros en mi propia manta para protegerlos del viento nocturno. El sitio que me había señalado el capitán Roarke era invisible en la oscuridad. Me pregunté si nos daríamos cuenta en el caso de que llegara un barco la noche del día siguiente.

De hecho, llegó esa misma noche. Yo me desperté a primera hora de la mañana, soñando con cadáveres. Me senté, con el corazón latiendo con fuerza, y vi a Roarke y a Moses en la barandilla, además de percibir un olor espantoso en el aire. Cuando me acerqué a la barandilla para mirar, no me sorprendió oír a Roarke murmurar: «*Negrero*», apuntando hacia el sur.

El barco estaba anclado a casi un kilómetro de distancia, con sus mástiles negros recortados contra el pálido cielo. No era grande, pero sin duda su tamaño le impediría abrirse paso por los canales más pequeños de la isla. Lo observé durante largo rato, acompañada de Jamie, Roger e Ian a medida que despertaban; pero ningún bote descendió del barco.

—¿Qué suponéis que está haciendo aquí? —preguntó Ian. Habló en voz baja, el barco negrero nos ponía nerviosos a todos.

Roarke meneó la cabeza: a él tampoco le gustaba.

—No tengo la menor idea —dijo—, jamás habría esperado encontrarme con algo así en este sitio. De ninguna manera.

Jamie se frotó el mentón sin afeitar. Llevaba varios días así y con su rostro verdoso y los ojos hundidos bajo la barba rala, tenía un aspecto incluso peor que el del propio Roarke.

—¿Puede acercarnos a ese barco, señor Roarke? —dijo, con los ojos clavados en el buque negrero. Roger lo penetró con la mirada.

—No supondrás que Brianna está a bordo, ¿verdad?

—Si es así, la hallaremos. Si no... tal vez averigüemos si ese barco ha venido aquí para encontrarse con alguien.

El sol ya había salido cuando nos pusimos junto al barco. Había unos cuantos tripulantes en cubierta que nos miraron con curiosidad.

Roarke lanzó un grito de saludo, pidiendo permiso para subir a bordo. No hubo ninguna respuesta inmediata, pero pocos minutos después apareció un hombre de gran tamaño, aire autoritario y cara de pocos amigos.

—¿Qué queréis? —exclamó.

—Subir a bordo —gritó Roarke como respuesta.

—Largo.

—¡Estamos buscando a una joven! —gritó Roger—. ¡Nos gustaría hacerle unas preguntas!

—Cualquier joven de este barco me pertenece —dijo el capitán, si es que lo era, con un tono definitivo—. Idos a la mierda. —Se volvió e hizo gestos en dirección a sus tripulantes, quienes se dispersaron de inmediato para volver momentos después a apuntarnos con mosquetes.

Roger ahuecó las manos en torno a la boca.

—¡BRIANNA! —gritó—. ¡BRIANNA!

Un hombre levantó su arma y disparó, la bala silbó a bastante altura de nuestras cabezas y desgarró la vela principal.

—¡Eh! —exclamó Roarke, furioso—. ¿Qué os pasa?

La única respuesta fue una andanada de disparos más cortos, seguida de la apertura de las portillas más próximas a nosotros, y la repentina aparición de varios cañones negros, junto con una ráfaga más intensa de hedor.

—Por Dios —dijo Roarke, asombrado—. Bueno, si eso es lo que queréis... ¡Malditos seáis! —gritó, blandiendo un puño—. ¡Malditos seáis, he dicho! Moses había izado velas y ya estaba frente al timón: nos deslizamos más allá del buque negrero y en pocos momentos estuvimos en mar abierto.

—Bueno, está claro que algo pasa —comenté, volviendo a mirar el barco—. Más allá de si tiene que ver con Bonnet o no.

—Sí tiene que ver —dijo Jamie—. ¿Podríamos no perder el barco de vista pero estar fuera del alcance de sus balas, señor Roarke? —Una nueva oleada, de olor a cloaca, putrefacción y desesperación llegó hasta nosotros. Y si, además, pudiéramos tener el viento en contra...

Nos vimos forzados a internarnos en el océano y virar hacia un lado y hacia otro para cumplir con todas esas condiciones, pero finalmente conseguimos echar el ancla a una distancia segura, con el buque negrero apenas visible. Allí permanecimos el resto del día, turnándonos para vigilar aquella extraña embarcación con el catalejo del capitán Roarke.

Pero no pasó nada; ningún bote salió del barco ni de la orilla. Y, mientras estábamos todos sentados en cubierta, observando cómo salían las estrellas en una noche sin luna, el barco fue tragado por la oscuridad.

La luna nueva

Anclaron bastante antes del amanecer y un pequeño bote los llevó a tierra.

—¿Dónde estamos? —preguntó Brianna, con la voz oxidada por la falta de uso: Bonnet la había despertado en la oscuridad.

Habían hecho tres partidas en el camino, en caletas sin nombre donde hombres misteriosos salían de entre la maleza, haciendo rodar toneles o cargando fardos, pero a ella no la habían hecho bajar en ninguna. Aquella era una isla larga y baja, con un tupido bosque de maleza y cubierta por una bruma que la hacía parecer embrujada a la luz de una luna moribunda.

—Ocracoke —respondió él, inclinándose hacia adelante para atisbar entre la niebla—. Un poco más a babor, Denys. —El marinero que manejaba los remos se inclinó más hacia un lado y la proa del bote giró lentamente.

Hacía frío en el agua; se sintió agradecida por el grueso mantón que él le había puesto sobre los hombros. Aun así, el fresco de la noche y el mar abierto poco tenían que ver con el pequeño y constante escalofrío que le hacía temblar las manos y que le entumecía los pies y los dedos.

Suaves murmullos entre los piratas, más instrucciones. Bonnet saltó al agua, que estaba llena de barro, y que le llegaba a las rodillas, y vadeó hacia las sombras haciendo a un lado la tupida maleza, lo que hizo que el agua de la ensenada oculta apareciera de pronto. El bote avanzó entre los árboles que colgaban sobre la ensenada y luego se detuvo para que Bonnet pudiera volver a subir por la borda, salpicando y chorreando.

Un grito estremecedor se oyó cerca de ellos, tan cerca que Brianna dio un respingo antes de darse cuenta de que se trataba tan sólo de un pájaro. Por lo demás, la noche estaba en silencio, con excepción de las salpicaduras amortiguadas y regulares de los remos.

También habían subido al bote a Josh y a los hombres fulani; Josh estaba sentado a sus pies, una silueta negra encorvada. Estaba temblando; ella lo percibió. Desdobló un pliegue del mantón y lo puso encima de él; luego posó una mano en su hombro, bajo el mantón, con la intención de proporcionarle todo el aliento que pudiera. Una mano se elevó, se instaló suavemente sobre la de ella y la apretó. Así unidos, navegaron lentamente hacia el mundo oscuro que los aguardaba bajo los árboles chorreadores.

El cielo estaba iluminándose para cuando el bote llegó a un pequeño desembarcadero y unas delgadas nubes rosadas se extendieron en el horizonte. Bonnet bajó de un salto y le ofreció la mano. A regañadientes, Brianna soltó a

Josh y se incorporó.

Había una casa, semioculta entre los árboles. Hecha de tablones grises parecía hundirse en los restos de la niebla, como si no fuera del todo real.

Aunque el hedor que traía el viento sí era completamente real. Ella jamás lo había oido antes, pero lo reconoció de inmediato: el olor de un barco negrero anclado frente a la costa. Josh también lo reconoció; ella oyó su grito ahogado, y luego un murmullo apresurado; él estaba recitando el avemaría en gaélico, lo más rápido que podía.

—A éstos llévalos al barracón —le dijo Bonnet al marinero, empujando a Josh en su dirección y señalando a los fulani con un gesto—. Luego vuelve al barco. Dile al señor Urden que zarparemos para Inglaterra dentro de cuatro días; él se ocupará del resto de las provisiones. Ven a buscarme el sábado, una hora antes de la marea alta.

—¡Josh! —exclamó Brianna, y él la miró con ojos temerosos, pero el marinero lo obligó a avanzar y Bonnet la arrastró a ella en otra dirección, por el sendero hacia la casa—. ¡Espera! ¿Por qué se lo lleva? ¿Qué vas a hacer con él?

—Ella clavó los pies en el barro, y se agarró a un mangle, negándose a moverse.

—Venderlo, ¿a ti qué te parece? —respondió Bonnet—. Vamos, querida. Sabes que puedo obligarte, y sabes que no te gustará si lo hago. —Extendió la mano, apartó el mantón y le apretó el pezón con fuerza.

Ardiendo de furia, ella volvió a ponerse el mantón y se lo envolvió con fuerza. Él ya se había vuelto y estaba avanzando por el sendero, totalmente seguro de que ella lo seguiría. Y, para su eterna vergüenza, lo hizo.

Les abrió la puerta un hombre negro, casi tan alto como Bonnet, e incluso más ancho de pecho y hombros. Tenía una gruesa cicatriz vertical entre los ojos que le corría desde el nacimiento del cabello hasta el puente de la nariz, pero con el aspecto limpio de una cicatriz tribal deliberada, no el resultado de un accidente.

—¡Emmanuel, amigo! —Bonnet saludó cordialmente al otro e hizo pasar a Brianna de un empujón—. Fíjate lo que he traído, ¿quieres?

El negro la miró de arriba abajo con expresión de duda.

—Ella condenadamente alta —dijo, con una tonada africana. La cogió de los hombros y le dio la vuelta, pasándole una mano por la espalda y agarrándole las nalgas brevemente a través del mantón—. Pero tener bonito culo gordo —admitió a regañadientes.

—¿Verdad? Bueno, ocúpate de ella, luego ven a decirme cómo están las cosas. La bodega está casi llena... oh, y he recogido cuatro... no, cinco... negros más. Los hombres pueden ir con el capitán Jackson, pero las mujeres... bueno, son bastante especiales. —Le guiñó un ojo a Emmanuel—. Gemelas.

La cara del negro se puso rígida.

—¿Gemelas? —dijo en un tono horrorizado—. ¿Usted traerlas a la casa?

—En efecto —dijo Bonnet con firmeza—. Son fulani, y despampanantes. No saben inglés, no tienen educación... Pero servirán como putas, sin duda. Por cierto, ¿hay alguna noticia del *signor* Ricasoli?

Emmanuel asintió, aunque con el ceño fruncido; la cicatriz formaba una profunda «V» sumada a las arrugas del entrecejo.

—Llegar el jueves. *Monsieur* Houvener también venir. Y el señor Howard llegar mañana.

—Estupendo. Me apetece desayunar ahora... y supongo que tú tendrás tanta hambre como yo, ¿no, querida? —preguntó volviéndose hacia Brianna.

Ella asintió, debatiéndose entre el miedo, la furia y los mareos matinales. Tenía que comer algo, y pronto.

—Bien, pues. Llévala a algún sitio y dale de comer. Yo comeré en mi despacho; ven a buscarme allí.

Sin acusar recibo de la orden, Emmanuel le puso una mano como un torno a Brianna en la nuca, y la empujó hacia la escalera.

El mayordomo la empujó hacia una pequeña habitación y cerró la puerta. Estaba amueblada, pero con austereidad: el bastidor de una cama con un colchón desnudo, una manta de lana y un orinal. Ella utilizó este último objeto con alivio, luego hizo un rápido reconocimiento.

Había sólo una ventana, pequeña, con rejas metálicas. No tenía cristales, sólo postigos interiores, y el aire del mar y el bosque llenaron la habitación, competiendo con el polvo y el hedor rancio del colchón manchado.

Oyó un sonido familiar y estiró el cuello para ver. La ventana no dejaba mucho espacio visible, sólo las conchas blancas aplastadas y el barro arenoso que rodeaba la casa, así como las copas de unos pinos atrofiados. Pero si apretaba la cara a un lado de la ventana alcanzaba a ver una pequeña franja de una playa distante, sobre la que rompían grandes olas blancas. Cuando estaba observando, tres caballos la cruzaron al galope y desaparecieron de su vista; pero cuando el viento transportó sus relinchos, llegaron cinco más, y luego otro grupo de siete u ocho. Eran caballos salvajes, descendientes de ponis españoles dejados allí un siglo antes.

Esa visión la fascinó, y siguió mirando durante un largo rato, con la esperanza de que regresaran, pero no lo hicieron; sólo pasó una bandada de pelícanos y luego unas pocas gaviotas.

La visión de los caballos la había hecho sentirse menos sola durante unos pocos momentos, pero no menos vacía. Llevaba como mínimo media hora en aquella habitación, y aún no había oido pasos en el vestíbulo que le indicaran que le llevaban comida. Con cautela, probó la puerta y se sorprendió al hallarla abierta.

Sí le llegaron sonidos de abajo; había alguien allí. Y un aroma cálido y

granuloso a avena y pan horneándose flotó débilmente en el aire.

Tragando saliva para contener el estómago, Brianna se movió procurando no hacer ruido por la casa y bajó la escalera. Se oían voces masculinas en una habitación de la parte delantera: Bonnet y Emmanuel. Ese sonido hizo que su diafragma se tensara, pero la puerta estaba cerrada, y pasó junto a ella de puntillas.

La cocina era en realidad una choza independiente, conectada con la casa por medio de un pasaje techado y rodeada por un jardín cercado que también abarcaba la parte trasera de la construcción. Echó un vistazo a la cerca —muy alta, y con púas—, pero primero, lo primero: tenía que comer.

Había alguien en la cocina; oyó ruido de ollas y la voz de una mujer, murmurando. El olor a comida era tan fuerte que parecía palpable. Abrió la puerta y entró, haciendo una pausa para que la cocinera pudiese verla. Luego ella vio a la cocinera.

A esas alturas estaba tan maltrucha por la situación que se limitó a parpadear, con la seguridad de estar sufriendo alucinaciones.

—¿Phaedre? —dijo en tono inseguro.

La chica giró en redondo, con los ojos abiertos por la impresión.

—¡Oh, santo Dios! —Echó una mirada aterrorizada detrás de Brianna y luego, al comprobar que estaba sola, la cogió del brazo y la sacó al jardín—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo es posible que esté aquí?

—Stephen Bonnet —respondió Brianna rápidamente—. ¿Cómo demonios tú...? ¿Él te secuestró? ¿En River Run? —No se le ocurría cómo ni por qué, pero todo lo que había averiguado desde el momento en que se enteró de que estaba embarazada había tenido las características surrealistas de una alucinación.

Pero Phaedre estaba meneando la cabeza.

—No, señorita. Ese tal Bonnet me cogió hace un mes. De un hombre llamado Butler.

A Brianna el nombre le sonó vagamente familiar. Creía que así se apellidaba un contrabandista que había oído mencionar alguna que otra vez. Aunque no se trataba del contrabandista que proporcionaba a su tía té y otros elementos de lujo; a ése sí lo había conocido y era un caballero llamado Wilbraham James.

—No lo comprendo. Pero... espera, ¿hay algo de comer? —preguntó cuando sintió que el estómago se le hundía de golpe.

—Oh, claro. Espere aquí. —Phaedre desapareció en el interior de la cocina y regresó con media hogaza de pan y una vasija con manteca.

—Gracias. —Brianna agarró el pan y comió de prisa, sin preocuparse por untarlo de manteca, luego puso la cabeza entre las rodillas y respiró durante unos minutos, hasta que las náuseas se aplacaron—. Lo siento —dijo, levantando la cabeza—. Estoy embarazada.

Phaedre asintió, evidentemente poco sorprendida.

—¿De quién? —preguntó.

—De mi marido —respondió Brianna. Había contestado de manera cortante, pero luego se dio cuenta, con un pequeño movimiento de sus inestables entrañas, que fácilmente podría haber sido de otra manera.

—De modo que no la tiene desde hace mucho. —Phaedre miró hacia la casa.

—No. Has dicho un mes... ¿Has tratado de huir?

—Una vez. ¿Ha visto a ese hombre Emmanuel?

Brianna asintió.

—Es ibo. Me siguió la pista por un pantano de cipreses y me hizo lamentarlo cuando me alcanzó. —Cruzó los brazos alrededor del cuerpo, aunque hacía calor.

El jardín estaba vallado con postes de pino puntiagudos de dos metros y medio de altura, cruzados con cuerdas. Brianna podría pasar por encima, si Phaedre la ayudaba sosteniéndole el pie... pero en ese momento vio la sombra de un hombre pasar por el otro lado, con una arma sobre el hombro.

Lo habría deducido por su cuenta, si hubiese sido capaz de pensar. Estaba en el escondite de Bonnet y, a juzgar por las pilas de cajas, fardos y toneles almacenados al azar en el patio, también era el lugar donde guardaba el cargamento de valor antes de venderlo. Naturalmente, estaría protegido.

Una débil brisa flotó entre los postes de la cerca, trayendo el mismo hedor vomitivo que había percibido al llegar a la orilla. Tomó otro rápido bocado de pan, obligándose a hacerlo descender como un lastre para su estómago revuelto.

Los orificios nasales de Phaedre se frunció por el tufo.

—Es un barco de esclavos, anclado más allá del rompiente —dijo en voz muy baja—. El capitán vino ayer a ver si Bonnet tenía algo para él, pero aún no ha regresado. El capitán Jackson ha dicho que vendrá mañana.

Brianna percibió el miedo de Phaedre.

—Él no... no va a venderte a ese Jackson, ¿verdad? —Aunque creía que no había nada de lo que Bonnet no fuera capaz, a esas alturas entendía algunas cosas sobre la esclavitud. Phaedre era un artículo de primera: de piel clara, joven y bonita... y entrenada como criada personal. Bonnet podría conseguir un buen precio por ella casi en cualquier sitio y, por lo poco que sabía sobre los buques negreros, éstos se especializaban en esclavos de África sin preparación.

El pan que Brianna había comido se derritió de pronto, convirtiéndose en una masa aguanosa y viscosa en su estómago y, con una clara sensación de inevitabilidad, se incorporó y avanzó unos pocos pasos antes de vomitar sobre un fardo de algodón sin retinar.

La voz de Stephen Bonnet resonó en su cabeza, alegre y jovial: « ¿Para qué molestarme en llevarte hasta Londres, donde no le servirías de nada a nadie? Además, en Londres llueve mucho; estoy seguro de que no te gustaría» .

—Compran mujeres bonitas —susurró, apoyándose en la empalizada, esperando que la sensación de viscosidad disminuyese. Pero ¿mujeres blancas?

—Por qué no?, respondió la parte fría y lógica de su cerebro. Las mujeres son una propiedad, negras o blancas. Si pueden poseerte, pueden venderte.

Se limpió la boca y volvió junto a Phaedre, que estaba sentada sobre un rollo de cobre, con la preocupación dibujada en su rostro.

—Josh... tiene a Josh, también. Cuando desembarcamos, les dijo que llevaran a Josh al barracón.

—¿Joshua? —Phaedre se enderezó y abrió mucho los ojos—. ¿Joshua, el mozo de cuadra de la señorita Jo? Él está aquí?

—Sí. ¿Sabes dónde está el barracón?

Phaedre se había puesto en pie de un salto muy nerviosa.

—No lo sé con seguridad. Yo preparo la comida para los esclavos que están allí, pero se la lleva uno de los marineros. Aunque no puede estar lejos de la casa.

—¿Es grande?

—No señora. El señor Bonnet en realidad no se dedica al tráfico de esclavos. Recoge algunos, aquí y allá... y luego tiene a sus « putas ». No puede haber más de una docena aquí, por lo que comen. Tres chicas en la casa... cinco, contando a las fulani que han dicho que van a traer.

Brianna comenzó a examinar el patio, en busca de cualquier cosa que pudiera serle de provecho. Era un revoltijo de cosas valiosas, desde montones de seda china, envuelta en lino y tela aceitada, hasta cajas de vajilla de porcelana, bobinas de cobre, toneles de *brandy*, botellas de vino envueltas con paja y arcones de té. Abrió uno, inhalando el suave perfume de las hojas y hallándolo un alivio maravilloso para sus trastornos internos. En ese momento habría dado casi cualquier cosa por una taza de té caliente.

Pero lo que era todavía más interesante era un buen número de pequeños barriles herméticamente cerrados que contenían pólvora.

—Si tan sólo tuviera algunas cerillas —murmuró para sus adentros—. O incluso un pedernal. —Pero el fuego era fuego, y sin duda habría en la cocina. Miró la casa con cuidado, pensando exactamente dónde ubicaría los barriles... pero no podía hacerla volar por los aires con los otros esclavos dentro, y menos sin saber qué haría después.

El sonido de una puerta abriéndose la paralizó; para cuando Emmanuel miró hacia afuera, ella ya había dado un salto para alejarse de la pólvora, y estaba examinando una caja enorme que albergaba un reloj de pie, cuya dorada esfera asomaba detrás de los listones que la protegían.

—Tú, chica —le dijo a Brianna—. Venir a lavarte. —Miró a Phaedre con furia y Brianna percibió que ella no se atrevía a mirarlo a los ojos, sino que se apresuraba a juntar ramitas del suelo.

La mano volvió a clavarse en su nuca con fuerza y la empujó ignominiosamente hacia la casa.

Esta vez, Emmanuel sí cerró la puerta con llave. Le llevó una palangana y un aguamanil, una toalla y un vestido limpio. Mucho después, regresó con una bandeja de comida. Pero hizo caso omiso de todas sus preguntas y volvió a cerrar la puerta al salir.

Ella empujó la cama hasta la ventana y se puso de rodillas sobre ella, con los codos metidos entre las rejas. Observó el bosque y la playa distante, las sombras de los matorrales arrastrándose sobre la arena, marcando el avance de las horas.

Después de un buen rato, empezó a sentir que se le entumecían las rodillas y le dolían los codos, de modo que extendió el mantón sobre aquel colchón asqueroso. Tumbándose de costado, observó el cielo por la ventana, los cambios infinitesimales de la luz de un momento al siguiente. Luego se levantó y comenzó a dar vueltas de un lado a otro, contando los pasos, estimando la distancia.

La habitación tenía unos dos metros y medio por tres: ocho por diez pies; 5280 pies en una milla. Quinientas veintiocho vueltas. Pero cuando la habitación se oscureció y ella recorrió dos millas, encontró a Roger en su mente... donde había estado todo ese tiempo, ignorado.

Se hundió en la cama, acalorada por el ejercicio, y contempló cómo el último de los colores flamígeros desaparecía del cielo.

¿Podría haberse ordenado, como tanto deseaba? Roger había estado tan preocupado por el asunto de la predestinación, sin saber si podría asumir las Órdenes Sagradas que tanto deseaba si no era capaz de suscribir de todo corazón ese concepto... Bueno, ella lo llamaba concepto: para los presbiterianos, era un dogma. Sonrió con ironía, pensando en Hiram Crombie.

Ian le había contado los firmes intentos de Crombie de explicar la doctrina de la predestinación a los cherokees. La mayoría de ellos lo habían escuchado con cortesía, para luego dejar de prestarle atención. Pero Penstemon, la esposa de Pájaro, se había interesado en el argumento, y siguió a Crombie por todas partes durante el día, empujándolo de manera juguetona, para luego exclamar: « ¡Sabía su Dios que yo haría eso! ¿Cómo podría? ¡Yo misma no sabía que lo haría! ». O, de una manera más reflexiva, trataba de hacer que le explicara cómo funcionaba la idea de la predestinación para los juegos de apuestas; como la mayoría de los indios, Penstemon apostaba por casi todo.

Pensó que era probable que Penstemon tuviera bastante que ver con lo breve que había sido la primera visita de Crombie a los indios. Pero él había regresado y más de una vez, creía en lo que estaba haciendo.

Como Roger. Maldición, pensó ella con cansancio, aquí estaba él de nuevo, con sus ojos verde musgo, oscurecidos por sus pensamientos, pasándose el dedo lentamente por el puente de la nariz.

—¿Acaso importa? —le había dicho por fin, cansada de discutir sobre la predestinación y, para sus adentros, satisfecha de que a los católicos no se les

requiriera creer en tales cosas—. ¿Acaso no importa más que puedas ayudar a la gente, ofrecerles consuelo?

Estaban en la cama, la vela se había apagado. Ella sintió el movimiento de su cuerpo mientras reflexionaba.

—No lo sé —respondió por fin. Luego sonrió un poco y la miró—. Pero ¿no te parece que cualquier viajero del tiempo debe ser un poco teólogo?

Ella había tomado un aliento profundo, como de mártir, y entonces él se había echado a reír y había hecho a un lado la cuestión, prefiriendo en cambio besarla y descender a cuestiones mucho más terrenales.

Pero tenía razón en ello. Nadie que hubiera viajado a través de las piedras podía evitar preguntarse: ¿Por qué yo? ¿Y quién respondería esas preguntas, salvo Dios?

«¿Por qué yo?». Y los que no llegaron vivos... ¿por qué ellos? Sintió un pequeño escalofrío al pensar en ellos. Los cuerpos anónimos enumerados en el cuaderno de Geillis Duncan; los compañeros de Donner, muertos al llegar. Y, hablando de Geillis Duncan... la idea se le ocurrió de repente: la bruja había muerto allí, lejos de su propio tiempo.

Haciendo a un lado la metafísica y analizando el asunto exclusivamente en términos científicos, las leyes de la termodinámica sostienen que ni la masa ni la energía podían crearse o destruirse. Sólo transformarse.

Pero ¿cómo se transformaban? ¿El movimiento a través del tiempo constituía un cambio? Era posible cruzar en ambas direcciones; eso era un hecho probado. La implicación obvia era que uno podía ir al futuro desde un punto de partida determinado, en lugar de sólo viajar al pasado y regresar.

De modo que quizás si alguien viajaba al pasado y moría allí, como habían hecho tanto Geillis Duncan como Dientes de Nutria... tal vez eso debía equilibrarse con alguien que viajara al futuro y muriera en él...

Brianna cerró los ojos, sin poder seguir avanzando por esa línea de pensamiento. A lo lejos oyó el sonido de las olas, golpeando contra la arena, y pensó en el barco negrero. En ese momento se dio cuenta de que el olor ya estaba allí y, tras incorporarse de pronto, se acercó a la ventana. Mientras observaba, un hombre corpulento con un abrigo azul oscuro y sombrero salió de entre los árboles, seguido de otros dos, bastante mal vestidos. «Marineros», pensó, al ver cómo caminaban.

Aquél debía de ser el capitán Jackson, entonces, que venía a hacer negocios con Bonnet.

—Oh, Josh —dijo en voz alta; sintió que la atravesaba un mareo.

¿Quién había sido? Una de las santas Teresas... ¿Santa Teresa de Jesús? Que le había dicho a Dios, exasperada: «Si es así como tratas a Tus amigos, con razón tienes tan pocos».

Se había quedado dormida pensando en Roger. Y por la mañana despertó pensando en el bebé.

Por una vez, la náusea y aquella extraña sensación de desmembramiento habían desaparecido. Lo único que sentía era una profunda paz y una percepción de... ¿curiosidad?

«Estás ahí», pensó, entrelazando las manos sobre la matriz. No recibió ninguna respuesta precisa; pero el conocimiento sí estaba allí, tan seguro como el latido de su propio corazón.

«Bien», se dijo, y volvió a dormirse.

Unos ruidos procedentes de la planta inferior la despertaron poco después. Brianna se incorporó en la cama de pronto, oyendo voces que discutían, luego se tambaleó, sintiéndose desvanecer, y volvió a tumbarse. Las náuseas habían regresado, pero si cerraba los ojos y permanecía inmóvil, se mantenían latentes, como una serpiente dormida.

Las voces continuaron, subiendo y bajando de volumen, con algún que otro fuerte golpe a modo de énfasis. Pero después de unos minutos cesaron y ella no oyó nada más hasta que unas suaves pisadas llegaron a su puerta. El cerrojo se movió y entró Phaedre, con una bandeja de comida.

—¿Qué ocurre allí abajo? —preguntó Brianna.

—Ese Emmanuel no está para nada contento con las mujeres fulani. Los ibo creen que las gemelas traen muy mala suerte; si una mujer tiene gemelos, los llevan al bosque y los dejan allí para que mueran. Emmanuel quiere mandar a las fulani con el capitán Jackson ya mismo, sacarlas de la casa pero el señor Bonnet ha dicho que va a esperar a los caballeros de las Indias para obtener un precio mucho mejor por ellas.

—¿Los caballeros de las Indias? ¿Qué caballeros?

—No lo sé. Caballeros a los que cree que va a venderles cosas. Plantadores de azúcar, supongo. Coma eso; volveré más tarde.

Phaedre se volvió para marcharse, pero Brianna la llamó de repente.

—¡Espera! Ayer no me lo dijiste... ¿Quién te sacó de River Run?

La chica se volvió, titubeando.

—El señor Ulysses.

—¿Ulysses? —exclamó Brianna. Phaedre percibió la duda en su voz.

—¿Qué, no me cree?

—No, no. Sí te creo. Sólo que... ¿por qué?

Phaedre respiró profundamente a través de la nariz.

—Porque soy una condenada negra estúpida —dijo con amargura—. Mi mamá me dijo: « Nunca hagas enfadar a Ulysses». Pero ¿le hice caso?

—Hacerlo enfadar... —dijo Brianna con cautela—. ¿Cómo lo hiciste enfadar? —Señaló la cama, invitando a Phaedre a sentarse. La muchacha vaciló

un momento, pero finalmente accedió.

—El señor Duncan —respondió—... es un hombre muy bueno. ¿Sabe que jamás había estado con una mujer? Un caballo le dio una coz cuando era joven, le lastimó los testículos, y él creía que no podía hacer nada con eso.

Brianna asintió; su madre le había hablado del problema de Duncan.

—Bueno —dijo Phaedre con un suspiro—. Pues estaba equivocado. —Miró a Brianna—. Él no quería hacerle daño a nadie, y yo tampoco. Sólo... ocurrió. —Se encogió de hombros—. Pero Ulysses se enteró; tarde o temprano, él se entera de todo lo que ocurre en River Run. Tal vez una de las chicas se lo dijo, o tal vez lo supo de otra manera, pero el caso es que se enteró. Y me dijo que no estaba bien, que dejara de hacerlo inmediatamente.

—Pero tú no obedeciste —adivinó Brianna.

—Le dije que pararía cuando quisiera el señor Duncan, que no era asunto suyo. Mire, yo creía que el señor Duncan era el amo. Pero no es cierto; Ulysses es el amo de River Run.

—¿Entonces él... te sacó de allí... te vendió? ¿Para que dejaras de acostarte con Duncan?

—No, me vendió porque le dije que si no nos dejaba a mí y al señor Duncan en paz, yo le contaría lo de él y la señorita Jo.

—Él y... —Brianna parpadeó sin dar crédito a lo que oía. Phaedre la miró y le dedicó una sonrisa pequeña e irónica.

—Lleva más de veinte años compartiendo la cama de la señorita Jo. Desde antes de que muriera el Viejo Amo, según mi mamá. Todos los esclavos lo saben, pero ninguno es tan estúpido como para decírselo a la cara, salvo yo.

Brianna sabía que estaba abriendo y cerrando la boca como un pececito, pero no podía evitarlo. Cien cosas minúsculas que había visto en River Run, una mirada de pequeños gestos íntimos entre su tía y el mayordomo, de pronto adquirían un nuevo significado. Con razón su tía había hecho tantos esfuerzos por recuperarlo después de la muerte del teniente Wolff. Y con razón, también, Ulysses había actuado tan inmediatamente. A Phaedre podían creerla o no, pero la mera acusación lo habría destruido.

Phaedre suspiró y se frotó la cara con una mano.

—No perdió el tiempo. Esa misma noche, él y el señor Jones me sacaron de la cama, me envolvieron en una manta y me llevaron en una carreta. El señor Jones dijo que él no era ningún traficante de esclavos, pero que lo hacía como favor al señor Ulysses. Por eso no se quedó conmigo, sino que me llevó río abajo para venderme en Wilmington a un hombre que tiene un bar. Aquello no estaba tan mal, pero luego, un par de meses más tarde, el señor Jones regresó para llevarme; Wilmington no está lo bastante lejos como para que le sirviera a Ulysses. De modo que me entregó al señor Butler, y el señor Butler me llevó a Edenton.

Brianna omitió preguntarle qué había hecho para Butler en Edenton, pensando que lo más probable era que hubiera sido empleada en un burdel.

—Y... eh... ¿Stephen Bonnet te encontró allí? —Arriesgó.

Phaedre asintió sin levantar la mirada.

—Me ganó en una partida de cartas —dijo sucintamente. Se puso en pie—. Debo irme; ya he hecho enfadar a bastantes hombres negros... no pienso arriesgarme a que Emmanuel me dé otra paliza.

Brianna empezaba a salir de la impresión que le había causado lo que había oído sobre Ulysses y su tía. Pero de pronto se le ocurrió una idea.

—¡Espera! Sólo una cosa más... Vosotros... los esclavos de River Run... ¿sabéis algo sobre el oro?

—¿Qué, el de la tumba del Viejo Amo? Claro. Pero nadie lo toca. Todos saben que está maldito.

—¿Sabes algo sobre su desaparición?

—Desaparición?

—Oh, espera... no, tú no puedes saberlo; te marchaste mucho antes de que desapareciera. Sólo me preguntaba, ¿sabes?, si tal vez Ulysses podría haber tenido algo que ver en eso.

—No sé nada de eso; pero creo que Ulysses podría ser perfectamente capaz de eso, con maldición o sin ella.

De pronto se oyeron unas fuertes pisadas en la escalera y Phaedre empalideció. Sin una palabra ni un gesto de despedida, se deslizó por la puerta y la cerró; Brianna oyó los frenéticos movimientos de la llave al otro lado, y luego el chasquido del cerrojo al correrse.

Emmanuel le llevó un vestido a Brianna por la tarde. Era corto y demasiado ceñido en el pecho, pero la tela era de grueso muaré azul, y estaba bien hecho. Era evidente que había sido usado antes; tenía manchas de sudor y olía... a miedo, pensó ella, reprimiendo un estremecimiento.

Ella misma estaba sudando cuando Emmanuel la hizo bajar por la escalera, a pesar de la agradable brisa que entraba por las ventanas abiertas. La casa era muy sencilla, con suelos de madera desnuda y amueblada tan sólo con unos taburetes y camas. La sala de la planta inferior a la que Emmanuel la hizo pasar ofrecía un contraste tan fuerte en comparación con el resto que podría haber pertenecido a otro hogar.

Unas suntuosas alfombras turcas cubrían el suelo en un revoltijo superpuesto de colores, y los muebles, correspondientes a varios estilos diferentes, eran todos pesados y elaborados, de madera tallada y tapizados de seda. Había plata y cristal que brillaban en todas las superficies disponibles, y una araña —demasiado grande para aquella sala— adornada con colgantes de cristal rociaba la estancia con diminutos arco iris. Era la forma en que un pirata concebía la

habitación de un rico; una abundancia fastuosa, desplegada sin ningún sentido del estilo o del gusto.

Pero el hombre rico sentado junto a la ventana parecía no prestar atención a lo que lo rodeaba. Era un tipo delgado con una peluca, una prominente nuez de Adán, que aparentaba unos treinta años, aunque tenía la piel arrugada y amarillenta por alguna enfermedad tropical. Miró bruscamente hacia la puerta cuando ella entró, luego se puso en pie.

Bonnet había atendido bien a su invitado; había copas y una licorera sobre la mesa y el aire estaba cargado del dulce aroma del *brandy*. Brianna sintió que el estómago le daba vueltas.

—Ah, ahí estás, querida —dijo Bonnet, acercándose para cogerla de la mano. Ella la apartó, pero él pareció no darse cuenta y, en cambio, la empujó en dirección al hombre flaco—. Ven a saludar al señor Howard, cariño.

Ella se estiró cuan larga era —le sacaba no menos de diez centímetros al señor Howard— y lo miró desde arriba con furia.

—Estoy aquí contra mi voluntad, señor Howard. Mi marido y mi esposo... ¡ay! —Bonnet le había agarrado la muñeca y la torció con fuerza.

—Es adorable, ¿verdad? —comentó en tono de charla.

—Oh, sí. Sí, desde luego. Pero muy alta... Y pelirroja, señor Bonnet. En realidad, las prefiero rubias.

—¡Oh, desde luego, renacuajo! —replicó ella, a pesar del apretón de Bonnet en su brazo—. ¿Cómo es que supones que puedes preferir? —Dio un tirón, se soltó de Bonnet y se abalanzó sobre Howard—. Ahora, escúcheme —dijo, mientras él la miraba, parpadeando—. Yo pertenezco a una buena, a una excelente familia, y he sido secuestrada. Mi padre se llama James Fraser, mi marido es Roger MacKenzie, y mi tía es la esposa de Hector Cameron, dueña de la plantación de River Run.

—¿De verdad es de buena familia? —Howard dirigió la pregunta a Bonnet, al parecer más interesado.

—Oh, desde luego, señor. ¡De la mejor sangre!

—Mmm. Y veo que goza de buena salud. ¿Ha parido antes?

—Sí, señor, un hijo saludable.

—¿Buenos dientes? —Howard se puso en pie, y Bonnet, cogió un brazo de Brianna y se lo puso en la espalda para inmovilizarla, luego la agarró del pelo y le tiró de la cabeza hacia atrás, haciéndola lanzar un grito.

Howard le cogió el mentón con una mano y le tocó una esquina de la boca con la otra, tanteándole las muelas.

—Muy bien —dijo—. Y tiene una piel muy fina. Pero...

Ella tiró del mentón para soltárselo y mordió tan fuerte como pudo el pulgar de Howard, sintiendo cómo la carne se movía y se desgarraba entre sus muelas con el repentino gusto cobrizo de la sangre contra el paladar.

—¡Me ha mordido el dedo, la muy zorra!

Con los ojos llenos de lágrimas por el sufrimiento, el señor Howard se balanceó hacia un lado y hacia otro, llevándose al pecho la mano herida. La furia le inundó el rostro y se abalanzó hacia Brianna, echando hacia atrás la mano libre, pero Bonnet lo cogió de la muñeca y lo empujó a un lado.

—Señor —dijo—, no puedo permitir que le haga daño. Ella aún no es suya, ¿verdad?

—No me importa si es mía o no —gritó Howard—. ¡La mataré a golpes!

—Oh, no, vamos, no hablará usted en serio, señor Howard —dijo Bonnet en tono jovial—. Sería un desperdicio. Deje que yo me encargue, ¿le parece? —Sin esperar respuesta, tiró de Brianna en su dirección, la arrastró por la habitación y la empujó hacia el mudo asistente, que había aguardado inmóvil junto a la puerta durante toda la conversación—. Sácala afuera Manny y enséñale modales, por favor. Y amordázala antes de traerla de regreso.

Emmanuel no sonrió, pero una débil luz pareció arder en las negras profundidades de sus ojos sin pupilas. Sus dedos se hundieron entre los huesos de la muñeca de Brianna, que lanzó un grito sofocado de dolor y tironó en un inútil intento de soltarse. Con un único y veloz movimiento, el ibo le dio la vuelta y le retorció el brazo detrás de la espalda, haciéndola doblarse hacia adelante. Un agudo dolor le atravesó el brazo cuando Brianna sintió que los tendones de sus huesos comenzaban a desgarrarse. Él tiró con más fuerza y una ola oscura cruzó la visión de la joven, a través de la cual oyó la voz de Bonnet, que exclamaba, al tiempo que Emmanuel la empujaba por la puerta:

—En la cara, no, Manny; y nada de marcas permanentes.

La voz de Howard había perdido la furia que la ahogaba. Seguía estrangulada, pero con algo más parecido a una admiración reverente.

—Dios mío —dijo—. Oh, Dios mío.

—Una escena encantadora, ¿verdad? —dijo Bonnet en tono cordial.

—Encantadora —repitió Howard—. Oh... creo que es lo más encantador que he visto jamás. ¡Esa piel! ¿Puedo...? —Su ansiedad era patente en su voz, y Brianna sintió la vibración de sus pisadas en la alfombra, una fracción de segundo antes de que sus manos se clavaran con fuerza en sus nalgas.

Ella gritó detrás de la mordaza, pero estaba doblada con fuerza sobre la mesa, cuyo borde se hundía en su diafragma, y el sonido no fue más que un gruñido. Howard lanzó una carcajada de alegría y la soltó.

—Oh, mire —dijo; parecía hechizado—. Mire, ¿lo ve? La más perfecta impresión de mis manos... tan blanca en el carmesí... Qué maravilla... Oh, está borrándose. Permitáme tan sólo...

Ella apretó las piernas con fuerza y se puso rígida mientras él acariciaba sus partes pudendas, pero de pronto el roce desapareció. Bonnet había sacado la

mano de la nuca de ella y estaba apartando a su cliente.

—Bueno, ya basta, señor. Después de todo, ella no es propiedad suya... aún.
—El tono de Bonnet era jovial, pero firme.

La respuesta de Howard fue ofrecer de inmediato una suma que hizo que ella lanzara un grito ahogado, pero Bonnet sólo se echó a reír.

—Es generoso de su parte, señor, desde luego, pero no sería justo para mis otros clientes, aceptar su oferta sin permitirles hacer lo propio, ¿verdad? No, señor, se lo agradezco, pero mi intención es rematarla; me temo que tendrá que esperar un día.

Howard estaba dispuesto a protestar, a ofrecer más, de una manera imperiosa y seria pero Bonnet siguió poniendo objeciones, y no tardó en hacerlo salir de la habitación. Brianna oyó sus protestas, que iban apagándose mientras Emmanuel lo alejaba.

Ella se había puesto en pie tan pronto como Bonnet había sacado la mano de su nuca, agitándose como una loca para bajarse las faldas. Emmanuel le había atado las manos detrás de la espalda, además de amordazarla. Si no lo hubiera hecho, Brianna habría intentado matar a Stephen Bonnet tan sólo con sus propias manos.

Esa intención debía de haber estado visible en su rostro, puesto que Bonnet le echó un vistazo, volvió a mirarla y rió.

—Te has comportado maravillosamente bien, querida —dijo, se acercó a ella y le quitó la mordaza de la boca—. Ese hombre vaciará su cartera por la oportunidad de volver a ponerte las manos en el culo.

—Maldito seas... ¡Te mataré, hijo de puta!

—Oh, vamos, cariño. ¿Por tener el culo irritado? Consideralo un pago, parcial, por mi pelota izquierda. —Le dio una palmada bajo el mentón y se acercó a la mesa—. Te has ganado un trago. ¡Brandy u oporto?

Ella hizo caso omiso de la oferta, tratando de controlar la furia.

—¿Qué querías decir con eso del «remate»? —preguntó.

—Yo diría que está bastante claro, cariño. Seguro que habrás oido antes esa palabra. —Bonnet se sirvió una medida de *brandy* y dio cuenta de ella en dos sorbos—. Mira. Tengo dos clientes más que buscan algo como tú, querida. Llegarán mañana o pasado para echarte un vistazo. Entonces pediré que pujen, y tú partirás hacia las Indias el viernes.

Hablabía con toda naturalidad, sin el más mínimo asomo de burla. Eso, más que cualquier otra cosa, hizo que a ella le diera un vuelco el estómago. Era un asunto de negocios, una mercadería. Para él y también para sus condenados clientes; Howard lo había dejado claro. No, no estaban para nada interesados en quién era o en lo que pudiera querer.

Bonnet estaba examinándole la cara. Ella se dio cuenta de que él sí estaba interesado, y sintió un nudo en las entrañas.

—¿Qué usaste con ella, Manny? —preguntó.

—Una cuchara de madera —respondió el sirviente con actitud de indiferencia—. Usted decir no dejar marcas.

—Nada permanente, dije —corrigió—. La dejaremos tal cual está para el señor Ricasoli, me parece, aunque el señor Houvener... Bueno, esperaremos a ver qué pasa.

Emmanuel no hizo más que asentir, pero sus ojos se posaron sobre Brianna con un repentino interés. En ese instante, el estómago le dio un vuelco y la joven vomitó, manchando definitivamente el vestido de seda.

El sonido de un alarido muy agudo llegó hasta ella; caballos salvajes, amotinándose en la playa. Si aquélla fuera una novela romántica, haría una cuerda con las ropas de cama, se descolgaría por la ventana, encontraría la manada de caballos y convencería a uno de ellos de que la llevara a un lugar seguro.

Pero en realidad no había ropas de cama —sólo un colchón harapiento— y, en cuanto a acercarse a caballos salvajes... Habría dado mucho por tener a *Gideon*, y sintió que los ojos le ardían al pensar en él.

—Oh, vamos, ahora sí que estás volviéndote loca —dijo en voz alta, enjugándose las lágrimas—. Estás llorando por un caballo.

Especialmente, aquel caballo. Aunque era mucho mejor que pensar en Roger... o en Jem. No, de ninguna manera podía pensar en Jemmy, ni en la posibilidad de que él creciera sin ella, sin saber por qué lo había abandonado. O en el nuevo bebé... y en cómo sería su vida como hijo de una esclava.

Pero sí estaba pensando en ellos, y esa idea bastó para abrumarla con una desesperación momentánea.

Muy bien, pues. Saldría de allí. Por enésima vez, recorrió inquieta la habitación, obligándose a avanzar con lentitud y a examinar su contenido.

Pero éste era bastante escaso, y lo que había estaba muy bien construido. Le habían dado comida, agua para lavarse, una toalla de lino y un cepillo para el pelo. Lo levantó, evaluando su valor potencial como arma, y luego volvió a tirarlo al suelo.

El cañón de la chimenea subía a través de esa habitación, pero no había un hogar abierto. Brianna tanteó los ladrillos y presionó la argamasa con el extremo de la cuchara que le habían dado para comer. Encontró un lugar en el que la argamasa estaba lo bastante agrietada como para levantarla, pero después de intentarlo durante un cuarto de hora, sólo logró sacar unos pocos centímetros de cemento. Con un mes o más de tiempo, tal vez valiera la pena intentarlo, aunque las posibilidades de que alguien de su tamaño pudiera colarse por una chimenea del siglo XVIII...

Iba a llover; oyó los crujidos excitados de las hojas de las palmeras cuando el

viento pasó a través de ellas, con un fuerte olor a lluvia. Aún no era la hora del crepúsculo, pero las nubes habían oscurecido el cielo, de modo que había poca luz en la habitación.

Por duodécima vez lanzó todo su peso contra las rejas de la ventana, y por duodécima vez las encontró sólidamente clavadas e inmóviles. Si tuviera un mes de tiempo, volvió a pensar, podría tratar de afilar el extremo de la cuchara frotándola contra los ladrillos de la chimenea, luego utilizarla como un escoplo para arrancar lo que hiciera falta del marco y poder así mover una o dos de las rejas. Pero no tenía un mes.

Le habían quitado el vestido manchado y la habían dejado con la enagua y el corsé. Bueno, algo era algo. Se quitó el corsé y, raspando los extremos de las costuras, sacó el hueso, un tira plana de marfil, de treinta centímetros de largo, que iba desde el esternón hasta el ombligo. Le pareció una arma más adecuada que un cepillo. Lo llevó hasta la chimenea y comenzó a raspar el extremo contra el ladrillo, para afilarle la punta.

¿Podría apuñalar a alguien con eso? « Oh, sí —pensó con ferocidad—. Y, por favor, que ese alguien sea Emmanuel» .

Condenadamente alta

Roger aguardó oculto bajo los tupidos arbustos de malagueta cerca de la orilla; un poco más allá, Ian y Jamie también aguardaban.

El segundo barco había llegado por la mañana y había anclado a una cuidadosa distancia del buque negrero. Después de tender redes por un costado del barco de Roarke disfrazados de pescadores, habían podido observar como primero el capitán del barco de esclavos bajaba a tierra y luego una hora después descendía un bote de la segunda embarcación y navegaba hasta la orilla con dos hombres y un pequeño arcón.

—Un caballero —había informado Claire, observándolos por el catalejo—. Con peluca, bien vestido. El otro es alguna clase de sirviente... ¿Crees que será alguno de los clientes de Bonnet?

—Si —había dicho Jamie contemplando como el bote llegaba a la orilla—. Llévenos un poco al norte, por favor señor Roarke; bajaremos a tierra.

Los tres habían desembarcado a unos ochocientos metros de la playa y se habían abierto camino a través del bosque; luego se habían dispuesto a esperar. Hacía calor, pero cerca de la orilla había una brisa fresca, y estar a la sombra no era desagradable, con excepción de los insectos. Por enésima vez, Roger se quitó algo que se arrastraba por su nuca.

La espera lo estaba poniendo nervioso. La piel le picaba por la sal y el aroma del bosque las conchas y las agujas de pino bajo sus pies le hacían recordar con nítidos detalles el día que había matado a Lillington.

Entonces había partido —como ahora— con la intención de matar a Stephen Bonnet. Pero el esquivo pirata había sido advertido y le había tendido una emboscada. Había sido sólo por voluntad de Dios —y gracias a Jamie Fraser— que él no había dejado sus propios huesos en un bosque similar.

Volvió a sentir un nudo en la garganta, pero no podía gritar o cantar para relajarla.

Debería rezar, pensó, pero tampoco podía. Incluso la constante letanía que había resonado repetidamente en su corazón desde la noche en que se había enterado de la desaparición de Brianna —«Señor, que ella esté a salvo»—, incluso aquel pequeño ruego se había agotado, en cierta forma. Su pensamiento actual —«Señor, que pueda matarlo»— no podía pronunciarlo, ni siquiera para sus adentros.

Por un momento envidió a Jamie y a Ian su fe en dioses iracundos y vengativos. Mientras Roarke y Moses habían traído el bote de pesca, él había oido

a Jamie murmurarle a Clarie y coger sus manos entre las suyas. Y entonces oyó cómo ella lo bendecía en gaélico, con una invocación a Miguel, el del dominio rojo, la bendición a un guerrero de camino a la batalla.

Ian había permanecido sentado, con las piernas cruzadas y en silencio, observando cómo se acercaba la orilla. Si estaba rezando, no había forma de saber a quién. Pero cuando desembarcaron, había hecho una pausa en la orilla de una de las numerosas ensenadas y, después de sacar un poco de barro con los dedos, se había pintado la cara cuidadosamente, dibujando una línea desde la frente hasta el mentón, luego cuatro franjas paralelas a través de la mejilla izquierda y un grueso círculo oscuro alrededor del ojo derecho. Tenía un aspecto bastante perturbador.

Era evidente que ninguno de ellos tenía el más mínimo escrúpulo sobre lo que pensaban hacer, ni vacilaban lo más mínimo en pedirle a Dios que los ayudara. Los envidió.

Y se quedó sentado, en un silencio tenaz, con las puertas del cielo cerradas ante él, la mano en la empuñadura de su cuchillo y una pistola cargada en la cintura, planeando un asesinato.

Poco después del mediodía, regresó el corpulento capitán del barco negrero, con sus indiferentes pisadas crujiendo en la capa de hojas secas de pino. Lo dejaron pasar, aguardando.

Luego, durante la tarde, empezó a llover.

Había vuelto a quedarse dormida, de puro aburrimiento. Comenzó a llover; el sonido la despertó durante un breve momento, luego la hundió más en el sueño, mientras las gotas caían suavemente en el tejado de hojas de palmeras. Se despertó de golpe cuando una de las gotas le cayó fría en la cara, seguida rápidamente por unas cuantas de sus congéneres.

Brianna se incorporó de golpe, parpadeando. Se frotó la cara y miró hacia arriba, había una pequeña franja húmeda en el techo de yeso, rodeada de una mancha mucho más grande creada por goteras anteriores, y se estaban formando gotas en su centro, cada una cayendo detrás de la otra sobre la tela del colchón.

Se levantó para correr la cama de debajo de la filtración, y entonces se detuvo. Se estiró lentamente y puso una mano sobre la franja húmeda. El techo tenía una altura normal para la época, algo más de dos metros; podía alcanzarlo con facilidad.

—Ella condenadamente alta —dijo—. Tú tener condenada razón.

Puso la mano abierta contra la franja de humedad y empujó con toda la fuerza que pudo. El yeso mojado cedió de inmediato, así como los listones podridos que había detrás. Tiró con la mano hacia atrás, raspándose el brazo en los bordes irregulares de los listones, y una pequeña cascada de agua sucia,

ciempiés, excrementos de ratón y fragmentos de hojas de palmera cayeron por el agujero que acababa de hacer.

Brianna se limpió la mano en el vestido, volvió a levantarla, agarró el borde del agujero, tiró, y arrancó pedazos de listones y yeso, hasta que logró abrir un hueco por el que podría meter la cabeza y los hombros.

—Bien —le susurró al bebé, o a sí misma. Recorrió la habitación con la mirada, se puso el corsé encima del vestido y luego se metió el hueso afilado en la parte delantera.

A continuación, de pie sobre la cama, tomó un profundo aliento, juntó las manos hacia arriba, y se agarró de una parte lo bastante sólida como para hacer palanca. Poco a poco, fue izándose, sudando y gruñendo, hasta el tórrido tejado de hojas de bordes afilados, apretando los dientes y cerrando los ojos para protegerlos de la suciedad y los insectos muertos.

Su cabeza asomó al aire húmedo y ella jadeó para recuperar el aliento. Había enganchado un codo sobre una viga y, usándolo para hacer palanca, ascendió un poco más. Sus piernas patearon en vano el aire vacío, tratando de impulsarse hacia arriba, y sintió el tirón de los músculos del hombro, pero la mera desesperación consiguió empujarla. Con una desgarradora lluvia de hojas, se izó hacia afuera y quedó tumbada cuan larga era sobre el tejado empapado. Llovía con fuerza y no tardó en quedar calada hasta los huesos. Un poco más allá vio una especie de estructura que sobresalía entre las hojas de palmera del tejado, y se arrastró cautelosamente hacia ella, temiendo todo el tiempo que el techo cediera bajo su peso, tanteando con manos y codos la firmeza de las vigas que sostenían las hojas.

La estructura resultó ser una pequeña plataforma, firmemente instalada en las vigas, con una barandilla a un costado. Entró en ella rápidamente y se quedó en cuclillas, jadeando. Todavía llovía en la costa, pero mar adentro el cielo estaba mayormente despejado, y el sol poniente que estaba detrás de ella derramaba un ardiente tono anaranjado sanguinolento sobre el cielo y el agua a través de negras franjas de nubes partidas.

Desde la ventajosa perspectiva del tejado, Brianna podía ver más allá del bosque de matorrales; la franja de playa que había avistado desde la ventana ahora se divisaba con claridad y, más allá, dos embarcaciones, cerca de la costa.

Había dos botes amarrados a la orilla, aunque separados el uno del otro. Uno debía de ser el barco negrero; el otro, el de Howard. Una furibunda oleada de humillación la atravesó. Pero no tenía tiempo de pararse a pensar en ello.

Le llegó el ruido débil de unas voces a través del tamborileo de la lluvia, y se agachó; luego se dio cuenta de que era poco probable que alguien levantara la mirada y la viese. Alzó la cabeza para espiar por encima de la barandilla y vio unas figuras que salían de los árboles rumbo a la playa: una sola fila de hombres encadenados, con dos o tres guardias, « ¡Josh! » .

Aguzó la vista, pero en aquella fantasmagórica luz crepuscular, las figuras no eran más que siluetas. Le pareció que había podido distinguir los cuerpos altos y delgados de los dos fulani; tal vez el más bajo que estaba detrás de ellos era Josh, pero no lo sabía con seguridad.

Sus dedos se curvaron con fuerza en torno a la barandilla sintiéndose impotente. Mientras lo hacía un débil alarido le llegó desde la playa, y una figura más pequeña salió corriendo del bosque, con las faldas al vuelo. Los guardias se volvieron, alarmados; uno de ellos cogió a Phaedre... Tenía que ser ella Brianna pudo oírla gritar «¡Josh! ¡Josh!» un sonido agudo como el chillido de una gaviota.

Estaba forcejeando con el guardia, algunos de los hombres encadenados giraron de repente y se abalanzaron sobre el otro. Un nudo de hombres que se retorcían cayó sobre la arena. Alguien corría desde el bote con algo en la mano...

La vibración bajo sus pies le hizo desviar su atención.

—¡Mierda! —exclamó involuntariamente.

La cabeza de Emmanuel asomó por encima del borde del tejado, mirándola con una expresión de incredulidad. Luego su rostro se contorsionó y él se alzó hasta allí; debía de haber una escalera adosada a un lado de la casa, pensó Brianna; bueno evidentemente, no habrían construido una plataforma de vigilancia sin tener forma de llegar hasta ella...

Mientras su mente se ocupaba en aquel sinsentido su cuerpo estaba dando pasos más concretos. Había sacado el hueso afilado y estaba acuclillada sobre la plataforma, con la mano baja, como Ian le había enseñado.

Emmanuel hizo un gesto de desdén y se abalanzó sobre ella.

Oyeron acercarse al caballero mucho antes de verlo. Canturreaba en voz baja, una tonada francesa. Estaba solo.

Roger agachado detrás del arbusto escogido se puso de pie en silencio. Tenía los músculos en tensión y se estiró disimuladamente. Cuando el caballero se puso a la altura de Jamie, éste salió al camino delante de él. El hombre, un tipo pequeño con aspecto de petímetro, soltó un chillido femenino de alarma. Pero antes de que pudiera escabullirse, Jamie dio un paso hacia adelante y le agarró el brazo, mirándolo con una sonrisa agradable.

—A sus órdenes, señor —le dijo en tono cortes—. ¿Ha venido a visitar al señor Bonnet por casualidad?

El hombre lo miró, parpadeando, confundido.

—¿Bonnet? Caramba... sí.

Roger sintió que la tensión de su pecho se relajaba de pronto. «Gracias a Dios». Habían llegado al sitio correcto.

—¿Quién es usted, señor? —exigió saber el hombre pequeño.

Ya no había necesidad de seguir ocultos, Roger e Ian salieron de entre los arbustos y el caballero sofocó un grito al ver a Ian con sus pinturas de guerra, luego miró con ojos enloquecidos a Jamie y a Roger.

Al parecer decidió que Roger era quien tenía un aspecto más civilizado y se dirigió a él.

—Se lo ruego señor. ¿Quiénes son ustedes, y que quieren?

—Hemos venido en busca de una joven secuestrada —dijo Roger—. Una mujer muy alta y pelirroja. ¿Acaso usted...? —Antes de que pudiera terminar, vio que los ojos del hombre se dilataban de pánico.

Jamie también se dio cuenta de ello y le retorció la muñeca, haciéndolo caer de rodillas aterrorizado.

—Me parece, señor —dijo con una cortesía impecable, apretándole el brazo con fuerza—, que tendremos que obligarlo a que nos diga lo que sabe.

No podía permitir que él se la quitara. Ése era su único pensamiento consciente Emmanuel le agarró el brazo donde no tenía el arma y Brianna se soltó de un tirón, con la piel resbaladiza por la lluvia, y lo golpeó en el mismo movimiento. La punta del hueso se deslizó por su brazo, dejándole un surco rojizo, pero él no le prestó atención y se abalanzó sobre ella. Brianna cayó hacia atrás sobre la barandilla y aterrizó torpemente de pies y manos sobre las hojas, pero él no la había alcanzado, también había caído de rodillas sobre la plataforma con un golpe que sacudió todo el tejado.

Ella avanzó a toda velocidad hasta el borde del tejado con las manos y las rodillas tanteando al azar a través de las hojas, y pasó las piernas por encima del borde al vacío, pateando frenéticamente para ubicar los travesaños de la escalera de mano.

Él estaba tras ella; le cogió la muñeca en un fuerte apretón y empezó a subirla hacia el tejado. Ella echó hacia atrás la mano libre y le asestó un golpe en la cara con el hueso. Él soltó un rugido y aflojó el apretón; ella tiró hasta soltarse y se dejó caer.

Se golpeó de espaldas sobre la arena con un *zonk!* que le sacudió todos los huesos y quedó allí, paralizada, incapaz de respirar, con la lluvia golpeándole la cara. Un grifo triunfal llegó desde el tejado y luego un gruñido de exasperada desazón. Él creía que la había matado.

«Fabuloso. Sigue pensando eso». La impresión del impacto comenzaba a disminuir, su diafragma se sacudió y se puso en movimiento y un aire glorioso le inundó los pulmones. ¿Podría moverse?

No lo sabía, y tampoco se animaba a intentarlo. A través de las pestanas llenas de lluvia vio el bulto de Emmanuel, que descendía por el borde del tejado, buscando con los pies los travesaños de la tosca escalera de mano que ahora ella podía ver, clavada a la pared.

Había perdido el hueso con la caída, pero en ese momento vio su brillo opaco a treinta centímetros de su cabeza. Cuando Emmanuel le dio la espalda un momento, ella movió la mano como un látigo y lo agarró; luego permaneció inmóvil, haciéndose la muerta.

Casi habían llegado a la casa cuando unos sonidos provenientes del bosque cercano los detuvieron. Roger se paralizó, luego salió del sendero. Jamie e Ian ya se habían esfumado en el bosque. Pero los sonidos no procedían del sendero, sino de algún otro sitio a la izquierda: voces, una de ellas de un hombre que gritaba órdenes, y el movimiento de pasos, el tintineo de cadenas.

Una ráfaga de pánico lo atravesó. ¿Estarían llevándosela? Howard, el hombre al que habían cogido en el bosque, les había asegurado que Brianna estaba a salvo en la casa, pero ¿qué podía saber él? Escuchó, esforzando los oídos en busca del sonido de una voz femenina, y lo oyó, un grito agudo y fino.

Giró en su dirección pero se topó con Jamie, que estaba a su lado, agarrándolo del brazo.

—No es Brianna —dijo su suegro—. Irá Ian. Tú y yo... ¡a la casa!

No había tiempo para discutir. Llegaron unos débiles sonidos de violencia en la playa, pero Jamie tenía razón, aquella voz no era de Brianna. Ian estaba corriendo hacia la playa, sin hacer ningún esfuerzo por guardar silencio.

Después de un instante de vacilación, Roger entró en el sendero, siguiendo a Jamie a la carrera hacia la casa.

Emmanuel se inclinó sobre Brianna; ella percibió su bulto y se lanzó hacia arriba como una serpiente en el acto de morder, con el hueso afilado como un colmillo. Había apuntado a la cabeza, con la esperanza de darle en un ojo o en la garganta, pero también contaba con que él se echara hacia atrás de modo reflejo, lo que lo pondría en desventaja.

Cosa que él hizo, echándose hacia arriba y apartándose, pero mucho más rápido de lo que ella había calculado. Brianna golpeó con toda su fuerza, y el hueso afilado se hundió debajo del brazo de Emmanuel, como si fuera de goma. Él quedó paralizado un momento, con la boca abierta en un gesto de incredulidad, mirando la vara de marfil que le asomaba debajo de la axila. Luego la sacó de un tirón y se abalanzó sobre Brianna con un alarido de furia.

Pero ella ya se había incorporado y estaba corriendo hacia el bosque. Desde algún otro lugar oyó más alaridos... y un grito que helaba la sangre. Otro, y otro más, procedentes de la parte delantera de la casa.

Aturdida y aterrizada, siguió corriendo, mientras su mente percibía muy lentamente que algunos de los gritos eran palabras.

—Casteal DHUUUUUUUIN!

«Papá», pensó, absolutamente sorprendida y entonces se tropezó con una

rama del suelo y se desplomó quedando boca abajo.

Se esforzó por ponerse en pie mientras un absurdo pensamiento le cruzaba por la cabeza « Esto no puede ser bueno para el bebe» , y tanteó en busca de otra arma.

Avanzó a toda velocidad por el suelo en vano, entonces Emmanuel saltó a su lado y le agarró el brazo soltando un « ¡Ja!» de regodeo.

La impresión la hizo tambalearse Todavía podía oír gritos espeluznantes en la playa distante, pero no más alaridos cerca de la casa. Emmanuel estaba diciendo algo amenazador, pero ella no lo escuchó.

Parecía haber algo raro en su cara, entraba y salía de foco, y Brianna pestañeó con fuerza, sacudiendo la cabeza para aclararse la vista. Pero no eran sus ojos, era él. Su cara fue derritiéndose lentamente, pasando de un gesto de amenaza enseñando los dientes a una mirada de débil sorpresa. Frunció el ceño y luego los labios, de modo que ella pudo ver el revestimiento rosado de su boca, y parpadeó dos o tres veces. Luego lanzó un pequeño grito ahogado, se llevó una mano al pecho y cayó de rodillas, sin dejar de agarrarle la mano.

Se desplomó y ella aterrizó sobre él. Tiró del brazo, los dedos de él, cuya fuerza había desaparecido de repente se aflojaron fácilmente, y ella se puso en pie, tambaleándose, jadeando y estremeciéndose.

Emmanuel estaba tumbado boca arriba, con las piernas dobladas debajo de él en un ángulo que debería de haber sido muy doloroso, si hubiese estado vivo. Pero estaba muerto, no había confusión posible.

Comenzó a respirar mejor y cobró conciencia de los cortes y las magulladuras de sus pies descalzos, todavía se sentía aturdida incapaz de decidir qué hacer a continuación.

Un instante después, Stephen Bonnet tomó la decisión en su lugar, corriendo hacia ella desde el bosque.

Se puso alerta de inmediato y giró sobre sus talones para escapar. Pero no consiguió avanzar más de seis pasos antes de que él le rodeara la garganta con un brazo y la arrastrara.

—Silencio querida —le dijo al oído, sin aliento—. No quiero hacerte daño. Voy a dejarte a salvo en la orilla. Pero tú eres lo único que tengo para impedir que tus hombres me maten.

No le prestó la más mínima atención al cadáver de Emmanuel. El fuerte antebrazo se apartó de la garganta de Brianna y le agarró el brazo, tratando de arrastrarla en dirección opuesta a la playa; era evidente que tenía intención de alcanzar la ensenada oculta al otro lado de la isla.

—Muévete, cariño. Ahora.

—¡Suéltame! —Ella clavó los pies con fuerza, tirando del brazo atrapado—. No iré a ninguna parte contigo. ¡SOCORRO! —gritó lo más fuerte que pudo—.

¡SOCORRO! ¡ROGER!

Él pareció alarmado y levantó la mano libre para enjugarse la lluvia de los ojos. Tenía algo en la mano; la poca luz que quedaba rebotó con un resplandor naranja en algo de cristal. Por todos los santos, había traído su testículo...

—¡Bree! ¡Brianna! ¿Dónde estás? —Era la voz de Roger, frenética, y un flujo de adrenalina la atravesó al oírla, dándole la fuerza necesaria para soltar el brazo del apretón de Bonnet.

—¡Aquí! ¡Estoy aquí! ¡Roger! —gritó todo lo fuerte que pudo.

Bonnet miró por encima del hombro; los arbustos se sacudían; había por lo menos dos hombres avanzando entre las ramas. No perdió el tiempo, sino que se lanzó hacia el bosque, inclinándose para esquivar una rama, y desapareció.

Al instante siguiente, Roger salió de golpe de entre los arbustos y la agarró, apretándola con fuerza.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —Había dejado caer el cuchillo y la estaba cogiendo de los brazos, tratando de mirar a todas partes al mismo tiempo: su cara, su cuerpo, los ojos de ella...

—Estoy bien —respondió ella, sintiéndose mareada—. Roger, estoy...

—¿Adónde ha ido? —Era su padre, totalmente empapado y oscuro como la muerte, con la daga en la mano.

—Hacia allá... —Brianna se volvió para señalar, pero Bonnet ya se había esfumado, corriendo como un lobo.

En ese momento vio los rastros del paso de Bonnet, las apresuradas pisadas claras en la arena embarrada. Pero antes de que pudiera volver a girar, Roger había salido en su persecución.

—¡Espera! —chilló, pero no hubo respuesta.

Permaneció inmóvil un momento, con la cabeza gacha mientras trataba de respirar. La lluvia estaba formando charcos en las cuencas de los ojos abiertos de Emmanuel.

Brianna no estaba segura de qué hacer. Ya no llegaban sonidos desde la playa; los ruidos hechos por Stephen Bonnet en su huida habían quedado atrás hacia mucho.

Seguía lloviendo, pero la última luz del sol brillaba a través del bosque, llenando el espacio entre las sombras con una luminosidad extraña y movediza que parecía temblar mientras ella la observaba. En medio de todo aquello, como si fuera un sueño, vio aparecer a las dos mujeres, las gemelas fulani. Las mujeres volvieron hacia ella sus caras idénticas, y corrieron hacia el bosque. Ella les gritó, pero desaparecieron de todas maneras. Sintiéndose increíblemente cansada las siguió arrastrando los pies.

No las encontró. Tampoco había señales de nadie más. La luz comenzó a morir y Brianna se dio la vuelta y regresó cojeando en dirección a la casa. Le dolía todo el cuerpo, y comenzó a sufrir por la idea de que ya no quedara nadie

en el mundo, salvo ella.

En ese momento recordó al bebe en su matriz, y se sintió mejor. No importaba que ocurriera, no estaba sola. Aun así dio un amplio rodeo al lugar donde pensaba que yacía el cuerpo de Emmanuel. Su intención era describir un círculo para volver a la casa, pero terminó demasiado lejos. Cuando giroópara regresar, los vio, juntos bajo el refugio de los arboles al otro lado del arroyo.

Los caballos salvajes, serenos como los arboles que los rodeaban con sus lomos brillando en tonos bayos, castaños y negros en las partes mojadas. Levantaron la cabeza al olerla pero no huyeron, sólo se quedaron allí contemplándola con ojos grandes y delicados.

La lluvia había cesado cuando llegó a la casa. Ian estaba sentado en el umbral escurriéndose el agua de su largo pelo.

—Tienes barro en la cara, Ian —dijo Brianna, hundiéndose a su lado.

—Oh ¿sí? —Sonrió él—. ¿Cómo te encuentras prima?

—Oh. Yo creo que estoy bien. ¿Qué...? —Le señaló la camisa, manchada de sangre. Algo parecía haberlo golpeado en la cara, además de los manchones de barro, tenía la nariz hinchada, había una inflamación justo encima de sus cejas, y sus ropas estaban desgarradas además de mojadas.

Ian tomó un profundo aliento y suspiro.

—Encontré a la muchacha negra —dijo—. Phaedre.

—Phaedre —repitió Bree—. ¿Se encuentra bien? ¿Dónde?

—Ahí dentro —Ian hizo un gesto hacia la casa y ella se dio cuenta de que lo que había creído que era el sonido del mar se trataba, en realidad, de alguien que lloraba, los pequeños sollozos de alguien a quien ya no le quedaban lagrimas pero que, en cambio, no podía parar de llorar.

—No, déjala sola, prima. No hay nada que puedas hacer.

—Pero...

Él la detuvo y buscó dentro de su camisa. Saco un maltratado rosario de madera que llevaba en el cuello y se lo entregó.

—Tal vez necesite esto... más tarde. Lo recogí de la arena después de que el barco se hubo marchado.

Por primera vez desde su huida volvió a sentir nauseas una sensación de vértigo que amenazó con hundirla en la negrura.

—Josh —susurro.

Ian asintió en silencio.

—Lo siento, prima —dijo en voz muy baja.

Ya casi había oscurecido cuando Roger apareció en el extremo del bosque. Al verlo ella se puso en pie y voló hacia él, y todos los temores que había suprimido surgieron finalmente en una erupción de lágrimas que le surcaron la cara como

lluvia.

—Papá —dijo, atragantándose—. Él está... ¿está...?

—Está bien. Bree... ¿puedes venir conmigo? ¿Te queda un poco de fuerza...?
Sólo será un momento.

Tragando aire y limpiándose la nariz en la manga empapada de su vestido, ella asintió y, apoyándose en el hombro de él, avanzó tambaleándose hacia la oscuridad bajo los árboles.

Bonnet estaba recostado contra un árbol, con la cabeza inclinada a un lado. Tenía sangre en la cara, que le chorreaba por la camisa. Brianna no tuvo ninguna sensación de triunfo al verlo, sólo un infinito desagrado y un profundo cansancio.

Su padre estaba en pie y en silencio bajo el mismo árbol. Cuando la vio, dio un paso adelante y la rodeó con los brazos. Sin decir nada. Brianna cerró los ojos durante un momento de dicha, sin querer otra cosa que abandonarlo todo, dejar que él la recogiera como a una niña y la llevara a casa. Pero la habían hecho ir hasta allí por una razón; con un esfuerzo inmenso, alzó la cabeza y miró a Bonnet.

La joven se preguntó vagamente si esperaban que los felicitara. Pero luego recordó lo que Roger le había dicho cuando le describió a su padre guiando a su madre a través de la escena de la carnicería, haciéndola mirar, de modo que ella supiera que sus torturadores estaban muertos.

—De acuerdo —dijo, tambaleándose un poco—. Muy bien, quiero decir. Ya... ya veo. Está muerto.

—Bueno... no. En realidad, no. —La voz de Roger tenía un extraño tono de tensión, y luego tosió, con una mirada que se clavó en su padre.

—¿Quieres que muera, muchacha? —Su padre le tocó el hombro con delicadeza—. Estás en tu derecho.

—Si quiero... —Brianna miró a uno y al otro, con sus caras graves y sombrías; después a Bonnet, dándose cuenta de que manaba sangre de su cara. Los muertos, como su madre le había explicado, no sanguinaban.

Jamie le dijo que habían encontrado a Bonnet, lo habían perseguido como a un zorro, y se le habían echado encima. Había sido una pelea cruel, de cerca, con cuchillos, puesto que las pistolas estaban mojadas y eran inútiles. Sabiendo que estaba peleando por su vida, Bonnet se había defendido con ferocidad; había un corte teñido de rojo en el hombro del abrigo de Jamie, un rasguño en la parte alta de la garganta de Roger, donde la hoja de un cuchillo había estado a punto de seccionarle la yugular. Pero Bonnet había luchado para huir, no para matar; después de meterse en un espacio entre los árboles donde sólo uno podía llegar hasta él, había forcejeado con Jamie, lo había arrojado al suelo y luego había salido corriendo.

Roger lo persiguió, se abalanzó sobre Bonnet e hizo que el pirata se golpeara de cabeza contra el árbol contra el que ahora se recostaba.

—De modo que ahí está —dijo Jamie, mirando a Bonnet—. Tenía la

esperanza de que se hubiera roto el cuello, pero me temo que no.

—Pero está inconsciente —aclaró Roger, y tragó saliva.

Ella entendió y, en su ánimo presente, esa particular peculiaridad masculina sobre el honor le pareció razonable. Matar a un hombre en una pelea era una cosa; cortarle la garganta mientras yacía inconsciente era otra.

Pero, al parecer, Brianna no había entendido nada. Su padre limpió la daga en sus pantalones y se la entregó por la empuñadura.

—¿Qué... yo? —El cuchillo era pesado en su mano.

—Si lo deseas —dijo su padre, con una grave solemnidad—. Si no, lo haremos Roger Mac o yo. Pero es tu decisión, *a nighean*.

Ahora entendía la mirada de Roger; habían estado discutiendo al respecto, antes de que él fuera a buscarla. Y entendió exactamente por qué su padre le dejaba la decisión a ella. Ya fuera venganza o perdón, la vida de aquel hombre estaba en sus manos. Brianna tomó un profundo aliento y la conciencia de que no sería venganza la provocó algo parecido al alivio.

—Bree —dijo Roger en voz baja, tocándole el brazo—. Sólo di si quieres verlo muerto; lo haré y o.

Ella asintió y tomó un profundo aliento. Pudo oír el anhelo salvaje en su voz; él también. Pudo oír, asimismo, el sonido ahogado de su voz en su memoria, cuando le contó que había matado a Boble, cuando se despertaba por haber soñado con ello, bañado en sudor.

Miró la cara de su padre, casi ahogada en las sombras. Su madre le había dicho muy poco sobre los sueños violentos que lo acosaban desde Culloden, pero eso había bastado. Difícilmente podría pedirle a su padre que hiciera eso, que librara a Roger de lo que él mismo había sufrido.

Jamie levantó la cabeza, clavó la vista en ella. Jamie Fraser jamás se había apartado de una pelea que consideraba suya, pero ésa no lo era. De pronto Brianna cobró conciencia de otra cosa: tampoco era la pelea de Roger, aunque él estaba dispuesto a quitarle ese peso de encima.

—Si tú... si nosotros... si no lo matamos ahora mismo... —Sintió una opresión en el pecho y se detuvo para respirar—. ¿Qué haremos con él?

—Lo llevaremos a Wilmington —declaró su padre con naturalidad—. El comité de seguridad es poderoso allí, y saben que es pirata; le echarán encima todo el peso de la ley... o lo que pasa por ley en estos días.

Lo colgarían; él estaría muerto de todas maneras, pero su sangre no mancharía las manos de Roger, ni su corazón.

La luz se había esfumado. Bonnet no era más que una silueta abultada, oscuro contra el suelo arenoso.

—Dejemos que viva para que lo cuelguen, entonces —dijo en voz baja, y le tocó el brazo a Roger—. No por él. Por ti y por mí. Por nuestro bebé.

Por un instante, lamentó habérselo dicho en ese momento, en ese bosque

oscuro. Le habría gustado tanto verle la cara.

Todas las noticias que merecen ser publicadas

DE L'OIGNON-INTELLIGENCER, 25 DE SEPTIEMBRE DE 1975

PROCLAMA REAL

El 23 de agosto se emitió en Londres una proclama en la cual su majestad Jorge III declara que las colonias americanas se encuentran «en estado de abierta y manifiesta rebelión».

«NADA MÁS QUE NUESTROS PROPIOS ESFUERZOS DERROTARÁN LA SENTENCIA DE MUERTE MINISTERIAL O UNA ABYECTA SUMISIÓN.». El Congreso Continental de Filadelfia ha rechazado las objetables propuestas presentadas por lord North con la intención de facilitar la reconciliación. Los delegados de este congreso afirman de manera inequívoca el derecho de las colonias americanas de reunir partidas presupuestarias y de dar su opinión sobre su desembolso. En una parte de la declaración de los delegados puede leerse: «Ahora que el ministerio británico ha intentado conseguir sus fines y ha mantenido las hostilidades con grandes armamentos y cruelez, ¿puede el mundo llamarse a engaño y suponer que nosotros somos irrazonables, o puede vacilar en creer, junto a nosotros, que nada más que nuestros propios esfuerzos pueden derrotar la sentencia ministerial de muerte o una abyecta sumisión?».

UN HALCÓN SE LANZA PERO PIERDE SU PRESA. El 9 de agosto, el buque de guerra Falcon, al mando del capitán John Linzee, dio caza a dos goletas americanas que regresaban de las Indias Occidentales a Salem, Massachusetts. El capitán Linzee capturó una de las goletas y luego persiguió a la otra hasta el puerto de Gloucester. Las tropas que estaban en la costa abrieron fuego sobre el Falcon, que devolvió el fuego pero se vio obligado a retirarse, perdiendo ambas goletas, dos gabarras y treinta y cinco hombres.

UN FAMOSO PIRATA SENTENCIADO. Un tal Stephen Bonnet, conocido como pirata e infame contrabandista, fue juzgado ante el Comité de Seguridad de Wilmington, y después de que un número de personas presentaron testimonios de sus crímenes, fue condenado por ellos y sentenciado a muerte por ahogamiento.

UNA ALARMA se ha levantado respecto de bandas de negros que merodean por la región y han saqueado un número de granjas cerca de Wilmington y Brunswick. Los rufianes, que van armados únicamente con garrotes, han robado ganado, alimentos y cuatro cubas de ron.

EL CONGRESO CONCIBE UN PLAN PARA LA AMORTIZACIÓN DE LA MONEDA. Se están imprimiendo dos millones de dólares españoles en notas de crédito y el congreso ha autorizado otro millón, a la vez que ha anunciado un plan de amortización de esta divisa; es decir, que cada colonia debe asumir la responsabilidad de su parte de la deuda y debe amortizar la misma en cuatro cuotas, pagaderas el último día de noviembre de los años 1779, 1780, 1781 y 1782...

El olor de la luz

2 de octubre de 1775

La idea de devolver a Phaedre a River Run era inconcebible. Discutimos bastante tiempo sobre ello, y finalmente decidimos no contarle a Jocasta que su esclava había sido recuperada, aunque sí le enviamos un breve mensaje con Ian en el que le informábamos de que Brianna estaba a salvo y lamentábamos la pérdida de Joshua.

—¿Deberíamos contárselo a Neil Forbes? —había preguntado yo, pero Jamie había negado con la cabeza.

—Forbes no volverá a molestar a ningún miembro de mi familia —declaró—. Y hablarles de él a mi tía o a Duncan... Creo que Duncan ya tiene bastantes problemas; se sentiría obligado a enfrentarse a Forbes, y no le conviene meterse en un lío semejante justo ahora. En cuanto a mi tía... —No completó la frase, pero la sombría expresión de su rostro era bastante elocuente. Los MacKenzie de Leoch eran bastante vengativos, y ni él ni yo pensábamos que Jocasta era incapaz de invitar a cenar a Neil Forbes para luego envenenarlo.

—Siempre suponiendo que Neil Forbes acepte invitaciones a cenar estos días —bromeé, incómoda—. ¿Sabes qué ha hecho Ian con la..., eh...?

—Ha dicho que se la daría de comer al perro —respondió Jamie, pensativo—. Pero no sé si hablaba en serio Phaedre había quedado bastante conmocionada, tanto por sus propias experiencias como por la pérdida de Josh, y Brianna insistió en que la lleváramos al cerro con nosotros para que se recuperara, hasta que pudiéramos encontrar un buen lugar para ella.

—Tenemos que hacer que Jocasta la libere —había argumentado Bree.

—No creo que eso sea difícil —le había asegurado Jamie con un gesto adusto—, sabiendo lo que sabemos. Pero espera un poco hasta que encontremos un sitio para la muchacha. Luego me ocuparé de ello.

En realidad este asunto se resolvió solo de una manera sorprendente.

Una tarde de octubre abrí la puerta de mi casa y me encontré con tres caballos muy cansados y una mula de carga en el patio, mientras Jocasta, Duncan y el mayordomo negro Ulysses aguardaban en el umbral.

Formaban una escena tan incongruente que me quedé mirándolos con la boca abierta hasta que Jocasta dijo, con mordacidad.

—Bueno muchacha, ¿piensas quedarte ahí hasta que nos disolvamos como un

terrón de azúcar en una taza de té?

De hecho, estaba lloviendo bastante, y yo me eche hacia atrás tan rápido para dejarlos pasar que pise la pata de *Adso*. El gato soltó un maullido desgarrador que hizo salir a Jamie de su estudio y a la señora Bug y a Amy de la cocina... y a Phaedre de la consulta, donde había estado moliendo hierbas para mí.

—¡Phaedre! —A Duncan se le cayó la mandíbula, y dio dos pasos hacia ella. Se detuvo de repente, pero la alegría se le dibujo en el rostro.

—¿Phaedre? —dijo Jocasta, desconcertada.

Ulysses no dijo nada, pero la expresión de su rostro era de un terror sin matices, aunque desapareció en un segundo para ser reemplazada por su habitual porte de dignidad.

Por fin, los saqué a todos del vestíbulo. Jocasta sufrió un diplomático dolor de cabeza y Amy la escolto a la planta superior y luego la hizo meterse en la cama con una compresa fría. La señora Bug regresó a la cocina, para revisar emocionada el menú de la cena. Phaedre, que parecía espantada, desapareció, sin duda para refugiarse en la cabaña de Bree y hablarle de los inesperados visitantes, lo que significaba que serían tres más para la cena.

Ulysses fue a ocuparse de los caballos, dejando por fin solo a Duncan para que le explicara el asunto a Jamie en el estudio.

—Vamos a mudarnos a Canadá —dijo, cenando los ojos e inhalando el aroma del vaso de whisky que tenía en la mano. Daba la impresión de que las necesitaba; estaba demacrado y tenía la cara tan gris como su cabello.

—¿Canadá? —exclamó Jamie tan sorprendido como yo—. Por el amor de Dios, Duncan ¿qué has hecho?

—Es más lo que no he hecho, *Mac Dubh* —dijo.

Brianna nos había hablado de la desaparición del oro escondido, y había mencionado algo acerca de las negociaciones de Duncan con lord Dunsmore en Virginia, pero sólo en términos muy imprecisos.

—Jamás habría creído que las cosas llegarían a este punto —dijo.

De repente, los leales a la Corona habían pasado de ser una mayoría en el valle a una minoría amenazada y asustada. A algunos tipos los habían sacado literalmente de sus casas y habían tenido que refugiarse en marismas y bosques otros habían recibido palizas y estaban malheridos.

—Incluso Farquard Campbell —dijo Duncan—. El comité de seguridad lo llamó a declarar acusado de ser leal a la Corona, y lo amenazó con confiscarle la plantación. Él puso una gran cantidad de dinero como garantía de su buen comportamiento, y lo dejaron marchar... pero estuvo cerca.

Lo bastante cerca como para que Duncan estuviera tan asustado. El desastre de las armas y la pólvora prometidas lo había despojado de cualquier influencia que pudiera haber tenido con los leales a la Corona locales y lo había dejado

completamente aislado vulnerable a la siguiente oleada de hostilidades que hasta un idiota sabía que no tardaría en llegar.

De modo que se había movido para vender River Run a un precio decente, antes de que se la confiscaran. Se había quedado con un par de almacenes junto al río y unas pocas propiedades más pero se había librado de la plantación, los esclavos y el ganado y había pensado en partir a Canadá junto a su esposa como estaban haciendo muchos otros leales a la Corona.

—Hamish MacKenzie está allí, ¿sabes? —explicó—. Él y otros de Leoch se asentaron en Nueva Escocia, cuando salieron de Escocia después de Culloden. Es sobrino de Jocasta, y tenemos bastante dinero... —Hizo un vago gesto en dirección al vestíbulo donde Ulysses había dejado las alforjas—. Nos ayudará a buscar un lugar. Y si las cosas no salen bien... dicen que hay buena pesca.

Jamie sonrió ante la broma y le sirvió más whisky, pero meneó la cabeza cuando vino a verme a la consulta, antes de la cena.

—Piensan viajar por tierra hasta Virginia y, si tienen suerte, coger un barco allí hasta Nueva Escocia. Tal vez puedan salir de Newport News es un puerto pequeño y el bloqueo británico no es muy fuerte allí... o al menos eso espera Duncan.

—Oh, vaya.

Sería un viaje extenuante... Jocasta no era joven y el estado de su ojo... A mí no me caía bien Jocasta teniendo en cuenta lo que habíamos averiguado recientemente pero pensar en ella arrancada de su hogar obligada a emigrar padeciendo un dolor terrible... bueno, le hacía preguntarse a una si tal vez existía algo parecido a la venganza divina, después de todo.

—¿Y qué hay de Ulysses? ¿Y de Phaedre?

—Ah, bueno en cuanto a la muchacha. Le pedí a Duncan que me la vendiera La liberaré tan pronto pueda; tal vez luego se la mandaré a Fergus en New Bern. Él aceptó de inmediato y redactó un contrato de venta en el momento. En cuanto a Ulysses. Creo que ese asunto se arreglará solo, Sassenach.

La señora Bug bajó corriendo al vestíbulo para anunciar que la cena estaba servida, y no tuve la oportunidad de preguntarle a Jamie que había querido decir con ese comentario.

Exprimí la cataplasma de solución de hamamelide de Virginia y pimienta de Jamaica extraída en Carolina del Norte y lo deposité con delicadeza sobre el ojo de Jocasta. Ya le había dado té de corteza de sauce para el dolor, y el cataplasma no serviría de nada para el glaucoma subyacente, pero al menos la haría sentirse un poco mejor.

—¿Puedes echar una mirada a mis alforjas, muchacha? —preguntó ella, estirándose un poco para acomodarse en la cama—. Hay un paquetito allí de una hierba que tal vez te resulte interesante.

La encontré de inmediato... por el olor.

—¿De dónde diablos lo ha sacado? —le pregunté, divertida.

—De Farquard Campbell —respondió con toda naturalidad—. Cuando me dijiste que el problema estaba en mis ojos, le pregunté a Fentiman si sabía de algo que pudiera ayudar, y él me dijo que había oído en alguna parte que el cáñamo podría ser de provecho. Farquard Campbell tiene un cultivo de esto, de modo que pensé que podría intentarlo. Al parecer, sí ayuda. ¿Podrías ponérme lo en la mano, por favor, sobrina?

Fascinada, coloque el paquete de cáñamo y la pequeña pila de papeles en la mesa a su lado y guié su mano hacia esos elementos. Poniéndose cuidadosamente de costado para que no se le cayera la cataplasma, cogió un puñado de la aromática hierba, lo vertió en el centro del papel y lió un porro tan bien hecho como cualquiera de los que yo había visto en Boston.

Sin comentario alguno, le sostuve la vela para encenderlo, y ella se recostó en la almohada, ensanchando los orificios nasales cuando aspiró una profunda bocanada de humo.

Fumó en silencio durante un rato y yo me ocupe en guardar cosas, puesto que no quería que se quedara dormida y prendiera fuego a la cama. El olor punzante del humo me trajo unos recuerdos instantáneos. Varios de los estudiantes de medicina más jóvenes lo fumaban los fines de semana y llegaban al hospital con ese olor en la ropa. Algunas de las personas que ingresaban en urgencias apestaban a él. Cada tanto, yo percibía un leve rastro de ese mismo olor en Brianna, aunque jamás le hice preguntas al respecto.

Yo no lo había probado nunca, pero en ese momento descubrí que el humo era bastante relajante. De hecho demasiado relajante, de modo que me senté junto a la ventana y la entreabré para que entrara algo de aire.

Había estado lloviendo durante todo el día y el aire estaba cargado de ozono y del olor a resina de los árboles. El frío en la cara me alivió.

—Lo sabes, ¿verdad? —La voz de Jocasta me llegó suavemente.

—Lo sé —dije igualando su tono tranquilo—. No ha sido muy justo para Duncan, ¿verdad?

—No. —La palabra flotó con el humo casi sin sonido.

Jocasta alzó el cigarrillo con un gesto relajado y le dio una chupada haciendo que el extremo se encendiera de rojo. Seguí vigilándola con atención, pero al parecer sabía controlar la ceniza y cada tanto golpeaba el cigarrillo de marihuana contra el platillo que servía de base al soporte de la vela.

—Él también lo sabe —comento—. Lo de Phaedre. Finalmente se lo dije, para que dejara de buscarla. Estoy segura de que también sabe lo de Ulysses... pero no habla de ello.

Extendió la mano sin vacilar y dejó caer la ceniza del porro.

—Le dije que no lo culparía si me abandonaba, ¿sabes? Él lloró, pero

entonces paro, y declaró que en su momento había dicho « En lo bueno y en lo malo» ; como también había hecho yo, ¿no? Respondí que era cierto; entonces él dijo: « Bueno, pues». Y aquí estamos. —Se encogió de hombros levemente, y permaneció en silencio, fumando.

Volví la cara hacia la ventana y apoye la frente contra el marco. Más abajo, vi un repentino chorro de luz cuando se abrió la puerta y una oscura silueta salió rápidamente. La puerta se cerró y la perdí de vista en la negrura durante un instante, luego mis ojos se adaptaron y volví a verla justo antes de que se desvaneciera en el sendero en dirección al granero.

—Se ha marchado, ¿verdad? —Alarmada, me di la vuelta para mirar a Jocasta, y en ese momento me di cuenta de que debía de haber oido la puerta al cerrarse abajo.

—¿Ulysses? Sí, creo que sí.

Ella permaneció inmóvil durante un buen rato, con el cigarrillo encendido en la mano, sin prestarle atención. Entonces volvió a llevárselo a los labios.

—Su verdadero nombre era Joseph —dijo en voz baja, soltando el humo—. Siempre me pareció muy apropiado... puesto que su propia gente lo vendió como esclavo.

—¿Alguna vez le ha visto la cara? —le pregunte de pronto.

—No, pero siempre supe quién era —declaró en voz muy baja—. Olía a luz.

Jamie Fraser aguardó sentado pacientemente en la oscuridad de su granero. Era pequeño, con cubículos para apenas media docena de animales pero muy bien construido. La lluvia golpeaba con fuerza en el tejado y el viento gemía por los rincones, pero ni una gota conseguía atravesar las vigas del tejado y no hacía frío en su interior, gracias al calor que despedían las bestias somnolientes.

La medianoche había quedado atrás y él ya llevaba más de dos horas esperando, con la pistola cargada y preparada, descansando sobre la rodilla.

Ahí estaba, por encima de la lluvia, oyó el suave gruñido de alguien que empujaba la puerta y el rugido que ésta hizo al abrirse, dejando pasar un hálito de fría lluvia.

Permaneció sentado sin moverse.

Diviso una silueta alta que hizo una pausa contra el negro más claro de la lluviosa noche esperando que sus ojos se adaptaran a la oscuridad del interior, y luego apoyo su peso contra la dura puerta para abrirla lo bastante como para deslizarse en su interior.

El hombre había traído una linterna sorda. Corrió la pantalla y giró la linterna lentamente, dejando que el hilo de luz recorriera los compartimentos uno a uno. Los tres caballos que Jocasta había traído estaban allí, pero cansados. Jamie oyó como el hombre chasqueaba la lengua, reflexionando, mientras dirigía la luz hacia la yegua *Jerusha* y hacia *Gideon*.

Cuando se decidió, Ulysses dejó la linterna en el suelo y avanzó para correr el gancho que sujetaba la puerta del compartimento de *Gideon*.

—Te vendría bien, y yo te dejaría llevártelo —dijo Jamie.

El mayordomo lanzó un agudo gemido y se volvió, con una mirada furiosa y los puños apretados. No podía ver a Jamie en la oscuridad, pero sus oídos reconocieron la evidencia un segundo después. Respiró hondo y bajó los puños cuando se dio cuenta de quién era.

—Señor Fraser —dijo—. Me ha cogido por sorpresa.

—Bueno, ésa era precisamente mi intención —respondió Jamie en tono amable—. Supongo que pensarás marcharte.

Pudo ver los pensamientos revoloteando en los ojos del mayordomo, veloces como libélulas, preguntándose, calculando. Pero Ulysses no era ningún necio, y llegó a la conclusión correcta.

—De modo que la muchacha se lo ha contado —dijo en un tono muy sereno—. ¿Me matará usted... por el honor de su tía? —Si eso último lo hubiera dicho con el más mínimo rastro de mofa, probablemente Jamie lo habría matado, había estado indeciso durante la espera. Pero lo dijo con un tono de sencillez, y Jamie aflojó el dedo en el gatillo.

—Si fuera más joven, lo haría —declaró, igualando el tono de Ulysses «Y si no tuviera una esposa y una hija que en una ocasión llamaron amigo a un negro»—. Pero tal y como están las cosas —continuó bajando la pistola—. Estos días trato de no matar a menos que deba hacerlo. ¿Deseas negarlo? Porque no creo que pueda haber defensa.

El mayordomo negó lentamente con la cabeza. La luz brilló en su piel oscura.

—La amaba —dijo en voz baja, y extendió las manos—. Máteme. —Iba vestido para viajar, con una capa y un sombrero, un bolso y una cantimplora colgados del cinturón, pero no llevaba cuchillo. Los esclavos, incluso los que gozaban de confianza, no se atrevían a ir armados.

—Phaedre ha dicho que tú yaciste con mi tía, incluso antes de que muriera su esposo. ¿Es eso cierto?

—En efecto —dijo Ulysses en voz baja—. No lo justifico; no puedo hacerlo. Pero la amaba, y si he de morir por eso...

Jamie le creyó; su sinceridad era evidente tanto en su voz como en sus gestos. Al mismo tiempo, no bajó la guardia; Ulysses era corpulento, y rápido y un hombre que pensaba que no tenía nada que perder era muy peligroso.

—¿Adónde piensas ir? —preguntó, haciendo un gesto hacia los caballos.

—Virginia —respondió el negro—. Lord Dunsmore ha ofrecido la libertad a cualquier esclavo que se una a su ejército.

Inicialmente Jamie no tenía intención de preguntárselo, aunque era una duda que había surgido en su mente en el momento en que oyó el relato de Phaedre. Pero, ante esa invitación, no pudo resistirse.

—¿Por qué no te liberó ella? —dijo—. ¿Después de la muerte de Hector Cameron?

—Lo hizo —fue la sorprendente respuesta. El mayordomo se tocó la pechera de su abrigo—. Redactó el documento de manumisión hace casi veinte años; dijo que no podía soportar pensar que yo acudía a su cama porque debía hacerlo. Pero una solicitud de manumisión debe ser aprobada por la Asamblea, como usted sabe. Y si yo hubiese sido liberado públicamente, no podría haberme quedado a servirla.

Era cierto: un esclavo liberado estaba obligado a marcharse de la colonia en un plazo de diez días o se arriesgaba a ser tomado como esclavo nuevamente por cualquiera que así lo quisiera; la visión de grandes pandillas de negros libres merodeando por el campo hacia que tanto el Concejo como la Asamblea se cagaran encima de miedo.

—Podía elegir entre Jo... o la libertad. Y la elegí a ella.

—Sí, muy romántico —dijo Jamie con una aspereza extrema aunque, de hecho, esa manifestación lo había afectado.

Jocasta MacKenzie se había casado por obligación una vez, y luego una segunda vez; y él creía que ninguno de sus matrimonios le había proporcionado demasiada felicidad, salvo la escasa medida de satisfacción y tranquilidad que había hallado con Duncan. Su decisión le impresionaba, desaprobaba su adulterio, y estaba furioso por el engaño al que había sometido a Duncan, pero una parte de él —la parte MacKenzie, sin duda— no podía sino admirar su audacia en coger la felicidad donde pudiera.

—Bueno pues, tengo una pregunta más.

Ulysses inclinó la cabeza con solemnidad.

—¿Dónde está el oro?

Ulysses levantó la cabeza de golpe, con los ojos bien abiertos por la sorpresa. Por primera vez, Jamie sintió un rastro de duda.

—¿Cree que yo lo cogí? —dijo el mayordomo en tono de incredulidad. Pero luego su boca se torció—. Supongo que sí, después de todo.

Se quedaron contemplándose mutuamente en silencio durante un rato, haciendo un impás. Por fin, Ulysses alzó sus anchos hombros y los dejó caer desesperado.

—No puedo probar que no lo he hecho —dijo—. No puedo ofrecer más que mi palabra de honor y no tengo derecho a sostener que la tengo.

De pronto Jamie se sintió muy cansado. Los caballos y las mulas ya habían vuelto a amodorrársele, y él solo deseaba volver a su propia cama, con su esposa a su lado, también quería que Ulysses se marchara mucho antes de que Duncan se enterara de su perfidia.

—¿Lo juras por la cabeza de mi tía? —preguntó de repente. Los ojos de Ulysses lo miraron con dureza, brillantes a la luz de la linterna, pero firmes.

—Si —dijo por fin, en voz baja—. Lo juro.

Jamie estaba a punto de dejarlo marchar cuando se le ocurrió una última idea.

—¿Tienes hijos? —preguntó.

La indecisión atravesó el cincelado rostro, sorpresa y recelo, mezclados con algo más.

—Ninguno que vaya a reconocer —dijo por fin, y Jamie se dio cuenta de que era esa otra cosa desprecio, mezclado con vergüenza. Su mandíbula se tensó y el mentón se alzó ligeramente—. ¿Por qué me lo pregunta?

Jamie lo miró a los ojos durante un momento.

—Porque es sólo la esperanza de que mis hijos y los tuyos tengan una vida mejor lo que me da el coraje para hacer lo que debo hacer ahora.

La cara de Ulysses se había vuelto inexpresiva, la luz le otorgó un resplandor negro e impasible.

—Si no tienes interés en el futuro, no tienes razones para sufrir por ello. Esos hijos que podrías tener...

—Son esclavos, nacidos de mujeres esclavas. ¿Qué pueden representar para mí? —Ulysses tenía los puños apretados con fuerza contra los muslos.

—Entonces, vete —dijo Jamie en voz baja, y se hizo a un lado, haciendo un gesto hacia la puerta con el cañón de su pistola—. Muere libre, al menos.

Véintiuno de enero

21 de enero de 1776

El 21 de enero fue el día más frío del año. Había nevado unos días antes, pero este día el aire era como el cristal tallado, el cielo del amanecer era tan pálido que parecía blanco y la nieve acumulada crujía como grillos aplastados por nuestras botas. La noche anterior habíamos metido todo el ganado en el establo o el granero, con excepción de la cerda blanca, que al parecer hibernaba debajo de la casa.

Me asomé inquieto al agujero pequeño y derretido en la costra de nieve que señalaba la entrada de la cerda, desde el interior se oían unos ronquidos largos y estentóreos y un débil calor emanaba del hueco.

—Vamos, *mo nighean*. Esa criatura no se daría cuenta si la casa se le cayera encima. —Jamie venía de alimentar a los animales del establo y estaba revoloteando impaciente a mi alrededor.

—¿Que, ni siquiera si se incendiara? —dije, pero me volví obedientemente y lo seguí pasando por un lado de la casa y luego a través del amplio claro en dirección a la cabaña de Bree y Roger.

—¿Estás segura de que el hogar está apagado? —pregunto Jamie.

El vapor de su respiración flotaba en torno a su cabeza. Había perdido el gorro de lana en una cacería por lo que se había puesto una bufanda blanca de lana envuelta alrededor de las orejas.

—Sí —le asegure. Su larga nariz estaba rosada por el frío, y se retorcía sospechosamente. Hundí la cara en mi propia bufanda, soltando pequeños resoplidos que salieron como nubecillas blancas.

—¿Y la vela del dormitorio? ¿El candil de tu consulta?

—Sí —volví a asegurarle, saliendo de las profundidades de la bufanda.

Tenía los ojos llenos de lágrimas y me habría gustado secármelos, pero cargaba un gran bullo en un brazo y tenía una cesta cubierta colgando del otro. Allí se encontraba *Adso*, a quien habíamos sacado por la fuerza de la casa y que no estaba nada contento al respecto.

—Y el platillo de aceite de la despensa y la vela del aplique de la pared del vestíbulo, y el brasero de tu despacho, y el farol de aceite de pescado que usas en los establos. He revisado toda la casa minuciosamente no hay una chispa en ninguna parte.

—Bueno, todo bien —dijo entonces pero no pudo evitar dirigir una mirada de inquietud a la casa, tenía un aspecto frío y abandonado, y sus blancas tablas parecían bastante sucias en contraste con la prístina nieve.

—No será un accidente —dije—. A menos que la cerda blanca esté jugando con cerillas en su madriguera.

Eso lo hizo reír, a pesar de las circunstancias. Francamente, en ese momento las circunstancias me parecían un poco absurdas; todo el mundo parecía desierto, congelado e inmóvil bajo el cielo invernal. Nada parecía menos probable que descendiera un cataclismo sobre la casa y la destruyera en un incendio. De todas formas como Jamie había comentado más de una vez en los años que habían pasado desde que Roger y Bree mencionaran aquel siniestro recorte de periódico, « Si sabes que la casa va a incendiarse un día determinado, ¿por qué ibas a quedarte dentro? » .

De modo que no estábamos dentro. Le habíamos dicho a la señora Bug que permaneciera en su casa, y Amy McCallum y sus dos hijos ya estaban en la cabaña de Brianna, desconcertados, pero obedientes. Ian se había levantado antes del amanecer, para cortar madera y cargar leños del cobertizo; todos estarían cómodos y abrigados.

Jamie, por su parte, había estado levantado toda la noche, atendiendo a los animales, dispersando su arsenal —tampoco había una pizca de pólvora en la casa— y bajando y subiendo la escalera inquieto, alerta a cualquier crepitante de brasas en algún hogar, a cada llama de vela, a cualquier mínimo ruido que pudiera anunciar la llegada de algún enemigo.

Yo tampoco había dormido mucho, preocupada tanto por los inquietantes paseos de Jamie como por nítidas pesadillas de una conflagración.

Pero la única conflagración visible fue la que mandó una bienvenida lluvia de humo y chispas en la chimenea de Brianna, y cuando abrimos la puerta nos encontramos con el agradable calor de un hogar rugiente.

Aidan y Orrie, que se habían despertado en la oscuridad y que debían de haberse arrastrado a través del frío, se habían metido de inmediato en la camita de Jemmy, y los tres niñitos dormían profundamente, acurrucados como erizos bajo el edredón. Amy estaba ayudando a Bree con el desayuno; un sabroso olor a gachas de avena y tocino salía del hogar.

—¿Está todo bien, señora? —Amy se apresuró a coger el gran bulto que yo había traído (que consistía en mi cofre de medicinas y las hierbas más escasas y valiosas de mi consulta) y el frasco herméticamente cerrado con el último envío de fósforo blanco que lord John le había mandado a Brianna como un regalo de despedida.

—Sí —le aseguré, poniendo en el suelo la cesta con *Adso*.

Bostecé y miré la cama con nostalgia, pero me dispuse a guardar el cofre en la despensa a una altura que los niños no pudiesen alcanzar. Coloqueé el fósforo en

el anaquel más alto, bien atrás, lejos del borde, y puse un queso grande delante de él, por si acaso.

Jamie se había despojado de la capa y después de entregarle a Roger la escopeta de caza, la bolsa con municiones y el cuerno de pólvora que había traído, empezó a golpear las botas contra el suelo para quitarles la nieve. Lo vi recorrer la cabaña con la mirada, contando cabezas, y luego por fin, inhaló y asintió para sí. Todos estaban a salvo, por el momento.

La mañana transcurrió pacífica. Una vez que comimos el desayuno y levantamos la mesa, Amy, Bree y yo nos instalamos junto al fuego con una enorme pila de cosas para zurcir. *Adso* había cogido una ubicación en un anaquel alto, desde donde observaba con furia a *Rollo*, que había ocupado la camita cuando los niños salieron de ella.

Aidan y Jemmy, cada uno ahora poseedor de dos *bruums*, los hacían correr sobre la piedra del hogar, bajo la cama y entre nuestros pies. Jamie, Roger e Ian se turnaban para salir a caminar de un lado a otro y contemplar la Casa Grande, desierta en el refugio de los abetos cubiertos de nieve.

Cuando Roger volvió de una de esas expediciones, Brianna levantó la mirada de pronto del calcetín que estaba zurciendo.

—¿Qué? —dijo él, al ver su cara.

—Oh. —Ella había hecho una pausa, con la aguja en la mitad del calcetín—. Nada. Sólo era... una idea.

El tono de su voz hizo que Jamie levantara la mirada.

—¿Qué clase de idea, *a nighean*? —preguntó.

—Eh... bueno. —Se mordió el labio inferior—. Y ¿si es esta casa?

Eso nos paralizó a todos excepto a los muchachos, que continuaron arrastrándose, chirriando y *bruumeando*.

—Podría ser, ¿no? —Bree miró a su alrededor—. Lo único que decía el... la profecía... —dijo, con un gesto incómodo hacia Amy McCallum— era que «el hogar de James Fraser» ardería en llamas. Pero éste era vuestro hogar, para empezar. Y tampoco había una dirección con una calle y un número. Sólo decía «en el cerro de Fraser».

Todos la contemplaron y ella se sonrojó profundamente.

—Quiero decir... tampoco es que esos... eh... esas profecías... siempre sean precisas, ¿verdad? Podrían haber indicado mal los detalles.

Amy asintió con un gesto serio; era evidente que la imprecisión de detalles era una característica aceptada de las profecías.

Roger se aclaró la garganta; Jamie e Ian intercambiaron una mirada, luego la clavaron en el fuego, fijándose en el hogar y en la importante pila de leños secos que estaba a su lado, así como la rebosante cesta de maderitas... Los ojos de todos giraron con expectación hacia Jamie, cuyo rostro expresaba nítidamente un cúmulo de emociones contradictorias.

—Supongo que podríamos trasladarnos a casa de Arch —dijo.

Comencé a contar con los dedos.

—Tú, yo, Roger, Bree, Ian, Amy, Aidan, Orrie, Jemmy... además del señor y la señora Bug... un total de once personas. ¿En una cabaña que mide dos metros y medio por tres? —Cerré los puños y lo miré—. Nadie tendría que prenderle fuego a la casa; la mitad de nosotros ya estaríamos directamente sobre las llamas del hogar, bien encendidos.

—Mmm. Bueno, entonces... la casa de los Christie está vacía.

Amy abrió mucho los ojos, horrorizada, y todos apartaron automáticamente la mirada de todos.

—Tal vez lo mejor será que tengamos... mucho cuidado —sugirió. Todos exhalaron ligeramente, y reanudamos nuestras actividades, aunque sin la sensación inicial de comodidad y seguridad.

El almuerzo transcurrió sin incidentes, pero a media tarde se oyó un golpe en la puerta. Amy lanzó un alarido y Bree dejó caer al fuego la camisa que estaba zurciendo, Ian se puso en pie de un salto y abrió la puerta de un tirón, y *Rollo* se lanzó a su lado rugiendo y dispuesto a atacar.

Jamie y Roger se abalanzaron sobre el umbral simultáneamente, y pasaron a través de él. Todos los muchachos chillaron y corrieron hacia sus respectivas madres, quienes estaban golpeando con frenesí la camisa achicharrada como si de una víbora se tratara.

Yo me había puesto en pie de un salto, pero estaba aplastada contra la pared, sin poder pasar al otro lado de Bree y Amy. *Adso*, alarmado por el estrépito y porque yo había aparecido de improviso a su lado, siseó y me lanzó una garra que pasó muy cerca de mi ojo.

Una gran cantidad de juramentos en varios idiomas venían desde el umbral, acompañados de una serie de agudos ladridos de *Rollo*. Todos parecían completamente enfadados pero no había ruido de conflicto. Me deslicé a un costado del nudo de madres e hijos y me asomé afuera.

El mayor MacDonald, completamente empapado y cubierto de nieve y barro, gesticulaba en dirección a Jamie con bastante energía, mientras Ian contenía a *Rollo*, y Roger hacia un gran esfuerzo por no echarse a reír.

Jamie, observando al mayor con una profunda sospecha, lo invitó a pasar. El interior de la cabaña olía a tela quemada, pero el mayor nos saludó a todos con una cordialidad bastante sincera. Con muchos aspavientos, accedió a despojarse de sus ropas empapadas y a secarse. Luego, y a falta de una alternativa mejor, se cubrió provisionalmente con una camisa y un par de pantalones de Roger.

Una vez que se le ofreció alimento y whisky y que él los aceptó, todos los habitantes de la casa clavarón colectivamente sus ojos en el mayor y esperaron a que él les contara qué lo había traído a las montañas en pleno invierno.

Jamie intercambió una breve mirada conmigo, dando a entender que podía

arriesgar una hipótesis. También yo.

—Señor, he venido —dijo MacDonald formalmente— a ofrecerle el mando de una compañía de milicianos bajo las órdenes del general Hugh MacDonald. Las tropas del general están reuniéndose en este preciso momento y emprenderán la marcha a Wilmington a finales de mes.

Sentí una profunda aprensión al oírlo. ¿Significaba eso que la ayuda que el gobernador Martin había solicitado, las tropas de Irlanda, desembarcarían dentro de pocos días para reunirse con las del general MacDonald en la costa?

—Las tropas del general —dijo Jamie, avivando las llamas.

Él y MacDonald se habían ubicado cerca del fuego, mientras Roger e Ian se disponían a ambos lados de ellos. Bree, Amy y yo nos subimos a la cama donde nos quedamos sentadas, observando la conversación con una mezcla de interés y alarma, mientras los niños se retiraban debajo de la mesa.

—¿De cuantos hombres cree usted que dispone, Donald?

Ví que MacDonald titubeaba, debatiéndose entre la verdad y el deseo. Pero tosió y declaró con naturalidad.

—Tenía poco más de mil cuando lo dejé. Pero usted sabe bien que una vez que comencemos a movernos, se unirán otros. Muchos otros. En especial —añadió significativamente—, si hay caballeros como usted al mando.

Jamie no respondió de inmediato. Con aire meditativo, empujó con el pie un fragmento de madera en el fuego.

—Pólvora y municiones? —pregunto—. ¿Armas?

—Sí, bueno, hemos sufrido una desilusión en ese sentido. —MacDonald bebió un sorbo de whisky— Duncan Innes nos había prometido una buena cantidad... pero, finalmente, se vio obligado a renegar de su promesa.

El mayor apretó los labios con fuerza y la expresión de su cara me hizo pensar que tal vez Duncan no había reaccionado de manera exagerada en su decisión de mudarse a Canadá.

—De todas formas —continuó MacDonald, más animado—, tampoco vamos tan escasos en ese material. Y esos galantes caballeros que se han sumado a nuestra causa, así como los que se sumarán, traerán con ellos sus propias armas y su coraje. ¡Usted, más que nadie, sabrá apreciar la fuerza de una carga de highlanders!

Jamie levantó la mirada y contempló a MacDonald.

—Sí, bueno. Usted estaba detrás de los cañones en Culloden, Donald. Yo estaba delante. Con una espada en la mano. —Alzó su propio vaso y lo vacío, luego se levantó y fue a servirse otro, dejando que MacDonald recuperara la compostura.

—*Touché*, mayor —murmuró Brianna entre dientes. No creí que Jamie se hubiera referido antes al hecho de que el mayor había combatido junto a las fuerzas gubernamentales durante el Alzamiento, pero no me sorprendió que no lo

hubiera olvidado.

Con un breve gesto hacia el grupo, Jamie salió al exterior, con la razón manifiesta de visitar el retrete, pero más probablemente para verificar el bienestar de la casa. Y, todavía más probablemente para darle a MacDonald un poco de espacio para respirar.

Roger, con la cortesía de un anfitrión —y con el contenido interés de un historiador—, estaba haciéndole preguntas a MacDonald sobre el general y sus actividades. Ian, impasible y alerta, permanecía sentado a sus pies, acariciándole el cuello a *Rollo*.

—Pero ¿el general no es bastante mayor para semejante campaña? En especial, una campaña invernal.

—Cada tanto sufre algún catarro —admitió MacDonald—. Pero ¿quién no, con este clima? Y Donald McLeod, su teniente, es un hombre vigoroso. Le aseguro, señor, que si el general se indispusiera en algún momento, el coronel McLeod es más que capaz de llevar las tropas a la victoria.

Continuó elogiendo en detalle las virtudes de Donald McLeod. Dejé de escuchar cuando un súbito movimiento en el anaquel me distrajo. *Adso*.

La casaca roja de MacDonald estaba tendida sobre el respaldo de una silla para que se secara. Su peluca, húmeda y despeinada por el ataque de *Rollo*, colgaba sobre el perchero para abrigos encima de aquélla. Me levanté de prisa y cogí la peluca, recibiendo una mirada de extrañeza por parte del mayor y una hostil de los ojos verdes de *Adso*.

—Eh... yo sólo... mmm... la pondré en un lugar seguro, ¿de acuerdo? —Me deslicé al exterior y rodeé la casa hasta llegar a la despensa, donde guardé la peluca detrás del queso y junto al fósforo.

Al salir, me encontré con Jamie, con la nariz roja de frío, que venía de hacer un reconocimiento en la Casa Grande.

—Todo está bien —me aseguró. Levanté la mirada hacia la chimenea que estaba sobre nosotros—. No creerás que la muchacha tiene razón, ¿verdad?

—Sólo Dios lo sabe. ¿Cuánto falta para el amanecer?

Las sombras ya estaban alargándose, violetas y frías sobre la nieve.

—Demasiado.

También él tenía sombras violetas en la cara, por haber pasado toda una noche sin dormir; ésa sería otra. Me abrazó durante un momento y sentí su calor a pesar de que no llevaba nada encima de la camisa, salvo la tosca chaqueta que usaba para trabajar en el campo.

—No supondrás que MacDonald volverá y prenderá fuego a la casa si me niego, ¿verdad? —preguntó, soltándome con una sonrisa.

—¿Quéquieres decir con «si»? —exigi saber, pero él ya estaba regresando.

MacDonald se puso en pie en un gesto de respeto cuando Jamie entró y esperó hasta que él se hubo sentado antes de hacer lo propio.

—¿Ha reflexionado sobre mi oferta, señor Fraser? —preguntó con solemnidad—. Su presencia sería muy valiosa, y tanto el general MacDonald como el gobernador y yo mismo la apreciaríamos mucho.

Jamie se quedó en silencio un momento, contemplando el fuego.

—Me apena que nos encontremos en posiciones tan opuestas, Donald —dijo por fin, levantando la mirada—. Pero usted no puede ignorar mi posición en este aspecto. Yo ya me he manifestado al respecto.

—Sé lo que ha hecho. Pero no es demasiado tarde para remediarlo. Aún no ha hecho nada que sea irrevocable y un hombre puede sin duda, admitir que se ha equivocado.

—Oh si, Donald ¿Podría usted admitir su propio error entonces, y unirse a mí en la causa por la libertad?

McDonald se irguió.

—Tal vez le resulte divertido bromear sobre esto, señor Fraser —dijo, evidentemente controlando su temperamento—. Pero mi oferta era en serio.

—Lo sé, mayor. Le pido disculpas por mi inapropiada ligereza y también por el hecho de que debo recompensar su esfuerzo de una manera tan poco satisfactoria teniendo en cuenta que ha venido usted a verme con un tiempo tan aciago.

—¿Rechaza mi oferta, pues? —Unas manchas rojas ardieron en las mejillas de MacDonald—. ¿Abandonará a sus parientes a su propia gente? ¿Traicionará usted a su propia sangre, así como su juramento?

Jamie había abierto la boca para responder, pero se detuvo al oír esas palabras. Sentí que algo tenía lugar en su interior ¿Impresión por aquella acusación categórica y precisa? ¿Vaciación? Él jamás había discutido la situación en esos términos pero debía de haberlos considerado. La mayoría de los highlanders de la colonia o bien ya se habían sumado al bando leal a la Corona —como Duncan y Jocasta— o lo harían con toda probabilidad.

Su declaración lo había aislado de una gran cantidad de amigos, y bien podría separarlo de los restos de su familia en el Nuevo Mundo. En ese momento, MacDonald estaba enseñándole la manzana de la tentación, la llamada del clan y de la sangre.

Pero él había tenido varios años para pensar en ello, para prepararse.

—He dicho lo que debía Donald —dijo en voz baja—. Me he comprometido a mí mismo y mi casa con lo que creo correcto. No puedo hacer otra cosa.

MacDonald se quedó sentado un momento, mirándolo con los ojos entornados. Luego sin decir palabra se puso en pie y se quitó la camisa de Roger por encima de la cabeza. Tenía el torso pálido y delgado pero revelaba la ligera blandura de la mediana edad en la cintura. Se le veían varias cicatrices blancas, marcas de heridas de bala y cortes de sable.

—No pensará usted marcharse. ¿No es cierto, mayor? ¡Hace un frío terrible

y ya casi es de noche!

Me puse en pie junto a Jamie y Roger y Bree también se incorporaron sumando sus protestas a la mía. Pero MacDonald se había obstinado y se limitaba a menear la cabeza al tiempo que se ponía sus propias ropas mojadas.

—No aceptaré hospitalidad de la mano de un traidor, señora —dijo en voz muy baja y luego me hizo una reverencia. Después se irguió y miro a Jamie a los ojos de hombre a hombre—. Ya no volveremos a encontramos como amigos, señor Fraser —dijo—. Lo lamento.

—Entonces ojalá nunca volvamos a encontramos, mayor —repuso Jamie—. Yo también lo lamento.

MacDonald volvió a hacer una reverencia al resto del grupo, y se encasquetó el gorro en la cabeza. Su expresión cambió al sentir el frío húmedo del sombrero en la cabeza.

—¡Oh, su peluca! Un momento, mayor... Iré a buscarla.

Salí corriendo y rodeé la despensa, justo a tiempo para oír un golpe cuando algo caía en su interior. De un tirón abrí la puerta que había dejado entreabierta en mi anterior visita y *Adso* pasó corriendo por mi lado, con la peluca del mayor en la boca. Dentro el armario brillaba con llamas azules.

Al principio me había preguntado cómo podría mantenerme despierta toda la noche. Finalmente, no fue nada difícil. Después de las llamaradas ni siquiera estaba segura de que alguna vez volvería a dormir.

Podría haber sido mucho peor, el mayor MacDonald a pesar de que había pasado a ser un enemigo declarado, acudió noblemente en nuestro auxilio, arrojando su capa todavía mojada sobre la llamarada evitando de esa manera la destrucción total de la despensa y, sin duda de la cabaña. Pero la capa no apagó el fuego del todo, y extinguir las llamas que surgían aquí y allá había exigido una buena cantidad de excitación y carreras, en el transcurso de las cuales Orrie McCallum se perdió y cayó en el pozo del horno donde después de muchos frenéticos minutos, lo encontró *Rollo*.

Lo sacamos de allí ilesos, pero el escándalo hizo que Brianna sintiera que se le habían adelantado las labores del parto. Por suerte, en realidad no era más que un hipótesis bastante fuerte provocado por la combinación de tensión nerviosa y la ingestión de *choucroute* y pastel de manzanas, productos por los cuales había desarrollado un reciente antojo.

—Conque inflamable... —Jamie miro los restos carbonizados del suelo de la despensa, y luego a Brianna, quien había salido a ver que podía rescatarse de los restos humeantes. Es un milagro que no hayas reducido a cenizas toda la cabaña muchacha.

Ella emitió un « ¡hic! » reprimido y lo miró con furia.

—¿Yo? Mejor que no trates de... ¡hic!... echarme la... ¡hic!... culpa de esto.

—¿Acaso fui yo quien puso la... ¡hic!... peluca del mayor junto al...?

—¡Buu! —grito Roger lanzándole una mano a la cara.

Ella soltó un alarido y lo golpeó, Jemmy y Aidan salieron corriendo para ver que ocurría y empezaron a bailar a su alrededor gritando « ¡Buu! ¡Buu! » como una pandilla de fantasmas en miniatura.

Bree con un peligroso resplandor en los ojos, se agachó y recogió un puñado de nieve. En un instante lo moldeó hasta formar una bola, que lanzó a la cabeza de su marido con una precisión mortal. Le acertó justo entre los ojos y la nieve explotó en una lluvia que dejó copos blancos colgando de sus cejas y gotas de nieve derretida cayendo por sus mejillas.

—¡Eh! —dijo en tono incrédulo—. ¿Por qué has hecho eso? Yo sólo intentaba... ¡eh! —Se agachó para esquivar la siguiente, pero fue acribillado en las rodillas y la cintura por un puñado de nieve lanzado a corta distancia por Jemmy y Aidan, que estaban completamente descontrolados.

Después de recibir con modestia nuestro agradecimiento por su ayuda, pudimos convencer al mayor de que aceptara la hospitalidad de la cabaña, entendiendo que era Roger, y no Jamie, quien se la ofrecía. Nos hizo una reverencia rígida por toda respuesta cuando Jamie y yo nos despedimos de él y luego entró arrastrándose en la cabaña, aferrando en una mano los restos embarrados de peluca que había dejado *Adso*.

La noche estaba silenciosa cuando avanzamos en medio de la nevada hacia nuestra propia casa. El cielo había adoptado un tono lavanda rosáceo y los copos flotaban a nuestro alrededor.

La casa se cernía ante nosotros, muda, con las ventanas oscuras. La nieve giraba en pequeños remolinos en el porche y se apilaba en los alféizares.

—Supongo que debe de ser más difícil que se declare un incendio si está nevando, ¿no crees?

Jamie se agachó para abrir el cerrojo de la puerta principal.

—No me importa mucho si esta casa estalla en llamas por combustión espontánea, Sassenach, siempre que pueda cenar antes.

—¿Tenías en mente una cena fría? —pregunté con expresión de duda.

—No —respondió con firmeza—. Tengo la intención de encender un gran fuego en el hogar de la cocina, freír una docena de huevos en manteca y comérmelos todos, luego tumbarme sobre la alfombra junto al hogar y follarte hasta que... ¿Te parece bien? —preguntó, al ver mi mirada.

—¿Hasta qué? —pregunté, fascinada.

—Hasta que tú estalles en llamas y me lleves contigo, supongo —dijo, y se agachó, me alzó en brazos y me llevó a través del oscuro umbral.

El violador de juramentos

2 de febrero de 1776

Los convocó a todos, y vinieron. Los jacobitas de Ardsuir, los pescadores de Thurso, los marginales y oportunistas que habían venido a instalarse en el cerro en el transcurso de los últimos seis años. Había convocado a los hombres, y la mayoría acudieron solos, atravesando bosques mojados y senderos embarrados. Pero también vinieron algunas esposas, curiosas, aunque se quedaron atrás y permitieron que Claire las hiciera pasar a la casa una a una.

Los hombres se quedaron en el patio, y Jamie lo lamentó; el recuerdo de la última vez que se habían reunido allí estaba demasiado fresco en la mente de todos. Pero no había alternativa: eran demasiados para que cupieran en la casa. Además, era pleno día, no de noche, aunque él vio que más de un hombre giraba la cabeza para mirar los castaños, como si el fantasma de Thomas Christie, siguiera allí dispuesto a caminar una vez más entre la multitud.

Se santiguó y pronunció una oración apresurada como hacia siempre que pensaba en Tom Christie, luego salió al porche. Habían estado hablando entre sí pero las conversaciones se apagaron cuando él apareció.

—He recibido un mensaje en el que se me solicita que me traslade a Wilmington —les dijo Jamie sin preámbulos—. Me incorporaré a las milicias y llevaré conmigo a aquellos hombres que me acompañen voluntariamente.

Todos lo miraron con la boca abierta.

—Iremos como milicianos, pero no os ordeno que me sigáis.

La mayoría seguía parpadeando, pero uno o dos ya empezaban a salir de su asombro.

—¿Se declara usted rebelde, *Mac Dubh*? —Era Murdo, bendito fuera. Leal como un perro, pero de pensamiento lento.

—Sí, Murdo, en efecto. Soy rebelde. Como lo será cualquier hombre que marche conmigo.

Eso generó un buen número de murmullos y miradas de duda. Aquí y allá, entre la multitud Jamie captó la palabra «juramento», y se preparó para la pregunta obvia.

Pero lo desconcertó quien fue el que la hizo Arch Bug se irguió cuan alto era y se puso firme.

—Usted le ha hecho un juramento al rey, *Seumais mac Brian* —dijo, con

una voz inesperadamente aguda—. Como todos nosotros.

Se oyó un murmullo de aprobación y unos rostros se volvieron hacia él, con el ceño fruncido y una expresión de intranquilidad. Jamie tomó un aliento profundo y sintió un nudo en el estomago. Incluso en ese momento, con lo que sabía, violar la promesa que había hecho públicamente lo hizo sentirse como si estuviera de pie sobre un peldaño inexistente.

—Es cierto —admitió—. Pero fue un juramento obligado cuando éramos cautivos, no uno que hicéramos como hombres de honor.

De eso no había ninguna duda; de todas formas era un juramento, y los highlanders no se tomaban ningún juramento a la ligera « Que yo muera y sea enterrado lejos de mi familia... ». Juramento o no, pensó con melancolía, era probable que finalmente ése fuera el destino de todos ellos.

—Pero fue un juramento de todas maneras, señor —repuso Hiram Crombie, apretando los labios—. Hemos jurado ante Dios. ¿Nos pide que olvidemos algo así? —Varios de los presbiterianos murmuraron su aprobación acercándose a Crombie para demostrar apoyo.

Jamie volvió a respirar hondo y sintió que el vientre se le tensaba.

—No pido nada. —Y, sabiendo muy bien lo que hacía volvió a recurrir a las antiguas armas de la retórica y el idealismo—. He dicho que el juramento de lealtad al rey fue un juramento arrancado. Esa clase de juramento no tiene poder alguno, puesto que ningún hombre jura libremente a menos que el mismo sea libre.

Nadie gritó expresando desacuerdo de modo que continuó.

—Vosotros conocéis la Declaración de Arbroath, ¿verdad? Hace cuatrocientos años, nuestros padres, nuestros abuelos, pusieron la mano sobre estas palabras: « ... puesto que, mientras cien de nosotros sigamos vivos, jamás, bajo ninguna condición, permaneceremos sujetos al dominio inglés. En verdad, no es por la gloria, ni por la riqueza, ni por el honor que combatimos, sino por la libertad... sólo por eso a lo que ningún hombre honrado renuncia si sigue con vida» .

En ese momento se detuvo. No por el efecto que estaba causando a los hombres a los que les hablaba, sino por las palabras mismas... puesto que, al pronunciarlas, se había encontrado de improviso cara a cara ante su propia conciencia.

Hasta ese momento, había albergado dudas sobre las justificaciones de la revolución, y todavía más sobre sus fines, se había visto obligado a unirse a la causa rebelde por lo que le habían dicho Claire, Brianna y Roger Mac. Pero al pronunciar aquellas palabras tan antiguas, encontró la convicción que pensaba que fingía tener, y se dio cuenta de que ciertamente iría a combatir por algo más que el bienestar de su propia gente.

« Y terminaréis igual de muertos, finalmente —pensó, resignado—. No

esperaba que doliera menos saber que es por una buena causa pero tal vez sí».

—Partiré dentro de una semana —dijo en voz baja, y los dejó atrás, contemplándolo.

Había esperado que sus hombres de Ardsuir lo acompañaran: los tres humanos Lindsay, Hugh Abernathy, Padraic MacNeill y el resto. A quienes no esperaba, pero se alegró de recibirlos a su lado, fueron Robin McGillivray y su hijo Manfred.

Al parecer, Ute McGillivray lo había perdonado, pensó, sintiéndose divertido. Junto a Robin y Freddie habían venido quince hombres de las profundidades de Salem, todos parientes de la temible *Frau*.

Pero la gran sorpresa fue Hiram Crombie, el único de los pescadores que había decidido sumarse a él.

—He orado sobre este asunto —le informó—, y creo que tiene usted razón sobre el juramento. Supongo que logrará que nos cuelguen y que quemen nuestros hogares... pero de todas maneras iré.

Los demás habían decidido lo contrario. No los culpó. Después de haber sobrevivido a las consecuencias de Culloden, la peligrosa travesía hasta las colonias y las adversidades del exilio, lo último que cualquier persona sensata desearía hacer era alzarse en armas contra el rey.

Pero la mayor sorpresa lo aguardaba cuando su pequeña compañía salió cabalgando de Cooperville y cogió el camino que iba al sur.

Un grupo de hombres, alrededor de cuarenta, estaba esperando en la encrucijada. Jamie se acercó cautelosamente y uno de ellos salió de entre la multitud y se le acercó: era Richard Brown, pálido y sombrío.

—Me he enterado de que irá a Wilmington —dijo Brown sin preámbulos—. Si está de acuerdo, mis hombres y yo cabalgaremos con usted. —Tosió y añadió—: A sus órdenes, desde luego.

A sus espaldas, oyó un pequeño «¡ejem!» de Claire, y reprimió una sonrisa. Miró a Roger Mac y su yerno le hizo un pequeño gesto de asentimiento. La guerra creaba extraños compañeros de cama; Roger Mac lo sabía tan bien como él.

—Bienvenidos, pues —dijo—. Usted y sus hombres.

Nos encontramos con otra compañía de milicianos cerca de un lugar llamado Moore's Creek, y acampamos junto a ellos bajo los pinos de hojas largas. El día anterior había caído una fuerte tormenta de hielo y el suelo estaba lleno de hojas caídas, algunas tan grandes como mi cintura. Eso hacía difícil la travesía, pero tenía sus ventajas, en cuanto a hacer fogatas.

Yo estaba arrojando un montón de ingredientes reunidos de prisa en el caldero, para preparar un guiso y escuchando al comandante de la otra milicia,

Robert Borthy, que estaba hablándole a Jamie del estado del Regimiento de Emigrantes de las Highlands, nombre por el que se conocía formalmente a nuestros adversarios.

—No pueden ser más de quinientos o seiscientos en total —decía con un desdén burlón—. El viejo MacDonald y sus edecanes llevan varios meses tratando de reclutarlos en el campo, y supongo que el esfuerzo debe de haber sido similar a recoger agua con un colador.

En una ocasión, Alexander McLean, uno de los edecanes del general, había establecido un punto de encuentro y había convocado allí a todos los highlanders y a los inmigrantes de ascendencia escocesa e irlandesa, proporcionando astutamente una cuba de alcohol como incentivo. Se habían presentado unos quinientos hombres, pero apenas dieron cuenta del alcohol, volvieron a esfumarse, dejando a McLean solo y perdido.

—El pobre hombre vagabundeo durante casi dos días, buscando el camino hasta que alguien se compadeció de él y lo llevó de regreso a la civilización. —Borthy, un provinciano campechano con una espesa barba marrón aceptó una jarra de cerveza antes de continuar.

—Dios sabe dónde está el resto. He oído que las tropas del viejo MacDonald son en su mayor parte emigrantes recién llegados, el gobernador les hizo jurar que tomarían las armas para defender la colonia antes de adjudicarles tierras. La mayoría de esos pobres acaban de bajar del barco de Escocia, no pueden distinguir el norte del sur, mucho menos dónde están.

—Oh, yo sé dónde están aunque ellos no lo sepan. —Ian entró en el círculo de luz de la hoguera, mugriente pero alegre. Había estado llevando mensajes entre distintas compañías de milicianos que convergerían sobre Wilmington, y su declaración provocó un gran interés.

—¿Dónde? —Richard Brown se inclinó interesado.

—Vienen por la carretera de Negro Head Point, marchando como un auténtico regimiento —dijo Ian, desplomándose en un taburete—. ¿Hay algo caliente para beber, tía? Estoy congelado y muerto de sed, las dos cosas.

Había un desagradable líquido oscuro, al que llamábamos «café», y que habíamos preparado hirviendo bellotas quemadas. Con una expresión de duda le serví una taza, pero él la consumió con claras muestras de gozo, relatando mientras tanto, los resultados de sus expediciones.

—Tenían la intención de avanzar describiendo un círculo hacia el oeste, pero los hombres del coronel Howe llegaron antes y les cortaron el paso. De modo que continuaron a campo traviesa, con la esperanza de cruzar el vado... pero el coronel Moore hizo avanzar a sus hombres a marchas forzadas durante toda la noche para adelantárselas.

—¿No intentaron enfrentarse ni a Howe ni a Moore? —preguntó Jamie.

—Ni siquiera se acercaron. El coronel Moore dice que no tienen intención de

combatir hasta que lleguen a Wilmington, esperan refuerzos allí.

Los refuerzos esperados eran presumiblemente las tropas regulares británicas prometidas por el general Gage. Pero un jinete de Brunswick con quien nos habíamos encontrado un día antes nos había dicho que no había llegado ningún barco cuando él salió de la costa, cuatro días atrás. Si recibían algún refuerzo tendría que venir de parte de los leales a la Corona locales y, a juzgar por los rumores e informes, éstos eran pocos y débiles.

—Bueno. Entonces están encerrados por ambos lados, ¿no? Sólo pueden avanzar en línea directa por la carretera; podrían llegar al puente mañana a última hora.

—¿A qué distancia se encuentra, Ian? —preguntó Jamie, mirando con los ojos entornados el panorama de pinos. Eran arboles muy altos y la pradera que los rodeaba era muy abierta; muy apropiada para cabalgar.

—Tal vez a medio día de cabalgata.

—Bueno. —Jamie se relajó—. Entonces tenemos tiempo para dormir un poco.

Alcanzamos el puente de Moore's Creek al mediodía del dia siguiente y nos unimos a la compañía comandada por Richard Caswell, que saludó a Jamie con gran placer.

El regimiento de las Highlands no estaba a la vista, pero llegaban partes regulares que informaban de su constante avance por la carretera de Negro Head Point, una vía ancha, para carroajes, que llegaba directamente al sólido puente de madera que cruzaba el arroyo de la viuda Moore.

Jamie, Caswell y varios de los otros comandantes estaban caminando por la ribera de un lado a otro, señalando el puente y los extremos de la orilla. El arroyo atravesaba un terreno traicionero y pantanoso, con cipreses que se extendían desde el agua y el barro. Pero se hacia más profundo a medida que se estrechaba; según la plomada que un alma curiosa dejó caer al agua desde el puente, tenía cuatro metros y medio de profundidad en ese punto; y el puente era el único lugar posible para que lo cruzara un ejército de ese tamaño.

Lo que en gran medida explicaba el silencio de Jamie después de la cena. Él había ayudado a construir un pequeño terraplén al otro lado del arroyo, y tenía las manos manchadas de tierra... y grasa.

—Tienen cañones —dijo en voz baja, viéndome examinar las manchas de sus manos—. Dos pequeños, de la ciudad... pero cañones, en cualquier caso. —Miró hacia el puente e hizo una ligera mueca.

«Usted estaba detrás de los cañones en Culloden, Donald —le había dicho al mayor—. Yo estaba delante. Con una espada en la mano». Las espadas eran las armas naturales de los highlanders y, para la mayoría, probablemente las únicas de las que disponían. Por lo que sabíamos, el general MacDonald había logrado

reunir tan sólo una pequeña cantidad de mosqueteros y pólvora; la mayor parte de sus tropas iban armadas con sables y *targes*, escudos escoceses de combate. Y marchaban directamente hacia una emboscada.

—Oh Dios mío —dijo Jamie, en tono bajo—. Pobres tontos. Pobres valientes.

Las cosas se pusieron todavía peor cuando cayó el crepúsculo. La temperatura había subido desde la tormenta de hielo, pero el terreno estaba empapado; durante el día la humedad se levantó, pero cuando anocheció se condensó en una niebla tan espesa que hasta las fogatas eran apenas visibles, cada una de ellas brillando como una brasa oscura en la bruma.

La excitación pasaba entre los milicianos como una fiebre, a medida que las nuevas condiciones atmosféricas daban lugar a nuevos planes.

—Ahora —dijo Ian en voz baja—. Caswell está listo.

Ya habíamos guardado todas las provisiones que teníamos; cargando armas, pólvora y alimentos, ochocientos hombres, junto con una cantidad imprecisa de seguidores, como yo misma, avanzamos en silencio a través de la bruma en dirección al puente, dejando las fogatas encendidas atrás.

No estaba segura de dónde se encontraban en ese preciso momento las tropas del general MacDonald; podrían haberse quedado en la carretera, o tal vez se habían desviado, acercándose al borde del pantano para efectuar un reconocimiento. Buena suerte para ellos, en ese caso, pensé. Tenía el estómago contraído por la tensión cuando avancé por el puente; la niebla y el silencio parecían crear la necesidad de secreto y movimientos furtivos.

Metí un dedo del pie en una tabla irregular y me abalancé hacia adelante, pero Roger, que caminaba a mi lado, me agarró del brazo y me enderezó. Le apreté el brazo a él, quien sonrió un poco, con el rostro apenas visible en la bruma, aunque estaba a no más de treinta centímetros.

Él sabía lo que ocurriría. De todas formas, percibí en él una fuerte excitación, mezclada con temor. Aquella sería su primera batalla.

Al otro lado, nos dispersamos para establecer nuevos campamentos en las colinas sobre el terraplén circular que los hombres habían construido a menos de cien metros del arroyo. Pasé lo bastante cerca de los cañones como para ver sus alargados hocicos, asomando a través de la niebla; madre Covington y su hija, llamaban los hombres a los dos cañones; me pregunté cuál sería cuál, y quién habría sido la madre Covington original. Una dama temible, supuse o, probablemente, la propietaria del burdel local.

Fue fácil encontrar leña; la tormenta de hielo había llegado a los pinos cerca del arroyo. Pero, por otro lado, estaba condenadamente húmeda, y yo no estaba dispuesta a pasarme una hora de rodillas con la caja de la yesca. Por suerte, nadie podía ver lo que yo estaba haciendo en esa niebla y, a hurtadillas, saqué una pequeña lata de las cerillas de Brianna de mi bolsillo.

Mientras soplaban las maderitas, oí una serie de chirridos extraños y desgarradores procedentes del puente, y me enderezé, mirando colina abajo. No pude ver nada pero casi de inmediato me di cuenta de que era el sonido de clavos cediendo cuando arrancaban las tablas; estaban desmantelando el puente.

Me pareció que había pasado mucho tiempo cuando Jamie vino a buscarme. Rechazó la comida, pero se sentó contra un árbol y me indicó con un gesto que me acercase. Me senté entre sus rodillas y me recosté contra su pecho, agradeciendo su calor; la noche era fría, con una humedad que se te metía dentro y enfriaba la médula de los huesos.

—Seguramente verán que el puente no está, ¿verdad? —dije, después de un largo silencio lleno de los innumerables ruidos provenientes de los hombres que trabajaban más abajo.

—Si la niebla dura hasta la mañana, no, y así será.

Nos quedamos juntos en silencio durante un rato observando el juego de las llamas en la niebla.

—¿Crees en fantasmas, Sassenach? —preguntó Jamie de pronto.

—Eh... bueno, podríamos decir que si —dije. Yo sabía que él también, después de todo, era un highlander—. ¿Por qué? ¿Has visto alguno?

—No diría que lo he «visto» —respondió, pensativo—. Pero, maldita sea, estoy seguro de que está por allí.

—¿Quién? —pregunté, bastante sorprendida al oírlo.

—Murtagh —dijo, asombrándome todavía más—. Desde que cayó la niebla he tenido la peculiar sensación de que él estaba justo a mi lado.

—¿En serio?

La idea era fascinante, pero al mismo tiempo me hacía sentir muy inquieta Murtagh, el padrino de Jamie, había muerto en Culloden y —por lo que yo sabía — no se había manifestado desde entonces. No dudaba de su presencia; Murtagh había tenido una personalidad extremadamente fuerte —aunque adusta—, y si Jamie decía que estaba allí, era probable que estuviera en lo cierto. Lo que me inquietaba era el motivo de esa presencia.

Me concentré un rato, pero por mi parte no tuve ninguna percepción de aquel pequeño y aguerrido escocés. Era evidente que sólo estaba interesado en Jamie. Eso me asustó.

Si bien la conclusión de la batalla del día siguiente era previsible, una batalla era una batalla, y también podrían morir hombres del bando ganador. Murtagh había sido el padrino de Jamie, y se tomaba muy en serio sus obligaciones hacia su ahijado. Esperé sinceramente que no hubiera recibido la noticia de que Jamie estaba a punto de morir y que se hubiera presentado para llevarlo al cielo, las visiones en la víspera de una batalla eran bastante habituales en la tradición de las Highlands, pero Jamie dijo que no había visto a Murtagh. Supuse que eso contaría para algo.

—Él... eh... no te ha dicho nada, ¿verdad?

—No, solo... está ahí.

De hecho, daba la impresión de que esa «presencia» lo reconfortaba, de modo que no manifesté mis propias dudas y temores. Aun así, los tenía, y pase el resto de aquella corta noche apretada con fuerza contra mi marido, como desafiando a Murtagh o a cualquier otro a quitármelo.

Los fantasmas de Culloden

Al amanecer, Roger estaba detrás del terraplén junto a su suegro, mosquete en mano forzando la vista para atisbar en la niebla. Los sonidos de un ejército le llegaron claramente, un sonido transportado por la bruma. El avance medido de unos pies el tintineo del metal y el crujido de la ropa; voces, los gritos de los oficiales, empezando a concentrar las tropas.

A esas alturas ya habrían encontrado las hogueras abandonadas, sabrían que el enemigo estaba al otro lado del arroyo.

En el aire flotaba un fuerte olor a sebo; los hombres de Alexander Lillington habían engrasado las maderas de apoyo, después de quitar las tablas. Sintió que llevaba horas aferrando su arma, y sin embargo el metal seguía frío en su mano, tenía los dedos rígidos.

—¿Has oido los gritos? —Jamie hizo un gesto en dirección a la niebla que ocultaba la otra orilla. El viento había cambiado; de detrás de los fantasmales troncos de los cipreses no le llegaban más que frases inconexas en gaélico que no podía descifrar. Jamie, si.

—El que los dirige... creo que es McLeod, por la voz... piensa lanzarse sobre el arroyo —dijo.

—Pero ¡eso es un suicidio! —exclamó Roger—. Seguramente lo saben... sin duda alguien había visto el puente, ¿no?

—Son highlanders —respondió Jamie, sin levantar la voz, con los ojos en la baqueta que había corrido de su soporte—. Seguirán al hombre a quien han jurado lealtad, incluso aunque los lleve a la muerte.

Ian estaba cerca; miro rápidamente en dirección a Roger, luego, por encima del hombro donde Kenny y Murdo Lindsay se habían ubicado junto a Ronnie Sinclair y a los McGillrvray. Formaban un grupo relajado, pero cada mano tocaba un mosquete o un rifle, y sus ojos volvían a Jamie cada pocos segundos.

Se habían sumado a la tropa del coronel Lillington a este lado del arroyo; éste iba de un lado a otro, entre los hombres, recorriéndolos con la mirada evaluando su nivel de preparación.

Se detuvo de repente al ver a Jamie, y Roger sintió una punzada de nerviosismo en la boca del estomago. Randall Lillington había sido primo segundo del coronel.

Alexander Lillington no era del tipo de hombres que ocultaban lo que pensaban; era evidente que se había dado cuenta de que sus propios hombres estaban a más de diez metros de distancia y que los de Jamie estaban en el

medio. Sus ojos se clavaron en la bruma, donde a los gritos de Donald McLeod respondían rugidos cada vez más fuertes de los highlanders que lo acompañaban; luego volvió a mirar a Jamie.

—¿Qué dice? —exigió saber, poniéndose de puntillas y mirando con el entrecejo fruncido la otra orilla.

—Les está diciendo que los valientes triunfarán. —Jamie echó una mirada a la cresta de la elevación que tenía a sus espaldas. El hocico largo y negro de madre Covington era apenas visible entre la neblina. «Que así sea», añadió en gaélico y en voz baja.

De pronto, Alexander Lillington le agarró la muñeca a Jamie.

—¿Y qué hay de usted, señor? ¿No es usted highlander, también?

La otra mano de Lillington estaba sobre la pistola en su cinturón. Roger percibió que las conversaciones esporádicas entre los hombres que tenía a sus espaldas se detenían, y miro hacia atrás. Todos los hombres de Jamie estaban observando con una expresión de gran interés, pero no particularmente alarmados. Era evidente que sentían que Jamie podía arreglárselas solo con Lillington.

—Se lo pregunto, señor, ¿a quién es usted leal?

—¿Dónde estoy, señor? —respondió Jamie con una meditada cortesía—. ¿De este lado del arroyo, o de aquél?

Unos pocos hombres esbozaron una sonrisa al oírlo, pero no rieron, la lealtad seguía siendo un tema sensible, y ninguno de ellos deseaba arriesgarse innecesariamente.

Lillington relajó el apretón de la muñeca pero no la soltó, aunque aceptó la declaración de Jamie con un gesto.

—De acuerdo. Pero ¿cómo sabemos que no piensa darse la vuelta y atacarnos a nosotros durante la batalla? Usted es un highlander, ¿no? ¿Y sus hombres?

—Soy highlander —dijo Jamie en tono sombrío. Volvió a mirar una vez más la otra orilla, donde podía verse algún que otro tartán entre la neblina, luego miró hacia atrás. Los gritos resonaban en la niebla—. Y también soy padre de americanos. —Tiró de la muñeca y la soltó del apretón de Lillington—. Y le doy permiso, señor —continuo en tono firme—, para ponerse detrás de mí y atravesarme el corazón con su espada si yerro el tiro.

Con esas palabras, le dio la espalda a Lillington y cargó su arma, introduciendo en ella la bala y la pólvora con gran precisión.

Una voz gritó entre la niebla, y cien gargantas más le repitieron el grito en gaélico:

—¡El rey Jorge y sables!

La última carga de las Highlands había comenzado.

Salieron de pronto de la bruma a unos treinta metros del puente, lanzando alaridos, y a Jamie el corazón le dio un vuelco en el pecho. Por un instante —tan sólo un instante—, sintió que corría con ellos, y el viento de la cañera golpeó en su camisa, frío contra su cuerpo.

Pero permaneció inmóvil, con Murtagh a su lado, contemplándolo todo cínicamente Roger Mac tosió, y Jamie levantó el rifle hasta el hombro, esperando.

—¡Fuego!

La andanada los alcanzó justo antes de que llegaran al puente desguazado, media docena de ellos cayeron en el camino, pero los otros siguieron avanzando. Entonces los cañones dispararon desde lo alto de la colina, primero uno y luego el otro, y sintió la sacudida de su descarga como un empujón en la espalda.

Él había disparado en la primera andanada, apuntando por encima de sus cabezas. Pero ahora bajó el rifle y tiró de la baqueta. Hubo alaridos en ambos bandos; los chillidos de los heridos y el alarido más fuerte de la batalla.

—*A righ! A righ!* —« ¡El rey! ¡El rey! » .

McLeod estaba en el puente; le habían dado, había sangre en su casaca, pero blandió la espada y el escudo y corrió hacia el puente, donde clavó la espada en la madera para sostenerse.

Los cañones volvieron a hablar, pero apuntaron demasiado alto; la mayoría de los highlanders se habían apiñado en la orilla del arroyo; había algunos en el agua, agarrándose de los pilotes del puente, avanzando centímetro a centímetro. Había más sobre los soportes, deslizándose, usando las espadas como McLeod, para mantener el equilibrio.

—¡Fuego! —Jamie disparó, y el humo de la pólvora se mezcló con la niebla.

Los cañones se habían alineado mejor y hablaban uno tras otro, y él sintió que la onda expansiva lo empujaba, sintió que el disparo lo había atravesado. La mayoría de los que estaban en el puente habían caído al agua, otros se extendieron cuan largos eran sobre los soportes, tratando de avanzar a rastras, pero eran alcanzados por los mosquetes, que cada hombre disparaba a voluntad desde su reducto.

Cargó y disparó.

« Allí está» , dijo una voz desapasionada, la suya o la de Murtagh.

McLeod estaba muerto, su cuerpo flotó en el arroyo durante un instante antes de que el peso del agua negra lo tragara. Había muchos hombres debatiéndose en esa agua; el arroyo era profundo en esa parte, y mortalmente frío. Pocos highlanders sabían nadar.

Jamie avistó a Allan McDonald, el mando de Flora, pálido, contemplando a la muchedumbre en la orilla.

El mayor McDonald luchaba para mantenerse de pie en el agua. Había

perdido la peluca y se le veía la cabeza descubierta y herida, con la sangre cayéndole sobre la cara. Tenía los dientes apretados, aunque no había forma de decir si era de dolor o ferocidad. Otro disparo lo alcanzó y él cayó, salpicando agua... pero volvió a levantarse, muy lentamente, y luego se lanzó hacia adelante, a una zona donde el agua era demasiado profunda para mantenerse en pie. Aun así, se levantó una vez más, dando frenéticos manotazos, rociando sangre desde su boca destruida, en un esfuerzo por respirar.

«Hazlo tú, muchacho», dijo la voz desapasionada. Él levantó el rifle y le acertó limpiamente en la garganta a McDonald, que cayó hacia atrás y se sumergió de inmediato.

Todo terminó al cabo de pocos minutos; la niebla era espesa con el humo de la pólvora, y el negro arroyo estaba obturado con los moribundos y los muertos.

—¿Conque el rey Jorge y sables? —dijo Caswell, evaluando los daños con expresión sombría—. Sables contra cañones. Pobres bastardos.

Al otro lado, todo era confusión. Los que no habían caído en el puente estaban huyendo. De este lado ya había hombres con maderas para reparar el puente. Los que habían huido no llegarían lejos.

Él también debería ir, lanzar a sus hombres en la persecución. Pero se quedó de pie, como si se hubiera convertido en piedra.

Jack Randall permaneció inmóvil. Tenía la espada en la mano, pero no hizo esfuerzo alguno para alzarla. Simplemente se quedó allí, con aquella extraña sonrisa en los labios, y sus oscuros ojos ardiente en los de Jamie.

Si hubiera podido apartar la mirada... pero no pudo, y por eso captó el movimiento detrás de Randall. Murtagh, corriendo, saltando entre las matas de hierba como una oveja. Y el brillo de la espada de su abuelo... ¿Lo había visto, o tan sólo imaginado? No importaba; lo había sabido sin duda alguna al oír el percutor del arma de Murtagh, y había visto, antes de que tuviera lugar, el golpe asesino sobre la espalda cubierta de rojo del capitán.

Pero Randall giró, tal vez advertido por algún cambio en sus ojos, el ruido de la respiración de Murtagh... o sólo por sus instintos de soldado. Demasiado tarde para evitar el golpe, pero lo bastante pronto como para impedir que la daga alcanzara su objetivo fatal, los riñones. Randall lanzó un gemido al recibir el golpe —Santo Dios, él pudo oírla— y se echó hacia un lado, tambaleándose, pero giró al caer, le agarró la muñeca a Murtagh y lo arrastró hacia abajo en una lluvia de rocío procedente de la aulaga sobre la que ambos cayeron.

Habían rodado juntos hasta una hondonada, entrelazados, luchando, y él se había abalanzado a través de las pegajosas plantas para perseguirlos con una arma —¿qué, qué era lo que llevaba?— en la mano.

Pero la sensación táctil de esa arma se desvaneció contra su piel: sintió el

peso de esa cosa en la mano, pero no captaba ninguna silueta de una empuñadura o un gatillo que lo ayudara a recordar, y luego volvió a esfumarse.

Dejándolo con esa única imagen. Murtagh. Murtagh, con los dientes apretados y al descubierto al asestar el golpe, Murtagh corriendo para salvarlo.

Poco a poco fue cobrando conciencia de dónde se encontraba. Había una mano en su brazo; Roger Mac, con la cara blanca como el papel, pero firme.

—Voy a ocuparme de ellos —dijo Roger Mac, señalando el arroyo con un mínimo movimiento de la cabeza—. ¿Tú te encuentras bien?

—Sí, por supuesto —respondió Jamie, aunque con la misma sensación con la que despertaba de un sueño, como si no fuera del todo real.

Roger Mac asintió y se volvió para marcharse. Pero de pronto, se volvió hacia él y, después de ponerle la mano sobre el brazo, le dijo, en voz muy baja: «*Ego te absolvō*». Entonces volvió a girarse y se dirigió a atender a los moribundos y bendecir a los muertos.

Duodécima parte

El Tiempo No Será Nuestro Siempre

Amanda

DE L'OIGNON-INTELLIGENCER, 15 DE MAYO DE 1776

¡INDEPENDENCIA!

Después de la famosa victoria en el puente de Moore's Creek, el IV Congreso Provincial de Carolina del Norte ha decidido adoptar las Resoluciones de Halifax. Estas resoluciones autorizan a los delegados al Congreso Continental a coincidir con los otros delegados de las otras colonias en la Declaración de Independencia y en el establecimiento de alianzas extranjeras, reservándose esta colonia el derecho exclusivo y privativo de redactar una Constitución y Leyes para esta colonia y, mediante la aprobación de las Resoluciones de Halifax, Carolina del Norte se ha convertido en la primera colonia en refrendar oficialmente la Independencia.

EL PRIMER BUQUE de una flota comandada por *sir* Peter Parker llegó a la desembocadura del río de Cape Fear el dieciocho de abril. La flota está compuesta por nueve embarcaciones en total, y transporta tropas británicas con el objeto de pacificar y unir a la colonia, según las palabras del gobernador Josiah Martin.

ROBO: Bienes por cantidad de veintiséis libras, diez chelines y cuatro peniques en total han sido sustraídos del almacén del señor Neil Forbes en Water Street. Unos ladrones practicaron un agujero en la parte trasera del establecimiento durante la noche del 12 de mayo. Dos hombres, uno blanco y uno negro, fueron vistos alejándose de allí en un carromato impulsado por una yunta de mulas color castaño. Cualquier información respecto de este atroz crimen será generosamente recompensada. Diríjanse a W. Jones, encargado del Gull and Oyster en la plaza del mercado.

NACIMIENTO: Del capitán Roger MacKenzie, del cerro de Fraser, y su señora, nació una niña el veintiuno de abril. Se informa de que la recién nacida y su madre gozan de buena salud, y la niña ha sido bautizada como Amanda Claire Hope MacKenzie.

Roger nunca se había sentido tan aterrorizado como cuando le pusieron en los brazos por primera vez a su hija recién nacida. Apenas tenía unos minutos de vida, su piel era tierna y perfecta, y tan delicada que tuvo miedo de dejarle marcadas las huellas digitales; pero era tan bonita que tuvo que tocarla, y pasó su nudillo por la mejilla pequeña y regordeta, mientras acariciaba la sedosa y negra telaraña de sus pelos con un incrédulo dedo índice.

—Se parece a ti. —Brianna, sudorosa, desalñada, deshinchada, y hermosa, estaba tumbada sobre las almohadas con una sonrisa de oreja a oreja, aunque cada tanto desaparecía por el cansancio.

—¿Sí?

Él estudió la diminuta cara con una concentración total. Había llegado a conocerla íntimamente, en el transcurso de los meses en que los golpes y las patadas lo despertaban, en que observó el abultamiento líquido del vientre de Brianna, en que sentía cómo la pequeña subía y bajaba cuando él estaba acostado detrás de su esposa, aferrándole el estómago y bromеando.

—¿Te parece que tiene cara de Marjorie? —Bree levantaba la cabeza, asomándose hacia el bulto envuelto por las mantas.

Habían debatido sobre el nombre durante meses, haciendo listas, discutiendo. Por fin, tentativamente, habían decidido que si era varón el nombre sería Michael, y si era niña, Marjorie, por la madre de Roger.

Su hija abrió los ojos de improviso y lo miró. Eran rasgados; se preguntó si permanecerían así, como los de su madre. Una especie de azul suave y mediano, como el cielo a media mañana; nada notable a primera vista, pero cuando uno los miraba directamente... era algo vasto, sin límites.

—No —dijo en voz baja, mirando aquellos ojos—. No. Su nombre es Amanda.

Yo no había dicho nada al principio. Era algo habitual con los recién nacidos, en especial los bebés que habían nacido un poco prematuros, como era el caso de Amanda; nada de qué preocuparse.

El conducto arterial o *ductus arteriosus* es un pequeño vaso sanguíneo que en el feto conecta la aorta con la arteria pulmonar. Los bebés tienen pulmones, desde luego, pero antes del nacimiento no los utilizan: todo el oxígeno que reciben viene de la placenta a través del cordón umbilical. Por tanto, no es necesario que circule sangre hasta los pulmones, salvo para nutrir el tejido que está desarrollándose; y, de ese modo, el conducto arterial permite que la sangre no pase por los pulmones.

Pero, al nacer, el bebé realiza su primera inspiración, y los censores de oxígeno de este pequeño vaso sanguíneo hacen que se contraiga y se cierre de manera permanente. Con el conducto arterial cerrado, la sangre se dirige del

corazón a los pulmones, recoge oxígeno, y regresa para ser bombeada al resto del cuerpo. Un sistema ordenado y elegante, salvo que no siempre funciona correctamente.

El conducto arterial no siempre se cierra. Si continúa abierto, la sangre sigue fluyendo a los pulmones, desde luego, pero el desvío sigue presente. En algunos casos pasa demasiada sangre a los pulmones y los sobrecarga. Los pulmones se hinchan, se congestionan, y cuando la sangre desviada fluye hasta el cuerpo, hay problemas con la oxigenación... que pueden volverse graves.

Pasé el estetoscopio por el diminuto pecho, apretando la oreja, escuchando con atención. Era mi mejor estetoscopio, un modelo del siglo XIX llamado Pinard, consistente en una campana con un disco plano en un extremo, contra el que tenía apretado el oído. Me había hecho construir uno de madera; éste era de peltre: Brianna lo había moldeado con una lija.

En realidad, el murmullo era tan claro que me pareció que casi no necesitaba un estetoscopio. No era un chasquido, ni un latido fuera de lugar; tampoco una pausa demasiado larga o el silbido de un agujero; había unos cuantos sonidos inusuales que un corazón podía hacer, y la auscultación era el primer paso del diagnóstico. Defectos atriles, defectos ventriculares, válvulas deformadas; todos tienen murmullos específicos, algunos que se presentan entre los latidos y otros que se mezclan con los sonidos propios del corazón.

Cuando el conducto arterial no se cierra, se lo llama «patente»: abierto, un conducto arterial patente emite un murmullo continuo, suave, pero audible con un poco de concentración, particularmente en las regiones supraclavicular y cervical.

Por enésima vez en dos días, me agaché, con la oreja apretada contra el Pinard, mientras lo pasaba por el cuello y el pecho de Amanda, esperando, contra toda esperanza, que el sonido hubiera desaparecido.

Pero no.

—Gira la cabeza, cariño, sí, muy bien...

Respiré y le giré la cabecita delicadamente, con el Pinard a un lado del cuello. Era difícil meter el estetoscopio en aquel cuello tan pequeño y regordete... allí estaba. El murmullo se incrementó. Le giré la cabeza hacia el otro lado... el sonido disminuyó.

—Oh, por todos los diablos —dije en voz baja para no asustarla. Hice a un lado el Pinard y la cogí, acunándola contra mi hombro. Estábamos solas; Brianna había subido a mi habitación a echarse una siesta, y todos los demás habían salido.

La llevé a la ventana de la consulta y miré hacia afuera; era un día hermoso y primaveral en la montaña. Los chochines habían vuelto a anidar bajo el alero; podía oírlos, conversando con su piar suave y nítido.

—Pájaro —dije, acercando los labios a su pequeña oreja—. Pájaro ruidoso.

Ella se agitó, somnolienta, y se tiró un pedo como respuesta.

—Correcto —dije, sonriendo a pesar de mí misma. La sostuve hacia afuera un poco, para poder mirarle la cara; adorable, perfecta, pero no tan regordeta como cuando había nacido, una semana antes.

Era perfectamente normal que los bebés perdieran un poco de peso al principio, me dije. Sí que lo era.

Un conducto arterial patente puede no presentar síntoma alguno, más allá de ese murmullo extraño y continuado. Pero hay casos en que sí los hay. Si es grave, el infante se ve privado del oxígeno que necesita; los principales síntomas son pulmonares: jadeos, respiración superficial y rápida, mal color, y un desarrollo interrumpido, debido a la energía utilizada en el esfuerzo por obtener oxígeno suficiente.

—Deja que la abuela vuelva a auscultarte —dije, depositándola sobre el edredón que había extendido en la mesa de la consulta.

Ella gorjeó y pateó cuando levanté el Pinard y volví a ponérselo en el pecho, pasándoselo por el cuello, el hombro, el brazo...

—Oh, Jesús —susurré, cerrando los ojos—. Por favor, que no sea grave. —Pero el sonido del murmullo pareció hacerse más fuerte, ahogando mis plegarias.

Abri los ojos y me encontré con Brianna, de pie en el umbral.

—Sabía que algo andaba mal —dijo con voz firme, limpiando el trasero de Mandy con un paño húmedo antes de volver a ponerle los pañales—. No toma el pecho como lo hacía Jemmy. Actúa como si tuviera hambre, pero mama sólo durante unos minutos, antes de quedarse dormida. Entonces se despierta y vuelve a hacer alboroto unos pocos minutos después.

Se sentó y le ofreció un pecho a Mandy. En efecto, el bebé se abalanzó sobre él como si estuviera muriéndose de hambre. Mientras ella le daba de mamar, alcé uno de sus minúsculos puños y le separé los dedos. Las uñas tenían una débil coloración azulada.

—Entonces —dijo Brianna con calma—, ¿qué ocurrirá ahora?

—No lo sé. A veces no hay síntomas, o sólo muy leves. Si la abertura es muy grande, y te encuentras con síntomas pulmonares... entonces... podría estar bien, sólo que no se desarrolla... no crece como es debido, por las dificultades de alimentación. En otro caso... —inspiré hondo, preparándome—, podría tener un fallo cardíaco. O hipertensión pulmonar... es decir, presión sanguínea muy elevada en los pulmones...

—Sé lo que es —repuso Bree, muy tensa—. ¿O?

—O endocarditis infecciosa. O... no.

—¿Morirá? —me preguntó sin rodeos, levantando la mirada hacia mí. No podía decirle otra cosa que la verdad.

—Probablemente. No puedo saberlo con seguridad, pero...

—Probablemente —repitió Brianna, y yo asentí, volviéndome, incapaz de mirarla a los ojos.

Sin elementos modernos como el ecocardiograma no podía juzgar la extensión del problema. Pero tenía no sólo la evidencia de mis ojos y mis oídos, sino lo que había sentido pasar de su piel a la mía; esa sensación de que algo va mal, esa inquietante convicción que aparece cada tanto.

—¿Puedes curarla? —Oí el temblor en la voz de Brianna, y me acerqué de inmediato a rodearla con los brazos. Tenía la cabeza inclinada sobre Amanda, y vi caer sus lágrimas, una, luego la otra, oscureciendo los ralos rizos en la coronilla de la cabeza del bebé.

—No —susurré, abrazándolas a las dos. Me sentí presa de la desesperación, pero la abracé con más fuerza, como si pudiera mantener el tiempo y la sangre a raya—. No, no puedo.

—Bueno, no hay alternativa, ¿verdad? —Roger sintió una calma sobrenatural y deseó aferrarse a ella el mayor tiempo posible—. Tienes que ir.

Brianna lo miró fijamente, pero no respondió. Su mano se movió por encima del bebé, que dormía en su regazo.

Claire se lo había explicado todo, más de una vez, con paciencia, al darse cuenta de que él no podía aceptarlo. Seguía sin creerlo, pero la visión de aquellas uñas diminutas volviéndose azules mientras Amanda se esforzaba por chupar se había clavado en él como las garras de una lechuza.

Según le había dicho ella, era una operación sencilla... en un quirófano moderno.

—¿No puedes...? —le había preguntado—. ¿Con éter?

Ella había cerrado los ojos y había negado con la cabeza.

—No. Puedo operar cosas muy simples: hernias, apéndices, amígdalas; e incluso en esos casos hay riesgos. Pero algo tan invasivo, en un cuerpo tan pequeño... no —repitió—. Si quieres que viva... tienes que llevarla de regreso.

De modo que habían comenzado a discutir lo impensable. Amanda debía pasar a través de las piedras... si podía.

Jamie Fraser cogió el anillo de rubíes de su padre y lo sostuvo sobre la cara de su nieta. Los ojos de Amanda se clavaron en él de inmediato y sacó la lengua con interés. Él sonrió, a pesar de la pesadez que sentía en su corazón, y bajó el anillo para que ella lo cogiera.

—Parece que éste le gusta bastante —dijo, quitándoselo de su apretón antes de que pudiera metérselo en la boca—. Probemos con el otro.

El otro era el amuleto de Claire; la diminuta y maltrecha bolsa de cuero que le había dado una india sabia años antes. Contenía varias cositas surtidas; hierbas,

pensó él, y plumas, y tal vez los diminutos huesos de un murciélagos. Pero entre todo aquello había una piedra; su aspecto no era muy atractivo, pero era una gema verdadera, un zafiro sin pulir.

Amanda giró la cabeza de inmediato, más interesada en la bolsa que en el anillo brillante. Hizo ruiditos como arrullos y agitó con fuerza ambas manos, tratando de alcanzarlo.

Brianna tomó aliento, de una manera profunda pero algo estrangulada.

—Puede ser —dijo, con temor y esperanza—. Pero no podemos saberlo con seguridad. ¿Y si... la llevo, y logro pasar, pero ella no?

Todos se miraron entre sí en silencio, imaginando esa posibilidad.

—Regresarías —rezongó Roger—. Regresarías directamente.

—Lo intentaría —dijo Bree, e intentó sonreír.

Jamie se aclaró la garganta.

—¿El pequeño Jemmy está por aquí?

Por supuesto que sí; ya no se alejaba mucho de la casa o de Brianna en esos días; al parecer, presentía que algo andaba mal. Fueron a buscarlo al despacho de Jamie, donde había estado deletreando palabras en...

—¡Santo Dios! —exclamó su abuela, quitándole el libro—. ¡Jamie! ¿Cómo has podido?

Jamie sintió que empezaba a sonrojarse rápidamente. ¿Cómo había podido, por cierto? Había cogido ese mальtrecho ejemplar de *Fanny Hill* de cubierta blanda, parte de un paquete de libros usados que le había comprado a un hojalatero. No había mirado los libros antes de comprarlos, y cuando les echó una ojeada... Bueno, iba contra sus principios tirar un libro... cualquier libro.

—¿Qué es F-A-L-O? —Estaba preguntándole Jemmy a su padre.

—Otra palabra para polla —dijo Roger rápidamente—. No se te ocurra usarla. Escucha... ¿puedes oír algo, cuando escuchas esa piedra? —Le señaló el anillo de Jamie que estaba sobre la mesa. La cara de Jem se iluminó al verlo.

—Claro —dijo.

—¿Cómo, desde ahí? —dijo Brianna, incrédula.

—Claro —repitió—. Canta.

—¿Crees que la pequeña Mandy también puede oírlo? —preguntó Jamie con cuidado.

Jemmy cogió el anillo y se inclinó sobre la cesta de Mandy, sosteniéndolo directamente delante de su cara. Ella pateó con energía e hizo ruidos... pero ¿sería por el anillo, o sólo por ver a su hermano...?

—Puede oírlo —dijo Jem, sonriendole a su hermana.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Claire con curiosidad.

—Me lo ha dicho ella.

No había nada decidido. Y, al mismo tiempo, estaba todo decidido. Yo no tenía

dudas sobre lo que mis oídos y mis dedos me decían; la condición de Amanda estaba empeorando. Muy lentamente; tal vez pasarían uno o dos años hasta que empezaran a notarse daños graves; pero iban a ocurrir.

Jem podría tener razón; o tal vez no. Pero teníamos que actuar suponiendo que sí.

Hubo discusiones, debates... lágrimas. Aún no se había tomado ninguna decisión sobre quién debía intentar el viaje a través de las piedras. Brianna y Amanda debían hacerlo, eso era seguro. Pero ¿debería acompañarlas Roger? ¿O Jemmy?

—No te dejaré ir sin mí —dijo Roger entre dientes.

—¡No quiero ir sin ti! —gritó Bree, exasperada—. Pero ¿cómo podemos dejar aquí a Jemmy, sin nosotros? ¿Y cómo podemos hacerlo ir? Un bebé... probablemente funcione, pero Jem... ¿cómo sobrevivirá? ¡No podemos arriesgarnos a que muera!

Miré las piedras sobre la mesa; el anillo de Jamie, mi bolsa con el zafiro.

—Creo que tenemos que encontrar dos piedras más —dije con cuidado—. Sólo por si acaso.

Y a finales de junio, bajamos de la montaña, hacia el caos.

Hurgándose la nariz

4 de julio de 1776

El aire estaba viciado y caliente en la habitación de la posada, pero no podía salir; la pequeña Amanda por fin había conseguido dormirse, y estaba acurrucada en su cesta, con su diminuto pulgar metido en la boca y el ceño fruncido.

Desplegué el mosquitero de gasa y envolví cuidadosamente la cesta con él; luego abrí la ventana. El aire exterior también era caliente, pero puro. Me quité el gorro; cuando no lo llevaba puesto, a Mandy le gustaba agarrarme el pelo con ambas manos y tirar de él; tenía una fuerza sorprendente para ser una niña con un problema en el corazón. Por millonésima vez, me pregunté si podría haberme equivocado.

Pero no. Estaba dormida, con el delicado rubor rosado de un bebé saludable en las mejillas; cuando se despertaba y empezaba a patalear, ese suave rubor se desvanecía, y entonces aparecía, cada tanto, un tinte azul en los labios y en la base de las uñas. Todavía tenía bastante energía, pero seguía siendo muy pequeñita. Bree y Roger eran personas de gran tamaño; Jemmy había subido de peso en el transcurso de los primeros años de vida. El peso de Mandy era casi idéntico al que tenía al nacer.

No, no me equivocaba. Acerqué la cesta a la mesa, y me senté a su lado, posando los dedos con delicadeza sobre su pecho.

Lo sentí. Igual que al principio, pero más fuerte, porque sabía de qué se trataba. Si hubiera dispuesto de un quirófano adecuado, de sangre para transfusiones, de una anestesia calibrada y administrada con cuidado, de una máscara de oxígeno, de enfermeras hábiles y entrenadas... Podía sentir en las puntas de los dedos exactamente lo que había que hacer, podía ver en el fondo de mis ojos el corazón, más pequeño que mi puño, y la sangre recorriendo el conducto arterial, un vaso pequeño, de unos tres milímetros de circunferencia. Un pequeño corte en el vaso axilar, una rápida ligadura del propio conducto con una sutura de seda del número 8... y listo.

Lo sabía. Pero, ay, el conocimiento no siempre es poder. Ni tampoco lo es el deseo. No sería yo quien salvara a mi preciosa nieta.

Me pregunté si alguien podría hacerlo. Tal vez Jemmy se equivocara. Cualquier bebé podría agarrar una cosita brillante y de colores intensos como un anillo de rubíes; pero entonces recordé los ruiditos que ella había hecho, y cómo

había agitado las manos para coger mi decrepita bolsa de cuero con amuletos y el zafiro sin pulir en su interior.

Tal vez No quería pensar en los peligros del pasaje, o en la certeza de una separación permanente.

Había ruidos fuera; miré hacia el puerto y divisé los mástiles de una gran embarcación, a lo lejos, en el mar. Y otra, todavía más lejos. Mi corazón se saltó un latido.

Eran barcos aptos para atravesar el océano, no los pequeños paquebotes y barcas pesqueras que navegaban a lo largo de la costa, mar arriba y mar abajo. ¿Serían parte de la flota enviada como respuesta a los ruegos del gobernador Martín para reprimir, someter y recuperar la colonia? El primer barco de aquella flota había llegado a Cape Fear a finales de abril, pero las tropas que transportaba se habían quedado allí, esperando a sus compañeros.

Seguí mirando un rato más, pero los barcos no se acercaron. También era posible que no fueran buques británicos, después de todo, sino americanos que eludían el bloqueo inglés a Nueva Inglaterra navegando hacia el sur.

El sonido de pisadas de hombres, acompañado de bufidos y de unas risotadas, me distrajo de mis pensamientos.

Era evidente que se trataba de Jamie e Ian. La última vez que los había visto se dirigían hacia los muelles con un cargamento de hojas de tabaco para intercambiarlo por pimienta, sal, azúcar, canela para la señora Bug, y para procurar algún pescado grande o alguna otra cosa comestible para la cena.

Habían conseguido el pescado, al menos; una caballa de gran tamaño. Jamie la llevaba de la cola, y era obvio que lo que la había envuelto antes se había perdido en alguna clase de accidente. Llevaba la coleta deshecha, de modo que largas hebras de pelo rojo asomaban por los hombros de su abrigo, que a su vez había perdido media manga, y un pliegue de su camisa blanca asomaba por la costura desgarrada. Estaba cubierto de polvo, y uno de sus ojos estaba hinchado y casi cerrado.

—Oh, Dios mío. No me lo digas. ¿Neil Forbes?

—No —respondió, dejando caer el pescado con un golpe sobre la mesa delante de mí—. Una pequeña diferencia de opiniones con la Sociedad de Preparación del Pescado de Wilmington.

—Una diferencia de opiniones —repetí.

—Sí, ellos pensaban que nos arrojarían al agua y nosotros pensábamos que no.

Hizo girar una silla con la bota y se sentó en ella, con los brazos cruzados sobre el respaldo. Se lo veía indecentemente contento, con la cara sonrojada por el sol y la risa.

—No quiero saberlo —dije, aunque, por supuesto, sí quería.

Miré a Ian, que continuaba riéndose en silencio y para sus adentros, y noté

que tenía un dedo índice metido en la nariz hasta el nudillo.

—¿Te sangra la nariz, Ian?

—No, tía. Pero a algunos de la sociedad sí.

—Bueno, entonces, ¿por qué tienes el dedo metido en la nariz? ¿Te ha entrado una garrapata o algo así?

—No, es para que no se le salga el cerebro —dijo Jamie, y tuvo otro ataque de risa.

—Bueno, en ese caso tal vez lo mejor sería que te metieras ambos dedos —sugirió—. Te mantendría a salvo durante uno o dos instantes, al menos. —Le levanté el mentón a Jamie para mirarle el ojo un poco mejor—. Le has golpeado a alguien con ese pescado, ¿verdad?

Las risas se habían apagado, pero cuando dije eso amenazaron con estallar nuevamente.

—A Gilbert Butler —dijo Jamie—. Lo abofeteé en la cara. Lo hice salir volando hasta el otro lado del muelle y caer directamente al agua.

Ian sacudió los hombros con un éxtasis producido por el recuerdo.

—¡Por santa Brígida, qué salpicadura! ¡Oh, ha sido una buena pelea, tía! Pensé que me había roto la mano contra la mandíbula de un tipo, pero ahora que ha recuperado el color veo que está bien. Sólo está un poco entumecida y tengo un ligero hormigueo.

—Sácate el dedo de la nariz, Ian —dije—. Pareces subnormal.

Por alguna razón, eso les pareció a ambos extremadamente divertido y se echaron a reír como idiotas. Ian, sin embargo, terminó retirando el dedo con una expresión de cautela y recelo, como si esperara en serio que sus sesos aparecieran a continuación. Pero no salió nada.

Ian parecía desconcertado, luego adoptó una leve expresión de alarma. Olfateó, tanteándose la nariz, y entonces volvió a meterse el dedo en el orificio nasal, hurgando vigorosamente.

Jamie seguía sonriendo, pero su diversión comenzó a desvanecerse cuando las exploraciones de Ian se volvieron más frenéticas.

—¿Qué? No lo habrás perdido, ¿verdad, muchacho?

Ian negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—No, lo siento. Está... —Se detuvo y miró a Jamie con una expresión de pánico—. ¡Está atorado, tío Jamie! ¡No puedo sacarlo!

Jamie se puso en pie de inmediato. Le sacó el dedo de su sitio con un chasquido húmedo, luego le echó hacia atrás la cabeza, mirándole la nariz con el ojo sano, bastante nervioso.

—Trae una luz, Sassenach, ¿quieres?

Había un candelabro sobre la mesa, pero yo sabía por experiencia que el único efecto probable de usar una vela para mirar por la nariz de alguien era terminar prendiéndole fuego a los pelos. En cambio, me agaché y saqué mi

botiquín de debajo del banco, donde lo había guardado.

—Yo me ocupo —dijo. Extraje mi par más largo de fórceps finos, y junté con un chasquido las delgadas hojas para tranquilizarlos—. Sea lo que sea, quédate quieto, Ian.

Ian abrió mucho los ojos durante un breve instante de alarma cuando vio el fórceps, y luego lanzó una mirada de súplica a Jamie.

—Espera. Tengo una idea mejor. —Jamie desapareció por la puerta. Bajó corriendo la escalera, y oí una repentina explosión de carcajadas desde abajo, cuando se abrió la puerta del bar.

—¿Te encuentras bien, Ian? —Tenía una mancha roja en el labio superior; la nariz le estaba empezando a sangrar.

—Bueno, eso espero, tía. No crees que pueda haberlo empujado hasta el cerebro, ¿verdad?

—Me parece muy poco probable. ¿Qué demonios...?

Pero la puerta de abajo se había abierto y se había vuelto a cerrar. Jamie subió los escalones de dos en dos y entró en la habitación, y trayendo una pequeña y gastada caja de rapé en la mano.

Ian la agarró con gratitud y, después de verter rápidamente una pizca de granos negros y polvorientos en la base de la mano, se apresuró a inhalarlo.

Por un instante, los tres contuvimos el aliento; y entonces se produjo, un estornudo que balanceó con tanta fuerza el cuerpo de Ian que lo hizo caer de vuelta en su asiento, al mismo tiempo que su cabeza se inclinaba hacia adelante y un objeto pequeño y duro golpeaba contra la mesa con un *ping!* y rebotaba en el suelo de la chimenea.

Ian siguió estornudando, pero Jamie y yo ya estábamos de rodillas, rebuscando entre las cenizas, sin prestar atención a la suciedad.

—¡Lo tengo! Creo —añadí, sentándome sobre los talones y examinando el puñado de cenizas que tenía en la mano, en medio de las cuales había un objeto pequeño, redondo y cubierto de polvo.

—Sí, es eso.

Jamie cogió mis fórceps, me quitó el objeto de la mano y lo soltó dentro de mi vaso de agua. Una columna de ceniza y hollín subió flotando por el agua y formó una película de polvo gris en la superficie. Más abajo, el objeto brilló, sereno y resplandeciente, con su belleza por fin revelada. Una piedra clara y tallada, del color de una cereza dorada, de la mitad del tamaño de mi pulgar.

—Crisoberilo —dijo Jamie en voz baja. Miró la cesta de Mandy, sus sedosos rizos negros levantándose suavemente con la brisa—. ¿Crees que servirá?

Ian, todavía jadeando y con los ojos llenos de lágrimas, se acercó a mirar.

—Conque subnormal, ¿eh? —dijo—. ¡Ja!

—¿De dónde habéis sacado eso? O, mejor dicho —me corregí—, ¿a quién se lo habéis robado?

—A Neil Forbes. —Jamie levantó la gema y la hizo girar con delicadeza entre los dedos—. Los de la Sociedad de Preparación del Pescado eran muchos más que nosotros, de modo que corrímos por las calles, doblamos la esquina y nos metimos en los almacenes.

—Yo sabía cuál era el almacén de Forbes, porque había estado allí antes —intervino Ian—. Había un gran agujero en la pared de atrás, que alguien había practicado antes y que luego habían cubierto apenas con una lona clavada. De modo que la arrancamos y entramos.

Y se habían encontrado justo al lado del pequeño recinto cerrado que Forbes utilizaba como oficina y que, en ese instante, estaba vacío.

—Esto estaba en una cajita sobre el escritorio —dijo Ian, acercándose a mirar el crisoberilo con actitud de propietario—. ¡Allí mismo! Sólo la había cogido para mirarla, cuando oímos que venía el guardia. Entonces... —Se encogió de hombros y me sonrió.

—¿Y crees que el guardia no le dirá que habéis estado allí? —pregunté. Pocos hombres serían más fáciles de reconocer que Jamie e Ian.

—Oh, sí, supongo que lo hará. —Jamie se inclinó sobre la cesta de Mandy, sosteniendo el crisoberilo entre el pulgar y el dedo índice—. Mira lo que el abuelo y el tío Ian te han traído, *a muirninn* —dijo en voz baja.

—Decidimos que era una recompensa bastante pequeña por lo que le hizo a Brianna —declaró Ian, un poco más sereno—. Supongo que al señor Forbes también le parecerá razonable. Y si no... —Volvió a sonreír y se llevó la mano al cuchillo—. Todavía le queda una oreja, después de todo.

Lentamente, un puño diminuto se alzó a través del mosquitero, con los dedos flexionándose para coger la piedra.

—¿Sigue dormida? —susurré. Jamie asintió y con mucha delicadeza retiró la piedra.

Al otro lado de la mesa, el pescado contemplaba el techo con actitud austera, sin prestar atención a lo que sucedía en la habitación.

El noveno conde de Ellesmere

9 de julio de 1776

—El agua no estará fría.

Brianna había hablado de forma automática, sin pensar.

—No creo que eso importe mucho. —Roger apartó la cara.

Ella lo tocó con delicadeza. Él la miró, titubeó y luego cogió la mano que le ofrecía con una sonrisa pequeña y torcida.

—Lo siento —dijo.

—Yo también lo siento —respondió ella en voz baja. Permanecieron muy juntos, con los dedos entrelazados, observando la marea que descendía en la estrecha playa, dejando al descubierto un centímetro con cada movimiento de las diminutas olas.

Las marismas estaban grises y oscuras a la luz del anochecer, llenas de guijarros y manchas de óxido. Como había bajado la marea, el agua del puerto era marrón y turbia; la mancha llegaba hasta más allá de los barcos anclados, casi hasta mar abierto. Cuando la marea cambiara, entraría el agua gris clara del océano y arrasaría Cape Fear, haciendo desaparecer las marismas y todo lo que había en ellas.

—Allí —dijo ella. Inclinó la cabeza, señalando un grupo de gastados postes de amarras profundamente hundidos en el barro. Había un esquife amarrado a uno de ellos; dos botes de cuatro remos, de los que recorrían el muelle, a otro.

—¿Estás segura? —Él miró a un lado y a otro de la orilla.

La estrecha playa se extendía hasta una zona de fríos guijarros que la marea había dejado al descubierto, brillantes. Unos pequeños cangrejos los recorrían deprisa, para no perder ni un momento en su recolección.

—Estoy segura. En el Blue Boar hablaban de esto. Un viajero preguntó dónde, y la señora Smoots dijo que era en el viejo amarradero, cerca de los almacenes.

Había una platija destrozada muerta entre las rocas, con su blanca carne limpia y exangüe. Las garras pequeñas y ocupadas cogían y desgarraban, las diminutas fauces se abrían y tragaban, bocado tras bocado. Brianna sintió náuseas al verlo, y tragó saliva con fuerza. No importaba lo que ocurriera después; lo sabía. Pero aun así...

Roger asintió con un gesto distraído.

—Supongo que habrá una multitud bastante grande.

Ya estaban allí; faltaba al menos una hora para que cambiara la marea pero la gente se acercaba al puerto en grupos de dos, tres y cuatro, guareciéndose detrás de la fábrica de velas para fumar sus pipas, sentada en los toneles de sal y pescado, hablando y gesticulando. La señora Smoots tenía razón; algunos señalaban los postes del amarradero a los que sabían menos.

—Tendrá que ser en aquel lado; la mejor vista es desde aquí. —Roger abarcó con un gesto la curva interior del puerto y los tres barcos que se balanceaban en el muelle principal—. ¿Desde uno de los barcos? ¿Qué crees?

Brianna rebuscó en la bolsa que llevaba atada a la cintura y extrajo su pequeño catalejo de bronce. Frunció el ceño, en un gesto de concentración, examinando los barcos con los labios apretados; un queche de pesca, el bergantín del señor Chester, y una embarcación más grande, parte de la flota británica, que había llegado a primera hora de la tarde.

—Vaya por Dios —murmuró ella, deteniendo el arco de su mirada cuando la pálida mancha de una cabeza llenó la lente—. ¿Ese es quien yo creo que es?... ¡Caramba, sí! —Una diminuta llama de deleite ardío en su pecho, calentándola.

—¿Quién?

—¡Es John! ¡Lord John!

—¿Lord John Grey? ¿Estás segura?

—¡Sí! En el bergantín... debe de haber venido desde Virginia. Oh, ya se ha ido... Pero ¡está ahí, lo he visto! —Se volvió hacia Roger, emocionada—. ¡Vamos! Vayamos a buscarlo. Él nos ayudará.

—¿Vas a decírselo? ¿Crees que es una buena idea?

—No, pero no importa. Él me conoce.

Roger le clavó la mirada, pero con una sonrisa vacilante.

—¿Quieres decir que sabe que no le conviene tratar de detenerte cuando estás haciendo lo que sea que te empeñas en hacer?

—Sí. ¡Vamos, antes de que desaparezca!

Fue un trayecto lento por la curva del puerto, abriendose paso entre los grupos de personas que se habían acercado a mirar el espectáculo. Más allá de los rompiéntes, había mucha más gente. Un montón de soldados de casacas rojas estaban de pie o sentados de manera desordenada sobre el pavimento, con bolsos y cofres esparcidos a su alrededor, en un número demasiado grande como para caber en la taberna. Jarras de cerveza y pintas de sidra eran trasladadas de mano en mano desde el interior del bar, derramándose libremente sobre las cabezas por encima de las cuales pasaban.

Un sargento estaba recostado contra la pared de madera de la posada, hojeadando una pila de papeles, emitiendo órdenes y comiendo un pastel de carne, todo al mismo tiempo. Brianna arrugó la nariz cuando avanzaron entre todos aquellos hombres y sus equipajes; un hedor de vómitos y cuerpos sin lavar subía

desde las apretadas filas.

Unos pocos curiosos murmuraron entre dientes al ver a los soldados; muchos más lanzaron gritos de apoyo y los saludaron cuando pasaron, y recibieron exclamaciones cordiales como respuesta. Recién liberados de los intestinos del *Scorpion*, los soldados estaban demasiado excitados con su libertad y el sabor de la comida y la bebida como para preocuparse por lo que les decían o quiénes lo decían.

Roger avanzó delante de ella, abriéndose paso entre la multitud con hombros y codos. Los soldados lanzaron gritos y silbidos de admiración cuando la vieron, pero Brianna mantuvo la cabeza inclinada, con los ojos clavados en los pies de Roger mientras él seguía empujando.

Lanzó un suspiro de alivio cuando salieron de entre la multitud en la cabecera del muelle. Al otro extremo estaban descargando el equipamiento de los soldados, pero había poco tráfico peatonal cerca del bergantín. Roger hizo una pausa, mirando a un lado y a otro para tratar de ubicar la notable cabeza rubia de lord John.

—¡Allí está! —Roger le tiró del brazo y ella giró en la dirección que le señalaba, pero sólo consiguió chocar con fuerza contra él cuando se echó hacia atrás de improviso.

—¿Qué...? —Comenzó a decir, irritada, pero luego se detuvo como si le hubieran dado un golpe en el pecho.

—En el nombre de Dios, ¿quién es ése? —Roger habló en voz baja.

Lord John Grey estaba cerca del otro extremo del muelle, en animada conversación con uno de los soldados de casacas rojas. Un oficial; los dorados galones brillaban en sus hombros y llevaba un tricornio con adornos de encaje bajo un brazo. Pero no era el uniforme de aquel hombre lo que le había llamado la atención.

—Jesús H. Roosevelt Cristo —susurró.

Era alto, muy alto, con una amplitud de hombros y unas piernas largas, con medias blancas hasta los tobillos, que atraían las miradas de admiración de un grupo de vendedoras de ostras. Pero fue algo más que su altura o su complejión lo que hizo que se le pusiera la carne de gallina a lo largo de la columna vertebral; era su porte, su figura, sus movimientos de cabeza y su aire de seguridad física lo que llamaba la atención con la fuerza de un imán.

—Es papá —dijo ella, sabiendo que lo que decía era ridículo.

Incluso si por alguna razón inimaginable Jamie Fraser hubiese decidido disfrazarse con el uniforme de un soldado y bajar hasta los muelles, ese hombre era diferente. Cuando se volvió a mirar algo al otro lado del puerto, lo supo con seguridad; si bien era ágil como su padre, e igual de musculoso, todavía conservaba la delgadez de la juventud. También era elegante —como Jamie—, pero se movía con una ligera vacilación y la torpeza características de una

adolescencia que no hacía mucho que había dejado atrás.

Él giró un poco más, iluminado desde atrás por el brillo del sol en el agua, y ella sintió que se le aflojaban las rodillas. Una nariz larga y recta, que llegaba hasta una frente alta... la repentina curva de un amplio pómulo vikingo... Roger la agarró con fuerza del brazo, pero su atención estaba tan clavada en el joven como la de ella.

—Que... me... lleve... el... diablo —dijo.

Ella tragó una bocanada de aire, tratando de respirar mejor.

—A ti y a mí, a los dos. Y a él.

—¿A él?

—¡A él, a él, y a él! —exclamó, refiriéndose a lord John, al misterioso joven soldado y, más que nada, a su padre—. Vamos. —Se soltó y caminó por el muelle, sintiéndose extrañamente incorpórea.

Era como acercarse a un espejo de un parque de atracciones, viéndose transportada de repente al interior de una casaca roja y unos pantalones de ante. Él tenía el pelo oscuro, marrón castaño, no rojo, pero era tupido como el de ella, con el mismo ondeado suave, el mismo remolino que le salía de las cejas.

Lord John giró un poco la cabeza y la vio. Los ojos se le salieron de las órbitas y una expresión de horror le blanqueó los rasgos. Hizo un débil movimiento con la mano, como para impedir que se acercara, pero lo mismo le habría valido tratar de parar un tren expreso.

—¡Hola! —dijo Brianna en tono alegre—. ¡Qué casualidad encontrarlo a usted aquí, lord John!

Lord John lanzó un débil graznido, pero ella no estaba prestándole atención. El joven se volvió hacia ella, con una sonrisa cordial.

« Santo Dios, también tiene los ojos de su padre ». Pestañas oscuras, y tan joven que la piel que los rodeaba era fresca y clara, sin ninguna arruga; pero eran los mismos ojos azules de los Fraser, rasgados como los de un gato. Iguales que los suyos.

El corazón le batía con tanta fuerza que estaba segura de que podrían oírla. Pero, al parecer, el joven no notó nada raro; le hizo una reverencia, sonriendo, pero muy correcto.

—A sus órdenes, señora —dijo. Miró a lord John, claramente esperando las presentaciones.

—Querida, qué... alegría volver a verte. No tenía idea...

« Sí, apuesto a que no », pensó ella, pero siguió sonriéndole de buen grado. Pudo sentir a Roger a su lado, asintiendo y diciendo algo como respuesta al saludo de lord John, haciendo todo lo posible por no mirar fijo al joven.

—Mi hijo —estaba diciendo lord John—. William, lord Ellesmere. —La miró con los ojos entornados, como desafiándola a decir algo—. ¿Me permites que te presente al señor Roger MacKenzie, William? Y a su esposa.

—Señor. Señora MacKenzie. —El joven le cogió la mano antes de que ella se diera cuenta de sus intenciones, se inclinó profundamente y plantó un beso pequeño y formal sobre sus nudillos.

Ella casi lanzó un grito ante el inesperado roce de su aliento sobre su piel, pero le apretó la mano, con mucha más fuerza de lo que deseaba. Él pareció desconcertado por un instante, pero logró soltarse con bastante elegancia. Era mucho más joven de lo que ella había supuesto a primera vista; el uniforme y su actitud resuelta y segura lo hacían parecer mayor. Él la observó con el ceño ligeramente fruncido en sus facciones perfectas, como si tratara de ubicarla.

—Creo... —titubeó—. ¿Nos hemos visto antes, señora MacKenzie?

—No, me temo que no. Lo recordaría. —Lanzó una mirada afilada a lord John, que empezaba a ponerse ligeramente blanco.

Pero lord John también había sido soldado. Recobró la compostura con un esfuerzo visible y puso una mano sobre el brazo de William.

—Será mejor que vayas a ver a tus hombres, William —dijo—. ¿Quieres que cenemos juntos más tarde?

—He quedado para cenar con el coronel, padre —dijo William—. Pero estoy seguro de que no pondrá reparos a que se sume. Aunque será bastante tarde —añadió—. Tengo entendido que habrá una ejecución por la mañana, y me han ordenado que tenga las tropas listas por si se produce algún disturbio en la ciudad. Me llevará un poco de tiempo instalarme y organizarlo todo.

—Disturbio. Entonces, ¿se esperan disturbios?

—No podría decirlo, papá. Al parecer, no es una cuestión política, sino sólo un pirata. No creo que haya problemas.

—En estos días todo es una cuestión política, William —repuso su padre, con aspereza—. No lo olvides. Y siempre es más inteligente suponer que habrá problemas que toparse con ellos sin estar preparado.

El joven se sonrojó ligeramente, pero mantuvo la compostura.

—Correcto —respondió en tono áspero—. Estoy seguro de que posee una familiaridad con las situaciones locales de la que yo carezco. Le agradezco el consejo, padre.

Se relajó ligeramente y se volvió para hacerle una reverencia a Brianna.

—Me alegra de haberla conocido, señora MacKenzie. A sus órdenes, señor.

—Le hizo un gesto a Roger, se volvió y se alejó por el muelle, ajustándose el tricornio de acuerdo al ángulo correcto correspondiente a su autoridad.

Brianna inhaló profundamente, esperando que para cuando soltara el aire ya se le hubieran ocurrido palabras para acompañarlo. Lord John le ganó de mano.

—Sí —se limitó a decir—. Por supuesto que es él.

—¿Lo sabe mi madre?

—¿Lo sabe Jamie? —preguntó Roger al mismo tiempo.

Lord John suspiró. Con la partida de William se había relajado un poco, y su

rostro estaba recuperando el color natural.

—Ambos lo saben, sí.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Roger de repente.

—Dieciocho. Y para ahorrarle los cálculos, fue en 1758. En un lugar llamado Helwater, en el distrito de Lake.

Brianna volvió a respirar, y en esta ocasión le resultó más fácil.

—De acuerdo. Entonces... ocurrió antes de que mi madre... regresara.

—Sí. De Francia, supuestamente. Donde, imagino, tú creciste y te educaste.

—La taladró con la mirada; él sabía que ella hablaba un francés penoso.

Ella sintió que la sangre le subía al rostro.

—Éste no es momento para secretos —dijo—. Si quiere saber algo sobre mí y mi madre, se lo contaré... pero usted va a hablarme de él. —Brianna hizo un airado gesto en dirección a la taberna—. ¡De mi hermano!

Lord John apretó los labios, examinándola con los ojos entornados, mientras reflexionaba. Finalmente, asintió.

—No veo cómo evitarlo. Pero antes una cosa... ¿tus padres están aquí, en Wilmington?

—Sí. De hecho... —Alzó la mirada, tratando de distinguir la posición del sol

—. Nos encontraremos con ellos para cenar.

—¿Aquí?

—Sí.

Lord John se volvió hacia Roger.

—Señor MacKenzie. Me hará un gran favor, señor, si va a buscar a su suegro de inmediato y le informa de la presencia del noveno conde de Ellesmere. Dígale que confío en que su buen criterio lo hará marcharse inmediatamente de Wilmington nada más conocer esta noticia.

Roger lo contempló durante un momento.

—¿El conde de Ellesmere? ¿Cómo demonios se las arregló para conseguir eso?

Lord John estaba sonrojado.

—No importa. ¿Irá usted? James debe marcharse de la ciudad de inmediato, antes de que se crucen por casualidad... o antes de que alguien los vea a los dos por separado y comience a especular.

—Dudo que Jamie se marche —dijo Roger—. Al menos, hasta mañana.

—¿Por qué no? —exigió saber lord John—. ¿Por qué estáis todos aquí, en primer lugar? No será por la eje..., oh, por el amor de Dios, no me lo digáis.

Brianna se mordió el labio inferior. Cuando había divisado a lord John, se había sentido no sólo complacida, sino también aliviada de una pequeña parte de su carga de preocupaciones, puesto que contaba con él para que la ayudase en su plan. Pero con esta nueva complicación se sentía dividida en dos. Miró en dirección a Roger, buscando consejo.

Él le devolvió la mirada en uno de esos largos y tácitos intercambios matrimoniales. Luego asintió y tomó la decisión en lugar de ella.

—Iré a buscar a Jamie. Tú debes de querer charlar con lord John, ¿no?

Se inclinó hacia ella y la besó, luego se volvió y se alejó por el muelle, caminando de una manera que hacía que la gente se apartara de su camino inconscientemente, evitando incluso rozarle la ropa.

Lord John había cerrado los ojos y parecía estar rezando, quizás pidiendo fuerzas. Ella lo agarró del brazo y sus ojos se abrieron de golpe, alarmados, como si lo hubiera mordido un caballo.

—¿Es tan asombroso como yo creo? —dijo—. ¿El y yo? —Esa palabra le sonó rara. Él.

Lord John la miró con sus rubicundas cejas arrugadas de preocupación.

—Me parece que sí —respondió lentamente—. Sin duda, lo es para mí. Tal vez para un observador desinteresado, mucho menos. Está la diferencia de color, desde luego, y de sexo; su uniforme... pero, querida, ya sabes que tu propio aspecto es bastante llamativo de por sí... —Tan estrañalario, quería decir. Brianna suspiró, entendiendo a qué se refería.

—La gente me mira fijamente de todas formas —terminó la frase por él. Se bajó la visera del gorro, lo bastante como para ocultar la cara—. Entonces será mejor que vayamos a donde no me vea nadie que lo conozca, ¿no?

El muelle y las calles cercanas al mercado estaban repletos de gente. Todos los bares de la ciudad —y no pocas casas particulares— pronto se llenarían de soldados acuartelados. Su padre y Jem estaban con Alexander Lillington; su madre y Mandy en casa del doctor Festinan; ambos sitios eran centros de negocios y cotilleo, y ella había declarado que, de todas formas, no tenía intención de acercarse a ninguno de sus padres; al menos hasta que supiera todo lo que tenía que saber.

La exigencia de intimidad les dejaba la alternativa del cementerio o de la abandonada pista de carreras, y Brianna dijo que, dadas las circunstancias, no quería estar cerca de ningún torpe recordatorio de la mortalidad.

—Con lo de la mortalidad —dijo él—, ¿te refieres a la ejecución de mañana? Entiendo que se trata de Stephen Bonnet, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, distraída—. ¡Pero eso puede esperar! Usted no tiene compromisos para la cena, ¿verdad?

—No, pero...

—William —dijo ella, con los ojos en sus zapatos mientras caminaban lentamente por el arenoso óvalo de la pista—. William, noveno conde de Ellesmere, ¿eso es lo que ha dicho?

—William Clarence Henry George. Vizconde de Ashness, señor de Helwater, barón de Derwent y, sí, noveno conde de Ellesmere.

Ella apretó los labios.

—Lo que en cierta manera significaría que el mundo en general cree que su padre es otra persona. No James Fraser, quiero decir.

—Fue otra persona —la corrigió él—. Un tal Ludovico, octavo conde de Ellesmere, para ser precisos. Tengo entendido que el octavo conde sufrió una muerte desafortunada el día en que nació su... eh... heredero.

—¿De qué murió? ¿De la impresión?

Era evidente que Brianna estaba de un humor peligroso; a lord John le resultó interesante percibir en ella tanto la controlada ferocidad de su padre como la afilada lengua de su madre, una combinación fascinante y a la vez alarmante. Pero no tenía ninguna intención de permitirle dirigir la entrevista según sus propios términos.

—Disparo de arma de fuego —declaró él—. Tu padre le disparó.

Brianna ahogó un gemido y se detuvo sobre sus pasos.

—Aunque, en realidad, eso no es lo que la gente cree que pasó —dijo él, fingiendo no haberse percatado de su reacción—. El tribunal forense emitió un veredicto de muerte accidental... lo que creo que no era incorrecto.

—No era incorrecto —murmuró ella, desconcertada—. Supongo que si te disparan es un accidente bastante feo, la verdad.

—Por supuesto que hubo rumores. Pero el único testigo, además de los abuelos de William, era un cochero irlandés, que fue rápidamente enviado al condado de Sligo después del incidente. Como la madre del niño también había muerto ese día, los rumores apuntaban a que la muerte de su señoría había sido...

—¿Su madre también está muerta? —Ella se volvió y le lanzó una mirada penetrante con sus profundos ojos azules.

—Se llamaba Geneva Dunsany. Murió poco después del nacimiento de William... de una hemorragia natural —le aseguró.

—Natural —musitó ella. Le clavó otra mirada—. Esa tal Geneva... ¿estaba casada con el conde? Cuando ella y papá...

—Él no me lo ha dicho, y yo no se lo preguntaría bajo ninguna circunstancia —respondió con firmeza—. Fuera cual fuese la naturaleza de las relaciones de Jamie con Geneva Dunsany, no puedo concebir que él cometiera un acto tan deshonroso como engañar a otro hombre en su matrimonio.

Ella se relajó mínimamente, aunque siguió aferrándole el brazo.

—Yo tampoco —dijo, un poco a regañadientes—. Pero... —Apretó los labios y luego los relajó—. ¿Cree que él estaba enamorado de ella? —le espetó.

Lo que lo alarmó a él no fue la pregunta, sino el hecho de darse cuenta de que a él jamás se le había ocurrido formularla; desde luego, no a Jamie, pero ni siquiera a sí mismo. Se preguntó por qué no. No tenía derecho a sentir celos, y si era lo bastante necio como para tenerlos, habría sido considerablemente *ex post facto* en el caso de Geneva Dunsany; él no había tenido conocimiento del origen

de William hasta varios años después de la muerte de la muchacha.

—No tengo ni idea —dijo lacónicamente.

Los dedos de Brianna tamborilearon inquietos en su brazo; ella intentó apartarlos, pero él puso una mano en la de ella para detenerla.

—Maldición —murmuró ella, pero dejó de retorcer los dedos, y continuó caminando, disminuyendo la velocidad para ponerse a su altura.

—Si estaban enamorados, ¿por qué no se casó con ella? —preguntó por fin.

Lord John se echó a reír ante la idea.

—¡Casarse con ella! ¡Mi querida muchacha, él era el palfrenero de la familia!

Una mirada de desconcierto pasó por sus ojos; él habría jurado que si ella hubiera hablado, la palabra habría sido: « ¿Y? » .

—En el nombre de Dios, ¿dónde te has criado? —Quiso saber, deteniéndose sobre sus pasos.

Percibió cosas que se movían detrás de los ojos de ella. Si bien Brianna dominaba el truco de Jamie de mantener el rostro inexpresivo, al mismo tiempo la transparencia de su madre brillaba a través de esa máscara. De pronto vio un brillo de decisión en esos ojos, un momento antes de que una lenta sonrisa le cruzara los labios.

—En Boston —dijo—. Soy americana. Pero usted ya sabía que yo era una bárbara, ¿verdad?

Él gruñó a modo de respuesta.

—Eso explica un poco tus actitudes republicanas. Aunque permítome sugerirte con mucha vehemencia que ocultes esos peligrosos sentimientos, por el bien de tu familia. Tu padre ya tiene bastantes problemas. Sin embargo, puedes creerme si te digo que no sería posible que la hija de un *baronet* se casara con un palfrenero, por exigente que fuera la naturaleza de sus emociones.

Ahora gruñó ella; un sonido muy expresivo, aunque para nada femenino. Lord John suspiró y volvió a cogerle la mano.

—Además, él era un prisionero en libertad condicional... un jacobita, un traidor. Créeme, la idea de casarse no se les habría ocurrido a ninguno de los dos.

Caminaron en silencio por la arena húmeda durante unos instantes, cada uno sumido en sus propios pensamientos. Por fin, Brianna lanzó un suspiro tan profundo que él lo sintió tanto como lo oyó.

—Bueno, ella está muerta, en cualquier caso, y el conde... ¿sabe por qué papá lo mató? ¿Eso se lo dijo?

—Tu padre nunca ha hablado conmigo de ese asunto; ni de Geneva, ni del conde, y ni siquiera de su paternidad de William, al menos de una manera directa. Pero lo sé, sí.

La miró.

—William es mi hijo, después de todo. Al menos en el sentido en que se lo

denomina habitualmente. —Y mucho más que eso, pero no pensaba discutirlo con la hija de Jamie.

Ella alzó las cejas.

—Sí. ¿Cómo ocurrió?

—Como te he dicho, los dos padres de William, sus supuestos padres, murieron el día de su nacimiento. Su padre, el conde, quiero decir, no tenía parientes cercanos, de modo que el muchacho fue puesto bajo la tutela de su abuelo, lord Dunsany. Isobel, la hermana de Geneva, se convirtió prácticamente en la madre de William. Y yo... —se encogió de hombros— me casé con Isobel. Pasé a ser el tutor de William, con el consentimiento de Dunsany, y él me ha considerado su padrastro desde que tenía seis años... es mi hijo.

—¿Usted? ¿Usted se casó? —Brianna lo miraba con los ojos desorbitados, con un aire de incredulidad que a él le pareció ofensivo.

—Tienes ideas muy peculiares acerca del matrimonio —repuso él con irritación—. Era un arreglo de lo más conveniente.

—¿Eso era lo que pensaba su esposa? —preguntó ella, en un inquietante eco de la voz de su madre cuando le había hecho la misma pregunta. Pero en aquella ocasión, la pregunta lo había dejado perplejo. Esta vez, estaba preparado.

—Aquellos —recitó lacónicamente— tuvo lugar en otro país. E Isobel... —Como había esperado, esas palabras la hicieron callar.

Había una hoguera ardiendo en el otro extremo de la pista ovalada, donde unos viajeros habían improvisado un campamento. Lord John se preguntó si habrían viajado río abajo para presenciar la ejecución. ¿O tal vez eran hombres que habían venido a alistarse en las milicias rebeldes? Una figura se movió; la divisó vagamente a través de la nube de humo, se volvió y guió a Brianna de regreso por el mismo camino que habían tomado. La conversación ya era bastante incómoda de por sí como para correr el riesgo de que los interrumpieran.

—Me has preguntado por Ellesmere —continuó—. La historia que le contó lord Dunsany al tribunal forense fue que Ellesmere estaba enseñándole una nueva pistola y ésta se disparó accidentalmente. Era la clase de historia que se cuenta con el objeto de que nadie la crea, para dar la impresión de que en realidad el conde se había disparado a sí mismo, sin duda por la pena que le había causado la muerte de su esposa, pero que los Dunsany deseaban evitar el estigma del suicidio por el bien de la criatura. El forense, naturalmente, captó tanto la falsedad del relato como la sabiduría de dejarlo pasar.

—Eso no es lo que le he preguntado —dijo ella con cierta mordacidad en la voz—. Le he preguntado por qué mi padre le disparó.

Lord John suspiró.

—Ella no le daba ninguna oportunidad de escaparse o evadirse.

—Entiendo que su señoría, al comprender que el infante recién nacido en

realidad no era de su sangre, tenía la intención de limpiar la mancha de su honor dejando caer al niño por la ventana, sobre las baldosas del patio, desde una altura de diez metros —declaró sin rodeos.

La cara de ella empalideció de manera perceptible.

—¿Cómo se enteró? —Quiso saber—. Y si papá era palfrenero, ¿por qué estaba presente? ¿El conde sabía que él era... responsable? —Se estremeció, evidentemente viendo en su mente una escena en la que Jamie era convocado ante el conde para presenciar la muerte de su hijo ilegítimo antes de enfrentarse él mismo a un destino similar. John no tuvo dificultades en deducir lo que ella estaba imaginando.

—Una ingeniosa elección de palabras —dijo con aspereza—. Jamie Fraser es «responsable» de más cosas que cualquier otro hombre que conozco. En cuanto al resto, no tengo ni idea. Conozco los puntos fundamentales de lo que ocurrió porque Isobel los sabía; su madre estaba presente y es de suponer que le hizo un somero relato de lo ocurrido.

—Ajá. —Brianna pateó una pequeña piedra deliberadamente—. ¿Y usted jamás le preguntó a papá nada sobre ese asunto?

—Jamás he hablado con tu padre respecto de Geneva, Ellesmere o el propio William, salvo para informarlo de mi matrimonio con Isobel y asegurarme que cumpliré mis responsabilidades como tutor de William lo mejor que pueda.

Ella se detuvo.

—¿Nunca le dijo nada a él? ¿Y él qué le dijo a usted? —Quiso saber.

—Nada. —Él le devolvió la mirada.

—¿Por qué se casó con Isobel?

Lord John suspiró, pero no tenía sentido evadir la respuesta.

—Para ocuparme de William.

Las pobladas cejas rojas se alzaron casi hasta el nacimiento del pelo.

—De modo que usted se casó, a pesar de... Quiero decir, puso toda su vida patas arriba, ¿sólo para cuidar al hijo ilegítimo de Jamie Fraser? ¿Y ninguno de los dos habló de eso jamás?

—No —respondió él, desconcertado—. Claro que no.

Brianna meneó la cabeza.

—Hombres —dijo crípticamente.

Volvío la mirada hacia la ciudad. El aire estaba sereno y había una nube formada por el humo de las chimeneas de Wilmington que flotaba pesadamente sobre los árboles. Un flujo pequeño pero constante de personas pasaban por el camino, en dirección a la ciudad, y las reverberaciones de una multitud cada vez mayor podían oírse con claridad cada vez que el viento apuntaba desde esa dirección.

—Ya casi ha oscurecido. Debo regresar. —Giró hacia la pista que daba a la ciudad y él la siguió, aliviado por el momento, pero sin albergar ninguna ilusión

de que el interrogatorio hubiese llegado a su fin.

Aunque a ella sólo le quedaba una pregunta.

—¿Cuándo va a decírselo? —preguntó, volviéndose para mirarlo.

—Decirle qué a quién? —respondió él, alarmado.

—A él. —Ella lo miró con el ceño fruncido, irritada—. A William. A mi hermano.

Lord John se sentía como si hubiera comido algo que le había caído terriblemente mal.

—Te has vuelto completamente loca? —La agarró del brazo.

—Entiendo que él no sabe quién es su verdadero padre. Dado que usted y papá jamás hablaron de ello, es probable que usted tampoco viera el sentido a contárselo a él. Pero ya es adulto; tiene derecho a saberlo.

Lord John cerró los ojos con un gemido grave.

—Se encuentra bien? —le preguntó Brianna. Él sintió que ella se inclinaba para examinarlo—. No tiene buen aspecto.

—Siéntate.

Él mismo se sentó, con la espalda contra un árbol, y tiró de ella hasta que se sentó en el suelo. Respiró profundamente, manteniendo los ojos cerrados mientras su mente corría a toda velocidad. Sin duda estaría bromeando, ¿no? Claro que no, le aseguró su yo cínico y observador. Ella poseía un fuerte sentido del humor, pero su presencia no se notaba en ese momento.

Pero no podía hacerlo. Él no podía permitírselo. Era inconcebible que ella... pero ¿cómo impedírselo? Si no le hacía caso a él, tal vez Jamie o su madre...

Una mano le tocó el hombro.

—Lo siento —dijo Bree en voz baja—. No me he parado a pensar...

De pronto él experimentó un gran alivio. Sus entrañas comenzaron a relajarse, y cuando abrió los ojos la vio mirándolo con una peculiar clase de compasión pura a la que él no le encontró sentido alguno. Sus entrañas no tardaron en volver a convulsionarse, y temió estar a punto de sufrir un vergonzoso ataque de flatulencias en ese mismo instante.

Sus entrañas la habían comprendido mejor que él.

—Debería haberlo pensado —se reprochó ella—. Debería haberme dado cuenta de cómo se sentiría usted al respecto. Usted mismo lo ha dicho: él es su hijo. Lo ha criado todo este tiempo, y me doy cuenta de lo mucho que lo quiere. Debe de ser terrible para usted que William se entere de lo de papá y que tal vez lo culpe a usted por no habérselo contado antes.

—Pero... —comenzó a decir.

Ella, sin embargo, ya le había cogido una mano entre las suyas y estaba apretándose con firmeza, mientras sus ojos azules se llenaban de lágrimas.

—No lo hará —le aseguró—. William jamás dejará de quererlo. Créame. Fue lo mismo conmigo... cuando me enteré de lo de papá. Al principio no quise

creerlo; yo ya tenía un padre, y lo quería, y no deseaba otro. Pero luego conocí a Jamie, y fue... fue... lo que es. —Se encogió de hombros levemente y alzó una mano para enjugarse las lágrimas en el encaje de la manga—. Pero no he olvidado a mi otro padre. Jamás lo haré. Jamás.

Conmovido, lord John se aclaró la garganta.

—Sí, bueno. Estoy seguro de que tus sentimientos hablan muy bien de ti, querida. Y si bien espero gozar igualmente del cariño y el aprecio de William en la actualidad y continuar haciéndolo en el futuro, en realidad no es ésa la cuestión que estaba tratando de plantear.

—¿No? —Brianna levantó la mirada, con los ojos bien abiertos, y las lágrimas se le amontonaron en las pestañas, convirtiéndolas en oscuras púas.

—No —dijo él con delicadeza, teniendo en cuenta las circunstancias—. Mira, cariño, ya te he dicho quién es William... o quién cree que es.

—¿Se refiere a lo del vizconde de no sé qué?

—En efecto. Las cinco personas que conocen su verdadera ascendencia han dedicado considerables esfuerzos durante los últimos dieciocho años a que nadie, William incluido, tuviera nunca motivo para dudar que él es, efectivamente, el noveno conde de Ellesmere.

Brianna bajó la mirada, con sus gruesas cejas entrelazadas y los labios apretados.

—Usted no lo entiende —dijo ella por fin. Alzó la mirada y él se dio cuenta de que había llegado a una decisión—. Nos marchamos —añadió de repente—. Roger, yo y los... los niños.

—¡Ah, sí! —dijo él en tono de cautela. Podría ser una buena noticia—. ¿Adónde pensáis ir? ¿Os mudaréis a Inglaterra? ¿O tal vez a Escocia? Si es Inglaterra o Canadá, tengo varios contactos sociales que podrían seros de...

—No. A ninguno de esos sitios. A ningún lugar en el que usted pueda tener «contactos». —Le dedicó una sonrisa dolorida—. Pero ¿sabe?... nos marcharemos. Para... para siempre. Yo no... no creo que vuelva a verlo de nuevo. —Ella acababa de darse cuenta de eso; él lo vio en la expresión de su cara y, a pesar de la punzada de dolor que le causó, se sintió profundamente conmovido.

—Te echaré muchísimo de menos, Brianna —dijo con delicadeza.

Lord John había sido soldado la mayor parte de su vida, y luego diplomático. Había aprendido a convivir con las separaciones y las ausencias, y la ocasional muerte de algún amigo que había quedado atrás. Pero la idea de no volver a ver jamás a aquella extraña muchacha le causó un grado de pesar totalmente inesperado. Casi, pensó con sorpresa, como si se tratase de su propia hija.

Pero tenía un hijo, también, y sus siguientes palabras lo devolvieron de inmediato a un estado de alerta.

—De modo que, ya ve —prosiguió ella—, tengo que hablar con William, y

contárselo. Jamás tendremos otra oportunidad. —Entonces su rostro se alteró y se llevó una mano al pecho—. Ahora debo irme —añadió abruptamente—. Mandy... Amanda, mi hija... tengo que darle de comer.

Y, diciendo esto, Brianna se incorporó y se fue, deslizándose por la arena de la pista de carreras como una nube de tormenta, dejando atrás una amenaza de destrucción.

*Seguramente, la justicia
y la misericordia me acompañarán*

10 de julio de 1776

La marea comenzó a subir justo antes de las cinco de la mañana. El cielo estaba totalmente iluminado, con un color pálido y claro, sin nubes, y las marismas al otro lado del muelle se extendían grises y brillantes, con una lisura interrumpida aquí y allá por matorrales y algas tenaces.

Todos se levantaron al amanecer; ya había bastantes personas en el muelle para ver salir la procesión, dos funcionarios del Comité de Seguridad de Wilmington, un representante de la Asociación de Mercaderes, un sacerdote que portaba una Biblia y el prisionero, una figura alta y de hombros anchos, caminando con la cabeza descubierta por el barro maloliente. Detrás de él había un esclavo que trasladaba las cuerdas.

—No quiero ver esto —dijo Brianna entre clientes.

—Vámonos, entonces. —Roger le cogió el brazo, pero ella lo apartó.

—No. Tengo que hacerlo.

Dejó caer los brazos y permaneció muy erguida, mirando. La gente a su alrededor se empujaba para ver mejor, mofándose y chillando. No llevó mucho tiempo. El esclavo agarró el poste del amarradero y lo sacudió, evaluando su firmeza. Luego se echó hacia atrás, mientras los dos funcionarios guiaban desde atrás a Stephen Bonnet hasta la estaca y le rodeaban el cuerpo con cuerdas desde el pecho hasta las rodillas. Ese bastardo no iría a ninguna parte.

Roger supuso que tendría que revisar su corazón en busca de compasión y rezar por aquel hombre, pero no pudo. Trató de pedir perdón, pero tampoco pudo. Algo se removía en su vientre. Se sentía como si él mismo estuviera amarrado a una estaca, esperando ahogarse.

El sacerdote, con su manto negro, se inclinó y su pelo flameó en la brisa mientras movía la boca. A Roger no le pareció que Bonnet contestara, pero no estaba seguro de ello. Después de unos momentos, los hombres se quitaron los sombreros, permanecieron de pie mientras el sacerdote rezaba, luego volvieron a ponérselos y retrocedieron hacia la orilla, con las botas chapoteando hasta la altura de los tobillos en el barro arenoso.

En el momento en que los funcionarios desaparecieron, una corriente de gente se abalanzó sobre el barro: curiosos, niños que saltaban, y un hombre con

un cuaderno y un lápiz, a quien Roger reconoció como Amos Crupp, el actual propietario de la *Wilmington Gazette*.

—Vaya, qué buena primicia, ¿eh? —musitó Roger.

No importara lo que Bonnet realmente dijera, o no dijera; sin duda al día siguiente habría una edición sensacionalista, voceada por las calles, que contendría o bien una escabrosa confesión o sensibleros informes de arrepentimiento; tal vez las dos cosas.

—Está bien; definitivamente, no puedo ver esto. —Brianna se volvió de golpe, cogiéndolo del brazo.

Llegó hasta el otro lado de la hilera de almacenes antes de volverse de repente hacia él, hundir la cara en su pecho y romper a llorar.

—Chsss. Está bien... Todo saldrá bien. —Le dio unas palmaditas en la espalda. Luego la cogió de los hombros y la miró a los ojos—. No tienes que hacerlo —dijo.

Ella dejó de llorar.

—Es... Estoy bien. Ni siquiera se trata de él. Es sólo... todo. M... Mandy... —su voz tembló al pronunciar esa palabra— y haber conocido a mi hermano... Oh, Roger, si no puedo decírselo, él jamás lo sabrá, y yo nunca volveré a verlos ni a él ni a lord John. Ni tampoco a mamá... —Se interrumpió—. No es él —repitió.

—Tal vez no —dijo Roger, en voz baja—. Pero de todas formas no tienes que hacerlo.

—Debería haberlo matado en Ocracoke —declaró Brianna, cerrando los ojos. El sol ya estaba más alto—. Fui una cobarde. P... pensé que sería más fácil dejar que la ley se ocupara de ello. —Abrió los ojos—. No puedo dejar que ocurra de esta manera, incluso aunque no hubiera dado mi palabra.

Roger lo entendió; sintió el terror de la marea que ascendía, esa inexorable aproximación del agua, subiendo en sus huesos. Pasarían casi nueve horas antes de que el agua llegara al mentón de Bonnet; era un hombre alto.

—Yo lo haré —dijo con firmeza.

Ella hizo un mínimo intento de sonreír, pero lo abandonó.

—No —replicó—. Tú no. —Se la veía completamente agotada; ninguno de los dos había dormido mucho la noche anterior. Pero también parecía decidida, y él reconoció la sangre testaruda de Jamie Fraser.

Bueno, qué demonios... Él también tenía parte de esa sangre.

—Ya te he contado —dijo— lo que tu padre declaró aquella vez: «Soy yo quien mata por ella». Si hay que hacerlo... —entonces lo haré yo.

Brianna tomó un profundo aliento antes de volver a mirarlo a los ojos.

—Me lo has contado. Y también me has contado por qué él declaró eso; lo que le dijo a Arch Bug. «Ella ha hecho un juramento». Ella es doctora; no mata gente.

« ¡Que te crees tú eso! », pensó Roger, pero le pareció mejor no decirlo.

—Tú también has hecho uno —dijo ella.

Eso lo paralizó.

—No, no es cierto.

—Oh, sí, sí lo es —insistió con énfasis—. Tal vez aún no sea oficial... pero no tiene por qué serlo. Tal vez aún ni siquiera haya sido expresado en palabras, el juramento que has hecho... pero lo has hecho, y yo lo sé.

—Sí, bueno... —Puso sus manos sobre las de ella—. Y también te hice uno a tí, cuando te lo conté. Dije que jamás antepondría a Dios a mí... a mi amor por tí.

—Yo no he hecho esa clase de juramento —repuso Bree, y apartó sus manos de las de él—. Y he dado mi palabra.

Había ido con Jamie la noche anterior, después de que hubo oscurecido, al sitio donde tenían prisionero al pirata. Roger no tenía ni idea de qué clase de soborno o influencia se había empleado, pero los habían dejado pasar, Jamie la había traído de regreso a su habitación muy tarde, extremadamente pálida, con un fajo de papeles que le entregó a su padre. Declaraciones juradas, dijo; certificados de los negocios de Stephen Bonnet con distintos mercaderes costa arriba y costa abajo.

Roger le había lanzado una mirada asesina a Jamie, y había sido pagado con la misma moneda, pero con creces. « Esto es una guerra —le habían dicho los ojos entornados de Fraser—. Y usaré cualquier arma que esté a mi alcance ». Pero todo lo que dijo fue « Buenas noches, *a nighean* », y le tocó el pelo a su hija con ternura antes de marcharse.

Brianna se había sentado junto a Mandy y le había dado de mamar, con los ojos cerrados, negándose a hablar. Después de un tiempo, las líneas blancas y tensas de su cara se relajaron, hizo eructar al bebé y la dejó dormida en su cesto. Entonces fue a la cama, y le hizo el amor con una muda ferocidad que lo sorprendió. Pero no tanto como le estaba sorprendiendo ahora.

—Y hay otra cosa más —dijo, sobria y ligeramente triste—. Yo soy la única persona del mundo para quien esto no es un homicidio.

Con esas palabras, se volvió y se alejó rápidamente en dirección a la posada donde la esperaba Mandy para que la alimentara. Desde las marismas, Roger oyó el sonido de voces excitadas, estridentes como gaviotas.

A las dos de la tarde, Roger ayudó a su esposa a subir a un pequeño bote de remos, que estaba amarrado al muelle cerca de la hilera de almacenes. La marea llevaba subiendo todo el día; el agua tenía más de un metro y medio de profundidad. En medio de la neblina gris y luminosa podía verse el grupo de postes del amarradero, y la cabeza pequeña y oscura del pirata.

Brianna estaba distante como una estatua pagana, con el rostro inexpresivo.

Levantó las faldas para subirse al bote y se sentó. Al hacerlo, el peso de su bolso chocó con un ruido metálico contra el asiento de madera.

Roger cogió los remos y dirigió la embarcación hacia los postes. No llamarían la atención; muchos botes similares habían estado yendo y viniendo desde el mediodía, llevando a curiosos que deseaban echar un vistazo al rostro del condenado, burlarse de él a gritos o cortarle un pelo como recuerdo.

Él no podía ver hacia dónde iban; Brianna le indicaba que virase a la derecha o a la izquierda con un movimiento silencioso de la cabeza. Ella sí podía ver; estaba sentada recta y alta, con la mano derecha escondida en la falda.

Entonces, de improviso, levantó la mano izquierda y Roger dejó de remar, hundiendo un remo en el agua para hacer girar la diminuta embarcación.

Bonnet tenía los labios agrietados, la cara lastimada y con costras de sal, y los párpados tan enrojecidos que apenas podía abrirllos. Pero alzó la cabeza cuando ellos se acercaron, y Roger vio a un hombre cautivo, indefenso y lleno de pavor.

—Has tardado bastante, querida —le dijo a Brianna, y los labios agrietados se separaron en una sonrisa que los partió y que le manchó los dientes de sangre—. Pero sabía que vendrías.

Roger movió uno de los remos para colocar el bote más cerca, y luego un poco más. Estaba mirando por encima del hombro cuando Brianna sacó la pistola con empuñadura dorada del bolsillo y puso el cañón contra la oreja de Stephen Bonnet.

—Ve con Dios, Stephen —dijo en gaélico, y apretó el gatillo.

Luego dejó caer el arma en el agua y se volvió a su marido.

—Llévame a casa —dijo.

Arrepentimiento

Lord John entró en su habitación de la posada y quedó sorprendido —asombrado, de hecho— cuando descubrió que tenía un visitante.

—John. —James Fraser se volvió y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Jamie —él también sonrió, tratando de controlar la repentina sensación de júbilo que lo inundaba.

Había usado el nombre de pila de Jamie tal vez en tres ocasiones durante los últimos veinticinco años; la sensación de intimidad que le proporcionaba era excitante, pero no debía permitir que se notara.

—¿Pido algo de beber? —preguntó cortésmente. Jamie negó con la cabeza, sin dejar de sonreír ligeramente.

—Se lo agradezco, pero no. Somos enemigos, ¿no es cierto?

—Nos encontramos, lamentablemente, en bandos opuestos de lo que confío será un conflicto de corta duración —lo corrigió lord John.

Fraser lo miró, con una expresión de arrepentimiento.

—No será de corta duración —repuso—. Pero sí lamentable.

—Ya.

Lord John se aclaró la garganta y se acercó a la ventana, tratando de no rozar a su visitante. Miró hacia afuera y vio la probable razón de la visita de Fraser.

—Ah —dijo, al divisar a Brianna Fraser MacKenzie en la acera más abajo—. ¡Oh! —añadió, en un tono diferente, puesto que William Clarence Henry George Ransom, el noveno conde de Ellesmere, acababa de salir de la posada y estaba haciendole una reverencia a Brianna—. Dios santo —dijo, y el miedo le hizo arder la coronilla—. ¿Se lo dirá?

Fraser negó con la cabeza, con los ojos fijos en los dos jóvenes.

—No —respondió en voz baja—. Me ha dado su palabra.

El alivio le atravesó las venas como si fuera agua.

—Gracias —dijo.

Los dos estaban conversando; William dijo algo y Brianna rió, echándose el pelo hacia atrás. Jamie la observó, fascinado. ¡Por Dios, eran idénticos! Los pequeños gestos, las posturas, los movimientos... Debía de ser obvio hasta para el observador menos avezado. De hecho, vio pasar a un matrimonio junto a ellos y la mujer sonrió, complacida al ver que hacían tan buena pareja.

—Ella no se lo dirá —repitió lord John, consternado por el espectáculo—. Pero se exhibe ante él. ¿Acaso él no...? Pero no. Supongo que no.

—Espero que no —señaló Jamie, con los ojos todavía clavados en ellos—.

Pero si lo hace... de todas formas no lo sabrá. Y ella insistió en que debía verlo una vez más... ése fue el precio de su silencio.

John asintió, mudo. En ese momento apareció el marido de Brianna, con su pequeño hijo de la mano, cuyo pelo se veía tan vívido como el de su madre a la luz del sol de verano. Llevaba un bebé en el brazo; Brianna se lo quitó y abrió la manta para enseñárselo a William, quien lo inspeccionó con suma cortesía.

De pronto lord John se dio cuenta de que cada fragmento de Fraser estaba enfocado en la escena exterior. Por supuesto; no había posado los ojos en Willie desde que el muchacho cumplió doce años. Y verlos a los dos juntos... a su hija y al hijo al que jamás podría hablarle o reconocer como tal... Sintió el deseo de ponerle una mano en el brazo como gesto de compasión, pero, conociendo el probable efecto de su roce, declinó hacerlo.

—He venido a pedirle un favor —dijo de pronto Fraser.

—Estoy a sus órdenes, señor —respondió lord John.

—No es para mí —repuso Fraser con una mirada—. Es para Brianna.

—Mi placer será aún mayor —le aseguró John—. Le tengo un enorme cariño a su hija, a pesar de las similitudes de temperamento que tiene con usted.

Fraser levantó una comisura de su labio y volvió la mirada a la calle.

—Ya —dijo—. Bueno, pues, no puedo decirle por qué le pido esto... pero necesito una joya.

—¿Una joya? ¿Qué clase de joya?

—Cualquier clase. No importa... siempre que sea alguna gema preciosa. Una vez le di una piedra similar... —Su boca se torció al recordarlo; había entregado la piedra, un zafiro, bajo coacción, como prisionero de la Corona—. Aunque no creo que la lleve ahora mismo encima.

A decir verdad, John sí la llevaba. Aquel zafiro lo había acompañado durante los últimos veinticinco años, y en ese momento estaba en un bolsillo de su chaleco.

Se miró la mano izquierda, donde tenía un ancho anillo de oro, con un zafiro brillante, incrustado en él. El anillo de Hector. El que le había entregado su primer amante a los diecisésis años. Hector había muerto en Culloden... el día después de que John conoció a James Fraser en la oscuridad de un pasaje montañoso escocés.

Sin vacilación, pero con cierta dificultad —hacía mucho tiempo que llevaba aquel anillo y se había hundido un poco en la piel de su dedo—, se lo quitó y lo depositó en la mano de Jamie.

Las cejas de Fraser se alzaron de asombro.

—¿Esto? ¿Está seg...?

—Cójalo. —John extendió la mano y cerró los dedos de Jamie alrededor del anillo. El contacto fue fugaz, pero sintió un cosquilleo en la mano, y cerró su propio puño, con la esperanza de conservar la sensación.

—Gracias —volvió a decir Jamie en voz baja.

—Es... un gran placer.

El grupo de la calle estaba separándose; Brianna estaba partiendo, con el bebé en brazos. Su marido y su hijo ya se habían adelantado unos metros. William hizo una reverencia, quitándose el sombrero, y la silueta de su cabeza castaña era un reflejo tan perfecto de la pelirroja...

De pronto, lord John sintió que no podía soportar verlos separarse. Deseó conservar también eso... la imagen de ellos dos juntos. Cerró los ojos y permaneció allí, con las manos en el alféizar y la brisa en su cara. Algo le tocó el hombro, muy rápidamente, y sintió un movimiento en el aire a su lado.

Cuando volvió a abrir los ojos, los tres se habían ido.

Resistiéndose a partir

Septiembre de 1776

Roger estaba colocando el último de los caños de agua cuando Aidan y Jemmy aparecieron de improviso a su lado.

—¡Papá, papá, ha venido Bobby!

—¿Qué? ¿Bobby Higgins? —Roger se irguió y miró en dirección a la Casa Grande, pero no vio señales de ningún caballo—. ¿Dónde está?

—Ha subido al cementerio —respondió Aidan, con aires de importancia—. ¿Cree que habrá ido a buscar al fantasma?

—Lo dudo —dijo Roger en tono sereno—. ¿Qué fantasma?

—El de Malva Christie —respondió Aidan de inmediato—. Anda por allí. Todos lo dicen. —Habló con valentía, pero se rodeó el cuerpo con los brazos.

Jemmy, lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Por qué anda por allí? ¿Adónde va?

—Porque fue asesinada, bobo —dijo Aidan—. Las personas asesinadas siempre merodean por allí. Están buscando a la persona que los mató.

—Tonterías —replicó Roger al ver la mirada de inquietud en el rostro de Jemmy.

El muchacho sabía que Malva Christie estaba muerta, desde luego; había asistido a su funeral, junto con todos los otros niños del cerro. Pero él y Brianna se habían limitado a decirle que Malva había muerto, no que había sido asesinada.

Bueno, pensó Roger con melancolía, era difícil mantener algo así en secreto. Esperaba que Jem no tuviera pesadillas.

—Malva no está merodeando por allí ni busca a nadie —dijo—. Su alma está en el cielo junto a Jesús, donde es feliz y está tranquila... y su cuerpo... bueno, cuando las personas mueren, ya no necesitan sus cuerpos, de modo que los enterramos, y allí se quedan, tranquilitos en sus tumbas, hasta el Día del Juicio Final.

Era evidente que Aidan no estaba para nada convencido.

—Joey McLaughlin la vio un viernes, hace dos semanas —aseguró—. Corriendo por el bosque, dijo, toda vestida de negro... ¡y aullando de tristeza!

Jemmy comenzaba a parecer realmente alterado. Roger dejó a un lado la pala y lo alzó en brazos.

—Supongo que Joey McLaughlin llevaría encima algunas copas de más —dijo—. Si estaba corriendo por el bosque y aullando, lo más probable es que se tratara de *Rollo*. Vamos, de todas formas; vayamos a buscar a Bobby y veréis la tumba de Malva con vuestros propios ojos.

Extendió una mano hacia Aidan, quien la cogió con alegría y parloteó como una cotorra durante toda la subida por la colina.

Se preguntó qué haría Aidan cuando él se marchase. La idea de irse, al principio tan repentina que parecía completamente irreal e impensable, se había ido filtrando en su conciencia día tras día. Mientras desempeñaba sus tareas, cavando los pozos para los caños de agua de Brianna, trasladando heno o cortando madera, trataba de pensar: «No falta mucho». Y sin embargo parecía imposible que un día no estuviera en el cerro, no empujara la puerta de la cabaña y encontrara a Brianna dedicada a algún endemoniado experimento en la mesa de la cocina, con Jem y Aidan *bruuumeando* como locos a sus pies.

La sensación de irrealdad era todavía más pronunciada cuando celebraba el sermón dominical o hacía sus rondas para visitar a los enfermos o aconsejar a los que estuvieran preocupados. Al mirar todas aquellas caras no podía creer que estuviera planeando marcharse y abandonarlos a todos como un canalla. Se preguntó cómo se lo diría, un pensamiento que lo angustiaba. En especial, a aquellos de los que se sentía más responsable: Aidan y su madre.

Había rezado, pidiendo fortaleza y guía.

Y, sin embargo... y sin embargo la visión de las diminutas uñas azules de Amanda, el suave jadeo de su respiración, jamás lo abandonaban. Y las imponentes piedras junto al arroyo de Ocracoke parecían volverse más próximas, más sólidas, día tras día.

Bobby Higgins, en efecto, se encontraba en el cementerio, con el caballo atado bajo los pinos. Estaba sentado ante la tumba de Malva, con la cabeza inclinada en un gesto de reflexión, aunque levantó la mirada de inmediato cuando aparecieron Roger y los muchachos. Parecía pálido y sombrío, pero se puso en pie y le estrechó la mano a Roger.

—Me alegra verte otra vez, Bobby. Eh, chicos, ¿por qué no vais a jugar un rato?

Dejó a Jemmy en el suelo y le satisfizo ver que, tras una mirada recelosa a la tumba de Malva, que estaba adornada con un ramo marchito de flores silvestres, el niño se marchó con Aidan a cazar ardillas en el bosque.

—Yo... eh... no esperaba volver a verte —añadió, un poco incómodo.

Bobby bajó la mirada y se quitó algunas agujas de pino de los pantalones.

—Bueno, señor... La cuestión es que he venido a quedarme. Si es que no hay inconveniente —se apresuró a agregar.

—¿A quedarte? Pero... desde luego que no hay ningún problema —dijo Roger—. ¿Acaso tú...? Es decir... espero que no te hayas peleado con su

señoría...

—¡Oh, no, señor! Su señoría ha sido tremadamente amable conmigo desde que me adoptó. —Vaciló, mordiéndose el labio inferior—. Es sólo que... bueno, verá, señor, hay unas cuantas personas que han venido a quedarse con su señoría estos días. Políticos y... militares.

A pesar de sí mismo, se tocó la marca grabada a fuego en la mejilla, que se había convertido en una cicatriz rosada pero que todavía era evidente, y que siempre lo sería. Roger comprendió.

—Supongo que ya no estabas a gusto allí, ¿verdad?

—Así es, señor. En otros tiempos, estábamos sólo su señoría y yo, y Manote, el cocinero. A veces venía algún invitado a cenar o se quedaba unos días, pero todo era bastante sencillo. Cuando yo salía a llevar mensajes o hacer cosas para su señoría, la gente se me quedaba mirando pero sólo la primera o la segunda vez; después se acostumbraban a eso... —Volvió a tocarse la cara—. Y todo estaba bien. Pero ahora... —Se interrumpió con una expresión de infelicidad—. Su señoría comprendió las dificultades; él es muy listo para esas cosas. Y dijo que me echaría mucho de menos, pero que si yo decidía buscar suerte en otra parte, él me daría diez libras y sus mejores deseos.

Roger lanzó un silbido de admiración. Diez libras era una suma muy respetable.

—Muy amable de su parte —dijo—. ¿Sabía que pensabas venir aquí?

Bobby negó con la cabeza.

—Yo mismo no estaba seguro —admitió—. En otros tiempos, yo... —Se interrumpió de golpe, lanzando una mirada a la tumba de Malva, luego se volvió hacia Roger y se aclaró la garganta.

—Me pareció que sería mejor que hablara con el señor Fraser, antes de decidirme. Tal vez tampoco haya a nadie para mí aquí. —Pronunció esas palabras como una afirmación, pero la pregunta estaba clara. En el cerro todos conocían a Bobby y lo aceptaban; no era ésa la dificultad. Pero Lizzie ya se había casado y Malva se había marchado... Bobby quería una esposa.

—Oh... creo que serás bienvenido —dijo Roger con una mirada pensativa a Aidan, que estaba colgado cabeza abajo de la rama de un árbol, mientras Jemmy lo bombardeaba con pinas. Una sensación de lo más peculiar lo atravesó, mezcla de gratitud y celos, pero suprimió con fuerza ese último sentimiento.

—¡Aidan! —gritó—. ¡Jem! ¡Es hora de irnos! —Se volvió hacia Bobby y le dijo con naturalidad—: Me parece que aún no te han presentado a la madre de Aidan, Amy McCallum... una viuda joven. Tiene una casa y algunas tierras. Ahora trabaja en la Casa Grande; si quieres venir a cenar allí...

—He pensado en ello, en algunas ocasiones —admitió Jamie—. Me lo he preguntado, ¿sabes? ¿Y si fuera posible? ¿Cómo sería?

Miró a Brianna, sonriendo indefenso, y se encogió de hombros.

—¿Qué crees, muchacha? ¿Qué podría hacer yo allí? ¿Cómo sería?

—Bueno... —comenzó a decir ella, y se detuvo, tratando de imaginárselo en aquel mundo. ¿Al volante de un coche? ¿Yendo a la oficina, vestido con un traje? Esa idea era tan ridícula que se echó a reír. ¿O sentado en un cine, mirando películas de *Godzilla* con Jem y Roger? —. ¿Cómo se deletrea « Jamie» al revés? —preguntó.

—Eimaj, supongo —respondió él, perplejo—. ¿Por qué?

—Creo que te iría bien —dijo con una sonrisa—. No me hagas caso. Tú... bueno, supongo que podrías... publicar periódicos. Las imprentas son más grandes y más rápidas, y hacen falta más personas para recopilar las noticias, pero aparte de eso... me parece que no es tan diferente en el futuro. Podrías hacerlo.

Él asintió, con una arruga de concentración formándose entre aquellas gruesas cejas tan similares a las suyas.

—Supongo —dijo Jamie—. ¿No crees que podría ser granjero? Seguramente la gente seguirá comiendo; alguien debe alimentarlos.

—Es posible. —Ella miró a su alrededor, tomando nueva nota de todos los detalles hogareños del lugar: las gallinas, que picoteaban la tierra plácidamente; las tablas gastadas del establo; la tierra acumulada cerca de los cimientos de la casa, donde la cerda había cavado un túnel—. En esa época todavía hay personas que trabajan la tierra de la misma manera; pequeños lugares, en lo alto de las montañas. Es una vida dura... —Ella lo vio sonreír e imitó el gesto—. De acuerdo, no es más dura que ahora... pero es mucho más fácil en las ciudades.

Brianna hizo una pausa, pensando.

—No tendrías que luchar —dijo por fin.

—¿No? Pero habéis dicho que hay guerras.

—Sí que las hay —dijo ella—. Pero... sólo los hombres jóvenes van a la guerra. Y no todos; sólo algunos.

—Mmm... —Él lo pensó un rato—. Ese mundo vuestro, esa América —dijo por fin—, la libertad de que disfrutáis... Costará un precio terriblemente alto. ¿Crees que valdrá la pena?

Entonces fue el turno de ella de quedarse en silencio, pensando. Finalmente le apoyó la mano en el brazo: sólido, caliente, firme como el hierro.

—Casi nada valdría el coste de perderte a ti —susurró—. Pero tal vez eso se acerque.

Cuando el invierno se acerca y las noches se hacen más largas, la gente comienza a despertarse en la oscuridad. Quedarse en la cama demasiado tiempo entumece los miembros. En términos generales, el cuerpo humano no está hecho para dormir más de siete u ocho horas diarias; Pero ¿qué ocurre cuando las

noches duran más que eso?

Lo que ocurre es el segundo sueño. Te quedas dormido por el cansancio, poco después de que oscurece: pero entonces vuelves a despertarte. Y si tu compañero de cama también se despierta en ese momento, los dos tenéis un lugar pequeño y privado para compartir, en lo profundo de la noche. Un lugar en el que levantarse, en el que desperezarse, en el que traer una jugosa manzana a la cama, para compartirla trozo a trozo. Permitirse el lujo de mantener una conversación no interrumpida por las ocupaciones diurnas. Hacer el amor lentamente a la luz de una luna de otoño.

Y, luego, quedarse tumbados juntos, y dejar que los sueños de tu amante acaricien tu piel mientras comienzas a hundirte una vez más bajo las olas de la conciencia, con la felicidad de saber que todavía falta mucho para el amanecer. Ése es el segundo sueño.

Ascendi muy lentamente a la superficie de mi primer sueño y descubrí que el sueño terriblemente erótico que estaba teniendo se basaba en gran medida en la realidad.

—Jamás me consideré de la clase de personas que perturbarían a un cadáver, Sassenach. —La voz de Jamie me hizo cosquillas debajo de mi oreja—. Pero he de decir que la idea es más atractiva de lo que había supuesto.

Yo no tenía la suficiente coherencia como para responderle, pero empujé las caderas hacia él de una forma que al parecer consideró una invitación. Él respiró profundamente, me cogió las nalgas con fuerza y me llevó a un despertar que podría calificarse de brusco en varios sentidos de la palabra.

Me retorcí como un gusano clavado en un anzuelo, haciendo pequeños ruidos apremiantes que él interpretó de una manera correcta, me hizo ponerme boca arriba y procedió a no dejar ninguna duda de que yo no sólo estaba viva y despierta, sino también activa.

Más tarde asomé de un nido de almohadas aplastadas, húmeda, jadeante, temblando en todas las terminaciones nerviosas, que estaban excitadas y resbaladizas, y completamente despierta.

—¿Qué ha provocado eso? —pregunté.

Él no se había retirado; todavía seguíamos unidos, bañados por la luz de una enorme media luna dorada, que flotaba baja en el cielo por encima de los castaños.

—No puedo mirar cómo duermes sin desechar despertarte, Sassenach. —Su mano se ahuecó en torno a uno de mis pechos, esta vez con delicadeza—. Supongo que me encuentro solo sin ti.

Había un matiz extraño en su voz, y volví la cara hacia él, pero no podía verlo en la oscuridad a mi lado. En cambio, eché la mano hacia atrás y toqué la pierna que todavía estaba envolviendo a medias la mía. Aunque relajada, seguía siendo dura, y el largo surco del músculo destacaba con elegancia bajo mis dedos.

—Estoy aquí —dije, y de pronto su abrazo se hizo más fuerte.

Oí que el aliento se interrumpía en su garganta.

—¿Qué ocurre? —dije.

Él inspiró, pero no respondió de inmediato. Lo sentí echarse un poco hacia atrás y rebuscar bajo la almohada. Luego su mano volvió a mí, pero para coger la mía, que estaba sobre su pierna. Sus dedos se cerraron en torno a los míos, y sentí un objeto pequeño, duro y redondeado entrar en mi mano.

Lo oí tragar saliva.

La piedra, fuera lo que fuese, parecía ligeramente caliente al roce. Le pasé el pulgar poco a poco; era una piedra sin tallar de alguna clase, pero grande, del tamaño de una de mis falanges.

—Jamie... —dije, sintiendo que se me cerraba la garganta.

—Te amo —respondió, en una voz tan baja que apenas lo oí, a pesar de lo cerca que nos encontrábamos.

Permanecí inmóvil un momento, sintiendo que la piedra se volvía más caliente en la palma de mi mano. Seguramente sería mi imaginación lo que la hacía parecer palpitar al mismo ritmo de mi corazón. ¿De dónde diablos la había sacado?

Entonces me moví; no de improviso, sino con deliberación. Mi cuerpo se deslizó lentamente y se separó del suyo. Me levanté, sintiéndome un poco mareada, y crucé la habitación. Abrí la ventana para sentir el agudo roce del viento otoñal en mi piel desnuda y caliente y, después de llevar el brazo hacia atrás, arrojé el minúsculo objeto hacia la noche.

Luego volví a la cama, vi su pelo como una oscura masa sobre la almohada, y el brillo de sus ojos a la luz de la luna.

—Te amo —susurré, me deslicé entre las sábanas a su lado y lo rodeé con mis brazos, sujetándolo con fuerza, más caliente que la piedra, mucho más caliente, y su corazón latió con el mío.

—No soy tan valiente como antes, ¿sabes? —dijo en voz muy baja—. No lo bastante valiente como para volver a vivir sin ti.

Pero lo bastante como para intentarlo.

Acerqué su cabeza hacia mí, le acaricié los mechones de pelo, ásperos y suaves al mismo tiempo, vivos bajo mis dedos.

—Apoya la cabeza —dije—. Aún falta mucho para el amanecer.

Aunque sólo sea por mí

El cielo tenía un color amenazador, y el viento soplaba con fuerza entre las palmeras, agitando las hojas. En las profundidades del bosque a la orilla del agua, las cuatro piedras se levantaban junto al arroyo.

—Soy la esposa del terrateniente de Balnain —susurró Brianna, a mi lado—. Las hadas me han vuelto a secuestrar. —Estaba blanca hasta en los labios, con Amanda aferrada cerca de su pecho.

Ya nos habíamos despedido; de hecho, pensé, veníamos despidiéndonos desde el día que posé el estetoscopio sobre el corazón de Mandy. Pero Brianna se volvió y se abalanzó —con bebé y todo— sobre Jamie, quien la apretó con tanta fuerza contra su corazón que tuve la impresión de que uno de los dos se rompería.

Luego voló hacia mí, una nube de abrigos y pelos sueltos, y sentí su rostro frío contra el mío, mientras sus lágrimas se mezclaban con las mías en mi piel.

—¡Te quiero, mamá! ¡Te quiero! —dijo con desesperación, después se volvió y, sin mirar hacia atrás, comenzó a hacer los pasos que Donner había descrito, canturreando suavemente entre dientes. Un círculo a la derecha entre dos piedras, un círculo a la izquierda, y luego regresar a través del centro... y después a la izquierda de la piedra más grande.

Yo lo había esperado; cuando ella comenzó a seguir los pasos, me había alejado a la carrera de las piedras y me había detenido en lo que creía que era una distancia segura. No lo era. El sonido —un rugido, esta vez, en lugar de un chillido— retumbó a través de mí, paralizando mi respiración y casi mi corazón. El dolor formó un anillo alrededor de mi pecho y caí de rodillas, balanceándome desesperadamente.

Se habían marchado. Vi que Jamie y Roger corrían para comprobarlo, aterrizados por la posibilidad de encontrar cuerpos, y al mismo tiempo desolados y alegres de no hallarlos. Yo no veía bien —mi visión flotaba hacia un lado y hacia otro, se encendía y se apagaba—, pero no era necesario. Sabía que se habían marchado, por el agujero de mi corazón.

—Van dos —susurró Roger. Su voz no era más que un débil ronquido, y se aclaró la garganta con fuerza—, Jeremiah. —Miró a Jera, quien parpadeó y gimoteó, pero se irguió cuan largo era al oír su nombre completo—. Sabes lo que estamos a punto de hacer, ¿verdad?

Jemmy asintió, aunque dirigió una mirada de espanto hacia la imponente piedra por donde su madre y su hermana acababan de esfumarse. Tragó saliva

con fuerza y se limpió las lágrimas de las mejillas.

—Bueno, pues. —Roger extendió una mano y la depositó con delicadeza sobre la cabeza de Jemmy—. Ten en cuenta esto, *mo mac*... Te querré toda mi vida, y jamás te olvidaré. Pero esto que estamos haciendo es peligroso, y no es necesario que vengas conmigo. Puedes quedarte con tu abuelo y la abuela Claire; todo irá bien.

—Entonces... ¿no volveré a ver a mamá? —Jemmy tenía los ojos enormes y no podía apartarlos de la piedra.

—No lo sé —dijo Roger. Ni siquiera sabía si él mismo volvería a ver a Brianna, o al bebé—. Es probable... es probable que no.

Jamie miró a Jem, que estaba aferrado a su mano y que paseaba la mirada de su padre a su abuelo, con el temor y el anhelo en su rostro.

—Si un día, *a bhailach* —dijo Jamie en tono natural—, llegaras a encontrarte con un ratón muy grande llamado Mickey... dile que tu abuelo le manda saludos.

—Entonces abrió la mano y lo soltó, y le hizo un gesto a Roger.

Jem se quedó contemplándolo un momento, luego clavó los pies y corrió hacia Roger, haciendo que la arena saliera despedida de debajo de sus zapatos. Saltó en brazos de su padre, aferrándolo alrededor del cuello y, echando una última mirada hacia atrás, Roger giró, se colocó detrás de la piedra y el interior de mi cabeza explotó en una llamarada.

Después de un lapso inimaginable, regresé lentamente, bajando en fragmentos de las nubes, como granizo. Y me encontré con la cabeza apoyada en las piernas de Jamie. Y lo oí diciendo en voz baja, para sí mismo, o para mí:

—Por ti, continuaré... aunque sólo por mí... no lo haría.

Al otro lado del abismo

Tres noches más tarde desperté de un sueño inquieto en una posada de Wilmington, con la garganta reseca como el tocino salado que había en el guiso de la cena. Cuando me levanté para buscar agua, descubrí que estaba sola; la luz de la luna que entraba por la ventana iluminó con su blancura la almohada vacía que estaba a mi lado.

Encontré a Jamie fuera, detrás de la posada; su camisa de dormir era una mancha pálida en la oscuridad del patio. Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra un tocón y los brazos rodeándole las rodillas.

No dijo nada cuando me acerqué a él, pero giró la cabeza y cambió la posición del cuerpo en una callada bienvenida. Me senté contra el tocón a su lado y él inclinó la cabeza contra mi muslo, lanzando un suspiro.

—¿No podías dormir? —Lo toqué con delicadeza, apartándole el pelo de la cara.

—No, sí que he dormido —respondió en voz baja—. He tenido un sueño.

—¿Una pesadilla?

Las tenía cada vez con menos frecuencia, pero a veces aparecían: los sangrientos recuerdos de Culloden, de la muerte y la masacre inútiles; sueños con la cárcel, el hambre y el encierro... y, a veces, en muy pocas ocasiones, Jack Randall volvía a él en sueños, con una crueldad amorosa. Aquellos sueños siempre lo hacían salir de la cama y caminar de un lado a otro durante horas, hasta que el agotamiento lo limpiaba de esas visiones. Pero no había tenido esa clase de pesadillas desde el puente de Moore's Creek.

—No —dijo; parecía un poco sorprendido—. Para nada. Soñé con ella... con nuestra hija... y los niños.

—¿Has soñado con Brianna y los niños? ¿Qué ocurría?

—Están bien —dijo—. Están a salvo. Los vi en una ciudad... parecía Inverness, pero era diferente, de alguna manera. Subieron por los peldaños de una casa... Roger Mac estaba con ellos —añadió—. Llamaron a la puerta y una mujer pequeña y de pelo castaño les abrió. Rió de alegría al verlos y los hizo entrar, y pasaron a un pasillo, con cosas extrañas, como cuencos, que colgaban del techo.

Luego estaban en una habitación, con sofás y sillas y grandes ventanales que ocupaban toda una pared, desde el techo hasta el suelo, y el sol de la tarde entraba a raudales, encendiendo el pelo de Brianna, y haciendo que la pequeña Mandy llorara cuando se le metió en los ojos.

—¿Alguno... alguno de ellos llamó a la señora de pelo castaño por su nombre? —pregunté, con el corazón latiéndome de una manera extraña.

Jamie frunció el ceño y el resplandor de la luna brilló sobre sus cejas.

—Sí —dijo—. Pero no puedo... oh, sí; Roger Mac la llamó Fiona.

—¿En serio? —dije. Mis manos descansaron sobre sus hombros y sentí la boca cien veces más seca que cuando me había despertado. La noche era fresca, pero no tanto como para explicar la temperatura de mis manos.

Yo le había contado a Jamie muchas cosas sobre mi propia época durante los años de nuestro matrimonio. Le había hablado de trenes, aviones, automóviles, guerras y tuberías. Pero estaba casi segura de que jamás le había contado cuál era el aspecto del estudio de la casa donde Roger había crecido con su padre adoptivo: la habitación con el ventanal del techo hasta el suelo, para que el reverendo pudiera dedicarse a la pintura, que era su afición; la casa, con su largo pasillo y aquellas lámparas pasadas de moda que parecían cuencos colgantes. Y sabía que jamás le había hablado de la última ama de llaves del reverendo, una muchacha de cabello oscuro y rizado que se llamaba Fiona.

—¿Eran felices? —pregunté por fin, en voz muy baja.

—Sí. Brianna y Roger... tenían algunas sombras en la cara, pero me di cuenta de que en el fondo estaban contentos. Todos se sentaron a comer... Brianna y su marido cerca, inclinándose el uno sobre la otra... y el pequeño Jem se llenó la boca de tartas y crema. —Sonrió ante la imagen y sus dientes crearon un breve resplandor en la oscuridad—. Oh... al final, justo antes de despertarme... el pequeño Jem estaba haciendo el tonto, cogiendo cosas y volviendo a dejarlas donde estaban, como suele hacer. Había un... objeto... sobre la mesa. No sé qué era; jamás había visto algo parecido.

Separó las manos unos veinte centímetros.

—Era más o menos de este ancho, y un poco más largo... algo parecido a una caja, tal vez, sólo que... con una joroba.

—¿Con una joroba? —dije, desconcertada.

—Sí, y tenía una cosa encima como un pequeño palo, pero con un bulto a cada extremo, y el palo estaba atado a la caja con una especie de cordón negro, enredado en sí mismo como la cola de un cerdito. Jem lo vio y extendió la mano, y dijo: « Quiero hablar con el abuelo» . Y entonces me desperté.

Echó la cabeza un poco más hacia atrás, para mirarme a la cara.

—¿Sabes qué puede ser esa cosa, Sassenach? Nunca había visto algo así.

El viento de otoño bajó por la colina, las hojas secas se movieron a su paso, rápidas y ligeras como las pisadas de un fantasma, y sentí que se me erizaban los pelos de la nuca y de los antebrazos.

—Sí, lo sé —dije—. Te he hablado de esa clase de objetos, lo recuerdo. —Pero no creía habérselo descrito, salvo en términos muy generales. Me aclaré la garganta—. Se llama teléfono.

El guardián

Era noviembre; no había flores, pero los acebos brillaban con un color verde oscuro, y los frutos rojos habían comenzado a madurar. Corté un pequeño puñado, añadí una rama tierna de abeto por su fragancia, y subí por la empinada senda hacia el diminuto cementerio.

Iba todas las semanas, a dejar algún pequeño objeto simbólico en la tumba de Malva y decir una plegaria. A ella y a su hijo no los habían enterrado bajo un montículo funerario de piedras —su padre no había querido aceptar una costumbre tan pagana—, pero la gente pasaba y dejaba guijarros como recuerdo. Verlos me consoló un poco; había otros que la recordaban.

Me detuve de repente en el final del camino; había alguien arrodillado junto a la tumba; un joven. Oí el murmullo de su voz, grave y como en una conversación, y me habría vuelto para marcharme si él no hubiese levantado la cabeza y el viento no le hubiera hecho flamear el pelo, corto y con mechones, como las plumas de un búho. Era Allan Christie.

Él también me vio, y se puso rígido. Ya no podía hacer otra cosa salvo hablar con él, de modo que me dirigi hacia allí.

—Señor Christie —dije, palabras que sonaron extrañas en mi boca. Así llamaba yo a su padre—. Lamento su pérdida.

Él me contempló con expresión de desconcierto; luego una suerte de reconocimiento pareció agitarse en sus ojos. Ojos grises, bordeados de pestanas negras, tan parecidos a los de su padre y su hermana. Enrojecidos por haber llorado y por falta de sueño.

—Sí —dijo—. Mi perdida. Sí.

Lo rodeé para depositar mi ramillete y, con un pequeño sobresalto, vi que había una pistola en el suelo, a su lado, amartillada y lista.

—¿Dónde ha estado? —dije en el tono más natural posible, dadas las circunstancias—. Lo hemos echado de menos.

Él se encogió de hombros. Ya no me miraba a mí, sino la lápida que habíamos colocado sobre la tumba.

En varios sitios —respondió vagamente—. Pero he tenido que regresar. Se apartó un poco, indicando claramente que quería que me marchara. En cambio, me levanté la falda y me arrodillé con suavidad a su lado. Supuse que no se volaría los sesos delante de mí.

—Estamos contentos de tenerte de vuelta —dije.

—Sí —respondió de una manera distraída—. He tenido que regresar. —Su

mano se movió hacia la pistola y yo la cogí, sobresaltándolo.

—Sé que querías mucho a tu hermana —dije—. Fue una terrible impresión para ti, lo sé. —¿Qué, qué podía decirle? Había cosas que uno podía decirle a una persona que estaba contemplando la idea del suicidio, sí, pero ¿qué?

« Su vida tiene valor». Yo le había dicho eso a Tom Christie, y él había respondido: « Si no lo tuviera, esto no importaría». Pero ¿cómo podía convencer a su hijo de eso?

—Tu padre os quería a los dos —dije, al tiempo que me preguntaba si él sabría lo que su padre había hecho. Sus dedos estaban muy fríos, y rodeé sus manos con las mías, tratando de ofrecerle un poco de calor.

—No tanto como yo o la quería a ella —replicó en voz baja, sin mirarme—. La quise toda mi vida, desde el momento en que nació y me la dieron para que la sostuviera entre mis brazos. No hubo nadie más, para ninguno de los dos. Padre estaba en la prisión, y luego mi madre... ah, mi madre.

—Sé lo de tu madre —dije—. Tu padre me lo contó.

—¿Sí? —Levantó la cabeza de golpe—. ¿Le contó que me llevaron a mí y a Malva a presenciar su ejecución?

—Yo... no. Creo que él no lo sabía... —Sentí un nudo en el estómago.

—Sí lo sabía. Yo se lo conté, más tarde, cuando él mandó a buscarnos y nos trajo aquí. Dijo que estaba bien, que así habíamos visto con nuestros propios ojos el destino de la perversión. Me hizo recordar la lección... y yo lo hice —añadió en voz más baja.

—¿Cuántos... cuántos años tenías entonces? —pregunté, horrorizada.

—Diez. Malva no tenía más que dos; no tenía la menor idea de lo que ocurría. Llamó a gritos a mamá cuando la llevaron ante el verdugo, y pataleó y gritó, extendiendo las manos hacia ella.

Tragó saliva y apartó la cabeza.

—Traté de cogerla, de meterle la cabeza en mi regazo, para que no viera nada... pero no me lo permitieron. Le levantaron la cabecita y la obligaron a mirar, y la tía Darla le decía al oído que eso era lo que les ocurría a las brujas, y le pellizcó las piernas hasta que gritó de dolor. Vivimos con la tía Darla seis años después de eso —dijo con expresión distante—. Ella no estaba muy complacida al respecto, pero dijo que sabía que era su deber cristiano. La vieja casi no nos daba de comer, y fui yo quien cuidó de Malva.

Se quedó callado un momento. Sacó su mano de entre las mías, se inclinó hacia adelante y tocó la lápida. No era más que un pedazo de granito, pero alguien se había tomado la molestia de tallarle su nombre: sólo esa palabra, MALVA, en toscas letras de imprenta.

—Era perfecta —susurró. Sus dedos recorrieron la lápida, con delicadeza, como si estuviera tocando su carne—. Tan perfecta. Sus pequeñas partes íntimas parecían el capullo de una flor, y su piel era fresca y suave...

Una sensación de frialdad creció en la boca de mi estómago. ¿Acaso quería decir...? La inevitable desesperación surgió en mi interior.

—Era mía —dijo. Levantó la mirada y repitió—. ¡Era mía!

Luego bajó la mirada en dirección a la tumba.

—El viejo nunca lo supo... nunca adivinó lo que sentíamos.

« ¿No?», pensé. Tom Christie podría haber confesado el crimen para salvar a una persona que él amaba; pero amaba a más de una. Después de perder a una hija o, mejor dicho, a una sobrina, ¿no haría todo lo posible por salvar al hijo, que era el último resto de su sangre?

—Tú la mataste —dije en voz baja.

—Él la habría vendido; se la habría dado a algún granjero zopenco. —Allan apretó el puño contra su muslo—. Yo pensaba en ello, mientras iba creciendo, y a veces, cuando yacía con ella, no podía soportar la idea y le abofeteaba la cara, sólo por la furia que me provocaba pensarlo.

Tomó aliento de una manera profunda e irregular.

—No fue culpa suya, nada de esto lo fue. Pero yo creía que sí. Y entonces la pillé con aquel soldado, y luego, otra vez, con el sucio de Henderson. Le pegué por ello, pero ella gritó que no podía evitarlo... estaba embarazada.

—¿De ti?

Él asintió lentamente.

—Nunca pensé en ello. Debería haberlo hecho, desde luego. Pero nunca lo hice. Ella era pequeña, Malva, quiero decir, era una niña pequeña. Vi que le crecían los pechos, sí, y que le salía pelo, que le estropeaba su dulce piel... pero nunca pensé...

Meneó la cabeza, incapaz de enfrentarse a ese pensamiento.

—Dijo que tendría que casarse... y encontrar la manera de hacer creer a su futuro marido que el hijo era suyo, fuera quien fuese. Si no podía hacer que el soldado la desposara, entonces tendría que ser algún otro. Por eso aceptó cuantos amantes pudo, rápidamente. Pero yo le puse fin a eso —me aseguró—. Le dije que no iba a aceptarlo; que ya se me ocurriría otra forma.

—De modo que la obligaste a decir que el bebé era de Jamie.

Mi horror al oír la historia y la furia que sentía por lo que nos había hecho quedaron superados por una oleada de pena. « Oh, Malva —pensé, desesperada —. Mi querida Malva. ¿Por qué no me lo dijiste? ». Pero desde luego que no me lo habría dicho. Su único confidente era Allan.

Él asintió y extendió la mano para volver a tocar la piedra.

—Eso explicaría el embarazo, ¿sabe?, pero no tendría que casarse con nadie. Pensaba que él le daría dinero para marcharse, y que yo partiría con ella. Podríamos irnos a Canadá, tal vez, o a las Indias.

—Pero ¿por qué la mataste? —estallé—. ¿Qué te impulsó a hacerlo?

—Tuve que hacerlo —respondió pesadamente—. Ella dijo que no quería

seguir adelante. —Parpadeó, bajó la mirada y vi que tenía los ojos llenos de lágrimas—. Dijo... que la quería a usted —continuó, en un tono grave y grueso—. No podía hacerle tanto daño. Tenía intención de decir la verdad. No importaba lo que yo le dijera, siempre insistía en que la quería a usted y que lo contaría todo. Cerró los ojos y hundió los hombros. Dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Por qué fuiste tan terca? —gritó—. ¿Por qué me obligaste a hacerlo? No tendrías que haber querido a nadie, salvo a mí.

Entonces se echó a llorar como un niño y se dobló sobre sí mismo, entre sollozos. Yo también estaba llorando, por la pérdida y la falta de sentido, por el terrible, insopportable absurdo de todo aquello. Pero extendí la mano y levanté el arma del suelo. Con las manos temblorosas, abrí el tambor y, sacudiéndolo, extraje la bala; luego guardé la pistola en el bolsillo de mi delantal.

—Vete —dije, con la voz algo estrangulada—. Vuelve a marcharte, Allan. Ya ha muerto demasiada gente.

Estaba demasiado apesadumbrado como para oírmel; lo sacudí por los hombros y volví a decírselo, esta vez con más fuerza:

—No puedes matarte. Te lo prohíbo, ¡me oyés?

—¿Y quién es usted para prohibirme nada? —gritó. Su cara estaba contorsionada por la angustia—. ¡No puedo vivir así, no puedo!

Pero Tom Christie había dado la vida por su hijo, tanto como por mí; no podía permitir que ese sacrificio fuera en vano.

—Debes hacerlo —dije, y me puse en pie, sintiéndome algo mareada—. ¡Me oyés? ¡Debes hacerlo!

Él levantó la mirada, con los ojos ardiendo a través de las lágrimas, pero no dijo nada. Se oyó un ruido agudo y penetrante, como el zumbido de un mosquito, y luego un golpe suave y repentino. Él no cambió de expresión, pero sus ojos murieron lentamente. Se quedó de rodillas un momento, pero entonces hizo una reverencia hacia adelante, como una flor inclinándose desde el tallo, y vi la flecha que asomaba en el centro de su espalda. Tosió una vez, salpicando sangre, y cayó de costado, acurrucado sobre la tumba de su hermana. Sus piernas se agitaron espasmódicamente, dándole un grotesco parecido con una rana. Luego se quedó inmóvil.

Me quedé contemplándolo como una estúpida durante un lapso interminable y poco a poco fui cobrando conciencia de que Ian había salido del bosque y estaba de pie junto a mí, con el arco sobre su hombro. Rollo olfateó el cuerpo con curiosidad, gimiendo.

—Tiene razón, Allan —dijo Ian en voz baja—. No puede.

El regreso del nativo

La Vieja Abuela Abernathy parecía tener al menos ciento dos años. Ella admitía —bajo presión— una edad de noventa y uno. Estaba casi ciega y sorda, retorcida como un pretzel a causa de la osteoporosis, y la piel se le había vuelto tan frágil que el más mínimo rasguño la abría como un papel.

—No soy más que un saco de huesos —decía cada vez que la veía, sacudiendo su temblorosa cabeza—. Pero ¡al menos tengo casi todos los dientes!

Era cierto, por increíble que pareciera. Yo pensaba que ésa era la única razón por la que había vivido tanto; no estaba reducida a vivir a base de gachas de avena, sino que todavía podía comer carne y vegetales. Tal vez esa buena nutrición era lo que la mantenía en pie; o tal vez nada más que su tozudez. Su apellido de casada era Abernathy, pero, según me confió, antes había sido una Fraser.

Sonriendo por la idea, terminé de vendarle la espinilla. Ya casi no tenía carne en las piernas y los pies, y era dura y fría al tacto, como una madera. Se había golpeado la espinilla contra la pata de la mesa y se había arrancado un pedazo de piel del ancho de un dedo; una persona más joven jamás prestaría atención a una herida tan poco importante; pero su familia se preocupaba por ella y me había mandado llamar.

—Tardará en cicatrizar, pero si la mantiene limpia... ¡no le permita que se unte la herida con grasa de cerdo!... creo que estará bien.

La señora Abernathy más joven, conocida como la Joven Abuela, aunque tenía unos setenta años, me miró con sospecha. Al igual que su suegra, tenía mucha fe en la grasa de cerdo, pero asintió a regañadientes. Su hija, cuyo rimbombante nombre de Arabella había sido reducido al más íntimo de Abuela Belly, me sonrió desde detrás de las espaldas de la Joven Abuela. Había tenido menos suerte en cuanto a los dientes —tenía significativos baches en su sonrisa—, pero era alegre y de natural bondadosa.

—Willie B. —le indicó a un nieto adolescente—. Baja a la alacena y trae un saquito de nabos para la señora.

Protesté, pero todos los implicados teníamos bastante claro cómo era el protocolo adecuado a tales circunstancias, y, pocos minutos más tarde, yo ya estaba en el camino de vuelta, cargando más de dos kilos de nabos.

No me vendrían mal. Me había obligado a mí misma a regresar al huerto. Pero las perturbaciones y mis prolongadas ausencias habían tenido como resultado un espantoso abandono de la cosecha otoñal.

Nuestros suministros, en general, eran tristemente escasos. Jamie e Ian se marchaban con frecuencia y nunca tenían tiempo de cosechar o cazar, y sin Bree y Roger, las cosechas de grano habían rendido la mitad de su producción habitual, y no había más que una lastimosa pierna de venado colgando en el cobertizo de ahumado. Necesitábamos prácticamente todo el grano para nuestro propio uso; no quedaba nada para intercambiar o vender, y sólo unos escasos sacos de cebada aguardaban bajo las lonas cerca del cobertizo de malteado, donde probablemente se pudrirían, puesto que nadie había tenido tiempo de ocuparse del malteado de una nueva partida antes de que llegara el frío.

La señora Bug estaba reponiendo lentamente a sus gallinas, después de un ataque de un zorro que había entrado en el gallinero; pero era una tarea lenta, y apenas recibíamos un huevo cada tanto para el desayuno.

Por otro lado, reflexioné con un poco más de alegría, si teníamos jamón. Mucho jamón. Como también immensas cantidades de tocino, queso, chuletas, solomillo... por no mencionar el sebo y la manteca derretida.

La idea me hizo volver a pensar en la grasa de cerdo y en la atmósfera apretada, abrumadoramente familiar, pero cómoda, del grupo de cabañas de los Abernathy, y, en contraste, en el espantoso vacío de la Casa Grande.

En un lugar con tanta gente, ¿cómo podía ser que la perdida de tan sólo cuatro personas fuese tan importante? Tuve que detenerme y apoyarme contra un árbol, dejarme inundar por la pena, sin intentar parlar. «No puedes mantener a raya a los espíritus —me había dicho Jamie—. Déjalos pasar».

Los dejé pasar; jamás había podido impedírselo. Y traté de consolarme con la esperanza de que en realidad no eran fantasmas. No estaban muertos, sino tan sólo... en otra parte.

Después de unos momentos, la abrumadora congoja comenzó a ceder, alejándose lentamente como la marea. A veces quedaba algún tesoro al descubierto; pequeñas imágenes olvidadas de la cara de Jemmy manchada con miel, la risa de Brianna, las manos de Roger, hábiles con un cuchillo, tallando uno de los cochecitos, y luego inclinándose para pinchar un bollo de un plato que pasaba. Y si bien contemplar esas imágenes me creaba un nuevo dolor, al menos las tenía conmigo, y podía guardarlas en el corazón, sabiendo que, con el paso del tiempo, me traerían algún consuelo.

Respiré y sentí que la rigidez del pecho y la garganta iban disminuyendo. Se me ocurrió que Amanda no sería la única que podría beneficiarse de la cirugía moderna. Yo no sabía qué podría hacerse por las cuerdas vocales de Roger, pero tal vez... y, sin embargo, su voz ya estaba bien. Plena y resonante, aunque ronca. Era posible que decidiera dejarla como estaba; él había luchado por ello y lo había logrado.

Debía marcharme; ya era tarde y el aire estaba volviéndose más frío. Me sequé los ojos, me acomodé la capucha del abrigo y continué mi camino. Era

una larga caminata desde la casa de los Abernathy; debería darme prisa si quería llegar a casa antes de que oscureciera. El aire era frío y estaba cargado de humedad; cuando cayó la temperatura por la noche, nevaría.

Todavía había luz en el cielo, aunque muy escasa, cuando pasé por el almacén de los productos lácteos y entré en el patio trasero. De todas formas, había suficiente como para darme cuenta que algo andaba mal; la puerta trasera estaba abierta.

Eso disparó timbres de alarma, y me di la vuelta para regresar corriendo al bosque. Al hacerlo, choqué de frente contra un hombre que había salido de entre los árboles a mis espaldas.

—¿Quién demonios eres? —exclamé, echándome deprisa hacia atrás.

—No se preocupe por eso, señora —dijo y, agarrándose del brazo, gritó en dirección a la casa: —¡Eh, Donner! ¡La tengo!

Lo que fuera que Wendigo Donner hubiera estado haciendo durante el último año no le había reportado beneficios, a juzgar por su aspecto. Estaba tan andrajoso que su abrigo se caía a pedazos, y una parte de su fibrosa nalga quedaba al descubierto a través de un agujero en los pantalones. Tenía el pelo graso y él apestaba.

—¿Dónde está? —preguntó con voz ronca.

—¿Dónde está qué? —Me di la vuelta para enfrentarme a su compañero—. ¿Y dónde están mi ama de llaves y sus hijos?

Estábamos de pie en la cocina, y el fuego del hogar estaba apagado; la señora Bug no había venido esa mañana, y daba la impresión de que Amy y los muchachos se habían marchado hacía bastante tiempo.

—No lo sé. No había nadie en la casa cuando llegamos.

—¿Dónde están las joyas? —Donner me agarró del brazo, tirando de él para hacerme dar media vuelta y mirarlo. Tenía los ojos hundidos y su mano estaba caliente; ardía de fiebre.

—No tengo ninguna —dije lacónicamente—. Estás enfermo, deberías...

—¡Sí que las tiene! ¡Yo lo sé! ¡Todos lo saben!

Hice una pausa. Por la forma en que funcionaban los cotilleos, era probable que todos creyeran que Jamie poseía un pequeño depósito de joyas. No era de extrañar que los rumores de ese hipotético tesoro hubiesen llegado hasta Donner, y tampoco era muy probable que pudiera convencerlo de lo contrario. Aun así, mi única alternativa era intentarlo.

—Ya no están —dije simplemente.

—¿Qué ha sido de ellas? —preguntó.

Levanté una ceja en dirección a su cómplice. ¿Acaso quería que su compañero se enterara?

—Ve a buscar a Richie y a Jed —le dijo Donner rápidamente al matón.

—¿Richie y Jed? ¿Cuántas malditas personas habían venido con él? Después de que pasó la primera impresión que me había causado verlo, cobré conciencia que había pies golpeando en la escalera y puertas de alacenas que se abrían y se cerraban con violencia al otro lado del pasillo.

—¡Mi consulta! ¡Sácalos de ahí! —Me lancé por la puerta hacia el pasillo, pero Donner me agarró del abrigo.

—¡Suéltame! —grité, y le lancé una patada a la rótula. Él soltó un alarido; pude oírlo maldecir a mis espaldas mientras salía y atravesaba corriendo el pasillo.

Habían tirado al pasillo papeles y libros del despacho de Jamie, y tenían un charco de tinta encima. La explicación por la tinta se hizo obvia cuando vi al matón revisando mi consulta; tenía una gran mancha de tinta en la parte delantera de la camisa, donde al parecer había guardado el tintero de peltre que había robado.

—¿Qué estás haciendo, imbécil? —dije.

El matón, un muchacho de unos diecisésis años, parpadeó y me miró con la boca abierta. Tenía en la mano una de las perfectas esferas de cristal del señor Blogweather. Al verme, sonrió con malicia y la dejó caer al suelo, donde se hizo trizas. Uno de los fragmentos voladores le atravesó la mejilla y se la abrió; él no se dio cuenta hasta que empezó a manar sangre. Entonces se llevó una mano a la herida, frunciendo el entrecejo por la extrañeza, y gritó de temor al ver la sangre.

—Mierda —dijo Donner, a mis espaldas. Me rodeó con los brazos y me arrastró con él hasta la cocina—. Mira —me dijo en tono apremiante, soltándome—. Sólo quiero dos. Puedes quedarte con el resto. Necesito una para pagarles a estos tipos, y una para... para viajar.

—Pero es cierto —insistí—. No tenemos ninguna. Mi hija y su familia... se han marchado. Han regresado. Usaron todas las que teníamos. No hay más.

Él me miró con la incredulidad claramente dibujada en sus ojos.

—Sí que hay. Tiene que haberlas. ¡Debo marcharme de aquí!

—¿Por qué?

—A tí no te importa. Debo irme, y pronto. —Tragó saliva y recorrió la cocina con la mirada—. ¿Dónde están?

Un horrible estrépito proveniente de la consulta, seguido de un estallido de maldiciones, me impidió que le respondiera. Me moví por instinto hacia la puerta, pero Donner se me adelantó.

Me sentía furiosa por esa invasión y comenzaba a alarmarme. Si bien nunca había visto ningún indicio de violencia por parte de Donner, no estaba tan segura respecto de los hombres que lo acompañaban. Era posible que finalmente se rindieran y se marcharan, cuando se hiciera evidente que de hecho no había ninguna gema en toda la casa; pero también era posible que trataran de

sonsacarme la ubicación de dichas gemas a golpes.

Me ceñí el abrigo y me senté en un banco, tratando de pensar.

—Mira —le dije a Donner—, habéis puesto la casa patas arriba... —Un estrépito procedente de la planta superior sacudió las paredes y di un salto—. Habéis puesto la casa patas arriba —repetí con los dientes apretados— y no habéis encontrado nada. ¿Acaso no te las daría, si las tuviera, para evitar que destrozaras este lugar?

—No, creo que no. Yo no lo haría, en tu lugar. Ya sabes lo que ocurre... la guerra y todo eso. —Meneó la cabeza, confundido—. No sabía que sería así. Lo juro por Dios, la mitad de la gente con la que me cruzo ya no sabe para qué lado apuntar. Pensé que sería, ya sabes, casacas rojas y todo eso, y entonces me bastaría con mantenerme lejos de cualquier uniforme, lejos de las batallas, y no habría problemas. Pero no he visto una casaca roja en ninguna parte, y la gente, la gente corriente, están todos disparándose entre sí y quemándose las casas unos a otros...

Cerró los ojos durante un minuto. Sus mejillas pasaron de rojas un momento a blancas el siguiente; me di cuenta de que estaba muy enfermo. Si se desmayaba, ¿cómo me libraría de sus compañeros?

—En cualquier caso —dijo, abriendo los ojos—, me marcho. Regreso. No me importa cómo estén las cosas en esa época; será muchísimo mejor que esto.

—¿Y qué hay de los indios? —pregunté, con apenas un toque de sarcasmo—. ¿Los dejas para que se las arreglen por su cuenta?

—Sí. A decir verdad, ya no siento tanta simpatía por ellos. —Se frotó la parte superior del pecho con aire distraído, y vi una cicatriz grande y fruncida a través de un agujero de la camisa—. Vaya —añadió de pronto—, qué no daría por una Bud fría y un partido de béisbol en la tele. —Luego su atención volvió hacia mí—. Vamos, necesito esos diamantes. Dámelos y nos marcharemos.

Yo había estado sopesando varios planes para librarme de los intrusos pero no me decidía por ninguno en particular y me sentía cada vez más inquieta. Teníamos muy pocas cosas que valiera la pena robar y, por el aspecto del aparador, ellos ya habían cogido todo lo que había; incluyendo las pistolas y la pólvora. Dentro de poco, empezarían a impacientarse.

Podría venir alguien; Amy y los muchachos probablemente se encontraban en la cabaña de Brianna, adonde planeaban mudarse; podrían regresar en cualquier momento. Alguien podría venir a buscarnos a Jamie o a mí aunque las posibilidades de que eso ocurriera disminuían minuto a minuto a medida que oscurecía. De todas formas, si alguien sí acudía, el efecto podría ser desastroso.

En ese momento oí voces en el porche y pies golpeando contra el suelo. Me incorporé de un salto, con el corazón latiéndome en la boca.

—¿Quieres dejar de hacer eso? —dijo Donner, irritado—. Eres la zorra más nerviosa que he visto.

No le presté atención; había reconocido una de las voces. Y, por supuesto, un momento después, dos de los matones, blandiendo pistolas, empujaron a Jamie hacia la cocina.

Estaba despeinado, y sus ojos se clavaron de inmediato en mí, recorriendo mi cuerpo de arriba abajo para asegurarse de que estaba bien.

—Me encuentro bien —me apresuré a decir—. Estos idiotas creen que tenemos gemas, y las quieren.

—Eso dicen. —Se irguió, encogiéndose de hombros para acomodarse el abrigo, y echó un vistazo a las alacenas abiertas y al saqueado aparador—. Veo que ya las han buscado.

—Mira, amigo —dijo uno de los matones en tono razonable—. Lo único que queremos es el botín. Sólo dinos dónde están y nos iremos, y nadie saldrá herido, ¿de acuerdo?

Jamie se frotó el puente de la nariz, examinando al que había hablado.

—Supongo que mi esposa les habrá dicho que no tenemos ninguna gema.

—Bueno, claro —dijo el matón en tono tolerante—. Las mujeres, ya se sabe. Jamie suspiró y se sentó.

—¿Por qué creen que tengo joyas? —preguntó en un tono más bien tranquilo—. Las he tenido, lo admito; pero ya no. Las vendí.

—¿Dónde está el dinero, entonces? —Era evidente que el segundo matón estaba dispuesto a contentarse con eso.

—Lo he gastado. Soy coronel de la milicia... seguro que eso ya lo saben, ¿verdad? Cuesta mucho dinero aprovisionar una compañía de milicianos. Alimentos, armas, pólvora, zapatos... todo suma. ¡Con lo que cuesta el cuero para los zapatos..., por no hablar de las herraduras de los caballos! Y los carromatos, también; no creerían lo que cuestan los carromatos...

Uno de los matones asentía a medias, siguiendo esa razonable exégesis. Pero Donner y su otro compañero estaban evidentemente nerviosos.

—No digas una palabra más sobre los condenados carromatos —replicó Donner con grosería e inclinándose, cogió uno de los cuchillos—. Ya estoy harto de que trates de ganar tiempo. O me dices dónde están, o... o yo... ¡la cortaré a ella! Sí, le cortaré la garganta, juro que lo haré. —Con estas palabras, me agarró del hombro y me puso el cuchillo en la garganta.

Hacía un buen rato que había quedado claro para mí que Jamie estaba, efectivamente, tratando de ganar tiempo, lo que significaba que esperaba que viniera alguien. Eso era tranquilizador, pero también pensé que su aparente despreocupación ante mí —en teoría— inminente deceso tal vez estaba llevando las cosas un poco demasiado lejos.

—Oh —dijo, rascándose el cuello—. Bueno, yo no haría algo así, en su lugar. Ella es la que sabe dónde están las gemas, ¿entiende?

—¿Yo, qué? —grité, indignada.

—¿Sí? —Uno de los otros matones se animó al oír eso.

—Oh, sí —le aseguró Jamie—. La última vez que salí con la milicia, ella las ocultó. Y se negó a decirme dónde las había puesto.

—Espera... has dicho que las habías vendido y te habías gastado el dinero —intervino Donner, evidentemente confundido.

—He mentido —explicó Jamie en tono paciente.

—Oh.

—Pero si va a matar a mi esposa, bueno, entonces eso cambia las cosas.

—Oh —exclamó Donner, al parecer un poco más contento—. Sí. ¡Exacto!

—Creo que no nos han presentado, señor —dijo Jamie en tono cortés, extendiendo la mano—. Me llamo James Fraser. ¿Y usted es...?

Donner titubeó un minuto, sin saber qué hacer con el cuchillo que tenía en la mano derecha, pero luego se lo pasó con torpeza a la izquierda y se inclinó hacia adelante para darle un breve apretón de manos a Jamie.

—Wendigo Donner —dijo—. Muy bien, ahora estamos avanzando.

Hice un ruido grosero, pero quedó ahogado por una serie de golpes y el sonido de cristales rotos en mi consulta. Le agarré la mano a Donner y aparté el cuchillo de mi garganta, luego me puse en pie de un salto.

Esta vez fue Jamie quien me agarró a la altura del vientre cuando me lancé hacia la puerta, y me hizo dar casi un giro completo en el aire.

—¡Suéltame! ¡Mataré a ese hijo de puta! —dije, pataleando como una loca.

—Bueno, esperemos un poco, Sassenach —respondió él en voz baja, y me arrastró de vuelta hasta la mesa, donde se sentó rodeándome firmemente con los brazos y sosteniéndome sobre sus piernas.

Nuevos sonidos de vandalismo llegaron por el pasillo; maderas astilladas y cristal aplastado bajo la suela de una bota. Era evidente que el joven patán había abandonado la búsqueda y simplemente estaba destruyéndolo todo para divertirse. Tomé un largo aliento, preparándome para emitir un alarido de frustración, pero me contuve.

—Santo Dios —dijo Donner, arrugando la nariz—. ¿Qué es ese olor? ¿Alguien se ha tirado uno? —Me miró con expresión acusadora, pero no le presté atención. Era éter, un olor denso y de una dulzura nauseabunda.

Jamie se puso un poco tenso. Él también sabía de qué se trataba y, en esencia, qué efectos tenía.

Luego tomó un profundo aliento y, con cuidado, me levantó de las piernas y me dejó en el banco a su lado. Noté que sus ojos se clavaban en el cuchillo que colgaba, flojo, en la mano de Donner, y capté lo que sus oídos más agudos ya habían percibido. Venía alguien.

Se inclinó un poco hacia adelante, preparando los pies para dar un salto, y señaló con la mirada el hogar frío, donde había una pesada olla de hierro sobre las cenizas. Hice un gesto de asentimiento, muy rápido, y, cuando se abrió la

puerta trasera, corrí a través de la cocina.

Donner, con una agilidad inesperada, extendió una pierna y me hizo tropezar. Caí hacia adelante, patiné, y choqué contra el banco con un golpe que me retumbó en la cabeza. Gemí y me quedé inmóvil durante unos instantes, con los ojos cerrados. Abrí los ojos a regañadientes, me puse en pie con bastante dificultad y me encontré con que la cocina estaba llena de gente.

El primer cómplice de Donner había regresado con dos más, presumiblemente Richie y Jed y, con ellos, los Bug. Murdina parecía alarmada, mientras que Aren guardaba una fría furia en su expresión.

—*A leannan!* —gritó la señora Bug, corriendo hacia mí—. ¿Está herida?

—No, no —dije, bastante mareada—. Sólo dejadme... sentarme un momento.

Miré a Donner, que ya no tenía el cuchillo en la mano. Había estado mirando el suelo con el entrecejo fruncido —evidentemente lo había dejado caer cuando me hizo tropezar—, pero levantó la cabeza de golpe al ver a los recién llegados.

—¿Qué? ¿Habéis encontrado algo? —preguntó con entusiasmo, puesto que tanto Richie como Jed estaban radiantes y con expresión de orgullo.

—Claro que sí —le aseguró uno de ellos—. ¡Mira esto!

Tenía la cesta de labores de la señora Bug y, con estas palabras, la puso boca abajo y la sacudió hasta que su contenido cayó sobre la mesa. Una masa de tejido de lana aterrizó con un enorme *zonk!* Unas manos entusiastas apartaron la lana y dejaron al descubierto un lingote de oro de veinte centímetros de largo, con un extremo un poco raspado y con la flor de lis del rey de Francia estampada en el centro.

Un silencio de asombro siguió a esta aparición. Incluso Jamie parecía totalmente perplejo.

La señora Bug ya estaba pálida al entrar, pero en ese momento se puso del color de la tiza y sus labios desaparecieron. Los ojos de Arch se clavaron directamente en los de Jamie, oscuros y desafiantes.

La única persona a quien el resplandeciente metal no impresionaba era Donner.

—Bueno, perfecto —dijo—. Pero ¿dónde están las joyas? ¡Centraos en el objetivo, amigos!

Pero sus cómplices habían perdido todo interés en las supuestas joyas, puesto que tenían oro sólido en las manos, y estaban discutiendo la posibilidad de que hubiera más y, al mismo tiempo, peleándose respecto de quién tendría la custodia del lingote en cuestión.

Por mi parte, sentía que la cabeza me daba vueltas. Por el golpe, por la repentina aparición del lingote y lo que eso revelaba sobre los Bug y, en especial, por los vapores de éter que eran cada vez más fuertes. En la cocina nadie se había dado cuenta, pero habían cesado todos los sonidos provenientes de la

consulta; era indudable que el joven patán que se encontraba allí se había desmayado.

El frasco de éter estaba casi lleno; era suficiente para anestesiar a una docena de elefantes. Podía ver que a Donner le costaba mantener la cabeza erguida. Era probable que dentro de pocos minutos todos los matones cayeran en un estado de abandono que los volviera inofensivos; pero nosotros también.

El éter es más pesado que el aire, de modo que descendería hasta el suelo, donde poco a poco formaría un charco alrededor de nuestras rodillas que iría ascendiendo. Me puse en pie y aspiré rápidamente el aire en teoría más puro de la parte alta. Tenía que abrir la ventana.

Jamie y Arch estaban hablando entre sí en gaélico, demasiado deprisa para que yo pudiera seguirlos. Donner los miraba con el ceño fruncido y la boca abierta.

Intenté abrir el cerrojo de los postigos y tuve que concentrarme mucho para hacer que mis dedos obedeciesen. Por fin, el cerrojo se movió y abrí el postigo... que me reveló el rostro lascivo de un indio desconocido en la luz crepuscular del otro lado de la ventana.

Lancé un chillido y retrocedí, trastabillando. A continuación, la puerta trasera se abrió de golpe y una silueta barbuda y bajita entró corriendo, aullando en una lengua incomprensible, seguida de Ian, a quien seguía, a su vez, otro indio desconocido, gritando y blandiendo algo... ¿un hacha?, ¿un garrote? No podía enfocar los ojos lo bastante como para distinguirlo.

Todo se convirtió en un pandemónium, que vi con ojos vidriosos. Me aferré al alféizar para no caer al suelo, pero no pude reunir la presencia de ánimo suficiente como para abrir la condenada ventana. Todos estaban forcejeando y peleando, pero los habitantes de la cocina lo hacían a cámara lenta, gritando y trastabillando como borrachos. Mientras observaba, con la boca abierta, Jamie se sacó minuciosamente el cuchillo de Donner de debajo de las nalgas, lo levantó en un arco lento y elegante y se lo clavó debajo del esternón.

Algo pasó volando junto a mi oreja y chocó contra la ventana, destruyendo el que probablemente era el único cristal que quedaba en la casa.

Respiré varias bocanadas de aire puro, tratando de aclararme la cabeza, e hice frenéticos movimientos con las manos, gritando o tratando de gritar:

—¡Salid! ¡Salid!

La señora Bug estaba intentando hacer precisamente eso, arrastrándose a cuatro patas hacia la puerta entreabierta. Arch golpeó contra la pared y se deslizó hacia abajo lentamente al lado de ella, con una expresión de desconcierto en el rostro. Donner había caído de cara contra la mesa y su sangre se derramaba cruelmente sobre las tablas del suelo, mientras otro de los matones yacía sobre el hogar apagado, con el cráneo aplastado. Jamie seguía de pie, balanceándose, y la silueta barbuda y bajita estaba a su lado, meneando la cabeza y con una

expresión confundida cuando los vapores comenzaron a afectarlo.

—¿Qué ocurre? —Le oí preguntar.

La cocina ya estaba casi a oscuras y las figuras se balanceaban como helechos en un jardín subacuático.

Cerré los ojos durante un segundo. Cuando volví a abrirlos, Ian estaba diciendo: «Espera, encenderé una vela». Tenía una de las cerillas de Brianna en la mano y la lata en la otra.

—¡IAN! —grité, y en ese momento él encendió la cerilla.

Se oyó un suave *buuf!*, luego un *buump!* Más fuerte cuando el éter de la consulta entró en ignición, y de pronto nos vimos de pie en medio de un charco de fuego. Por una fracción de segundo no sentí nada, y entonces, un estallido de un calor abrasador. Jamie me agarró del brazo y me empujó hacia la puerta; trastabillé, caí sobre unas zarzas y rodé entre ellas, retorciéndome y agitando mis faldas humeantes.

Asustada y todavía atontada por el éter, luché con las cintas de mi delantal, hasta que por fin conseguí arrancarlas y quitármelo. Las enaguas de lino estaban chamuscadas, pero no calcinadas. Me puse de cuclillas, jadeando, entre los hierbajos secos del jardín, incapaz de hacer otra cosa en ese momento que no fuera respirar. El olor a humo era fuerte y punzante.

La señora Bug estaba en el porche trasero, de rodillas, arrancándose el gorro, que estaba en llamas.

Salieron hombres por la puerta trasera, golpeándose la ropa y el pelo. *Rollo* estaba en el jardín, ladrando, y desde el otro lado de la casa, oí relinchos de caballos asustados. Alguien había sacado a Arch Bug; estaba estirado cuan largo era sobre la hierba seca; había perdido la mayor parte del pelo y de las cejas, pero seguía vivo.

Yo tenía las piernas rojas y llenas de ampollas, pero mis quemaduras no eran graves; gracias a Dios por las capas de lino y algodón, que tardaban en arder, pensé, con la cabeza en una nube. Si hubiese llevado encima algo moderno, como el rayón, me habría encendido como una antorcha.

Ese pensamiento me hizo volver a mirar la casa. Ya había oscurecido por completo y todas las ventanas de la planta baja estaban iluminadas. Las llamas bailaban en la puerta abierta. El lugar parecía una inmensa calabaza vaciada con velas en su interior.

—Supongo que usted será la señora Fraser. —El tipo bajito y barbudo se inclinó sobre mí, hablando con un suave retintín escocés.

—Sí —dije—. ¿Quién es usted, y dónde está Jamie?

—Aquí, Sassenach. —Jamie salió tropezando de la oscuridad y se dejó caer a mi lado. Señaló al escocés con un movimiento de la mano—. Permítame presentarte al señor Alexander Cameron, más conocido como Scotchee.

—A sus órdenes, señora —dijo él en tono cortés.

Yo estaba tanteándome el pelo con delicadeza. Algunos mechones habían quedado reducidos a hebras chamuscadas, pero al menos todavía conservaba algunos.

Sentí, más que ver, que Jamie clavaba los ojos en la casa. Seguí la dirección de su mirada y vi una oscura silueta en la ventana de la planta alta, enmarcada en el débil resplandor procedente del incendio de la planta baja. Gritó algo en su lengua incomprendible, y comenzó a arrojar cosas por la ventana.

—¿Quién es ése? —pregunté, sintiendo que todo era bastante surrealista.

—Oh. —Jamie se frotó la cara—. Ése debe de ser Ganso.

Jamie se puso en pie y gritó algo a la silueta oscura, que agitó la mano como restándole importancia y regresó a la habitación.

—Hay una escalera de mano en el granero —le dijo Jamie a Scotchee en tono calmo, y ambos se alejaron en la oscuridad.

La casa ardió con bastante lentitud durante un buen rato; no había muchos objetos inflamables en la planta baja, con excepción de los libros y papeles del estudio de Jamie. Una figura alta salió de la puerta sujetándose la camisa con una mano y sosteniendo los faldones con la otra para formar una bolsa.

Ian se detuvo a mi lado, cayó de rodillas, jadeando, y soltó los faldones de la camisa, dejando caer una pila de objetos.

—Me temo que es todo lo que he podido rescatar, tía. —Tosió unas cuantas veces, agitando la mano delante de la cara—. ¿Sabes qué ha ocurrido?

—No tiene importancia —respondí. El calor se hacía más intenso—. Vamos. Tenemos que llevar a Arch un poco más lejos.

Los efectos del éter ya casi habían desaparecido, pero seguía teniendo una fuerte sensación de irrealidad. No tenía más que agua fría para tratar las quemaduras. Le bañé a Arch el cuello y las manos, que tenían graves ampollas. El pelo de la señora Bug estaba chamuscado, pero, al igual que a mí, sus pesadas faldas la habían protegido.

Ni ella ni Arch dijeron palabra alguna.

Amy McCallum vino corriendo, con el rostro pálido en el resplandor del fuego; le dije que llevara a los Bug a la cabaña de Brianna y que mantuviera a los niños lejos del incendio. Asintió y lo hizo, sosteniendo entre ella y la señora Bug la alta silueta de Arch.

Nadie intentó sacar los cuerpos de Donner y sus compañeros.

Cuando el fuego se hizo fuerte en el hueco de la escalera, yo estaba viéndolo; se produjo un resplandor repentino en las ventanas de la planta superior y, poco después, aparecieron llamas en el corazón de la casa.

La nieve comenzó a caer, en copos gruesos, pesados y silenciosos. Al cabo de media hora, el terreno, los árboles y los arbustos estaban cubiertos de blanco. Las llamas ardían rojas y doradas, y la nieve blanca reflejaba un suave resplandor rojizo; todo el claro parecía lleno de la luz del fuego.

Cerca de la medianoche, el techo cedió y cayó con gran estrépito, levantando una tremenda lluvia de chispas que se elevaron en la noche. Era una imagen tan hermosa que todos los que la estaban observando exclamaron «¡Ooooh!», en un involuntario grito de admiración.

Jamie me abrazó con fuerza. No podíamos apartar la mirada.

—¿Qué día es hoy? —pregunté de pronto.

—21 de diciembre.

—Y tampoco estamos muertos. Malditos periódicos —dije—. Nunca dan una noticia correctamente.

Jamie se echó a reír hasta que tuvo que sentarse en el suelo.

Propiedad del rey

Pasamos el resto de la noche durmiendo —o, al menos, en posición horizontal— en el suelo de la cabaña, con los Bug, Ganso y su hermano Luz —quienes al principio me confundieron al referirse a sí mismos como los «hijos» de Jamie —, Scothee e Ian. De camino a visitar la aldea de Pájaro, los indios se habían encontrado con Jamie e Ian, que estaban de caza, y habían aceptado su hospitalidad.

—¡Aunque fue un recibimiento más cálido de lo que esperábamos, Matador de Osos! —dijo Ganso, riendo.

No preguntaron quién era Donner ni hicieron mención alguna de los hombres cuyos cuerpos ardían en la casa; sólo hicieron preguntas acerca del éter, y menearon la cabeza, asombrados, observando el incendio.

En cuanto a Jamie, me percaté de que no les preguntaba para qué iban a la aldea de Pájaro, y llegué a la conclusión de que no quería enterarse de que algunos de los cherokees habían decidido apoyar al rey. Escuchaba sus conversaciones pero intervenía poco, y dedicaba el tiempo a revisar la pila de objetos rescatados del incendio. Había poco de valor allí; unas cuantas hojas sueltas y chamuscadas de mi cuaderno de casos, algunas cucharas de peltre, un molde para balas... Pero cuando él se quedó dormido a mi lado vi que su puño estaba cerrado alrededor de algo, y, espiándolo de cerca en la oscuridad, distinguí la cabeza de una pequeña víbora hecha de madera de cerezo.

Me desperté justo después del amanecer y me encontré con Aidan, que estaba mirándose, con *Adso* en brazos.

—Encontré al gatito en mi cama —susurró—. ¿Quiere quedárselo usted?

—Sí —dije, con la voz ronca por el humo—. Dámelo... yo lo cogeré.

Me senté, pero después de aceptar el gato, vi que la mayoría de los otros seguían durmiendo, cubiertos con mantas en el suelo. Dos excepciones notables: faltaban Jamie y Arch. Me puse en pie, cogí prestado el abrigo de Amy, que colgaba junto a la puerta, y salí.

Había dejado de nevar durante la noche, pero había entre cinco y diez centímetros de nieve en el suelo. Puse a *Adso* bajo el alero, donde el suelo estaba limpio, y entonces, respirando hondo, me volví a mirar la casa.

El humo se levantaba de los restos carbonizados que tenían aspecto negro como la tinta, y muy nítidos, contra los árboles cubiertos de nieve que estaban detrás. Sólo la mitad de la casa había ardido completamente; la pared que daba al oeste seguía en pie, así como el cañón de la chimenea, que era de piedra. El resto

era una masa de maderas achicharradas y montículos de ceniza, que ya estaban volviéndose grises. La planta superior había desaparecido por completo, y en cuanto a la consulta...

Me alejé cuando oí voces detrás de la casa. Jamie y Arch estaban en el cobertizo de leña, pero habían dejado la puerta abierta; pude verlos en el interior, cara a cara. Jamie me vio revoloteando por allí y me hizo pasar con un gesto.

—Buenos días, Arch —dijo, mirando a nuestro antiguo capataz—. ¿Cómo se encuentra?

—He estado mejor, *a nighean*, se lo agradezco —dijo, y tosió. Su voz era poco más que un susurro ronco, dañada por el humo, y había enormes ampollas llenas de pus tanto en sus manos como en su cara. Pero, más allá de la pérdida del pelo y las cejas, me di cuenta de que estaba bien.

—Arch estaba a punto de explicarme esto, Sassenach. —Jamie señaló el brillante lingote de oro que yacía entre el aserrín y los pedacitos de madera—. ¿Verdad, Arch?

Su voz tenía un tono agradable pero pude captar el filo que escondía. De todas formas, el señor Bug no era de los que se dejaban intimidar.

—No le debo ninguna explicación, *Seumais mac Brian* —dijo, en el mismo tono agradable.

—Te estoy dando la oportunidad de darme una explicación, amigo, no la elección. —Había abandonado el tono agradable. Se volvió hacia mí, señalando el oro.

—Lo has visto antes, ¿no?

—Desde luego. —La forma de los lingotes y el sello con la flor de lis eran inconfundibles—. A menos que Luis de Francia haya mandado grandes cantidades de oro a otra parte, es parte del tesoro de Jocasta.

—Eso no es cierto —me corrigió Arch con firmeza.

—¿No? —Jamie lo miró enarcando una poblada ceja—. Entonces, si no es de Jocasta Cameron, ¿de quién es? ¿Sostienes que es tuy o?

—No. —Titubeó, pero el impulso de hablar era poderoso—. Es propiedad del rey —dijo, y su boca se cerró con fuerza tras la última palabra.

—¿Qué? ¿El rey de...? Oh —dije, dándome cuenta de todo—. Ese rey.

—*Le roi c'est mort* —dijo Jamie en voz baja, como para sus adentros, pero Arch se volvió hacia él con ferocidad.

—¿Acaso Escocia está muerta?

Jamie respiró hondo, pero no habló de inmediato. En cambio, me indicó con un gesto que me sentara en una pila de madera cortada y sujetada con una cuerda, e hizo lo mismo con Arch, antes de ubicarse a mi lado.

—Escocia morirá cuando muera el último de sus hijos, *a charaid* —dijo, y agitó la mano en dirección a la puerta, abarcando las montañas y las hondonadas que nos rodeaban, y toda la gente que se encontraba en ellas—. ¿Cuántos hay

aquí? ¿Cuántos habrá? Escocia está viva... pero no en Italia. —En Roma, quería decir, donde Carlos Estuardo se mantenía con vida a duras penas, ahogando en alcohol sus frustrados sueños de asumir el trono.

Arch entornó los ojos al oírlo, pero mantuvo un silencio tenaz.

—Tú eras el tercer hombre, ¿verdad? —preguntó Jamie, sin prestarle atención—. Cuando bajaron el oro de Francia a la costa. Dougal MacKenzie cogió un tercio, y Hector Cameron el otro. No podría decir qué hizo Dougal con su parte... probablemente se lo dio a Carlos Estuardo, y que Dios se apiade de su alma por ello. Tú eras arrendatario de Malcolm Grant; él te envió, ¿verdad? Cogiste un tercio del oro para él. ¿Se lo has entregado?

Arch asintió lentamente.

—Fue entregado en fideicomiso —dijo, y su voz se quebró—. A mí, y luego a Grant... quien a su vez debería habérselo dado al hijo del rey.

—¿Y lo hizo? —preguntó Jamie, interesado—. ¿O pensó, al igual que Hector Cameron, que era demasiado tarde?

Los labios de Arch se apretaron con tanta fuerza que casi se volvieron invisibles.

—Él hizo lo que hizo —respondió lacónicamente—. Lo que le pareció bien. El dinero se usó para el bienestar del clan. Pero Hector Cameron era un traidor, y también su esposa.

—Fuiste tú el que habló con Jocasta en la tienda —dije—. En la reunión, cuando conociste a Jamie. Habías venido hasta aquí para encontrarla, ¿verdad?

Arch inclinó la cabeza uno o dos centímetros, admitiéndolo.

—Y esto —dije, empujando con un pie el lingote raspado— lo encontraste en casa de Jocasta, cuando fuiste con Roger y Duncan para traer a los pescadores. —Era una prueba, si es que la necesitaba, de que Jocasta todavía conservaba la parte de Hector del oro francés.

—Lo que yo me pregunto —dijo Jamie, frotándose la nariz— es cómo diablos has encontrado el resto y luego lo has sacado.

Arch frunció los labios un momento.

—No fue muy difícil. Vi la sal en la tumba de Hector, la forma en que los esclavos negros evitaban acercarse a ella. No sería extraño que él no descansara en paz... pero ¿en qué otro sitio estaría mejor el oro que con él? Yo llegué a conocer a Hector Cameron. No era un hombre dispuesto a entregar algo sólo porque estuviera muerto.

En su calidad de capataz, Arch realizaba frecuentes viajes a Cross Creek, para comprar e intercambiar mercancías. No era un invitado habitual de River Run, pero había estado allí lo suficiente para familiarizarse con la propiedad. Si alguien veía una figura cerca del mausoleo de noche... bueno, todos sabían que el fantasma de Hector Cameron «merodeaba» y que sólo se lo podía encerrar en una zona acotada con líneas de sal, de modo que nadie estaba dispuesto a

acercarse a investigar.

Así que él se había limitado a extraer un lingote tras otro en algunos de sus viajes —aunque no en todos—, hasta que se había llevado la totalidad del tesoro antes de que Duncan Innes descubriera la pérdida.

—No debería haberme quedado con ese primer lingote, ahora me doy cuenta. Pero al principio pensé que podríamos necesitarlo... Murdina y yo. Entonces, cuando se vio obligada a matar a ese tal Brown...

Jamie levantó la cabeza de golpe y los dos nos quedamos mirándolo. Tosió.

—A aquella perversa criatura se había repuesto lo bastante de sus heridas como para hurgar en la cabaña cuando ella salía; encontró eso —dijo, volviendo a señalar el lingote— en su cesta de labores, donde ella lo tenía oculto. Desde luego, no podía saber de qué se trataba, pero sí se daba cuenta de que personas tan pobres como nosotros no deberíamos tener algo así. Preguntó qué era, y ella no le dijo nada, por supuesto. Pero entonces, cuando llegó hasta su casa, temió que les contara a ustedes lo que había visto. Y le puso fin.

—Bueno, al menos has mantenido el oro lejos de las manos del rey Jorge —señaló Jamie en un tono algo sombrío.

Se me ocurrió que estaba pensando en la batalla del puente de Moore's Creek. Si Hugh MacDonald hubiese estado en posesión de aquel oro y lo hubiera usado para comprar pólvora y armas, la victoria no se habría obtenido con tanta facilidad. Ni tampoco los highlanders hubieran sufrido otra masacre lanzándose espada en mano sobre los cañones.

—Arch —dije—, ¿exactamente qué planeabas hacer con él?

Él parpadeó y bajó la mirada hacia el lingote.

—Yo... al principio sólo quería comprobar si era cierto lo que se decía: que Hector Cameron se había llevado su parte del oro y lo había utilizado para sus propios fines. Luego lo encontré muerto, pero estaba claro, por la forma en que vivía su esposa, que sin duda lo había cogido. Entonces me pregunté si aún quedaba algo.

Arrastró una mano hacia arriba y masajeó su marchita garganta.

—A decir verdad, señora... lo que más deseaba era quitárselo a Jocasta Cameron. Pero una vez que lo hice... —Su voz fue apagándose, pero luego se animó—: Soy un hombre de palabra, *Seaumais mac Brian*. Le hice un juramento a mi jefe... y lo mantuve, hasta que él murió. Le hice un juramento al rey, al otro lado del océano —se refería a Jacobo Estuardo—, pero él también está muerto. Y entonces... juré lealtad a Jorge de Inglaterra cuando vine a estas costas. De modo que dígame usted cuál es mi deber ahora.

—También me hiciste un juramento a mí, *Archibald mac Donagh*.

Arch sonrió al oírlo; una sonrisa irónica, pero sonrisa al fin.

—Y por ese juramento sigue usted vivo, *Seaumais mac Brian* —replicó—. Podría haberlo matado anoche mientras dormía y ya estaría muy lejos.

Jamie torció la boca en un gesto que expresaba una duda considerable ante esa declaración, pero se abstuvo de contradecirlo.

—Estás liberado del juramento que me hiciste —dijo formalmente en gaélico —. Toma tu vida de mi mano. —E inclinando la cabeza hacia el lingote, añadió —: Coge eso... y márchate.

Arch lo contempló un instante, sin parpadear. Luego se agachó, recogió el lingote y se fue.

—No le has preguntado dónde está el oro ahora —observó, contemplando cómo rodeaba la cabaña para ir a despertar a su esposa.

—¿Crees que me lo habría dicho? —Jamie se incorporó y se estiró. Luego se situó debajo de la puerta del cobertizo, con los brazos agarrados al marco, mirando hacia afuera. Estaba empezando a nevar de nuevo.

—Veo que no sólo los Fraser son testarudos como mulas —señaló, acercándose a él—. Escocia está viva, claro que sí.

Eso lo hizo reír. Me rodeó con un brazo y yo apoyé la cabeza en su hombro.

—Tu pelo huele a humo, Sassenach —dijo en voz baja.

—Todo huele a humo —respondí, también en voz baja.

Las ruinas quemadas de la casa seguían estando demasiado calientes como para que la nieve cristalizara en ellas, pero tarde o temprano eso sucedería. Si seguía nevando, al día siguiente la casa ya estaría borrada, blanca como las rocas y los árboles. Nosotros también... en algún momento.

Pensé en Jocasta y en Duncan, que habían ido a Canadá en busca de algún lugar seguro, de parientes que los recibieran. ¿Adónde volverían los Bug? ¿A Escocia? Por un instante, anhelé lo mismo para mí. Estar lejos de la pérdida y la desolación. En casa.

Pero entonces lo recordé.

—«Mientras un centenar de nosotros siga con vida...» —cité.

Jamie apoyó su cabeza en la mía durante un momento.

—Y cuando tú acudes a la casa de un enfermo, Sassenach... a ver a alguien que está herido o a un parto... ¿cómo puedes levantarte de tu propia cama, incluso aunque estés terriblemente cansada, y llegar hasta allí en la oscuridad, sola? ¿Por qué nunca prefieres esperar, o decir que no? ¿Por qué nunca te abstienes, incluso cuando sabes que es imposible hacer algo?

—No puedo. —Sabía a qué se refería, cuál era la verdad indeseada que quería obligarme a manifestar... pero esa verdad se interponía entre nosotros y había que expresarla—. No puedo... no... puedo admitir... que hay otra posibilidad que ganar.

Él me rodeó el mentón con las manos y me empujó la cabeza hacia arriba, de modo que me vi obligada a mirarlo a los ojos. Se lo veía agotado, con profundas arrugas en torno a los ojos y la boca, pero esos ojos eran limpidos, frescos y profundos como las aguas de un manantial oculto.

—Yo tampoco —dijo.

—Lo sé.

—Tú, al menos, puedes prometerme la victoria —señaló, pero su voz ocultaba el susurro de una pregunta.

—Sí —asentí, y le toqué la cara—. Sí, eso puedo prometértelo. Esta vez.

No mencioné lo que aquella promesa dejaba fuera, las cosas que yo no podía garantizar. Ni vida, ni seguridad. Ni hogar, ni familia; ni ley ni legado. Sólo esa cosa... o tal vez dos.

—La victoria —añadí—. Y que yo estaré contigo hasta el fin.

Cerró los ojos un momento. Cayeron unos copos de nieve que se derretían al tocarle la cara, manteniéndose un instante blancos sobre sus pestañas. Luego los abrió y me miró.

—Eso es suficiente —dijo en voz baja—. No pido nada más.

Entonces extendió los brazos y me rodeó con ellos, me abrazó por un momento mientras una brisa de nieve y cenizas giraba fría a nuestro alrededor.

—Bueno... bien. Maldita sea, está bien. Eh... —Vacilé—. ¿Qué sugieres que hagamos ahora?

Él se quedó mirando las ruinas carbonizadas con los ojos entornados, luego alzó los hombros y los dejó caer de nuevo.

—Creo —dijo lentamente— que debemos ir a... —Se detuvo de repente, frunciendo el ceño—. ¿Qué, en nombre de Dios...?

Algo se movía a un lado de la casa. Pestañeé para quitarme los copos de nieve y me puse de puntillas para ver mejor.

—¡Oh, no es posible! —exclamé, pero sí lo era.

Con un tremendo desplazamiento de nieve, tierra y maderas carbonizadas, la cerda blanca se abrió paso hacia la luz del día. Salió del todo, sacudió sus inmensos hombros y luego, retorciendo con expresión de irritación su hocico rosado, avanzó decididamente en dirección al bosque. Un momento después, una versión más pequeña emergió de una manera similar... y otra, y luego otra... hasta que ocho cerditos pequeños, algunos blancos, otros manchados, y uno tan negro como las maderas de la casa, trotaron en línea, siguiendo a su madre.

—Escocia está viva —volví a decir, riendo incontrolablemente—. Eh... ¿dónde has dicho que fuéramos?

—A Escocia —dijo, como si fuera obvio—. A buscar mi imprenta.

Todavía seguía mirando la casa, pero sus ojos estaban clavados más allá de las cenizas, más allá del momento presente. Jamie se quedó en silencio un momento, luego se sacudió los recuerdos y me sonrió, mientras la nieve se derretía en su pelo.

—Y luego —dijo simplemente— regresaremos a la contienda.

Me cogió la mano y nos alejamos de la casa, en dirección al granero donde nos aguardaban los caballos, pacientes en el frío.

Epílogo

LALLYBROCH

El haz de luz de la linterna de bolsillo se movió lentamente por las pesadas vigas de roble, hizo una pausa en un agujero sospechoso y luego siguió su camino. Aquel hombre corpulento tenía el ceño fruncido y se lo veía muy concentrado, con los labios apretados, como alguien que espera alguna sorpresa desagradable de un momento a otro.

Brianna estaba de pie a su lado, mirando los rincones en sombras del techo del vestíbulo, con una expresión similar de concentración y el entrecejo fruncido. De hecho, sólo la mitad de su atención estaba fija en los comentarios que aquel corpulento caballero le susurraba a su ayudante, una mujer joven y pequeña que llevaba un mono demasiado grande para ella y que tenía mechas rosadas en el pelo. La otra mitad estaba enfocada en los ruidos provenientes de la planta superior, donde, en teoría, los niños estaban jugando al escondite entre los montones formados por las cajas de la mudanza. Fiona había traído su camada de tres pequeños demonios, y luego los había abandonado con gran habilidad, corriendo a hacer algún recado y prometiendo regresar a la hora del té.

Brianna miró su reloj pulsera, todavía sorprendida de verlo allí. Aún faltaba media hora. Si podían evitar un derramamiento de sangre hasta que...

Hizo una mueca cuando oyó un alarido penetrante en la planta superior.

—¡MAMÁ! —El que chillaba era Jem.

—¿QUÉ? —rugió ella como respuesta—. ¡Estoy OCUPADA!

—Pero ¡mamá! ¡Mandy me ha pegado! —Brianna alzó la mirada y pudo ver la coronilla de Jem y la luz que venía de la ventana brillando en su pelo.

—Ah, sí? Bueno...

—¡Con un palo!

—¿Qué clase de...?

—¡A propósito!

—Bueno, no creo que...

—Y... —Una pausa antes de la acusación—. ¡No me ha pedido perdón!

El albañil y su ayudante habían abandonado la búsqueda de termitas con el objeto de seguir esa apasionante narración.

Brianna cerró los ojos un momento.

—MANDY —gritó—. ¡Pide disculpas!

—¡No! —Fue la respuesta aguda que llegó desde arriba.

—¡Sí, hazlo! —dijo la voz de Jem, seguida de una refriega.

Brianna se dirigió hacia la escalera, con los ojos inyectados en sangre. Justo

cuando ponía un pie en el escalón, Jem lanzó un chillido estremecedor.

—¡Me ha mordido!

—¡Jeremiah MacKenzie, no te atrevas a morderla tú a ella! —gritó Bree—.
¡Los dos, parad ahora mismo!

Jem asomó una cabeza despeinada a través del pasamanos, con los pelos de punta. Se había puesto sombra de ojos de un fuerte color azul, y alguien le había aplicado pintalabios de color rosa formando la grotesca silueta de una boca que iba de una oreja a la otra.

—Es una bruja endemoniada —informó con ferocidad a los espectadores de la planta baja—. Me lo dijo mi abuelo.

Brianna no estaba segura de si echarse a reír, a llorar, o emitir un agudo alarido pero corrió escaleras arriba para resolver la cuestión.

Lo que le llevó más tiempo del que esperaba, puesto que mientras lo intentaba descubrió que las tres hijas de Fiona habían estado tan calladas durante la última riña debido a que, después de decorar a Jem, a Mandy y a sí mismas, estaban muy ocupadas pintando caras en las paredes del baño con el nuevo maquillaje de Brianna.

Cuando bajó, un cuarto de hora después, descubrió al albañil sentado plácidamente, mientras la ayudante se paseaba por el vestíbulo con la boca abierta y un bollo a medio comer en la mano.

—¿Todos esos niños son suyos? —le preguntó a Brianna.

—No, gracias a Dios. ¿Todo está bien aquí abajo?

—Hay un poco de humedad —dijo el albañil alegremente—. Pero era de esperar, con una casa tan antigua como ésta. ¿De qué año es, lo sabe?

—De 1721, zopenco —le dijo la ayudante, mofándose de él con familiaridad—. ¿No has visto la fecha tallada en el dintel cuando entramos?

—No, ¡en serio? Costará una fortuna repararla —señaló con un gesto la pared, donde uno de los paneles de roble mostraba el daño causado por botas y sables, y en el que se entrecruzaban cortes cuya crudeza se había oscurecido con los años, pero que aún podían verse con claridad.

—No, eso no lo repararemos —dijo Brianna, con un nudo en la garganta—. Eso es de justo después del 45. Lo dejaremos así. —«Lo conservamos —le había dicho su tío—, para recordar siempre lo que son los ingleses».

—Oh. Es algo histórico, tiene razón, entonces —dijo el albañil—. A los americanos no suele interesarles mucho la historia, ¿verdad? Lo único que quieren son comodidades modernas; cocinas eléctricas, gilipolleces automáticas. ¡Calefacción central!

—Yo me contento con un inodoro por el que corra el agua —le aseguró ella—. Eso y agua caliente. Por cierto, ¿podría echar un vistazo a la caldera? Está en un cobertizo, en el patio, y tiene por lo menos cincuenta años de antigüedad. Y también queremos cambiar el calentador del baño de arriba.

—Oh, sí. Vamos, Angie, echemos un vistazo.

Brianna revoloteó a los pies de la escalera, prestando atención a posibles ruidos de pelea antes de seguirlos, pero arriba todo estaba bien; oyó el ruido de unas piezas de Lego, que evidentemente estaban arrojando contra las paredes, pero ningún grito de indignación. Se volvió justo a tiempo para ver al albañil, que había hecho una pausa para mirar el dintel.

—El 45, ¿eh? ¿Alguna vez se ha preguntado cómo habría sido? —Estaba diciendo—. Si el buen príncipe Carlos hubiera ganado, quiero decir.

—¡Oh, ni lo sueñas, Stan! Ese condenado mariquita italiano no tenía la más mínima posibilidad.

—No, no, lo habría hecho, seguro, de no ser por los cabrones de los Campbell. Unos traidores, ¿sabes? Del primero al último. Y las mujeres también, supongo —añadió riendo.

Siguieron hacia el cobertizo, pero ella se detuvo, puesto que no quería seguirlos hasta que recobrara su propio control.

«Dios mío —rezó fervorosamente—. ¡Dios mío, que estén sanos y salvos! Por favor, por favor, haz que estén a salvo». No importaba lo ridículo que fuera rezar por la salud de personas que estaban, que tenían que estar muertas desde hacía más de doscientos años. Era lo único que podía hacer, y lo hacía varias veces al día, cada vez que pensaba en ellos. Con mucha más frecuencia, en realidad, desde que habían venido a Lallybroch.

Pestañeó para contener las lágrimas y vio el Mini Cooper de Roger que bajaba por la serpenteante entrada para coches. El asiento trasero estaba lleno de cajas hasta el techo; por fin estaba quitando los últimos trastos que quedaban en el garaje del reverendo, rescatando artículos que podrían tener valor para alguien.

—Justo a tiempo —dijo Brianna, algo nerviosa, cuando él avanzó por el sendero con una sonrisa y una caja grande bajo el brazo. Todavía le asombraba verlo con el pelo corto—. Diez minutos más, y habría matado a alguien, estoy segura. Tal vez a Fiona, para empezar.

—Oh, ¿sí? —Él se agachó y la besó con particular entusiasmo, lo que indicaba que no había oido lo que ella acababa de decir—. Traigo algo.

—Ya veo. ¿Qué...?

—No tengo la menor idea.

La caja que depositó sobre la antigua mesa del comedor era de madera, también; un cofre de buen tamaño hecho de cedro, oscurecido por los años, el hollín y los malos tratos, pero su buena factura seguía siendo evidente. Los acabados eran de gran belleza, las bisagras estaban perfectamente encajadas, y tenía una cubierta deslizante... que no se deslizaba, porque en algún momento la habían sellado con una gruesa capa de cera de abeja derretida, que se había ennegrecido con los años.

Lo más sorprendente de todo, sin embargo, era la tapa. Había un nombre

grabado a fuego en la madera: *Jeremiah Alexander Ian Fraser MacKenzie*.

Brianna sintió un nudo en la parte inferior del estómago al verlo, y alzó la mirada hacia Roger, que estaba tenso y reprimiendo un sentimiento; ella podía captar sus vibraciones.

—¿Qué? —susurró. —Quién es ése?

Roger meneó la cabeza, y sacó un sobre mugriento del bolsillo.

—Esto estaba pegado con cinta adhesiva a un lado. Es la letra del reverendo, una de las pequeñas notas que a veces les ponía a algunas cosas para explicar su significado, por si acaso. Pero no podría decir que esto sea una explicación, exactamente.

La nota era breve, y sólo informaba de que la caja procedía de un banco de Edimburgo que ya no existía. Había instrucciones junto a la caja que declaraban que no debía ser abierta salvo por la persona cuyo nombre estaba inscrito en ella. Las instrucciones originales habían desaparecido, pero fueron transmitidas verbalmente por la persona de quien el reverendo había obtenido la caja.

—¿Y quién era? —preguntó ella.

—Ni idea. ¿Tienes un cuchillo?

—¿Si tengo un cuchillo? —murmuró ella, rebuscando en el bolsillo de sus vaqueros. —Alguna vez no tengo un cuchillo?

—Era una pregunta retórica —dijo Roger, besándole la mano y cogiendo la navaja roja y brillante Swiss Army que ella le ofreció.

La cera de abeja se agrietó y se abrió fácilmente, pero la tapa de la caja no estaba dispuesta a rendirse después de tantos años. Fue necesario que los dos se empeñaran hasta que, por fin, se liberó con un pequeño chirrido.

El fantasma de un aroma salió flotando; algo indistinguible, pero de un origen vegetal.

—Mamá —dijo ella involuntariamente.

Roger la miró, alarmado, pero ella le indicó con un gesto apremiante que continuara. Él hurgó con cuidado dentro de la caja y sacó su contenido: una pila de cartas, dobladas y selladas con lacre, dos libros... y una pequeña víbora hecha de madera de cerezo, muy pulida por tenerla en las manos durante mucho tiempo.

Brianna dejó escapar un sonido pequeño e inarticulado, cogió la primera carta y la apretó contra su pecho con tanta fuerza que el papel crujió y el sello de lacre se partió y cayó. Un papel grueso y blando, cuyas fibras exhibían las difusas manchas de lo que alguna vez habían sido flores.

Las lágrimas le surcaban el rostro y Roger estaba diciendo algo, pero ella no prestó atención a sus palabras; los niños estaban armando un escándalo terrible arriba, los albañiles seguían discutiendo fuera, y lo único en el mundo que ella podía ver eran las palabras desdibujadas en la página, escritas con una letra alargada y difícil.

31 de diciembre de 1776

Querida hija:

Como verás, si alguna vez recibes esto, estamos vivos...

Epílogo II

El diablo está en los detalles

—¿Qué es esto?

Amos Crupp miró con los ojos entornados la página desplegada en la imprenta y la leyó al revés con la facilidad de una larga experiencia.

—«*Con profundo pesar, comunicamos la noticia de la muerte en un incendio*» ... ¿De dónde ha salido esto?

—Una nota de un suscriptor —dijo Sampson, el nuevo ayudante al tiempo que ponía tinta en la plancha—. Me pareció que serviría para llenar; la arenga a las tropas del general Washington no ocupa toda la página.

—Mira. Supongo que sí. Pero es una noticia muy vieja —dijo Crupp mirando la fecha—. ¡Enero?

—Bueno, no —admitió el ayudante, haciendo un esfuerzo para empujar la palanca que bajaba la página sobre la plancha llena de tipos entintados. La prensa volvió a saltar y las letras quedaron mojadas y negras sobre el papel. Cogió la página con dedos ágiles y la colgó para que se seca—. Ocurrió en diciembre, según la nota. Pero ya había compuesto la página con tipografía Baskerville de doce puntos, y los caracteres para noviembre y diciembre faltan en esa fuente. Tampoco tenía espacio para hacerlo con letras separadas, y no valía la pena remaquetar la página entera.

—Claro —dijo Amos, perdiendo interés en el asunto mientras revisaba los últimos párrafos del discurso de Washington—. Además, tampoco importa demasiado. Después de todo, están todos muertos, ¿no?



DIANA GABALDON. Diana Gabaldon nació en Arizona, en cuya universidad se licenció en Biología Marina, doctorándose posteriormente en Zoología. Su trabajo como profesora de temas ecológicos le permitió tener a su alcance una vasta biblioteca, donde descubrió su afición por la literatura. Tras varios años escribiendo artículos de su profesión y cuentos humorísticos para Walt Disney, Diana comenzó a publicar en Internet los capítulos iniciales de su primera novela, *Forastera*. En poco tiempo, el libro se convirtió en un gran éxito de ventas. Este éxito no hizo más que aumentar con *Atrapada en el tiempo*, *Viajera y Tambores de otoño*.

Notas

[1] Juego anglosajón originario de la época victoriana que consiste en ir añadiendo adjetivos que comiencen con la misma letra. (N. del t.). <<

[2] Pacto mediante el cual la iglesia presbiteriana escocesa se opuso, en 1638, al intento de Carlos I de Inglaterra y el arzobispo Laud de imponer el anglicanismo en el país. (N. del t.). [<<](#)

[3] Pájaro mitológico de color blanco y enorme tamaño y fuerza del que se suponía que podía alzar y comer elefantes. (N. del t.). <<

[4] Espíritu maligno del agua del folclore escocés, que normalmente adopta la forma de un caballo que ahoga a sus víctimas. (N. del t.). <<

[5] Protagonista de un cuento de hadas adaptado posteriormente por los hermanos Grimm. (N. del t.). [<<](#)